
GRAHAM
GREENE

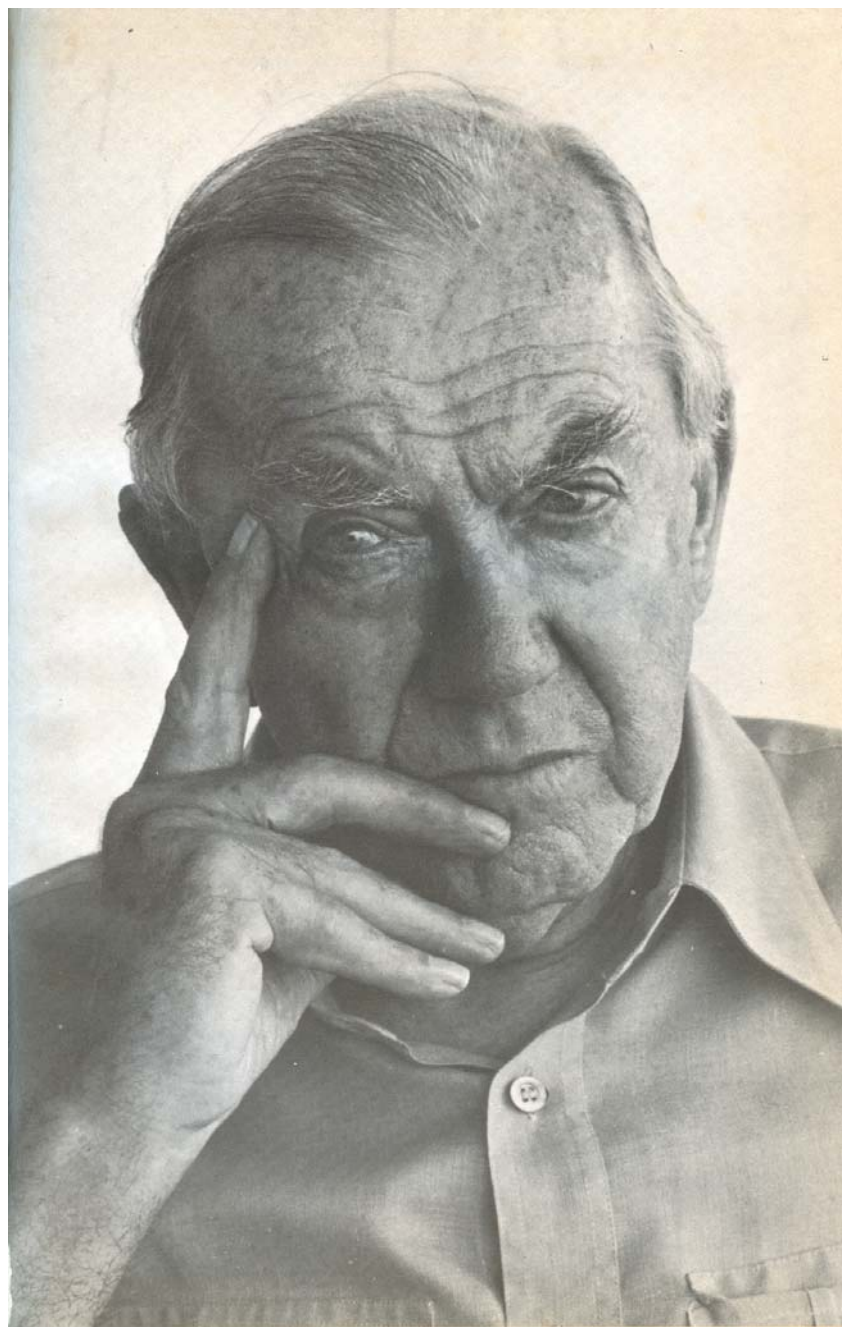
Historia
de una cobardía

Orient Express

Campo de batalla

Inglaterra
me ha hecho así

Seix Barral



Graham Greene

Historia de una cobardía

Orient Express

Campo de batalla

Inglaterra me ha hecho así

Historia de una cobardía

Título original: *The man within*

Traducción: Asunción Camero y Rafael Santos Torruella

Orient Express

Título original: *Stamboul train*

Traducción cedida por Luis de Caralt, Editor, S. A.

Campo de batalla

Título original: *It's a battlefield*

Traducción: J. R. Wilcock

Inglaterra me ha hecho así

Título original: *England made me*

Traducción: Francisco Baldiz

Seix Barral - Summa Literaria 6

Graham Greene Narrativa Completa *

Primera edición en esta colección: junio de 1985

ISBN: 84-322-2406-5

ISBN: 84-322-2400-6 (colección completa)

Digitalizado por Mr Pond

Henry Graham Greene nació el 2 de octubre de 1904 en Berkhamstead, condado de Hertford, Inglaterra. Su padre era director de la Berkhamstead School, y en ella hizo sus primeros estudios el futuro escritor. Los años de escolar, que Greene recordará toda la vida con horror, no serían ajenos a unos problemas psíquicos de los que tuvo que ser tratado en 1920. Ese mismo año escribió su primera obra, una pieza de teatro que nunca llegaría a representarse. En 1922 ingresó en el Balliol College de Oxford y el año siguiente se incorporó, como miembro a prueba, en el Partido Comunista. En 1925, en que se publicó su primer libro, el poemario Babbling April, inició en Nottingham su carrera periodística. En febrero de 1926 Greene se convirtió al catolicismo; ese mismo año se trasladó a Londres, entrando en The Times como segundo redactor jefe, cargo que ocuparía hasta 1929. El año siguiente contrajo matrimonio con Vivien Dayrelle Browning.

En 1929, con la publicación de su primera novela, , se inició una etapa de gran actividad creadora: The name of action (1930, novela que por decisión del autor nunca ha vuelto a ser reeditada), Rumour at nightfall (1931, novela a la que Green también ha renunciado), Orient Express (1932), Campo de batalla (1933). En 1935 el escritor reanudó su actividad periodística, aunque en una vertiente inédita: como crítico de cine en The Spectator. Ese mismo año, en que se publicaron dos nuevos libros —la novela Inglaterra me ha hecho así y el volumen de cuentos La habitación del sótano—, viajó a Liberia, experiencia que recogería en el libro Viaje sin mapas, aparecido el año siguiente, al igual que una nueva novela, Una pistola en venta.

Tras inaugurar la serie de novelas «del pecado y de la Gracia» con la publicación de Brighton, parque de atracciones, en 1938 realizó un nuevo viaje, esta vez a México, que daría como fruto el volumen Camino sin ley, editado en 1939, en que aparecería también la novela El agente confidencial. La segunda novela católica, El poder y la gloria (1940), que obtuvo el Premio Hawthornden, asentó definitivamente la fama del escritor. En 1941 abandonó The Spectator —en el que desde el año anterior ejercía la crítica literaria— e ingresó en el Foreign Office, que lo envió a Lagos, en el África Occidental. Allí permaneció tres meses, pasando a continuación a Freetown, donde residió hasta febrero de 1943. Entre tanto había publicado el volumen de ensayos Dramaturgos británicos (1942) y al regresar a Inglaterra dio a la imprenta una nueva novela, El ministerio del miedo (1943).

Una de las más antiguas editoriales de Londres, Eyre and Spottiswoode, le confió en 1944 el cargo de director literario. La producción del escritor sufrió cierta merma y hasta 1947 no aparecería un nuevo libro, el volumen de relatos Diecinueve cuentos, ampliación del editado en 1935, que sería ampliado asimismo en Veintiún cuentos, en 1954. Sin embargo, a partir de 1948 se abrió un nuevo período especialmente fértil, con la publicación de

novelas (El revés de la trama, 1948; El fin de la aventura, 1951), *ensayos* (Por qué escribo, 1948; La niñez perdida, 1951), *guiones cinematográficos* (El ídolo caído, 1948; El tercer hombre, 1949). También por estas mismas fechas —hacia 1947— escribió el guión *El décimo hombre*, que tardaría más de un cuarto de siglo en ser editado. En 1953, con *El cuarto de estar*, iniciaba Graham Greene su carrera de dramaturgo, que hasta el presente ha dado otras seis obras: *The potting shed* (1957), *El amante complaciente* (1959), *Tallando una estatua* (1964), *El regreso de A. J. Raffles* (1975), *Por quién dobla la campana* (1980) y *Sí y no* (1980). Esta nueva faceta no le hizo abandonar la narrativa: así, hasta 1958, año en que tomó la dirección de la editorial londinense *Bodley Head*, publicó el volumen de relatos *Quien pierde gana* (1955) y las novelas *El americano imposable* (1955, inspirada en sus experiencias como corresponsal en Indochina en 1954) y *Nuestro hombre en La Habana* (1958, fruto de su estancia en la Cuba de Batista). Tras un viaje a la Unión Soviética en 1960, volvió a una febril actividad creadora: *Un caso acabado* (1961, novela), *En busca de un personaje* (1961, «dos diarios africanos»), *Introducción a The Bodley Head Ford Maddox Ford* (1962), *Un cierto sentido de la realidad* (1963, cuentos).

En 1966, año en que apareció la novela *Los comediantes*, el escritor fijó su residencia en Francia, donde ha proseguido una obra cuyo prestigio no ha cesado de aumentar: *¿Nos podéis prestar el marido?* (1967, cuentos), *Ensayos reunidos* (1969), *Viajes con mi tía* (1969, novela), *Una especie de vida* (1971, autobiografía), *El cónsul honorario* (1973, novela), *Lord Rochester's Monkey* (1974, biografía), *El factor humano* (1978, novela), *El Dr. Fischer de Ginebra* (1980, novela), *Vías de escape* (1980, autobiografía), *Monseñor Quijote* (1982, novela).

Doctor honoris causa por las universidades de Cambridge (1962), *Edimburgo* (1967) y *Oxford* (1969), *Graham Greene ha visto cómo su labor literaria y diplomática alcanzaba un reconocimiento generalizado*: *Premio Shakespeare de Hamburgo* (1968), *caballero de la Legión de Honor francesa* (1969), *Premio Dos Passos* (1980), *Premio Jerusalén* (1981), *Gran Cruz de la Orden de Vasco Núñez de Balboa de Panamá* (1983).

La presente edición recoge en seis volúmenes las novelas completas de Graham Greene, excepto las dos que el autor ha renunciado a reeditar tras su primera publicación: The name of action y Rumour at the nightfall.

HISTORIA DE UNA COBARDÍA

Primera parte

There's another man within me that's angry with me.
(Hay otro hombre en mí, que está enfadado conmigo.)

SIR THOMAS BROWNE

Capítulo primero

Llegó a la cima del montículo cuando la última luz del crepúsculo se debilitaba, y de buena gana hubiera gritado su alegría a los cuatro vientos ante la vista del bosque extendido a sus pies. Ansió con todas sus fuerzas tenderse sobre la rala hierba y contemplar, hasta saciarse, la oscura y reconfortante umbría que apenas si confió en ver. Tan sólo así pudo aliviar las punzadas de su costado, que habían ido en aumento al ir dando traspiés por la pendiente.

El frío viento de la meseta, que le impulsó con sus embates durante la última media hora, se había convertido en una leve y cálida brisa que le acariciaba el rostro al descender al llano. Como si el bosque fuese una enorme puerta oscilando sobre un grande y único gozne, la sombra que proyectaba fue cubriendo la hierba bajo sus pies, cambiando su tonalidad de oro a verde, luego a púrpura y finalmente a un sombrío gris. En aquel momento, la noche cubrió la tierra.

Un seto apareció ante sus ojos a una distancia de doce yardas. Sus sentidos, ya cansados y confusos, percibieron el aroma que despedían las hojas de las zarzas resacas, humedecidas ahora por las últimas lluvias.

Momentáneamente, el perfume le envolvió en agradable contentamiento y le hizo añorar un tiempo para descansar aquí. La hierba crecía hasta el borde del seto; poco después, sus pies se hundieron en tierra húmeda y comprendió que se hallaba en un camino. Fueron ellos, más que su mente, los que se dieron cuenta. Avanzaban maquinalmente, ya sobre el cenagoso centro de la vereda, ya sobre la hierba a la derecha del seto, o bien rozando el borde de éste en el lado opuesto.

Su cabeza era un torbellino de aromas y sonidos, con el lejano susurro del mar, los guijarros que chocaban cantarines entre sí, el olor de las mojadas hojas y la pisoteada marga, las ráfagas saladas del viento que había dejado a sus espaldas en la cumbre de la colina, voces, ruido de supuestos pasos.

Todas estas sensaciones estaban revueltas como las piezas de un rompecabezas, y medio olvidadas por la fatiga y el temor.

Este le decía que los caminos eran peligrosos. Lo murmuraba en voz alta: «Peligrosos, peligrosos»; y luego, creyendo que la voz pertenecía a otra persona que caminaba junto a él, trepó aterrorizado por encima del seto. Las espinas de las zarzas se le engancharon y trataron de retenerlo; le clavaron pequeños pinchos a través de sus ropas, aprisionándole con sus caricias, como si fueran los dedos de una ramera entre la aglomeración de un bar. No hizo caso y continuó adelante.

Los dedos se enfurecieron, fustigando su rostro con agudas y afiladas uñas. «¿Quién eres tú? ¿Quién eres tú? Te piensas que eres alguien.» Podía escuchar la voz, aguda y lacerante. La mujer tenía un lindo rostro y la piel blanca. «Otro día», dijo él, porque no podía esperar. Tenía que

marcharse a la ciudad. Las últimas espinas se rompieron y la noche se hizo más oscura bajo los árboles. A través del enrejado de las hojas, una docena de estrellas aparecieron de súbito ante su vista.

Tropezó contra un árbol y durante un breve momento se apoyó sobre él, dejando que sus piernas descansaran. Aliviadas en parte del peso de su cuerpo, parecieron dolerle más que nunca. Intentó recobrarse y recordar con exactitud dónde se encontraba: no estaba ya en Shoreham, sino en un bosque. ¿Le habrían seguido? Escuchó, ávido de silencio, y fue recompensado. Había visto a Carlyon en el bar de Sussex Pad, pero tan sólo reflejado en el espejo tras la cabeza de una ramera. En aquel momento estaba casi vuelto de espaldas, pidiendo una bebida. A no ser que le hubiese visto partir, podía sentirse seguro.

¡Qué imbécil había sido al marcharse tan súbitamente! Debió hacerlo tranquilamente, llevándose a la muchacha consigo. «Imbécil, imbécil, imbécil, imbécil.» La palabra zumbaba en su cabeza, con la monótona reiteración de una pesadilla. Sus ojos se cerraron, pero volvieron a abrirse con sobresalto al quebrarse una ramita bajo sus pies. «A estas horas podía estar durmiendo en buena cama y aun con mejor compañía... La muchacha era bonita y tenía suave piel...» No llegó a suponer que hubiese estado dormido. Volvió a despertar dos minutos más tarde sintiendo frío. Había soñado que estaba de regreso en el bar, mirando en el espejo la imagen de Carlyon; en el sueño, su rostro había comenzado a volverse. ¿Pero fue sólo en sueños? No podía quedarse allí. Y de nuevo comenzó a correr, tropezando sin cesar con las raíces de los árboles.

¡Ah! Pero estaba cansado, cansado, cansado. La

muñeca le dolía y estaba húmeda y débil, lacerada por los pinchos del seto. Si de súbito Carlyon hubiese aparecido ante él, no hubiera vacilado en hincarse de rodillas y llorar. Seguramente no le haría nada, pues era tan caballero como él mismo. Y siempre se podía recurrir a su sentido humorístico: «Hola, Carlyon, viejo amigo, hace siglos que no te veo. ¿Sabes el último notición? Carlyon, Carlyon, Carlyon.» «y habrá llantos y rechinarán los dientes. —¿Cómo te atreves a enseñarle a mi chico tales cosas?»; y después le había pegado a ella. Su padre siempre se refería a él hablando de «mi chico», como si su madre no hubiese sufrido el dolor. ¡Maldito viejo, hipócrita y rufián! «Por favor, Dios —decía—, dame un oso.» No había deseado un cachorrillo, que necesitase cuidados.

«¿Es que me voy a desmayar? —se preguntó a sí mismo—. ¿Qué hace este bosque aquí? ¿Por qué un bosque?»

Hansel y Gretel. Pronto aparecería una cabaña y una bruja en ella, y la cabaña estaría hecha de azúcar.

—Tengo tanta hambre —pronunció en voz alta— que no puedo esperar a Gretel.

Pero en su interior sabía con sobrada certeza que no había ninguna Gretel. Él y ella se habían besado bajo la sombra del árbol sagrado en un día de primavera. Sobre un cielo levemente coloreado, unas cuantas nubes hinchadas habían seguido atrevidas su curso. Luego pasó el tiempo y de nuevo volvió a encontrarse subiendo estrechas escaleras hasta pequeños dormitorios y lechos desaseados, volviendo a bajar de malhumor, porque nunca había hallado a Gretel allí.

¡Qué extraño resultaba todo! Y ahora este bosque... Vio una luz brillando frente a él, a una distancia que parecía infinita, y comenzó acorrer, recordando que Carlyon podía

estar en alguna parte, a sus espaldas, oculto por la oscuridad. Tenía que seguir adelante, adelante, adelante. Sus pies tropezaban... y cada nuevo tropezón le producía una punzada de dolor desde el brazo hasta el hombro, comenzando por su rota muñeca. Pero ningún tropezón conseguía acercarle la luz. Brillaba burlona mente ante él, muy pequeña e intensa, con una penetración extraordinaria. Era como si el mundo entero se hubiese inclinado hacia arriba, igual que un buque sobre un océano alborotado, y que una estrella brillase al mismo nivel que la linterna de la nave... Pero tan distante e inaccesible como la estrella estaba la luz.

Casi se halló sobre ella antes de comprender que su pequeñez era debida a su tamaño y no a la distancia. Las grises piedras de una cabaña surgieron de pronto entre los árboles. Para él, alzar la cabeza a fin de contemplar el destartalado bulto, fue como si sus desiguales y nudosas espaldas se hubiesen encogido desde la tierra. Comprobó que no tenía más que un piso sobre el terreno, y la ventana que daba frente al bosque era de grueso cristal, ligeramente teñido, igual que las botellas de licor. Las piedras de que estaba construida daban la impresión de haber sido colocadas una sobre otra con demasiada prisa y desorden, y que con el tiempo se habían deslizado unas hacia un lado, hacia el contrario las otras, perdiendo su línea perpendicular. Resultaba ser una construcción chapucera, destinada en un principio, tal vez, a rudimentario establecimiento de sanidad; pero lo mismo pudo haber sido una pocilga o un pequeño establo.

Quedóse mirándola al tiempo que se tambaleaba un poco sobre sus pies.

Pronto se acercaría a ella y llamaría a su puerta; pero de momento, a pesar del cansancio y del dolor de su herida, se abandonaba a su ocupación favorita: la de dramatizar sus acciones.

«Salido de la noche —se dijo a sí mismo, y gustándole la frase, la repitió—: salido de la noche. Un hombre perseguido —añadió—, perseguido por asesinos.» Pero cambió de idea: «Mejor decir: *perseguido por algo peor que la muerte*».

Se imaginaba a sí mismo llamando a aquella puerta. Veía cómo giraba sobre sus goznes, y cómo, en el umbral, aparecía una anciana de blancos cabellos con rostro de santa. Ella lo acogería y le daría cobijo. Sería como una madre para él, le vendaría la muñeca, dándole comida y bebida, y cuando hubiese dormido y descansado, se lo contaría todo: «Soy un hombre perseguido —le diría— por algo peor que la muerte».

Volvió a sentir miedo al repetirse la frase «peor que la muerte». Experimentaba muy poca satisfacción ante los hechos que la imagen le recordaba. Volvió a mirar a su espalda, hacia la oscuridad de donde había venido, casi esperando ver el rostro de Carlyon, todo luminoso, como un nabo lleno de luz. Luego se acercó más a la cabaña.

Cuando rozó las ásperas y cálidas piedras con las palmas de las manos, se sintió más tranquilo. Por lo menos tenía algo sólido en que apoyar sus espaldas. Se volvió de cara al bosque, contemplándolo fijamente, intentando captar detalles y ver dónde crecía cada tronco. Pero o sus ojos estaban cansados, o la oscuridad era demasiado profunda. El bosque permanecía en su inescrutable y negra inmensidad.

Fue palpando cautamente a lo largo de la pared hasta

llegar a la ventana; una vez allí, poniéndose de puntillas, intentó atisbar el interior. Tan sólo percibía sombras y la llama de una bujía que descansaba sobre el anaquel del fondo. Creyó ver algo que se movía dentro de la habitación, pero acaso no fuera más que alguna sombra proyectada por la luz al moverse. Su cabeza se aclaró un poco y cedió sitio a la astucia, y ésta se sobrepuso a la intranquilidad. Tanteó el camino con suma cautela, pegado a la pared, hasta llegar a la puerta, atento a cualquier ruido que pudiese llegar de la cabaña por un lado y del bosque por el otro.

«Sería mala mi suerte —pensó, mientras el corazón se le sobresaltaba de modo enfermizo—, si hubiese dado con una guarida de contrabandistas.» Una noche como ésta, oscura y sin luna, sería la que él hubiese escogido para introducir un cargamento. Quizá sería mejor marcharse y evitar el lugar; pero cuando tuvo este pensamiento, sus dedos rozaban ya la madera de la puerta. Sus piernas estaban tan débiles como la mantequilla; su muñeca, punzada tras punzada, le producía un dolor que iba recorriéndole todo el brazo, y los bordes de la bruma que se aproximaba le hicieron comprender su situación. No podía seguir adelante. Mejor era enfrentarse con lo que hallase en el interior de la cabaña, que quedarse indefenso en el exterior, con Carlyon, quizás, acercándose a través del bosque. La imagen de la anciana de blancos cabellos había sido borrada por completo. Tanteó la puerta, pero no contaba con que ésta se abriría suavemente y sin resistencia, y cayó de rodillas en el umbral en una grotesca postura.

Levantó la vista, entorpecido y ofuscado por la bruma que avanzaba incontenible, cuando escuchó una voz:

«Quédese en donde está». Le habían hablado con un acento de autoridad, tranquilo y sin sorpresa. Ahora veía al otro lado de la habitación, oscilando como la esbelta llama de una bujía, a una mujer. Era joven, apercibióse de ello con una rápida mirada de soslayo, y blanco su rostro, pero estaba asustada. Lo que le mantenía de rodillas, aparte del completo abatimiento físico que le incapacitaba para levantarse, era el rifle que estaba apuntando fijamente a su pecho. Podía ver el percutor alzado.

—Oiga —dijo—, oiga. —Le molestaba el timbre apagado de su propia voz. Experimentaba la sensación de que debía sonar abatida y suplicante—. No tiene por qué asustarse —intentó hablar de nuevo—. Estoy rendido.

—Puede levantarse —replicó ella— y deje que le mire. Pero cuidado con lo que hace, ¿eh?

Él se enderezó tembloroso, con un sentimiento de intensa humillación.

No debía obrar así una mujer. Quienquiera que fuese, debió mostrarse asustada; pero maldito si tenía el más leve temor. Era él el que sentía miedo, con su mirada fija recelosamente sobre el cañón de la escopeta.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella.

Con gran sorpresa suya comprobó que su voz no revelaba enfado, sino auténtica y tranquila curiosidad. Le molestaba saber que, evidentemente, ella era la dueña de la situación. A pesar de su debilidad, hubiese deseado intimidarla, enseñarla. ¡Si pudiese apoderarse de su escopeta...!

—Quiero un sitio en donde esconderme —respondió—. Me persiguen.

—¿Agentes? —inquirió ella—. ¿Inspectores? No puede quedarse aquí. Será mucho mejor que se marche por

donde ha venido.

—No puedo —replicó él—, me cogerán. Oiga, estoy aliado de la ley. No son los policías los que me persiguen.

Con los ojos fijos en el arma, dio un paso adelante, extendiendo sus manos en ademán de súplica, empleando un gesto que había visto muy a menudo en los escenarios.

—Quédese donde está —le ordenó ella—. No puede permanecer aquí. Dé la vuelta y márchese.

—Por el amor de Dios.

Él había tomado esta expresión asimismo de la escena, pero la muchacha no podía saberlo. Sonaba genuina, porque su voz brotaba inundada de lágrimas no fingidas. Estaba derrengado y deseaba dormir.

—Si le persiguen —repuso ella, como si hablase a un chiquillo sumamente estúpido—, está perdiendo el tiempo aquí.

—Cuando la coja —rechinó él con súbita furia— le enseñaré a tener caridad. Se llamará usted cristiana. —Sus ojos se llenaron de cálidas lágrimas sentimentales ante la súbita visión de pequeñas iglesias grises, campos de trigo, portillos, el distante sonido de las campanas, petirrojos en la nieve—. Le enseñaré... —murmuró de nuevo. La inmaculada serenidad de aquel rostro lo enfurecía—. Le diré lo que haré con usted... —Con infantil petulancia lanzó su barro contra algo hermoso y muy lejano, se odió a sí mismo y se regocijó en su odio. Describió lo que le haría, en una breve y filosófica frase, gozando ante el sonrojo que inundó su rostro. Su explosión trajo la bruma más cerca de él—. ¡Entonces se podrá reunir con sus compañeras en las calles...! —le gritó, decidido a herirla antes de que su desmayo le convirtiese en un inútil y vergonzoso cobarde

completamente a merced de ella.

Durante un momento creyó que iba a disparar. Estaba demasiado exhausto para temer nada y tan sólo sentía una vaga satisfacción al pensar que se había hecho lo bastante abominable para que ella actuase violentamente. Mas pasó el peligro.

—Le he dicho que se marche —fue todo cuanto respondió la muchacha—. No sé lo que busca usted aquí.

Vaciló un poco sobre sus pies. Apenas podía verla ahora. Era un esbozo gris pálido en un mundo de grises.

—Mire, está en la ventana —gritó con súbita vehemencia, y en el momento en que aquel esbozo se movió, abalanzóse hacia delante.

Sintió la escopeta entre sus manos y la inclinó hacia arriba, luchando al mismo tiempo por encontrar el gatillo del arma. La muchacha había sido cogida por sorpresa y desde el primer momento cesó de hacer resistencia.

Con la boca del arma apuntando a algún sitio del techo, apretó el gatillo.

El percutor cayó, pero no hubo explosión. La muchacha se había burlado de él con un arma descargada.

—Ahora le enseñaré a usted.

Intentó tirar el arma a un lado, para mejor poder acercarse a ella, pero su muñeca derecha pareció doblarse y abatirse por el esfuerzo. Sintió que una mano presionaba contra su rostro; todo su cuerpo se debilitó y dio un traspié hacia atrás. Se golpeó contra una mesa que antes no había visto, tan ofuscados estaban sus ojos con el peligro que había ante él. Adelantó una mano para evitar la caída, porque sus piernas parecían doblarse por todas sus coyunturas. Algo cayó al suelo acompañado de un breve destello de oro, como el de una desdeñosa guinea, y sus

dedos se chamuscaron durante un momento en la llama de la bujía.

El dolor le aclaró la mente con la rapidez que una mano descorre una cortina violentamente. Miró hacia atrás y se encontró frente a un rostro de espesa barba sobre el cual enviaban otras tres velas unos mortecinos reflejos.

—Pero... —gritó, y nunca supo lo que quiso añadir a la comenzada frase. Se apartó con disgusto del cuerpo, que yacía en un ataúd destapado y sin barnizar. Nunca se había enfrentado con la muerte tan cara a cara. A su madre no la había visto cuando murió, porque su padre la había enterrado rápidamente, colocando sobre su tumba una cruz y un ramo de flores; su padre había muerto durante una lucha en el mar, y su cuerpo fue lanzado por la borda del barco mientras él estaba aprendiendo a declinar *oikia* en una escuela de Devon. Estaba asustado, contrariado, enfermo y lleno de humillación. «Había sido una falta de respeto —pensaba oscuramente allá en su interior— alborotar de semejante modo ante un ataúd, aunque el ataúd fuese de tablas de pino sin barnizar.» Sus ojos buscaban en una oscuridad que iba haciéndose cada vez más profunda, sólo interrumpida por los dorados puntos de las candelas; hasta que encontraron un rostro que parecía blanco, más de cansancio que de serenidad.

—Lo siento —se excusó.

Y las luces se apagaron totalmente.

Capítulo II

Sobre un confuso apilamiento de verdes hortalizas, dos viejas charlaban.

Parecían picotear las palabras, igual que los gorriones las migas de pan.

—Hubo lucha y uno de los funcionarios murió.

—Le colgarán por eso. Pero tres de ellos escaparon.

Las hortalizas empezaron a reavivarse y a crecer de tamaño: coliflores, coles, zanahorias, patatas.

—Tres de ellos se escaparon, tres de ellos se escaparon —repitió una de las coliflores.

Luego toda la pila cayó al suelo, y vio a Carlyon que avanzaba hacia él.

—¿Te has enterado de esto? —preguntó—. Tres de ellos se escaparon, tres de ellos se escaparon.

Se acercaba cada vez más y su cuerpo aumentaba de tamaño hasta parecer que iba a estallar de pronto como una vejiga hinchada.

—¿Te has enterado de esto, Andrews? —volvió a decir.

Entonces se dio cuenta de que, desde algún lugar tras él, un arma le apuntaba; se volvió, pero vio tan sólo a dos hombres, cuyos rostros estaban vueltos, y que reían juntos.

—¡El viejo Andrews!, no volveremos a ver su cara de nuevo. ¿Recuerdas el tiempo en que...?

—¡Oh, cállate! —le interrumpió con vehemencia—. No era más que un bruto, te digo. Mi padre era un bruto.

Su padre y Carlyon bailaban alrededor de él cogidos de las manos. El círculo se hizo más pequeño y él podía sentir sus alientos, el de Carlyon fresco e inodoro, el de su

padre, agrio, cargado de tabaco. Se sintió agarrado por la cintura, y alguien gritó:

—¡Tres de ellos se escaparon!

Los brazos comenzaron a llevárselo.

—¡Yo no lo hice! —chilló—. ¡Yo no lo hice!

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Luchó y luchó contra los brazos que tiraban de él.

* * *

Emergió lentamente entre una bruma gris que se iba dispersando, cortada en jirones por filos mellados. Los jirones se desvanecieron ante su vista y se convirtieron en cajas, viejos baúles, mugrientos tablones de madera. Se encontró tumbado sobre un montón de sacos; un perfume a rancio, de tierra húmeda, flotaba por la habitación. Unos aperos de jardinería descansaban contra una de las paredes, y un baúl volcado y sin tapa aparecía lleno de pequeños y arrugados bulbos.

Al principio se preguntó si no estaría en el cobertizo de su casa. Afuera tenía que haber un prado y un alto pino, y pronto escucharía al jardinero que caminaba arrastrando los pies. El viejo arrastraba siempre su pie izquierdo, con lo que quitaba a sus pasos toda cadencia. Podían contarse como los chillidos de las lechuzas. «Uno... doooooos... , uno... doooooos». Pero al encontrarse echado en el cobertizo a la grisácea luz de la mañana, Andrews no se hizo tal pregunta. En realidad no tenía ningún sentido hacerla, pues se daba perfecta cuenta del lugar en donde se hallaba.

«Jugaré un poco más», pensó.

Y girándose hacia un lado, se quedó con el rostro

vuelto hacia la pared, para así no darse tanta cuenta de los detalles tan poco familiares de aquella habitación, cobertizo o lo que quiera que fuese. Luego cerró los ojos, porque la pared que se encontraba ante su vista era de piedra y le hubiera gustado que fuera de madera.

Ahora sí que le parecía estar en el cobertizo de su casa. Con los ojos cerrados, la ilusión resultaba perfecta. Aspiró con fruición el cálido aroma del mantillo.

El viejo gruñiría ante su presencia allí, se quejaría de que había cambiado de lugar la azada, la pala, la horquilla. Después, tan ciertamente como que a continuación del día viene la noche, cogería la tapa de una caja llena de semillas, las agitaría arriba y abajo produciendo un pequeño ruido muy semejante al granizo, y murmuraría: «Polvo de caracol marino». Rememoraba su imagen, de pie bajo el pino, al final del prado; se pasaba la mano por la barbilla pensativamente y mirando a la afilada y oscura silueta que se hallaba sobre él, musitaba lentamente: «Trescientos años, trescientos años». Andrews había hecho un comentario referente al dulce y esquivo aroma que flotaba en el aire. «Eso son los años —dijo el viejo—, son los años.» Hablaba con tal convicción que él casi esperaba verlo desaparecer convertido en un débil perfume de bulbos y de tierra húmeda recién arada. «Hacen ataúdes de la madera del pino —añadió el viejo, acto seguido—, ataúdes; por eso, a veces, se siente olor de pinos en sitios donde no los hay. Atraviesa la tierra, ¿comprendes?»

Pensar en ataúdes le obligó a abrir los ojos. Volvió a ver la luz de la vela y la barbuda faz que miraba hacia él. Fue pura casualidad que no tocase con su mano aquella recia barba. Tres años pasaron veloces ante su mente; el presente le atacó los nervios. Se puso en pie de un salto y

miró a su alrededor. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Qué habría estado haciendo la muchacha durante este tiempo? Había sido un cobarde al desmayarse y un sentimental por soñar con el pasado. El presente exigía rápida acción, si es que quería llegar a puerto seguro; pero, recordando todas las circunstancias de las últimas semanas, se preguntó con una triste sacudida de su corazón si era posible que hubiese algún puerto suficientemente seguro para que Carlyon no pudiese penetrar en él.

En la pared opuesta había una ventana cubierta de telarañas y de polvo.

Colocando una caja encima de otra pudo llegar hasta ella, y calculó que sólo con gran dificultad podría deslizar su cuerpo a través de la abertura. Tenía miedo de romper el cristal por el ruido que produciría al hacerlo, y sus dedos palparon cauta y tímidamente el pestillo, que casi parecía soldado allí a consecuencia de la herrumbre. Comenzó a rascar el óxido con sus uñas y consiguió mover el pestillo unas fracciones de pulgada. Los diminutos ruidos que esto producía le crispaban los nervios, y la misma necesidad de tener cautela le hacía descuidado. Se erguía de puntillas, en parte a causa de la excitación y de su impaciencia por marcharse, en parte para conseguir mover mejor aquel endiablado pestillo.

Con un prolongado crujido giró sobre sí mismo y dejó la ventana en libertad; en el mismo momento, el ruido del tirador de una puerta al abrirse le obligó a dar una vuelta sobre sus talones.

Tan seguro estaba de que la puerta de aquella habitación se hallaba cerrada con llave, que no se había vuelto a acordar de ella hasta ahora, en que se abrió,

apareciendo la muchacha en el umbral. Él se sintió profundamente en ridículo tambaleándose sobre las cajas puestas bajo sus pies. Con cuidado y despacio, sin apartar de ella su mirada, se bajó de su inseguro pedestal.

La muchacha se rió, pero sin que en su risa se retratase la más ligera burla.

—¿Qué estaba usted haciendo ahí arriba? —preguntó.

Él se sintió furioso contra ella por haber sido encontrado en tan desfavorable postura.

—Trataba de escaparme —respondió.

—¿Escapar? —pronunció la palabra como si tuviera un sonido hasta ahora desconocido para ella—. Si quiere decir que quería marcharse —añadió— aquí está la puerta, ¿no es cierto?

—Sí... y usted con el rifle —repitió él.

—¡Oh, ese rifle! —volvió a reír, esta vez no desdeñosamente, sino con sincera alegría—. No tengo la menor idea de cómo se carga.

Dio unos pasos hacia ella, pero mirándola menos que a la puerta, abierta a sus espaldas, y que conducía, según pudo ver, a la habitación donde fue humillado la noche pasada. Tenía la seguridad de que le estaba mintiendo. Debía haber algo más que un ataúd y un hombre muerto en esa habitación, algo que la envalentonara, para enfrentarse tan calmadamente con él... tan imprudentemente, para decirlo a su modo. Y avanzó un poco, ampliando su visión más allá de aquel cuarto.

—¿Quiere decir que me puedo marchar? —inquirió.

—Yo no se lo impediría —contestó ella. En su voz una nota de cólera luchaba con la ironía y al final esta última salió vencedora—. Yo no le invité a pasar aquí la noche.

—No hable tanto.

Esto lo pronunció con rabia, y se sonrojó ligeramente cuando ella le preguntó si es que estaba escuchando algo al verle prestar tanta atención hacia fuera. Durante un momento creyó oír el crujido de una tabla y algo parecido a la respiración de un hombre. Pero no podía estar seguro. ¿Y si ella hubiese salido durante la noche y hubiese hallado a Carlyon...?

—Oiga —gritó incapaz de soportar la incertidumbre por más tiempo—, ¿qué es lo que ha hecho?

—¿Hecho? —repitió ella—, ¿hecho?

Ella miró con aire de sorpresa, odiando la costumbre que tenía de repetir una y otra vez las palabras.

—¿A quién ha ido a buscar mientras he estado durmiendo? Conozco la clase de personas a que pertenece.

—Es usted un hombre, ¿no es verdad? —repuso ella con súbita vehemencia, y se encontró con una mirada de soslayo y una respuesta:

—¿Quiere que le dé una prueba?

Era como si el rostro del joven fuera una máscara articulada y movida por pequeñas cuerdas. Al tirar ella de una, la boca se le había abierto, torciéndose un poco los labios en una comisura. Se preguntó cuál sería el hilo que pusiera en movimiento aquellos ojos que continuaban mirándola con aire de sospecha, un poco asustados, sin ninguna conexión intencional con lo que los labios expresaban. El también se daba cuenta de esos hilos que ponían sus palabras y su boca al servicio de otros. Un poco tarde intentaba recordarlas, no a través de la vergüenza de su significado —hubiera sido lo mismo si hubiesen sido pronunciadas poéticamente—, sino porque habían sido

dictadas por otro. Y ahora que había vuelto el sentido común, intentó demasiado tarde borrar sus anteriores palabras con otras expresadas con enfado:

—¿Qué quiere decir con todo eso?

—¿Cree usted —manifestó ella— que un hombre nunca sabe qué clase de mujer tiene delante? Si yo creyese eso, yo...

Se lo quedó mirando con ojos sorprendidos, como si hubiese sido él quien hubiera estado hablando.

—Puede irse —terminó—; no hay nadie que se lo impida. ¿Por qué iba yo a desear que se quedase?

«Todo eso está muy bien —pensó él—. ¿Es acaso una baladronada? Esta muchacha tiene mucho temple.»

Parecía inverosímil que, después de su manera de entrar en la casa la noche anterior, ella no hubiese intentado comunicarse con alguien. Y toda la vecindad, en aquellos momentos, estaba invadida por los aduaneros y policías. El no sabía cuál era la actitud de ella respecto a estos últimos, y no tenía confianza alguna, como Carlyon, en su capacidad de evasión. De todas formas, le había dicho que se podía marchar y allí estaba, aguardando. ¿Qué diablo de mujer era, puesto que le forzaba a ponerse en movimiento?

Ya no quería escapar ni andar dando tumbos a ciegas por una región desconocida. Deseaba descansar sobre un lecho con la cara vuelta hacia la pared, y dormirse. Pero ella continuaba esperando y él tenía que ponerse en marcha. Se dirigió lenta y suavemente hacia la puerta, pisando con la misma precaución que un gato que entra por vez primera en una casa. Cuando llegó ante el umbral empujó la hoja hacia atrás todo cuanto dio de sí, por temor a que alguien pudiera estar oculto tras ella, y pronto a saltar sobre su espalda.

Detrás de él oyó una carcajada y de nuevo se volvió. Se sentía cansado y vejado, y en modo alguno dispuesto a ser motivo de mofa. Una ráfaga de propia conmiseración cruzó por su mente y se vio a sí mismo solo y sin amigos, perseguido por crueles enemigos a través de un mundo al que nada le importaba su vida.

«Simpatía es todo cuanto quiero», se dijo. Ancianas de cabellos blancos, de ojos amables y piel arrugada se inclinaban hacia él, con sus amplias faldas y senos acogedores, haciéndole burla. Pequeñas lágrimas punzantes se agolparon a sus ojos: «Ya sé que soy un cobarde, merecedor del mayor desprecio —pensó, con doloroso convencimiento, intentando, sin gran esperanza, desdeñar su verdadero modo de ser—. Ya sé que no tengo ni una onza de valor, que si Carlyon apareciese ahora me pondría de rodillas ante él, pero todo lo que deseo es un poco de simpatía. Podría convertirme en un hombre si alguien tuviese interés, si alguien tuviese fe en mí... » Pero su otro yo intervino. El sabía que en su cuerpo vivían dos personas: una, la criatura sentimental, ávida y camorrista, y la otra, un duro crítico de la primera. «Si alguien tuviese fe en mí...» Pero tampoco él tenía fe en sí mismo. Siempre, mientras hablaba una de las dos personas que vivían en él, la otra se situaba a un lado preguntándose: «¿Soy yo el que está hablando? ¿Puedo realmente seguir viviendo así?»

—Resulta muy fácil reír —manifestó con amargura.

«¿Pero estoy en realidad amargado? —preguntaba la otra parte—. ¿No continúo representando una comedia? Y si es así, ¿soy yo quien actúa, o es otro el que mueve los hilos?»

¡Pero qué farisaica era la otra parte de su ser! Nunca

tenía dominio de su boca y le dejaba decir lo que quería: palabras duras, reales, confiadas. Pero sólo se mantenía a un lado, escuchando, vilipendiando y preguntando. Y ahora dejó que su voz hablara, fuese genuina, fingida o dictada:

—Usted no sabe lo que es sentirse solo.

Mientras contemplaba el rostro que todavía seguía sonriéndole, no con hostilidad, sino con una casi amigable burla, se asustó ante la realidad no intencionada de sus propias palabras. Estaba solo en realidad. Quizás aquella otra parte de su ser había estado silenciosa, no por su propia rectitud, sino porque no tenía nada que expresar. No había en él más que sentimentalismo, temor y cobardía, solamente reacciones negativas. ¿Cómo podía tener nadie fe en él si ni tan siquiera existía?... En lo más recóndito del laberinto por el cual se acosaba a sí mismo, se sorprendió al recibir la contestación de ella:

—También yo he estado sola las dos últimas noches. No me importa estarlo durante el día, pero me asusta un poco la noche, ahora que él ha muerto.

Él miró a través de la habitación. El ataúd continuaba sobre la mesa de la cocina. Las velas se habían apagado y se inclinaban en posturas cansadas como vencidas por su propio peso.

—¿Su marido? —inquirió. Ella negó con la cabeza. —
¿Su padre?

—No lo era exactamente. Sin embargo, él me crió. No puedo acordarme de mi padre. Le tenía cariño. Era bueno conmigo, a su manera. Me horrorizaba un poco estar sola.

Parecía que hubiese olvidado las circunstancias de su llegada la noche anterior. Estaban frente a frente. Ella también parecía estar sola en un oscuro bosque. Diríase que también estaba asustada, pero había en ella un valor que

aumentaba la vergüenza de Andrews, un valor en aquella cándida mano que parecía tenderse en la oscuridad en busca de compañía.

—Será peor esta noche —agregó—. Tengo que enterrarlo hoy.

—Yo hubiera creído —contestó él, recordando la barba sobre la cual estuvo a punto de poner su mano— que sería menos... impresionante, sin un cuerpo en la casa.

—¡Oh, no, no! —negó ella, mirándole con ojos apenados—. Yo no tendría miedo de él.

Se acercó y se situó en el umbral de la puerta junto a Andrews, mirando hacia el descubierta ataúd.

—Debe de estar muy solo —volvió a decir—, pero la paz de Dios se refleja en su rostro. Venga y véalo.

Cruzó la habitación y él la siguió con cierta desgana.

En el rostro del muerto veía muy poca paz de la que ella había hablado.

Los ojos estaban cerrados, y llegó a la conclusión, viendo la dura y áspera piel del rostro, de que los párpados habían sido difíciles de cerrar. Le parecía que se mantenían cerrados con tanto esfuerzo que en cualquier instante los ojos se abrirían de súbito con un chasquido semejante al de una persiana. Alrededor de la boca se iniciaban pequeñas y finas arrugas que se esparcían por la cara en sutiles radiaciones. Miró a la muchacha para ver si se estaba burlando de él al hablarle de Dios y referirse a este barbudo vagabundo, pero ella estaba contemplando el cuerpo con una leve y serena ternura. Estuvo tentado de decirle: «Es usted quien tiene la paz de Dios, no él». Pero se contuvo. Resultaría melodramático y ella se reiría aún más de él. Solamente para satisfacción de determinados fines o

cuando sentía lástima de sí mismo, se concedía el placer de recurrir a lo patético.

Fue mientras contemplaba el rostro y el decidido alineamiento de las arrugas —percatándose a la vez de lo seguros que eran los pensamientos de la muchacha— cuando oyó unos débiles pasos que andaban a tropezones. Era el miedo lo que daba a sus oídos tal agudeza para percibir los rumores más leves; la muchacha, a su lado, no se había movido. Dejó de mirar al hombre muerto y volvió a enfrentarse con ella. Violentamente le dijo:

—¿Conque me ha estado entreteniendo aquí?

Sólo a medias se daba cuenta de la estupidez de su acusación. La parte razonadora de su ser le dijo que había estado con ella, desde que se despertó, tan sólo unos pocos minutos, pero la razón parecía que estaba ausente de aquella casa desde el momento en que entró en ella y vio lo que debió haber sido una muchacha asustada, manteniéndolo a raya, con el rifle sostenido, entre dos velas de amarillento fulgor, por unas manos que no denotaron el más pequeño temor. Desde que se había despertado, hacía cinco o diez minutos, había vuelto a vivir su vida de muchacho en Devon y había estado —se lo dijo con una súbita llamarada de sentimiento— entre la astuta y, no obstante, ridícula tierra y las decididas determinaciones del espíritu. Estos lances no podían reducirse a un pequeño lapso de minutos, y por consiguiente, con una sensación de verdadero agravio, acusó a la muchacha:

—¿Me ha estado entreteniendo aquí?

—¿Entreteniéndole? —se asombró ella—. ¿Qué quiere decir?

De pronto, los pasos, que hasta entonces se habían ido alejando en la distancia, pudieron distinguirse de nuevo

sobre el empedrado del camino. La imaginación de Andrews atravesó la confusión de sus vagos pensamientos con un destello de temor, y casi corriendo atravesó la habitación hasta llegar a la puerta a través de la cual había entrado la pasada noche. Un sentimiento de arrolladora desolación lo estremeció, preguntándose si llegaría algún día a encontrarse libre de la persecución y si le sería posible vivir tranquilo; instintivamente dio un salto como si fuera un conejo cogido en una trampa.

—¡No salga ahí fuera! —le gritó ella.

Titubeó con su mano sobre el pestillo de la puerta. La muchacha se estaba rozando la mejilla con la punta de sus dedos.

—Es la mujer que viene a limpiar la casa —le explicó.

—No debe encontrarme —murmuró él, temeroso de que sus voces se oyeran en el camino.

—Sólo si sale usted fuera es como puede encontrarle —repuso la muchacha—. Ahora viene del pozo. Mejor será que vuelva a la habitación en donde ha dormido. —Y luego, cuando él se dirigía hacia el lugar que le indicaba, le detuvo—: ¡No!

Apareció por su cuello y rostro un leve rubor.

—¿Qué es lo que sucede ahora? —preguntó él con enfado.

—Si le descubre... escondiéndose... pensará...

—¡Vaya, resulta que es usted una muchacha decente!

Exclamó esto con resentimiento y sorpresa, como si la tranquilidad de espíritu con que ella había contemplado al muerto hubiera sido mancillada por su astucia terrena.

Unos rayos de sol amarillentos, claros y fríos de escarcha, se reflejaron en los cristales y, atravesando la

habitación, iluminaron el rostro de la muchacha, contradiciendo el sombrío sentido de las palabras que había pronunciado.

—No, no puede hacer eso —le suplicó—. No está usted en peligro alguno.

Él se acercó y la cogió por los brazos atrayéndola hacia sí.

—Escúcheme —dijo—. Estoy en peligro. Mataría a esa vieja, quienquiera que sea, antes de que hablara de mí en Shoreham. Soy un cobarde, ¿comprende?, y sería más fácil matarla a ella que al hombre que me persigue. Ahora, ¿querrá usted esconderme?

La soltó y la apartó de sí.

—Tiene que haber otro medio —musitó ella. De pronto comenzó a hablar rápidamente—: Usted es mi hermano, ¿comprende? Llegó la semana pasada, al enterarse de que él se estaba muriendo, porque no quería que yo estuviese sola.

Hizo una ligera mueca como si hubiese saboreado algo desagradable. La caída al suelo del agua de un recipiente demasiado lleno la interrumpió. Casi en el mismo umbral de la puerta se oyó el ruido de los pasos:

—Tiene que inventar cosas —le acució ella—. ¿Qué más hay? Debo haberme olvidado...

—¿Cómo la llamaré? ¿Cuál es su nombre? —murmuró él con rapidez, cuando ya con un fuerte crujido se alzaba el pestillo de la puerta.

—Elizabeth, Elizabeth.

La puerta se abrió y resultó ridículo aquel temor ante los pasos de una mujer vieja, con un cubo de agua cuyo contenido iba rebosando por encima de sus bordes y cayendo al suelo. Era de baja estatura, gruesa, y daba la

impresión de estar sujeta fuertemente por un gran número de botones, forzados de su posición normal y ocultos por entre los intersticios y recodos de sus voluminosas ropas. Sus ojos eran pequeños y apagados, las cejas apenas si se distinguían. Su cabello, en parte blanco y en parte gris, dejaba ver dispersos unos cuantos mechones de un dorado metálico.

Cuando vio a Andrews de pie junto a la muchacha, puso el cubo en el suelo y, como si fuera a silbar, contrajo su boca. No lo hizo, pero el silbido pareció rondar silenciosamente, por decirlo así, sobre sus labios mientras sus ojos, que cambiaban de expresión, pasando de la sorpresa a la curiosidad y, al cabo, a una astuta alegría, parecieron producir el ruido que silenciaron sus labios. Bajo su tranquila y alegre mirada, él empezó a impacientarse, deseando que su compañera rompiese a hablar.

Finalmente, la vieja, sin aguardar a que se la invitase a hacerlo, entró en la casa. Sus ojos, tras haber examinado a su sabor a la pareja, perdieron su interés. Colocó el cubo sobre el enlosado y luego, con un trapo viejo y muy sucio, empezó a fregar. Había sólo aseado un espacio muy pequeño de suelo cuando juzgó necesario apartar a un lado la mesa sobre la que descansaba el ataúd; lo hizo así dando al acto una completa, y para Andrews sorprendente, importancia. Sus ojos habían ya captado cuanto había deseado ver, pero algo le rondaba aún por el magín. De pronto rió entre dientes y escurrió con precipitación el agua de la bayeta dentro del cubo, tosiendo un poco para disimular su risa.

La muchacha sonrió a Andrews, y con un pequeño mohín de sus labios que decían muy claramente «Ahora a decirlo», pronunció:

—Este es mi hermano, Mrs. Butler.

La voz que salió de la figura arrodillada en el suelo resultó sorprendente e inesperada. Hacía juego, no con el blanco o gris de los cabellos, sino con las metálicas guedejas doradas. Era suave, casi joven. Como un pequeño y agradable pastel mojado en vino. Hubiera podido parecer hermosa, si hubiese tenido ese toque que hace bellas a las cosas bellas; pero surgía amortiguada por el cansancio.

—No sabía que tuviese un hermano, Miss Elizabeth.

—Vino hace una semana, cuando supo que Mr. Jennings se estaba muriendo —explicó la muchacha.

—Así debe hacerlo un hermano.

Acto seguido estrujó el trapo dentro del cubo y se sentó inopinadamente sobre sus talones. Sus ojos no eran suaves como su voz, pero sí tan penetrantes como leve era ésta. Tanto Andrews como la muchacha se dieron cuenta de sus actitudes afectadas y torpes, permaneciendo separados uno de otro y sin tener nada que esperar.

—Pues son muy diferentes, Miss Elizabeth —comentó Mrs. Butler—. Su hermano no parece muy fuerte... O quizás es que está cansado.

Una burlona sonrisa empezó a formarse en sus ojos, creciendo como una pompa de jabón. Aumentó de tamaño por un esfuerzo casi visible, hasta que, al final, la dejó en libertad para que recorriera alegremente la habitación. Volvió a empapar el trapo y a fregar con brío, como si quisiera espantar el espíritu de la voluble descortesía.

—¿Y cómo se llama usted, señor, si no le parezco entrometida?

—Pues igual que mi hermana —replicó él, tratando de darle un tono alegre y natural a su voz.

—He querido decir su nombre de pila, señor —

rectificó ella, inclinándose sobre el suelo que estaba fregando.

—¡Oh! Francis, claro. ¿Acaso no le ha hablado mi hermana de mí?

Entre frase y frase había tenido tiempo de ver cómo un rayo de sol modelaba el rostro de la muchacha, dando ligereza a sus rasgos un tanto pesados, suavizando la perplejidad en él retratada hasta convertirla en una imagen de paz. «Una Elizabeth morena —pensó, contemplando su cabello—. ¡Qué raro!» Empezó a recobrase, desapareciendo la pesadumbre de su temor, y abandonándose a un pasatiempo infantil en el que no existía ninguna realidad penosa.

—Elizabeth —<lijo—, ¿no le has hablado nunca de mí a Mrs. Butler? Lo siento de veras. ¡Y yo allá, en el mar, creyendo que te acordabas de mí!

—¿Cómo? ¿Es usted marino, señor? —preguntó la mujer, sin molestarse en levantar los ojos del espacio de suelo en el que se movían sus pequeños y gruesos brazos—. Nunca hubiera llegado a pensarlo.

—Sí, pero un mal marino —repuso él, sin apartar sus ojos del rayo de solo de aquella porción del mismo que acariciaba el rostro de Elizabeth; se había propuesto hacerla sonreír—. Cuando me enteré de cómo... de que se estaba muriendo, dejé mi barco. Pensé que mi hermana desearía tener cerca a alguien más, aparte de usted, para protegerla. No puede usted imaginarse, Mrs. Butler, cuán a menudo he leído cosas de usted a la luz de las estrellas.

Cesó de hablar. Había ganado la sonrisa.

Y no obstante, ahora que la había logrado, se sentía intranquilo. Le recordaba, quizá, todas aquellas cosas

imposibles y no alcanzables... No era deseo, en aquel momento, porque estaba demasiado abatido para desear, pero sí la civilización. Esta significaba para él gozar de tranquilidad... Jardines y comidas en sosiego, música, el canto de la catedral de Exeter. Y no era posible conseguir estas cosas por culpa de Carlyon. De los demás no tenía miedo: no podían, estaba seguro, alejarse de su vida grosera, de bebida y de maldición. Podía escapar de ellos mientras él se encontrase en un salón; pero durante un té cualquiera, por tranquilas que fuesen las llamas del fuego y suave la charla de los reunidos, la puerta podría abrirse, y Carlyon entrar.

Mrs. Butler seguía fregando, con sus espaldas moviéndose rítmica mente al vaivén de sus brazos sobre el suelo. Él la vio de pronto convertida en una espía hostil formando parte de su obsesionante realidad, aunque en su pensamiento no hubiese tomado forma concreta semejante creencia. Su temor era demasiado agudo para dedicarse a tales disquisiciones. Pero sin expresárselo con claras ideas, tuvo la sensación de que esta casa era como la de un cuento de hadas. Había tropezado con ella saliendo de un bosque, cuando se encontraba atontado por el sueño que le dominaba. Le había dado cobijo y rodeado de algo misterioso; no tenía nada que ver con el mundo que él conocía —la constante irritación y el esfuerzo del mar—, ni tampoco con el temor de los últimos días. Pero Mrs. Butler había llegado del pueblo aquella mañana. En sus oídos todavía resonaban los murmullos que él había abandonado, las olas, el ruido de los carros, las voces de las pescateras: «¡Caballas frescas! ¡Caballas!» y los comentarios de la plaza del mercado: «Tres de ellos escaparon... »

La mujer había dejado la puerta abierta y, a través

de ella, podía ver claramente a la luz del sol todo aquello que, al venir, le estuvo negado, por la fatiga de su cuerpo y las tinieblas de la noche. Había imaginado esta cabaña sola en medio de un bosque. Ahora podía ver que estaba situada al borde de un simple soto.

—¿Qué es eso? —preguntó al percibir un sonido, incapaz de mantener fuera de su voz todo signo de temor.

—Es sólo un carro —le contestó la muchacha.

—¿Un carro? —gritó, y se acercó a la ventana.

Era cierto. La cabaña, que él había creído escondida en la selva, estaba a unas cien yardas de la carretera. Era inútil que se dijera a sí mismo que una carretera era el lugar más seguro, que Carlyon, probablemente a estas horas puesta a precio su cabeza, igualmente temería el campo abierto. Sentía superstición respecto al asunto de Carlyon. No podía figurárselo escondido.

—¿Un marino? —dijo Mrs. Butler, con sus ojos fijos en el suelo—. Hay marinos y marinos. Hay algunos que no quieren a los inspectores, pero yo digo que no hacen más que cumplir con su obligación. Reciben dinero por ello mismo que yo por fregar este suelo. Y se llevan la peor parte la mayoría de las veces. Ya ve lo que pasó el martes.

—¿A qué hora es el entierro? —preguntó Andrews.

Al hacer esta pregunta dio la espalda bruscamente a la señora Butler. Se dio perfecta cuenta de que, tras él, la mujer habría alzado su sorprendida cabeza y lo estaría contemplando inquisitivamente. La muchacha se dirigió a la puerta y la siguió allí con una sensación de alivio, contento de haber dejado, aunque sólo por poco tiempo, la curiosidad de Mrs. Butler, así como su agradable y cansina voz.

—¿A qué hora es el entierro? —volvió a preguntar.

—Vendrán a buscarlo a las once —contestó ella.

Y esa sencilla frase barrió su última esperanza de aislamiento. El tiempo existía en esta cabaña. Los relojes marcaban las horas y las agujas giraban como en todo el resto del mundo. Experimentaba la sensación del tiempo que transcurría junto a él, raudo como un jabalí salvaje lanzándose furioso contra su víctima. El tiempo se agitaba en él al pasar. Parecía ir aumentando su velocidad como si descendiese por una pendiente. Los poetas habían dicho una y otra vez que la vida era corta. Ahora, por vez primera, lo reconoció como un hecho vital. Ansiaba paz y belleza, y los minutos pasaban veloces. Y él continuaba siendo un fugitivo, con la mente aturdida, oscurecida por el temor de la muerte.

—¿Estaremos solos? —indagó con mezcla de ansia y de aprensión en su voz.

—¡Solos...! —repitió ella en voz baja, para que su voz no llegase, por encima de las salpicaduras del agua de la bayeta, hasta los oídos de Mrs. Butler—. No, no estaremos solos. Usted no conoce a estos aldeanos. —Y añadió con violencia inusitada—: ¡Los odio! Esto es para ellos una función. Se aglomerarán en el entierro, pero no les daré de comer. No se han acercado a mí desde que murió, y yo hubiese agradecido la venida de cualquiera de ellos durante la noche, para acompañarme. Nunca vinieron cuando estaba vivo.

—¿Qué quiere decir? —Levantó la voz, sin acordarse de sus temores—. ¿Una muchedumbre?

Se adueñó de la muñeca de ella.

—¡Si usted ha planeado esto...! —amenazó.

—¿Tiene necesidad de ser imbécil a la vez que cobarde? —le reprochó ella cansadamente y sin cumplidos—.

¿Por qué iba a planear nada contra usted? No siento suficiente interés para hacerlo.

Libertó su mano y salió al otro lado de la puerta.

—No sé por qué le he ayudado de esta forma —añadió con un leve movimiento de hombros.

La siguió, todavía sospechando. Se sentía engañado, simplemente porque esta cabaña no era la solitaria casa de campo que él se había figurado.

—No ha sido por su gusto —manifestó—. Yo la obligué.

Ella no le miró. Sus manos descansaron sobre sus caderas y contempló la colina por la cual él había venido, mientras una pequeña arruga que denotaba perplejidad se dibujó en su frente. Parecía querer hallar la razón que movía sus actos.

—No fue por temor —declaró—. Tendría que ser un imbécil el que tuviese miedo de usted. —y sonriendo como ante el recuerdo de algo divertido, agregó—: Supongo que estaba cansada de estar sola.

Capítulo III

—Y aunque después los gusanos de mi piel destruyan este cuerpo, en mi carne veré a Dios; a quien yo no veré por mí mismo; pero mis ojos lo contemplarán...

El sacerdote era alto, enjuto y encorvado; tenía un fuerte resfriado y carraspeaba entre una y otra frase mientras daba grandes zancadas a través del camposanto. Era un día crudo y parecía estar impaciente por acabar con lúgubre ceremonia. Al final de cada letanía carraspeaba nuevamente y con un movimiento rápido y disimulado se enjugaba la nariz con la punta de su roquete que ondeaba al viento como una banderola. Caminaba, no ocultando su odio al frío, pero sí el que le inspiraban los que le seguían: una larga y dispersa hilera de aldeanos, moviéndose con la lentitud que él les permitía y casi como queriéndole retener por la ondulante punta de su sobrepelliz. No querían perderse un funeral. Las mejillas y narices de todos estaban enrojecidas y los ojos les brillaban como la escarcha, atisbando curiosamente el ataúd de madera.

«Todo esto no les importa nada —pensó la muchacha con desprecio—. Palabras sonoras que, dada su solemnidad, flotan con sorprendente ingravidez por encima de sus cabezas. Están aquí porque un funeral constituye siempre un espectáculo y porque saben que, cuando todo se hace como es debido, al final hay cerveza y pasteles. Además, consideran como algo imponente las grandes retahílas de palabras que se juntan a intervalos regulares para formar una gran frase: *Señor, haz que conozca cuál ha de ser mi fin y el número de mis días: que pueda ser justificado por todo el tiempo que haya vivido.*»

De todos modos, ella no les daría cerveza ni pasteles, porque había sido amada por el espíritu que habitó en aquel cuerpo que ahora se hallaba delante de todos. Por el contrario, ella no amó el cuerpo de aquel hombre que le había pegado cuando era pequeña y que, cuando fue haciéndose mayor, tuvo para ella gestos de ofuscación y de crudeza que le resultaron repulsivos. Por eso permanecía inmovible. Ahora, ya se había acostumbrado a la ausencia de aquel espíritu atormentado, contradictorio e infeliz. Ella le quiso con un afecto reposado y perseverante. La había alimentado y dado cobijo; estaba agradecida, y cuando hacia el final le había visto presentar la mejor batalla contra su propio cuerpo, sintió lástima por él...

—Porque soy un extraño ante Vos y un caminante como todos mis padres lo fueron. ¡Dadme un poco de Vuestra gracia para que pueda recobrar mi fuerza, antes de marcharme y desaparecer!

Andrews se agitó un poco. Éstas eran las primeras palabras que llegaban a su conciencia desde que el temor a la presencia de muchas personas había entumecido su corazón. Estaba asustado cuando llegaron los habitantes del pueblo: las mujeres a inspeccionar el cadáver y los hombres en busca de cerveza. La vista de cada nuevo rostro le produjo un sobresalto de ansiedad, pero cuando comprobó que no era conocido se sintió más aliviado, hasta que tan profundas y alternas corrientes de temor y tranquilidad empujaron su mente hacia el sueño.

A esto contribuyeron también el haber vuelto la espalda a las parlanchinas mujeres y la neblina que procedente del mar se había posado durante un momento sobre la cima del altozano por el que había venido. La brisa

que la empujaba, demasiado débil para hacerla desaparecer, vaciló como si estuviera beoda durante un breve instante, y descendió ráfaga a ráfaga hasta llegar al valle. Su llegada trajo consigo una sensación de aislamiento y de algo que él, en el fondo de su corazón, sabía que era una falsa seguridad. Su inconsciencia no le dejaba advertir más que una tenue ironía en todo ello y una simulación. Era el hermano de la persona más allegada al muerto, pero a él la ceremonia le resultaba una solemne mojiganga. El hombre a quien colocaban en la tierra y por el cual todas aquellas personas cantaban durante algunos intervalos con lúgubres lamentos, le era desconocido y no significaba otra cosa para él que la inesperada aparición de un rostro barbudo y el destello de una súbita estrella dorada que caía.

La muchacha —Elizabeth—, su hermana, era difícil recordar que era su hermana, había permanecido silenciosa en medio de la rápida corriente de aquellas voces. Cuando el empresario de pompas fúnebres fue a tapar el ataúd, se produjo un rápido movimiento de las mujeres para echar un último vistazo al cadáver. Únicamente entonces demostró ella sentimiento. Se puso delante de todos, como si quisiera echarlos hacia atrás, y contrajo su boca para pronunciar una colérica palabra que no llegó a salir de sus labios. Hizo entonces un breve gesto con sus dedos dirigiéndose a sí misma. Se mantuvo a un lado y el empresario de pompas fúnebres cerró la tapa del ataúd, tan distraídamente como podía haber cerrado un libro. No parecía tener finalidad alguna lo que hacía, ni siquiera tampoco cuando se puso a hundir los clavos en la madera.

Él vio a un pequeño grupo de mujeres murmurando en un rincón. Miraban, parloteaban, y, momentáneamente, un temor cruzó por su cerebro. Miró a su alrededor y se figuró

que todos los rostros estaban vueltos hacia él. Los hombres, frustrada la cerveza, no tenían más que hacer que hablar y mirar curiosamente hacia el interior de la cabaña, en la que nunca habían entrado antes. Las mujeres reían tontamente entre ellas ante la pobreza del funeral, se rezagaban furtivas ante una mesa o una silla y hacían comentarios en voz baja. Esto le hizo suponer que estaban hablando de él.

Los hombres se revolvían intranquilos y se mantenían agrupados arrastrando los pies. Estaban molestos con sus mujeres por haberles llevado allí, donde no había refrigerio alguno. La mayoría de ellos tenían pequeñas granjas y en ellas había trabajo de sobra por hacer. A falta de otra cosa a que dedicarse, observaban a la muchacha de reojo y con marcada atención. La habían visto muchas veces por las sendas, pero habían temido dirigirse a ella. Existían rumores de que había sido la amante del hombre muerto, su hija natural, una docena, en fin, de relatos contradictorios, y que se aliaban para privar a la muchacha, excepto del breve saludo de «Buenos días», de los comentarios sobre el tiempo y las cosechas, o incluso de una inclinación de cabeza. Ahora, la muerte de una persona había servido para que se le acercara la gente, y para ser un poco envidiada. Hablaban de ella a hurtadillas y en susurros, no para que su cháchara no llegase a oídos de ella, sino para que no la oyesen sus propias mujeres. Opinaban sobre su apariencia física, sobre lo que valdría como compañera de un hombre, sobre el placer que habría proporcionado al que acababan de enterrar.

Andrews creyó que hablaban de él. Con un esfuerzo, dominó su voluntad. Se vio a sí mismo de pie a un lado, un forastero evidentemente que carecía de interés y que se

hallaba apartado de todo cuanto sucedía a su alrededor. Llamó: «¡Elizabeth!», con intencionada desenvoltura, a través de la habitación. Tenía una vaga idea de que una de sus misiones era convencer a la gente allí reunida de que era hermano suyo. Pero ella no prestó atención a su llamada, y él no pudo decir nada más. Su voluntad se apaciguó tímidamente: *«Porque soy un extraño ante Vos; y un caminante como todos mis padres lo fueron».*

De pie allí, sobre un camposanto cubierto de bruma, junto a la morena Elizabeth, sintió el primer destello de simpatía hacia su propio padre. En una ocasión, el viejo Andrews le había visitado cuando se hallaba en el colegio. Él estaba en el campo de juegos, que era de grava. Fue durante el intervalo entre dos lecciones, mientras repasaba rápidamente la gramática latina. Había levantado la vista y mirado con asombro ante la inesperada aparición de su padre, un hombre alto y grueso, con espesa barba cubriendo la parte inferior de su rostro, trajeado ridículamente, que se acercaba hacia él a través del campo, acompañado del director. Este último era pequeño, ágil y elegante, con movimientos muy parecidos a los de las aves. Su padre parecía encontrarse avergonzado, embarazado, como si de pronto hubiera reparado en su tosco volumen. Dijo: «Pasaba por ahí y he pensado que podía entrar a verte». Calló, bruscamente, no sabiendo cómo proseguir, y apoyando el peso de su cuerpo ora sobre un pie, ora sobre otro. «¿Estás contento?», le preguntó. El tenía la instintiva crueldad de una criatura. Lo recordaba en casa, dominante, brutal, dueño absoluto. «Sí, mucho», contestó. Su voz repleta de súbito de una satisfacción artificial, añadió con intencionada elegancia: «Estamos estudiando a Horacio este curso, padre. Y a Sófocles». El director rebosaba

satisfacción. Su padre murmuró con incoherencia que tenía que marcharse ya, y desapareció a través del campo de grava, dándose cuenta del ruido que producían sobre ella sus grandes y pesadas botas.

Él ignoraba en aquella época qué era lo que mantenía a su padre alejado de su casa durante cortos y pequeños períodos de bendita paz. Nunca supo la causa de aquella particular e infortunada visita. Quizá se dirigía hacia la costa y un súbito presentimiento que su carrera tendría que acabar tarde o temprano con la muerte, despertó en él deseos de ver a lo único que para él correspondía a una cierta idea de inmortalidad: su hijo. El viaje que siguió a su visita debió de alcanzar un fin normal y satisfactorio, porque unas semanas más tarde, cuando las vacaciones le llevaron a su casa, él estaba allí dominante, fácilmente excitable, y tan dispuesto como siempre a manejar el látigo, que parecía reservar más para su familia que para sus perros. Un año más tarde, mientras él se encontraba en el colegio, la madre murió con la serena sumisión de una voluntad completamente destrozada.

El vacilante cura leía la lección arrastrando palabras a las que no daba sentido alguno, ahogadas por la bruma y por su resfriado, que empeoraba por momentos. Era la rutina de un ritual, menos consciente que el acto de cepillarse los dientes.

—Digo esto para vergüenza nuestra, pero algunos hombres dirán: ¿cómo se levantan los muertos? Insensatos aquellos a quienes vierais no despertar sino al morir.

El ataúd había sido transportado desde la cabaña al cementerio en un carro perteneciente a una granja. Elizabeth caminaba al lado del muchacho. Se habían

introducido a través del muro blanco de la niebla, que cedía ante ellos para cerrarse seguidamente a sus espaldas. Los hombres del pueblo y sus mujeres seguían detrás, no produciendo más ruido sus pasos que el gotear de la niebla al caer de los árboles y arbustos a lo largo de la carretera. El silencio se hacía mayor a causa del acompasado rumor de los pies al andar y el gotear del agua. Podían ver la parte posterior del carro detrás del cual iban, pero no al caballo que tiraba de él.

Andrews miró a su espalda y pudo ver un fantasmagórico pelotón. Rostros y manos que se adelantaban, apareciendo y desapareciendo, como vanguardia de cuerpos invisibles. Experimentó de pronto que todo peligro había desaparecido hasta la terminación del funeral. Rostros que se presentaban ausentes del cuerpo, manos que nadaban desunidas en un blando océano, no podían hacerle daño alguno. Ansiaba, aunque no violentamente, pues su mente estaba demasiado dormida para ello, pero sí con una esquivia añoranza, no llegar nunca al cementerio. Esta nostalgia se había deslizado durante su sueño junto con un sentimiento de amistad para la muchacha, que caminaba lentamente a su lado. Él estaba dormido y no deseaba despertar. En su sueño alguien yacía junto a él, alguien que desaparecería cuando amaneciese en su cerebro.

Llegaron al lugar donde había de ser enterrado el muerto, y conforme avanzaba el funeral del difunto, aumentaba la fatiga, amenazando destrozar su inconsciencia. Se dio cuenta de que en alguna parte estaba su temor, alejado de su mente, pero siempre dispuesto a surgir otra vez. Tan sólo precisaba de una oportunidad para saltar al interior. Lo mantenía a raya exteriormente, pero la

lucha, conforme pasaban los minutos y la voz del sacerdote seguía zumbando, se hizo más tensa.

Habían llevado el ataúd hasta el borde de la sepultura, y ya la ceremonia debía estar llegando al fin. La voz del clérigo se hizo rápida como el ruido producido por los cascos de un caballo cuando se dirige hacia la casa, cada vez más de prisa a causa de la leve excitación producida por el pensamiento de la comida y el descanso que esperan después de un viaje.

—Oh piadoso y sagrado Salvador, Vos, el más digno Juez eterno, líbranos de las penas de la muerte que puedan venirnos de Ti.

Habían bajado el ataúd al fondo de la sepultura y comenzaron a cubrirlo con paletadas de tierra. Las palas resbalaban sobre el suelo endurecido por el frío. Para él, la caída de la tierra dentro de la zanja actuaba como mediadora del tiempo, registrando los momentos de paz que rápidamente desaparecían. Sería feliz si pudiese sentarse a través de la eternidad en el frío ambiente y entre la bruma contemplando las palas que laboriosas iban rellenoando la sepultura. El temor se abría paso con fuerza hacia su cerebro. No podía mantenerlo apartado por mucho tiempo.

La bruma se iba desintegrando. Un murmullo de voces se alzó en el momento de terminarse la bendición y los concurrentes se movieron hacia la tumba. Los granjeros formaron un círculo y miraron con interés un montoncito de tierra, considerando sus distintos puntos. Las mujeres observaban a la más afectada por aquel duelo. Según las reglas del pueblo, ahora tendría ella que estallar en llanto. Luego, como un privilegio y tras una breve lucha, una de ellas le pasaría un brazo sobre los hombros y lloraría con

ella. Más tarde, todos serían requeridos a acompañarla hasta su morada, en donde serían obsequiados con algún refrigerio. Las sospechas que tenían respecto a su nacimiento y su carácter moral se vieron confirmadas cuando con bruscos movimientos se volvió de espaldas a la tumba.

Dirigiéndose a Andrews dijo con voz helada:

—Por el amor de Dios, líbreme de esa gente. No quiero verlos. No quiero verlos.

La bruma se entreabrió un poco, volvió a cerrarse, y la muchacha desapareció.

El quedó solo con los lugareños. Deseaba volverse, echar a correr y alzar una valla entre él y aquel grupo de ojos atónitos. La soledad y el temor eran en él iguales al vacío que el hambre ocasionaba en su estómago. Si caminaba seis pasos desaparecería de la vista de todos ellos, perdido en una sábana de blanca lana. Hallaría un alivio pueril en ello: sería como esconder su cabeza bajo las ropas de la cama y ya no temer los crujidos de los viejos muebles. Se ocultaría en una profunda oscuridad.

¿Por qué tenía que estar atormentado un hombre como siempre lo había estado él, con todos los instintos — deseos, temores, consuelos— de un chiquillo y con la inteligencia de un hombre? En estos momentos de crisis, se sentía físicamente partido en dos, en una agonizante distensión de los nervios. Una parte de él decía: «Escóndete en la bruma. No verás a nadie y nada podrá hacerte daño. Te sentirás consolado». La otra parte decía: «¡Imbécil! ¡Cómo hablarían todos!» El era el hermano de la muchacha. Tenía que representar su papel durante un poco más. Ese era el único medio seguro.

Y dirigiéndose a ellos, aunque no precisamente a los

aldeanos, sino al conjunto de aquellos ojos que miraban sorprendidos y ofendidos, les dijo:

—Mi hermana está muy abatida. Discúlpennos si no les invitamos a regresar con nosotros. Necesita estar sola durante algún tiempo. Comprenderán ustedes que para ella ha sido un golpe muy duro.

Su voz sonó en sus propios oídos rígida y muy poco convincente. Buscó en el círculo de ojos alguna señal interrogadora y, sin detenerse más, giró sobre sus talones, perdiéndose de vista entre la niebla. Mientras caminaba tropezó con una piedra caída antes de tiempo de la pala de un sepulturero.

Cuando hubo avanzado unas doce yardas llegó ante una verja de hierro, y el frío del metal le devolvió parte de su conciencia. Con las puntas de sus dedos rozando melindrosamente la verja fue caminando a un lado de ésta, encontrando un alivio en el ligero dolor que le causaba el lacerante frío. Cuando sus pies pisaron el suelo de la carretera esperó. Sólo tenía que seguir andando durante media milla hacia la izquierda, según calculaba él, para llegar a la vista de las luces de la cabaña. No obstante, no tenía excusa alguna para volver allá. Bastante tenía con agradecer el cobijo de la noche anterior y el haber quedado en libertad.

Fue una caridad bien mezquina, pensó, al darse cuenta del hambre que sentía. No había probado bocado durante las últimas quince horas. Atormentado por el doble sentimiento de temor y de hambre, aunque era dueño de una escasa dosis de buena educación, la pequeña reliquia que todavía permanecía en él le hacía mostrarse poco inclinado a volver de nuevo a la cabaña y ser recibido en ella como un

huésped no deseado. El hecho de que la muchacha le aceptase con una aquiescencia sin interés alguno, lo acobardaba. Si ella estuviese dispuesta a enfrentarse con él de nuevo, ofreciendo resistencia, se sentiría dichoso de poder guarecerse en la choza, aunque fuese forzando la entrada.

Sabía con cuánta facilidad podía olvidarse de sí mismo y prorrumpir en una justa cólera. «Es este maldito Cristianismo —pensó—, o bien la falta de él.» Estaba dispuesto a aceptarla como a una enemiga, o como una amiga que se compadeciera de él. Era su fría neutralidad lo que odiaba.

Con inesperada decisión, volvió la espalda al camino por el que había venido aquella mañana y casi corrió, podría decirse, hacia un oscuro futuro. Cuanto más pensaba en la muchacha, tanto más la detestaba, y se compadecía a sí mismo. «Si yo hubiera sido un gato —se decía—, me hubiera dado algo de comer.» El que no le hubiese ofrecido alimento era la idea que ahora irritaba su cerebro. El recuerdo de ella se hizo tan odioso —le pareció la encarnación de la indiferencia inhumana— que casi estuvo a punto de volver sobre sus pasos y salir a su encuentro. Deseaba infligirle dolores, pegarle, hacerla llorar. «Ella no sabe lo que significa estar solo y atemorizado —pensaba—. Si hubiera sido un gato...» Un árbol le rozó el rostro con una de sus ramas de húmedas hojas; incluso la inanimada Naturaleza parecía tratarle con desdeñoso escarnio. «No puedo ser un cobarde; un cobarde en todo —alegaba entre dientes—. Para escribir aquella carta y seguir viviendo con ellos hacía falta tener valor. Y estaba al lado de la justicia», añadió, antes de que su mente pudiese sugerirle la idea de que obró impulsado por los celos y la envidia.

Se dio cuenta al poco rato que sentía una inquietud que no era temor, ni vergüenza, ni hambre. «Sería peligroso volver —dijo para sí mismo—. Puedo desaparecer de esta vecindad mientras dure la niebla.» Siguió caminando un trecho, pero con paso poco firme. «Carlyon es un hombre rápido —pensaba—. Buscará en todos los posibles refugios. Estoy más seguro andando en la niebla.» Cuando volvió a percatarse de que el hambre le atormentaba, se consoló a sí mismo de manera ilógica. «Después de todo, hay otros sitios además de esa cabaña.»

Descubrió que el hablar en voz alta le producía un alivio. El pequeño sonido causado por sus propias palabras le hacía sentirse menos solo en aquella blanca oscuridad y, al propio tiempo, como el eco que producían quedaba amortiguado por la niebla, no había que temer pudieran ser oídas. Comenzó a imaginarse un nuevo techo bajo el que poder guarecerse; impulsado por un estómago vacío, volvió, pero con menos convicción, al recuerdo de mujeres viejas y amables. Pero había algo que faltaba en estos sueños que no faltó en los del día anterior. Sentía en su cerebro igual ansia que en su estómago, aunque se negaba a tenerlo en cuenta. Había algo muy poco satisfactorio en la amable bienvenida que se había imaginado, ¿pero cómo iba a reconocer el hecho, demasiado ridículo para llegar a expresarlo, de que sentía nostalgia de la cabaña en la que había pasado unas penosas horas?

Luchaba con todas sus fuerzas contra esta afirmación, e incluso aceleró sus pasos como si quisiera apartarse de la influencia de un embrujo maligno. Durante esta lucha, y por primera vez en los últimos tres días, se olvidó de su peligro y temor. Ni tan siquiera se dio cuenta

de que estaba ascendiendo una colina y que la niebla iba gradualmente perdiendo su densidad ante él. Si hubiese tenido oídos para escuchar sus propias palabras, éstas hubieran llegado a él con sorprendente claridad, en comparación con antes.

—Un gato —dijo—, ella habría dado de comer a un gato —pero la cólera estaba aprisionada de manera desconcertante en su voz. En cuanto a ella, tampoco había tomado un solo bocado de alimento. Persistía en la idea del gato tan insistentemente como podía, pero aquella imagen de inhumanidad fue rápidamente borrada por nuevos pensamientos, a pesar de persistir en la lucha por conservar intacto su primer pensamiento. Recordaba ahora que ella le había conducido hasta donde yacía el hombre muerto, despertando con esto una tenue sensación de intimidad entre ellos, y evocó también sus palabras respecto a la paz de Dios.

El carácter de Andrews estaba edificado sobre sueños superficiales, sentimentalismos y cobardía, y, no obstante, se daba constantemente perfecta cuenta de que bajo todas estas sensaciones existía un crítico desagradable y preguntón. Y ahora, este otro habitante de su cuerpo se preguntaba si no habría confundido la paz con la inhumanidad. La paz no era cobarde, ni sentimental, ni vivía de ilusiones. Realmente era una cordura que él tenía el convencimiento de no haber poseído nunca. Recordaba cómo estando en el mar encalmado, día tras día, llegó a odiar la suave y tranquila superficie del agua, como si ésta hubiera sido el símbolo de una deidad odiosamente indiferente. Y no obstante, durante la semana de continua tormenta que siguiera después, ansió experimentar de nuevo aquella paz.

Fue el sol que brilló ante sus ojos el que le hizo

fijarse en los alrededores y percibir inmediata certeza de peligro. Había estado caminando colina arriba y ahora salía de la espesa niebla como si lo hiciese de un túnel. Esta se mantenía cuajada a su espalda igual a una blanca pared. Ante él, sólo flotaban unos débiles jirones suavizando el crecimiento de los setos, las ramas que se proyectaban, y los rayos del sol.

No obstante, no fue el abstracto temor a la luz lo que le sorprendió. Un hombre alto, de pelo negro no cubierto por un sombrero, estaba en el centro de la carretera. Se hallaba de espaldas, con las manos cruzadas tras él. Andrews no pudo confundir la ligera pose de las piernas y hombros que parecían simbolizar a un espíritu de puntillas. Había caminado tan rápidamente colina arriba, que cuando de súbito hizo alto casi cayó hacia delante de rodillas y manos. Aunque los últimos tres días habían transcurrido en un constante temor hacia Carlyon, ahora que llegó el momento que tanto había temido, su primer instinto no fue el de huir. Parecía increíble que temiese tanto al hombre al que continuamente había acudido en busca de compañía durante el transcurso de una vida extraña y brutal.

Sólo se libró de caer y rozar el codo de Carlyon al ver sus manos. Su agarro era tenso y forzado. Eran las de un hombre que se contenía lo más posible para escuchar. Andrews casi levantó un pie y los hombros de aquella figura se tensaron. Recordó un comentario que Carlyon le hizo una vez, impulsado por un súbito sentimiento de amistad: «Conocería tus pasos entre un millar». Podía ver con claridad ahora su rostro extraño y feo, tal como le miraba entonces, velado por una ternura indefinible. El rostro era ligeramente atezado y muy anguloso. Una frente baja

escondía la inteligencia del cerebro. Hubiera sido un rostro rudo, de aspecto casi criminal, si estuviese separado del pesado pero ágil cuerpo y de los ojos, que parecían estar siempre pensando en algo nebuloso, salvo cuando se iluminaban con una especie de desprecio hacia el cuerpo que los albergaba. El rostro había sido descrito en cierta ocasión como el de «un simio caballeroso».

Las manos, iguales a las de un mono, eran fuertes. Andrews, moviéndose con toda la suavidad de que era capaz, retrocedió tres pasos y fue tragado por la niebla. Aguardó, a la escucha, con el corazón palpitante; pensando que el rumor de sus latidos ahogaría el de cualquier ruido que pudiera haber. Ya no veía a Carlyon y, por lo tanto, juzgaba que tampoco él podría verle. La ansiedad que excitaba sus nervios provenía de si habría reconocido o no sus pasos. Y aguardó, temiendo echar a correr, porque, de hacerlo, tendría que volverse de espaldas al hombre erguido en el centro de la carretera.

Todo se hallaba en silencio, no escuchándose sino el suave y reiterado gotear del rocío desde un arbusto situado a su derecha. Intentaba persuadirse a sí mismo de que Carlyon no había oído nada, y, no obstante, no podía apartar de su pensamiento la visión de las manos tan fuertemente entrelazadas. Sus ideas tomaron una nueva dirección, llevándole al convencimiento de que, aunque hubiese oído y reconocido sus pasos, no había nada que temer. Después de todo, no tenía razón alguna para suponer que él, Andrews, había sido el causante de una desastrosa lucha. Carlyon era su amigo. «Mi amigo, mi amigo, mi amigo», repitió una y otra vez, intentando con ello suavizar el pánico que anidaba en su corazón.

Pasaron varios minutos hasta que se produjo el ruido

que vino a interrumpir el silencio. No fue el que él esperaba escuchar, sino un sordo silbido, apenas más fuerte que el que podría emitir un hombre para expresar, sin darse cuenta, su sorpresa. Le fue posible contar seis acelerados latidos de su corazón antes de que el silbido se repitiera de nuevo. Después, todo volvió a quedar en silencio. Con suma cautela, se apartó entonces hacia un lado de la carretera y se ocultó más profundamente entre la niebla. Sus propios movimientos repercutían terriblemente en sus oídos. Se inclinó hacia delante y prestó atención. Un vago resplandor anaranjado delataba el lugar por donde el túnel de niebla se abría a la luz. Separado de aquella blanca pared por una distancia de pocas yardas estaba el invisible Carlyon. En cuanto a él mismo, no llegaba a convencerse de que hubiese movido un solo pie.

Andrews inclinóse un poco más hacia delante. Creyó oír un suave susurro, y se estremeció. Había algo que le empavorecía al representarse a Carlyon, con su triste rostro de mono, de pie, sin moverse, en el centro de la carretera, vuelto de espaldas, con sus manos rígidas y cruzadas, silbando y murmurando algo para sí. Durante un momento, se preguntó si su amigo —le resultaba imposible, incluso al huir ya pesar de su temor, representárselo como enemigo— se habría vuelto loco con motivo de los acontecimientos de los últimos días. Deseaba adelantarse hasta la boca del túnel y cogerle del brazo. Pensaba en aquellos momentos, como ya lo había hecho con mucha frecuencia en otras ocasiones, lo distinto que todo habría sido si él hubiera sido su padre. La noche anterior, en el oscuro bosque y lejos de su presencia, le había temido. Ahora, cuando el peligro era más inminente, luchaba entre

su temor, precipitado e instintivo, y una amistad que era como una especie de cariño involuntario y agrio.

Poco después, casi se convenció de que al momento siguiente saldría de entre la bruma y le saludaría; pero mientras contemplaba aquel resplandor anaranjado, el temor prevaleció de nuevo sobre sus sentimientos de amistad. Durante un brevísimo instante una sombra se interpuso entre el resplandor y volvió a desaparecer sin el más leve ruido. Alguien había entrado en la capa de niebla. Entonces se apretó contra el seto y prestó atención a los sonidos que pudieran escucharse a su alrededor. Reinaba una quietud absoluta. Estaba completamente seguro de que en alguna parte, separado por pocos pies de distancia, estaba Carlyon escuchando también, esforzándose, quizás, en localizar los acelerados latidos de su corazón que sonaban traidoramente. De pronto una piedra, que a impulsos de una patada cambió de sitio, bajó rodando lentamente por la colina. Una segunda sombra se introdujo en el resplandor, para desaparecer al instante.

Fue probablemente esta segunda sombra, más despreocupada, la que él oyó tantear a lo largo del seto, produciendo un ligero ruido como el de la brisa entre los rastrojos. Un avance lento, en un patético forcejeo por ser sigiloso; tan patético como un hipopótamo que quisiera abrirse paso cautamente por un camino sembrado de ramitas secas. Este patetismo no impresionó a Andrews, ya que se dio cuenta claramente de que en pocos minutos sería descubierto inevitablemente. No podía huir sin traicionarse a sí mismo, y su única esperanza se cifró en situarse silenciosamente, sin el más leve ruido, en el centro de la carretera. Pero ¿dónde estaba la primera sombra, la de Carlyon?

Para apartar su espalda de aquel seto amigable y firme, sobre el que se apoyaba, hacía falta una buena dosis de valor, que él no estaba acostumbrado a poner en juego, y situarse indefenso en la carretera. Sentía el temor de que si se ponía en movimiento entraría en contacto con Carlyon. Tan sólo la lenta presión causada por la necesidad simbolizada por los cautelosos crujidos del seto que se iban acercando cada vez más a él, fue lo que, finalmente, le obligó a moverse.

Los dos pasos que dio hasta llegar a la carretera le pareció que los había adelantado en el más completo silencio, pero así y todo no consiguió sentir la tan ansiada tranquilidad. Se encontraba completamente expuesto, a pesar de no serle posible ver nada allí, de pie, con sus brazos flojos e impotentes; su aspecto era ridículo y le obsesionaba la idea de que cualquiera podría verle. Creía poder oír el ruido de los pasos de las personas que se acercaban a él, y le acometió un insano deseo de gritarles: «¡Párense, párense, por favor, párense!»

Había un juego, al cual se había dedicado muy a menudo en el colegio, en el que un chiquillo, muchas veces él mismo, se volvía de espaldas y contaba hasta diez, mientras que el resto de los muchachos se adelantaba a tocarle. El quizá habría olvidado, pero nunca llegó a perder el temor de la espera, contando con rapidez, a que una mano cayese sobre su espalda. Y ahora empezó a contar con prisa: «uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez», como si al llegar al número décimo viniese la absolución para él. Mas no sabía por qué contaba y no hubo absolución alguna.

En uno de sus bolsillos guardaba un cuchillo; pero no

recordaba en cuál de ellos, y no se atrevía a averiguarlo. Tenía miedo hasta de alzar una mano por temor a que pudiese producir algún ruido al pasar por el aire. Dejó que sus brazos colgaran inertes a ambos lados de su cuerpo, al igual que los de un muñeco que ha perdido todo el serrín. Tras un lapso considerable de tiempo el susurro del seto cesó.

Sin poder precisar dónde, a sus espaldas dio comienzo una conversación sostenida en murmullos, demasiado débil para que pudiese captar una sola palabra. Siguió un crujido de hojas, procedente del seto del lado opuesto de la carretera, más rápido, casi superficial. Momentos después cesó también y los susurros volvieron a escucharse de nuevo, revoloteando esquivos en la niebla. A veces creía que provenían de la derecha, otras de la izquierda, y, en ocasiones, hasta le pareció que estaban a espaldas suyas. Se hacían más rápidos, parecían batir el aire desesperadamente arriba y abajo, igual que un pájaro que vuela perdido por una habitación. Creyó empezar a distinguir algunas palabras. Varias veces se figuró que pronunciaban su propio nombre: «Andrews». La esperanza estremeció su corazón pensando que Carlyon cesara en su búsqueda y que se resignaría a que él hubiese huido. Como si quisieran confirmarle en esta esperanza, el bisbiseo se hizo más despreocupado. Podía discernir frases: «Por algún sitio cerca» y «Yo juraría, ante el ruido de sus pasos...».

Después de un intervalo, la voz de Carlyon sonó como un viento melancólico a través de la bruma: «Andrews — decía—, Andrews». y luego: «¿Por que tienes miedo? ¿Qué es lo que te pasa? Soy Carlyon, sólo Carlyon». ¡Qué fascinación la de aquella voz! Parecía tener para él todo aquello que tanto deseaba —paz, amistad, el cese de una

lucha inútil—. «Aquí estoy, Carlyon», deseaba decir y, luego, echarse entre la niebla a dormir; y despertarse encontrándolo sentado junto a él, hablando de esto y aquello con acariciadora benevolencia, ahogando la nauseabunda fatiga causada por el peligro, el acre olor de humo y la monotonía de los vientos con la fresca belleza de su voz. Por encima del reiterado ruido de los pies sobre la cubierta, el batir de las lonas ondeantes, las maldiciones y movimientos, las fugas y la intranquilidad; olvidarlo todo bajo su rostro de mono transfigurado por la paz...

*You have been fresh and green,
You have been filled with flowers,
And ye the walks have been,
Where maids have spent their hours.¹*

«Andrews, Andrews», exclamó con suave melancolía. «No debo, no debo», se dijo a sí mismo, sollozando históricamente, y, no obstante, conteniéndose con un gran esfuerzo, a pesar de que le causaba un lacerante dolor en el pecho y la garganta. «Eso ya ha pasado.» Habían terminado para siempre la amistad, la poesía, silencio en el corazón del ruido; sólo quedaba el miedo y una continua huida. Y él había intentado ganar la paz.

La voz de Carlyon cesó hacía ya rato. Ahora él volvía a encontrarse rodeado de silencio, interrumpido solamente por aquel continuo gotear de la rama cargada de humedad. El espacio que se había cerrado a su alrededor durante el

¹ Habéis sido verdes y lozanos, — llenos todos de flores, — y habéis sido los paseos — donde las doncellas pasaron sus horas.

tiempo que llamaba la voz, volvía a extenderse a todos lados. Estaba solo en un desierto de blanca niebla y sin esperanza alguna de posible amistad. Aguardó breves momentos a la escucha y una vez más volvió a tomar el mismo camino que le condujera hasta allí. Pensaba que había conseguido burlar a Carlyon y que éste daría por terminada la búsqueda. No se le ocurrió considerar que podía haberse decidido a esperar en silencio, prestando oídos a cualquier rumor hasta localizar la dirección que tomaba. En vez de ello corría tambaleándose por entre surcos invisibles, con un vago y extraño aligeramiento en el corazón.

Capítulo IV

Volvió a darse cuenta de la existencia de la cabaña por el rojo resplandor de una llama oculta, vislumbrada ligeramente a través de la blanca sábana de la niebla, ofreciéndole una promesa de calor y de sosegada intimidad. Su miedo no había logrado acallar el hambre, no había hecho más que soslayarla unos instantes para que volviera a aparecer después con más fuerza todavía. Ahora que se había tranquilizado, su estómago empezó a dirigirle, con lentitud primero, insistentes llamadas. Siguió avanzando cautelosamente, con su espíritu en acecho para prevenirse contra cualquier amenaza posible.

A través de la ventana miró al interior. Pudo ver una habitación desprovista de luz del día; el fuego estaba ardiendo en la chimenea con una especie de contenida hostilidad, y sus llamas rojizas dijérase que, en lugar de llevar luz al resto de la habitación, vomitaban manchas de negra oscuridad sobre ella. Tan sólo un pequeño semicírculo aparecía iluminado, y la negrura que desde su contorno partía formaba una pared de sombra más densa y concentrada en el lado opuesto del cuarto. Sentada en el suelo y a la luz de las llamas, Elizabeth tejía, tejía con agujas llenas de metálicos destellos semejantes al chisporroteo de un carbón gaseoso.

Su figura se destacaba tan claramente sobre las sombras, aunque deformada a través del cristal, que Andrews no se dio cuenta de que también su rostro aparecía velado visto desde el interior. Llamó a la ventana

con dedos que querían ser suaves y tranquilizadores. Ella alzó la vista y se quedó mirándolo con una mezcla de temor, perplejidad y duda, dejando que la labor cayera sobre su regazo. El sonrió, sin darse cuenta de que no podía verlo sonreír o vislumbrar el rictus dudoso de unos labios casi invisibles para ella. Volvió a golpear y vio cómo recogía su labor para estrecharla con fuerza contra su pecho. «¡Qué delgada es!», pensó, mientras ella se levantaba y se mantenía de pie allí, donde las llamas vacilantes jugueteaban con su cuerpo como harían los maravillados y acariciadores dedos de un amante. Su mano presionó con tanta fuerza sobre su seno, que pareció que iba a llegar hasta el corazón y acallar sus latidos. Sólo entonces fue cuando Andrews cayó en la cuenta de que ella no podía verlo con claridad, y que estaba asustada. Pero en el momento en que se disponía a tranquilizarla, el pequeño estremecimiento de temor desapareció de sus labios y, saliendo de la zona iluminada por la luz del fuego de la chimenea, avanzó hasta la ventana a través de las sombras.

Oyó cómo sus dedos palpaban con no mucha seguridad en busca del pestillo de la ventana. Un momento después ésta se abrió y él se apartó a un lado.

—¿Es usted realmente el que vuelve? —murmuró, y él no supo apreciar por el tono de su voz si es que tenía miedo o estaba contenta.

—Sí, sí —contestó—, soy yo.

—¡Oh, usted! —pronunció ella con voz sin entonación y desilusionada—. ¿Qué es lo que quiere?

Él sintió miedo de que cerrase de nuevo la ventana, dejándole expuesto al enorme frío y sin el alivio de un chisporroteante fuego.

—¿No me quiere dejar entrar? —suplicó—. No tiene

por qué temer. —Y cuando ella rió con ironía, comenzó a hablar más de prisa—: Hice todo cuanto me dijo —explicó—. Me libré de todos esos aldeanos.

—¿Acaso era necesario que volviese para decírmelo? —preguntó ella.

—Quiero cobijarme —respondió con desesperada sencillez.

Casi inmediatamente oyó cómo la muchacha se apartaba de la ventana y abría la puerta.

—Entre entonces, si es que tiene que hacerlo —le gritó a través de la oscuridad.

Entró y corrió a cobijarse junto al fuego, su momentáneo sentimiento ahogado por el mero deseo de entrar en calor y de absorber una cálida temperatura por todos los poros de su cuerpo. Estaba seguro de que a la más pequeña insinuación sería capaz de alzar los ardientes carbones y apretarlos contra su pecho. Su figura adoptaba las actitudes más absurdas con objeto de conseguir que el calor de las llamas invadiera totalmente su cuerpo.

—¿Tiene usted comida? —inquirió.

Con la fría aquiescencia en ella habitual, la muchacha fue a buscar una hogaza de pan, y la hubiera colocado sobre la mesa si él no hubiese adelantado anhelante sus manos para cogerla. Todavía acurrucado junto al fuego fue partiendo trocitos con los dedos. Sólo cuando el hambre quedó en parte satisfecha, y a impulsos de algo que comenzaba a inquietarle de nuevo, trató de disculparse.

—Hace quince horas que no he comido —dijo—. Tenía hambre y frío ahí fuera. Usted es buena...

Ella entró en el círculo de luz.

—No había razón alguna para que le cerrase la puerta

—repuso—. He estado sola. Es mejor estar con usted que con nadie.

Habiendo entrado en calor y mitigado su hambre con el pan, él sintió deseos de bromear.

—Vaya; a una chica como usted no debe de resultarle difícil encontrar compañía —sonrió—. ¿Ya quién esperaba hallar al otro lado de la ventana?

—Lo hemos enterrado —manifestó ella—. Y me parece como si hubiera de volver.

Andrews levantó la vista con la más profunda sorpresa y vio un tranquilo y pálido rostro en el que brillaba un dolor reacio.

—No querrá decir —expresó con despavorido asombro— que creyó...

—¿Por qué no iba a creerlo? —le interrumpió ella, no con severidad, sino con ingenua sencillez—. Sólo hace unos días que murió.

—Pero no vuelven a levantarse —arguyó él con un susurro solemne, semejante al que empleaba para musitar las letanías cuando, siendo un chiquillo, estaba en la capilla del colegio.

—Sus espíritus, sí —contestó ella, y su rostro blanco e inmóvil siguió mostrándose inquisitivo.

—¿Cree usted en todo eso? —preguntó él no con burla, sino con una curiosidad mezclada de anhelo.

—Desde luego; lo puedo leer en la Biblia.

—Luego, entonces —titubeó él un momento—, si los hombres no están muertos del todo, cuando los enterramos, todavía podemos dañarles, hacerles sufrir, vengarnos.

—Usted debe ser malo —dijo ella con temor— al pensar en eso. Pero no olvide que también ellos pueden herirnos.

Se acercó al fuego y quedó junto a él, estremeciéndose un poco.

—Ya no le tengo miedo a usted ahora —añadió—, porque ya es una persona a quien conozco, pero cuando llegó ayer noche, era un extraño, y me asusté; luego me dije que él —y señaló hacia la mesa, como si el ataúd todavía continuase allí— no dejaría que nadie me dañase. Era un hombre malo, pero me quería, y nunca hubiera permitido que me tuviese nadie más que él.

—Nunca tuve intención de hacerle mal alguno —murmuró él entre dientes, y luego agregó con acento de súplica—: Sólo fue el miedo lo que me hizo venir. Ustedes, las demás personas, parece que nunca llegan a comprender el miedo. Creen que todo el mundo ha de ser tan valiente como ustedes. No es culpa de un hombre ser valiente o cobarde. Todo depende de cómo nace. Mi padre y mi madre me hicieron a mí. No fui yo quien me hice a mí mismo.

—Nunca le he censurado —protestó ella—. Pero siempre parece dejar a un lado a Dios.

—¡Oh, eso! —exclamó él—. Todo ello corre parejas con sus espíritus. Yo no creo en esas cosas. Aunque me gustaría creer en los espíritus y que pudiésemos perseguir a un hombre hasta más allá de la muerte —concluyó con una mezcla de pasión y anhelo.

—No podrá lograrlo si están en el cielo —comentó ella.

—No existe esa clase de peligro para el hombre a quien odio —rió Andrews con rabia—. Resulta curioso, ¿verdad?, como puede llegarse a aborrecer a los muertos. Hace que uno llegue casi a creer en esas cosas. Si son transparentes como el aire, quizá los absorbemos con la

respiración.

En este momento torció la boca como si un sabor amargo hubiera acudido a ella.

La muchacha le miró con curiosidad.

—Dígame, ¿en dónde ha estado desde que lo enterramos?

—Le he dicho que sólo fue el miedo el que me trajo a usted ayer noche, ¿no es eso? Bien, pues no quiero molestarla más.

Había en sus palabras una especie de contenido resentimiento.

—¿De veras ha sido el temor lo que le ha hecho volver?

—Sí..., aunque tal vez no del todo.

Al mirarla, sus oscuros cabellos, su pálido semblante y la serenidad de sus ojos parecieron enfurecerle.

—Las mujeres —opinó— son todas iguales. Siempre están en guardia contra nosotros. Siempre se imaginan que estamos dispuestos a aprovechar la primera oportunidad. No saben lo que un hombre quiere.

—¿Qué es lo que usted quiere? —indagó ella, y añadió con una habilidad que le puso más furioso aún—: ¿Comida? Tengo más pan en un armario.

Hizo un desesperado movimiento con su mano que ella interpretó como una negativa.

—Nos cansamos de nuestra propia especie —manifestó—, de la aspereza... Usted no lo entiende. Algunas veces he pagado a mujeres de la calle tan sólo para hablar con ellas; pero son como el resto. No comprenden que no son sus cuerpos lo que deseo.

—Ustedes nos han enseñado lo que debemos pensar —replicó ella con una leve amargura que vino a quebrantar la

serenidad de su espíritu.

Andrews no hizo caso alguno de sus palabras.

—Le confesaré —dijo— una de las razones por las que he vuelto. Puede reírse de mí si quiere, pero la verdad es que sentía añoranza de esta cabaña.

Se volvió de espaldas a la muchacha.

—No le estoy haciendo el amor. No ha sido por usted. Solamente ha sido por el lugar. Dormí aquí cuando hacía tres noches que no pegaba un ojo.

Aguardó con los hombros un poco encorvados como si esperase escuchar su risa. Mas no rió y, al cabo de un momento, se volvió de nuevo. Ella había estado mirando la espalda que se alzaba frente a sus ojos.

—¿No le divierte esto? —preguntó con ironía.

Sus relaciones con ella parecían estar necesariamente compuestas de sospechas. Cuando llegó por primera vez había sospechado de sus acciones, y ahora sospechaba de sus pensamientos.

—Me estaba preguntando —dijo ella— de quién podía tener miedo y por qué me gusta usted. —Sus ojos recorrieron su cuerpo desde la cabeza a los pies y se detuvieron en su talón derecho—. Se ha roto los calcetines —dijo simplemente, pero la manera que tuvo de girar las palabras con su lengua antes de pronunciarlas con dulzura, le dio a la sencillez de las mismas un oculto significado.

—No son de seda —contestó él, todavía tratando de encontrar en las palabras de ella una burla disimulada.

Extendió la mano que había mantenido apoyada contra su cintura. —Aquí tiene un calcetín; mire a ver si le va bien.

El lo tomó con la misma cautela con que habría

procedido si hubiese sido un extraño reptil, girándolo a un lado y otro. Vio que había sido remendado recientemente y recordó cómo la había visto desde la ventana, trabajando dentro del espacio iluminado por la luz del fuego que ardía en la chimenea.

—Estaba remendando esto cuando he llegado a la ventana, ¿no?

Ella no contestó y él volvió a examinar el calcetín.

—Era de él —comentó ella.

Él rió.

—¿Acaso sus espíritus llevan calcetines?

La muchacha abrió y cerró las manos, como quien sufre ante la estupidez de otra persona.

—Tenía que hacer algo —murmuró rápidamente, como si su respiración estuviera casi exhausta tras una larga y fatigosa carrera—. No podía estar sentada sin hacer nada.

Volvióse de espaldas a él y se encaminó hacia la ventana, reclinando su frente sobre el cristal, como buscando frescura o, quizás, amparo.

Él daba más y más vueltas al calcetín que sostenía entre sus manos. Una vez ante la ventana, la figura de Elizabeth se quedó inmóvil. Ni tan siquiera llegó a sus oídos el ruido de su respiración. En forma de cuña las sombras de la habitación los separaban, y el fluctuar de las llamas hacía inútiles pero persistentes esfuerzos intentando atravesar aquéllas. Se sentía avergonzado por su testaruda obstinación; olvidando momentáneamente sus temores, su odio y su degradación, sintió durante un brevísimo instante el deseo de sacrificarse. No cruzaría ese puente de sombras, porque temía que si rozaba a la muchacha perdería la sensación de algo hermoso e intocable, que debía contemplar a distancia; de otro modo la caballerosidad de

que ahora parecía investido desaparecía ante el cobarde, el camorrista y el lascivo sentimental que estaba acostumbrado a ser. Durante aquel instante, su otro yo, aquel que criticaba sus acciones, se mantuvo silencioso; en realidad, él mismo era aquel otro ser.

Estaba a punto de hacer un gesto de contrición cuando el cobarde que en él había dio un salto y le tapó la boca: «Ten cuidado —le advirtió—. Eres un fugitivo; no debes ligarte a nada.»

Aunque se rindió a aquella sugerencia, se arrepintió de haberse sometido. Supo que durante unos breves segundos fue feliz. Era la misma felicidad, aunque más fuerte tal vez, que había sentido a veces en el pasado ante la musicalidad de la voz de Carlyon, ante una súbita sensación de camaradería con otros hombres.

La bruma, que había sido blanca, fue adquiriendo un tono gris. La verdadera oscuridad se iba cerniendo sobre la tierra, pero ello no supuso ningún cambio aparente dentro de la habitación. El, sintiendo el reconfortante calor ofrecido por el fuego, se preguntó cómo lo estaría pasando Carlyon en un mundo más frío y, con toda seguridad, infinitamente más hostil. Pero ¿era más hostil realmente el mundo por donde se hallaba? Tenía la amistad y la confianza de sus dos compañeros fugitivos. No estaba solo por lo tanto. La antigua compasión hacia sí mismo volvió a deslizarse en su corazón mientras contemplaba la inmóvil espalda de la muchacha.

—¿Podemos encender algunas velas —preguntó— y alegrar un poco la habitación?

—Hay dos candeleros sobre la mesa —contestó ella, sin apartar su frente del cristal de la ventana— y dos sobre

el armario. Puede encenderlos si lo desea.

Andrews confeccionó una mecha con un prospecto que encontró en su bolsillo, y la encendió en el fuego de la chimenea. Fue pasando de candelero en candelero, haciendo que las pequeñas llamas recién encendidas rasgaran las tinieblas. Lentamente fueron adquiriendo mayor altura, se formaron pequeños halos alrededor de sus vértices, un polvillo refulgente como motas de luz solar. Aisladas de toda posible corriente de aire por la niebla que las rodeaba, ardían rectas hacia arriba, afilándose hasta adquirir una punta tan fina como la de una aguja. Las sombras volvieron a los rincones de la habitación como perros huraños víctimas de la irritación de sus dueños.

Cuando hubo encendido el último candelero se volvió y pudo ver que ella le estaba mirando. Alegría y pena fueron los dos estados de ánimo que pasaron ligeramente a través de su semblante, sin perturbar la pensativa mirada de aquellos ojos que parecían contemplar la vida siempre sin el menor entusiasmo. La luz de las velas moteaba ahora su rostro alegremente. Ella no hizo alusión alguna a su breve desánimo, sino que, súbitamente, palmoteó ante la sorpresa de él, por aquel repentino cambio.

—Me gusta esto —declaró ella—; tomaremos el té. Me alegro de tener alguien con quien hablar... incluso con usted... —y, acercándose al armario, comenzó a sacar platos, tazas, una hogaza de pan, un pedazo de mantequilla y una marmita que llenó de agua y puso al fuego. Después sacó una cajita de té, manejándola con el mismo respeto con que hubiera procedido con una arquilla de oro.

—No he tomado té —pronunció él lentamente— desde que me marché de casa...; no obstante, lo he deseado muchas veces. —Titubeó—. Resulta extraño que me trate

así, como a un amigo.

Acercando las dos únicas sillas que había en la habitación junto al fuego, ella lo contempló con velada ironía.

—¿Le estoy tratando como a un amigo? No lo sabría decir. Nunca he tenido ninguno.

A él le asaltó un súbito deseo de confesárselo todo, de decirle por qué huía y cuál era la causa de su fuga; pero la cautela y aquella sensación de paz que percibía allí le detuvieron. Deseaba olvidarlo todo y agarrarse a esta creciente sensación de intimidad —la de dos espíritus que marchan al unísono— y mirar cómo la luz del fuego de la chimenea reverberaba en el oscuro ámbar del té.

—Es raro pensar cuántas veces he deseado tomar el té como ahora. En una vida ruda y precipitada junto a otros hombres, algunas veces uno anhela ciertos refinamientos... y el té a mí me parece el símbolo de eso... paz, seguridad, mujeres, charlas ociosas... y la noche fuera...

—¿Una hogaza de pan? —dijo ella—. No hay mermelada ni pasteles.

—Eso no importa —respondió él acariciando la gruesa taza de loza que sostenía torpemente con una mano, denotando su falta de costumbre.

—¿Por qué está aquí? —inquirió ella de repente—. No es de esta región. Le tomaría por un estudiante. Parece un hombre que sueña despierto.

—¿Acaso un estudiante no necesita valor? —arguyó él con amargura—. y yo no soy un soñador. Odio los sueños.

—¿No le interesa ni desea nada? —volvió a preguntarle ella, observándolo como si se tratara de un animal extraño y desconocido.

—El no tener valor alguno —contestó él sin titubeos.

—¿Morir?

El sonido de la palabra pareció atraer sus ojos hacia la ventana, abierta sobre la más cerrada oscuridad.

—No, no —dijo—; eso no. —Un pequeño escalofrío lo estremeció y habló de nuevo—. Cuando suena la música uno no ve ni piensa; tan sólo escucha ligeramente. El individuo es como un recipiente... y la música va cayendo en él hasta que no existe el *yo*. Yo *soy* la música.

—Pero ¿por qué, por qué —indagó ella— ha llevado esta vida? —y con su mano hizo un leve gesto que pareció abarcar su temor y su miseria, su cuerpo fugitivo y su cerebro.

—Mi padre lo hizo antes que yo.

—¿Sólo por esa razón?

—No, me sentí fascinado —explicó él—. Conozco a un hombre cuya voz se asemeja tanto a la música como ninguna otra de cuantas haya escuchado... —vaciló, y seguidamente alzó su mirada hacia ella—, excepto la suya.

Ella no prestó atención alguna al cumplido, sino que frunció un poco más el entrecejo y se mordió el labio con sus pequeños y agudos dientes.

—¿Y él no puede ayudarle, ahora que está usted en peligro? —preguntó—. ¿Por qué no va a su encuentro?

La miró con el más completo asombro. Había olvidado que ella ignoraba su historia y que huía de Carlyon, y por la misma razón de que él se había olvidado, su opinión llegó hasta él con la fuerza de una sabia sugerencia. «Andrews, Andrews.» —El eco de una voz suave y melancólica llegó hasta él—. «¿Por qué tienes miedo? Soy Carlyon, tan sólo Carlyon.» La voz estaba siempre guarnecida por la fresca y pura poesía que tanto amaba. ¿Y acaso no debía ir hasta él y

confesarle el mal que había hecho y explicárselo todo? Aquella voz no podía ayudarle, pero sí comprenderle. Iría, como la mujer que pecó y se acercó a Jesucristo, y la comparación no le pareció una blasfemia, tan fuerte fue el impulso de levantarse, de llegar a la puerta, abrirla y salir, confundiéndose con la noche.

—¿Es de él de quien tiene miedo? —le interrogó ella observando los cambios que se sucedían en su rostro.

También había pensado él que su voz se asemejaba mucho a la música, y ahora se mantenía quieto contemplando con extraño desinterés cómo las dos músicas luchaban para conseguir adueñarse de sus movimientos. Una era sutil, llena de sugerencias y recuerdos; la otra, lisa, clara, cristalina. La una hablaba de una fuga ensoñadora fuera de la realidad; la otra era la realidad misma, deliberadamente sana. Si se quedaba, tarde o temprano tendría que enfrentarse con su temor; si se marchaba, dejaba tras él calma, claridad, instintiva sabiduría, hacia un vago e incierto refugio. ¿Cómo recibiría Carlyon su confesión? Este era un romántico que siempre mantenía su rostro alzado hacia las nubes, y que odiaba a toda aquella persona que le ofrecía contacto con la corrompida tierra.

Con su mente todavía vadeando entre las dos músicas distintas, recordó de pronto a otro Carlyon, un Carlyon que había matado a uno de sus propios hombres por la espalda, porque una noche en que entraba contrabando había raptado a una muchacha. El caso no tuvo consecuencias, ya que aquel hombre siempre había sido un cobarde, poco popular entre la tripulación del barco contrabandista, la cual, con todas sus faltas y villanías, tenía la única virtud del valor. Él recordaba ahora su rostro en el momento en

que se apartaba del oscuro bulto que yacía sobre una playa desierta, bañada por la luz de la luna. Los pensativos ojos que atisbaban desde un cráneo de mono habían estado cubiertos entonces de disgusto y de una especie de desilusión.

Habían vuelto a embarcar con la mayor rapidez, por temor a que el tiro hubiese despertado a los aduaneros, pero Carlyon fue el último que entró en el bote. Vino con evidente desgana, como un hombre que ha dejado a su amante en tierra; y, en realidad, dejó a una mujer amada, a la cual no volvió a ver durante mucho tiempo; era una querida y romántica ilusión de aventura.

«Andrews, Andrews.» La voz había perdido su encanto. Aquella música carecía de sortilegio, porque él seguía recordando que fue con esa especie de suave y melancólico sentimiento con el que Carlyon habló al contrabandista raptor.

Señalando hacia el mar habíale dicho: «Mira allí. ¿Puedes decirme qué es eso?», y el hombre se volvió de espaldas para escudriñar una extensión de pequeños escollos, que se formaron, avanzaron, cayeron y retrocedieron, y continuaron avanzando, cayendo y retrocediendo mientras sus ojos se cristalizaban con la muerte.

—No puedo ir en busca de él —prosiguió en voz baja.

—Pero, ¿y si él viniese a usted...? —apuntó ella, como si intentase solucionar una pelea entre dos colegiales.

—No, no —contestó, y levantándose de súbito, con una lacerante sensación de temor, murmuró—: ¿Qué es eso?
Elizabeth se inclinó hacia delante escuchando.

—Se imagina usted las cosas —dijo al fin.

Con brutalidad inesperada golpeóle con su puño la

mano, que se apoyaba en la mesa, lo que la obligó a contener la respiración a causa del dolor sufrido.

—¿No puede hablar más bajo? —le ordenó él—. ¿Quiere decir al mundo entero que alguien se oculta aquí? Ahí está de nuevo. ¿No ha oído eso?

Y esta vez ella creyó percibir un ligero temblor de la grava, no más fuerte que el crujir de unas hojas. Incluyó lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Es alguien que avanza por el camino —murmuró.

La mano que él había golpeado se contrajo en un puño pequeño y decidido.

—Por el amor de Dios —murmuró él, mirando en torno suyo.

Ella alzó un dedo señalando hacia la puerta que conducía al cobertizo en donde había dormido la noche anterior. Corrió hacia ella de puntillas, y al mirar atrás vio que de nuevo había cogido ella el calcetín sin usar que él había tirado al suelo.

El rojo resplandor del fuego se alzó hacia arriba tiñendo de rubor su pálido y sereno rostro. Cerró la puerta y se quedó en la oscuridad del cobertizo tiritando como poseído por la fiebre.

El ruido que momentos después llegó a sus oídos fue la voz de Carlyon.

Su aguda entonación lo laceraba. Había esperado que por lo menos avisase con tiempo suficiente para vigorizar sus rodillas y su corazón, aunque sólo hubiera sido con un ligero golpe en la puerta o el metálico ruido de un pestillo que se alza.

Llegó hasta él atravesando el agujero de la cerradura y la grieta: amable y tranquilizadora.

—Discúlpeme —dijo—. Me he perdido en esta niebla.

Oponiendo a la decepcionante entonación su propio tono claro, la voz de Elizabeth chocó contra la suya como un acero contra otro.

—¿Por qué no llamó a la puerta? —preguntó.

«¿Se habrá dado cuenta Elizabeth —se preguntaba Andrews mientras escuchaba atentamente en la oscuridad de su escondrijo— de que es éste el hombre a quien temo?» Buscó en vano en su asustada mente la manera de avisarla. Se podía imaginar el rostro de mono de Carlyon contemplándola con abierta franqueza.

—Nunca puede uno tener suficiente cuidado por estos sitios —comentó. Su voz sonaba más cercana, como si se hubiese aproximado al fuego—. ¿No está sola? —inquirió acto seguido.

Andrews se llevó la mano a la garganta. Algo le había traicionado. Quizá mientras él estaba tras la puerta como un ciego, ella habría delatado su escondrijo, sin el más ligero ruido, con un guiño del ojo, una ceja que se alza. Un momentáneo impulso de abrir la puerta y echarse en brazos de Carlyon se apoderó de él. Por lo menos sería una lucha de hombre a hombre, pensaba, hasta que el crítico que nunca dormía en su interior le instó: «Tú no eres un hombre». «Pero un cobarde, al menos, puede tener astucia», protestó, y arrodillándose aplicó su ojo a la cerradura. Un momento después vio la posición de los que hablaban. Elizabeth estaba sentada en su silla, su mano dentro del calcetín, en busca de agujeros por remendar. «Está exagerando su tranquilidad», pensó con temor. Carlyon se inclinaba hacia ella, contemplándola con una aparente mezcla de respeto y de pesar. Hizo un leve movimiento en dirección a las dos tazas que se mantenían con descarada desfachatez sobre la

mesa.

Ella terminó la búsqueda de agujeros en el calcetín y lo puso sobre su falda.

—Estoy sola —dijo—. Mi hermano acaba de salir. No está lejos —añadió—. Puedo llamarlo si usted no se marcha.

—No debe tener miedo de mí —replicó—. Quizá yo conozca a su hermano. ¿Es de estatura un poco más que mediana, poco robusto, moreno, con ojos temerosos y obstinados?

—Ese no es mi hermano —contestó ella—. Es bajo y rechoncho... y muy fuerte.

—Entonces no busco a su hermano. —Cogió con sus dedos una de las tazas—. Debe de hacer poco que estaba aquí —dijo—. El té aún está caliente. Y debió de marchar precipitadamente, sin terminar de beberlo. Qué raro que no nos hayamos encontrado.

Miró alrededor de la habitación sin disimular su curiosidad.

—Esa taza que tiene usted es la mía —manifestó Elizabeth, y añadió con sarcasmo—: ¿Me permitirá terminarla?

Andrews, arrodillado y mirando por el agujero de la cerradura, alzó su mano hasta el cuello para tranquilizarse, en el mismo momento en que ella apuraba lo que él había dejado en la taza. «Una extraña y adorable taza», pensó con amargura; pero ésta se desvaneció ante una ola de humildad que durante un momento le hizo ver claro dentro de la inconsciencia de su temor. Había estado arrodillado para poder atisbar en la habitación del fondo, pero ahora era su propio corazón el que se arrodillaba ante ella. «Es una santa», volvió a pensar. La caridad y el valor con que le

había ocultado de su enemigo lo había aceptado como un privilegio; mas para su mente confusa y torcida, el acto de beber de la misma taza le pareció de una sorprendente nobleza. Le impresionó allí en donde más pronto estaba a emocionarse: directamente en la realidad de su cobardía. De rodillas no sólo en la oscuridad de la habitación, sino en la de su propio espíritu, se imaginó que con una intimidad desprovista de titubeos ella había rozado sus labios, quedando manchados en el contacto con los de él.

—No me he encontrado con su hermano —repitió Carlyon; en su voz había todavía un poco de pesar y ternura.

—Hay otra puerta —observó sin titubear la muchacha.

Carlyon se volvió, y a Andrews, mirando a través de la cerradura, le pareció que sus ojos se encontraban. Su humildad y confianza desaparecieron con la misma velocidad con que habían aparecido. Carlyon dio un paso hacia la puerta. «Me ha traicionado», pensó él, y con dedos que buscaban a tientas e invadidos de pánico intentó localizar su cuchillo. No obstante, no se atrevió a abrirlo, incluso cuando lo hubo encontrado, por miedo a que el chasquido que produjese se hiciese audible a través de la cerrada puerta. Carlyon parecía estar mirándole fijamente. Resultaba increíble que no pudiese ver el ojo que lo miraba a través de la cerradura; no obstante, titubeó, confundido quizá, como lo había estado él, por el valor de la muchacha, pensando que tendría ayuda en alguna parte, que seguramente le podrían tender una trampa. Momentos después habló de nuevo, despreocupadamente y sin prisas, inclinándose hacia delante para calentarse las manos en el fuego.

—De nada le serviría ir ahí —dijo ella—. Él cerró la puerta con llave al salir.

Para el hombre oculto en la oscuridad siguió un momento de suspensa angustia, mientras Carlyon vacilaba. Sólo tenía que girar el pomo de la puerta para que todo se descubriese. Finalmente, desistió de ello. Quizá en parte fuera debido a que temía le hubiesen tendido una posible trampa, pero la razón principal debió de ser aquella embarazosa vena de caballerosidad que no le permitía demostrar a las claras sus dudas respecto a la palabra de una mujer. Se apartó de la puerta y se quedó en el centro de la habitación, inundado de una patética perplejidad. Si él hubiera sabido de antemano que tenía que tratar con una mujer, hubiera enviado en su lugar a uno de sus compañeros, al pequeño y astuto Harry, o al elefantino Joe.

Ella le observó con ligera burla, recorriendo con sus ojos desde su peculiar frente y sus ojos profundamente hundidos hasta el extraño contraste formado por sus pequeños pies, que casi no parecían tocar el suelo.

—Está usted cubierto de lodo —comentó, y lanzó una pacífica mirada hacia el suelo, todavía fresco y limpio de haberlo fregado Mrs. Butler.

—Lo siento mucho —se excusó él—, mucho. El hecho es que...

—No se preocupe en inventar una mentira —murmuró ella abstraídamente; su atención al parecer dirigiéndose hacia el ardiente corazón del fuego—. Busca a alguien. Cualquiera podría decirlo. A menos que no esté huyendo de algo como el otro hombre.

—¿El otro hombre?

Al decirlo se inclinó un poco hacia delante con excitación, y Andrews se preparó una vez más para la traición. El acto de que ella hubiese bebido en su misma

taza, y que le había llenado de humildad, ahora parecía que subrayaba lo que él consideraba la vileza de su traición.

—El hombre que usted ha descrito —dijo ella—, ese hombre obstinado y asustado.

—¿Está aquí?

Andrews casi no pudo captar las palabras que en un susurro precipitado pronunció Carlyon; pero sí vio que su mano derecha se había introducido en un bolsillo interior.

—Durmió aquí la noche pasada —declaró ella.

—Y ahora, ¿dónde está?

—Se marchó al amanecer, hacia el Norte creo, pero no lo sé con seguridad.

—Sí, eso es verdad —murmuró Carlyon—. Casi chocó conmigo, pero logró escapar entre esa dichosa niebla. Es probable que vuelva aquí de nuevo.

—No lo creo —rió ella, señalando hacia el rincón en donde estaba el rifle—. Tiene miedo y vergüenza.

—¿Y su hermano? —preguntó él con súbita reminiscencia sospechosa.

—No estaba aquí anoche, pero advertí a su amigo que estaría hoy en casa. ¿Tendré que advertírselo a usted?

—Yo no tengo miedo —respondió Carlyon—, ni estoy avergonzado.

Ella volvió a examinar sus ropas llenas de barro y le preguntó:

—Pero usted también huye de algo, ¿no?

—De la ley —contestó él con una franqueza que no conocía titubeos—, no huyo de mis amigos... o de mí mismo —añadió pensativamente.

—¿Por qué todo este jaleo? —inquirió ella, alzando sus ojos, iluminados por el rojo resplandor del fuego, hacia él, y brillando en ellos una apasionada sinceridad con la que

parecía condenar con la misma rectitud el barro de que estaba él cubierto, su huida y su busca del otro.

Ella contempló fascinado y con dificultad, como si quisiera agarrarse con los ojos a un objeto que brilla confusamente en el fondo de un oscuro y profundo pozo.

—Es una especie de Judas —manifestó por lo bajo y con repugnancia.

—No me pareció un hombre con dinero —observó ella—. ¿Está usted seguro?

—No. Pero si pudiera verlo lo sabría al momento. No tiene valor para esconder cosa alguna.

Acto seguido se estremeció ligeramente, como si una fría corriente se hubiese insinuado bajo la puerta.

—Tiene frío —dijo Elizabeth—. Acérquese al fuego.

Él la miró durante un momento como si estuviese sorprendido de la amistad que le demostraba y luego se acercó hasta el fuego y dejó que el calor y la llama manchasen sus manos de un color rojo dorado.

—¿Por qué no puede dejarlo en paz? —quiso enterarse ella—. ¿Se merece él tanto trabajo y riesgo?

Desde sus profundas cuencas, los ojos de Carlyon atisbaron con cautela, como si pensase qué posibilidades de comprensión habría en esta muchacha que tan serena se mostraba.

—Yo le conocía muy bien —contestó titubeando—. Éramos amigos. Él también debía conocerme bien. Ahora le odio. Estoy seguro de que lo que siento es odio.

La voz de ella llegó hasta él como la caricia de una llama suave y cálida.

—Cuéntemelo todo —le pidió.

Volvió a mirarla de nuevo con aquella misma impresión

de asombro que lentamente parecía brotar de un manantial oscuro y profundo.

—Tiene usted una voz maravillosa —opinó—. Parece como si estuviese dispuesta a deleitar con la música de su voz a cualquier extraño. ¿Sabe quién soy?

—Uno de los *Caballeros*² —respondió ella, y aguardó.

—También lo era el hombre que estuvo aquí anoche. Éramos amigos. Yo le decía cosas que no las diría a nadie ahora..., las cosas que yo amaba y por qué. Y después de tres años de estar con nosotros nos traicionó a las autoridades.

—¿Está usted seguro de eso?

—Alguien debió hacerlo —dijo él—. En la cárcel hay seis hombres acusados de asesinato. Hubo lucha y un aforador murió de un tiro, ¡pobre diablo! Cuatro de nosotros nos escapamos; los dos que están conmigo y Andrews, que ha hecho cuanto ha podido por evitarnos. ¿Y cuándo se escapó? Antes de que nos sorprendieran. De eso estoy seguro. ¿Por qué teme encontrarse conmigo? Yo sé que tiene miedo. —Sus ojos, después de haber lanzado una sospechosa mirada a su alrededor, parecieron esconderse todavía más profundamente en sus cuencas—. Usted no podrá comprender —siguió diciendo— cómo ha logrado estropearlo todo. Era una vida ruda, pero había algo magnífico en ella... aventura, valor, grandes riesgos. Ahora somos un grupo de presidiarios, asesinos. ¿No le parece ruin —gritó de pronto— que un hombre muriese a tiros por una simple cuestión de bebidas alcohólicas? ¡Qué aspecto más sucio y sombrío adquiere todo!

Ella le miró con compasión, pero no con simpatía.

² Se refiere el autor a los contrabandistas.

—Debió ser siempre así —comentó.

El se encogió de hombros.

—Sí, pero entonces no lo sabía —arguyó—. ¿Debo acaso estarle agradecido por aclarármelo?

Ella sonrió a las llamas del fuego que se enroscaban volviéndose a desenroscar rápidamente.

—¿Es que la muerte de un hombre y un sueño ininterrumpido merecen toda esta inquietud? —preguntó, con voz un tanto alzada como si quisiera llevar su protesta por la estupidez de los hombres allende la habitación, hacia la noche cubierta de niebla.

—Tiene usted mucha cordura —pronunció tristemente Carlyon—. Ustedes, las mujeres, son todas muy sensatas. Un sueño es lo único que muchas veces le conceden al hombre. Yo creo que es usted hermosa, buena y que siente compasión por el prójimo, pero es sólo un sueño. Usted sabe todo cuanto a usted respecta, anhela esto y aquello, tiene miedo a los insectos, está llena de desagradables necesidades físicas. Nunca encontrará a un hombre que la ame por nada más que por la desnuda silueta de usted misma. Un hombre incluso llegará a olvidar sus propios detalles cuando pueda, hasta que aparezca como un héroe épico, y necesite que su mujer vea que es un imbécil. Sólo una mujer puede amar a una persona de verdad.

—Puede que tenga razón —concedió ella—, aunque no comprendo la mayor parte de lo que dice. Una vez conocí a un hombre, no obstante, que se olvidó de tal forma de sus propios detalles, como usted los llama, que se creyó a sí mismo un cobarde y nada más.

—Eso no es tan común —manifestó Carlyon—. Las mujeres generalmente nos dan a conocer a nosotros mismos

y eso nos obliga a odiarlas. Supongo que ese hombre debió amar a la mujer que le dio a conocer a él mismo.

De súbito la muchacha retiró su máscara de seriedad y se echó a reír.

—Pobre hombre —se burló—, y usted odia a ese amigo suyo porque le ha hecho comprenderse a sí mismo. ¡Qué loco es malgastar su tiempo en un odio así!

Él hizo un pequeño movimiento en dirección al fuego, como si quisiera apresar su luz y calor y llevarlo hasta su cerebro.

—Sí —declaró—, le odio.

Y esperó tras haber pronunciado estas palabras, con sus ojos mirando suplicantes, desde su chata frente, en un deseo de convencerse a sí mismo de su futilidad y odio.

—Pero al fin y al cabo, ¿qué podría hacer cuando lo encontrase? —preguntó ella.

—Me aseguraría de que tengo razón —contestó él—, y luego lo mataría.

—¿Y de qué serviría eso? —le objetó ella.

El se apartó un poco y echó hacia atrás su cabeza, como si con aquel movimiento fuera a proteger algo muy amado por él.

—No serviría de nada —musitó—, de nada; pero tengo una misión que cumplir.

Vio como ella alzaba sus ojos llenos de suplicante benevolencia y le oyó decir:

—Está en peligro de caer en poder de algo peor que la ley. Entonces la miró con sospecha.

—¿Por qué todas estas discusiones? ¿Le gustó ese hombre? —La contempló contrariado y con disgusto, como lo hubiera hecho con un hermoso cuadro manchado de suciedad, y añadió—: ¿Se enamoró de él en una noche?

—No —contestó ella con sencillez—. Pero he vivido con odio desde que era una chiquilla. ¿Por qué no se escapa del país? Si se queda se perjudicará a sí mismo, o si no a alguien a quien nunca pensó en herir. Siempre pasa de este modo.

No prestó atención a sus palabras, sino que se puso a mirarle el rostro con curiosidad y fascinación.

—Si pudiese llevármela conmigo —murmuró—, tendría paz y caridad. ¿Se ha dado cuenta —agregó suavemente, con los ojos mirando igual a los de un perro que atisba entre las rejas de una jaula— cómo en mitad de la tormenta siempre hay un momento de silencio?

Medio alzó sus brazos, como si fuera a protestar de la necesidad que le lanzaba de nuevo entre la tormenta, y luego los dejó caer en una especie de cansado desconsuelo.

—Está usted libre —observó ella, mirándole no a través de rejas, pero sí cruzando la dorada neblina que se desprendía de las llamas del fuego. No está ligado.

El se encogió de hombros y replicó con resentida despreocupación:

—Oh, no existe paz para mí.

A continuación giró sobre sus talones con decisión, pero tan sólo había avanzado tres pasos en dirección a la puerta cuando volvió sobre sí mismo.

No la miró, pero dijo con una nota de embarazo en su voz:

—¿Dice que se marchó hacia el Norte?

—Sí —contestó ella.

—Desde luego. Ya lo sabía —comentó—. Casi nos encontramos. —Pareció tambalearse sobre sus pies—. No sé cómo se llama usted —continuó—. No quiero que le suceda

nada malo. Si él volviese, no debe usted cobijarle o avisarle.

—¿Es eso una orden? —indagó ella con suave burla.

—Sí —dijo él, y añadió con una prisa que entrechocaba sus palabras—: Pero también se lo rogaré. No puede estar mezclada en esto. No pertenece a nuestro mundo de ruidos y de odios. Quédese con la paz.

—¿Están ustedes dos tan distanciados?

El escuchó con la cabeza un poco inclinada hacia un lado y sus ojos semicerrados, como un hombre a cuyos oídos llega una leve música. Luego se cubrió los ojos con la mano durante un breve instante.

—Usted me confunde —dijo.

—¿Están los dos tan distanciados? —repitió ella.

—Deje que lo estemos —repuso él con vehemencia y amargura—. No puede venir a nosotros, y resulta demasiado fácil para que nosotros vengamos a usted.

—¿Adónde va?

—A buscarlo. Lo encontraré. Lo conozco demasiado bien para que se me escape.

—Y él lo conoce a usted.

Él se acercó más.

—¿Se estaba riendo de mí durante todo el tiempo que fuimos amigos? —preguntó—. Es un cobarde y los cobardes son astutos. Yo le decía cuáles eran las cosas que a mí me gustaban. Le leía libros, compartía con él lo que yo amaba. Sólo puedo hacerle olvidar todo cuanto le dije matándolo —añadió con incongruente sentimiento.

Elizabeth inquirió:

—¿Eran cosas tan secretas?

Él se separó ahora con sospecha, como si ella también le leyera sus más íntimos pensamientos.

—La he avisado —declaró con brusquedad—. No la

molestaré más. Mejor será que no le diga a su hermano que he estado aquí. Tampoco le deseo ningún mal a él.

Se volvió y se acercó rápidamente a la puerta, como si temiese que una palabra pudiese detenerlo más tiempo. Cuando la abrió, una fría ráfaga llenó la habitación de humo y niebla. Su cuerpo se estremeció ligeramente a causa del frío. Y al cerrar la puerta tras él apartó de sí la visión del rostro de Elizabeth con su serenidad perturbada por una leve y sombría compasión.

Capítulo V

Andrews volvió a guardar en su bolsillo la navaja sin abrir. La oscuridad que le había parecido fría y huraña se convirtió en cálida y acogedora. Se sentía inundado de una inmensa gratitud que hacía estuviere poco dispuesto a abrir la puerta y recordarle a Elizabeth su presencia en la habitación. En ese estado de ánimo, ella se le apareció tan inalcanzable como una estrella, y tan santa como una visión sobrenatural. Recordaba su primera entrada en la cabaña y lo último que sus ojos pudieron ver antes de caer exhausto al suelo; su pálido y decidido rostro enmarcado por dos llamas amarillas.

Con sumo cuidado, como si le rodeara un ambiente de gran misterio, hizo girar el pomo de la puerta, quedando en el umbral, indeciso y apocado. Ella estaba de pie, junto a la mesa, retirando las tazas y los platos del té.

—¿Es usted? —inquirió sin alzar la vista—. Guarde estas tazas en el armario.

Cuando él hubo obedecido sus deseos, se dirigió de nuevo hacia el fuego, e inclinándose para atizar los carbones encendidos, murmuró con burlona aspereza:

—¡Buen par de tontos!

Andrews descansaba el peso de su cuerpo ya sobre un pie ya sobre el otro. Se sintió incapaz de murmurar su agradecimiento, ante el asolador realismo que ella había demostrado. Con nerviosos dedos se puso a manosear un botón de su chaqueta; finalmente, con una especie de resentimiento reflejado en su voz, murmuró:

—Le estoy muy agradecido.

—¿Pero qué significa todo esto? —preguntó ella extendiendo las manos a la vez que hablaba con un gesto de

perplejidad burlona—. Odio los misterios.

Sus ojos parecían tener un brillo profundo y enigmático, tan sólo veteados de ligera ironía.

—¿No ha oído lo que ha dicho? —contestó él, y murmuró en un tono tan bajo, que ella se vio obligada a inclinarse hacia delante para poder así captar las palabras—: Una especie de Judas.

—¿Cree usted que voy a dar crédito a todo cuanto él ha dicho? —se rió, mirándole con ojos muy abiertos, en los que se reflejaba una inocente diversión.

—¿Se creería usted lo que yo le dijese? —inquirió él, molesto por conocer de antemano la respuesta.

—Desde luego. Dígamelo.

Él la miró con el más profundo asombro. Luego todos sus instintos melodramáticos y sentimentales se levantaron en pleno para sacar ventaja de la ocasión: «¡Oh, qué bendito alivio sería —pensó— caer de rodillas a sus pies, llorar y decirle: Estoy derrengado! ¡Soy un hombre perseguido por algo peor que la muerte!»

Podía escuchar su propia voz quebrándose al pronunciar la frase, pero en el momento en que se disponía a obedecer a sus instintos, la otra parte de su ser, dura y crítica, habló con insospechada claridad: «Imbécil, ella verá que es falso. ¿No sientes la suficiente gratitud para decir la verdad?» «Pero entonces —protestó su sentimentalismo— pierdo la ocasión de sentirme consolado.» Mas cuando alzó la vista y la vio, el crítico que en él habitaba salió victorioso. No se movió de su sitio, permaneciendo con las manos enlazadas a su espalda y la cabeza un poco inclinada; pero sus ojos miraban atentamente, un poco enfurecidos, dispuestos a captar el primer signo de menosprecio que

apareciera en su semblante.

—Todo cuanto él ha dicho es verdad —confesó.

—Cuéntemelo —rogó ella de nuevo.

—No es una historia que pueda interesarle —arguyó él, con la vana esperanza de evitarse más humillaciones.

Ella se sentó en una silla y, apoyando su barbilla en la palma de la mano, le miró con una divertida expresión en sus pupilas.

—Tiene que ganarse la estancia de esta noche refiriéndome su historia. Venga aquí.

El se agarró a su inmovilidad como a un último y desesperado apoyo, haciéndosele más fácil hablar permaneciendo a un nivel superior, y no teniendo que alzar la cabeza para mirarla.

—Si tengo que hablar, lo haré desde aquí —dijo.

Retorció violentamente un botón hasta que lo dejó colgando flojamente de su tallo de algodón. No sabía cómo empezar su relato. Cerró los ojos y dio comienzo a una rápida corriente de palabras que iban brotando de sus labios.

—Estábamos entrando bebidas alcohólicas procedentes de Francia y yo les traicioné. Esto es todo cuanto hay del asunto. Escribí a un funcionario de aduanas de Shoreham indicándole fecha, hora y lugar. Cuando desembarcamos, los aforadores nos estaban esperando. Hubo lucha, pero yo me escapé. Parece ser que uno de los aduaneros resultó muerto. —Abrió los ojos y la miró colérico—. No se atreva a despreciarme. Usted no sabe por qué lo hice, ni conoce cuáles son mis sentimientos ni lo que yo pueda sentir. Sé que soy un cobarde, y ninguna de ustedes puede comprender a mi hombre así. Todas son valientes, tranquilas y pacíficas.

Ella no prestó atención a su colérica exclamación y siguió mirándole pensativamente.

—Sólo me pregunto por qué lo hizo —repuso.

Agitó él la cabeza y contestó con profundo convencimiento:

—No podría comprenderlo.

—Pero ¿por qué se le ocurrió ser contrabandista? —le interrogó ella—. Usted no está hecho para esa clase de trabajo.

—Mi padre era contrabandista —explicó él—, un contrabandista vulgar y pendenciero, pero endiabladamente listo. Ahorró dinero en su profesión y me envió a la escuela. ¿Qué resultados podía reportarme el haber estudiado griego si tenía que pasarme la vida así?

Su mano, con gesto vago y amplio, abarcó la desnuda habitación, la fría noche, sus ropas enlodadas y el temor de que se hallaba invadido. Se acercó un poco más al fuego, a la vez que continuaba su relato, inclinándose hacia delante como si quisiera dar a conocer una confidencia.

—Le diré por qué me envió a la escuela. Para así poder jactarse de ello ante su gente. Estaba orgulloso de su triunfo. Nunca pudieron cogerle y nunca hubo evidencia alguna contra él. Su tripulación le idolatraba. Se ha convertido en un personaje de leyenda para toda esta costa. Nunca me atreví a decirle a nadie estas cosas, excepto a usted. Durante todo el tiempo que estuve en el mar veía que no cesaba de preguntarse cómo había sido posible que una montaña produjese un ratón como yo.

—¿Por qué odia tanto a su padre? —inquirió ella—. ¿Es acaso por todo cuanto le está sucediendo ahora? —y con su mano imitó el gesto que momentos antes había

iniciado él.

—¡Oh, no, no!

Movió la cabeza y la miró con desesperada atención, con el vano deseo de descubrir en ella algún signo de comprensión. Rogaba, no como un abogado defensor que se dirige a un jurado, sino como un prisionero que ya está condenado por el juez.

—Usted no puede comprender lo que representaba vivir con esos hombres —prosiguió—. No podía hacer nada que no tuviesen que compararlo con lo que hubiera hecho mi padre, y nunca me era posible llegar a la altura que ellos hubieran considerado como buena. No cesaban de hablarme del valor que mi progenitor demostraba, de lo que él hubiera hecho, de todo cuanto se refería a aquel hombre a quien consideraban un héroe. Y, sin embargo, yo sabía otras cosas que ellos ignoraban; sabía cómo había pegado a mi madre, sabía de su testarudez y de su ignorancia, de sus bárbaros modales de hombre pendenciero. Al final me dejaron a un lado —continuó diciendo, a la vez que en sus labios se dibujaba una sonrisa que muy poco tenía de alegre—. Yo no tenía importancia alguna para ellos. Se mostraban amables conmigo, con una especie de caridad, sólo porque aquel hombre era mi padre.

—Pero ¿por qué, por qué se alió usted a ellos?

—Todo fue por causa de Carlyon —contestó él, suavemente, preguntándose si el retorcido sentimiento que había en su corazón cuando pronunció el nombre era odio o amor. De lo que no tenía duda alguna era de la irrevocable amargura del mismo.

—¿Del hombre que estuvo aquí?

Él afirmó con la cabeza.

—A mi padre lo mataron en alta mar y tiraron su

cuerpo por la borda, para que aun después de muerto la ley no pudiese alegar evidencia alguna en contra suya. Yo estaba en el colegio y mi madre murió un par de años antes. Creo que él le destrozó el corazón, si es que existe semejante cosa. De todas formas, le destrozó el cuerpo.

Pensando en ello su rostro empalideció, como si le cegara el calor de un fuego interior.

—Yo amaba a mi madre —volvió a decir—. Era una mujer tranquila y pálida que adoraba las flores. Acostumbrábamos a dar largos paseos durante mis vacaciones y coger florecillas de setos y zanjas. Después las prensábamos, colocándolas en un álbum. Una vez, al regresar mi padre a casa, creo que después de haber estado bebiendo, nos encontró absorbidos en nuestro trabajo. Estábamos tan ocupados que no oímos su llamada. Vino hasta nosotros y destrozó las páginas del álbum estrujándolas entre sus puños, aquellos puños suyos tan grandes y pesados.

—¿Por qué su madre se casó con él? —preguntó ella.

—Se fugaron —le replicó él—. Mi madre era de un romanticismo incurable.

—¿Y cuándo murió su padre?

—Hace más de tres años —respondió él, con un tono de voz tan cansado que pareció haber estado hablando desde hacía tres siglos—. Estaba terminando mis estudios cuando Carlyon vino a darme la noticia. Me alegré porque me pareció que aquello sería el fin del temor que siempre había sentido. Mi padre acostumbraba pegarme sin misericordia, porque, según decía, los palos lograrían infundirme valor. Creo que últimamente estaba un poco trastornado; se ve que la muerte de mi madre le intimidó, pues era

supersticioso. Al saber que había muerto creí que comenzaría para mí una vida de paz.

—¿Y por qué no? ¿Por qué esta vida?

El inclinó la cabeza con ademán sombrío.

—Estaba solo e indeciso en cuanto a lo que debía hacer. Carlyon me pidió que regresara con él y accedí. — Alzó su rostro y pronunció con fiereza—: ¿No lo comprende? Usted misma ha visto al hombre. Hay algo en su aspecto que... y yo entonces era un chiquillo —añadió como si fuera un hombre anciano que discute de un pasado muy remoto ya—. Quizá fuese un romántico, como mi madre. Bien sabe Dios que yo debía estar curado de todo eso. Él era valiente, aventurero y, no obstante, amaba la música y todo cuanto yo estimaba: los colores, los perfumes, todo lo que forma lo más auténtico de mi ser y que ni en el colegio ni al lado de mi padre me estaba permitido aludir; y me marché con él. ¡Qué imbécil fui! ¿Cómo pude resolverme a ello?

La boca de la muchacha se crispó como si saborease algo amargo.

—Sí, pero, ¿y la traición? —preguntó.

El se irguió, apartándose un poco del fuego.

—No confío en que nadie llegue a comprender lo que me movió a hacerlo —dijo. Durante un breve momento apareció en su fisonomía la impresión de una gran dignidad, pero desapareció cuando agregó—: No puede llegar a figurarse la vida que tuve que soportar. Había grandes tormentas y estaba siempre mareado. Sobrevenían períodos de prolongadas esperas, durante los cuales permanecíamos apartados de la costa, aguardando señales de tierra que no llegaban, siéndome imposible disimular mi nerviosismo. Además, no existía la esperanza de un cambio, de una paz

que pudiese llegar al final de todo eso; sólo la muerte podía traerla. Mi padre había hecho heredero a Carlyon de su barco y de todos sus ahorros. Esa fue la razón de que viniese a verme a Devon. Sentía curiosidad por ver al hijo abandonado, y luego, supongo, tuvo lástima de mí. Creo que llegó a quererme.

Esto lo dijo con lentitud y añoranza, a la vez que el corazón le daba un vuelco doloroso. A continuación prosiguió su relato en estos términos:

—Yo creí que mi padre había muerto, pero pronto tuve ocasión de observar que me había seguido a bordo de la nave. El primer miembro de la tripulación con quien tropecé cuando fui izado a bordo (unos me empujaban por detrás y otros estiraban por delante hasta que pisé la cubierta) fue Joex, una criatura gruesa, vulgar y estúpida, un hombre con cuello y fuerzas de toro. «Pronto tendrá usted piernas de marino, señor —me dijo—, si es usted el hijo de su padre.» Todos idolatraban a mi padre, excepto un jovenzuelo flaco y medio bobo llamado Tims, a quien él había convertido en su criado particular. Supongo que mi padre lo tenía intimidado. Acostumbraba mirarme de reojo y de lejos con una mezcla de odio y temor hasta que pudo darse cuenta de que yo no era el «hijo de mi padre», a raíz de lo cual empezó a tratarme con más familiaridad, ya que ambos habíamos sufrido bajo la misma mano.

Al llegar a este punto se detuvo un momento., para proseguir tras breve pausa, intentando vanamente disimular su sonrojo, revistiendo sus palabras de forzada ironía:

—Poco tardaron en comprender que yo no era como mi padre, pero todos continuaron mostrándose amables conmigo y limitándose a repetirme seis veces al día lo que él

hubiera hecho en tal y cual caso. Acostumbraba refugiarme junto a Carlyon, quien nunca llegó a nombrármelo.

Había estado hablando con calma, aunque con una nota de cansancio en la voz; pero no tardó mucho en perder su aplomo.

—Sí, soy un cobarde —gritó—. ¿Acaso significa eso que no tengo cerebro? ¿Es que mi cerebro no tiene valor alguno para ellos, que nunca me consultaban para nada y tan sólo me soportaban junto a ellos por ser el hijo de mi padre y porque ésa era la voluntad de Carlyon? Puedo ser tan bueno como él. ¿Acaso no he demostrado ahora ser más listo que ese imbécil?

Dio a estas últimas palabras una nota de histérico triunfo, y seguidamente quedó silencioso ante la impasible tranquilidad de la muchacha, a la vez que recordaba cómo no hacía mucho había llevado a sus labios la taza de té, acto que le había causado un sentimiento de profunda humildad mientras se hallaba acurrucado en el oscuro cobertizo. Ahora deseaba que ella hablase, que le echase en cara su ingratitud con palabras, en vez de acusarle con la tranquila mirada de sus ojos. Ante su silencio el resentimiento se abría camino en su interior y agitó nerviosamente las manos.

—Les he demostrado que puedo tener más importancia de la que se habían creído —se jactó.

Ella se llevó las manos a la cabeza como si quisiera mitigar un dolor agudo.

—De modo que todo fue movido por el odio —dijo con voz cansada—. El odio parece que existe en todas partes.

Ella miró con el más completo asombro. En su espíritu, donde él había creído que sólo existía una paz sin límites, vio aparecer ahora una nube. Por vez primera llegó hasta él la sensación de un infortunio distinto al suyo.

Mientras contemplaba el pequeño rostro que se apoyaba sobre unos puños diminutos, fuertemente apretados, al que iluminaba ligeramente el resplandor del fuego, se indignó con el mundo, con la oscuridad que les rodeaba, con el temor, con la intranquilidad, con todo aquello que pudiese destruir la completa felicidad que ella se merecía.

«Es una santa», pensaba al recordar, con el corazón todavía medio dispuesto a hacer surgir sentimentales lágrimas de gratitud, su proceder con Carlyon, que le salvó de caer en manos de su perseguidor.

Cautelosamente se aproximó más a ella, guiado por un deseo, como era el de inmiscuirse en penas que no podía compartir, contrario a su naturaleza.

«Es el muerto», se dijo, y empezó a notar que un sentimiento de celos se apoderaba de él. «Es verdad entonces —murmuró la otra persona que en él habitaba— que siempre es el odio el que nos dicta nuestras malas acciones.»

—No —pronunció en voz alta, dirigiéndose en parte a la muchacha y en parte a aquella otra persona—, en este caso, no. No es el odio el que mueve todo esto —y cuando ella alzó sus ojos hacia él con un fruncimiento de perplejidad, añadió—: Le estoy agradecido.

¡Qué pobres fueron sus palabras! Se dio perfecta cuenta de la estampa representada por él junto al fuego, como un cuerpo grande y rudo cubierto de ropas manchadas, y exclamó con indignación hacia él mismo:

—No merece la pena que usted se sienta afectada por esto.

De pronto, e *in mente*, extendió ambas manos hacia su crítico y le rogó dominase, aunque sólo fuera por unos

momentos, sus impulsos. Al terminar su súplica dijo, dirigiéndose a la muchacha:

—Es culpa mía, lo sé. Quizá no sea todavía demasiado tarde. Me marcharé ahora... en este mismo instante.

Se volvió hacia la puerta indeciso y, al contemplar a través de la ventana la fría noche que reinaba en el exterior, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Allí existía una morada apropiada para el odio, entre el frío y la oscuridad, y allí era donde se dirigiría, restituyendo de nuevo la seguridad a esta cálida habitación y a su pálida ocupante. Sin embargo, no deseaba marcharse, y no tan sólo por el temor de saber que encontraría a Carlyon y a sus dos compañeros esperándole en la oscuridad del bosque, sino porque en el interior de la cabaña dejaría a alguien que parecía llevar allá en la profundidad de sus ojos, reflejada muy tenuamente y a ratos, la promesa de que algún día los dos seres que habitaban en su interior se fundirían en uno, logrando aquella paz que había llegado a descubrir algunas veces en la música.

Quedóse titubeando vergonzosamente, al desaparecer toda la fuerza que había reunido con sus palabras.

—No es necesario que se marche —repuso ella—. A mí no me ha causado daño alguno. —Y viendo que no demostraba haberse afectado por su poco entusiasta declaración, añadió con decisión—: No quiero que se marche.

Él giró sobre sus talones y quedó frente a ella.

—¿Es cierto lo que dice? —preguntó.

—¡Oh! No es por el atractivo de su persona —respondió ella con gentil burla—. Pero ya estoy cansada de estar sola. Ni tan siquiera su cuerpo, el de él, se halla ahora aquí.

—No, pero ¿y el espíritu? —exclamó él con

brusquedad, dándole intencionadamente una interpretación equívoca a las palabras que ella había pronunciado, viendo su cuerpo como a un estuche lindo y frágil, enmarcando su equilibrado espíritu, que turnábase para hablar con burla, amistad, pena, risa y siempre con un penetrante tono de paz.

Ella no comprendió la intención que encerraba su frase.

—Yo no sé dónde está —dijo—. De todas formas me mantendrá a salvo de cualquier peligro. Dije que él estaba celoso, ¿verdad? Si usted estuviese borracho y poseído por la lujuria —añadió con una franqueza que sorprendió a Andrews—, yo estaría a salvo.

—Sí, a salvo de todo lo que pueda referirse a eso, quizá —contestó—, pero, ¿y de la muerte?

Ella se echó a reír.

—¡Oh! Nunca he pensado en eso. Cuando sea vieja tendré tiempo de sobra para preocuparme de ello.

—¡Qué maravilloso es poder vivir sin que nos preocupe el temor a la muerte! —musitó Andrews pensativamente—. Debe de ser muy valiente para vivir sola en esta cabaña.

Ya se había olvidado por completo de su resolución de pocos minutos antes respecto a abandonar la casa, y ahora, con una súbita pero respetuosa familiaridad, se sentó en el suelo, a sus pies, dejando que el resplandor del fuego descubriese la maravillada expresión de su rostro. A ella le pareció que aquellas líneas de su cara, falsamente envejecida por el temor, se habían suavizado, y era un muchacho joven el que ahora la miraba con entusiasmo. Sonrió y dijo:

—No es valentía, sino la costumbre.

Él se inclinó hacia delante acercándose más a ella, mientras contemplaba atentamente su rostro como si no quisiera perderse la más pequeña sombra, el más ligero movimiento de sus ocultos músculos, el más leve cambio de color o expresión de aquellos que ya consideraba, de todo corazón, como ojos impecables.

—Ya le he relatado mi historia. Cuénteme la suya. Me ha dicho que puedo pasar la noche aquí y aún es demasiado pronto para irse a acostar.

—No es una historia interesante —contestó ella—. Siempre he vivido aquí. Nunca he ido más lejos que a la escuela de Shoreham.

—¿Y ese hombre... que ha muerto? —preguntó Andrews, sintiendo de nuevo una extraña punzada de celos.

—Yo estuve aquí primero —replicó ella, como reclamando, igual que Venus, prioridad sobre la muerte—. Creo que nací en esta misma casa, pero no puedo recordar quién fue mi padre. Supongo que debió morir o abandonar a mi madre. Todo el dinero que había procedía de mi abuelo, que era un rico granjero, según consideran las riquezas en estos contornos. En cuanto al resto, mi madre tenía huéspedes cuando podía, y cuando no, se comía un poco menos. Eso fue todo.

—¿Y ese hombre? —volvió a insistir él con infantil obstinación. Elizabeth sonrió.

—Siente mucho interés por él. Era uno de los huéspedes de mi madre —explicó—. Trabajaba en Shoreham, era un funcionario del departamento de Aduanas. Eso no logró hacerle simpático a la vecindad de estos contornos, en donde, según ya debe saber, todos tienen una bodega y donde todos están pendientes de los

avisos y señales de los *Caballeros*. Era un proscrito, más aún, puesto que estaba separado de los de su especie allá en la ciudad. Eso me intrigó durante mucho tiempo. No conocía a nadie, en parte por su propia voluntad y en parte por necesidad. Lo más extraño fue que pronto se retiró con suficiente dinero para poder vivir durante el resto de su vida.

»Recuerdo perfectamente un día en que tuvo lugar un cambio en el orden de esta casa. Tenía yo alrededor de los diez años de edad. Siempre hacíamos vida de familia en esta cabaña. Aquí encima hay dos habitaciones —y señaló una pequeña puerta a la izquierda de la chimenea—. Mi madre y yo dormíamos en una y Mr. Jennings, así fue como siempre dijo llamarse, en la otra. Siempre desayunaba, almorzaba y cenaba con nosotras, pero después de cenar, ya que era un hombre tranquilo y silencioso que no parecía tener interés alguno en estar acompañado, mi madre y yo nos marchábamos a nuestro cuarto, en donde trabajábamos en cualquier labor que tuviéramos entre manos. Yo no sé qué haría cuando se encontraba solo en esta habitación, a no ser que se dedicase a pensar y a dormir en su silla junto al fuego; pero algunas veces me despertaba a medianoche y yo oía cómo se retiraba a su dormitorio. Quizá fuese una de esas personas a las que resulta difícil conciliar el sueño. Usted vio su rostro. ¿No cree que había una expresión de desvelo en su cara?

—A mí me pareció un rostro astuto y malvado —contestó Andrews.

—¡Oh, no! —protestó ella, sin enfado—. Quizá fuese astuto, pero no malvado. Siempre fue amable conmigo, a su manera.

Se ensimismó en el pasado con un gesto de perplejidad ante sus recuerdos.

Luego continuó, diciendo:

—Pues bien, una noche, después de cenar, nos levantamos de la mesa, según nuestra costumbre, para subir a nuestro dormitorio, cuando nos rogó que nos quedáramos. A mí me sorprendió, pero mi madre se mostró imperturbable. Era un tanto fatalista y por ello no perdía nunca la serenidad, aunque no intencionadamente. Nos quedamos sentados aquí. Yo estaba impaciente por conocer la razón que le obligó a hacerlo, pero mi madre se mostró aparentemente tranquila, sin mostrar el más leve interés. Tomó su labor y comenzó a coser, como si siempre hubiese estado acostumbrada a hacerlo aquí. Al poco rato míster Jennings habló: «He estado muy a gusto en esta casa», dijo. Mi madre alzó la mirada de su labor y le contestó: «Gracias», prosiguiendo con su trabajo. Su respuesta me pareció rara; a mi entender, debía ser él quien diese las gracias, no ella.

—¿Era hermosa su madre? —inquirió Andrews—. ¿Tenía pálido el rostro, oscuros los cabellos y tranquilo el mirar?

—Era morena —contestó Elizabeth—, pero gruesa y con las mejillas coloradas.

—Usted las tiene sonrosadas —dijo él pensativo, no en son de galantería, sino como refiriéndose, sin ningún entusiasmo especial, a la belleza de un objeto inanimado—. Con la blancura por fondo hacen pensar en una flor caída sobre la nieve.

Ella sonrió ligeramente, sin prestar demasiada atención a las últimas palabras.

—Mr. Jennings —reanudó su relato— se mordió la uña

del pulgar según tenía por costumbre y miró a mi madre con suspicacia. «Usted morirá algún día —volvió a decirle—. ¿Y qué le sucederá a esta cabaña entonces?» Yo miraba a mi madre con temor, creyendo que iba a morir en aquel mismo momento, ante mis propios ojos. «Será vendida —respondió ella— en beneficio de la chiquilla.» «Supongamos —repuso Mr. Jennings— que me la vende ahora», y tal vez porque creyese que mi madre iba a hacer algún sorprendente comentario, añadió rápidamente: «Le pagaré el precio que usted estipule, y podrá quedarse con su hija hasta que usted quiera. Puede invertir el dinero en beneficio de la niña. Yo me encuentro muy cómodamente aquí, y no quiero correr el riesgo de que me echen cuando usted muera.»

»Resultaba asombrosa la tranquilidad con que daba por sentado que mi madre tendría que morir antes que él, aunque la edad de ambos se diferenciaba muy poco. No sabría decir si es que él vio alguna señal de enfermedad en ella que yo no pudiese ver, pero el caso fue que ella murió aquel mismo año, habiendo aceptado, desde luego, la oferta de nuestro huésped.

Por el rostro de Elizabeth pasó una ligera sombra de tristeza y continuó relatando su historia con rapidez y con forzada abstracción:

—Casi no pareció notar que mi madre había muerto. Me quedé aquí guisando para él, como antes lo había hecho ella, y barriendo los suelos. Durante algún tiempo temí que llegase a echarme, pero no lo hizo. Cada semana me entregaba dinero para los gastos de la casa, y nunca tuve que echar mano de lo que mi madre me había dejado. Nunca más salió a trabajar; acostumbraba pasar sus horas dando largos paseos por las colinas o sentado junto al fuego

leyendo la Biblia. No creo que nunca la leyese de seguido. La abría al azar y señalaba un pasaje con su dedo. Cuando le gustaba seguía leyendo, y cuando no, tiraba a un lado el libro y se marchaba a dar otro largo paseo por el campo, hasta que regresaba cansado y casi sin fuerzas. Raras veces me dirigía la palabra.

»Era una vida muy solitaria para una criatura como yo, y un día me armé de valor y le pregunté si podría volver de nuevo a la escuela. Quiso saber cuánto costaría y cuando supo cuán pequeña era la cantidad necesaria me envió allá, dándome una carta para la maestra, diciendo en ella que tuviesen especial cuidado en la enseñanza de las Sagradas Escrituras. Desde entonces se preocupó más de mí. Por las noches leía en voz alta y algunas veces discutíamos sobre algunas cuestiones teológicas.

—¡Qué chiquilla más extraña y seria debió de ser usted! —comentó Andrews.

—¡Oh, no! —rió ella—. Era como todos los chiquillos. A veces me rebelaba y me marchaba a Shoreham a jugar con otros niños o asistía a algún espectáculo, al circo o a una feria. Al principio no parecía notar mi ausencia, lo que resultaba humillante, pero después que comenzaron mis lecturas de la Biblia se mostró más interesado por mis andanzas y algunas veces llegaba a pegarme. En otras cuestiones, durante las comidas, al alzar la vista podía observar que había estado mirándome.

Una vez más Andrews experimentó la absurda punzada de los celos.

—¿Cómo pudo sentirse satisfecho con sólo mirarla durante todos esos años que pasó en su compañía? —preguntó sin poderse contener.

—Yo era una chiquilla —contestó ella con sencillez; y

tras una ligera pausa, añadió—: Estaba muy ocupado con su alma.

Andrews rió con aspereza, recordando las astutas arrugas que bordeaban la boca del muerto, aquella estropajosa y desaseada barba, la aspereza de sus párpados.

—Debió de sentir necesidad —dijo.

Deseaba poder destrozar todo sentimiento de amistad o gratitud que todavía pudiese sentir Elizabeth hacia el muerto. Pero comprobó que sus ojos centelleaban a la par que alzaba su barbilla desafiadora.

—Nadie le hubiera llamado un Judas —replicó.

Andrews se arrodilló en el suelo apretando los puños. Se había adueñado de él una animosidad infantil hacia el muerto.

—Yo no tengo un solo penique en este mundo —dijo—. Yo le pregunto... ¿qué es lo que he ganado? ¿Es mucho eso? Pero él... ¿de dónde consiguió su dinero?

—Me enteré de ello más tarde —explicó Elizabeth quedamente, con una voz que causaba en los oídos del muchacho un efecto semejante al del frescor de unos dedos sobre una frente enfebrecida—. Había estafado a sus jefes, eso fue todo. Un día abrí la Biblia al azar, como de ordinario, y comencé a leer. Se trataba de la parábola del senescal injusto. Yo me di cuenta, a pesar de estar mirando el libro y no a él, que escuchaba con inusitada atención. Continué leyendo y llegué al punto en que el senescal llama a los deudores de su amo y le dice al primero: «¿Cuánto debes a mi señor?»», y él le responde: «Cien barriles de aceite»; a lo que dice el senescal: «Coge la factura, siéntate y escribe cincuenta».

»Cuando llegué a este punto, Mr. Jennings, nunca le llamé por otro nombre, lanzó una exclamación de asombro. Levanté la vista y vi que me miraba con una mezcla de temor y de desconfianza. "¿Dice eso en el libro —me preguntó— o lo estás inventando tú?" "¿Cómo iba a inventarlo?", repliqué. "La gente es muy murmuradora; continúa", y siguió escuchando, inclinándose un poco hacia delante. Cuando llegué a leer aquello de: "Y el señor ensalzó al injusto senescal por todo cuanto había hecho con justicia", volvió a interrumpirse de nuevo. "¿Has oído lo que dice?" —observó y exhaló un suspiro de satisfacción y alivio. Me estuvo mirando unos momentos con los ojos un tanto contraídos. "Me he estado preocupando —pronunció al final—, pero ya ha llegado a su fin. El Señor me ha ensalzado."

»Entonces le dije yo: "Pero usted no es el senescal injusto —y añadí con ligera presunción—: Además, esto es sólo una parábola." Después de todo, él me mandó cerrar la Biblia y guardarla. "De nada sirve hablar —manifestó—; no parece haber progresado en las enseñanzas de la Sagrada Escritura. Es raro —añadió—, nunca tuve el convencimiento de que obraba bien. "

»Entonces, seguro ya de la aprobación del Señor, me contó cómo había llegado a conseguir su dinero, con el que pudo retirarse y vivir sin trabajar.

»Durante todo el tiempo que fue funcionario de Aduanas recibió cierta cantidad de dinero de algunos marineros que no tenían el suficiente valor para convertirse en contrabandistas. Éstos declaraban las tres cuartas partes de la cantidad de licores que llevaban, él daba el visto bueno y hacía la vista gorda a lo que no habían declarado. ¿Puede usted imaginárselo abriéndose paso con la máxima delicadeza entre los barriles de licor, anotando

cuidadosamente una cierta cantidad? Pero a diferencia del injusto senescal, de los cien barriles él declaraba setenta y cinco, y si los pagos de algún capitán se retrasaban, declaraba los cien barriles como advertencia. Luego se iba a su casa y abría la Biblia al azar, leyendo Dios sabe qué terrible profecía de fuego eterno, y durante horas parecía poseído del pánico. Pero después que hubo escuchado la parábola del senescal injusto nunca más volvió a pedirme le leyera la Biblia, como tampoco le vi jamás abrir de nuevo el libro. Se sintió confortado, y quizá temiese encontrar un pasaje contradictorio. Supongo que sería astuto y malvado a su manera, pero tenía un corazón infantil.

—¿Es que era tan ciego como un niño? —preguntó Andrews—, ¿Acaso no se daba cuenta de lo hermosa que es usted?

Se arrodilló ante ella, con los puños cerrados y los ojos entornados a medias como si estuviese batido por vientos contrarios; admiración, asombro, sospecha, celos, amor. «Sí, estoy enamorado», se confesó con tristeza, pero sin exaltación. «¿Lo estás realmente? —objetó burlón su crítico—. Sólo son las lujurias de siempre. Esta no es Gretel. ¿Acaso te sacrificarías por ella? Sabes que no serías capaz de hacerlo. Te quieres a ti mismo demasiado. Sólo deseas poseerla, eso es todo.» «¡Oh!, por favor, cállate y déjame pensar —rogó—. Te equivocas. Soy un cobarde. No puedes esperar que cambie tan pronto. Pero esto no es la antigua lujuria. Hay algo sagrado en todo esto», y como si el crítico hubiese sido conjurado, quedó silencioso.

Elizabeth sonrió levemente.

—¿Soy hermosa? —inquirió, y sin esperar respuesta, con súbita y amarga exaltación continuó diciendo—: Si es la

belleza lo que hace que los hombres dejen de ser ciegos, no la deseo. Si tan sólo significa desgracia, él fue desgraciado al final. Un día, hace un año, fue exactamente antes de cumplir yo los dieciocho, me rebelé más que nunca contra la vida solitaria que llevaba aquí. Una mañana me marché temprano, antes de que se levantase, y ni siquiera le preparé su desayuno.

»No regresé hasta muy tarde aquella noche, asustada de mi propia actitud. Hasta entonces nunca me había declarado tan abiertamente contraria a aquella especie de reclusión. Abrí la puerta de su cuarto con sumo cuidado y vi que estaba dormido ante el fuego. Se había preparado algo para cenar, pero apenas si lo había probado, y la pobreza de aquel guiso y su mal aspecto me conmovieron.

»Casi estuve a punto de acercarme a él y disculparme, pero tuve miedo y descalzándome, me deslicé hasta mi habitación sin que se despertase. Debía de ser poco después de la medianoche; no había hecho más que desnudarme, cuando abrió de súbito la puerta. Llevaba una correa en la mano y pude ver claramente que tenía intención de pegarme. Arranqué una sábana de mi cama para cubrirme. En sus ojos brillaba una mirada de cólera, pero al momento cambiósese en una de asombro. Dejó caer la correa a sus pies y extendió los brazos hacia mí. Creí que iba a estrecharme entre ellos, y grité; entonces se abatieron a ambos lados de su cuerpo y salió dando un portazo.

»Recuerdo que recogí la correa, pasé por ella mis dedos e intenté sentirme agradecida hacia él por no haberme pegado. Pero yo sabía con certeza que hubiera agradecido mucho más unos golpes en lugar del desasosiego que se apoderó de mí a partir de entonces.

—¿Quiere decir —preguntó Andrews— que todavía no

ha cumplido veinte años?

—¿Acaso aparento más? —repuso ella.

—¡Oh, no, no es eso! —él movió la cabeza—. Pero parece ser tan inteligente, tan comprensiva. Como si supiese tanto como otra mujer que haya vivido más; y, no obstante, no siente amargura por la vida.

—He aprendido mucho durante el último año. Quizás antes fuese rebelde y mi comportamiento resultara irrazonable, pero ¿acaso no era más joven?

Estas frases surgieron de sus labios acompañadas de una triste sonrisa.

—No, usted no pertenece a ninguna época —dijo Andrews.

—¿Usted cree? Entonces estaba convencida de que sí pertenecía a alguna... a la de mis años. Tenía dieciocho y sentía miedo de él, pero sin comprender claramente qué era lo que deseaba. Le mantenía apartado con subterfugios, jugaba con su temor citándole detalles de la Biblia; pero un día, o mejor dicho, una noche, me confesó con brutal sinceridad lo que quería que hiciese, a lo que contesté con igual franqueza que si me forzaba a ello me marcharía para siempre de su lado. ¡Oh, había empezado a desarrollarme con asombrosa rapidez! Yo comerciaba con su deseo, y el énfasis que puse en la palabra «fuerza» le hizo comprender, sin necesidad de decir nada más, que algún día me entregaría a él voluntariamente. Y así le apartaba, mezquinamente, siempre con una sensación de inminente peligro, hasta que murió.

—Entonces usted ganó —fue el comentario de Andrews, acompañado de un suspiro de alivio que no intentó disimular.

—¡Y qué triunfo! —repuso ella tristemente, sin ironía alguna en sus palabras—. Había sido bueno para conmigo, me había alimentado y vestido desde niña sin sospechar siquiera que algún día me convertiría en mujer. Y cuando por vez primera quiso de mí algo más que aderezar sus comidas y mis lecturas de la Biblia, yo me negué. Le demostraba claramente mi disgusto, y creo que a veces le hería con mi actitud. Ahora está muerto, ¿y qué hubiera importado si me hubiera entregado a él?

—Habrían sido dos los Judas existentes en Sussex —contestó Andrews con una torcida sonrisa.

—¿Cree que habría sido una traición? —inquirió ella dando voz a su pensamiento—. ¿No habría sido acaso hacer un bien?

El descansó su cabeza entre sus manos.

—Sí —contestó con sombría pena—, en eso estriba la diferencia.

Ella le miró durante un momento con asombro, y luego extendió su mano en vehemente protesta.

—Pero yo no he querido decir eso —gritó—. ¿Cómo ha podido creerlo?

—Titubeó un breve momento y añadió—: Soy su amiga.

El semblante que alzó hacia ella parecía el de alguien asombrado y aturdido por su inesperada buena suerte.

—Si pudiese creer eso... —murmuró con voz entrecortada e incrédula; y con una súbita sensación de alivio en su ánimo extendió su mano para rozarla.

—Su amiga —respondió amonestadora.

—¡Oh, sí! —pronunció él—. Perdone. Mi amiga —y su mano cayó de nuevo a lo largo de su cuerpo—. Ni siquiera me merezco eso.

Por vez primera sus palabras de humillación no fueron repetidas burlonamente por el crítico que había en él.

—Si hubiera alguna forma de remediar lo hecho...

Sin terminar la frase, sus manos se movieron con gesto desesperado.

—Pero ¿es que no hay ningún medio? —intentó ayudarle ella—. ¿No podría presentarse y negar todo cuanto escribió a los funcionarios de Aduanas?

—No podría negar la muerte de un hombre —respondió él—. Y si pudiera, no creo que fuese capaz de hacerlo. No puedo volver de nuevo a aquella vida... a las burlas, a la confusión, a ese mar infernal, a ese mundo sin fin. Incluso dentro de este temor y de esta fuga, usted ha logrado darme una paz como no la había experimentado desde que salí del colegio.

—Bueno, pues si no puede deshacer lo que ya está hecho, sígalo hasta el final —le aconsejó ella.

—¿Qué quiere decir?

—Se ha colocado al lado de la ley —contestó—. No se aparte de ella. Salga a campo abierto y sea testigo contra los hombres que han caído en poder de la justicia. Puesto que se ha convertido ya en un delator, intente serlo sin necesidad de esconderse.

—Pero usted no lo comprende —replicó él, mirándola con ojos fascinados e implorantes—. Usted no se hace cargo del riesgo que hay.

Ella rió.

—Pues por esa misma razón. ¿No ve que a causa de este trabajo suyo que no tiene nombre, por esta huida, ha convertido a todos ellos en seres mejores que usted?

—Siempre fueron así —murmuró él tristemente, con

voz apenas perceptible y con la cabeza inclinada de nuevo para no ver sus ojos brillantes de entusiasmo.

Inclinóse hacia ella con agitación y dijo:

—¿Cuál de ellos, si fuese un delator, se presentaría ante un Jurado para convertirse en un hombre conocido de todos y luego tener que soportar el riesgo?

Andrews negó con la cabeza.

—Ningún hombre en su cabal juicio lo haría... —aquí titubeó un momento y luego añadió lentamente, pronunciando el nombre con una mezcla de odio y amor—: Excepto Carlyon.

—Bien, entonces —dijo ella—, vaya a Lewes, preséntese al Jurado, atestigüe y habrá demostrado tener más valor que ellos.

—Pero no lo tengo —confesó él.

—Si siempre titubea estará perdido —le reprochó ella—. ¿Es que nunca será capaz de cerrar los ojos y saltar?

—No, no —se negó él. Se puso en pie y recorrió agitadamente la habitación—. No puedo. Está intentando lanzarme a ello y no quiero ser obligado.

—Yo no le obligo a nada. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Es que no hay ninguna fibra en su interior que pueda agradecer una completa libertad?

—Usted no puede comprenderlo.

Esto lo gritó con repentina irritación. Aquella parte sentimental de su ser tan dada a lo melodramático y que tanto ansiaba una protección maternal, se mantenía de espaldas a la pared vociferando con amargo desconsuelo. Porque sabía que algo en su interior respondía al ruego de la muchacha y sintió miedo.

—No puedo, no puedo, no puedo —repitió lamentablemente.

—Pero piense —trató de convencerle ella, siguiendo con la mirada todos los movimientos que Andrews realizaba— que se vería libre de esto...

Paróse de pronto y se enfrentó con ella.

—¡Esto! —dijo—. Esto es un paraíso. —Se acercó más a ella—. Si dejase de vacilar y me decidiese a saltar —continuó diciendo atropelladamente—, haría algo mejor que presentarme en Lewes.

—¿Algo mejor? —respondió ella con ligera burla en su voz.

—¿Por qué repite siempre las palabras? —preguntó él furioso—. Es desesperante. Se queda ahí sentada, fría, impasible, en paz. ¡Oh! La odiaría si no la amase.

—Ha perdido el juicio.

El avanzó un poco más.

—Supóngase que sigo su consejo —dijo con rabia, como si en realidad la odiase— y no titubeo más. La deseo. ¿Por qué no he de hacerla mía?

Ella se echó a reír y replicó:

—Porque siempre titubeará. He intentado algo y veo que debo desistir de la idea.

—Así pues, ésa es la razón que me impide acercarme a usted, ¿verdad?

—Su voz se quebró en un sollozo, al sentir que todas las defensas que aún poseía se derrumbaban y que sobre ellas se amontonaba un nuevo futuro, terrible y desconocido—. Se equivoca. Le demostraré que se equivoca. Iré a Lewes.

La palabra Lewes al brotar de sus labios le asustó. Intentó dar un nuevo y desesperado golpe contra el futuro que tan terrible se le presentaba.

—Tenga en cuenta —añadió— que no prometo nada más. Iré a Lewes y veré qué hay por allí. No le prometo presentarme al Jurado.

Elizabeth exhaló un pequeño suspiro de cansancio y se levantó de su silla.

—Le espera un largo camino mañana —observó—. Tiene que dormir.

Acto seguido le miró. La ligera sospecha que se reflejaba en sus ojos le resultó agradable a Andrews. La aceptó como señal de que estaba en parte convencida de su valor. Súbitamente sintióse orgulloso y ganó confianza en sí mismo, experimentando una felicidad como hacía años no había sentido.

—Dormiré en el mismo sitio de anoche —dijo.

Ella se acercó a la ventana y corrió la cortina sobre el cristal.

—La niebla ha desaparecido —comentó—. El cielo está despejado y hasta puedo ver seis estrellas.

Abrió la pequeña puerta contigua a la chimenea y quedó de pie sobre el último escalón de un corto tramo de escaleras.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Segunda parte

Capítulo VI

Andrews, al despertar, viose rodeado de un nimbo de dorada luz. Durante un corto espacio de tiempo no sintió más que una sensación de tibieza. Muy alejados de su imaginación, los hechos que le perturbaban parecían roerle como una camada de ratones. Pero los mantenía apartados a un lado, fijos sus ojos sobre la ola inmóvil de luz dorada, que parecía hipnotizarle, apartando de él todo pensamiento conturbador. Mas los ratones debieron de continuar royendo, porque de pronto una arrolladora realidad se abrió paso en su conciencia.

«Tengo que abandonar esto —meditó—, he prometido marcharme.» Y pensó en Lewes como en un tenebroso y terrorífico enemigo, que le aguardaba para echarle la zancadilla y matarlo después. «Pero con sólo ir a Lewes hay suficiente —se dijo—. Eso es todo cuanto he prometido.»

Y se preguntaba si, en tal caso, no podría romper —o «evadir», como a sí mismo se decía— su compromiso. «Pero entonces acaso no regrese nunca», volvió a pensar, pareciéndole insoportable la idea de perder a Elizabeth para siempre o, más bien, perder el sonido de su voz, que tanta paz había traído a su espíritu.

Se levantó y agitóse con la misma desesperanza de un perro que sale de un estanque a cuyas aguas sabe que irremediabilmente será lanzado de nuevo por su amo

cuantas veces éste desee. «Iré a Lewes —decidió—, pero me marcharé antes que abran los tribunales.» Intentó calcular la fecha del día en que esto habría de suceder. Recordaba la carta que había dirigido a las Aduanas de Shoreham, el 3 de febrero, no consumándose enteramente la traición hasta una semana después. La noche del 10 habían tratado de introducir el último cargamento. Ahora, era ya el cuarto día que llevaba huyendo y sólo faltaban algunos más para la apertura de los tribunales. No debía permanecer en Lewes mucho tiempo. Una gran cantidad de gente de los alrededores acudiría a conocer la suerte de los contrabandistas —acaso salieran con bien, pues tantas posibilidades tenían para ello como para lo contrario, toda vez que el Jurado procedía de aquella misma localidad. «Todo el mundo está en contra mía —reflexionó—. No tengo a nadie a mi favor, salvo a los proscritos y a los forasteros que lleguen de Londres. El juez, los abogados, los funcionarios. ¿Es que siempre tengo que permanecer solo a un lado?»

Y su corazón protestó contra la necesidad que le impelía a alejarse de su actual refugio.

La habitación en donde la noche anterior Elizabeth y él se habían relatado mutuamente la historia de sus vidas estaba vacía. Miró a su alrededor en busca de un pequeño trozo de papel en el cual pudiese escribir su agradecimiento, pero no pudo encontrar nada. Y tampoco tenía ni pluma ni tinta. No osaba subir hasta el dormitorio de la muchacha porque sabía con certeza que si de nuevo le fuese dado contemplar su rostro, ya no se sentiría con fuerzas suficientes para apartarse de su lado. Y, no obstante, marcharse sin una sola palabra de despedida le parecía imposible. Rebuscó en sus bolsillos. Estaban vacíos,

salvo unas migas de muchos días atrás, duras como balines, y su navaja, que él contempló sin saber qué hacer. Su corazón le aconsejaba que la dejase allí como un obsequio que tal vez habría de serle útil a Elizabeth, y que sería un testimonio de su agradecimiento. Pero su cerebro le dijo que muy pronto, ya en Lewes, tendría necesidad de ella. Extendió la hoja y la acarició suavemente. Estaba brillante y afilada; toscamente grabado aparecía su nombre sobre ella, apreciándose claramente que había sido hecho con los ácidos empleados en los primeros ensayos de un colegial.

«Es mi única arma —pensó—. Y me será más útil a mí que a ella. ¿Qué hará con ella más que cortar y tostar el pan? Yo estaré indefenso no llevándola conmigo. Déjala por eso mismo —le dictaba el corazón—. Así podrá ser un sacrificio.» Pero sus dedos, al tantear la hoja, le comunicaban una aguda sensación reconfortante.

«No dejaré nada —resolvió—. Después de todo, es ella quien me empuja a correr un riesgo.» Se acercó hasta la puerta. En un rincón, descansando contra la pared, se encontraba el rifle con el que había conseguido mantenerlo a raya. Recordaba la risa de ella cuando dijo: «No tengo la menor idea de cómo se carga.» Y si Carlyon... pero éste no se atrevería a atacar a una mujer. No existía peligro alguno para ella. Regresó con pasos lentos y forzados hacia la mesa y, de pronto, sacando la navaja de su bolsillo, la abrió, clavándola en la madera. Allí quedó, temblando como si fuera una flecha. «Puedo conseguir otra en Lewes», se dijo, y salió cerrando la puerta de la cabaña a sus espaldas. «Pero hay mucho camino hasta llegar a Lewes», musitó al encontrarse de pronto sin el cobijo de las cuatro paredes, solo en un mundo desnudo, frío y hostil.

La mañana era fría, clara y soleada. El matorral, al borde del cual se alzaba la cabaña, aparecía bañado por una ola de dorada luz. Sobre este océano luminoso se veía el altozano por el que había venido hacía dos noches. Ahora, el peligro era mayor que nunca. ¿Acaso no se había comprometido, cuando menos, a visitar Lewes? Y no obstante, su temor no parecía excesivo. Antes había ahogado a la razón. Ahora, a causa del contacto con un espíritu firme y valeroso, ésta prevalecía sobre su temor.

Sabía muy bien que esto duraría muy poco, que su ciega cobardía volvería a apoderarse de él; pero sacaría la máxima ventaja de esta tregua, señalándose una línea de acción. El camino más rápido hasta Lewes era por carretera, y la rapidez era lo que deseaba. Al igual que un corredor en una carrera de relevos, tan sólo quería rozar los bordes de la ciudad de Lewes y retirarse una vez cumplido su deber. Cuanto más pronto llegase a la población, tanto más rápidamente la abandonaría. Pero a pesar de que aquél era el medio más rápido, no se atrevía a confiarse a él. Se veía ya destacando sobre la blanca y desnuda senda, y pensaba en la posibilidad de que, ocultos detrás de cualquier seto, se hallasen Carlyon o sus dos compañeros. No; si iba por las colinas, la ruta le resultaría más larga, pero también más segura. Allí, si alguien lograba verle, al menos podría ver a los otros con igual claridad. Y por las colinas, siguiendo el camino de Dictchling Beacon y Harry's Mount se encontraría en el mismo umbral de Lewes. Podía tumbarse en aquella pendiente, la última de todos aquellos montes, y aguardar a que oscureciese. Miró hacia el sol con odio; su corazón ansiaba las tinieblas.

Sobre aquellas colinas la hierba crecía formando largos penachos, y cada vez que sus pies daban un nuevo

paso parecían quedar envueltos en blanduras querenciosas. Cuando llegó a la cumbre, respiraba fatigosamente y tumbóse para descansar. Se preguntó cuánto tiempo faltaría para que la oscuridad cubriese la tierra. Por la situación del sol pudo apreciar que aún tardaría en llegar la noche; debía de ser mediodía, ya que al dirigir su mirada hacia el interior, los rayos solares caían de lleno sobre su espalda. «Los dos estábamos cansados —pensó recordando a la muchacha—, y hemos dormido hasta muy tarde», y alegrábase de no haberla despertado antes de abandonar la cabaña.

Todo el montículo a su alrededor estaba solitario y le ofrecía una tranquilizadora seguridad. El mundo que yacía a lo lejos, a un nivel inferior al que servía de apoyo a sus pies, y adonde tenía que dirigirse, estaba achicado por la distancia. Allá lejos, a unas veinte millas, se hallaba Lewes, pero durante algún tiempo no tendría necesidad de preocuparse. Estaba sentado sobre un seguro instante de tiempo, y se aferraba fuertemente a él, ahogando todo pensamiento.

La región se extendía con la claridad de un mapa de colores bajo sus pies; sentía el calor deslizándose por su cuello y por su espalda. En aquel baño de sol, que dejaba a la luna lejos, indistinta, igual a una ligera guirnalda sobre el transparente y frágil azul del cielo, aparecía un primer indicio de la primavera; y también en la brisa que acariciaba sus mejillas, en la que flotaba el aroma salobre del Canal, oculto a la vista por otra cadena de colinas, cubiertas de aulagas, proféticamente verdes. Todavía no podía distinguirse vestigio alguno de vendor en el matorral, que se erguía como una barrera de suave y oscura piel bordeando

la colina, pero se iba abriendo paso cautelosamente, todavía temeroso de una emboscada del invierno, hasta los campos lisos y arados que se veían a sus pies, avanzando desde los pastos en donde pacían pequeñas ovejas blancas.

Cual pequeños puntos en la distancia, aparecían dispersas granjas de juguete, lo que daba una idea de cuán lejos del aislamiento estaba la cabaña de Elizabeth. Por una blanca carretera, un carro color escarlata se arrastraba al igual que una mariquita por el borde de una hoja. Las colinas de Surrey se distinguían a través de un velo de plata, como si fueran el rostro austero y curioso de una religiosa ya anciana en el que se reflejara una indestructible castidad. A una milla de distancia, un gallo cantó con helada claridad, y un cordero, descarriado e invisible, emitió un profundo balido. La hierba sobre la que estaba tumbado conservaba el frescor de la última lluvia y de la espesa niebla de la noche pasada; pero, no obstante, crujía debido a la sal procedente del mar que se había posado en sus hojas.

El ruido de un caballo que avanzaba tras él le hizo volverse, acosado otra vez por el miedo. No había motivo alguno para asustarse. Se trataba de algún desconocido granjero de las tierras bajas, que, cabalgando con la cabeza descubierta, pasó por la cumbre de Ditchling Beacon; su caballo trotaba lenta y pausadamente, como una gran dama que se da cuenta de que es contemplada por la multitud. El corcel, con las orejas erguidas, miraba a su jinete por el rabillo del ojo, deseoso de lanzarse al galope, desapareciendo seguidamente.

Las laderas, de un color verde oliva, volvían a estar de nuevo dispuestas para la primavera, que llegaba hasta ellas igual que Júpiter a Dánae en una lluvia de oro. Una milla de hierba y treinta de mar se arrastraban con la brisa

hasta Plumton y Ditchling, pasando Lindfield y Ardingly hasta desaparecer en aquel inmóvil y tranquilo velo de plata. Salvo por el viento que soplabá y los pequeños puntos formados por los hombres que se movían en la lejanía y el ganado paciéndolo en los campos, el mundo se mostraba silencioso y tranquilo. Sobre un estanque de aguas azules, un pájaro cantarín extendía sus alas en el aire igual a un pequeño trozo de papel quemado, demasiado ligero para agitarse.

«Ya se habrá despertado —pensó—. Ahora estará bajando las escaleras hasta la cocina. ¡Ojalá me hubiera quedado para darle las gracias! ¿Comprenderá lo que quiere significar la navaja?»

Contemplaba la cabaña fijamente, por encima del altozano, como para no olvidar su recuerdo. Vio una bocanada de blanco humo que brotó de la chimenea, flotó durante un momento en el espacio y se deshizo en minúsculos fragmentos. Algunos de ellos quedaron aprisionados entre los rayos del sol, como una bandada de pájaros, girando y mostrando el destello de sus blancas alas. Halló en un profundo rincón de su memoria, allí en donde la niñez había llegado a puerto, el débil recuerdo de una santa: una tierna doncella de rostro pálido y sereno alrededor de cuya cabeza una nube de palomas giraban en suave vuelo. Se censuró a sí mismo por aquellas preocupaciones que le hicieron dejar allí su navaja.

«Ella dice que hay un dios —meditó nuevamente— y ningún dios dejaría de ayudarla.» No obstante, le parecían muy extrañas las ideas que respecto a la custodia de los humanos tenían los dioses, porque aquellos que eran más suyos pagaban muy a menudo con su vida, como si el fracaso

de la existencia misma no fuese una infracción de esa custodia. Instintivamente, extendió sus brazos, como si quisiera acunar contra su pecho a todos aquellos blancos pájaros, y si le hubiesen concedido el poder, aquellos jirones no se habrían disuelto en el humo en que ya estaban convertidos.

«Más confianza tendría en la defensa que un demonio hiciera de los suyos que en la de un dios», se dijo, ya que para él no parecía existir nada más terminante e irrevocable que la muerte. No se le ocurrió considerar que la de Elizabeth sólo podría ser irrevocable para él y su deseo. Al pensar en los diablos, recordó también el rostro estropajoso del difunto Mr. Jennings. Quizás él la protegiera, conforme a la creencia de ella, a pesar de la profunda fuerza de los celos. Si el amor sobrevivía al cuerpo, como la gente de iglesia creía, ¿por qué no sucedería lo mismo con los celos, vertidos como un vino amargo dentro de un espíritu sin cuerpo?

«¡Guárdala —imploraba— hasta que yo regrese!» Este ruego lo hizo sin darse cuenta de la paradoja que encerraba. Regresaría al día siguiente o al otro, habiendo cumplido la interpretación que él daba a su promesa.

Representaba un esfuerzo para él abandonar el altozano, desde donde podía contemplar la cabaña. Deseaba, con la fuerza de su mirada, poder atravesar las paredes; hacer una brecha, a través de la cual, aunque estuviese privado de verla, pudiese llegar a sus oídos el suave y lento susurro de sus pasos.

—Volveré —exclamó en voz alta, pero el crítico interno que había estado silencioso durante tanto tiempo, se despezó como ante un desafío y le increpó: «Cobarde, ¿y qué razón hay para que lo hagas? ¿Qué eres tú para que

ella tenga que mirarte dos veces?» «Por lo menos un estúpido —protestó— que se dispone quién sabe si a caer en una trampa por seguir sus indicaciones.» La burla habló de pronto como si se hallase en su propio corazón, simulando no reprocharle nada: «¿Acaso no se merece ella el mayor de los riesgos? Y pues, si regresas, vuelve a ella trayendo algo de valor.»

Sí, pero de un modo condicional. Ese era el obstáculo. «Nací cobarde —razonó—, y seguiré siéndolo toda la vida. Pero por lo menos les he demostrado a esos imbéciles que hay que contar conmigo», y levantándose y volviendo la espalda a la cabaña, comenzó a caminar con rapidez en dirección a Lewes, como si quisiera adelantarse a un fantasma que fuera a su lado: la imagen de una muchacha de rostro moreno, enmarcado por dos bujías, con la boca contraída por el amargo sabor de una traición.

Mas sus rápidos pasos pronto se hicieron más lentos, pues el día era caluroso y no tenía prisa alguna por llegar a Lewes. Parábase aquí para contemplar el valle y la luz del sol que se posaba sobre la pequeña y acurrucada iglesia; allí, para beber junto a un rebaño de negras y blancas vacas en un estanque cuyas aguas, de luminoso color azul, parecían reflejar el cielo.

Las reses alzaron sus suaves ojos, demasiado soñolientos para sospechar nada, y luego dejáronle sitio. Pero ante cada nueva cumbre de las colinas que se retiraban ante él su corazón se inundaba de aprensión, temiendo que bajo sus plantas apareciese el objeto final de su viaje, y volvía a llenarse de un bendito alivio cada vez que miraba ante él y aparecían las inevitables pendientes que se alzaban en la lejanía hasta alcanzar la cumbre de una

montaña.

Al llegar al borde de una de esas cimas oyó ruido de voces y se agachó con suma cautela dentro de una estrecha garganta de creta, cuyas frías paredes brillaban a un lado y otro como azulados carámbanos. Las voces pertenecían a dos jóvenes gitanos de oscura piel, que deambulaban por el montículo seguidos por una pareja de impertinentes perritos negros, los cuales saltaban uno sobre otro y se revolcaban en la hierba burlándose de los propósitos de sus amos. Él les preguntó si iba por buen camino para ir a Lewes, y ellos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento, mirándole con ojos en los que se reflejaba la misma paz oscura y soñolienta que había visto en las pupilas del ganado.

Luego, como todo lo demás, le abandonaron a su cómoda soledad. Los minutos y las horas pasaban sin que apenas lo notase. Casi llegó a olvidar su temor de alcanzar el último montículo, tan seguro le parecía el alivio que experimentaba. Tan sólo se dio cuenta de que el día tocaba a su fin cuando ya no pudo tumbarse a descansar sobre las cuevas antes de que el frío de la noche hiciera mella en él.

La luna, que flotaba a lo lejos sobre las colinas de Surrey, se fue haciendo más visible, acometiendo frente una marea que aumentaba su tono azul al acercarse el anochecer. Por allá, en los confines de Hassocks, el sol desapareció a nivel de los montículos que se extendían paralelos a los últimos rayos del sol en dirección hacia Lewes. Por la ladera de Harry's Mount fue ascendiendo, olvidado de su temor, hasta llegar a la cumbre y poder contemplar con profunda sorpresa la ciudad de Lewes, acurrucada en el abrigado valle como un resto hostil del viejo invierno.

Quedóse inmóvil contemplándola. Y de súbito se

sintió enfermo y cansado en la profundidad del corazón, medio dispuesto a percibir cómo éste trataba de arrastrarle hacia abajo. «Esto es el fin —pensó—. ¿Es que debo bajar al valle y hablar de nuevo con la gente y tener que ser por siempre más comedido?» Lágrimas de su acostumbrada compasión hacia sí mismo le humedecieron los ojos. «No hay descanso posible para mí en Inglaterra —se dijo—. Mejor sería que me fuese a Francia a pedir limosna como un mendigo.» Mas no fue la idea de pedir lo que hizo que su corazón se rebelara instantáneamente ante la sugerencia, sino la de perder de una vez y para siempre la presencia y las palabras de Elizabeth.

El sol se ocultó tras la cumbre de una distante colina. El leve polvo de oro que brillaba en el espacio fue sustituido por una plata sutil y transparente. El caminaba hacia uno y otro lado con pasos nerviosos y sin rumbo, para así mantener en calor su cuerpo hasta que la oscuridad fue más densa. De vez en cuando lanzaba una ojeada hacia el castillo que dominaba a Lewes desde su atalaya en la colina. Cuando la oscuridad le envolviera por completo se decidiría a bajar.

Parecía interminable el tiempo que faltaba hasta la llegada de la impenetrable negrura tan deseada. El aire era muy frío, y él sentía su agudeza. La sola perspectiva de regresar aquella noche por el mismo camino por donde había venido, una vez cumplida su promesa, no le resultaba en modo alguno tentadora. Además, ¿qué bienvenida le brindaría Elizabeth después del exacto cumplimiento de lo prometido? Trataba de persuadirse a sí mismo de que no podría existir un gran peligro si se quedaba una noche en la ciudad. Sabía por experiencia que en ella existían muchas fondas, y la suerte no habría de tratarle tan mal que le

llevase a tropezar con algún conocido. Carlyon no se atrevería a presentarse en Lewes cuando la apertura de los tribunales era tan inminente y la ciudad estaba llena de policías.

Las sombras habían cubierto a toda la ciudad y el castillo quedaba completamente oculto a la vista; tan sólo percibíase algo semejante a una vaga joroba o a un hombro encogido. Dio comienzo a su descenso por una senda que le había parecido más corta cuando la observó a la luz del día. Así que hubo llegado al límite de las primeras casas aisladas, la oscuridad se hizo completa, interrumpida aquí y allá por la amarilla oscilación de las lámparas de aceite, coronadas por manchados pináculos de humo que producían las largas mechas.

Cautelosamente se dirigió hacia High Street³, y quedó durante un momento inmóvil entre las sombras ofrecidas por el pórtico de una puerta, sondeando con la mirada la posición de las diferentes fondas. Por la calle transitaban pocas personas, por cuyo motivo tenía el aspecto de la cubierta de un buque dormido, iluminada por dos lámparas, una en la proa y otra en la popa, y a ambos lados la inmensidad de un oscuro océano. Opuestas a él, dos casas antiguas y feas se inclinaban de manera grotesca, una hacia otra, casi rozándose por encima de la estrecha calleja llamada Keerie Street, que se perdía de forma caótica dentro de la noche —una confusión de rectángulos y piezas oblongas allí donde estaban situadas las hosterías, una empinada pendiente de guijarros— y, después, el vacío. Más allá, a lo lejos —pero él no podía verlo— estaban Newhaven y el Canal; luego Francia. Tampoco allí existía una completa

³ Calle principal.

libertad para él. A lo largo de las costas se encontraban hombres achaparrados, de ojos entornados y muñecas de acero y un profundo y torpemente expresado conocimiento de la moneda inglesa. Todos ellos tenían bien grabada su cara y todavía mejor la de Carlyon.

Encogiéndose de hombros, siguió avanzando por la calle. Aquí y allá había tiendas aún abiertas y a través de sus escaparates iluminados podía ver viejos de blanca barba contemplando las cifras de sus libros de caja y con pequeñas arrugas de satisfacción que bordeaban sus ojos. Ni en la escuela ni cuando estuvo a bordo del barco, y bajo el desprecio ligeramente velado de los contrabandistas, se había sentido tan solo como ahora que se encontraba deambulando por las calles de Lewes. Siguió adelante, y al llegar ante la entrada de una casa, las voces de dos personas, que en el umbral de la misma hablaban suavemente, le obligaron a detenerse. No podía ver quiénes eran, pero sí escuchar las últimas frases de la conversación. «Ven esta noche» «¿Debo hacerlo? No debiera.» «Te amo, te amo, te amo.»

Con gran sorpresa suya, golpeó con su puño la pared contra la cual se apoyaba y dijo en voz alta con insensata furia: «Malditos libertinos», tras lo cual continuó su camino sollozando ante su soledad y su cólera. «Estaría borracho si no pudiese contentarme de otro modo —pensó—. Todavía tengo suficiente dinero para eso, gracias a Dios.»

Con súbita resolución se dirigió hacia una calle lateral, tropezando ante la inesperada pendiente de la misma, y fue a parar, guiado por el instinto, ante la puerta de una fonda. Dos ventanas estaban por completo resquebrajadas y cubiertas con harapos, el rótulo había

perdido toda posibilidad de reparación. De la cabra, el nombre de cuyo animal ostentaba la fonda, tan sólo quedaban los dos cuernos, como si fuera una burlona advertencia hacia los maridos, prohibiéndoles el acceso al local. Su soledad y un deseo de olvidar que estaba solo anularon por completo sus instintos de temor y precaución; y, abriendo violentamente la puerta, entró con los ojos cegados y enrojecidos por infantiles lágrimas. La atmósfera estaba espesa de humo; un estruendo de voces humanas, cada una tratando de ahogar a las otras y queriendo dejar sentada su opinión, le golpeó el rostro como el embate de una ola. Un hombre alto y flaco, de ojos pequeños y boca roja y blanda, que estaba de pie al lado de la puerta, le cogió por el codo.

—¿Qué es lo que quieres, hijo? —le preguntó, e inmediatamente comenzó a abrirse paso entre la muchedumbre que se agolpaba en la sala llamando a grandes voces a un invisible camarero.

—Dos coñacs dobles para este caballero.

Apareció poco después trayendo lo que acababa de pedir, y volvió a desaparecer de nuevo, con una de las copas en la mano, dejando que él pagara las bebidas. Una vez hubo terminado con su copa, miró a su alrededor con la cabeza más despejada. Escogió a un hombre pequeño, de aspecto respetable, que se encontraba solo, y le rogó que le acompañase a tomar una copa. Mirando desaprobadoramente el vaso vacío que él sostenía en su mano, el forastero replicó que no le importaría tomar una copa de jerez.

Él fue a buscar por sí mismo las copas y, reanimado por una nueva dosis de coñac, comenzó a interrogar a su nuevo amigo.

—Busco alojamiento para esta noche —le dijo—. Supongo que eso resultará difícil ahora. La ciudad debe de estar completamente llena ante la apertura de los tribunales, ¿verdad?

—No puedo decirle nada al respecto —contestó el desconocido, mirándole un poco de soslayo, como si temiese que se dispusiera a pedirle dinero—. Yo mismo soy forastero.

—¿Y esos procesos —inquirió él— para qué se celebran, dígame? ¿Para que ganen dinero los comerciantes? No hay necesidad de tanto jaleo para colgar a unos cuantos truhanes.

—No estoy de acuerdo con usted... en absoluto —replicó el hombrecillo, bebiendo a pequeños sorbos el contenido de su copa y observándole suspicazmente—. Tiene que hacerse justicia, con todos los procedimientos.

—Sí, ¿pero qué procedimientos? —objetó él, y alzando la voz para hacerse oír por encima del estruendo que les rodeaba, a la par que indicaba por señas al camarero que su vaso estaba vacío, añadió—: Seguramente será probar el crimen y luego vendrá el justo castigo.

—Hay que probar la culpabilidad —repuso el desconocido, paladeando delicadamente el vino generoso.

—¿Acaso no se puede probar sin necesidad de un juez y de un jurado? —Toda su cautela había desaparecido a causa del estimulante goce de un tercer vaso de coñac—. Les sorprendieron los aduaneros al desembarcar y hubo un muerto.

El desconocido puso con todo cuidado su vaso de jerez en el mismo borde de la mesa y le miró con más curiosidad si cabe, preguntándole:

—¿Se refiere a los contrabandistas y al presunto asesinato?

Andrews lanzó una carcajada.

—¡Presunto! —gritó—. Pero si es evidente.

—Ningún hombre es culpable hasta que ha sido probada su culpabilidad —fue el comentario que hizo el hombrecito, con la misma suficiencia de quien está repitiendo una lección bien aprendida.

—Entonces tendrán que esperar hasta el día del Juicio Final.

Esto lo dijo con una súbita creencia en la injusticia divina. Él, que era inocente, se veía perseguido, mientras que ellos...

—No podría formarse un jurado en Lewes que los condenase —añadió a la vez que su mano, en lento movimiento, abarcaba toda la sala de la fonda—. Están todos complicados en ello —siguió diciendo—; algunos por temor, otros por lucro. Si hiciesen un registro en la cripta de la iglesia de Southover, encontrarían barriles en ella, y el párroco, con su tic nervioso en un ojo... ¿cree usted que desea perder a sus fieles o quizá ser fusilado junto a uno de los pilares de su propia iglesia? Si quiere poner coto al contrabando, tiene que abandonar la idea de proceder con justicia.

El forastero movióse ligeramente en su sitio, de forma que toda la luz de la lámpara de aceite cayese de lleno sobre el rostro de Andrews. A éste le resultó sospechoso el movimiento. «Debo tener cuidado —pensó—. No debo beber nada más.» Y, no obstante, no podía decirse que estuviera borracho. Veía todo cuanto le rodeaba con perfecta claridad, y sus pensamientos habían alcanzado una viveza desacostumbrada. Había ansiado la compañía de

personas y ahora ya la tenía, y el deseo de rodear con su brazo la espalda del hombrecito se estaba haciendo avasallador. Había deseado hablar con alguien que no supiese nada de su pasado, que le tratase sin amabilidad ni desprecio, y que considerase sus palabras con el mismo respeto con que lo haría con otro hombre cualquiera.

—¿Tomará usted otra copa? —quiso saber el forastero con voz pastosa y tímida, como si no estuviera acostumbrado a beber licores.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Andrews con rapidez, con una sensación de orgullo ante su astucia.

—Mr. Farne —le contestó el otro sin titubeos.

—Farne —repitió él lentamente. En su mente estudió este nombre, sin hallar nada sospechoso en él. Esto le reconfortó. Suavemente pronunció—: Sí, gracias; tomaré otra.

Así que hubo bebido el contenido de su copa, el mundo le pareció un lugar mucho más hermoso de lo que hasta entonces creyera. Había compañía en él y allí estaba Mr. Farne, que le escuchaba sin mostrarse burlón ante sus palabras y que ni una sola vez le recordó a su padre.

—¿Conoció usted quizás a mi padre? —preguntó esperanzado.

—No tuve el honor —contestó Mr. Farne.

Él se rió. Mr. Farne era un compañero ideal, ya que demostraba ser un hombre juicioso.

—¡Honor! —repuso, haciendo una mueca de disgusto—. Se ve que no le conoció.

—¿Cómo se llamaba?

—Igual que yo —respondió él con una carcajada. Le parecía que había combinado en una sola frase de tres

palabras la quintaesencia de una réplica Ingenua y cauta. Porque, claro está, no podía revelar su nombre a Mr. Farne.

—¿Y cuál es su nombre? —inquirió éste.

—Absalón —mintió burlón Andrews.

—Perdóneme, pero soy un poco sordo y...

—Absalón.

Mr. Farne, el hombrecillo simplón, se lo estaba tomando en serio. Para prolongar tan divertida broma rebuscó en sus bolsillos tratando de encontrar un trozo de papel y un lápiz, pero su búsqueda resultó infructuosa, visto lo cual Mr. Farne le proveyó de ambos.

—Le escribiré mi nombre —dijo él, y escribió: «Absalón, hijo del Rey David».

La risa de Mr. Farne cesó de pronto y miró insistentemente el trozo de papel.

—Hace unas mayúsculas muy raras —comentó.

—Con unos rabos largos —se mofó él—. Siempre amé a las mujeres. —Miró a su alrededor—. ¿Es que no hay una sola mujer en este local que valga la pena mirarla? —gritó furioso, y añadió, dirigiéndose a su vecino de mesa—: No hay ninguna aquí; vayamos a otro lugar, Mr. Farne.

—Las mujeres no me atraen —replicó fríamente éste.

—Hay una que sí lograría atraerle —le aseguró, contemplándole con ojos serios y melancólicos, añadiendo—: ¿Ha visto a una santa rodeada de pájaros blancos? Y, no obstante, es una mujer que podría ofrecer a un hombre todos los placeres. Pero ella es demasiado buena para eso. No debe usted reírse, lo que le digo es cierto. Yo la llamo Gretel y no creo que ningún hombre consiga ponerle nunca la mano encima.

—Es usted un joven muy extraño —opinó Mr. Farne despreciativamente. Andrews, con su conversación y sus

ademanes, estaba llamando la atención y ya eran muchos los que dirigían hacia ellos sus miradas. Unos cuantos hombres pasaron muy cerca de ellos, a la vez que una mujer gruesa dio comienzo a una risa penetrante y continua.

—Usted no me cree —dijo él—. Pero lo creería si la viese a ella. Yo le diré cómo es. Déme ese papel y el lápiz y la dibujaré.

Un hombre alto y desgarrado, cuyas coyunturas daban la impresión de estar dislocadas y cuyo rostro aparecía cubierto por una barba de muchos días, fue apartando vasos y copas de una mesa, dejando un espacio libre.

—Miren, amigos —gritó—, aquí tenemos un artista. Nos va a dibujar a una mujer, un melocotoncito de mujer.

—¿Dónde está el papel y el lápiz? —demandó Andrews. Mr. Farne de negó con la cabeza.

—Aquí está el lápiz —dijo—. Pero no puedo hallar el papel. Debe de haber caído al suelo.

—No te preocupes por eso, cariño —se rió la mujer gruesa—. Oye, George, tráenos un papel —le rogó al camarero.

—Cualquier papel irá bien —observó Andrews, estimulado por la atención que había despertado en torno suyo.

Hallaron un viejo sobre y se agruparon a su alrededor. Mr. Farne se mantenía un poco apartado. Él se reclinó sobre la mesa, tratando inútilmente de afianzar su temblorosa mano.

—Cuidado con dibujar nada indecente —se burló el camarero por encima del grupo, acompañando sus palabras con una carcajada.

—Oye, dale al muchacho un whisky de mi parte — ordenó la mujer gruesa—. Ahí tienes, eso te despejará la cabeza, querido. Y ahora, enséñanos cómo es tu amiguita.

El vació el vaso y se hizo con el lápiz. Con gran claridad veía ante sí el rostro de Elizabeth, blanco, sereno y orgulloso, igual que lo contempló por primera vez, cuando ella apuntaba a su pecho con el arma. Sabía que todos se estaban burlando de él, pero sólo tendría que darles a conocer aquel rostro para que se callaran y comprendieran sus palabras. Sostenía el lápiz torpemente entre sus dedos. ¿Cómo empezaría? Nunca había dibujado un rostro en toda su vida, pero cuando tan claramente podía verla, resultaría fácil hacerla. Primeramente trazaría las velas con sus amarillas llamas.

—Se parece un poco a una cama, ¿verdad, querido? — dijo la mujer gruesa—. ¿Dónde tiene los brazos?

—Necesita algo más que brazos —repuso el hombre de las coyunturas flojas guiñando sus ojos y sonriendo con una mueca grosera por encima de la cabeza de Andrews—. Dadle otra copa.

—Ésa no es ella —explicó él—, eso son velas. Voy a empezar a dibujarla ahora. —Hizo unas cuantas rayas en el papel y luego, con la cabeza entre las manos, se echó a llorar—. No puedo —gimió—. No puedo. Ella no vendrá aquí.

El rostro de la muchacha iba desapareciendo con rapidez, se apartaba mucho de su visión. Pronto, sólo quedaría el resplandor de las velas.

—No te marches —imploró en voz alta.

A sus oídos llegó el ruido de las carcajadas de los que lo rodeaban, pero con la cabeza inclinada y los ojos cerrados, trataba de aprisionar la imagen que desaparecía. «¡Santo Dios! —pensó—. Ni siquiera puedo recordar cómo

son los rizos de su pelo. Debo de estar borracho.»

—No te preocupes, yo me quedaré contigo, querido — anunció la mujer gruesa, inclinándose hacia él, riéndose tontamente, con su aliento cargado de whisky, interponiéndose como un halo de humo entre sus ojos y lo que buscaba.

Él se puso en pie de un salto.

—Yo no sé lo que me sucede —dijo con voz que distaba mucho de ser serena—. No he comido nada en todo el día. —Se tambaleó un poco sobre sus pies inseguros—. Tráigame unos bocadillos.

Rebuscó en sus bolsillos y no encontró nada en ellos. Se había gastado hasta el último penique.

—No, no los traiga —dijo, y se dirigió hacia la puerta.

Una vaga sensación de vergüenza pasó por su mente. Había tratado de arrastrar a Elizabeth entre toda aquella gentuza y había sido castigado merecidamente. Sus risas manchaban el recuerdo de la dulce muchacha.

—¡Callaos, malditos! —gritó.

El fresco viento de las calles produjo sobre él el mismo efecto que un vaso de alcohol. La acera surgió ante sus ojos y tuvo que apoyar la espalda Contra la pared, sintiéndose mareado, cansado y avergonzado. Cerró los ojos y desapareció la visión de la calle, que parecía girar vertiginosamente.

La voz sedante y pausada de Mr. Farne se dejó oír a través de la oscuridad.

—Es usted un joven de lo más atolondrado. ¡Echar licor en un estómago vacío!

—¡Oh!, déjeme solo —replicó él, extendiendo la mano en dirección de la voz.

—Lo mejor que podría hacer es comer algo —le aconsejó.

—Muy bien, pero déjeme solo.

—¿Tiene usted dinero? —insistió Mr. Farne.

—No, maldito sea. Preocúpese de sus propios asuntos.

Abrió los ojos y miró ceñudo a Mr. Farne, el cual lo contemplaba con una expresión de profundo asombro.

—No ha sido mi intención molestarle —contestó suavemente—. ¿Quiere cenar conmigo?

Contra su voluntad, él se echó a reír. «Este estúpido imbécil —pensó— cree realmente que soy Absalón.»

—Lo haré —dijo en voz alta—, si no tiene inconveniente en llevarme del brazo; mis piernas están muy débiles. El hambre tiene la culpa...

Se encontró caminando por High Street, sostenido por una mano firme. Ante una casa de bebidas, tres agentes de policía de Bow Street, ataviados con sus rojas casacas, observaron el paso de la pareja con altivo menosprecio.

—La ciudad está llena de *petirrojos* —comentó él haciendo una mueca. Durante un momento se pararon delante de un edificio de cuadrada arquitectura, sobre una de cuyas ventanas una gruesa efigie de la justicia sostenía las inevitables balanzas.

—Aquí es —observó Mr. Farne— en donde sus amigos los contrabandistas serán juzgados.

Andrews se libró del apoyo de su brazo y se volvió hacia él.

—¿Qué diablos quiere decir? —gritó—. ¿Mis amigos? No son amigos míos.

—Tan sólo ha sido un comentario —se excusó Mr. Farne.

—Por mi parte ya pueden colgarlos a todos —exclamó

Andrews.

Durante un momento serenóse y en su cerebro brotó una sospecha.

—Así lo esperamos —repuso suavemente Mr. Farne. Le pasó su brazo por los hombros y añadió—: Me hospedo enfrente del White Hart⁴, ¿quiere cenar conmigo allí?

Él contempló sus enlodadas ropas.

—Borracho y sucio —dijo, y agregó con una carcajada—: Y endiabladamente hambriento.

—Tengo una habitación reservada —manifestó animándole Mr. Farne—. Preparan buenos asados de carne.

—Condúzcame a ella.

Acto seguido se llevó la mano a la cabeza en un súbito deseo de aclarar sus pensamientos. ¿Qué le arrastraba a cenar con Mr. Farne? ¿Quién era Mr. Farne? ¿Qué le había dicho a él? «Debo tener cuidado», meditó, y ante el sonido de esta palabra que parecía haberle hostigado durante semanas enteras, su desesperado deseo de paz volvió a acometerle, una paz que estuviese carente de cautela y de toda decepción y en la cual pudiese atraer de nuevo hacia él aquella imagen que la bebida había oscurecido.

—Estoy cansado —declaró en voz alta.

—Puede dormir aquí —dijo Mr. Farne inclinando su cabeza en dirección a la fonda, al otro lado de la calle.

Como en sueños, él se dejó conducir hasta allí e introducir en un vestíbulo tenuemente iluminado. «Si me dejaran dormir aquí hasta mañana —reflexionó—, al amanecer regresaría por las colinas.»

Recordaba el sol de la tarde y las azules aguas de la

⁴ Cervato blanco.

laguna, cuyo líquido había mitigado su sed, mientras bebía vigilado por los soñolientos ojos de las vacas; al otro lado de las colinas, Elizabeth estaba sentada sola ante el fuego de una chimenea, remendando los calcetines rotos de un hombre muerto.

Mr. Farne le guiaba por una oscura escalera, a la terminación de la cual, en un antiguo espejo, vio reflejarse la figura, desastrada y llena de lodo, de un joven que a duras penas se sostenía sobre sus pies.

«¡Qué alma tan caritativa para albergar eso!», pensó.

Mr. Farne giró suavemente el tirador de una puerta y le empujó hasta el interior. La puerta se cerró a sus espaldas.

—Perdone que interrumpa su trabajo, sir Henry.

Capítulo VII

Un hombre alto, enjuto y con el rostro afilado, se hallaba sentado junto a una mesa con la cena delante. Más que comer, dijérase que había estado picoteando distraídamente aquí y allá el contenido de los platos, pues al levantarse, más que la comida pareció interrumpir el examen de un montón de papeles, sobre el que sus ojos, cansados y oscuros, se mantuvieron fijos atentamente. Tenía muy despejada la frente y, a partir de ella, se peinaban hacia atrás unos cabellos grises ligeramente ondulados.

No fue a este hombre al que miró Andrews al principio, sino a una mujer, sentada a su lado en aquella misma mesa, y que ahora le observaba con aquel aire peculiar de desafío que ya conocía él por haberlo notado en otras mujeres habituales de las tabernas. Era bonita, vestía lujosamente; tenía, además, en los ojos una expresión de curiosidad, y su boca, de un rojo vivo, pequeña e impertinente, se fruncía como dispuesta a hacer pucheros.

—¿Qué sucede, Mr. Farne? —preguntó el hombre.

Andrews colocó una de sus manos sobre el hombro de Mr. Farne y trató de serenarse.

—Estoy invitado a cenar —dijo—, pero creí que Mr. Farne estaría solo. Mi traje no es a propósito para esta comida. Me marcharé —y apartando su mano del hombro de su compañero se dirigió hacia la puerta.

—Quédese donde está, amigo mío —dijo Mr. Farne secamente. Andrews lo miró con asombro durante breves

momentos, tan cambiada estaba la suave voz que le había hablado antes. Aquel tono era muy parecido al empleado con un criado.

—Oiga —protestó, la cólera abriéndose paso a través de un cerebro enturbiado por el alcohol—, ¿con quién cree usted que está hablando? Solamente porque sabe que no tengo un penique. ¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo?

Abría y cerraba los dedos como preparándose para golpearle; pero él no hizo caso alguno y, acercándose al hombre que estaba ante la mesa, dio comienzo a una conversación de la que sólo podían oírse algunos murmullos.

—¿Y si yo le llamase «amigo mío»? —insinuó la mujer con voz suave y melosa.

Le recordó a una Mrs. Butler, que había conocido, pero más joven y apetecible.

—Por el amor del cielo, Lucy —le reprochó su compañero en voz baja—, ¿es que no puedes dejar de provocar a los hombres?

La mujer se encogió de hombros y le hizo una señal a Andrews, como diciéndole:

«¿No ve usted que es un oso? ¿Se imagina lo que supone vivir con él?»

Andrews, viendo unos hermosos hombros enmarcados por un descotado vestido y el comienzo de unos senos firmes y jóvenes, le sonrió. «Debo de estar muy borracho», se dijo. Aquí se encontraba ante una mujer joven y fácil. ¡Oh, qué no daría él por tener la cabeza despejada!

—¿Quiere acercarse a la mesa y sentarse, Mr. Absalón? —le rogó el hombre de los cansados ojos, a la vez que Mr. Farne arrastraba una silla hasta la mesa frente a la muchacha. El obedeció y se encontró con un vaso de moscatel entre sus manos. Sorbió lentamente una pequeña

cantidad de líquido.

—Son ustedes muy amables —manifestó, y volvió a repetir su comentario de poco antes—: No estoy vestido para la cena.

Se volvió con gesto adusto hacia Mr. Farne, quien se había sentado en una silla a su lado y cerca de la puerta, y le dijo:

—Presénteme.

Mr. Farne se limitó a contestar:

—Éste es sir Henry Merriman.

El nombre le pareció vagamente familiar a Andrews. Levantó su vaso y parte del líquido se vertió sobre el mantel.

—A su salud, sir Henry —brindó.

Mr. Farne estaba impaciente.

—Y yo —dijo la muchacha, que se sentaba frente a él, a la vez que sonreía maliciosamente a Mr. Farne— soy el accesorio más respetable de sir Henry. Mr. Farne no me concede su aprobación. Es un asiduo asistente a la iglesia, ¿sabe?

—Cállate, Lucy —le ordenó sir Henry secamente. Luego alzó su vaso para acompañar el brindis de Andrews, y declaró—: Y a la suya, Mr...

Se calló y aguardó. Los ojos que miraban al joven eran oscuros, ribeteados como si hubiera pasado muy pocas horas durmiendo. En las profundidades de sus pupilas había un vivo resplandor, igual a una bujía que brillase a través de largos pasadizos en penumbra.

—Mr. Absalón —contestó él.

Sir Henry sonrió, cortésmente, preguntándole:

—Sí, pero su nombre verdadero, ¿cuál es?

Andrews se quedó callado y él, con aire de respetuosa indiferencia, apuntó:

—¿Será usted, por casualidad, Mr. Carlyon?

La bujía era cada vez más grande y brillante. Iba avanzando llevada por unas manos invisibles a lo largo de los penumbrosos pasadizos.

«¡Oh!, pero esto está resultando cómico», pensó Andrews. Le pareció gracioso que le hubieran confundido con Carlyon entre todo el resto de la gente. Empezó a reírse tan ruidosamente que le costó trabajo dominarse y contestar.

—No, no, no soy Carlyon —balbuceó.

No bien terminó de hablar, cuando la voz de sir Henry volvió a inquirir:

—¿Pero le conoce usted?

Aquel aire de indiferencia había desaparecido. En su lugar parecía surgir algo fanático y apremiante. La voz se abría paso como un cuchillo, a través de la bruma ocasionada por el alcohol, hasta el cerebro de Andrews.

—¿Qué quiere decir con eso? —gritó. Vacilando se puso en pie y anunció con voz ronca—: Me marchó. No me quedaré aquí para que me insulten. Claro que no le conozco. ¿Para qué tengo que conocer a un maldito contrabandista?

Se llevó la mano a su ardorosa cabeza y se maldijo a sí mismo. No estaba tan borracho como para no darse cuenta que había vuelto a traicionarse otra vez. El hambre y el alcohol le habían aturdido. No era un buen contrincante para cerebros serenos.

—Me marchó —repitió.

—Siéntese —le ordenó Mr. Farne, ásperamente. Se levantó de su asiento y fue a cerrar la puerta con llave. Él le miró con el más profundo asombro y, después, se sentó en

su silla. Eran muchos para él.

—Será mejor que te vayas a la cama, Lucy —sugirió sir Henry. La mujer le hizo una mueca.

—No quiero que me manden a la cama —replicó—. Me quedaré o bajaré al bar en busca de compañía.

—Quédate, entonces —replicó sir Henry, como si estuviese demasiado cansado para discutir.

A continuación se volvió hacia Andrews y le dijo:

—Ahora, joven, puede decírnoslo todo. Somos amigos. Sólo queremos ayudarlo.

—Este es un país libre —protestó él mecánicamente—. No pueden obligarme a permanecer aquí si yo no quiero.

—Desde luego —admitió sir Henry—; pero no hay nada que me impida entregarle a la policía.

—¡Oh!, eso no me preocupa —contestó Andrews—. ¿Bajo qué acusación?

—Contrabando y asesinato —dijo Mr. Farne.

—¿Por qué nos va a ocasionar ese trastorno? —trató de mostrarse conciliador sir Henry—. Yo sé que es usted inocente de la segunda acusación.

—Bien, y entonces, ¿por qué no me dejan en paz? —repuso Andrews, con voz huraña y quejumbrosa.

—Estoy aquí —manifestó sir Henry con inesperada energía— para colgar a esos asesinos. Usted también quiere que se lleve a cabo la ejecución, ¿no es eso?

«He de tener cuidado —se dijo él—; no debo decir nada.»

—No comprendo lo que quiere decir —declaró en voz alta.

Mr. Farne se mostró impaciente y sir Henry agitó los dedos con nerviosismo.

—Usted mandó un informe contra esos hombres — dijo—. Una carta anónima enviada a las Aduanas.

Sus ojos se clavaron en él con desprecio y curiosidad.

—¿Por qué afirma que lo hice yo?

—¡Oh!, no hay duda en cuanto a eso. Ninguna en absoluto. —Extendió un sucio sobre encima de la mesa y se expresó así—: «Absalón, hijo del Rey David». Observe esta *A* mayúscula y esa *R*. Se delató de una forma muy elegante, amigo mío. En mi bolsillo guardo su carta dirigida a las Aduanas. La escribió con su mano izquierda, pero no ha podido evitar esos rasgos y giros.

—Está bien —se rindió él, y en su rostro se dibujó un gesto de fatiga—, lo admito, pero déme algo de comer.

—Ve en busca de un camarero, Lucy, y dile que traiga un asado de carne para Mr...

—Andrews.

—Dile también que debe buscar una cama en este hotel. Mr. Andrews se quedará aquí durante unos días.

No volvieron a dirigirle la palabra hasta que hubo terminado de comer.

Se sintió no sólo mejorado, sino con la mente más clara. Estaba preso, pero en lo más profundo de su ser se sentía agradecido. La iniciativa se la habían quitado de las manos. Se veía conducido sin esfuerzo alguno por el buen camino, y toda resistencia resultaría inútil. Miró subrepticamente a su alrededor. Mr. Farne estaba leyendo y sir Henry ensimismado en sus papeles, con sus largas y blancas manos, desprovistas de sortijas, moviéndose nerviosas al ritmo de sus pensamientos. La muchacha dormitaba en su silla. Se puso a contemplarla con viva curiosidad.

«¿Qué placer podrá proporcionarle ese hombre? —se

preguntó—. No piensa más que en su trabajo. Él no puede hacerla estremecer como lo haría yo.»

Durante un momento se vio perturbado por el recuerdo de Elizabeth. Ella era más deseable y hermosa, pero infinitamente más distante. «No hay remedio alguno —suspiró—. ¿Para qué pensar en ella?»

No podía creer que llegase a poseerla cualquier hombre y él menos que ningún otro. Además, era por culpa de ella por lo que se encontraba aquí, y siendo de este modo, ¿por qué no iba a aceptar toda distracción cuando necesariamente tenía que arriesgarse? Aquí había una persona que no era demasiado buena para que él la tomase, ambos cuerpos estaban formados por la misma lujuria y por el mismo ruin corazón.

Ella abrió los ojos y advirtió que la estaba mirando. Sonrió, y dijo seguidamente:

—Tenemos que proporcionarle unas ropas limpias. Estoy segura de que Mr. Farne le dejará un traje de los suyos. Son muy serios, desde luego. El es un hombre que frecuenta la iglesia.

Al escuchar estas palabras, el aludido se levantó de un salto de su silla y acercó se con pasos pequeños e irritados a la ventana, en donde se quedó con la espalda vuelta hacia ellos, contemplando High Street con forzado interés.

—Mr. Farne y yo nunca hemos sido verdaderos amigos.

Al decir esto, las comisuras de sus labios se torcieron en un gesto de disgusto, como si quisiera denotar con él su desprecio hacia Mr. Farne, que carecía de lo que ella consideraba virilidad, y su enfado por no resultar

atractiva para todos los hombres.

Sir Henry apartó su mirada de los papeles y dirigiéndose a la muchacha le dijo con aspereza:

—Vete a la cama, Lucy.

Ella le miró maliciosamente, a la vez que le preguntaba:

—¿Y tú?

—Yo estoy muy ocupado —le contestó él.

En su rostro apareció una ligera expresión de ternura.

—No debes quedarte a trabajar de nuevo toda la noche, Henry. Debes dormir un poco.

—Estoy bien —manifestó sir Henry con un ligero acento de asombro en su voz, como si le sorprendiera aquella desusada preocupación por su salud—. Retírate a tu habitación. Tengo mucho que hacer antes de mañana.

La muchacha se levantó de su silla, pero antes de dirigirse a la puerta, se detuvo unos momentos ante la mesa y observó:

—El exceso de trabajo te matará tarde o temprano.

El hombre sonrió.

—Es mi profesión. Además, tengo particular interés en ganar esta causa.

—Tanto trabajo te matará tarde o temprano —insistió ella.

—¡Oh!, no tienes que preocuparte por eso —replicó con sequedad e impaciencia—. Te habré buscado otro guardián antes de que eso suceda.

Los ojos de la mujer centellearon y miró a Andrews con una furiosa sonrisa revoloteándole sobre los labios.

—Puedo encontrar uno yo misma en cualquier momento —pronunció entre dientes.

—No te aconsejaría que escogieses a Mr. Andrews — repuso sir Henry, acompañando sus palabras de una alegre sonrisa, como si estuviese mirando a una criatura ridícula y colérica, y añadió seguidamente—: Mr. Andrews carece de medios.

La joven salió de la habitación dando un portazo.

Andrews estaba aturdido, pero esta vez no era a causa del alcohol. Se sentía como si, habiendo atravesado un lugar desierto, con sólo la presencia inextricable del vendaval, se encontrara de pronto entre los murmullos y el ir y venir de una gran muchedumbre. La momentánea añoranza de Elizabeth y de su cabaña, que sintiera por unos instantes, fue borrada por la sonrisa de Lucy, que le prometía *diversión*.

«Si es que quiere lanzarme en contra de ese Merriman —pensó—, me presto al juego.» El alcohol ya no le empañaba el cerebro, pero le había dejado una nerviosa inquietud de deseo y una fuerte confianza en su propia fascinación. Deseaba con todas sus fuerzas salir de la habitación en seguimiento de Lucy.

—Vamos a ver —inquirió—, ¿qué es lo que quieren de mí?

Sir Henry miró hacia él y le preguntó:

—¿Está sereno ahora?

—Nunca he estado borracho —contestó él con rabia—. Sólo estaba hambriento.

—Bien, entonces, lo que yo quiero de usted es verle en el estrado de los testigos. Llevo la representación de la Corona. Si no quiere ser testigo, usted mismo puede comprender cuál es el otro lugar que le corresponde.

—¿De qué le puedo servir yo? —protestó él—. Me

marché antes de que comenzase la lucha.

—Eso no importa —dijo sir Henry—. Todo lo que deseo es que declare que esos hombres desembarcaron y que usted estaba con ellos cuando pisaron tierra.

—Pero, ¿y el riesgo? —respondió Andrews.

—Debió pensar en él cuando envió la carta. No obstante, haré cuanto pueda por usted. Le daré una escolta de policía durante todo el tiempo que permanezca en Lewes. Puede hospedarse en esta fonda. Ya he pedido una habitación para usted. Después que haya pasado todo, será cosa suya ponerse en guardia, pero tendrá todo el reino de Inglaterra para librarse de ellos. Exagera el peligro. De todas formas, le recomiendo que una vez haya pasado esto, se aparte del contrabando.

Le contempló con curiosidad y añadió:

—No puedo imaginar por qué se metió en ello. Su conversación es la de un hombre educado.

—Puedo leer latín y griego, si a eso lo considera buena educación. No me enseñaron nunca cómo hay que vivir. ¿Qué puedo hacer cuando todo esto haya pasado?

Sir Henry golpeó con impaciencia sobre la mesa.

—Ha sido una suerte para mí haberle encontrado —manifestó—. No hay razón alguna por la que pueda estarle agradecido, pero le daré algunas cartas de presentación para Londres cuando este juicio haya terminado. Estará en condiciones de conseguir un empleo en alguna oficina, y será mejor que trabaje honradamente en lo futuro o terminará en donde espero acabarán sus días sus compañeros.

—No me sermonee hablando de honradez —gritó Andrews—. Usted no arriesga su vida en este juicio como lo hago yo. A usted le pagan por hacerlo.

—No sea impertinente —intervino Mr. Farne

apartándose de la ventana y acercándose a ellos—. Hace esto para salvar su piel, no en beneficio de la justicia.

—No lo hago por ninguna de las dos cosas —replicó Andrews, y su cólera se apaciguó al recordar a Elizabeth llevándose la taza de té a los labios. «Pero no puedo volver allí —pensó—. Cuando esto haya terminado tengo que desaparecer. Supongo que nunca volveré a verla.»

Este pensamiento le produjo un agudo dolor que le obligó a cerrar fuertemente sus puños y a ansiar el alivio de unas lágrimas. Deliberadamente apartó de su mente la cabaña y evitó toda visión, ruido o recuerdo que de ella procediese, considerando únicamente el peligro que le aguardaba y que para eludirlo tendría que proceder con astucia. En esta tranquila habitación de High Street, en presencia de los dos abogados, todo temor a la violencia le parecía absurdo. La paz que había experimentado la noche anterior era como un sueño, pero las pesadillas podían acudir a él con toda facilidad.

Ahora, sin embargo, estaba completamente despierto, cuanto le rodeaba era real, se encontraba entre gente pacífica, y resultaba imposible creer que se sentiría acosado por la muerte de un hombre. Su fuga ya no le parecía que tuviera que prolongarse indefinidamente. Cuando todo esto hubiera terminado marcharía a Londres, olvidaría el pasado y viviría en adelante como uno más de los muchos seres que trabajan diariamente para ganarse el sustento.

«Podré comprar libros —se dijo, saltándole el corazón dentro del pecho— y podré escuchar música en la catedral de San Pablo y en la Abadía.»

Las calles estarían llenas de coches de alquiler y las

aceras repletas de gente. Iría de un lado a otro sin necesidad de llamar la atención, como le sucedía ahora a causa de este dichoso juicio de los contrabandistas. Resultaría dolorosa tanta felicidad, pensaba, y luego diose cuenta de que esa evasión hacia lo por venir no era una promesa de deleite, sino de soledad. Descansó su cabeza entre las manos.

«¿De qué servirá todo lo que pueda venir después — se preguntó— si mi vida estará separada siempre de la de ella?»

Cuando viniese el buen tiempo, desearía que ella le acompañase a tomar el sol, y cuando arreciase el frío ambos se acurrucarían junto al fuego. Al despertar, su primer pensamiento sería: «Sólo me separan de ella unas horas. Voy a ver si se encuentra en la cabaña. Puede haberse ido a otro sitio, o puede haberse perdido, o estar muriéndose, o hambrienta, o muy sola.» Y cada mañana forcejearía con cualquiera de estos temores y saldría victorioso. En ese cotidiano forcejeo no podría haber menos temor que el que había en una fuga.

«¿Qué es lo que tengo que hacer, entonces?», volvió a preguntarse haciendo un gesto de fatiga con ambas manos.

Los dos abogados estaban hablando, sin prestar atención a su presencia.

—¿Y Parkin? —preguntó Mr. Farne—. ¿Qué opina usted de Parkin?

—Es el mejor juez que pueden tener los prisioneros. Es un charlatán engreído que se está escuchando siempre cuando habla. Si hay un hombre honrado en el jurado, le fastidiará con su petulancia o le aturdirá con su interminable recopilación de leyes y procedimientos judiciales. Farne, debería irse a la cama. Le espera un largo

día de trabajo y una gran parte de la noche también, conozco a Parkin. Se quedará allí hasta que se hayan consumido todas las velas.

—¿Y usted, sir Henry?

—¡Oh!, yo, Farne, todavía tengo un poco de trabajo por hacer. Necesito dormir menos. Soy más viejo. Pero dígame: ¿cree que obtendremos el fallo de culpabilidad?

—No, a menos que duerma un poco, sir Henry .

—No sé por qué se preocupan todos de esta forma, usted y Lucy. Oiga, ¿llegará el día en que se pueda confiar en que un jurado dicte sentencia de acuerdo con las pruebas presentadas en un caso de contrabando? Termina uno por cansarse de la justicia y por desear la ley marcial.

—No diga eso, sir Henry. La justicia es la justicia. ¿Y qué hay respecto a este hombre? ¿Le necesita para algo más esta noche?

«Otra vez me están tratando como a un criado», pensó él, pero su cólera no tuvo tiempo de abrirse paso, pues el tono cortés y cansado de Merriman lo impidió.

—Un camarero le acompañará hasta su habitación, Mr. Andrews —le dijo—. Duerma bien. Mañana será otro día.

Se pasó su mano por el rostro como si tratara de recordar todas las cosas que suponen un alivio para esos hombres que no encuentran en el trabajo, precisamente, el mayor y más perseverante de los placeres.

—Si siente sed, Mr. Andrews —añadió—, encargue cuanto desee.

Mr. Farne refunfuñó disconforme, y, manteniendo abierta la puerta, aguardó a que él traspasara el umbral.

—Le aconsejo que no beba más esta noche —le recomendó cuando se encontraron en el oscuro pasillo—.

Buenas noches.

Él contempló su pequeña y acicalada figura con su oscuro atavío, le vio caminar por el pasillo y, dando la vuelta a un recodo del mismo, perderse de vista.

«Mañana será otro día.»

No esperaba que hubiese de celebrarse tan pronto el juicio. El pánico luchaba contra la resignación a su suerte.

«Podría escaparme del hotel durante la noche», pensó. ¿Pero qué sucedería entonces? Una interminable repetición de todo cuanto había sucedido en la semana que dejaba atrás. ¿Y si se quedase?

«El peligro será por lo menos abierto y estará frente a mí», volvió a meditar, no obstante el temor que se agarraba a su garganta. Su boca y sus labios estaban secos. Resultaría más fácil llegar a una decisión si ante él tenía un vaso de algo que lograra apagarle la sed. Se dirigió hacia la escalera y pudo observar que una vela avanzaba hacia él. Pero no era la llama en sí lo que veía, sino el reflejo de la misma en el espejo situado allí en donde las escaleras daban una brusca vuelta. La vela pasó, y vio a la amiga de sir Henry reflejada en el cristal. Su cuerpo podía percibirse confusamente, a causa del oscuro terciopelo azul de su traje que descendía hasta sus diminutos pies y luego se arrastraba en la oscuridad tras ella. El blanco rostro con sus rojos labios contemplábase en el espejo con una expresión de ansiedad. La bujía sostenida por una fina mano enguantada descendió un poco y su luz brilló sobre unos redondos hombros maravillosamente sugestivos y sobre el comienzo de la curva de unos senos firmes y jóvenes.

El rostro se inclinó hacia delante y miró cautelosamente en el espejo la realidad, invisible a los ojos de Andrews, que en él se reflejaba. Tan cerca debió

situarse, aunque oculta a los ojos de Andrews por el giro que daba la escalera, que el vaho de su aliento enturbió el reflejo de su rostro. Una mano se alzó y lo hizo desaparecer con movimiento cauteloso y reservado. El descendió por las escaleras y la imagen, sorprendida, se apartó del espejo, pero al aparecer en la vuelta de las escaleras. se enfrentó con un ser viviente.

—¿Contemplándose a sí misma? —inquirió con forzada y nerviosa sonrisa.

—Para ver si soy hermosa —le contestó ella, provocándole.

—No tiene necesidad de hacer eso.

—¿Es usted juez? —preguntó ella.

—He conocido a muchas mujeres —respondió él jactancioso—, pero ninguna tan hermosa como usted... de rostro —añadió con una súbita sensación de lealtad hacia Elizabeth.

—¿O de cuerpo? —replicó retadora, haciendo que los destellos de la bujía recorrieran el suyo de pies a cabeza.

—Ni de cuerpo —manifestó él, obligado a ello.

—¡Pero si es usted muy joven! —exclamó ella, acercándose—. Un hombre de más años no lo creería así.

Él pensó en el hombre que en el piso superior trabajaba sin descanso.

—¿Está enamorada de ese viejo? —indagó.

La muchacha se reclinó contra la barandilla de la escalera.

—¿Cómo puedo saberlo? —murmuró—. Ha sido siempre bueno conmigo. Hace tres años que estoy con él, pero cada día se aferra más a su trabajo. Supongo que pronto me apartará a un lado. No, no estoy enamorada de él,

pero después de tres años una llega a encariñarse con cualquier hombre.

—Debe de ser una vida aburrida la suya —opinó Andrews.

—¿Quiere decir con eso —se rió ella— que desea hacerme el amor?

Le miró de pies a cabeza a través de sus párpados semicerrados, y suspiró:

—Resultaría aburrido si me preocupase de serle fiel. Se va a quedar en el hotel, ¿no? Tenemos que encontrar unas ropas limpias para usted.

El desvió ligeramente la mirada.

—Yo no me preocuparía —<lijo, y comenzó a descender las escaleras. Ella le observó atenta y con suspicacia, a la vez que se interponía en su camino.

—¿Adónde va? —le preguntó.

—Sólo a buscar algo de beber.

—¿Y no es usted lo suficiente caballero para invitarme?

Su voz era burlona, con un deje de sospecha.

—Muy bien, vamos.

Mientras bajaban las escaleras no la miró ni una sola vez, e iba repitiéndose que su posición era demasiado seria en aquellos momentos para dedicarse a pensar en «diversión», y que tenía que llegar a la decisión de seguir adelante o marcharse sin sentir la más leve influencia del deseo que le torturaba a cada nuevo paso.

La mujer le condujo hasta una habitación en cuya chimenea el fuego lanzaba todavía inconstantes llamas rojizas, a intervalos cada vez más largos. Estaba completamente vacía, pues el resto de sus ocupantes habíanse retirado a sus habitaciones respectivas. Llamó a

un camarero y le dio una orden. Al poco rato regresó éste con un vaso de oporto y otro de whisky.

Ella observó mientras bebía lentamente el oporto.

—Sus labios tienen un color delicioso —dijo.

Ella se rió y, acercándose al fuego, removió los semi apagados carbones con su pie; las sombras recobraron vida de nuevo y parecieron danzar por su rostro.

—Dígame, ¿por qué traicionó a esos hombres?

—No lo comprendería aunque se lo explicara —contestó él con convicción—. Fue por celos hacia un muerto y porque todos me despreciaban.

—No me parece una cosa muy razonable —comentó ella—, pero supongo que sacaría algo de todo ello.

—Temor.

—¿Eso es todo? Yo aseguraría que había algo más. ¿Y Henry le lleva mañana al estrado de los testigos? Iré a verle. No debe ser tan reservado conmigo. —Se acercó para mirarle atentamente y añadió—: Se marcha, ¿verdad?

—Desde luego —respondió distraído.

Ella se apartó del fuego, con el vaso todavía entre sus dedos, y acercóse tanto a él que su pierna llegó a sentir la forma y el roce del muslo bajo el terciopelo de su traje. Su razón cedió ante la súbita presencia del deseo. La estrechó entre sus brazos besándola en los labios, en la garganta y en el pecho, y al permanecer entre ellos sin ofrecer resistencia, con la misma pasividad de las mujeres con quienes se había encontrado en los bares, su propio deseo aumentó y sus manos erraron por su cuerpo hasta que, finalmente, se apartó de ella, jadeante y faltándole poco para llorar.

—Eres un muchacho extraño —fue cuanto dijo ella.

Se maldijo a sí mismo por recordar a Elizabeth. Pero aquello ya había pasado y, ¿por qué no iba a aceptar una distracción si ésta se le ofrecía? «Aquel otro ambiente no es para mí —pensó—. Mejor es hundirme en mi propia pocilga.»

—La deseo —declaró en voz alta.

Ella inclinóse un poco hacia él y le preguntó:

—¿Y espera que caiga en su lecho a su voluntad? Sería una buena elección para mí, ¿no cree? Un contrabandista sin un solo penique, que ha traicionado a sus compañeros. Y además, un simple muchacho. —Sonrió y acto seguido añadió—: Ese es su atractivo. Demuestra tener una tranquila impertinencia. Me siento medio inclinada... Debe de ser esta maldita primavera que está empezando.

Acercóse a él y de pronto le besó en la boca. Sus labios conservaban el sabor dulce del oporto.

—¡Cómo me aburre con su trabajo! —manifestó luego—. Después que se ha dicho todo, sólo queda una diversión cuando se es joven.

La excitación que embargaba a Andrews le secó los labios y la garganta; preguntó con voz ronca:

—¿Puedo subir contigo?

La boca de la muchacha se contrajo en un mohín al contestar:

—No, esta noche, no. Tengo sueño; no me siento inclinada...

La cautela y el deseo no podían ir de acuerdo en la mente de Andrews.

—No me volverás a ver —pronunció.

Ella se rió, burlona, y replicó:

—¿Crees que me importa? Una no hace diferencias en primavera. Resultaría divertido atrapar a Mr. Farne. ¿Crees

que esta gente seria, asidua concurrente a la iglesia, no se porta como los demás? Pero dudo que el juicio haya acabado mañana. .

—Ya me habré marchado mañana —anunció él.

En la mirada de la muchacha apareció una ráfaga de sospecha.

—¿Eso quiere decir que te vas a escapar? —inquirió.

—¿Por qué iba a quedarme? Sólo significa un peligro para mí.

—Pero, ¿y Henry?

—¿Qué diablos tengo yo que ver con él?

Ella le contempló pensativa durante breves instantes.

—Ha puesto toda su voluntad en ganar este juicio —dijo al fin.

—¿Es ahí donde están su voluntad y su corazón?

—¡Oh!, puedo odiarle por eso —exclamó—, pero de todas formas es una obra grande. Pronto me marcharé de su lado. Quiero sentir emociones. A su lado envejeceré demasiado pronto o si no él encontrará la manera de librarse de mí. Pero me gustaría que se llevase la victoria en este juicio. Ha trabajado duramente para lograrlo.

—Pues que lo gane sin que tenga que estar yo allí.

—Escucha —le dijo colocándose ante —él con la pequeña barbilla levantada en actitud desafiadora—, podrás tenerme mañana, por la noche, si pagas por mí. Y el pago que yo quiero es que prestes la declaración que te pide Henry. Después, puedes sentirte orgulloso por haberme conseguido a un precio mucho más barato que ningún otro hombre.

—Es demasiado —contestó él.

—¿Cómo puedes decir eso? —protestó ella—. Dame tu mano. Ahora toca aquí, aquí y aquí. Y ahora dame tus labios.

¿Puedes sentirme aquí cerca de ti? Así está bien. Abrázame. Podrás tenerme más cerca si lo deseas. Yo soy joven... tan joven como tú. ¿No crees que vale la pena arriesgarse tan sólo un poco?

—¡Esta noche! ¡Esta noche! —imploró.

—No, esta noche no. Mañana por la noche o nunca. ¡Qué peligro más insignificante! Esto es Inglaterra, una nación civilizada, el peligro es mayor para mí. Suponte que Henry nos encuentra así... o mañana por la noche. ¿Qué es lo que pasaría entonces? Estará trabajando hasta altas horas de la madrugada. Puedes venir a mi habitación. Me han dado una cama excelente y blanda. Eres tan joven, que estoy segura que hay muchas cosas que todavía no sabes y podré enseñarte. Será divertido y disfrutaré mucho.

—¡Esta noche! No puedo esperar.

Ella se desasíó de sus brazos, apartándose para contemplarle con una mirada divertida y serena.

—Nunca, si no haces lo que te digo —replicó—. Piensa en ese «nunca». ¿Volverás a tener una oportunidad semejante en tu vida? No sé por qué te la ofrezco. Supongo que es porque siento lástima de Henry y... por culpa de la primavera. Eres el hombre que más me ha gustado de todos los que se hospedan en el hotel.

La miró atentamente. Nunca había deseado tanto a una mujer... no, ni siquiera a Elizabeth, en la cual existía una especie de misterio que borraba y confundía su deseo con su amor. Hacia esta otra mujer no existía ni amor ni respeto. El espíritu animal que en él había podía examinar su belleza con crudeza y lujuria, pero aumentado por el interés de su recíproco deseo.

«Es verdad —pensó—. ¿Qué peligro puede haber? Esto es una tierra civilizada. Iré a Londres y no me sentiré

tan solo a pesar de que Elizabeth no esté a mi lado, porque tendré otras muchas aventuras como ésta.»

—¿Estás de acuerdo conmigo? —preguntó ella.

—Sí —contestó—. Y tú... ¿será mañana por la noche?

—A no ser que el tribunal actúe hasta muy tarde. Nada me puede obligar a que te espere despierta. — Bostezó al decir estas palabras, y agregó con una pálida sonrisa—: ¡Qué mala soy! Henry se pondría furioso conmigo. Pero estoy aburridísima. Es una equivocación vivir durante tres años con un mismo hombre. Casi me considera como si fuera su mujer, su comportamiento para conmigo es virtuoso y casto. No puedo soportar eso. Buenas noches.

Le tendió la mano, pero él aparentó no darse cuenta de ello.

«La he comprado —se dijo—, ¿por qué tengo que ser cortés? He rozado manos más puras.»

—Buenas noches —pronunció en voz alta.

Ella se encogió de hombros, le hizo una mueca y atravesó la puerta, saliendo de la habitación. Las sombras flotaban a su alrededor, su traje y su cuerpo desaparecieron en la oscuridad; durante un corto instante solamente su blanco rostro quedó visible y pareció flotar separado del cuerpo entre las sombras. Luego también desapareció y oyó como las escaleras crujían bajo sus rápidos pasos.

«Mañana será otro día.» Iba a ejecutar por una razón equívoca lo que por una buena había rechazado. Habíase negado a escuchar lo que le pedía su corazón inducido por el crítico que en él vivía, pero había capitulado al primer ansioso llamamiento de su lujurioso y sucio cuerpo. Su cuerpo, que había temido a la muerte y temblaba ante el

peligro.

«Si hubieses logrado vencer ese temor —le increpó en voz baja su crítico— cuando Elizabeth habló, yo te hubiese sostenido. Ahora tu cuerpo ha hecho su elección y se quedará solo.»

Capítulo VIII

Poco después de la medianoche comenzó a llover; era una lluvia turbia, monótona y lenta que parecía no iba a cesar nunca. El sol se alzó en el espacio sin que pudiera ser visto. Grandes nubes grises iban apareciendo lentamente amontonándose unas sobre otras hasta que formaron un dique contra los rayos del sol. Ese era el único síntoma de la entrada de un nuevo día.

Por la calle principal de Lewes no se escuchaba otro ruido que el continuo gotear del agua de las cañerías, aleros y rótulos anunciadores. Se deslizaba por el cabello, las ropas y la espalda de la gruesa estatua de piedra de la Justicia que presidía la fachada del edificio de los tribunales, como si hubiese emergido de entre las plumizas olas de un «refugio de placer», igual que Venus de las profundidades del Mediterráneo. Sin que el frío y la humedad la perturbasen, miraba fijamente a través de la calle y con inexpresivas pupilas hacia las ventanas del White Hart.

Una persiana se alzó dejando ver a un hombre joven que contempló durante un momento la calle a sus pies. A través de otra ventana la mortecina luz de una vela iluminaba el camino de un hombre de edad madura y duras facciones al remontar las escaleras hasta su dormitorio. Las llamas de las dos lámparas de la calle dejaron de ser las doradas y brillantes brechas de una oscuridad profunda, convirtiéndose en una débil pincelada amarilla sobre una página gris. Pronto apareció un hombre viejo que caminaba

arrastrando los pies por el pavimento, y las apagó. Por orden de la Corporación de Lewes el día había comenzado oficialmente.

Todavía pasaron varias horas antes de que comenzara el movimiento de transeúntes en la calle. Una gata flaca y gris avanzaba delicadamente por el arroyo con una especie de aristocrático abandono, y un perro apareció detrás de una esquina corriendo con la cola enhiesta a pesar de la lluvia. La gata remontó de un salto tres escalones del portal de una casa, quedándose allí con el lomo curvado y erizados los pelos de su piel, desafiante, mientras que el perro, acurrucado cerca del suelo, daba pequeños y agudos ladridos, más por pura diversión que por verdadera hostilidad. La persiana del White Hart volvió a levantarse y el mismo joven de antes miró de nuevo a la calle, contemplando el duelo de los dos animales con atento interés.

Estaba completamente vestido, y sus ojos parecían cansados como si le hubiera sido imposible conciliar el sueño. La gata, advirtiendo de súbito que era observada por dos criaturas del sexo contrario, saltó sobre una barandilla y desapareció. El hombre y el perro contemplaron con chasqueado aburrimiento los escalones en donde había estado el felino.

Una hora más tarde un grupo de hombres apareció con escobas e intentaron dar comienzo a la imposible tarea de barrer la calle, preparándola para la próxima llegada de los componentes del jurado.

Sir Edward Parkin era un hombre meticoloso hasta la exageración, y el alcalde había tenido ocasión de comprobar, cuando se celebró el juicio que precedió a éste, los desagradables resultados que se siguieron por no

haberle complacido.

Mientras los hombres raspaban y barrían la suciedad y la persistente lluvia anulaba sus esfuerzos, el reloj de la iglesia de Santa Ana hizo sonar las campanadas de las siete. Toda la calle pareció dar comienzo automáticamente a sus cotidianas tareas. Un carro de leche traqueteó, las persianas se alzaron, el olor a los guisos se percibía desde las aceras opuestas, las criadas salieron a los portales y vaciaron cubos de agua sobre los escalones de entrada. Conforme iban avanzando las horas diurnas, pequeños grupos de gente se estacionaban en las aceras y, volviendo la espalda al Palacio de Justicia, miraban hacia el comienzo de la calle.

Estaban esperando la llegada del juez.

En su alojamiento, sir Edward Parkin, reposadamente, untaba de mantequilla sus tostadas. Era de baja estatura, rollizo, con manos y rostro sumamente blancos. En Londres corría el rumor de que los empolvaba, igual que una mujer. Cuando se dirigía a su ministril al otro lado de la mesa, el tono de su voz era alto y afectado. Siempre le hacía jugadas a alturas empíreas con corcovos como los de una yegua retozona. En aquel momento se mostraba de mal humor, disgustado con el desayuno que le habían servido.

En el White Hart, sir Henry Merriman procedía a la refacción matinal, consistente en pan tostado y café, teniendo ante él todos sus papeles. Lucy todavía estaba en la cama, y Mr. Farne, sentado al otro extremo de la mesa, se mostraba silencioso y pensativo.

Sir Henry levantó la vista y le preguntó:

—¿Está todavía en el hotel?

El inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Permanecerá durante todo el juicio con nosotros?
Ahora se encogió de hombros.

En la calle, unos soldados marchaban en dirección al alojamiento del Juez, con sus vistosos uniformes brillando tenuemente a través del opaco velo de la lluvia. Les seguían a corta distancia los trompeteros de la milicia local. Correctamente formados aguardaron ante el edificio en que se hospedaba Sir Edward Parkin, y éste se levantó de la mesa sacudiéndose las migas de las rodillas. Había regulado el tiempo empleado en desayunar hasta fracciones de segundo. Envió a su ayudante en busca de rapé.

—Tiene que ser de Bentley —dijo.

En la cárcel estaban esposando a seis hombres. Cinco de ellos eran individuos de elevada estatura y grandes barbas que maldecían desafiantes, pero con buen humor. Su abogado había ido a visitarles el día anterior y dijo tener gran confianza en el jurado. Solamente precisaban un plan para obtener la libertad y éste lo había trazado el jurisconsulto. El sexto detenido no había comprendido las palabras del hombre de leyes. Tenía la vaga noción de que un hombre había muerto, y de que él acudía al banquillo acusado de asesinato. Estaba blanco como el papel y su cuerpo se estremecía en repentinos ataques de aterrorizadas lágrimas. Este último era el medio idiotizado muchachito Tims.

Un poco antes de esto una criada había llamado a la puerta del dormitorio de Andrews ofreciéndole el desayuno. No tenía apetito y lo rechazó. Se sentía como si fuese él el que iba a sentarse en el banquillo de los acusados para ser juzgado. Su boca estaba tan seca que se preguntaba cómo podría contestar a las preguntas que le formulara el tribunal.

«Estoy haciendo lo que debo —se decía una y otra vez—. Esto es lo que Elizabeth quiere que haga.» Pero la respuesta fue obvia: «Esto no lo haces por ella.»

¡Si lo fuera! Recordaba cómo el día anterior había visto la cabaña desde la cumbre del altozano y había confundido el humo que brotaba de la chimenea con pájaros que volaban y retozaban a su alrededor. Su corazón también sentía ahora que ya no tendría que ir arrastrándose más por el lodo. Tenía miedo de representarse la imagen de Elizabeth, ya que había sido vencida con facilidad por una cortesana. Si no hubiese sido por eso, por el pacto que habían hecho, tenía la sensación de que habría podido enfrentarse con el juicio si no con valor, por lo menos con un rastro del mismo que se hubiera semejado mucho a la ausente valentía.

Hasta él llegó muy lejano el bronco sonido de las trompetas. Sabía que éstas avisaban que el juez hacía su entrada en su carruaje. De un momento a otro vendrían en su busca. No era tanto el miedo como el disgusto y el arrepentimiento lo que invadía su cerebro hasta excluir de él todo pensamiento claro y conciso; disgusto de sus acciones y palabras durante la noche anterior, su manera de conducirse con la joven y lujuriosa mujer que se había interpuesto entre él y un sueño purificador; arrepentimiento porque iba a enfrentarse con la muerte a merced de una razón tan mísera. Oyó el ruido que producía una persona al moverse en las escaleras. ¿Era ya demasiado tarde? Se hincó de rodillas al lado de la cama y, por primera vez desde hacía muchos años, rezó con desarticulado apasionamiento.

—¡Oh, Dios! Si tú eres Dios —imploró—, dame valor.

Perdona lo de anoche. Trataré de olvidarlo. Ni siquiera intentaré ver otra vez a esa mujer. No aceptaré su recompensa. Devuélveme, devuélveme mi antigua razón.

El rostro de Mr. Farne apareció en el marco de la puerta.

—Tiene que venir conmigo —dijo.

Su aspecto era el de un hombre sorprendido, preocupado y, por consiguiente, un poco rabioso.

Una gran multitud se apiñaba en las aceras y una larga cola se había formado ante una puerta lateral que daba acceso a la galería pública. El se subió el cuello de su chaqueta por temor a ser reconocido. Había muchas personas en Lewes que recordarían su rostro, posaderos a quienes los contrabandistas habían vendido sus mercancías, amas de casa con bodegas acondicionadas para almacenar los barriles de licor.

En la sala del tribunal había un gran zumbido de voces y tanto movimiento que hizo que él se sintiera aturdido y confuso. Su cerebro estaba cansado a consecuencia del insomnio durante la noche anterior, y sólo de manera confusa, como a través de la niebla, vislumbró a sir Henry Merriman sentado en su puesto en la mesa del consejo. Mr. Farne se había reunido con él, y había un tercero a quien no conocía, así como tampoco a los dos abogados defensores de los acusados. Desde donde se hallaba no podía ver a los ocupantes del banquillo, de lo cual se alegró. Su actuación en el estrado de los testigos llegaría demasiado pronto.

Fuera de la sala se oyó el entrechocar de las armas de los soldados al apoyarse en tierra, y momentos después, anunciado por las trompetas de los heraldos y los gritos del

ujier, hizo su entrada Mr. Justice⁵ Parkin, y se dirigió a su sitio. Como obedeciendo a un juego infantil, toda la sala del tribunal parecía estar sometida a ruidosas sacudidas. Mr. Justice Parkin se sirvió un polvillo de rapé de Bentley, y de nuevo dio comienzo el zumbido de voces que conversaban, como si la sala fuese una copa de cristal en cuyo interior se hallasen prisioneras gran número de irritadas y acaloradas moscas. Los procuradores ya habían comenzado a bostezar.

El actuario del tribunal se levantó de su asiento, situado bajo el jurado, y con un tono de voz que denotaba su inmenso aburrimiento, informó a los seis hombres que se sentaban en el banquillo de que los hombres buenos a quienes oírían llamar iban a situarse entre ellos y el rey, para el juicio de sus diferentes vidas o muertes; y que si tenían intención de recusar a cualquiera de ellos, tenían obligación de hacerlo mientras se acercaban a la Biblia para jurar; antes de hacerlo podían ser escuchados. Volvió a sentarse de nuevo, cerró los ojos y aparentemente pareció dormir. Mr. Justice Parkin se acarició las manos y miró hacia la galería pública en donde había tomado asiento un nutrido grupo de mujeres jóvenes.

Seguidamente se dio lectura a la lista oficial de personas que iban a servir como jurados. Había una recusación por parte de la Corona en el nombre de un posadero de Southover, y la sala volvió a la inercia mientras los jurados prestaban juramento. Después, el actuario, despertándose de su sueño, informó al jurado de la denuncia contra los acusados y la encuesta del juez de guardia. Mr. Justice Parkin, con un débil suspiro motivado

⁵ Su Justicia.

por la necesidad de apartar su atención de sus manos, ordenó que los testigos saliesen de la sala. Un oficial de policía tiró de la manga de Andrews y le condujo hasta una pequeña habitación en cuya puerta se veía un gran letrero con la indicación en escritura llamativa y vulgar. *Sólo testigos masculinos*. En el centro de la habitación se encontraba una grande y brillante mesa de caoba encarnada, ahora cubierta materialmente de sombreros, abrigos y bastones. A lo largo de las cuatro paredes de la habitación había un largo banco repleto de personas, que le contemplaron con hostil curiosidad, sin hacer el más leve movimiento para apretarse un poco más entre sí y dejarle un espacio en donde pudiese sentarse.

Por este motivo se dirigió al otro extremo de la habitación reclinándose contra el marco de la ventana, observando a sus compañeros por el rabillo del ojo. Una parte de la habitación estaba destinada a los hombres que vestían el uniforme azul de los empleados de aduanas. Hicieron comentarios en voz alta sobre su apariencia, hasta que él se encontró sonrojándose violentamente.

—¿Quién es este chiquillo? —inquirió uno.

—Ni siquiera puede vestirse decentemente para presentarse ante Su Señoría.

—Mira el barro que hay en él. Yo diría que es un basurero.

Un hombre de edad madura y rostro benévolo preguntó en voz alta:

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

Él se levantó, confiado por el amable acento de la voz. Se sentía allí muy solo, de pie y aparte, blanco de todas las miradas y criticado por todos los hombres que había en la habitación. Ansiaba hacer un aliado y contestó con

rapidez y franqueza:

—Andrews.

El anciano benévolo se volvió con brusquedad hacia sus compañeros diciéndoles:

—Andrews; éste es uno de los hombres en cuya busca hemos pasado estos últimos días.

Se levantó y acercándose a él le miró fijamente con las manos en las caderas.

—Deberías estar en el banquillo —dijo—. ¿Qué haces aquí contaminando a esta gente? ¡Ah!, tienes motivos para sonrojarte. Estás entre hombres honrados.

—¿Es que no pueden dejarme solo? —se indignó él—. Estoy cansado y esta noche no he logrado conciliar el sueño.

—Ni tampoco tienes derecho a él—replicó el hombre—. ¿Qué es lo que haces aquí? ¿Vendiste a tus compañeros, eh?

Se volvió hacia sus amigos y alzó sus manos en ademán de protesta.

—No me importaría si fuese un contrabandista honrado —manifestó—. Pero es un acusador, un maldito delator. Es demasiado. ¿Vamos a dejar que se quede en esta habitación entre hombres honrados?

—Eh, muchacho —llamó un hombre desde el banco de la pared opuesta—. ¿Es eso cierto? ¿Eres un delator?

—Claro que lo es —afirmó el anciano aduanero, volviéndose de nuevo para enfrentarse con Andrews, balanceándose ya sobre un pie ya sobre el otro—. ¿Es que no puedes contestar a una pregunta honrada..., miserable rata?

Él apretó los puños y medio cerró los ojos.

—No he descendido tan bajo como para aceptar un

insulto de un aduanero —amenazó.

—¿No, eh? —se mofó el hombre de rostro benévolo y le golpeó en la mejilla con la palma de su mano.

Él alzó el puño y luego lo dejó caer de nuevo a lo largo de su cuerpo. «Oh Dios —imploró en silencio—, deja que esto sea mi penitencia por lo de anoche. Ahora pon un poco de tu parte y dame valor.» Y en voz alta dijo:

—Aunque sea un aduanero es usted un anciano, y no voy a pelear con usted.

Al terminar de pronunciar estas palabras giró sobre sus talones, dando la espalda a todos los reunidos en la habitación para que no pudiesen ver las lágrimas que asomaban a sus ojos.

«Esto no es lo peor —pensó—. ¿Cómo podré soportarlo hasta el final?»

—¡Oh, déjalo, Bill! —intervino alguien—. Sólo es un chiquillo.

—Apesta —replicó el viejo bruscamente—. ¿Por qué hemos de estar en la misma habitación con un delator? O él se larga de aquí o me largo yo.

—De todas formas se marcharán todos —anunció un funcionario sacando su cabeza por el marco de la puerta—. Es su turno en la sala. Vamos, de prisa.

Uno a uno fueron desapareciendo de la presencia de Andrews igual que partículas de un reloj de arena. Presa del nerviosismo aguardó a que pronunciaran su nombre, pero todavía permanecía libre, libre para mirar a través de la ventana hacia el húmedo patio azotado por la lluvia, con el convencimiento de que aún no había puesto el sello final a su traición. Por último llegó el momento que había temido.

—Andrews, Andrews —oyó que gritaban su nombre muy débilmente desde la puerta de la sala del tribunal. El

sonido aumentó y, atravesando los pasillos, llegó hasta sus oídos, allí, junto a la ventana, donde él se sentía frío, enfermo y asustado.

* * *

El actuario del tribunal se sentó y sin un solo intervalo volvió a sumirse de nuevo en la región del sueño. Sir Henry Merriman se levantó de su asiento y se dirigió a la sala.

—Con la venia de Su Señoría, caballeros del jurado...

Su voz no denotaba las horas privadas de sueño durante las que trabajó intensamente. Clara, fría y llena de vitalidad, consiguió que las mentes de los ociosos espectadores estuvieran en tensión. El apagado murmullo de las conversaciones que podía escucharse en la galería pública cesó. Las frases con las que se dirigió al jurado eran las de uso corriente, pero estaban iluminadas con una nueva vida por el fuego de la sinceridad que bullía en el interior del fiscal.

—Ha de pronunciarse un veredicto basándose en la evidencia y sólo en ella. Tenéis que olvidar todo cuanto hayáis oído o leído sobre el asunto, porque es, probablemente, erróneo, y está, bajo todos los conceptos, carente de pruebas. Tenéis que llegar a la consideración de esta causa con juicios rectos y desapasionados, para poder prestar atención a la evidencia y dictar, sobre ella, un veredicto justo.

¡Un veredicto justo! Contemplando a los doce hombres que se sentaban frente a él buscó en vano en sus fisonomías un destello de sinceridad. Ellos le contemplaron

a su vez con rostros vacuos, faltos de inteligencia, hostiles. «Estáis intentando jugaros una mala pasada para que ahorquemos a nuestros amigos», parecían decir.

—Señores, el crimen del cual se acusa a los que están en el banquillo es de suma gravedad: la muerte de un hombre.

Lanzaba sus palabras contra una pared de prejuicios. Para ellos no representaba la muerte de un hombre, sino solamente la de un aduanero, un moderno publicano. Era inútil tratar de convencerles de que la vida que se había perdido tenía algún valor. La única manera de llegar a algún convencimiento por parte de los oyentes sería no dejándoles motivo alguno para la absolución.

—El hombre asesinado, Edward Rexall, era un funcionario de Aduanas destinado al condado de East Sussex y prestaba servicio en Shoreham. Su superior, Mr. Thomas Hilliard, actuando según cierta información, se destacó con Rexall y diez hombres más, en la noche del 10 de febrero, a un punto de la costa distante tres millas de Shoreham. Una vez allí los funcionarios se ocultaron detrás de las dunas de arena que en ese punto bordean la playa. Esto sucedía a las 12.15 de la noche. Poco después de la una, una luz roja apareció en el mar, colgada aparentemente del palo mayor de un lugre. Mr. Hilliard sacó entonces una linterna que habían traído en uno de los caballos. Siete minutos después una falúa del barco encalló en la arena. En ella se encontraban diez hombres, seis de los cuales son los que hoy ocupan el banquillo. Estaban a punto de descargar cierto número de barriles cuando el silencio de la playa y la ausencia de sus amigos pareció despertar sus sospechas, y precipitadamente procedieron a reembarcar. Mr. Hilliard salió a campo abierto y les invitó a rendirse. Ante esto, los

contrabandistas se dispersaron por la playa en distintas direcciones. No obstante, Mr. Hilliard había apostado a sus hombres en forma tal que pudieron reunir a los contrabandistas de nuevo en un grupo, y hubieran capturado sin duda alguna a toda la banda si éstos no hubieran comenzado a disparar.

»Durante la momentánea confusión que siguió, cuatro de los hombres lograron escaparse en el bote. Otros seis fueron capturados, y fue entonces cuando pudo verse que Edward Rexall había sido muerto a tiros. Desde el principio al fin de la lucha ni un solo tiro fue disparado por los funcionarios de Aduanas, y si hubiese alguna duda por nuestra parte sobre este punto, propongo se demuestre que la bala hallada en el cuerpo de Rexall era del tipo empleado por los contrabandistas y no del empleado por los funcionarios del servicio de Su Majestad. No precisa que se demuestre cuál de los hombres que se sientan en el banquillo disparó el tiro fatal. No es necesario tampoco demostrar que fue disparado por uno de los acusados y no por uno de los que componían el grupo que se escapó. Fue disparado por uno de los contrabandistas, tanto si en este momento se sienta en el banquillo o huye para salvar su vida a cien millas de aquí; cada miembro de la banda que tomó parte en la resistencia a los oficiales de Su Majestad es tan culpable del crimen como si hubiera sido visto cuando disparaba la bala que mató a Rexall.

»Se da muy raras veces el caso, caballeros, en que un asesinato se cometa bajo circunstancias que nos permitan presentar testigos del crimen. Este caso, por lo tanto, es uno de sencillez poco común para que pueda decidirse sobre el mismo. Os he detallado los hechos principales, los cuales

es mi deber ahora establecer para una completa evidencia.

»Me he abstenido de manifestar nada que no crea conducente a la evidencia. Si surgen dudas en vuestras imaginaciones, dudas sinceras, completamente aparte de todo conocimiento personal que podáis tener con los acusados, les concederéis, como es vuestra obligación moral, el beneficio de éstas para con ellos; pero si la causa se presenta clara y satisfactoriamente, tenéis la misma obligación, por el juramento que habéis hecho ante Dios, de dar un veredicto de acuerdo con lo que el bienestar de la sociedad y las exigencias de la justicia reclaman.

Mr. Hilliard fue llamado a declarar. Su evidencia parecía no ofrecer portillo alguno para la absolución. Sir Henry Merriman, contemplando al jurado entre cada pregunta, vio cómo se agitaban nerviosos. Mr. Braddock, que dirigía la defensa, se levantó para hacer un interrogatorio riguroso.

Era un hombre grueso, de rostro apoplético, sin duda por haber ingerido grandes cantidades de licor de contrabando. Su cabello era negro, ligeramente vetado de gris, pero sus cejas, continuamente en movimiento, parecían como dos blancos relámpagos.

Frunció el ceño, se inclinó marcadamente hacia atrás, como si se dispusiera a dar mejor un salto, se ciñó la toga alrededor de sus brazos con un fiero movimiento circular y atacó bruscamente.

—¿Es usted considerado por sus superiores como un funcionario eficiente, Mr. Hilliard?

Éste enrojeció como la grana y miró implorante al juez, el cual preguntó:

—¿Es ésa una pregunta pertinente, Mr. Braddock?

—Lo es, señor —adujo él vivamente.

Si Edward Parkin parecía visiblemente molesto y dijo:

—Al testigo no puede preguntársele lo que sus superiores piensan de él, Mr. Braddock.

Éste dirigió una fulminante mirada al juez, tragó saliva y se dirigió de nuevo al testigo:

—Ha estado al mando del puesto de Aduanas de Shoreham alrededor de cuatro años, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha recibido o no ha recibido quejas de la superioridad en lo que respecta al cumplimiento de sus deberes para con la prevención del contrabando?

—Mr. Braddock —volvió a interrumpirle el juez, fijos sus ojos en las jóvenes que ocupaban asientos en la galería—, ésa no es una pregunta pertinente.

—Señor —estalló él—, me doy perfecta cuenta de lo que es pertinente y de lo que no lo es. Si la defensa ha de verse estorbada...

—Esa no es forma de dirigirse al tribunal. Tiene que aprender a reprimir su genio, Mr. Braddock. Tengo el máximo interés en conceder a la defensa a mayor amplitud. ¿Bien, Mr. Hilliard?

—He recibido quejas, señor.

—Ha recibido quejas, Mr. Braddock. Ahí tiene su respuesta. ¿Quiere proseguir?

—¿Recibió alguna queja durante el pasado mes?

—Sí.

—¿Dijo usted de manera que pudiesen escucharlo sus hombres que a menos que algo se hiciese rápidamente usted y sus subordinados serían depuestos de su servicio?

—No.

—Mr. Hilliard, piense con cuidado en ese punto y

recuerde que ha prestado juramento.

—No recuerdo haberlo dicho.

—Sí o no, Mr. Hilliard.

Sir Edward Parkin movió impaciente una blanca mano. La atención de la galería pública se estaba haciendo muy intensa en aquellos momentos.

—El testigo ya le ha contestado, Mr. Braddock. No puede recordarlo.

Mr. Braddock dio un bufido y se encogió de hombros con la mirada fija en el jurado.

—Ahora, Mr. Hilliard, preste atención a mis palabras. Le sugiero la idea de que había una necesidad urgente, para no llegar a ser depuesto de su servicio, de proceder a... ¿llamémoslo un *grand coup*?

—No lo sé.

—Sugiero, Mr. Hilliard, que toda su historia, y la de sus hombres, es completamente imaginada.

—Eso es una mentira.

—Estos hombres son conocidos como contrabandistas. Sugiero que usted los arrestó, no en la playa, sino en sus respectivas viviendas.

—Eso es otra fábula.

—No intente burlarse de mí, Mr. Hilliard. Esto es un asunto muy serio para usted. El jurado sólo tiene su palabra y la de sus hombres contra los que se sientan en el banquillo.

—El consejo para la defensa —observó sir Edward Parkin— no puede dirigirse al jurado. Límitese a interrogar al testigo, Mr. Braddock.

—¿Puedo decir algo, señor? —inquirió Mr. Hilliard—. No está sólo nuestra palabra. Está el cuerpo.

—Me referiré al cuerpo a su debido tiempo —replicó

míster Braddock—. ¿En el transcurso de los últimos tres años ha sido éste el primer arresto satisfactorio que les ha sido posible llevar a cabo?

—Sí.

—Hago la sugerencia de que resulta curioso que después de tres años de apatía son capaces de pronto de acertar la exacta localidad en que estos hombres desembarcaron.

—Actué basándome en una información.

—*Información* resulta una palabra vaga. ¿Ha querido decir que fue su imaginación?

Mr. Braddock dirigió una fiera sonrisa al jurado, cuyos miembros a su vez sonrieron entre dientes y nerviosos.

—No, recibí una carta anónima.

—¿Ha hecho usted alguna tentativa para localizar al que la escribió?

—No.

—¿Va a ser presentada esa carta en la sala?

—¿Pregunta usted por ella para proceder a la lectura de su contenido, Mr. Braddock? —indagó el juez.

—No, señor.

—Bien, luego usted sabe tan bien como yo que esa carta no puede ser presentada. No es, pues, una prueba.

—Así pues, su fuente de información, ¿fue una carta anónima?

—Sí.

Mr. Braddock rió. El sonido de su risa fue como el del choque producido por dos cancelas de hierro.

—¡Una carta anónima!

Con un violento movimiento de su mano pareció

barrer, incrédulo, el relato completo.

—No tengo más que preguntar a este testigo, señor
—dijo, y ocupó su asiento.

—¿Desea volver a interrogar, sir Henry?

Este, acompañando su gesto de una débil sonrisa, negó con la cabeza. Mr. Braddock se estaba portando conforme había previsto.

El testigo que siguió fue el viejo aforador con quien Andrews había cambiado violentas palabras. Repitió la misma historia que su jefe. Cuando Mr. Braddock se levantó para interrogarle, adoptó con él un tono amigable e insinuante, que le sentaba menos bien que el anterior, tan brusco y camorrista.

—¿Ha tenido miedo de ser despedido durante el último mes?

—Todos hemos estado temiéndolo.

—Gracias. ¿Conocía bien al hombre muerto, a Rexall?

—Regular.

—¿Ha tenido ocasión de presenciar alguna reyerta con el muerto durante el pasado año?

—Muchas.

Se escucharon risas procedentes de la galería pública y el ujier tuvo que pedir varias veces que guardaran silencio. Mister Farne habló rápidamente al oído de sir Henry Merriman.

—¿Era el muerto de temperamento fácilmente irritable?

—Regular.

—¿Conoce usted personalmente a algunos de los hombres que ocupan el banquillo?

—A todos ellos.

—¿Los conocía Rexall?

—Sí.

—Gracias. Eso es todo.

Sir Henry, dirigiéndose a Mr. Farne, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y éste se levantó.

—¿Está usted enterado de cualquier disputa que Rexall haya sostenido con alguno de los hombres que ocupan el banquillo?

—No. Nos llevábamos regularmente con todos ellos.

Mr. Farne volvió a ocupar su sitio.

Uno a uno el resto de los aduaneros fue llamado a atestiguar la verdad del relato de Mr. Hilliard. Mr. Braddock los dejó salir y entrar del estrado sin detenerlos, hasta que el último hubo terminado de declarar. Entonces volvió a levantarse. Había dirigido una sonrisa de triunfo a sir Henry Merriman mientras se ponía de pie, y él le devolvió la sonrisa, pues se había reservado una carta en la cual no había reparado Mr. Braddock.

—¿Está usted enterado —preguntó éste— de una disputa que Rexall tuvo con uno de los acusados?

—Sí, fue con ese que tiene cara de espanto de la primera fila —y el testigo, un hombre mustio de aspecto ratonil, levantó un dedo para señalar a Tims.

—¿Puede decirnos cómo fue?

—Pues se encontró con el muchacho en la calle y comenzó a importunarle. Y el muchacho se irguió y le golpeó la cara.

—¿Y qué es lo que hizo Rexall?

—Nada. Ese muchacho está loco.

—Gracias.

Mr. Braddock se sentó. Sir Henry se volvió a Mr. Farne y le dijo en voz baja:

—¡Qué asco! Van a dirigir sus sospechas hacia ese demente. ¿Volvemos a interrogar?

—No es necesario —contestó Mr. Farne—. Nuestro próximo testigo les destrozará toda la historia.

* * *

—Andrews.

El nombre, su propio nombre, le abrumó mientras se encontraba junto a la ventana. Se volvió y enfrentóse con el funcionario que le había llamado como haría con un enemigo; con los puños apretados.

—Vamos, sal, chivato.

Deseaba quedarse y explicarles que él iba a encontrarse en mayor peligro, si cabe, que los hombres del banquillo...

—«... traicionándolos abiertamente quedo por encima de ellos.»

Pero inclinando la cabeza para así no poder ver sus rostros desdeñosos, salió de la habitación y atravesó el largo pasillo hasta la sala del tribunal. Mientras se dirigía a su destino se palpó la mejilla, que le escocía allí donde le habían golpeado.

Se dejó empujar hasta el estrado de los testigos; murmuró, sin darse cuenta de ellas, las familiares palabras: «la verdad, y nada más que la verdad»; pero no levantó la vista. Tenía miedo de la cólera y del asombro de los acusados. Sabía sobradamente cuál sería el aspecto de cada uno de ellos, cómo Druce se acariciaría el labio inferior, cómo Hake tiraría de un trozo particular de su barba. Sabía, como si las hubiera escuchado, las palabras que se dirían entre ellos en voz baja.

«¿Acaso no he vivido con ellos, he comido en su mesa y dormido en su compañía durante tres años?», pensó. Tenía miedo de dirigir su mirada hacia la galería. Habría mujeres jóvenes y apetecibles que le mirarían con desprecio... «Delator, traidor, Judas.»

Ni siquiera respetó el honor entre ladrones. Y tenía miedo, estaba terriblemente asustado. ¿Y si alzara la mirada y viese a Carlyon en la galería? ¡El rostro simiesco que había visto transfigurado por un ideal, el rostro que, durante tres años de desventura, había estado muy cerca de idolatrar, y que ahora estaría desfigurado por el desprecio! No era increíble. Era exactamente la clase de quijotismo, romántico y simple, que Carlyon amaba: introducir voluntariamente su cuello dentro del lazo por amor a sus compañeros.

—¿Es usted Francis Andrews?

Era sir Henry Merriman quien hablaba, pero la pregunta llegó hasta él como una acusación, como otra bofetada en la mejilla. La sangre se aceleró para salir a su encuentro. Elizabeth le había dicho: «Vaya a Lewes, preséntese al jurado, atestigüe y habrá demostrado tener más valor que ellos».

«Estás aquí para dar satisfacción a tu lujurioso cuerpo» —murmuró su crítico, pero con un gesto de sus manos que fue visible para los ocupantes de la sala, renunció a ese motivo y a esa recompensa. «No —murmuró, moviendo los labios—, es por Elizabeth.»

El sonido del nombre femenino le dio valor. Era como el sonido de una trompeta tocada a lo lejos por un pálido y valeroso espíritu. Levantó la vista.

—Lo soy —respondió.

La imaginación le dio una fuerza acerada para enfrentarse con los gestos que esperaba por parte de sus antiguos compañeros. No le hicieron el menor efecto. Para lo inesperado no estaba preparado. Tims se inclinó hacia adelante con una sonrisa de reconocimiento y alivio. Su sonrisa decía con la misma claridad como si hubiese hablado: «Ahora ya podemos estar tranquilos. He aquí a un amigo».

El desvió precipitadamente sus ojos y los dirigió hacia la galería pública.

—¿Dónde estaba usted la noche del 10 de febrero?

—A bordo del *Good Chance*.

—¿Qué hacía allí?

¡Gracias a Dios! Carlyon no estaba allí.

—Estaba dedicado al contrabando. Íbamos a entrar un cargamento aquella misma noche.

Mr. Farne sonrió triunfante a través de la mesa a Mr. Braddock y éste le contestó con un fruncimiento de cejas. Su rostro del color de la púrpura se tornó en un desagradable tono azulado. Se levantó y comenzó a hablar precipitadamente con uno de los hombres del banquillo.

—¿Cuánto tiempo llevaba dedicándose a esa... profesión?

—Tres años.

—¿Puede ver a alguno de sus compañeros en la sala?

Todavía con la mirada fija en la galería por temor a ver en ella algún rostro familiar, él inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí.

—¿Querrá señalárselos al jurado?

De entre el vago conjunto de rostros que no le eran familiares, caras viejas y jóvenes, gruesas y flacas, lozanas

y marchitas, flotaba hacia él el rostro de un hombre; flaco, lívido, astuto, barbilla desviada y ojos bizcos. Los ojos evitaron encontrarse con los suyos, pero pronto volvieron a él con una especie de aterrorizada fascinación.

—¿Querrá señalárselos al jurado? —repitió impaciente sir Henry Merriman.

Aquel rostro sabía que había sido visto y reconocido. Apareció la punta de la lengua y humedeció los labios. Los ojos ya no evitaron encontrarse con los de Andrews, sino que se clavaron en los suyos en aprensiva súplica. Él sabía que sólo tenía que alzar un dedo, señalar a la galería... «allí», y otro de sus enemigos se hallaría indefenso. Sólo Carlyon y el gigantesco y desatinado Joe quedarían. El rostro también lo sabía. El empezó a alzar una mano. Era el camino más seguro. Si dejaba que Cockney Harry quedara en libertad, Carlyon sabría con seguridad quién había sido el que los traicionó.

—Allí —dijo y señaló el banquillo.

«Loco, loco, loco», vituperaba dirigiéndose a su corazón, y su corazón, de manera sorprendente y milagrosa, no lo lamentó. Estaba gozoso y emborrachado con su triunfo sobre su cobarde cuerpo y llevaba con orgullo, igual que una bandera, el nombre de una muchacha.

«Esto te costará la vida», se dijo, pero el lejano sonido del clarín y aquella cercana banderola de su corazón le dieron valor.

«Saldré vencedor —contestó— y ella elogiará mi acción. Ésta es la primera vez que hago una locura semejante.»

Como no volvió a mirar hacia la galería, no le fue posible ver cómo una mujer gruesa y anciana, con

impertinentes mechones de cabello amarillo, se abrió camino hacia la puerta, y cuando dos minutos más tarde Mr. Braddock, con un pedazo de blanco papel en la mano, abandonó la sala, se encontraba contestando a una pregunta de sir Henry Merriman.

—¿Y qué estaba haciendo allí?

—Ayudaba a cargar el bote con los barriles de coñac. Luego embarqué con ellos y remamos hasta alcanzar la playa. Comenzaron a descargar los barriles, y mientras se encontraban ocupados en la descarga, me escapé. No había luna. Estaba muy oscuro y no me vieron marchar. Me deslicé hasta las dunas y me oculté tras ellas.

—¿Por qué se escapó?

—No quería estar allí cuando viniesen los aduaneros.

—¿Cómo sabía que los aduaneros estaban allí?

—Dos días antes envié una carta anónima al funcionario que estaba al mando del puesto de Shoreham, comunicándole la hora en que íbamos a entrar un cargamento y el sitio exacto en donde iba a desembarcarse.

—Se escapó y fue a ocultarse entre las dunas. ¿Qué sucedió entonces?

—De pronto se oyeron muchos gritos y el ruido de los hombres que corrían. Siguieron disparos. Aguardé a que terminase todo y me marché de allí.

—Ahora tenga cuidado al contestar. ¿Puede decir al jurado quiénes iban con usted cuando desembarcaron?

—Sí —respondió, y acto seguido señaló sin ningún titubeo a los hombres del banquillo.

—¿Había otros?

—Sí. Carlyon, el jefe; un hombre llamado Cockney Harry y Joe Collier.

—¿Sabe dónde se encuentran estos hombres ahora?

De nuevo sus ojos se encontraron con los que miraban desde la galería.

De nuevo vio que los ojos de su enemigo estaban llenos de una aterrorizada súplica. El sonrió. Ahora estaba seguro de sí mismo.

—No—dijo.

—Mientras estaba oculto, ¿cuántos tiros oyó?

—No lo sé. Sonaron todos juntos y confusos.

—¿Eran más de uno los que disparaban?

—Sí. Varios.

—Se ha hecho la sugerencia de que uno de sus compañeros tuvo una reyerta con Rexall. ¿Sabe algo al respecto?

—No.

—Gracias. Es suficiente.

En el momento en que sir Henry Merriman volvía a ocupar su asiento, Mr. Braddock regresaba a la sala.

Sonrió un tanto maliciosamente a sir Henry y dio comienzo a su interrogatorio.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo asociado con la tripulación del *Good Chance*?

—Durante tres años.

—¿Han sido cordiales sus relaciones con ellos?

—En cierto modo.

—¿Qué quiere decir con «en cierto modo»?

Andrews medio cerró los ojos y contestó, no dirigiéndose al defensor, sino a los hombres ocupantes del banquillo:

—Estaba sufriendo, me trataban con desprecio. Nunca pedían mi opinión.

—¿Por qué no se marchó de entre ellos?

—Mr. Braddock, ¿es pertinente esta pregunta? —observó sir Edward Parkin, con ligera petulancia.

—Señor, en mi opinión, lo es en gran manera. Si Su Señoría se digna tener un poco de paciencia ...

—Muy bien, pues, prosiga.

—¿Por qué no se marchó de entre ellos? —volvió a preguntar con furia.

Andrews apartó los ojos de los familiares rostros de aquellos hombres que ocupaban el banquillo para dirigirse hacia el colérico rostro del abogado defensor. Le divertía pensar que un hombre con un rostro semejante le hiciese preguntas sobre tales motivos. Hechos, duros y firmes como astillas de madera, sería lo que únicamente tendría él en consideración.

—No tenía sitio alguno adonde dirigirme —contestó— y estaba desprovisto de dinero.

—¿No se le llegó a ocurrir nunca la idea de trabajar honradamente para ganar su sustento?

—No.

—¿Tenía algún otro motivo que le obligase a permanecer a bordo del *Good Chance* por espacio de tres años?

—Sí, mi amistad con Carlyon.

—¿Por qué razón llegó a enrolarse?

—Por amistad hacia Carlyon.

—¿El hombre a quien ha traicionado?

Andrews enrojeció y se acarició la mejilla con las puntas de sus dedos.

—Sí.

—¿Qué motivos tenía que le obligasen a dar su información a las Aduanas?

—¿Desea realmente conocer la razón? —inquirió él—. ¿Acaso no resultará tiempo perdido por su parte y para el tribunal?

—No haga discursos —le ordenó sir Edward Parkin con voz aguda e imperiosa—. Límitese a responder a las preguntas que se le hacen.

—Fue porque tuve un padre a quien odiaba y al que me citaban siempre como modelo. Eso me volvía loco. Y no soy un cobarde. Todos ustedes saben eso.

Al hacer esta declaración se cogió con fuerza al borde de la tribuna e inclinóse hacia delante, con un acento de cólera en su voz y el rostro enrojecido por la vergüenza.

—Tenía miedo de que pudiesen hacerme daño y detestaba el mar, el ruido y el peligro. Y a menos que hiciese algo para remediarlo, hubiese seguido así continuamente. Y quise demostrar a esos hombres que era una persona a la que debían tener consideración y que tenía poder suficiente para desbaratarles todos sus planes.

—¿Y para poder ahorcarlos?

—Nunca pensé en eso. Lo juro. ¿Cómo podía adivinar que harían uso de las armas?

—Y a su amigo Carlyon, ¿no hizo nada para advertirle?

—Se trataba de él o yo.

Un hombre de espesa barba, llamado Hake, que se sentaba en la segunda fila de los prisioneros, se puso en pie de un salto y le amenazó con el puño.

—Sigue siendo un caso de tú o él—gritó—. Te matará por esto.

Un guarda le obligó a sentarse de nuevo.

La atmósfera de la sala se estaba haciendo

irrespirable. El juez y las damas que ocupaban la galería agitaban perfumados pañuelos. La frente de Andrews estaba ardiente y pegajosa a causa del calor. Se la enjugó con la palma de la mano. Se sentía como si hubiera estado de pie durante largas horas expuesto a las miradas de toda la sala. Tenía los labios secos y ansiaba poder beber un vaso de agua.

«Dame fuerzas para sobrellevar esto», imploró silencioso, sin elevar su plegaria a Dios, sino a la imagen que llevaba impresa en su corazón y detrás de la cual intentaba ocultar los rostros que lo miraban.

—¿Dónde está su padre? —preguntó Mr. Braddock.

—Espero que en el infierno —contestó él, y el ruido de muchas carcajadas llegó hasta sus oídos procedente de la galería; fue como la llegada de un fresco viento de primavera que irrumpe en la noche tropical. No se permitía el alivio de una brisa en la sala de justicia. Las risas eran sofocadas por los gritos de los ujieres.

—¿Quiere decir que está muerto?

—Sí.

—¿Y fueron los celos hacia un hombre muerto los que le impulsaron a traicionar a compañeros con quienes había convivido durante tres años?

—Sí.

—¿Espera que el jurado comprenda esa declaración?

—No.

Su voz sonó cansada. Sintió un súbito anhelo de explicar a aquel defensor de rojo rostro que le torturaba a preguntas, que no había logrado dormir en toda la noche pasada.

—No puedo esperar que nadie lo comprenda —dijo. Y con el corazón añadió: «Salvo Elizabeth... y Carlyon».

—¿Espera que el jurado crea sus palabras?

—Es cierto cuanto he dicho.

El enrojecido rostro volvióse hacia él con la insistencia de un moscardón.

—Yo sugiero que toda su historia es irreal...

Él negó con la cabeza, pero no podía apartar aquella voz que llegaba hasta él una y otra vez.

—... que nunca llegó a dar tal información.

—Sí, la di.

—... que relata esa historia para salvarse del banquillo.

—No.

—... que nunca llegó a desembarcar con un cargamento la noche del 10 de febrero.

—Lo hice, ya lo he dicho.

—Que se encontraba con una mujer, una mujer pública.

—No. Eso no es cierto.

Su cansancio aumentaba por momentos. Se agarraba a los lados de la tribuna para así sostenerse. «Me podría dormir ahora mismo», se dijo.

—¿Declarará bajo juramento que no ha estado en compañía de una mujer de dudosa moralidad?

—No, me negué a ello —pronunció con voz extenuada. No podía llegar a comprender cómo aquella vejiga roja de insidiosa voz estaba tan al corriente de sus movimientos.

—¿Qué quiere decir con que se negó?

—Estaba en el *Sussex Pad* de Shoreham cuando la chica se acercó a mí. Pero no quise nada con ella. Carlyon entró a tomar una copa y tuve miedo de que pudiese verme. Y por eso le dije a ella: «No. No dormiré contigo. Esta

noche, no», y me marché del local. No sé si él me vio o no. Yo estaba muy asustado y anduve millas y millas por las colinas.

—Ésa es, sin duda alguna, otra mujer. No hay necesidad de que dé cuenta al jurado de todas las mujeres con las que ha tenido íntimas relaciones.

Mr. Braddock rió tontamente y el jurado lo hizo entre dientes. Sir Edward Parkin se permitió una leve sonrisa mientras contemplaba a las jóvenes que ocupaban la galería destinada al público.

Los rostros que Andrews podía ver ante él, los abogados ante las mesas, el ujier, el actuario del tribunal, que ahora dormía profundamente, los barbudos hombres que ocupaban el banquillo, los espectadores de la galería, los doce jurados de rostros hostiles y vacuos, se iban convirtiendo rápidamente en una indistinta mancha en la que sólo veía un único rostro con muchos ojos y bocas. Tan sólo la cara de Mr. Braddock, roja y colérica, sobresalía marcada mente de entre aquella masa, al inclinarse hacia delante para disparar sus preguntas, que a él le parecían absurdas y desprovistas de sentido.

—¿Persiste en afirmar que desembarcó en compañía de los prisioneros la noche del 10 de febrero?

—¡Pero si todo cuanto le digo es verdad! —exclamó cerrando los puños, dominado por el deseo de golpear aquel rostro agresivamente rojo que sobresalía entre los demás y confundirlo con la grisácea bruma que le rodeaba. «Entonces podría dormir», pensó, y en su mente añoró sábanas limpias y las cálidas mantas que la noche anterior habían resultado inútiles dado el desasosiego de su cuerpo.

—Trate de recordar lo sucedido hace dos días. ¿No estaba usted en compañía de una mujer de moralidad

evidentemente dudosa?

—No. No lo comprendo. No he estado en compañía de una mujer de esa especie desde hace semanas. ¿Es que no puede aceptar mi respuesta y poner fin a esto?

Mientras miraba el rostro de Mr. Braddock, siguiendo sus movimientos hacia un lado y otro, se sorprendió al observar que aparentemente se iba desintegrando bajo sus ojos. Se fue suavizando y acabó por derrumbarse, volviendo a adquirir su forma normal, apareciendo en las facciones una especie de feroz amabilidad.

—No quiero cansarle. Esto debe de ser una experiencia muy penosa para usted.

Hizo una pausa y él sonrió suavemente. Entonces volvió a oír de nuevo su voz:

—Creo que estamos hablando sobre ideas opuestas. Estoy seguro que no desea poner obstáculo al curso de la justicia. Diga solamente a los señores del jurado en dónde estuvo hace dos noches.

—En una cabaña situada en el camino de Hassocks.

—No estaría completamente solo, ¿verdad?

El rojo rostro se plegó en una expresión de desprecio, la burda boca rió tontamente y en voz alta, pareciendo que invitaba a tomar parte en la mofa a los jurados y al público de la galería. El ujier, riendo también, rogó, sin interés alguno, que se acallas e el bullicio promovido en la sala.

—¿Qué quiere decir?

Las risas le aturdieron. Era igual que si se levantase una bruma entre él y todo claro pensamiento.

—Responda a la pregunta —le ordenó Mr. Braddock

de un modo perentorio—. Está bien claro. ¿Estaba usted solo?

—No. ¿Por qué? Estaba con...

—¿Con quién?

Titubeó. Se daba cuenta en aquellos momentos que desconocía el apellido de la muchacha.

—¿Con una mujer?

La palabra «mujer» parecía un nombre demasiado vulgar y áspero para aplicar a la bandera bajo la cual ahora luchaba. ¿Una mujer? Había conocido a muchas mujeres, y Elizabeth no era como ninguna de ellas. Ella era algo más remoto e infinitamente más deseable.

—No —dijo, y luego, viendo que la enorme boca de míster Braddock se abría para formular otra pregunta, se sintió aterrado—. Es decir... —y quedó confundido sin poder pronunciar una sola palabra.

—No intente bromear con nosotros. Debió ser una mujer, un hombre o una criatura. ¿Cuál de ellos?

—Una mujer.

Y antes de que pudiese añadir alguna frase, sintió el choque de una avalancha de carcajadas que llegaban de todos los rincones de la sala. Emergió de entre las risas, como si hubiese estado a punto de ahogarse, rojo, la respiración entrecortada, ciego a todo, excepto al rostro del defensor, el cual ya estaba preparado para disparar otra pregunta.

—¿Cuál es el nombre de esa mujer?

—Elizabeth —murmuró débilmente, pero lo suficientemente fuerte para que llegase a oídos de Mr. Braddock. Este lo comunicó a la sala con el tono que lo haría un bufón.

—Elizabeth. ¿Y cuál es el apellido de la joven?

—No lo sé.

—¿Qué es lo que ha dicho el testigo? —inquirió sir Edward Parkin golpeando con su pluma el pliego de papel que tenía ante él.

—No sabe cuál es el apellido de la muchacha, señor —respondió Mr. Braddock haciendo una mueca.

Sir Edward Parkin sonrió, como si su sonrisa fuera una confirmación esperada, y las carcajadas volvieron a escucharse.

—Señor —siguió diciendo Mr. Braddock, cuando volvió a reinar el silencio—, la ignorancia demostrada por el testigo no es tan asombrosa como pueda parecer. La opinión sobre ese punto difiere en mucho entre los vecinos de ella.

Andrews se inclinó hacia adelante y golpeó las barandillas con su puño.

—¿Qué es lo que trata de insinuar? —protestó indignado.

—Cállese.

Sir Edward Parkin se volvió hacia él, con los dedos dispuestos a coger un polvillo de rapé. Seguidamente miró a míster Braddock, a quien obsequió con una insinuadora sonrisa. El caso estaba resultando bastante más divertido de lo que había previsto.

—Bien, señor, presentaré un testigo para demostrar que la muchacha es la hija, probablemente ilegítima, de una mujer llamada Garnet. La mujer ha muerto y nadie llegó a saber si estuvo casada. Tenían un huésped en su casa, y se quedó con la granja cuando la mujer murió. Es creencia general en toda esa parte del país que la muchacha no sólo era la hija de este hombre, sino asimismo su amante.

—¿Dónde está el hombre?

—Está muerto, señor.

—¿Se propone convocar a la muchacha como testigo?

—No, señor. La información acaba de llegar en este momento a mis manos, y de todos modos la muchacha no podría ser un testigo en quien el Jurado puede confiar. Toda esa historia está llena de sordidez.

—¡Dios mío! ¿Acaso no conoce lo que es hermoso? —gritó Andrews.

—Si no puede guardar silencio —le amonestó sir Edward Parkin—, le haré encarcelar por rebeldía al tribunal.

—Señor —imploró él, y vaciló, intentando librarse de la bruma de cansancio que se agarraba a su cerebro y que trababa sus palabras.

—¿Hay algo que desee añadir?

Se llevó una mano a la frente. Tenía que encontrar palabras dentro de aquella niebla que le envolvía, palabras para expresar el dorado brillo que procedía de la luz de unas bujías que ardían en un lejano rincón de su memoria.

—Diga lo que tenga que decir o cálese.

—Señor, no es sordida —murmuró en voz apenas perceptible. Le parecía imposible encontrar las palabras hasta que no hubiese dormido.

—Mr. Braddock, el testigo dice que no es sordida.

Las carcajadas golpearon sus oídos hasta que se sintió físicamente lacerado, como tras soportar una tormenta de granizo.

Mr. Braddock se sintió cabalgando hacia la victoria a través de una avalancha de carcajadas.

—Transporte su recuerdo a lo sucedido hace dos días por la mañana. Dejaremos a un lado la noche —añadió con una risa tonta—. ¿Recuerda a una mujer que llegó a la cabaña?

—Sí.

—¿Es verdad que esa amiga suya, que no tiene apellido y llamada Elizabeth, le dijo a la mujer que usted era su hermano?

—Sí.

—¿Por qué?

—No puedo recordarlo.

—¿Dijo ella que hacía una semana que estaba en su compañía?

—Creo que sí. No puedo recordar nada. Estoy cansado.

—Esto es todo cuanto deseo preguntarle.

—¿Puedo por fin sentarme y dormir? —inquirió él, incrédulo. Su duda no tardó en quedar ampliamente justificada. Sir Henry Merriman se levantó.

—¿Permaneció en la cabaña durante una semana?

—No. Únicamente dos noches. Eso es todo.

—Trate de recordar. ¿Puede recordar por qué motivos mintió de esta guisa? ¿Fue para ayudarlo?

—Desde luego. Nunca hubiese mentido para salvarse a sí misma. Fue porque yo tenía miedo que la mujer hablase de mí en el pueblo. Y tenía miedo de Carlyon.

—¿Por qué tenía miedo?

—Sabía que le había traicionado. Me estaba buscando. Fue a la cabaña mientras yo estaba allí, pero ella me escondió y consiguió engañarle. Se mostró valerosa como una santa. Bebió el contenido de mi taza de té. ¿Cómo puede decir que había nada que fuese sórdido? Todo son mentiras que dicen de ella. Si no estuviese tan cansado se lo podría decir todo.

—¿Por qué hizo ella todo esto por usted? ¿Era su

amante?

—No. Sólo fue por caridad. Nunca la he rozado siquiera, lo juro.

—Gracias. Eso es todo.

Andrews permaneció sin moverse, sin dar crédito a que el final había llegado, que había hecho aquello que ella le había incitado a realizar, que todo había terminado y que podría dormir. Sintió cómo una mano le tiraba de la manga. Bajó tropezando los escalones hasta el suelo de la sala, todavía bajo la influencia de la mano que le guiaba, y que ahora tiraba suave, pero insistentemente de él hacia la puerta.

Al pasar junto al banquillo una voz le llamó:

—Andrews.

Se paró en seco y miró hacia la dirección de donde provenía el sonido. Le costó un momento fijar la vista, y vio que era el muchachito Tims quien había llamado.

—Líbrame de aquí, Andrews —le imploró.

Procedente de la galería se oyó un murmullo hostil y él enrojeció violentamente. Rabia, irrazonable e indirecta hacia él mismo, hacia su padre, hacia este muchacho que le impidió durante un momento un poco de sueño, le obligó a contestarle brutalmente.

—¡Imbécil, yo he sido quien te ha puesto ahí!

Momentos después había abandonado la sala.

—Quiero dormir —dijo—. ¿Adónde puedo ir?

Diose cuenta de que estaba dirigiéndose a un policía y que éste le contestaba:

—No salga a la calle, yo no lo haría. Hay una multitud aglomerada a la salida. No tiene usted grandes simpatías entre el pueblo. Mejor será que espere hasta que haya terminado el juicio. Entonces irán en busca de usted.

—En cualquier parte... una silla.

Extendió una mano hasta rozar la pared y sostenerse apoyado.

—Vaya a la sala de los testigos.

—No puedo volver allá. No me dejarán en paz. ¿No hay algún otro lugar?

El oficial se enterneció un poco.

—Aquí, mejor será que se siente aquí. —Y señaló un banco colocado contra la pared—. Contravengo con ello las ordenanzas —añadió de mala gana.

Pero Andrews se había dejado caer sobre el asiento y un sueño instantáneo y sin pesadillas se apoderó de él, ofreciéndole al principio una confusión de rostros, algunos coléricos y barbudos, otros rojos y burlones, luego una neblina dorada y, después, nada.

—Esta es la causa para la Corona.

La voz de sir Henry Merriman, filtrándose a través de las dobles puertas de la sala del tribunal, llegaba muy suavemente para que su ruido lograra perturbar su sueño. Para él, en el estado de reposo en que se encontraba, ignorando todo cuanto a su alrededor sucedía, sin que se le presentasen sueños, las semanas podían haberse sucedido en lugar de las horas. La voz era sólo un claro murmullo, y nada más. No había llegado a despertarse cuando todo el mundo abandonó la sala para proceder a la comida del mediodía. Los murmullos de los testigos habían dejado de oírse en los pasillos a aquella hora. Reinó un agradable silencio, oyóse el arrastrar de los pies de las personas al levantarse y luego, cuando las puertas del tribunal se abrieron de par en par, pudieron escucharse grandes voces y un estruendo de conversaciones que pareció estallar como

una bomba. Él continuaba durmiendo cuando volvieron a oírse los pasos pesados de las personas que regresaban, cuyo peso había aumentado a causa de una buena comida; continuaba durmiendo cuando las puertas se cerraron y los murmullos de los testigos comenzaron de nuevo.

El funcionario que hacía guardia en el pasillo acercó la oreja a la puerta y escuchó, ávido de alguna emoción que venciese su aburrimiento. Lanzó una mirada a Andrews con la esperanza de trabar conversación, pero comprobó que dormía. En la sala del tribunal los acusados procedían a su defensa, según pudo deducir el funcionario de los fragmentos de frases que llegaban hasta él.

La defensa de cada uno de ellos había sido escrita por sus respectivos abogados, y procedieron a su lectura con voz inexpresiva y balbuceante. A través del cristal de la puerta el funcionario podía verlas a todos. El proceso estaba alcanzando las etapas finales y lo mismo acontecía con la iluminación. La sala estaba envuelta en un deprimente velo grisáceo, pero que, al parecer, no justificaba suficientemente que se encendieran los candelabros. Los acusados, a pesar de la confianza que tenían en el jurado, experimentaban el influjo de la penumbra y estaban un poco atemorizados. Cada uno de ellos, mientras daba lectura a su propia defensa escrita en el pliego de papel que sostenía ante sí, se sentía coaccionado por la invisible presencia de un hombre muerto que se levantaba para rebatirles sus argumentos.

Un hombre había muerto y un centenar de coartadas no lograrían convertir el hecho en una falsedad. Como bajo mutuo acuerdo, e inclinados hacia el sacrificio de un no deseado Jonás, se apartaron un poco del idiotizado jovenzuelo hasta que quedó sentado en un espacio

despejado, que en aquella sala, abarrotada de gente, adquiriría amplias dimensiones.

La defensa de cada uno de los acusados se presentaba sutilmente aderezada. Este, durante el tiempo en que se suponía había tenido lugar la refriega, había estado bebiendo en compañía de un amigo; aquel otro había estado en el lecho en compañía de su esposa. Todos presentaron testigos que corroboraran su historia y sólo las peroraciones fueron similares: «Y Dios me ayude, pues soy inocente».

Cuatro veces fueron repetidas las balbuceantes rutinarias historias de los contrabandistas, que motivaron los bostezos del funcionario; cuando hubieron terminado originóse un cambio. Le correspondía el turno a Hake, el enorme barbudo contrabandista que había amenazado a Andrews desde el banquillo. Cuando se levantó de su asiento comenzaron a encender las bujías de la sala y su sombra se proyectó sobre el techo como un ave gigantesca. Su voz retumbó en el pasillo metálicamente.

—Señor, los caballeros del jurado tienen hoy sobre ellos una responsabilidad que no tendrán ocasión de considerar nuevamente. ¿Qué palabra van a tener en cuenta? ¿La de esos aduaneros, temerosos de perder sus puestos todos ellos, hombres con los que hemos bebido amigablemente, la de ese soplón de Andrews, con sus mujeres fáciles, o la nuestra? Si nos ahorcan y la verdad llega a saberse, ¿quién hablará para la salvación de sus almas en el día del Juicio Final? ¿Quién defenderá a sus cuerpos en la tierra?

—Acusado —se oyó gritar a una voz violenta y petulante—. ¿Está amenazando al jurado? Los componentes

del mismo nada tienen que ver con el castigo. Solamente tienen que decidir si sois inocentes o culpables.

—Sólo les aviso...

—El jurado está protegido en el cumplimiento de su deber. Las amenazas no refuerzan vuestra causa.

—¿Va usted a ahorcarnos?

—Sólo deseo proceder con justicia, pero a menos que prosiga con la lectura de su defensa, mejor será que vuelva a sentarse.

—Mi defensa es la misma que han presentado mis compañeros. Yo no estaba allí. Lo demostraré con testigos igual que han hecho ellos. Pero un hombre ha muerto, dirán ustedes, y no se puede olvidar ese hecho. Pues bien, yo les diré quién lo mató. El lo hizo —y su dedo señaló hacia donde se encontraba aislado el muchachito Tims, el cual se puso en pie de un salto y gritó:

—¡No es verdad! ¡Estás mintiendo! Diles que mientes.

Volvió a derrumbarse en su silla y cubriéndose la cara con las manos empezó a llorar, produciendo un peculiar lamento muy semejante al de un animal herido o enfermo, el cual, mezclado con la retumbante voz, resonaba con un extraño sonido, como de orquesta, en el pasillo exterior.

—He oído cómo lo decía, se lo digo yo, señor; cómo hablaba de ello. Es un necio medio loco, eso ya pueden verlo ustedes mismos, más apto para ir al manicomio que para sufrir condena en las galeras. Acostumbraba a decirme muy a menudo las intenciones que tenía respecto a Rexall. Este le importunaba siempre que le encontraba en la calle. Lo sé por boca del mismo aduanero, pero hay más evidencia que sus palabras. Nunca creería que ustedes diesen crédito a las palabras de uno de ellos. Pero escuchen... ustedes son hombres honrados y nos declararán inocentes.

—Está usted dirigiéndose a la sala y no al jurado.

—Discúlpeme, señor —dijo, y se inclinó hacia delante sobre la barandilla que bordeaba el banquillo, dirigiéndose a los jurados—, lo que quiero decir es que el jurado querrá saber lo que le sucederá a ese Judas y a su amiga. Déjenoslos de nuestra cuenta, les digo, déjenoslos de nuestra cuenta.

Antes de que sir Edward Parkin pudiese hablar, volvió a ocupar su puesto en el banquillo. El funcionario miró a Andrews. Continuaba durmiendo.

La sala pareció guardar un extraño silencio cuando la retumbante voz del contrabandista cesó de hablar. Esperaban a que el último de los prisioneros diera comienzo a su defensa, pero éste permanecía sentado, con el rostro oculto entre sus manos, estremeciéndose espasmódicamente cada vez que se le escapaba un sollozo.

—Richard Tims, éste es el momento en que le corresponde dar lectura a su defensa.

El aludido no replicó, ni siquiera hizo el más leve signo de haber oído la voz del juez.

—Mr. Braddock, usted representa al acusado, ¿no es cierto?

—¿Yo, señor? —respondió el abogado levantándose y rodeándose con su toga como para evitar una posible contaminación—. ¿Este acusado? No, señor. Yo represento a los demás, pero a éste no.

—Nadie parece ser capaz de confeccionar correctamente las listas. Está señalado para la defensa de todos los acusados, Mr. Braddock.

—No me informaron así, señor.

—¿Quién de ustedes representa a este acusado?

Nadie contestó a la pregunta.

—¿Es que este acusado no ha obtenido consejo legal?

—protestó sir Edward Parkin con una ligera nota de disgusto en la voz.

—Si lo hubiera deseado, señor, hubiera tenido un asesor.

—Esto es un inconveniente. Esta causa ya está durando bastante con lo que significa en sí. No quiero que haya retraso. Esta sesión está demasiado concurrida.

—Señor —un hombre pequeño y anciano, con ojos que continuamente parpadeaban, se puso en pie—, yo representaré al acusado, si Vuestra Señoría da su venia.

—Gracias, Mr. Petty. ¿Querrá explicar al acusado que tiene que hacer su defensa?

Mr. Petty se dirigió con menudos pasos hacia donde se encontraban los prisioneros y, sosteniendo delicadamente un pañuelo junto a la nariz, procedió a hablar con el muchacho.

—No puede hacerse nada, señor; el acusado no está en condiciones de hacer su defensa.

—El jurado considerará que con ello solo sostiene su inocencia. Mr. Braddock, ¿quiere llamar a sus testigos?

Sir Edward Parkin se inclinó hacia atrás y golpeó nervioso su tabaquera con sus blancos dedos. Estaba molesto. La vista de la causa había sido suspendida durante varios minutos. Su desayuno fue malo, su comida del mediodía todavía peor, y estaba hambriento. El juicio no daba señales de llegar a un final, pero su hambre, lejos de sufrir un aplazamiento, sólo confirmaba su obstinación. Continuarían hasta la medianoche si fuera necesario, pero acabarían con el juicio.

Uno tras otro, hombres, mujeres y niños desfilaron

por el estrado de los testigos y todos, mecánicamente, juraron en falso. Esta mujer estaba en el lecho con su marido cuando se cometió el asesinato; este hombre estaba bebiendo copas de whisky a la salud de otro; un chiquillo había oído el ruido que producía su padre al desnudarse en las habitaciones superiores. Sir Henry Merriman se encogió de hombros en dirección a Mr. Farne.

«Nos han vencido», parecía decir.

—El testigo Andrews —murmuró Mr. Farne— ha resultado inútil.

Tan sólo ocasionalmente se preocupaban de interrogar a los testigos que iban apareciendo en el estrado. Estos habían sido demasiado bien instruidos en lo que tenían que decir. Mr. Petty, habiendo aceptado magnánimamente la tarea de representar al demente, cerró los ojos y se entregó al sueño.

Mrs. Butler ascendió bamboleándose los escalones de la tribuna de los testigos y dejó que sus abultados senos se proyectasen sobre la barandilla de la tribuna. Sí, ella había visto a Andrews en la cabaña de cierta mujer dos días atrás. Sí, todos los indicios demostraban que él había dormido en la cabaña. La mujer le había dicho que él permaneció en la cabaña durante una semana. Sí, la mujer tenía fama y antecedentes notorios. Toda la vecindad lo sabía.

—Lo que la vecindad pueda decir no representa motivos de evidencia.

—No, señor, pero lo que mis ojos han visto con claridad sí es evidente.

La voz de sir Henry Merriman llegó hasta el pasillo, aguda y helada como un carámbano.

—¿Oyó usted a esa mujer decir que Andrews era hermano suyo?

—Sí.

—¿Era eso cierto?

—No, claro que no era verdad. No lograron engañarme. —Su mano se posó sin titubeos sobre las guedejas doradas de su pelo y las acarició amorosamente—. Sé lo que es amar —añadió con voz dulce y húmeda—. Podía verse la luz del amor en sus ojos.

—¿Qué significan las palabras de esa mujer?

—Sus palabras significan, señor —exclamó Mr. Braddock con unción—, que el hombre llamado Andrews parece estar enamorado de la mujer.

—¿Cómo puede saberlo ella?

—La intuición de una mujer, señor. —La mano de Mrs. Butler acarició su opulento seno—. Y puedo decirle otra cosa, señor. Sólo una cama apareció con señales de haber dormido en ella.

—Si la mujer mintió respecto a sus relaciones con Andrews, ¿tiene usted alguna otra razón para creer su otra declaración de que había permanecido con ella durante una semana? Sugiero que Andrews llegó a la cabaña la noche anterior.

—Yo no sé nada, señor. Pero él debió de proceder con rapidez con ella, ¿no es así? —Mrs. Butler lanzó una insinuadora mirada de soslayo a sir Edward Parkin—. Los hombres son muy tímidos, señor. He conocido a muchos en mis tiempos, señor, y hablo con seguridad.

Sir Edward Parkin volvió a un lado su rostro a la vez que un gesto, como si sufriese náuseas, contraía sus facciones.

—¿Ha terminado de interrogar a esta buena mujer,

sir Henry?

—Sí, señor.

Mr. Braddock se levantó.

—Ése, señor, es el caso para la defensa.

—¿Tiene algunos testigos a quienes presentar, Mr. Petty?

—No, señor.

—Caballeros del jurado, se está haciendo tarde, pero las leyes de Inglaterra no permiten despedir a ustedes hasta que la causa haya terminado. Tengo la obligación de tenerlos a todos reunidos, aunque, sin lugar a duda, en inmejorables condiciones que les serán ofrecidas a todos ustedes. Pero yo mismo tengo gran interés en dar fin a este juicio antes de que nos separemos. Ya estoy acostumbrado a soportar las fatigas que derivan de casos semejantes y estoy dispuesto a soportar cuantas sean precisas. El presidente del jurado consultará con los componentes del mismo y atenderá sus deseos.

Siguió un leve movimiento de inclinaciones de cabeza en señal de asentimiento y el presidente del jurado indicó que deseaban terminar con el juicio. Sir Edward Parkin se reclinó en su asiento, se sirvió una buena dosis de rapé, se acarició sus blancas manos con una cierta complacencia y dio comienzo a su resumen.

El funcionario, con un impaciente suspiro, apartó el oído de la puerta. Durante pasados juicios había tenido la oportunidad de experimentar el amargo aburrimiento del meticuloso cuidado y exactitud de los discursos de Mr. Justice Parkin. Tan sólo ocasionalmente acercaba su oído a la puerta para enterarse de alguna indicación en el progreso de los cargos que hacía el juez.

—Si aceptan la declaración de los funcionarios de Aduanas de que estos hombres desembarcaron con un cargamento en la noche del 10 de febrero, y que en la lucha que siguió, Rexall resultó muerto, es, pues, innecesario culpar a ninguno de los hombres por el delito de haber disparado el tiro que produjo la muerte del funcionario de Aduanas. Según las leyes de Inglaterra, todos ellos tienen la misma participación en el crimen. Los inculcados, en respuesta a la acusación, han dado una completa negativa de los cargos de que se les acusa y cinco de ellos han presentado testigos que han demostrado que estaban en distintos lugares cuando tuvo lugar la lucha descrita por los funcionarios de la Corona.

»Caballeros, con respecto a la credibilidad de los testigos de los prisioneros, yo haría que tuvieran en cuenta...

»La evidencia para el procesamiento no ha de regirse solamente por la palabra de los funcionarios. Uno de los compañeros de los acusados, bajo cuya información actuaron los funcionarios, se ha presentado en el estrado de los testigos. Ustedes mismos tienen que decidir sobre lo declarado por ese testigo, pero yo haría notar que la historia por él relatada es muy parecida en todos sus aspectos a la ofrecida por los funcionarios...

»Resta, caballeros, el cuerpo, y aquí los acusados han adoptado una inesperada línea de conducta. Han inculcado a uno de su grupo de haber sido el causante del asesinato como culminación de una serie de peleas sostenidas con Rexall. Han adoptado parte de la evidencia del enjuiciamiento en defensa propia. El dictamen médico no deja lugar a dudas en cuanto a la causa de la muerte de Rexall, y la bala hallada en su cuerpo es parecida a las que

estaban en poder de estos hombres.

»Ninguna prueba ha presentado este prisionero en defensa propia, pero hasta una avanzada fase del juicio no se ha visto representado por abogado alguno, y por sí mismos pueden juzgar de su estado mental. Soy de la opinión de que es deber del fiscal demostrar la culpabilidad. Las manifestaciones de los acusados no son casos de evidencia, y el fiscal no ha intentado demostrar que el llamado Tims es sólo y exclusivamente el responsable. Él y sus compañeros, a este respecto, deben ser juzgados conjuntamente.

»En este momento el pasado no tiene consecuencias, y la declaración del testigo Andrews referente a la vida de delincuencia vivida a bordo del barco *Good Chance* no debe ser tomada en consideración. No tienen que juzgar a los detenidos por el mal carácter que les han atribuido ciertos testigos... Tienen que probar si son culpables del crimen de que se les acusa. Ha sido aseverado que son buenos padres, buenos esposos, buenos hijos, pero si fueran ángeles y si la evidencia en cuanto al crimen fuese clara y satisfactoria, sería vuestra obligación el dictar un veredicto de acuerdo ...

»Un malintencionado intento ha sido presentado por uno de los acusados para influenciar su veredicto por medio de amenazas. Puedo prometerles, caballeros, que cualquiera que sea su veredicto, tendrán la completa protección de la ley...

El funcionario se abatió igual que una indignada y pesada flor. Las bujías de la sala estaban casi consumidas y las llamas ardían virtualmente en las arandelas de los candeleros, pero Mr. Justice Parkin, con el estrado todo para sí, continuaba hablando...

A través de la inconsciencia de su sueño llegó hasta Andrews un zumbido de voces y luego una distante ovación. Abrió los ojos. A través de la ventana pudo apreciar que ya era de noche. Grupos de personas enfrascadas en sus conversaciones pasaron ante él sin prestarle la más ligera atención. La puerta de la sala del tribunal estaba abierta. Se irguió en su asiento y aclaró sus ojos cargados de sueño con el dorso de su mano. Sir Henry Merriman y Mr. Farne salían de la sala. Este último hablaba con suave insistencia, su mano sobre el brazo del hombre de más edad.

—Nunca lograremos condenar un caso de contrabando en los tribunales —decía—. Sólo existe un medio... retirar los impuestos de los licores.

Sir Henry Merriman tenía los ojos clavados en el suelo.

—No —dijo—, me estoy haciendo viejo. Debo retirarme y ceder el sitio a hombres más jóvenes. A usted, Farne.

—Eso son tonterías —replicó éste—. Nadie lograría que ese jurado dictara sentencia.

Andrews se puso lentamente de pie.

—¿Quiere decir —preguntó— que esos hombres han sido absueltos?

Mr. Farne se volvió hacia él.

—Sí —respondió secamente—. Escuche. La ciudad entera los está aplaudiendo.

—No se marchen —imploró él—. Díganme qué debo hacer. ¿Han sido puestos en libertad?

Mr. Farne asintió con la cabeza.

—Me han engañado —gritó él—. Me han traído al tribunal para prestar declaración y ahora... ¿No comprenden que los han puesto sobre mis talones?

Sir Henry Merriman alzó los ojos que tenía clavados en el suelo y que aparecían nublados por el cansancio.

—Ya le he prometido —dijo— que estará protegido durante todo el tiempo que permanezca en esta ciudad. Yo le aconsejaría, no obstante, que se marche a Londres, tan pronto como le sea posible. He de admitir que han hecho ciertas amenazas contra usted. Apártese de Sussex y estará seguro.

—¿Cómo puedo ir a Londres? No tengo dinero.

—Venga a verme mañana. Se le entregará dinero. —Y tras pronunciar estas palabras, le volvió la espalda, diciéndole a Mr. Farne—: Estoy cansado. Me iré a la cama así que llegue al hotel. Escuche. ¿No cree que resultan molestos esos aplausos? Si hubiésemos ganado habrían demostrado mucho menos entusiasmo. ¿Recuerda al duque de Northumberland, que declaró en favor de Jane Grey... «la gente presiona por vernos, pero nadie nos desea buena suerte»?

—No les dejaré que se marchen de esta forma —gritó Andrews—. Esa ovación sólo significa la derrota para ustedes. Será la muerte para mí si me ven. ¿Cómo puedo salir de aquí?

—He dado órdenes a los agentes —contestó sir Henry—. Le acompañarán hasta el hotel. Dos hombres serán apostados allí para que le acompañen en cualquier momento por la ciudad. Yo, en su lugar, me marcharía en el primer coche que saliera mañana para Londres.

Mr. Farne le empujó a un lado y ambos abogados se dirigieron hacia la salida.

Entonces él se volvió al funcionario.

—¿Ve? ~ijo—, ése es su agradecimiento. He hecho

cuanto he podido por ellos, ¿no es eso?, y he arriesgado mi vida, ¿pero qué les importa a ellos?

—¿Y por qué han de preocuparse de un delator como tú? Yo no lo haría —replicó el funcionario rebosando satisfacción al dirigirse a él—. Dejaría que te cogiesen tus amigos, pero las órdenes son órdenes. Ven por aquí.

Escortado a través de una puerta posterior y después de pasar por varias sucias callejas, llegaron al White Hart, entrando por la puerta de los establos.

Capítulo IX

Andrews estaba en la habitación donde en la noche pasada había estrechado entre sus brazos a la amante de sir Henry. Ahora se entretenía en contemplar desde la ventana, con débil curiosidad, una pálida estrella. En su mano sostenía la nota que un camarero, cuyos ojos se abrían y cerraban en continuo parpadeo, le había entregado momentos antes. Era de Lucy y leyó en ella: *«Henry se ha retirado a descansar. Puedes venir a mi habitación. Ya sabes dónde está»*.

Había hecho lo que quería Elizabeth y, a pesar de la nota que sostenía en su mano, no cesaba de repetirse que fue tan sólo por ella por quien aceptó el riesgo. *«¿Acaso no renuncié esta mañana —se dijo— y con toda sinceridad a esta misma recompensa? Lo hice todo por ella, ¿pero por qué no aceptar las pequeñas recompensas que puedan venir después? No pensé una sola vez en esto cuando estaba declarando... »*

Carlyon podía ir y venir por donde quisiera. Nada le impediría, pensó con aprensión, que se presentase aquella misma noche en el White Hart. Le parecía tan inminente su posible presencia en la habitación, que con súbito sobresalto miró atrás. La puerta estaba cerrada. Ansiaba poder girar la llave en la cerradura. En cuanto a la carta... no podía negarse que aquella noche estaría más seguro en compañía de Lucy que solo. Era una razón convincente.

—Iré para ponerme a salvo —dijo, dirigiendo instintivamente a la estrella las palabras que iban

destinadas a Elizabeth—, no existe ninguna otra razón. No estoy enamorado de ella. No amaré a nadie más que a ti. Lo juro. Si un hombre ama a una mujer, no puede remediar, sin embargo, la lujuria que otras puedan despertar en él. Pero fue el amor y no la lujuria, puedo jurarlo, lo que me dio fuerzas esta mañana.

»Después de todo —siguió diciéndole a la estrella— no volveré a verte nunca más; ¿por qué, pues, renunciar a otras mujeres? No puedo ir a verte, porque me buscarán allí, y tú no me amas. Sería un imbécil...

Cesó de hablar, sorprendido al darse cuenta de que precisamente deseaba, en lo más profundo de su corazón, ser tan imbécil como acababa de reprocharse.

«Razón, razón, razón. No debo apartarme de ella», meditó. La razón y su cuerpo parecían actuar ambos como podría hacerlo una maquiavélica compañía. Ante el temor de su propio corazón empezó a jugar con el que sentía hacia su seguridad; y ese temor parecía, de manera extraña, ser menos fuerte de lo que hasta entonces había sido. Y volvió a sumirse en el recuerdo de Lucy, en el roce de su cuerpo junto a él y en sus íntimas promesas de la noche anterior. Se la figuraba desnuda, en actitudes procaces, e intentó fustigar su cuerpo hasta que sólo quedase una ciega lujuria que le hiciese olvidar durante algún tiempo los dictados de su corazón. No obstante, y cosa rara en él, incluso su lascivia parecía menos intensa.

—¿Qué es lo que has hecho de mí? —gritó desesperadamente a la solitaria estrella.

Fue entonces cuando oyó que alguien giraba cautelosamente el pomo de la puerta. Se olvidó de la estrella, de Elizabeth, de Lucy, de todo, salvo de su seguridad. De una zancada llegó hasta donde ardía la

lámpara de aceite que iluminaba la habitación y la apagó. El cuarto continuaba demasiado iluminado aún, o por lo menos así lo creía él en su nerviosismo, con los rayos de luna que entraban por la ventana. Ya era demasiado tarde para ocultarse detrás de la puerta y, por ello, tuvo que estrecharse cuanto pudo contra la pared, maldiciéndose a sí mismo por no llevar armas encima. ¡Qué estúpido sentimental había sido al dejar su navaja en la cabaña! ¿Dónde estarían los dos agentes —se preguntó— cuyo cometido era protegerle? Probablemente en la cama durmiendo la borrachera. Miraba el tirador de la puerta como fascinado. Era de mármol blanco y brillaba herido por los rayos de la luna. De nuevo volvió a girar con sorprendente silencio y después pareció avanzar con la fuerza de una pelota lanzada al espacio.

Una lámpara de aceite ardía en el pasillo y su haz parecía rodear de un halo burlón la cabeza de Cockney Harry, que apareció en el umbral de la puerta, con el rostro echado hacia delante y moviéndose de un lado a otro, como el de una serpiente.

Andrews se arrimó todavía más a la pared y Cockney Harry se deslizó al interior de la habitación y, como si se hubiese dado cuenta de que la luz que ardía en el pasillo le colocaba en desventaja, cerró la puerta tras él.

—Andrews —murmuró.

Sus ojos no estaban hechos aún a la oscuridad, y el silencio le intranquilizó. Apoyó la espalda contra la pared, frente al lugar en donde se hallaba Andrews, como si temiese un ataque. Entonces fue cuando lo vio.

—¿Conque estás ahí?

Andrews cerró los puños preparándose para un

inesperado ataque; pero el contrabandista vio su movimiento y en su mano brilló amenazadora, a la luz de la luna, la hoja de un cuchillo.

—Quédate donde estás —murmuró—, a menos que quieras recibir una caricia.

—Hay agentes en este hotel —replicó Andrews también en voz baja—. ¿Qué es lo que quieres?

—No tengo miedo a los agentes, ahora —musitó—. Pero, vamos a ver —añadió quejumbroso—, ¿por qué quieres pelearte? Estoy aquí para hacerte un favor, como te lo estoy diciendo.

—¿Para hacerme un favor? —repitió Andrews—. ¿Te olvidas de quién soy?

—Oh, no me olvido de que nos has acusado, pero un buen servicio se merece otro. No me denunciaste esta tarde, y pudiste hacerlo con facilidad.

—No fue por amor a esa cara tuya —contestó Andrews, cuyos puños permanecían cerrados en previsión contra cualquier súbito ataque.

—No eres muy agradecido —se lamentó Harry—. ¿No quieres saber qué noticias te traigo?

—¿Qué noticias son ésas?

—De Carlyon y de los otros.

—No, he acabado con ellos —pronunció sombríamente, y añadió sintiendo siempre una curiosa sensación de añoranza en el corazón, lentamente, como si le costase un gran esfuerzo vencer totalmente toda propensión sentimental—: no quiero ver nunca más a ese hombre.

—Ah, pero él no ha acabado contigo. Ni tampoco con tu amiguita.

El dio unos pasos hacia delante.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Apártate —le advirtió Harry volviendo a describir un círculo con su afilado cuchillo—. Lo que quiero decir es que han sido engañados por ella... vergonzosamente engañados.

—Carlyon no se atreverá a hacerle nada a ella, yo sé que no lo hará.

—Ah, pero está Joe. Dice que merece llevarse un susto, y Carlyon está conforme con eso, pero él no sabe a lo que Joe y Hake llaman un susto. Han ido todos allá. Mañana o pasado le harán una visita a tu amiga.

—Estás mintiendo, sabes que mientes —manifestó Andrews casi sin resuello, como un perro sediento y fatigado—. Esto es una trampa para hacerme volver allí y cogermé. Pero no iré, no volveré allí, te lo aseguro.

—Pero si es por eso por lo que estoy yo aquí... para avisarte; para que no vayas, si es que habías pensado en hacerlo. Todos estarán allí. Carlyon te matará tan pronto como te eche la vista encima. Aunque Hake opina que el matarte sería demasiado bueno para ti. Dice que primero deberían divertirse un poco contigo.

—Bueno, pues puedes decirles que no pienso volver allá. Pierdes el tiempo preparándome esa trampa.

—Bueno. Ahora ya te he avisado y estamos en paz. La próxima vez —Harry escupió expresiva mente en el suelo y de nuevo hizo centellear la hoja de su navaja a la luz de la luna— no confíes en que venga a ti en términos amistosos.

Pareció escurrirse por el suelo al dirigirse hacia la puerta. El pomo de mármol volvió a proyectarse hacia fuera y el contrabandista desapareció. Al final de la calle el reloj de la iglesia de Santa Ana dio con irritante seguridad las

campanadas de las once y media.

Como un fantasma había entrado aquel hombre y como un fantasma desapareció. ¿Por qué no pudo ser menos fantástico y convertirse en una mera visión? Sin que pudiera evitarlo, un tumulto de emociones se abrió camino en el cerebro de Andrews. «Carlyon no haría daño a una mujer —pensó. Es sólo una trampa para cogerme.» Pero luego, ¿acaso era verosímil que tramasen una celada semejante para un cobarde como él? No podía esperar que ellos llegasen a planear nada peligroso de lo que él se apartaría con temor. Volvió a repetirse a sí mismo que ella estaría segura, que Carlyon procuraría no hacerle daño, pero, no obstante, no podía apartar de su pensamiento el recuerdo de Joe y de Hake.

«Mañana, o pasado.»

Si se marchase aquella misma noche podría advertirla con tiempo suficiente y ambos podrían escapar. Pero eso sería si no se trataba de una trampa. Quién sabe si en estos mismos momentos, Hany, Joe, Hake, Carlyon y el resto no estarían preparándose para encontrarse con él en las colinas. Y, no obstante, ¡qué hermoso y magnífico sería bajar por la falda de la colina al amanecer, y esperar las primeras señales de humo que tal vez brotasen de la chimenea, asegurándole así que ya estaba despierta, y llamar después a la puerta y ver brillar el saludo de bienvenida en sus ojos!

«Tiene que darme la bienvenida —reflexionó. La he ganado, ya que he hecho todo cuanto ella me pidió.» Entre el revoltijo de los cuentos leídos en su infancia llegó a imaginar: «He subido a la colina de cristal y Gretel me aguarda». «Y luego —continuó meditando— la ayudaría a preparar el desayuno y juntos nos sentaríamos ante el

fuego. Y yo se lo contaría todo.»

Su momentáneo regocijo desapareció y en su lugar quedó la fría realidad, el peligro que había para los dos y, más que nada, la certeza de que ella le recibiría no como a un esperado amigo, sino todo lo contrario. «Ni yo ni ningún otro hombre se acercará nunca a ella.» ¿Por qué iba, pues, a arriesgar su vida...? Podía ser miserable, haber caído muy bajo, pero sólo él sabía lo infinitamente preciosa que era. ¿Y a cambio de qué? Por una palabra amable. Él no quería palabras amables. Bueno sería que padeciese un poco. Él también había sufrido. ¿Por qué no tenían que sufrir todos los seres que poblaban el mundo? Era el destino de todos. Carlyon se cuidaría de que no llegasen demasiado lejos con ella.

Mientras sus dedos se tensaban perplejos, diose cuenta de que todavía sostenía en su mano la nota de Lucy. Allí estaba una persona que le exigiría algo más que palabras amables y, no obstante, no le exigiría en ningún sentido responsabilidad alguna. Su razón le ordenaba que fuera a visitarla, sólo su corazón y aquel duro y fantasmal crítico, que por una sola vez se había aliado a éste, se opusieron. «Estaré seguro con ella esta noche —se dijo— y mañana Carlyon y los otros ya se habrán marchado de las colinas y la carretera de Londres estará completamente libre.»

Y si ahora iba a reunirse con Elizabeth, no tendrían dinero para la fuga. «No tienes que depender del dinero de ella», añadió la razón adoptando una noble actitud. Esto fue lo que le decidió. Incluso el honor le prohibía seguir por el camino peligroso.

Recorrió el oscuro pasillo y ascendió las escaleras, lentamente, dudando todavía un poco y como si no estuviera

decidido del todo. En una de las habitaciones, ante cuya puerta se encontraba ahora, sir Henry Merriman dormía. También había un poco de peligro, pensaba, en este camino que había escogido, el peligro de quedar desamparado y sin dinero en esta peligrosa región de Sussex. Sabía cuál era la habitación de Lucy y, con suma cautela, giró el tirador de la puerta y se deslizó dentro. Aún continuaba sosteniendo en la mano la nota que ella le había enviado a guisa de salvoconducto.

—Aquí estoy —dijo.

No podía verla, pero su mano avanzó tropezando con los pies de una cama.

Se oyó un pequeño susurro, un bostezo y, atravesando la oscuridad, llegó hasta él un soñoliento susurro.

—¡Qué tarde has venido!

Su mano fue palpando por la madera de los pies del lecho hasta que sus manos rozaron una tibia sábana y, bajo la tela, percibió el cuerpo de la mujer. Apartó violentamente su mano como si hubiera entrado en contacto con una llama. El papel que sostenía entre sus dedos fue aparar, tras suave revoloteo, al suelo. ¡Oh, si pudiese por una sola vez rendirse a los dictados de su corazón, hacer caso omiso a los instintos de su cuerpo y marcharse antes de que fuera demasiado tarde! Tres horas de camino, bajo la luz de la luna, atravesando las colinas, y volvería a encontrarse de nuevo en un hogar.

—¿Dónde estás? —preguntó la voz de la mujer—. No puedo verte en la oscuridad. Ven aquí.

—Sólo he venido a decirte...

Su corazón había hablado, le había infundido valor con la imagen de Elizabeth cuando se encontraba frente a

Carlyon, con la taza en la que él había bebido alzada hasta sus labios; mas su cuerpo había interrumpido bruscamente sus palabras, porque su mano retenía el roce del cuerpo que yacía en el lecho.

—¿Que te marchas? —dijo ella—. ¡Qué imbécil!

Sentía cómo su carne se erizaba ante aquel susurro.

—¿Acaso volverás a tener una oportunidad como ésta en tu vida? —murmuró ella con un aire de descuido no fingido—. Sabes lo que te pierdes, ¿no es cierto?

Dio un paso y se apartó del lecho.

—¡Qué vulgar eres! —exclamó, y su mano buscó en vano el tirador de la puerta a sus espaldas.

—Sabes que te divierte eso —le contestó ella. No parecía discutir con él, sino más bien aconsejarle, suave y serenamente, por su propio bien. La tranquilidad reflejada en su voz le irritaba y atraía a un tiempo. «Me gustaría hacerla chillar», pensó. De nuevo le oyó decir—: Ahora enciende una cerilla y mira lo que te pierdes. Dame tu mano. —La obedeció de mala gana. Sintió cómo los dedos de ella le tocaban. ¡Qué simbólico! Ella rió ligeramente—. Ahora enciende una luz. Hay un candelabro aquí —y guió su mano hasta una mesita junto al lecho.

—No lo haré —se rebeló él.

—¿Tienes miedo? —Le preguntó ella con curiosidad—. Te has vuelto puritano de ayer a hoy. ¿Te has enamorado?

—No me he enamorado —contestó, pero parecía dirigirse más a sí mismo que a ella.

—Y has alardeado de conocer a tantas y tantas mujeres. Seguramente será, que tienes miedo. Debías estar más acostumbrado a nosotras.

El volvió se de espaldas a ella.

—Muy bien —decidió—, encenderé una luz y después me marcharé. Ya conozco a tu especie. No dejáis en paz a un hombre.

Sin mirar hacia donde se encontraba la muchacha, encendió una cerilla y la aplicó a la mecha de una vela. En la pared opuesta, la iluminación produjo una mancha pequeña y amarilla y en aquel reflejo vio, de súbito, con extraordinaria claridad, el rostro de Elizabeth contraído por el miedo, hasta casi parecer feo, incluso repulsivo. Luego quedó borrado por otros dos rostros: el de Joe, con la boca rodeada de espesa barba negra, abierta en una carcajada brutal, y el del jovenzuelo demente Richard Tims, enrojecido y furioso. Momentos después, sólo volvió a verse el reflejo amarillo.

—No puedo quedarme —gritó de repente—. Ella está en peligro —y se volvió bruscamente girando sobre sus talones, con la bujía en la mano.

La chica estaba tendida al borde de la cama. Había dejado caer su bata de noche al suelo. Era delgada, de piernas largas, con pechos pequeños, pero firmes.

Con una modestia claramente fingida, al volverse él, ella extendió sus manos sobre su estómago y le sonrió.

—Márchate, pues, si lo deseas —dijo.

El se acercó un poco más y con sus ojos fijos en su rostro, como para no ver su cuerpo, empezó a dar excusas, a razonar, incluso a implorar.

—Debo irme, alguien ha venido a avisarme esta noche. Una muchacha... está en peligro. Tengo que ir a reunirme con ella. Ahora mismo, en esa pared de ahí, me ha parecido que la veía gritar.

—Estás soñando.

—Pero algunas veces los sueños se convierten en

realidad. ¿No lo comprendes...? Debo irme. Yo he sido el culpable.

—Bueno, pues márchate. Yo no te lo estoy impidiendo, ¿no es cierto? Pero escucha. ¿Qué diferencia habrá si sólo te quedas aquí durante media hora?

Ella se volvió, apoyándose sobre un costado, y los ojos de Andrews, sin que él pudiera impedirlo, siguieron los movimientos de aquel cuerpo al cambiar de postura. «Ahora está fría», pensó, pero yo puedo ponerla caliente.

—Vete, pues —le dijo ella—. No tendrás otra oportunidad; pero no me importa. Me siento inquieta esta maldita primavera. Iré a buscar a Harry. Es viejo y está cansado; pero creo que es más hombre que tú —aunque habló de ir, no se fue, sino que se lo quedó mirando con ojos ligeramente burlones. Andrews se humedeció los labios, que estaban secos. Tenía sed. Ya no trataba de apartar su mirada del cuerpo de ella. Ahora sabía que no podía irse.

—Me quedaré —le dijo. Apoyó una rodilla en la cama; pero las manos de ella le apartaron.

—De esa manera, no —le contestó ella—. Yo no soy una puta. Quítate eso.

Él vaciló por un instante y se quedó mirando al candelabro.

—No, debe haber un poco de luz —murmuró ella con un tono de ligera excitación—. Para que nos podamos ver el uno al otro.

Él la obedeció de mala voluntad. Le parecía que estaba levantando una barrera de tiempo entre Elizabeth y cualquier ayuda que pudiera prestarle. Incluso ahora no podía olvidar el sueño, visión, fantasía, lo que fuera, que él había visto a la luz de la vela; se consideró vencido sólo

cuando sintió el cuerpo de la chica tendido aliado del suyo.

—Más cerca —le dijo ella.

Él apoyó sus dedos sobre ella, apretando sus carnes. Hundió su boca entre sus pechos. No pudo ver nada, excepto oír cómo ella reía ligeramente.

—No me hagas daño —le dijo.

* * *

Andrews abrió los ojos y lo primero que pensó fue cuán extraño resultaba que la llama de la bujía brillase como la plata. Entonces pudo ver que ésta se había consumido y que la luz que él veía eran los primeros albores del día. Se sentó en el lecho y miró a su compañera, la cual dormía con la boca ligeramente abierta, respirando fuertemente. Primero observó su cuerpo y después contempló el suyo propio con una sensación de disgusto. Le rozó melindrosamente el hombro con la punta de los dedos y ella abrió los ojos.

—Debes taparte —le dijo, y volviéndose de espaldas quedó sentado en el borde de la cama.

Por el tono de su voz, dedujo que estaba sonriendo, pero su sonrisa, que en la oscuridad había sido como una llamada de algún apasionado misterio, ahora se le aparecía como algo superficial y mecánico. Estaba descontento de sí mismo y de ella. Había estado bordeando, así lo sentía en su interior, durante los últimos días, una nueva vida, en la cual aprendería a tener valor e incluso a olvidarse de sí mismo, pero ahora había regresado de nuevo al cieno de donde había salido.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó ella.

—Me he revolcado —contestó—, si es que es eso lo

que quieres saber.

Podía figurársela haciéndole pucheros y odió esa mueca.

—¿Acaso no soy yo más agradable que todas esas mujeres de las que has hecho alarde?

—Has conseguido que me sienta más vil —le respondió.

«¿Pero es que no hay medio de salir de este barro? —pensó en silencio—. Fui un imbécil y me figuré que me libraba de todo, pero ahora me he hundido tanto que seguramente he llegado al fondo.»

—Me mataría por esto —pronunció en voz alta. La muchacha rió con desprecio.

—No tienes valor, y de todas formas, ¿qué pasa con esa hermosa que está, en peligro?

El se llevó la mano a la cabeza.

—Tú has hecho que la olvide —replicó—. No puedo presentarme ante ella después de esto.

—¡Qué joven eres! —suspiró ella—. Seguramente ya sabes a estas horas que ese sentimiento no durará. Durante todo un día nos sentimos disgustados, chasqueados, desilusionados y completamente sucios. Pero poco tiempo después volvemos a estar limpios de nuevo, lo suficientemente limpios para volver a mancharnos por completo.

—Debe llegarse a un final algún día.

—Nunca.

—¿Eres un demonio o una mala mujer? —inquirió él con interés, pero sin cólera—. ¿Quieres decir que no sirve de nada el tratar de vivir con decencia?

—¿Cuántas veces te has sentido enfermo y

disgustado y has tomado la resolución de no volver a pecar?

—Es imposible contarlas. Tienes razón. Todo resulta inútil. ¿Por qué no me moriré?

—Es curioso. Tú eres una de esas personas..., ya me he encontrado con ellas antes... que no pueden librarse de su conciencia. ¡Qué comunicativo se vuelve uno después de una borrachera de éstas! Lo he observado muy a menudo. Yo creí que ibas a rescatar a esa muchacha tuya del peligro. ¿Por qué no vas? Es ridículo que estés sentado desnudo al borde de una cama, filosofando.

—Puede ser una trampa para matarme.

—Ya me figuré que no irías cuando llegase el momento.

—Te equivocas —manifestó él poniéndose en pie—. Por esa misma razón ahora mismo voy a buscarla.

* * *

Cuando salió del hotel no tomó precaución alguna, y caminó calle adelante con los ojos fijos al frente. No sentía el más ligero temor a la muerte, pero sí un terror a la vida; temor de continuar manchándose y arrepintiéndose para volver a enlodarse de nuevo. Tenía la seguridad de que no había escapatoria alguna. Toda su fuerza de voluntad había desaparecido. Durante algunos momentos de exaltación había soñado con llevarse a Elizabeth a Londres, ganarse su amor y casarse con ella; pero ahora veía que si ganaba ese alto premio, sólo sería para mancharla a ella, sin conseguir, en cambio, limpiarse a sí mismo. «Cuando yo llevara casado con ella un mes —pensó—, ya estaría saliendo de casa a hurtadillas para ir de putas.»

El fresco vientecillo de la mañana le acariciaba en

vano. Ardía de vergüenza y desprecio hacia sí mismo. Ansiaba, con un sentimiento ridículo, la simple purificación externa que le ofrecería un baño.

Llegó a las colinas cuando un anaranjado resplandor iba apareciendo en el horizonte. Su frágil y sublime belleza, igual a una mariposa de delicadas alas sobre una hoja de plata, le conmovió y esto vino a aumentar más aún su vergüenza. Si no hubiese ido a ver a Lucy y se hubiera marchado directamente a la cabaña algunas horas antes, ¡cómo le hubiera animado este resplandor! ¡Qué hermoso prelude hubiera sido para su regreso!

Desde el camino aún no podía ver con claridad el valle; la luz no era suficiente todavía. Sólo a intervalos, el rojo centelleo de una iluminada ventana formaba una hendidura en el grisáceo velo. Después que hubo caminado unas millas se oyó el canto de un gallo. Las colinas estaban desprovistas de todo movimiento que denotase vida, salvo el susurro ocasional del viento entre las ramas de algún árbol que se distinguía confusamente en la oscuridad. Iba andando y conforme avanzaba en su camino aquella primera acerbidad de su vergüenza fue desapareciendo y los acontecimientos de la noche se apartaron un poco hacia las sombras. Cuando llegó a darse cuenta de ellos se quedó inmóvil durante unos instantes y trató de que volvieran de nuevo hacia él. Esto le había sucedido muchas otras veces. Era este olvido la primera fase de la repetición del pecado. ¿Cómo podía llegar nunca a quedar limpio de toda falta si la sensación de vergüenza le duraba tan poco tiempo?

«Después de todo, me he divertido —pensó, contrariando a su voluntad—. ¿Por qué voy a arrepentirme? Son prendas de un cobarde. Regresa y hazlo otra vez. ¿Por

qué voy a meterme dentro del peligro?»

Con un esfuerzo dominó su voluntad y corrió, con toda la velocidad que sus piernas le consintieron, para acallar el pensamiento; corrió hasta que se quedó sin respiración y cayó rendido sobre la hierba.

Esta crecía en manojos frescos, quebradizos y salobres. El reclinó su frente sobre ellos. Si la vida estuviera privada de deseos o de la necesidad de toda acción, ¡qué dulce y plácida sería! ¡Si sólo se limitase a esta frescura, a este cielo de plata ahora veteado de verde, a esas desplegadas alas de color naranja! ¡Si pudiese tan sólo sentarse y escuchar... escuchar a Carlyon cuando hablaba, y contemplar el entusiasmo reflejado en sus ojos, sin que hubiese eco peligroso en los suyos propios!

Resultaba algo extraño y difícil de comprender el que Carlyon fuese enemigo suyo. Le buscaba para matarle, y, no obstante, su corazón todavía le saltaba dentro del pecho ante el sonido de su nombre, quizá porque era el hombre que poseía todos aquellos dones que él, Andrews, deseaba tener: valor, entendimiento, romanticismo sin esperanza, no en relación con las mujeres, sino respecto a la vida. Hasta odiaba bien, porque sabía a conciencia qué era todo lo que amaba: la verdad, el peligro, la poesía. «Si yo le aborrezco —pensó él—, es porque sé que le he infligido una injuria, pero él me odia porque cree que he injuriado la vida misma.»

Trató de reír... Aquel hombre sólo era un romántico imbécil de feo rostro. Ese era el verdadero secreto de su humildad, de su valor, incluso de su amor a la belleza. Siempre buscaba una compensación para su rostro, como si un mono que se vistiese de púrpura y armiño dejase por eso de ser mono. Las cualidades que había forjado a su alrededor solamente eran sueños, y él, con un solo gesto, los

había destruido totalmente. Quedaba el cuerpo enorme, pesado y, no obstante, ligero, las muñecas gruesas, el cráneo deforme. «Destroza sus sueños y lo que de él queda es inferior a ti», meditó. Un súbito deseo de atraparlo ejecutando alguna villana acción se apoderó de él, una acción que no estuviese en consonancia con los sueños que él perseguía. Eso le demostraría que eran quimeras, nada que realmente demostrase la clase de hombre que todos creían que era.

¿Cómo se podía juzgar a un hombre si todo cuanto se decía era solamente juzgando su cuerpo y sus hechos particulares, y no por los sueños que seguía a la vista del mundo? Su padre había sido un héroe para la tripulación, un rey, un hombre de arrojo, de iniciativa. El sabía la verdad, sabía que había sido un matasiete que a fuerza de disgustos había acabado con la resistencia física de su esposa y había destruido la vida de su hijo.

«Y yo mismo —casi murmuró—, tengo sueños tan buenos como cualquier otro hombre que posea pureza, valor y todo cuanto de bueno exista; pero a mí sólo pueden juzgarme por mi cuerpo y éste continuamente está pecando y es cobarde. ¿Cómo es posible que yo pueda saber lo que es Carlyon íntimamente?»

Pero mientras iba considerando sus probabilidades de virtud, se preguntaba intranquilo si Carlyon no se guió a sus sueños incluso cuando se hallase a solas. Cabía suponer que, después de todo, un hombre, en su tierna infancia, escogiese sus sueños, o que lo hiciera en cualquier ocasión de una época ya olvidada, y que éstos, ya desde entonces, continuasen siendo durante toda su vida los que rigiesen su fantasía para el bien o para el mal. Ya hombre, aunque no

fueses leal a ellos, siempre quedaría un crédito no saldado a aquel soñar desprovisto de base. Todas estas sensaciones eran potencialidades, disposiciones, y ningún hombre sería capaz de decir si, de pronto y sin previa advertencia, no le sería posible sostener el dominio de su estado normal y corriente y que durante un corto momento el cobarde se convirtiese en un héroe.

«Carlyon y yo estamos al mismo nivel —se dijo, con un anhelante deseo de creerlo así—. Él sigue sus sueños y yo no hago lo mismo con los míos, pero el solo hecho de soñar es bueno. Y yo soy mejor que mi padre, ya que él no soñaba, y ese rasgo suyo que los hombres admiraban no provenía de que viviese con arreglo a un ideal, sino simplemente de su valor físico.»

Pero, ¡con qué ardor deseaba en aquellos momentos estar en posesión de ese simple valor físico que le daría el poder de lanzarse a ciegas en medio de sus sueños! Muchas veces se figuraba que si el valor le fuese concedido durante un corto momento, sólo el tiempo suficiente para vencer su temor, sus sueños tendrían fuerza para sujetarle entre ellos y arrastrarle irrevocablemente consigo, sin tener necesidad de más decisión ni gallardía.

Se levantó y con un gesto un tanto melodramático abrió sus brazos como si quisiera atraer valor a su corazón, pero todo lo que llegó a él fue una fría ráfaga del temprano viento de la mañana. Siguió deambulando. ¿Por qué no podría, como le había dicho Lucy, desterrar su conciencia y estar lleno de alegría? Si experimentaba estas aspiraciones, que quedaban borradas por sus sentidos, ¿por qué no le era concedida fortaleza para retenerlas? Él suponía que era hijo de su madre, de aquella mujer cuyo corazón había estado adornado de vagos y románticos

anhelos. Su padre, cuando deseaba algo que no podía ser alcanzado por otros medios, tenía el poder de mostrarse como un individuo rudo y genial, un lobo de mar como los existentes en la época de la reina Isabel. Había nacido en el mismo condado que Drake y hablaba el mismo dialecto. Incluso el mar le había dado algo de semejanza con el rostro y modales del marino isabelino, el color de su piel, las facciones, la barba agresiva, la voz de timbre elevado, sus ruidosas carcajadas; todos sus marineros le consideraban como una copia de aquél, aunque desconociendo por completo su violento comportamiento para con los suyos. Lágrimas de rabia, de compasión hacia sí mismo, e incluso de amor, se agolparon en sus ojos.

«Si pudiera vengarme de los muertos —meditó—. ¿Es que no existe medio alguno para combatir contra los muertos?» No obstante, sabía que aquel corazón simple y sentimental no hubiese deseado la venganza. «¿Es que tampoco resulta posible complacer a los desaparecidos?», se preguntó, y el rápido pensamiento que sucedió a esta pregunta le pareció a su mente supersticiosa una respuesta sobrenatural: «No hagas lo que tu padre y destroces la vida de una mujer».

Andando rápidamente en dirección a Hassocks juró en silencio que no sucedería tal cosa.

—Sólo la avisaré —murmuró—, y me marcharé.

Sentía que sólo resignándose a no verla nunca más después de prevenirla de todo peligro, evitaría destruir la vida de la muchacha.

Y no obstante, cuán distinto hubiera sido todo si Carlyon hubiera sido su padre. No le parecía nada extraordinario pensar así del hombre que le estaba

buscando para poner fin a su existencia. Verdaderamente hubiese satisfecho todos los anhelos del corazón de su madre, y él mismo hubiese nacido dueño de una voluntad y con firme decisión. Recordaba con perfecta claridad su primer encuentro con él.

Iba caminando solo en dirección opuesta a la escuela. Tenía una hora de libertad y, alborozado con su recreo, corrió ascendiendo por una colina algo apartada de allí con cuanta rapidez le permitían sus piernas para perder de vista los edificios de rojo ladrillo tan semejantes a un cuartel, y poder, cuanto antes, ver los marjales que se extendían hacia el horizonte, cubiertos de cortos brezos, hasta desaparecer allí donde se ocultaba el sol. Corría con los ojos fijos en el suelo, porque así le parecía que avanzaba con más velocidad. Sabía por experiencia que cuando hubiese contado doscientos veinticinco le faltarían pocos pies para alcanzar la cumbre.

Doscientos veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco. Levantó los ojos. Un hombre se erguía en la cúspide de espaldas a él, en posición muy parecida a la que el mismo hombre adoptó hacía pocos días en la revuelta de la carretera de Hassocks, cuando le buscaba. Iba vestido de negro y, como entonces, daba la impresión de que su gran volumen descansaba en el suelo con inexplicable ligereza. Contemplaba la puesta del sol, pero cuando escuchó los pasos que se acercaban se volvió con inaudita agilidad, como si los pasos, en su cerebro, estuviesen asociados con el peligro.

El vio entonces por vez primera los anchos hombros, el cuello corto y grueso, la frente baja, desviada, semejante a la de un mono, y los oscuros ojos, que en un momento borraron la impresión de bestia que el cuerpo había forjado.

Aquellos ojos podían reír en algunas ocasiones, estar alegres, pero la nota predominante era la de una meditada tristeza, según pudo observar poco después. La primera vez que los vio estaban sonriendo; sonreían con una especie de feliz admiración.

—¿Lo has visto? —le había dicho Carlyon con un tono apagado de temblorosa admiración. Acto seguido extendió la mano señalando una dirección que él siguió con la mirada hasta contemplar un cielo llameante, al que ascendían nítidos halos desde las cenizas grises de los páramos.

Lo contemplaron en silencio y luego el desconocido se volvió hacia él diciéndole:

—¿Dónde está el colegio? Voy en busca de la escuela.

A él le causó la misma impresión que a un evadido la sola mención de la palabra «cárcel».

—Vengo de allí —respondió—. Está allá abajo.

—No se puede ver la puesta del sol desde allí —observó Carlyon, y en aquellas pocas palabras se notó una censura hacia toda la institución: los profesores, los alumnos y los edificios. Arrugó la frente y preguntó—: ¿Vives en la escuela?

Él asintió con la cabeza.

—¿Te gusta?

Al escuchar el tono de aquella voz se volvió hacia el desconocido, sintiendo una peculiar fascinación. Otros le habían hecho esa misma pregunta de una manera retórica, dando por sentado una ferviente respuesta afirmativa. Generalmente hacían alguna jocosa alusión a los golpes y castigos, narrando alguna aburrida anécdota de sus días escolares. Pero este desconocido le hablaba como si ambos fuesen de una misma edad, con un ligero desprecio, como si

juzgase indigno recibir una respuesta afirmativa.

—La odio —declaró.

—¿Por qué sigues en ella entonces?

Esta pregunta hecha tranquilamente resultó asombrosa para él porque denotaba una voluntad fuerte y dueña de sí.

—Espero volver a casa —contestó—. Mi madre ha muerto.

—Debías escaparte —le recomendó el desconocido descuidadamente, y volviéndole la espalda, tornó a enfrascarse en la contemplación de la puesta del sol.

Él lo examinó y su corazón, que estaba cerrado a todo afecto hacia cualquier otra persona, estuvo dispuesto a dedicarle a aquel hombre una admiración sin límites. En aquellos instantes estaba ante él con sus piernas un poco separadas, como si se balancease sobre un globo que girase vertiginosamente. «Debe de ser un marino», pensó, recordando que su padre también había observado aquella misma postura.

Al poco rato, el hombre volvióse de nuevo y, viendo que todavía continuaba allí, le preguntó si por casualidad conocía a un colegial llamado Andrews.

Él le miró con el más profundo asombro. Era igual que si una figura de ensueño se hubiera convertido de pronto en realidad y quisiera trabar conocimiento con él.

—Yo soy Andrews —dijo.

—Es raro —comentó el hombre, observándole con una mezcla de aprensión y curiosidad—, estás pálido. No pareces fuerte; al revés que tu padre. Yo era amigo de tu padre —terminó diciendo.

El hecho de que emplease el pasado al hablar le chocó bastante.

—Me alegro de que no sea amigo suyo ahora — confesó—. Le odio.

—Está muerto —le informó Carlyon.

Siguió una pausa y, luego, Andrews dijo lentamente:

—Supongo que le he causado un sobresalto al decirle a usted que me alegraba.

El desconocido rió.

—De ninguna manera. Me figuro que tendría un desagradable carácter cuando estuviese en tierra. Pero a pesar de eso era un gran marino. Deja que me presente... me llamo Carlyon, capitán y dueño del *Good Chance*, el buque de tu padre.

Extendió su mano y él la estrechó. Aquel apretón de manos fue firme, breve y seco.

—¿Cómo murió? —preguntó.

—De un tiro. ¿Sabías lo que era tu padre?

—Lo adiviné —contestó él.

—Y ahora —inquirió Carlyon—, ¿qué es lo que quieres hacer? —De súbito hizo un gesto retorcido y como cohibido con sus manos y prosiguió—: Tu padre me dejó todo cuanto poseía. Claro que no tienes más que pedir. Puedes tenerlo todo, salvo el barco.

Su voz se apagó, emitiendo una nota suave y emocionada al pronunciar las últimas palabras, igual como le había sucedido al hablar de la puesta del sol.

Su voz era de una musicalidad extraordinaria, aun en la más breve y descuidada de sus frases. Era grave y de una pureza tan clara que sugería profundidad y tensión, y aunque de timbre completamente diferente, parecía insinuar las frágiles notas de un violín. El escuchaba su sonido con avidez.

—¿Vas a quedarte ahí? —le preguntó, haciendo un gesto con sus manos en dirección a la falda de la colina.

—Lo odio —respondió él—. Es desagradable.

—¿Por qué has venido aquí arriba? —indagó de súbito Carlyon.

—Todo es de ladrillo rojo allá abajo. Y el campo de juegos, de grava. A cada paso se encuentran obstáculos en el camino. Aquí arriba está el campo libre durante millas y millas.

El asintió con la cabeza.

—Ya lo sé —dijo—. ¿Por qué no te vienes conmigo?

Eso fue cuanto aconteciera antes de llegar a una decisión. Desde aquel momento le hubiese seguido hasta el fin del mundo; se mostró ridículamente impetuoso y deseó sencillamente marcharse en aquel momento, sin decir ni hacer nada más. Por este motivo tuvo que insistir en que debía acercarse al colegio y arreglar las cosas.

Aquella noche Carlyon se hospedó en una fonda de la ciudad y él, al desearle las buenas noches, le hizo la pregunta que había estado deseando dirigirle durante toda la velada que pasó en su compañía:

—¿Quieres que vaya contigo?

—Sí —le contestó Carlyon—, los dos amamos las mismas cosas. Cosas que no son queridas por todos los componentes de esta escuela; y mis hombres, hombres magníficos, tenlo en cuenta, también las desprecian. Estamos destinados a ser amigos.

«Destinados a ser amigos», se rió, recordando las palabras de entonces, mientras ascendía por el camino de las colinas. ¡Qué caos se había producido en aquella amistad por culpa suya! Se preguntaba si, en el caso de tener el poder necesario para deshacer todo cuanto había hecho, lo

llevaría a cabo; las encubiertas burlas, el ejemplo de su padre constantemente comparado con él, el odiado y ruidoso Océano, el peligro, pero también la amistad de Carlyon, el camarote cerrado a los ojos de la tripulación, el recuerdo de cuando hablaba y leía, la renovada certeza de cuanto guiaba sus pasos. Él con su acción no había destruido su vergüenza ni su temor, sino que había aumentado una y otro, y, además, había perdido su amistad.

No obstante, si tuviese que devolver lo transcurrido al tiempo, tendría que dejar en el olvido a Elizabeth y esto despertó de nuevo en él aquel anhelo que momentáneamente había sido vencido, pero que continuaba insistiéndole en el fondo: el de limpiarse de toda impureza.

Absorto en los recuerdos del pasado, transcurrió una hora volando. El día comenzaba a apuntar y una claridad amarillenta y rojiza había absorbido al plateado cielo del amanecer. Las luces del valle se habían apagado, salvo unas cuantas que todavía continuaban ardiendo, no con alegre brillo, sino más bien como flores apagadas y añosas de arbustos salvajes. Al llegar allí donde se formaba un pequeño montículo, se llevó un sobresalto al ver a sus pies la pequeña cabaña desprovista de luz y de todo movimiento de vida.

La pálida claridad del sol no tenía fuerza suficiente para atravesar los árboles bajo cuyo refugio yacía la cabaña, lo que hacía que mientras la tierra estaba bañada en un mar de dorada luz, la choza quedase en sombras. Mas para él, que la contemplaba desde el altozano, con el corazón latiéndole aceleradamente ante su súbita aparición, yacía bajo la más profunda sombra del peligro y de la muerte. No podía saber con certeza, dada la confusión en

que su corazón se encontraba al verse inesperadamente transportado desde el pasado al presente, si era el miedo o el amor el que aceleraba sus latidos. Miró duramente la choza, como si con su mirada pudiese obligarla a declarar cualquier secreto que albergasen sus paredes.

No había humo ascendiendo de la chimenea ni luz que iluminase las ventanas. Esta ausencia de vida nada significaba, ya que la hora era muy temprana; no obstante, se asustó. ¿Y si Carlyon y sus hombres hubiesen estado ya en ella y ocultase ahora el recuerdo de su venganza? Era inútil que se repitiese continuamente que Carlyon no permitiría que hiriesen a una mujer, puesto que Hake y Joe estaban con él. Se preguntaba dónde habría dejado Carlyon el *Good Chance*. Si había perdido el barco, su jefatura habría terminado. Le parecía que habían pasado siglos desde la última vez que había contemplado, con tanto júbilo en su corazón, a diferencia de lo que ahora le sucedía, cómo se elevaba hacia el cielo el humo que brotaba de las chimeneas de la cabaña.

Lentamente fue caminando hasta el borde del altozano, con los ojos fijos en ella. Había otra posibilidad que temer: la dé que en su interior los contrabandistas estuviesen aguardando a que entrase y cayese en la trampa que le hubiera tendido Cockney Harry. ¿Pero era en realidad una trampa?

Tenía la obligación de avisar a Elizabeth; pero ¿cuándo había él hecho nada en consideración a un deber? Podía darse el caso de que al abrir la puerta de la cabaña se encontrase cara a cara con Carlyon, Joe, Hake y el resto de la tripulación. Recordaba la visión reflejada en la amarilla luz de la bujía de la habitación de Lucy. Aguardó, y le pareció que titubeaba lastimosamente.

Si no hubiese cedido a las insinuaciones de aquella mujer, pensaba, ¡qué fácil hubiera sido lanzarse a ciegas colina abajo! Una vez cumplido su deber, habría quedado limpio, triunfante, confiando en el futuro y en que se habría alejado de una vez para siempre de su pasado.

Y regresaba ahora, vencido por su cuerpo, desalentado, sin esperanza alguna, a dar un aviso y a marcharse de nuevo.

«¿Por qué no abandonar esta tentativa de ser mejor de lo que soy y escaparme ahora sin dar el aviso? Sólo estoy empezando de nuevo este abrumador y desesperanzado asunto, intentando elevarme. ¿Por qué no ahorrarme esta amargura?»

La cobarde sugerencia le instigaba con terrible insistencia. Si hubiese llegado a él, silenciosa e insidiosamente, quizás hubiesen existido probabilidades de triunfo, pero esta intentona descarada y confiada frustró sus propios propósitos. Su corazón se alzó rebelde. Casi corrió por la ladera de la colina, sin preocuparse de ponerse a cubierto, tan sólo atento a desterrar de su alma la tentación de una retirada.

Al llegar al borde de los árboles y aparecer la cabaña de nuevo ante sus ojos, como se le había presentado el primer día que llegó a ella, la cautela volvió a él. Con los ojos fijos en la ventana, corrió de puntillas atravesando el claro que había entre el soto y la pared de la choza. Estrechando su cuerpo contra ella, como si confiase en que la dureza de sus piedras le absorbería, acercó un ojo al ángulo de la ventana. La habitación que veía por el cristal parecía estar vacía. Seguramente todo se hallaría en perfecto estado. Avanzó tres pasos en dirección a la puerta y, suavemente,

alzó el pestillo. Con gran sorpresa suya, la puerta se abrió. «¡Qué negligente es!» pensó. Debía cerrar con el cerrojo. Viendo que la habitación estaba vacía, se arrodilló y corrió el pestillo inferior. El de la parte de arriba estaba roto.

Miró a su alrededor y dio un pequeño suspiro de alivio al no ver señal alguna que denotase desorden. «Así, no fue una trampa —se dijo—. Debo alejarla de aquí esta misma mañana.» En el centro de la habitación estaba la mesa de la cocina sobre la que había sido colocado el ataúd.

«No tengas miedo, viejo amigo —pronunció entre dientes—, no la tocaré. Voy a salvarla de los otros, eso es todo.»

Tiritó un poco. El aire de la mañana que soplaba ahora, cuando había cesado de caminar, dejaba sentir su frialdad. Le parecía muy posible que la habitación albergase un celoso, amargado y suspicaz fantasma. «No quiero interferencia alguna por parte de los espíritus», reflexionó, y sonrió fatigosamente ante su propia superstición.

La habitación y la casa se hallaban en el más completo silencio. ¿Debía subir a la habitación y despertarla? Ahora se daba cuenta profundamente con cuánta pasión e impaciencia deseaba verla de nuevo. ¡Si hubiese regresado sin mancha, habiéndose conquistado a sí mismo para ser digno de ella! «Lo intentaré otra vez, lo intentaré otra vez —se prometió, acallando la burla que por sí mismo sentía—. No me importan cuántas veces vuelva a caer. Lo intentaré de nuevo siempre.»

Por segunda vez en las últimas veinticuatro horas, y segunda desde hacía tres años, elevó una oración al cielo.

—¡Oh Dios mío, ayúdame!

Se volvió rápidamente. Fue como si una ráfaga de aire caliente hubiese soplado de súbito sobre su cuello. Se

encontró frente a la mesa creyendo hallarse de nuevo ante la poco tranquilizadora presencia del ataúd.

—Nada temas, viejo amigo —imploró—. No he venido aquí a hacer el amor. Nunca se fijaría en mí. Quiero salvarla, eso es todo.

Se agitó un poco, con movimientos muy parecidos a las sacudidas de un perro al salir del agua. Se estaba poniendo tonto. «Prepararé el desayuno y quedará sorprendida.» Una hilera de tazas colgaban sobre el fregadero. Descolgó una, y quedóse acariciando el borde con las puntas de sus dedos, pero con su recuerdo en el pasado, sus ojos mirando fijos al ojo de una cerradura, y con el corazón temblando como ante la presencia de una santa. Luego, la pequeña puerta que daba acceso al piso superior se abrió y él levantó la vista.

—¿Eres tú por fin? —preguntó.

Su voz era apagada y temblorosa como ante la presencia de un misterio. La habitación aparecía iluminada por los dorados rayos del sol, pero no se había dado cuenta de ello hasta ahora.

Tercera parte

Capítulo X

Elizabeth se quedó parada en el último peldaño de las escaleras, con la mano sobre el tirador de la puerta y los ojos soñolientos y asombrados.

—¡Tú! —exclamó.

El dio vueltas y más vueltas a la taza que sostenían sus dedos, desconcertado, sin saber qué decir.

—He vuelto —fue todo cuanto respondió.

Ella avanzó hacia el centro de la habitación y él contempló fascinado la gallardía de su porte, la manera que tenía de alzar la barbilla al moverse.

—¡Oh!, eso ya lo veo —repuso con una suave sonrisa—. Ven, dame esa taza, que la vas a romper.

Con repentina resolución, Andrews se llevó a la espalda la mano que sostenía la taza.

—No —dijo—, quiero guardarla. En ella bebimos los dos.

—Esa no es —contestó Elizabeth rápidamente, y al mirarla él con el más franco asombro reflejado en su cara, se mordió nerviosa el labio inferior—. Me acuerdo de ella —añadió— porque estaba desconchada en el borde. Dime... ¿qué es lo que estás haciendo aquí?

—Traigo noticias —respondió él, expresándose con una cierta desgana. Un deseo de callar todo cuanto tenía que decide se apoderó de él. Porque, una vez le hubiese dado las noticias, ¿qué excusa tendría para quedarse?

—¿Podrás esperar hasta después del desayuno? — preguntó ella, y cuando él inclinó la cabeza en señal de asentimiento, empezó seguidamente a preparar la mesa.

Sólo cuando estuvieron sentados habló ella de nuevo:

—Debes de haberte levantado temprano.

Él gruñó su asentimiento, temeroso de escuchar la pregunta que le obligaría a comunicarle las noticias anunciadas.

—¿Ha pasado algo mientras he estado ausente? — inquirió.

—No —contestó Elizabeth—, nunca sucede nada aquí.

—La puerta estaba sin cerrojo. ¿Crees que eso es prudente?

—Estaba sin cerrojo cuando viniste la primera vez —y mirándole con ojos en los que se reflejaba la candidez, añadió—: No quería que encontrases una bienvenida menos acogedora cuando regresaras.

El levantó la vista rápidamente, creyendo que estas palabras encerraban un sentido mordaz, pero el candor que se reflejaba en su rostro disipó por completo su sospecha. El significado de sus palabras parecía estar en la superficie sin que ningún doble sentido se ocultase en ellas.

—¿Sabías que iba a volver?

Ella arrugó un poco la frente, como si estuviese perpleja.

—¿Pero no fue eso lo que ambos convinimos? Nos separamos amigos, ¿no es cierto?

—Eres muy generosa.

Su voz, sin que él pudiese explicarse el porqué, le produjo una sensación de amargura, pero ella no se dio cuenta del sarcasmo que encerraban sus palabras.

—No te comprendo —pronunció—. Dices unas cosas muy extrañas.

—¡Oh!, yo no soy como tú —sonrió él débilmente—. Yo siempre ignoro lo que quiero ser. ¡Tú eres tan límpida, tan sensata y recta! Yo, en cambio, tan retorcido...

—¿Soy realmente tan límpida como dices?

Soltó el cuchillo que sostenían sus dedos y, apoyando la barbilla en la palma de su mano, le miró con curiosidad.

—¿Podrías saber, por ejemplo, que estaba ansiando que regresases? Cuando bajé el otro día por la mañana, lamenté que te hubieses marchado. Me sentí culpable. No debí haberte persuadido de ir a Lewes. No tenía derecho alguno para obligarte a correr semejante riesgo. ¿Me perdonas?

El se levantó de un salto y, acercándose a la chimenea, quedó de pie junto al fuego, de espaldas a ella.

—Te estás burlando de mí —musitó. Ella sonrió.

—Sí que eres retorcido —declaró—. ¿Por qué has de creer eso? No me río de ti; somos amigos.

El se volvió con el rostro encendido.

—Si vuelves a repetir esa palabra... —la amenazó; pero al contemplar su pálido, extraño, y no obstante tranquilo rostro, logró serenar sus nervios. Suavemente añadió—: Discúlpame. Sólo he tenido un amigo y lo he traicionado. No quiero hacer lo mismo contigo.

—Tú no me traicionarás —replicó ella—. Te dejaste tu navaja.

—Pensé que quizá podrías necesitarla.

—Tú sabías que tendrías necesidad de ella.

Se volvió de espaldas otra vez y con el pie golpeó los carbones del fuego.

—Fui un imbécil —murmuró—. Fue sólo un

sentimentalismo. Eso no significa nada.

—Yo lo consideraré como una gran valentía —opinó ella—. Me causó una gran admiración tu rasgo.

De nuevo volvió Andrews a enrojecer.

—Te estás burlando de mí —repitió—. Sabes que me aborreces, que soy un cobarde. Te he traicionado dos veces en Lewes, y te estoy traicionando ahora mismo; si tan sólo pudieses comprenderlo. No te mofes simulando admiración hacia mí. Las mujeres sois astutas. Nadie más que una mujer podía pensar en darle vueltas al asunto. —Su voz se quebró—. Has ganado. Ya ves cuánta es tu fuerza.

Ella se levantó de su silla y se acercó al fuego, situándose a su lado.

—¿Cómo me has traicionado? —preguntó.

Él, sin levantar la vista, contestó:

—Con otra mujer una de las veces.

Siguió una pausa, y luego ella dijo fríamente:

—No comprendo cómo eso puede ser una traición hacia mí. Hacia ti quizá sí. ¿Cuál es la otra traición?

—Durante el juicio declararon que tú me habías dado albergue.

—¿En el juicio? —inquirió. Su voz tembló por una razón que él no podía comprender—. ¿Estabas allí?

—Estaba en el estrado de los testigos —respondió él con voz lúgubre—. No me alabes. Fue en parte tu recuerdo quien lo hizo todo. Y el resto fue la bebida y una mujer pública... ¿Qué dices a eso?

—Bien hecho.

Él se encogió de hombros.

—Sigues con tus burlas. No eres tan lista como me había figurado. Ya me estoy acostumbrando a la mofa.

Debes cambiar de táctica.

—Esa mujer —preguntó ella—, ¿quién era? ¿Cómo era?

—Estaba al mismo nivel que yo.

—Creí que habías dicho que era una mujer... Dime... ¿era más bonita que yo?

Ella miró profundamente asombrado. Ella, a su vez, le observaba con una sonrisa anhelante revoloteando por sus labios.

—Nunca llegaría a compararte con nadie —respondió—. Tú perteneces a un mundo distinto.

—De todas maneras me gustaría saberlo.

El denegó con la cabeza.

—No puedo. Sólo podría comparar vuestros cuerpos, y no puedo ver el tuyo para complacerte.

—¿Es que soy igual a las demás mujeres? —musitó tristemente.

—No —dijo él con voz entrecortada, en un súbito entusiasmo—. Eres como ninguna otra mujer.

—Ya entiendo —comentó ella con una voz que volvía a ser fría—. Bien: cuéntame todo lo que haya de tus traiciones. ¿Cómo he podido ser traicionada porque hayas amado a esa mujer? Perteneces a la clase de hombres que hacen eso con frecuencia, me figuro...

—No es amor —manifestó él.

—¿Hay acaso mucha diferencia de una cosa a otra? Los hombres sois muy aficionados a pasarlo alegremente.

Miró hacia la mesa de la cocina, lo mismo que había hecho él momentos antes, como si también viese en ella el reflejo de un espíritu celoso siempre presente.

—¿Qué es lo que sentía él? —inquirió aludiendo al muerto—. ¿Deseó hacerte daño o acaso, aunque no tuviese

suerte, mostrarse generoso y desinteresado?

—Las dos cosas —murmuró ella—. Dime ... has hablado de otra traición. ¿Cuál es?

El momento había llegado.

—He venido a avisarte, y estaba dejándolo a un lado; he tratado de distraer tu atención hacia otras cosas.

—¿A avisarme? —repitió ella, y su barbilla pareció alzarse en desafiadora actitud—. No lo comprendo.

—Carlyon y todos los demás tienen intenciones de venir a castigarte por haberme dado refugio en tu casa. Vendrán todos, hoy o mañana. Aparentemente no ha sido una trampa —añadió por último.

—Pero creíste que lo sería —dijo ella con curiosidad—, y no obstante, has venido.

La interrumpió.

—Tienes que marcharte ahora mismo.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No podía soportar la idea de verte marchar —respondió él con amargura— y, por consiguiente, he estropeado lo único decente que hubiera hecho.

—¿Y has llegado a creer realmente que yo me marcharía?

—Debes... —dijo él, y, viéndola erguirse para recibir la palabra que estuvo a punto de pronunciar, añadió rápidamente—: Debes recoger cuanto dinero tengas en tu poder y marcharte a cualquier parte, a Londres, por ejemplo, hasta que esto haya pasado.

—No —replicó ella—, no veo la necesidad.

—¡Santo Dios! —protestó él—. ¿Tendré que obligarte a marchar?

—¿Por qué he de escaparme? Tengo eso —y señaló el

descargado rifle que descansaba en su acostumbrado rincón.

—Está descargado.

—Tengo cartuchos.

—No sabes cómo se emplea. Me lo dijiste tú misma.

—Pero tú sí.

Andrews golpeó furioso el suelo con el pie.

—No —dijo—, no. Ya he corrido bastantes riesgos por ti. Las mujeres sois todas iguales, nunca estáis satisfechas.

—Entonces, ¿quieres decir que no te quedarías a ayudarme?

—No sabes lo que me estás pidiendo —contestó él—. Les tengo miedo. Tengo más miedo al sufrimiento que a ninguna otra cosa del mundo. Soy un cobarde. Y no estoy avergonzado de ser así, te lo aseguro.

Ella sonrió haciendo una triste y, no obstante, desenfadada mueca con sus labios.

—Olvida esa idea —pronunció.

El volvió a golpear el suelo con el pie con infantil petulancia.

—No es una idea. Es un hecho. Te he avisado. Ahora me voy.

No se volvió a mirarla por temor a que su resolución pudiese titubear, y caminó como haría un borracho, dirigiéndose con exagerada rectitud hacia la puerta.

—Yo me quedo —le oyó decir a sus espaldas. Entonces giró en redondo y dijo con desesperación:

—No puedes emplear el rifle sin que yo te ayude.

—No tuve necesidad de emplearlo cuando tú viniste —objetó ella.

—Esos hombres son diferentes. No son cobardes.

—Deben ser cobardes —observó ella con lógica que no admitía réplica— si tratan de vengarse en una mujer.

En el exterior el sol le fascinó con sus dorados rayos. ¿Qué mujer podría competir en belleza con el astro del día o llegar a alcanzar la paz del rey de los astros? Su calor parecía dormitar sobre la tierra y exhalar en su sueño la secreta y maravillosa quimera de un remoto lugar de ensueño.

«Vete, vete», le aconsejaba la razón, y, al contemplar la iluminada campiña, hasta su corazón parecía sentir el mismo anhelo. Recurrió a aquel crítico que en el pasado había intentado tantas veces en vano llevarle por buen camino, pero el crítico se mostró silencioso, se apartó a un lado y pareció decirle: «Esta es tu última y gran decisión. Yo no quiero influenciarte».

Ante sus ojos, igual que un hombre que se encoge desdeñoso, se alzó el altozano desde el cual había avistado la cabaña.

«Si pudiera estar cegado de nuevo por el miedo —pensó—, ¡qué felizmente podría marcharme de aquí!» Incluso la muchacha, que estaba a sus espaldas, permanecía en silencio ahora, dejándole solo, al igual que todo el mundo, para que hiciese su propia elección. Y él no estaba acostumbrado a hacer uso de su voluntad.

—Me marcho —volvió a decir de nuevo irresoluto, con la vana esperanza de que ella pudiese flaquear, pero permaneció silenciosa. Entonces él se maravilló un poco de su propia indecisión. Seguramente estaba embrujado, pero nunca le había sucedido que le costase tanto mover sus pies de allí donde hubiera algún peligro y poner mucha distancia entre ambos. Para ayudarse a escapar trató de forjar ante

sus ojos una visión de lo que podría sucederle si llegaba a caer en manos de Hake o Joe; incluso cayendo en poder de Carlyon, esto significaba la muerte. Pero en vez de eso volvió a ver de nuevo un reflejo de luz amarilla y el rostro de Elizabeth contraído por un grito. No obraba bien, no podía dejarla. La puerta que había abierto volvió a cerrarla dando un portazo, corrió el cerrojo, y regresó al centro de la habitación con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Has vuelto a ganar —dijo—. Me quedaré.

La miró con resentimiento. Sus ojos relucían, pero pudo observar, incluso en aquel momento, que el resplandor que despedían sus pupilas brotaba sólo de la superficie y causaba la misma alteración en sus soñolientas profundidades que la luz de la luna al reflejarse en un estanque, convirtiendo con sus pálidos rayos el rostro metálico de las aguas en una lámina de plata.

—Escucha —volvió a decir—, ya que hemos optado por ser insensatos, tenemos que aprovechar todas las ventajas a nuestro alcance. ¿Tienes herramientas y madera? Quiero arreglar el cerrojo de la parte superior de la puerta.

Ella le condujo hasta el cobertizo en donde había dormido la primera noche y buscó madera, clavos, una sierra, un martillo. Muy rudimentariamente, ya que él no estaba acostumbrado a esta clase de trabajos, confeccionó un cerrojo y lo clavó en donde había estado el anterior.

—Esto nos ayudará.

Ella estaba de pie muy cerca de él y poco faltó para que la estrechase entre sus brazos. Mas un pensamiento le hizo detenerse: «Tengo a los vivos contra mí; no quiero que los muertos también me torturen». Para evitar que volviese a apoderarse de él la tentación, trató de dedicar toda su atención a los preparativos para la defensa de la cabaña.

—¿Dónde están los cartuchos? —preguntó.

Los trajo la muchacha y él cargó el rifle, dejando esparcidas por encima de la mesa y al alcance de la mano el resto de las municiones. Después de esto se acercó a la ventana, examinó la perspectiva ante sus ojos y se fue al cobertizo, asegurándose de que la ventana que allí había estaba demasiado alta para temer un ataque por aquel flanco.

—Ya estamos preparados para recibirles —manifestó taciturno.

Se sentía oprimido por una duda. Si Carlyon era el primero en llegar, ¿tendría valor para disparar sobre él? Miró de soslayo a Elizabeth. Se trataba de escoger entre ella o él. Tendría que disparar, y, no obstante, rogó por que fuesen Hake o Joe los que se ofrecieran como blanco a su arma.

—¿A qué distancia está tu vecino más próximo? —inquirió.

—A una milla escasa —contestó ella—. Tiene una granja... y una bodega.

—¿Quieres decir que es amigo de esos hombres? Seguramente que si oye disparos irá a comunicarlo a Shoreham.

—Has vivido mucho tiempo en el mar, ¿no es cierto? —dijo ella—. No conoces este confín de tierra, que no está demasiada cercano a la costa para que lo vigilen las patrullas, ni demasiado apartado de ella para no tener tratos con los contrabandistas. Aquí estamos en el bolsillo de los *Caballeros*. —Inesperadamente palmoteó de contento—. ¡Qué divertido resulta, después de todo!

—¡Divertido! —exclamó él—. ¿Es que no te das cuenta

de que significa la muerte de alguien?

—Qué miedo tienes a la muerte.

—Tengo miedo a la aniquilación —replicó él, apoyando su mano en el cañón del rifle, en cuyo contacto hallaba un consuelo—. Yo soy cuanto tengo. Y tengo miedo de perder eso.

—No hay peligro —opinó ella—. Después, continuamos siendo nosotros.

—¡Oh!, tú crees en Dios y en todas esas cosas —murmuró él. Golpeó a continuación el suelo con los talones, como si estuviese cohibido, sin mirarla, y enrojando levemente, agregó—: Te envidio. Pareces tener tanta seguridad, eres tan prudente, vives con tanta paz... Yo nunca he experimentado esas cosas..., por lo menos han sido muy pocas las veces. Últimamente cuando escuchaba música. Ahora mismo estoy oyendo una maravillosa. Continúa hablándome. Mientras te escucho, todo este caos —se llevó con lentitud la mano a la cabeza al decir estas palabras— se aleja de mí.

La miró con recelo, esperando oír sus carcajadas; pero ella, con una mueca de perplejidad, le preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de caos?

—Es como si hubiese seis personas distintas dentro de mí —explicó él lentamente—. Todas me apremian a cometer cosas diferentes. No sé cuál de ellas soy yo mismo.

—El que dejó la navaja y el que ahora se ha quedado aquí —respondió ella.

—Pero ¿y los otros?

—Es el demonio.

Andrews rió burlón.

—¡Qué anticuada eres!

De un paso se colocó frente a él.

—Mírame —dijo.

Titubeando, él levantó la vista y, viendo su rostro resplandeciente —era la única palabra que se le podía aplicar a aquel brillo que daba a su cara toda la apariencia de un pálido cristal que contuviera un solo una estrella—, el deseo de estrecharla entre sus brazos se le hizo irresistible. «Pero no debo hacerlo —se dijo—. No estropearé estas horas pasadas junto a ella. He frustrado todo aquello que mis dedos han rozado. A ella no le haré nada.» Hundió sus manos profundamente en sus bolsillos, y el contenido deseo le dio a su rostro un aspecto sombrío y hostil.

—Dime cómo hubieses vuelto a avisarme —volvió a decir ella—, si no creyeres en la inmortalidad. Te has arriesgado ante la muerte.

—Sentimentalismo —arguyó él con una mueca.

Una ligera arruga de perplejidad oscureció durante un momento el brillo del rostro femenino.

—¿Por qué das siempre tan poca importancia a todo lo bueno que haces y tanto a lo malo?

Se mordió, rabioso, el labio inferior.

—Si quieres saber por qué he vuelto, te lo diré. Recuerda que será tuya la culpa si esta paz que nos rodea llega a frustrarse.

—Nadie puede frustrar mi tranquilidad —aseguró ella—. Dímelo.

El se acercó y le sonrió con rabia, como si fuese a hacerle un gran perjuicio y la odiase por esa misma razón.

—He vuelto —dijo— porque te amaba.

Aguardó, esperando ver en su rostro una sonrisa e incluso que lanzase una carcajada; pero ella le miró con

grave expresión, y el color que subió a sus mejillas fue tan leve que pudo haber sido sólo una ilusión.

—Ya me figuraba que ésa era la razón —respondió sin moverse—. Pero ¿por qué tanto secreto?

La miró asombrado. El candor que reflejaban sus ojos le causó una especie de temor.

—¿Tienes que conjugarlo en pasado? —añadió ella—. Me amabas. ¿Eso es todo? ¿Ahora ya no es cierto?

Él se humedeció los labios, pero no pudo pronunciar una sola palabra.

—Si no puedes decirme que me amas —continuó ella con una lenta sonrisa en la que no había la menor ironía—, di me que me amaste hace una hora o dos.

—¿Quieres decir...? —empezó él, y no pudo terminar la frase. Sus manos se extendieron titubeantes hacia ella, con los dedos temerosos del irrevocable contacto. Luego, con un vuelco de su corazón, encontró de nuevo palabras—. Te amo —dijo—, te amo.

—Yo también te quiero —dijo ella, con sus ojos cerrados y un ligero temblor recorriéndole el cuerpo.

El cerró también sus ojos para que ambos pudieran quedar en una oscuridad completa, con la presencia tan sólo de ellos dos. A tientas en la oscuridad, sus bocas no acertaron a encontrarse al principio; pero después se unieron en apretado beso. Al cabo de un rato comenzaron a hablar en susurros, como temiendo que aquella oscuridad que les era tan grata desapareciese ante el sonido de sus propias palabras.

—¿Por qué has tardado tanto?

—¿Cómo podía suponer...? Tenía miedo.

—¿Soy yo peor que la muerte? No tenías miedo de ella.

—Ya no la temo ahora. Tú me inundas de tu propia virtud. Significas valor, paz, santidad.

Abrió los ojos.

—¿Sabes que te dieron un apellido en el juicio? Me parecía extraño que pudieses tener otro nombre que el de Elizabeth. Un apellido parece ligarnos a la tierra. Ya lo he olvidado. Abre los ojos y dime que todo esto no es un sueño.

Le obedeció.

—¡Cómo sabes hablar! —dijo—. ¡Tú que siempre te mostraste silencioso con lo que realmente importaba!

—Estoy excitado —manifestó él—. Quiero reír y gritar y cantar. Quiero emborracharme de alegría y felicidad.

Apartó sus brazos de ella y caminó nervioso e intranquilo por la habitación.

—Soy muy feliz —se expresó con vehemencia—. Nunca me había sentido como ahora. ¡Qué sensación más curiosa produce la felicidad!

—Eso es sólo el principio —repuso Elizabeth—. Tenemos la eternidad para nosotros.

—Por lo menos, tenemos toda nuestra vida. No malgastemos el tiempo ante ninguna duda. Prométeme que vivirás mucho y lentamente.

Ella rió.

—Haré cuanto pueda.

—Ven aquí —le pidió él, y, cuando ella hubo cumplido su deseo, la contempló maravillado—. Pensar que puedo decir «ven» y que vienes. No debieras hacerlo. Me gustaría que pudieras darte cuenta de lo indigno que soy de ti. No te rías. Ya sé que todos los hombres dicen esto. Pero es verdad en mí. Soy un cobarde. Es inútil que niegues con la

cabeza. Nunca podrás tener plena confianza en mí. Te he dicho que estuve con una mujer anoche. Estoy sucio, te digo, mancillado.

—¿La amabas?

—Eres muy joven, después de todo. Los hombres no van con esa clase de mujeres por amor.

—Entonces no me afecta. Mira —extendió los brazos y su barbilla volvió a alzarse con un instintivo gesto de lucha—, estaré eternamente entre ellas y tú.

Una sombra cruzó el rostro de Andrews.

—Eternamente es una palabra muy larga. Tienes que estar conmigo siempre. No tienes que morir antes que yo. Si lo hicieses me hundiría. —Rió—. Aquí estoy hablando de la muerte en el principio de mi vida. —Miró agresivamente hacia el lugar en donde había estado colocado el ataúd—. ¿No se interpondrá entre nosotros, verdad? —imploró—. Debe de ser un espíritu celoso.

—Sólo un espíritu —contestó ella—. Debemos compadecerlo. Fue cariñoso conmigo a su manera. Dijo que si no podía poseerme no dejaría que ningún otro hombre me amase. —Sus dedos acariciaron suavemente el borde de la mesa. Suavemente murmuró—: ¡Pobre espíritu, vencido tan pronto!

El recuerdo del hombre muerto desencadenó una sucesión de imágenes en la mente de Andrews.

—Fue Mrs. Butler —dijo— quien pronunció tu nombre en la sala del tribunal. ¿Vendrá aquí?

—No, hasta dentro de cuatro días —respondió Elizabeth.

—Y ya nos habremos marchado de aquí entonces. ¿Adónde iremos?

Pero no fueron los hechos materiales de la

subsistencia, el procurarse un medio de vida, los que pasaron uno a uno por su imaginación. Pensaba en las estaciones del año durante las cuales permanecerían siempre juntos; en el verano, el mar azul, blancos riscos, rojas amapolas mezcladas con el dorado trigo; en invierno, despertarse y ver el cabello de Elizabeth disperso por la almohada, su cuerpo junto al suyo, y en el exterior el profundo y blanco silencio de la nieve; y otra vez la primavera, con los setos que volvían a revivir a la naturaleza y el canto de las aves.

Escucharían juntos la música... los órganos bajo los arcos de las penumbrosas naves de las catedrales hablando de melancólica paz; la congoja de los violines, las frías y desmayadas notas del piano, iguales a gotas de agua que se vierten lentamente a lo largo de un resonante silencio. Y siempre la música de su voz, que le parecía, en esta nueva e insensata borrachera de felicidad, más hermosa que la de cualquier instrumento.

—Todavía no nos iremos —dijo ella, con una arruga de obstinación formándose alrededor de su boca—. ¿Qué es lo que dijo Cockney Harry? Vendrán hoy o mañana. Primero les haremos frente.

El se encogió de hombros.

—Si tú lo quieres... pagaré cualquier precio por esta felicidad.

—Todavía no me has contado tu historia —observó ella.

Él titubeó.

—Tendríamos que ponernos en guardia —dijo.

Los labios de Elizabeth se curvaron en una desdeñosa sonrisa.

—No vendrán antes de que oscurezca —manifestó—. Sentémonos aquí, en el suelo, al lado del fuego. —Sonrió—. Estoy cansada de ser vieja y sabia. Quiero ser infantil y que me cuentes un cuento.

Se acurrucó en el hueco que formaba el brazo del muchacho, y él relató todo lo que había sucedido durante los dos últimos días; cómo había contemplado el humo que brotaba de la chimenea de la cabaña, y que a él le había parecido una bandada de pájaros que revoloteasen alrededor de una santa —«en aquel momento estaba yo pensando de una manera muy poco santa respecto a ti», le interrumpió ella—; del ganado de suave mirada en cuya compañía bebió en la charca de azuladas aguas y del pájaro que cantaba en sus cercanías. Refirió la historia de su recorrido, lentamente, con meticulosidad de detalles, relatando cuanto había sucedido en realidad hasta su llegada a Lewes. Pero cuando llegó a esa parte de su relato halló una dolorosa complacencia en recalcar su cobardía, su borrachera y su acto de lujuria.

—No podía dibujar tu rostro —pronunció, dando a su cara una torcida expresión—. Fui un imbécil al creer que alguna vez lograría dibujarte.

Le habló de Lucy; de las escenas que tuvieron lugar en la sala del juicio; del fallo, y de la llegada de Cockney Harry a la fonda.

—Te aparté de la imaginación —explicó—. Tenía miedo de ponerme en camino y avisarte. Subí al dormitorio de esa mujer...

—Pero después viniste —observó ella.

—Sí, pero si hubiese venido en seguida, cuando me encontraba relativamente limpio...

—Olvida todo eso —le aconsejó ella—. Ahora todo ha

cambiado. Ante nosotros tenemos el futuro, no el pasado.

—Tengo miedo —confesó él— de que el pasado pueda irrumpir en el futuro.

—Nada temas.

De súbito acercó su boca a la de él con vehemencia.

—Ésa será nuestra consagración. Si estamos muy juntos, no habrá lugar para el pasado.

—No lo tientes —imploró él.

—Eres muy supersticioso. Siempre sucede esto con los que no creen en Dios.

Alzó él sus manos hasta su rostro y lo acercó al suyo.

—¡Qué serena e impasible eres! —comentó—. No puedo creer que seas más joven que yo. Querida serenidad.

—Querida locura —le contestó ella.

—Dime, ¿no estás asustada de que nos hayamos enamorado? Es un cambio terrible. Es tan fuerte que siento que podría llevarme a un paraíso o a un infierno.

—Yo no tengo miedo.

—Y no obstante, para ti es mucho peor —observó él—. Te reportará dolor.

—No temo a esa clase de dolor —manifestó ella—. Todo lo exageras. Cuando siento indignación la experimento como si fuera un remolino que vibra en el cerebro, pero no temo al dolor que pueda causarme.

—¿Qué es lo que más temes?

—El odio.

—Durante años —dijo Andrews— he ansiado lograr una paz, una certeza de las cosas, una sensatez. Creí que quizá llegaría a conseguirla en las notas de la música, en el cansancio, en una multitud de cosas. Ahora la tengo. Tú eres todas esas cosas que siempre he añorado. ¿No te asombras

de que te desee? Sería peor que antes si te perdiese ahora. Me recuerda la parábola de la habitación barrida y de los diablos que entraron y que fueron mucho peores que los primeros. Tengo que ser tuyo, tienes que guiarme, no me dejes nunca a solas conmigo.

Mientras hablaba sentía que su exaltación flaqueaba. «Nunca mantendrás ese ritmo —le decía con burla el corazón—. Esos sentimientos son magníficos. Pero no son tuyos, cobarde y borracho camorrista. Estas son las trompetas que se preparan para otra traición de las tuyas.»

Parecía imposible, contemplando las tranquilas profundidades de los ojos de la muchacha, imaginarse que cualquier hombre pudiese concederle una felicidad más duradera que la que ya poseía en su alma. Trató de imaginarse a aquel rostro asombrosamente joven y juicioso tornándose lentamente viejo bajo una conyugal tranquilidad, las arrugas que irían apareciendo, el oscuro cabello que adquiriría un color gris, la serenidad haciéndose cada vez más honda. Era una blasfemia, pensaba, que un hombre cualquiera pudiese llegar a satisfacer a un rostro con unos ojos tan tristes.

Los ojos no estaban tristes a causa de ningún sufrimiento de ella misma. La suya era una nítida tranquilidad que prendía en risas alrededor de la boca y en la superficie de los ojos —una risa que podía a la vez ser petulante, burlona y profunda—. Era —y se rió de sí mismo por ser tan sentimental— una compasión hacia las costumbres del mundo y una ansiedad demasiado impetuosa del espíritu por abandonar el cuerpo e interceder, suplicante, por ellos ante el divino tribunal.

Ella interrumpió sus pensamientos al levantarse con una ligera sacudida del cuerpo como si quisiera apartar

vagos sueños.

—Despiértate —pronunció con energía—. Por mucho que llegues a protestar voy a ser práctica.

Fue en busca del rifle que continuaba en su rincón de costumbre y con él en la mano le dijo:

—Enséñame a cargar esto.

El cogió el rifle, sacó el cartucho que había en la recámara, y luego miró a la muchacha, impulsado por súbita sospecha.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó—. Yo voy a estar aquí para disparar si es necesario. ¿Es que crees —titubeó enfrentándose avergonzado con la justicia que cabía en tal pensamiento— que voy a escaparme?

Ella enrojeció.

—Nunca llegué a pensar tal cosa —respondió con rabia—. Escucha y cree lo que te digo ahora, aunque dudes de toda palabra mía. Tengo absoluta confianza en ti.

—Gracias.

—Te diré —añadió ella titubeando— lo que estaba pensando. No puedo soportar la idea de que te figures que no tengo confianza en ti. Sólo fue por... Me he dado cuenta que volvía a ser estúpida, igual que lo fui cuando te hice ir a Lewes. Hay muy poco peligro para mí, pero existe uno más grave para ti. Quieren tu vida... a mí sólo pretenden asustarme. Si vienen y me encuentran sola, dispuesta y armada, se marcharán. Vete antes de que oscurezca. La carretera está libre. Ve a Londres. Yo te prestaré dinero. Luego, dentro de unos días, yo me reuniré contigo.

—No te dejaré —replicó él. La tentación había sido vencida, y quedó asombrado al ver cuán completamente—. O te vienes conmigo ahora mismo o nos quedamos los dos.

—No quiero ir —dijo obstinada—. Además, no soy buena para andar. Los dos caminaríamos muy lentamente y sería fácil alcanzarnos. Mejor es esperarles entre cuatro paredes que no a campo abierto. —Rió—. Mírame. No soy gruesa ni fuerte, ¿no crees? Siempre me ha parecido ser delgada. No me desilusiones. ¿Puedes imaginarme corriendo durante millas, trepando por las zanjas o abriéndome camino a través de los setos? No sería más que un obstáculo para ti.

—Entonces me quedo —decidió él con igual terquedad.

Lo miró durante un momento con una mueca de perplejidad, como si tratara de inventar un nuevo modo para convencerlo.

—Eres muy valiente —comentó.

—No es eso —contestó Andrews—. Es que no tengo valor para dejarte.

Se acercó adonde las tazas colgaban en ordenada hilera sobre el fregadero.

—Finjamos que hace años que estamos casados —sonrió—, y hagamos cosas corrientes y agradables: guisar, fregar los platos, hablar como si nos hubiésemos visto ayer y nos tuviésemos que ver de nuevo mañana. Este amor nuevo es demasiado impetuoso, demasiado exaltado y, no obstante, para mí, demasiado cercano al dolor.

—El otro vendrá demasiado pronto —observó Elizabeth—, yo no quiero las cosas ordinarias de todos los días. Me conocerás tan bien dentro de un año...

—Ojalá pudiera creer eso —suspiró él.

—Mantengámonos en esta realidad mientras podamos, aunque sea dolorosa —murmuró Elizabeth con repentina vehemencia—. ¿No ves lo rápidamente que pasa el

tiempo? Sólo quedan unas horas antes del crepúsculo. ¡Oh!, ya sé que no hay peligro alguno, pero estoy un poco asustada de todas formas. Es el odio otra vez, el odio que viene.

—Los cerrojos de la puerta están corridos.

Ella golpeó el suelo con el pie.

—Sea como tú quieras —dijo—. Haremos lo que desees, mostramos indiferentes ahora que es reciente nuestro amor, no disfrutar de lo que es nuestro.

—Yo no he mencionado la indiferencia —manifestó él, estrechándola entre sus brazos—. Así es como te besaré dentro de cinco años.

—Si yo estoy cuerda, tú estás loco —rió—. ¿Hubo nunca una alianza semejante? Ven, coge ese trapo y seca esas tazas.

Era el comienzo de la tarde cuando ella declaró que tenía que ir al pueblo a comprar alimentos.

—Estaré ausente por lo menos durante una hora.

Le señaló un trabajo en que ocuparse durante su ausencia; le indicó los platos que tenía que poner en la mesa, los rincones que debían ser barridos. Al principio él trató de impedir que se marchara, y cuando ella insistió en que el amor solo no era suficiente para alimentar a un hombre joven, quiso acompañarla.

—No —se opuso ella—. Tienes que guardar el fuerte. Además —añadió mirándolo con ojos entornados y pícaros—, si la vecindad sabe que hay un hombre durmiendo aquí...

Maldijo él a la vecindad, porque bajo los aviesos ojos de los extraños, su prudencia siempre parecía pisar sobre terreno firme y era cauta, cuidadosa y honesta. El no podía encuadrar su candor y valor con la respetabilidad, y así se lo dijo.

—¿Quieres que me una a tus conocidas de la vía pública? —replicó ella—. ¿Acaso no te he prometido que seré tuya? Pero esta noche no, no será hasta que nos hayamos casado.

—¡Qué inteligente eres! —exclamó irónicamente, sintiendo menos ira hacia ella que hacia su poca habilidad en valorar todo aquello en lo que ella tenía tanta fe—. ¿Debo también hacer un convenio? No debes quererme si tienes que esperar a que sean pronunciadas unas palabras sobre nosotros. ¿O es que tienes miedo de que te abandone mañana y hayas perdido esa preciosa respetabilidad?

La sensación de su propia injusticia le obligó a zaherirla más fieramente con sus palabras.

—Tú no lo comprendes —contestó ella—. No es lo que tú llamas respetabilidad. Es la fe en Dios. Y eso no puedo alterarlo por ti. Antes sería capaz de dejarte. Le debo...

Su candor le resultó evidente al ver la expresión de su rostro al enfrentarse con su reto. No le apartó a un lado con una serie de molestas palabras, como muchas piadosas mujeres hubieran hecho. Quedó silenciosa, buscando una explicación. Vio cómo sus ojos recorrían la desnuda habitación en patética consulta. Miraron arriba y abajo, abajo y arriba, y, finalmente, con un ligero acento de disculpa en la voz, encontró la palabra:

—La vida.

—También se la debo yo —repuso él—. Pero yo no estoy agradecido.

—Hubo esta mañana —dijo ella— y habrá el futuro.

—No paguemos la gratitud por adelantado —objetó él.

—Pero de todas formas —su barbilla se alzó desafiadora— haré lo que creo debo hacer.

Sin mirarle descolgó una cesta de un clavo que sobresalía en la pared y recorrió los cerrojos de la puerta. De espaldas a él dijo:

—Te amo, pero si no puedes aceptar mis condiciones debes marcharte.

De un portazo cerró la puerta y corrió rápida a lo largo del sendero hasta alcanzar la carretera.

Pasaron dos horas antes de que regresara de hacer sus compras, el tiempo suficiente para que él recapitara sobre sus palabras y se arrepintiese. Se maldijo por malgastar este tiempo de delicia en discusiones. Hizo lo que ella le había ordenado y se mostró más escrupuloso que de ordinario en el desempeño de sus tareas, considerándolas como una penitencia por sus palabras. Sabía que tardaría más de media hora en llegar al pueblo, y, no obstante hacer escasamente una que se había marchado, empezó a sentirse preocupado, a torturarse ante la idea de un posible encuentro entre ella y sus enemigos en la carretera. Era inútil el que se dijese que ningún daño podría sucederle en plena luz del día. Todavía estaba obsesionado por la primera visión de la cabaña, cuando se alzó de súbito ante él en la oscuridad en aparente aislamiento.

Ahora que no tenía nada en que ocuparse estaba intranquilo, andaba de un lado a otro de la habitación, comenzó incluso a hablar en voz alta consigo mismo.

—¡Haberla dejado que se marchase disgustada! —dijo—. He sido un bruto. Supongamos que algo le sucediese ahora, antes de que pueda decirle lo arrepentido que estoy. No ha sido respetabilidad, ha sido santidad lo que ha demostrado.

Con sus ojos fijos en el sitio en donde estuvo

colocado el ataúd, empezó a dirigirse al espíritu de Mr. Jennings, no influenciado por la verdadera creencia de que el alma del muerto sobreviviese, sino más bien como un seguro contra una muy remota posibilidad.

No obstante, el recuerdo de Mr. Jennings, en este juego con la idea de la inmortalidad, llevó sus errantes pasos a una torpe inmovilidad. Mr. Jennings, cuando era aún de carne y hueso, había jurado que nadie más que él sería dueño de Elizabeth, y él, Andrews, en la humildad de su regreso, le había dado al celoso espíritu motivos para cumplir su amenaza. ¿Estaba ahora el espíritu en el bando de sus enemigos, se preguntaba, para robarle el maravilloso premio a que aspiraba?

«No existen los espíritus», se dijo con desprecio tratando de tranquilizarse. Golpeó con el pie y con infantil petulancia la pata de la mesa, como si quisiera poner un atrevido escudo ante su incredulidad, ya que la mesa representaba ahora para él el abierto ataúd que, según creía, se había interpuesto entre Elizabeth y su amor, desde su primer encuentro, con manifiesta y rápida hostilidad.

En aquel momento, aunque no había oído ruido de pasos, el pestillo se alzó y ella entró en la cabaña. Con un gesto avergonzado él retiró el pie, pero la muchacha no había observado nada. Por la expresión de su rostro pudo comprender que traía noticias recientes. En sus mejillas brillaba un sonrojo de excitación y sus ojos centelleaban.

—¡Noticias! —exclamó—. ¡Qué noticias! ¿Puedes adivinarlo?

Dejó la cesta sobre la mesa y se quedó mirándolo con las manos apoyadas en las caderas. El no podía esperar a oír tales noticias. Los minutos, desde que ella partiera, habían

adquirido un valor exagerado.

—Perdóname —imploró—, he sido un imbécil y un bruto. Tenías razón. Ten paciencia y trata de inculcarme tu santidad.

—¡Oh, eso! —dijo ella, y con estas breves palabras apartó todo el pasado a la región del olvido—. Pero tengo noticias. —Sus ojos centellearon—. Hemos ganado. ¿Ves cómo he hecho bien al quedarme aquí?

El alivio, el súbito cese de toda ansiedad y del doble peligro, eran demasiado maravillosos para que él pudiese creerlo.

—¿Los han cogido? —preguntó.

—Todavía no, pero los cogerán pronto. Los persiguen... y están lejos de aquí. Ese hombre... ¿cómo lo llamaste...? Cockney Harry, ¿no?, ha sido visto cerca de Chichester. y los hombres que fueron absueltos han vuelto a ser encarcelados por un delito de contrabando. Sólo el loco ha logrado escapar.

—Pero no lo comprendo. Fueron puestos en libertad. ¿Por qué los iban a estar persiguiendo?

—¡Ah, ése es el triunfo! Nueva evidencia. No pueden juzgarlos de nuevo por asesinato, pero el contrabando es otra cosa.

Ella también debió de estar asustada, porque en su alivio y excitación agolpaba las palabras al hablar.

—Han encontrado el barco —dijo.

Él dio un paso al frente.

—Carlyon —murmuró con la voz seca de ansiedad, una ansiedad insana e irrazonable ante la seguridad de Carlyon.

—Pronto lo cogerán.

La confianza que denotaba la voz de la muchacha,

alegre y despreocupada, le produjo una agitación inexplicable.

—El *Good Chance* —murmuró suavemente—. Amaba el barco. Ahora yo se lo he robado.

Durante un momento se quedó silencioso, figuróse a Carlyon al recibir las noticias. No sería con lágrimas de ruidosa pena, de eso estaba seguro. Podía ver la prominente barbilla alzada hacia el cielo, la frente baja y desviada formando arrugas de perplejidad, mientras el cerebro buscaba un medio de recuperarse de la devastadora pérdida. Después vendría la cólera y el pensamiento de la venganza..., del castigo, como él lo llamaría.

La voz de Elizabeth, desaparecida la nota triunfal de poco antes, volvió a recordarle dónde estaba.

—Perdóname —dijo.

Levantó la mirada y, al verla de pie, desprovista tan pronto de la alegría motivada por las noticias, sintió que una pena y ternura limpias de todo deseo se apoderaban de él. Deseaba rozarla, pero sólo como se rozaría a una criatura que estuviese triste porque le han quitado un agradable juguete. Después de todo, ¿qué era su amistad con Carlyon comparada con esta dulce muchacha? ¿Amar a Carlyon, que osaba amenazar a esta criatura? Odiarlo más bien.

—He obrado atolondradamente —añadió ella—. Había olvidado que fuisteis amigos.

—No, no —protestó él—. Pero estas noticias no nos reportan nada bueno a nosotros. Carlyon estará desesperado. No sería capaz de hacer daño a una mujer, pero ahora que ha perdido su barco no tendrá más autoridad que la de su fuerza. Conozco a Joe.

—Pero el hombre que han visto en Chichester...

—Es sólo uno de ellos. Puede ser una añagaza para

apartar a los agentes.

Recuerda que tenían intención de venir esta noche. Y mira... ya no hay tanta claridad como hace media hora.

Fue hasta la puerta y miró al exterior. El altoparlante estaba bañado en la dorada luz del sol poniente, pero una sombra cubría como un manto su base y avanzaba insidiosamente mientras él contemplaba el crepúsculo.

—Apártate de la puerta —le suplicó ella con voz que temblaba ligeramente.

—No hay peligro —contestó él—. No se confiarían a un disparo. Si no diesen en el blanco quedaríamos advertidos. No, tratarán de acercarse cuando haya oscurecido. ¿Cuánto falta hasta que anochezca del todo?

—Quizá dos horas, si tenemos suerte.

—No hay suerte donde yo estoy —manifestó él mirando a través de la puerta—. El viento arrastra a las nubes hacia el sol. Será de noche antes de dos horas.

A pasos lentos volvió al centro de la habitación, contemplando a Elizabeth, pero sin tratar de acercarse a ella.

—Escucha —dijo—, es posible que estos hombres me cojan. —Habla sombría y aprensivamente—. Siempre he dejado las cosas para demasiado tarde, y, por consiguiente, quiero decirte que te quiero como nunca he querido a nada ni a nadie en el mundo. Incluso a mí mismo. He sido loco y ciego al pelearme contigo esta tarde, cuando sólo teníamos pocas horas de seguridad. Perdóname. Creo que estoy empezando a comprender. Te alcanzaré sólo cuando estemos casados y será un favor que no me habré merecido bastante. Tenías razón. Eres sagrada. No veo cómo puedo ni tan siquiera rozarte sin mancharte un poco; pero, ¡Dios mío

—su voz se hizo vehemente y dio un paso hacia ella—, te ayudaré, oh, cómo te ayudaré!

Como si le obsesionara la idea de demostrar a la muerte y a la oscuridad que no podrían impedirle que se llevara consigo el exacto retrato de ella, cerró los ojos y sostuvo en la imaginación su imagen, mientras ella permanecía escuchando sus palabras, con la barbilla levantada, un ligero sonrojo en sus mejillas y vacilando un poco ante el dolor de la felicidad. Luego, a los oídos de él llegó su respuesta y las palabras de Elizabeth cayeron con un roce suave, tierno y refrescante en su corazón y en su espíritu.

—Y yo quiero que sepas que te he amado desde el momento en que encontré la navaja que te habías dejado. Pero no soy sagrada. Soy normal, como cualquier otra persona. No soy fanática. Es sólo mi corazón el que quiere ser bueno. Pero mi cuerpo, este cuerpo vulgar y ordinario, no se preocupa de eso. Te desea, a pesar de que siente temor. Pero debe esperar. Ayúdame sólo durante unas pocas horas.

El abrió los ojos al oír hablar de horas, miró hacia la ventana y le rogó:

—Quiero que me digas otra cosa. Dime que me perdonas por haberte mezclado en este caos.

—Me alegro —dijo ella sencillamente—. Pero si no hubiese sido por mí, nunca habrías ido a Lewes. Perdóname.

—Te perdono —repuso él sonriendo de mala gana— por haberme obligado a hacer la única cosa bien hecha de toda mi vida.

Se acercaron y durante un momento estuvieron estrechamente abrazados sin pronunciar palabra. La habitación se iba quedando cada vez más oscura. El súbito

crujir de la vieja mesa interrumpiendo el silencio les recordó que se acercaba la noche. El, cuya atención había estado concentrada en grabar en su memoria los rasgos de su rostro —la frente, el cuello, las pestañas, la barbilla—, se apartó de ella y con nerviosos movimientos fue hasta la ventana.

—Nunca me figuré que llegara con tanta rapidez.

Ambos comprendieron que sus palabras se referían a la oscuridad que cubría la tierra. El corazón de Andrews latía con desagradable insistencia y sus piernas flaqueaban a la altura de las rodillas.

—¿Por qué nos quedamos? —preguntó con una sensación de desilusión, como si acabase de descubrir que su ya pasado valor fue una mera baladronada.

—¿Tienes miedo? —dijo ella sin reproche en sus palabras.

—No, no —protestó él—. Es sólo esta oscuridad. Ha llegado tan de súbito... Como si una mano hubiese apagado la luz.

Recorrió la habitación de un lado a otro. La magia no era buena compañera para el peligro, pensaba, y juntos no podrían descansar.

—Aborrezco esta espera —manifestó lentamente—. Ojalá viniesen.

No obstante, interiormente rogaba con desesperación que le fuese concedida una buena dosis de valor; y estrechaba la imagen de Elizabeth, como si fuese una joya, junto a su corazón. Vio que ella estaba de pie junto a la ventana mirando hacia fuera. Notó con sorpresa que sus dedos agarraban con fuerza su vestido, como si para ella el esperar también fuese una dura prueba.

—Claro que no hay por qué preocuparse —añadió, y su voz se quebró nerviosa—. Es muy temprano. Todavía no vendrán. —Vio cómo se inclinaba hacia delante y apretaba su rostro contra el cristal de la ventana—. ¿Ves algo? —dijo.

—No, nada —contestó ella con sus dedos todavía fuertemente apretados, pero hablando suavemente como lo haría a una criatura temerosa de la oscuridad.

—Entonces, por el amor de Dios —dijo él irritado—, no hagas súbitos movimientos como si vieses aparecer a alguno de ellos. —Era extraordinario cómo la conciencia de la oscuridad había desprovisto a la atmósfera de toda magia, incluso de ternura, y en su lugar sólo permanecían el miedo y la irritación—. Hemos estado hablando demasiado, en vez de estar vigilando.

Con la espalda todavía vuelta hacia él, Elizabeth dijo lentamente:

—¿Demasiado? Yo creí que toda una vida no sería suficiente.

—No quiero decir eso —protestó él—. Oh, volveremos a ser tan sólo dos seres que se aman, pero ahora... no debemos perder tiempo.

Ella se volvió y lo contempló con una especie de apenada ternura.

—Supón-te que estamos perdiendo el tiempo ahora —dijo—; ¡hemos pasado tan pocas horas juntos! No podemos decir cuántas nos quedan todavía. Deja que esos hombres se vayan al infierno. Háblame, no te fijes en la oscuridad. La oscuridad está hecha para los amantes... Háblame. No escuches ni vigiles más.

—Estás loca —replicó él.

—Dijiste que estaba cuerda.

De súbito, Andrews se sentó ante la mesa y ocultó el

rostro entre sus manos. «¡Oh, Dios! —rezó silenciosamente—, si tú eres Dios dame valor. No permitas que vuelva a empezar de nuevo traicionándola. Creí que había logrado vencer esta cobardía ya de una vez para siempre.»

Ella abandonó su puesto junto a la ventana y se aproximó. El sintió sus dedos entre sus cabellos, retorciéndolos, tirando de él, ya hacia un lado ya hacia otro, de manera caprichosa. La oyó reír.

—No te preocupes —le dijo—, no merece la pena.

Levantó la vista hacia ella y con voz temblorosa, ya al borde de perder todo dominio de sí mismo, confesó:

—Tengo miedo. Soy un cobarde.

—La vieja historia —se burló ella, a pesar de lo cual le estaba observando con velada ansiedad—. Yo sé que no es cierta tu cobardía.

—Lo es. Lo es.

—Lewes... la navaja... tu aviso —le recordó ella.

Los apartó a un lado; sólo quedaba el pánico que le poseía.

—Tengo miedo, un miedo terrible. Supón-te que fallo el disparo cuando vengan, ¿qué hago? ¿Echar a correr?

—No lo harás. Te digo que no eres un cobarde. Es sólo un error bajo el que has vivido. —Alzó la barbilla para poder mirarle a los ojos—. Me has demostrado tres veces tu valor —añadió lentamente—. Volverás a hacerlo una vez más y luego te convencerás y hallarás la paz. La has deseado. Éste es el camino para conseguirla. Querido loco, siempre te has preocupado de tu valor. Esa ha sido tu equivocación.

El negó con la cabeza, mas ella se mostró obstinada,

con la misma obstinación que si estuviera defendiendo algo en lo que hubiera puesto toda su fe, y, no obstante, sintiendo un leve temor, como si tuviera miedo de que alguien le demostrase que estaba equivocada. Un súbito y rígido movimiento de su cuerpo asustó a Andrews.

—¿Has oído algo? —murmuró, y el temblor de su voz llegó hasta su propia conciencia, haciéndole comprender con la rapidez del relámpago la hendidura que dividió dos momentos, separados sólo por unos minutos: los mágicos segundos que habían pasado uno junto al otro, enamorados, valientes, al unísono... y ahora el temor, la humillación, la desigualdad.

—No —respondió Elizabeth—, no he oído nada. Sólo quiero ir a ver si ha aumentado mucho la oscuridad. Pronto tendremos que encender alguna vela. —Se acercó a la ventana y miró al exterior. Poco después regresó rápidamente. Sus dedos, que él no pudo ver, estaban tensos—. Escucha —dijo—. Necesitaremos agua antes de la noche. Debes ir a buscar un cubo al pozo antes de que pueda ser más peligroso acercarse allá. El cubo está en el rincón. Tráelo.

Su voz era seca y dominadora, y Andrews obedeció. En el umbral de la puerta, contemplando la noche que reinaba en el exterior igual a una oscura flor que abriera sus pétalos con rapidez, llegó a sus oídos la voz de ella orientándole.

—A lo largo del sendero —le explicó—, detrás de aquellos árboles. Son dos minutos de camino solamente —y viendo que se entretenía atisbando la noche le ordenó—: Ve ahora..., ahora.

Titubeó él durante un momento.

—¿Es que ni siquiera querrás hacerme este pequeño

favor? —gritó ella y le empujó con sus manos.

Mudo, dominado por su orden, hizo un ciego movimiento hacia la muchacha, que ella desdeñó.

—¿Una despedida para una ausencia de dos minutos?
—dijo burlona—. Te besaré cuando vuelvas, pronto.

Con el cubo en la mano avanzó por el sendero, pero un suave y casi implorante eco de aquel «pronto» le rozó la mejilla, obligándole a volverse. Una pálida flor sobre un esbelto tallo que temblaba en la penumbra fue lo que creyó ver. En realidad, la imagen no era todo fantasía, porque una mano se extendió a través de la oscuridad para buscar apoyo contra la puerta. Estaba muy oscuro para poder ver su rostro, pero en sus ojos podía figurarse la sonrisa que tan bien conocía, porque desde allí no podía distinguir su temor...

Capítulo XI

Con el cuerpo un poco inclinado por el peso del cubo, dio la vuelta para regresar de nuevo a la cabaña. Un cielo cuajado de oscuras y pesadas nubes había acelerado la llegada de la noche. En un claro sobre su cabeza brillaba una estrella solitaria con pálidos destellos entre las nubes que corrían rápidas. Apareciendo y desapareciendo al mismo ritmo, su resplandor era como el de la girante linterna de un faro invisible a sus ojos, pero que podía verse brillar en otro trozo de tierra y en un distinto lugar del mundo. En el horizonte del ocaso un amarillo resplandor que palidecía lentamente, iluminaba la parte inferior de un moteado banco de nieve sucia. Al Sudoeste, las sombras habían envuelto por completo el altozano y la oscuridad había ocultado a la vista su cumbre semejante al hombro inclinado de una persona. Una helada ráfaga de aire, al mezclarse con su temor físico, le produjo un prolongado y desagradable escalofrío.

Unas cincuenta yardas tenía el sendero hasta desembocar en el pozo; tras una revuelta, la cabaña quedaba oculta a la vista de quien caminase por él. Todavía tambaleándose por el peso del cubo lleno de agua, salvó aquel recodo. «Imprudente», pensó, viendo que la puerta de la cabaña permanecía abierta; pero aún fue mayor su sorpresa al ver la vela encendida, que desde su interior atravesaba con sus dorados destellos la puerta indefensa hasta ir a morir al borde del sendero.

Dejó en tierra el cubo y dio un paso atrás con la boca seca y como si le faltara el aire a sus pulmones. Al breve resplandor de la bujía, un hombre de grandes proporciones

había aparecido con cautelosos y pesados movimientos; fueron éstos los que le denunciaron su nombre a él, muy familiarizado con la voluminosidad de Joe.

—¡Oh, Dios! —imploró—. ¡Ayúdame! Verá que no estoy ahí y seguirá buscándome por los alrededores.

Sin aguardar a que Joe entrase en la cabaña, echó a correr. Sólo cuando llegó al pozo, las punzadas de su conciencia le obligaron a detenerse en seco.

Elizabeth estaba sola en la cabaña. «Pero tiene el rifle», se dijo, y aguardó unos segundos, que le parecieron interminables, a que sonara un disparo; pero lo esperó en balde. «Vuelve, vuelve, vuelve», le decía el corazón a su cuerpo indeciso, pero ese único y reiterado mensaje tenía que enfrentarse con la multitud de razones que el temeroso cuerpo tenía a su disposición.

«Me están buscando a mí, a ella no le harán daño alguno», se dijo a sí mismo, y volvió a repetirse: «Carlyon debe de estar allí. Procurará que no le suceda nada», y finalmente, un sentimiento de irritación contra toda responsabilidad que pudiese alcanzarle se alzó en su interior. «Es culpa suya. ¿Por qué me ha enviado a por agua? ¿Por qué ha dejado la puerta abierta? Estaba buscando jaleo. Si hubiese tenido el más leve interés por mi seguridad hubiese puesto más cuidado...»

Después de todo, si echaba a correr hacia la cabaña, ¿qué es lo que podría hacer? Estaba completamente desarmado.

Y, no obstante, tenía que hacer algo, incluso la carne era partidaria de ello. El camino más prudente para ambos era ir en busca de ayuda. Ella había dicho que a una milla de distancia habitaba el vecino más próximo. Cautelosamente

se apartó del pozo dirigiéndose hacia la carretera, con los ojos ya cansados después de una prolongada y temerosa expectativa, y los oídos prontos a captar el más leve sonido que proviniese de la cabaña a sus espaldas, la cual permanecía envuelta en un completo y enigmático silencio. «Ni siquiera me ha llamado», pensó, e ilógicamente se sintió herido en su amor propio.

Las vacilantes alas de un murciélago pasaron casi rozándole el rostro y alzó sus dedos temblorosos para librarse del contacto con el bicho. El viento silbaba en sus oídos y le parecía como si fuera la sucesión del tiempo que pasaba raudo junto a él. Los minutos se arremolinaban y desaparecían tras él. Los segundos volaban con suavidad tal que no podían tenerse en cuenta, sino que se convertían en un acrisolado cinturón de tiempo impulsado por una máquina cuyas sacudidas eran los latidos de su propio corazón y los numerosos murmullos de su cerebro. No se atrevía a correr, ya que supondría abandonar toda cautela. Se imaginó a sí mismo como una pequeña y oscura figura alzando lentamente los pies con los tardos movimientos de un hombre caído en un pantano no muy hondo, mientras los segundos, los minutos y, con seguridad, las horas, transcurrían a una velocidad fantástica.

Una vez se quedó parado en seco a la vista de lo que le pareció una figura humana, que, bajo las sombras de un árbol, le contemplaba silenciosamente. Con el corazón latiéndole aceleradamente por aquel pánico que parecía tocar a sus límites, miró a su vez, temiendo moverse y que la figura que creía ver en la oscuridad advirtiera claramente su presencia en el bosque; trató de discernir a través de las sombras rasgos familiares en el rostro invisible. Pero en aquel momento las nubes se desgarraron y

durante un momento dieron paso a una oronda luna de color naranja, bajo cuyos pálidos rayos pudo comprobar que el invisible vigilante no era más que un tallo de hiedra que colgaba de un árbol.

Al final, apareció la carretera, un camino ligeramente brillante y viscoso que se abría paso a través de la afelpada superficie de la noche. A pesar de estar toda agrietada y llena de surcos, a él le pareció dura, suave y decidida, comparada con el sendero que había recorrido momentos antes. Pensaba entonces que, al final, iba a hacer algo por la salvación de Elizabeth. Empezó una rápida carrera. Correr le resultaba reconfortante. El esfuerzo físico que suponía el forzar a sus pies a una mayor velocidad de la que eran capaces, no daba lugar a posibles reconvenciones de su conciencia. Creía que de nuevo volvía a recuperar su tiempo.

Así que hubo caminado por espacio de unos diez minutos, a la izquierda de la carretera descubrió la silueta de un edificio que se alzaba entre la oscuridad. Sus dimensiones eran achatadas y, entre el aroma a laurel que inundaba la atmósfera de la noche, se notaba el característico hedor del ganado y del estiércol procedente de las cuadras de la granja. Al abrir la verja y dirigirse por el sendero que conducía a una puerta fuertemente claveteada, un perro, situado en algún rincón del jardín, ladró interrumpiendo la silenciosa tranquilidad de la noche. Antes de que él pudiese llamar a la puerta, una ventana situada a unos palmos sobre su cabeza se abrió violentamente y una voz gangosa preguntó quién llamaba a aquellas horas. Él creyó reconocer a una de las voces que unos días atrás habían acudido a dar el pésame por la muerte de Mr. Jennings.

Con la voz entrecortada a consecuencia de su reciente carrera gritó al invisible ocupante de la ventana:

—Busco ayuda. En la cabaña de Jennings. Contrabandistas. Están atacando a la muchacha.

Sintió los segundos que transcurrieron desde que las palabras fueron pronunciadas por los labios del granjero hasta el instante en que llegaron a sus oídos. Cuando las escuchó, le pareció absurdo que hubieran tardado tanto en llegar hasta él.

—Es una historia poco verosímil.

Ahora había recobrado ya su respiración. Su voz se hizo vehemente.

—Es verdad lo que le digo. Debe ayudarla. Aquí tienen hombres. Caballos.

—Ha dicho contrabandistas, ¿no es así? —oyó preguntar a la voz—. Nosotros no nos mezclamos con ellos.

Él recordó entonces que Elizabeth le había advertido contra toda ayuda que esperase hallar de sus vecinos.

—Es una mujer —imploró desesperado.

—No es más que una encubridora —le replicó el granjero con aplastante sencillez.

Esto le hizo perder el dominio de sus nervios.

—¡Maldito embustero! —gritó.

El hombre de la ventana se estremeció a causa de una contenida irritación.

—Oiga, amigo —chilló a su vez—, lárguese de aquí. Nos está estropeando la cena. ¿Por qué no la ayuda usted mismo?

La pregunta repercutió de lleno en su intranquila conciencia.

«Es verdad, ¿por qué no hacerlo? Ella ha creído en mí», pensó con desesperante dolor, y después, recordándola

tal como la había visto por última vez, cuando le apremió a marcharse por el sendero en busca de agua, no dejó de hacerse multitud de preguntas. Volvió a escuchar aquel breve susurro de la palabra «pronto», implorante, sí, pero incrédula.

«Estaba deseando apartarme de allí», se dijo. Hasta aquel momento el temor no había dejado lugar a pensamiento alguno. Se había sentido molesto ante la imprudencia de aquella vela encendida y de la puerta completamente abierta. Ahora, por primera vez, se hacía preguntas del porqué de aquella actitud. Acosado por el miedo que le ocasionó el giro que tomaban sus reflexiones, las interrumpió.

—Si no quiere prestarme ayuda —imploró—, por lo menos déjeme un caballo. Iré a la ciudad en busca de los agentes.

—¿Cree eso posible? —respondió burlona la voz gangosa—. ¿Cuándo volvería a ver de nuevo el caballo? ¿Por qué no la ayuda usted?

—Estoy solo y sin armas.

—Bien, ¿y por qué he de dejarme matar por una encubridora? —replicó el hombre en tono de agravio—. Déjela sola. No le harán daño. Son muy educados... los *caballeros*.

¡Dejarla sola! En realidad, ésa resultaba ser la conclusión más lógica; sólo era este amor ciego, intranquilo e insatisfecho, el que le impulsaba a seguir un camino mucho más osado y peligroso. Dejarla sola... y con la rapidez del rayo pudo darse cuenta de que la intención de la chica había sido ésa al obligarle a marchar con tanta prisa. Había visto venir a Joe y le envió en busca de agua. Esa era la razón de

su impaciencia y la poca fe que puso en aquel susurrado «pronto». Ahora recordaba cómo le había dicho: «No tenía derecho a obligarte a correr semejante riesgo».

Causándole el mismo dolor que un latigazo en pleno rostro, vino a herirle un súbito pensamiento: «Ha confiado en mi cobardía. Y ella tenía razón, sí, la tenía». Su sacrificio contaba con la seguridad de la actitud que adoptaría él. y no obstante, recordando aquel «pronto», él sabía que había confiado levemente en que él regresaría, pero un regreso por su propia voluntad, como amante, aceptando el peligro voluntariamente. Apretando los puños, su cuerpo contrayéndose a causa del pánico que le produjeron sus propias palabras, dijo al hombre que ocupaba la ventana:

—Ahora mismo me vuelvo a la cabaña.

Oyó un movimiento sobre su cabeza, como si el granjero fuese a cerrar la ventana, y se jugó la última carta.

—Hay una recompensa para quien entregue a estos hombres —declaró y añadió rápidamente—: Los están alcanzando. Ya han perdido el barco.

La voz, menos gangosa ahora, habló:

—El dinero no vale lo que una vida.

—No tiene por qué arriesgarla —replicó él—. Envíe un hombre a caballo hasta Shoreham para avisar a los agentes.

—Querrá llevarse la mitad de la recompensa, ¿verdad? —preguntó el hombre con desdén.

—No —contestó él—, sólo que me preste un caballo para volver a la cabaña.

Ante sus propias palabras, su corazón se convirtió en un campo de batalla en el que luchaban la exaltación y el temor.

—Quédese ahí —dijo el hombre— y bajaré a

reunirme con usted.

Estaba ganando, ganando después de todo, en esta carrera para vencer al tiempo.

—¡Oh, Dios, Dios, Dios! —musitó—, dame valor para sobrellevar esto. En su imaginación aparecieron en correlativo orden el cuchillo, Lewes, su regreso, y este cuarto riesgo que corría y que, según le dijo Elizabeth, le concedería la paz que tanto anhelaba. «Pero no es paz lo que ahora quiero —reflexionó—, es sólo a ella, ¡oh, Dios!, protégela hasta que yo llegue.»

Se dejó inspeccionar minuciosamente a la luz de una lámpara de aceite. Incluso para el desconfiado granjero su desesperada impaciencia le sirvió de pasaporte de honradez.

—Yo mismo iré a Shoreham —dijo el hombre—. ¿Sabe a cuánto asciende la recompensa?

Estaba abriendo la puerta de la cuadra mientras hacía la pregunta y gruñó su conformidad ante la pronta mentira.

—Cincuenta libras por cabeza.

Incluso ahora, unos leves vestigios de sospecha le indujeron a entregarle el peor caballo de la cuadra. Pero a él le pareció un alado Pegaso en comparación a sus derrengados pies.

La noche, durante un breve instante, cuando dejó a sus espaldas las tenues y oscilantes luces de la granja, fue igual a dos grandes puertas que se abrieron silenciosas y que le hundieron en la profundidad de las sombras. Luego se encontró cabalgando sobre el caballo, espoleándolo a seguir adelante con ayuda de su látigo y murmurándole apasionadas conminaciones para que consiguiese atravesar aquella pared

de negrura que siempre permanecía fuera de su alcance. En su corazón vibraba todavía aquel sentimiento exaltado porque al final iba a hacer lo que era justo y peligroso y a la vez percibía el temor que le representaba el llevarlo a cabo.

Estas dos emociones no le dejaron lugar para fraguar planes. Su único objetivo consistía en alcanzar la meta representada por la cabaña, tan rápidamente como le fuera posible, y lanzarse sobre el primero que encontrase en ella. Probablemente lo matarían y seguidamente echarían a correr, puesto que con ello habrían conseguido sus fines.

—Confiaste en mi cobardía para librarme de ellos —gritó a través de la oscuridad—. Pero te equivocaste, te equivocaste.

Mas su corazón sufrió un vértigo al darse cuenta de cuán cerca había estado de la verdad.

—Ve más de prisa, demonio —ordenó al caballo, golpeándole despiadadamente en la grupa, hasta que el desdichado animal, que era viejo y de mirada incierta, tropezó al esforzarse en obedecer a su jinete. Enderezó las orejas y relinchó, tanto quejándose del cruel trato que recibía como si quisiera excusarse patéticamente por no poder cumplir mejor los deseos de quien lo montaba.

De entre los arbustos que crecían formando un seto al borde de la carretera brotó un grito. Una figura humana saltó al camino y extendió ambos brazos impidiendo el paso a caballo y jinete. El corcel se hizo a un lado y quedó inmóvil. La figura se acercó colocando una mano sobre las riendas.

—¿Dónde vas? —preguntó una voz, y él pudo reconocer la del muchachito Tims.

Su mano se cerró alrededor de la muñeca que sostenía las riendas y la torció con brusquedad.

—¿Quién está en la cabaña? —inquirió.

—Joe y Carlyon.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

—Me dijeron que me quedara vigilando. —De súbito, su rostro se contrajo en una expresión de perplejidad, a la vez que preguntaba—: No fue cierto, ¿verdad, Andrews? No fuiste tú quien me llevó al banquillo.

—¿Por qué están en la cabaña?

—Dijeron que te encontrarían allí. Quieren hablar contigo.

—Aparta las manos de las riendas.

—Pero, Andrews, aún no me has dicho nada. No es cierto, ¿verdad?

Él fustigó al caballo obligándole a proseguir su camino.

Con insistencia, el chiquillo seguía cogido a las riendas, tropezando al avanzar el animal.

—¡Suelta! —le ordenó.

—Pero, Andrews...

Éste levantó el brazo y le golpeó el rostro con la fusta. La boca del desgraciado se contrajo en un grito de dolor, la mano que sostenía las riendas aflojó su presión dejando en libertad las correas, y durante el breve instante que medió antes que la oscuridad los separase, pudo ver unos ojos de expresión perruna que se alzaban hacia él, reflejando el dolor y la perplejidad que concurrían en el alma del infeliz demente. Con un instintivo gesto de disgusto hacia sí mismo, lanzó la fusta hacia un seto invisible en aquella oscuridad e inclinándose sobre el cuello del caballo le imploró en voz baja:

—Más de prisa, caballito; más de prisa, más de prisa.

«Carlyon está allí —se dijo—, todo debe de ir bien.» La enemistad fue olvidada ante el alivio que representaba aquella certeza. Cabalgaba, cabalgaba acercándose a un amigo, y espoleó a su caballo para llegar cuanto antes a verle. Ella estaría segura en su compañía. ¿Qué importancia tenía la enemistad que Carlyon sintiese hacia él? Era el guardián de Elizabeth, tenía que librarla de todos los Joes y Hakes de un mundo amargo y vil. El golpear de los cascos del caballo sobre el piso de la carretera se fue convirtiendo en rítmica melodía, filtrándose lentamente en su cerebro hasta que se transformó en unos versos que se puso a recitar en voz alta a la oscura noche, a través de la cual se deslizaba velozmente.

Era el poema de Carlyon cuando leía o cuando hablaba lentamente con el rostro transportado ante la maravilla de cualquier belleza. «Carlyon, mi amigo Carlyon.» Un rostro visto bajo la puesta de sol y en la cumbre de una colina, que hablaba de cosas nunca imaginadas. Era un cuadrúmano, semejante a los dioses mitológicos, con un alma heroica. «Puedes tener todo cuanto quieras, todo, salvo el barco.» La voz se perdió al pronunciar la última palabra, como si hablase de algo sagrado y sin mancillar: el *Good Chance*.

Fue entonces cuando recordó que él había perdido su barco. No iba a reunirse con un amigo en cuya búsqueda cabalgaba, sino con un hombre a quien había desprovisto, no solamente de su medio de subsistencia, al que él consideraba con el mismo amor que a una amante, sino que con ello perdía la realización de su único sueño: aquel insensato y sentimental anhelo de aventura. No había sido necesaria la pérdida del barco para que aquel deseo quedara destrozado. La traición se había encargado de ello. La pérdida sólo obligaba a que el advenimiento a la realidad de

los acontecimientos fuera irrevocable.

«Uno de nosotros habrá muerto esta noche», pensó, y el caballo, como si se hubiese aliado al cuerpo que comenzaba a sustraerse del peligro que se avecinaba, acortó el paso.

—¡De prisa, caballito, de prisa!

¡Oh, si lograrse llegar allí antes de que desapareciese de nuevo su valor! «No debes pensar en el futuro», se dijo, y el consejo le resultaba imposible de realizar.

—¡Oh, Dios! —suplicó—. No permitas que sea yo. Él ya está destrozado y su vida ha perdido todo aliciente. No le importará morir; en cambio, yo sólo estoy empezando a vivir.

La luz ardía en el interior de la cabaña. Hacía escasamente una semana que la había visto por vez primera, cuando marchaba huyendo por las colinas. Ahora, como entonces, tenía miedo, ¡pero qué diferencia había del temor que ahora sentía al que había experimentado entonces! Un abismo compuesto de lapsos en los que no sólo figuraba el tiempo, sino que separaba a las dos figuras; la de entonces y la de ahora. La primera se había aproximado con angustiosa cautela. La otra, después de dejar que el caballo quedara en libertad de seguir sus propios instintos, corrió con una desesperación rayana en la temeridad y, queriendo aventajar a todo sentimiento de pavor, cruzando el claro desde los árboles hasta la puerta de la cabaña, abrió ésta de par en par.

Emergiendo de una tormenta en la que tenían parte principalísima el atormentador transcurso del tiempo, sus propios tumultuosos pensamientos y sus temores, se enfrentó con una tranquilidad tan profunda que formaba

como un bloque congelado manteniéndole oprimido contra la pared, incapaz de moverse o de hablar e incluso de sentir nada durante largo tiempo.

Sentado ante la mesa, estaba Carlyon, con los ojos desmesuradamente abiertos, respirando, viendo, sabiendo a ciencia cierta lo que sus ojos percibían, y, no obstante, silencioso, inmóvil, sin dar muestras de odio ni de sorpresa.

Elizabeth estaba vuelta de espaldas, sentada en su silla, pero él no tuvo necesidad de verle el rostro, porque sus encorvados hombros y su cabeza inclinada le dijeron con rudeza que estaba muerta. Aquel cuadro le anunció claramente —aunque durante un corto instante no le transmitió mensaje alguno de muerte—, con un lenguaje de imágenes demasiado vulgar y convencional para que estremeciese su imaginación, lo que significaba todo cuanto su mirada recogía.

Miró y miró fijamente, contemplando el extremo vencimiento del cuerpo muerto, que ahora ya no tenía más gracia o belleza que la de una desechada muñeca de trapo. Sus ojos se dirigieron, expresando una perpleja y no comprendida interrogación, hacia el rostro de Carlyon, el cual, sin moverse de su silla, le observó como si fuese una estatua muda e inmóvil. Sobre la mesa, y fuera del alcance de su mano, aparecía una pistola con el disparador alzado.

Abriéndose paso trabajosamente a través de la fría barrera del silencio, se acercó a las dos figuras del centro de la habitación. Igual que a un miembro helado vuelve la sensibilidad acompañada de la agonía del dolor, un pequeño y sombrío sufrimiento empezó a repercutir fatigosamente en su frente con ritmo pausado y enloquecedor. Con algo que quería ser cautela extendió sus dedos, que se posaron suaves sobre el hombro de la muerta. La cálida respuesta

de la carne a su contacto llegó con la fría agudeza de un cuchillo hasta su cerebro, aclarando su mente entumecida y lanzándole a una apasionada rebeldía de su espíritu.

No podía estar muerta. Era imposible, demasiado injusto y terminante. La carne había reaccionado bajo sus dedos con la misma cálida respuesta que un cuerpo lleno de vida. Sólo existía una diferencia y era que el rostro no se había vuelto hacia él. Temía rozar aquella cara. «Sólo está cansada y duerme», pensó. Mientras no acercara sus manos a la cara, ésta no se movería de su posición actual.

—¡Elizabeth, Elizabeth! —gimió, pero en voz tan baja como para no despertarla por si realmente dormía. Apartó a un lado la seguridad que yacía en la profundidad de su espíritu igual que una llaga interna, cuyo dolor no puede soslayarse, agarrándose con ardorosa persistencia a una esperanza de alivio. Sin prestar atención a la presencia de Carlyon, comenzó a rezar en voz alta.

—¡Oh, Dios mío! Haz que esté durmiendo —pidió—, que sea el sueño el que la ha rendido.

Experimentó la sensación de que podría quedarse allí en la misma postura completamente inmóvil, no solamente durante el transcurso de algunas horas, sino durante días, semanas, años, sin hacer un solo ruido que pudiese despertarla, creyendo que existía una probabilidad y que su postura inmóvil obedecía al sueño.

La voz de Carlyon llegó hasta él desde el otro lado de la mesa:

—¿Para qué confiar en un imposible? Está muerta.

Su corazón sufrió un doloroso vuelco dentro del pecho ante la brusquedad de las palabras, y durante un momento creyó que sus latidos habían cesado para siempre.

Un entrecortado suspiro brotó de sus labios, falto de aire, y deseó perder para siempre más la respiración. Pero su corazón comenzó de nuevo su regular y odioso ritmo de vida y volvió de mala gana a ponerse en movimiento. Cogió la pistola que descansaba sobre la mesa e hizo intención de acercársela a la sien.

«Cálmate», fue todo cuanto se dijo a sí mismo en voz baja y temblorosa.

—¿Para qué confiar en un imposible? —repitió Carlyon con voz desprovista de todo sentimiento, una voz que vertía las palabras lenta y pausadamente en el espacio, como si fueran pequeños perdigones de plomo.

—Estás mintiendo —murmuró él, pero después de estas palabras el silencio se hizo excesivo y volviéndose cogió el cuerpo en brazos. La cabeza cayó hacia atrás sobre su hombro y los ojos, que él había considerado de pureza intachable, miraron fijamente sin el más leve parpadeo y desprovistos de expresión.

—Mi propia navaja —dijo lentamente, siguiendo el curso de la roja mancha que recorría sus ropas hasta la herida.

Volvió a colocar el cuerpo en la silla y quedó de pie con las manos oprimiéndose la frente. La desesperación y una especie de terror avanzaban hacia él a lo largo de un túnel, pero no obstante se dio cuenta de que ella no volvería a hablarle, de que nunca sentiría su cálido cuerpo entre sus brazos, aunque viviese cincuenta años más, al final de los cuales él se moriría y entraría en una vacía eternidad.

Miró a través de la mesa a Carlyon, pero sus ojos estaban ateridos y sólo pudo verle a través de un tembloroso y tupido velo. En su mano aún sostenía la pistola, pero no sentía cólera alguna hacia él. Ante esa completa

destrucción de una vida que le había ofrecido los medios y posibilidades de alcanzar santidad y pureza, el odio le parecía un juego de niños.

De todas formas, resultaba que aquella muerte era obra más bien de un muerto que no de un ser vivo, era una victoria para el viejo que le precediera y que había habitado en esta cabaña; también lo era para su propio padre. La lucha no había existido entre Carlyon y él, sino solamente con su padre. Este había sido el que había asesinado a Elizabeth, y el caso es que estaba muerto y fuera de su alcance. Fuera de su alcance, pero ¿y él mismo? ¿Lo estaba también? El espíritu de su padre no andaba errante. Se había albergado en el cuerpo del hijo creado por él. «Yo soy mi padre —meditó—, y la he matado.»

Ante este pensamiento, la árida y tensa desesperación que le embargaba dio paso a una bendita contrición. Se hincó de rodillas ante el cuerpo y empezó a acariciarlo, pero sin que las lágrimas acudieran a sus ojos, besando una y otra vez las manos, pero no el rostro, porque temía encontrarse con unos ojos inexpresivos. «Si no me hubiera escapado...» El pensamiento le causó una insoportable angustia.

—Fue mi padre quien me creó —declaró en voz alta. Pero ¿cómo podría justificarlo? ¿Matando a aquel espíritu hostil y demostrando que todavía existía algo digno en su ser?

La voz de Carlyon le volvió a la realidad y se puso de pie nuevamente.

—Francis, yo no he sido quien ha hecho esto.

No le causó el más leve asombro que su enemigo se dirigiera a él dándole el tratamiento de Francis, porque

realmente aquél no era su enemigo. El enemigo era su padre y estaba dentro de sí mismo, aturdiéndole hasta haberle obligado a traicionar a su amigo.

—Joe vino aquí primero —añadió Carlyon—. Yo no estaba. Ella no quiso decirle nada, parecía que estaba aguardando la llegada de alguien. Eso hizo que él perdiera el dominio de sus nervios al intentar hallar tu paradero. Empezó a martirizarla, y ella se clavó la navaja en el corazón. El se ha marchado.

—¿Me odias, Carlyon?

Un plan se había formado en su cerebro para luchar contra su padre, y pareció como si, a causa del temor, el espíritu de éste se hubiese deslizado hasta un pequeño rincón, dejando el cerebro de Andrews con una sencillez de percepción y claridad como nunca había conocido.

—No —respondió Carlyon—. Tú eres quien debe odiarme. Puedes disparar si lo deseas. Si no lo haces, aguardaré la llegada de los agentes. ¿Vienen hacia aquí?

Él asintió con la cabeza.

—Estoy arrepentido —musitó— de lo que he hecho en perjuicio tuyo. —A través de la mesa se estrecharon las manos—. Es extraordinario —agregó entonces—; hemos estado dormidos y ella nos ha despertado.

Su voz se quebró y se desprendió de la presión de la mano de su compañero, porque sus palabras le hicieron comprender con perfecta claridad una visión de lo que a él le había parecido una santidad perfecta y que nunca volvería a encontrar en su camino.

—Carlyon —volvió a decir—, ¿te marcharás ahora... antes de que lleguen los agentes?

—¿Por qué he de hacerlo? —replicó Carlyon, sombrío, mirando el rostro sin vida, situado frente a él—. Me

encontrarán. Casi me alegraré de que me cuelguen por esto. ¡Qué estúpido asunto! Ella era mejor que ninguno de nosotros.

—Vete —le pidió Andrews—. ¿Es que no comprendes que quiero estar solo con ella?

Apretó convulsivamente los puños en un espasmo de temor, de miedo a la pena que llegaría a sentir cuando no hubiese ninguna voz que pudiese distraerle, y, no obstante, si su padre tenía que ser eliminado, tenía que quedarse solo.

Carlyon se puso de pie y él le alargó la pistola.

—Puedes necesitarla —le dijo—. Escucha, ¿querrás prometerme que no volverás a cruzarte en mi camino?

—Te lo prometo. Hemos sido unos imbéciles. Todo eso ya ha terminado.

—No me refiero al pasado —repuso él—. Promételo.

—Lo prometo.

No volvieron a estrecharse las manos, porque, de súbito, él se volvió y se quedó de espaldas a la puerta, luchando con el impulso de gritar: «No te vayas, tengo miedo de estar solo». Sus manos, con las que cubría sus ojos, sintieron el contacto de las lágrimas por vez primera. No obstante, ninguna de ellas fue motivada por la desesperación de su amigo y porque ya nunca más volvería a verle. Igual que su enemistad con él le parecía ahora un peligroso juego de niños que hacen uso del fuego, sucedía le lo mismo con su amor. Era lo mismo que un sueño que vuelve a recordarse después de muchas horas... y que carece de realidad. Las dos notas musicales habían luchado por conseguir adueñarse del último lamento musical. La una, atrayente, irreal, en la que vibraban el romance y la poesía; la otra, de sonido claro, cristalino, puro, una voz que había

sido tallada en un blanco mármol. Una, había partido de él hacia un mundo vago e impreciso; la otra, se mantenía en el silencio de la muerte, pero el silencio había sido vencedor.

Estaba solo con el cuerpo de la que amaba y no tenía el suficiente valor para apartar las manos de su rostro. Si hubiese vivido junto a ella durante un corto espacio de tiempo, hubiese llegado a creer en la inmortalidad y en una resurrección; pero ahora, ambos, corazón y cerebro, se negaban a aceptar tal posibilidad. Primavera, verano, otoño e invierno podían llegar y volver a marcharse durante el transcurso de los siglos, pero sus cuerpos nunca llegarían a unirse. Hacía poco tiempo que había comenzado a oír su voz, apenas se había atrevido a rozar su cuerpo, y ya nunca volvería a acariciarla ni a escuchar el armonioso timbre de sus palabras. Ahora sabía lo que significaba un interminable segundo de tiempo, y no pudo soportar el pensamiento del paso de los años que ante él se presentaban completamente vacíos.

Dejando que sus manos colgaran a ambos lados de su cuerpo y con los ojos bajos para no verle el rostro, se arrodilló junto a la silla donde ella estaba.

—¿No sabes —preguntó con voz apagada— que he sido yo quien te ha matado?

Porque, ¿acaso no había en él nada que no fuese exactamente igual al temperamento de su padre? Hallaría un medio de librarse de su opresión. Tenía un plan, pero no se atrevía a pensar en él con demasiado detenimiento, por miedo a que su espíritu opresor, temeroso de una derrota y de la muerte, hiciera un último esfuerzo y triunfase sobre él.

Era su propia navaja. La había dejado como arma defensiva y con ella Elizabeth se había quitado la vida. ¡Qué

horror y desilusión más profundos debieron llevarla a realizar semejante sacrificio! Se la imaginaba asustada, desesperada, temerosa de traicionarle. Había susurrado *pronto* con incredulidad, pero debió de confiar, hasta que fue demasiado tarde, en una esperanza, y finalmente se habría convencido de que él no regresaría.

Levantó una de sus manos, llevándosela a los labios.

—¿Por qué has sido tan inteligente? —murmuró—. Mi amor, mi amor, si hubieses esperado, Carlyon habría impedido tu muerte.

Volvió a pensar en las estaciones. Primavera, verano, otoño, invierno.

—¿Has creído que era tan frágil mi amor que podría seguir viviendo sin ti?

Empezó a gemir, no con desahogo, sino con sollozos secos, lacerantes y entrecortados que le dejaban exhausto. Sentía que su cerebro estaba derrengado y, sin embargo, no podía descansar. Visiones y sincopados murmullos, muchos de ellos carentes de significación, se agrupaban unos sobre otros, recorrían su cerebro hasta que parecía sentirlo sangrante y dolorido. Un matorral de zarzamoras al borde de un cenagoso sendero, una penetrante voz que hablaba, dejando oír sus sonidos en una taberna atestada de gente, un hombre de dura barba, una rueda que giraba vertiginosamente, adquiriendo cada vez mayor velocidad, un grupo de estrellas que brillaban entre una oscura grieta del espacio, voces que se convirtieron en gritos, el silbido del viento en las veletas, el sonido del agua, una cara roja que le miraba duramente, gritándole y haciéndole preguntas; y luego, el silencio, un blanco rostro iluminado por la luz de las bujías, la oscuridad y, por último, su lacerado corazón.

Era la cuarta vez. Esta vez hallaría la paz. Le era ahora tan necesaria como jamás creyera en su vida, incluso el aniquilamiento no era tan de temer como la continuidad de esta dolorosa pesadilla. Descansó su cabeza sobre el regazo de Elizabeth y dijo en voz alta, haciendo desesperados esfuerzos hasta conseguir serenarse:

—Ahora lo intentaré.

Muy levemente, a través de la entrecortada respiración, oyó cómo la grava del sendero crujía bajo las pisadas de numerosos pies. Por segunda vez levantó la vista hacia el rostro de Elizabeth. Los inexpresivos ojos ya no le horrorizaban. Ahora eran para él una esperanza, una leve esperanza que podría ser el comienzo de una fe. Algo había desaparecido de ellos, para que hubiesen quedado así, inexpresivos. ¿Cómo pudo un tangible cuchillo hundirse en algo tan incorpóreo? «Si hay algo de tu espíritu en esta habitación —pensó— sólo tú podrás verlo.» De nuevo volvió a besar sus manos y de nuevo el sonido de la grava que crujía llegó a sus oídos.

Se dio cuenta de que su permanencia junto a ella sólo fue un lapso de pocos minutos, y que ni siquiera le permitirían presenciar el traslado del cuerpo hasta su última morada. Cogiéndolo entre sus brazos lo estrechó con tanta pasión como jamás había demostrado en su vida, y aunque sabía que estaba susurrando palabras en vano a un sordo silencio, murmuró en su oído la primera palabra altiva de su vida.

—¡Venceré!

Después de esto, le cerró los ojos, porque no quería que un cuerpo tan hermoso ofreciera la in expresividad de aquella vacía mirada a la vista de desconocidos, volviéndolo a colocar sobre la silla. Con los puños apretados aguardó a

que la puerta se abriera, viendo ahora con toda claridad su doble deseo de salvación: salvar a Carlyon y salvarse a sí mismo de la influencia de su padre.

Las pisadas cesaron al llegar ante la puerta de la cabaña y los que llegaban parecieron titubear. Se podía ver claramente que tenían una resistencia por parte de sus moradores. No tardó en dejarse oír una voz familiar pidiendo a gritos que les franqueasen la entrada. Medio sentado sobre la mesa, frente a la puerta, permaneció silencioso. Tras una nueva pausa, el tirador de la puerta giró y ésta se abrió violentamente.

Cautelosamente y con un rifle en la mano, el primero en entrar fue el hombre que se había mofado de él cuando se hallaba en la sala destinada a los testigos. Algunos hombres más le siguieron dentro de la habitación con igual cautela, alineándose contra la pared, en donde permanecieron dispuestos a disparar ante cualquier movimiento sospechoso, con sus ojos moviéndose nerviosos de un lado a otro, como si temieran un súbito ataque.

—¿Conque de nuevo me encuentro contigo, amigo Andrews? —dijo el que los guiaba, acompañando sus palabras de una sonrisa burlona.

El sonrió a su vez. Al fin veía claro y sentíase seguro de sí mismo, feliz en su decisión.

—Se han marchado —contestó, y sonriendo a los que ante él se encontraban, le pareció escuchar el amistoso eco de la voz de Carlyon cuando pronunciaba estas palabras:

«Todos se han marchado al mundo de la luz, y yo solo permanezco prolongando mi estancia aquí.»

¡Qué beneficiosa paz encontraba después de salir de un ámbito de resplandeciente luz y sumergirse dentro de

una refrescante oscuridad, en donde habitaría ya para siempre!

Rozó su ardoroso cerebro con tibios dedos como los de una mujer, y el dolor, el intranquilo anhelo y la desesperación terminaron por completo. La oscuridad pronto se haría más profunda, y en ella, ¿qué podría aprender sino que allí aguardaba una esperanza en la que hallaría algo que ningún cuchillo podría herir? Ya no era con desesperación, sino con caprichoso reproche, que pensaba: «Si hubiese esperado un mes más, unas semanas, hubiese llegado a creer como tú. Ahora sólo tengo esperanza».

—Se han marchado —repitió, dirigiendo sus ojos, no al agente que le hizo la pregunta, sino a Elizabeth. La mirada del policía siguió la misma dirección que la suya, y se fijó, horrorizada y con disgusto que aumentaba por momentos, en el cuerpo de la víctima.

—¿Qué es esto? —exclamó, y de pronto, dando la vuelta a la mesa, quedó frente al cuerpo—. Está muerta —añadió, con una voz que se convirtió en un susurro. A continuación alzó los ojos, preguntando—: ¿Lo han hecho ellos? Los ahorcaremos por este crimen.

—Yo la he matado —respondió Andrew—. Encontrarán mi nombre en el cuchillo.

«Ahora ya estás seguro, Carlyon —pensó, no con amargo, lacerado y celoso amor, sino con tranquila y gozosa amistad—. Estamos en paz. Y, no obstante, es verdad... Yo la he matado realmente, o mi padre, que domina en mí. Pero, padre, tú también morirás.»

Inclinándose hacia delante, más pálido que cuando había entrado, el hombre sacó el cuchillo de la herida y leyó el nombre, grabado con la incierta escritura de un colegial.

—¡Canalla! —fue cuanto dijo, y acto seguido,

volviéndose a sus hombres, les dio una orden.

—Iré sin violencias —dijo Andrews—. ¿Acaso no he sido yo quien les ha hecho venir?

Le miraron con ojos en los que se reflejaba la perplejidad, la sospecha y una total incomprensión, pero no hicieron movimiento alguno para atarle las manos.

—No es necesario que permanezcamos más tiempo aquí —volvió a decir, y se dirigió a la puerta.

Los demás le siguieron como si fuera su jefe, y, una vez en el exterior, se reunieron alrededor de él, sin pronunciar una sola palabra. Era avanzada la noche, pero la luna, igual que un velero que se balancease sobre un lago, navegaba majestuosamente por una profunda y azulada grieta entre las nubes, irradiando una pálida luz sobre el apagado esplendor de la tierra. Una solitaria estrella acompañaba al astro de la noche en su curso por el cielo.

No se volvió a mirar la cabaña. El arrepentimiento había desaparecido, y con él incluso todo recuerdo desprovisto de gracia que yaciera abandonado en su interior. Con gran sorpresa suya, se sentía feliz y en completa paz, porque su padre había sido aniquilado y, no obstante, quedaba un ser, un ser que ignoraba la justicia, la blasfemia y la cobardía, y que únicamente conocía la paz, interesado tan sólo por la oscuridad que en torno a él se hacía cada vez más profunda.

—Tenías razón —dijo con esperanza; todavía no le embargaba la fe, pero había algo en la noche que le escucharía—, la cuarta vez me ha traído la paz.

El fantasma de su padre había sido muy obstinado, pero, al fin, había logrado vencerlo, y ya no tenía necesidad de sentirse oprimido por dos seres: el influido por el

espíritu paterno y el inquieto y severo crítico que se permitía darle consejos.

—Yo soy ese crítico —declaró con una sensación de triunfo y de alegría ante aquel descubrimiento.

Fueron los hombres que le rodeaban los que parecieron oprimidos por la desesperación ante el cuadro de muerte que habían dejado en la casa. Caminaban pesada y nerviosamente, olvidándose de su prisionero ante el horror que les producía su acción. No podían sospechar lo cerca que estaban de enfrentarse con otro acontecimiento. Convencidos de que continuaba seguro entre todos ellos, mantenían apartados de él los ojos, sintiendo vergüenza de un hombre que pudiera mostrarse tan insensible y duro.

Para él brillaban ahora dos estrellas, o, mejor quizá, dos amarillas velas encendidas, en la noche que le rodeaba. Una era la solitaria compañera de la luna, la otra centelleaba aún con más esplendor en el cinturón del viejo funcionario que iba ante él y llevaba escrito en la superficie su propio nombre. Lentamente su mano la hurtó sin que nadie se diese cuenta del gesto supremo que iba a llevar a cabo, porque entre las dos bujías se veía un blanco y tranquilo rostro que le contemplaba sin lástima y sin censura, iluminado de sabiduría y sensatez.

ORIENT EXPRESS

Primera parte

Ostende

I

El sobrecargo recogió el último billete y, desde la escalerilla de desembarco, se quedó mirando a los viajeros que, con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado, atravesaban los muelles relucientes por la lluvia, sorteando la maraña de vías y pasando por entre los vagones abandonados. Tras las ventanillas del largo expreso, las luces encendidas formaban una sarta de perlas azules. Una grúa gigantesca comenzó a evolucionar, girando sobre su eje y descendiendo luego lentamente. El rumor de la cabria ahogó por un momento el de la lluvia, que caía de un cielo plomizo azotando los flancos del buque y los muelles. Eran las cuatro y media de la tarde.

—¡Vaya día de primavera! —dijo en voz alta el sobrecargo, tratando de olvidar las desagradables horas acabadas de pasar, la imagen de la cubierta mojada, el áspero olor de petróleo y el agrio de la cerveza del bar, y sobre todo aquel insoportable «frufnú» del vestido de la camarera, yendo de aquí para allá con las jofainas de

hojalata.

Se puso a mirar el brazo de acero de la grúa, la plataforma y la diminuta silueta del hombre con mono de trabajo azul que hacía girar un gran volante, y tuvo envidia. Diez metros de niebla y de lluvia separaban al sobrecargo del conductor de la grúa, de los pasajeros y del interminable expreso iluminado. No puedo escapar de esos «tipos», pensaba, recordando al joven judío embutido en un grueso abrigo de pieles, que se había quejado de que, sólo para un par de horas, le hubiesen dado un camarote de dos camas.

—Por ahí no, señorita —advirtió a una joven que había venido en segunda—. La Aduana está allí...

Su ceño fruncido se distendió un poco al ver aquel rostro joven y desconocido; por lo menos ésa no se había quejado durante la travesía.

—¿Quiere usted un mozo para que le lleve la maleta, señorita?

—No, prefiero llevarla yo. No pesa mucho y además no entiendo lo que dice esa gente. A no ser que desee llevarla usted, capitán.

Una ligera sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios casi cubiertos por el cuello de un deslucido impermeable blanco. Le gustó su descaro.

—¡Ah, si yo fuera joven! No le faltaría a usted un ayudante. Los jóvenes de hoy en día no sé en qué piensan.

Meneó la cabeza. Acababa de ver al joven judío que seguido de dos mozos cargados de maletas salía de la Aduana y caminaba por entre los raíles con gran precaución para no ensuciar sus zapatos grises de ante.

—¿Va usted lejos?

—Hasta el final —dijo la joven echando una triste

mirada más allá de los raíles, de las pilas de equipajes y de las lámparas del coche restaurante, a los vagones del expreso.

—¿En coche—cama?

—No.

—Pues tendría que ir usted en coche—cama si va hasta el final. Tres noches seguidas en un tren no es cosa agradable. ¿A qué va usted a Estambul? ¿A casarse?

—Que yo sepa, no.

Y al decir esto asomó a sus labios una sonrisa que participaba de la melancolía de la marcha y del temor a lo desconocido.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir, ¿verdad?

—¿A qué se dedica usted?

—Bailo. Variedades.

Se despidió del sobrecargo y se alejó. El impermeable ceñido revelaba la esbeltez de su silueta que no se descomponía al tropezar con los raíles. Se apagó la luz roja dando paso a la verde. Se oyó un prolongado silbido. El recuerdo de la joven, sus modales atrevidos y desenfadados y su rostro sereno pero picaresco llenaron por un instante la imaginación del sobrecargo.

—Acuérdese de mí —le gritó—. Volveré a verla dentro de un mes o dos. Pero demasiado sabía que él olvidaría primero. Demasiados rostros se asomarían durante las siguientes semanas a la ventanilla de su despacho: pasajeros pidiendo camarotes, cambio de moneda, camas..., demasiados para acordarse de todos. Y además aquella chica no tenía ningún rasgo característico.

Cuando volvió a subir a bordo habían baldeado ya las cubiertas para el viaje de regreso, y le gustó ver el buque

libre de gente extraña. Así hubiera querido verlo siempre, con aquellos mocetones a quienes dar órdenes en su lengua materna y alguna camarera con quien beber una caña de cerveza. Chapurreó algunas palabras en francés a los marineros, y éstos le contestaron con una sonrisa. La delicada sensibilidad del sobrecargo se sintió herida al oír el obsceno estribillo que canturreaban, en el cual se oía con frecuencia la palabra «cornudo».

—¡Mala travesía! —dijo en inglés el mayordomo jefe.

Este había sido camarero en Londres, y el sobrecargo no decía en francés más que las palabras estrictamente indispensables.

—¿Le ha dado buena propina ese judío?

—Qué va. ¡Seis francos!

—¿Ha estado enfermo?

—No. Quien ha estado enfermo durante todo el viaje ha sido el viejo de los bigotes. Y ahora que me acuerdo: vengan diez francos. He ganado la apuesta. Era inglés.

—Quién iba a decirlo con ese acento tan extraño ...

—He visto su pasaporte: Richard John, profesor.

—¡Qué raro! —dijo el sobrecargo—. ¡Qué raro! —repitió luego para sí, soltando a regañadientes los diez francos. Acudió de nuevo a su mente la imagen de aquel hombre entrecano, de andar cansino, alejándose apresuradamente de la barandilla en cuanto retiraron la palanca y el mugido de las sirenas intentaba en vano desgarrar la niebla. Le había pedido un periódico de la noche. «A esta hora, en Londres todavía no deben haber salido», le había dicho el sobrecargo, y ante esa respuesta el hombre quedó absorto, como sumido en un sueño, atusándose sus largos bigotes grises. Mientras le servía a la camarera un vaso de *Bass* antes de repasar las cuentas, el

sobrecargo pensó de nuevo en el profesor y por un instante se preguntó si aquel hombre llevaría en su interior alguna tragedia; si sería uno de esos seres agobiados y acosados que se encuentra uno en las novelas. De todos modos, el pasajero no había hecho ninguna reclamación y esto le hacía más fácil de olvidar que al joven judío, al grupo de turistas de la Agencia Cook, a la mujer enferma, vestida de malva, que había perdido una sortija, o al anciano caballero que había pagado dos veces su litera. Hacía más de media hora que el sobrecargo se había olvidado de la joven. Esta fue la primera circunstancia que la unió a Richard John, pues, como éste, se sumió en la oscuridad que se produjo en la mente del sobrecargo, abrumado por el trepidar de pasos, el olor del petróleo, el titilar de las luces de señales, los semblantes preocupados, el tintineo de los vasos, columnas de números...

Amainó el viento por espacio de unos segundos, y el humo que llevado de acá para allá por las mudables ráfagas se había esparcido por el muelle y los tinglados, quedó por un instante suspendido en el aire. A Myatt, mientras se abría paso por el barro, le parecía que el humo era como las tiendas grises de los nómadas.

Se había olvidado de sus estropeados zapatos de ante y de los impertinentes comentarios del aduanero acerca de sus dos pijamas de seda. Fuera del alcance de la grosería de aquel hombre, de sus desdeñosas palabras, «judío», «judío», se adentró en la sombra protectora de aquellas enormes tiendas. Aquí se sentía como en su casa. No tuvo necesidad para cobrar ánimos de pensar en su abrigo de pieles, en su traje de Savile Row, en su excelente situación económica o en el puesto que ocupaba en la firma.

Pero al llegar al tren, sopló de nuevo el viento, se deshilaron las tiendas de vapor y se encontró una vez más en el centro de un mundo hostil. Qué de cosas pueden conseguirse con dinero, pensó con gratitud. No siempre le era posible comprar la consideración, pero sí un rápido servicio.

Despachó el primero en la Aduana para lograr, antes de que se presentasen los restantes pasajeros, llegar a un acuerdo con el jefe de tren: conseguir para él solo un departamento del coche—cama. Le horrorizaba desnudarse en presencia de otro hombre, pero no ignoraba que el privilegio de estar solo le costaría más caro por el hecho de ser judío. No era cosa de una simple solicitud acompañada de una gratificación.

Pasó por delante de las iluminadas ventanillas del vagón restaurante. Sobre las mesitas estaban colocados los cubiertos para la cena. Destacaba en los manteles el círculo luminoso que producían las lamparillas con pantallas color malva.

Ostende, Colonia, Viena, Belgrado, Estambul, recorrió maquinalmente la lista de los nombres de esas ciudades. El trayecto le era conocido y las capitales iban cobrando en su mente la forma de torres, minaretes, cúpulas o domos. Ciudades que no ofrecían ningún puerto de refugio permanente a su raza.

Como Myatt se temía, el jefe de tren se mostró quisquilloso. «El tren está atestado», dijo; pero Myatt sabía que no era verdad.

La gente no solía viajar en abril y, por otra parte, durante la travesía del Canal de la Mancha, Myatt había visto a bordo muy pocos pasajeros de primera clase.

Mientras discutían, desfiló por el pasillo un grupo de

turistas; damas de edad madura armadas con chales, mantas de viaje y cuadernos de apuntes, y un anciano clérigo que se dolía de haber perdido el último número del *Wide World Magazine*. «Cuando viajo leo siempre el *Wide World*», decía. Y cerrando el desfile apareció el guía del grupo de turistas sudando a mares; pero con rostro radiante y exhibiendo ostentosamente el emblema de una agencia de viajes. «¡Voilà!», dijo el jefe de tren, y con el gesto parecía indicar que el tren transportaba una carga desacostumbrada. Pero Myatt conocía sobradamente el trayecto para hacer caso a tanta palabrería. Por sus incontenibles ansias de cultura era fácil adivinar que el grupo de turistas formaba parte del vagón con destino a Atenas. Cuando Myatt hubo doblado la cuantía de la gratificación, el jefe de tren cedió y pegó la etiqueta de reserva en el vidrio del compartimiento. Finalmente, Myatt se quedó solo y respiró a pleno pulmón.

Desde su refugio observó el desfile de rostros a través del vidrio. A pesar de su abrigo de pieles sentía en los huesos la fría humedad del día, y cuando accionó la manecilla de la calefacción el vaho de su aliento empañó el cristal de tal modo que a través de él los viajeros aparecían como una sucesión de rasgos fisonómicos aislados: unos ojos inquisitivos, un vestido de seda color malva, un alzacuellos clerical...

Sólo en una ocasión limpió el vidrio con el dedo para ver a una muchacha delgada, embutida en un impermeable blanco, que desapareció hacia el extremo del pasillo en dirección a los vagones de segunda clase. En otra ocasión se abrió la puerta, y un hombre de edad madura echó una ojeada al interior del compartimiento. Llevaba bigote gris,

gafas y un sombrero de fieltro deslucido. Myatt le dijo en francés que el compartimiento estaba ocupado.

—Un asiento —dijo el hombre.

—¿Quiere usted la segunda clase? —preguntó Myatt.

El desconocido movió negativamente la cabeza y se alejó.

El señor Opie se dejó caer voluptuosamente en su rincón y miró curioso y contrariado al hombre pálido y esmirriado sentado enfrente. Su compañero de viaje tenía un aspecto vulgar, la palidez de su semblante traslucía una mala salud. «Serán los nervios», pensó Opie fijándose en los temblorosos dedos del hombre, que no revelaba, sin embargo, ninguna otra señal de nerviosidad excesiva. Sus dedos eran cortos, gruesos y cuadrados.

—Soy de opinión —aventuró Opie preguntándose al mismo tiempo si le había favorecido la suerte al depararle semejante compañero de viaje— de que disponiendo de una cama no hay necesidad de viajar en primera. Los vagones de segunda son bastante confortables.

—Sí. Es verdad —se apresuró a responder el otro—; pero, ¿cómo ha adivinado usted que yo era inglés?

—Siempre procuro pensar bien de la gente —dijo Opie sonriendo.

—Lo que evidentemente dice mucho en favor de su calidad de clérigo —repuso el hombre pálido.

Los vendedores de periódicos se desgañitaban al exterior de las ventanillas. Opie se asomó fuera. «*Le Temps de Londres. Qu'est que c'est ça? Rien du tout? Le Matin et un Daily Mail. C'est bon. Merci*». Su francés le pareció al otro viajero condimentado con frases de ritual pronunciadas con entusiasmo y absolutamente fuera de

lugar. Opie propuso a su pálido interlocutor:

—¿Puedo servirle de intérprete? ¿Desea usted algún otro periódico? Si quiere usted *La Vie*, no gaste usted cumplidos.

—No quiero nada; gracias. He traído un libro.

Opie consultó su reloj.

—Dentro de tres minutos saldremos.

* * *

Durante algún tiempo la muchacha había temido que el viajero o su esposa, alta y delgada, le hablasen. En aquel momento lo que más deseaba en el mundo era el silencio. Y pensaba que hubiera estado sola si hubiese podido pagarse una cama.

En los oscuros compartimientos se encendían las lámparas. El hombre recordete observó: «No tendremos que esperar mucho». El tiempo era húmedo, el aire polvoriento. Fuera, el pestañeo de una lámpara evocó por un instante a la muchacha espectáculos familiares, y los anuncios eléctricos que iluminaban la fachada del teatro de la calle Mayor de Nottingham. La agitación y el ir y venir de los vendedores de periódicos, de los mozos de estación, le recordaban el mercado de las ocaso. La joven trató de retener ese recuerdo, y se esforzó en darle vida. Quería que fuese tan real como los muelles barridos por la lluvia o las cambiantes luces de señales. En aquel momento, el hombre que estaba sentado frente a ella le dirigió la palabra y la muchacha se vio obligada a evadirse de su mundo secreto y adoptar un aire de simpatía y buen humor.

—Partimos para un largo viaje, señorita. ¿Qué le

parece a usted sin nos presentásemos? Yo me llamo Peters, y mi mujer Amy.

—Yo me llamo Coral Musker.

—Pide un emparedado, por Dios —imploró la mujer delgada—. Mi estómago lo está reclamando a voces.

—¿Quiere usted ayudarme, señorita? Desconozco el idioma.

«¿Y por qué supone usted que yo lo conozco?», hubiera querido contestar Coral. Jamás había salido de Inglaterra. Pero como estaba acostumbrada a aceptar toda clase de responsabilidades, vinieran de donde viniesen, ni siquiera protestó. Abrió la portezuela, y cuando se disponía a recorrer el resbaladizo y débilmente iluminado firme entre vías en busca del emparedado, sus ojos se posaron en la esfera de un reloj: «No hay tiempo —se dijo—; sólo falta un minuto para la hora de salida». Volvióse, y al final del pasillo distinguió un rostro y una silueta que la impresionaron vivamente, hasta el punto que contuvo la respiración invadida por la nostalgia. Revivió la escena: un último retoque de polvos, un buenas noches al portero y, fuera, bajo un haz de luz que rasgaba las sombras, el joven judío esperaba... Chocolatines, el automóvil en una esquina de la calle, el rápido paseo y el furtivo y peligroso abrazo. Sin embargo, Coral Musker ni siquiera conocía a aquel viajero. Y volvió a encontrarse entre los desamparados, los inútiles, temiendo, en un país extraño, verse arrastrada por una aventura, que no puede soslayarse con unas palabras oportunas. Ninguna caricia cuidadosamente medida lograría disipar las tinieblas que se avecinaban. El hombre, su raza, sus rasgos acentuados y al mismo tiempo vulgares, su abrigo de pieles... la habían engañado.

* * *

Myatt pensó que el tren llevaba retraso y salió al pasillo. Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó una cajita de pasas de Corinto que casi siempre solía llevar consigo. La cajita estaba dividida en cuatro compartimientos. Con la punta de los dedos cogió cuidadosamente una pasa y al llevarla a la boca la juzgó con el tacto: «Baja calidad. Es de la casa Stein y Cía. Demasiado arrugadas y secas». Una muchacha con un impermeable blanco, que se hallaba al final del pasillo, se volvió y le miró. «Hermosa figura—pensó—. ¿Acaso la conozco?» Cogió otra pasa y, sin mirarla, la reconoció: «Esta es de la casa Myatt, Myatt y Page». Manteniendo un instante la pasa en la punta de la lengua, Myatt casi se figuraba ser uno de los amos del mundo trazando el destino... «Esta es de mi casa y es buena», pensó.

A lo largo de la hilera de vagones se oyó el estrépito de las portezuelas al cerrarse y resonó la señal de partida.

* * *

Richard John levantó el cuello de su *mackintosh* más arriba de las orejas, se asomó a la ventanilla del pasillo y vio las naves y tinglados desfilan hacia el mar inmóvil. «Es el fin—decíase—, el fin y el principio.» Iban sucediéndose los rostros. El humo de la locomotora envolvía a un hombre que llevaba un pico apoyado sobre el hombro y nublaba la linterna roja que aquél iba balanceando. Rechinaron los frenos, se entreabrieron las nubes y el sol poniente chispeó en el horizonte contra el vidrio y en los ojos del viajero. «Si

pudiera dormir —se dijo suspirando— podría acordarme más claramente de aquello que tengo que acordarme.»

* * *

Abrióse la portezuela de la caldera y por un momento salieron al exterior las llamas y el calor de la hoguera. El maquinista puso el regulador a fondo y la plataforma vibró bajo el peso de los vagones. A poco, el convoy tomó una marcha regular y los últimos rayos del sol iluminaron el tren que atravesaba Brujas. La luz rojiza del ocaso parecía abrasar en un incendio altos paredones relucientes de humedad y callejas llenas de agua encharcada, que al ser alcanzadas por el resplandor solar parecían contener una luz líquida. En medio de aquel sórdido estuche, la vetusta ciudad semejava una célebre joya, contemplada en demasía, harto comentada y con la que se ha traficado demasiado. Sucediáanse luego un verdadero laberinto de pequeños campos cultivados, cuya monotonía moteaban de vez en cuando detestables y enormes quintas coronadas con tejas de color que las sombras de la noche iban esfumando. Las chispas de la locomotora eran cada vez más visibles. Como bandadas volátiles de escarabajos rojos que surcaban el aire atraídos por la proximidad de la noche, se desplomaban, perdido su fulgor, junto a los raíles y se trocaban en hollín.

Una muchacha, a lomos de un caballo de labor, levantó la cabeza y rompió a reír. En el arcén, al lado de la vía, un hombre y una mujer yacían abrazados. Luego la oscuridad se hizo absoluta y los pasajeros sólo pudieron ver en el vidrio el reflejo de su propio rostro.

II

—Primer turno, primer turno ...

La voz resonaba como un eco a lo largo del pasillo; pero Myatt se hallaba ya sentado en el vagón restaurante. No quería correr el riesgo de tener que compartir una mesa, sostener una conversación o verse rechazado, lo que era muy posible. Estambul, que para muchos viajeros representaba el final de un viaje interminable, se acercaba a él con la celeridad de esos postes telegráficos que parecían volar a lo largo de la vía. Cuando terminara el viaje no tendría ya tiempo de pensar: le esperaría un coche en la estación, un desfile de minaretes, una escalera sórdida y el señor Eckman, poniéndose de pie detrás de su mesa escritorio. Sutilezas, cifras y contratos le envolverían. En el tren no tenía otro horizonte que el coche—cama y el pasillo. Aquí, debía estudiar con antelación cada palabra, ensayar cada inflexión de la voz. Hubiera deseado tratar con ingleses o con turcos; pero Eckman y, un poco en segundo plano, el enigmático Stein, eran hombres de su raza, y la experiencia les había enseñado a descifrar el significado de una entonación de voz o la crispación de los dedos al sostener un cigarro puro.

En el vagón restaurante llegaban los camareros con la sopa. Myatt hurgó en su bolsillo y nuevamente masticó una pasa de la casa Stein, arrugada y pequeña, pero, había que reconocerlo, a buen precio. La eterna e inevitable guerra entre la calidad y la cantidad desencadenó en su ánimo un conflicto insoluble. De una sola cosa estaba seguro Myatt.

Incluso cuando, desde su despacho de Londres, se entrevistaba con los representantes de Stein, aunque jamás con el propio Stein. Tenía que limitarse a oír su voz a través de una conferencia telefónica, una voz fantasmal cuyas inflexiones no podía descifrar. ¿Hasta qué punto se hallaba Stein arruinado? ¿Se había hundido o sólo iba a la deriva? ¿Se hallaba en una situación desesperada u obligado simplemente a resignarse a desagradables economías? No había por qué preocuparse si el agente de Myatt y Page, en Estambul, el inapreciable Eckman, no hubiera dado motivos para sospechar que Stein, en secreto, mantenía relaciones comerciales no del todo limpias, hasta el punto de rozar los límites permitidos por la ley.

Myatt sumergió la cuchara en una insípida sopa juliana. Prefería los platos sazonados y nutritivos. Fuera, las tinieblas no permitían ver nada, salvo de vez en cuando el fugaz resplandor de las luces de una pequeña estación, la efímera claridad de una llama en un túnel y, siempre, el transparente reflejo de su rostro y su mano flotando como un pez a través del cual brillan el agua y los hierbajos. Un poco molesto por esta ubicuidad se disponía Myatt a bajar las cortinillas cuando advirtió detrás de su propia imagen el reflejo del hombre del *mackintosh* que anteriormente había asomado la cabeza a su compartimiento. Su traje, deslucido y estropeado, conservaba aún cierta elegancia; el *mackintosh*, desabrochado, permitía ver un cuello alto y duro y una chaqueta abotonada hasta arriba. «¡Con qué paciencia espera ese hombre la cena!», pensó Myatt, olvidándose por unos momentos de las sutilezas de Stein y de Eckman; pero antes de que el camarero llegara al sitio donde se hallaba el desconocido, éste ya se había dormido. Su rostro se sumió en la negrura cuando las luces de una

estación trocaron las espejeantes paredes del vagón en ventanillas a través de las cuales se veía a un grupo de campesinos rodeados de chiquillos, paquetes y sacos de tela en espera de algún tren ómnibus local. Con la oscuridad reapareció de nuevo la imagen del desconocido que, al parecer, descabezaba un sueño.

Myatt se olvidó de él, eligiendo para beber con la ternera un Borgoña Chambertin 1923, aun cuando sabía que era dinero tirado tomar allí un buen vino, pues ninguno resiste la trepidación constante. Mientras el tren marchaba a todo vapor hacia Colonia, en el vagón restaurante se oía el tintineo de los vasos. Al saborear el primer trago, Myatt volvió a pensar en Stein, que, astuto o desesperado, debía de esperar su llegada a Estambul.

Myatt estaba seguro de que su competidor vendería a un determinado precio, pero Myatt no ignoraba que existía otro comprador. Sospechaba que Eckman jugaba por partida doble y trataba de hacer subir los precios en perjuicio de su propia firma, especulando con el quince por ciento de comisión que recibiría de Stein. Eckman había escrito que Moulton ofrecía a Stein un precio muy alto por las existencias y la clientela, pero Myatt no lo creía. En una ocasión había almorzado con el joven Moulton y en el curso de la conversación se refirió como al azar a Stein. Moulton no era judío, carecía de sutilezas y desconocía el arte de eludir una respuesta; si se proponía mentir, mentía pero sólo verbalmente. No acertaba a darse cuenta del modo con que el gesto de una mano inexperta traiciona la mentira que pronuncian los labios. En su trato con los ingleses, Myatt había descubierto que un solo truco bastaba: cuando había llegado el momento de formular la pregunta base, ofrecía un

cigarro; si el hombre mentía, aunque su respuesta fuese rápida, la mano vacilaba por espacio de un cuarto de segundo. Myatt sabía lo que de él decía la gente: «No me gusta este judío. Jamás le mira a uno a los ojos». «Qué idiotas —pensaba sintiéndose secretamente victorioso—. Conozco uno o dos trucos que informan tan bien como una mirada.» Ahora sabía, por ejemplo, que el joven Moulton no había mentado; era Stein quien mentía o Eckman.

Escanciándose otro vaso de Chambertin, se decía: «Qué curioso, viajar tranquilamente en un tren que marcha a cien por hora, mientras Eckman, por el contrario, debe de cerrar con llave su despacho, ponerse el sombrero y bajar la escalera farfullando el telegrama recibido de Londres: "Carleton Myatt llegará Estambul catorce. Prepare entrevista Stein".»

Por de prisa que rodara el tren, los viajeros se veían obligados al reposo.

En el interior de aquellas paredes de vidrio, las emociones carecían de objetivo, y era inútil asimismo entregarse a una actividad cualquiera, salvo a especulaciones cerebrales que podían llevarse a cabo sin temor a ser interrumpidas. Para Myatt, el mundo se cifraba en aquel momento en Eckman y Stein. Se enviaban telegramas. Aparecían unos hombres que interrumpían con discursos el hilo de sus ideas y unas mujeres que daban suntuosas cenas. El ruido del expreso era, empero, de una monotonía equivalente al silencio, y tan rítmico el movimiento del tren que pasados unos instantes uno parecía estar en una inmovilidad absoluta. La actividad sólo era posible fuera del tren. En éste, Myatt y sus proyectos habían de permanecer inmóviles durante tres días. Al término del viaje, ya sabría él la conducta a seguir con

respecto a Stein y a Eckman.

Después del helado y el postre, pagada la cuenta, Myatt permaneció de pie al lado de la mesa, encendió un puro y se fijó en el desconocido. Éste se había quedado dormido sobre la mesa; después de la ternera *Talleyrand* y antes de que le trajesen el helado se había sumido en un completo estado de postración.

Como bajo el influjo de la mirada de Myatt, se despertó sobresaltado.

—¡Qué! —exclamó.

Myatt se excusó.

—No era mi intención despertarle.

El desconocido le miró con desconfianza. Algo en el paso súbito del sueño a un estado de angustia, algo en el traje bien cortado que ocultaba el raído *mackintosh*, algo indefinible movió a Myatt a compasión. Y para entrar en conversación recurrió al primer encuentro que tuvieron.

—¿Ha encontrado por fin un compartimiento?

—Sí.

—Parece que no descansa usted bien —dijo Myatt sin el menor reparo—. En mi maleta traigo un tubo de aspirinas. ¿Me permite ofrecerle algunos comprimidos?

—Tengo todo cuanto necesito. Soy médico —replicó secamente el desconocido.

Según su costumbre, Myatt se fijó en las delgadas y huesudas manos de su compañero de viaje. Y con la humildad característica en los de su raza se excusó nuevamente:

—Siento haberle molestado. No tenía usted buen semblante. Si puedo hacer algo por usted...

—No, nada, absolutamente nada.

Myatt hizo ademán de marcharse cuando el

desconocido se volvió y le dijo:

—¿Tiene usted hora exacta?

—Las ocho cuarenta; no, cuarenta y dos —repuso Myatt. El desconocido sacó su reloj y lo puso a la hora indicada.

Cuando Myatt llegó a su compartimiento el tren moderaba la marcha. Los enormes altos hornos de Lieja desfilaban a lo largo de la vía como antiguos castillos en llamas. El tren dio una sacudida y rechinaron las agujas. A ambos lados de la vía aparecían sendas verjas de hierro. Más lejos, a un nivel inferior, una calle desierta penetraba oblicuamente en la oscuridad. En la puerta de un café refulgía una lámpara. Se entrecruzaban los raíles, las locomotoras convergían hacia el expreso lanzando frecuentes silbidos y densas nubes de vapor. Las luces verdes hicieron guiños ante los coches—cama y la bóveda de la estación surgió por encima del vagón. Vocearon su mercancía los vendedores de periódicos. Una hilera de hombres envarados, con traje negro, y mujeres cuyos rostros se ocultaban tras velos negros, como una severa muchedumbre que asistiera a un entierro, aguardaban en el andén sin visible interés, mirando pasar ante ellos los coches de primera clase: Ostende — Colonia — Viena — Belgrado — Estambul, y el vagón que debía bifurcar hacia Atenas. Luego, con los paquetes y los niños, subieron en los últimos vagones con destino a Pepinster o Verviers, distantes unos treinta kilómetros.

Myatt estaba cansado. La noche anterior había estado hasta la una hablando con su padre, Jacobo Myatt, del asunto Stein, y al observar el temblor que agitaba la blanca barba paterna había claramente comprendido hasta qué punto se les escurrían los negocios a aquellas manos

ensortijadas, que se crispaban en torno a un vaso de leche caliente. «Nunca le quitan la capa de nata», había gemido Jacobo Myatt tendiendo a su hijo la cucharilla para que éste lo hiciera en su lugar. Eran ya muchas las cosas que Jacobo le permitía a su hijo. En cuanto a Page, poco contaba, pues su nombramiento de director era simplemente una especie de recompensa concedida por sus veinte años de fieles y valiosos servicios como principal empleado. «Yo soy Myatt, Myatt y Page», pensaba el joven sin preocuparse de la responsabilidad que acababa de asumir. Era el primogénito y era de ley natural que el padre abdicara en favor de su hijo.

La víspera hablaron de Eckman; pero no lograron ponerse de acuerdo.

Jacobo Myatt creía que Stein había engañado al agente; pero su hijo opinaba que el agente se había confabulado con Stein. «Ya lo verá», le predijo, confiado en su propia perspicacia; pero Jacobo Myatt se limitó a contestar: «Eckman es un hombre ducho y allí necesitamos a uno como él».

Myatt no ignoraba que no valía la pena instalarse para dormir antes de llegar a Herbesthal, en la frontera. Sacó los cálculos que Eckman hiciera como base de las negociaciones con Stein: importe del género en almacén, valor de la clientela y montante de la oferta que Stein, a su juicio, recibiera de otro adquirente. En verdad, Eckman no había hecho clara referencia a Moulton en ninguna de sus cartas. Sólo había hecho alguna sugerencia, en forma que le permitiese negar después cualquier insinuación que se le atribuyera.

Hasta aquel día Moulton no se había interesado nunca

por las pasas. El único intento con una mercancía semejante consistió en un vago coqueteo con el mercado de dátiles. «Esas cifras no me merecen ningún crédito —se dijo Myatt—. Aunque tuviéramos que arrojar todo el género almacenado al fondo del Bósforo, el asunto Stein se lo merece, porque de ese modo conquistaríamos el monopolio. En cambio, para cualquier otra firma, un acuerdo con Stein sería un mal negocio porque tendría que enfrentarse con nuestra competencia.»

A Myatt iba venciéndole el sueño, y ante sus ojos medio cerrados los números perdían paulatinamente sus contornos. Los 1 y los 7 y los 9 se trocaban en pequeños y afilados dientes, los dientes de Eckman; y los 6, los 5 y los 3 se entremezclaron como los fragmentos de un dibujo animado para formar los ojos negros y brillantes del propio Eckman. Las comisiones, bajo la forma de globitos de colores, revolotearon por todo el compartimiento, luego fueron elevándose y Myatt buscó una aguja para hacerlos estallar uno a uno. El rumor de pasos arriba y abajo del pasillo le volvió a la realidad. «Pobre diablo», pensó al ver desaparecer delante del vidrio de su compartimiento un *mackintosh* de color pardo y dos manos cruzadas detrás de la espalda.

Con la imaginación seguía a Eckman desde su despacho a su modernísimo piso, al reluciente excusado, al cuarto de baño de relumbrón, al salón abarrotado de almohadones de colores chillones, donde su mujer, sentada, no paraba de coser, confeccionando chalecos y pantalones, gorros y calcetines para la Misión anglicana, y no sentía por él la menor compasión. Eckman era un cristiano.

A lo largo de la vía llameaban los altos hornos; pero el calor no lograba penetrar a través del muro de cristales. El

frío era intenso. Era una noche abrialeña parecida a la imagen de una vieja tarjeta navideña, una noche con escarcha. Myatt descolgó su abrigo de pieles del perchero y salió al pasillo. En Colonia, el tren se detenía unos tres cuartos de hora, tiempo más que suficiente para beber una taza de café caliente y una copa de coñac. Hasta entonces no tenía otro quehacer que pasearse de un lado a otro como el hombre del *mackintosh*.

Mientras no se presentara algo que le distrajera, Myatt contaba en el pasillo con una doble compañía: Eckman y Stein. Eckman —pensaba Myatt abriendo en vano el grifo del agua caliente en el desportillado lavabo— hasta en el retrete de su casa había colocado una Biblia sujeta al asiento con una cadena, o al menos eso le habían dicho. Una Biblia voluminosa, estropeada por el uso y apta para todos los entendimientos, puesta junto a los dorados grifos y tapones, atestiguaba oficialmente su cualidad de *cristiano* a cuantos hombres y mujeres recibía en su casa. No era necesario aludir discretamente a visitas a la iglesia o al capellán de la embajada. Bastaba que después del café y del coñac, la señora Eckman o su marido propusieran discretamente: «¿Quieren ustedes lavarse las manos?» En cuanto a Stein, Myatt no sabía absolutamente nada acerca de él.

—¡Lástima que usted, tan apasionado por el *cricket*, no se apee en Budapest! Trato, aunque con grandes dificultades, de formar dos equipos en la embajada.

Un viajero de triste semblante, tan descolorido e impersonal como su alzacuello, se dirigía con esas palabras a un hombre menudo, con facciones de animalillo roedor, que retrepado enfrente del primero hacía con la cabeza señales

afirmativas. La voz, desprovista de sus inflexiones características a causa de la portezuela cerrada, llegaba como vaporosa hasta el pasillo en que se hallaba Myatt. Era una voz fantasmal que recordaba de nuevo a Myatt la voz de Stein a cuatro mil kilómetros de distancia a través del hilo telefónico; una voz agradable, amable y anónima cuyo poseedor deseaba tener pronto el honor de recibir a Carleton Myatt en Estambul.

Pasó frente a los compartimientos de segunda ordinaria. Los hombres, en mangas de camisa, con el mentón ligeramente azulado, estaban echados sobre los bancos; las mujeres, con los cabellos aprisionados dentro de redecillas, parecidas a las bolsas de malla colocadas en la rejilla, ceñían las faldas alrededor de las piernas y se apelotonaban sobre los asientos en las actitudes más estrafalarias, formando una mezcolanza de pechos abundantes con caderas delgadas y pechos escuálidos con caderas rollizas. Una mujer alta y delgada se despertó para quejarse: «Esta cerveza que me has traído es abominable. Me ha dañado el estómago». Y cerró nuevamente los ojos. Sentado delante de ella, su marido sonreía. Y mientras se acariciaba con la mano su áspero mentón, miraba de reojo a la muchacha del impermeable blanco, tendida en el asiento. Sus pies rozaban la otra mano del hombre.

Myatt se detuvo y encendió un cigarrillo. El rostro y la esbelta figura de la muchacha del impermeable blanco le agradaban, y también sus labios, lo suficientemente avivados con el lápiz para dar cierto encanto a su ordinariedad.

No era, en verdad, una muchacha del todo ordinaria. La cabeza pequeña, la nariz fina y las orejas diminutas le prestaban algo así como una distinción artificial. Myatt

recordó que la desconocida le había mirado desde el final del pasillo y se preguntó a quién podía evocarle el rostro de él. Myatt le estaba agradecido por no habersele mostrado esquiva y no haberle dado a entender que comprendía sobradamente que su indumentaria, la más suntuosa que pueda comprarse con dinero, debía de hacerle sentirse molesto y cohibido.

Sin apartar la vista de su mujer, el hombre que compartía el asiento con la joven puso cautelosamente la mano sobre el tobillo de ella y la deslizó lentamente hacia su rodilla. La muchacha se despertó y abrió los ojos. —¡Qué frío hace! —la oyó exclamar, y comprendió por su estudiada y defensiva amabilidad que se había percatado de lo sucedido.

La muchacha levantó los ojos y vio que Myatt la estaba mirando. No carecía de tacto ni de paciencia, pero, a juicio de Myatt, sí de sutileza, pues se dio cuenta de que en aquel momento la muchacha estaba cotejando las posibilidades de fastidio que él le ofrecía con las que le brindaba su compañero de viaje.

«No quiero complicarme la existencia», hubiera dicho la muchacha si hubiese expresado sus sentimientos. Myatt admiró la franqueza y la rapidez de su decisión.

«Voy fuera a fumar un cigarrillo», dijo hurgando en su bolso en busca de un paquete. Y a los pocos segundos estuvo en el pasillo al lado de Myatt.

—¿Lumbre?

—Gracias.

Y situándose fuera del alcance de las miradas de los ocupantes del compartimiento escudriñaron a través de las rumorosas tinieblas.

—No me agrada su compañero —dijo Myatt.

—No siempre puede uno escoger. Aún éste puede pasar... Se llama Peters.

Myatt titubeó un instante.

—Mi nombre es Myatt.

—¡Vaya nombre! Yo me llamo Coral, Coral Musker.

—¿Bailarina?

—Exacto.

—Americana.

—No. ¿Qué le induce a usted a creerlo?

—Algo que usted ha dicho. Tiene usted algo de acento... ¿Ha estado alguna vez allí?

—¿Alguna vez? Seis noches y dos tardes por semana en el jardín del Country Club, en Long Island, y en Palm Beach. Y además, viví en un lindo estudio en Riverside Drive. Si no se habla americano no cuente con poder actuar en una opereta inglesa.

—Es usted muy inteligente —dijo gravemente Myatt olvidándose de Eckman y de Stein.

—Caminemos un poco —dijo la muchacha—. Tengo frío.

—¿No puede usted dormir?

—Después de la travesía que hemos tenido es imposible. Además, hace demasiado frío, y ese individuo no para de tocarme las piernas.

—¿Por qué no le da una bofetada?

—¿Antes de que llegemos a Colonia? No quiero armar jaleo. Hemos de soportarnos mutuamente hasta Budapest.

—¿Es allí adonde va usted?

—Adonde va él. Yo voy hasta el final.

—Yo también —dijo Myatt—. Asunto de negocios.

—Así que ninguno de los dos hacemos un viaje de placer —afirmó la muchacha con un leve acento de melancolía—. Le vi al salir el tren. Por un momento le tomé por alguien que conozco.

—¿Quién es él?

—No sé... No me tomo la molestia de acordarme de cómo se llama un hombre. De todos modos no será el mismo nombre con que le conocen en Correos.

A Myatt le pareció que en la indiferencia con que la muchacha admitía la doblez y el engaño había una mezcla de resignación y de valor. La joven pegó contra el vidrio un rostro ligeramente amoratado por el frío.

Parecía un escolar contemplando ávidamente, en el escaparate de una tienda, los mil chirimbolos propios para hacer inocentes jugarretas caseras, pero el cristal sólo ofrecía la oscuridad, y la imagen de su propio rostro.

—¿Cree usted que hará menos frío a medida que vayamos hacia el Sur? —preguntó como si el tren marchara hacia algún clima tropical.

—No vamos lo bastante lejos para que notemos una notable diferencia —repuso Myatt—. He visto nevar en Estambul en el mes de abril. El viento del Mar Negro barre el Bósforo, y le azota a uno en la esquina de las calles. En Estambul todo son esquinas.

—Espero que habrá calefacción en los camerinos. Con el exiguo indumento con que una sale a escena es imposible defenderse del frío. —Y añadió seguidamente—: ¡Qué bien me sentaría algo caliente!

Con el rostro azulado y dobladas las rodillas, la muchacha se apoyó contra la ventanilla.

—¿Estamos cerca de Colonia? ¿Cómo se dice café en

alemán?

El aspecto de la joven asustó a Myatt y corrió hacia el extremo del pasillo a cerrar la única ventana que había quedado abierta.

—¿Está usted segura de que se encuentra bien?

—Sí, así es mejor. Ahora, gracias a usted, hace incluso calor. Ya he reaccionado lo bastante; fíjese usted ...

La muchacha levantó la mano, Myatt la aplicó contra su mejilla y quedó sorprendido del calorcillo que de ella emanaba.

—Vuelva usted a su compartimiento. Procuraré llevarle coñac. Tiene usted temperatura.

—Todavía no he podido reaccionar —objetó la joven—. Hace un momento sentía demasiado calor y ahora siento frío otra vez. No quiero volver al compartimiento, prefiero quedarme aquí.

—¿Quiere usted ponerse mi abrigo...? —aventuró Myatt. Pero antes de terminar la frase con un «por un momento» o «hasta que haya entrado en calor», la muchacha cayó pesadamente al suelo. Myatt le frotó las manos sin quitar la vista de aquel rostro exangüe.

De pronto le pareció que era para él una necesidad vital ayudar a aquella desconocida. Si la hubiese visto evolucionando en el escenario, o parada junto a la puerta de entrada de los artistas, en una calle luminosa, la hubiese considerado sólo como una presa para sus sentidos, pero allí, desamparada, enferma, bajo la luz amarillenta de la lámpara del pasillo, agitado el cuerpo por el traqueteo del tren, aquella muchacha le movía a compasión. No se había quejado del frío que hacía. Sólo había hablado de ello como de un azote inevitable, y Myatt, en un instante de clarividencia, comprendió los innumerables infortunios de la

vida de aquella mujer. Llegó a sus oídos el monótono paso del hombre que viera ir y venir por delante de su compartimiento y fue en su busca.

—¿Es usted médico? Una muchacha acaba de desmayarse.

El hombre se detuvo contrariado.

—¿Dónde está?

Levantó la cabeza y la vio por encima de los hombros de Myatt. Su vacilación irritó al judío.

—Parece hallarse realmente enferma —insistió Myatt. El doctor suspiró y dijo:

—Está bien, voy a verla.

Hubiérase dicho que se preparaba para arrostrar una prueba difícil. Al arrodillarse al lado de la muchacha, pareció desvanecerse todo temor; se condujo con esa experta e impersonal suavidad propia de los médicos. La auscultó y luego le levantó los párpados. La muchacha volvió en sí en un estado de semiinconsciencia y creyó que era ella quien se inclinaba sobre aquel taciturno desconocido de largos mostachos. Sintió compasión por aquel hombre inquieto que tanto debía de haber sufrido, y la bondad que creyó ver en sus ojos despertó en ella sentimientos de solícita gratitud. Tendió las manos hacia aquel rostro desconocido. Pensó que aquel hombre debía padecer mucho y por un instante se olvidó de las extrañas sombras que llenaban el vagón y del resplandor de la luz eléctrica que brillaba en el suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó la muchacha, tratando de recordar por qué había acudido ella en auxilio de aquel hombre. Jamás había visto a un ser tan necesitado de ayuda...

—Un médico.

La muchacha abrió unos ojos asombrados, y todo se aclaró. Era ella quien estaba tendida en el pasillo.

—¿Me he desmayado? —preguntó—. Hacía mucho frío.

Poco a poco iba tomando conciencia del lento y pesado movimiento del tren.

A través de los cristales, las luces iluminaban con intermitencia el rostro del doctor y el del joven judío que estaba detrás de él. Myatt, Myatt... La muchacha sonrió bajo el imperio de una súbita satisfacción y le pareció haber transferido a otro todas sus responsabilidades. El tren se detuvo bruscamente y el judío fue a dar contra un costado del vagón. El doctor no se había movido. En todo caso, si había oscilado, lo había hecho subordinándose a los traqueteos del tren y no a contratiempo. Tenía la vista clavada en el rostro de Coral Musker y con un dedo le tomaba el pulso. La observaba con un intenso y contenido apasionamiento. Parecía que de un momento a otro iba a hablar, pero la muchacha sabía que no era pasión por ella ni por ninguno de sus atributos.

«Aunque tuviera las piernas de Mistinguett ni siquiera se daría cuenta», pensó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la muchacha.

La respuesta se perdió en la barahúnda producida por el rumor de voces en el andén y el revuelo causado por la entrada de unos hombres con uniformes azules. La muchacha sólo captó estas palabras: «... mi verdadera profesión».

—Preparen pasaportes y equipajes —gritó una voz extraña. Myatt se dirigió a la joven y le pidió el bolso.

—Yo me ocuparé de sus cosas —le dijo.

La muchacha le confió el bolso y con la ayuda del doctor se sentó reclinada contra uno de los costados del vagón.

—¿Pasaporte?

El doctor respondió lentamente y por vez primera la muchacha advirtió su acento extranjero.

—Mi equipaje está allí, en un coche de primera clase. Soy médico y no puedo dejar a esta señorita.

—¿Pasaporte inglés?

—Sí.

—Está bien.

Presentó se otro hombre.

—¿Los equipajes?

—Nada que declarar.

El hombre siguió su camino.

Coral Musker sonrió.

—¿Estamos de verdad en la frontera? Toma, podría pasarse de contrabando lo que uno quisiera. Ni siquiera hacen abrir las maletas.

—No cuando se tiene pasaporte inglés.

El doctor miró alejarse al hombre y guardó silencio hasta que volvió Myatt.

—Ahora ya puedo ir a mi compartimiento.

—¿Viaja usted en coche—cama?

—No.

—¿Se apea usted en Colonia?

—No. Voy hasta el final.

El doctor le dio el mismo consejo que el sobrecargo.

—Debería usted ir en coche—cama.

Lo inútil del consejo molestó a la muchacha y por un instante se olvidó de la compasión que había despertado en

ella la edad de su interlocutor y la angustia de que daba muestra.

—¿Cómo puedo permitirme el lujo de un coche—cama? Soy una simple corista.

—Evidentemente, no dispone usted del dinero necesario —replicó el doctor con insólita amargura.

—¿Qué debo hacer? ¿De veras estoy enferma?

—¿Qué puedo aconsejarle? Si fuese rica le diría que se tomara unas vacaciones de seis meses y se trasladara al Africa del Norte. Se desmayó usted a causa de la travesía y del frío, pero esto carece de importancia. Tiene usted una afección cardíaca. Desde hace varios años, su corazón ha debido trabajar demasiado.

—Pero, ¿qué debo hacer? —le suplicó la muchacha un poco asustada.

—Nada, siga usted como hasta ahora, descanse lo más posible y procure no enfriarse. Debería usted ir más abrigada.

Oyóse un silbido y el tren se puso lentamente en marcha. Las luces de la estación se quedaron atrás. El doctor se volvió para despedirse de la muchacha.

—Si me necesita, estoy tres vagones más allá. Me llamo John, doctor John.

—Y yo, Coral Musker —dijo la muchacha con cierta timidez. El doctor la saludó cortésmente y se alejó. La muchacha creyó adivinar en los ojos del doctor que multitud de otros pensamientos acudían en tropel a su mente. Jamás hasta entonces había tenido la sensación de haber sido tan rápidamente olvidada. «La que los hombres olvidan», se puso a canturrear para conservar el ánimo y consolarse. Aún no había dado algunos pasos cuando el doctor fue detenido por un hombre menudo, de rostro pálido, que avanzaba con paso

tímido y apoyando una mano en la barra del pasillo. Coral oyó que preguntaba al médico:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Puedo ser útil en algo?

El hombre llegaba apenas a los hombros de su interlocutor. A la vista de aquel rostro ansioso, levantado hacia el otro, Coral rompió a reír.

—No me juzgue usted indiscreto —decía el recién llegado posando una mano en el brazo del otro—. Un clérigo que viaja en mi compartimiento me ha dicho que había alguien enfermo. Y yo le he contestado que iría a enterarme —añadió con viveza.

Antes, al ver al doctor pasearse de un extremo a otro del pasillo la muchacha se había dado cuenta de que prefería estar solo que en su abarrotado compartimiento; ahora, sin haberlo buscado, se veía acosado por gente que le hacían objeto de una serie de preguntas y observaciones. La joven esperaba que de un momento a otro el doctor estallase y despachara al intruso con alguna réplica fulminante; pero la suavidad de la contestación la dejó asombrada.

—¿Ha dicho usted un sacerdote?

—Oh, no —dijo el otro—. Todavía no sé a qué secta o culto pertenece. ¿Por qué? ¿Acaso hay un moribundo?

El doctor John pareció darse cuenta del espanto de la joven y le gritó unas palabras tranquilizadoras antes de desasirse de la mano que le tenía cogido.

El hombrecillo se acercó a Coral.

—¿Qué significa toda esta historia?

La muchacha no hizo caso de la pregunta y sacó a relucir sus últimas reservas de simpatía.

—No creo que esté tan enferma, ¿verdad? —inquirió

en tono suplicante, dirigiéndose a la única presencia amiga que tenía a su lado.

—Lo que me intriga —dijo el desconocido— es su acento. Diríase que es extranjero y no obstante ha dado un apellido inglés. Voy a verle y hablaré con él.

Desde que Coral se repuso de su desmayo, su mente funcionaba con claridad. La visión de un mundo trastocado, en el cual era el doctor quien yacía tendido solicitando su compasión y sus cuidados, había acentuado la limpidez de las imágenes familiares que el hábito suele disipar; pero si la intuición era rápida, las palabras fueron tardías y el desconocido no podía oír la cuando imploró:

—No le moleste usted.

—¿Qué opina del doctor? —preguntó Myatt—. ¿Tiene razón? ¿Hay en su vida un misterio?

—Todos tenemos nuestros secretos.

—Quizá huye de la policía...

—Es un buen hombre —afirmó la muchacha, convencida.

Myatt aceptó complacido esa categórica declaración que ahuyentaba al doctor de sus pensamientos.

—Debe usted acostarse y tratar de dormir —dijo. Pero no fue necesaria la evasiva respuesta de ella: «¿Cómo he de dormir con esa vecina y su estómago?» Para recordarle a Peters, el hombre que, en su rincón, estaría acechando el regreso de la joven, ansioso de reanudar su vulgar, fácil e inofensivo jugueteo. Y añadió—: Es preciso que venga a mi coche—cama.

—¿Qué? ¿En primera?

El acento de deseo e incredulidad con que Coral pronunció aquellas palabras acabó de decidir a Myatt. Resolvió portarse como un príncipe, hacer gala de una

generosidad oriental y distribuir dones suntuosos sin exigir o desear nada a cambio. La avaricia era el tradicional reproche que se hacía a su raza. Pues bien, él demostraría a una cristiana cuán injusto era. Cuarenta años en el desierto, lejos de la abundancia de Egipto, habían inculcado a su raza hábitos severos, los dátiles estrictamente contados y el agua celosamente guardada; y un millar de años en el desierto de un mundo cristiano en el que sólo el secreto tesoro estaba a salvo, no había tampoco alentado la exhibición de la riqueza. Pero el mundo cambiaba, el desierto se cubría de flores y en la Europa occidental en dispersos rincones, acá y acullá, el judío podía hacer gala de otra cualidad que compartía con el árabe: ser el anfitrión principesco que lava los pies al mendigo y le hace partícipe de su propio plato; y a veces podía convertirse en el enemigo del rico para hacerse amigo de cualquier pobre que implora cobijo en nombre de Dios. Myatt no oía ya el estrépito del tren y, mientras con los materiales de su propio orgullo construía la tienda en el oasis y el pozo en el desierto, en sus ojos iba extinguiéndose la luz. Tendió las manos hacia la desconocida.

—Sí, tiene usted que dormir aquí. Yo me arreglaré con el jefe de tren. Arrópanse usted con mi abrigo para resguardarse del frío. Cuando llegemos a Colonia encontraremos café, pero, mientras, lo mejor que puede hacer es dormir.

—Pero yo no puedo aceptar... ¿Dónde dormirá usted?

—Ya encontraré sitio. El tren no va lleno.

A Coral la invadió de nuevo una especie de ternura impersonal, aunque no se sentía ahora tan amedrentada como la primera vez; algo así como una vaga melancolía por

la cual se dejaba mecer, una especie de éxtasis que la conducía muellemente adonde quería ir, hacia un sueño que no fuera demasiado profundo para poder evadirse de él si el miedo se apoderaba de ella. Tuvo la impresión de que en aquel ambiente de confianza, Myatt ganaba su simpatía, porque en lugar de formular mil excusas o de erigirse enfáticamente en protector suyo, se conformaba con su papel de sombra tutelar.

Myatt no fue a buscar al jefe de tren. Se acurrucó entre el pasillo y el compartimiento, cruzó los brazos y se dispuso a dormir. Pero como se había despojado del abrigo sentía frío. A pesar de que todas las ventanillas del pasillo estaban cerradas, una corriente de aire se colaba por los intersticios de las puertas y por los fuelles que enlazaban los vagones. Los ruidos del tren no eran ahora lo bastante acompasados para fundirse, indistintos, en un monótono silencio.

Entre Herbesthal y Colonia había varios túneles, y al paso de cada uno de ellos arreciaba el estrépito del expreso. Myatt dormía en una posición incómoda, y los silbidos del vapor y la corriente de aire que azotaba sus mejillas contribuían a alterar su sueño. El pasillo se trocó en la larga Spaniards Road, recta y bordeada de brezales. Avanzaba lentamente en su *Bentley* conducido por Isaacs, ambos observando los rostros de las muchachas que paseaban por parejas a lo largo del iluminado lado este, jóvenes dependientes que se ofrecían, a pesar del riesgo, por una copa en la posada, o un paseo en coche, y el afán de diversión.

Al otro lado de la carretera, al amparo de la sombra, en unos pocos asientos, se hallaban sentadas, de espaldas a las arenosas laderas y a los arbustos espinosos, las

prostitutas, viejas, ajadas y disformes, en espera del paso de cualquiera lo bastante viejo, estúpido y ciego como para ofrecerles diez chelines.

Isaacs paró el *Bentley* debajo de un farol, con el propósito de ver desfilar ante ellos aquellos rostros bellos y anónimos. Isaacs quería una chica rubia y rolliza, y él, Myatt, una que fuera morena y delgada. Sin embargo, no resultaba fácil seleccionar y elegir, pues a lo largo del lado oriental se alineaban los automóviles de sus competidores, jóvenes asomados a las portezuelas abiertas, riendo y fumando; al otro lado de la calzada, un coche de dos plazas esperaba pacientemente. Myatt se sentía irritado por el gusto intransigente de Isaacs. Hacía frío en el *Bentley*. Una corriente de aire hería su mejilla, pero cuando de pronto vio pasar a Coral Musker, saltó del coche, le ofreció un cigarrillo, luego una copa y después un paseo. Con esas chicas se gozaba de una ventaja, pensó Myatt; todas ellas sabían a qué atenerse en cuanto se les proponía un paseo en coche, y si no les gustaba tu aspecto, decían simplemente que tenían que regresar a casa. A Coral Musker le gustaba dar un paseo, le aceptaba a él de compañero y en el automóvil, a oscuras, iban dejando atrás las luces, los hoteles, las casas, mientras delante de ellos surgían los árboles como siluetas de papel alumbradas por la luz verde de los faroles; y luego los arbustos que retenían el perfume de las hojas, húmedas de la lluvia matinal, y un breve y bárbaro placer en medio de los rastrojos. En cuanto a Isaacs debía contentarse con su pareja, aunque fuese morena, robusta, y tuviese la nariz grande y los dientes agudos y prominentes. Pero cuando la pareja de Isaacs se hubo instalado en el asiento delantero, se volvió hacia

Myatt y, sonriéndole anchamente, le dijo: «He salido sin tarjeta, pero me llamo Stein». y entonces, en alas del viento, él ascendía por una escalinata con pasamanos dorado en lo alto de la cual se hallaba ella de pie. Lucía un pequeño bigote, y señalando a una mujer que sentada no cesaba de coser, le gritó: «Le presento a la señora Eckman».

Coral Musker retiró la mano de las mantas como en señal de protesta mientras bailaba y bailaba y bailaba bajo la luz deslumbrante del foco, y el productor le golpeaba las desnudas piernas con una caña y le gritaba que no servía, que se había retrasado un mes, que había roto el contrato. Y ella seguía bailando y bailando y bailando, sin hacerle caso, aunque él continuaba golpeándole las piernas con la caña.

La señora Peters se volvió hacia su marido y le dijo:

—¡Vaya cerveza! Mi estómago se niega a guardar silencio. Hace tanto ruido que no me deja dormir.

El señor Opie soñaba que, vestido con un sobrepelliz, con una maza de *cricket* debajo del brazo y un guante de bateador colgándole de la muñeca, subía por una ancha escalera de mármol, hacia el altar de Dios.

El doctor John, que, gracias al amargo comprimido que acababa de disolver sobre la lengua, se había quedado dormido, pronunció algunas palabras en alemán. No disponía de cama y se había sentado, rígida la espalda, en un rincón del compartimiento, mientras le llegaba del exterior la lenta cantinela: «Köln. Köln. Köln.»

Segunda parte

Colonia

I

—Naturalmente, querida. No me importa en absoluto que estés bebida —dijo Janet Pardoe. El reloj que coronaba la estación de Colonia dio una campanada, y un camarero comenzó a apagar las luces de la terraza del *Excelsior*.

—Espera, querida, deja que arregle tu corbata.

Miss Pardoe se inclinó sobre la mesa y arregló la corbata de Mabel Warren.

—Hace tres años que vivimos juntas —dijo miss Warren con acento grave y melancólico— y nunca te he hablado con tanta dureza.

Janet Pardoe se perfumó la parte posterior de las orejas.

—Por amor de Dios, querida, mira qué hora es. El tren sale dentro de media hora, y entretanto yo tengo que ir a buscar mis maletas y tú tienes que efectuar tu entrevista. Bebe la ginebra y vámonos.

Mabel apuró el vaso. Luego se levantó. Su achatada silueta se balanceó ligeramente. Llevaba una corbata, un cuello almidonado y un traje de mezclilla. Tenía las cejas pobladas y los ojos hundidos y penetrantes, enrojecidos, al parecer, por lágrimas recientes.

—Ya sabes por qué bebo —dijo.

—Tonterías, querida —dijo Janet Pardoe dando los últimos toques a su peinado ante el espejo de su polvera—. Antes de conocernos hacía ya tiempo que bebías. Por favor, no exageres. Sólo estaré ausente una semana.

Luego, al levantarse Janet Pardoe para cruzar la plaza, la agarró del brazo con un vigor extraordinario.

—Estos hombres... —dijo misteriosamente—. Prométeme que tendrás cuidado. Si al menos pudiese acompañarte...

Casi en el umbral de la estación metió el pie en un charco de agua.

—¡Oh, qué torpe soy, mira lo que he hecho! He salpicado tu elegante traje nuevo.

Y con su gruesa mano, cuyo dedo meñique lucía un anillo de sello comenzó a cepillar la falda de Janet Pardoe.

—¡Oh, por Dios! Vamos, Mabel —dijo Janet.

El humor de miss Warren cambió súbitamente. Se irguió y se interpuso en el camino de su compañera.

—Dices que estoy borracha. Pues bien, sí, estoy borracha y lo estaré todavía más.

—Vamos, apresúrate.

—Si no vienes a tomar otro vaso conmigo no te dejaré dar un paso más.

Janet Pardoe cedió.

—Uno solo, cuidado.

A través de un espacioso y sombrío vestíbulo, Janet acompañó a Mabel hacia un salón donde hombres y mujeres de rostros soñolientos tomaban café.

—Ginebra —dijo miss Warren, y Janet pasó el encargo.

En el espejo colgado en la pared de enfrente miss

Warren vio su propia imagen, enrojecida, con los cabellos en desorden, estrafalaria, sentada al lado de otra imagen mucho más corriente, esbelta, morena y agraciada. «¿Qué importo yo? —pensó, melancólica, bajo los efectos del alcohol—. Es mi obra. Soy responsable de ella.» Y con amargura: «He pagado por ella. No hay nada de lo que lleva puesto que no lo haya pagado yo. He trabajado duramente para ella; me he levantado a horas intempestivas, me he entrevistado en sus despachos con patronas de casas de mala nota, o con madres de criaturas asesinadas. He escrito reportajes sobre esto y aquello. He investigado sobre cualquier cosa». Sabía —y se sentía orgullosa de ello— que en el periódico, en Londres, se decía: «Si queréis literatura lacrimosa enviad a Mabel la achispada». Las orillas del Rin eran su reino. Entre Colonia y Maguncia no había una ciudad, por poco importante que fuera, en la que no hubiese hecho indagaciones en busca de algún documento humano, o arrancado frases dramáticas de labios de hombres mohínos y silenciosos, o hecho hablar conmovedoramente a mujeres demasiado trastornadas por una pena para poder pronunciar una sola palabra.

Ni un suicidio, ni una mujer asesinada ni una criatura violada suscitaban en ella la menor emoción. Su labor informativa era del más acabado virtuosismo y cuando se trataba de observar o de escuchar se mostraba una verdadera artista. Las lágrimas, ¡ah!, eso estaba bien para el periódico.

Sin embargo, ahora estaba allí sentada, gimoteando y sollozando porque Janet Pardoe la abandonaba por una semana.

—¿Con quién tienes que entrevistarte? —le preguntó

Janet Pardoe.

No tenía ningún interés en saberlo, pero ante las lágrimas de Mabel Warren quería distraerla e impedir que pensara en la separación. Su lloriqueo despertaba demasiada curiosidad.

—Deberías peinarte un poco —añadió.

Miss Warren no llevaba sombrero, y sus cabellos negros, peinados a lo chico, estaban deplorablemente revueltos.

—Con Savory —dijo miss Warren.

—¿Quién es?

—Vendió cien mil ejemplares de *La Ronda Loca*. Medio millón de palabras; doscientos personajes. El genio de los barrios bajos londinenses. Cuando lo recuerda, no pronuncia las haches.

—¿Qué está haciendo en el tren?

—Se dirige a Oriente, en busca de documentación. No entraba en mi cometido entrevistarle, pero como iba a la estación contigo he aceptado ocuparme de ello. Me han encargado un cuarto de columna; pero ya encontrarán el medio de recortar la información hasta reducirla a dos líneas. No ha escogido bien el momento; en verano, entre serpientes de mar y sirenas, le hubieran dedicado media columna.

El interés profesional había animado por un momento el rostro de miss Warren, que volvió a ensombrecerse al mirar de nuevo a Janet Pardoe. Ya no vería por las mañanas a Janet en pijama sirviendo el café, ni tampoco por la noche, al regresar a casa, la encontraría, también en pijama, agitando una coctelera.

—Es ya la una y cuarto. Tenemos que marcharnos. No conseguirás tu entrevista.

Miss Warren se sintió herida en su orgullo profesional y rezongó:

—No te figurarás que tenga necesidad de presentarle un cuestionario. Me bastará echarle una ojeada para atribuirle las frases precisas. Y no se quejará de ello, porque al fin y al cabo siempre será un reclamo publicitario.

—Voy a ver si encuentro al mozo que tiene mi maleta.

El restaurante se iba vaciando. Los gritos de los mozos y el silbido del vapor llegaban apagados al sitio en que se hallaban sentadas las dos mujeres. Janet Pardoe insistió cerca de miss Warren.

—Es hora de marcharnos. Si pides otra ginebra te dejo.

Miss Warren no respondió y pareció no haberse enterado de la amenaza.

Janet Pardoe se encontró presenciando uno de los consabidos ritos de la carrera periodística de miss Warren: el visible proceso de disimular la embriaguez. Primero, con una mano se alisó el cabello y luego con un pañuelo lleno de polvos atenuó la rubicundez de las mejillas y de los párpados. Entretanto, Mabel tenía los ojos fijos en lo que había delante de ella, las tazas, los camareros, los vasos y luego, más a lo lejos, el espejo y su propia imagen, sirviéndose de esas cosas como de una pizarra de óptico. Esta vez la primera letra del alfabeto, la gran *A* negra, aparecía sustituida por un hombre de edad madura enfundado en un *mackintosh* quien, de pie cerca de la mesa, se sacudía las migajas de pan que habían caído sobre sus ropas, antes de dirigirse al tren.

—¡Dios mío! —exclamó miss Warren ocultando el rostro entre las manos—. Estoy borracha. No veo claro.

¿Quién es aquel individuo que está allí?

—¿El hombre de los bigotes?

—Sí.

—Es la primera vez que lo veo.

—Yo lo he visto antes en alguna parte —dijo miss Warren—. Sí, lo he visto. Pero, ¿dónde?

Algo le había hecho olvidar la próxima separación. Husmeaba una pista.

Dejó medio dedo de ginebra en el fondo del vaso y se dirigió hacia la puerta en pos del hombre. Este salió, y, atravesando rápidamente el espacioso vestíbulo que relucía en la semioscuridad, alcanzó una escalera antes de que miss Warren hubiese logrado abrirse paso a través de la puerta giratoria. Miss Warren chocó contra un mozo de estación, cayó de rodillas y movió la cabeza esforzándose en librarse de su beatitud, de su melancolía y de los vapores de la embriaguez. El hombre se detuvo para acudir en su ayuda, la cogió del brazo y la sostuvo unos momentos hasta que estuvo en condiciones de hilvanar sus ideas.

—¿Cuál es el tren que sale del andén número cinco? —preguntó.

—El de Viena —repuso el hombre.

—¿Belgrado?

—Sí.

Había pronunciado Belgrado en lugar de Estambul por pura casualidad; pero el sonido de su propia voz aclaró en forma sensible su mente.

—Coge dos asientos —gritó a Janet Pardoe—. Voy contigo hasta Viena.

—Pero... ¿y tu billete?

—Tengo mi carnet de Prensa.

Ahora era Mabel quien se mostraba impaciente.

—No pierdas tiempo. Es el andén número cinco. Es la media menos dos. Sólo nos quedan cinco minutos.

Y, dirigiéndose al mozo, a quien ella retenía por el brazo, añadió:

—Escucha; vas a llevar un recado en mi nombre a la Kaiser Wilhelmstrasse número 33.

—No puedo moverme de la estación —replicó el hombre tratanto de desasirse.

—¿A qué hora acaba tu servicio?

—A las seis.

—No puedo esperar. Es preciso que encuentres un medio para escapar. Vamos, no creo que esto sea muy difícil. Nadie se dará cuenta de tu ausencia.

—Me echarían a la calle.

—Arriésgate —dijo miss Warren—. Veinte marcos para ti.

—El capataz se enteraría.

—Te daré otros veinte marcos para él.

—El capataz no aceptará. Es demasiado peligroso, y el jefe podría enterarse.

Miss Warren abrió el bolso y se puso a contar el dinero. Encima de su cabeza el reloj dio la media. El tren salía dentro de tres minutos, pero ni por un momento miss Warren dejó traslucir su ansiedad. Cualquier manifestación emotiva hubiera asustado al hombre.

—Ochenta marcos y da lo que quieras al capataz. Sólo estarás fuera diez minutos.

—Es mucho arriesgarse —dijo el mozo; pero permitió que le pusieran los billetes en lil mano.

—Escucha con atencion. Irás al número 33 de la Kaiser Wilhelmstrasse. Allí están las oficinas del *Clarion* de

Londres. Seguramente habrá alguien. Dile que miss Warren ha tomado el *Orient—Express* hacia Viena y no le mandará la entrevista esta noche. Dile que está sobre la pista de una gran información de primera página y que yo telefonaré mañana desde Viena. Ahora repite lo que te he dicho.

Mientras el hombre repetía lentamente el mensaje, miss Warren no quitaba la vista del reloj. La una y treinta y un minuto, treinta y uno y medio...

—Está bien. Vete. Si dentro de una hora y cincuenta y cinco minutos no has transmitido el mensaje, te denunciaré por haber aceptado dinero.

Y diciendo esto hizo al hombre una mueca burlona que puso al descubierto sus dientes, grandes y cuadrados, y subió la escalera corriendo. La una treinta y dos minutos.

Creó oír un silbido y subió de un salto los tres últimos escalones. El tren comenzaba a moverse. Un revisor intentó obstaculizarle el paso y por encima del hombro miss Warren le gritó: «¡Pase!» Los últimos vagones de tercera iban desfilando con una marcha cada vez más acelerada.

«¡Dios mío! —se dijo—. Ya no beberé más.» Se aferró con una mano a la barandilla de cobre del último vagón. Un mozo corría tras ella gritando alguna cosa. Durante diez largos segundos un dolor terrible le atenazó el brazo. Creó iba a ser arrastrada por el andén y arrojada contra las ruedas del furgón. La marcha iba haciéndose más veloz. No, no podría subir. Un instante más y sus hombros se doblarían. Quizá fuera preferible dejarse caer en el andén y arriesgar el choque que romperse las dos piernas. ¡Pero qué información iba a perderse!, pensó con amargura. Miss Warren arriesgó el todo por el todo, saltó y cayó de rodillas sobre el estribo en el preciso momento en que llegaba al término del andén. Desapareció el último farol.

Bajo el peso de su cuerpo abrióse la portezuela hacia dentro y miss Warren se desplomó en el pasillo. Apoyóse suavemente contra un costado del coche a causa del dolor que le oprimía el hombro y se dijo con amargo acento triunfal: «Ya tenemos a bordo a Mabel».

* * *

La luz matutina se coló por los intersticios de la ventanilla y se posó en el asiento de enfrente. Lo primero que percibió Coral Musker al despertarse fue el asiento y una maleta de piel. Sentíase nerviosa y agitada al pensar en el tren que debía tomar en la estación Victoria y en el huevo duro y los emparedados resecos que le esperaban abajo. Ahora que se aproximaba la hora de salida lamentó haber aceptado la proposición que había recibido. Casi prefería las colas en la escalera de la Shaftesbury Avenue y la obligada serenidad de las largas esperas ante las puertas de las agencias. Levantó la cortinilla y se quedó un instante estupefacta al ver acercarse raudamente un poste telegráfico, un río verdoso, iluminado por la mancha anaranjada del sol naciente, y unos cerros cuajados de árboles. Entonces recordó.

Todavía era temprano. El sol estaba muy bajo y apenas asomaba a las crestas de las colinas. En la falda de éstas titilaban las luces de un pueblecito, y algunos exangües penachos de humo se resistían a deshilacharse encima de las casitas de madera en el interior de las cuales comenzaba a encenderse el fuego, y a prepararse el desayuno de los campesinos. El pueblecito se hallaba tan lejos de la vía que permanecía inmóvil, presto a la

contemplación, mientras los árboles, las quintas levantadas en la orilla más cercana y las barquillas ancladas parecían volar al encuentro del tren.

Coral levantó la otra cortinilla y vio a Myatt que dormía reclinado contra un costado del pasillo. Su primer impulso fue despertarle; pero al instante optó por dejar que siguiera durmiendo y continuar ella gozando del lujo que le deparaba el sacrificio ajeno. Sentía una especie de ternura por aquel desconocido, como si él le hubiese inculcado nuevamente la esperanza en una vida que no fuera de lucha continua. Pensó que el mundo no era quizá tan hostil como se figuraba y recordó que también el sobrecargo le había hablado con cariño y le había gritado: «¡Acuérdese de mí!» Lo de ahora le hacía parecer menos fantástico que el sobrecargo se acordara de ella. Ahí fuera, delante de la puerta, dormía aquel joven judío, dispuesto a soportar horas de incomodidad por una mujer a quien no conocía. Y por vez primera pensó gozosa: «Quizá tenga una vida, quizá exista en el espíritu de la gente aun cuando no me vean o no me hablen...» Miró de nuevo por la ventanilla. El pueblecito había desaparecido y también las colinas que momentos antes contemplara. Sólo el río parecía el mismo. Y Coral volvió a dormirse.

Miss Warren recorría el tren tambaleándose. A pesar de que durante un par de horas había estado sentada en el pasillo de un coche de tercera clase, no se había atrevido a apoyar la mano derecha en el pasamano porque aún le dolía el hombro. Sentíase magullada, aturdida y ebria. A duras penas lograba poner orden a sus ideas; pero su olfato le señalaba la pista que le permitiría ir en pos de la pieza.

Jamás en el transcurso de diez años de reportajes,

informaciones y artículos sobre los derechos de la mujer, violaciones y asesinatos, había estado tan cerca de conseguir un notición semejante, digno de figurar en primera página. No se trataba esta vez de una historia que sólo los periodicuchos de baja estofa se atreverían a publicar, sino de algo por lo que el corresponsal del *Times* daría un año de vida. Pocos hubieran sido los periodistas capaces, como ella, de atrapar al vuelo tamaña ocasión «a pesar de estar ebria», se decía con orgullo para sus adentros. Con paso inseguro avanzaba por los pasillos de los coches de primera y el triunfo ceñía grotescamente su frente como una corona puesta de través.

La suerte le fue propicia. Un hombre salió de un compartimiento y se encaminó hacia el lavabo. Al arrimarse contra una ventanilla para dejarle paso, miss Warren vio al hombre del *mackintosh* acurrucado en un rincón del compartimiento y, por el momento, sin que nadie le acompañara. El hombre levantó la cabeza y vio a miss Warren en el marco de la puerta balanceándose ligeramente hacia delante y hacia atrás.

—¿Puedo pasar? —preguntó miss Warren—. He subido en Colonia y todavía no he encontrado sitio.

Su voz era apagada, casi cariñosa.

—El asiento está ocupado.

—Sólo un momento —dijo miss Warren—. Para descansar un poco mis piernas. ¡Qué contenta estoy de que hable usted inglés! Siempre he tenido miedo a viajar en un tren donde sólo hubiese extranjeros. Por las noches una puede tener necesidad de algo. ¿Verdad?

Y sonriéndole jovialmente añadió:

—Me han dicho que es usted médico.

—Lo fui —repuso el hombre.

—¿Va usted a Belgrado?

De improviso, el hombre, turbado y molesto, echó una rápida ojeada a miss Warren que la cogió de sorpresa. Observó su achaparrada figura un poco inclinada hacia delante, el brillo del anillo de sello y el rostro congestionado y ansioso.

—No —dijo—, no voy tan lejos.

—Yo me apeo en Viena —insistió miss Warren.

—¿Qué le hace a usted pensar que...? —dijo el hombre lentamente al tiempo que se preguntaba qué razón tenía para interrogar a aquella desconocida. Desconocía la experiencia del peligro bajo la forma de una solterona inglesa un poco alumbrada por la ginebra. Percibía el penetrante olor del alcohol. Los peligros que hasta entonces arrostrara sólo habían exigido de él el movimiento de hundir la cabeza entre los hombros, el dedo rápido, la mentira neta y brutal... Pero también miss Warren titubeaba.

—Me parecía haberle visto en Belgrado...

—Nunca he estado allí.

Miss Warren abandonó todo subterfugio y pasó bruscamente a la ofensiva.

—Yo estaba en Belgrado, enviada por mi periódico, con ocasión del proceso Kamnetz.

Estas palabras proporcionaron al viajero sobrados motivos para mostrarse receloso, por lo que opuso a esa declaración una absoluta indiferencia.

—¿El proceso Kamnetz?

—Sí, cuando se acusó de estupro al general Kamnetz. Czinner era el principal testigo de cargo, pero naturalmente el general fue absuelto. El jurado estaba sobornado. El gobierno no habría permitido jamás una sentencia

condenatoria. Czinner cometió una verdadera estupidez al presentarse a declarar.

—¿Una estupidez?

La cortés indiferencia de su interlocutor exasperaba a miss Warren.

—Claro que habrá oído usted hablar de Czinner. La semana anterior, mientras estaba sentado en un café, fue víctima de un atentado. Era el jefe del partido socialdemócrata. Al declarar contra Kamnetz hizo el juego a sus adversarios, quienes doce horas antes de la conclusión del proceso tenían ya en su poder una orden de detención contra él bajo acusación de falso testimonio. No tuvieron más que esperar sentados la absolución.

—¿Y cuándo ocurrió todo eso?

—Hace cinco años.

El hombre la observaba atentamente meditando la respuesta que lograra sacar de sus casillas a sus interlocutora.

—¡Ah, por lo visto se trata de una vieja historia! ¿Y salió Czinner de la cárcel?

—Logró escapar. Daría cualquier cosa por saber cómo lo hizo. Sería un reportaje estupendo. Simplemente desapareció. Todo el mundo creyó que había sido asesinado.

—¿Y no es verdad?

—No —dijo miss Warren—; se fugó.

—Un hombre inteligente.

—No lo creo —dijo miss Warren, furiosa—. Un hombre inteligente no se hubiera presentado jamás a declarar. ¿Qué le importaban Kamnetz y la criatura? Era una pura locura quijotesca.

Una ráfaga de aire frío penetró por la puerta abierta

e hizo sentir escalofríos al doctor.

—¡Vaya noche de perros! —dijo.

Con un gesto de su mano, corta y curtida, miss Warren dio por cancelada esa observación. Y continuó diciendo:

—¡Y pensar que no ha muerto! Mientras el jurado se retiraba a deliberar, Czinner salió de la sala bajo la mirada de la policía. Todos los agentes permanecieron en su puesto, inmóviles, incapaces de hacer nada en tanto no regresara el jurado. Hasta juraría haber visto la orden de detención que asomaba por el bolsillo de pecho de la chaqueta de Hartep. Czinner desapareció. Como si no hubiera existido. Todo ha continuado exactamente como antes. Hasta Kamnetz.

El viajero no pudo disimular un cierto interés no exento de amargura.

—¿De veras? ¿Hasta Kamnetz?

Miss Warren no desaprovechó esa ligera ventaja, hizo gala de una sorprendente imaginación y expresándose con voz apagada y entrecortada prosiguió:

—Pues sí; si ahora reapareciera no encontraría nada cambiado. Se diría que no ha transcurrido el tiempo. Veríamos a Hartep aceptando los mismos sobornos y a Kamnetz al acecho de su pieza predilecta; la misma vida en los arrabales y los mismos cafés con los mismos conciertos a las seis y a las once. Carlos ya no está en el *Moscova*. Es lo único que ha cambiado. El nuevo camarero es francés. Cerca han edificado un nuevo cinematógrafo. ¡Ah, se me olvidaba! Ha habido un cambio. En el sitio donde estaba emplazada la cervecería de Krüger han construido inmuebles para funcionarios.

El hombre, sintiéndose impotente para enfrentarse contra aquella nueva maniobra de su adversaria, guardó

silencio. Así pues, había desaparecido la terraza de Krüger, con sus bombillas de colorines, sus quitasoles chillones y los zingaros que iban de mesa en mesa tocando suavemente en la penumbra.

También Carlos se había marchado. El viajero estuvo a punto de capitular ante aquella mujer, de arriesgar su seguridad y la de sus amigos con tal de tener noticias de Carlos. ¿Había hecho acopio de todas las propinas para retirarse a una de las nuevas viviendas construidas cerca del parque, doblando ahora servilletas para su propia mesa y descorchando su propia botella? Se daba cuenta que hubiera debido atajar a aquella ebria y peligrosa mujer, pero se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra, mientras ella le daba noticias de Belgrado, ese género de noticias que sus amigos no le proporcionaban nunca en sus cartas cifradas semanales.

Otras muchas cosas todavía hubiera querido preguntarle. Aquella mujer había dicho que nada había cambiado en los arrabales. Ello le hacía evocar su paso precavido por las acentuadas pendientes de las angostas callejas; recordaba cómo se agachaba bajo los abigarrados pingajos colgados de unas cuerdas sujetas a uno y otro lado de las callejuelas, tapándose la nariz con el pañuelo para no sentir el hedor de los perros, de los chiquillos, de la carne podrida y de los excrementos humanos. Hubiera querido saber si aún se acordaban del doctor Czinner. Había conocido a cada uno de los habitantes de los arrabales íntimamente, tanto que a aquellos seres humildes les hubiera parecido peligroso si no hubiesen depositado en él una confianza absoluta, si al fin y al cabo no hubiera sido por nacimiento uno de los suyos. Por ser de los suyos había

sido robado y bienquisto, atacado y apreciado y se habían confiado a él. ¡Cinco años...! Era mucho tiempo y quizá se habían olvidado de él.

Mabel Warren cobró de nuevo aliento y prosiguió:

—Vayamos al grano. Quiero una interviú exclusiva para mi periódico: «Cómo me escapé» o bien «Por qué regreso a mi país».

—¿Una interviú?

La repetición de sus palabras desazonaba a Mabel.

Tenía una jaqueca atroz y se sentía «mala»; era el vocablo que ella misma empleaba. Con ello quería decir que odiaba a los hombres y todos los pretextos y subterfugios que empleaban, que aborrecía la manera de exhibir orgullosamente su propia fealdad, menoscabando la belleza. Se jactaban de sus conquistas femeninas; incluso aquel maduro y consumido rostro que tenía ante ella había, en su época, contemplado belleza desnuda, las manos que ahora estrechaban su propia rodilla habían acariciado, mimado, gozado. Y en Viena ella estaba perdiendo a Janet Pardoe, Janet que, sola, se encaminaba a un mundo dominado por hombres. La adularían, la llenarían de oropeles, como si se tratase de una salvaje a quien se podía engañar con espejitos y collares de cuentas. Pero miss Warren no temía tanto al deleite de ellos como al de Janet. Aunque no la amasen en absoluto, o sólo por una hora, un día o un año, ellos podían hacerla desfallecer de goce, gritar de placer. En tanto que ella, Mabel Warren, que la había rescatado de una oscura vida de institutriz, la había alimentado y vestido, que la amaría con la misma intensa pasión hasta el fin de sus días sin saciarse, no tenía recursos, salvo sus labios, para expresar su amor, se enfrentaba siempre con el hecho de que no podía dar felicidad, y sólo lograba para sí misma un

amargo sentimiento de insatisfacción.

Ahora, con la cabeza que le dolía, apestando a ginebra, encendido el rostro, consciente de su propia fealdad, odiaba a los hombres y a sus falsas amabilidades con perversa intensidad.

—Usted es el doctor Czinner —dijo Mabel Warren.

Y con creciente furor observó que el doctor ni siquiera se tomaba la molestia de negar su identidad, pronunciando simplemente, con aparente indiferencia, el apellido bajo el cual viajaba.

—Me llamo John...

—Usted es el doctor Czinner —gruñó Mabel mordiéndose el labio inferior y esforzándose en mantenerse serena.

—Richard John. Soy profesor y estoy de vacaciones.

—¿Va usted a Belgrado?

—No —respondió tras una ligera vacilación—. Me apeo en Viena.

Mabel no lo creyó: sin embargo, esforzose en recobrar su amabilidad.

Apareció un hombre en el marco de la puerta y Mabel se levantó.

—Perdone, este es su asiento.

Atravesó sonriendo el compartimiento, perdió el equilibrio cuando el tren pasó ruidosamente por un cambio de agujas y no consiguió contener un eructo que por un momento llenó el compartimiento de olor a ginebra.

—Le veré de nuevo antes de llegar a Viena —dijo.

Salió al pasillo, aplicó su rubicundo rostro contra el sucio y frío cristal y se estremeció dolorosamente al pensar en su embriaguez y su fealdad. «Sea como fuere no se me

escapará —pensó, sonrojándose como una adolescente en una fiesta al recordar su eructo—. De una manera o de otra lo conseguiré. ¡Así se lo lleve el diablo!»

* * *

Una luz suave invadía el compartimiento. Hubiérase dicho que el sol era la expresión de un sentimiento de amor hacia los hombres y que sufría por ellos. Los seres humanos flotaban como peces en agua dorada, ingrátidos, revoloteando sin alas, transparentes, en un acuario de cristal. Los rostros feos y los cuerpos disformes aparecían transformados si no en belleza, al menos en formas grotescas impregnadas de una especie de irónica ternura. Sobre aquella dorada corriente esas formas subían y bajaban, susurraban, y eran libres, pues en aquella hora del alborar no tenían conciencia alguna de su cautiverio.

Coral Musker despertó por segunda vez, se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta. El judío, que dormitaba, los ojos medio cerrados, se despertó. La muchacha se sentía singularmente lúcida. Diríase que la luz dorada la dotaba de una facultad de penetración, y le había permitido captar motivos que hasta entonces le fueran inasequibles, movimientos que generalmente no cobraban a sus ojos importancia y significación alguna. Observaba que su presencia iba tomando cuerpo poco a poco en la mente de Myatt, y al ver que las manos del joven se tendían hacia ella con un gesto que se quedó a medias, Coral recordó en aquel gesto un hábito de su raza que el joven se esforzaba en reprimir.

—Soy un monstruo. Se ha pasado usted toda la noche aquí fuera —murmuró la muchacha en voz baja.

El judío se encogió de hombros con gesto desdeñoso, y contestó:

—¿Por qué no? No quería que la molestaran. Tenía que ver al jefe de tren. ¿Puedo pasar?

—Pues claro; es su compartimiento.

El joven sonrió y fue incapaz de contener el gesto de sus manos, una ligera reverencia.

—Perdóneme, es el suyo.

Y diciendo esto sacó un pañuelo de la manga, se arremangó los puños de la camisa y tras unos pases como de magia, dijo:

—Mire, ya ha aparecido un billete de primera clase.

En efecto, de su pañuelo se desprendió un billete que cayó al suelo a los pies de ambos.

—Es el suyo —añadió el judío.

—No. Es el suyo.

Al observar la consternación de la muchacha, el judío rompió a reír.

—¿Qué quiere usted decir? —objetó Coral—. No, no puedo aceptarlo. Debe de costar al menos diez libras esterlinas.

—Sí, diez libras —repuso Myatt en tono jactancioso. Se arregló la corbata y prosiguió con airc de satisfacción—. Para mí no cuentan.

Su confianza, su jactanciosa mirada, ofendieron a la muchacha, que replicó llena de suspicacia:

—¿Qué pretende usted decir con eso? ¿Quién se figura que soy yo?

El billete yacía a sus pies; nada la induciría a recogerlo. Y presa de irritación dio una patada en el suelo.

La luz dorada no era sino una mancha amarilla sobre

el cristal y los almohadones.

—Me vuelvo a mi asiento.

—No me figuro nada ni pienso en usted —dijo Myatt en tono de reto—. Tengo muchas otras en que pensar. Sino quiere usted el billete puede tirarlo.

Coral vio que Myatt, encogiéndose de hombros en señal de presuntuosa despreocupación, la estaba observando. Volvió se hacia la ventana. El río, el puente y, al fondo, un bosquecillo moteado de brotes precoces iban desapareciendo de su vista. Se puso a llorar en silencio. Ese era su agradecimiento por una larga noche de apacible sueño, esa la manera con que correspondía a una atención... y avergonzada y contrariada pensó en sus sueños de antaño, cuando se figuraba ser una cortesana aceptando dones principescos... y le había contestado con acritud, como una camarera fatigada.

Coral le oyó moverse detrás de ella y supuso que se agachaba para recoger el billete. Hubiera querido volverse hacia él y expresarle su agradecimiento diciéndole: «Sentarse en este mullido asiento durante todo el viaje, dormir en esta cama, olvidar que me he puesto en camino para obtener trabajo y creerme que soy rica sería verdaderamente divino. Nadie ha sido tan bondadoso conmigo como usted». Pero las palabras que pronunciara y la desconfianza de que diera muestras se levantaban entre ella y Myatt como una barrera infranqueable.

—Páseme su bolso —dijo Myatt.

Coral se lo tendió sin moverse y oyó que Myatt abría el cierre.

—Lo he puesto dentro. No está usted obligada a utilizarlo. Cuando tenga ganas de sentarse venga aquí, y venga también a dormir cuando se sienta cansada.

«Verdaderamente estoy fatigada y podría dormir horas y horas», pensó Coral.

Y en un tono de voz casi entrecortada por las lágrimas, dijo simplemente:

—Pero, ¿cómo podría yo...?

—¡Oh! —exclamó Myatt—, ya encontraré otro compartimiento. He pasado la noche en el pasillo porque me tenía usted preocupado. Podía tener necesidad de algo.

Coral, apoyada la frente contra el cristal, rompió de nuevo a llorar silenciosamente, los párpados medio cerrados, tratando de poner una cortina de pestañas entre ella y las crudas advertencias recibidas de mujeres experimentadas y ya de vuelta de todo: «Los hombres sólo buscan una cosa. No aceptes regalos de un extraño.» Le habían dicho siempre que era la importancia y valor del regalo lo que hacía peligroso el aceptarlo. Unos bombones y un paseo en coche, aunque fuera en horas nocturnas, al salir del teatro, no obligaban a otra cosa que a unos besos en la boca y en el cuello, y quizá algún roto en el vestido. Se esperaba que una chica diera algo a cambio, esta era la finalidad que entrañaba todo consejo al respecto. Ya podían Ruby M. Ayres y otros novelistas decir que la castidad era más preciosa que los rubíes, lo cierto era que su precio equivalía más o menos al de un abrigo de pieles. Una no podía aceptar un abrigo de pieles de un hombre y no acostarse con él. Si una no lo hacía, todas las mujeres experimentadas opinarían que el hombre tenía sobrados motivos para quejarse. Y el judío había pagado diez libras.

Myatt puso la mano en el brazo de Coral.

—¿Qué le pasa a usted? ¿Se encuentra usted mal?

Coral evocó la mano que había mullido los

almohadones, el sordo rumor de sus pasos, alejándose. Y repitió:

—Pero, ¿cómo podría yo...?

Pero esta vez era una apelación a su interlocutor para que hablase y negase todo cuanto enseñaban la experiencia y la pobreza.

—Vamos, siéntese usted y permítame que le describa el paisaje. Aquí está el Rin.

Coral se sorprendió riendo. Dijo:

—Ya me lo figuraba.

—¿Ha visto usted el peñasco que acabamos de pasar, el que emergía del río? Es el peñasco de Lorelei. Heine.

—¿Heine? ¿Qué quiere usted decir?

—Un judío —replicó Myatt con visible satisfacción.

Coral comenzaba a olvidar la decisión que se había visto obligada a tomar y observaba a Myatt con marcado interés, esforzándose en ver en él a un desconocido a pesar de sus ya familiares facciones, de sus ojillos, de su gruesa nariz y de su cabello negro y lustroso. Con frecuencia había visto a este tipo de hombre, vestido de *smoking* como un camarero de restaurante, sentado en primera fila en los teatros de provincia, sentado detrás de una mesa en los despachos de los agentes teatrales, entre bastidores durante los ensayos y en la salida de los artistas a medianoche. El mundillo teatral vibraba con los dulces acentos de su voz humilde e imperativa. Era ruin, de una avaricia corriente y vulgar, con arranques de generosidad, pero nunca de fiar. Las lisonjas que prodigaba durante el ensayo carecían de valor, pues más tarde en el despacho, entre sorbo y sorbo de *whisky* exclamaba: «Esa pequeña de la primera fila no nos sirve». Nunca se mostraba enojado ni ofensivo, nunca pronunciaba una palabra gritando, nunca

hablaba de una mujer en tono áspero ni desmereciéndola. Sólo decía: «Esa pequeña...», pero luego recibía una su despido en forma de una breve carta escrita a máquina depositada en el buzón particular. En parte porque todo eso no impedía que a Coral pudieran agradecerle los judíos, justamente por su dulzona mansedumbre, y en parte porque el deber de una muchacha era mostrarse amable, Coral dijo gentilmente:

—Los judíos son buenos artistas, ¿verdad? Casi toda la orquesta de *Atta Girl* la componían músicos judíos.

—Sí —repuso Myatt con una amargura que a Coral le pasó inadvertida.

—¿Le gusta a usted la música?

—Toco el violín, pero bastante mal.

Diríase que en aquellos ojos ya familiares asomaba por un momento la evocación de una vida desconocida.

—Cada vez que oigo el *Sonny Boy* me entran ganas de llorar —dijo Coral. Se daba cuenta del abismo que existía entre su facultad de comprensión y la de expresión. Era capaz de gestar sentimientos profundos, pero no sabía manifestarlos y con frecuencia decía lo que no debiera. En aquel momento advirtió un cambio en la mirada de Myatt.

—Mire —dijo de pronto Myatt—, ya no se ve el río. Hemos dejado el Rin justo en el momento del desayuno.

A Coral la apesadumbró el cambio, que le pareció un poco injusto, pero jamás le habían gustado las discusiones.

—Voy a buscar mi maleta. He traído algunos bocadillos.

Myatt la miró fijamente y dijo:

—No va usted a decirme que ha traído provisiones para tres días.

—Oh, no, sólo lo necesario para la cena de anoche y el desayuno de esta mañana. Así me ahorro ocho chelines.

—¿Acaso es usted escocesa? Escúcheme, vamos a desayunar juntos.

—¿Y qué me propondrá usted que hagamos después?

Myatt sonrió abiertamente.

—Pues almorzar, tomar el té, cenar. Y mañana...

Coral le interrumpió con un suspiro.

—Creo que está usted un poco chiflado. Diga la verdad. ¿No se ha fugado de alguna casa de salud?

Myatt no se inmutó y con voz grave preguntó a su vez con súbita humildad:

—¿No puede usted soportar mi presencia? ¿Se aburriría conmigo?

—Oh, no. No me aburriría. Pero, ¿por qué hace usted tanto por mí? No soy bonita, ni creo ser inteligente ni divertida.

Coral aguardó largo tiempo un cumplido que no llegó. «Es usted encantadora, admirable, espiritual...», palabras que le permitirían aceptar todos los dones del desconocido y la eximirían de toda necesidad de dar algo a cambio o de rechazar sus regalos. La belleza y el ingenio se cotizaban más alto que cualquier cosa que Myatt pudiera ofrecerle. A una muchacha verdaderamente amada se le reconocía el derecho, que aún admitían las mujeres experimentadas, de tomar sin dar nunca nada.

Sin embargo, Myatt nada opuso a las palabras de Coral. Su respuesta fue tan sencilla que a Coral le pareció casi ofensiva.

—¡Me es tan fácil hablarle! Tengo la impresión de conocerla.

No ignoraba Coral lo que esto significaba.

—Sí —repuso con el desencanto áspero y un poco ridículo que proviene de una contrariedad—. También a mí me parece conocerle.

Pero para Coral el significado era otro; veía con la imaginación las interminables escaleras, la puerta de la agencia, y al joven judío, explicándole sin el menor interés que no tenía nada, absolutamente nada, que ofrecerle.

Sí, en efecto, uno y otro se conocían, ambos lo admitían y esa comprobación hacía innecesario hablar. El mundo evolucionaba y discurría delante de ellos. Iban desfilando casas, árboles, se fijaban un momento al fondo de un cielo nuboso de un azul pálido y luego desaparecían. Los plátanos se trocaban en olmos, los olmos en abetos y los abetos en piedras; todo un mundo fantástico de formas cambiantes. Tan pronto veíase surgir una llamarada como una hoja de trébol. Los pensamientos de los dos viajeros seguían siendo los mismos. Nada tenían que decirse ni había ningún tema que abordar, puesto que nada existía por descubrir.

—¿De veras desea usted que desayunemos juntos? —preguntó Coral esforzándose en ser razonable y disipar la desazón que a ambos les producía el silencio.

—Claro —repuso Myatt.

Sin embargo, en la voz del judío notó Coral una cierta irresolución, en la cual vio que si con el propósito de hacer sentir su autoridad le abandonaba para volver a su compartimiento, Myatt no se opondría a su marcha. Pero en la maleta de Coral Musker no había más que bocadillos rancios y leche de la víspera en una botella de vino, mientras que del extremo del pasillo venía el aroma del café caliente y de los panecillos del día...

* * *

Mabel Warren se sirvió una taza de café muy cargado sin azúcar.

—Es la historia más interesante que jamás se me ha presentado —dijo—. Hace cinco años le vi salir del tribunal mientras Hartep, con una orden de detención contra él en el bolsillo, acechaba todos sus movimientos. Campbell, de *Las Noticias*, se lanzó enseguida tras él, pero le perdió de vista en la calle. Czinner no volvió a su casa y a partir de aquel día nadie supo de él. Todo el mundo pensó que había sido asesinado, pero yo jamás comprendí para qué, si intentaban asesinarlo, se había dictado contra él una orden de detención.

—¿Y si no quiere hablar? —objetó Janet Pardoe con indiferencia. Miss Warren partió un panecillo y contestó:

—No he fracasado nunca.

—¿Inventarás algo?

—No. Esto está bien en el caso de Savory, pero en el del doctor Czinner ya encontraré un medio para obligarle a hablar —respondió Mabel Warren con tono malicioso—. Dentro de doce horas llegaremos a Viena. Ya daré con una solución. —Y añadió pensativa—: Dice que es profesor. Quizá sea cierto. Sería una historia interesante. ¿Y a dónde va? Ha dicho que se apea en Viena. Si no lo hace, le seguiré hasta Estambul si hace falta, pero no creo que sea necesario. Debe regresar a Belgrado.

—¿A la cárcel?

—No, a presentarse a la justicia. Sin duda debe confiar en su pueblo.

Gozaba de popularidad en los barrios obreros, pero

es un insensato si se figura que van a acordarse de él. ¡Cinco años! Nadie subsiste tanto en la memoria de las gentes.

—¡Qué escéptica eres, querida!

Mabel Warren fijó de nuevo su atención en cuanto la rodeaba, en la taza llena de café, en la mesa que se movía con suaves sacudidas y en Janet Pardoe. Janet Pardoe estaba enfurruñada, había protestado y gemido, pero en aquel momento observaba a hurtadillas a un judío sentado a una mesa en compañía de una muchacha que a mis Warren le pareció bastante vulgar, aunque no desprovista de cierto atractivo. En cuanto al judío, sus únicas cualidades visibles eran juventud y riqueza; pero esto bastaba, pensó miss Mabel Warren con la amargura de la experiencia, para atraer la atención de Janet.

—Sabes muy bien que tengo motivos para ello — exclamó con inútil furor. Con sus manos cuadradas y arrugadas partió otro panecillo. Su emoción iba en aumento.

—Dentro de una semana te habrás olvidado de mí — añadió.

—Esto no, querida... Bien sabes que te lo debo todo.

Estas palabras no consiguieron apaciguar a Mabel Warren. «Cuando amo no pienso en lo que debo», reflexionó. Para ella el mundo se dividía en dos clases de personas: las que piensan y las que sienten. Las primeras apreciaban los vestidos que les compraban y las facturas pagadas; pero los vestidos pasan pronto de moda, y el viento se apoderaba de la factura que yacía encima de la mesa escritorio. Por otra parte, la deuda había sido cancelada con un beso o cualquier otra gentileza, y las personas que pensaban solían olvidar. Pero las que sentían, recordaban, no debían nada ni prestaban nada; otorgaban su amor o su odio. «Yo soy de

estas —se dijo Mabel Warren. Sus ojos se llenaron de lágrimas y el pan que comía le sabía amargo—. Yo soy de las que aman y nunca olvidan, de las que guardan fidelidad al pasado, vestidas de negro o llevando brazales negros. Yo no olvido...» Sus ojos se posaron un momento en la muchacha que desayunaba con el judío, del mismo modo que un automovilista fatigado hubiera mirado con avidez la vulgar posada, con sus cortinillas color de púrpura y la aguada cerveza, antes de continuar su camino hacia el mejor hotel, con su orquesta y sus palmeras.

«Voy a hablarle. Tiene una figura bonita —pensó—. Después de todo, una no puede vivir siempre junto a una voz grave y musical, a una figura esbelta como una palmera. La fidelidad no tiene nada en común con el recuerdo. Una puede olvidar y ser fiel, y recordar y ser infiel.»

«Quiero a Janet Pardoe y la querré siempre», protestó para sus adentros.

Janet había sido para ella la revelación de lo "que podía significar el amor a partir de aquella noche en que se encontraron por vez primera en un cine de la Kaiser Wilhelmstrasse, y sin embargo... Sin embargo... Una común aversión hacia el primer actor había reunido a las dos mujeres. En el obligado silencio de la sala a oscuras, Mabel, dando rienda suelta a sus sentimientos, había dicho en voz alta en inglés: «¡No puedo soportar a esos tipos pegajosos!» Y al decir esto oyó una voz grave y musical que asentía. Con todo, Janet Pardoe se había querido quedar hasta el final, hasta el último beso y su velada lascivia. Mabel Warren la invitó con insistencia a ir a tomarse, una copa, pero Janet Pardoe objetó que deseaba ver los noticiarios y las dos se habían quedado.

En aquella primera noche se reveló en cierto modo el

carácter de Janet, su modo de asentir continuamente sin modificar empero sus propósitos. Ni contradicciones, ni palabras desagradables habían hecho mella en ella en su indiferente serenidad, hasta la noche anterior en que creyera desasirse de Mabel. Sin tomarse la molestia de bajar el tono de su voz, mis Warren exclamó con rencor:

—No me gustan los judíos.

Y Janet Pardoe, volviendo hacia Mabel sus ojos grandes y luminosos, aprobó:

—Ni a mí tampoco, querida.

Mabel Warren, presa de repentina desesperación, imploró:

—Janet, cuando me haya marchado ¿recordarás nuestro mutuo amor? ¿No dejarás que te toque un hombre?

Le hubiera gustado que la contradijeran, que le depararan la ocasión de discutir, de exponer sus razones, de imprimir el sello de su voluntad en aquel espíritu versátil, pero sólo obtuvo una negligente aquiescencia.

—Claro que no, querida. No me sería posible.

Si ella se hubiera encontrado frente a un espejo — pensó miss Warren— de la imagen allí reflejada habría recibido más la impresión de una mentalidad distinta que la satisfacción de algo bello. Era inútil seguir pensando en su propia persona, en su cabello áspero, en sus enrojecidos párpados, en su voz obstinadamente masculina y disonante. No existía nadie que no fuera su rival en cuanto al físico, incluso un vulgar judío. Cuando ella se hubiera ido, Janet Pardoe continuaría durante algún tiempo siendo una belleza vacía, sin apenas existencia salvo por la necesidad de dormir, la necesidad de comer, la necesidad de ser admirada. Pero no tardaría en volver a su crujiente tostada

y a su respuesta habitual: «Claro que estoy de acuerdo. Siempre lo he creído así».

La taza tembló en la mano de Mabel Warren y algunas gotas de café salpicaron su falda, ya manchada de grasa y cerveza. ¿Qué más da, pensó brutalmente, lo que haga Janet mientras yo no lo sepa? ¿Qué más da que se acueste con un hombre mientras regrese a mi lado? Pero este último detalle la hizo estremecerse de dolor mental, pues se preguntó si Janet regresaría jamás al lado de una mujer fea, ajada, enamorada. Le hablará de mí, se dijo Mabel Warren; le hablará de los dos años que hemos compartido la vida, de los tiempos en que hemos sido felices, de las escenas que le he hecho, incluso de los poemas que le he escrito; y él se reirá, y ella se reirá, y ambos se irán riendo a la cama. Es mejor que me haga a la idea de que esto es el fin. Janet no volverá de estas vacaciones. Ni siquiera sé si realmente va a visitar a su tío. Pero cuando una puerta se cierra, ciento se abren, continuó diciéndose miss Warren, mientras desmenuzaba un panecillo, desesperadamente consciente de sus descuidadas manos. La muchacha que está con el judío, por ejemplo. Esta era tan pobre como Janet aquella noche en el cine, pero no tan hermosa. Sentarse y pasar una hora observando cualquier gesto de Janet era un puro gozo: Janet peinándose, Janet cambiándose de traje, Janet poniéndose las medias, Janet preparando una bebida. Pero probablemente esa otra chica tenía dos veces más alma, por ordinaria y vulgar que pudiera ser.

—¿Es que esta pequeña te hace tilín, cariño? — preguntó, divertida, Janet Pardoe.

El tren penetró rauda y ruidosamente en un túnel, ahogando la respuesta de Mabel Warren, rompiéndola como una mano furiosa que rompiera una carta, de cuyos

dispersos fragmentos sólo se conservase uno de ellos, vuelto cara arriba, y en el que se leía: «Para siempre». De modo que nadie, excepto Mabel Warren, podría adivinar cuál había sido su protesta: si había jurado recordada siempre o afirmado que nadie podía ser eternamente fiel a una persona.

Cuando el tren salió de nuevo a la luz del sol, y brillaron las cafeteras, y espejeó una hilera de ropa blanca en un prado donde pacían algunas vacas, miss Warren se había olvidado de lo que iba a decir, pues acababa de reconocer al viajero que entraba en el coche—restaurante. Era el compañero de Czinner. En aquel momento la muchacha se levantó. Coral y Myatt habían cambiado tan pocas palabras que miss Warren aún dudaba si se conocían o no. Deseaba que no se conocieran, pues había urdido un plan que le permitiría no solamente entablar conversación con la muchacha, sino también remachar el clavo en el asunto de Czinner y obtener para su periódico una primera página sensacional.

—Adiós —dijo la muchacha.

Mabel Warren observó la pareja con su perspicaz mirada de reportera y se fijó en los subidos hombros del judío, subidos como en actitud de protesta más por hábito que por un verdadero sentimiento de haber sido tratado injustamente. Un observador vulgar hubiera podido leer en el rostro de aquella pareja los resultados de una disputa amorosa; pero Mabel Warren era más sagaz.

—¿Volveré a verla? —preguntó el judío.

Y Coral respondió:

—Si quiere verme ya sabe dónde encontrarme.

—Hasta luego —dijo Mabel Warren a Janet—; tengo

que hacer.

Salió del coche restaurante en pos de la muchacha, y atravesó, dando algún que otro traspies, los pasos que comunicaban los vagones entre sí. El propósito que concibiera le había causado tal excitación que le había desaparecido la jaqueca. En su mente lo tenía ya todo ajustado y se puso a calcular cuántas columnas le reservarían en Londres. Jamás había tenido el honor de que se publicara una información suya en primera página. Había la Conferencia del desarme, la detención de un par del reino acusado de estafa, la historia de un *baronet* que acababa de contraer matrimonio con una chica de conjunto de las Ziegfeld Follies. Nada de todo ello eran informaciones exclusivas, pues las facilitaban las hojas de las Agencias de Prensa y las había leído antes de dirigirse a la estación. Y pensó que podría muy bien hacerse pasar la Conferencia del desarme y la chica de Ziegfeld a tercera página. «No cabe duda que salvo una declaración de guerra europea o la muerte de un soberano, mi información encabezará la primera página.» Y con los ojos fijos sobre la muchacha que la precedía, Mabel se imaginó de nuevo al doctor Czinner, fatigado, con el traje deslucido y anticuado, el cuello alto y la estrecha y apretada corbata, sentado en un rincón del compartimiento, las manos crispadas cruzadas sobre las rodillas, y escuchando la retahíla de mentiras que ella le contaría acerca de Belgrado. «*“El doctor Czinner vive”*—se dijo combinando mentalmente los titulares— pero eso no basta como encabezamiento, pues transcurridos cinco años serán muy pocos sin duda los que se acordarán del nombre. *“Un hombre misterioso ha resucitado. Cómo escapó a la muerte el doctor Czinner. Una exclusiva sensacional”*.»

—¡Dios mío! —exclamó asiéndose al pasamanos como

si al pasar al segundo vagón la vibración metálica y el ruido de los entronques la hubiesen aterrado. Pero ni ella misma logró oír su propia voz y volvió a repetir su exclamación con más fuerza, lo que no cuadraba ciertamente con el papel que había asumido, el papel de una mujer de edad madura, jadeante, que luchaba por su aliento. La muchacha volvió sobre sus pasos. Su rostro sincero, pálido, y en el que se reflejaba la desdicha, nada ocultaba.

—¿Qué pasa? ¿Se encuentra usted mal?

Miss Warren no se movió, reflexionó un instante y exclamó:

—¡Oh, Dios mío, qué contenta estoy de que sea usted inglesa! Me siento mareada. No me atrevo a franquear esta plataforma. Soy una vieja estúpida, ya lo sé. (Muy a pesar suyo se veía obligada a sacar ventajas de sus años.) Pero si tiene usted la bondad de darme la mano...

Pensó que para tal papel le irían mejor unos cabellos largos.

«Sería más femenino. ¡Cuánto me gustaría que mis dedos no se hubieran puesto amarillos a causa del tabaco! Gracias a Dios, ya no apesto a ginebra...»

La muchacha se acercó.

—Pues claro, no faltaba más, no tenga usted miedo. Cójase de mi brazo.

Miss Warren se aferró fuertemente a Coral como si agarrara el cuello de un perro presto a abalanzarse sobre alguien.

Cuando las dos mujeres alcanzaron el pasillo del siguiente vagón, Mabel habló de nuevo, logrando suavizar la voz hasta convertirla en un murmullo un poco ronco.

—Me encuentro muy mal. Si al menos hubiera un

doctor en este tren...

—Pues sí, hay uno: el doctor John. Anoche me sentí indispuesta y él me atendió. Permítame que vaya a buscarlo.

—¡Ay, hija mía, les tengo tanto miedo a los doctores...! —exclamó miss Warren mientras fulguraba en sus ojos una lucecita de triunfo. ¡Qué venturoso azar que la muchacha conociera a Czinner!

—Antes charlemos un poco —añadió hasta que me reanime. ¿Cómo se llama usted, pequeña?

—Coral Musker.

—Y yo Mabel, Mabel Warren. Tengo una sobrina que se parece mucho a usted. Trabajo para un periódico en Colonia. Venga usted a verme algún día. Tengo en esa ciudad un pisito muy mono. ¿Va usted de vacaciones?

—Soy bailarina. Voy a Estambul. Una de las chicas de la revista inglesa que actúa allí ha caído enferma.

Mabel había tomado la mano de la muchacha y por un instante la invadió el deseo de mostrarse generosa con una ostentación absurda. ¿Por qué no renunciar a la esperanza de conservar a Janet Pardoe e inducir a la muchacha a romper su compromiso para ocupar el puesto de Janet, como señorita de compañía con sueldo?

—Es usted muy hermosa —dijo alzando la voz.

—¿Hermosa? —exclamó Coral Musker sin que ninguna sonrisa atenuara su incredulidad—. ¿Se burla usted de mí?

—Es usted tan amable, tan buena.

—¡Y que lo diga!

Coral se expresó con tal acento de vulgaridad que por un momento Mabel Warren se sintió defraudada.

—Deje usted de lado la bondad. Prefiero que repita usted lo que acaba de decir; que yo soy hermosa —añadió Coral Musker con acento afanoso.

Mabel asintió con absoluta convicción.

—Es usted encantadora, querida.

La sorprendente avidez con que la muchacha la miraba impresionó a Mabel Warren y la palabra «virginidad» atravesó el tenebroso dédalo de su cerebro.

—¿Nadie se lo ha dicho?

Incrédula, pero interesada, Mabel insistió:

—¿Ni siquiera su joven amigo del vagón restaurante?

—Apenas lo conozco.

—Me parece que es usted muy sensata, pequeña. No hay que fiarse de los judíos.

—¿Cree usted que también él lo habrá pensado? ¿Que me desagrada porque es judío? —dijo lentamente Coral.

—Están tan acostumbrados a ello, pequeña.

—Entonces iré a decirle que no me desagrada, porque siempre he apreciado a los judíos.

Mabel soltó entre dientes una retahíla de obscenidades cargadas de veneno.

—¿Qué ha dicho usted?

—¿Va a dejarme antes de haber encontrado al doctor? Mi compartimiento está al final del pasillo. Allí me aguarda mi sobrina y allí me encontrará usted si es tan amable de ir en busca del doctor.

Miró alejarse a Coral Musker y cuando la hubo perdido de vista se metió en el lavabo. El tren paró bruscamente, luego arrancó marcha atrás. Miss Warren reconoció a través de la ventanilla las agujas de las iglesias y torres de Wurzburg y el puente sobre el Meno. El tren abandonaba allí los vagones de tercera, maniobrando hacia atrás y adelante por entre las garitas de señales y las vías

muertas. Miss Warren dejó la puerta entreabierta con objeto de vigilar el pasillo. Cuando vio aparecer a Coral Musker en compañía del doctor, cerró la puerta y aguardó a que el rumor de sus pasos se fuera alejando. Dándose un poco de prisa dispondría del tiempo necesario. Salió apresuradamente de su retiro. Antes de que hubiera tenido tiempo de cerrar la puerta, el tren se puso repentinamente en marcha y la puerta se cerró dando un portazo; pero ni Coral Musker ni el doctor Czinner se volvieron.

Miss Warren corrió torpemente, lanzada de una parte a otra del pasillo a causa del traqueteo del tren y lastimándose una muñeca y una rodilla. Algunos viajeros que volvían del vagón restaurante se arrimaron a las ventanillas para dejarle libre el paso, y otros que sabían que era inglesa se quejaban en alemán de los empujones que recibían, imaginándose que miss Warren no entendía una palabra de lo que decían. Mabel, descubriendo sus grandes dientes, les dedicó una mueca maliciosa y continuó su camino. No le costó trabajo encontrar el compartimento que buscaba gracias al *mackintosh* colgado en un rincón y al sombrero de fieltro lleno de manchas. En el asiento yacía un periódico de la mañana que Czinner debía haber comprado minutos antes en la estación de Wurzburg. Al seguir a Coral Musker, Mabel había combinado los menores detalles de su plan. El desconocido que compartía el compartimento con Czinner había salido a desayunar, el doctor debía encontrarse en el otro extremo del tren buscándola y estaría ausente por lo menos durante tres minutos. Entretanto tenía que hacer sus preparativos para obligarle a hablar.

Como primera medida registró el *mackintosh*. En los bolsillos no había más que una caja de cerillas y un paquete de «Gold Flakes». Luego descolgó el sombrero e inspeccionó

la cinta y el forro. Algunas veces había encontrado valiosas informaciones disimuladas en los sombreros, pero el del doctor no encubría nada. Presentábase entonces la fase peligrosa de sus investigaciones. Siempre puede encontrarse una excusa plausible para justificar el examen de los bolsillos de un abrigo o de un sombrero, pero si se trata de coger una maleta de una red, forzar la cerradura con ayuda de un cortaplumas y levantar la tapa, se expone una a que la tomen por ladrona. Al tratar de forzar la cerradura se rompió una de las hojas del cortaplumas, y quien pasara por el pasillo no hubiese abrigado la menor duda acerca de las intenciones de miss Warren al verla manos a la obra. Tenía la frente sudorosa y en su apresuramiento se iba poniendo frenética. «Si me atrapan, el periódico me pone de patitas en la calle —pensó—, pues ni siquiera el más ínfimo periodicucho inglés asumiría la defensa de uno de sus redactores a quien sorprendieran en circunstancias semejantes. y si me despiden pierdo a Janet y la posibilidad de contraer amistad con Coral. Por el contrario, si triunfo —decíase sacudiendo, apretando y arañando la maleta—, no me escatimarán nada de cuanto pida en pago de una información tan brillante. Y quizá me den cuatro libras esterlinas más por semana, lo que no sería mucho exigir. Podría tomar un piso más espacioso. Cuando Janet se entere volverá a mi lado y no me dejará nunca más. A cambio del riesgo en que estoy metida conseguiré la dicha y la seguridad.» En aquel momento cedió la cerradura, se abrió la tapa y los dedos alcanzaron los secretos del doctor Czinner.

El primero de ellos fue una faja abdominal de franela. Mabella levantó con cuidado y encontró debajo el

pasaporte del viajero.

Estaba extendido a nombre de Richard John y constaba su profesión: profesor. Y su edad: «cincuenta y seis años». «Esto no demuestra nada —se dijo—. Los políticos extranjeros que actúan en la clandestinidad saben muy bien dónde agenciarse un pasaporte.» Volvió a colocar el documento en su sitio y hurgó entre las distintas piezas de ropa hasta el centro de la maleta, hasta ese lugar que jamás ven los aduaneros cuando examinan el contenido de un equipaje, cogiéndolo por los bordes o pasando la mano por el fondo del mismo. Mabel esperaba encontrar un panfleto o una carta, pero no había sino un viejo Baedeker del año 1914: «*Konstantinopel und Kleinasien, Balkanstaaten, Archipel, Cypem*» en el interior de un pantalón. Mabel Warren era meticulosa; calculó que disponía aún de un minuto a su favor y como no había más que examinar abrió el Baedeker, pues el cuidado con que el doctor lo había disimulado la intrigaba sobremanera. Miró la hoja de guarda y sufrió una decepción al leer el nombre de Richard John escrito con letra menuda y nerviosa con una plumilla raspeante y debajo una dirección. Escuela de Great Birchington—on—Sea, dirección que valía la pena recordar. El *Clarion* podría enviar a uno de sus periodistas a entrevistarse con el director de la escuela. Quizá se encontrase allí material para una información interesante.

La guía parecía comprada en un mercado de lance. La cubierta estaba muy estropeada y en la guarda figuraba la etiqueta de un librero de Charing Cross Road. Mabel abrió el volumen en la página relativa a Belgrado. La hoja en que figuraba el plano de la ciudad aparecía suelta. Miss Warren hojeó las páginas referentes a Belgrado, Servia y los estados que en el presente integraban Yugoslavia. Ni una

mancha de tinta. De no haber encontrado el libro tan cuidadosamente disimulado hubiera ya dado por terminadas sus indagaciones.

A pesar de la evidencia, seguía pensando que por algo había sido ocultado el libro y, por consiguiente, debía contener algo interesante.

Con el dedo pulgar fue hojeando las páginas que se doblaban irregularmente a causa de los numerosos mapas intercalados. En una de las primeras páginas advirtió algunas líneas, circunferencias y triángulos dibujados con tinta sobre el texto. Pero el texto se refería únicamente a una oscura ciudad del Asia Menor y los dibujos trazados podían muy bien ser obra de un chiquillo con ayuda de una regla y un compás. Ahora bien; si esos dibujos formaban parte de una clave, sólo un experto sería capaz de descifrarla. «¡Me ha vencido! —se dijo a sí misma, enfurecida, alisando el contenido de la maleta—. No hay nada.» Sin embargo, no se decidía a poner el Baedeker en su sitio. Si lo había ocultado, señal de que algo importante debía contener. Tras haber corrido tantos riesgos, ¡qué importaba uno más! Miss Warren volvió a cerrar la maleta y la colocó de nuevo en la red, pero se metió el Baedeker bajo la blusa a la altura del sobaco, a fin de oprimirlo con el brazo contra su costado.

No tenía tiempo de volver a su sitio, pues de hacerlo se hubiera cruzado con el doctor Czinner. Entonces se acordó de Quin Savory, con quien debía entrevistarse. Su cara le era muy conocida por las fotografías publicadas en el *Tatler*, las caricaturas del *New Yorker* y los retratos a lápiz del *Mercury*. Inspeccionó prudentemente el pasillo guiñando los ojos con un tic de miope y se alejó

rápidamente.

Ninguna traza de Quin Savory en los vagones de primera; pero miss Warren dio con él en un coche cama de segunda. Con la barbilla embutida en el cuello del abrigo, y empuñando la cazoleta de la pipa. Savory observaba con sus ojillos chispeantes a los viajeros que iban y venían por el pasillo. Frente a él dormitaba un clérigo.

Miss Warren abrió la puerta y entró en el compartimiento. Su talante era imperioso y se sentó sin aguardar a que la invitaran. Tenía la impresión de que iba a brindar a aquel hombre lo que más ambicionaba en el mundo: la publicidad, y que, en cambio, ella no obtendría nada, nada de un valor semejante. Por lo tanto, no era necesario ir con remilgos, lisonjearle para recabar de él revelaciones, como había hecho con el doctor Czinner. Podía interrogarle sin andarse con rodeos, puesto que al fin y al cabo estaba en manos de la Prensa que sus libros se vendieran más o menos.

—¿El señor Quin Savory? —preguntó, y con el rabillo del ojo observó la actitud del clérigo, que cambió de postura y adoptó un continente respetuoso. «¡Pobre cretino, que se deja impresionar por una venta de cien mil volúmenes! —pensó miss Warren—. Nosotros tiramos dos millones de ejemplares, veinte veces más. Mañana, veinte veces más personas estarán al corriente del asunto Czinner.»

—Soy corresponsal del *Clarion* —añadió— ¿Me concederá usted una entrevista?

—Me coge usted de improviso —dijo Savory levantando la barbilla y arreglándose el abrigo.

—No se preocupe usted —repuso maquinalmente miss Warren, extrayendo de su bolso una libreta—. Sólo unas palabras para el público inglés. ¿Viaja usted de incógnito?

—¡Oh, no! —protestó Savory—. No soy ninguna Alteza Real.

Miss Warren se puso a escribir.

—¿Adónde va usted?

—Pues... en principio a Estambul —respondió Savory, que parecía encantado del interés que le atestiguaba miss Warren, cuando en realidad tal interés se concentraba en un viejo Baedeker y en algunos garabatos de figuras geométricas—. Luego quizás vaya a Ankara y después al Extremo Oriente. Bagdad. China.

—¿Escribe usted algún libro de viajes?

—Oh, no, no. Mi público quiere novelas. Esta se titulará *En camino hacia el extranjero*. Me propongo describir las aventuras de un londinense. Esos países, esas civilizaciones —la mano del escritor trazó una circunferencia en el aire— ocuparán un segundo plano en relación con el personaje principal, un comerciante de tabaco de Londres. ¿Comprende?

—Perfectamente —dijo miss Warren escribiendo con rapidez: «El doctor Richard Czinner, uno de los revolucionarios más destacados durante el período inmediatamente posterior a la guerra, se halla en camino de regreso a su patria: Belgrado. Desde hace cinco años el mundo le creía muerto. Durante este tiempo vivía en Inglaterra ejerciendo el profesorado y en espera del momento propicio...» «¿Propicio para qué?», pensó miss Warren.

—¿Qué opina usted acerca de la literatura moderna?

—preguntó—. ¿Joyce, Lawrence, etc...?

—Todo esto pasará —replicó prontamente, Savory, como si lanzara un epigrama.

—¿Tiene usted fe en Shakespeare, Chaucer, Charles Reade, en fin, en esa escuela?

—Todos ellos sobrevivirán —afirmó Savory en tono solemne.

—¿Y la bohemia? ¿Cuál es su opinión sobre la bohemia? ¿La Taberna Fitzroy?

«Habíase dictado una orden de detención —escribía miss Warren—, pero sólo podía hacerse efectiva una vez concluido el proceso. Cuando éste se dio por terminado, el doctor Czimmer había desaparecido. La policía prestaba vigilancia en todas las estaciones y eran detenidos todos los vehículos. No es extraño que circulara rápidamente la noticia de haber sido asesinado el fugitivo por agentes del Gobierno.»

—¿No estima usted necesario llamar la atención a base de la indumentaria? ¿Tocarse con un gran sombrero negro de fieltro, llevar una chaqueta de terciopelo, etcétera, para alcanzar la notoriedad?

—Al contrario, opino que esto es contraproducente —dijo Savory. Ahora se sentía a sus anchas y mientras hablaba observaba a hurtadillas al clérigo.

—Yo no soy un poeta —añadió—. Los poetas son todos individualistas. Un poeta se viste como se le antoja porque sólo depende de sí mismo. En cambio, un novelista depende de los demás. Es un hombre corriente dotado de la facultad de expresarse. En una palabra, un espía. Debe verlo todo y pasar inadvertido. Si la gente le reconociera se callaría, fingiría delante de él, y el novelista no podría descubrir nada.

El lápiz de miss Warren se deslizaba por el papel a toda velocidad. Ahora que había establecido contacto con su interlocutor era ya inútil apremiar a preguntas. Mis

Warren podía pensar a su antojo. Con el lápiz trazaba rápidamente signos cabalísticos, bastante parecidos a los de taquigrafía, para llevar al ánimo de Savory el convencimiento de que todos sus comentarios eran cuidadosamente anotados con detalle, pero al socaire de aquellos rasgos, de aquella especie de interrogantes y cuadrados sin significación alguna, miss Warren meditaba, reflexionaba acerca de todos los posibles aspectos del Baedeker. Era una edición de 1914, pero el libro estaba en muy buen estado. Lo habían hojeado muy poco, con excepción de las páginas relativas a Belgrado. El plano de dicha ciudad había sido objeto de tantas consultas que estaba desasido del volumen.

—¿Se ha fijado usted en mis puntos de vista? —preguntó Savory con inquietud—. Tienen importancia. A mi parecer son la piedra de toque de la integridad literaria y alcanzan, no obstante, una cifra de venta de cien mil ejemplares. Ya lo sabe usted.

Miss Warren se sintió molesta por esta interrupción, pero se contuvo a tiempo. Iba a replicar:

—¿Acaso cree usted que venderíamos dos millones de ejemplares si dijéramos la verdad? —Pero contestó:

—Muy interesante. El público se interesará mucho por esas cosas.

Miss Warren inició una sonrisa alentadora y cesó de garabatear.

—Y ahora, ¿cómo enjuicia usted su contribución a la literatura inglesa?

—En verdad, no soy yo quien debiera contestar a esa pregunta —repuso Savory—, pero a mi entender puede usted escribir lo siguiente: haber devuelto a la novela

moderna la serenidad, el buen humor y un sano equilibrio. Se ha hablado demasiado de introspección y de resultas se ha producido una depresión y una tristeza excesiva. Después de todo, este mundo es un hermoso campo de aventuras.

La mano huesuda que sostenía la pipa golpeaba vanamente la rodilla.

—Procurar que reviva el espíritu de Chaucer... —dijo al fin.

Una mujer cruzó por el pasillo y por un momento la atención de Savory se vio visiblemente tentada de seguir la estela de la desconocida, fluctuante como la mano de él.

—Chaucer... —repitió—, Chaucer...

De pronto, ante la mirada de miss Warren, abandonó la lucha, la pipa cayó al suelo y, al agacharse para recogerla, exclamó encolerizado.

—¡Que se vaya todo al diablo!

No era sino un hombre agobiado por un exceso de trabajo, abrumado por una personalidad que no era verdaderamente la suya, por curiosidades y deseos, un hombre, en fin, abocado a una crisis de depresión nerviosa. Miss Warren saboreaba el espectáculo. No porque aborreciera a aquel hombre, sino porque detestaba cualquier éxito trascendental, lo mismo si se trataba de una venta de cien mil ejemplares que de establecer una marca de trescientas millas por hora, cualquier triunfo, en fin, que la convertía a ella en entrevistadora y al hombre en un condescendiente entrevistado. Un fracaso, una derrota en una escala equivalente, era ya otra cosa. Mabel Warren se erigía entonces en representante de la sociedad vengadora cuando entraba en las celdas carcelarias, en el vestíbulo de los hoteles o en algún sórdido salón. Además, cuando un hombre estaba a su merced entre una palmera enana y el

piano, cuando lo tenía allí acorralado, casi llegaba a encariñarse con su víctima, interrogándola sobre nimiedades de orden íntimo y escuchando apenas las respuestas. A fin de cuentas no era, ni con mucho, un profundo abismo lo que separaba a Quin Savory, locutor de *La Ronda Loca*, de cualquiera de los tipos fastidiosos con que tropezara durante su vida.

Miss Warren remachó una de las frases del novelista.

—Un sano equilibrio —repitió—. ¿Es esta su misión? Nada de esas tonterías «sólo para adultos». Lo que usted desea es que se difundan sus obras como libros repletos de enseñanzas...

La ironía había sido mordaz, transparente.

—Ello me halaga —replicó Savory—. Hoy día se educa a la joven generación según las sanas tradiciones.

Miss Warren observó los labios secos y la mirada de reojo que Savory dirigió hacia el pasillo.

«Citaré lo que dice a propósito de las sanas tradiciones —pensó—. Eso le gustará al público, gustará a James Douglas, y aún les gustará más esa declaración el día en que él se convierta en un caso de Hyde Park, pues así terminará dentro de algunos años. Yo estaré allí para recordarlo al público.»

Enorgullecíase de sus dones proféticos, a pesar de que todavía no había vivido lo bastante para ver el cumplimiento de sus predicciones. Tomad una expresión, una arruga de la frente, una inflexión de la voz, un gesto, que no sean más reveladores para cualquier observador corriente que las líneas y circunferencias trazadas en el Baedeker, acopladas luego a cuanto sabéis acerca de lo que rodea a un hombre, los amigos, los muebles, la casa donde vive y veréis

enseguida el futuro, el destino que le aguarda.

—¡Cielos, ya lo tengo! —exclamó miss Warren.

Savory tuvo un sobresalto.

—¿Qué le pasa? ¿Un dolor de muelas?

—No, no —replicó miss Warren.

Sentíase agradecida a Savory por esa claridad que iluminaba ahora su espíritu y que no dejaba a oscuras ningún atajo por el cual el doctor Czinner pudiera escapársele.

—Quería decirle que tengo en mis manos una excelente información. Ahora veo claramente cómo debo presentarle a usted.

—¿Podré ver las pruebas?

—No, no. Mi periódico no es un semanario. Nuestro público no puede esperar, reclama su pasto, su buena tajada. No hay tiempo para sacar pruebas. Los londinenses leerán esta entrevista mañana a la hora del desayuno.

Miss Warren logró inculcar a Savory la seguridad de que el público se interesaba por él. Sin embargo, hubiera preferido infundir en el ánimo hastiado de aquel hombre enfrentado con el problema de encontrar otro medio millón de palabras que escribir, algunas ilusiones relativas a la facilidad con que las gentes llegan a olvidarse hasta de sus ídolos literarios.

Pero no podía dedicarle más tiempo. Una caza más importante reclamaba su atención. Creía haber ahondado en el secreto del Baedeker. Había sido el reflexionar sobre sus propias profecías lo que le dio la clave: el plano estaba suelto, arrancado del libro. Se acordó entonces de que el papel con que se imprimían los Baedeker era siempre delgado y no muy opaco. Si se aplicaba el plano sobre los dibujos a la pluma de una de las primeras páginas se distinguirían los trazos de los mismos a través de la

topografía de la ciudad.

«¡Dios mío! —pensó—. Esto no se le ocurriría a cualquiera. Hay que celebrarlo con un trago. Me meteré en un compartimiento desocupado y llamaré al camarero.» Ni siquiera deseaba que Janet Pardoe participara de su triunfo. Prefería estar sola ante una copa de *Courvoisier*, meditar a sus anchas y urdir un plan de ataque. Encontró finalmente un compartimiento desocupado. Aguardó prudentemente a que el camarero que le había servido el coñac se marchara para sacar el Baedeker del interior de la blusa. Se acercó la copa a la nariz a fin de que penetrase el aroma hasta la misma raíz de su apéndice nasal, exactamente en el punto de confluencia que parece existir entre éste y el cerebro. El alcohol que había ingerido la víspera no estaba totalmente eliminado y resurgió como los vapores de la tierra en un día húmedo y caluroso. «Me siento flotar», se dijo. Bajo los efectos del alcohol percibía a través del cristal y el coñac el mundo exterior como un todo uniforme y regular, imposible de modificar: campos bien trazados, árboles y pequeñas granjas. Sus ojos de miope inyectados por los vapores del alcohol no podían distinguir los detalles, pero, en cambio, no le pasó inadvertido el cielo gris, limpio de nubes y el sol pálido. «No me sorprendería que nevase», pensó. Y se volvió para ver si la manecilla del radiador señalaba la palabra «caliente». Miss Warren sacó entonces el Baedeker del interior de la blusa. Faltaba poco para llegar a Nuremberg y deseaba dar fin a su trabajo antes de que el vagón se llenara nuevamente de viajeros.

Sus presunciones iban bien encaminadas. Cuando al trasluz miró el plano y la página llena de signos, los trazos

segúan la dirección de las calles y las circunferencias incluían los edificios públicos: Correos, la estación, el Palacio de Justicia, la cárcel... Pero, ¿qué significaba todo esto...? Miss Warren había creído que el doctor Czinner regresaba a su país para efectuar allí alguna especie de manifestación personal y presentarse luego a la justicia para ser procesado por falso testimonio. Si así fuera, el plano carecería de significado. Miss Warren volvió a examinarlo. Las calles no habían sido señaladas al azar. Evidentemente existía un orden. Un cuadrado enmarcaba un barrio de los suburbios, otro la estación y el edificio de Correos, otro el Palacio de Justicia. Unos signos especiales circundaban el lugar ocupado por la cárcel.

A ambos lados de la vía del tren elevábanse las paredes de una zanja que impedían el paso de los rayos del sol. Rojas chispas revoloteaban bajo un cielo plomizo golpeando los cristales como si fueran granizo, y la oscuridad invadía los vagones a medida que el tren se introducía en un túnel. «Nada menos que una revolución», pensó Mabel Warren. Esto es lo que quería decir aquel plano que mantenía en alto apoyado en el cristal para aprovechar el primer resplandor en cuanto saliesen del paso subterráneo.

El estrépito fue amortiguándose y sobrevino bruscamente la claridad. En el marco de la puerta estaba el doctor Czinner, con un periódico debajo del brazo. Se había puesto su *mackintosh*. Mabel Warren examinó desdeñosamente los lentes, el cabello gris, los bigotes lacios y la estrecha corbata. Miss Warren bajó el plano e inició una sonrisa.

—¿Y ahora qué?

El doctor Czinner entró en el compartimiento y cerró

la puerta. Sentóse frente a miss Warren sin traslucir el menor sentimiento de hostilidad. «Sabe que está en mis manos —pensó Mabel— y se mostrará razonable.»

De pronto el doctor le preguntó:

—¿Aprobaría su periódico esta manera de actuar?

—Claro que no —repuso miss Warren—. Mañana, a más tardar, me echarían a la calle; pero cuando reciban mi información no pensarán así.

Y con preconcebida insolencia añadió:

—Usted me representa un aumento de cuatro libras esterlinas semanales.

—No tengo la intención de decirle nada en absoluto —dijo el doctor Czinner pensativo, pero sin mostrarse enojado.

Miss Warren agitó vivamente una mano ante el doctor:

—Ya me ha dicho bastante. Existe esto. —Y dando una palmada en la cubierta del Baedeker, añadió—: Usted ha sido profesor en *Great Birchington-on-Sea*. El director nos informará acerca de usted.

El doctor inclinó la cabeza.

—Y además— prosiguió miss Warren—, hay este plano y estos garabatos. Y yo he atado cabos.

Miss Warren esperaba alguna protesta motivada por el temor o la indignación, pero su interlocutor reflexionaba todavía en lo que aquella mujer había sabido adivinar. La actitud del doctor intrigó a miss Warren, que vaciló un momento presa de angustia. «Estoy a punto de dejarme escapar la más interesante información. Acaso la más interesante no se encuentre aquí, sino en esa escuela de la costa sur, entre edificios de ladrillo encarnado, pupitres de

pino, tinteros, sonidos de campanillas rajadas y el olor de los vestidos de los muchachos.» La duda le hizo perder un poco el aplomo de que hasta entonces hiciera gala y habló dulcemente, más dulcemente de lo que hubiera querido, pues le era siempre difícil suavizar su voz ronca.

—Ya verá usted como nos ponemos de acuerdo —gruñó miss Warren de la manera más seductora—. Yo no estoy aquí para traicionarle, ni es mi propósito contrariar sus proyectos. Si usted tiene éxito en la empresa, ello redundará en beneficio de mi información. Le prometo no publicar una sola palabra hasta que usted me autorice a ello.

Y añadió con cierta solemnidad, como si fuera una artista a quien acusaran de despreciar la pintura:

—No quisiera echar a perder su revolución. Será una magnífica historia.

Los años parecían abatirse súbitamente sobre los hombros del doctor Czinner. Hubiérase dicho que gracias a un éxito circunstancial había dejado atrás cinco años de destierro, cinco años de aspirar el olor de pino, del rechinar de la tiza en la pizarra, para acabar sentándose en un compartimiento de tren y permitir a los años abolidos cernirse de nuevo sobre él, bruscamente todos a la vez. En aquel momento no era más que un anciano soñoliento cuya cabeza vacilaba y cuyo rostro era tan gris como el cielo nuboso que cubría Nuremberg.

—Veamos en primer lugar cuáles son sus proyectos —dijo miss Warren—; al parecer, los barrios de los suburbios juegan un papel importante y usted cuenta con ellos.

El doctor Czinner movió la cabeza y repuso:

—Yo no cuento con nadie.

—¿Tiene usted en sus manos la dirección absoluta?

—¿Yo? ¡Menos que nadie!

Miss Warren se golpeó la rodilla con el puño cerrado.

—Deseo respuestas claras y concretas.

Y la obtuvo.

—No le diré nada —replicó el doctor.

«No parece un hombre de cincuenta y seis años, sino de setenta —pensó miss Warren—. Se ha vuelto sordo y no entiende lo que acabo de decirle.» Sentíase magnánima porque tenía la certidumbre de que a su interlocutor no le sonreía el éxito.

Aquel hombre y aquella historia tenían todas las apariencias de un fracaso y a ella le gustaban los fracasos porque le permitían mostrarse tierna y cariñosa con un desconocido y lisonjearlo con palabras dulces, el tiempo necesario para que finalmente decidiera hablar. Se inclinó hacia delante, dio una palmadita en la rodilla del doctor Czinner y con la más amable de sus sonrisas le dijo:

—Hemos aquí a los dos mezclados en una aventura, doctor. ¿No lo comprende usted? Vamos, nosotros incluso podemos ayudarle. La opinión pública y el *Clarion* son la misma cosa. Sé que usted teme que seamos indiscretos, que publiquemos su historia a partir de mañana y que con ello demos la alarma al Gobierno de su país. Pero yo le afirmo que no diremos una sola palabra, ni aludiremos siquiera a los garabatos del Baedeker hasta que usted abra el baile. Una vez llegado este momento, quiero publicar en gruesos titulares en primera página: «*La historia del doctor Czinner contada por él mismo. Una información exclusiva del Clarion*». Vamos, ¿no me pongo en razón acaso?

—No tengo nada que decirle.

Miss Warren retiró la mano. ¿De veras creía ese idiota que iba a erigirse en obstáculo entre ella y un

aumento de cuatro libras esterlinas por semana, entre ella y Janet Pardoe...? Viejo, reservado, obstinado, sentado delante de ella, su interlocutor era la imagen viviente de todos los hombres que amenazaban su felicidad, que rodeaban a Janet de dinero, de chucherías y se burlaban de la devoción de una mujer por otra mujer. Esa imagen viviente se hallaba ahora en poder de Mabel Warren y ella podía triturarla. No era un furor inútil el de Cromwell al romper las estatuas; parte del poder de la Virgen radicaba en su imagen, y cuando a esta imagen le faltaba la cabeza, un brazo, y tenía rotas las siete espadas, pocos eran los que rezaban y encendían velas ante su altar. Si una mujer lograra aplastar a un hombre como Czinner, menos numerosas serían las necias que, como Coral Musker, creyeran que la fuerza y la astucia son patrimonios exclusivos del hombre. Sin embargo, a causa de su edad y de su aspecto de vencido, miss Warren brindó al doctor Czinner una última oportunidad.

—¿Nada en absoluto?

—Nada en absoluto.

Miss Warren sonrió socarronamente.

—Ya ha dicho usted bastante.

El doctor no dio muestras de haberse impresionado y miss Warren, como si se dirigiese a algún simple, explicó despacio:

—Llegaremos a Viena esta noche a las nueve menos cuarto. A las nueve comunicaré por teléfono con nuestra oficina de Colonia y una hora más tarde transmitirán mi artículo a Londres. La primera edición del periódico entra en máquina en Londres a las once. Aun cuando la transmisión sufra algún retraso, hasta las tres de la madrugada hay tiempo para cambiar las noticias de primera plana de la

última edición. Mañana, a la hora del desayuno, los londinenses podrán leer mi información. Todos los periódicos de Londres enviarán inmediatamente un reportero a la delegación de Yugoslavia. En Belgrado se sabrá la historia antes de la hora del almuerzo y el tren no llegará allí hasta las seis de la tarde. ¡Y no se figure usted que deje el campo libre a la imaginación! Piense usted en lo que podría escribir: *«El famoso agitador socialista, doctor Richard Czinner, que había desaparecido en Belgrado hace cinco años, durante el proceso Kamnetz, regresa a su patria. El lunes tomó en Ostende el Orient—Express que llegará a Belgrado esta tarde. Se cree que su llegada será la señal para el estallido de un movimiento sedicioso socialista que se iniciará en los barrios obreros, donde el nombre del doctor Czinner no ha sido olvidado. Se intentará, sin duda, ocupar la estación, el edificio de Correos y la cárcel.»*

Tras una breve pausa, miss Warren prosiguió:

—Este es el texto que telefonaré, pero si usted se muestra más locuaz les advertiré que no publiquen nada de lo dicho hasta que reciban órdenes mías. Le hago una propuesta leal.

—Le repito que me apearé en Viena.

—No lo creo.

El doctor Czinner aspiró lentamente mirando fijamente por la ventanilla el cielo de una luminosidad grisácea, un grupo de chimeneas de fábrica y un enorme gasómetro metálico. El compartimiento se llenó del olor del gas. Hileras de coles cubrían los campos, parecidos a bosquecillos, salpicados de escarcha.

—No tengo ningún motivo para temerla —dijo el doctor Czinner. Se le veía dueño de sí mismo, seguro, y su

calma hizo mella en los nervios de la mujer.

Insegura y colérica, como si el criminal sentado en el banquillo de los acusados hubiérase visto súbitamente dotado de una misteriosa reserva de fuerza, miss Warren exclamó:

—¡Yo puedo desencadenar contra usted las furias del infierno!

—Va a nevar —repuso lentamente el doctor Czinner.

El tren, moderada la marcha, entraba en Nuremberg. Las enormes locomotoras que vinieron a colocarse a ambos lados del convoy reflejaban el aspecto lluvioso del cielo.

—No —repitió el doctor Czinner—. Nada puede usted hacer en contra mía.

Miss Warren dio varias palmadas sobre el Baedeker, y el doctor Czinner, con su leve acento de ironía, respondió:

—Puede usted quedárselo, como recuerdo de nuestro encuentro.

Miss Warren se dio cuenta entonces de que su temor estaba justificado.

El doctor se le escurría de las manos. Lo miró rabiosa y pensó: «¡Si al menos pudiera zaherirlo, hacerle salir de sus casillas...!»

Su torpeza en hablar delante de Czinner, cada vez más dueño de la situación, acrecentaba su furor. El doctor Czinner le tendió el periódico y le preguntó:

—¿Sabe usted alemán? Entonces lea esto.

Mientras el tren estuvo detenido en Nuremberg — una parada de más de veinte minutos— miss Warren tuvo los ojos clavados en el periódico. La noticia la enfurecía. Esperaba alguna información sensacional: la abdicación de un rey, una crisis de gobierno, una demanda popular reclamando el retorno del doctor Czinner, noticia esta

última que hubiera justificado en su interlocutor la actitud condescendiente que tomaba cuando se le quería someter a un interrogatorio. Pero lo que miss Warren leyó era aún más extraordinario: la noticia de un fracaso que situaba al doctor completamente fuera de su alcance. Con frecuencia había sido escarnecida por los triunfadores, pero jamás hasta entonces por un vencido. Y leyó:

«LEVANTAMIENTO COMUNISTA EN BELGRADO.—La noche última, una banda de agitadores comunistas armados intentó apoderarse de la estación y de la cárcel de Belgrado. La fuerza pública fue sorprendida y durante tres horas los revolucionarios fueron incontestablemente dueños del edificio central de Correos y de los almacenes de mercancías. Todas las comunicaciones telegráficas con Belgrado han estado interrumpidas hasta las primeras horas de la mañana de hoy. Sin embargo, a las dos, nuestro corresponsal en Viena ha podido comunicar por teléfono con el coronel Hartep, jefe de la policía, quien le ha informado que se había restablecido el orden. Los revolucionarios eran poco numerosos y carecían de un jefe que estuviera a la altura de los acontecimientos. El asalto a la cárcel fue rechazado por los guardias, y después, durante algunas horas, los amotinados permanecieron inactivos en el edificio central de Correos; parecían esperar que acudieran en su ayuda los habitantes de los barrios más pobres de la capital. Entretanto, el Gobierno había podido reunir algunas reservas de policías, y con la colaboración de una sección de soldados y dos piezas de artillería de campaña, la fuerza pública ocupó nuevamente el edificio central de Correos, después de un asedio que duró cerca de una hora.»

Este compendio aparecía impreso en gruesos caracteres, y a continuación, con tipos más finos, se publicaba una información más detallada del levantamiento. Miss Warren permanecía sentada, contemplando fijamente el periódico; fruncía ligeramente el ceño. Sentía la boca seca, el cerebro despejado y vacío.

—Se han anticipado tres días —aclaró el doctor Czinner.

—¿Qué hubiera podido usted hacer más? —inquirió bruscamente miss Warren.

—El pueblo me hubiera seguido.

—Ya le han olvidado. Cinco años es mucho tiempo. Los jóvenes de hoy eran unos chiquillos cuando usted se marchó.

«Cinco años», pensó, viéndolos abatirse sobre ella en los días a venir, como la lluvia incesante de un invierno húmedo. Y evocó la imagen de Janet Pardoe, preocupada por la primera arruga, los primeros cabellos grises, la piel demasiado flácida de la barbilla o el teñirse de negro el cabello, cada tres semanas, a causa de las canas.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer? —preguntó miss Warren.

—Ya se lo he dicho. Me apeo en Viena.

—Está bien —dijo miss Warren, desconfiada—. Viajaremos juntos y podremos hablar. ¿Por qué se opone usted a concederme una entrevista? Si necesita dinero, nuestra oficina de Viena puede hacerle un anticipo.

Miss Warren se dio cuenta de que su compañero la observaba con más atención que antes.

—Sí —dijo lacónicamente—; quizá podamos hablar.

A miss Warren no le cupo ninguna duda de que aquella vez el doctor Czinner mentía. Pensó que quería jugar con

dos barajas; pero era difícil acertar el motivo que le impelía a obrar de aquella forma... El doctor no tenía otra opción que apearse en Viena o Budapest. Ir más lejos sería sin duda peligroso. Luego recordó a aquel hombre en el proceso Kamnetz, aportando un inútil y peligroso testimonio, pese a que no ignoraba que ningún jurado había de condenar a Kamnetz, mientras que Hartep estaba al acecho, con una orden de detención preparada. «Está lo bastante chiflado para hacer cualquier tontería», se dijo miss Warren; y por un momento se preguntó si a pesar de aquella máscara de impasibilidad Czinner se veía ya en el banquillo de los acusados, rodeado de sus compañeros, esgrimiendo su defensa con un ojo puesto en la sobornada galería.

«Si va más lejos, yo también proseguiré mi viaje — pensó miss Warren—. No lo dejaré escapar. Tendré la información que necesito.» Con todo, agotado su repertorio de amenazas, se sentía extrañamente débil e indecisa. El doctor Czinner estaba vencido. El polvo se iba acumulando sobre el periódico, que yacía en el suelo. Sin embargo, cuando miss Warren salió del compartimiento, dejando el Baedeker olvidado en el asiento, el doctor Czinner pareció adoptar un continente triunfal y acogió en silencio la exclamación de su interlocutora:

—¡Volveré a verle en Viena!

Cuando miss Warren se hubo marchado, el doctor Czinner se agachó para recoger el periódico. Con la manga hizo caer un vaso vacío, que se rompió contra el suelo. Con la mano sobre el periódico, tenía los ojos fijos en los restos del vaso, incapaz de concentrar sus pensamientos y sin saber si recoger el periódico o los peligrosos pedazos. Finalmente dobló cuidadosamente el periódico, lo puso

sobre las rodillas y cerró los ojos. Acudieron a su mente los pormenores de la información que leyera miss Warren. El doctor conocía todos los recodos de las escaleras del edificio central de Correos, y se imaginaba el sitio exacto donde había sido levantada la barricada.

«¡Son unos idiotas, que no sirven para nada!», pensó. Y trató de odiar a aquellos hombres que tras haber arruinado sus esperanzas le habían arruinado a él. Estaba en una situación semejante a la de una casa deshabitada que nunca podría ocuparse, debido a que antiguos fantasmas acudían a veces a morar en las habitaciones. Y él, el propio doctor Czinner, no era ahora ni el último fantasma. Sin embargo, a veces le parecía, porque la experiencia se lo había enseñado, que un espectro, puesto que podía sufrir, podía volver a la vida. El espectro tenía sus recuerdos. Recordaba al doctor Czinner, tan querido de todos, que había sido necesario contratar a un asesino a sueldo para alojarle una bala de revólver en la cabeza. Tal era el recuerdo que más le enorgullecía, el del doctor Czinner sentado en la cervecería en el rincón más pobre del parque. La bala hizo trizas el espejo que tenía a su espalda. Ello dio motivo a que comprobara cuánto los pobres le querían. Acurrucado en el fondo de un sótano, mientras el viento del Este barría el malecón inglés y el mar verdusco se llevaba en la resaca las arenas de la playa, el fantasma del doctor Czinner evocaba emocionado ese recuerdo.

Luego los edificios de ladrillo rojo, el té y el contacto con los chiquillos, maestros en el arte de inventar sutiles torturas. Sin embargo, terminada la ceremonia religiosa, los himnos habituales y los apretones de manos, el fantasma de Czinner tomaba de nuevo contacto con su cuerpo, y esta impresión de vivir constituía su único goce. Después de la

conversación con miss Warren no podía hacer otra cosa que apearse en Viena y regresar a Inglaterra. Y dentro de diez días oiría las voces cantar: «Acógenos, Señor, y danos tu bendición a quienes nos hallamos de nuevo reunidos aquí.»

El doctor Czinner volvió la página del periódico y leyó algunas líneas.

Experimentó un sentimiento de envidia hacia aquellos hombres que acababan de malograr su revolución. Sentíase incapaz de odiarlos al recordar ciertos pormenores que a ningún corresponsal de Prensa le habían parecido dignos de mencionar. Recordaba que el hombre derribado de un bayonetazo frente al edificio de Correos era zurdo y un apasionado por la música de Delius, la melancólica música idealista de un hombre que no creía en nada más que en la muerte. Y otro que se arrojó al vacío desde una ventana del tercer piso de la central telefónica, tenía una muchacha desfigurada y ciega a causa de un accidente laboral, una mujer a quien amaba, y a quien tristemente y muy a pesar suyo era infiel.

«¿Qué me queda por hacer...?» El doctor Czinner dejó el periódico en el asiento y se puso a pasear por el compartimiento, tres pasos hacia la puerta y tres pasos en sentido opuesto, hacia la ventana. Caían algunos copos de nieve, el viento abatía a ras del suelo el humo de la locomotora, por lo que cuando los copos chocaban contra los cristales, eran ya grises pedacitos de papel. Sin embargo, en Neumarkt, a seiscientos pies de altitud, en la cima de las colinas que flanqueaban la vía del tren, extendíase la nieve como un arriate de flores blancas. «Si hubieran esperado, si hubieran esperado...», repeha para sí el doctor Czinner. Sus pensamientos iban desde los muertos hasta los hombres que

habían de comparecer ante el tribunal. Entonces comprendió que no podía ni debía desertar. Y exclamó en voz queda: «¡Tengo que reunirme con ellos! Pero, ¿para qué...?» Volvió a sentarse y se sumió en meditaciones acerca de si su gesto tendría o no resultado práctico. «Si me constituyera prisionero y me sometiera con ellos a la acción de la justicia, el mundo escucharía mi defensa, cosa imposible si yo hablase desde Inglaterra, a buen recaudo...» A medida que iba afirmándose en su decisión, se sentía más esperanzado. «El pueblo se levantará para salvarme —se decía—, aunque no lo haya hecho para salvar a los otros.» Y el fantasma de Czinner sintióse nuevamente renacer, animarse.

Sin embargo, había muchas cosas que considerar. En primer lugar era preciso eludir a la periodista. Esto podría conseguirlo en Viena, lo que no sería difícil, pues el tren no llegaría a dicha ciudad hasta las nueve de la noche. El doctor supuso que a esa hora miss Warren estaría borracha. El frío reinante y la idea de una nueva entrevista con aquella peligrosa mujer, le hizo sentir escalofríos. «Por de pronto, su dardo ha sido ya arrancado —pensó, recogiendo el Baedeker y dejando caer al suelo el periódico—. Parecía detestarme, pero ¿por qué...? ¡Qué extraño orgullo profesional! Haré muy sensatamente en volver a mi compartimiento.»

Luego continuó su paseo, con las manos cruzadas en la espalda y el Baedeker debajo del brazo, pensando que sus años de fantasma habían ya terminado. «Estoy vivo —se decía—, pues me doy cuenta de que es posible mi muerte en un próximo futuro. Tengo casi la certeza de ello. Esta vez no pueden dejarme escapar, aun cuando yo y mis compañeros nos defendamos con la elocuencia de un ángel.»

Rostros que le eran familiares se cruzaron a su paso, pero no consiguieron abstraerle de sus meditaciones.

«Tengo miedo —se decía triunfante—; tengo miedo.»

II

—¿Es usted el famoso Quin Savory? —preguntó Janet Pardoe.

—Le aseguro que no conozco a otro —repuso Savory.

—¿La Zarabanda Loca?

—No, ronda —corrigió vivamente Savory—. *La Ronda Loca.*

Luego posó la mano en el codo de la muchacha y la condujo hacia el pasillo.

—Es hora de tomar una copa de jerez. ¡Qué curioso que sea usted parienta de la mujer que ha venido a entrevistarme! ¿Es usted su hija o su sobrina?

—No, lo que se dice parienta, no —respondió Janet Pardoe—. Soy su... compañera, su señorita de compañía.

—Le convendría a usted otra cosa —dijo Savory, oprimiendo el brazo de la muchacha—. Es usted demasiado joven. No, no, esto no está bien.

—¡Cuánta razón tiene usted! —exclamó Janet Pardoe. Detúvose un instante en el pasillo y volvió hacia Savory sus ojos chispeantes de admiración.

* * *

Miss Warren estaba escribiendo una carta, pero lo vio pasar. Había puesto el block sobre la rodilla, y con la estilográfica arañaba el papel, moteado de manchas de tinta.

«*Querida prima Con:*

»*Te escribo porque no tengo otra cosa que hacer.*

Viajo en el Orient—Express, pero no voy hasta Estambul. Me apeo en Viena. Bueno, esto es otra historia. ¿Puedes comprarme cinco metros de terciopelo rosa para tapizar un tresillo? Quiero remozar mi piso mientras Janet esté ausente. Viaja en el mismo tren, pero nos separamos en Viena. Rudo trabajo, en verdad, este de seguir la pista a un execrable anciano a través de Europa. También viene en el tren «La Ronda Loca», pero ahora me acuerdo de que tú nunca lees libros. Viaja asimismo con nosotros una encantadora bailarina, llamada Coral, que pienso contratar como señorita de compañía. No acabo de decidirme con respecto a mi piso. ¿Lo hago decorar de nuevo o no...? Janet dice que sólo estará ausente una semana. En todo caso no debes pagar el metro a más de ocho chelines diez peniques. Creo que el azul cuadraría bien, pero no el azul marino, desde luego. Ese hombre de quien te hablaba —escribió miss Warren siguiendo con la vista a Janet Pardoe y clavando la pluma en el papel— se cree más listo que yo, pero tú sabes de sobra, Con, qué poco me cuesta hacerle la vida difícil a quien se lo crea. ¡Janet es una lagarta! Pienso tomar una nueva señorita de compañía. Hay en el tren una joven actriz que me convendría. Tendrías que verla, Con; su figura es estupenda. La admirarías tanto como yo. No es muy guapa pero tiene unas piernas preciosas. Creo realmente que debiera remozar el piso, lo cual me recuerda la cuestión del precio. Puedes llegar hasta diez chelines once peniques para el terciopelo. Quizá llegue hasta Belgrado, en cuyo caso tendrás noticias mías. Janet parece encapricharse de ese Savory, pero si se me antoja puedo también ponerle la proa al tipo. Adiós. Cuídate. Recuerdos a Elsie, que espero se ocupe de ti mejor que Janet de mí.

Siempre has tenido más suerte que yo, pero espera a ver a Coral. Sobre todo no te olvides del terciopelo.

»Te saluda cordialmente,

MABEL.»

P. D. —¿Te has enterado que el tío John murió repentinamente el otro día en el umbral de la puerta de mi casa?

Miss Warren rubricó la carta con una gruesa mancha de tinta. La rodeó con una circunferencia y añadió: «Mil perdones». Luego limpió la pluma con la falda y llamó a un camarero. Tenía la boca completamente seca.

* * *

Coral Musker se detuvo un instante en el pasillo observando a Myatt y preguntándose si era verdad lo que Mabel había sugerido. Myatt estaba sentado, con la cabeza inclinada sobre un montón de papeles; con la punta del lápiz seguía columnas y más columnas de números, deteniéndose siempre en el mismo sitio. A poco dejó el lápiz y hundió el rostro entre las manos. Coral experimentó hacia Myatt un sentimiento de compasión y un arranque de agradecimiento. Ocultos los maliciosos ojos hubiérase dicho que se trataba de un colegial afanándose desesperadamente en concluir un trabajo escolar, el cual, a pesar de todos los esfuerzos, permanecía atascado. Myatt se había quitado los guantes para coger mejor el lápiz, pero sus dedos aparecían amoratados por el frío. Hasta su abrigo de pieles, al parecer tan confortable, daba lástima de ver, porque no acertaba a cumplir su cometido. En una palabra, Myatt no acertaba a resolver sus problemas ni a proteger sus manos

del frío.

Coral abrió la puerta y entró. Myatt levantó la cabeza y sonrió; pero su trabajo le absorbía por entero. Coral hubiera querido coger aquellos papeles, darle la solución del problema y recomendarle que no dijera a su profesor quién le había ayudado. ¿Ayudado por quién? ¿Su madre? ¿Su hermana...? «Un allegado más próximo que una prima», pensó Coral sumida en ese fácil silencio, prueba de la familiaridad que se había creado entre los dos.

Cansada ya de contemplar a través de la ventana la nieve que se iba acumulando, Coral se dirigió a Myatt:

—Usted me dijo que podía venir cuando quisiera.

—Exacto.

—Haberme separado tan bruscamente de usted sin darle siquiera las gracias es una imperdonable ingratitud. Anoche fue usted muy amable conmigo.

—Usted estaba enferma y yo no podía soportar la idea de que tuviera que pasar la noche al lado de aquel hombre —dijo Myatt con impaciencia golpeando los papeles con la punta del lápiz—. Necesitaba usted dormir.

—Pero, ¿por qué se tomó usted tanto interés por mí?

Coral provocó esta respuesta fatal:

—Me pareció que la conocía a usted muy bien.

Si el silencio de la muchacha no hubiese traslucido una pesadumbre cierta, Myatt se hubiera sumido nuevamente en sus cálculos. Pero Coral observó que su compañero de viaje estaba preocupado, sorprendido y algo desconcertado. «Sin duda cree que yo quiero que me haga el amor», pensó. Y se preguntó si era esto en verdad lo que ella anhelaba ... En tal caso no se diferenciaría Myatt de los otros judíos que ella conociera por poco que le acariciara los

cabellos y se atreviera a besarla en el pecho. «Cuando menos, le debo esto», pensó. Y la acumulada experiencia de otras mujeres le dijo que era mucho más lo que le debía. «Pero ¿cómo puedo yo pagarle si él no me exige que le pague?»

La mera idea de realizar aquel extraño acto no estando borracha, como suponía era el caso en algunas mujeres, o apasionada, y sólo por gratitud, la dejó helada. Ni siquiera sabía con certeza cómo debía comportarse una en esta situación. Ignoraba si era obligado pasar toda la noche con él, desnudarse completamente en el frío vagón. Pero empezó a sentirse aliviada al pensar que el joven era igual que los otros judíos que había conocido y que se contentaría con poquita cosa. La única diferencia estribaba en que Myatt era más generoso.

—La pasada noche —dijo Myatt observando a Coral mientras hablaba (esta atención y la errónea interpretación de su silencio revelaron a Coral Musker que, en resumidas cuentas, no se conocían a fondo ni el uno ni el otro)—, la pasada noche soñé con usted.

Myatt sonrió nerviosamente y añadió:

—Soñé que la había elegido, que la invitaba a un paseo en coche y que usted iba a...

No concluyó la frase y tras una pausa, agregó:

—Me sentía muy ilusionado por usted.

A Coral le entró pánico. Tenía la impresión de hallarse ante un usurero que desde el otro lado de la mesa, inclinado hacia ella, fuera introduciendo, amable pero inexorablemente, el tema de la deuda y su liquidación.

—En su sueño... —dijo ella. Pero Myatt no le hizo caso.

—Entonces se presentó el jefe de tren y me

despertó. El sueño parecía realidad y estaba tan excitado que tomé su billete.

—Usted quiere decir que se figuraba..., que deseaba...

El usurero se encogió de hombros, el usurero volvió a sentarse tras su mesa y pulsó un timbre para que un sirviente la acompañara a la salida, a la libertad que suponía la calle, los desconocidos, el pasar inadvertida.

—Le he dicho esto simplemente para que no tenga usted la impresión de que está en deuda conmigo. Adquirí su billete bajo los efectos del sueño y luego pensé que mejor sería que usted lo aprovechara.

Myatt volvió a coger el lápiz, sumiéndose de nuevo en sus papeles. Y añadió ceremoniosamente, sin reflexionar:

—Fue presunción de mi parte pensar que por diez libras...

Al principio Coral no captó el sentido de la frase. Se hallaba demasiado aturdida por la sensación de alivio, por la vergüenza, incluso, de haber sido deseable sólo en un sueño, sobre todo por su gratitud. Y entonces, surgiendo del silencio, persiguiéndola, aquellas palabras finales pronunciadas con un dejo de humildad. Esto era nuevo. Coral hizo frente al terror que le infundía el pacto acariciando el rostro de Myatt con un gesto de gratitud, brotado de un amor desconocido.

—Si usted quiere que yo... —dijo—. Me figuré que le aburría. ¿Quiere que venga esta noche?

Coral posó sus pequeñas manos cuadradas en los papeles extendidos sobre las rodillas de Myatt. Las uñas encarnadas ocultaban las columnas de cifras, los cálculos de Eckman, sus subterfugios, sus astutos disimulos... ofreciéndose con una patética y enternecedora

incertidumbre. Myatt continuó persiguiendo a Eckman a través de los números y dijo lentamente:

—Creía que le era antipático. —Y cogiéndole las manos de sobre los papeles añadió distraído—: Quizás por ser yo judío.

—Está usted cansado.

—Hay algo en esto que estoy haciendo que no puedo sacar en claro.

—Déjelo para mañana —aconsejó Coral. —No tengo tiempo. No puedo esperar. El tren sigue su marcha y nosotros no permanecemos inmóviles.

La nieve desvanecía, en verdad, toda sensación de movimiento. Caía con tal abundancia que apenas se columbraban los postes telegráficos. Coral retiró las manos, al tiempo que preguntaba, resentida:

—¿Entonces no quiere que venga?

La tranquilidad e indiferencia con que él había recibido su proposición enfriaron su gratitud.

Su gesto cansado despertó en Myatt una reacción que Coral había frecuentemente observado en los judíos: la incapacidad de soportar que se les escamotee un objeto que tontamente pagaran de antemano.

—Sí —dijo—. Venga. Venga esta noche. —Le acarició las manos, primero suavemente, y luego con fuerza. Y añadió—: No me crea indiferente. ¡Bo nos conocemos tanto, al parecer!

Antes de haber puesto en orden sus ideas, Coral asintió:

—Sí, yo también tengo esa impresión.

—Pórtese usted como una extraña, como una desconocida... —imploró Myatt.

No había más que decir. Ambos permanecieron

sentados en silencio, pensando con cierta indiferencia en la noche que se avecinaba. El primer impulso de agradecimiento que anidara en el corazón de la muchacha se había ya disipado, y hubiera parecido ahora tan inútil como inapreciado. «No está una obligada a mostrarse agradecida hacia un viejo amigo. Una puede aceptar o hacer favores y hablar del tiempo, sin indignarse por una caricia o sentirse molesta por la indiferencia.»

La nieve seguía cayendo en abundancia.

—La noche será fría.

Estas palabras encerraban tal vez una ironía. Era obligada la sonrisa, y con la agudeza que permitía una vieja amistad se respondía:

—Quizá para nosotros no lo sea.

No podía olvidarse, no obstante, que iba cerrándose la noche y una se sentía desazonada por todo cuanto las amigas habían dicho, por todos los consejos oídos, por todo aquello que a una la había puesto en guardia... Que un hombre pudiera sentir al mismo tiempo deseo e indiferencia era intrigante y un poco repelente.

Durante toda la mañana y a la hora del almuerzo continuó nevando, amontonándose la nieve en la techumbre de la aduana de Passau y fundiéndose en la vía en forma de grises arroyuelos bajo el cálido vapor de la locomotora. Los aduaneros austríacos caminaban precavidos en busca de un sitio seguro para sus botas de caucho, mientras verificaban maquinalmente el registro de los equipajes, profiriendo juramentos en voz baja.

Tercera parte

Viena

I

José Grünlich se agazapó junto al lado más resguardado de la chimenea. A su alrededor iba amontonándose la nieve sobre el techado. Abajo, la estación central brillaba como una alegre fogata en la oscuridad. Un silbido rasgó el aire, y apareció avanzando lentamente una larga hilera de luces. Un reloj dio las nueve y José Grünlich consultó el suyo.

«El *Orient-Express* lleva veinte minutos de retraso —pensó—; tal vez se ha detenido a causa de la nieve...» Puso su reloj de plata a la hora exacta, lo guardó de nuevo en el bolsillo y estiró el chaleco sobre su obeso abdomen para desarrugarlo. «Después de todo es una suerte estar gordo en una noche como esta.» Antes de abrocharse el abrigo montó el revólver que colgaba entre sus piernas al extremo de un trozo de cordel sujeto a un botón. Cuando se trataba de una mujer, de una buena comida o de robar, José Grünlich estaba en su elemento.

Abandonó el refugio de la chimenea.

El tejado estaba muy resbaladizo y la marcha se hacía peligrosa. La nieve le azotaba la cara, se le adhería como almohadones de hielo a los tacones de sus zapatos.

Resbaló. Le pareció que la marquesina iluminada de un

café avanzaba a su encuentro.

«Santa María, Madre de Dios», murmuró clavando con todas sus fuerzas los tacones en la nieve y tratando de aferrarse a algo con las manos. Salvado por el borde del alero se puso nuevamente en pie y sonrió beatíficamente: «¿Por qué enojarse contra la Naturaleza... ?» Un momento después alcanzó los garfios de la escalerilla de incendios.

La ascensión que tenía ahora que emprender la juzgaba como la parte mas peligrosa de la aventura. La escalerilla de incendios, instalada en la parte trasera del edificio, no se podía ver desde la calle; pero era visible desde el patio de los almacenes, uno de los sitios por donde pasaba, al efectuar su ronda, el agente de policía. Cada tres minutos, la linterna sorda, colocada en un rincón del soportal, hacía brillar sus relucientes polainas negras, su cinturón de cuero y la funda de su revólver. La espesa capa de nieve amortiguaba el rumor de pasos y José no podía contar con nada que le anunciara la aproximación del agente; pero el tictac de su reloj le recordaba los peligros que encerraba cualquier vacilación. Agazapado en lo alto de la escalera, con los ojos fijos en la blancura del escenario que le rodeaba, esperó a que el agente apareciera y volviese a desaparecer. Entonces emprendió la ascensión. Sólo tenía que salvar un piso desocupado. Cuando se hallaba al alcance de la ventana superior, un haz de luz le deslumbró. Oyó el pitido de un silbato. «No quiero que me pillen —se dijo inquieto—; jamás me han echado el guante y tampoco lo harán esta vez.» De espaldas al patio estuvo al acecho de un grito o de una bala, mientras su cerebro comenzaba a funcionar maquinalmente. Como nada ocurría se volvió. El patio estaba vacío. La luz provenía de una lámpara que

alguien debía haber dejado en el desván del almacén de mercancías, y el pitido del silbato no había sido más que uno de los múltiples ruidos de la estación. Este error le hizo perder a José Grünlich unos segundos preciosos, por lo cual reanudó su peligrosa ascensión sin tomar ninguna precaución, subiendo los peldaños de dos en dos.

Cuando alcanzó la ventana siguiente golpeó los cristales con los nudillos. Al no obtener respuesta, gruñó una imprecación con la cabeza ladeada hacia el ángulo del patio por donde no tardaría en aparecer el agente de policía.

Llamó de nuevo. Oyó el ruido de unos pies que se arrastraban, rechinó la falleba de la ventana y una voz femenina preguntó:

—¿Eres tú, Antonio?

—Si —repuso José—. Soy yo, Antonio. Déjame entrar, pronto.

Una delgada mano descorrió las cortinillas y se esforzó en bajar la hoja superior de la ventana.

—La de abajo —murmuró José—; la de arriba, no. ¿Acaso crees que soy un acróbata?

Cuando la ventana de guillotina estuvo abierta, José, con una agilidad sorprendente en un hombre de tan voluminoso corpachón, se agarró firmemente en el marco, pero tropezó con cierta dificultad para deslizarse hacia el interior del cuarto.

—¿No puedes levantar la hoja un poco más?

En aquel momento una locomotora lanzó tres silbidos y automáticamente el espíritu de José registró el significado de aquella señal: un largo tren de mercancías entraba en la estación. José Grünlich entró finalmente en la habitación, la mujer cerró la ventana y los ruidos de la

estación se fueron desvaneciendo.

José sacudió la nieve de su abrigo y de sus bigotes y consultó el reloj. Eran las nueve y cinco. El tren de Passau no saldría hasta dentro de cuarenta y cinco minutos. José tenía ya el billete. Volviéndose de espaldas a la ventana y a la mujer observaba silenciosamente el cuarto, cada detalle del cual se grababa exactamente en su memoria: el jarro y la jofaina encima del pringoso tocador, el espejo dorado rajado, la cama de hierro, el orinal, la imagen santa...

—Será preferible que dejemos abierta la ventana por si volviera tu dueño.

Una voz débil y asustada respondió:

—¡Oh, no; no podría, no podría!

José se volvió hacia la mujer y con una sonrisa amable y socarrona, exclamó:

—¡Qué púdica eres, Ana!

Luego la miró con ojos expertos y penetrantes. Ana compartía con José los años, pero no la experiencia. Estaba en pie junto a la ventana, presa de visible agitación. Su falda negra aparecía encima de la cama, pero aún conservaba puesta su negra blusa rematada por el cuello blanco de uniforme, y ocultaba las piernas con una toalla que sostenía ante ella.

José la miró con aire zumbón y dijo:

—¡Qué hermosa eres, Ana!

La mujer lo contempló boquiabierta, como hipnotizada. José observó asqueado sus dientes desiguales y descuidados. «Haga lo que haga —pensó—, no la besaré.» Sin embargo, era justamente lo que a todas luces esperaba Ana. Su modestia se metamorfoseaba en una horrible coquetería de mujer madura y José se veía obligado a

corresponder a sus insinuaciones. Sentado en el borde de la cama y dejando expreso un gran espacio entre la mujer y él, José comenzó a hablarle en un lenguaje infantil.

—¿Con quién está ahora la hermosa Ana? Con un hombre gordo y malvado que va a machucarla.

Y apuntándola con el dedo añadió jovialmente:

—Uno de estos días, tú y yo, Ana, nos vamos a divertir mucho.

Echó una ojeada hacia la puerta y vio con una sensación de alivio que no estaba cerrada —aquella vieja zorra hubiera sido capaz de encerrarlo y esconder la llave—, pero la redonda y rosada faz de José no traslució el menor indicio de inquietud.

—¿Verdad que sí? —repitió.

Ana sonrió y exhaló su aliento en un largo suspiro.

—Oh, Antonio.

El hombre se puso en pie de un salto, y ella dejando caer la toalla fue a su encuentro a pasitos, como un pájaro.

—¡Un momento, un momento! —se apresuró él a decir, alzando una mano en ademán defensivo. Estaba horrorizado ante el arrebató de lujuria que había provocado. «Ciertamente no somos dos bellezas» —pensó, y la presencia de la imagen blanca y rosada de la Virgen daba a toda la situación una especie de consciente blasfemia.

Para detenerla, él susurró apremiante:

—¿Estás segura de que no hay nadie en el piso?

Ana se sonrojó como si hubiera escuchado una insinuación demasiado atrevida.

—No, Antonio, estamos solos.

El cerebro del hombre comenzó de nuevo a funcionar con precisión. Sólo las reacciones personales entorpecían la marcha de su perfecto engranaje. Cuando acechaba el

peligro o había que actuar, José podía tener confianza en su cerebro, como si se tratara de una máquina maravillosa y bien lubricada.

—¿Tienes el maletín que te di a guardar?

—Sí, Antonio, está debajo de la cama.

Ana sacó un maletín parecido al que suelen llevar los médicos. José le dio un pellizco en la barbilla diciéndole que tenía unos ojos muy bonitos. Y añadió:

—Desnúdate y métete en la cama. Ahora vuelvo.

Antes de que Ana pudiera discutir o pedirle explicaciones, José había ya franqueado la puerta andando de puntillas, cerrándola tras sí. Inmediatamente cogió una silla y aplicó el respaldo contra el pomo de la puerta de modo que no pudiese abrirse desde el interior.

La habitación donde se hallaba le era conocida. Había estado en ella en otra ocasión. Era medio despacho, medio saloncillo, vetusto y pasado de moda. Había una mesa escritorio, un canapé tapizado de terciopelo encarnado, un sillón giratorio, varios veladores y algunos grabados del siglo XIX en los que figuraban niños jugando en jardines. Cubría uno de los paños de pared un gran plano de la estación central, con sus andenes, sus cobertizos, sus cambios de agujas y sus garitas de señales.

En la oscuridad reinante apenas eran discernibles los contornos de los muebles. La luz de los faroles de la calle reflejándose en el cielo raso envolvía las butacas en sombras grises parecidas a polvorientos celajes. Una lamparilla de pie alumbraba la escribanía. José tropezó con el canto de una mesa y se dió un golpe en la espinilla, volcando casi una palmera. Profirió una imprecación en voz baja y en aquel momento se oyó la voz de Ana desde el

dormitorio.

—¿Qué pasa, Antonio? ¿Qué estás haciendo ahí?

—Nada, nada... —replicó José—. Estoy contigo en seguida. Tu patrón ha dejado una luz encendida. ¿Estás segura que no va a volver?

Acometió a Ana un ataque de tos, pero entre dos accesos gritó:

—Está de servicio hasta medianoche. ¿Tardarás mucho, Antonio?

—No, querida, sólo me quito algunas cosas —repuso José, haciendo una mueca.

La ventana estaba abierta y se oían en la habitación los ruidos de la calle, destacándose los bocinazos de los automóviles. José se asomó y escrutó la calle. Algunos taxis iban y venían a toda velocidad cargados de viajeros con sus equipajes, pero José no prestó la menor atención a los vehículos, ni a los guiños de los anuncios luminosos, ni a los ruidos del café situado en la planta baja de la casa. Era la hora de la cena, por esto los transeúntes eran muy escasos. No se veía ni un solo agente de policía.

—¡Antonio!

—¡Calla! —ordenó José en tono brusco, corriendo las cortinillas para que no le vieran desde los edificios de enfrente. Sabía el sitio exacto donde se encontraba la caja fuerte empotrada en la pared. Le había bastado una sesión de cine, una cena y algunas consumiciones para obtener de Ana tales informaciones, pero no se atrevía a preguntarle si conocía la combinación de la caja. Quizá Ana se diera cuenta de que no bastaban sus encantos para que José fuera de noche a su cuarto después de atravesar un tejado cubierto de nieve.

De una pequeña biblioteca colocada detrás del

escritorio, José sacó seis gruesos volúmenes, titulados *Los ferrocarriles y su organización*, que ocultaban una puertecilla de hierro. El cerebro de José Brünlich estaba ahora perfectamente claro y lúcido. Sin prisas ni vacilaciones, consultó el reloj antes de poner manos a la obra. Eran las nueve y diez minutos; José calculó que podía disponer de una buena media hora. «Hay tiempo suficiente», pensó. Humedeciéndose un dedo lo aplicó a la puerta de la caja. El espesor del acero sobrepasaba el centímetro pero por muy poco. Puso el maletín encima de la mesa escritorio y extrajo las herramientas. José se enorgullecía del estado de sus utensilios y de la rapidez con que trabajaba. Hubiera podido perforar el acero con un berbiquí, pero Ana oiría el ruido y José no podía fiar en su discreción. Utilizó, pues, el soplete más pequeño y se caló unas gafas ahumadas para proteger sus ojos. A la primera llamarada todos los objetos de la habitación surgieron de la sombra en que se hallaban envueltos; el calor abrasaba su rostro y la plancha de acero comenzó a fundirse como si fuera de mantequilla.

—¡Antonio! —gritó la mujer moviendo el pomo de la puerta de su cuarto—. ¡Antonio! ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué me has encerrado?

Dominando el sordo zumbido de la llama, José gritó:

—¡Cállate!

Ana seguía esforzándose en abrir la puerta e insistió:
—¡Déjame salir, Antonio!

Cada vez que apartaba el soplete de sus labios para contestar, la llama decrecía. Confiando en la timorata estupidez de Ana le espetó enfurecido:

—¡Cállate o te retuerzo el pescuezo!

Hubo un momento de silencio. La llama se intensificó,

la puertecilla de acero se puso al rojo vivo... luego blanca...
Entonces Ana gritó:

—¡Adivino lo que estás haciendo, Antonio!

José hizo caso omiso de Ana y continuó aplicando el soplete.

—Estás tratando de forzar la caja, Antonio.

Ana se puso a sacudir la puerta con tanta violencia que José se vio obligado a interrumpir su trabajo para gritarle:

—¡Cállate o ya sabes lo que te espera! ¡Te retorceré el pescuezo, vieja piltrafa!

La voz bajó de tono, pero José la oía claramente, pues Ana debía tener los labios pegados a lo de la cerradura.

—No digas esto, Antonio. Tengo que decirte algo. Abreme. Es preciso prevenirte que...

José no la oía. La llama del soplete seguía derritiendo el acero que cobraba nuevamente un color blanco.

—Te he mentado, Antonio. Abre, Herr Kolber está a punto de llegar.

José dejó el soplete y se volvió alarmado.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué significa esto...?

—Si te hubiera advertido no hubieses venido. Hubiéramos podido estar juntos una media hora, y si Kolber hubiese regresado más pronto, hubiéramos procurado no hacer ruido.

José puso en marcha su cerebro, desistió de maldecir a la mujer, apagó el soplete y lo puso en el maletín con el cortafrío, la palanqueta y la ganzúa. Tenía que renunciar a aquel golpe, uno de los más fáciles de su carrera, pero podía jactarse de no correr jamás riesgos inútiles. Nunca le habían echado el guante. Trabajó en varias ocasiones con

colaboradores, que se dejaron atrapar. Nunca le fue echada en cara su buena suerte. Sus cómplices se maravillaban del insólito *record* que José ostentaba, e ingresaban en la cárcel orgullosos por lo menos de que «él» escapara. Luego le presentaban a sus amigos diciendo: «Este es José. Hace cinco años que trabaja y jamás le han enchiquerado.»

Cerró el maletín. De pronto, al oír fuera un sonido extraño, parecido a la vibración de un cable en tensión, se sobresaltó.

—¿Qué es esto?

—El ascensor —musitó Ana a través de la puerta—. Alguien lo hace bajar.

José cogió un tomo de *Los ferrocarriles y su organización*, pero la caja estaba aún demasiado caliente y lo dejó sobre la mesa escritorio. Oyóse el ruido de una verja al cerrarse y luego el zumbido del ascensor que subía. José se dirigió hacia la ventana y arregló de nuevo el cordel al extremo del cual colgaba su revólver. Calculó las posibilidades de escapar por la ventana. Se vería obligado a efectuar un salto de diez metros, desde la ventana hasta la marquesina del café. En aquel momento se abrió y volvióse a cerrar la puerta del ascensor.

—Es el piso de abajo —apuntó Ana por el ojo de la cerradura.

«Esto marcha bien —pensó José—. Dispongo de tiempo. Pasaré por el cuarto de Ana y me iré por el tejado. Aún quedarán veinte minutos para esperar el tren de Passau.» La silla estaba tan encajada al pomo de la puerta que hubo de dejar la maleta para tener las manos libres y sacarla de allí. La silla resbaló y cayó. En aquel momento se encendió la luz.

—¡Arriba las manos y no te muevas! —ordenó Herr Kolber. José Grünlich obedeció en el acto. Luego, lentamente se volvió y en pocos segundos urdió un plan.

—No llevo armas —dijo dulcemente y como en tono de reproche, mirando a Herr Kolber con sus ojos azules.

Herr Kolber llevaba uniforme azul y gorra redonda de visera como correspondía a un subjefe de estación. Era de baja estatura, delgado, de faz cetrina y arrugada. Su mano, que empuñaba un revólver, temblaba un poco bajo el imperio de la excitación. Además, Herr Kolber era un hombre maduro.

José clavó la mirada en el arma, calculó la inclinación que tendría al dispararse y se preguntó si el disparo podría alcanzar o no el objetivo. «No —se dijo—; apuntará a mis piernas y me tocará en el vientre.» Herr Kolber estaba de espaldas a la caja, por lo que no podía ver el desorden de la biblioteca.

—No me comprende usted —dijo José, cuyo rostro estaba aún enrojecido por el calor del soplete.

—¿Qué hacías delante de esta puerta?

—Ana y yo...

—¿Quieres hablar, canalla? —rugió Herr Kolber.

—Ana y yo somos amigos. Siento mucho, Herr Kolber, que me encuentre usted en esta situación. Ana me había invitado...

—¿Ana? —exclamó Herr Kolber, con incredulidad—. ¿Por qué?

José habló con cierta timidez.

—Pues ya lo sabe usted, Herr Kolber; Ana y yo somos amigos...

—¡Ana, ven aquí!

Abrióse la puerta lentamente y Ana se presentó. Se

había puesto la falda y alisado el cabello.

—Es verdad, Herr Kolber, pero...

Horrorizada, Ana fijó la vista en la caja, ahora al descubierto.

—¿Te pasa algo? ¿Qué es lo que miras ahora? ¡En buen berenjenal nos hemos metido! A tu edad.

—Sí, Herr Kolber, pero...

Ana titubeó. José, sin darle tiempo a defenderse o a acusar, la interrumpió diciendo:

—Amo a Ana.

Ana se hizo eco de estas palabras con una lastimera gratitud.

—Sí. Esto me ha dicho.

Herr Kolber dio una patada en el suelo.

—Eres una idiota, Ana. Regístrale los bolsillos. No cabe duda que debe haber robado tu dinero.

No se le ocurría a Herr Kolber mirar hacia donde estaba la caja fuerte.

José seguía desempeñando el papel que se le atribuía, el de un vulgar ladrón.

Conocía de sobra a esa clase de individuos. Había trabajado con ellos, los había tomado a su servicio y les había visto camino de la cárcel sin sentir por ello el menor remordimiento. Los calificaba de sanguijuelas, dando a entender con esa expresión que eran gentes sin ambición y sin recursos.

—Yo no he robado su dinero —gimió José—. Amo demasiado a Ana para hacer tal cosa.

—¡Regístrale los bolsillos!

Ana obedeció, pero en el interior de las ropas sus manos se deslizaban sobre su cuerpo como si prodigarán

caricias.

—Regístrale el bolsillo de detrás.

—No llevo revólver —dijo José.

—El bolsillo de detrás —repitió Herr Kolber.

Ana volvió del revés el forro del bolsillo. Al verlo también vacío, Herr Kolber, aunque presa todavía de un furor senil, apuntó el revólver hacia el suelo.

—¡Convertir mi piso en un burdell! —exclamó—. ¿Qué alegas en tu defensa, Ana? ¿Te parece bien lo que has hecho? En buen berenjenal nos hemos metido.

Con los ojos bajos, Ana se retorció las escuálidas manos.

—No sé lo que me ha pasado, Herr Kolber.

Mientras hablaba parecía ir hilvanando las ideas. José advirtió en sus ojos cómo el afecto se iba trocando en repulsión y luego en cólera.

—Él me ha tentado —dijo Ana lentamente. José tenía muy presente el negro maletín que yacía encima de la mesa escritorio detrás de Herr Kolber, los libros desordenados y la caja fuerte a medio abrir. Sin embargo no perdió la serenidad. De un momento a otro Herr Kolber descubriría todo esto. No le pasó inadvertido un timbre que al alcance de la mano del subjefe de estación comunicaba quizá con la portería.

—¿Puedo bajar las manos, Herr Superintendente?

—Sí, pero sin dar un solo paso —exclamó Herr Kolber, dando una patada en el suelo—. Quiero poner en claro lo ocurrido aunque tenga que pasar la noche aquí. No quiero que cualquier día se presente un regimiento a seducir a mi criada.

José estuvo a punto de perder el aplomo que hasta entonces había conservado, tanto le divertía la idea de que

Ana, ya entrada en años, fuera víctima de persecuciones masculinas. Sonrió. Ana adivinó el motivo de su sonrisa.

—Tenga usted cuidado —dijo a su patrón—; no venía por mí, sino...

José Grünlich la interrumpió.

—Voy a confesarlo todo...

No he venido, ciertamente, para ver a Ana. Mire, Herr Kolber. Con la mano derecha José señaló la caja fuerte. Herr Kolber se volvió. El revólver seguía apuntando al suelo. En aquel momento José le disparó dos tiros en la parte baja de la espalda. Ana se llevó las manos al cuello y desviando la vista del cuerpo de su patrón comenzó a gritar. Herr Kolber cayó de rodillas, dio en el suelo con la frente, estremeciéndose su cuerpo entre un disparo y otro, y, a no ser porque estaba junto a la pared, se hubiese desplomado pesadamente.

—¡Cierra el pico! —dijo José.

Pero Ana seguía gritando; la agarró por el cuello y la sacudió.

—Si no te callas irás a hacerle compañía. ¿Me oyes? Se dio cuenta de que se había desmayado y la echó en una butaca. Luego cerró la ventana y la puerta del cuarto por temor a que la mujer, al volver en sí, gritase y la oyera el agente cuando al efectuar su ronda pasara junto a los almacenes. Se deshizo de la llave echándola en el retrete. Luego echó una última ojeada al cuarto y decidió dejar el maletín encima de la mesa escritorio. Como siempre llevaba guantes, sólo podrían recoger las huellas digitales de Ana. Era verdaderamente lamentable desprenderse de tan espléndido instrumental, pero José estaba dispuesto a sacrificar todo cuanto pudiera comprometerle... Incluso el

billete para Passau. Consultó el reloj. El tren salía dentro de un cuarto de hora, pero no podía permanecer en Viena un minuto más. Se acordó del tren que había visto llegar desde lo alto del tejado, el expreso en dirección a Estambul, y se preguntó: «¿Podría subir sin billete?» No deseaba dejar tras sí la menor huella de su paso. Por un momento pasó por su imaginación la idea de cegar a Ana con el cortafrío para evitar que más tarde pudiera identificarle. Sin embargo, le era odiosa toda violencia que no fuera indispensable; no porque detestara la violencia, sino porque en sus métodos le agradaba la precisión: no omitir lo necesario ni añadir lo superfluo. Cuidando de no mancharse de sangre, registró los bolsillos de Herr Kolber en busca de la llave del cuarto, y cuando la hubo encontrado, se detuvo un instante delante de un espejo. Se peinó y se cepilló el sombrero. Luego salió de la estancia, cerró la puerta y echó la llave en un paragüero del vestíbulo. Aquella noche se terminaron para él los paseos por el tejado.

Al ver el ascensor parado con la puerta abierta vaciló un momento, pero decidió bajar por la escalera. El ruido del ascensor, al descender, denunciaría su paso. Mientras bajaba aguzó el oído por si oía los gritos de Ana. Pero reinaba el silencio más absoluto. Fuera, la nieve seguía cayendo y amortiguaba el ruido de los vehículos y de los pasos. Pero en la escalera, el silencio cada vez más denso se cernía sobre las huellas del fugitivo, los libros apilados, el maletín negro y la caja forzada. Nunca había dado muerte a un hombre, pero mientras durara el silencio podía olvidarse de que había subido el último escalón que le conducía a la peligrosa cima de su profesión.

Al pisar el rellano del primer piso se abrió una puerta. José oyó una estridente voz de mujer.

—¡Y qué bragas! No puedes figurártelo, querida. Bueno, yo no soy la hija del presidente, y le dije a la mujer: «Déme algo más decente. ¡Transparentes! No has visto nunca...» José Grünlich se atusó sus grises y tupidos mostachos y salió audazmente a la calle mirando a uno y otro lado, como si esperara a un amigo. No se veía ningún agente. Como la nieve de las aceras había sido barrida, José no dejaba ninguna huella de sus pasos. Giró a la izquierda camino de la estación, aguzó el oído por si Ana gritaba, pero sólo oyó los bocinazos de los taxis y el crujido de la nieve al paso de los transeúntes. Al extremo de la calle el espacioso porche de la estación le atraía como la fachada iluminada de un *music-hall*. Sin embargo, juzgó peligroso errar frente a la estación, cual un vendedor de billetes de lotería. De pronto, el silencio que se cernía sobre él desde el piso de Herr Kolber, le dio una idea clara de sus propias facultades: la mano señalando la caja fuerte, el cordel tirado en un instante, el revólver empuñado, los disparos... Le invadió un sentimiento de orgullo: «He matado a un hombre». Tras desabrocharse el abrigo, estiró el chaleco, jugueteó con la cadena de plata y se quitó el sombrero para saludar a una amiga imaginaria. Su flexible gris procedía del mejor sombrerero de Viena. José se había apoderado de él en el perchero de un probador y le estaba un poco pequeño. «Yo, José Grünlich, he matado a un hombre. Soy hábil —pensó— y demasiado fuerte para ellos. ¿Por qué ir presuroso a la estación como un ratero, deslizarme sin ser visto a través de las puertas entreabiertas y agazaparme a la sombra de los tinglados?»

Había tiempo para tomar un café. Eligió la mesita situada en la esquina, debajo de la marquesina que viera

acercarse a él cuando había resbalado en el tejado. Alzó los ojos y miró a través de la nieve que seguía cayendo. El primer piso, el segundo, el tercero, y, en el cuarto, la ventana iluminada del despacho de Herr Kolber... La sombra del edificio se confundía con el cielo plomizo. «¡Vaya estúpida caída hubiera sido la mía!»

—*Der Kaffe mit Milch* —dijo. José Grünlich, el Hombre del Destino, removía, pensativo, el café con leche. Era la única solución y no había vacilado.

Pero el sentimiento de desagrado ensombrecía su rostro al pensar: «Desgraciadamente, no se lo puedo contar a nadie. Sería demasiado peligroso».

Incluso sus mejores amigos y el mismo Antonio, de quien tomara el nombre, tenían que ignorarlo, pues quizás más adelante ofrecieran una recompensa a quien proporcionara informaciones sobre el asesino. «Sin embargo, tarde o temprano lo sospecharán —se dijo José— y me señalarán diciendo: "Este es José, el que mató a Kolber en Viena, pero nunca le han puesto la mano encima. Nunca lo han pescado".»

Dejó la taza encima de la mesa y aguzó el oído. ¿Era un taxi, un ruido de la estación o un aullido de mujer? Miró hacia las mesas que había a su alrededor; al parecer nadie había oído nada de particular. Las gentes hablaban, bebían, reían y un anciano carraspeaba. José Grünlich había apagado un poco la sed y seguía sentado escuchando. Un agente de policía cruzó la calle.

Probablemente había terminado su turno de servicio y se dirigía a su casa.

José levantó la taza de manera que le ocultara el rostro y observó al agente con el rabillo del ojo. En aquel momento oyó claramente un chillido. El agente se detuvo,

José buscó angustiosamente con los ojos al camarero, se levantó y dejó unas monedas encima de la mesa. El revólver que le colgaba entre las piernas le producía una ligera erosión.

—*Guten Abend.*

El agente compró un periódico de la noche y continuó su camino. José se llevó a la frente su mano enguantada y la retiró mojada de sudor. «Esto no marcha —se dijo—. Me estoy poniendo nervioso. Debía ya prever esos gritos.» Se disponía a sentarse de nuevo para terminar el café, cuando un chillido hirió de nuevo sus oídos. Era verdaderamente extraordinario que nadie en el café prestara atención a aquellos gritos. «¿Cuánto tiempo tardará en abrir la ventana? —se preguntó—. Entonces la oirán.»

Abandonó la mesa y una vez en la calle percibió más claramente los gritos; pero los taxis pasaban dando repentinos bocinazos. Algunos mozos de hotel cargados de maletas daban algún que otro traspiés en la acera resbaladiza. Nadie se paraba. Nadie oía nada.

En aquel momento cayó algo sobre la acera produciendo un ruido metálico. José volvióse y miró. Era una perra chica. «¡Qué curioso! —pensó—. Esto es de buen augurio», pero al agacharse para cogerla vio monedas de plata y de cobre esparcidas por el suelo, desde el café hasta el centro de la calle. Se tocó con la mano el bolsillo del pantalón y se dio cuenta de que estaba agujereado. «¡Dios mío! —pensó—. ¿He sembrado de este modo desde que salí del piso...?» Se vio al extremo de una hilera de plata que conducía, moneda por moneda, calle por calle, escalón por escalón hasta la puerta del despacho de Herr Kolber. Volvió rápidamente sobre sus pasos, recogió las monedas y

las fue metiendo en el bolsillo del abrigo, pero poco antes de llegar al café oyó un ruido de cristales rotos y una voz de mujer que aullaba: «*Zu Hilfe! Zu Hilfe!*». Un camarero se precipitó a la calle y alzó los ojos, un chófer detuvo su taxi con un brusco frenazo al doblar una esquina y dos jugadores de ajedrez abandonaron el tablero y corrieron hacia la calle. A José Grünlich le había parecido que bajo la nieve que caía el lugar era muy tranquilo, pero ahora se encontraba solo en medio de un silencio que le parecía hostil. El taxi se había parado, todos los clientes del café guardaban silencio y la mujer continuaba vociferando: «*Zu Hilfe! Zu Hilfe!*». Alguien gritó: «*Die Polizei!*», y al instante llegaron corriendo dos agentes. Luego todo recobró su aspecto habitual. Sólo un pequeño grupo de desocupados se congregó delante del inmueble. Los dos jugadores de ajedrez volvieron a su partida, el chófer dio el arranque automático, pero como a causa del frío se había paralizado el motor tuvo que bajar para dar vueltas a la manivela. Sin prisas, José Grünlich se encaminó pausadamente hacia la estación. Un vendedor de periódicos acabó de recoger las monedas sembradas en la acera. «Evidentemente, no puedo esperar el tren de Passau —pensó José—. Y no puedo correr el riesgo de que me detengan por viajar sin billete. No tengo dinero para comprarlo porque acaba de escurrírseme del bolsillo. Incluso la calderilla. José, amigo mío, no compliques más las cosas. No se trata más que de encontrar el dinero necesario. No vas a abandonar ahora a José Grünlich, tú que trabajas desde hace cinco años sin que jamás te hayan pillado. Has matado a un hombre y no cabe duda que tú, que eres el orgullo de tu profesión, puedes hacer lo mismo que a cualquier cortabolsas le es tan fácil, birlarle el bolso a una dama.»

Subió la escalera de la estación ojo avizor. Había que evitar riesgos inútiles. Si le detenían no pagaría con una semana de cárcel, sino con una condena a perpetuidad. Precisaba escoger la presa con sumo cuidado.

Varios pequeños bolsos estuvieron al alcance de su mano. A sus propietarios, tal vez pobres o demasiado despreocupadas, no parecía importarles mucho la posibilidad de que les robaran. Algunos de los bolsos debían contener algunos chelines en el fondo de un viejo portamonedas, y los otros ni siquiera dinero, sino simplemente una polvera, un lápiz para los labios y un espejo.

Acabó por encontrar lo que quería. La presa superaba quizá sus esperanzas. Una extranjera, seguramente inglesa, sin sombrero y peinada a lo chico, los ojos inyectados en sangre, luchaba a brazo partido con la puerta de una cabina telefónica. Cuando con las dos manos tiró del pomo, su bolso cayó al suelo. Parecía estar ligeramente ebria y siendo extranjera debía llevar mucho dinero en el bolso. Para José Grünlich aquello fue un juego de niños.

La puerta cedió y Mabel Warren se encontró frente al negro y reluciente aparato al que desde hacía diez años había consagrado la mayor parte de su tiempo y confiado sus más bellas frases. Se agachó para recoger el bolso, pero ya no estaba allí. «¡Qué extraño! —se dijo—. ¡Hubiera jurado que...! ¿Lo habré dejado en el tren...?» Con Janet Pardoe había hecho una cena de despedida en el coche restaurante, una cena rociada con una copa de jerez, dos tercios de una botella de Hock y dos coñacs, después de la cual se había sentido ligeramente mareada. Janet había

pagado la cuenta y Mabel la había reembolsado con un cheque, guardándose el dinero de la vuelta en el bolsillo de su chaqueta de mezclilla. Tenía actualmente más de dos libras esterlinas en moneda austríaca; pero el desaparecido bolso contenía cerca de ochenta marcos.

A miss Warren, cuya voz no era muy clara, le costó mucho trabajo hacer comprender a la central urbana el número de Colonia que solicitaba. Entretanto, balanceando su voluminoso cuerpo en el diminuto asiento de acero, no quitaba ojo de la barrera. Algunos pasajeros, cada vez menos numerosos, venían de los andenes, pero por parte alguna aparecía el doctor Czinner. Sin embargo, cuando diez minutos antes de la parada en Viena miss Warren se había asomado a su compartimiento, el doctor Czinner estaba ya dispuesto; se había puesto el sombrero y el *mackintosh* y le había manifestado: «Sí, me apeo aquí». Miss Warren no se fiaba mucho de él. Cuando el tren se detuvo esperó a que el doctor Czinner saliera del vagón, y de no haber sido por tener que telefonar a su periódico no lo habría perdido de vista. En el caso de que hubiese mentido, miss Warren estaba resuelta a seguirlo hasta Belgrado. No obstante, aquella parada le brindaba la única ocasión de telefonar. «¿Habré olvidado mi bolso en el tren?», preguntóse otra vez. Entonces sonó el teléfono.

Miss Warren consultó su reloj de pulsera. «Dispongo de diez minutos; si dentro de cinco minutos no le he visto salir, volveré a subir al tren. Y si me ha mentado, tanto peor para él.»

—¡Oiga! ¿El *Clarion* de Londres? ¿Eres Edwards...? Bien, toma nota enseguida. No, muchacho, no es la entrevista con Savory. Te la daré luego. Es una información de primera página, pero debes retenerla una media hora. Si

pasados treinta minutos no vuelvo a telefonar, transmítela sin perder tiempo: El levantamiento comunista que costó algunas bajas y que fue reprimido el miércoles por la tarde como dimos cuenta en las últimas ediciones de ayer, había sido organizado por el famoso agitador, doctor Richard Czinner, que desapareció durante el proceso Kamnetz (no, Kamnetz, K de Kaiser y z de zona. ¿Estás?). El proceso Kamnetz. Advierte al secretario de redacción que tenga en cuenta las investigaciones que se efectuaron sobre este asunto en una información del mes de agosto de 1927. Todo el mundo creía que el doctor Czinner había sido asesinado por agentes del Gobierno, pero a pesar de que se dictó orden de detención contra él, consiguió escapar. En el curso de una entrevista concedida en exclusiva a nuestro corresponsal especial, nos describe la vida que ha llevado como profesor en *Great Birchington—on—Sea*. —Nota para el secretario. Imposible sacar nada en claro a este respecto. Que averigüen información del director de la escuela. Se hacía llamar John—. El levantamiento de Belgrado, preparado para el sábado por la noche, ha estallado prematuramente. El doctor Czinner, que salió de Inglaterra el miércoles por la tarde, habría llegado a tiempo para tomar la jefatura. El doctor Czinner se enteró de la insurrección y del fracaso de la misma cuando el expreso en que viajaba llegó a la estación de Wurzburg, y decidió apearse en Viena. Está muy deprimido y repetía continuamente a nuestro enviado especial: «¡Si al menos hubiesen esperado...!» Estaba convencido de que si se hubiera encontrado en Belgrado, la clase obrera se hubiese lanzado a la calle para secundar el movimiento. Con palabras emocionadas ha hecho a nuestro enviado especial el

sensacional relato de su evasión de Belgrado en 1927 y le ha dado cuenta de los proyectos que ahora se han desvanecido por completo. ¿Has comprendido bien? Ahora presta atención y escucha:

»Si dentro de media hora no telefoneo la continuación, suprímelo todo a partir de «llegó a la estación de Wurzburg» y añade: Después de una larga y dolorosa vacilación ha resuelto proseguir su camino hasta Belgrado. Se mostraba acongojado y sólo murmuraba: «Mis magníficos y valientes muchachos. ¿Cómo podría abandonarlos?» Cuando se recobró un poco explicó a nuestro enviado especial que había decidido presentarse al tribunal para ser juzgado junto con los supervivientes, mostrándose así digno de la quijotesca reputación que adquirió en tiempos del proceso Kamnetz. No es un secreto para nadie la popularidad de que el doctor Czinner goza entre la clase obrera y su decisión podría causar un grave conflicto al Gobierno.

Miss Warren respiró profundamente y luego consultó el reloj. Sólo faltaban cinco minutos para la salida del tren. Continuó:

—Oye, no tengas prisa. Toma el rollo sobre Savory y pon atención. Me habías pedido media columna, pero no tengo tiempo. Voy a pasarte algunas notas. El señor Quin Savory, autor de *La Ronda Loca*, está en camino hacia el Extremo Oriente, con el propósito de documentarse para la nueva novela que prepara titulada *En camino hacia el extranjero*. A pesar de que el libro es de ambiente oriental, el gran novelista no abandonará a su querido Londres, pues verá los países extranjeros a través de los ojos de un modesto comerciante de tabaco londinense. De rostro enjuto y bronceado, el señor Savory ha dispensado una

excelente acogida a nuestro corresponsal en los andenes de la estación de Colonia. Tiene un corazón ardiente y a pesar de una cierta brusquedad se muestra comprensivo. Al recabar su opinión sobre la literatura contemporánea, ha contestado: «Soy partidario del equilibrio normal, que opongo a la mórbida introspección de escritores tales como Lawrence y Joyce. La vida es hermosa para un hombre de espíritu aventurero que tenga una mente sana en un cuerpo sano». El señor Savory, que afecta un continente sombrío, siente horror por las excentricidades, no cree en la bohemia tal como se describe en determinados medios literarios. «Consagran al sexo lo que debe consagrarse a la humanidad», dice remedando la célebre frase de Burke... Nuestro enviado especial insistió acerca de la ferviente admiración que había despertado en numerosos lectores el personaje de Emmy Tod, la joven sirvienta de *La Ronda Loca* (que dicho sea de paso ha alcanzado ya los cien mil ejemplares). «Conoce usted a fondo el corazón femenino, señor Savory», le dijo nuestro enviado. El señor Savory, que es soltero, volvió hacia su compartimiento con una sonrisa indulgente y dijo: «Un novelista es un poco espía». Sonrió se y agitó alborozado la mano hasta que el tren se puso en marcha. A este propósito, menciona que es un secreto de polichinela que la honorable Carol Delaine, la hija de lord Garthaway, interpretará el papel de Emmy Tod en la película inglesa *La Ronda Loca*. ¿Has comprendido? Naturalmente, todo esto aparece bañado en agua de rosas, pero ¿podía ser de otro modo tratándose de un cerdo como ese?

Miss Warren colgó violentamente el auricular. El doctor Czinner no había hecho todavía acto de presencia.

Miss Warren se sentía contrariada y satisfecha al mismo tiempo. El doctor se figuraba haberla apeado en la estación de Viena y miss Warren se complacía en imaginarse la decepción de Czinner cuando, asomando la nariz por encima del periódico, la viera en la puerta del compartimiento. ¡Más pegadiza que la tiña!

«Eso es lo que voy a ser para él», pensó miss Warren.

Al intentar pasar, el portero la detuvo: «*Fahrkarte, bitte*». Apenas se fijaba en ella, pues estaba muy atareado recogiendo los billetes de los viajeros que se apeaban de un tren procedente de las afueras, mujeres con criaturas de pecho en brazos y un hombre apretujando una gallina en el interior de la blusa. Miss Warren intentó abrirse paso a través de aquella oleada: «Pase de periodista». El portero le dirigió una mirada de desconfianza:

—¿Dónde está?

—Lo he dejado en mi bolso, en el tren —dijo miss Warren.

El hombre tomó el último billete y con los restantes hizo un paquetito que sujetó con una goma.

—Usted me había dicho al salir que tenía pase —arguyó con terquedad.

En efecto, miss Warren había esgrimido al salir un pedazo de cartulina, prosiguiendo su camino sin que el hombre lo examinase. Pero ahora pretendía ver la cartulina en cuestión.

—¡Diantre! —exclamó miss Warren—. Entonces es verdad que me han robado el bolso.

—Pero la señora acaba justamente de decir que se lo había dejado en el tren.

Miss Warren intentó dar toda clase de explicaciones. Se daba cuenta de que su aspecto no la favorecía: sin

sombrero, el cabello desgredado y su aliento que olía a alcohol.

—No puedo hacer nada —dijo—. Tengo que subir al tren. Mande usted a alguien que me acompañe y le pagaré el importe del billete.

El portero sacudió la cabeza. No podía abandonar el puesto y no sería correcto enviar a uno de los mozos hasta el andén para que percibiera el importe de un billete.

—¿Por qué la señora no toma ahora otro billete cuyo importe le reembolsará la compañía al presentar el anterior?

—Porque la señora no dispone en este momento de bastante dinero —replicó miss Warren, furiosa.

—En este caso —dijo suavemente el hombre lanzando una ojeada al reloj—, la señora se verá obligada a tomar otro tren. El *Orient-Express* debe de haber salido. En cuanto al bolso no se inquiete; se puede avisar por teléfono a la próxima estación.

Alguien en el vestíbulo silbaba una melodía que miss Warren había ya oído en compañía de Janet, una romanza ligera y voluptuosa que habían escuchado cogidas de la mano en la oscuridad del cine. Miss Warren se llevó la mano a los cabellos. Entre sus vacilaciones y temores, incorporado a las imágenes de Janet, de Savory, de Coral y de Czinner, surgió bruscamente un rostro rosado y juvenil cuyos ojos, tras gruesas gafas de concha, brillaban dulcemente como insinuando el deseo de ser útil en algo.

—Presumo que tiene usted dificultades con ese hombre, señora, y me consideraría muy honrado si pudiera servirle de intérprete.

Miss Warren se volvió furiosa.

—¡Váyase usted a paseo! —exclamó, ya grandes zancadas se dirigió hacia la cabina telefónica. Aquel americano había truncado el equilibrio entre el sentimiento y la cólera, entre la lamentación y la sed de venganza. «Czinner se cree en seguridad —pensó—, se figura haberme despistado y que ahora he fracasado. y que ya no puedo nada contra él. Pues ya lo verá.»

Sin embargo, cuando sonó el teléfono, Mabel Warren había recobrado su aplomo. Por el momento no le preocupaba que Janet coqueteara con Savory y Coral con el judío. Cuando se trataba de elegir entre amar a una mujer y odiar a un hombre, su espíritu no podía apreciar más que una sola emoción, pues si bien se habían reído ya de su amor, nadie se había mofado aún de su odio.

II

Coral Musker se sintió azorada al ojear la minuta.

—Elija usted por mí —dijo Myatt, quien, con el asentimiento de Coral, pidió una botella de vino.

«Quizá esto me favorezca esta noche», dijo Coral. Y dijo en voz alta:

—Me gusta su sortija.

Las luces de Viena eran cada vez más huidizas. El camarero se inclinó encima de la mesa y corrió las cortinillas.

—Me ha costado cincuenta libras esterlinas —repuso Myatt. Se movía de nuevo en un terreno que le era familiar; se sentía en su ambiente y no le desazonaban ya como antes una extraña inestabilidad y desconcertantes cambios de humor. La lista de vinos que tenía enfrente, la servilleta doblada encima del plato y el ir y venir del camarero, le daban una sensación de confianza. Sonrió y agitó la mano de tal modo que el fulgor de su solitario se reflejó en los vasos.

—De todas formas, vale casi el doble.

* * *

—Hábleme de ella —dijo Savory—. Es un tipo curioso. ¿Bebe?

—¡Me quiere tanto...!

—¿Quién no haría lo mismo...? —Desmigajando el pan con los dedos, Savory se inclinó hacia delante y preguntó

con circunspección—: Jamás he podido comprender qué puede hacer en realidad una mujer como esa...

* * *

—No. No quiero beber más de esa cerveza alemana. Mi estómago no puede soportarla. Pregunta si tiene *Guinness*. Es lo que más apetezco en este momento.

* * *

—Evidentemente se ha producido en Alemania un verdadero resurgir en los deportes —dijo el señor Opie—. Se ven excelentes tipos de jóvenes. Pero todo esto no vale lo que el *cricket*. Hobbs y Sutcliffe, por ejemplo.

* * *

—Besos... siempre besos.

* * *

—Pero yo no hablo su jerga, Amy.

* * *

—¿Es que lo cotiza usted todo? ¿Cuánto valgo yo?
La perplejidad y el miedo de Coral se trocaron en irritación.

—Naturalmente, valgo las diez libras esterlinas de un billete.

—Ya le he explicado toda esta historia —dijo Myatt.

—Si yo fuera la mujer que está allá, en el fondo...

Myatt se volvió y vio una mujer delgada enfundada en un abrigo de pieles cuyos brillantes ojos se fijaron en él, le examinaron y luego se posaron en otra parte.

—Usted es más bonita —dijo con flagrante insinceridad, esforzándose en ahondar en la mirada de la desconocida y leer en ella un veredicto. «Después de todo no miento —pensó—. A lo más, Coral es bonita, pero jamás podría servirme de esa palabra insípida para calificar a la desconocida. Delante de ella permanecería mudo. No podría hablarle tan llanamente como a Coral. Tendría conciencia de mis manos, de mi raza...» Y en un arranque de gratitud se volvió hacia Coral.

—Es usted muy buena conmigo. Luego se inclinó encima de los platos soperos, de los panecillos y de las vinagreras y añadió:

—Usted será buena conmigo.

—Sí —repuso Coral—; esta noche.

—¿Por qué sólo esta noche? ¿Por qué cuando estemos en Estambul no puede venir usted... por qué nosotros...? Titubeaba. Algo le intrigaba en aquella mujer, minúscula florecilla desconocida, en medio de aquel terreno tan familiar. ¿Por qué no vivir juntos allí? Sí, ¿por qué no? No eran ciertamente los motivos que pudiera tener para rehusar esta proposición lo que ocupaba la mente de Coral, absorbiéndola hasta el punto que había de esforzarse para concentrar su atención sobre la realidad del tren que rodaba, los hombres y las mujeres a quienes veía comer y beber, las frases que salpicaban múltiples conversaciones ...

—Sí, eso es todo. Besos, nada más que besos.

* * *

—¿Ha dicho usted Hobs y Zudgliffe?

* * *

Coral pensaba en las consecuencias de una posible aceptación. Se acabarían los regresos al amanecer a un sórdido aposento, el trato con una patrona desconocida que no la comprendería cuando le pidiera una bolsa de agua caliente, una taza de té y recibiera para aliviar el dolor de cabeza algún sucedáneo de la aspirina. En lugar de esto un piso lujoso, con grifos niquelados, agua caliente, una cama confortable, un edredón de seda con flores... Esto a cambio de algunos instantes dolorosos, de una noche penosa. «Pero es demasiado hermoso para ser verdad —se dijo— y esta noche, cuando me encuentre fría, asustada y falta de experiencia, no tendrá más ganas de ocuparse de mí.»

—Espere —dijo—, quizás más tarde no piense usted lo mismo.

—Le aseguro que sí.

—Espere hasta el desayuno. Entonces vuelva usted a proponérmelo o no me proponga nada.

* * *

—No, no, el *cricket* de ninguna manera —dijo José Grünlich enjugándose el bigote—. En Alemania se nos enseña a correr.

Lo insólito de la frase hizo sonreír a Opie.

—¿Ha sido usted atleta?

—En mis tiempos era un excelente corredor —repuso José Grünlich—. Nadie corría tan bien como yo. Nadie podía alcanzarme.

* * *

—*iHeller!*

—No blasfemes, Jim.

—No blasfemo. Es el nombre de la cerveza. Pruébala. Es menos espumosa. La que has bebido antes se llama *Dunkel...*

* * *

—Estoy muy contento de que le haya gustado.

—Ahora no me acuerdo cómo se llama, pero la doncellita era una mujer deliciosa.

—Venga usted después de cenar y charlaremos un rato.

—Nada de tonterías ahora, señor Savory.

* * *

—Se lo propondré.

—No prometa. Basta de promesas. Hablemos de otra cosa. Cuénteme lo que va usted a hacer en Estambul.

—Un viaje de negocios, algo un poco complicado. La próxima vez que coma usted un panecillo con pasas piense usted en mí; las pasas son como yo mismo.

—Entonces le llamaré Corinto. No puedo llamarle Carleton. ¡Vaya nombre tan raro!

—Tome usted una pasa. Siempre llevo algunas. Pruebe una de este compartimiento. Es buena, ¿verdad?

—Muy jugosa.

—Es de nuestra casa: Myatt, Myatt y Page. Ahora coma una de estas. ¿Qué le ha parecido?

* * *

—Fíjate, Amy, va en primera. ¿No la ves? Demasiado empingorotada para nosotros.

—¿Con ese judío? ¡Bah!, ya sabemos a qué conduce todo esto.

* * *

—Naturalmente, siento el mayor respeto hacia la Iglesia Católica Romana —decía Opie—. No soy de espíritu mezquino. Como modelo de organización...

—¿De veras?

* * *

—Jugosa.

—No, no, esta no es jugosa.

—¿Acaso he dicho algo que no debiera?

—Era de Stein. Pasas de calidad inferior y baratas. Sus viñedos están situados en la vertiente mala de la colina. Dan los frutos secos. Tome usted otra. ¿Nota usted la diferencia?

—Sí, esta es seca, muy diferente; pero la otra era jugosa, ¿no me cree usted? Pero, claro, usted debe de

haberlas confundido.

—No, las he escogido yo mismo. Es extraño, muy extraño.

* * *

De pronto se cernió sobre el vagón restaurante uno de los silencios que suelen atribuirse al paso de un ángel. Pero en medio del silencio de los hombres los vasos tintineaban sobre las mesas, las ruedas rechinaban sobre rieles de acero, vibraban los cristales y las chispas perforaban las tinieblas como cerillas lanzadas en la sombra. En medio del más absoluto silencio el doctor Czinner entró en el vagón restaurante cuando servían el último turno. Al andar doblaba ligeramente las rodillas, como un marino que se esforzara en guardar el equilibrio durante un temporal. Un camarero iba delante de él. Nada llamaba su atención. En su mente se grababan con letras de fuego algunas palabras que luego se iban hilvanando... «Me acusa usted de ser traidor a mi patria, pero debo decirle que yo no tengo patria... Las escaleras que conducen a los sótanos, las inmundicias depositadas al pie de las paredes sin ventanas, los rostros famélicos... No son ciertamente esclavos sometidos a unos deberes. Son los desgraciados del mundo entero.» Se veía ante el tribunal militar sentado debajo de las águilas y las espadas cruzadas. Se encaraba con sus jueces: «Sois vosotros los retrógrados, con vuestras ametralladoras, vuestros gases y vuestros discursos patrióticos». Mientras recorría el pasillo entre las mesas el doctor Czinner iba arreglándose maquinalmente la estrecha corbata, asegurándose el alfiler victoriano que

lucía. «Pero yo pertenezco al presente.» Sin embargo, su sueño grandilocuente se vio súbitamente interrumpido por un recuerdo. Vio desfilar ante él los avispados rostros de sus alumnos, las caricaturas, los billetes deslizados en un libro de gramática o por debajo de los pupitres y oyó los apodos, las mofas pronunciadas en voz baja, y los murmullos que surgían de uno y otro lado, imposibles de identificar y de castigar. El doctor Czinner se sentó y examinó la minuta sin comprender nada en absoluto.

* * *

«No me disgustaría, en verdad, estar en el lugar de ese judío —pensaba Peters—. Ha encontrado una linda chiquilla. Hermosa no puede decirse que lo sea, pero sí bien formada y eso —se dijo Peters para sus adentros, observando la larguirucha y angulosa figura de su mujer provista de un estómago musical—, eso, al fin y al cabo, es lo más importante.»

* * *

Cosa curiosa, Myatt había escogido las muestras con particular esmero. Era natural, evidentemente, que no todas las pasas de Stein fueran de inferior calidad, pero al respecto uno podía mostrarse un poco desconfiado y suponer, por ejemplo, que Eckman, dedicándose a un pequeño comercio personal, hubiese cedido a Stein algunas de las existencias de la casa Myatt y Page con objeto de mejorar temporalmente la calidad y así inducir a Moulton a que hiciera una oferta mejor.

Eckman debía estar viviendo momentos penosos,

hojeando la guía de ferrocarriles, consultando el reloj y diciéndose que Myatt había recorrido ya más de la mitad del trayecto. «Mañana le mandaré un telegrama y le daré un mes de vacaciones —pensó Myatt—. Joyce ocupará su puesto y estará más atento a la contabilidad.»

Myatt se imaginó las agitadas idas y venidas en Estambul como la confusión de un hormiguero desbaratado por un pie humano: una llamada telefónica de Eckman a Stein, o de Stein a Eckman, la búsqueda de un taxi, el almuerzo sin vino por una vez, luego la empinada escalera que conducía al despacho, y allí, el fiel Joyce cuidando de los libros. Entretanto, en su piso moderno, la señora Eckman debía de estar sentada en su sofá de tubo metálico confeccionando vestidos y pañales para los bebés de la misión anglicana, frente a la voluminosa y enmohecida Biblia, primera decepción de Eckman, que estaba viendo sin duda cómo el polvo se iba acumulando en el lomo del libro aún no hojeado.

* * *

Q. S. Savory hizo funcionar el resorte de las cortinillas. El claro de luna bañó su rostro y la paleta del pescado, y los rieles de acero se trocaron en vías plateadas. Ya no nevaba, pero la nieve seguía amontonada en los ribazos alumbrando la oscuridad. A unos centenares de metros de la vía discurría el Danubio como una ancha cinta de mercurio. Savory pudo ver los altos y copudos árboles desfilar hacia atrás y los postes telegráficos atrapar al vuelo el claro de luna con sus brazos de metal. En el silencioso vagón, procuró disipar de su pensamiento la

imagen de Janet Pardoe; reflexionó acerca de las palabras que emplearía para describir aquella noche. «Todo es cuestión de selección y de sagacidad. No tengo por qué describir lo que veo, sino solamente lo que hiere particularmente mi retina. No debo pintar las sombras sobre la nieve, pues su color y sus formas son suaves e imprecisas, pero puedo echar mano al fuego encarnado del disco de señales que resalta violentamente sobre el fondo blanco, la llama de la lámpara en la sala de espera de la pequeña estación lugareña y los haces luminosos de una barcaza que remonta el río.»

* * *

Mientras se frotaba suavemente la ligera herida causada en su pierna por el roce del revólver, José Grünlich reflexionaba.

«¿Cuántas horas faltan aún para la frontera? ¿Tendrán ya los guardias fronterizos noticias del asesinato? Sin embargo, no tengo nada que temer. Mi pasaporte está en regla. Nadie me ha visto sustraer el bolso. Nada permite establecer una relación entre Kolber y yo. Quizá hubiera debido desprenderme del revólver y tirarlo en alguna parte...» Pero luego se tranquilizó. «A lo mejor hubiera servido para dar con mi pista. Hoy día son capaces de sacar milagrosas deducciones de unas simples huellas en un arma.» Cada año el crimen se iba haciendo menos rentable, más peligroso. José había oído hablar vagamente de un nuevo y extraordinario método que permitía recoger las huellas digitales aun cuando la mano estuviera protegida por un guante. «Pero a pesar de toda su ciencia, aún no me han pescado.»

* * *

«En todo caso las películas han educado el ojo humano —pensó Savory—. Le han enseñado a captar la belleza de un paisaje cogido al vuelo, de un campanario disimulado detrás de los árboles, achatándose o irguiéndose a tono con el paso desigual del hombre, la esbeltez de una chimenea elevándose hacia una nube y desapareciendo luego detrás de sus últimos penachos de humo.» Le acuciaba traducir en prosa la sensación del movimiento. Mientras se hallaba sumido en ese estado de ánimo, el afán de llevar a cabo su tarea le pareció al escritor tan urgente que en aquel momento se desvivía por tener a mano lápiz y papel, y hasta llegó a dolerse de haber invitado a Janet Pardoe a que viniera a charlar con él después de la cena. Deseaba trabajar y ambicionaba verse libre de toda intromisión femenina por espacio de una a dos horas. «No necesito de ella», se dijo, pero al correr las cortinillas le espoleó de nuevo el aguijón del deseo. Janet vestía bien, se expresaba como una señora y había leído sus libros con admiración, tres cosas que a él, nacido en Balham y que no podía librarse definitivamente de su acento *cockney*, le agradaban sobremanera. Tras seis años de éxitos sucesivos, éxitos que ilustraban las cifras de sus tiradas: 2.000, 4.000, 10.000, 25.000, 100.000, juzgaba todavía insólito verse en compañía de mujeres elegantemente vestidas, y no estar separado de ellas por la gruesa barrera de cristal de un restaurante o la anchura de un mostrador. Escribir día tras día laboriosamente, y a veces penosamente, pero no sin gozo, cien mil palabras. No escribía menos un chupatintas, pero,

en cambio, las palabras de él, Q. C. Savory, el ex dependiente de comercio, alcanzaban un resultado que nunca lograría el más duro trabajo en un despacho. Mientras comía el pescado y miraba de reojo a Janet Pardoe, el novelista soñaba... No en las liquidaciones, en los derechos de autor o en las acciones, ni tampoco en los lectores que lloriqueaban al leer sus pasajes patéticos o celebraban su humor *cockney*, sino en las escaleras que conducían a los salones londinenses, en las puertas que se abrían de par en par, en cómo al ser anunciado los rostros de las mujeres se volvían hacia él con respetuoso interés.

* * *

«Pronto, dentro de una o dos horas, será mi amante...» Ante el pensamiento del extraño vínculo que había de unirlos, Coral Musker experimentó un escalofrío de terror, y el rostro cetrino de Myatt perdió para ella todo aspecto familiar. Cuando se desmayó en el pasillo se había mostrado muy bondadoso. La había arropado con un cálido abrigo y su voz le había brindado el reposo y la comodidad. Coral sentía el aguijón del agradecimiento y si se hubiera desvanecido el silencio que reinaba en el salón restaurante hubiese dicho: «Le amo». Estas palabras asomaron a sus labios, pero las retuvo para pronunciarlas más tarde, para romper el mutuo silencio cuando se reanudara la conversación general.

* * *

«Allí estarán los representantes de la prensa», pensaba Czinner, y vio la tribuna destinada a los periodistas

exactamente igual que en el proceso de Kamnetz, abarrotada de hombres emborronando cuartillas, y un dibujante esbozando el retrato del general... «Esta vez se ocuparán de mi perfil.» Eso sería la justificación de las frías e interminables horas pasadas en la campiña inglesa, paseándose de un lado para otro y preguntándose si habría obrado bien al fugarse. «Es preciso dar un sentido de profundidad a cada palabra; que evoque claramente los objetivos de mi lucha; que recuerde que no se trata solamente de los pobres de Belgrado, sino de los pobres de todos los países...» En diferentes ocasiones había protestado Czimmer contra el punto de vista exclusivamente nacional de la sección militante del partido socialdemócrata. Su himno nacional, *Adelante, esclavos, adelante*, había sido adoptado contra su parecer.

Estaba contento de que su pasaporte fuera inglés, y alemán el mapa que contenía su maleta. Había adquirido el pasaporte en Londres, en una modesta papelería regentada por un polaco y situada cerca del *British Museum*. Se lo había entregado mientras tomaban el té en la trastienda, y el hombre delgado, de tez granulosa, de cuyo nombre se había olvidado, se excusó por el precio: «Cuesta muy caro», había objetado en tono quejumbroso; y al ayudar a su cliente a ponerse el abrigo había preguntado maquinalmente: «¿Cómo marcha el negocio?» Evidentemente había tomado a Czimmer por un ladrón. Luego había vuelto a la tienda a vender el *Almanach Gaulois* a un escolar. *Adelante, esclavos, adelante*. Al autor de la música lo habían matado a bayonetazos en la oficina de distribución de Correos.

* * *

—¡Pollo a la *cocotte*, ternera asada...!

Los camareros rompieron el silencio que reinaba en el vagón restaurante. Los comensales comenzaron a hablar al unísono.

—A mi parecer, los húngaros son muy aficionados al *cricket*. El año pasado jugamos seis partidos.

* * *

—Esta cerveza tampoco vale mucho. Preferiría un vaso de *Guinness*.

* * *

—Creo que estas pasas...

—Le amo.

—Nuestro agente... Perdón, ¿qué ha dicho usted?

—Le he dicho que le amaba.

* * *

Había pasado el ángel y las voces se mezclaban alegre y ruidosamente con el fragor de las ruedas, los ruidos de la vajilla y la vibración de los cristales. El expreso corría a lo largo de una interminable hilera de abetos. Chispeaba el Danubio. El maquinista abrió el regulador y la velocidad del tren aumentó unos diez kilómetros por hora.

III

Coral Musker se detuvo sobre las planchas metálicas entre el vagón restaurante y los coches de segunda. Se sentía molida por las sacudidas del tren y por un momento se sintió incapaz de dar un paso hacia el compartimiento ocupado por Peters y su mujer Amy, donde había dejado su maleta. Su pensamiento volaba muy lejos de aquel estruendoso metal y de los movimientos de las bielas. Veíase subiendo la escalera que conducía a su piso, bien arropada con un abrigo de pieles. Sobre la mesa del salón había una canastilla de rosas de invernadero con una tarjeta. *Afectuosamente, Carl*. Coral se había decidido a llamarle así. Era imposible decir: «Te amo, Carleton», mientras que: «Te adoro, Carl» sonaba muy bien. Rompió a reír ruidosamente y dio unas cuantas palmadas. De pronto tuvo la impresión de que el amor era una cosa sencilla de cuyos elementos formaban parte el agradecimiento, los obsequios, las inofensivas bromas familiares, un piso, una doncella... y el no tener que trabajar. Avanzó corriendo por el pasillo. Le era indiferente que fuera zarandeada de un lado a otro. Pensaba:

«Me presentaré en el teatro con tres días de retraso y diré: "¿Dónde puedo encontrar al señor Sidney Dunn?" Pero el portero, que naturalmente será turco y llevará patillas, sólo podrá mascullar sonidos incomprensibles. Por tanto, deberé encontrar sola el camino de los camerinos, pasando junto a las mangas de incendios. Luego me asomaré al salón de maquillaje y diré: "Buenas tardes" o "Bon jour"

"¿Dónde está Sid?" Estará ensayando. Me meteré entre bastidores, le haré una señal y entonces, sin dejar de esgrimir la batuta, mientras las *Dunn's Babies* continuarán bailando, bailando, bailando, se pondrá a gritar: "¿Quién diablos es usted?" "Yo soy Coral Musker." "Llega con tres días de retraso. ¿Qué significa esto?"

»Y yo contestaré: "He venido simplemente para despedirme". Coral repitió la frase en voz alta para oír cómo sonaba: "He venido simplemente para despedirme".» Pero el ruido del tren redujo a la nada ese desafío que resonó como un lamento.

—Perdone —dijo a Peters que dormitaba en su rincón, después de una comida copiosa. Sus piernas extendidas de una banqueta a otra cerraban el paso de la entrada al compartimiento.

—Perdone —repitió Coral. Peters, despertándose, se excusó:

—Me alegro de que haya vuelto usted.

—No —repuso Coral—; vengo a buscar mi maleta.

Amy Peters, acurrucada en la banqueta y chupando una pastilla de menta, intervino con súbita acritud:

—No le hables, Herbert; que se lleve la maleta, se cree demasiado fina para nosotros.

—¿Qué mosca le ha picado? Vengo simplemente a recoger mi maleta. No he dicho una sola palabra que...

—No te sulfures, Amy —dijo Peters—. Lo que haga la señorita no nos importa. Toma otra pastilla de menta. Es su estómago ¿sabe? —explicó a Coral—. Está empachada.

—¿Señorita...? ¡Vamos! Es una furcia.

Coral había sacado la maleta de debajo del asiento, pero al oír la injuria la soltó sin más sobre los pies de Peters. Luego se puso en jarras y se enfrentó con la mujer,

sintiéndose muy madura y muy aplomada. Esa querella le evocaba la imagen de su madre, también en jarras y con los puños cerrados, cambiando unas palabras con una vecina que le había dicho que se entendía con su huésped. Por un instante Coral fue la reencarnación de su madre. Se había desprendido de su experiencia como quien se muda de camisa, del refinamiento del teatro, y de las frases prudentes.

—Y usted, ¿quién se figura que es?

Coral sabía la respuesta. «Tenderos de vacaciones. Vamos a Budapest en un viaje de ida y vuelta porque está más lejos que Ostende.»

De regreso a su casa podrían vanagloriarse de ser turistas y mostrar en las maletas las rutilantes etiquetas de módicos hoteles. En otro tiempo quizá se hubiera dejado impresionar; pero había aprendido a aceptar todo cuanto le dijeran con cierto desenfado, a no admitir nunca su propia ignorancia y a conducirse como una mujer experta y astuta. —¿Con quién creen ustedes que están hablando? No soy ninguna dependienta suya, suponiendo que tengan una en su tenducho de barriada...

—Vamos, vamos —dijo Peters, herido en su amor propio al verse descubierto—. No hay por qué enfadarse.

—¿Cómo que no...? ¿Acaso no ha oído usted lo que me ha llamado? Supongo que a ella no le han pasado inadvertidos sus manejos para camelarme.

—Demasiado sabemos que no es él el hombre que le hace falta. Usted anda tras el dinero fácil. No se figure que ardamos en deseos de verla en nuestro compartimiento. Ya sé cuál es su sitio.

—No me hable usted en ese tono.

—Arbuckle Avenue. Allí los pescan directamente de la estación de Paddington.

Coral rompió a reír con aquella risa teatral con que su madre invitaba a los vecinos a que presenciaran sus disputas. Estaba tan excitada que hasta los dedos le hormigueaban. Hacía ya mucho tiempo que procuraba pronunciar todas las «haches», no hablaba de sus «amigos» y no decía «una servidora». Desde hacía años fluctuaba entre dos clases, sin pertenecer a ninguna; sólo al teatro. En aquel momento experimentaba un verdadero placer en retrotraerse al tipo original.

—Ni por todo el oro del mundo quisiera ser un espantapájaros como usted. Nada tiene de extraño que con una cara como la suya le duela la barriga. Ni debe sorprenderle tampoco que el viejo tenga ganas de variar.

—¡Vamos, vamos, señoras! —dijo Peters.

—No se preocupe, que no se ensuciará las manos con usted. Usted sólo es buena para un sucio judío.

El primer impulso de Coral fue replicar violentamente a aquella mujer y abofetearla, pero de pronto rompió a llorar aunque todavía le quedó voz para replicar:

—No le permito que hable así de él.

Las palabras de la señora Peters, como la estela de una propaganda aérea sobre el recinto de una feria, se iban disipando muy lentamente.

—Sabemos muy bien que es su amigo.

—No permita usted que la molesten, pequeña —dijo una voz detrás de Coral.

—He aquí otro de sus amigos.

—¿De veras?

El doctor Czinner cogió suavemente del brazo a Coral y la condujo fuera del compartimiento.

—Judíos y extranjeros. Debería usted avergonzarse...

El doctor Czinner cogió la maleta y la puso en el pasillo. Cuando se volvió hacia la señora Peters, su rostro no tenía ya el aspecto lastimoso y fatigado del profesor extranjero. Había cobrado ese aire sarcástico y dispuesto a todo que observaran los periodistas cuando avanzó hacia el estrado para declarar en el proceso de Kamnetz.

—¿De veras?

La señora Peters se sacó de la boca la pastilla de menta. El doctor Czinner, con las manos hundidas en los bolsillos del impermeable, se balanceaba hacia delante y hacia atrás sobre la punta de los pies.

Podría haberse adueñado de la situación, pero su ánimo estaba aún imbuido de las frases grandilocuentes de la retórica socialista, y no sabía a punto fijo qué decir.

—¿De veras?

La señora Peters fue la primera en cobrar ánimos.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? Esto ya es demasiado. Uno tras otro metiendo aquí las narices... Haz algo, Herbert.

El doctor Czinner se puso a hablar. Su fuerte acento extranjero prestaba a las palabras una cierta impresión de fuerza que hacía callar a la señora Peters, aunque sin llegar a convencerla:

—Soy médico.

Añadió que juzgaba inútil esperar de ellos la menor delicadeza. El día antes la muchacha había sufrido un desvanecimiento, y, velando por su salud, le había prescrito que tomara un coche cama. Las sospechas son propias de las gentes mezquinas.

Luego se reunió con Coral Musker en el pasillo, desde donde oyeron claramente las palabras de la señora Peters:

—Sí, pero, ¿quién paga? Esto es lo que me gustaría saber.

—¡Burgueses! —murmuró despectivamente el doctor Czinner, apoyando la frente contra el cristal.

—Gracias —dijo Coral. Y, al ver la decepción pintada en el rostro del doctor, añadió—: ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Se encuentra mal?

—No, pero no he podido hacer gran cosa. No tengo talento para discursar.

Se apoyó en la ventanilla, sonrió a Coral y añadió:

—Usted lo ha hecho mejor que yo, y les ha echado en cara su proceder.

—¿Por qué se habrán portado de ese modo? —preguntó la muchacha.

—Todos los burgueses son lo mismo —repuso el doctor Czinner—. El proletario tiene sus cualidades y el aristócrata es a menudo bueno, justo y generoso. Se le paga para que cumpla con un servicio cualquiera: gobernar, enseñar o curar; o en otro caso el dinero de que dispone lo ha heredado de su padre. Quizá no lo merezca; pero tampoco ha perjudicado a nadie para adquirirlo. En cambio, el burgués compra barato y vende caro. Compra a los trabajadores y vuelve a vender a los trabajadores. Es un ser inútil.

La pregunta de Coral había quedado sin respuesta. Aturdida por ese raudal de explicaciones y por la fuerza de esa convicción, miró a su interlocutor sin comprender una sola palabra de lo que decía.

—No les había perjudicado en nada.

—Sí, mucho. Y yo también. Ellos y nosotros

procedemos de la misma clase. Nosotros nos ganamos honradamente la vida sin perjudicar a nadie, antes al contrario, haciendo el bien. Somos un ejemplo contra ellos y eso les contraría.

De esta explicación Coral sólo retuvo la única frase que había comprendido.

—¿No es usted un caballero?

—No, ni tampoco burgués.

Desde que saliera de su casa, Coral había alimentado siempre la ambición de que la tomaran por una dama, y no podía comprender el sentimiento de orgullo que encerraba aquella respuesta. Coral había luchado por alcanzar su objetivo con todo el ardor de un ambicioso subalterno ansioso de alcanzar el puesto de profesor. Todos los meses compraba la revista *Mujer y Belleza*, en cuyas páginas examinaba las fotografías de las jóvenes estrellas y de las hijas de los lores y se enteraba de cuáles eran las marcas de polvos más en boga. El doctor le dio amablemente algunos consejos.

—Si no puede usted tomarse vacaciones, trate por lo menos de no alterarse. No se enfurezca usted por cualquier nimiedad.

—Me han llamado furcia.

Coral observó que esta expresión carecía de sentido para su interlocutor y no hacía mella en su ánimo. El doctor Czinner continuó hablando sobre su salud sin mirarla a los ojos. «Está pensando en otra cosa», se dijo Coral y se agachó para coger la maleta, decidida a dejarlo. El doctor se lo impidió. Luego le prescribió calmantes, zumo de frutas, y le aconsejó que se arropara más.

Coral se dio cuenta vagamente de que se había

operado un cambio en la actitud del doctor. La víspera había deseado estar solo, pero ahora echaría mano de cualquier pretexto para que ella le hiciera compañía algunos minutos más.

—¿Qué quiso usted decir cuando habló ayer de su «verdadera profesión»? —preguntó Coral.

—¿Cuándo dije eso? —replicó el doctor bruscamente.

—Ayer, cuando me desmayé.

—Debía de estar soñando. No tengo más que un solo trabajo.

Luego se calló. Al cabo de un momento, Coral recogió la maleta y se marchó.

Nada hubiera podido hacer comprender a Coral en qué infinita soledad había abandonado al doctor Czinner. «No tengo más que una sola profesión...» Esta propia confesión lo dejó anonadado, pues no siempre había sido verdad. No siempre había alentado en él esa idea ni se había acostumbrado a una única actividad. Antaño su vida había sido iluminada por la multiplicidad de sus deberes, entre ellos los deberes que tenía para con sus padres que habían padecido hambre y se habían privado de muchas cosas para atender a sus estudios. Se acordó del día en que, después de pasar su último examen, sus padres habían ido a verle en la habitación que le servía de despacho. Se habían sentado silenciosamente en un rincón y le habían observado con respeto, hasta con temor, pero sin amor; siendo ya un hombre instruido no podían amarle. Una vez su padre se había dirigido a él llamándole «señor». Sus padres murieron jóvenes aún; pero Czinner apenas había notado su desaparición, pues tenía sus deberes para con los enfermos, para con los pobres de Belgrado y la idea cada vez más

firme de sus deberes para con su propia clase en cada país. Sus padres habían sufrido privaciones para que él fuese doctor, él mismo había padecido hambre y había comprometido su salud para alcanzar este objetivo, pero al cabo de algunos años de práctica se había dado cuenta de la inutilidad de su saber.

Nada podía hacer en favor de los suyos. No podía prescribir una temporada de reposo a los trabajadores fatigados, o insulina a los diabéticos, porque no disponían del dinero necesario para procurarse una u otra.

Czinner se puso a pasear por el pasillo sin romper el hilo de sus reflexiones. Caían de nuevo diminutos copos de nieve que se aplastaban contra los cristales igual que vapor.

Había existido su deber para con Dios. En el acto se corrigió a sí mismo: para con un dios. Un dios que, bajo un brillante dosel apolillado, recorría bamboleante los pasillos de los templos abarrotados... un dios del tamaño de una moneda, encerrado en un marco de oro. Era un dios de doble faz, una divinidad que consolaba a los pobres en su desgracia según éstos alzaban los ojos al aproximárseles encuadrado entre columnas; una divinidad que les había persuadido, por amor a un futuro dudoso, de soportar el sufrimiento, mientras bajaban las cabezas al paso del coro, de los sacerdotes y de los cánticos. El había apagado de un soplo esta vela al decirse que Dios era una ficción inventada por los ricos para mantener contentos a los pobres; él la había apagado con un gesto inconformista, con un curioso sentido de osadía que ya resultaba anticuado... y a veces experimentaba un insensato resentimiento contra aquellos que ahora nacían ya sin sentido religioso y podían reírse de la seriedad iconoclasta del siglo diecinueve.

Y ahora, sólo la mortecina luz de una vela alumbraba su camino. «No soy un hijo, ni un doctor, ni un creyente —se dijo—. Soy un socialista.» Repetida hasta la saciedad por los políticos desde lo alto de innumerables plataformas, impresa en groseros caracteres sobre el asqueroso papel de innumerables periódicos, aquella palabra tenía un sonido cascado. Hasta en eso había fracasado. Estaba solo, la única luz que le alumbraba vacilaba y cualquier compañía le hubiera alegrado.

Cuando volvió a su compartimiento tuvo la satisfacción de ver a un recién llegado. El desconocido estaba de espaldas, pero se volvió rápidamente sobre sus cortas piernas. Lo primero que observó el doctor Czinner fue una cruz de plata colgando de la cadena del reloj, luego que su maleta no estaba en el sitio donde la había dejado.

—¿Es usted también periodista? —preguntó tristemente.

—*Ich spreche kein Englisch* —repuso el desconocido.

—¿Confidente de la policía...? ¡Ha llegado usted tarde! —dijo en alemán el doctor Czinner cerrando el paso al corredor. Seguía con la vista fija en la cruz de plata que oscilaba al moverse el desconocido; diríase que se movía al compás del paso de un hombre y, por un instante, el doctor Czinner se vio a sí mismo adosado contra un muro de una vía empinada para dejar pasar a la soldadesca, las lanzas y los caballos, y al hombre cansado y torturado que no había muerto para hacer contentos a los pobres, para estrechar aún más las cadenas... Sus palabras habían sido tergiversadas.

—No soy de la policía.

El doctor Czinner hacía poco caso del desconocido. Meditaba acerca de la posibilidad de que si bien las

palabras habían sido tergiversadas, algunas de ellas podrían haber sido verdaderas. Se decía que la duda provenía solamente de la proximidad de la muerte, puesto que cuando es ya casi imposible de sobrellevar la carga de la derrota el hombre se vuelve inevitablemente hacia las promesas más arbitrarias: «Yo os daré el reposo». La muerte no puede dar el reposo porque éste sólo puede existir cuando uno comprende lo que significa ese reposo.

—Está usted confundido, Herr...

—Czinner —dijo revelando sin vacilar su nombre al desconocido.

Había pasado ya la hora de las simulaciones. En medio de aquella atmósfera de verdad, era preciso renunciar no solamente a la máscara de una falsa identidad, sino también a los dichos y frases hechas que había aceptado sin ahondar en ellos porque servían a su causa: «La religión es amiga de los ricos».

—Si no es de la policía, ¿quién es usted? —preguntó al desconocido—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Yo me llamo... —aventuró el hombre gordo inclinándose ligeramente y jugueteando con el último botón del chaleco—, yo me llamo...

El ruido del tren y la vibración de los arcos metálicos de un puente impidió oír el nombre. Como una anguila plateada, el Danubio serpenteaba a uno y otro lado de la vía del tren. El hombre se vio obligado a repetir su nombre:

—José Grünlich ...

Vaciló un momento y luego añadió:

—Buscaba dinero, Herr Czinner.

—Ha robado usted...

—Ha vuelto usted demasiado pronto.

Y comenzó a explicar lentamente.

—Soy un fugitivo de la policía. Nada vergonzoso, Herr Czinner, puedo asegurarlo.

Y diciendo esto no paraba de retorcerse el botón del chaleco. Era un orador muy poco convincente para el espíritu penetrante del doctor Czinner, poblado únicamente por las grandes verdades: el rostro de un hombre famélico, unos aparatosos harapos, un niño enfermo, un hombre dando traspies camino del Gólgota.

—Delito político, Herr Czinner, una historia periodística. Cometieron conmigo una gran injusticia y tuve que largarme. Abrí su maleta en favor de la causa.

Pronunció con énfasis el vocablo «causa» erigiéndolo en símbolo de una fácil emoción. Y añadió:

—¿Va usted a llamar al jefe de tren?

El hombre se afianzó sobre sus rodillas y sus dedos se aferraron fuertemente al botón.

—¿Qué entiende usted por su causa?

—Soy socialista.

El doctor Czinner se dio cuenta repentinamente de que no podía juzgarse un movimiento por lo que fuesen sus militantes. No podía condenarse al socialismo por el solo hecho de la adhesión de Grünlich. Sin embargo, Czinner ardía en deseos de olvidar a Grünlich.

—Voy a darle algún dinero.

Sacó la cartera y entregó a su interlocutor cinco libras esterlinas.

—Buenas noches.

No le había costado gran cosa deshacerse de Grünlich, y no le pesaba. De poca utilidad le sería el dinero en Belgrado. No tenía necesidad de que ningún abogado le defendiera. Su propia oratoria sería su único instrumento

de defensa. No era fácil, sin embargo, aventar el pensamiento que Grünlich había dejado tras sí, o sea que no puede condenarse a ningún movimiento por el hecho de la falta de honradez de sus miembros. Ni siquiera él mismo estaba limpio de culpa, pero no porque se sintiera culpable de orgullo y de otras debilidades —en otro tiempo había dejado a una chica encinta— menguaba en un punto la sinceridad de las creencias que ostentaba. Hasta las razones que le habían impulsado a viajar en primera clase aparecían entremezcladas: era más fácil eludir la vigilancia de la policía en la frontera, pero era también más confortable, más agradable a su vanidad de jefe. «Perdóname, Dios mío», imploró casi sin darse cuenta, basando luego la certidumbre del perdón en el supuesto de que existiera un poder que perdonase.

Presentóse el revisor.

—Sigue nevando —dijo mientras verificaba el billete—; más adelante será peor. Tendremos suerte si llegamos sin retraso. Parecía no tener prisa y dispuesto a charlar.

—Tres años atrás —contó— pasamos momentos terribles. Durante cuarenta y ocho horas quedamos bloqueados por la nieve en uno de los peores lugares del trayecto, uno de esos desolados parajes de los Balcanes. No había modo de procuramos provisiones y era preciso ahorrar el combustible.

—¿Cree usted que llegaremos a Belgrado a la hora prevista?

—No podría decírselo. Si en algo vale mi experiencia, cuando hay nieve en este lado de Budapest, habrá por lo menos el doble de aquí a Belgrado. Antes de dejar el

Danubio es muy diferente. Puede nevar en Munich y hacer un tiempo de verano en Budapest. Buenas noches, Herr Doktor. Con este frío no le faltarán a usted clientes.

El revisor se alejó por el pasillo restregándose las manos para entrar en calor.

El doctor Czinner no se quedó mucho tiempo en su compartimiento. Su primer compañero de viaje se había apeado en Viena. La nieve se había adherido de tal modo a los cristales, que a poco sería casi imposible darse cuenta de las luces que bordeaban la vía. El doctor Czinner se enroscó las manos en los pliegues del *mackintosh* y continuó su paseo. Después de atravesar el compartimiento del revisor, entró en el vagón de tercera que engancharon en Viena. La mayor parte de los compartimientos estaban sumidos en la oscuridad, débilmente iluminados por un globo que colgaba del techo. En los bancos de madera los viajeros se acomodaban para pasar la noche disponiendo los abrigos debajo de la cabeza a guisa de almohada. Algunos compartimientos estaban tan llenos que hombres y mujeres dormían muy tiesos en sus asientos, con la verdusca faz proyectada hacia la luz mortecina. De las botellas vacías tiradas debajo de las banquetas subía un vago olor a vino tinto. Desperdigados por el suelo había algunos trozos de pan. Al llegar cerca del lavabo, Czinner volvió sobre sus pasos. La pestilencia era insoportable. Detrás de él golpeaba la puerta, abriéndose y cerrándose al compás de las sacudidas del expreso.

«Este es mi sitio —se dijo no muy convencido—. Debería viajar en tercera. No quiero ser como esos parlamentarios laboristas que toman primera para ir a votar en la Cámara.» Sin embargo se consoló pensando en el retraso a que se habría visto obligado por los frecuentes

cambios y en la posibilidad de que hubiese sido detenido, en la frontera.

El porvenir con que debía enfrentarse era sin duda limitado. Por eso se puso a recordar el pasado. Conoció un tiempo en que al precio de un instante de vergüenza uno podía limpiar su conciencia: «"Desde mi última confesión he hecho esto o aquello." ¡Si tan fácilmente pudiera recobrar mi pureza de intención! —pensaba con una gran amargura y vehementes deseos—. Sería un idiota si no aprovechara la ocasión. Mi arrepentimiento por lo que he hecho no es menos fuerte ahora que lo fue antes, pero no creo en el perdón. No estoy convencido de que exista alguien que pueda perdonar...» Esto le hizo sonreír. «¿Voy a confesar mis pecados al tesorero del partido socialdemócrata o a los viajeros de tercera?» El rostro ladeado del sacerdote, la mano en alto, y el murmullo en una lengua muerta le parecieron súbitamente tan bellos, tan apetecibles y tan irremediabilmente perdidos como lo estaban su juventud o su primer amor.

El doctor Czinner se dio cuenta entonces de la presencia de Opie, quien, solo en su compartimiento de segunda, estaba haciendo anotaciones.

Le observó con una especie de vergonzosa avidez, pues estaba a punto de ceder a una creencia que hasta entonces se había jactado de vencer... «Si esto pudiera procurarme la paz», objetó, y tratando de disipar las sombrías visiones que evocaba esa palabra, abrió la puerta y entró en el compartimiento. El rostro afinado y pálido y los ojos sin brillo, el indicio de una cultura heredada, le turbaron, pues con su petición admitiría la superioridad del clérigo.

Por un momento acudieron a su mente aquellos días en que cuando chiquillo, con las manos mugrientas, se sonrojaba en la penumbra del confesionario al proceder a la enumeración de sus pecados harto veniales.

Con un defectuoso inglés que le traicionaba, preguntó:

—Le suplico que me perdone si le molesto. ¿Tenía usted quizás ganas de dormir?

—En absoluto, me apeo en Budapest. No podría dormir sin verme seguro en tierra firme —repuso Opie sonriendo.

—Me llamo Czinner.

—Y yo Opie.

A Opie no le decía nada el apellido de su interlocutor. Quizás únicamente los periodistas se acordaban de que... El doctor Czinner cerró la puerta y se sentó en el asiento desocupado.

—¿Es usted sacerdote?

Intentó agregar el vocablo «padre», pero la palabra le abrasó la lengua. Aquello significaba mucho: un rostro cetrino y escuálido, un sentimiento que del afecto pasaba al respeto, el sacrificio trocado en una especie de desconfianza con respecto a un hijo ya mayor y convertido en enemigo.

—Pero no de la Iglesia romana —repuso Opie.

El doctor Czinner guardó silencio durante unos minutos. Vacilaba sobre el modo de formular su petición. Su sed de sinceridad desecaba sus labios. Opie pareció darse cuenta de su turbación y dijo en tono jovial:

—Estoy tratando de componer una antología.

—¿Una antología? —repitió maquinalmente el doctor Czinner.

—Sí —dijo Opie—, una antología espiritual para uso de los laicos, algo que sea para la Iglesia anglicana lo que son los libros de meditación contemplativa para los fieles de la Iglesia romana.

Con su blanca y delgada mano acariciaba la cubierta de badana negra de su libro de anotaciones. Y añadió:

—Pero yo quiero calar hondo. Las obras católicas en mi opinión pecan por demasía de exclusividad religiosa. Quiero que pueda ser útil en cualquier circunstancia de la vida cotidiana. ¿Acaso juega usted al *cricket*?

La pregunta dejó estupefacto al doctor Czinner, que, sumido en sus recuerdos, se había postrado mentalmente de hinojos haciendo acto de contrición.

—No —repuso—. No.

—No importa, ya comprenderá usted lo que quiero decir. Supóngase que sea usted el último en jugar. Está usted preparado, con las defensas a punto. Le han caído ya ocho *wickets* y han de hacerse cincuenta carreras y se da cuenta entonces de que toda la responsabilidad de la partida recae en usted. En una ocasión crítica como esta, ninguno de los habituales libros de meditación le servirá a usted de consuelo o de ayuda y hasta puede llegar a invadirle un sentimiento de desconfianza hacia la religión. Me propongo satisfacer esa necesidad del hombre.

Opie había hablado con tanta rapidez y entusiasmo que los conocimientos de inglés que poseía el doctor Czinner resultaron insuficientes. No acertaba a comprender los vocablos defensas y *wickets*. Sabía que se referían al juego inglés del *cricket*. Durante los últimos cinco años le habían sido familiares, pues se asociaban en su mente al recuerdo de los prados rozados por la brisa marina y de los

indisciplinados chiquillos apasionándose por un juego en el que nada entendían. Con todo, no llegaba a captar la mística de aquella fraseología. Supuso que el sacerdote empleaba aquellas palabras en un sentido metafórico. «Crisis... necesidad humana... responsabilidad.» Comprendía esas frases que le deparaban una ocasión para formular su petición.

—Deseaba hablarle de la confesión —dijo; y al sonido de esa palabra le pareció, en un instante fugaz, que todo su ser se rejuvenecía.

—Tema difícil —dijo Opie. Examinó un instante sus manos y luego se puso a hablar precipitadamente. —Sobre este punto no soy ningún dogmático. A mi parecer hay mucho que decir en favor de la Iglesia Romana. La psicología moderna adopta una línea paralela. Hay una evidente similitud entre las relaciones del confesor con el penitente y las del psicoanalista con su paciente. Existe, desde luego, esta diferencia: que una pretende perdonar los pecados. Pero la diferencia —prosiguió Opie cuando el doctor Czinner trató de interrumpirle— no es muy grande. Por una parte, se consideran perdonados los pecados y el penitente abandona el confesionario con el espíritu lúcido y el propósito de recomenzar su vida como si nada hubiera ocurrido. Por otra, la simple exposición de sus vicios por el paciente y el hecho de sacar a luz los motivos inconscientes que le han impulsado a obrar, son reputados como factores que deben suprimir el ímpetu de sus deseos. El paciente se despide del psicoanalista con la facultad y el propósito de emprender una nueva senda.

Entonces se abrió la puerta del pasillo y entró un hombre.

—¿Están ustedes discutiendo acerca de la confesión?

—preguntó el recién llegado—. ¿Puedo inmiscuirme en su conversación? Hay también un aspecto literario que merece ser tomado en consideración.

—Permítanme presentarles —dijo Opie—. El doctor Czinner, el señor Quin C. Savory. Verdaderamente hemos aquí reunidos los elementos de una de las más interesantes discusiones: el doctor, el clérigo anglicano y el escritor.

—¿No se ha olvidado usted del penitente? —dijo lentamente el doctor Czinner.

—Iba a presentarlo —dijo Savory—. En cierto modo el penitente soy yo. En la medida que la novela está basada en la experiencia del autor, lo que el novelista ofrece al público es una confesión. Lo cual sitúa al público en la posición del sacerdote o del psicoanalista.

Opie le objetó con una sonrisa:

—Pero su novela es una confesión en la medida que un sueño lo sea. Interviene el censor freudiano. El censor freudiano... —repitió alzando la voz, porque el tren estaba atravesando un puente.

—Como médico, ¿cuál es su opinión, doctor?

La mirada cortés y atenta de sus interlocutores intimidaba al doctor Czinner. Estaba sentado con la cabeza un poco inclinada y era incapaz de hacer asomar a sus labios las frases amargas que hilvanaba su cerebro. Por segunda vez aquella noche le fallaba la palabra. ¿Cómo podía confiar en su elocuencia cuando estuviera en Belgrado?

—Y además, no nos olvidemos de Shakespeare —dijo Savory.

—No podemos olvidarlo —asintió Opie—. Es un coloso que domina por completo ese pequeño mundo. ¿Quiere usted decir que...?

—¿Cuál fue su actitud respecto a la confesión? Nació católico, evidentemente...

—En *Hamlet* ... —dijo Opie, pero el doctor Czinner no esperó más. Se levantó e hizo un doble saludo.

—Buenas noches —dijo. Hubiera querido expresar su cólera y su contrariedad, pero estimando que su despedida era demasiado breve sólo se le ocurrió añadir:

—Muy interesante.

El pasillo, únicamente iluminado por una serie de globos azules, se iba sumiendo en la sombra conforme se avanzaba hacia los oscuros vagones. Alguien medio dormido se volvió y dijo en alemán: «¡Imposible, imposible!»

* * *

Cuando dejó al doctor, Coral se puso a correr con la maleta en la mano tan de prisa como pudo. A causa del traqueteo del tren, a duras penas conseguía mantener el equilibrio. Cuando Myatt la vio asomarse a la puerta de su compartimiento estaba sofocada y casi hermosa. Diez minutos antes, Myatt había desistido de continuar con la correspondencia de Eckman y la lista de precios, porque inevitablemente antes de que las frases o las cifras cobraran para él algún sentido oía resonar en sus oídos la voz de Coral diciendo: «Le amo».

«¡Vaya guasa! —pensó—. ¡Qué bromal!» Consultó el reloj. Siete horas sin ninguna parada y había gratificado espléndidamente al jefe de tren. Preguntábase si tales empleados estaban ya acostumbrados a tal clase de episodios en los trenes de largo recorrido. Myatt había leído de joven unas narraciones en las que los correos del rey eran seducidos por maravillosas condesas, que viajaban

solas, y se había preguntado si alguna vez le sonreiría semejante fortuna. Se miró al espejo y alisó sus negros cabellos impregnados de brillantina. «¡No soy tan mal parecido! ¡Si al menos mi tez no fuese tan mate!» Pero cuando se quitó el abrigo de pieles se vio obligado a reconocer que había adquirido una cierta gordura y que en lugar de ser portador de pliegos secretos con el sello real viajaba por negocios de pasas. «Tampoco ella se parece a una magnífica condesa rusa, pero le gusto y, además, como mujer no está mal.»

Sentóse, consultó el reloj y volvió a levantarse. Estaba sobreexcitado.

«¡Eres un idiota! —se dijo—. Es una mujer como las demás, bonita, graciosa y vulgar; la podrías encontrar cualquier noche en Spaniards Road.» Sin embargo, pese a sus vacilaciones, tenía la impresión de que la aventura no estaba exenta de frescor y novedad. Quizá dependiera ello de la situación, del ambiente, de la circunstancia de viajar a ochenta kilómetros por hora en una cama de sesenta centímetros de ancho o tal vez se debiera a la exclamación de la muchacha durante la cena. Las mujeres que conociera no se atrevían a emplear tales palabras. Decían «Te amo» si se les preguntaba; pero su expansión espontánea consistía generalmente en la expresión: «Eres muy amable». Se puso a pensar en Coral como jamás pensara en una mujer accesible: «Es encantadora y dulce. Me gustaría hacer algo por ella». Y por un momento olvidó que ella ya tenía una razón para mostrarse agradecida.

—Entre —dijo Myatt—. Entre.

La desembarazó de la maleta, que empujó debajo del asiento. Acto seguido cogió las manos de la muchacha entre

las suyas.

—Bueno... ya estoy aquí ¿no? —exclamó ella con una sonrisa. Le pareció a Myatt que la muchacha, a pesar de su sonrisa, estaba asustada y se preguntó cuál sería el motivo. Soltó sus manos para bajar las persianas de las ventanas del pasillo y de repente se encontraron solos en aquella especie de caja bamboleante. Myatt la besó en la boca. Los labios de Coral le respondieron fría y suavemente, como vacilantes. Ella se acomodó en el asiento, ahora convertido en litera, y le preguntó:

—¿Suponías que no iba a venir?

—Me lo habías prometido —le recordó el joven.

—Podía haber cambiado de idea.

—Pero... ¿por qué?

Myatt comenzaba a impacientarse. No deseaba sentarse y hacer visita; las piernas de la muchacha, balanceándose libremente sin tocar el suelo, le excitaban.

—Pasaremos un buen rato.

Myatt le quitó los zapatos y deslizó sus manos medias arriba, como en una caricia.

—Sabes mucho de eso, ¿verdad? —dijo ella.

Myatt se ruborizó.

—¿Te incomoda?

—Oh, no, me alegra —repuso ella—. No lo hubiera podido soportar si tú no hubieras sabido mucho.

La expresión asustada de sus grandes ojos, su pálida faz bajo la luz mortecina del globo azul, divirtieron primero a Myatt, luego le atraieron. Deseaba derretir aquella frialdad, convertirla en pasión. La besó nuevamente y trató de quitarle el vestido por encima de la cabeza. Coral temblaba y se movía dentro del vestido como un gato en un saco. De repente alzó los labios hacia él y le besó en la

barbilla.

—Te quiero —dijo—. Sí, te quiero.

La sensación de algo diferente, de algo desconocido, se hizo más intensa. Le parecía como si habiendo salido de casa para dar un paseo habitual, más allá de la fábrica de gas, del puente de piedra que cruzaba el Wimble, a través de los campos, no se encontrara en el sendero que por la colina ascendía hasta la nueva carretera y las casitas campestres, sino en la linde de un bosque extraño, ante un camino penumbroso totalmente ignorado, sin saber a dónde conducía. Retiró las manos de los hombros de la joven y dijo sin tocarla:

—Qué dulce eres... —y luego, con asombro—: ¡Qué adorable! Nunca se había sentido invadido por la lujuria, dominada sin embargo, y, por dominada, la notaba surgir con más intensidad. Siempre se había lanzado a las nuevas aventuras con un entusiasmo fácil.

—¿Qué debo hacer? ¿He de desnudarme?

Myatt asintió con la cabeza, ya que se encontró incapaz de proferir una palabra. Contempló cómo la muchacha dejaba la litera y se iba a un rincón del compartimiento, donde comenzó a desvestirse despacio y metódicamente, doblando cada prenda, una por una, según se las iba quitando: la combinación, el corpiño, la camiseta..., amontonándolas ordenadamente encima del asiento de enfrente. Mientras Myatt observaba los movimientos calmas y concentrados de la muchacha, adquiriría conciencia de lo inadecuado de su propio cuerpo.

—Eres encantadora. —Lo dijo con voz entrecortada, bajo los efectos de aquella excitación inédita.

Cuando ella fue a su encuentro, Myatt se dio cuenta

de que se había engañado. La muchacha aparecía sofocada por la emoción y el temor se asomaba a sus ojos. Parecía indecisa, dudando entre reír o llorar. Pero su encuentro en el estrecho espacio entre los asientos se efectuó con toda naturalidad.

—Ojalá se apagarán todas las luces —dijo Coral.

Se mantenía muy pegada a Myatt mientras éste la acariciaba, oscilando ambos al movimiento del tren.

—No —repuso él—. Preferiría que se encendieran todas.

—Sería más decoroso —dijo ella y se echó a reír por lo bajo. Su risa, un chorro sonoro casi imperceptible, quedó absorbido por el estruendo y el traqueteo del expreso, pero cuando ambos hablaron, en vez de susurrar, tuvieron que pronunciar las palabras íntimas en tono alto y claro.

La sensación de extrañeza subsistió aun después de los gestos habituales. Echada en la litera, ella se mostró torpe en una forma inocentemente misteriosa que lo llenó de asombro. Cesaron las risas de la joven, no gradualmente, sino desvaneciéndose de tal forma que Myatt se preguntó si el sonido había sido producto de su imaginación o del rechinar de las ruedas. De repente, ella dijo en tono apremiante:

—Ten paciencia. No sé mucho...

Y luego lanzó un grito de dolor.

Myatt no se hubiera sentido más sorprendido si un fantasma, vestido a la antigua, en esta época de expresos, hubiera cruzado el compartimiento. Quiso dejarla, pero las manos de la joven le retuvieron junto a ella, mientras profería unas palabras casi ahogadas por el estrépito de la locomotora.

—No te vayas. Lo siento. No quise decir...

Y en aquel momento el súbito frenazo del tren los separó.

—¿Qué pasa? —inquirió Coral.

—Una estación.

—¿Por qué una estación ahora? —protestó ella con pena.

Myatt abrió la ventanilla y se asomó al exterior. La cadena de luces mortecinas sólo iluminaba una estrecha franja junto a la vía férrea. El espesor de la nieve era ya de varios centímetros; y a lo lejos una luz roja brillaba intermitentemente, como un faro giratorio, entre las blancas ráfagas.

—No es una estación —dijo—; se trata sólo de una señal para detener nuestro tren.

La súbita inmovilidad de las ruedas hacía que la noche pareciera tranquila, serena; sólo el silbido del vapor rompía el silencio. Aquí y allá algunos viajeros, arrancados al sueño, asomaban la cabeza por las ventanillas, interpeándose mutuamente. De un coche de tercera clase, en la cola del convoy, llegaron las notas de un violín. La melodía era escueta, matemáticamente graciosa, pero la distancia, la noche y la nieve la hacían menos definida... hasta que se convirtió en un reflejo de la perplejidad y pesadumbre que embargaban la mente del joven judío: «No lo sabía. Nunca lo adiviné».

Entre ellos reinaba ahora tal calor y efusión que Myatt, sin cerrar la ventana, se arrodilló junto a la litera, y puso la mano en la cara de la muchacha, palpando sus rasgos con dedos curiosos. De nuevo se sintió embargado por aquel pensamiento primero: «Es encantadora y dulce».

Coral seguía en la litera, donde yacía silenciosa,

sacudida de vez en cuando por entrecortados suspiros de dolor o de excitación.

Alguien en los vagones de tercera clase prorrumpió en maldiciones alemanas contra el violinista, alegando que no podía conciliar el sueño a causa del ruido. Al parecer al iracundo viajero no se le ocurrió pensar que habiendo dormido pese al traqueteo del tren, era el silencio que lo rodeaba, las notas lentas y precisas lo que lo había despertado. El violinista, maldiciendo a su vez, continuó tocando su melodía; otros ocupantes del vagón rompieron a hablar al unísono y alguien soltó una carcajada.

—¿Te he decepcionado? —dijo ella—. ¿Estuve muy mal?

—Estuviste encantadora —le aseguró él—. Pero no sabía... ¿Por qué viniste?

—Una tiene que aprender alguna vez —repuso ella en un tono tan suave como el del violín, pero igualmente capaz de absorber aquel sentido de perplejidad ajeno.

El le acarició el rostro nuevamente.

—Te hice daño.

—Pues... no fue precisamente una gira campestre —dijo ella.

—La próxima vez... —empezó a decir Myatt; pero Coral le interrumpió con una pregunta que, por su seriedad, le hizo reír.

—¿Habrá otra vez? ¿Pasé la prueba con éxito?

—¿Quieres tú que haya otra vez?

—Sí —dijo ella, pensando en el piso de Estambul, en tener su propio dormitorio y en acostarse a las diez, y no en las caricias de su pareja—. ¿Cuánto tiempo permanecerás allá?

—Puede que un mes o puede que más.

—Tan poco tiempo —susurró la joven con tal sentimiento de pesar que Myatt comenzó a prometerle un sinfín de cosas de las que le constaba se arrepentiría amargamente al romper el alba.

—Puedes regresar conmigo. Te instalaré en un piso, en la ciudad.

El silencio con que ella acogió sus palabras parecía subrayar lo disparatado de sus promesas.

—¿Acaso no me crees?

—¡Oh, no puede ser verdad tanta belleza! —exclamó ella en tono de absoluta confianza.

Myatt se sintió conmovido ante aquella ausencia de coquetería, y de nuevo le asaltó el recuerdo de que él había sido su primer amante.

—Escucha, ¿acudirás mañana otra vez?

Llena de aprensión, Coral protestó, alegando que antes de llegar a Estambul él ya estaría harto de su compañía. Myatt no hizo caso de su objeción y prosiguió:

—Daré una fiesta para celebrarlo.

—¿Dónde? ¿En Estambul?

—No —dijo—. Allí no tengo a nadie a quien invitar.

Y por un momento la imagen del señor Eckman proyectó una sombra sobre su placer.

—Cómo, ¿en el tren?

La joven se echó a reír de nuevo. Esta vez su risa sonaba tranquila, sin traslucir temor.

—¿Por qué no? —repuso Myatt. Y empezó a fanfarronear un poco—: Invitaré a todo el mundo. Será una especie de cena de boda.

Coral repuso, bromeando:

—¡Sin la boda!

A Myatt la idea le parecía de perlas.

—Invitaré a todo el mundo... al doctor, a esa persona de la segunda clase, el individuo tan preguntón (¿le recuerdas?).

Titubeó un instante antes de proseguir.

—A aquella chica.

—¿Cuál chica?

—La sobrina de tu amiga.

Pero su grandilocuencia quedó algo amortiguada al pensar que aquélla no aceptaría jamás su invitación. «No es una corista —pensó avergonzado ante su propia ingratitud—. No es ni mona, ni fácil, ni vulgar; es hermosa, es la clase de mujer con quien me agradaría casarme.» Y con una pizca de amargura pensó en lo inaccesible de su deseo. Seguidamente volvió a animarse. Dijo, jactancioso:

—Contrataré al violinista para que toque mientras comemos.

—No te atreverás a invitarles —le retó ella, brillantes los ojos.

Claro que sí. Jamás rechazarán la clase de cena que voy a ofrecerles. Beberemos el mejor vino que tengan —dijo, mientras hacía un rápido cálculo mental del coste, optando por olvidar que el restaurante de un tren reduce todo el vino a una común medianía.

—Me costará dos libras por cabeza.

Ella manifestó su aprobación batiendo palmas.

—Jamás te atreverás a decirles el motivo de la invitación.

Myatt le sonrió.

—Les diré que la celebración es para brindar por la salud de mi querida.

Durante un largo rato Coral continuó echada,

meditando sobre aquella palabra y su sugerencia... comodidad, permanencia, casi respetabilidad. Luego movió la cabeza de un lado a otro.

—No puede ser verdad tanta belleza.

Pero su expresión de incredulidad se perdió tragada por el silbido del vapor y el chirriar de las ruedas al ponerse el tren en marcha.

* * *

Mientras pasaba lentamente la luz verde del disco de señales, José Grünlich decía: «Soy el presidente de la República». Pero en el momento en que un caballero vestido de frac le presentaba una llave de oro con que abrir las numerosas cajas de la ciudad, José Grünlich despertó. Instantáneamente cobró conciencia de donde estaba y pudo hilvanar perfectamente toda la trama de su sueño. Apoyó las manos sobre sus gordas rodillas y se echó a reír.

«Presidente de la República. Esto es una gran cosa. ¿Y por qué no? ¿Acaso no puedo pronunciar discursos asombrosos? En un solo día he dado cuenta de Kolber y el doctor me ha largado cinco libras esterlinas, porque enseguida ha comprendido con qué clase de tipo se las había cuando me ha preguntado: "¿Es usted confidente de la policía?" ¡Para que luego digan que José Grünlich no es hombre expeditivo! O si no, atención a Herr Kolber. Un tirón al cordel, apuntar y disparar, todo en un segundo. No te pueden pescar, José. ¿Qué me estaba contando el clérigo... ? José rompió a reír ruidosamente—. "¿Juegan ustedes al *cricket* en Alemania?" Y yo le he contestado: "No, nos enseñan a correr. Yo fui en otro tiempo un

excelente atleta". Hay que convenir que la réplica ha sido muy oportuna y no se ha dado cuenta de que le estaba tomando el pelo. Luego me explicó algunas cosas a propósito de "Sobbs y Hugglich".

»De todos modos, pasé un mal rato cuando el doctor advirtió que había cambiado su maleta de sitio —pensó José mirando cómo nevaba—. Tenía el dedo enroscado en el cordel. Si hubiera intentado llamar al jefe de tren le hubiese metido una onza de plomo en el cuerpo antes de que pudiera pronunciar una palabra». De nuevo José rompió a reír beatíficamente sintiendo el suave roce del revólver contra la herida de la rodilla. «Le hubiese agujereado las tripas.»

Cuarta parte

Subotica

I

En el despacho del jefe de estación de Subotica el aparato registrador del telégrafo comenzó a vibrar. Puntos y rayas se esparcieron por la estancia vacía. Al oír ese sonido a través de la puerta abierta, Lukitch, que así se llamaba el funcionario sentado en un rincón de la oficina de paquetes, furioso por la molestia se puso a mascullar blasfemias, pero no se movió.

—A esta hora no puede ser nada importante —explicó al factor y a Ninitch, el joven guarda de fronteras vestido con uniforme gris. Lukitch barajó un juego de naipes. En aquel momento un reloj dio las siete. Fuera, los rayos de un sol mortecino se posaban sobre la nieve grisácea medio fundida. Los rieles mojados relucían. Ninitch bebía a pequeños sorbos un vaso de *rakia*; era muy joven y el sabor del alcohol de ciruelas hacía asomar las lágrimas a sus ojos.

—¿De qué cree usted que se trata? —preguntó el factor.

Lukitch continuó barajando los naipes.

—Claro que no puede decirse..., pero con todo no me extrañaría que... Eso le servirá a ella de lección.

El factor rompió a reír. Ninitch levantó sus redondos

ojos que tan sólo sabían expresar su candidez y preguntó:

—¿Quién es ella?

Y en su imaginación oía como si a través del telégrafo hablara una voz femenina y autoritaria.

—Ah, vosotros, los soldados, no os enteráis ni de la mitad de las cosas que ocurren —dijo el factor.

—Es verdad —dijo Ninitch—. Siempre estamos plantados con la bayoneta calada. ¿No habrá una nueva guerra?

Punto, punto, punto, raya, raya, seguía marcando el telégrafo. Humedeciendo los dedos para separar las cartas que salían pegadas, Lukitch hizo tres montoncitos iguales que colocó delante de él uno al lado del otro.

—Probablemente es la mujer del jefe de estación —dijo—. Cuando se ausenta por una semana le manda telegramas a las horas más intempestivas ya muy entrada la noche o a primeras horas de la madrugada. Siempre están llenos de palabras tiernas y escritas a veces en verso: «Te recuerda tu mujer, con su querer.» O: «Pienso mucho en ti, no te olvides de mí.»

—¿Por qué hace eso? —preguntó Ninitch.

—Porque tiene miedo de que mientras ella esté ausente el jefe se acueste con una de las criadas. Y cree que si recibe un telegrama en el momento oportuno tendrá remordimientos de conciencia.

El factor prorrumpió en una risotada.

—Pero lo chocante del caso —añadió Lukitch— es que el jefe ni siquiera mira a las criadas. Sus gustos son muy distintos. Van por otro camino. Si su mujer llega a sospecharlo...

Sin apartar los ojos de sus compañeros, Lukitch prosiguió:

—Pueden ustedes apostar, caballeros.

Ambos colocaron algunas monedas sobre dos de los montones de naipes. Luego mostró las cartas de dos de las pilas. Y en el tercer montón sobre el cual no se había depositado ni un solo céntimo se hallaba la sota de diamantes. Lukitch se embolsó el dinero de las apuestas.

—La banca gana —dijo y luego pasó las cartas a Ninitch. Era un juego muy sencillo.

Mientras Ninitch barajaba los naipes el factor apagó su colilla y encendió otro cigarrillo.

—¿Hay noticias del tren?

—Tranquilidad en Belgrado —repuso Lukitch.

—¿Funciona el teléfono?

—Desgraciadamente.

El telégrafo había cesado su zumbir. Lukitch dio un suspiro de alivio.

—Menos mal que se ha terminado.

El soldado dejó un momento los naipes y dijo pensativo:

—Estoy contento de no haber estado en Belgrado.

—¿De no batirte, muchacho? —exclamó el factor riendo.

—Claro —repuso Ninitch tímidamente—, porque lo hubiera hecho contra los nuestros, ¿verdad? No hubiera sido lo mismo si se hubiese tratado de búlgaros.

—Matar o ser muerto... —dijo el otro—. Vamos, da las cartas, muchacho.

Con repetidas vacilaciones, debido sin duda a que algo le desazonaba, Ninitch comenzó a distribuir las cartas. —Y además, ¿qué querían? ¿Qué perseguían con todo eso?

—Eran rojos —dijo Lukitch.

—¿Gente pobre? Hagan juego, señores —añadió Ninitch maquinalmente.

Lukitch colocó todo el dinero que había ganado encima de la misma pila de cartas por la que apostaba el factor. Las miradas de ambos se cruzaron y Lukitch le hizo un guiño. Inmediatamente el otro aumentó la apuesta. Ninitch estaba demasiado abstraído por confusas ideas para darse cuenta de que había dejado ver la sota de diamantes al separar los montones. El factor no pudo reprimir una leve sonrisa.

—Después de todo, yo también soy pobre —afirmó Ninitch.

—Ya están hechas las apuestas —dijo Lukitch impaciente. Ninitch examinó las cartas. Sus ojos se desorbitaron cuando comprobó que los dos jugadores habían apostado a la segura. Una ligera sospecha se apoderó de él. Contó las monedas y se levantó.

—¿No quieres jugar más? —preguntó Lukitch.

—Debo volver al puesto de guardia.

El factor inició una sonrisa.

—Ha perdido todo su dinero. Dele un vaso de *rakia* antes de que se marche, Lukitch.

Lukitch escanció otro vaso y se quedó un instante con la botella en la mano. De pronto se oyó el timbre del teléfono.

—¡Demonios! Seguramente es la mujer del jefe. Dejó la botella y se marchó al cuarto contiguo. Los rayos de un sol pálido se deslizaban oblicuamente detrás de los cristales posándose sobre las cajas de embalajes y baúles apilados junto a la valla. Ninitch levantó el vaso y el factor se quedó inmóvil escuchando, con el dedo puesto sobre un montón de cartas.

—Diga, diga —vociferaba Lukitch—. ¿Qué desea usted? ¿El telégrafo?... No lo he oído. No puedo estar me plantado continuamente delante del aparato. No es trabajo lo que me falta en esta estación. Dígale a esa mujer que debiera mandar sus telegramas a horas más razonables. ¿Qué pasa?... —El tono de voz cambió bruscamente—. Lo siento mucho, señor. Jamás hubiera pensado que... Naturalmente, enseguida, señor, enseguida. Voy a dar aviso inmediatamente si tiene usted la bondad de seguir dos minutos más en el aparato, señor...

Ninitch dio un suspiro y salió al andén barrido por un aire helado. Había olvidado calzarse los guantes y antes que pudiera ponérselos tenía ya los dedos entumecidos por el frío. Arrastraba lentamente los pies sobre la nieve fundida y el barro endurecido por la helada. «Sí, estoy muy contento de no haber estado en Belgrado», pensó. Todo ello era hartamente confuso e incomprensible. Los rebeldes eran pobres y él era pobre, tenían mujer e hijos y también él tenía una mujer y una niña. ¿Acaso esperaban esos rojos conseguir alguna cosa? El sol rebasaba el techo de la aduana; resbaló sobre su rostro como una suave caricia. Una locomotora presta a marchar aguardaba jadeante como un perro perdido. Ningún tren había de pasar en dirección a Belgrado antes que el *Orient-Express*. Entonces durante media hora habría ruido y movimiento; llegarían los aduaneros, los guardias ocuparían visiblemente sus puestos, luego el tren marcharía a todo vapor y no habría aquel día más que otro, un tren comarcal para Vinkovce. Ninitch hundió las manos en los bolsillos vacíos. Dispondría entonces de tiempo sobrado para beber nuevamente *rakia* y jugar una partida de naipes, pero, ¡ay!, carecía de dinero. La sospecha

de que le habían sacado dinero con malas artes invadió de nuevo su obtuso cerebro.

—¡Ninitch! ¡Ninitch!

Al volverse vio al empleado de la estación que corría hacia él chapoteando por el barro, sin abrigo ni guantes.

«Me ha robado y Dios ha tocado su corazón. No cabe duda que viene a devolverme el dinero», pensó Ninitch.

Y dijo sonriente a Lukitch como para tranquilizarle:

—No temas, no te guardo rencor.

—¡Qué idiota eres! Ya debía figurarme que estabas en la luna —dijo, jadeando, el malicioso Lukitch—. Ve enseguida a ver al comandante Petkovitch. Le llaman al teléfono y el puesto de guardia no me contesta.

—La tempestad de nieve de anoche averió el teléfono —objetó Ninitch.

—¡Vaya organización! —bramó el empleado echando pestes.

—Debía venir hoy un hombre de la ciudad para repararlo —dijo Ninitch, y tras un momento de vacilación añadió—: El comandante está muy calentito en su despacho y no creo que salga con esta nevada.

—¡Idiota! ¡Cretino! —espetó el empleado—. Es el jefe de la policía quien lo llama por teléfono. Ha intentado cursar un telegrama, pero como todos estabais vociferando no se ha podido oír nada. ¡Vamos, no te quedes ahí pasmado!

Ninitch se encaminó hacia el puesto de guardia.

—¡De prisa, idiota! —le gritó el empleado—. ¡De prisa!

Ninitch aceleró el paso. «Es curioso, pensó. Le tratan a uno como a un perro»; pero se apresuró a rectificar mentalmente. «Después de todo, es amable de su parte que jueguen a las cartas conmigo. Deben ganar en un día lo que yo en una semana. Además les pagan», se dijo, considerando

los descuentos de su propia paga por el rancho, el alojamiento, la lumbre...

—¿Está el comandante? —preguntó en el puesto de guardia. Luego llamó tímidamente a la puerta del despacho. Hubiera debido transmitir el mensaje por el sargento; pero éste se hallaba ausente y, después de todo, quién sabe si no sería ésta una ocasión de hacerse notar con un servicio especial, ocasión que quizá justificaría un ascenso, una paga más crecida, una mejora de rancho y un vestido nuevo para su mujer...

—Adelante.

El comandante Petkovitch estaba sentado a su mesa de trabajo frente a la puerta. Era de baja estatura, delgado y de rostro anguloso; llevaba quevedos. Probablemente corría por sus venas sangre extranjera porque era rubio. Estaba leyendo un anticuado libro alemán sobre estrategia mientras echaba a su perro pedazos de salchicha. Ninitch contempló con envidia el fuego que chisporroteaba.

—Bueno, ¿qué pasa? —inquirió el comandante en tono irritado, cual un maestro de escuela a quien le molestaran mientras estuviera corrigiendo los deberes de sus alumnos.

—Mi comandante, el jefe de la policía espera al teléfono, en el despacho del jefe de estación. Quiere hablar con usted.

—¿Es que no funciona nuestro teléfono? —preguntó el oficial esforzándose, sin lograrlo, en disimular su curiosidad y su excitación mientras dejaba el libro. Quería dar la impresión de ser amigo íntimo del jefe de la policía.

—No, mi comandante, el operario no ha venido todavía de la ciudad.

—¡Qué contrariedad! ¿Dónde está el sargento?

—Ha salido un momento, mi comandante.

El mayor Petkovitch se calzó los guantes.

—Creo que te necesitaré. Quizá sea preciso enviar un correo. ¿Sabes escribir?

—Un poco —respondió Ninitch atemorizado ante la idea de que el comandante pudiera elegir a otro soldado para acompañarle. Ninitch y el perro, atravesaron la vía férrea en pos del oficial. En el despacho del jefe de estación, Lukitch simulaba estar muy ocupado, mientras el factor examinaba una lista de registro.

—Puede usted hablar, mi comandante —dijo Lukitch echando una ojeada a Ninitch por encima del hombro del oficial, celoso de ocupar su puesto cerca del aparato.

—Oiga, oiga —dijo el comandante con acritud. El soldado alargó un poco la cabeza hacia el aparato. A través de los centenares de kilómetros que separaban Subotica de Belgrado oíase una voz clara, culta e insolente, hasta el punto de que Ninitch, situado a unos sesenta centímetros del auricular, lograba percibir las articuladas sílabas. En medio del profundo silencio las palabras llegaban a sus oídos como una sucesión de golpes opacos. Lukitch y el empleado de la consigna retenían en vano el aliento.

—El coronel Hartep al habla.

«Es el jefe de la policía y le oigo hablar. ¡Qué orgullosa estará mi mujer esta noche! la noticia circulará por todo el cuartel. Para divulgarla confío en mi mujer. ¡Qué duda cabe! Después de todo, no está sobrada de motivos para sentirse orgullosa de mí. Así, es natural que aproveche todas las ocasiones», decía simplemente Ninitch.

—Sí, sí, soy el comandante Petkovitch.

La voz insolente bajó de tono. Ninitch no pudo oír

más que frases entrecortadas: «De ninguna manera... Belgrado... Que registren el tren.»

—¿Debo conducirlo al cuartel?

La voz cobró un cierto énfasis.

—No. Es preciso que... por el momento... sea visto por el menor número de personas. Ahí mismo.

—Pero, en verdad, no contamos aquí con nada a propósito —objetó el comandante Petkovitch—. ¿Qué vamos a hacer con él?

—... Sólo por unas horas.

—¿Un consejo de guerra? Esto se sale de la legalidad. La voz emitió una leve risotada.

—Yo mismo... a su lado para el almuerzo...

—Pero, ¿en el caso de que hubiera absolución?

—...Yo mismo —dijo la voz indistintamente—, usted, comandante, y el capitán Alexitch. —La voz prosiguió en tono más apagado—: Una cosa discreta... entre amigos... —y luego más claramente—: Quizá no vaya solo... Sospechosos... Cualquier pretexto... La Aduana. Sobre todo silencio y mucho cuidado.

—¿Algo más, coronel Hartep? —dijo el comandante Petkovitch con acento que revelaba la más completa desaprobación. La voz lejana se animó ligeramente.

—Sí, a propósito de mi almuerzo. Me figuro que no contará con provisiones escogidas... En la estación... un buen fuego... algo caliente... en el automóvil traeremos fiambres y vino.

Hubo una pausa.

—Recuerde que es usted responsable...

—De una cosa verdaderamente irregular... —replicó el comandante Petkovitch.

—No, no, no —dijo la voz—, yo me refería al almuerzo.

—¿Sin novedad en Belgrado? —preguntó secamente el comandante.

—Sin novedad —respondió la voz.

—¿Me permite aún otra pregunta?.. ¡Oiga! ¡Oiga! —gritó el comandante Petkovitch con voz exasperada. Luego colgó violentamente el auricular.

—¿Dónde está ese hombre? Ven conmigo —espetó.

Y seguido de Ninitch y del perro salió de nuevo al frío exterior, atravesó los rieles, pasó delante del puesto de guardia y al entrar en su despacho dio un portazo tras sí. Redactó unas órdenes muy concisas y las tendió a Ninitch para que las cursara. Con las prisas se olvidó de sellar dos de ellas, que Ninitch se apresuró a leer. Decididamente aquella noche su mujer estaría orgullosa de él. Había un pliego sellado para el jefe de la aduana, pero en el destinado al capitán del cuartel se conminaba a éste para que doblara inmediatamente los efectivos del piquete de guardia en la estación y se proveyera a cada hombre de veinte cartuchos. Esta circunstancia dejó perplejo a Ninitch. ¿Es que ello presagiaba una guerra, una invasión de los búlgaros o la llegada de los rojos?... Se acordó de lo que acababa de suceder en Belgrado y se sintió verdaderamente turbado. «Después de todo son nuestros hermanos —pensó—, son pobres y tienen mujer e hijos...» Por último, el pliego destinado al cocinero de los oficiales contenía instrucciones detalladas a propósito de un almuerzo para tres comensales que debía servir muy caliente en el despacho del comandante a la una y media. Dicha orden terminaba con estas palabras: «No olvide que sobre usted recae toda la responsabilidad.»

Cuando Ninitch salió de la estancia, el comandante Petkovitch reanudó la lectura del anticuado libro alemán sobre estrategia, al mismo tiempo que iba tirando a su perro pedazos de salchicha.

II

Antes que el tren llegara a Budapest, Coral Musker se había dormido. Cuando Myatt, presa de calambres, retiró el brazo que había pasado debajo de la cabeza de la muchacha, ésta despertó. La alborada gris semejaba un mar aceitoso y plomizo. Coral saltó con prontitud de la cama y se vistió. Sus movimientos bruscos parecían distanciar, con la profundidad de una sima, el presente y la metódica precisión de la víspera. Estaba excitada y no acertaba a encontrar las prendas de vestir. Con aire jovial se puso a canturrear: «*I'm so happy, Happy-go-lucky me.*» A causa de la velocidad del tren fue a dar contra el cristal, pero ni siquiera lanzó una ojeada a aquella mañana grisácea. Acá y acullá se encendían luces, pero no había aún bastante claridad para poder distinguir las casas próximas a la vía del tren. Un puente iluminado sobre el Danubio refulgía como una charretera. «*I just go my way, singing every day.*» .

Cerca del río una casona blanca mostraba dos puntos luminosos en la planta baja, pero al fijarse en ellos Coral, las luces se apagaron. «Sin duda se han divertido hasta muy tarde —pensó—. ¿Qué habrá ocurrido ahí?» Coral rompió a reír. En aquel momento simpatizaba con quienes eran jóvenes, osados y audaces. «*Things that worry you, Never worry me. Summer follows Spring. I Justs smile and...*»

Ya completamente vestida, faltando sólo calzarse, Coral se volvió hacia la cama donde yacía Myatt.

El judío dormía, sumido en un sueño intranquilo. Su cara requería un afeitado. A duras penas lograba Coral asociar a aquel hombre fatigado, con los vestidos arrugados, con la excitación y el sufrimiento de la noche

anterior. Aquel hombre era un desconocido que declinaría toda responsabilidad sobre las palabras pronunciadas por el otro en medio de las tinieblas. ¡Qué de cosas le había prometido a Coral! Pensó luego que tal suerte no era para ella y de nuevo acudieron a su mente las frases de las viejas y experimentadas mujeres: «De antemano le prometen a una todo el mundo», pero el extraño código moral de su clase le dictó el consejo: «No recordarle jamás sus promesas.» De todos modos, Coral se acercó al durmiente y trató con suavidad de alisar sus cabellos. Quería encontrar de nuevo el rostro conocido, el rostro de su amante. Al tocarle la frente, Myatt se despertó. Coral se irguió animosamente para afrontar aquella mirada en la que temía ver reflejada una completa ignorancia de sí mismo y de cuanto había ocurrido entre ellos. Se confortó diciéndose: «cuando una puerta se cierra, ciento se abren...» y quedó alegremente estupefacta al oír que Myatt, sin el menor esfuerzo para recordar, le decía: «Será preciso que busquemos al violinista.»

Coral se sintió tan aliviada que batió palmas.

—Y no debemos olvidarnos de invitar al doctor.

La muchacha se sentó y procedió a calzarse.

«*I'm so happy.*»

«Myatt no olvida y cumplirá sus promesas», y nuevamente se puso a canturrear:

«*Living in the sunlight, loving in the moonlight, Having a wonderful time.*»

El jefe del tren recorría el pasillo llamando a las puertas:

—Budapest.

Las luces se iban acercando formando guirnaldas. En

la margen opuesta del río brillaban tres estrellas, que parecían haberse desprendido del cielo deteniéndose en su caída a mitad del camino.

—¿Qué es esto? Allí. Pronto va a desaparecer...
Rápido.

—Es el castillo —repuso Myatt.

* * *

Budapest. José Grünlich, que dormitaba en un rincón, se despertó sobresaltado y se dirigió hacia la ventana. Columbró el agua que discurría entre altas casas grises y las lámparas encendidas en los pisos superiores; luego la marquesina de la estación le ocultó el panorama. El tren se detuvo delante de los espaciosos andenes. Todo era confusión y bullicio. Despabilado y de buen humor a pesar de su impedimenta, Opie se apeó de los primeros y dejó en el suelo dos maletas, un saco de golf y una raqueta de tenis sujeta con las prensas de madera. José inició una sonrisa que más parecía una mueca y se desperezó; la vista de Opie le recordaba el crimen.

En aquel momento llegó un hombre vestido con la librea de la agencia Cook, a quien seguían una mujer, alta y ajada, y su marido. El matrimonio, que avanzaba dando traspies detrás del guía, parecía fatigado y azorado por los bufidos de la locomotora y los avisos y advertencias en lengua extranjera. José tuvo la impresión que aquélla podía ser la ocasión propicia para abandonar el tren, y al punto, porque en aquel momento se trataba de su propia seguridad, dejó de pensar con humor o grandilocuencia y el complicado engranaje de su mente se puso a funcionar con claridad perfecta.

Metido en un tren, se hallaba prácticamente prisionero, pues la policía podía proceder a su detención en cualquier punto del trayecto. Por tanto, cuanto más pronto estuviera en libertad, mejor. Como era austríaco, en Budapest pasaría completamente inadvertido. Si seguía el viaje hasta Estambul correría el riesgo de ser sometido a tres inspecciones de los aduaneros en los puestos fronterizos. La máquina de calcular de su cerebro hizo una suma y una sustracción, de resultados de cuyas operaciones se encontró con un débito. Después de todo, la policía de Budapest era experta y activa. Por el contrario, en los países balcánicos estaba corrompida y nada había que temer de la aduana. Además, estaría más lejos del crimen, y en Estambul contaba con amigos. José Grünlich decidió continuar el viaje. Una vez hubo tomado esta resolución se retrepó en su compartimiento y se abandonó a sueños triunfales. Visiones de revólveres precipitadamente empuñados llenaron su mente mientras unas voces hablaban de él: «He aquí a José. Hace cinco años que trabaja y nunca le han echado el guante. Es él quien ha matado a Kolber en Viena.»

* * *

Budapest. El doctor Czinner levantó la pluma del papel. Esta pausa era el homenaje que rendía a la ciudad natal de su padre. Su padre había salido muy joven de Hungría para ir a establecerse en Dalmacia. En Hungría había sido campesino y labrado la tierra que no le pertenecía. En Split y en Belgrado había sido maestro zapatero independiente. Sin embargo, en ese primer

período, esa existencia servil, esa herencia de sangre campesina húngara, residía al parecer de Czinner la influencia de una vasta cultura que se adelantaba por las angostas y nauseabundas callejas balcánicas. Diríase que se trataba de un esclavo ateniense dejado en libertad en tierra bárbara y que echaba un poco de menos la escultura, la poesía y la filosofía de una civilización con la cual no tenía ningún punto de contacto. La estación fue quedándose atrás y comenzaron a desfilar algunos nombres en una lengua que su padre jamás le enseñara: «*Restoracioj... Pôsto... Informoj...*» Un cartel medio despegado se agitó ante el cristal del vagón: «*Teatnoj Kaj Amuzejoj.*» El doctor Czinner se fijó maquinalmente en aquellos nombres para él desconocidos y pensó en los espectáculos que justamente darían comienzo cuando el tren llegara a Belgrado: la Ópera, el Royal Orfeum, el Tabarín y el Jardín de París. Recordó a su padre cuando en la oscura sala del sótano, detrás de la tienda, le decía: «¡Cómo se divierten en Buda!» También su padre se había divertido antaño pegado el rostro contra los cristales de los restaurantes contemplando sin envidia los manjares que servían en las mesas y los violinistas yendo de uno a otro grupo de comensales. Sí, su padre se había divertido a través de lo que las otras gentes podían permitirse. A la sazón, Czinner detestaba esta actitud resignada de su padre.

Siguió escribiendo durante unos diez minutos, luego dobló el papel y lo guardó en el bolsillo de su *mackintosh*. No ignoraba que sus enemigos no se andarían con escrúpulos y que antes de verle encerrado en presidio preferirían sin duda suprimirlo, en un abrir y cerrar de ojos, en una callejuela desierta. Lo que al doctor Czinner le daba ánimos era precisamente que se ignoraba su llegada.

Era necesario anunciar su voluntaria llegada a Belgrado antes de que nadie se enterara de nada. Así no habría ocasión de que se perpetrara el asesinato de un desconocido «que no puede ser identificado». Sus adversarios se verían obligados a someterle al juicio de los tribunales. Czinner abrió la maleta y sacó el Baedeker. Luego encendió una cerilla que aplicó a un ángulo del plano. El papel satinado ardía lentamente. Vio cómo las llamas abrasaban la estación y cómo el edificio de Correos se convertía en un cuadrado de negra ceniza. El color verde del parque Kalimagdan se tornó oscuro. Las calles de los barrios populares fueron las últimas en arder; Czinner sopló sobre las llamas para avivar el fuego.

Cuando el plano estuvo completamente consumido, echó las cenizas debajo de los asientos, puso sobre la lengua un pequeño comprimido amargo y trató de dormir. Pero le fue difícil. Si no le hubiera faltado en absoluto el sentido del humor hubiese sonreído al sobresaltarse su corazón cuando, a unas cincuenta millas de Budapest, reconoció una colina erizada de árboles que en forma de dedal se levantaba en medio de la vasta planicie del Danubio. Una carretera describía un gran semicírculo para salvar el obstáculo, y seguía luego en línea recta hacia la ciudad. La carretera y la colina eran blancas, y la nieve colgaba de los árboles en gruesos racimos semejantes a nidos de cuervos. El doctor Czinner recordaba la carretera, la colina y el bosque porque fueron las primeras cosas que cinco años antes observara, cuando se creyó verdaderamente seguro, después que hubo cruzado la frontera en su fuga.

Su compañero, que conducía el automóvil, había roto

el silencio por vez primera desde que saliera de Belgrado y le había gritado: «Dentro de una hora y cuarto estaremos en Budapest.» El doctor Czinner no se había dado cuenta hasta entonces de que estaba salvado. Pero ahora, la sensación de alivio que le embargaba tenía otra razón, una razón opuesta. Estaba pensando que sólo setenta millas le separaban de la frontera. Casi se hallaba en su país. En aquel momento el instinto era más fuerte que el raciocinio. A nada conducía decirse a sí mismo que no tenía patria y que en realidad se dirigía a la cárcel y no a su hogar. En aquel instante de agridulce alegría le parecía encaminarse hacia la cervecería de Krüger, hacia el parque iluminado por la noche con luces verdes y hacia las calles de los suburbios acicaladas con pingajos de colores.

«Después de todo, volveré a ver todo eso —se dijo—, porque me conducirán en coche desde la cárcel al Palacio de Justicia.» De repente se acordó con melancolía de que en el lugar ocupado antaño por la cervecería se levantaba ahora un alto inmueble moderno.

* * *

Por encima de la mesa del desayuno, Coral y Myatt se observaban mutuamente con no disimulado placer, como si fueran dos desconocidos. Durante la cena de la víspera se habían portado como viejos amigos que nada tuvieran ya que decirse. Durante el desayuno charlaron por los codos. Hubiérase dicho que, más que la distancia, el tren devoraba el tiempo y los amantes querían agotar en aquellas contadas horas todos los motivos de conversación propios de una vida en común.

—¿Qué haré cuando llegue a Estambul? Mi habitación

está ya apalabrada.

—Esto no tiene importancia. He tomado una habitación en el hotel. Tú vendrás conmigo y pediremos un aposento para dos personas.

Coral aceptó complacida la solución que le ofrecía Myatt. Pero no había tiempo que perder. Colinas, casas y prados iban desfilando a setenta kilómetros por hora y les quedaban aún muchas cosas que decirse.

—Llegaremos por la mañana temprano, ¿no es eso? ¿Qué haremos el resto del día?

—Almorzaremos juntos. Por la tarde tendré que ir a la oficina, pero entretanto podrás dedicarte a tus cosas. Luego podremos cenar juntos e ir al teatro.

—Sí; ¿a cuál?

La metamorfosis que se había realizado durante la noche era extraordinaria. Myatt no se parecía en modo alguno a cuantos jóvenes judíos conociera Coral con una cierta intimidad. Hasta su gesto al dar alguna cosa, el modo con que tendía instintivamente las manos abiertas, eran distintos, y el énfasis con que enumeraba, generoso, todo cuanto gastaría por ella y los favores que recibiría, le parecían a Coral algo único y extraordinario, porque Coral creía a pies juntillas todo cuanto Myatt decía.

—Tomaremos las mejores butacas de tu teatro.

—Para ver a las *Dunn's Babies*.

—Sí, y luego, si tú quieres, las invitaremos a todas a cenar.

Coral movió la cabeza. No quería correr el riesgo de perder a Myatt, puesto que abrigaba el convencimiento de que muchas de las chicas del conjunto debían de ser más hermosas que ella.

—Será mejor que nos vayamos a acostar después de la representación.

Ambos rompieron a reír mientras tomaban el café. En la risa de Coral no había el menor síntoma de temor. Era feliz porque había franqueado los linderos del gozo y del dolor.

—¿Te has dado cuenta? Hace más de una hora que estamos sentados a la mesa. ¡Es escandaloso! Nunca me había ocurrido tal cosa. Mi desayuno se compone de una taza de té a las diez con dos tostadas de pan y un poco de zumo de naranja, y eso en el caso de que la patrona sea generosa.

—¿Y cuando no trabajas?

Coral soltó la risa.

—Entonces suprimo el zumo de naranja. ¿Estamos cerca de la frontera?

—Muy cerca. ¿Un cigarrillo? —propuso Myatt al tiempo que encendía uno para sí.

—No suelo fumar por las mañanas. Voy a dejarte solo para que fumes en paz.

Coral se levantó en el momento en que el tren pasaba por un cruce de vías, y a consecuencia de la ligera sacudida fue proyectada contra Myatt. La muchacha se aferró a su brazo. Por encima de sus hombros vio un disco de señales que desapareció instantáneamente y un negro cobertizo en torno al cual se había fundido ya la nieve. Coral oprimió el brazo de Myatt hasta que hubo recobrado el aplomo.

—Ven pronto, querido. Estaré esperándote.

Coral hubiera querido decirle: «Ven ahora», porque tenía miedo de estar sola durante el tiempo que el tren se detuviera en una estación. Quizá subirían nuevos viajeros que intentarían ocupar el sitio de Myatt, ante los cuales

Coral se sentía incapaz de aducir razones... Ni siquiera sabía lo que le dirían los aduaneros. Pensó, no obstante, que Myatt no tardaría en cansarse de ella, caso de que lo importunara por cualquier nimiedad. Siempre es peligroso irritar a un hombre. No era su dicha lo suficientemente sólida para que pudiera permitirse correr el menor riesgo. Miró detrás de ella. Myatt estaba sentado con la cabeza ligeramente ladeada, acariciando con el dedo una pitillera de oro. Coral se alegró más tarde de esta última mirada que lanzó al volverse. Esa visión había de servirle más adelante como símbolo de fidelidad; era una imagen que había de retener en su mente para que luego pudiera decir: «Jamás te he abandonado.»

Al volver a su compartimiento el tren se detuvo y al asomarse a la ventanilla Coral vio una pequeña y sucia estación. Entre dos faroles se distinguía, en letras negras, el nombre de Subotica. El edificio de la estación no era más que una hilera de cobertizos, y un andén. Un grupo de aduaneros con uniformes verdes acompañados de media docena de soldados avanzaba atravesando la vía. Parecían no tener prisa en empezar el registro. Los hombres se dirigían riendo y charlando hacia el coche furgón. Un grupo de campesinos, entre los cuales había una mujer que daba el pecho a su hijo, contemplaba el paso del tren.

Acá y acullá erraban soldados desocupados. Uno de ellos hizo retroceder lejos de la vía a los campesinos, los cuales, cuando se hallaron a una veintena de metros de distancia se acercaron de nuevo. Los viajeros comenzaron a impacientarse. El tren llevaba ya media hora de retraso y ni siquiera habían comenzado a examinar los equipajes y los pasaportes. Algunos se apearon y cruzaron los rieles

iniciando la búsqueda de la cantina. Un alemán delgado y larguirucho, de cabeza cuadrada, caminaba arriba y abajo del andén. Coral Musker vio al doctor apearse del tren, con su sombrero de fieltro, su *mackintosh* y sus guantes de lana gris. Czinner y el alemán se entrecruzaban en su paseo ignorándose el uno al otro como si se hallaran en mundos distintos.

Ambos se detuvieron uno al lado del otro cuando un empleado examinó sus pasaportes, pero no por ello dejaron de ignorarse. El alemán se mostraba furioso e impaciente, y el doctor sonreía para sus adentros.

Cuando Coral se acercó a él observó que su sonrisa, entre abstraída y sentimental, no correspondía al modo de ser del doctor.

—Perdone que me dirija a usted —dijo la muchacha humildemente, un poco asustada por el digno continente del doctor. Czinner se inclinó y cruzó a la espalda sus manos calzadas con guantes grises. Coral vio un agujero en la punta del dedo pulgar.

—Quería... Queríamos rogarle... que cenara esta noche con nosotros.

Coral advirtió que el doctor había dejado de sonreír y trataba de hilvanar unas palabras de excusa. Y añadió:

—¡Ha sido usted tan bueno conmigo!

Fuera hacía mucho frío y ambos se pusieron a caminar. El barro endurecido crujía bajo los pies de la muchacha y salpicaba sus medias.

—Habría tenido un gran placer en... —repuso el doctor, expresándose con excesiva corrección—. Pero sintiéndolo mucho no puedo aceptar. Dejo el tren esta noche en Belgrado y le aseguro que me hubiera gustado mucho...

Se detuvo, frunció el entrecejo y pareció haberse olvidado de lo que estaba diciendo. Hundió su mano en el bolsillo de su *mackintosh*...

—Me hubiera gustado mucho...

Dos hombres vestidos de uniforme que caminaban a lo largo de la vía se dirigieron hacia ellos.

El doctor posó la mano en el brazo de la muchacha, la hizo volverse con gran suavidad y encaminándose ambos hacia el tren. Seguía con el ceño fruncido y en lugar de terminar la frase que había empezado, dijo:

—Mis gafas están empañadas por la escarcha. ¿Me hace el favor... ? ¿Qué ve usted delante de nosotros?

—Algunos aduaneros que se apean del coche furgón y se dirigen hacia nosotros.

—¿Eso es todo? ¿Llevan uniforme verde?

—No, gris.

El doctor se detuvo en el acto.

—¿Gris? —repitió.

Luego cogió la mano de Coral y depositó en ella un sobre doblado.

—Vuelva en seguida a su vagón. Que nadie vea esto. Cuando llegue a Estambul échelo al correo. Pronto, váyase pero sobre todo no corra.

Coral obedeció sin comprender nada en absoluto. No había dado aún una veintena de pasos cuando vio a poca distancia unos hombres de uniforme gris. Eran soldados. No iban armados con fusiles, pero Coral observó que llevaban vainas de bayonetas. Los soldados hablaban gesticulando y por un instante Coral pensó que iban a detenerla. Sin embargo, cuando se cruzó con ellos, uno de los soldados se apartó para dejarla pasar. Coral tuvo una sensación de

alivio; pero al sentir en la mano el contacto del sobre doblado la invadió cierto temor. ¿Acaso le hacían pasar alguna cosa de contrabando? ¿Estupefacientes tal vez...? Luego, uno de los soldados se puso a seguirla. Coral oía crujir el barro bajo el peso de las botas. Para tranquilizarse se dijo que aquello era producto de su imaginación, puesto que si fuera a ella a quien buscaran el soldado la hubiera interpelado. El silencio reinante le hizo cobrar ánimos, pero, no obstante, aceleró el paso. Un solo vagón la separaba de su compartimiento, y allí estaría su amante para explicar en alemán al soldado quién era ella. Sin embargo, no estaba Myatt en el compartimiento, sino en el vagón restaurante, fumando. Coral vaciló un momento. «Iré al vagón restaurante y llamaré a través de los cristales.» Pero su vacilación había sido demasiado ostensible. Una mano le tocó el codo y una voz amable le habló en una lengua extranjera.

Coral se volvió para protestar, para suplicar, dispuesta si fuera necesario a correr hasta el vagón restaurante; pero se tranquilizó al ver los ojos grandes y dulces del soldado. Este le sonrió, bajó la cabeza y le señaló la estación.

—¿Qué quiere usted? ¿No sabe hablar el inglés?

El soldado movió la cabeza, sonrió y le indicó nuevamente la estación, hacia donde se dirigían el doctor y los otros soldados. Nada grave podía sucederle, pues Czinner caminaba delante de los soldados y éstos se mostraban respetuosos. El soldado volvió a mover la cabeza, volvió a sonreír y tras un ímprobo esfuerzo para pronunciar las dos palabras de inglés que conocía, volvió a señalar la estación y dijo:

—*All quite good.*

—¿Puedo avisar a mi amigo? —preguntó Coral. El soldado bajó la cabeza, continuó sonriendo, cogió del brazo a la muchacha y la apartó suavemente del tren.

En la sala de espera, vacía, sólo estaba el doctor. Una estufa ardía en el centro de la estación. Los cristales de la ventana aparecían cubiertos de arabescos de escarcha, que nada permitían ver del exterior. Coral no podía desterrar la impresión que le producía la carta que apretaba en su mano. El soldado la hizo entrar cortésmente en la sala y luego cerró la puerta tras ella, aunque sin dar vuelta a la llave.

—¿Qué quieren? No puedo perder el tren.

—No tema, yo les explicaré... La soltarán a usted dentro de cinco minutos. Déjese registrar, si es esto lo que quieren. ¿Han cogido la carta?

—No.

—Será mejor que me la devuelva. No quiero acarrearle a usted ningún perjuicio.

Coral tendió la mano y en aquel mismo momento se abrió la puerta. El soldado entró sonriendo y cogió la carta, que la muchacha tenía aún en la mano. El doctor Czinner habló y el hombre respondió rápidamente. Tenía los ojos tristes e ingenuos. Después que se hubo marchado, el doctor Czinner explicó:

—Le han dado orden de mirar por el ojo de la cerradura para ver si nos dábamos alguna cosa. No le gusta hacer esto. Coral Musker se sentó en una banqueta de madera y tendió los pies hacia la estufa.

—Está usted muy tranquila —dijo, sorprendido, el doctor Czinner.

—De nada sirve trinar —respondió Coral—. De todos modos, no comprenden nada. Mi amigo no tardará en venir a

buscarme.

—Es verdad —dijo el doctor, aliviado.

Y tras un momento de vacilación añadió:

—Usted debe preguntarse por qué no me excuso con usted por todas esas... complicaciones que le han sobrevenido por mi culpa. Sin embargo, hay algo que estimo más... importante que todas las complicaciones. Probablemente no comprende usted lo que estoy diciendo.

—¿Lo cree usted? —objetó Coral pensando en la noche con cierta amargura. En aquel momento vibró un largo silbido que rasgó el aire gélido. Coral, aterrada, se puso en pie de un salto.

—Dígame, ¿no es éste nuestro tren? No puedo perderlo.

El doctor Czinner se acercó a la ventana, limpió con la palma de la mano el vaho que cubría los cristales y miró a través de los claros de la escarcha.

—No —dijo—, es una locomotora de otra vía. Creo que van a enganchar otra máquina. Esto les ocupará mucho tiempo. No tema usted.

—¡No tengo miedo! —dijo Coral volviéndose a sentar en la banqueta—. Mi amigo no tardará en venir. Y entonces serán ellos los que tendrán miedo. Es muy rico... ¿sabe?

—¿De veras? —dijo el doctor Czinner.

Coral rompió a reír y añadió:

—Me ha dicho que pensara en él cada vez que comiera panecillos con pasas.

—¿De veras?

—Sí, pero no crea que soy una mujer interesada. Le aprecio mucho y ha sido muy bueno conmigo. Es muy diferente de los otros judíos. Por lo general todos son amables, pero él es... bueno, es sosegado.

—Creo que ese joven tiene mucha suerte —dijo el doctor Czinner.

Abrióse la puerta y dos soldados introdujeron a un hombre en la estación. El doctor Czinner avanzó y con gran celeridad metió el pie en el quicio de la puerta para que ésta quedara entreabierta. Luego habló en voz baja a los soldados. Uno de ellos le respondió: pero el otro lo empujó hacia dentro, luego cerró la puerta y dio vuelta a la llave.

—Les he preguntado por qué la retienen a usted aquí y les he dicho que no puede usted perder el tren. Uno de los soldados ha declarado que todo iba bien. Sólo que un oficial quiere hacerle unas preguntas. El tren no saldrá hasta dentro de media hora.

—Gracias —dijo Coral.

—¿Y yo? —preguntó el recién llegado en tono furioso—. ¿Y yo?

—No sé absolutamente nada respecto a usted, Herr Grünlich.

—Los aduaneros me han registrado y me han quitado la artillería. «¿Por qué no ha declarado que llevaba usted un revólver?», me han dicho. Y yo les he contestado: «Nadie se arriesgaría a viajar por vuestro país sin artillería.»

Coral Musker rompió a reír. José Grünlich la miró furioso, luego estiró su arrugado chaleco, consultó su reloj y se sentó. Después cruzó las manos sobre las rollizas rodillas y se quedó mirando, pensativamente, delante de él. «Myatt debe haber terminado de fumar su cigarrillo —pensaba Coral—. Habrá vuelto al compartimiento y se habrá dado cuenta de mi ausencia. Quizá espere unos minutos antes de preguntar a uno de los empleados si me ha visto. Dentro de cinco minutos ya habrá dado con mi paradero.»

La muchacha se sobresaltó al oír el ruido de la llave en la cerradura. La rapidez con que su amigo la había localizado la dejó maravillada. Pero no fue Myatt quien entró, sino un oficial, bastante agitado, que espetó una orden por encima del hombro y al instante dos soldados se situaron contra la puerta.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? —preguntó Coral al doctor Czinner—. ¿Es que se imaginan que hemos pasado algo de contrabando?

Le era imposible entender lo que aquellos extranjeros hablaban entre sí y, de pronto, se sintió perdida y asustada, pues no se le ocultaba que por mucho que quisieran ayudarla no podían entender ni lo que les decía, ni lo que quería que hiciesen. Se dirigió al doctor Czinner implorándole:

—Dícales usted que he de tomar este tren... ¡que le digan a mi amigo lo que está ocurriendo!

El doctor Czinner no le hizo caso. Permanecía de pie junto a la estufa, tieso, con las manos en los bolsillos, contestando al interrogatorio.

Coral se volvió hacia el alemán situado en el rincón. El hombre tenía la vista fija en la punta de su zapato.

—Por favor, dícales que yo no he hecho nada.

El alemán alzó los ojos y le lanzó una rápida mirada henchida de odio.

Por fin, el doctor Czinner dijo:

—He intentado explicarle que usted nada sabe del escrito que yo le he pasado. Pero él alega que ha de retenerla aquí un rato más, hasta que el jefe de la policía la haya interrogado.

—Pero... ¿Y el tren? —imploró la muchacha—. ¿Y el tren?

—Creo que todo irá bien. El expreso no saldrá antes

de media hora. Le he pedido que informe a su amigo de usted y ha respondido que verá lo que puede hacer.

Coral se precipitó hacia el oficial y le tocó en el brazo.

—Es preciso que coja el tren. Hágase cargo, por favor.

El oficial se desasíó de Coral y en tono adusto y categórico le soltó una reprimenda. Sus lentes se movían al compás de unas palabras que Coral no comprendía. Luego salió.

Coral apoyó la frente contra los cristales de la ventana. Atisbando por los claros que dejaba la escarcha vio pasar al alemán que seguía paseando de un lado para otro. La muchacha se esforzaba por localizar el vagón restaurante.

—¿Lo ve usted venir? —preguntó el doctor Czinner.

—Va a nevar otra vez —dijo Coral retirándose de la ventana. De pronto se sintió impotente para contener por más tiempo su inquietud. —¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me retienen?

—Por error —afirmó Czinner—. Tienen miedo. Hay disturbios en Belgrado. Es por mí por quien se interesan. Eso es todo.

—¿Pero por qué? ¿No es usted inglés?

—No. Yo soy de este país —contestó el doctor Czinner con amargura.

—¿Qué ha hecho usted?

—He tratado de que las cosas cambiaran. Soy comunista.

—¿Por qué? ¿Por qué? —exclamó inmediatamente Coral observándolo temerosa, incapaz de disimular que semejante noticia acababa de minar su confianza en aquel

hombre, el único, a excepción de Myatt, que había sido bueno con ella. Hasta la bondad que el doctor le había testimoniado en el tren le parecía ahora sospechosa. Volvió hacia el banco y se sentó lo más lejos posible del alemán.

—Sería necesario mucho tiempo para explicarle el por qué —dijo Czinner.

Coral no prestó la menor atención a lo que decía el doctor y mantuvo su espíritu herméticamente cerrado al sentido de cuantas palabras pronunciaba aquél. Se le antojaba ahora uno de aquellos hombres despechugados que deambulaban los sábados por las tardes por Trafalgar Square enarbolando horribles pancartas en las que se leía: «*Trabajadores de todos los países, uníos*» o «*Juventudes Comunistas. —Sección de Balham.*» Eran los aguafiestas que querían colgar a los ricos, cerrar los teatros y obligar a Coral a practicar el amor libre en las colonias de vacaciones, para después reclutarla y hacerla desfilar por Oxford Street con un bebé en brazos detrás de la pancarta de las «*Obreras inglesas*».

—Sería necesario más tiempo del que puedo disponer.

Coral no se dio por enterada. Por el momento se juzgaba infinitamente superior a su compañero. Ella era la amante de un hombre rico, mientras que él era un obrero. Cuando finalmente prestó atención al doctor, le dijo con acento desdeñoso:

—Supongo que le meterán a usted en la cárcel.

—Creo que me fusilarán.

Coral le miró estupefacta y haciendo caso omiso de la diferencia de clase que les separaba, le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque tienen miedo —replicó Czinner con orgullo.

—En Inglaterra se permite a los revolucionarios que

hablen lo que les venga en gana, la policía no se mete con ellos.

—Sí, pero hay una diferencia. Y es que nosotros hacemos algo más que hablar.

—Pero, ¿habrá proceso?

—Una especie de proceso. Van a conducirme a Belgrado.

Fuera sonó una corneta y el pitido de un silbato rasgó el aire helado.

—Deben estar efectuando maniobras —dijo el doctor Czinner para tranquilizar a la muchacha.

Una nube de humo se extendió delante de los cristales oscureciendo la sala de espera. Se oyeron voces y un presuroso rumor de pasos hacia el lado de la vía. Rechinaron los entronques de los vagones y luego el resoplido de las bielas. La rotación de las pesada ruedas parecía conmovier en sus cimientos los frágiles tabiques de la estancia. Cuando el humo se hubo disipado, Coral Musker permaneció sentada en la banqueta de madera completamente inmóvil. No tenía nada que decir. Tenía los pies helados. Sin embargo, al cabo de un momento, creyendo adivinar en el silencio del doctor Czinner un reproche contra el ausente, protestó acaloradamente:

—Vendrá a buscarme. Ya lo verá.

Ninitch descansó el fusil en el antebrazo y dio unas cuantas palmadas con las manos enguantadas. «Estas locomotoras hacen mucho ruido», pensó contemplando cómo el tren se deslizaba como una inmensa serpiente a lo largo de una curva hasta desaparecer de su vista. Volvieron a cambiarse las agujas y la luz del disco de señales. Un

hombre bajó de la cabina, cruzó la vía y desapareció en dirección a una choza.

—Se va a almorzar —dijo con envidia el camarada de Ninitch.

—Jamás había oído desde que estoy aquí una locomotora tan estruendosa —replicó Ninitch.

Refiriéndose luego a la observación de su compañero, añadió:

—El comandante ha ordenado que se le traiga del cuartel un almuerzo corriente.

No dijo, empero, a su amigo que iba a llegar de Belgrado el jefe de la policía. Estas noticias las reservaba para su mujer.

—Eres hombre de suerte —dijo el otro—. Vas a tener un succulento almuerzo. Cuando por las mañanas veo a tu mujer que viene a traerte deliciosas golosinas, pienso muchas veces que eso del matrimonio debe ser una gran cosa.

—No es cosa desagradable —repuso Ninitch.

—Dime, ¿qué te trae?

—Un pedazo de pan y un trozo de salchicha y de vez en cuando un poco de mantequilla. Es una buena mujer.

Pero en su pensamiento su entusiasmo era más expansivo. «Soy demasiado poco para ella —se decía—. Me agradecería ser rico para comprarle un vestido y un collar y llevarla al teatro a Belgrado.» Pensó con envidia en la muchacha extranjera encerrada en la sala de espera, en su vestido que se le antojaba muy costoso, y en su collar de cuentas verdes, pero al compararla con su mujer no tardó en disiparse de su ánimo todo sentimiento de envidia. La belleza y la fragilidad de las mujeres le parecían conmovedoras. Mientras pensaba en esto no dejaba de

golpear una contra otra sus manos ásperas y gruesas.

—¡Eh, despierta! —le dijo su camarada, y los dos hombres se irguieron con torpe movimiento mientras un automóvil, rompiendo la costra de barro endurecido por el hielo y proyectando minúsculas partículas de lodo se dirigía a toda velocidad a la estación.

—¿Quién diablos puede ser? —murmuró el otro soldado casi sin mover los labios. Ninitch rebosaba de satisfacción porque él sí lo sabía. Sabía que el alto oficial que lucía en su pecho numerosas condecoraciones era el jefe de policía y tampoco ignoraba el apellido del otro oficial que saltó del coche y sostuvo la portezuela cuando se apeó el coronel Hartep.

—¡Vaya sitio! —exclamó el coronel Hartep con regocijado horror, mirando primero el barro y luego a sus botas relucientes. El capitán Alexitch hinchó sus redondas y encarnadas mejillas y dijo:

—Hubieran podido colocar algunos maderos.

—No. No sienten ninguna simpatía por la policía. ¡Sabe Dios qué almuerzo van a darnos! ¡Eh, muchacho!

El coronel hizo señas a Ninitch y añadió:

—Ayuda al chófer a sacar los paquetes. Procura no agitar el vino y llevar las botellas bien derechas.

—El comandante Petkovitch ha dicho...

—No me importa el comandante Petkovitch.

—Ustedes disculpen —dijo una voz precisa y colérica detrás de Ninitch.

El coronel Hartep sonrió y se inclinó.

—Naturalmente, comandante, pero estoy seguro de que no hay de qué.

—Este hombre está encargado de la guardia de los

prisioneros.

—¿Ha detenido usted a varios? Le felicito.

—Dos hombres y una mujer.

—En este caso me figuro que bastará un buen cerrojo, un centinela, una bayoneta, un fusil y veinte cartuchos.

El comandante Petkovitch se mordió los labios.

—Naturalmente, la policía sabe mejor que nadie cómo hay que vigilar una cárcel y no me queda más que inclinarme ante la superioridad de su experiencia. Saca los paquetes del automóvil—dijo a Ninitch—y llévalos a mi despacho.

Luego mostró el camino a los oficiales, quienes tras haber dado la vuelta a la sala de espera, desaparecieron. Ninitch les siguió con la vista hasta que el chófer le gritó:

—¡Eh, date prisa! No voy a quedarme aquí todo el santo día. Vosotros los soldados no estáis acostumbrados a echar una mano.

Ambos se pusieron a sacar los paquetes del automóvil, citando su contenido a medida que iban pasando por sus manos: «Media caja de champaña, un pato frito, fruta, dos botellas de jerez, salchichas, bizcochos, lechugas y aceitunas.»

—¿Te parece succulento todo eso? —le dijo a Ninitch su compañero. Ninitch se quedó como atontado mirando en silencio todas las vituallas. Luego respondió en voz baja:

—Es un verdadero festín.

Cuando regresaba de llevar el jerez, las salchichas, el champaña y el pato al despacho del comandante, vio a su mujer que iba a su encuentro arropada con un chal. Llevaba botines y notábase en su semblante una cierta malicia ingenua. Ninitch dejó la cesta de frutas en el suelo y fue hacia ella.

—No tardaré —le susurró, a fin de evitar que el chófer le oyera. —Espérame. He de contarte algo.

Y con la mayor seriedad del mundo volvió a su tarea. Su mujer se sentó al borde de la carretera y le estuvo observando; pero cuando Ninitch volvió del despacho del comandante donde la mesa estaba ya servida, la mujer se había marchado dejando su hatillo en el borde del camino.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó Ninitch a su compañero.

—Ha hablado con el chófer y luego se ha marchado hacia el cuartel. Parecía estar muy excitada.

Apoderóse de Ninitch una viva contrariedad. Gozábase de antemano con explicar a su mujer toda la historia de la llegada del coronel Hartep, y el chófer se le había adelantado echando a perder sus noticias. ¡Siempre lo mismo! Verdaderamente un soldado lleva una vida de perro. En cambio, los civiles disfrutaban de crecidos salarios, «limpian» a las cartas a los pobres soldados, les escarnecen y aún se interponen entre ellos y sus propias mujeres.

Con todo, el enojo de Ninitch duró poco. Había secretos que quizá pudiera descubrirle a su mujer si mantenía bien abiertos los ojos y aguzaba el oído.

Esperó algún tiempo antes de llevar el último paquete al despacho del comandante. El champaña burbujeaba, los tres hombres hablaban al mismo tiempo y los quevedos del comandante Petkovitch habían caído sobre sus rodillas.

—¡Qué pechazos! ¡Qué muslos! —explicaba el capitán Alexitch—. Le he dicho a Su Excelencia: Si yo estuviera en su lugar...

Con la punta del dedo mojada en vino el comandante Petkovitch trazaba unas líneas sobre el mantel.

—El primer axioma es el siguiente: No atacar nunca por las alas, sino embestir por el centro.

El coronel Hartep se mantenía sobrio. Retrepado en la butaca, fumaba lentamente.

—Se toma un poco de mostaza francesa y dos hojas de perejil.

Pero ninguno de sus dos subordinados le prestaba la menor atención. El coronel sonrió dulcemente y volvió a llenar las copas.

Volvió a nevar. A través de las ráfagas blancas, el doctor Czinner vio a un grupo de campesinos de Subotica que con semblantes curiosos y excitados se dirigían hacia la sala de espera. Uno de ellos pegó su rostro contra el cristal y advirtió la presencia del doctor. Sólo el rectángulo del cristal, los arabescos de escarcha y el vaho de su respiración separaban a los dos hombres. El doctor Czinner pudo contar las arrugas, examinar el color de los ojos y considerar con súbito interés profesional la ligera herida que el campesino tenía en la mejilla. Dos soldados se esforzaban en apartar a los curiosos a culatazos. El grupo cedía, retrocedía hasta la vía, pero, con estúpida obstinación, no tardaba en volver como un enjambre.

Hacía rato que un profundo silencio reinaba en la sala de espera. El doctor Czinner volvió junto a la estufa. La muchacha continuaba sentada con la cabeza baja y las manos juntas. Czinner sabía lo que la muchacha estaba haciendo. Rezaba para que su amante viniera a buscarla. Sin embargo, al verla absorta de tal modo, el doctor adivinó que la plegaria no era precisamente uno de sus hábitos. La simpatía que Czinner sentía por ella, le permitió medir el grado de intensidad del miedo que atenazaba a la joven. La

experiencia le había enseñado dos cosas: que las plegarias no siempre son acogidas favorablemente, y que un amante circunstancial como Myatt no se toma nunca la molestia de volver.

Lamentó haberla complicado en aquel asunto, como le hubiera dolido una mentira obligatoria. Había reconocido siempre la necesidad de sacrificar su propia integridad. Únicamente un partido en el poder podía permitirse andar con escrúpulos; pero en su propio caso, los escrúpulos habrían equivalido a confesar que dudaba del valor omnipotente de su causa.

Este pensamiento llenó de amargura el ánimo de Czinner, quien muy a pesar suyo hubo de reconocer que ambicionaba unas virtudes para cultivar las cuales carecía de voluntad y de fuerza. Si hubiera podido triunfar, si el mundo hubiese sido refundido según el plan que perseguía y conforme al orden a que aspiraba, al doctor Czinner le hubiera gustado ser generoso, caritativo y extremadamente exigente en la observación del código del honor...

—Es usted afortunada si cree que esto arreglará las cosas —dijo a Coral con visible irritación; pero quedó estupefacto al descubrir que la muchacha sobrepasaba aún instintivamente su propia amargura, cimentada en teorías elaboradas por una razón falible.

—No lo creo —repuso Coral—, pero algo debe de hacerse.

El doctor Czinner quedó sorprendido por ese fácil escepticismo, producto no del estudio de escritores racionalistas o de la influencia de sabios del siglo XIX. La muchacha había nacido con la duda, como él había nacido con la fe. Para sumarse al punto de vista de Coral, el doctor

había sacrificado su propia seguridad. Por un momento deseó inculcar en ella el germen de un árido escepticismo; pero su deseo se desvaneció, y aun alentó a la muchacha:

—Volverá de Belgrado a buscarla.

—Quizá no pueda por falta de tiempo.

—Telegrafiará al cónsul inglés.

—Seguramente —repuso Coral sin demasiada convicción.

Los acontecimientos de la noche y el recuerdo de la ternura de Myatt se alejaban de ella como un muelle iluminado se esfuma en las tinieblas, desde un trasatlántico que se adentra en alta mar: Coral trató, en un esfuerzo, de evocar la imagen de su amigo, pero no tardó ésta en fundirse con la muchedumbre reunida para las despedidas. Preguntó se si Myatt era en realidad diferente a otros judíos que ella conociera... Incluso su cuerpo, ahora sosegado, había dejado de notar la diferencia, pues con el dolor habíase disipado el profundo apaciguamiento.

—Seguramente —repitió, avergonzada de su falta de fe.

A nada conducía refunfuñar pues, después de todo, no estaba en peores circunstancias que antes, excepto el hecho de llegar con un día de retraso al estreno de la revista en Estambul. «Cuando una puerta se cierra...», se dijo. Sin embargo, se sentía extrañamente ligada a un recuerdo poco convincente.

Sentado en su rincón, el alemán dormía. Sus párpados cerrados estaban prestos a abrirse al menor sonido desconocido. Estaba acostumbrado a descansar en cualquier parte, a aprovechar el menor instante de reposo. Cuando la puerta se abrió sus ojos también se abrieron y estuvo en seguida atento a cuanto ocurría. Entró un guardia, gritó una

orden e hizo seña con la mano a los prisioneros. Penetraba la nieve por la puerta abierta, tendiendo en el umbral una alfombra gris. Veíase todavía a los campesinos agrupados junto a la vía. José Grünlich se levantó, estiró el chaleco y dijo al doctor:

—¿Y si corriéramos los tres a través de la nieve?

—Dispararían —replicó el doctor Czinner.

El guardia comenzó de nuevo a vociferar agitando la mano.

—Pero, de todos modos, dispararán ¿no? ¿Por qué nos llevan fuera?

El doctor Czinner se volvió hacia Coral Musker.

—No creo que haya nada que temer. ¿Viene usted con nosotros?

—Por supuesto —respondió Coral. Luego suplicó:

—Espere un momento. He perdido mi pañuelo.

Aquel cuerpo enjuto y larguirucho se dobló con la rigidez de un compás, se arrodilló y recogió el pañuelo de debajo del banco. La torpeza del doctor Czinner hizo sonreír a Coral hasta el punto que, dejando de lado su desconfianza, le dio las gracias con una efusión exagerada. El doctor Czinner saltó de la estancia con la cabeza baja para resguardar la cara de la helada ventisca. Parecía sonreír. Un guardia le precedía y otro le seguía, fusil al hombro y bayoneta calada. Se interpelaban mutuamente por encima de la cabeza de los prisioneros en un lenguaje que la muchacha no comprendía, mientras la conducían hacia un lugar que ignoraba. Los campesinos se acercaban al grupo, afanosos por ver a los prisioneros. La presencia de aquellos rostros de tez aceitunada turbó un poco a Coral, ya de por sí desconcertada por cuanto le estaba ocurriendo.

—¿Por qué sonreía usted? —preguntó al doctor Czinner.

Coral esperaba oírle decir que había hallado un medio de libertarles a los tres, de volver a coger el expreso y de que retrocedieran las agujas del reloj...

—No lo sé —repuso el doctor Czinner—. ¿De veras sonreía? Quizá porque me encuentro de nuevo en mi país.

Su semblante cobró por un momento una expresión grave, pero a poco dibujóse nuevamente su vaga sonrisa; y sus ojos que miraban de un lado a otro a través de sus gafas empañadas por la escarcha, parecían humedecidos y ausentes de todo pensamiento. Sólo había impresa en ellos una especie de absurda dicha.

III

Fijos los ojos en la ceniza que se mantenía en la punta de su cigarro, Myatt se dejaba mecer por sus sueños. Aquellos instantes en que, solo, se enfrentaba consigo mismo, en que no temía ninguna admonición, sus emociones se aplacaban y su cuerpo gozaba de un sosegado bienestar, le deparaban a Myatt un intenso placer. La noche anterior había tratado en vano de trabajar. El rostro de la muchacha se interponía siempre entre él y los números, pero ahora Coral había sido ya relegada al lugar que le convenía. A no tardar, cuando sobreviniera la noche, quizá la necesitaría y ella sin duda, acudiría. Este pensamiento le hizo sentirse afectuoso y hasta agradecido hacia ella, quizá porque estando ausente no dejaba tras sí ningún fantasma importuno. Myatt podía ahora recordar, sin consultar papeles, las cifras que había sido incapaz de retener. Multiplicaba, dividía, restaba y veía las largas columnas inscritas en el cristal, destacándose, transparentes, de las siluetas de los aduaneros y de los faquines que iban de un lado a otro sin que él se diese cuenta. Alguien le pidió el pasaporte. Luego la ceniza se desprendió de su cigarro. Myatt volvió a su compartimiento para abrir las maletas. Coral no estaba. Myatt supuso que se hallaría en el lavabo. Los aduaneros señalaron la maleta de la muchacha.

—¿Y ésta?

—Está abierta —repuso Myatt—. La señora no está aquí. No encontrarán ustedes nada.

Nuevamente solo, se instaló cómodamente en su

rincón y cerró los ojos para reflexionar mejor acerca del asunto Eckman; pero cuando el tren comenzó a ponerse en marcha al salir de Subotica ya se había dormido. Soñaba estar subiendo la escalera que conducía al despacho de Eckman. Oscura y sin alfombra, aquella escalera hubiera podido conducir a cualquier aposento de mala nota cerca de Leicester Square, en lugar de pertenecer a la sede social de la más importante casa de importación de pasas de Europa. No recordó haber franqueado la puerta; pero al cabo de un instante se encontró sentado frente a Eckman. Les separaba un farrago de papeles. Eckman se atusaba el negro bigote, daba golpecitos a la mesa con su estilográfica, y una araña tejía su tela en torno de un tintero vacío. La luz eléctrica estaba tamizada, los cristales de la ventana, empañados, y en un ángulo de la estancia se hallaba sentada la señora Eckman confeccionando vestidos de niño.

«Lo admito todo», decía Eckman.

De pronto la silla en que estaba sentado se elevó y Eckman se encontró por encima de la mesa de su despacho, a la que golpeaba con un martillo de tasador.

—Conteste a mis preguntas —decía Eckman—. Ha prestado usted juramento. No divague. Responda sí o no. ¿Ha seducido usted a esa muchacha?

—En cierto modo...

Eckman sacó una hoja de papel del montón, que se desmoronó ruidosamente y cayó al suelo.

—Este asunto de Jervis... Yo llamo a eso... Contrajo usted compromiso con los síndicos y simplemente se retrasó usted en la firma.

—Era legal.

—¿Y las diez mil libras esterlinas aceptadas por Stavrog cuando ya contaba usted con una oferta por quince

mil?

—Los negocios son así.

—¿Y la muchacha de Spaniards Road?

—Yo...

—¿Y las mil libras del contable de Moulton por las informaciones que le ha suministrado...? ¿Qué hice yo que usted no haya hecho ya? Contésteme en seguida. No divague. Sí o no. Señor juez, señores del jurado, el acusado que está en el banquillo...

—Pido la palabra. Tengo algo que decir. Soy inocente.

—¿Según que código? ¿Qué artículo? Conteste en seguida. No divague. Sí o no. Tres golpes de martillo. Uno... dos...

—Un momento. Voy a decírselo: George, Capítulo III, párrafo 4.º, artículo 2 504. «Del código de honor entre ladrones.»

De pronto, Eckman achicándose tras la roñosa mesa tendió las manos y se puso a llorar. Todas las lavanderas que aporreaban la ropa en el arroyuelo levantaron la cabeza y prorrumpieron en llanto, mientras que un viento seco barría la arena de las dunas para lanzada como una tempestad de granizo sobre las hojas del bosque y una voz que parecía la de Eckman suplicaba sin cesar: «¡Vuelve!» Entonces Myatt sintió temblar el desierto bajo sus pies y abrió los ojos. El tren se había parado y la nieve se iba amontonando pegándose a los cristales. Coral no había vuelto.

A poco, alguien que se hallaba sentado en un extremo del vagón se puso a reír y a bromear; otros viajeros se sumaron a la baraúnda, silbando e interpeándose. Myatt consultó el reloj. Había dormido más de dos horas y quizás el recuerdo de su sueño, la ausencia de Coral, le dejó

turbado e inquieto. Abrió la ventanilla y se asomó al exterior. Densos penachos de humo surgían de la chimenea. Junto a la vía un hombre de rostro cetrino, enfundado en un mono azul contemplaba la locomotora con aire perplejo. Algunos de los viajeros de tercera le gritaron alguna cosa, el hombre se volvió hacia ellos, movió la cabeza y se encogió graciosamente de hombros con porte resignado. El *chef de train* caminaba a buen paso a lo largo de la vía. Myatt le hizo señas para que se detuviese.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Una pequeña avería.

—¿Y estaremos detenidos mucho tiempo?

—Oh, no una hora u hora y media a lo sumo. Hemos telefonado para que nos envíen otra locomotora.

Myatt cerró la ventanilla y salió al pasillo. Ningún vestigio de Coral. Recorrió todo el tren, incluso los coches de tercera, mirando al interior de los compartimientos, tratando de abrir las puertas de los lavabos. Se acordó entonces del violinista y fue en busca suya a través de los malolientes compartimientos de madera. Al fin dio con él. Era un hombrecillo arrugado que tenía un ojo amoratado.

—Esta noche doy una cena —le dijo Myatt en alemán—y quisiera que amenizara usted la comida. Le daré cincuenta «paras».

—Setenta y cinco, Excelencia.

Myatt tenía prisa por encontrar a Coral.

—De acuerdo, setenta y cinco.

—¿Algo soñador, melancólico, que haga asomar las lágrimas a los ojos, Excelencia?

—De ningún modo. Quiero algo ligero y alegre.

—Entendido. Sólo que esto será más caro.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué más caro?

Evidentemente, Su Excelencia era extranjero. No comprendía. Era costumbre del país cobrar más caro si se trataba de música ligera. ¡Oh! Una costumbre ya vieja. Sería un dinar y medio, ni un céntimo menos. De pronto el goce de regatear aventó del ánimo de Myatt la impaciencia y la inquietud. El dinero no contaba; la discusión giraba en torno de unos tres chelines, pero por principio, Myatt no quería ceder.

—Setenta y cinco «paras» y asunto concluido.

El hombre inició una sonrisa de satisfacción. El extranjero comprendía el juego.

—Un dinar y treinta paras. Es mi última palabra. Si cobrara menos traicionaría a mi profesión, Excelencia.

Myatt ni siquiera sentía el olor del pan y del vino agrio. En aquel momento aspiraba el aroma de los mercados ancestrales. Volvía a encontrar la poesía pura de los negocios. No se trataba en modo alguno de ganancias o de pérdidas en aquel regateo de «paras» que apenas importaban unos céntimos. Se adelantó un poco, sin sentarse:

—Ochenta «paras».

—Hay que vivir, Excelencia. Me avergonzaría aceptar menos de un dinar y veinticinco «paras».

Myatt le ofreció un cigarrillo.

—¿Un vaso de *rakia*, Excelencia?

Myatt asintió con la cabeza y tomó sin reparos el grueso vaso desportillado.

—Ochenta y cinco «paras». Los tomas o los dejas.

Al beber y fumar juntos se estableció entre los dos hombres una especie de profunda comprensión. Ambos se dejaron arrebatar por el juego.

—Usted me está insultando, Excelencia. Yo soy un artista.

—Ochenta y siete «paras». Es mi última palabra.

* * *

Los tres oficiales seguían sentados en torno a la mesa, ya desocupada. Dos soldados hacían guardia en la puerta con la bayoneta calada. El doctor Czinner observó con curiosidad al coronel Hartep. Lo había visto por última vez durante el proceso Kamnetz, maniobrando falsos testigos con un desprecio absoluto por la justicia. Habían pasado ya cinco años; pero el curso del tiempo apenas había hecho mella en el aspecto del jefe de la policía. Sus sienes estaban ligeramente plateadas y en torno a los ojos se notaban algunas pequeñas arrugas.

—Comandante Petkovitch —dijo—. ¿Quiere usted leernos los cargos existentes contra los acusados? Dé una silla a la señora.

El doctor Czinner sacó las manos del bolsillo del *mackintosh* y limpió las gafas. Podía disimular la emoción de su voz, pero no el ligero temblor de las manos.

—¿Cargos? ¿Qué quiere usted decir? ¿Esto es un tribunal?

—¡Cállese! —exclamó el comandante Petkovitch, que tenía un papel en la mano.

—Es una pregunta legal, comandante —objetó el coronel Hartep—. El doctor acaba de llegar del extranjero. Han sido tomadas las medidas pertinentes para garantizar su propia seguridad —prosiguió con acento dulzón, dirigiéndose al doctor Czinner—. En Belgrado su vida corría peligro ¿entiende? A causa de la insurrección, las gentes

están furiosas.

—Sigo sin comprender en qué se basa usted para llevar a cabo otra cosa que no sea una instrucción preliminar —dijo el doctor Czinner.

El coronel Hartep se explicó.

—Comparece usted ante un tribunal militar. Ayer por la mañana se proclamó la ley marcial. Usted tiene la palabra, comandante Petkovitch.

El comandante dio lectura, a través de no pocas vacilaciones, a un extenso documento manuscrito: El detenido Richard Czinner... Conspiraciones contra la seguridad del Estado. Pendiente de cumplir condena por perjurio... falso pasaporte. Al detenido José Grünlich se le han encontrado armas. La detenida Coral Musker, conspiración con Richard Czinner contra la seguridad del Estado.

El comandante hizo un alto en la lectura y dijo al coronel Hartep:

—Tengo mis dudas acerca de la legalidad de este tribunal militar tal como actúa en estos momentos. Los detenidos deberían estar representados por un abogado.

—¡Dios mío! Evidentemente es un olvido absurdo. Quizá usted mismo, comandante...

—No. El tribunal debe estar constituido por tres oficiales por lo menos.

El doctor Czinner les interrumpió.

—No se preocupen. Prescindiré del abogado. En cuanto a los demás, no comprenden una sola palabra de lo que están ustedes diciendo. Ni siquiera protestarán.

—Esto es irregular —dijo el comandante Petkovitch. El jefe de policía consultó el reloj.

—Tomo nota de su protesta, comandante. Podemos, pues, empezar.

—Noventa «paras».

—Un dinar. Myatt dejó apagar el cigarrillo. El juego había durado ya demasiado.

—Bueno, dejémoslo en un dinar. Hasta esta noche, a las nueve.

Volvió presuroso a su compartimiento, pero Coral seguía ausente. Algunos pasajeros se apearon dándose empujones, charlando, riendo y desperezándose. Rodeaba al maquinista un pequeño grupo a cuyos componentes daba cuenta, con buen humor, de la avería. A pesar de no verse ninguna casa por aquellos contornos, dos o tres lugareños, surgidos quién sabe de dónde, vendían caramelos, botellas de agua mineral... La carretera seguía paralela a la vía, de la que solamente la separaba una cresta de nieve. El conductor de un automóvil dio unos bocinazos y comenzó a gritar:

—¡Servicio rápido para Belgrado! Ciento veinte dinares. ¡Servicio rápido para Belgrado!

La tarifa era exorbitante y únicamente un gordo comerciante parecía interesarse por la oferta. Una gran agitación reinaba junto a la carretera.

—¡Agua mineral! ¡Agua mineral!

Un alemán de cabeza casi pelada al rape iba de un lado para otro, mascullando palabras ininteligibles. Myatt oyó detrás de él una voz que decía en inglés:

—Volverá a nevar.

Se volvió creyendo que era Coral quien hablaba, pero no, era la muchacha que había visto en el vagón restaurante.

—No es muy divertido estar aquí parado —dijo Myatt—. La locomotora de repuesto quizá tarde algunas

horas en llegar. ¿Y si tomáramos entre varios un automóvil para Belgrado?

—¿Es una invitación?

—Pagaríamos a escote —se apresuró a contestar Myatt.

—Yo no tengo un céntimo.

La muchacha se volvió e hizo señas con la mano.

—Venga usted, señor Savory. ¿Le conviene tomar un coche entre varios? Pagará usted mi parte, ¿no?

Savory se abrió paso a codazos por entre las gentes agrupadas en torno al maquinista.

—No comprendo nada de lo que dice ese tío. Dice que le pasa algo a una caldera. ¿Compartir su automóvil? —añadió más lentamente—. Será bastante caro, supongo.

Miraba con insistencia a la muchacha y esperaba la respuesta como si esto dependiera de ella. «Está pensando en el provecho que puede sacar del viaje», se dijo Myatt. La vacilación de Savory y el expectativa silencio de la muchacha despertaron en él un instinto de rivalidad. Anhelaba exhibir delante de ella el esplendor de su riqueza, como despliega la cola un pavo real, para deslumbrarla.

—Sesenta dinares por los dos —dijo.

—Hablaré con el *chef de train*. Quizá sepa cuánto tiempo...

En aquel momento comenzó a nevar.

—Si quiere usted aceptar mi invitación, señorita... —dijo Myatt.

—Me llamo Janet Pardoe —respondió la muchacha levantando el cuello del abrigo de pieles por encima de las orejas.

Sus mejillas parecían relucir bajo la nieve. A través

del grosor de las pieles, Myatt distinguía las curvas de aquel cuerpo y las comparaba con la delgada desnudez de Coral. «Es preciso que me lleve también a Coral», pensó.

—¿Ha visto usted a una muchacha delgada y un poco más baja que usted?

—Oh, sí —repuso Janet Pardoe—. Se apeó en Subotica. Ya se a quien se refiere. Anoche cenó usted con ella. Es su amante, ¿verdad? —añadió Janet sonriendo.

—¿Quiere usted decir que bajó del tren con la maleta?

—No, no llevaba nada. La vi dirigirse hacia la estación acompañada de un aduanero. Es una muchacha extraordinariamente deliciosa, ¿verdad? ¿Una chica de *music-hall*? —indagó Janet cortésmente.

El tono con que hablaba le daba a Myatt la impresión de una reprobación, no contra la muchacha, sino contra él por gastar tan estúpidamente el dinero. Esta reflexión, que atañía a su discernimiento y a su discreción, le incomodó, como si Janet Pardoe hubiera criticado la calidad de sus pasas. «Después de todo —pensó— he gastado con Coral lo mismo que gastaría contigo si te llevara a Belgrado. ¿Y me pagarías tan generosamente en especies?...» Esa idea absurda despertó en él la comezón del deseo. Aquella desconocida era una joya preciosa, en tanto que Coral a lo sumo no pasaba de ser una encantadora pieza de vidrio coloreado, únicamente apreciada por razones sentimentales. En cambio, el valor de la otra era intrínseco. «Es de las que exigen algo más que dinero —pensó—. Necesita un hombre magnífico que satisfaga su sensualidad y que no esté desprovisto de ingenio y educación. Yo soy un judío y sólo he aprendido a ganar dinero...» Sin embargo, la velada censura de aquella mujer le irritaba, y le fue más fácil renunciar a lo

inasequible.

—Debió de perder el tren. Tengo que ir en busca de ella.

Y sin excusarse por su anterior invitación, se alejó rápidamente, como acuciado por un súbito impulso.

El orondo comerciante discutía con el chófer. Había conseguido que éste redujera a cien dinares el coste del viaje, pero aún trataba de dejarlo en noventa. Myatt sentía vergüenza de interrumpirles. ¡Qué pensarían aquellos dos hombres del modo tan poco comercial con que él trataba los negocios!

—Le daré ciento veinte dinares por un viaje de ida y vuelta a Subotica.

Y cuando se dio cuenta de que el chófer iba a entablar una nueva discusión, aumentó la oferta:

—Ciento cincuenta dinares si me lleva usted a Subotica y estamos de vuelta a tiempo de coger el tren.

El automóvil era viejo y estropeado, pero potente. A través de una tempestad de nieve marcharon a noventa kilómetros por hora por una carretera que no había sido reparada desde hacía una generación. La suspensión estaba rota y Myatt saltaba de un lado a otro cuando el vehículo se metía por las rodadas y volvía a salir de ellas, jadeando ruidosamente como un ser humano a quien un amo despiadado hiciera trabajar hasta el límite de sus fuerzas. Seguía nevando copiosamente y a lo largo de la vía los postes del telégrafo semejaban oscuras hendeduras en un muro blanco. Myatt se inclinó hacia el asiento delantero y a voz en grito, para dominar el ruido del motor, dijo en alemán:

—¿Hay buena visibilidad?

El automóvil dio un brinco y osciló ligeramente. El chófer gritó que no había nada que temer, que no encontrarían ningún obstáculo por la carretera, pero no dijo que la visibilidad fuese buena. A poco se levantó un fuerte ventarrón. La carretera, que discurría hasta entonces entre dos abruptos muros de nieve, se presentó de improviso descubierta por ambos márgenes. Parecía abatirse sobre ellos algo así como una ola de la que surgía una blanca espuma de nieve. Myatt gritó al chófer que moderara la marcha. «Si revienta un neumático —pensó—, no lo contamos.» Vio al chófer consultar el reloj y apoyar a fondo sobre el acelerador. El viejo vehículo activó aún más la marcha, cual uno de esos ancianos animosos y testarudos de quienes los demás dicen: «No se ven hoy día hombres como éstos.»

—¡Más despacio! —gritó nuevamente Myatt, pero el chófer señaló con el dedo el reloj y forzó el motor al máximo. Para aquel hombre la prima de treinta dinares si alcanzaba a tiempo el tren representaba varios meses de comodidades. El viento barría furiosamente la nieve. De pronto, a una docena de metros al frente, en dirección opuesta, apareció una carreta. Myatt apenas tuvo tiempo de ver los ojos asustados de los bueyes y de calcular en qué punto del parabrisas chocarían los cuernos. Un anciano lanzó un agudo grito, soltó la puya y se arrojó al suelo. El chófer dio un brusco golpe de volante, el automóvil se encaramó por un talud y marchó sobre dos ruedas tan inclinado que Myatt creyó iba a volcar, pero recobró su aplomo sobre los cuatro neumáticos y siguió adelante a más de cien por hora, mientras la cortina de nieve, cerrándose detrás de los viajeros no dejaba ver los bueyes, la carreta y el aterrado conductor.

—¡Vaya usted más despacio! —jadeó Myatt. El chófer se volvió, sonrió ligeramente y agitó una mano en la que no se notaba el menor temblor.

* * *

Los oficiales sentados detrás de la mesa, los soldados de guardia en la puerta, el doctor contestando al interrogatorio..., todo iba perdiendo sus contornos hasta que Coral Musker se quedó dormida. La noche en vela la había fatigado, no acertaba a comprender una sola palabra de cuanto se decía, no sabía por qué se encontraba allí, tenía miedo y comenzaba a desesperarse. Al principio soñó que aún era niña, que todo era sencillo y tenía una explicación y una moral. Luego soñó que era una viejecita, que toda su vida desfilaba ante sus ojos, que todo lo sabía: lo que estaba bien, y lo que estaba mal, por qué existía esto y aquello y que todo era sencillo y respondía a una moral. Este segundo sueño difería, sin embargo, del primero en que se había casi despertado y comenzaba a acordarse inconscientemente de cuanto había ocurrido durante la noche y el día, de qué manera las cosas habían marchado bien y cómo Myatt había venido desde Belgrado a buscarla.

También al doctor Czinner le habían ofrecido una silla. La expresión del obeso oficial le daba a entender que la farsa estaba casi consumada, visto que este último había cesado de prestar atención al interrogatorio. Asentía con la cabeza, hipaba, asentía de nuevo. En aquella farsa el coronel Hartep desempeñaba su papel animado de un sincero sentimiento de caridad. Carecía en absoluto de escrúpulos, pero procuraba evitar toda pena inútil. De ser posible

hubiese permitido que el doctor Czinner conservara hasta el final una lucecita de esperanza. Por su parte, el mayor Petkovitch no cesaba de formular objeciones. No ignoraba cuál había de ser la decisión de aquel tribunal militar, pero estaba resuelto a que hubiera por lo menos una apariencia de legalidad, a que todo transcurriera en regla según el código vigente de 1929.

Con las manos juntas y el viejo sombrero de fieltro a sus pies, el doctor Czinner luchaba sin esperanza alguna contra sus adversarios. La única satisfacción que hubiera querido obtener era que llegara a conocerse la inútil parodia representada en aquella apariencia de tribunal. En cuanto llegara la noche le harían desaparecer, directamente, sin el menor ruido, en los alrededores de aquella pequeña estación fronteriza, y descansaría a algunos palmos bajo tierra.

—Aunque reclamado por falso testimonio, todavía no he sido juzgado —dijo—. Esto no es de competencia de la jurisdicción de un tribunal militar.

—Fue usted juzgado en rebeldía y condenado a cinco años de cárcel —replicó el coronel Hartep.

—No obstante, usted sabe que para ser válida la sentencia debe someterse a la jurisdicción civil.

—Tiene razón —dijo el comandante Petkovitch—. En ese caso no somos competentes. Si consulta usted el apartado 15 del Código...

—De acuerdo, comandante. Así la acusación de falso testimonio no ha lugar. Queda ahora la cuestión del pasaporte falso.

—La cuestión estriba, para usted, en probar que no me haya naturalizado súbdito británico —objetó rápidamente el doctor Czinner—. ¿Dónde están sus testigos? ¿Ya usted a telegrafiar al embajador de

Inglaterra?

El coronel Hartep sonrió.

—Esto nos ocuparía mucho tiempo. Dejemos, pues, la cuestión del falso pasaporte. ¿Está usted de acuerdo, comandante?

—No —repuso el comandante—. Yo creo que sería más correcto remitir el juicio sobre los segundos cargos de la causa hasta que se haya dictado veredicto sobre los primeros.

—Me es absolutamente indiferente —dijo el coronel Hartep—. ¿Y a usted, capitán?

El capitán asintió con la cabeza, sonrió y cerró los ojos.

—Y pasemos ahora a la acusación de conspiración —dijo el coronel Hartep.

—He reflexionado sobre este particular —le interrumpió el comandante Petkovitch—. Creo que debía haberse llevado este cargo al proceso verbal con el calificativo de «traición».

—Traición, pues.

—No, coronel. No podemos modificar el proceso verbal. Hay que mantener «conspiración».

—La máxima pena es la...

—Sí, la misma...

—Bien. Entonces, doctor Czinner, ¿desea usted declararse culpable o inocente?

Tras un momento de reflexión el doctor Czinner preguntó:

—¿Hay mucha diferencia?

El coronel Hartep consultó el reloj y luego puso el dedo sobre una carta que había encima de la mesa.

—Según la opinión del tribunal, basta esta carta para probar la culpabilidad.

El coronel adoptó la actitud de quien, cortés pero resueltamente, desea poner término a una conversación.

—¿Puedo solicitar que se lea la carta en voz alta e interrogar al soldado que la ha cogido?

—Sin duda —dijo el comandante Petkovitch ansiosamente.

El doctor Czinner sonrió.

—No se preocupen ustedes. Me declaro culpable.

En aquel momento pensó que si se hallase ante el tribunal de Belgrado, acechado por un enjambre de periodistas apretujados en la tribuna, habría luchado con todas sus fuerzas. Hubiera pronunciado frases llenas de emoción, con una elocuencia terrible e inusitada. Sabría pronunciar palabras que darían en el blanco y harían saltar las lágrimas. Habría dejado de ser el hombre silencioso y desazonado que no había podido convencer a la señora Peters.

—Se levanta el tribunal —dijo el coronel Hartep.

Tras estas palabras hubo un breve silencio. Oíase el viento correr furioso, como un perro guardián alrededor de la estación. Fue una pausa corta, justo el tiempo para que el coronel Hartep escribiera algunas frases en una hoja de papel que pasó al otro extremo de la mesa para que sus compañeros la firmasen. Los dos soldados de guardia habían modificado un poco su rígida postura.

—El tribunal declara culpables a todos los detenidos —leyó el coronel Hartep—. El detenido José Grünlich es condenado a un mes de cárcel y conducido después a la frontera. La detenida Coral Musker es condenada a un día de cárcel y luego repatriada. El detenido...

El doctor Czinner le interrumpió:

—¿Puedo decir unas palabras al tribunal antes que sea dictada sentencia?

El coronel Hartep echó una rápida ojeada a la ventana; estaba cerrada. Había los soldados de la guardia, pero sus rostros eran impassibles y no se notaba en ellos el menor atisbo de comprensión.

—Sí —dijo.

El rostro del comandante Petkovitch se tiñó de rubor.

—Esto es absolutamente imposible. Vean ustedes el artículo 27. El detenido hubiera tenido que hablar antes de que se levantara el tribunal.

El jefe de la policía miraba al doctor Czinner encogido en su silla, con las manos juntas calzadas con gruesos guantes de lana gris. Fuera, una locomotora lanzó un silbido y se puso en marcha lentamente. Agolpábase la nieve en los cristales. El coronel Hartep miraba fijamente el agujero que presentaba en la punta de un dedo el guante del doctor Czinner.

—Sería completamente irregular —prosiguió el comandante Petkovitch, mientras con una mano buscaba maquinalmente debajo de la mesa a su perro, al que tiraba de las orejas.

—Tomo nota de su protesta —dijo el coronel Hartep. Y dirigiéndose al doctor Czinner añadió amablemente—: Sabe usted, igual que yo, que nada de lo que pueda usted decir modificará el veredicto. Sin embargo, si ello le satisface, hable.

El doctor Czinner esperaba enfrentarse con una actitud de oposición o de desdén y tenía tomadas sus

precauciones, pero la suavidad del lenguaje de sus acusadores y las atenciones que le dispensaban le llenaron de estupor y le tornaron silencioso. Codició una vez más las cualidades que la confianza en sí mismo otorga a quien la posee. El capitán Alexitch abrió los ojos y volvió a cerrarlos. El doctor dijo lentamente:

—Esas condecoraciones que ganó usted sirviendo a su país durante la guerra. Yo no tengo condecoraciones porque quiero demasiado a mi patria. No quiero matar a hombres porque ellos aman también a su patria. No lucho para conquistar nuevos territorios, sino para forjar un mundo mejor.

Se detuvo; no había público para alentarle. En seguida se dio cuenta de cuán artificiosas eran sus palabras y cómo revelaban el gran amor y el odio profundo que le habían animado. Rostros hermosos y tristes, afinados por las privaciones, prematuramente envejecidos y resignados a la desesperación fueron desfilando con rapidez en su mente, gentes a las que había conocido, que había atendido y que no había logrado salvar. El mundo se hallaba en crisis si permitía que fuera manipulado por los grandes financieros y los militares.

—Se sirven de ustedes para apuntalar un mundo caduco y desquiciado lleno de injusticias —dijo—. Y ustedes desempeñan este papel en provecho de gentes como Vuskovitch, que se apoderan de los pequeños ahorros de los pobres y viven bien cebados una vida estúpida para acabar suicidándose. Se les paga a ustedes para que defiendan el único sistema que quiere proteger a hombres de esta clase. Meten ustedes en la cárcel al ratero, pero el opulento bandido vive en un palacio.

—Lo que dice el detenido no tiene nada que ver con el

asunto en cuestión. Es un discurso político —manifestó el comandante Petkovitch.

—Déjele que siga.

El coronel se llevó las manos al rostro y cerró los ojos. El doctor Czinner creyó que simulaba dormir para mejor ocultar su indiferencia, pero el oficial despegó los párpados cuando el doctor, presa del furor, le gritó:

—¡Qué anticuado es usted con sus fronteras y su patriotismo!... Los aviones no saben de fronteras y ni siquiera vuestros hombres de negocios las admiten.

Parecióle entonces al doctor Czinner que el semblante del coronel reflejaba cierta pesadumbre, pensó que quizá no deseara su muerte. Este pensamiento atajó por completo su elocuencia. Miró a su alrededor: el mapa que colgaba en la pared y la pequeña estantería colocada debajo del reloj donde se alineaban varios tratados de estrategia e historia militar. Sus ojos se detuvieron por último en los soldados de la guardia. Uno de ellos miraba a la lejanía, sin prestar atención a su derredor, sólo preocupado en sostener el fusil según la ordenanza. El otro soldado contemplaba la escena con los ojos desmesuradamente abiertos, dolientes y estúpidos. Aquel rostro se sumó al lamentable desfile que cruzaba por la mente del doctor Czinner. Era aquél uno de esos pobres a los que había que convertir, arrancarle de una causa equivocada para consagrarlo al servicio de otra causa. Con la astucia propia de los de su clase, el soldado rehuyó la mirada del detenido. El doctor Czinner le hizo un llamamiento sentimental bajo un nombre genérico, pues comenzó diciendo: «Hermanos...» Añadió que nadie tenía que avergonzarse de ser pobre y que no era ello ningún crimen, para que le condenaran a uno a

ser eternamente oprimido. Si todo el mundo fuese pobre se habrían acabado los pobres. La riqueza del mundo pertenecía a todos los hombres. Si la dividieran por partes iguales no habría más ricos, pero todo el mundo tendría que comer y no habría razón alguna para que uno se sintiera humillado delante de su vecino... El coronel Hartep dejó de interesarse por el discurso. El doctor Czinner iba perdiendo poco a poco la personalidad que le habían conferido sus guantes grises para convertirse en un vulgar orador callejero. El coronel consultó el reloj.

—Creo que le he concedido ya bastante tiempo.

El comandante Petkovitch murmuró unas palabras en voz baja y presa de súbita exasperación propinó un puntapié al perro al tiempo que le gritaba:

—¡Vete ya! Siempre mendigando atención.

El capitán Alexitch se despertó y dijo con visible sensación de alivio:

—Vamos, esto se ha terminado.

El doctor Czinner, con la vista fija en el suelo, más allá del soldado, dijo lentamente:

—Esto no ha sido un juicio. Antes de comenzar había sido ya condenado a muerte. Recordadlo: muero para mostraros el camino. Poco me importa morir. La vida no ha sido para mí muy agradable. Creo que muerto seré más útil.

Sin embargo, mientras hablaba, su mente, demasiado lúcida, le decía que eran muy escasas las posibilidades de que su muerte diera algún resultado.

—Se condena al detenido Richard Czinner a la pena de muerte —leyó el coronel Hartep—. La sentencia debe ser ejecutada durante las tres horas siguientes por el oficial comandante de la guarnición de Subotica.

«Será de noche —pensó el doctor Czinner— y nadie

se enterará.»

Todos los presentes permanecieron un instante inmóviles, del mismo modo que al final de una pieza de concierto el público se muestra indeciso sobre si tiene o no que aplaudir. Coral Musker se despertó. No acertaba a comprender lo que ocurría. Los oficiales hablaban unos con otros, revolviendo papeles; luego uno de ellos dio una orden, los soldados de guardia abrieron las puertas y con un gesto designaron el viento, la nieve y los edificios cubiertos con un blanco cendal. Los detenidos salieron, y bajo la tormenta de nieve que les azotaba se estrecharon el uno contra el otro. Cuando estuvieron fuera, José Grünlich cogió del brazo al doctor Czinner.

—No dice usted nada. ¿Qué van a hacer conmigo? Se va usted sin decirme nada —gruñó Grünlich, jadeando.

—Un mes de cárcel y le enviarán de nuevo a su país —dijo el doctor Czinner.

—¿De veras? Se creen unos redomados tunantes.

Grünlich guardó silencio y estudió con gran detenimiento la situación de los edificios. Tropezó con uno de los rieles y rugió furiosamente.

—¿Ya mí qué me va a suceder? —preguntó Coral.

—Mañana la mandarán a su país.

—Esto es imposible. Perderé mi empleo. ¿Y mi amigo?

Coral había emprendido con miedo aquel viaje porque no comprendía lo que decían los mozos de estación, por el cambio de comida y por la incertidumbre de lo que podía esperar a su llegada. Cuando el sobrecargo la interrogó en el muelle de Ostende, de buena gana hubiera vuelto al punto de partida. Pero desde entonces habían pasado muchas «cosas». Volvería a ocupar el mismo aposento y volverían

también las tostadas y el zumo de naranjas para el desayuno, la espera interminable en la antesala de los agentes, en compañía de Ivy y Flo, de Phil y Dick, de todas aquellas gentes a quienes estrechaba las manos y besaba y a quienes llamaba por su nombre de pila y a quienes no conocía en absoluto. Bastaba la intimidad con una persona para suprimir del universo tal género de amistades, para sentir aversión por todos esos besos femeninos y esa palabrería, para que el mundo cotidiano fuera un poco irreal y carente de interés. Hasta el doctor Czinner, que andaba al lado de ella, sumido en un mundo diferente, le importaba muy poco a Coral. Sin embargo, cuando llegaron a la puerta de la sala de espera la muchacha se acordó de él.

—¿Y qué le va a pasar a usted?

—Me retendrán aquí —repuso vagamente, olvidándose de dejar paso a Coral.

—¿Dónde van a llevarme? —preguntó José Grünlich.

La puerta se cerró.

—¿Y a mí?

—Supongo que al cuartel, para pasar allí la noche.

—Ya no sale ningún tren para Belgrado. Han dejado apagar la estufa.

Desde la ventana el doctor Czinner trataba de ver a los campesinos, pero éstos, lejos de esperar, habían regresado a sus casas.

—Nada puede hacerse —dijo con una sensación de alivio y con un atisbo de humor—. Es una gran cosa encontrarse de nuevo en su casa, en su país.

Sus enemigos le habían procurado la única cosa que jamás había conocido: la seguridad. Ya no era necesario que tomara ninguna decisión. Saboreaba la paz.

El doctor Czinner se puso a canturrear.

—Es una vieja canción —explicó a Coral Musker—. El enamorado dice: *«No puedo venir de día porque como soy pobre tu padre soltará los perros. Pero por la noche me asomaré a tu ventana y te suplicaré que me dejes entrar.»* Y la muchacha contesta: *«Si los perros ladran, quédate inmóvil a la sombra de la pared, yo bajaré y nos iremos juntos hacia el huerto que hay en el fondo del jardín.»*

Cantó la primera copla con voz un poco ronca, como si hubiera guardado silencio desde hacía mucho tiempo. Sentado en un rincón José Grünlich lanzó una ojeada al cantante. Coral, de pie cerca de la estufa apagada, escuchaba entre sorprendida y complacida al doctor Czimmer, que parecía rejuvenecido y lleno de esperanza. *«Por la noche me asomaré a tu ventana y te suplicaré que me dejes entrar.»* No se dirigía ciertamente a una amante. No era posible que de su azaroso y sombrío pasado político pudiera surgir un rostro de muchacha, pero sus padres, de tal modo evocados, le sonreían con su faz arrugada y ya no temían al hombre instruido, al doctor, al «señor». Luego en tono más bajo, cantó la copla de la mujer. Su voz iba tornándose cada vez más dulce, quizá porque antaño había sido agradable. Uno de los centinelas se acercó a la ventana y miró al interior.

José Grünlich rompió a llorar con ese falso sentimentalismo propio de los alemanes. Púsose a pensar en los huérfanos perdidos en la nieve y en las princesas de corazón de hielo; pero ni un instante pensó en Herr Kolber, cuyo cuerpo era transportado entonces a través de la ciudad gris seguido, por todo cortejo, por dos delegados oficiales, un pariente y un viejo solterón, fanático jugador de damas.

«*Quédate a la sombra de la pared, yo bajaré y...*»
¡Qué caos es este mundo, en que los pobres mueren de hambre y los ricos no son felices con ser ricos! En que el ladrón es a veces castigado y a veces recompensado y honrado; en que se quema el trigo en el Canadá y el café en el Brasil, mientras que los pobres no tienen en su país dinero para comprar pan y mueren de frío en las habitaciones sin lumbre. Este mundo está loco. Había hecho todo lo posible para poner orden a tal estado de cosas, pero ahora todo había terminado.

Sentíase en aquel momento desarmado y feliz: «*Iremos juntos hacia el huerto que hayal fondo del jardín.*» No era el recuerdo de una mujer lo que consolaba a Czinner, sino los rostros tristes de los pobres que le prometían reposo. Había hecho cuanto podía. Ya no podía esperarse nada más de él. Los pobres le inculcaban su resignación, el secreto de su belleza y de su felicidad, al mismo tiempo que el de sus pesares, y le conducían hacia las tinieblas donde rumoreaban las hojas. El centinela pegó su rostro contra el cristal y el doctor Czinner cesó de cantar.

—Ahora le toca a usted —le dijo a Coral.

—Oh, las canciones que yo sé no le agradarían —repuso gravemente, buceando en su memoria para recordar alguna añeja y melancólica melodía.

—Hay que encontrar el modo de pasar el tiempo —insistió el doctor Czinner.

De pronto, con voz clara que resonaba como el timbre de una caja de música, Coral se puso a cantar.

* * *

—¿Es Subotica? —gritó Myatt al ver surgir en medio

de la tempestad de nieve algunos rectángulos de tierra labrada y chozas de barro. El chófer asintió con la cabeza y agitó la mano. Un chiquillo atravesó corriendo la carretera, el chófer dio un brusco golpe de volante para evitar el atropello, graznó un pollastre, un puñado de plumas grises se posaron encima de la nieve, y una mujer vieja salió corriendo de una casucha vociferando algo a su intención.

—¿Qué ha dicho?

El chófer volvió la cabeza y sonrió a Myatt.

—¡Puerco judío!

La aguja del indicador de velocidad comenzó a retroceder: 90, 80, 60, 40...

—Hay soldados —dijo el chófer.

—¿Quiere usted decir que está limitada la velocidad?

—No, no. Cuando esos condenados soldados tropiezan con un buen coche lo requisan, como hacen con los caballos. El conductor señaló con el dedo los campos nevados.

—Los campesinos mueren de hambre. Yo he trabajado aquí durante cierto tiempo, pero luego pensé que era mucho mejor vivir en la ciudad. El campo está muerto.

Señaló la vía férrea que apenas se divisaba en medio de la tempestad.

—Uno o dos trenes al día. Eso es todo. Así se explican los levantamientos.

—¿Se han producido disturbios recientemente?

—¿Disturbios? Debiera usted haberlos visto. Los almacenes de comestibles eran presa de las llamas y el edificio de Correos resultó totalmente destruido. La policía estaba aterrorizada y en Belgrado todavía rige la ley marcial.

—Tenía intención de mandar un telegrama desde allí.

¿Será factible?

El automóvil remontaba jadeante, en segunda, una pequeña cuesta y desembocó luego en una sórdida calle con construcciones de ladrillo cuyas paredes aparecían cubiertas de carteles.

—Si quiere usted mandar un telegrama, será mejor que lo haga desde aquí. En Belgrado piden muchos requisitos, rebosa de periodistas y, como el edificio de Correos está en ruinas, han requisado para el servicio el antiguo restaurante *Nikola*. ¡Ya se da usted cuenta de lo que esto significa! Pero no, usted es extranjero y no puede comprenderlo. No me refiero a las chinches. Al fin y al cabo todo el mundo acaba por acostumbrarse a la compañía de algunos bichitos. El clima es más bien sano, pero los olores ...

—¿Tengo tiempo de mandar un telegrama desde aquí y volver a coger el tren?

—El tren tardará algunas horas en salir —repuso el chófer—. Han pedido otra locomotora, pero en Belgrado nadie les hará caso. Si viese usted la estación. ¡Cuánta destrucción! Haría usted muy santamente en aceptar que yo le condujera a Belgrado. Le enseñaría la ciudad. Conozco los mejores lugares.

Myatt le interrumpió:

—Primero iré a Correos y luego visitaremos los hoteles para ver de encontrar a la dama.

—No hay más que uno.

—Y después iremos a la estación.

El envío del telegrama tomó algún tiempo. Era necesario redactarlo para Joyce de modo que Eckman no pudiera acusar a Myatt de difamación. Este decidió escribir: «*Desde hoy concedo mes vacaciones Eckman.*

Ruégole reemplazarlo en seguida. Llegaré mañana.» Esto expresaba claramente lo que deseaba, pero era necesario transcribir el telegrama cifrado, y cuando lo presentó así al empleado, éste se negó a aceptarlo. Todos los telegramas habían de ser sometidos a la censura y no podía transmitirse ningún mensaje cifrado.

Por fin Myatt pudo marcharse. En el único hotel de la ciudad que olía a plantas esterilizadas y a polvos insecticidas, no tenían la menor noticia de Coral.

«Debe de estar todavía en la estación», pensó. Dejó el automóvil en la carretera, a un centenar de metros de la estación, con objeto, si el caso convenía, de desembarazarse del chófer, que se le antojaba demasiado charlatán y excesivamente servicial, y avanzó solo a través del viento y de la nieve.

Pasó delante de dos soldados que montaban la guardia a la puerta de un edificio y les preguntó dónde se hallaba la sala de espera, a lo que contestó uno de ellos que no había ya sala de espera.

—¿Adónde puedo dirigirme para que me informen?

El más alto de los dos soldados sugirió a Myatt que se dirigiera al jefe de estación.

—¿Dónde está su despacho?

El soldado indicó un segundo cuerpo de edificio; pero añadió amablemente que el jefe de estación se hallaba en Belgrado. El soldado daba pruebas de tan buena voluntad, que Myatt contuvo su impaciencia. En cambio, su camarada de guardia escupió en señal de desdén y masculló algunas palabras a propósito de los judíos.

—Entonces, ¿adónde puedo dirigirme?

—Al comandante —dijo el primer soldado con cierta

vacilación—, o bien al funcionario de la estación.

—No podrá usted ver al comandante porque se ha marchado al cuartel —dijo el otro centinela.

Myatt se acercó distraídamente a la puerta y oyó unas voces que hablaban quedamente en el interior. El quisquilloso centinela, con un furioso arrebató, le propinó a Myatt un culatazo en las piernas.

—¡Fuera, maldito judío! Aquí no queremos espías.

Con el aplomo propio de su raza, Myatt se alejó. Era un aplomo superficial y hereditario bajo el cual bullía el rencor de un hombre joven consciente de su propia importancia. Se volvió hacia el soldado con el propósito de lanzarle al rostro alguna frase despectiva; pero se detuvo porque se dio cuenta, con estupor, de que corría un verdadero peligro. En el fondo de aquellos ojillos penetrantes brillaban el odio y el ansia de matar. Hubiérase dicho que todas las opresiones, los *pogroms*, las cadenas, la envidia y la superstición estaban allí acumuladas en algunas formas sombrías que Myatt entreveía. Retrocedió sin quitar los ojos del hombre cuyos dedos se crispaban sobre el gatillo.

—Veré al funcionario —dijo. Pero su instinto le aconsejó volver al automóvil para coger el tren expreso.

—No es por aquí —le indicó amablemente el otro soldado—. Por allá; tiene usted que cruzar la vía.

Myatt bendecía la tempestad que rugía a lo largo de la vía y soplaba ruidosamente entre él y los soldados. El viento arremetía furiosamente contra los ángulos de los edificios y remolineaba en distintas direcciones. Sorprendíase de su propia insistencia en quedarse en aquella estación desierta y peligrosa. Pensó que no estaba en deuda con la muchacha y no ignoraba tampoco que ella

era de la misma opinión. «Estamos en paz —diría Coral—. Usted me ha proporcionado el billete y yo le he hecho pasar momentos agradables.» Sin embargo, la discreción, la falta de exigencias de Coral, encadenaban a Myatt. En presencia de semejante humildad sólo se podía ser generoso. Atravesó la vía y abrió una puerta. Un hombre con el cabello en desorden estaba sentado de espaldas a una mesa bebiendo un vaso de vino.

—Quisiera informarme... —dijo Myatt en un tono un poco altisonante, pues no había razón alguna para que se sintiera intimidado ante un civil.

Mas cuando el hombre se volvió, Myatt quedó consternado al ver brillar en sus ojos la astucia y la insolencia. En el espejo colgado encima de la mesa de despacho, Myatt se vio de pronto tal y como era, bajo y achaparrado, arrebuñado en su abrigo de pieles, con su gruesa nariz, y pensó que quizá las gentes lo detestaban no solamente porque era judío, sino porque dejaba una estela de dinero en torno de sus humildes existencias.

—¿Y qué? —replicó el empleado.

—Quisiera informarme acerca de una muchacha que esta mañana ha perdido el Orient—Express y ha tenido que quedarse aquí.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió el empleado en tono insolente—. Si alguien se apea del tren lo hace por su propia voluntad. Aquí no se abandona a nadie. El tren se ha detenido esta mañana en la estación durante más de media hora.

—Entonces, ¿se ha apeado una muchacha?

—No.

—¿Quiere usted efectuar alguna indagación?

—No, ya le he dicho que no se ha apeado nadie. ¿Qué espera ahí plantado? Tengo mucho trabajo.

De pronto Myatt tuvo el convencimiento de que se resignaría a aceptar las declaraciones del empleado y a renunciar a sus investigaciones. Habría hecho todo cuanto estaba en su alcance y quedaría en libertad. Por un instante Coral se le apareció bajo la forma de un callejón sin salida que atraía a los transeúntes, pero que no conducía más que a un muro infranqueable. Y pensó en Janet Pardoe, en otras mujeres parecidas a calles que conducían quién sabe dónde... Había alcanzado la edad en que deseaba contraer matrimonio y tener hijos, levantar su tienda y aumentar su tribu... Sin embargo, esos pensamientos, con toda su precisión, evocaron en su mente la imagen de la ausente, aquella muchacha que sin la menor esperanza de matrimonio había tenido el impulso de pagar honradamente y atestiguar su agradecimiento. Resonó de nuevo en sus oídos la repentina y sorprendente exclamación de Coral: «Le amo.» Volvió sobre sus pasos y se encaminó de nuevo hacia el despacho del empleado, resuelto a hacer cuanto estuviera en su mano y a no retroceder ante ningún obstáculo. Quizá en aquel momento estaba sumida en un gran infortunio, desesperada, sin dinero y sin duda aterrada.

—Alguien la ha visto apearse del tren...

—¿Qué quiere usted que haga? —gruñó el empleado—. ¿Qué vaya a buscarla a través de la nieve? Ya le he dicho que no sé nada. No he visto a ninguna muchacha.

El tono de su voz se hizo más dulce al ver que Myatt sacaba de la cartera un billete de cinco dinares y lo alisaba con la punta de los dedos.

—Si puede usted decirme dónde está le daré dos billetes.

El empleado titubeó, sus ojos se humedecieron y con visible pesar respondió:

—¡Ah, si pudiera! Le aseguro que con sumo gusto le ayudaría.

Iluminóse su rostro y lleno de esperanzas sugirió:

—Quizá debiera usted ir al hotel.

Myatt se embolsó de nuevo la cartera. Había hecho cuanto le había sido posible y salió para coger el automóvil.

Desde hacía algunas horas el sol había desaparecido, pero aún podía adivinarse su presencia en el resplandor de la nieve que caía y en la blancura de las ráfagas. En aquel momento el sol debía irse al ocaso, y reflejábese en la nieve la opaca y grisácea luz del cielo. Myatt no alcanzaría el tren hasta bien entrada la noche; pero esa esperanza se disipó cuando, al intentar poner en marcha el automóvil, el chófer se dio cuenta de que, a pesar de las mantas colocadas sobre el radiador, el motor no podía funcionar a causa de la helada.

IV

—¡Es muy bonito cantar! —dijo en tono de reproche José Grünlich.

A pesar de su protesta por la inacción tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas y se esforzó en alejar de su mente la visión de las jóvenes vendedoras de cerillas y de las princesas de corazón de hielo. «No me cogerán fácilmente», se dijo. Luego comenzó a pasear a lo largo de las paredes de la sala de espera aplicando a los tabiques de madera su dedo pulgar mojado.

—Jamás me había visto encarcelado. Quizá les sorprenda, pero es verdad. Y no voy a empezar ahora, a mis años... Sin duda me enviarán a Austria.

—¿Le buscan allí?

José Grünlich se estiró el chaleco. Osciló la cruz de plata.

—No tengo inconveniente en decirlo... Vamos todos a una, ¿eh?

Y ladeando la cabeza, en un súbito acceso de modestia, añadió:

—He matado a un hombre en Viena.

—¿Quiere usted decir que es un asesino? —preguntó Coral, horrorizada.

José Grünlich pensaba: «Me gustaría contárselo todo. Salió de un modo tan maravilloso que no debiera guardarlo para mí solo. ¡Qué rapidez! Fíjese allí, Herr Kolber. Tiro del cordel, apunto —dos disparos, una convulsión— el hombre ha muerto —todo en dos segundos—, pero será mejor no decir nada. ¡Uno no sabe nunca...!» Pasóse el dedo por el cuello.

—Me vi obligado a hacerlo —dijo con tono indiferente—, era un litigio de honor.

Luego, tras una imperceptible vacilación, añadió:

—Había... ¿cómo lo dicen ustedes?... Había abusado de mi hija.

Y a duras penas podía contener la risa al pensar en Herr Kolber, menudo y esmirriado, y en sus indignas exclamaciones: «En buen berenjenal nos hemos metido...»

—¿Quiere usted decir que lo ha matado simplemente porque se había divertido con su hija? —preguntó Coral, estupefacta.

José Grünlich levantó las manos y, mientras medía con los ojos la distancia que había entre la ventana y el pavimento, respondió con tono distraído:

—¿Qué podía hacer? Su honor... mi honor...

—¡Caray! —exclamó Coral—. ¡Qué suerte que yo no tenga padre!

—Quizá una horquilla —dijo de pronto José Grünlich.

—¡Qué! ¿Una horquilla? ¿Qué quiere usted decir?

—O bien un cortaplumas.

—No tengo ninguna horquilla. ¿Para qué la quiere?

—Yo tengo un cortapapeles —le dijo el doctor Czinner, y tendiéndoselo añadió—: Mi reloj está parado, ¿tiene usted idea de si hace mucho tiempo que estamos aquí?

—Una hora —repuso José.

—Bien. Faltan todavía dos horas —dijo pensativamente el doctor Czinner. Los otros dos detenidos ni siquiera le oyeron. Con el cortapapeles en la mano José se dirigió de puntillas a la puerta. Coral le estaba observando.

—Acérquese, *Fraülein* —dijo José. Y cuando Coral

estuvo a su lado le preguntó en voz baja—: ¿Tiene usted un poco de pomada o de crema?

Coral le dio un tuvo de colcrén que tenía en el bolso. Y José untó de grasa la cerradura de la puerta, no dejando intacto más que un pequeño pedazo. José, encorvado y con el ojo pegado a la cerradura, se rió ligeramente para sus adentros.

—¡Qué cerradura! —murmuró encantado—. ¡Qué cerradura!

—¿Para qué necesita usted la crema?

—Silencio. Con la crema podré trabajar sin hacer el menor ruido.

José vovió hacia la estufa e hizo señas a sus compañeros para que se acercasen.

—Esta cerradura no es ningún obstáculo —les dijo en voz baja—. Si logramos alejar a uno de los centinelas, podríamos echar a correr.

—Le dispararían —objetó el doctor Czinner.

—No pueden disparar sobre los tres al mismo tiempo —dijo Grünlich, y ante el mutismo de sus compañeros hizo dos sugerencias: «La oscuridad... la nieve...» Su cerebro funcionaba rápidamente. El saldría el primero por la puerta y como sin duda correría más de prisa que un hombre maduro y una muchacha, el centinela dispararía sobre el fugitivo más rezagado.

—Yo le aconsejo que se quede usted aquí —dijo el doctor Czinner a Coral—. No corre usted ningún peligro.

Grünlich movió los labios para protestar, pero no dijo nada. Los tres acechaban a través de la ventana el paso de uno de los centinelas, fusil al hombro.

—¿Cuánto tiempo tardará usted en abrir la puerta? —preguntó el doctor Czinner.

—Cinco minutos.

—Pues entonces, al trabajo.

El doctor Czinner golpeó el cristal de la ventana y el otro centinela se acercó. Con sus ojos bovinos pegados al cristal el soldado miraba al interior de la estancia. Como en la sala reinaba una oscuridad más intensa que en el exterior, el centinela no veía nada, salvo unas sombras imprecisas que iban de un lado a otro para hacerse pasar el frío. El doctor Czinner pegó casi los labios al cristal y habló al soldado en su lengua materna:

—¿Cómo te llamas?

El cortapapeles aplicado a la cerradura hacía «rac—rac», mas cuando resbalaba la punta, la capa de crema apagaba el rumor del roce.

—Ninitch —sopló una voz opaca a través del cristal.

—Ninitch —repitió lentamente el doctor Czinner—. Ninitch, estoy seguro que conocí a tu padre en Belgrado. Ninitch, con la nariz aplastada contra la ventana, no veía más que el rostro del doctor y ni siquiera sospechó de aquella flagrante mentira.

—Murió hace seis años —dijo.

El doctor Czinner prosiguió osadamente su conversación, que entrañaba muy poco riesgo para quien conocía a los pobres de Belgrado y lo que solían comer.

—Sí. Al conocerle estaba enfermo. Un cáncer en el estómago.

—¿Un cáncer?

—Sí. Padecía fuertes dolores.

—Sufría dolores en el vientre. No anda usted equivocado. Le daban durante la noche y se le encendía el rostro. Mi madre se tendía a su lado con una toalla para

enjuagarle el sudor. ¡Quién iba a figurarse que usted le conociera! ¿Y si abriera la ventana para que pudiéramos hablar con más comodidad?

El cortapapeles de Grünlich seguía rascando. Un tornillo cayó al suelo produciéndose un ligero ruido metálico.

—No —dijo el doctor—, porque tal vez tu camarada no lo aprobaría.

—Ha ido a la ciudad, al cuartel, a ver al comandante. Ha llegado un extranjero que estuvo haciendo averiguaciones. Parece que hay algo que no marcha como es debido.

—¿Un extranjero? —preguntó el doctor Czinner con un aliento de esperanza. Tenía los labios secos—. ¿Se ha marchado? —añadió.

—Acaba de dirigirse hacia su automóvil, que aguarda en la carretera.

En la sala de espera reinaba la penumbra. El doctor Czinner se apartó un instante de la ventana y dijo en voz baja:

—¿Puede usted ir más de prisa?

—Un par de minutos más bastarán —repuso Grünlich.

—Un extranjero, con un coche en la carretera, ha estado haciendo averiguaciones.

Coral empezó a reír quedamente, y cuando el doctor Czinner le recomendó que no se alterara, respondió:

—No estoy excitada. Simplemente me siento feliz.

Pues Coral pensaba que aquella horrible aventura iba a terminarse, en suma, de un modo agradable. Aquello le demostraba que Myatt le había tomado cariño, de lo contrario no se habría tomado la molestia de volver. «Debe de haber perdido el tren —pensó—. Tendremos que pasar la noche juntos en Belgrado, quizá dos noches»; y comenzó a

soñar con hoteles elegantes, comidas, paseos cogida del brazo de Myatt.

El doctor Czinner volvió a la ventana.

—Tenemos sed —dijo—. ¿Tiene usted vino?

Ninitch movió la cabeza en señal negativa.

—No, pero Lukitch tiene una botella de *rakia* al otro lado de la vía.

El camino, envuelto en la oscuridad, parecía más largo. Ni siquiera había un gajo de luna para iluminar el acero de los rieles, y la lámpara del despacho del jefe de estación parecía mucho más distante de los treinta metros que los separaban.

—Sé buen muchacho, ve a buscar algo de beber.

El soldado movió la cabeza negativamente.

—No puedo moverme de la puerta.

En lugar de ofrecerle dinero, el doctor Czinner trató de pulsar la cuerda sentimental y dijo al soldado que él había cuidado a su padre.

—Cuando sufría demasiado le hacía tomar unos comprimidos.

—¿Unos comprimidos pequeños y redondos? —preguntó Ninitch.

—Sí. Comprimidos de morfina.

Ninitch, con el rostro pegado al cristal, vacilaba. En sus ojos claros podía leerse el curso de sus pensamientos.

—¡Y pensar que es usted quien le prescribió los comprimidos! Se tomaba uno cada vez que le acometían los dolores y otro por las noches, para poder dormir.

—Exacto.

—No me faltarán cosas que contar hoy a mi mujer.

—Búscanos algo que beber —insinuó el doctor

Czinner.

—Si tratan ustedes de escaparse mientras yo esté fuera me vería metido en un lío —dijo lentamente Ninitich.

—¿Y cómo podríamos escaparnos? —objetó el doctor Czinner—. La puerta está cerrada con llave y la ventana es demasiado pequeña.

—Está bien. Voy.

El doctor Czinner le vio partir y luego, dando un suspiro, se volvió hacia su compañero.

—Vamos, pronto.

Se arrepentía de aquella seguridad a la cual renunciaba. Empezaba de nuevo la lucha. Si podía fugarse, estimaba su deber hacerlo, aun cuando fuera éste un deber penoso.

—Un momento —dijo Grünlich rascando la puerta. — Fuera no hay nadie. El centinela está al otro lado de la vía. Cuando haya usted franqueado la puerta, tome la izquierda y luego vuelva a girar a la izquierda entre los edificios. En la carretera encontrará el automóvil.

—Lo sé perfectamente —dijo Grünlich.

Y otro tornillo cayó al suelo.

—Listo.

—Usted debiera quedarse aquí —dijo el doctor Czinner a Coral.

—Yo no puedo. Mi amigo me espera en la carretera.

—¡Atención! —dijo Grünlich, mirándoles ceñudo.

Los tres detenidos se agruparon cerca de la puerta.

—Si disparan, corran ustedes en zigzag —observó el doctor Czinner.

Grünlich tiró de la puerta. Entró una ráfaga de nieve. La oscuridad era menos densa fuera que en el interior de la sala de espera. Del otro lado de los rieles, la lámpara del

despacho del jefe de estación iluminaba la silueta del soldado. Grünlich avanzó en medio de la tempestad. Con la cabeza agachada casi a la altura de las rodillas parecía una bola. Los demás le siguieron. Era difícil correr contra el viento que refrenaba sus ímpetus, y contra la nieve que les cegaba. Coral ahogó un grito de dolor, al darse un golpe contra un alto pilar de hierro provisto de una trompa de elefante, que servía para abastecer de agua a las locomotoras. Grünlich corría a bastante distancia delante de ella, y la seguía a pocos metros el doctor Czinner. El esfuerzo de sus pulmones al respirar llegaba a oídos de Coral. El espesor de la nieve ahogaba el ruido de los pasos de los fugitivos, ninguno de los cuales se atrevía a gritar al chófer para que los esperara.

Antes que Grünlich franqueara el pasaje que discurría entre los edificios se oyó un portazo, alguien profirió una exclamación y resonó un disparo. Tras el primer esfuerzo, Grünlich iba retrasándose. El centinela hizo dos disparos y Coral oyó silbar las balas por encima de su cabeza y hasta se preguntó si disparaban alto exprofeso. Dentro de diez segundos habría doblado la esquina, estaría fuera del alcance del soldado y sería visible desde el automóvil. Oyó el ruido de otra puerta al abrirse, e inmediatamente una bala fustigó la nieve en torno de Coral, que aceleró la marcha. Cuando llegó a la esquina había ya casi alcanzado a Grünlich. Detrás de ellos el doctor Czinner profirió un grito. Coral creyó que el doctor la alentaba a seguir adelante, pero al doblar la esquina volvióse y vio a Czinner aferrándose a la pared con las dos manos. La muchacha se detuvo y llamó a Grünlich, pero éste no la escuchó y desapareció prestamente entre los edificios.

—Siga usted —dijo el doctor Czinner.

La luz que detrás de las nubes brillaba en el horizonte desapareció.

—Cójase usted de mi brazo —dijo Coral.

El doctor Czinner obedeció, pero tenía que apoyarse con una mano en la pared, y su cuerpo resultaba demasiado pesado para las fuerzas de la muchacha... Con todo lograron doblar la esquina. La luz trasera del coche brillaba en la carretera, a un centenar de metros delante de ellos. Coral se vio obligada a detenerse.

—No puedo más —dijo.

Czinner no respondió, y cuando Coral se desasíó del brazo que la tenía cogida, el doctor se desplomó sobre la nieve.

Durante algunos segundos se preguntó si no sería mejor abandonarlo. En el caso contrario él no la hubiera esperado, se decía. Pero después de todo, ella no corría un grave riesgo, mientras que para él era una cuestión de vida o muerte. Coral vaciló. Se inclinó sobre aquel rostro envejecido y pálido y se dio cuenta que había sangre en la comisura de los labios. Oíase cada vez más cerca el rumor de voces. Coral no tenía tiempo de reflexionar. El doctor Czinner se había quedado sentado, de espaldas a una puerta de madera cerrada con un pestillo. La muchacha abrió la puerta, depositó al herido en el interior y volvió a cerrarla. Alguien corría por las inmediaciones. Una locomotora daba resoplidos. Luego el automóvil se puso a roncar, pero la distancia absorbió el ruido reduciéndolo a un murmullo. El refugio en que se hallaba carecía de ventanas, la oscuridad era completa, y era demasiado tarde para que Coral abandonase a su compañero.

Coral registró los bolsillos de Czinner y encontró en

ellos una caja de cerillas. Encendió una, surgiendo las vigas del techo encima de ella y en el centro del granero alguna cosa amontonada hasta el techo impedía el paso: era una estiba de voluminosos sacos. En el bolsillo derecho de Czinner había un periódico doblado. Coral desgarró una página que enrolló en forma de mecha con objeto de disponer de luz el tiempo necesario para colocar el herido en el otro extremo del granero, pues temía ver aparecer al centinela. El cuerpo del doctor Czinner era demasiado pesado para sus fuerzas. Coral acercó la antorcha de papel al rostro del herido para ver si había perdido o no el conocimiento. Al escozor del humo el doctor se reanimó, abrió los ojos y miró perplejo a Coral.

—Voy a ocultarle entre los sacos —le susurró la muchacha.

El doctor Czinner pareció no comprender lo que le decía, y Coral repitió la frase lenta y claramente.

—*Ich spreche kein Englisch* —dijo el doctor.

«Debiera haberlo abandonado —pensó Coral—. ¡Ah, ya quisiera estar en el automóvil!... Debe de estar muriéndose. No comprende una palabra de lo que le digo.»

Y se quedó aterrada ante la idea de quedarse allí sola toda la noche con un cadáver. En aquel momento se extinguió la llama. Coral buscó de nuevo el periódico palpando el suelo a su alrededor. Rasgó una página e hizo una nueva antorcha con ella, pero había extraviado las cerillas. A gatas exploró el suelo a su alrededor. El doctor Czinner tuvo un acceso de tos, y alguna cosa se movió en el suelo muy cerca de las manos de Coral. La horrorizaban de tal modo los ratones que estuvo a punto de gritar; pero cuando finalmente encontró las cerillas y hubo encendido

otro pedazo de papel, vio que había sido el doctor quien se había movido. Se arrastraba penosamente hacia el extremo del granero. Coral trató de guiarlo, pero el herido ni siquiera parecía darse cuenta de su presencia. Y durante el tiempo que duró aquel doloroso éxodo, Coral se preguntaba por qué nadie acudía allí.

Cuando alcanzó los sacos, el doctor Czinner estaba ya exhausto. La sangre le salía a borbotones por la boca, y se tendió boca abajo. Una vez más la responsabilidad recaía por entero en Coral. Pensó que su compañero estaba agonizando y le habló al oído:

—¿Quiere que vaya en busca de ayuda, doctor Czinner?

—No, no —dijo claramente esta vez.

«Después de todo —se decía—, él es médico y debe darse cuenta.»

—¿Qué puedo hacer por usted? —añadió.

Czinner movió la cabeza y cerró los ojos. Ya no echaba sangre por la boca y Coral creyó que había mejorado. La muchacha, con el propósito de levantar una especie de refugio para que desde la puerta no pudiesen ver al herido, comenzó a tirar de los sacos, pero éstos, repletos de grano, eran muy pesados; antes de poner término a su tarea llegó a sus oídos un creciente rumor de voces. Coral, juntando las manos con gesto supersticioso, se acurrucó en su escondrijo. Abrióse la puerta y la luz de una antorcha iluminó por un instante los sacos. Luego volvió a cerrarse la puerta y reinó de nuevo el silencio. Transcurrió mucho tiempo antes de que Coral se sintiera con ánimos para terminar la tarea emprendida.

—Vamos a perder el tren —dijo Myatt, presenciando cómo el chófer sudaba a mares al dar vueltas a la manivela.

—En el viaje de regreso iremos más de prisa —dijo el conductor.

Por último el motor se despertó, gruñó, rugió, volvió a dormirse y nuevamente se despertó.

—Esto marcha —exclamó el chófer.

Se encaramó a su asiento, encendió los faros y, cuando calentaba el motor, detrás de él, en medio de las tinieblas, resonó una detonación.

—¿Qué es esto? —preguntó Myatt, pensando que se trataba tal vez de una explosión de gases.

Luego sonó otra detonación, seguida de un ruido parecido al que se produce al descorchar un botella de champaña.

—Están disparando en la estación —dijo el chófer apretando el arranque automático.

Myatt le apartó la mano y respondió:

—Esperaremos.

—¿Esperar? —replicó el conductor—. Son los soldados. Lo mejor que podemos hacer es largamos cuanto antes.

El chófer no podía imaginarse hasta qué punto compartía Myatt su opinión, pero el judío tenía miedo porque la actitud de los soldados le recordaba el estado de ánimo que hace posibles los *pogroms*. Con todo, porfiaba en quedarse. No estaba absolutamente seguro de haber hecho cuanto estaba en su mano para encontrar a Coral Musker en Subotica.

—Ahí vienen —dijo el chófer.

En efecto, alguien corría por la carretera procedente

de la estación. Cuando pudieron ver más claramente a través de la cortina de nieve, advirtieron a un hombre que corría zigzagueando. Con una rapidez sorprendente para un hombre tan gordo, el fugitivo llegó hasta ellos y golpeó frenéticamente a la portezuela del automóvil con intención de subir.

—¿Qué pasa? —inquirió Myatt.

El desconocido tenía los labios espumeantes.

—Marchen en seguida —dijo jadeante.

Al no abrirse la portezuela, el desconocido, que apenas podía con su alma, se encaramó en el asiento trasero.

—¿Hay alguien más? —preguntó Myatt—. ¿Va usted solo?

—Sí, sí, completamente solo —afirmó el fugitivo—. Pronto, marchen.

Myatt se volvió hacia atrás tratando de examinar al desconocido.

—¿No había una muchacha?

—No, no; ninguna.

Brilló una luz cerca de la estación y una bala rozó el guardabarros. Sin esperar ninguna orden, el chófer soltó el pie del pedal y el automóvil partió dando saltos a causa de los baches de la carretera. Myatt examinó de nuevo al desconocido.

—¿No iba usted en el Orient—Express?

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Y no ha visto usted una muchacha en la estación?

El desconocido se mostró súbitamente locuaz.

—Voy a explicárselo todo.

Sus palabras eran confusas y muchas de ellas no llegaban a oídos de Myatt a causa del ruido a cacharro que

producía el vehículo. Contó que había sido detenido por no haber declarado en la Aduana una pequeñísima pieza de encaje, que había sido maltratado por los soldados y que éstos habían disparado sobre él cuando escapó.

—¿Y no ha visto usted a ninguna muchacha?

—No, a ninguna.

Grünlich miraba a Myatt con una expresión de sinceridad. Hubiérase necesitado ser un verdadero inquisidor para advertir en el fondo de aquellos limpios ojos la chispa de malicia, el brillo de astucia que cobijaban.

* * *

A pesar de que el ventarrón, hacía oscilar las paredes de madera del granero, sumido en la oscuridad por carecer de ventanas, se notaba en medio de los sacos un suave calorillo. Buscando alivio al dolor que le oprimía el pecho, el doctor Czinner cambiaba continuamente de postura sin conseguirlo. En cuanto el herido permanecía inmóvil arreciaban los dolores. Toda la noche se la pasó revolviéndose en su refugio. De vez en cuando tenía conciencia del viento que soplaba afuera, cuyo zumbido le parecía el ruido de la resaca. En aquel momento cobró en él tal vigor el recuerdo de sus años de destierro, que se puso a recitar las declinaciones alemanas y los verbos irregulares franceses. Sin embargo, su resistencia se iba debilitando, y en lugar de oponer a las torturas de sus alumnos un continente sarcástico e impasible, rompió a llorar.

Coral Musker colocó su cabeza en una posición más confortable, pero el doctor Czinner siguió volviéndose, murmurando palabras entrecortadas mientras las lágrimas

surcaban sus mejillas y se fundían en sus labios. Desistió finalmente de auxiliar al doctor, y para escapar al horror del presente comenzó a evocar su pasado. Si los respectivos pensamientos de ambos fugitivos se hubiesen materializado, hubiera reinado una gran confusión en el granero.

—*Wasser*—murmuró el doctor Czinner en alemán.

—¿Qué dice usted?

Coral se inclinó sobre el doctor y trató de ver su rostro.

—*Wasser*.

—¿Quiere usted que vaya a buscar a alguien?

El doctor Czinner no comprendió una sola palabra de lo que la muchacha le decía.

—¿Quiere usted algo de beber?

El doctor Czinner, sin prestar atención a la pregunta, seguía repitiendo:

—*Wasser, Wasser...*

Coral se daba cuenta de que el herido había perdido el conocimiento; pero, extremadamente nerviosa, le molestó que el doctor Czinner no le contestase.

—Tranquilícese usted. He hecho cuanto he podido para ayudarle.

Coral se alejó del herido y trató de dormir, pero el crujido de los tabiques de madera bajo los embates del viento se lo impidió. El gemido de la borrasca acentuaba la sensación de desolación, y para no estar sola volvió al lado del doctor Czinner.

—*Wasser*—seguía murmurando el herido.

Coral posó la mano en el rostro del doctor y quedó sorprendida al comprobar que la piel estaba seca y ardorosa. «Quizá quiera agua», pensó. De momento no se le ocurrió dónde encontrarla; pero luego reflexionó que en

torno a las paredes del granero se amontonaba la nieve. Sin embargo, la asaltó una pasajera incertidumbre: ¿Debía darse agua a alguien que tuviera temperatura...? Recordando, empero, cuán seca estaba la piel del herido, acabó por ceder a un sentimiento de piedad.

A pesar de que, en realidad, estaba rodeada de agua, no era fácil ni sencillo procurársela. Tuvo que encender dos antorchas de papel, saltar fuera del refugio construido con sacos y abrir animosamente la puerta del granero.

La noche era oscura como boca de lobo. No se veía a nadie, y en aquel momento, Coral llegó casi a desear que se dieran cuenta de su presencia. Cogió un puñado de nieve, entró nuevamente en el granero y cerró la puerta. La corriente de aire había apagado la luz.

Llamó al doctor Czinner, pero éste no respondió, y Coral quedó aterrada ante la idea de que quizá hubiese muerto. Tendiendo la mano para protegerse el rostro avanzó, tropezó con un obstáculo y se detuvo un momento. Oyó que algo se movía. Dirigióse hacia el lugar de donde provenía el ruido, pero un rimero de sacos volvió a detenerla. «Debe ser un ratón», pensó Coral, aterrada. La nieve que tenía en la mano empezó a fundirse.

Volvió a llamar, y esta vez le respondió un murmullo. Lo oyó tan próximo a ella que tuvo un sobresalto, y avanzó un poco más. A tientas tocó con la mano la barrera de sacos. Se puso a reír, pero se recobró. Sobre todo, nada de nervios. Todo depende de ti. Trató de consolarse pensando que por primera vez desempeñaba un primer papel; pero en medio de la obscuridad y sin oír ningún aplauso era difícil de representar con el aplomo necesario.

Cuando encontró la brecha practicada entre los

sacos, casi toda la nieve se había caído o fundido; pero, con todo, aplicó la que quedaba a los labios del doctor. Esto pareció aliviarlo. Yacía inmóvil mientras la nieve se derretía en sus labios y se escurría entre los dientes. Su inmovilidad era tan absoluta que Coral prendió fuego a un pedazo de papel para mirar su rostro, y quedó estupefacta al observar su mirada penetrante que reflejaba una perfecta conciencia de sí mismo. La muchacha le dirigió la palabra, pero el doctor se hallaba tan absorto en sus propios pensamientos que ni siquiera le contestó.

Examinaba su situación y hacía cálculos sobre el alcance de su segundo fracaso. Se daba perfecta cuenta de que se moría. El contacto del frío sobre la lengua lo había reanimado, y después de un momento de confusión, comenzaba a recordarlo todo. A causa del dolor, podía localizar el punto por donde había penetrado la bala, se daba cuenta de la fiebre que le consumía y de la hemorragia interna producida en su organismo. Por un momento estimó su deber enjugar la nieve de sus labios pero inmediatamente se percató de que no tenía ya deberes para con nadie, excepto consigo mismo. Cuando la muchacha encendió el trozo de papel pensaba: Grünlich ha logrado escapar. Reflexionó con ironía en las dificultades que tendría un cristiano para explicar aquella evasión y su propia muerte, y sonrió maliciosamente. No obstante, la educación cristiana que recibiera tomó su desquite, pues a su vez se esforzó en hilvanar y explicarse los acontecimientos de aquellos últimos días, preguntándose en qué había pecado y por qué otros habían alcanzado sus propósitos. Vio el *Orient—Express* cruzando, envuelto en humo, el cielo oscuro. Todos los viajeros agarrados a una y otra parte del tren, se ladeaban de un lado para otro

tratando de conservar el equilibrio. Era preciso mantenerse ágil, flexible y oportunista. En los labios del herido la nieve se había ya derretido y su efecto se iba atenuando. Antes que la antorcha de papel hubiera acabado de consumirse, la mente de Czinner comenzó a turbarse, y el mismo granero, con sus muros de sacos, se fue alejando de él para fundirse en las tinieblas. Comenzaba a disiparse en su ánimo la sensación de viajar en el tren. Creía haber sido abandonado en el andén, y contemplaba cómo el convoy se iba alejando... Su cerebro se cargó de bruma y a poco se sintió abismarse a través de un espacio infinito. Perdía el aliento y notaba un vacío nervioso en la cabeza y en el pecho, pues no había podido mantenerse sosegado, no ya en el buque, sino ni siquiera en el rápido de Ostende a Estambul. De pronto surgieron los rostros enjutos y arrugados de sus padres, le hicieron señas, le siguieron por la calle diciéndole que eran muy felices y que le estaban agradecidos por haber hecho cuanto estaba en su mano, por haberles guardado fidelidad. Czinner se encontraba demasiado agotado para poder contestarles. Su propio peso le hundía cada vez más en la tierra.

Hubiera querido decirles que precisamente esa fidelidad fue su perdición, que es preciso inclinarse, oscilar a uno y otro lado para encontrar el equilibrio, pero a todo lo largo del camino tenía que escuchar sus frases de consuelo que sonaban falsamente... y se iba hundiendo, hundiendo en medio de atroces padecimientos.

En el granero era imposible darse cuenta de la oscuridad que reinaba en el exterior, y cuando Coral encendió una cerilla para consultar el reloj, quedó decepcionada al comprobar cuán lentamente iba

discurriendo el tiempo. No se atrevía a salir y entregarse, aunque comenzaba a perder ya las esperanzas de volver a ver a Myatt. Había hecho más de lo que cabía esperar de él, puesto que había vuelto; pero era poco probable que volviera por segunda vez. Coral sentía miedo del mundo exterior, no de los soldados, sino de los agentes teatrales, de las escaleras, de los directores, de toda la antigua existencia en que volvería a sumirse. Mientras permaneciera al lado del doctor Czinner conservaría algo de Myatt, un recuerdo que les pertenecía a los dos.

«Evidentemente, podría escribirle —se dijo—, pero quizá no regrese a Londres hasta pasados varios meses», y no podía contar con que el cariño o el deseo de su amigo se mantuvieran íntegros durante el tiempo que ella estuviese ausente. Sabía igualmente que podía entrevistarse con él cuando hubiera regresado a Londres; Myatt estimaría su deber ofrecerle al menos un almuerzo. «Pero yo no soy una aventurera que busque su dinero», murmuró en voz alta en la oscuridad del granero, junto al moribundo. La impresión de desolación que experimentaba, la certidumbre de que amaba a Myatt por una razón cualquiera —Dios sabe cuál— la hicieron reaccionar. «¿Por qué no? ¿Por qué no he de escribirle? Quizá le agradaría... Quizá todavía suspira por mí; y si no es así, ¿por qué no he de luchar para hacer valer mis derechos? Ya estoy harta de mostrarme siempre desinteresada, de hacer las cosas bien. En suma, que la decencia, el obrar rectamente no siempre era recompensado», pensó Coral, cuyos pensamientos coincidían totalmente en este punto con los del doctor Czinner.

Aunque tal fuese su modo de ser, tenía que sacar de él el mejor partido posible. Trataría de desempeñar un papel más desabrido, se mostraría inflexible en lugar de

dócil.

En aquel momento envidiaba la suerte de Grünlich, que huía en compañía de Myatt. Con una estúpida fidelidad, los pensamientos de Coral se concentraron en su amigo, en la última visión que había tenido de él en el vagón restaurante, cuando acariciaba con los dedos su pitillera de oro. No obstante, sabía a ciencia cierta que Myatt no poseía ninguna cualidad que justificara una fidelidad semejante. Todo ello debía ser por una parte a su modo de ser, y por otra a que Myatt se hubiera portado bien con ella. Preguntóse si el caso del doctor Czinner no era idéntico al suyo, si no se había mostrado demasiado sincero, demasiado fiel hacia gentes que quizá debieran haber sido tratadas con astucia. En medio de la impenetrable oscuridad llegaba a sus oídos la jadeante respiración del herido, y se decía, con amargura pero sin rencor, que la decencia no era en verdad recompensada.

* * *

El cruce de carreteras parecía salir al encuentro de los faros. El chófer vaciló un segundo más de la cuenta, dio un brusco golpe de volante y el automóvil se levantó sobre dos ruedas. José Grünlich fue a parar al otro extremo del asiento. Muerto de miedo no se atrevió a abrir los ojos hasta que las cuatro ruedas estuvieron de nuevo en contacto con el suelo. El vehículo, dejando la carretera, brincaba a lo largo de las rodadas de un sendero, iluminando los árboles y fijándolos en una especie de decorado de cartón.

Myatt se volvió:

—Deja de lado Subotica y cruza la vía por una cañada, agárrese usted bien —dijo a Grünlich.

Los árboles desaparecieron de la vista y, de pronto, el vehículo descendió la colina por entre los campos yermos cubiertos de nieve. El sendero había sido pisoteado por el ganado y el barro estaba endurecido a causa de la helada. A poca distancia surgieron dos luces encarnadas y un trozo de riel sobre el que centelleaban gotas de esmeralda. Las luces encarnadas se balanceaban. Oyóse una voz.

—¿Debo pasar a través del grupo? —preguntó tranquilamente el chófer.

—¡No! —exclamó Myatt. No había razón para meterse en líos por causa de un desconocido. Myatt distinguía perfectamente a unos hombres que llevaban sendas linternas. Vestían uniforme gris e iban armados con revólveres. Después de franquear el primer raíl, el automóvil se detuvo entre ellos, ladeado como un buque escorado. Uno de los soldados pronunció algunas palabras que el chófer tradujo al alemán.

—Dice que le enseñemos la documentación.

José Grünlich se reclinó tranquilamente, cruzó las piernas y con una mano jugaba distraídamente con la cadena de plata. Cuando su mirada se cruzó con la de un soldado, sonrió jovialmente e inició un cariñoso saludo.

Cualquiera lo hubiera tomado por un rico y amable hombre de negocios que iba de viaje con su secretario. En cambio, Myatt, arrebuñado en su abrigo de pieles, se agitaba nerviosamente recordando la exclamación de la mujer: «¡Puerco judío!», la mirada del centinela y la insolencia del empleado. Era ciertamente en un desolado paraje del mundo en que los campos están helados y el ganado es escuálido, donde podían encontrarse activos los

ancestrales odios que el mundo trata de hacer desaparecer. Un soldado le enfocó la lámpara y repitió la pregunta con impaciencia y desdén. Myatt exhibió su pasaporte. El soldado lo cogió y volviéndolo del revés examinó el sello con gran detenimiento. Luego sacó a relucir la única palabra que sabía en alemán:

—*Englander?*

Myatt asintió con la cabeza, el soldado arrojó el pasaporte en el asiento del coche y se puso a examinar los papeles del chófer, que fueron desdoblándose como un acordeón. José Grünlich se inclinó hacia adelante con precaución y cogió del asiento delantero el pasaporte de Myatt. Cuando la linterna roja iluminó su rostro, sonrió graciosa mente y blandió dicho pasaporte. El soldado llamó a su camarada y ambos examinaron a Grünlich un buen rato hablando ente sí en voz baja y haciendo caso omiso de los gestos de aquél.

—¿Qué quieren? —gimió Grünlich al chófer sin dejar de sonreír. Uno de los soldados dio una orden que el chófer tradujo.

—Levántese.

Con el pasaporte de Myatt en una mano y jugando con la cadena de plata con la otra, Grünlich obedeció a la intimidación y los guardias de frontera le enfocaron la linterna desde la cabeza hasta los pies. Grünlich no llevaba abrigo y tiritaba de frío. Uno de los hombres rompió a reír y tocó con el dedo el abultado abdomen del viajero.

—Quieren ver si hay truco —explicó el chófer.

—¿Cómo truco?

—Sí, en su gordura.

José Grünlich estimó su deber encontrar gracioso el

insulto y siguió sonriendo. Por dos veces durante el viaje, su amor propio había sido herido por dos anónimos imbéciles a quienes no volvería a ver nunca más. Jactábase de no echar jamás en olvido una afrenta y era preciso que alguien pagara esa injuria. Y acercándose a los oídos del chófer, dijo en alemán:

—¿No puede usted atropellarlos?

Con todo, seguía enarbolando el pasaporte y sonreía a los soldados, mientras éstos proseguían la discusión acerca de él. Luego se apartaron, hicieron una seña con la cabeza y el chófer puso el coche en marcha. El automóvil brincó sobre los rieles, luego trepó penosamente por una cuesta sembrada de rodadas y José Grünlich vio, al volverse, las dos linternas balanceándose en la negrura de la noche.

—¿Qué querían?

—Buscaban a alguien —repuso el chófer.

José no lo ignoraba. ¿Acaso no había asesinado a Kolber en Viena? ¿Y no se había fugado de Subotica hacía escasamente una hora, en las mismas narices del centinela? ¿Acaso no era fuerte y astuto el individuo que obra rápidamente y no vacila jamás? Se habían interceptado todas las carreteras a los automovilistas y no obstante se les había escurrido entre los dedos. Sin embargo, una idea acababa de enfriar su vanidad como una corriente de aire frío, pues si era a él a quien en verdad buscaban, no cabe duda de que le hubiesen descubierto.

Era otro a quien querían echar mano, a otro a quien se atribuía una diferente importancia. Habían comunicado las señas de aquel doctor y no las de José Grünlich, que había matado a Kolber y se jactaba de haber «trabajado» desde hacía cinco años sin el menor tropiezo. Ya no le daba miedo la velocidad ya pesar de los brincos que daba el viejo

cacharro se quedó sentado, meditando sobre la injusticia de todo.

* * *

Coral Musker se despertó con una extraña e insólita impresión. Se sentó y el saco lleno de grano crujió bajo su peso. Fue el único ruido que pudo percibir, pues hasta el sordo rumor de la nieve al caer había cesado. No oía respirar al doctor Czinner; sin duda se había marchado. Muy lejos oía el ruido de un automóvil que cambiaba la marcha, y ese ruido fue acercándose hacia ella, como un buen perro familiar que viene a acurrucarse a los pies de su dueño.

«Si el doctor Czinner se ha marchado, nada me detiene ya aquí —se dijo Coral—. Voy a salir en busca de ese automóvil. Si es un coche militar, los soldados no me harán ningún mal, y después de todo, quizá sea... » La esperanza dejó a la frase inacabada planear como un pájaro. Coral tendió la mano para recobrar el equilibrio, se puso de rodillas y tocó el rostro del doctor Czinner. Éste no hizo el menor movimiento y a pesar de tener el rostro caliente, la muchacha se dio cuenta de que la sangre retenida en la comisura de los labios estaba coagulada y seca como piel muerta. Coral lanzó un grito. Luego, en silencio, buscó a tientas las cerillas para encender un pedazo de papel, pero le temblaba la mano. Sus nervios, que se habían mantenido firmes bajo el peso de las responsabilidades, comenzaban a ceder. Y parecía que cada día transcurrido llevaba en sí una nueva carga, una decisión que tomar o un temor que ocultar.

«En Estambul me aguarda una colocación. Es cuestión

de tomarla o dejarla. No faltarán muchachas por docenas, dispuestas a ocupar el puesto...» Myatt introduciendo el billete al fondo de su bolso... la patrona dándole tal o cual consejo... el miedo de partir hacia lo desconocido que súbitamente experimentara en el muelle de Ostende cuando el sobrecargo le gritó que no se olvidara de él...

A la luz de la antorcha improvisada, Coral quedó sorprendida al ver la mirada fija y pensativa del doctor cuyos pensamientos parecían haberse detenido. Apartó la mirada, luego fijó nuevamente los ojos en el rostro del doctor, pero la expresión de éste seguía siendo la misma. «No sabía que esto fuera tan horrible —se dijo—. No puedo quedarme aquí.» Hasta temió que la acusaran de la muerte de su compañero. Aquellos extranjeros, cuyo lenguaje desconocía, eran capaces de todo. Una singular curiosidad la hizo vacilar demasiado tiempo. El fuego se extinguió. ¿Había habido alguna mujer en su existencia?... Este pensamiento desvaneció la impresión que le causaba aquel cuerpo sin vida. El doctor había dejado de aterrorizarla. Coral examinó el rostro más de cerca de lo que hasta entonces había hecho. Por primera vez se dio cuenta de cuán rudos eran los rasgos del difunto, y si su rostro no hubiera sido tan enjuto hubiese experimentado sin duda una cierta repulsión. Quizá únicamente la inquietud, las privaciones, le habían inculcado aquel aire de inteligencia y una cierta sensibilidad. Bajo el resplandor azulado y versátil, aquel rostro sin duda impresionaba por su falta absoluta de humor. Quizá, contrariamente a la mayoría de los hombres, Czinner no había ansiado nunca a ninguna mujer. Si hubiese vivido con alguien, que de vez en cuando se hubiese burlado graciosamente de él —pensó Coral— no estaría ahora aquí, no habría tomado las cosas tan en serio y habría aprendido

a no agitarse, a no inquietarse y a dejar que las cosas sigan su curso; que ésta es la única manera de vivir.

Coral tocó con los dedos los largos bigotes, tiernos y bufos al mismo tiempo, y que despojaban al muerto de todo carácter de tragedia. En aquel momento se apagó la antorcha de papel. Coral dejó de ver a su compañero, se olvidó de él como si yaciera bajo tierra, y su mente se llenó de extrañas mescolanzas de ruidos, ruidos de automóvil y de pasos...

El grito que lanzó había sido oído. Un angosto haz de luz se coló por debajo de la puerta. Oyóse un rumor de voces y el ruido de un automóvil al acercarse. Los pasos se alejaron, abrióse una puerta y, a través de los delgados tabiques, Coral oyó a alguien mover los sacos de un granero contiguo. Un perro daba continuos ladridos. Aquellos ruidos despertaron en Coral el recuerdo de un domingo pasado en los verdes prados, cerca de Nottingham; un domingo en compañía de un pequeño grupo de mineros que efectuaban una batida de ratones, guiados por un perro que atendía a la voz de *Spot*. El perro se introducía en los graneros mientras los hombres, apostados en forma de semicírculo, esperaban delante de la puerta armados de gruesos garrotes. Coral oyó fuera una discusión, pero no reconocía ninguna de las voces. El coche se detuvo, pero el motor siguió en marcha.

Abrióse entonces la puerta de su refugio y la luz se desparramó sobre los sacos. Apoyándose en un codo, Coral se incorporó y a través de un intersticio de la barricada vio al oficial de los quevedos y el soldado que había montado la guardia en la sala de espera. Los hombres iban avanzando hacia ella. Coral no pudo soportar los interminables instantes que habían de sucederse hasta que la

descubrieran, y sus nervios cedieron. Al pasar los hombres junto a su refugio se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Estoy aquí!

El oficial, sobresaltado, sacó el revólver. Al ver a la muchacha, permaneció en medio del granero empuñando el arma y preguntó algo. Coral intuyó el sentido de la pregunta y respondió:

—Está muerto.

El oficial dio una orden. El soldado se adelantó y comenzó a apartar lentamente los sacos. Era el mismo que había detenido a Coral cuando se dirigía al vagón restaurante. La muchacha concibió hacia él un odio terrible hasta el momento en que, al levantar la cabeza, le vio sonreír de una manera estúpida, como si quisiera excusarse. Entretanto el oficial, detrás de él, le hostigaba con creciente impaciencia. De pronto, cuando el soldado quitaba el último saco que obstaculizaba el paso, su rostro estuvo a punto de rozarse con el de Coral. Cuando el comandante Petkovitch comprobó que el doctor no hacía el menor movimiento, atravesó el granero y proyectó la lámpara sobre el rostro del muerto. Los largos bigotes palidieron bajo la claridad y los ojos devolvieron la luz como espejos empañados. El comandante tendió el revólver al soldado. El sencillo buen humor de éste, que había resistido aquella escena de desolación, se abatió en un instante, como si se derrumbaran todos los pisos de una casa, permaneciendo en pie sólo las paredes exteriores. El soldado quedó horrorizado, mudo, petrificado, sin tocar siquiera el revólver que su jefe le ofrecía. Lejos de incomodarse, Petkovitch observó a través de sus quevedos de oro al soldado con verdadera curiosidad. Conocía sobradamente las reacciones de sus hombres. Los estantes de su

biblioteca contenían, además de los manoseados volúmenes sobre la estrategia alemana, una serie de obras sobre psicología. Conocía a cada uno de sus hombres tan íntimamente como un confesor y sabía hasta dónde podía llegar su brutalidad o su bondad, su astucia o su simplicidad. Conocía sus placeres: el *rakia*, el juego y las mujeres; y no ignoraba cuán modestas eran sus aspiraciones. Sobre todo sabía admirablemente qué clase de castigo correspondía a la personalidad de cada uno, y cómo quebrar su voluntad. Se había impacientado contra el soldado por su excesiva lentitud; pero ahora, recobrado ya su buen talante, continuó sosteniendo el revólver en la palma de la mano, y, mirando a su subordinado a través de sus lentes de oro, repitió lentamente la orden.

El soldado bajó la cabeza, pasó el dorso de la mano por la nariz y miró al suelo. Entonces cogió el revólver y aplicó el cañón a la boca del doctor Czinner. Apoderóse de él una nueva vacilación. Cogiendo del brazo a Coral le dio un tirón que la hizo caer de bruces al suelo. Estando así postrada oyó el disparo. El soldado le había evitado el espectáculo, pero no podía atenuar los estragos de su propia imaginación. Se levantó y corrió hacia la puerta, haciendo esfuerzos por no vomitar. Anhelaba encontrar un alivio en la oscuridad; el resplandor de los faros fue como un mazazo en su cabeza. Se apoyó en el quicio de la puerta tratando de recobrar el aplomo. Sentíase infinitamente más sola que cuando despertó, encontrando muerto al doctor Czinner. En aquel momento, la presencia de Myatt le era desesperadamente indispensable. Alrededor del automóvil las gentes seguían discutiendo y un tenue olor a alcohol flotaba en el aire.

—¿Qué diablos sucede? —dijo una voz, y el grupo se dividió en dos partes ante la súbita arremetida de miss Warren. Estaba sofocada y su rostro ardía con el resplandor del triunfo. Inmediatamente cogió del brazo a Coral.

—¿Qué ha pasado? No, no me diga nada. Está usted enferma. Va usted a venir conmigo en seguida, lejos de aquí.

Algunos soldados se interponían entre ella y el automóvil. El oficial salió del granero y se reunió con las dos mujeres.

—Promételes cuanto quieran y no conceda demasiada importancia a lo que le digan —dijo miss Warren al oído de Coral.

Inmediatamente después posó su ancha mano en la manga del oficial y comenzó a suplicarle. El comandante trató de interrumpirla, pero sus palabras quedaron ahogadas bajo el torrente oratorio de miss Warren. El oficial se quitó los lentes, los limpió y se sintió perdido. Cualesquiera amenazas hubieran sido vanas, pero la periodista, haciéndole su propio juego, invocó la razón. Y detrás de los motivos que alegaba miss Warren le dejó entrever otros motivos más enjundiosos, razones de alta diplomacia. El comandante limpió una vez más los lentes, asintió con la cabeza y acabó por ceder. Miss Warren le cogió la mano y se la estrechó con tanta energía que dejó impresa en uno de los dedos la huella de su anillo de sello.

* * *

Coral se dejó caer en el suelo. Tras un estruendo formidable la tierra comenzó a girar silenciosamente en torno de la muchacha. Oyó una voz lejana que decía: «Tiene

usted una afección cardíaca.» Luego abrió de nuevo los ojos esperando ver un rostro conocido inclinado sobre ella, pero se encontró tendida en el asiento trasero de un automóvil. Miss Warren la estaba arrojando con una manta. Luego acercó un vaso de coñac a los labios de Coral. El vehículo arrancó bruscamente y el licor se derramó por la barbilla de la muchacha. Coral respondió con una sonrisa a aquel rostro congestionado, lleno de ternura y un poco ebrio que se inclinaba sobre ella.

—Escúchame, querida —dijo miss Warren—. En primer lugar irás a Viena conmigo. Desde allí telegrafiaré toda la historia. Si cualquier canalla intenta sonsacarte, no le hagas caso. No abras la boca ni siquiera para decir no.

Estas palabras no significaban nada para Coral. Sentía un vivo dolor debajo del seno izquierdo. Cuando el automóvil giró en dirección a Viena, vio desfilar ante sus ojos las luces de la estación de Subotica, y con una persistente fidelidad se preguntó dónde podría hallarse Myatt en aquel momento... El dolor le hacía dificultosa la respiración. Si hablara, si explicara aquel dolor que la oprimía, si suplicara que la aliviasen, la imagen del rostro de Myatt se disiparía por un instante de su mente. Sus oídos no percibirían ya el sonido de su voz murmurando lo que ambos harían una vez en Estambul. «No quiero ser la primera en olvidar», pensaba obstinadamente, alejando de sí las otras visiones que se disputaban su atención: la luz encarnada del automóvil a lo lejos, en la brumosa carretera, o la mirada fija del doctor Czinner bajo la claridad de la antorcha de papel. Y luchaba desesperadamente contra el dolor, contra el ahogo, contra sus deseos de gritar, contra las tinieblas que invadían su cerebro arrancándole las

visiones que ella misma intentaba ahuyentar.

«Recuerdo, no he olvidado... », pero no pudo reprimir un grito, un grito tan débil que se ahogó en el zumbido del motor y no llegó a oídos de miss Warren, la cual tampoco oyó el murmullo que siguió: «No he olvidado.»

«Una exclusiva —iba repitiendo miss Warren tamborileando con los dedos sobre la manta—. Es una información mía, exclusivamente mía» afirmaba con orgullo. Y en un oscuro rincón de su mente, detrás de gruesos titulares, tomaba cuerpo la evocación de un sueño: Coral en pijama sirviendo el café. Coral en pijama preparando un combinado. Coral durmiendo en el piso recién restaurado.

Quinta parte

Estambul

I

—¡Oiga, oiga! ¿Ha llegado ya el señor Carleton Myatt? El pequeño y avisado armenio contestó en un inglés tan perfecto como el corte de su chaqué.

—No. Creo que no. ¿Quiere usted algún recado para él?

—¿Pero no ha llegado todavía el tren?

—No. Lleva tres horas de retraso. Según mis noticias, la locomotora ha sufrido una avería cerca de Belgrado.

—Pues entonces anote que el señor Joyce...

—Y ahora... —prosiguió el recepcionista del hotel inclinándose confidencialmente por encima del mostrador hacia dos jóvenes americanas con las cejas cuidadosamente depiladas, que le miraban boquiabiertas—. ¿Qué puedo aconsejarles a las señoritas para esta tarde? Para visitar el bazar necesitarían ustedes un guía.

—Quizá usted mismo, señor Kalebdjian... —respondieron las dos a coro. Sus grandes ojos virginales le siguieron con la mirada cuando Kalebdjian se volvió para atender el teléfono.

—Al habla. ¿Aviso de conferencia del extranjero?

Está bien. Diga, diga. No, el señor Carleton Myatt no ha llegado todavía. Le estamos esperando de un momento a otro. ¿Puedo tomar el recado? ¿Volverán a llamar a las seis? Bien, gracias. ¡Ah, si pudiera ir con ustedes! —añadió dirigiéndose a las dos americanas—. Sería para mí un gran placer acompañarlas, pero el deber me tiene encadenado. Sin embargo, me las arreglaré para que un primo segundo mío las recoja aquí mañana por la mañana y las acompañe a visitar el bazar. Para esta tarde me permito sugerirles que tomen ustedes un taxi que las conduzca a la Mezquita Azul, pasando por el Hipódromo, y que luego vayan ustedes a visitar las termas romanas. Después podrían tomar el té en el restaurante ruso de Pera y estar de regreso aquí a la hora de la cena. Luego podría indicarles un teatro donde pasar la noche. Si este programa es de su agrado, voy a encargar un taxi para esta tarde en un garaje de toda confianza.

Las dos mujeres exclamaron a coro:

—¡Qué estupendo, señor Kalebdjian!

Y mientras éste telefoneaba al garaje de otro primo suyo de Pera, las dos americanas atravesaron el vestíbulo en dirección al polvoriento puesto de confitería discutiendo si debían ofrecerle o no una caja de bombones. El grande y llamativo hotel con su pavimento de mosaico, su personal internacional y su restaurante decorado a imitación de la Mezquita Azul, había sido construido antes de la guerra. Pero debido a que el gobierno se había desplazado a Angora y Estambul se resentía de la concurrencia de el Pireo, el hotel había perdido un poco su antiguo esplendor. El personal había sido reducido, uno podía pasearse en el desierto y espacioso vestíbulo sin encontrar ningún botones. Se sabía que los timbres eran desatendidos pero en el

mostrador del recepcionista, Kalebdjian oponía a la inercia general su chaqué de buen corte.

—¿Ha llegado ya el señor Carleton Myatt, señor Kalebdjian?

—No, señor, el tren lleva retraso. ¿Quiere usted esperarle?

—¿Ha reservado habitación con salita?

—¡Oh, sí, naturalmente! Ven, muchacho, acompaña al señor al aposento del señor Myatt.

—Tenga usted la bondad de pasarle mi tarjeta en cuanto llegue.

Las dos americanas optaron por no ofrecer a Kalebdjian ninguna cajita de golosinas turcas, pero como era tan amable y apuesto, deseaban obsequiarle con algo. Así, perplejas, de pronto se presentó ante ellas el propio Kalebdjian.

—Aquí tienen ustedes el taxi, señoras. Voy a dar al chófer las instrucciones necesarias. Es persona de confianza.

Y diciendo esto las acompañó hasta la puerta, no retirándose hasta que se hubieron marchado. La animación fue disminuyendo cual una ligera nube de polvo que va disipándose, y Kalebdjian volvió al silencioso vestíbulo. Por un momento uno se hubiera creído transportado a los bulliciosos días de temporadas ya pasadas.

Durante el cuarto de hora siguiente no entró nadie. Una mosca precoz, sobrecogida por el frío, se moría rumorosamente pegada a uno de los cristales. Kalebdjian llamó a la gobernanta para que abriese la calefacción de las habitaciones y luego se quedó sentado donde estaba, con las manos cruzadas sobre las rodillas, no teniendo nada en que

pensar, ni nada que hacer. La puerta giratoria comenzó a dar vueltas. Entró un grupo de gente. Myatt fue el primero. Luego entraron Janet Pardoe y el señor Savory, seguidos de tres mozos cargados de maletas. Myatt exultaba. Se hallaba de nuevo en uno de sus lugares predilectos; un hotel internacional, por desierto que estuviera, era para él un oasis familiar. Cuando Kalebdjian avanzó a su encuentro, la pesadilla de Subotica se desvaneció en la irrealidad. Myatt estaba contento de que Janet Pardoe presenciara el recibimiento que se le dispensaba en los mejores hoteles extranjeros.

—¿Cómo está usted, señor Carleton Myatt? Tenemos mucho gusto en volverle a ver.

Kalebdjian se inclinó y le estrechó la mano. Sus dientes, de una blancura increíble, brillaban con sincera satisfacción.

—Estoy muy contento de verle, Kalebdjian. Como siempre, el director está ausente, ¿verdad? Le presento a mis amigos: miss Pardoe y el señor Savory. Todo el peso del hotel descansa sobre los hombros del señor Kalebdjian — explicó a sus compañeros—. Por supuesto, nos instalará usted bien. Cuide de que suban una caja de bombones de chocolate a la habitación de miss Pardoe.

—Mi tío vendrá a recogerme —objetó dulcemente Janet Pardoe; pero Myatt desechó esta objeción:

—Que espere un día. Esta noche debe ser usted mi invitada.

Y comenzó a maniobrar delante de ella con una desenvoltura que tenía su origen en la decoración del hotel y en la deferencia de Kalebdjian.

—Han telefonado dos veces preguntando por usted, señor Carleton Myatt, y un caballero le está aguardando en

su aposento.

—Está bien, deme usted su tarjeta. Atienda a mis amigos. ¿Tengo las habitaciones de costumbre?

Mordiéndose los labios por la excitación que le producía su alegría, se dirigió rápidamente hacia el ascensor. Durante aquellos últimos días habían invadido su ánimo cosas desconcertantes y difíciles de comprender; pero ahora se encontraba por fin en su elemento.

«Debe ser Eckman», pensó sin tomarse siquiera la molestia de mirar la tarjeta, y sabiendo de antemano cuanto aquél iba a decirle. El ascensor subió lentamente al primer piso, y el botones condujo a Myatt por un polvoriento pasillo hasta una puerta que abrió. El sol entraba a raudales en la habitación, y a través de la ventana abierta llegaba el ruido de los bocinazos de los automóviles. Un hombre rubio, regordete, vestido con un traje de mezclilla, se levantó del canapé.

—¿El señor Carleton Myatt? —preguntó.

Myatt quedó sorprendido. Jamás había visto a aquel hombre. Miró la tarjeta que tenía en la mano y leyó el nombre: Leo Stein.

—¡Ah! ¡El señor Stein!

—¿Le ha sorprendido a usted? —dijo Stein—. Espero no me crea usted demasiado impaciente.

Su continente era sencillo y cordial. «Muy inglés», pensó Myatt. Sin embargo, su nariz, enderezada por una operación cuya cicatriz era todavía visible, le ponía en evidencia. Y en las sonrisas, los apretones de manos y las miradas que procuraban eludirse, apuntó en seguida la hostilidad que sentían el judío verdadero y el judío encubierto.

—¡Y yo que esperaba encontrar a nuestro agente! — dijo Myatt.

—¡Ah, pobre Eckman, pobre Eckman! —suspiró Stein bajando la rubia cabeza.

—¿Qué quiere usted decir?

—En realidad he venido por eso, para rogarle que vaya usted a ver a la señora Eckman. Está sumamente inquieta.

—¿Quiere usted decir que él se ha marchado?

—Ha desaparecido. Anoche no volvió a su casa. Lo sucedido es muy misterioso.

Hacía frío. Myatt cerró la ventana y hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo de pieles, comenzó a andar de un lado para otro.

—No me extraña —dijo lentamente—. Creo que no ha tenido valor para enfrentarse conmigo.

—Hace algunos días me dijo que presentía que había perdido usted su confianza en él. Y esto le causaba mucha, muchísima pena.

—Jamás he tenido confianza en un judío que se ha hecho cristiano —dijo Myatt lentamente.

—Vamos, señor Myatt, esto es ya un poco dogmático —dijo Stein ligeramente turbado.

—Tal vez —repuso Myatt deteniéndose en el centro de espaldas a Stein, cuya imagen veía en un espejo—. Supongo que habrá dado a las negociaciones un alcance que nunca le habíamos permitido.

—¡Oh, las negociaciones...!

La imagen de Stein reflejaba una cierta desazón que su voz procuraba disimular.

—Naturalmente, habían quedado ultimadas —añadió Stein.

—¿Le había dicho a usted que no queríamos comprar?

—Compró.

Myatt bajó la cabeza. Nada de todo ello le sorprendía. La desaparición de Eckman debía ocultar muchas cosas.

—Estoy muy preocupado por ese pobre Eckman —se lamentó Stein—; no puedo soportar la idea de que quizá se haya suicidado.

—No creo que haya motivos para que se preocupe usted de ese modo. En mi opinión, se ha retirado simplemente de los negocios; tal vez, sí, un poco precipitadamente...

—No le faltaban preocupaciones —dijo Stein.

—¿Preocupaciones?

—Sí; en primer lugar, la impresión de que usted había perdido la confianza en él. Además, siempre había deseado tener hijos y no los tenía... No le faltaban motivos para estar preocupado, señor Myatt. Hay que ser un poco caritativo.

—Yo no soy cristiano, señor Stein. No creo que sea la caridad la principal de las virtudes. ¿Puedo ver el papel que ha firmado?

—Naturalmente.

Stein sacó del bolsillo de su chaqueta de mezclilla un largo sobre doblado. Myatt se sentó, extendió los papeles sobre una mesa y los leyó con detenimiento. No hizo ninguna observación, y nada podía deducirse de la expresión de su rostro. Nadie hubiera podido adivinar cuán intenso era su goce al sumirse en aquel mundo de cifras y ocuparse de cosas que comprendía y que carecían de sensibilidad. Cuando hubo terminado la lectura, se retrepó en la silla y se miró

las uñas. Antes de su salida de Londres se había hecho la manicura que reclamaba ahora nuevos cuidados.

—¿Ha tenido usted un buen viaje? —dijo Stein afablemente—. Supongo que los disturbios de Belgrado no le habrán causado ninguna extorsión.

—No —repuso Myatt distraídamente. Le parecía que el inexplicable incidente de Subotica era completamente irreal, y de todos modos, como todo ello había ocurrido al margen de la vida corriente, no hubiera tardado en olvidarlo—. Naturalmente, ya sabe usted que este contrato no tiene ningún valor —añadió.

—No lo creo así —repuso Stein—. El pobre Eckaman era su agente acreditado y usted le había confiado la marcha de las negociaciones.

—Jamás ha tenido poderes para firmar eso. No, señor Stein, mucho me temo que este papel no tenga valor para usted.

Stein se sentó en el sofá y cruzó las piernas. El cuarto olía a tabaco de pipa y a la tela del traje de mezclilla.

—Naturalmente, señor Myatt, yo no quiero imponerle nada. Mi divisa es: No violentéis nunca a un colega. Si lo considerara justo estaría dispuesto, señor Myatt, a romper en el acto este contrato. Pero, ya lo ve usted. Desde que el pobre Eckman lo firmó, Moulton ha hecho marcha atrás y no va ahora a hacernos una oferta.

—Yo sé exactamente hasta qué punto se interesaba Moulton por las pasas —dijo Myatt.

—Pues bien, en estas circunstancias, si usted anula este contrato, y pese a mi buena disposición de ánimo, me vería obligado a luchar para salvaguardar mis derechos. ¿Le molesta que fume?

—¿Un cigarro?

—Si no le importa fumaré mi pipa.

Y diciendo esto, Stein comenzó a llenar la pipa con tabaco amarillento.

—Supongo que este contrato le habrá proporcionado a Eckman una buena comisión.

—¡Ah, pobre Eckman! —exclamó Stein en tono enigmático—; le quedaría a usted muy agradecido si viniera conmigo a ver a la señora Eckman. Está muy preocupada.

—No tiene por qué preocuparse si ha percibido una comisión importante.

Stein sonrió y encendió la pipa. Myatt leyó de nuevo el contrato. Podía ciertamente anularse, pero un rompimiento de contrato ante los tribunales entrañaba siempre un riesgo. Un buen abogado podría embrollar mucho el asunto. Y había, además, algunas cifras que Myatt preferiría que en ningún caso se dieran a la publicidad. Después de todo, la firma Stein representaba un valor para su propia compañía; lo que le contrariaba era el precio y también que Stein asumiera la dirección. El precio no era excesivo, pero lo que sí era intolerable era la intromisión de un extraño en un negocio de familia.

—Le diré lo que voy a hacer —añadió Myatt—. Vamos a romper este contrato y hacerle al mismo tiempo una nueva oferta.

Stein negó con la cabeza.

—A mi parecer, eso no sería justo. ¿No lo cree usted así, señor Myatt?

Myatt decidió lo que tenía que hacer. Quería ahorrar a su padre los inconvenientes de un proceso. Daría, pues, su conformidad al contrato a condición de que Stein

renunciara al cargo de director. Pero era preciso obrar con cautela. Quizá Stein acabaría por ceder.

—Consúltelo con la almohada, señor Stein.

—No creo que esta noche tenga tiempo de reflexionar en eso —respondió de buen humor—, si es que conozco a las muchachas de hoy en día. Tengo que recoger aquí a una sobrina mía, la hija del pobre Pardoe, que ha llegado de Colonia en el mismo tren que usted.

Myatt sacó la cigarrera y mientras despuntaba un cigarro meditaba acerca de lo que tenía que hacer. Comenzaba a despreciar a Stein; hablaba demasiado, y proporcionaba a los demás demasiadas informaciones superfluas. No era, pues, de extrañar que sus negocios no hubieran prosperado. Al mismo tiempo la vaga simpatía que Myatt experimentaba por la sobrina de Stein se iba cristalizando. Saber que la muchacha era hija de madre judía le daba a Myatt la impresión de volver a encontrarse en familia. Janet era fácilmente abordable, y Myatt se avergonzó del continente un poco altanero que adoptó con ella la noche anterior. A su regreso de Subotica habían cenado juntos en el tren, pero en todo momento sus modales habían sido un poco fríos y sus maneras un mucho afectadas.

—Sí, encontré a miss Pardoe en el tren —dijo Myatt— está aquí, abajo. Hemos venido juntos desde la estación.

Correspondía ahora a Stein pensar las palabras y se decidió a salir por la tangente.

—La pobre ha quedado huérfana, y mi mujer creyó era nuestro deber invitarla a venir a vivir con nosotros. Además, soy su tutor.

Los dos hombres estaban sentados uno al lado del

otro. Sólo una mesa les separaba, encima de la cual yacía el contrato firmado por Eckman. Ni uno ni otro hacían alusión al mismo, como si no pensarán ya en los negocios. Pero Myatt se daba cuenta de que acababa de abrirse nuevamente la discusión. Bajo las frases evasivas se adivinaban mutuamente los pensamientos.

—Su hermana debió ser muy hermosa —dijo Myatt.

—Se parecía a mi padre —repuso Stein.

Uno y otro se resistían a admitir que la belleza de Janet Pardoe pudiera interesarles. En lugar de referirse a ella hablaban de sus abuelos.

—¿Acaso su familia es oriunda de Leipzig? —preguntó Myatt.

—En efecto. Mi padre trasladó los negocios aquí.

—¿Cree usted que se equivocó?

—¡Por Dios, señor Myatt! ¿Ha ojeado usted las cifras? No están mal. Lo que deseo es vender, a fin de retirarme cuando aún puedo gozar de la vida.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Myatt curioso—. ¿Quiere usted todavía gozar más de la vida?

—Le aseguro que los negocios no me interesan lo más mínimo.

—¡No le interesan lo más mínimo!... —repitió Myatt lleno de estupor.

—No ambiciono más que jugar al golf y poseer una casita en el campo.

Pasada la sorpresa, Myatt observó nuevamente que Stein daba informaciones demasiado amplias. Era preciso sacar partido de aquella oportunidad. De pronto hizo girar la conversación en torno del contrato.

—Entonces, ¿por qué desea usted asumir la

dirección? Si renuncia usted a ella podríamos llegar a un acuerdo en lo tocante al dinero.

—No ambiciono el cargo precisamente para mí —dijo Stein echando bocanadas de humo y observando con el rabillo del ojo la ceniza que se mantenía en la punta del cigarro de Myatt—, pero quisiera ejercerlo por tradición, en fin, porque alguien de la familia siga en el consejo de administración.

Sonrió con cierta candidez y añadió:

—No tengo ningún hijo y ni siquiera sobrinos.

—Será preciso animar a su sobrina para que contraiga matrimonio —dijo Myatt pensativamente. Los dos hombres sonrieron y bajaron juntos la escalera. No se veía por ninguna parte a miss Pardoe.

—¿Ha salido miss Pardoe? —preguntó Myatt a Kalebdjian.

—No, señor Myatt. Miss Pardoe acaba de entrar en el restaurante con el señor Savory.

—Sírvase usted rogarles que esperen unos veinte minutos para que el señor Stein y yo podamos almorzar con ellos.

Entablóse una cordial disputa acerca de quién había de ser el último en pasar por la puerta giratoria. La amistad entre Myatt y Stein hacía rápidos progresos.

Mientras se dirigían en taxi a casa de Eckman, Stein preguntó:

—¿Quién es ese Savory?

—¡Oh!, simplemente un escritor —repuso Myatt.

—¿Corteja a Janet?

—De una manera puramente amistosa —replicó Myatt—: Se han conocido en el tren.

Cruzó las manos sobre las rodillas y guardó silencio.

Pensaba seriamente en la posibilidad de casarse. «Es muy hermosa —se decía—, elegante y distinguida; sería una perfecta ama de casa, complacería a los visitantes y además es judía a medias.»

—Siendo yo su tutor —dijo Stein—, ¿cree usted que debería hablarle a ese Savory?

—Tiene dinero.

—Sí, pero un escritor... no, no me gusta —objetó Stein—. No es una cosa sólida. Preferiría verla casada con alguien más seguro, con un comerciante...

—Le fue presentado, al parecer, por esa mujer con quien su sobrina vivía en Colonia.

—Ah, sí —dijo Stein algo molesto—, desde que murieron sus pobres padres ha tenido que proveer a su sustento. Yo no he querido impedirselo porque creo que a una muchacha hasta le es provechoso, pero como mi mujer se ha empeñado en cuidar de su porvenir la he invitado a que viniera con nosotros. Y además, he pensado que podría encontrarle aquí una situación mejor.

El taxi efectuó un brusco viraje en torno a un agente que desde lo alto de una especie de plataforma dirigía la circulación, e inmediatamente después, el vehículo enfiló una cuesta. Hacia abajo, entre un gran inmueble y un poste de telégrafos, se elevaban como una corona de burbujas azuladas las cúpulas de la Mezquita Azul.

Stein se sentía desazonado.

—Pues sí —repitió—, creo que a una muchacha hasta le es provechoso. Por otra parte, en estos últimos años mi trabajo en el despacho ha absorbido todo mi tiempo. En cuanto haya vendido el negocio le concederé una renta.

El taxi se detuvo en un patio pequeño y sombrío

donde no se veía más que un cubo de basura; a lo largo de la empinada escalera entraba la luz a través de altas ventanas, desde las cuales se divisaba todo Estambul, con Santa Sofía, la Columna quemada y una gran extensión de agua al oeste del Cuerno de Oro, hacia Eyub.

—¡Maravilloso panorama! —exclamó Stein—. No hay en todo Estambul un aposento más agradable.

Llamó y, entretanto, Myatt, pensando en el alquiler del inmueble, se preguntaba en qué medida había contribuido su firma a brindar a Eckman aquel panorama. Abrióse la puerta. Stein, sin tomarse la molestia de dar su nombre a la doncella, se encaminó hacia un corredor, cuyas blancas paredes parecían aprisionar el amarillento sol que penetraba por las ventanas.

—¿Es usted amigo de la familia? —susurró Myatt.

—El pobre Eckman y yo somos amigos desde hace mucho tiempo —repuso Stein abriendo la puerta de un espacioso salón en el que un piano, un jarrón con flores y algunas sillas de tubo creaban un ambiente glacial.

—Buenos días, Emma —dijo Stein—. El señor Carleton Myatt viene a verla.

En el cuarto no había un solo rincón oscuro donde refugiarse contra la luz esplendorosa. La señora Eckman trataba de guarecerse detrás del piano de cola que hacía las veces de muralla. Era de baja estatura, de cabellos entrecanos y, aunque bien vestida, su indumento no era apropiado para ella. «Hace pensar en una vieja doncella de familia que lleva vestidos de su señora», se dijo Myatt. Tenía una labor debajo del brazo, y, sin avanzar un solo paso por el soleado pavimento, murmuró unas palabras de bienvenida.

—¿Tiene usted noticias de su marido, Emma? —

preguntó Stein.

—No, todavía no. Nunca se acuerda de escribir — repuso la señora Eckman con una congoja jovial.

Rogó a sus visitantes que se sentaran y comenzó a colocar en una gran bolsa de labor las agujas de hacer media, los carretes de hilo, los ovillas de lana y los pedazos de franela. Stein estaba mirando con cierta desazón las sillas de tubo.

—No puedo comprender por qué el pobre Eckman ha comprado un mobiliario semejante —dijo al oído a Myatt.

—No debe usted inquietarse, señora Eckman —dijo Myatt—. Tengo la seguridad de que hoy mismo tendrá usted noticias de su marido.

La señora Eckman interrumpió su trabajo y miró fijamente a Myatt.

—Sí, Emma —afirmó Stein—, en cuanto el pobre Eckman se entere de que Myatt y yo nos entendemos muy bien, se apresurará a volver.

—Oh, si no vuelve aquí no me importa —murmuró la señora Eckman—. Ya me reuniré con él en donde sea. Tampoco estamos aquí «en casa» —añadió con un gesto ligeramente enfático.

—Comparto su opinión —observó Stein hinchando las mejillas—. No acierto a ver qué les encuentra su marido a estos trastos de acero. Prefiero sólidos muebles de caoba y una o dos mullidas butacas en las que uno pueda dormir cómodamente.

—Oh, mi marido tiene mucho gusto —murmuró desesperadamente la señora Eckman, cuyos ojos asustados brillaban como los de los ratones atrapados en el fondo de un baúl.

—A mí parecer, no tiene usted motivos para preocuparse por su marido —insistió Myatt con impaciencia—. Está desasosegado por cuestiones de negocios; eso es todo. No hay ninguna razón para pensar que haya sido... en fin, que le haya ocurrido algo.

La señora Eckman salió de detrás del piano y atravesó la habitación retorciéndose nerviosamente las manos.

—No temo esto —dijo.

Se detuvo entre los dos hombres y volvió rápidamente a su rincón. Myatt quedó sorprendido.

—¿Qué teme, entonces?

Con un movimiento de cabeza la señora Eckman señaló todo el mobiliario de la estancia.

—¡Mi marido es tan moderno! —dijo con temor y orgullo.

Pero se disipó el orgullo y con las manos en el bolso de labores, entre los botones y los ovillas de lana, añadió:

—Quizá no desee venir a recogerme.

* * *

—¿Qué piensa usted de todo eso? —preguntó Stein mientras bajaban las escaleras.

—¡Pobre mujer! —exclamó Myatt.

—Sí, pobre mujer —repitió Stein sonándose y reflejando una sincera emoción. Myatt tenía aún algo que hacer antes de almorzar, por lo que Stein, a pesar de sentir apetito, no lo soltó. Tenía la impresión de que su intimidad iba acentuándose cada vez que cogían un taxi, y, aparte los planes referentes a Janet Pardoe, una buena amistad con Myatt representaba para él varios miles de libras esterlinas

al año. El taxi descendió por una angosta calle pavimentada, desembocó a una plazuela cerca de Correos y bajó luego una cuesta hasta llegar a Galata y los muelles. Llegaron a una casucha de mísero aspecto y en lo alto de su escalera los dos hombres abrieron la puerta de un reducido despacho atiborrado de ficheros y clasificadores. La luz entraba por una sola ventana, desde la cual se veía una alta pared y la parte superior de la chimenea de un buque. Sobre el antepecho había acumulada una espesa capa de polvo. De aquella sórdida y miserable estancia había surgido el magnífico y envidriado salón de Eckman, así como ciertas viejas judías dan a luz a veces un último hijo que luego se revela un gran artista.

Dieron las dos en un antiguo reloj, pero Joyce estaba ya en su puesto. Una mecanógrafa desapareció a través de una especie de alacena que había en el fondo del cuarto.

—¿No hay noticias de Eckman? —preguntó Myatt.

—No, señor —dijo Joyce.

Myatt leyó algunas cartas y luego dejó al empleado, como un perro fiel, en el despacho de Eckman.

—Y ahora vamos a almorzar —dijo. Stein parecía relamerse.

—¿Mucho apetito? —preguntó Myatt.

—Esta mañana he desayunado muy temprano —repuso Stein como si quisiera justificarse.

Sin embargo, Janet Pardoe y Savory no les habían esperado. Cuando Myatt y Stein entraron en el restaurante de mosaico azul, el escritor y la muchacha saboreaban ya el café y los licores. Janet Pardoe y Stein cambiaron un casto beso en la frente y éste se mostró encantado de que su sobrina conociera ya a Myatt y fuesen casi viejos amigos.

Janet Pardoe no dijo nada, se limitó a observar a su tío con una mirada plácida, y dirigió a Myatt una sonrisa. A éste le pareció que ella le decía: «¡Qué mal nos conocel!»

—Supongo que desde Colonia os habéis hecho compañía durante el viaje —dijo Stein.

Savory no quiso que su presencia pasara inadvertida.

—No cabe duda que su sobrina me ha visto primero a mí.

Pero Stein hizo caso omiso de esta interrupción y de la presencia del novelista.

—Entonces ya os conocéis a fondo, ¿verdad?

Janet Pardoe entreabrió sus hermosos ojos y bien pintados labios y repuso dulcemente.

—¡Oh, el señor Myatt tenía otra amiga a quien conocía mucho mejor que a mí!

Myatt volvió la cabeza para encargar el almuerzo, y cuando nuevamente prestó atención oyó a Janet Pardoe que decía con cierto retintín, aunque sin ánimo de molestar:

—Era su amante.

Stein prorrumpió en una risotada.

—Fíjate cómo se sonroja ese granuja.

—Y ha de saber usted que se fugó y lo dejó plantado —agregó Janet Pardoe.

—¿Lo dejó plantado? ¿Por qué? ¿Acaso la zurraba?

—Si le hace preguntas sobre eso adoptará un continente misterioso y le contará una historia incomprensible. Cuando el tren se detuvo por causa de una avería, se marchó en un automóvil hasta la estación anterior para ir en busca de su hermosa. Durante horas enteras no supimos nada de él. ¡Si supiera usted con qué misterioso encanto lo explica! Además, ayudó a un individuo a escapar de la aduana.

—Pero, ¿y la muchacha? —preguntó Stein mirando a Myatt con el rabillo del ojo.

—Se fugó con un doctor... —dijo Savory.

—Se resiste a admitirlo —terció Janet Pardoe señalando con un gesto a Myatt.

—Esta historia me preocupa y me angustia en verdad —dijo Myatt—; voy a telefonar al cónsul en Belgrado.

—Telefonee usted a su abuela —exclamó Savory mirando uno tras otro a sus tres compañeros, con ojos brillantes y nerviosos.

Cuando no le cabía duda sobre el medio en que se hallaba, solía proferir alguna observación familiar que le recordaba el mostrador donde había transcurrido su mocedad. Sentíase a veces transportado de un goce intenso, al verse admitido en los mejores hoteles y charlando familiarmente con gentes a las que antaño jamás hubiera pensado tratar en un plano de igualdad. Las empingorotadas damas que le invitaban a sus veladas literarias se mostraban encantadas de sus salidas y de sus humoradas. ¿Por qué exhibir a un novelista extraído de una trastienda si no hiciera sentir el perfume de su origen?

Stein le fulminó con la mirada.

—Creo que haría usted muy bien —dijo a Myatt.

Savory quedó estupefacto. Aquellas gentes pertenecían evidentemente a la escasa minoría que no había leído sus libros, e ignoraban los títulos que cimentaran su fama. ¡Le encontraban simplemente vulgar! Se hundió en la silla y dijo a Janet Pardoe:

—¿No sentía su amiga un interés particular por el doctor?

Pero Janet, dándose cuenta de la desaprobación de

los otros dos invitados, no se tomó la molestia de recordar la larga y sombría historia que le contara miss Warren.

—No llevo la cuenta de todas las personas por las cuales se interesaba Mabel. No recuerdo nada a propósito de ese doctor.

Stein sólo había tenido reproches para la vulgaridad de expresión de Savory; pero, por el contrario, gozábese en mantener una rivalidad en torno a los hermosos ojos de su sobrina, rivalidad que no haría más que consagrar su valiosa intimidad con Myatt. Y cuando sirvieron el primer plato abordó nuevamente el tema.

—¡Vamos! Es preciso saber algo más acerca de las diabluras de Myatt.

—Es muy bonita —dijo Janet Pardoe con evidente generosidad. Savory miró a Myatt para observar si se sentía zaherido, pero éste tenía buen apetito y saboreaba la comida.

—Según creo trabaja en el teatro —aventuró el novelista.

—Sí. Variedades.

—Ya le he dicho que era una chica de conjunto —observó Janet Pardoe—; tenía un no sé qué de vulgaridad. ¿Se habían visto ya alguna vez?

—No —repuso Myatt—, fue un encuentro casual.

—¡Las cosas que ocurren en esos trenes de largo trayecto! —exclamó Stein con satisfacción—. ¿Le ha costado muy caro?

Su mirada se cruzó con la de su sobrina y le guiñó un ojo a ésta, satisfecho al ver que Janet Pardoe le correspondía con una sonrisa. ¡Qué fastidio si Janet hubiera sido una de esas muchachas anticuadas en presencia de las cuales no pudiera hablarse abiertamente!

Con tal que se mantuviera una cierta distinción en el tono, le agradaba a Stein, cuando se hallaba entre mujeres, que el lenguaje cobrara un matiz picaresco.

—Diez libras esterlinas —respondió Myatt.

—¡Dios mío, cuánto dinero! —exclamó Janet Pardoe al mismo tiempo que miraba a Myatt con cierto respeto.

—Es una broma —dijo Myatt—. No le di un céntimo. Le pagué el billete; por otra parte, se trataba solamente de una amistad. Es una buena muchacha.

—¡Ah! —exclamó Stein.

Myatt apuró su copa. Presentó se un camarero empujando sobre el pavimento de mosaico una mesita con ruedas.

—Aquí se come muy bien —dijo Savory.

En aquel ambiente familiar vagamente perfumado de aromas y efluvios culinarios, Myatt exultaba satisfacción. En un salón contiguo interpretaban un concierto de Rachmaninoff. Uno se hubiera creído en Londres. La música le evocó un recuerdo: gentes que asomaban la cabeza a las ventanas, riendo, charlando e interpelando a un violinista.

—Me amaba... —dijo lentamente como para sí mismo. Por supuesto, no tuvo la intención de pronunciar tales palabras en voz alta en medio del espacioso y desierto restaurante, y por ello al oírlas se sintió turbado y un poco sorprendido. Sin embargo, no sentía ningún afán de vanagloria. ¿Por qué jactarse de ser amado por una chica de conjunto?

Sus compañeros estallaron en una risotada y Myatt se sonrojó hasta las orejas.

—¡Saben mucho esas muchachas para embaucar a un hombre! —dijo Stein moviendo la cabeza—. Es la atracción

de las tablas. Recuerdo que siendo joven pasaba un buen rato esperando la salida de las artistas. Sólo por ver pasar a alguna de esas muchachitas fáciles... ¡Y los chocolates y las cenas...!

La vista de medio ánade en el plato le interrumpió.

—¡Ah, las luces de las candilejas, las luces de Londres! —exclamó.

—Y hablando de teatro, ¿quiere usted acompañarme esta noche, Janet? —preguntó Myatt.

La llamaba por su nombre de pila, porque se sentía a sus anchas desde que sabía que su madre era judía y su tío estaba a su merced.

—De veras me gustaría, pero he prometido al señor Savory cenar con él.

—Podríamos ir luego al *music-hall* —insistió Myatt, que no tenía la intención de permitir que Janet cenara con Savory.

Estaría ocupado toda la tarde y no podría verla; tenía que pasar horas enteras en su despacho desembrollando las cosas que Eckman había tan ingeniosamente enmarañado y aun después tenía que efectuar algunas visitas.

A las tres y media, al atravesar el hipódromo, vio a Savory tomando fotografías rodeado de un enjambre de chiquillos. Savory no perdía el tiempo. Mientras Myatt pasó con el taxi tomó tres instantáneas y cada vez la chiquillería se reía de él a sus anchas.

Eran las seis y media cuando Myatt regresó al hotel.

—Kalebdjian, ¿está aquí miss Pardoe?

¡Kalebdjian sabía todo cuanto ocurría en el hotel! Sólo su continua agitación explicaba hasta qué punto estaba al corriente de todo. Abandonaba súbitamente el desierto vestíbulo, se encaminaba hacia apartados salones, trepaba

por las escaleras y luego bajaba a escape y regresaba a su despacho, donde permanecía con las manos cruzadas sobre las rodillas sin hacer nada.

—Miss Pardoe se está vistiendo para la cena, señor Myatt —respondió.

Con ocasión de que uno de los ministros del Gobierno de Angora se hospedaba en el hotel, Kalebdjian había sofocado a un visitante enviado de la embajada de Inglaterra contestándole: «Su Excelencia está en el excusado. No creo que tarde más de tres minutos.» La vida de Kalebdjian consistía en atravesar pasillos, pegar el oído a las puertas de los cuartos de baño y convertir su memoria en un registro de informaciones.

Myatt llamó a la puerta de Janet Pardoe.

—¿Quién es?

—¿Puedo entrar? —La puerta no está cerrada con llave. Janet Pardoe estaba terminando su tocado. Su vestido yacía sobre la cama y sentada ante el tocador se estaba empolvando los brazos.

—¿De veras va usted a cenar con Savory? —preguntó Myatt.

—Se lo he prometido.

—Habríamos podido cenar en el *Pera Palae* e ir después a los *Petits Champs*.

—Hubiera sido un programa magnífico —dijo Janet Pardoe cepillándose las pestañas.

—¿Quién es? —preguntó Myatt señalando una gran fotografía enmarcada. El fotógrafo había tratado de suavizar la línea de la mandíbula.

—Es Mabel. Me acompañó hasta Viena.

—No recuerdo haberla visto.

—Ahora lleva el cabello muy corto. Esa fotografía es antigua. No le gusta dejarse retratar.

—No parece estar de muy buen humor.

—La tengo aquí para recordarme que siempre debo portarme bien. Escribe poesías. Detrás de la fotografía hay una. A mi entender es muy mala; pero yo no entiendo nada de esas cosas.

—¿Puedo leerla?

—Claro. Me imagino que le parecerá a usted insólito que me escriba poesías —dijo Janet Pardoe mirándose en el espejo. Myatt volvió la fotografía y leyó algunas líneas.

—No rima. Es muy importante la rima. Y además, ¿qué quiere decir? —preguntó.

—Supongo que quiere ser un cumplido —repuso Janet Pardoe puliéndose las uñas.

Myatt se sentó en el borde de la cama y la observó. «¿Qué haría ella si tratase de seducirla? —se pregunto. Janet se pondría a reír. La risa es la defensa más perfecta de la castidad.»

—¿No irá usted a cenar con Savory? —dijo Myatt—. Yo en su lugar antes de mostrarme con un hombre como ése me dejaría colgar. Es un hortera.

—Se lo he prometido, amigo mío. Además es un genio.

—Usted bajará conmigo, tomaremos un taxi e iremos a cenar al *Pera Palace*.

—No me lo perdonará nunca, el pobre. ¡Hubiera sido tan divertido!

* * *

«Ahora que sé que su madre era judía, todo se presentará fácil», pensaba Myatt arreglándose el nudo de

la corbata de lazo. Era fácil charlar continuamente durante toda una cena, y fácil también rodear con el brazo el talle de la muchacha cuando iban del *Pera Palae* a los *Petits Champs*, situado cerca de la embajada británica. El viento había amainado, la noche era calurosa y las mesitas diseminadas por el jardín estaban todas ocupadas. Subotica se iba haciendo cada vez más irreal, sobre todo cuando Myatt recordaba las ráfagas de nieve cortándole el rostro. En el escenario, una cantante francesa vestida de *smoking* iba de un lado a otro con un bastón debajo del brazo interpretando una canción: *Ma Tante*, que Spinell lanzara cinco años antes. Myatt y Janet Pardoe recorrieron la avenida del jardín en busca de una mesa, mientras la cantante dirigía de vez en cuando algunas palabras picantes a un público distraído a quien aquellos desplantes no parecían divertidos. Más abajo del jardín extendías e Pera por la vertiente de la colina; y en el Cuerno de Oro los fuegos de las embarcaciones de pesca brillaban como el ojo luminoso de las lámparas de bolsillo. Los camareros servían las mesas.

—No creo que encontremos ninguna desocupada. Tendremos que ir al teatro.

Un hombre gordo les hizo señas con la mano.

—¿Le conoce usted? —preguntó Janet.

Myatt prosiguió su camino pensando: «Sí, me parece..., se llama Grünlich.»

Sólo lo había visto dos veces: cuando se encaramó en el coche y cuando saltó de él para subir al tren. Por eso eran tan vagos sus recuerdos. Después de haber pasado por delante de su mesa, Myatt se olvidó completamente de aquel hombre.

—Aquí hay una mesa desocupada.

Debajo de la mesa sus piernas establecieron contacto. La cantante se marchó contoneándose, y apareció en escena un hombre que, después de dar algunas volteretas, se puso en pie, se quitó el sombrero y dijo algo en turco que los asistentes celebraron con grandes carcajadas.

—¿Qué ha dicho?

—No lo he comprendido. Debe de hablar en dialecto.

—He bebido demasiado a la hora de cenar. Me siento un poco «blanca»; quisiera algo sentimental —dijo Janet Pardoe.

—Qué bien se come allí, ¿no es cierto? —dijo Myatt con orgullo.

—¿Por qué no se hospeda usted en ese hotel? Todo el mundo dice que es el mejor.

—El nuestro no está mal y aprecio mucho a Kalebdjian. Se preocupa mucho de mi comodidad.

—Sin embargo, la gente más distinguida...

En aquel momento irrumpió en el escenario un grupo de muchachas vestidas con *shorts*. Iban tocadas con unas gorras de policía y llevaban un silbato colgado del cuello. Nada significaba aquello para los asistentes, que no solían ver a los guardias vestidos con pantalones cortos.

—Creo que son inglesas —dijo Myatt, y de pronto se inclinó hacia adelante.

—¿Conoce usted a alguna? —dijo Janet Pardoe.

—Me había figurado..., esperaba que...

Pero no estaba seguro que no fuera el miedo el sentimiento que le había invadido al ver aparecer a las *Dunn's Babies*. Coral no le había dicho que tenía que actuar en *Petits Champs* y probablemente ni siquiera lo sabía. La

recordó escrutando, animosa y aterrorizada, las rumorosas tinieblas del compartimiento...

—Me gusta el *Pera Palae*.

—La única vez que estuve allí me sucedió algo muy desagradable —dijo Myatt—. Por eso no había vuelto.

—Cuénteme lo que pasó. Vamos, no se haga usted el remolón. Cuéntelo, por favor.

—Pues bien. Tenía a mi lado a una amiga, una muchacha verdaderamente exquisita...

—¿Otra chica de conjunto?

Las *Dunn's Babies* cantaron a coro:

*If you want to express
What feeling you've got
When you're sometimes cold, sometimes hot...*

—No, no. Era la secretaria de uno de mis amigos, un armador.

«*Come up here*» —continuaban las *Dunn's Babies*—. «¡Acércate un poco!» Y algunos marineros ingleses que se hallaban sentados en el fondo del jardín, aplaudieron gritando: «¡Esperad, ya venimos!» Uno de ellos trató de abrirse paso entre las mesas en dirección al escenario.

*If you want to express
That kind of gloom
You feel alone in a double room.*

El marinero, que estaba completamente borracho, cayó de espaldas y todo el mundo rompió a reír.

—Fue una cosa espantosa —continuó diciendo

Myatt—. A las dos de la madrugada se volvió loca de repente. Comenzó a gritar y a romperlo todo. Subió el conserje de noche y todos los huéspedes salieron al pasillo. Pensaban que yo le hacía sufrir alguna tortura indecible.

—¿Y era verdad?

—No. Dormía profundamente. Fue horrible. A partir de aquel día no he vuelto a dormir allí.

Come up, Come up here.

—¿Cómo era?

—La he olvidado completamente.

—No puede usted figurarse hasta qué punto me fastidia vivir con una mujer —murmuró Janet Pardoe en voz baja.

Su mano y la de Myatt se encontraron casualmente encima de la mesa y ya no se separaron. Las guirnaldas de luces colgadas de los arbolillos se reflejaban en el collar de la muchacha. Myatt, mirando por encima de los hombros de Janet, vio a Stein en el extremo del jardín, el cual, con la pipa en la mano, se abría paso con dificultad a través de las mesas. Era aquella una ofensiva sabiamente organizada. Harto sabía Myatt que no tenía más que inclinarse y pedir a Janet que se casara con él para resolver no solamente el futuro, sino cualesquiera dificultades; se haría cargo de los negocios de Stein al precio que éste había fijado y Stein se consideraría satisfecho con tener un sobrino en el Consejo de Administración. Stein tuvo que dar un rodeo para no tropezar con el beodo que yacía en el suelo y avanzó agitando la pipa. Durante aquellos breves instantes, Myatt apeló a todas las ideas capaces de ayudarle a luchar contra aquel porvenir fácil y exento de preocupaciones. Se acordó

de Coral y de la insólita noche pasada con aquella muchacha, a quien creía ya hastiada de todas aquellas cosas. Sin embargo, no lograba retener la imagen de la ausente, tal vez porque a la sazón el tren se sumió en una oscuridad casi completa. Era rubia, delgada, pero no podía recordar sus facciones. «He hecho por ella cuanto he podido —se dijo—, y de todos modos nos habríamos separado dentro de algunas semanas. Ha llegado el momento de decidirse...»

Stein agitó nuevamente la pipa. Las *Dunn's Babies* aporreaban las tablas con el pie y apostillaban el estribillo con golpes de silbato.

Waiting at the Station

For a near relation

Puf!, Puf!, Puf!, Puf!

—No vuelvas con aquella mujer —dijo Myatt—. Quédate conmigo.

Puf!, Puff, Puf!, Puf!

The Istambul Train.

Janet asintió con la cabeza y sus manos se juntaron. Myatt se preguntó si Stein tendría el contrato en el bolsillo.

CAMPO DE BATALLA

«A primera vista, el escenario de la lucha parecía carecer de integridad, de longitud, de ancho, de profundidad, de tamaño; consistir únicamente en innumerables pequeños círculos, abarcables mediante la visión que la neblina permitía en cada punto... En estas condiciones, cada grupo aislado de soldados ingleses seguía luchando su propia batalla, ignorando feliz y ventajosamente el estado general de la acción; es más, ignorando a menudo la existencia de un conflicto de vastas proporciones.»

KINGLAKE

I

El Comisario prestaba atención a su aspecto personal cuando debía encontrarse con hombres más jóvenes que él. Ello le daba la misma confianza que antaño le había proporcionado el hábito de vestirse para la cena en las selvas de Oriente. Abrió la puerta del armario y se cepilló el traje oscuro frente al espejo, inclinando la cara delgada y amarillenta hacia el cristal. Los jóvenes poseían ciertas cualidades salvajes; se movían con rapidez; a veces llevaban armas envenenadas. Se cepillaba lentamente, al ritmo tropical y pesado de su mente.

—Dejé el número de teléfono sobre el escritorio —informó a su secretario—, por si hay algo urgente...

Como de costumbre la frase se diluyó en su dificultad de expresión antes de terminar. Lentamente, con una fatídica acumulación de sonidos vacilantes, trató de abrirse paso.

—Esto..., urgente, por favor..., eh..., ¿podría llamar a ese número, y... bueno... avisarme?

Bombín y paraguas colgado del brazo izquierdo, se alejó por largos corredores bordeados de cabinas de cristal. Los teléfonos sonaban, los timbres eléctricos zumbaban como cigarras a su paso, pero sus pensamientos seguían avanzando cuidadosamente, imperturbables, sin detenerse, e indudablemente sin prisa.

Cuando llegó al patio, ya había decidido que la política no le importaba. En Northumberland Avenue dictaminó que la justicia no era asunto suyo.

En torno a Trafalgar Square se encendían las luces, perforando el atardecer claro y gris del otoño. Los autobuses subían rugiendo por Parliament Street y giraban en un amplio círculo. Un agente de policía, en una esquina de la avenida, reconoció al Comisario y le saludó. El Comisario inclinó la cabeza y cruzó lentamente la calle por donde las señales lo indicaban.

«No tengo nada que ver con la justicia —pensaba—, mi obligación consiste simplemente en encontrar al culpable.»

El aire límpido y frío no impidió que sus pensamientos se volvieran hacia senderos húmedos que humeaban en el calor, debajo de las hojas, como manos peludas. Uno seguía este sendero y aquel otro, y sólo como último recurso, cuando no había otra manera de verificar el castigo del asesino, uno incendiaba la aldea. La justicia no tenía nada

que ver con eso. Se deja la justicia en manos de los magistrados, de los jueces y de los miembros del jurado, de los miembros del Parlamento, del Ministro del Interior.

El Comisario se detuvo un momento ante el escaparate de una tienda de Pall Mall, llena de alfombras. No se podía vivir mucho tiempo en Oriente sin aprender algo de alfombras. Le interesaban, aunque no habría podido decir si el colorido era hermoso o grosero, si el diseño gustaba o repelía; le interesaban porque le permitían aplicar ciertas fórmulas para determinar si la alfombra había sido realmente tejida en Oriente. Concluyó, dentro de lo que se podía afirmar sin haberlas tocado, que las alfombras eran genuinas; luego prosiguió su camino, hacia la esquina de Haymarket. Ni se le ocurrió comprar una; en su apartamento poseía algunas esteras, sobre los suelos de madera dura.

Un cartel que anunciaba los periódicos de la tarde le llamó la atención: «Resultado de la apelación de Drover»; y otro más adelante, también en Haymarket: «Apelación del conductor de autobús. Resultado». Era una oportunidad de investigación; compró un diario y preguntó al vendedor si la gente había demostrado algún interés especial en las noticias de esa noche. El hombre meneó la cabeza y se señaló la boca; era mudo. El Comisario continuó su camino, frunciendo levemente el ceño.

En Piccadilly tomó por una calle lateral. No era hombre que desperdiciase un paseo, incluso tratándose de una cita. De las oficinas de la planta baja de los altos edificios austeros salían las mujeres. Se detuvo delante de un número conocido. Recientemente había habido cierto revuelo en los diarios dominicales con motivo de los prostíbulos de Londres, y la policía prestaba atención a

cierto apartamento. El Comisario contrajo la boca; las fiebres continuadas le habían dejado los labios sin color, secos y pálidos. Consideraba que la moralidad no era asunto suyo, como la política. Era imposible mantener los prostíbulos cerrados. Brotaban como setas, repentinamente, en los lugares menos previsibles. Sabía de uno que había subsistido durante años, al lado de un club muy respetable. Si uno los hacía vigilar sobornaban a los policías; era mucho mejor dejarlos. En el extremo de Burlington Arcade advirtió a dos policías, y a otro frente a las arcadas, al otro lado de la calle. Vine Street colocaba a sus hombres de modo distinto; tomó nota, mentalmente, para que Bullen llamara al Inspector.

Entró con desconfianza en el Berkeley; prefería que las citas de ese tipo tuvieran lugar en Scotland Yard, o en casa del Ministro; no podía comprender por qué le habían citado en un restaurante. Esos colores de hoja pálida, esos divanes y esos espejos que reflejaban en todas direcciones su propio rostro demacrado y amarillo, le irritaban tanto como un ramo de flores sobre un escritorio.

—¡Querido Comisario!

El secretario particular se separó de dos mujeres. Alto, de facciones tersas y redondas y pelo ceniciento, resplandecía como una imagen publicitaria, dejaba advertir el esplendor y la conciencia de innumerables fotografías. Su cara parecía el escaparate de un comercio de lujo. En ella se veían con claridad, y con el máximo efecto, algunos objetos seleccionados: un cofrecito de plata, un tomo de Voltaire exquisitamente encuadernado, el autorretrato de algún checoslovaco de moda y de vanguardia.

—¡Querido Comisario! —volvió a saludar alegremente al viejo, con tono de protección, sinceridad y malicia, poniéndole una mano sobre el brazo y conduciéndole hacia un rincón apartado—. ¿Un jerez?

El Comisario dijo suavemente:

—Tomaría un whisky con... bueno..., soda.

Se sintió de pronto viejo y polvoriento; como si acabara de llegar de una de sus tórridas y tediosas marchas, después de dejar tras de sí, en la jungla, el cadáver colgado de un hombre para ser picoteado por los pájaros, y encontrarse en su oficina a un joven y fresco mensajero del Gobernador. El secretario dijo:

—El Ministro lamenta mucho no poder verle personalmente... Es el debate, ¿sabe?, sobre los permisos. No pudo alejarse un minuto del Parlamento. Francamente, me tiene preocupado. Se está matando. Primero el plan de urbanismo, después la delincuencia juvenil, y ahora los permisos.

El Comisario no escuchaba; había aprendido a economizar su atención; mentalmente repasaba la labor de la tarde. Ya había archivado, también mentalmente, la labor de la mañana, mientras almorzaba sobre una bandeja en su oficina. Primero el informe de los expertos en huellas dactilares sobre las huellas digitales de Ruttledge, y la certeza de que había que empezar de nuevo, desde el principio, toda la investigación del Baúl de Paddington; fuese quien fuese el asesino de la señora Janet Crowle, no era Ruttledge. Luego el informe sobre el nuevo invento radiotelegráfico; había revisado las pruebas del asesinato con violación en el parque de Streatham; el pañuelo manchado de sangre, el mechón de pelo y la boina barata de lana.

—Es un campo de batalla —dijo el secretario—. Apenas sale de la sala de sesiones tiene que volver. Estoy seguro de que no tomó el té.

«Revisaré personalmente el lugar», pensaba el Comisario. La fotografía de las dos sillas de madera y la hierba aplastada no le parecía bastante elocuente.

—No quisiera que enfermara ahora, con dos años por delante para descansar. Por supuesto, cuando disuelvan la cámara le nombrarán Par.

El Comisario consiguió con dificultad regresar mentalmente de su paseo por el suburbio de Streatham.

—¿Era acerca... de..., acerca de Drover?

Alguien se echó a reír en otro extremo del salón.

—¡Ah, querida, era divino! Ataron el cochecito del nene sobre el techo del taxi, y Michael...

—Sí —dijo el secretario—, acerca de Drover. Ahora que la apelación fracasó, todo depende del Ministro del Interior. El pobre está preocupado, muy preocupado, y para colmo de males el asunto de los permisos...

La cara ancha y pálida del secretario relucía suavemente bajo la iluminación indirecta; se inclinó hacia adelante en un gesto de complicidad, con ostensible afectación. La verdad, se habría alegrado, habría sido un tremendo alivio para él si hubieran dado curso a la apelación.

—Imposible —dijo el Comisario—; la defensa... esto... no tenía de dónde... dónde cogerse.

—Exactamente. Yo estaba en los Tribunales. El Ministro, ¿comprende?, pensó que el Tribunal Supremo encontraría alguna excusa para conmutar la sentencia. Pero no había de dónde cogerse.

—El policía murió —dijo obstinadamente el Comisario—; tenemos al hombre.

—Pero el Ministro, ¿comprende?, no quiere que maten a ese pobre diablo. Nadie quiere. Era un mitin político. Todo el mundo estaba nervioso. Drover creyó que el policía quería golpear a su mujer... Tenía el cuchillo en el bolsillo. Ese, por supuesto, es el inconveniente. ¿Por qué llevaba ese cuchillo consigo?

—Todos llevan un cuchillo —dijo el Comisario—. Lo usan para limpiarse el barro, la grasa. Para cortar el pan y... bueno... el queso.

—¿Quiere otro whisky?

—No, no, gracias.

El secretario particular colocó su mano blanca y cuadrada sobre el brazo del Comisario.

—Usted sabe muy bien que debemos ayudarlo. Está que echa chispas.

—¿Se refiere a... Drover?

—No, no. Al Ministro, por supuesto. Mi querido amigo, si usted le hubiera visto esta tarde... ¡Qué diablos! Le obligaron a defender paso a paso la cláusula local, la ley de urbanismo. Y cuando no toma el té no es el mismo. Realmente, le diré, yo sentía deseos de llorar. Tuve que mandarle una nota diciéndole que la apelación de Drover había fracasado. Tenemos que ayudarlo o no llegará al final de la sesión.

—Cualquier cosa que esté a mi alcance —empezó a decir el Comisario apuradamente. Se sentía incómodo porque no sabía a qué diablos venía todo esto. Le fastidiaba que entorpecieran de ese modo sus procesos mentales. El caso Drover había terminado; el caso del Baúl de Paddington, y el asesinato de Streattham requerían toda su

atención. Sabía que debía dejar todo eso a sus subordinados del Departamento de Investigación Criminal, los especialistas en huellas digitales y análisis sanguíneos, los detectives que podían hacerse cargo de la rutina de la investigación con los ojos cerrados. Pero ésa era su excusa, aunque en Oriente, bajo el calor asfixiante, ése había sido su mérito; nunca descuidaba su oficina.

La amabilidad del secretario particular se mostraba exuberante, como una enredadera de crecimiento rápido. «Sabía que podíamos confiar en usted.» A continuación redujo la cuestión a su enfoque parlamentario; las antítesis y las cláusulas equilibradas, los calculados toques de humor cuando se hablaba de la oposición tenían para el Comisario tan poco sentido como la jerga de un crítico de arte.

—¿Quiere decir —preguntó—, que el Ministro del Interior proyecta conmutar la pena?

—¡Ah! —gimió suavemente el secretario particular, arrellanándose en el sofá verde hoja, mientras jugueteaba con un encendedor automático—. ¡Cómo lo simplifica! El asunto es más complejo. Pero podemos partir de esta base: al Ministro le agradaría la conmutación. Pero como usted comprenderá, está el asunto de las huelgas.

—¿Las huelgas?

—Los obreros del algodón pararon, y los ferroviarios podrían secundarles la semana próxima. Drover es comunista. ¿Considerarán que la conmutación de la pena es una confesión de debilidad?

El Comisario abrió la boca para hablar; quería dejar claro que la política no era asunto suyo, pero el secretario se lo impidió.

—Y si lo colgamos, ¿no lo considerarán ellos como una confesión de debilidad? ¿No pensarán que tememos mostrarnos magnánimos?

—¿Ellos? —preguntó el Comisario—. ¿Quiénes son ellos?

—Los comunistas.

—Diez... esto... mil miembros.

—Sí, sí, oficialmente; pero todo huelguista, cuando está en la calle, es en mayor o menor grado un rojo. Uno no puede detenerse en matices.

—¿Pero qué pueden hacer?

El secretario particular se inclinó hacia adelante y observó emocionadamente:

—Si el resentimiento los mantiene en huelga una semana más, si el exceso de confianza los mantiene en huelga una semana más, el país pierde cincuenta millones de libras —dio una palmada sobre la rodilla del Comisario—. Más impuestos, y perdemos las próximas elecciones. ¿Y entonces qué?

El Comisario no contestó. Parado sobre la hierba pisoteada de Streatham Common, no hubiera alzado la vista hacia una exhibición pirotécnica en el Crystal Palace, por más que los cohetes iluminaran el cielo brillantemente. El secretario particular rió y dijo nuevamente con una sinceridad totalmente afectada:

—Si nada lo remedia el Ministerio se queda sin su título de Par, y yo sin la Subsecretaría.

—No comprendo... —empezó a decir el Comisario. Era una de sus expresiones favoritas y era extraordinario el número de ocasiones en que podía aplicarla: en un estreno, cuando se discutía la última novela, en una exposición de pintura, cuando descubría algún caso de corrupción. Pero

cuando analizaba mentalmente la gorra de punto, comprobando la urdimbre de la lana, el tipo de tejido, comprendía mejor que el artista más sensible, descubría más cosas que la mujer más inquisitiva.

—El Ministro opina esto: usted conoce Londres más a fondo que nadie; en particular los barrios pobres.

La cara delgada y amarillenta no mostró ningún entusiasmo; al Comisario le gustaba la exactitud:

—Sólo los barrios pobres. No... bueno... no conozco este lugar.

—Oh —dijo el secretario con ligera ironía—, de aquí me encargo yo. Si usted responde por... digamos los muelles, Paddington, Notting Hill y King's Cross, los suburbios, Balham y Streatham, el...

—Streatham —murmuró el Comisario, interrumpiendo el desfile proletario del secretario.

—Si en el curso de la semana próxima puede mandarnos un informe confidencial sobre el efecto que, según usted, produciría la conmutación o la ejecución...

—No me gusta —dijo el Comisario, con inesperada energía.

—Es un favor personal, querido amigo —rogó el secretario particular—; está tan cansado, tan preocupado...

—Tiene en su poder el sumario del caso, las notas del juez.

—Si usted pudiera verle, luchando palmo a palmo a través de la Administración Local, la Ley de Urbanismo.

—Si le resulta difícil decidirse podría ver personalmente al acusado.

—¿Le parece posible? El Ministro no puede, claro; está demasiado ocupado con los permisos. Pero quizá yo sí.

—Y sonrió, sacudiendo la ceniza del cigarrillo—. Usted sabe que confía en mi opinión.

Inmodestamente, aumentaba su confianza con el Ministro, bajo la difusa luz indirecta, como una extraña peculiaridad, una antigüedad extravagante.

—Le acompañaré ahora mismo a la cárcel, si eso le... interesa, le sirve.

—¿Quiere decir que consiente, que nos hará saber — jugueteaba nuevamente con el encendedor automático— lo que opina la gente de este asunto?

El Comisario le rectificó otra vez: los barrios pobres. Y de nuevo, con un ademán estudiado dirigido a los divanes verde hoja y a las dos mujeres que le acompañaban y ahora le sonreían desde un rincón apartado, el secretario asumió la responsabilidad de la zona de Berkeley.

—¡Oh!, del resto me encargo yo.

El Comisario, hundiendo sus uñas romas en el sofá e incorporándose, dijo sarcásticamente:

—¿Ha entrado alguna vez en una cárcel?

—Nunca.

—Le... interesará.

Observó con desagrado esa cara blanda; desconfiaba de cualquier hombre que diese tan pocas señales de actividad. El trabajo cómodo, la «media jornada», no tenía sentido para el Comisario, capaz de concentrar toda su astuta y lenta inteligencia en el menor detalle de su rutina, en una gorra de ganchillo, en un baúl usado, en un banco de parque, en un resguardo de vestuario; tampoco los hombres en cuya compañía pasaba los días disimulaban el hecho de trabajar; de trabajar seriamente, con sentido de la responsabilidad, para mantener la vida que había en ellos:

detectives, conductores de autobús, prestamistas, ladrones.

—Sumamente interesante, estoy seguro.

Prefería a esos morbosos frente a los portones de la cárcel, que esperan que dé la hora, la aparición de la nota mecanografiada («tuvo lugar en presencia del director, del médico de la cárcel...»). Tiritando en invierno con el frío del amanecer, besados en verano por un sol pálido y sin calor, verificaban así su conciencia de eso que les protegía detrás de los mostradores de sus tiendas, en sus paseos de la pescadería al almacén; sabían algo de las piedras, la soga y la cal («El verdugo fue Pierpoint»).

—Nunca vi un asesino —dijo el secretario particular—. Al menos que yo sepa.

«Sí —pensaba el Comisario—, a éstos prefiero otros.»

—Podemos tomar un autobús desde el Ritz —dijo. Para él no se justificaba que el Estado les pagara un taxi, con el único fin de satisfacer los intereses personales del secretario, o para ayudar al Ministro del Interior a decidir algo que tenía que ser capaz de decidir sin dificultad, ya que todos los documentos se encontraban en su poder, hasta las notas del juez.

—Tengo un coche aquí a la vuelta.

Algo preocupaba al Comisario. Se detuvo indeciso al llegar a Piccadilly. Se había dicho algo que no comprendía, algo que pertenecía a un mundo desconocido; pero su deber era comprender; algo sobre...

Todas las luces estaban encendidas, las empleadas de las tiendas obstruían la acera, de camino hacia el metro.

—¿Qué decían —preguntó— acerca de un cochecito de niño sobre... esto... un taxi?

El secretario rió.

—¿Un cochecito de niño... sobre un taxi...? No me imagino.

Se rió tan fuerte que dos empleadas volvieron hacia él sus caritas nítidas; un oficinista de traje oscuro con una cartera en la mano se detuvo repentinamente y les miró con fijeza; observó a los dos hombres girar la esquina, repitiendo la frase con la punta de la lengua: «Un cochecito de niño... sobre un taxi», convencido de que jamás olvidaría la broma sin sentido que había provocado la risa de esos hombres.

El secretario se había sentado con el bombín sobre las rodillas y el brazo derecho sobre un respaldo de cuero; hablaba de temas diversos. Las persianas metálicas balaban tintineando frente a los cristales de las modistas de Knightsbridge; el final de la calle Sloane se perdía en una bruma azul; en las aceras de King's Road, los dueños de las tiendas entraban los muebles expuestos durante el día.

—Pero tal vez usted no lea novelas.

Sobre el puente de Battersea, las gaviotas se deslizaban hasta la altura de la ventanilla, y las luces del malecón atravesaban la corriente gris del río, rozaban dos lanchas abarrotadas de pilas de papel y morían en el barro, en las barcas encalladas y en los muros de la fábrica.

—Todo depende, por supuesto, del marido.

Los puestos de pescado y patatas fritas abrían sus puertas, durante todo el recorrido de Battersea Bridge Road y Clapham Junction, atravesando una selva de tranvías, de tiendas de ropavejeros, de mingitorios públicos y de institutos nocturnos. El Comisario se preguntaba, como

tantas veces, el secreto de la belleza de esas caras jóvenes y pintadas. Sus dueñas compraban por unos peniques un paquete de patatas fritas, soportaban largas colas para conseguir las butacas más baratas en los cines, y en medio del polvo, de la oscuridad y de la degradación parloteaban y reían como pájaros. Eran pobres, estaban agotadas por el trabajo, no tenían porvenir, pero conocían la inclinación correcta de una boina, el matiz exacto del lápiz labial.

—Preferiría mil veces que fuera de Oslo.

«Admirables», pensaba; cuando el automóvil se alejó de la multitud y de los tranvías, el Comisario se sintió momentáneamente triste, como alguien que se aleja de su hogar. Candahar Road, Khyber Terrace, Kabul Street, las casas victorianas fluctuaban en la bruma, como un ondular de quepis en antiguas guerras imperiales.

El automóvil subió una pendiente y cruzó las vías del ferrocarril frente a un hotel. Al girar, los haces de luz de los faros iluminaron algunos árboles sin hojas y un rectángulo de arena, donde algunas criaturas jugaban en la oscuridad. Luego siguió por una calle larga y recta, a un costado del terraplén. Un tren les pasó; iba hacia el sur, derramando chispas sobre el techo. El secretario señaló con la cabeza una masa oscura al otro lado de las vías.

—¿Es ésa la cárcel?

—Una escuela de niñas.

El coche cambió nuevamente de rumbo; un policía abrió la puerta de una casilla azul, con un teléfono que comunicaba directamente con la comisaría, al lado de un pub; una lengua roja de luz vacilaba en el globo de cristal del techo. Entraron a través de un solar desierto y un jardín; había un portón de seis metros de alto, y detrás un

muro, los tejados de los edificios rectangulares y una torre hexagonal.

—Hemos llegado —dijo el Comisario. Y los dos se quedaron un momento sentados en el coche, mientras un tren pasaba invisible entre los huertos y los viveros.

—Debe ser extraño oírlo pasar desde la celda —dijo el secretario con cierta melancolía.

—Les sirve de reloj —dijo el Comisario.

Los portones se abrieron, empujados por un guardián, deslizándose suavemente sobre una guía de metal; luego se cerraron detrás de ellos. Se encontraron en un paisaje de piedra y cruda luz eléctrica. En alguna parte se oía la voz de muchos hombres que cantaban.

—En el Cuerpo C están de concierto —explicó el jefe de guardianes; y al pasar frente a la puerta del salón oyeron el tintineo de un piano desafinado desde hacía mucho tiempo. Arriba, en la garita de cristal que coronaba la torre hexagonal, los guardianes iban y venían.

—No le moleste. Este caballero desearía echar un vistazo a Drover.

—El Director está en el concierto —dijo el jefe de guardianes.

El guardián volvió hacia el secretario sus viejos ojos benévolos.

—¿El señor estuvo aquí alguna vez?

—No —dijo el secretario—. No. Todo esto es muy interesante.

Desde el salón se oyó una voz que musitaba rítmicamente; el Comisario pescó algunas palabras: «Plegar nuestras tiendas como los árabes.»

El guardián se detuvo.

—Ah, ése debe ser Adams. Es un admirable recitador. Tenemos verdaderos artistas. Algunos podrían hacer llorar a las piedras.

—¿Qué hizo? —preguntó el secretario.

—Trató de degollar a alguien, o alguna estupidez semejante —dijo el guardián con amabilidad—. Ah, escuche un poco a éste. Vale la pena.

Un barítono empezó a cantar. Bajo el aire frío de la noche, el Comisario imaginó durante un instante que entre los versos se oían los pasos de los guardianes en la torre.

Siguieron adelante; el guardián señalando sucesivamente los grandes paralelogramos de piedra, empezó a explicar al secretario la geografía de la cárcel.

—Ese es el Cuerpo A. Allí van todos los presos nuevos. Si se portan bien, los trasladan a ese otro, el Cuerpo B. El Cuerpo C, ese que acabamos de pasar, es el más agradable. Por supuesto, si hay alguna queja contra ellos los vuelven a pasar al Cuerpo anterior. Igual que en una escuela —agregó el guardián, elevando la mirada de sus ojos amables, con una expresión de reverencia hacia el Cuerpo A.

—¿Y qué hacen en el Cuerpo C? —preguntó el secretario.

—Gozan de ciertos privilegios. Tienen todos los libros de la biblioteca que desean. Y les ponen más mantequilla en el pan. —Una campana pesada y hueca empezó a repicar en la torre—. Todo el mundo a su celda, excepto los del Cuerpo C —explicó el guardián.

—Realmente —dijo el secretario—, su comparación con una escuela es correcta. ¿Y cuánto tardan en llegar al Cuerpo C?

—Algunos consiguen llegar en un año —dijo el guardián.

La luz de un foco situado en lo alto de la torre se paseaba lentamente por toda la cárcel, destacando una tras otra las piedras grises, mientras la campana repicaba incesantemente. Luego la campana calló y la luz se apagó; las lámparas de las esquinas y las puertas parecieron momentáneamente menos ásperas. Las sombras caían como cae la tierra de una pala inclinada.

—Exactamente como criaturas —dijo el guardián—. Los cuidamos como a niños, exactamente. Supongo que en Oriente no hay cárceles como ésta.

—No —dijo el Comisario—. No... bueno... similares a ésta.

—Tendría que ver la panadería —dijo el guardián al secretario—. Nuestro pan lo cocemos aquí. Y es un pan hermoso, tierno. Los oficiales comen exactamente el mismo pan que los presos.

Siguieron adelante; los zapatos crujían sobre el asfalto.

—¿Ve eso? Es la capilla católica. También hay una sinagoga y una iglesia anglicana. En ese cobertizo. ¿Ve eso? Allí reciben a las visitas. Como cabinas telefónicas; a un lado rejas, delante cristal. Cuando quieren ver miran por el cristal, y cuando quieren hablar, hablan a través de las rejas. ¿Ingenioso, no le parece? Después de un año, por supuesto si se han portado bien, les permitimos abrazarse. Les damos permiso para salir y sentarse en esos bancos.

—Humano, muy humano —dijo el secretario.

El Comisario asintió, con la cara más amarilla que nunca a la luz de las lámparas. La vieja disputa entre el castigo y la prevención del delito no tenía para él ningún

sentido. El no tenía nada que ver con las cárceles; irritado por la presencia antipática de su compañero se alegraba de que fuera así. Su labor consistía simplemente en preservar el orden existente, y no le importaba nada que la justicia condenara al culpable a vivir en la celda de una pequeña cárcel tropical, sin apenas espacio para tenderse en el suelo, y donde el sol quemaba a través de los barrotes, o en una celda privada del Cuerpo C, con una mesa para los libros de la biblioteca y un concierto por semana. Había visto presos felices en la celda común jugándose a los dados un trozo de pan sobrante, cantando cuando el guardián volvía la espalda, y en cambio había oído decir que los presos a veces se volvían locos en las cárceles de Inglaterra.

—¿Y ese edificio de allí? —preguntó el secretario—. ¿Qué es? ¿Una sala de billares? ¿Un gimnasio?

—Es la celda de ejecuciones —dijo el guardián, apresurando el paso, pero animándose un momento después al divisar otro gran paralelogramo de piedra con barrotes—. ¡Y hemos llegado al Cuerpo A! ¿Quiere hablar con Drover, señor?

—No, no —dijo el secretario—. Sería inútil. El Ministro no aprobaría que le diera esperanzas.

En el largo corredor vacío, delineado con puertas, el silencio no era total. Estaba lleno de suaves respiraciones. El susurro descendía de uno a otro suelo de metal, resplandeciente de luz eléctrica. Las botas de un guardián rechinaban al ascender los escalones de acero hacia el piso superior. La respiración caía sobre ellos, inmóviles en el fondo del edificio, como tierra blanda.

—Les queda una hora para leer, antes de que apaguen las luces.

Se sentían enterrados no sólo bajo la respiración de cuatrocientos hombres, sino también bajo el rumor de las páginas. El débil murmullo, como de ratones escondidos, se difundía por el corredor; a veces, muy débil, llegaba del otro piso de celdas, tres metros más arriba; pero en el cuarto piso, aunque las botas del guardián eran inaudibles, ascendía a través del resplandor azul.

Atravesaron la sala y llegaron a otra más pequeña, que no era utilizada desde hacía tiempo. En otra época, según dijo el guardián, allí ponían a los delincuentes menores de edad. Sobre la mesa colocada en el centro de la sala, donde antes comían los muchachos, unas cuantas siemprevivas se marchitaban en tarros de mermelada, cubiertas de polvo. Dos celdas del otro extremo habían sido reunidas en una, para alojar al condenado y a sus dos guardianes.

Drover no leía; lo espionaron a través de una ventanita del tamaño de una tarjeta postal, colocada en la puerta de la celda. Dormía sentado en su silla, con las manos juntas y apretadas, caídas entre las rodillas. Parecía posar para su retrato, con las anchas ropas grises, de tela áspera, se le veía mejor que medio oculto en la cabina del autobús. Un pie se apoyó mejor en el suelo; las manos se abrieron un poco y se curvaron. Luego entreabrió los párpados y aparecieron los ojos, como esos caramelos celestes que chupan los niños. Daba la impresión de vigor y obstinación, de responsabilidad y suave estolidez. Todos sus movimientos eran suaves; cuando cogió un libro, sus manos anchas se movieron torpemente, con desdén. El libro estaba al revés; tras un instante lo invirtió.

El secretario dijo:

—¿Sabe que me parece conocer su cara? ¿No estaba en la línea trece?

—No, diez A —dijo el guardián.

—Supongo que todos se parecen —murmuró el secretario. Por su mente pasó un largo desfile de hombres vulgares con gruesos chaquetones, sentados en cabinas de cristal, girando el volante un poco hacia este lado, un poco hacia el otro, luchando con él en las curvas peligrosas, y alzando el pulgar en las carreteras rurales para saludar a los otros conductores que volvían de Mairenheim bajo la lluvia.

—Es un hombre muy callado —dijo el guardián—; tratamos de alegrarlo un poco, pero se diría que no sabe bien dónde se encuentra. Está aturdido, supongo. Algunos compañeros vinieron a verle el otro día. Al principio no podía comprender que si les hablaba a través del cristal no le oirían. Quería verles y hablar a la vez. Pero, de todos modos, no tenía gran cosa que decirles. Se interesó algo cuando supo que iban a cambiar la ruta del diez A. No —agregó el guardián, meneando la cabeza—, no es fácil comprenderle. De todos modos, ahora cambiará, ya que tiene dos compañeros. Si no se adapta, esto resultará un funeral.

Volvieron cruzando el patio asfaltado; los guardianes iban y venían por la cárcel; los presos, vestidos de gris, salían de la sala de conciertos y se dirigían al Cuerpo C.

—¿Le visitó su mujer? —preguntó el secretario.

—También ella es muy callada —dijo el guardián—. En ese sentido hacen una buena pareja.

—Pobre mujer —dijo pesadamente el secretario.

Pensó en lady Collins, cuyo marido había tenido que declarar en la Bolsa antes de que lo mandaran a la cárcel por cinco años; recordó el silencio y la oscuridad de la casa de Montague Square, las persianas cerradas y el portero que contestaba al teléfono. Pero el Comisario pensaba en cambio en las habladurías del puesto de pescado y patatas fritas, los vecinos amables, y el tormento de los lunes por la mañana, con la ropa de una sola persona colgada en el jardín del fondo, y las voces que se hablaban por encima de las cercas de madera. Este no era el tormento peor, la esperanza y el temor en la celda, las visitas del capellán; el Comisario recordaba vagamente que alguna vez alguien había trazado un mapa del infierno mediante círculos, y mientras la luz del reflector caía repentinamente sobre los objetos y se alejaba después de tocarlos, mientras callaba la campana que ordenaba acostarse a los del Cuerpo C, pensó: «Esto es apenas el círculo exterior.»

El gran portón volvió a correrse sobre su vía de metal y el coche salió. El secretario pasó el brazo por la correa y dijo con suavidad, con un leve resto del frío de la piedra sobre la lengua:

—Entonces usted nos dirá —¿no es cierto?— lo que piensa la gente. Qué efecto...

El hombre que recortaba figuritas de papel y el soprano masculino exhibían sus habilidades ante las colas de las localidades baratas; las persianas de la tienda ya se habían cerrado todas; las prostitutas emigraban hacia el oeste. En los grandes cines empezaba por segunda vez la película principal; las hileras de taxis se deshacían y volvían a formarse. En el Café Français de Little Compton Street, el hombre del mostrador sirvió dos cafés y vendió un paquete de Weihts. La fábrica de fósforos de Battersea

generaba las últimas diez mil cajas del día, trabajando horas extras. Los coches de la feria de Oxford Street chocaban y se repelían ruidosamente, y los diarios vespertinos imprimían la última edición: «El asesinato y violación de Streatham. Últimas noticias». «El señor MacDonald vuela a Lossiemouth.» «La conferencia de desarme hace una pausa.» «Servicio especial para futbolistas.» «La familia de un matrimonio asegurado cobra 10.000 libras. Asegúrese hoy mismo.» En cada estación subterránea del Círculo Exterior se detenía un tren cada dos minutos.

II

Conder abrió la puerta de una de las cabinas a prueba de ruidos del piso superior y la cerró tras él. Inmediatamente todas las máquinas de escribir de la sala callaron; las teclas bajaron suavemente, como plumas. El jefe de reporteros, sentado ante su escritorio, con las rodillas apretadas contra la barbilla, se interrumpió en medio de una frase:

—Esperé ante la casa de Winston toda la mañana, y cuando apareció con toda la cabeza vendada sólo dijo...

En el piso de abajo, los editorialistas estaban sentados en sus pequeñas oficinas, fumando cigarrillos y mascando turrón, preocupados por la palabra exacta, buscando en los diccionarios, dirigiendo la opinión pública. Un piso más abajo, los subdirectores sentados ante largas mesas deslizaban el lápiz azul sobre los originales, garrapateaban títulos sobre las tiras de papel, sujetaban el conjunto en un armazón metálico, y lo mandaban de un golpe, gemebundo y repiqueante, a la linotipia.

—Central dos, tres, cero, uno.

En el piso de abajo, la puerta giratoria, rodaba y rodaba; el portero, sentado en su garita, preguntaba: «¿Está usted citado?» Los rollos de papel se deslizaban como monumentos de mármol hacia las máquinas que giraban y giraban, escupiendo el *Evening Wath*, plegado y prensado: «El señor MacDonald vuela a Lossiemouth. ¿Está usted asegurado?», empaquetándolo en pilas de cien, echándolo

por un tobogán de acero, a través de un túnel, hasta el camión que lo esperaba.

—Oficina de prensa, por favor.

Un mensajero se precipitó escaleras arriba, de la sala de subdirectores a la de editorialistas, de la sala de editorialistas al departamento de documentación.

—¿Dónde está Topolobampo?

En la sala de reporteros, las teclas de las máquinas bajaban silenciosamente; el jefe de redacción seguía ante su escritorio, abriendo y cerrando la boca; el aliento de Conder empañaba el cristal helado.

—Sí, soy Conder. ¿No sabe nada del asesinato de Streatham? ¿No pueden inventar algo? ¡Oh, bueno! No, el jefe no quiere saber nada de Drover. ¿Qué hay del asunto de Paddington? Supongo que siguen firmes con Ruttledge. ¿No? ¿No hay bastantes pruebas? Eso quiere decir que se han vuelto a equivocar de hombre, les conozco. Si al Director le duele el estómago no se libran de un editorial. La culpa no es mía. Sí, ya iré. Espléndido, no puedo quejarme. ¿Es una noticia interesante? Mi mujer quiere que me acueste a las once. Oh, bueno. En el Hombre Verde a las once menos cuarto. Los chicos le mandan recuerdos.

Conder colgó y abrió la puerta. Las máquinas de escribir repiqueteaban como un regimiento de caballería, y el redactor jefe decía:

—Entonces le pregunté: «Pero ¿qué diablos está haciendo en pijama?»

La cara de Conder y su cabeza calva relucieron ligeramente a la luz de las lámparas. Con su melancolía habitual dijo:

—No hay novedades de Scotland Yard.

—¿Nada sobre Streatham?

—No, y han soltado a Ruttledge. Se habían equivocado de hombre. Trataron de taparme la boca con el asunto de Drover.

—El Director no quiere que le hablen de tus rojos.

—No. ¿Puedo irme? Esta noche tengo una reunión en el partido.

—Ya estarás viendo todo rojo —dijo el jefe de redacción con inquietud.

—Rosa, extraordinariamente rosa —dijo Conder con voz baja y triste y su vitalidad visiblemente decaída.

—Deberíamos poner unas líneas sobre Ruttledge en la última, si es posible. Lleva esto a la imprenta y enséñaselo de paso a los subdirectores.

Conder tomó el ascensor para bajar al piso inmediatamente inferior. Llegaba más rápido a pie, pero durante unos segundos, mientras bajaba a sacudidas en la antigua jaula de metal, se sentía un potentado de la industria que se retiraba de su oficina de director en el edificio de Productos Químicos Imperial. Salió del ascensor y se convirtió nuevamente en el periodista eficaz de siempre, el hombre hogareño, que mantenía a su amante esposa y a seis criaturas; el contribuyente, el sostén de la sociedad. Pero su cara redonda y lustrosa, su cabeza calva, su boca melancólica y sus párpados pesados no se modificaron.

Un hombre que marchaba con rapidez le adelantó en el corredor y le gritó, volviendo la cabeza:

—¿Qué tal, Conder, cómo andan esos rojos?

Conder asintió en silencio, sonriendo; un Conder que ya no era el sostén de la sociedad, sino el simulador. Conder el revolucionario. Pero ras, ras, como al volver las páginas de

un libro, cambiaba el carácter de Conder; al llegar junto al sillón del subdirector, volvió a ser el periodista eficaz, el marido y el padre.

—¿Cómo andan los chicos, Conder?

—Me parece que uno tiene tos ferina. El pequeño. Esta tarde llamamos al médico. Cuando llegue a casa lo sabré. ¿Le parece que ponga esta noticia sobre Ruttledge, debajo de Streatham?

—Tal vez tengan que ponerlo en última hora. ¿Le parece que vale la pena comentarlo?

Ras, ras; Conder era el hombre que conocía los secretos de Scotland Yard, el reportero del crimen. Pero la misma voz melancólica que hablaba de la tos ferina, contestó:

—No creo.

En la linotipia el empleado le preguntó: «¿Qué tal anda su esposa, señor Conder?», mientras revolvía los papeles en su escritorio, buscando el proyecto de la página. El cajista, aflojando la gran chapa de tipos de metal para insertar el artículo de Conder, preguntó: «¿Qué tal la nueva casa, señor Conder?»

Porque aunque no sabían nada del potentado industrial y se reían del revolucionario, y en su ausencia se burlaban cuando mencionaban al confidente de Scotland Yard, hacía diez años que aceptaban al hombre de familia, la menos interesante de las numerosas personificaciones del triste e insatisfecho cerebro de Conder. Pero nunca le pareció extraño que eligieran arbitrariamente esa realidad, entre todas sus irrealidades, aun durante los escasos minutos diarios en que era el auténtico Conder, un hombre

soltero que poseía una colección de monedas extranjeras y vivía en un cuarto alquilado en Little Compton Street.

—Tenemos problemas con el cuarto de baño.

—¡Ah!

—¡Cómo les envidio a ustedes, los solteros! —Y era verdad: Conder, el hombre casado, con tos ferina en la casa nueva y un cuarto de baño insatisfactorio y una esposa que quería que estuviese en la cama a las once, envidiaba la independencia del joven cajista, la envidiaba con una conciencia tan amarga de su propia suerte que dentro de pocas horas volvería a ser nuevamente joven e independiente, corriendo juergas, blandiendo el paraguas por Piccadilly, abordado por las putas, aunque nunca conseguían llevarlo más allá de la entrada de sus hoteles, porque en el umbral del placer, Conder el revolucionario, cuya vitalidad no debía consumirse en placeres, o Conder el hombre casado, lo reclamaban. Se alejó por un corredor adornado por espejos distorsionantes.

* * *

El reloj de la alta torre dio las seis y media, y la voz de la sirena atravesó el crepúsculo. Nadie respondió; en la fábrica de fósforos próxima a Battersea Rise trabajaban horas extras; a pesar de todo, la sirena, conectada eléctricamente con el reloj, chilló durante un minuto y medio, mientras cien cajas de fósforos, azules y blancas, saltaban sobre una gran cinta transportadora que se las llevaba con lenta solemnidad, como pequeños ataúdes en marcha al crematorio, hacia el tremendo calor de la cámara de secado. Las ciento cincuenta muchachas de la sala de máquinas se movían con la regularidad del pulso sanguíneo;

una mano hacia la izquierda, una mano hacia la derecha, la presión de un pie; una caja húmeda salía volando, giraba en el aire y caía sobre la cinta transportadora. Era imposible oír el ruido de las cajas que caían, ni las voces de las muchachas, en medio del ruido de las máquinas; las máquinas de la sala, las máquinas del subsuelo donde los troncos de árboles se convertían en delgadas tiras de madera, las máquinas del piso de arriba, donde, sobre una cinta giratoria, marchaban los fósforos de cabeza rosada, cincuenta en fondo, subiendo primero hacia el techo y luego bajando hacia los tanques de sulfuro.

Kay Rimmer movió una mano hacia la izquierda, una hacia la derecha; apretó con el pie y guiñó el ojo izquierdo. La muchacha que estaba frente a ella guiñó dos veces el ojo. Entre dos sacudidas de la máquina, antes de que la cinta pudiera adelantar treinta centímetros, pasó el mensaje:

—¿De caza esta noche?

—No, maldita sea.

Dos hombres se detuvieron un momento junto a las máquinas; una boca se abrió en un grito que sólo se oyó como un débil susurro:

—De aquí van al secado.

Pero la última palabra se sumergió en un estrépito demasiado intenso para la comprensión. El gerente y la visita se perdieron de vista; las cejas se transmitieron mensajes a lo largo de las máquinas.

—¿Te gustaría?

—Ni aunque me pagaran.

Una mano a la izquierda, una mano a la derecha, la presión de un pie.

En el patio, el gerente señaló:

—Ese es el Cuerpo A. Allí van las empleadas nuevas, para los procesos más simples. Luego, si trabajan bien, se las traslada al Cuerpo B y más tarde al Cuerpo C. En el Cuerpo C son todas empleadas muy prácticas. Al menor fallo, se las traslada nuevamente al Cuerpo B.

—Supongo que ganan más —dijo el visitante.

—Y tienen otros privilegios. Un cuarto de hora más para el almuerzo. Pueden hacer uso de la sala de conciertos.

Una mano a la izquierda, una mano a la derecha, una presión del pie. A lo largo de toda la sala de máquinas del Cuerpo C los párpados subían y bajaban, silenciosas conversaciones que atravesaban con facilidad la barrera de ruidos.

«¿Al cine?»

«¿Cómo está tu amiguito?»

«Esta noche salgo.»

Ciento cincuenta cajas de fósforos avanzaban hacia la cámara de secado.

—Muy buena comida, en la cantina. La misma comida que sirven a los de dirección.

—Millones de cajas de fósforos por mes —dijo el visitante—. Cuando uno lo piensa, es extraordinario.

—También tenemos nuestro dispensario particular. Por supuesto, de vez en cuando hay un accidente. No se pueden evitar. Descuido, o estupidez...

Una mano a la izquierda, una mano a la derecha, una presión del pie. Un dedo rebanado tan limpiamente en el nudillo que parecía no haber existido nunca; un pie aplastado entre dos engranajes.

—No le dolió nada. No sufrió nada. Se desmayó cuando vio la sangre.

—Es muy valiente. Mientras la llevaban en la camilla a la sala de operaciones, iba conversando con el médico.

Seguro de enfermedad; media paga; incapacidad; la dirección lo lamenta. Entre las hileras de máquinas las muchachas seguían de pie, con los labios pintados y el pelo ondulado, moviendo rápidamente un párpado, sin poder hablar por el ruido, pensando en muchachos y en películas y en estrellas de cine: Norma, Greta, Marlene, Kay. Entre la muerte y la desfiguración, entre el paro y las calles, entre las ruedas dentadas y los ejes, las muchachas seguían en pie, mientras las agujas del reloj giraban desde las ocho de la mañana hasta la una (leche y galletas a las once), y luego el largo tirón hasta las seis.

Doscientas cajas de fósforos ascendían hacia la cámara de secado; las agujas del reloj señalaban las siete menos cinco. Greta movía una mano hacia la izquierda. Norma una mano hacia la derecha, Marlene apretaba con el pie, Kay Rimmer trataba de dibujar su propia imagen en el aire polvoriento y viciado, con la cabeza inclinada en una actitud de leve sensualidad, con los labios anaranjados un poco entreabiertos. El reloj dio la hora, y todas las máquinas callaron inmediatamente. Los fósforos, cincuenta en fondo, se detuvieron en medio del ciclo, las luces eléctricas disminuyeron su iluminación a la mitad, y las muchachas corrieron hacia la entrada y las escaleras. Cada empleada del Cuerpo C se había ganado nueve peniques extra.

En el vestuario. Norma se ponía el sombrero. Greta se cepillaba el pelo, Marlene se componía el maquillaje. Norma dijo:

—¿Adónde vas esta noche, Kay?

—Tengo reunión del partido —contestó Kay.

—Qué asco —dijo Greta.

Kay Rimmer sonrió. Podía permitirse el lujo de sonreír; iba a un lugar donde habría cincuenta hombres por cada mujer. Greta se pasaría la velada con un solo muchacho en el cine. Norma, en una reunión religiosa, con unos pocos hombres pálidos del coro; arte, política, la Iglesia. Kay Rimmer ya los había probado todos.

—En esas reuniones no encontrarás nunca a nadie —dijo Norma.

Kay Rimmer probó con la lengua el nombre «Jules». Mientras recorría el largo corredor hasta la entrada, con una sonrisa inconsciente y segura, desgranó una serie de nombres: Terry, Herbert, Arthur, Joe. Acogía todo nombre de varón con felicidad, con curiosidad y con profunda ignorancia: Peter, Bill, Ginger, Frank.

De pronto vio el nombre DROVER, escrito con grandes letras en el cartel del vendedor de periódicos junto a la entrada, y la felicidad, el entusiasmo y la esperanza se disiparon; el nombre de ese individuo al que durante tres años había visto cortar el pan o remover la taza de té, desayuno tras desayuno, el nombre del individuo que se había casado con su hermana, se lanzó sobre ella desde el arrugado papel. Leyó dos veces el aviso: «Se rechaza la apelación de Drover».

«Debería volver junto a Milly», pensó. No tendría que ir a la reunión. Peter, Bill, Ginger, Frank. Se detuvo en el límite de la acera, rozando el bordillo con el pie. Terry, Herbert, Arthur, Joe. A todos los había conocido con Drover.

«Debería volver a casa. Milly estará desesperada.» Pero otro nombre cayó en la balanza: "El señor Surrogate".»

«A Milly no le gustó nunca que Jim me llevara a las reuniones. Milly le quería. Milly era celosa.» Un viento frío barría la acera, arrastrando un trozo de papel plateado de chocolate bajo la luz artificial. Milly lo quería. Kay Rimmer se ciñó el cuerpo con los brazos, para darse valor, y pensó en el amor, con los labios anaranjados entreabiertos, mientras la desdicha de su hermana luchaba en su cara con la excitación, la expectación del contacto de un hombre en la oscuridad. Por supuesto, debería volver a casa, pero pronunció el último nombre, «Jules», suave y secretamente.

En los escaparates de las tiendas todavía iluminadas, su cara, al pasar, se reflejaba brevemente entre zapatillas y platos preparados, firmemente decidida a defender su felicidad. Hasta había cierta ferocidad en su paso liviano y rápido, parecía un animal paseando frente a la boca de la cueva, protegiendo a su cría. «Milly le quiere.» Pero Kay se precipitó en defensa de su dicha, alentada con frágil esperanza en la oscuridad. El cartel no quería decir absolutamente nada. Suspendarán la sentencia. No es un asesino.

Al final de la calle había un hombre; al principio, oculto en la sombra, le creyó un desconocido. Luego pensó que podría ser Jules. Cuando llegó a unos veinte metros, reconoció al hermano de Jim Drover. Le miró con hostilidad; estaba vestido de oscuro, y con una mano delgada sostenía una cartera; supo que la esperaba a ella.

—¿Has visto eso?

—Sí.

—¿Adónde vas?

—Voy a un mitin del partido, Conrad.

Desesperadamente, la felicidad la llamaba a gritos; la alegría, la diversión. Con indecisión, dijo:

—Supongo que debería irme a casa.

—¿Milly está sola?

—Sí.

—No sé por qué tienes que irte a casa —dijo él—. Iré yo. Tú no conocías a mi hermano como yo. Milly y yo podemos hablar de él. —Conrad se apoyó en el escaparate de una tienda; detrás de él, la joven vio una larga avenida de chaquetas de segunda mano que desaparecía en la penumbra del interior—. Estuve todo el día en los Tribunales.

Ella lo miró rápidamente, porque de pronto se le había ocurrido: va a echarse a llorar. La gente se parará y nos mirará; pero su cara no parecía más pálida que de costumbre; siempre había sido así, con esas contracciones nerviosas. Pálido, mal vestido, esforzándose por mantener el aplomo, había avanzado de cargo en cargo en su compañía de seguros, con el aire de un hombre que espera que lo echen en cualquier momento. Mientras le observaba, ella dejó de prestar atención a sus palabras; no supo de qué se trataba cuando dijo de pronto:

—Una broma estúpida. —Luego le preguntó—: ¿Conseguiste que firmaran la petición?

Kay repitió:

—Petición.

Y él empezó a estrujar la cartera.

—Hay que hacer algo. Hay que elevar una petición.

—Pero no puedo pedirles a los de la fábrica que la firmen —explicó—. No puedo decirles que es el marido de Milly.

Con ligera aspereza, él preparó una estocada: «No eres capaz de hacer nada por él», pero el aspecto de la

muchacha lo desalentó. Detrás de ella, veía todas las máquinas de la fábrica. Con los labios anaranjados y el pelo ondulado, la joven luchaba contra la monotonía de sus metales grises, pero en el fondo formaba parte de ella, como un trazo frívolo de pintura brillante sobre un eje.

—Al gerente no le gustaría. Me echaría a la menor oportunidad.

No hablaba en ella el miedo, sino el realismo.

—¿Para qué sirve una docena de firmas? Uno tiene que vivir. Tu caso es distinto.

Amablemente le dijo por qué era distinto. Era jefe de sección, era indispensable en su oficina; no podían salir a la calle y conseguir inmediatamente otro jefe de sección.

—Cualquiera puede hacer lo que yo hago, pero tú...

Y observó el traje oscuro, el cuello duro, la cara juvenil y avejentada, con orgullo y desprecio, como diciendo que no todos podían ser como él, y no todos querían ser... tú eres inteligente.

Se aplastaron contra la tienda, para dejar pasar a las muchachas de la fábrica; detrás de ellos, las chaquetas de segunda mano, las míseras blusas se estremecieron al paso de su dueño. Conrad Drover dijo de mala gana:

—Es una suerte que alguien sea inteligente.

Ella no habría podido adivinar al oírlo hasta qué punto deseaba que el inteligente fuera otro. Para él, la inteligencia sólo había significado más aplicación en la escuela primaria y más sufrimiento en la escuela secundaria, al lado de los que habían nacido libres de inteligencia. De noche, todavía podía oír el coro malicioso que le llamaba el favorito de los maestros, que se burlaba del nombre pretencioso que sus padres le habían puesto, como un

distintivo de inteligencia desde el mismo día de su nacimiento. La inteligencia, como un calor intolerable, había convertido en un desierto el mundo que le rodeaba; de vez en cuando, como en un espejismo en la arena, veía las multitudes estúpidas, que jugaban, reían y gozaban sin pensar en la ternura, en la compasión, en la camaradería del amor.

—Oiga: ¿desea comprar una chaqueta, una cazadora, unos pantalones? Tengo un traje precioso con pantalones de golf, por veinticinco chelines. No hace falta ir a Saville Row para vestir bien. —La avenida de trajes vibraba todavía en él.

—No, no —dijo Conrad Drover—, no quiero nada.

—Bueno, entonces, dígame: ¿no le parece que hace mal en obstruirme la entrada para charlar con su novia? Tengo que ganarme la vida, ¿no le parece? Bueno, dígame...

—Vamos —dijo Kay. Pero él titubeaba, preguntándose si el judío tenía razón, si había procedido mal; tendría que comprarle una corbata o un par de calcetines, algo barato porque no podía gastar mucho.

—Oh, no. Espere un momento, y dígame...

—Cierra la boca —dijo Kay Rimmer, tomando a Conrad por el brazo y arrastrándole hacia la calle.

«Sacrificio», pensaba el señor Surrogate, mientras contemplaba desde la ventana de su cuarto desprovisto de adornos, ejemplo de buen gusto, el ancho estanque azul de Bloomsbury Square. Los plátanos extendían sus pálidas palmas a la luz de los faroles, y el cartero iba golpeando de puerta en puerta. «Sacrificio.» El señor Surrogate se paseó hasta la puerta y volvió nuevamente a la ventana, deteniéndose un momento ante el espejo colocado sobre la

chimenea de estilo Adam, para captar su imagen cuidadosamente descuidada, regordeta y rubia, su pelo gris sobre las sienes, su boca quizá demasiado decidida. Pero corrigió este último detalle, momentáneamente consciente de sí mismo, al divisar los insolentes ojos tártaros de Lenin en su busto de yeso. «Camaradas, un hombre debe morir en aras del pueblo. Aceptamos el sacrificio del camarada Drover, sabiendo, sabiendo...», vuelta a la ventana, un giro sobre los talones, y nuevamente la cara burguesa, con su mirada fija e insolente.

Oyó que llamaban a la puerta. Esta se abrió cautelosamente, y una mano deslizó una carta sobre el aparador.

—Gracias, Davis, gracias.

—Van a dar las siete, señor.

—Gracias, Davis, sé muy bien qué hora es.

«Camaradas», empezó nuevamente el señor Surrogate. «Camaradas, no debemos descorazonarnos; ningún sacrificio es demasiado grande...» Volvió a interrumpirse y miró nerviosamente la letra enrevesada, hermosa e ininteligible. Abrió de mala gana el sobre y descifró con dificultad la invitación a comer, que como un huevo pelado y blanco, yacía en un nido intrincado y oriental de letras extravagantes. «Caroline quiere averiguar algo sobre Drover», pensó. Nunca daba a ninguna invitación su valor aparente. En el fondo de su complicado orgullo, sobrevivía una extraña humildad.

Sentía deseos de rechazar la invitación, pero sabía que la aceptaría, que soportaría las horas de martirio sentado frente a los cuadros de su difunta esposa, que cubrían todas las paredes; los exquisitos paisajes

estilizados, las perspectivas verdes y populosas que habían emergido tan simple y certeramente de su cerebro maligno y malhumorado. Durante su prolongado, fiel y desdichado matrimonio, ambos se habían desenmascarado mutuamente ante Caroline Bury con una falta absoluta de reticencia, y ahora visitar a Caroline era volver a desenmascararse. «Sacrificio.» Había momentos de brutal clarividencia, en que reconocía los motivos de su filosofía y de su política; su incapacidad de ocultar nada le había humillado tan a menudo que había necesitado crearse una filosofía de la humillación, fundar su carrera en el desenmascaramiento de sí mismo. «Sé humilde y serás exaltado», y de los abismos de la humildad volvía a ascender reconfortado a las alturas del orgullo.

—¿Llamo un taxi, señor?

A través de la puerta cerrada llamó a su criado:

—¿No puedes dejarme tranquilo, Davis? Ya sé lo que tengo que hacer.

Y meciéndose en el balancín del orgullo y de la humildad, entre la puerta y la ventana, entre el espejo y el busto de Lenin, oyó la voz de su mujer que le decía con violento desagrado: «No practicaste bastante esa expresión.» De pronto, en medio del silencio, como el fantasma de antiguas cenas, oyó el crujido de una nuez. Se quedó inmóvil, esperando casi oler la copa de oporto añejo, oír el tintineo de los cristales; pero sólo oyó el silencio, el silbido de la estufa de gas, el débil golpe del cartero en una puerta, al otro lado de la plaza. Pero cuando reinició su paseo por la habitación el ruido se repitió; era inconfundible; era el ruido de una avellana al partirse.

El señor Surrogate miró el recipiente de cristal lleno de avellanas sobre el aparador, y luego se acercó de

puntillas a la biblioteca. A lo largo de todo un estante se extendía la crónica de su evolución intelectual: *Hacia el librecambio. Regreso al proteccionismo*, en sus ediciones inglesa y norteamericana; sólo con *La aportación de El Capital* su obra había llegado al continente, hasta las editoriales alemanas y checoslovacas. Su mirada recorrió con orgullo la crónica de su creciente humildad: *La nacionalización de la industria*, con un *Apéndice sobre las escalas de compensación*, seguida por el breve título triunfalista de *Suprimamos la compensación*. El estante no estaba totalmente lleno. La edición norteamericana de *La dictadura del proletariado* formaba un ángulo con el otro extremo del estante. El señor Surrogate se agachó y colocó la oreja junto a *La aportación de El Capital*; una avellana estalló ruidosamente en la oscuridad, detrás del libro.

El señor Surrogate tendió los dedos y retiró repentina y simultáneamente tres ediciones de *Suprimamos la compensación*. Del otro lado, sorprendido en pleno almuerzo, con una avellana entre las patitas delanteras, vio un ratón. Tanto el señor Surrogate como el ratón se quedaron desconcertados. Durante un buen rato se miraron fijamente, sin moverse. El ratón ni siquiera soltó la avellana. Tal vez esperaba que no lo vieran. Tal vez no había visto nunca una cara humana tan cerca, casi al alcance de su cola extendida, y esa vasta superficie blanca y lunar le parecía un fenómeno natural. Alrededor de él, y por todo el estante, yacían los restos de innumerables comidas y desperdicios, migas de pan, cáscaras rotas, trozos de sobres viejos y de manuscritos descartados, envolturas de caramelos, porque al señor Surrogate le gustaban las cosas dulces. Evidentemente, había comido allí noche tras noche,

y había comido bien. El señor Surrogate se retiró cautelosamente, y el ratón, dejando caer la avellana, se precipitó hacia la oscuridad, detrás de *La aportación de El Capital*.

Con la mano ya tendida para desalojarlo, el señor Surrogate sintió compasión. Todo su rostro se dulcificó y adquirió una expresión de blandura. «Pobre ratoncito.» Entreabrió un poco la boca y sintió nostalgia del animalito oculto en su refugio. Pensó en el gran novelista ruso, consolado en la cárcel siberiana por la visita nocturna de un ratón. «Yo también. La cárcel de este mundo»; y sus ojos se llenaron de lágrimas; su mirada pasó de *La aportación de El Capital* a los faroles y los plátanos que divisaba por la ventana. Se dirigió al aparador y encontró un pedacito de queso.

Durante un tiempo, el ratón resistió la tentación del queso. Evidentemente sospechaba de las intenciones del señor Surrogate. Seguía tan inmóvil detrás de *La aportación de El Capital*, que el señor Surrogate pensó que se había escapado por algún agujero. Empezó a enfadarse con el ratón. Se llevó el queso y lo tostó un instante ante la estufa de gas.

El olor a queso tostado tuvo un efecto inmediato. El ratón emergió, cogió el queso y se retiró detrás de *La aportación de El Capital*. Tenía un trasero brillante y sedoso, y un aire de gran respetabilidad. Uno se imaginaba un manojito de llaves colgadas de su cintura; pero prefería comer a solas, en el cuarto de la patrona. El señor Surrogate no le trajo otro pedazo de queso; ya no sentía compasión; el tedio de Siberia se le hizo aparente cuando pensó que hubo alguien cuya única diversión consistía en un ratón. El reloj dio las siete menos cuarto.

—Davis, consígueme un taxi. Llegaré tarde.

El señor Surrogate encontró el sombrero y volvió una vez la mirada desde la puerta. El ratón seguía escondido. Había roído una punta de *La dictadura del proletariado*, y era evidente que no había utilizado el estante únicamente como comedor.

—Davis —dijo el señor Surrogate—, pon una ratonera en la biblioteca.

Jules Briton se secó las manos en la toalla que colgaba detrás del mostrador y se las calentó acercándolas al gran recipiente de cobre. Una prostituta francesa se apoyó en el mostrador y le habló; había abandonado momentáneamente su parada de Lisie Street para tomar una taza de café. Jules le contestó en un francés correcto, cauteloso, incómodo; en vida de su madre, sólo le habían permitido hablar en inglés; su madre conservaba vivo el rencor hacia su padre, que la había dejado con el negocio en quiebra y había huido hacia su país natal. Jules no había estado nunca en Francia, pero su madre le había inculcado laboriosamente, con dura austeridad inglesa, la idea de algo vergonzoso, irresponsable, que por la noche, cuando bajo la influencia de la bebida ella gemía su amor perdido, se transformaba en algo hermoso y alegre. Francia era para él esas mujeres que se paseaban fatigosamente, en pareja, por Wardour Street, calle arriba y calle abajo; las monedas falsas introducidas en el aparato automático de venta de cigarrillos, la misa en la oscura y mal decorada iglesia de Notre Dame, las ilustraciones francesas, las tarjetas postales francesas, los preservativos. Era algo furtivo como

el deseo, sombrío como la religión, alegre como los cigarrillos robados.

Se abrió la puerta del café, y Jules tendió una mano fluctuante hacia Conder, que avanzaba a través del vapor.

—Tengo algo para usted —dijo.

—Suba conmigo, entonces —dijo Conder.

El cuarto amueblado de Conder quedaba en el primer piso. En la pared se veía un retrato de la familia real, tomado antes de la guerra; el Rey, la Reina, una multitud de niños atemorizados e inidentificables vestidos de marinero, una princesa de pelo rizado y prominente, con un enorme moño.

—Bueno —dijo Conder—, ¿de qué se trata?

—Un billete de un rublo —dijo Jules. Lo desplegó sobre el edredón.

—¿Cómo lo consiguió?

—Lo encontré en el suelo cuando barría.

—Bueno, es una suerte, una verdadera suerte —dijo Conder, retrocediendo, contemplando el billete y pasándose una mano por la calva—. Ni soñaba conseguir un rublo. Usted sabe que no permiten que salgan del país. No me sorprendería nada que valiera..., bueno, un par de chelines. Para un coleccionista, por supuesto.

Sacó del cajón de la mesa una lata que alguna vez había servido para guardar bizcochos de chocolate y volcó el contenido sobre la cama, al lado del rublo. Cada vez que adquiría una moneda nueva o un nuevo billete examinaba todos los viejos.

—Bonito, ese chelín austríaco. Y esos leptas griegos. Esta de Turquía la conseguí en un autobús. Le podría contar cosas realmente asombrosas sobre lo que uno puede encontrarse en un autobús.

Cogía las monedas con ternura, frotándolas con el pañuelo, aplastando las arrugas de los billetes. Su lengua pronunciaba nombres exóticos: taels, pengos, chelines, zlotys y santims, piastras, annas y lats, centésimos y sens.

Jules miró el espejito donde Conder se afeitaba y luego una moneda de cobre.

—Se me ocurre, sabe, que me parezco a Napoleón III. Si me dejara crecer un poco la barba...

—Ahora tengo la colección completa de estas monedas irlandesas —dijo Conder.

—Una barba Imperial.

—Mire este puerco.

El pensamiento de Jules vagaba del Emperador a Sedán, de Sedán a París, de París a la Comuna.

—¿No va al mitin del partido? Ya tendríamos que habernos ido.

—Una figura alegórica, que simboliza la Abundancia.

—Conder —dijo Jules—, ¿qué pasó con Drover?

—Rechazaron la apelación. Un Labrador y un Arado.

—Yo conozco a la hermana de su mujer.

—Una figura alegórica, que simboliza la Paz.

Conder dejó con cuidado la moneda al lado de las demás, sobre el edredón floreado.

—¿Cómo dice, que conoce a su mujer?

—A la hermana de su mujer. Viven juntas.

—Podría conseguir una entrevista, en ese caso —dijo Conder, con débil interés.

—Estará en el mitin —dijo Jules.

Conder miró su reloj.

—Tenemos que irnos.

La breve excitación del coleccionista ya se había disipado; nuevamente era un periodista descontento con su sueldo, con su profesión y con su vida.

—¿Cree que lo colgarán?

—No se puede saber —dijo Conder.

Se daba por sentado que un periodista comprendía el funcionamiento del mundo, pero Conder se había pasado la vida aprendiendo que no se podía comprender a los que juzgaban y perdonaban, recompensaban y castigaban. «El mundo —pensaba, mientras pasaban entre los cafés, los restaurantes iluminados, los puestos de venta de periódicos extranjeros y las puertas abiertas de las casas— obedecía a los caprichos de unos cuantos hombres; los caprichos de un político, un periodista, un obispo y un policía. Colgaban a éste y perdonaban a aquél; un embaucador iba a la cárcel, pero tipos semejantes iban al Parlamento.» Conder, el revolucionario, se ruborizó un poco al pensar en esta injusticia; pero sabía perfectamente que no era lo bastante sistemática para que se pudiera considerar una injusticia.

—Espero que no lo cuelguen. A veces venía a las reuniones. Nunca hablaba.

—Tendría que preguntárselo al Obispo de Londres.

—¿Qué puede saber él?

—Pues menos puede saberlo otra persona.

—¿No se puede hacer nada? ¿Peticiónes? ¿Alguna cosa?

—Ese es justamente el problema. No se puede saber. Por cada asesino colgado en el país, se firma una petición. La gente firma una petición a favor de cualquiera. Por ejemplo, este asesinato con violación de Streatham. Cuando pesquen al hombre, centenares de mujeres de Streatham firmarán una petición para que le conmuten la pena.

—Entonces no sirve de nada. No puede tener ningún efecto.

—Ah, eso tampoco se puede saber. Una vez cada cincuenta surte efecto. El Ministro coge los papeles y ve un nombre conocido. Quizá sólo sea el nombre y no la persona que él conoce, pero vuelve a mirar la petición y reflexiona un momento. O tal vez acaba de pronunciar un discurso en un gran mitin, y le aplaudieron, y se siente democrático y piensa que la opinión popular es la acertada. O ha comido a gusto. Tal vez bebió demasiado. Tal vez es el único Ministro en veinte años que se excede en la bebida. Pero basta con eso para cambiar todo. No se puede saber. Hay que probar. Ninguno de nosotros sabe qué motivos puede tener para colgar a Drover o para perdonarlo. Política y religión están demasiado mezcladas con esos asuntos.

Entraron en la oscuridad y el silencio de Charlotte Street. El agente de policía de la esquina observó con sorna su llegada. Jules dijo de pronto:

—Estamos jugando.

—¿Jugando a qué?

—A los rojos.

Un gran automóvil cubierto, con bocina aguda y potente como ladrido, pasó violentamente a su lado rasgando la calle con el brillo de los faros, mientras las puertas, los escaparates y los carteles de los diarios aparecían y volvían a desaparecer. El coche dobló la esquina con un amplio patinazo, y se perdió en dirección a King's Cross. El agente de la esquina saludó.

—¿Quién era? —preguntó Jules. Al pasar el coche, había divisado el interior iluminado, lleno de hombres

corpulentos con sombreros de fieltro, sentados en dos hileras, que se miraban sin hablar.

—La patrulla móvil —dijo Conder.

Jules pensó en el silencio de los policías y en la palabrería que le esperaba. Pronunciarían discursos hasta muy tarde, reconstruyendo teóricamente a Inglaterra, aboliendo imaginariamente la pobreza. Cuando volvió la esquina y su mirada se cruzó con la mirada de burla del policía, se sintió malhumorado e insatisfecho. Deseaba algo que pudiera defender con pasión, pero el comunismo era mera palabrería, nunca acción, y el patriotismo le desconcertaba; no era inglés y Francia tampoco significaba nada para él; sólo estatuas y Napoleón III, putas y cigarrillos robados. Deseaba que alguien le dijera: «Haz esto. Haz aquello. Ve aquí. Ve allá.» Quería que le salvaran del mostrador y del depósito de té, de los Weights y de la cruel frivolidad del café.

—¿Harán algo por Drover esta noche?

—Hablará Surrogate, espero, y Bennett. Tal vez asista un delegado del garaje.

Se habría dedicado a cualquier causa, a cualquier individuo, aun a una mujer, si hubieran podido ofrecerle un motivo para mostrarse tan serio como esos seis policías en automóvil por Charlotte Street.

—Esta muchacha —dijo Conder—; la hermana de Drover...

—La hermana de su mujer.

—¿Es bonita?

Jules asintió. Nada le satisfacía esa noche. «Kay es bonita —pensaba deprimido—, amable y superficial como yo.»

Llegaron tarde al mitin; al pasar por el vestíbulo a oscuras, frente a la taquilla vacía, oyeron fragmentos de discurso. Las tediosas sílabas subían y bajaban como pies cansados. Por toda la sala se oían los pasos de la mancha del hambre; las feas banderas improvisadas, que caían y se abatían en el desesperado tumulto de innumerables Domingos Rojos. Jules se sintió conmovido por la sinceridad de esos miles que no se disputaban el mando, que estaban dispuestos a seguir a los demás con paciencia y humildad. Tres filas más adelante vio a Kay Rimmer, que lloraba con la cabeza entre las manos. Susurró al oído de Conder:

—Tenemos que salvar a Drover. De algún modo. Somos miles.

Hasta qué empezó el discurso siguiente, creyó haber encontrado la causa que anhelaba.

* * *

—Todos los presentes —dijo el señor Surrogate— cambiarían gustosos de lugar con el camarada Drover; ninguno es tan vil que no se sienta capaz de dar como él un golpe con toda el alma contra la opresión capitalista.

Mientras escuchaba su propia voz, las realidades retrocedían como una marea; no había en su mente ninguna imagen de la celda del condenado, de la máscara sobre los ojos, de la marcha hacia el patíbulo; sólo veía caer a César y oía hablar a Bruto. Con voz quebrada, exclamó sobre los asientos vacíos y las caras verdes del cine en desuso, hacia Antonio, de pie contra la pared del fondo:

—¿Quién es tan vil que se atreva a ponerse de parte del capitalismo? Si existe, que hable, porque mi ofensa es para él.

En la sombra, en algún momento, una muchacha lloraba; el señor Surrogate volvió a exclamar en las calles de la Roma imperial:

—No hay por qué afligirse. Toda fe exige sus sacrificios. ¡Cuando Drover muera, el Partido Comunista de Gran Bretaña llegará a su mayoría de edad!

El intelectual de gafas de carey le interrumpió:

—¡Bravo, bravo! —y aplaudió.

* * *

Un hombre llamado Bennett dijo:

—¿Qué medidas se han tomado?

El señor Surrogate alzó la mano.

—De eso iba a hablar. No pertenezco al comité ejecutivo del partido. Trato de hablar en nombre del simple militante. Propongo que se proceda inmediatamente a una colecta en ayuda de la viuda del camarada Drover, y que una parte de la colecta que tuvo lugar recientemente en Londres para el frente de choque se dedique a la erección de un monumento conmemorativo apropiado.

—Todavía no está muerto —dijo Bennett.

—No podemos ocultarnos a nosotros mismos que las esperanzas son muy pocas —dijo el señor Surrogate—. Por supuesto, los formularios de la petición serán entregados a todos los presentes a medida que se retiren de la sala.

Un hombre con abrigo grueso se levantó.

—Los del garaje —dijo— me pidieron que viniera. ¿No podemos hacer una especie de moción ahora mismo, pidiendo al Parlamento...?

El intelectual de gafas de carey se paró junto al señor Surrogate.

—Es totalmente imposible. Somos más de diez personas. Por la ley trece de Carlos II, Estatuto I, podríamos ser encarcelados. No puede ser.

—¡Siéntense! —gritó Bennett, y el señor Surrogate y el hombre del garaje se sentaron precipitadamente—. ¡Siéntense! —repitió.

El tesorero dijo:

—No acepto órdenes tuyas, camarada Bennett. Si el mitin...

—¡Siéntese!

El señor Surrogate se inclinó sobre el cordón de su zapato. Se preguntaba amargamente si todos los movimientos terminaban con esas riñas personales, esas luchas por el poder. Recordaba la primera Sociedad Fabiana, las señoras con sus trajes Walter Cañe, pelo corto y cigarrillo, con su fe en la perfectibilidad del ser humano, que protegían a los pintores de brocha gorda y a los electricistas. Recordaba las discusiones a medianoche, cuando volvía a casa por el puente de Chelsea, con la compañera elegida.

—Ahora —dijo por encima de él la voz de Bennett—, podemos ir al grano.

El señor Surrogate alzó la mirada y la enfocó en la lejanía. Conocía demasiado bien su hábito mental de recordar las causas que había defendido, bajo la forma de

relaciones humanas: la Sociedad Fabiana, en base a ese cabriolé de medianoche y sus primeras tentativas de discusión platónica del Amor Libre y de la Emancipación de la Mujer, con una muchacha que no quería mostrarse seria ni siquiera cuando estaba en la cama con él.

—¿O tal vez queda algún otro intelectual con ganas de escucharse a sí mismo? —prosiguió Bennett, mirando al señor Surrogate; éste desvió los ojos, profundamente enojado. Durante muchos años, mientras pasaba por todas las etapas del socialismo, había creído con absoluta sinceridad, que algún día lograría ponerse en contacto con el obrero; pero el electricista que había escrito un ensayo sobre el Fabianismo había sido el único hombre de esa clase con quien había intimado. El único; un hombre de edad, con gafas metálicas y base religiosa recubierta por estudios primarios; que era verdaderamente serio, capaz de hablar de las abstracciones que el señor Surrogate amaba: el Mejoramiento Social, la Igualdad de Oportunidades, los Medios de Producción.

¡Las personas! El señor Surrogate se estremeció. Siempre le habían traicionado. Las mujeres, cuando quería emanciparlas, coqueteaban con él; cuando las hermosas abstracciones del comunismo le atrajeron al partido — camaradería, proletariado, ideología—, se encontró con Bennett. Estaba resentido por la intrusión de Drover, porque había que salvarlo y no prepararlo para el sacrificio sobre el altar. Las causas proporcionaban entusiasmo, exaltación, una sensación de libertad; los individuos hacían sufrir con su brutalidad, su malicia, su falta de comprensión. Él podía vivir en un mundo de religiones, partidos políticos y teorías económicas; pero se volvería loco si seguía codeándose continuamente con redentores

políticos, pobres que pedían pan. Y sin embargo no podía ser feliz a solas, entre sus deslumbrantes abstracciones; buscaba un compañero que le ayudara en la confirmación de la fe en la realidad de todas esas cosas —Capitalismo y Socialismo, Riqueza y Pobreza— y no en la realidad de esas otras: champaña y bailes benéficos, y mujeres que daban a luz a su duodécima criatura en una habitación abarrotada.

—¿Está esa chica aquí? —preguntó Conder.

—Podremos verla cuando acabe esto —dijo Jules.

—Esto merece una nota en los diarios de la mañana —dijo Conder—, pero ¿cómo publicarla? Sería una traición al partido.

Se pasó la mano distraídamente por la calva; hablaba en voz baja; escuchaba lo que decía Bennett y pensaba a la vez en otras cosas. «La mujer de Drover quizá valga una entrevista, no puedo quedarme sentado como esos malditos intelectuales; suponiendo que hubiera otros periodistas aquí, o el folleto treinta y seis; no puedo arriesgarme a que me echen del partido; si sale en los diarios de la mañana me acusarán; tres voluntarios para distribuir el folleto en las puertas de salida; me culparán, me culparán.»

—Soy el delegado del garaje. Quieren saber qué van a hacer con Drover.

—Trataré lo de Drover cuando sea el momento —dijo Bennett—. Hay que firmar la petición. ¿Espera que asaltemos la cárcel? ¿Qué se gana rompiendo ventanas? Si quieren colgarlo lo colgarán.

—En el garaje están muy interesados.

—Pues hagan un mitin en el garaje. Llamen a uno de esos intelectuales que hablan tan bien. Aquí tengo que ocuparme de hechos concretos.

—Hay que hacer algo.

—En este mitin tenemos que ocuparnos de muchas cosas, no sólo de Drover. ¿Quién es Drover, después de todo? Nunca vi que hiciera nada por el partido. Tenemos un asunto demasiado importante por delante, un asunto que no puede esperar por culpa de ese Drover.

Alguien gritó en medio de la sala:

—¡Muy bien, Bennett! —y todos rieron.

—Me gritan Drover por aquí, Drover por allá. Drover ya no importa. No basta matar a un policía. No soy un charlatán. Soy quien se encarga de hacer las cosas. Ya tenemos bastantes esquiroles. Los tenemos en el partido, los tenemos dentro de esta sala. Espías y esquiroles. Tipos que nunca movieron un dedo para conseguir un trabajo honrado, charlatanes, chupatintas. Tenemos que eliminarlos.

—Realmente —dijo Conder, pasándose la mano por la calva—, se excede un poco. Pone en duda nuestra decencia.

* * *

Kay Rimmer estaba sentada con la cabeza entre las manos y la vista fija en el suelo. Pensaba en las largas calles que la separaban de Battersea, los judíos de Charing Cross Road, las prostitutas de Coventry Street, y la larga cuesta de Piccadilly; al otro lado, pasando King's Road y los refugios de los taxistas, atravesando el río lento y opaco y los almacenes y los tranvías, Milly esperaba, Milly con su tristeza insoportable; miedo en la cocina, ansiedad en la salita, dolor en cada escalón. «Me gritan Drover por aquí, Drover por allá.» Drover, que nunca se había entrometido, que siempre se había quedado en su propia casa, sentado tan discreto como una visita, importunaba en todos lados: la

planta seguía sin regar, porque ésa era tarea suya; no había ni una botella de cerveza en la casa, porque él era quien las tomaba. «Quiero divertirme —pensaba—. Jim no me importa; odiaría a Milly por todo esto», y alzando la mirada vio la mejilla tersa y el peso canoso del señor Surrogate.

* * *

—Esa es Kay —dijo Jules agitando la mano.

Advirtió que la joven había llorado. Por encima de su cabeza Bennett seguía vociferando. Su furia era como una tormenta; unía a las personas que estaban en la sala, las acercaba en la oscuridad y el aire viciado. Se permitió durante un instante la idea de enamorarse de Kay; parecía tener más personalidad con los ojos húmedos. Su pensamiento, hasta ese instante brumoso de remordimiento, vago de aspiraciones, se aclaró momentáneamente; de pronto se le ocurrió que tal vez lo único que le hacía falta era una mujer. El amor, cuando uno no tiene dinero, depende del azar; uno lo acepta cuando se presenta, pero se presenta muy pocas veces. Las mujeres siempre esperan algo, en cambio: una visita al salón de baile, bombones, cine; les parece indigno considerar que el placer es una recompensa en sí; o si no se vuelven melancólicas, apasionadamente monógamas, y cuando él quería reírse, hacer el amor y hacer ruido, ellas querían quedarse quietas en la oscuridad, a solas con él. Pero Kay no era así; tenía demasiados amigos para sentir deseos de esconderse en un rincón; tal vez podía enamorarse de ella sin peligro. Sus lágrimas no lo atemorizaban; sólo significaban que le gustaría estar acompañada; también él se entristecía

cuando se quedaba solo; era capaz de dar todo lo que tenía por estar acompañado; cualquier compañía, aun la de Drover; se sentía perdido, asustado. Sólo una mujer, sólo el bullicio, sólo un disco en el gramófono o la charla de la gente podía salvarlo de ese hundirse en sí mismo, retrocediendo hasta encontrar a su áspera madre en el umbral, más allá de los gritos llorosos de la embriaguez, más allá de las peleas en el cuarto contiguo, hasta llegar a los besos y los dulces y la obligación de acostarse temprano, hasta llegar al no ser. Gritar, cantar, formar parte de una multitud, como ahora, era mejor que seguir buscando en la oscuridad algo tan irremisiblemente perdido como el refugio del vientre materno. «Jules, te olvidaste de esto... Jules, te olvidaste de aquello... Maldito seas, ¿hasta cuándo me harás esperar?» Lentamente reaccionaba, se disculpaba, daba explicaciones. Todos pensaban que era perezoso, todos los patronos y los clientes que lo trataban; pero también se olvidaba con facilidad de los propios asuntos, del pañuelo, del abrigo cuando hacía mal tiempo; y hoy de la carta que había recibido, esa carta con la dirección corregida y el sello francés, y que sólo en ese momento, volvía a recordar. «La abriré cuando vaya a comer»; pero a la hora de almorzar un organillo tocaba en medio de la calle, dos niñas bailaban con las faldas recogidas, un parado marcaba el compás con las manos, y Jules aprovechó la oportunidad para reír, charlar y sentirse durante diez minutos parte de la calle, parte de Londres, parte de un país, no un ser abandonado porque su madre había muerto, un ser que tenía que abrirse paso en un país que sólo era suyo por un accidente de nacimiento.

La superficie de su cerebro tenía conciencia de las palabras de Bennett; del señor Surrogate, que se inclinaba

hacia su zapato; de Kay, que trataba de encontrar su mirada; las imágenes le bailaban en la mente como la lluvia en un cristal, sin dejar huellas. Estaba lejos, buscando lo que había perdido, lo que nunca se había resignado a perder, la dependencia total, un propósito definido (respirar, crecer, nacer), la imposibilidad de estar solo.

—Vamos —dijo Conder—, se ha acabado. Yo sabía que no harían nada por Drover. No sirven para nada, sólo saben hablar.

—¿Por qué viene? —preguntó Jules.

Durante un instante se sintieron unidos en la entrada por la presión de los que salían; alguien les plantó una copia de la petición en la mano; luego, un palmo de acera y la mancha de la luz de un farol los separó. En este contacto rápido e involuntario, algo afectó a Conder; como cuando uno comparte un taxi con una desconocida después de una fiesta, y el contacto casual induce a las confidencias entre una y otra esquina.

—Supongo —dijo— que cuando todo anda tan mal es un placer oír hablar de algo mejor.

Miró de reojo a Jules, con vergüenza, con vehemente esperanza.

La calle estaba llena de gente que reía y se volvía a su casa. Jules anhelaba irse con ellos.

—Aquí está Kay —dijo a Conder, y a Kay—: Este es Conder. —Conder se descubrió, y los ojos de Kay se fijaron con tristeza, con aburrimiento, con velada malignidad en la cabeza calva.

—¿Podemos acompañarla a su casa? —preguntó Conder.

—No tengo ganas de ir a casa —dijo Kay—. Es temprano.

Se apoyó en el farol y apretó la mejilla contra el hierro.

—Vamos al parque, entonces —dijo Jules.

—Hace frío.

—A un café.

—Vengan los dos conmigo —dijo Conder—; vamos a tomar algo en el *Fitzroy*.

—Ya he tomado muchas copas en el *Fitzroy*. ¿No se le ocurre algo nuevo, algo más estimulante?

Conder se llevó la mano a la cabeza.

—Los invitaría a comer algo, pero la verdad es que tengo que encontrarme con alguien a las once menos cuarto.

Kay sonrió con incredulidad. Los hombres ni siquiera eran capaces de inventar una excusa original.

—Podríamos ir al cine —dijo Jules.

—No quiero ir ni a un cine ni a un café ni a un pub, no quiero irme a casa y no quiero dar vueltas por el parque.

Los dos hombres seguían inmóviles a su lado, perplejos e irritados. «Tendrían que comprender lo que es mi casa; Milly, siempre esperando, sin acostarse, sin cambiarse de ropa, desesperadamente unida a un hombre que ya no está en la casa, que no estará nunca más.» Se preguntó con una especie de sensualidad irritada si le gustaría sentirse atada a un hombre. También éstos eran hombres, hombres que se quedaban a su lado y le ofrecían café, cerveza y películas, que no podían ni soñar —sus caras deprimidas y opacas lo revelaban— que lo único que ella deseaba, en ese mismo instante, esa misma noche, era saber cómo sería sentirse tan atada a un hombre.

—Son casi las once menos cuarto, Conder —dijo Jules.

Ella miró a uno, luego al otro; Conder, bajo, mal vestido, calvo y con los dedos manchados de tinta, con las uñas romas de escribir a máquina; Jules, con esa mirada perdida que le pareció en ese momento tan fácil de amar.

—¿No pueden decir algo gracioso? Tengo ganas de reír.

De pronto supo que Jules comprendía que si Conder no hubiera estado presente, habría hecho el amor con ella; esta certeza la irritó. Conder miró su reloj y dijo:

—Sí, realmente tengo que irme.

Pero ella puso en juego todos sus encantos para retenerle, sonriendo y haciendo pucheros, en una vaga evocación de una famosa actriz cinematográfica que hacía un breve papel de una antigua película ya borrosa.

—Oh, ya sé que no le intereso. No creo que tenga ninguna cita.

—Créame, señorita Kay —dijo Conder—, le aseguro que con nadie me gustaría más quedarme y charlar un rato, y espero que me permitirá ir a buscarla a su trabajo, algún día, e invitarla a almorzar. Si no fuera una cita tan importante.

—¿De qué se trata?

—¡Ah, las damas no saben guardar un secreto! —dijo Conder, con una impresionante reverencia.

Sus personalidades se sucedían tan rápidamente que hasta él mismo se confundía; ya no sabía si era el revolucionario, el confidente de Scotland Yard, o su nuevo papel, el jefe de espías. Se quitó el sombrero y desapareció rápidamente detrás de la esquina de Charlotte Street, con

la cabeza un poco inclinada, para hacer frente al frío embate del viento.

—Kay —dijo Jules.

—Mira —dijo ella rápidamente—, allí está el señor Surrogate.

El señor Surrogate salió solo del cine, más pálido que al entrar. Se había encerrado en un water, hasta asegurarse de que ya habían salido todos, porque no deseaba encontrarse con Bennett. «Un encuentro suscitaría más hostilidad», pensaba; había que impedir que el partido se dividiera en fracciones; y a ratos, oyendo los pies que se movían junto a los lavabos, había tirado convincentemente la cadena. Cuando oyó pronunciar su nombre, el rostro se le nubló, pero volvió a iluminársele al divisar a la joven junto al farol. Se acercó desdeñosamente por la acera. Era exactamente como en los viejos tiempos de la Sociedad Fabiana.

—¿Qué tal, camarada? ¿Qué le parece una taza de café?

La miró detenidamente.

—Usted es la joven que lloraba.

—Jim Drover es mi cuñado.

El señor Surrogate se sintió desconcertado. Drover era un sacrificio, Drover era un camarada; al morir Drover, el Partido Comunista inglés entraría en la mayoría de edad.

—Lo siento mucho —dijo.

Se sentía hostigado y traicionado por la individualidad de los hombres.

—No se trata de mí —dijo—. Mi hermana es la que necesita compasión. Me habría gustado llevarle alguna noticia. No quiero volver a casa y decirle que no piensan hacer nada.

—El partido no puede hacer nada —dijo el señor Surrogate.

—No quiero imaginarme lo que va a hacer Milly. Es una mujer muy callada. Uno no sabe nunca qué piensa. Pero sé que eran felices. Se aburrían tanto juntos, que no les quedaba más remedio que ser felices.

El señor Surrogate casi le gritó que se callara. El dolor le resultaba insoportable. Todos sus nervios se contraían ante su evocación. Recordaba con nostalgia las paredes desnudas de su apartamento, el calor de la estufa de gas, el espejo y la chimenea estilo Adam. Sólo una persona doliente penetraba en esa casa, y ya estaba muerta; podía hacerla a un lado y olvidarla, como un libro.

—Hace cinco años que se casaron.

—Escuche —dijo el señor Surrogate—, todavía queda la petición.

—No tiene ninguna confianza en eso.

—Siempre se puede hacer algo... en privado. Se puede recurrir a ciertas personas. Hablaré con Caroline Bury.

—Si por lo menos pudiera decirle algo alentador a Milly.

—Algo se hará, se lo prometo.

De algún modo había que reanimar las promesas de la noche, alejar el dolor.

—Venga conmigo —agregó—, y discutiremos el asunto.

—¿Qué dices tú?

—Ve con él, Kay —dijo Jules.

Esperaba que el señor Surrogate lo invitara igualmente; también él quería hacer algo por Drover; le habría gustado estar acompañado, en vez de acostarse; unas copas, mucha conversación, y después de decidir lo que

convenía hacer, un poco de música. Pero su conformidad irritó a Kay.

—Es demasiado tarde —dijo la joven.

El señor Surrogate se sintió desconcertado; esforzándose en alejar la tristeza había olvidado que era una muchacha, una persona con quien podía discutir la vieja y candente cuestión de la Emancipación de la Mujer.

—¡Vaya ideas burguesas! —dijo—. Estoy sorprendido. Llamó un taxi.

Conder abrió la puerta del salón de fumadores del pub; en un rincón estaba la elegante mujer de traje de terciopelo negro sentada en su lugar habitual tras la barra. Sobre la chimenea pendía una fotografía de un almirante de rostro curtido y gorra ladeada; una placa en la pared declaraba que el local había albergado un club de oficiales de Marina entre 1914 y 1918.

—¿Nadie preguntó por mí? —dijo Conder.

—No, señor Conder, el señor Simpson no vino esta noche, ni tampoco el señor Barham. Hemos estado bastante tranquilos.

Su dulce voz daba a las palabras un sonido que parecía un «cuac, cuac».

—Echaré una mirada.

Conder bajó la escalera. Pero no abrió la puerta porque a través del cristal vio a Bennett. Estaba de espaldas y se llevaba a los labios un vaso de bitter. Sus amigos llenaban el local y el estrépito de sus risas poblaba la escalera; Conder se quedó un momento muy quieto, sintiéndose en el centro de una multitud hostil. Se abrió la puerta de la calle y entró un hombre corpulento con sombrero de fieltro; vestido de civil parecía disfrazado.

—Hola, Conder —dijo.

Conder se llevó rápidamente un dedo a los labios.

—Ssh —dijo, retrocediendo escaleras arriba—. Ssh.

El hombre corpulento se acercó; al pasar dirigió una mirada prolongada hacia el bar.

—¿Que le pasa? —preguntó.

—Se lo diré inmediatamente. ¿Quiere tomar un trago? Llegó tarde.

—Da gusto ver una cara nueva —dijo la mujer de terciopelo negro.

—Dos cervezas —dijo Conder. La mujer se volvió lentamente hacia su rincón llevando una botella vacía en cada mano, con las maneras de una mesonera Eduardiana.

—¿Qué le pasa? —repitió el hombre—. Salud —agregó alzando la copa.

—Escuche, Patmore —dijo Conder—, temo que me ponga en un aprieto. Bennett está abajo. Tiene ganas de pelea. Si me viera con usted...

—¿Por qué, Conder? ¿No puede ofrecer una copa a un amigo?

—Mire, Patmore, usted puede ser solamente dos cosas; o policía o empleado del juzgado. —La idea de que Bennett estaba en el pub le aterraba y le irritaba—. Estoy harto, Patmore —prosiguió—, de todos ustedes, los de Scotland Yard. Son un montón de avestruces que esconden la cabeza en la arena y creen que nadie les ve. Soltaron a Ruttledge. No tienen la menor idea sobre el crimen de Streatham. Lo único que pueden conseguir es un pobre diablo como Drover.

—¿Quería hablar de eso, señor Conder?

—El Comisario... Tal vez sepa cómo se cuelga a un negro en la selva, pero para Londres no sirve.

—No diré que no tiene razón, Conder, en lo que a él se refiere. Hay muchos en Scotland Yard que piensan como usted. El inconveniente es que quiere saber demasiado. No deja a nadie tranquilo. Scotland Yard es muy complicado. Uno no puede saberlo todo. Uno no puede saber todo lo que pasa en el departamento de huellas digitales, si quiere saber todo lo que pasa en el departamento de pruebas sanguíneas. Pero él no quiere comprenderlo. Quiere meter la nariz en todas partes. Por ejemplo, le daría a usted un patatús si supiera dónde fue esta noche. Si uno de esos días le pasa algo, la culpa será suya.

Conder dejó repentinamente el vaso, y la cerveza se derramó sobre el mármol de la mesa.

—¿Pasa algo?

Alguien subía tropezando con las escaleras.

—¡Por amor de Dios —agregó—, deje de hablar de esas cosas! Alguien viene.

La mujer de terciopelo negro se dirigió hacia la puerta, con un frufrú de encaje antiguo.

—Despacio, despacio, señor Rowlett —murmuró alguien al otro lado. Entró un joven acalorado—. Escuche, señorita Chick —dijo.

—Mucho gusto de verle por aquí —dijo la señorita Chick.

—Los tipos esos me empujaron por detrás. Están todos borrachos. Habría que llamar a un policía. —Se quedó mirando a Patmore con ojos vidriosos y salió precipitadamente.

—No tienen que pensar mal de él —dijo la señorita Chick, deslizándose nuevamente en su rincón, entre las botellas de cerveza.

—Aquí no estamos seguros, Patmore —dijo Conder—. Ese Bennett es muy desconfiado. Pensaría que estamos tramando algo.

—Lo único que quiero saber, señor Conder, es qué dijeron esta noche sobre Drover.

—¿Por qué?

—Queremos saber qué piensa la gente acerca del caso.

—¡Vaya por Dios!, otra vez. Así es Scotland Yard, ni más ni menos. Se preocupan todo el tiempo por un hombre que ya tienen entre rejas, pero ni se imaginan quién puede ser el asesino de la señora Crowle. Veá, Patmore, un periodista está acostumbrado a ver de todo, pero ese baúl me dio el peor susto de mi vida. Un baúl antiguo, como el que usaba mi madre cuando se iba a veranear, lleno de sangre. A rayas azules, como una camisa, y lleno de sangre.

—Sobre ese asunto podría decirle unas cuantas cosas. No somos tan tontos como usted cree.

Conder bebía la cerveza a sorbos, inclinando la cabeza calva y reluciente; durante un instante se olvidó de Bennett, y siguió la pista de un coche que se dirigía velozmente por las calles oscuras hacia Euston.

—Y ahora sueltan a Ruttledge, por culpa de unas miserables huellas digitales.

—No teníamos motivo para no soltarlo.

—Y siguen preocupándose por Drover.

—Eso es lo que me interesa, señor Conder. Dígame solamente ¿qué dijeron de Drover esta noche? Habrán

pronunciado discursos, por supuesto, pero ¿decidieron algo? ¿Alguna manifestación? ¿Alguna forma de propaganda? ¿Cómo plantearon el asunto?

—Pregunta mucho, Patmore —dijo Conder—. Quiere que traicione a mis amigos. Dos cervezas más, señorita Chick.

—No es más que un intercambio de información, señor Conder. Le puedo proporcionar una noticia de primera para la edición de mediodía.

—¿Me promete algo exclusivo, de verdad?

—Sí, señor Conder.

—Bueno, se lo diré. Hablé Surrogate, hablé Bennett, y trató de hablar uno del garaje. Nada más. No van a hacer nada por Drover. Todos firmarán la petición, por supuesto. Pero puede creerme, Drover ya ha pasado al olvido. Es como si ya lo hubieran colgado. Lo que les interesa es este tipo de Aldershot. Aquel al que le cayeron dos meses por repartir panfletos. Van a remover cielo y tierra por ese asunto.

—Gracias. Eso es todo lo que quería saber.

—Bueno, termine la cerveza y vámonos.

—¿Cómo están sus chicos?

—Los chicos..., oh, los chicos. Están muy bien. Es decir, uno tiene tos ferina.

Mientras Patmore bebía la cerveza, Conder ampliaba su relato: la casa nueva, el baño defectuoso; cada palabra, cada frase, cada falsa imagen era una acusación, una acusación formulada con cuidado para evitar toda posibilidad de absolución, una acusación contra la vida, la vida sin hijos, ni mujer, ni hogar.

—La cuenta, señorita Chick.

—Buenas noches, señorita Chick.

Abrió la puerta; Bennett estaba al otro lado. Era imposible saber si les había escuchado. Se tambaleaba ebriamente en el rellano de la escalera, con las manos en los bolsillos. Conder oyó la voz de Patmore en el salón de fumadores, que se despedía largamente de la señorita Chick; oyó que ésta le decía:

—Fue un placer verle por aquí. Siempre hay muy poco movimiento.

Bennett se balanceaba suavemente hacia adelante y hacia atrás; Conder no se animaba a seguir, temiendo que le obstruyera el paso, y no se animaba a quedarse, temiendo lo que Patmore pudiera revelar. Luego apareció Patmore en el rellano y dijo con su tono habitual, pesado y cordial:

—Siento que haya tenido que esperarse, señor Conder. Una muchacha muy simpática, ¿no le parece?

Conder dio un paso hacia adelante, Bennett dio un paso hacia el costado, y Patmore siguió hablando todo el tiempo, mientras bajaban la escalera. Para Conder, cada palabra de Patmore parecía calzada con las botas de un policía.

—Ese hombre parecía interesado en nosotros —dijo Patmore—; no nos quitó la mirada un momento mientras bajábamos. ¿Es amigo suyo?

Nunca en su vida se había sentido Conder tan asustado. Cuando Patmore se despidió, se detuvo un momento en la acera tratando de encender un cigarrillo, pero el fósforo se le apagó dos veces entre los dedos. Se sintió amenazado por el vado de la calle y corrió hasta la primera esquina iluminada que encontró. Pasó un autobús, rugiendo, mientras sus luces vibraban a través del cristal desnudo de una tienda desocupada y a oscuras. En unas

tiras de papel escarlata se leía: «Liquidación por traslado del negocio. Liquidación por traslado del negocio.» Corrió un poco más y se apoyó frente a otra tienda. Una mujer de cara devastada y restaurada le dijo:

—¿Por qué tanta prisa, querido? —y siguió sin mayores esperanzas su camino.

«Liquidación», decía el aviso de la tienda. «Liquidación. Local dañado por incendio.» Era una casa de empeños; barras de hierro protegían el escaparate. Relojes, pulseras viejas, un reloj de mesa, estatuillas de porcelana, una escopeta; los estantes proclamaban el saqueo de cien hogares. Conder se sintió desposeído de su débil sensación de seguridad; le pareció que la calle se desmoronaba en torno a él, en ruinas, incendios, contratos anulados, la vejez que pica de viruela las caras. No recobró totalmente el dominio de sí mismo hasta marcar el número de teléfono de su jefe de redacción, en una cabina de la acera opuesta; cuando puso la mano en el receptor y los labios junto al orificio negro, los latidos de su corazón se normalizaron.

—Habla Conder. Tengo una noticia importante para mediodía. Exclusiva. Creo que se trata del crimen de Ruttledge. La Patrulla Móvil pasó con rumbo a Euston. No me sorprendería que fuera una noticia de primera. ¿Sí? ¿Sí? No. ¿No quiere insertar unas líneas sobre la petición de Drover, para no dejarlo morir? En Scotland Yard siguen interesados en el asunto. No sé por qué.

Pero aceptó sin objeción la negativa del jefe de redacción, que después de recorrer quince kilómetros de cable surgía a la calle en ruinas:

—El director ya no tiene interés en Drover.

El señor Surrogate se arrellanó cómodamente en el taxi y cerró los ojos. Se instalaba en el pasado, un pasado donde no existían ni Bennett ni Drover, pero no excluía a una joven que se acercaba a él impulsada por las sacudidas de un cabriolé, mientras cruzaban el puente de Chelsea.

—Los Derechos de las Mujeres —dijo—. Seguramente usted ya no acepta el punto de vista antiguo.

Y un poco después, mientras el taxi cruzaba Gower Street:

—El control de Natalidad... Tenemos que instalar clínicas —y colocó una mano amistosa sobre la rodilla de Kay Rimmer.

Un farol lanzó un rayo de luz hacia el interior oscuro del vehículo, y el señor Surrogate, vislumbrando apenas la sonriente actitud de espera de la joven, retiró repentinamente la mano. No había que precipitarse; era fácil que lo interpretaran mal. Ascendió muy suavemente la escalera, delante de ella, hasta llegar al primer piso, temiendo encontrar al criado al entrar en la sala de estar. Se alegró al recordar que Davis dormía fuera.

—Vivo aquí totalmente sólo —dijo, con rigidez y cierta melancolía—. Mi mujer falleció.

Encendió una luz, y las paredes blancas surgieron de la oscuridad.

—Sírvase unas avellanas mientras enciendo el fuego.

Se arrodilló, y del extremo de su fósforo surgieron las suaves llamas centelleantes.

—Es bonito esto —dijo Kay Rimmer—. ¡Qué cantidad de libros!

—Esos los escribí yo —dijo el señor Surrogate.

—Debe de ser maravilloso escribir libros.

—Uno trata de hacerse oír. ¿Le gustaría ver el apartamento? Es pequeño, pero de buen gusto, me parece. Por supuesto —agregó el señor Surrogate, con voz más baja y respetuosa—, falta el detalle femenino. Es una guarida masculina.

Pero la palabra guarida era un eufemismo; el señor Surrogate pasaba de una habitación a otra, encendiendo las luces, y en todos los cuartos que recorrían aparecían paneles blancos, paredes color crema, paredes de jade claro, que surgían como centinelas ante la voz de mando. Surrogate no miraba en torno; tenía conciencia de la muda aprobación de la joven detrás de él. Ninguna mujer hubiera demostrado mejor gusto; los escasos objetos que interrumpían la desnudez de la sala y del comedor habían sido elegidos con impecable tacto: una caja de té de cartón piedra, una pintura sobre cristal, una esbelta mesita pintada, estilo imperio, en el cuarto color jade. Surrogate avanzaba con pasos silenciosos, encendiendo las luces; no señalaba nada; con la cabeza tersa y rubia, desdeñosamente inclinada, parecía simplemente el humilde guardián de sus tesoros; nadie hubiera adivinado el fuerte orgullo contenido que le impelía a inclinar la cabeza en reconocimiento de su gusto perfecto.

—Mi dormitorio —dijo secamente, abriendo una puerta rosada, encendiendo varias luces.

Kay Rimmer lanzó una tímida exclamación de placer ante los cortinajes rosados, la cama semicircular, la colcha de seda como una inmensidad de pétalos caídos.

—¡Oh! —dijo, al divisar el gran espejo con sus profundos reflejos, que la halagaban más que las palabras dulces de un hombre—. ¡Oh! —volvió a exclamar al ver el único retrato en la pared—, ¡qué hermoso! ¿Quién es?

El señor Surrogate contestó sin mirar:

—Mi mujer.

El retrato estaba frente a la cama. Era la primera cara que veía por la mañana. Le daba los buenos días antes que Davis, con su belleza, su malicia y su integridad.

—¡Cómo la habrá querido! —dijo en voz baja Kay Rimmer, hechizada por aquel rostro.

Durante un instante, Surrogate anheló revelarle la verdad; que, había colgado allí el retrato como una expiación a su desagrado, como una justificación de su humildad, porque le recordaba a la única mujer que nunca se había dejado engañar por él.

—Venga a ver la cocina —dijo de prisa.

La cocina parecía una tormenta de nieve, con la ventana blanca, el aparador blanco, la mesa blanca y el fogón de gas esmaltado, las paredes y el techo de un azul profundo. Las luces de los cuartos del fondo de las casas vecinas se reflejaban en las paredes; en el callejón, un automóvil gemía.

—Desde aquí se ve lo que hacen todos —dijo Kay Rimmer junto a la ventana.

A través de una abertura entre dos cortinas se veía, en el piso más alto de una casa vecina, a una mujer cepillándose el pelo; una amplia cama doble esperaba a sus moradores; una criada ponía la mesa para el desayuno; un hombre escribía cartas; un chófer se asomaba a la ventana de un pequeño apartamento sobre un garaje y fumaba su última pipa.

—Cada uno hace algo distinto —dijo la muchacha.

Su mirada volvió a la cama de matrimonio; sus pensamientos a la colcha de seda de la otra habitación, y a

Jules; dictaminó que a falta de pan buenas son tortas y recordó a la hermosa e indiferente muerta del retrato. Su cuerpo estaba dispuesto al placer; la profunda paz de la sensualidad cubría todos los temores y perplejidades del día; nunca se sentía más cómoda que en una cama y en los brazos de un hombre.

Conrad Drover, con la cartera en la mano, recorrió a pie todo el camino hasta Battersea. No se decidía a gastar un penique en el autobús o en el metro, pensando que debía reservarlo para la petición de su hermano. Su hermano era el único hombre que amaba en el mundo y, por primera vez en su vida, su hermano lo necesitaba; la fuerza necesitaba por primera vez del cerebro. Antes siempre había sido el cerebro el que había necesitado de la fuerza, el ingenio el que había necesitado de la estupidez. Por Oakley Street y el malecón, una criatura corría hasta un ángulo del parque infantil donde su hermano jugaba con una pelota contra una pared; los tranvías aparecían chirriando, como un dedo arrastrado sobre un cristal, por la curva del puente de Battersea y descendían hacia la madeja de calles mal iluminadas que nacían al otro lado; sobre el agua, las gaviotas flotaban dormidas. Conrad se hundía en la oscuridad de la escuela secundaria, solo, sin su hermano, mientras su nombre rebotaba sobre el asfalto: «¡Se llama Conrad, Conrad, Conrad!» Su hermano estaba sentado en su jaula de acero, conduciendo bajo la lluvia; ganaba tres libras por semana; Conrad estaba sentado ante un pupitre, consciente del odio que le rodeaba, en la escuela, en la oficina; del frío reconocimiento de su eficacia, a través de la puerta de cristal del director del colegio, del gerente de la empresa; Conrad ganaba seis libras por semana.

Las barandas frías del Politécnico de Battersea le rozaban el dorso de las manos; Conrad Drover iba hacia la mujer que más amaba en el mundo. Había abierto la carta de su hermano, en su escritorio; había leído con desesperación: «Nos casamos el martes»; tardó varias semanas en comprender que Milly le había sido robada por la estupidez, la seriedad y la fuerza de su hermano.

Un cartel decía: «Prohibido arrojar piedras contra el Politécnico.»

Ninguno de los dos, ni él ni ella, habían podido nunca hacer nada por Jim; los había reunido la admiración y la impotencia, sentados, por así decir, a su sombra, lejos del mundo que se agitaba y rugía en torno. Ahora Jim se había ido, y eran ellos quienes debían ser fuertes. Durante el día entero, en los Tribunales, Conrad había suplicado el don de la estupidez, para no reconocer lo que había detrás de esas tres pelucas blancas, esas túnicas de seda, esos murmullos, ese levantarse y sentarse: «Sugiero, milord, que si releéis el caso Corona contra Hindle...», las toses y la falta absoluta de interés. Un niño se precipitó contra él, persiguiendo una pelota, y Conrad se aferró a la verja para sostenerse. Pensó con amargura en Kay: «El gerente me echaría. Tú eres distinto. Tú eres inteligente.» «Si alguna vez tengo un hijo —pensó—, rogaré que sea tonto.»

El juez de más edad apoyó la cabeza en la mano y dijo, fatigadamente:

—Hemos otorgado al abogado defensor la máxima extensión posible. Ya nos ha hecho perder mucho tiempo con acotaciones que no vienen al caso.

Parecía sorprendido y un poco escandalizado por la ingenuidad de la tentativa de salvar al acusado. Ingenuidad,

pero no pasión; los dos abogados, el acusador y el defensor, se asentían con la cabeza, se hacían señas y cambiaban cumplidos; en cierto momento se manifestaron cierta acritud, al discutir el caso «Corona contra Hindle»; pero luego Conrad les vio en el corredor: iban a comer cogidos del brazo.

—Por supuesto, yo ya sabía que no podía hacer nada.

—Pues estuvo muy bien. Noté que los procuradores estaban impresionados.

Y más tarde, en Piccadilly, ante la entrada del Berkeley, había visto al hombre delgado de cara amarilla, que decía riendo:

—Un cochecito de niño sobre un taxi.

Conrad Drover le había reconocido. El mismo día en que se decidía el destino de su hermano, el comisario se permitía reírse de una broma estúpida. Su hermano era uno de tantos, sacrificados en aras de la justicia. El anciano juez decía con voz amable:

—El abogado defensor ha insistido con gran habilidad en la cuestión del motivo. Ha tratado de demostrar que el jurado dictaminaría bajo una falsa impresión...

Un joven abogado, sentado detrás de Conrad, había dicho:

—Me voy al tribunal del viejo Symonds. Aquí ya no hay nada de interés. Nos vemos luego en la sala.

Cuando la puerta se abrió, Conrad oyó que alguien fregaba el suelo del largo corredor exterior. El anciano juez decía:

—Hemos llegado a la conclusión de que carecemos de todo motivo para desechar la decisión del jurado.

Su hermano vivía en un sótano frente a los laureles y la verja del Politécnico. Conrad miró hacia abajo y vio bajo

sus pies el resplandor amarillento de la cocina. El edificio, a oscuras, se perdía en el cielo. Era como un monumento sobre una tumba; la luz revelaba que alguien velaba en la tumba. Tocó la campanilla y esperó. Todo seguía igual; hasta el ruido de los pasos y el reflejo de la luz que subía detrás de la puerta, hasta su forma de seguir a Milly en silencio, mientras bajaban los escalones que daban a la cocina. Nunca habían tenido mucho que decirse. «De todos modos —pensó Conrad, mientras ella abría la puerta y lo precedía hacia el calor del gas entre los platos apilados y limpios—, es la primera vez que nos encontramos totalmente solos.» Uno no necesitaba estar solo con Milly para amarla más que a cualquier otra mujer. No era hermosa. Era pequeña, rubia y delgada; las manos eran demasiado grandes, y tenía los pómulos salientes en una cara demasiado exuberante para ser hermosa. Algunas mujeres eran como libros de caja; tenían doble contabilidad, y la verificación era exacta. En cambio, las cuentas de Milly pertenecían a una firma en quiebra; no concordaban; pero el desequilibrio del balance era de una extraña generosidad.

Una vez en la cocina, se besaron con rápida formalidad, como una cortesía necesaria antes de ocuparse de asuntos más importantes. Conrad miró la mesa, el fogón.

—No comiste.

—No tengo hambre —dijo ella, y agregó una mentira—. Comí mucho con el té.

Su mentira no pretendía engañar a nadie. Era un aviso, rápidamente comprendido, de que todo debía ser dicho y hecho en el plano habitual. Estaba tan poco preparada para la emoción, que tenía miedo de todo lo que él pudiera hacer. Conrad dijo:

—Voy a freír un poco de tocino.

Milly no se atrevió a protestar. Mientras el tocino se freía en la sartén, Conrad empezó a hablar, muy rápidamente, tan rápidamente que sus palabras eran casi ininteligibles.

—Ayer tuvimos un caso interesante. Incendio intencionado, sospechamos. El tipo trató de quemar la tienda, íbamos a apelar su reclamación, pero de pronto la retiró, y preferimos dejar las cosas como están. El mismo apagó el fuego, de modo que la policía ni se enteró. Se llama Bernay. Un local único; se quemó un montón de cosas, muchas otras están destruidas. ¿Por qué habrá retirado la reclamación? ¿Temería que le probáramos que era un incendio intencionado? Él gerente cree que no. Piensa que la reclamación no le importaba nada, que sólo quería librarse de la mercancía; tal vez eran cosas robadas, y la policía lo vigilaba y se enteró; de todos modos, no nos interesa.

De pronto, alzó la vista horrorizado y miró a la mujer, al otro lado del fogón, a través del humo tenue de la grasa crepitante. Tan claramente como si se lo hubiera dicho, supo que sus pensamientos merodeaban en torno de las palabras fuego, policía, quemado.

—No —dijo—. No. Tienes que pensar un poco en ti. Todavía hay esperanzas.

Las palabras eran como paquetes de granadas lanzadas contra la defensa de la joven.

—No quieres creer que hay esperanzas.

Observó con angustia y ternura la blanca cara desesperada, los hombros un poco encorvados bajo el peso de cinco años felices. Comprendió con repentina claridad que la injusticia no era únicamente propiedad de un viejo juez cansado, de un policía que hacía bromas en Piccadilly;

formaba parte inseparable del cuerpo, tanto como la vejez y las inevitables enfermedades. Eso que llaman justicia no existe en el aire que respiramos, porque sólo los que odian y envidian y se casan por dinero o por conveniencia son felices. La muerte no puede herirlos, sólo puede herir a los que aman. Intolerable, el peso de esos años felices, de esos días en el Parque y esas noches en el cine, del lecho compartido y la comida compartida y la miseria compartida.

—No me importaría —dijo Milly— si estuviera muriéndose aquí. Podría cuidarlo. Estaríamos juntos todo el día y toda la noche.

Se convencía a sí misma de lo feliz que sería si lo tuviera allí, agonizante en el piso de arriba; los ojos le brillaron un instante con la falsa felicidad de su sueño, la idea de su marido agonizante en el cuarto de arriba. El amor que Conrad sentía por su hermano vaciló al contemplar la desesperación de la mujer.

—¿Por qué habrá hecho eso? —protestó.

—El policía iba a golpearme —dijo Milly—. Todo el mundo estaba nervioso.

Su cuerpo entero empezó a temblar, como si nuevamente se encontrara en el centro de la multitud, cerca de Hyde Park Corner. La policía cabalgaba por el Rotten Row, levantando el polvo como una tenue humareda azul; luego volvía grupas en sus caballos lustrosos y bien cuidados, y se acercaba trotando rápidamente, mientras la multitud les abucheaba y se reía de ellos. Un parado agitaba una bandera junto a la estatua de Aquiles.

—Me encontré con Kay. Iba a una reunión del partido. Tienen que hacer algo para salvarlo.

La multitud escapaba corriendo mientras la policía montada se acercaba por la avenida, blandiendo sus porras. El hombre apostado junto a la estatua de Aquiles trataba de golpear con la bandera a dos policías que lo derribaban y le retorcían el brazo tras la espalda. Gritaba pidiendo ayuda, pero la multitud luchaba por escapar de la cuña de la policía que la desviaba hacia las puertas. Los prados del parque se inundaban de hombres mal vestidos que corrían.

—No van a hacer nada por él —dijo Milly, encogiéndose nuevamente ante la porra amenazadora y el temor de un dolor que no llegaba nunca. El policía estaba de rodillas, sangrando en el césped, gritando y abriendo la boca, y de pronto la multitud estaba muy lejos, y los tres se quedaron solos con la hierba, una silla plegable y una sensación de catástrofe. El policía tenía la cara llena de lágrimas.

—Tienes que comer algo. Mira, el tocino ya está cocido.

—No tengo hambre.

Conrad trajo una silla y la obligó a sentarse. Sacó del horno un plato caliente y colocó el tocino sobre él. Casi se sentía feliz obligándola a comer.

—¿No puedes hacer nada, Conrad? Tú que eres inteligente.

Esas palabras no eran en ella un insulto, como lo habían sido en Kay.

—Me ocuparé de ti hasta que él vuelva. Necesitas a un hombre en la casa.

—No hay otro cuarto.

—Me prepararé una cama en el suelo, aquí.

—Bueno. Pero no necesito a nadie. No necesito nada.

Un momento después se contradijo:

—¿Yo no podría hacer algo? Piensa en alguna cosa que yo pudiera hacer.

Conrad acercó una silla a la mesa, junto a Milly, y se sentó.

—Ya pensaré algo. No temas.

Pero también él, con la cabeza entre las manos, simulando pensar, se sentía asustado. Milly le suplicaba que la ayudara. Acudía a él, y lo único que él sabía hacer era sumar y restar, multiplicar y dividir. Toda la oficina dependía de él; los directores que llegaban en sus automóviles y luego asentían con la cabeza frente a la tela verde de la sala de reuniones; los accionistas que se levantaban de pronto y preguntaban con petulancia qué significaba esa cifra, por qué no habían rendido cuentas de aquella cantidad; pero la dependencia de una sola persona lo mareaba de miedo.

—Me da miedo estar aquí sin él —dijo Milly.

Durante los cinco años últimos, Jim se había sentado en el mismo sillón, en el mismo lugar de la cocina, y ellos dos charlaban y reían, y Jim apenas advertía hasta qué punto su serena estolidez les calmaba los nervios y la ironía.

—Dime qué puedo hacer. El siempre decía que tú eras el cerebro de la familia.

Conrad miraba fijamente los diarios desplegados sobre la mesa de la cocina. Su mente aprovechó la oportunidad de eludir la tarea, divagando por las columnas impresas, escogiendo aquí y allá un título: «El señor MacDonald vuela a Lossiemouth»; «¿Está usted asegurado?»; «Estudie las estrellas.»

—Tendríamos que hacer uso de alguna influencia. Todo depende de las influencias —dijo, pensando en los

hermanos del director, el sobrino, en la oficina. Pero un instante después le acobardó su insignificancia, la insignificancia de Milly. Oía hablar al mundo entero de generales y políticos, obispos, médicos y profesores que sabían lo que querían, que sabían lo que querían todos los demás: «Tengo un primo, un tío, un sobrino, una sobrina»; el mundo zumbaba y vibraba de recomendaciones. La cara de Milly se perdía entre las caras ásperas y seguras de sí mismas, educadas. No pertenecía al mismo mundo; los otros estaban a salvo del dolor, de la pobreza y del desastre. Uno no podía recurrir a ellos pidiendo justicia; justicia, para ellos, era el otro nombre de la cárcel.

—Pero ¿cómo?

«Estudie las estrellas», leía Conrad. «¿Está usted asegurado?» «El señor MacDonald...» Había una fotografía del príncipe de Gales, que inauguraba un nuevo albergue de parados; aparecía rodeado de hombres de levita y sombrero de copa; las mujeres con abrigos de pieles se apiñaban al borde de la fotografía para mirar la llave dorada. Un oficial y su esposa salían de la iglesia de St. Margaret, bajo un arco de espadas, deslumbrados por los flashes. Una mujer pobremente vestida, con un camafeo en el pecho, parecía fuera de lugar en la misma página: «La señora Coney, esposa del agente de policía asesinado.»

—¿Viste esto?

La fotografía la alejó un instante de su torpe desesperación. Siempre había habido detalles de malignidad en su felicidad. Su marido, satisfecho con el trabajo y la paga, era el comunista; no Milly, que no se satisfacía con nada, salvo su amor, y desconfiaba de todo lo exterior. Nunca había creído que les dejarían tranquilos, gozando plenamente de su aislamiento. Su malignidad había sido una

forma de defensa, de pedir a los demás que «los dejaran solos». Mirando la fotografía, dijo en su tono habitual de exagerada repugnancia:

—Me recuerda a... Se parece a...

Pero la habían despojado de su única arma; esa mujer que miraba vacuamente, como una desconocida hostil, la cocina cálida y limpia, no le recordaba nada; salvo el policía de rodillas, llorando de dolor y de miedo en el Parque.

—Ve a verla —dijo Conrad—. Si firmara la petición, la noticia saldría en todos los diarios. Harían algo.

La fotografía ya no parecía fuera de lugar en esa página de celebridades; también la señora Coney poseía influencia.

—No aceptará jamás.

—Ve mañana y haz la prueba. Sé que es difícil ir a suplicarle.

—No es difícil —dijo Milly—. No pensaba en eso. Pensaba qué habría hecho yo. Si hubieran matado a Jim, y esa mujer (parece una rata muerta de hambre) viniera aquí y me pidiera que ayudara a su marido...

Conrad la contemplaba con satisfacción; le había conseguido una ocupación, y ya no estaba tan desesperada; volvía a ser maligna, a ser ella.

—Continúa —dijo—, ¿qué harías?

—Trataría de arrancarle el pelo y de arañarle la cara —contestó Milly—; pero supongo, realmente..., supongo que firmaría la petición. Lo que ya está hecho no se puede deshacer, ¿no es verdad?

Pero la frase dicha tantas veces, en innumerables ocasiones, ante la leche derramada, ante los cristales rotos, ante una pasta quemada, la traicionó. Era como una pared

muy alta, entre cinco años de felicidad y el presente. Había que recordar lo que quedaba del otro lado. Había que esforzarse por recordar los detalles de esas veladas sin acontecimientos extraordinarios. Ya no podrían repetirse.

—Piensa en alguna otra cosa que podamos hacer. Piensa. Piensa.

Conrad pensaba. Pero lo único que se le ocurría era recordar la última entrevista con su hermano, en una especie de cabina telefónica, donde no se podía hablar y mirar al mismo tiempo. Una mirada a través del cristal. Una palabra a través de la reja. Con la mano extendida sobre las facciones de la señora Coney, Conrad dijo:

—Tenemos que pensar en otra cosa.

Su hermano le había preguntado:

—¿Cómo está Milly? Tienes que cuidarla.

Por lo tanto, era su deber hacerle comprender lo peor. Había algo que con toda seguridad Milly no había considerado, porque la posibilidad de considerarlo no hacía juego con su taciturnidad, con su generosidad y su malicia; sólo su inteligencia podía pensar en eso, su inteligencia de adiciones y sustracciones, de libros de caja de doble contabilidad.

—Tenemos que recordar que si conseguimos que le conmuten la pena es probable que de todos modos le pongan dieciocho años de cárcel. Cuando salga tendrá cincuenta y seis, y tú cuarenta y cinco.

La observación le sorprendió.

—Ya lo pensé. Por supuesto que lo pensé. ¿Pero qué se gana con pensar? Prefiero que esté vivo y no muerto. Iré a verla mañana.

Pero el largo silencio que siguió a su protesta demostraba que no había considerado esa circunstancia. La

idea se le apareció de pronto, con claridad, y vio todo lo que perdería; sintió que se le marchitaba la piel, sintió la muerte de su sexo. Cuando él saliera de la cárcel, ella habría perdido toda pasión, todo placer.

—No puedes divorciarte de un preso —dijo Conrad. Temía que ella se enojara, pero Milly sólo mostró asombro:

—Yo no me divorciaría nunca de él. Nos queremos.

—Claro —dijo él—. Puedo entenderlo. Yo también lo quiero. Más que a nadie. Lo quiero aun más que a ti.

—No tienes motivo para quererme.

Conrad deseaba decirle que tenía el mismo motivo que su hermano; quería describirle lo que era ella para él, con su pelo fino y rubio, los pómulos salientes, la boca grande, las manos anchas y el cuerpo pequeño; la valentía de su malignidad y la fidelidad de su desesperación.

—No tienes motivo —repitió ella—. Siempre nos hemos reído de ti, Kay y yo. Tantas veces —agregó con un prolongado suspiro, al recordar el feliz pasado lleno de malicia—. Yo decía que parecías una vieja. Con tu cara pálida y tus temblores nerviosos. Y ahora —continuó, sonriendo sin querer—, es preferible estar contigo que estar en una casa sin hombres. Cuando una ha estado casada cinco años parece raro estar sola en una casa con una chica. Y por otra parte —dijo espontáneamente— eres inteligente.

—Kay no parece apreciar mucho mi inteligencia.

—Oh, no debes preocuparte por lo que piensa Kay. A Kay sólo le interesa una cosa en los hombres, y no es justamente la inteligencia.

—Vendré mañana por la noche —dijo Conrad.

Milly se levantó, se acercó y se sentó en el borde de la mesa, cerca de él.

—Tendrías que irte a tu casa, ahora, a la cama —le dijo—. Pareces mortalmente cansado. Te agradezco que hayas venido. Me siento mucho más feliz, con ese proyecto para mañana. No creo que pueda negarse.

—No hay que hacerse muchas ilusiones.

Milly, con un estallido de ira, dijo:

—¡Tú no te haces ilusiones! ¡Siempre parece que acabaran de echarte del empleo, y eres jefe de personal y ganas seis libras a la semana! ¿Por qué no te repites todos los días: «Soy un hombre afortunado. Soy un hombre afortunado»? Si te tuviera un mes aquí, ya cambiarían las cosas.

—¿Sí? ¿Cómo? Cuéntame.

Se arrellanó en la silla, con una sonrisa torpe e inquieta, al pensar en la posibilidad de vivir con ella.

—Te daría montones de sopa. Te haría dormir mucho. Tienes los nervios deshechos. Tiende la mano. Mira cómo tiembla. No te lucirías mucho con una pistola. Oh, si te tuviera un mes aquí, te haría más hombre. Ya estás un poco mejor. Mira como sonrías. Ya eres otro.

—Tú eres otra. Nunca te oí hablar tanto.

—Es que nunca tuve necesidad de hablar —dijo ella. La alegría y la indiferencia se agitaban en su rostro como un trozo de papel en un ventarrón; arrastrados por las corrientes de aire, flotaban un instante y luego caían a tierra bajo la ráfaga de la desdicha.

—Es lo único que puedo hacer, hablar, hablar —agregó.

—Tienes los nervios peor que los míos —le tomó las manos y dijo—: Ayúdame, y te ayudaré. Háblame como me hablabas hace un momento, y..., y...

—¿Qué puedes hacer? Ya nadie puede hacer nada. Tampoco esa mujer podrá hacer nada. Lo tienen en sus manos y no lo soltarán. A nadie le gusta que la gente sea feliz. Si no hubiéramos sido tan felices, no estaría él allí. No habría matado al policía. Estaríamos juntos. Nunca quise ser feliz. Siempre me dio miedo.

—Ya pensaré algo —dijo Conrad.

Mientras subía la escalera de piedra que conducía al dormitorio de la planta baja, Milly pensaba en esta promesa, con agradecimiento, pero sin demasiada esperanza. Toda la casa, hasta los pisos desconocidos de arriba, parecía llena de corrientes de aire, de vacío. Durante las últimas seis semanas había sido la única inquilina, desde que la vieja barbuda se había ido precipitadamente en un automóvil de dos asientos, conducido por un joven; con una cama, dos sillas y un tocador apilados en el asiento trasero, sobre la capota plegada. Un día después habían aparecido los empleados del juzgado y habían hecho bajar por la escalera los muebles pesados, piso por piso, mientras las paredes del dormitorio temblaban, y algunos trozos de yeso del techo caían al suelo.

Milly se quitó el vestido, se puso la bata y empezó a cepillarse el pelo. Afuera, la puerta de la calle crujía con el viento, y la corriente de aire levantaba el felpudo. Cualquiera podía entrar, porque la cerradura de la puerta estaba rota; lamentó no haberle pedido a Conrad que se quedara. Nuevamente la asombró este cambio, la idea de buscar apoyo en Conrad. Cuando Jim estaba a su lado Conrad no le había parecido nunca muy real; sólo había sido una cualidad que Jim no poseía, la cualidad de la

inteligencia, la cualidad de la serenidad. Ahora era un hombre, una gota congénere de vida humana, capaz de hacer menos completa la vasta soledad de la casa.

Muchas noches, cuando Kay dormía fuera, y Jim tenía servicio nocturno, se había quedado durante horas sola con los felpudos que se movían y las puertas que crujían, pero no le importaba, acostada en la cama con los ojos abiertos en la oscuridad, recordaba constantemente su felicidad, porque sabía que no duraría siempre. Y el termo de té caliente y el plato de bocadillos en la cocina eran la única compañía que necesitaba.

Una tabla crujió sobre su cabeza, y el viento alzó el felpudo. Milly pensó: «Pronto volverá Kay. ¿Qué habrá estado haciendo todo este tiempo? ¿Estarán tratando de ayudar a Jim?» Pero no podía creerlo; su pensamiento regresaba a las verdes extensiones del Parque, a los hombres que huían. Volvió la mirada del espejo a la cama vacía, pero no se acostó. Contempló con triste repulsión la sábana blanca, doblada; las dos almohadas. Apenas la reconocía. Estaba tan vacía como la casa, tan fría como la corriente bajo las puertas. Normalmente, estaba Jim acostado en ella, agotado por el día de trabajo; luego se despertaba, cuando Milly se acostaba a su lado. Siempre se había sentido segura en la cama, cerca de él, percibiendo la forma de sus huesos como la aspereza de una pared. Ahora la cama era el mapa de un continente desconocido, un espacio en blanco, que esperaba la exploración de los años; nuevamente pensó estupefacta: «Si lo sueltan tendré cuarenta y cinco años.» El vacío de los pisos de arriba la oprimía como el vacío de los años. «Prefiero que esté vivo y no muerto», pensó; pero no conseguía estar segura. Siempre había sabido lo que él quería; cuando estaban juntos, cuando

estaban en cuartos distintos, cuando ella estaba en casa y él en el garaje, los pensamientos del lento cerebro de su marido siempre se habían destacado vividamente en el suyo. Pero ahora, al no poder imaginarse lo que le rodeaba, al no poder saber si estaba despierto o dormido, la comunicación se había interrumpido. Aunque se amaban, sus mentes eran como dos países en guerra, con los hilos del telégrafo cortados y los raíles arrancados.

La puerta volvió a crujir. Sentada en el borde de la cama deseó que Kay volviera. La idea de los pisos vacíos de arriba empezaba a serle insoportable. El polvo, las cortinas desgarradas y los ratones que corrían detrás del zócalo. Hasta la presencia de esa extraña vieja barbuda le había infundido cierta tranquilidad. También ella debió de sentirse desdichada, temiendo la llegada de los oficiales de justicia, planeando secretamente la evasión con la cama, las dos sillas y el tocador. Un año antes, cuando Milly ni imaginaba todavía la necesidad de llenar de vida humana los ámbitos vacíos, había vivido en la casa una mujer con seis criaturas; ocupaban los dos cuartos del piso superior. Ahora sentía nostalgia de esos llantos nocturnos, de los ruidos en la escalera, de la constante y turbulenta actividad de los niños, como un budín en ebullición.

Dijo en voz alta:

—No puedo soportarlo —y se encaminó repentinamente hacia la puerta como si sus pasos sobre el polvo de las tablas del suelo pudieran disminuir el vacío de los cuartos, como si pudiera poblarlos con restos y desechos de su desdicha. Las luces eléctricas de la escalera estaban apagadas; alguien había robado las bombillas. Subió tanteando, escalón a escalón, con la piel endurecida de frío.

Cuando una tabla crujía, no tenía miedo. Habría sido fácil para un vagabundo refugiarse en esa escalera abandonada; pero aun si su mano hubiera tocado una cara, no se habría asustado. No sabía qué era lo que le infundía coraje; quizá la muerte había dejado de inspirarle repulsión, quizá la idea del asesinato había dejado de aterrarla ahora que su marido era un asesino. Pero las escaleras estaban tan vacías como los cuartos. La luz de la luna entraba por los cristales sin cortinas, los convertía en rectángulos azules, fríos, míseros, como el hielo usado en las pescaderías. En la chimenea de un cuarto encontró una pelota de pelo, grande como la cabeza de un niño, y en el piso de otra habitación una cuenta sin pagar, por un par de corsés. Subió hasta arriba, hasta las dos habitaciones donde sólo quedaba un olor a aire encerrado y un murciélago muerto en el suelo, como un montoncito de lana parda. Seguramente había entrado por la chimenea y luego no había podido salir del cuarto.

Abajo se abrió y se cerró una puerta; Milly arrastró la bata por las escaleras sin alfombra. En el rellano del primer piso, una ráfaga de perfume subió hasta ella, y a la luz de su dormitorio vio a Kay quitarse los guantes. Milly sintió cierta timidez ante su hermana menor. Se detuvo en la frontera de la soledad; traía todavía un poco del vacío de los cuartos deshabitados en sus ojos azules y avergonzados; en cambio Kay traía consigo un mundo de hombres. Después de cinco años de matrimonio, Milly se sentía sin experiencia y estúpidamente ingenua frente a Kay.

—¿Qué pasa, Milly? ¿Qué has estado haciendo?

—No podía dormir. ¿Estuviste en el mitin?

—Sí.

—¿Van a hacer algo?

—Todos firmaron la petición.

Milly bajó la escalera, entró en su cuarto y se sentó en la cama.

—Pero, Milly —le gritó Kay desde su cuarto, al otro lado del corredor—, eso no es todo, el señor Surrogate va a hacer algo por su cuenta. Va a hablarle a alguien. A una señora que él conoce.

Milly se quitó la bata, apagó la luz y se acostó. La luz del cuarto de Kay cruzaba el corredor y entraba en el dormitorio.

—Lo acompañé a su casa —dijo Kay—. Tiene un apartamento tan bonito... Es viudo y tiene una fotografía preciosa de su mujer. Yo creía que quería hacer el amor conmigo, pero no hizo nada. Se limitó a conversar. Sobre el matrimonio, y el Control de Natalidad. Parecía una tienda de artículos de goma. Mañana por la noche nos veremos otra vez, y entonces sí que nos divertiremos.

La puerta crujió, el felpudo se levantó, y Kay siguió charlando. El viento erraba por Battersea y dejaba una marca húmeda en el cristal de la ventana.

—Llovía, y me mandó en taxi, hasta aquí, aunque queda tan lejos.

Milly pensaba: «Tendré cuarenta y cinco años»; desconcertada y desesperada, se quedó un momento dormida.

—Mañana por la noche —decía Kay, cepillándose cien veces el pelo.

Milly soñaba, con un estremecimiento de temor y de placer, que Jim la cubría con su cuerpo, y que luego se quedaban inmóviles, contentos y profundamente satisfechos. Pero volvió a despertarse casi inmediatamente, pensando en la mano temblorosa de Conrad. «Para una

mujer, sería como casarse con una hoja», pensó con orgullosa malignidad; porque Jim era firme como un muro, y hasta su estupidez poseía vigor. Pero luego recordó el Parque, la cárcel, el juez, y sintió rencor contra su estupidez y su fuerza. Recordó los cuartos vacíos, la pelota de pelo, la cuenta sin pagar y el murciélago muerto. «¿De qué sirve que me quiera si me hace esto?»

—Tiene un adorable dormitorio rosado —dijo Kay.

Estaba sentada, casi tocando el espejo con la cabeza, oyendo, como oía todas las noches, el estrépito de las máquinas, el repiqueteo de las cajitas de fósforos que caían.

—Déjeme aquí —dijo el Comisario en la esquina de Great College Street.

Se endureció, con un gesto irritado de anciano, cuando el secretario le colocó una mano sobre la rodilla.

—No lo olvide —dijo el secretario—, el viejo Beale confía en usted.

Desde la visita a la cárcel, le había demostrado una creciente familiaridad; como prueba de la misma, le hablaba ahora del «viejo Beale», en vez de decir «el Ministro». El Comisario se preguntaba, con una falta absoluta de confianza en sí mismo, qué haría si ese joven empezaba a llamarle de pronto por su nombre, sin el apelativo que correspondía a su rango. No estaba habituado a estas intimidades repentinas; su vida estaba llena de sobrinos y de subalternos que lo llamaban «señor». Dijo lo más rápidamente que pudo:

—Por supuesto. Yo no me..., bueno..., no me olvido de las cosas.

Y se escapó por la calle. Nunca se había sentido tan incómodo; tuvo que recorrer toda la extensión de Old

Westminster Street, con sus escasas luces y sus raídas fachadas respetables, su atmósfera de salones de viejas damas, para recuperar paulatinamente el aplomo. Detrás de las grandes ventanas de los pisos superiores, ancianas vestidas de seda hablaban suavemente de sus encuentros con el señor Browning en Florencia, frente a los ancianos de bigotes blancos, cuyo interés por las carreras no había sobrevivido el estático momento de la aparición de Persimmon. Seis metros más abajo, por la calle, pasaba la silueta pulcra y envejecida del Comisario, con su rostro amarillento, con los pensamientos fijos en Flossie Matthews, que había sido violada en el parque de Streatham.

La luz de su cuarto le indicó que la señora Simpson lo esperaba. Había ordenado a las seis una cena ligera, para luego poder estudiar sin interrupción los informes de Streatham y de Paddington. Antes de entrar en la casa, volvió la cabeza. Era una simple costumbre; en Oriente siempre había que vigilar el camino por donde uno había pasado, condición necesaria de supervivencia. Abrió la puerta de su apartamento, y la cara pálida y rubia del secretario se le borró de la mente; le rodeaban confortablemente los trastos acumulados en su vida, las armas indígenas, la colección de pipas, los odres decorados, los botes labrados de tabaco, la señora Simpson con su moño retorcido de pelo gris y su irritada fidelidad. Su carita arrugada no era más grande que esas cabezas disecadas de los jíbaros. Empezó a quejarse, sin darle tiempo de cerrar la puerta:

—Media hora tarde. Pensé que no vendría. Me había pedido la cena para las seis.

Nunca se molestaba en contestar a la señora Simpson. Se comprendían. A ella le gustaba hablar, y a él quedarse callado.

—De todos modos, la cena se echó a perder.

Sin hacerle caso, pasó a su lado y entró en el comedor; de inmediato vio la nota en el contestador telefónico: «Llamar por favor al superintendente Crosse.»

—Llamó hace unos veinte minutos, dijo que había tratado de encontrarle en el hotel, pero que usted ya se había ido. Le dije que yo no sabía por dónde andaría de juerga.

—Central dos, tres, siete, cinco.

—Aquí uno no gana para molestias, le dije. Le dije que me había mandado preparar la cena para las seis, y que ahora la comida estaba echada a perder.

—¿Es usted, Crosse?

La señora Simpson salió dando un portazo.

El Comisario escuchó en silencio la voz gruñona y suspicaz que le decía que ya habían descubierto al asesino de la señora Janet Crowle. Se enteró de la existencia del vendedor de tabaco, bajito y terriblemente circunspecto, que se había presentado en Scotland Yard a las cinco y media «temblando todo». Muy frecuentemente, una investigación parecía ser un callejón sin salida hasta el último momento, y de pronto el alud de información se volvía casi abrumador. Crosse no había terminado de interrogar al vendedor de tabaco cuando llegó la llamada de la lavandería; diez minutos después, la dueña de una pensión contaba, aterrada, todo lo que sabía en la sección de Euston.

—¿Lo van a capturar esta noche?

—Sí, la mujer dice que esta noche se queda en casa. Tiene un revólver del ejército.

—¿Qué dispusieron?

—Tengo unos hombres vigilando la casa. No quiero nada de líos con armas de fuego. La patrona nos hará pasar discretamente y lo detendremos sin darle tiempo de empuñar el arma. Salimos dentro de media hora.

El Comisario miró su reloj.

—Estaré con ustedes dentro de veinte minutos.

—No hace ninguna falta, señor —dijo la voz, más suspicaz que nunca.

—No importa. Hágase cargo usted de todo. Yo sólo quiero ver cómo hacen las cosas aquí. Uno tiene..., esto..., que conocer la organización. ¿Qué dice?

—Nada, señor.

—Oh, escuche, Crosse. ¿Podría ocuparse de esto en seguida? Se trata de Drover. El Ministro quiere estudiar el efecto de una posible conmutación de la sentencia. Llame a todas las secciones para que hagan averiguaciones discretamente. Que manden informes confidenciales. No..., esto..., no se les considerará responsables si cometen alguna equivocación. Usted podría conseguir datos de la Prensa. Haga lo que pueda. Lo dejo en sus manos, pero que me manden a mí los..., esto..., los informes. Ocúpese de este asunto en seguida. Apenas nos quedan unos días.

El Comisario colgó. Se imaginaba perfectamente los comentarios de Crosse en este momento, sus quejas y sus críticas que se difundían por los angostos corredores, entrando y saliendo por las salitas acristaladas. «¿Saben la última novedad? ¿Saben lo que se le ha ocurrido? Meterse en lo que no le importa. La nariz en todas partes. No puede dejarnos trabajar tranquilos.» Se había apartado demasiado rápidamente del teléfono; durante un instante

tuvo que sostenerse en el borde de la mesa, con la cabeza un poco inclinada. Cualquier movimiento rápido le mareaba. No era nada de importancia, simplemente la edad. Después de cincuenta y seis años, el mundo era capaz de marear a cualquiera.

Pronto los odres, las pipas y las armas indígenas se inmovilizaron; pero el Comisario descubrió que no sentía muchos deseos de salir de su apartamento y volver a Scotland Yard. «Meterse en lo que no le importa. La nariz en todas partes.» Seis meses de críticas continuas y de obstrucciones le habían atacado los nervios. En Oriente siempre se había metido en todo; esperaban que se metiera; necesitaban sus consejos. Los períodos administrativos de tres años ininterrumpidos en el extranjero no permitían que nadie se encerrara en sí mismo; pero esas casillitas de cristal que bordeaban los corredores de Scotland Yard eran como los profundos reductos de un intrincado sistema de trincheras. No podía hacer una sola pregunta sin herir la pomposidad de algún inspector. No querían comprender sus razones. No los amenazaba; no le habían nombrado para hacer «una limpieza» de Scotland Yard; le habían nombrado para que desempeñara un cargo, y quería aprender a desempeñarlo. Abrió la puerta del comedor y anunció a la señora Simpson, fatigadamente:

—No quiero..., no..., es decir..., me voy.

—¿Y qué hago con la cena? Me obliga a trabajar como una esclava, fuera de hora, cuando en mi casa me necesitan tanto, y el único agradecimiento que me dan...

—Cómase la usted, señora Simpson.

La mujer salió de la cocina, baja, gris y furiosa, secándose las manos con el delantal. Detrás de ella se veía la ondulación del vapor, y surgía un fuerte olor a comida

quemada. La señora Simpson no era buena cocinera, pero el Comisario no se fijaba en la comida. Comía con la mirada puesta en un diario, o en algún informe; si alguna vez observaba que la comida le había gustado, sólo quería decir que el diario o que el informe le habían gustado.

—Buenas noches, señora Simpson.

Pero la furia y la fidelidad de la mujer lo retenían, con la mano en la puerta; no podía irse sin permitirle que le «cantara unas cuantas». Vieja y arrugada, irascible e irracional, reconocía en ella, no obstante, una cualidad que también él compartía: podía describírsele vagamente como amor, como obstinación, como soledad, o tal vez como desesperación. Cuanto más solo estaba uno, tanto más se aferraba a su trabajo, evidentemente la única cosa que era correcto hacer, el único valor humano inconmovible bajo cualquier cambio de gobierno, bajo cualquier cambio de corazón.

—Son esos asesinos —dijo la señora Simpson, con odio—. Me gustaría verlos colgados a todos, que terminaran de una vez con ellos. Ese Drover, por ejemplo.

La mujer temblaba, en medio del vapor, bajo el peso de los años, y la muerte otorgaba a su odio y a su desprecio su propia ceguera, su propia incongruencia.

—Toda esa comida para nada.

En Scotland Yard, el Comisario comprobó que sus órdenes ya habían sido cumplidas. Tenían gran cuidado de no darle nunca motivos fundados de queja; se precipitaban para cumplir sus órdenes, como no se habrían precipitado ante las órdenes de un comisario más apreciado. Porque entonces habría habido cierto intercambio de opiniones, ciertas demoras ocasionales y perdonables; pero con él

tenían cuidado de que los únicos motivos de queja fueran los que alegaban ellos por su intromisión. Ya habían pasado a las secciones la orden del informe sobre Drover. Hasta habían retenido al vendedor de tabaco en la oficina del Comisario, por si deseaba verlo; sobre su escritorio lo esperaba un detallado informe sobre las últimas novedades del crimen de Paddington. El jefe intentaba vanamente quebrar ese muro de cortesía y desaprobación.

—No me tomaré la molestia de leer todo esto, Crosse. Eso le corresponde a usted. Esta noche soy su..., bueno..., subordinado. Sólo quiero..., quiero aprender.

La cara del superintendente Crosse era tan impenetrable como una pared encalada.

Se apiñaron en un solo automóvil. El gran globo iluminado del Coliseo se balanceaba sobre los restaurantes, los cafés y los bares de St. Martin's Lane. Alrededor de Trafalgar Square, los autobuses giraban y giraban como caballos de circo. El chillido agudo de la sirena del Daimler se abría paso a través de la congestión de tráfico; los coches frenaban en seco; un policía alzó la mano y se precipitaron en la extensión momentáneamente vacía de Charing Cross Road. Las prostitutas y los judíos fluían calle abajo por una acera y calle arriba por la otra; las caras chatas y morenas impresas en las cubiertas de los cancioneros populares llenaban el escaparate de una casa de música, y en su interior un vendedor tocaba con apasionada melancolía *My Baby Don't Care*. Una fila de hombres curioseaba en los locales de entrenamientos, donde unas máquinas les ofrecían antiguas imágenes: *Una noche de París*, *Lo que vio el mayordomo* y *Para mujeres solamente*, que traqueteaban y chirriaban, se sucedían a saltos y se

atracaban. Alguien disparaba un rifle, codiciando un premio de cigarrillos y floreros de loza.

—¿Lleva pistola, señor? —preguntó Crosse.

—Nunca llevo armas —contestó el Comisario.

Una ráfaga de viento y lluvia barrió las ventanillas en St. Giles's Circus y agitó los carteles del vendedor de periódicos parado frente a Lyons Corner House; detenidos momentáneamente por un autobús, el Comisario deletreó un resumen de las noticias de la noche, mientras los diversos carteles flameaban al viento: «El Ministro en Lossiemouth», «Resultados de las tres y media», «¿Asegurado?», «Apelación fracasa», «Carreras»; luego las hojas caían, como el tiempo que sepulta profundamente las noticias antiguas.

—Necesita una pistola, señor.

El coche giró violentamente a la izquierda, junto a la estación de Goodge Street, y luego a la derecha, tomando por Charlotte Street.

—Hasta ahora nunca me pareció necesario.

El Superintendente tragó saliva. Deseaba decir algo despectivo, algo que pusiera al Oriente y sus selvas en el lugar que les correspondía dentro de la jerarquía del peligro.

—El tipo está armado, señor.

—No se atreverá a disparar —dijo el Comisario.

Había recorrido la jungla armado solamente con un bastón y no iba a cargar con un revólver a dos millas de Scotland Yard. No creía que el hombre que había asesinado a la señora Jane Crowle y luego descuartizado el cadáver para dejarlo en un baúl en el depósito de Paddington fuera más valiente que el asesino que había incendiado su propia

cabaña y se había dejado morir entre las llamas para eludir la captura. Si uno podía atacar a semejantes hombres con un bastón, no necesitaba un revólver en Londres.

El coche tomó por Euston Road, con su aguda sirena chillando entre las tiendas de muebles, las casas de radio y los hoteles de paso, hasta llegar al agente de turno; luego giró, cruzó la calle iluminada y volvió a meterse en la oscuridad. De un estanco salió un hombre que les hizo una señal; el coche se deslizó hasta el bordillo y se detuvo. Detrás de ellos, quedaban los destellos y rumores de Euston Road; pero en esta calle oscura nadie hablaba, nadie se movía, salvo el hombre que trataba de abrir torpemente la portezuela del coche. Crosse le ayudó desde dentro, e inclinándose por encima de los otros, preguntó en voz baja:

—¿Y...?

—Va a salir —dijo el hombre—. Parece que le pidió una toalla limpia y agua caliente a la patrona. La mujer le dijo que tenía que calentar el agua; y aprovechó para bajar y avisar a Jenks.

—Conviene sorprenderle adentro —dijo Crosse—. ¿Cuál es la casa?

—Verá a Jenks en la entrada, a media manzana de aquí, sobre la izquierda.

—¿En qué cuarto está?

—En el último piso. El cuarto del fondo. Hay una escalera de incendios al final, que pasa al lado de la ventana. Tiene las cortinas descorridas, dice la dueña. Nunca las corre antes de cenar. Es un hombre de costumbres.

—¿Mira hacia la ventana?

—Su sillón mira hacia la puerta.

—¿Le llevaron el agua caliente?

—Jenks hará una señal cuando se la suban —mientras hablaba, una llamita diminuta se encendió a cierta distancia en la acera, para apagarse inmediatamente—. Ahí está. Ahora le suben el agua.

—Vamos —dijo Crosse—, bajemos. Dos hombres se apostarán en la puerta, donde está Jenks; uno en la puerta trasera; otro subirá por la escalera de incendios. Yo subiré delante, con Jenks. ¿Cómo se llega a la escalera de incendios?

—Hay un pasillo a la derecha de la entrada —contestó el hombre—, que da al patio de atrás. La escalera de incendios está a la vista.

—Yo subiré por detrás —dijo el Comisario.

—Sería mejor que usted se quedara en la calle —dijo Crosse—. Pero no puedo perder tiempo en discusiones. Vamos, sin hacer ruido.

Cruzaron la calle y le siguieron por la acera, una fila de hombres corpulentos de sombrero de fieltro, que avanzaban pesadamente de puntillas; sólo el Comisario, en la cola de la procesión, avanzaba con su ligereza natural: toda la carne inútil se había consumido en fiebres. Pasó un taxi, lentamente, hacia Euston; un joven de gafas de carey se asomó a la ventanilla y los miró con la boca abierta.

—¡Hola! —gritó con voz ebria—. ¡Hola!

Los hombres avanzaban cautelosamente, como una hilera de patos, mientras el taxi se alejaba y el joven, siempre asomado a la ventanilla, les gritaba:

—¡Hola! —ebrio, intrigado y divertido.

Cuando el taxi llegó a la esquina de Euston Road, el joven golpeó el cristal y llamó al chófer, para que mirara. Le oyeron gritar:

—¡Mire qué raros son esos hombres!

Detrás de las ventanas altas, las luces amortajadas entre cortinas de encaje no rozaban siquiera el oscuro canal por donde avanzaban. Estaban enterrados seis metros más abajo, en ese mundo nocturno que les pertenecía; sobre sus cabezas, las luces tras las ventanas; detrás de ellos, un resplandor y un murmullo, la débil evocación de un mundo ruidoso hasta la medianoche, hasta la hora de cenar. Alguien murmuró en la entrada de una casa:

—Ahora está lavándose.

Crosse les ordenó detenerse y contestó también susurrando:

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Siempre se lava bien cuando sale de noche, dice la patrona. Hasta la cintura. Dice que siempre fue muy limpio.

El Comisario sonrió, penetrando sin ruido por un corredor con el suelo de ladrillos que daba al fondo de la casa. Detrás de él, oyó que Crosse soltaba el seguro de la pistola. Al poner las manos sobre la baranda de hierro de la escalera de incendios, pensó en los innumerables clérigos que se erguían ante innumerables pulpitos para decir que la limpieza era semejante a la santidad (a través de los guantes sentía el frío de la baranda y tenía que esforzarse para no hacer ruido, para que los clavos de sus zapatos no golpearan el hierro de los peldaños), elogiando la limpieza del cuerpo como un símbolo de la limpieza del alma. Pensó en Crippen, que se afeitaba cuidadosamente todos los días mientras había durado el proceso, que se fijaba en los detalles más mínimos. Eran esas contradicciones, las máximas morales que no encajaban en la vida real, las que nos impedían fundar nuestra vida en motivos más serios que la obligación de cumplir con el deber. Una vida entre

criminales no dejaba nunca de revelar el caos que las máximas de los maestros y de los sacerdotes trataban de ocultar.

La luna brilló un instante en el cielo nublado, plateando las barandas y los peldaños de la escalera, iluminando la multitud de chimeneas en los techos, oscureciendo un poco la luz del último piso. Se paseaba entre las nubes con la velocidad de un automóvil, y todo el globo giraba con ella. El Comisario se aferró a la baranda y bajó la cabeza, con un nuevo ataque de mareo. Después de cada ataque sentía un gran temor; no el temor de la muerte, sino el temor del retiro forzado, un temor que trataba de vencer sus titubeos con su eficiencia, titubeos que eran una manera de conservar las energías y la minuciosidad. Con ese frío en el cerebro, subió los últimos peldaños.

Un hombre hablaba. Oyó la voz antes de ver la cara. La ventana de arriba estaba abierta.

—Acudid a Jesús —decía la voz—. Acudid a Jesús.

El Comisario subía lentamente; no había ninguna luz en el patio de abajo. Ahora que la luna se había ocultado, todo era oscuridad, salvo donde la bombilla del cuarto iluminaba un trozo de plataforma de hierro y uno o dos peldaños adyacentes. *iOh, acudid todos a Jesús! Acudid a Jesús.* El Comisario estaba solo con esa voz. El policía de la puerta trasera, en el fondo de la noche, no hacía ningún ruido; la casa se había tragado a Crosse y a sus compañeros. *No penséis que no os comprendo. iOh, yo también he pecado, amibos, creedme, también yo he pecado!* El zapato del Comisario sacó una chispa del penúltimo peldaño, pero la voz de adentro siguió declamando con absurda unción e

intolerable teatralidad. *Mi corazón sangra, amigos. ¡Si pudierais verlo en mi pecho!*

El Comisario llegó a la plataforma y miró hacia adentro. Apretó su bastón y esperó la llegada de Crosse. No creía que el hombre hiciera uso del arma, pero se sentía turbado por ese flujo de palabras dulzonas. Frente a un espejo, el individuo se abrochaba una chaqueta de cuello alto sobre el vasto pecho desnudo, con mechones de pelo rojizo entre las tetillas. El Comisario se mostró momentáneamente desconcertado al ver aquel uniforme azul con galones, pero luego advirtió sobre una silla la gorra con la cinta roja. *Yo he sido tan pecador como el peor de vosotros. Pero me refugié en Jesús y he sido perdonado.* El Comisario blandió el bastón, esperando oír los pasos del otro lado; el hombre se movía, hacía muecas y giraba la cabeza para ver si tenía las orejas limpias. Al hablar juntaba los labios como para silbar, y las palabras emergían, una tras otra, como caramelitos pegajosos.

¡Oh, amigos míos, si conocierais la dulzura, el consuelo, la paz del perdón! Era imposible dudar de su sinceridad. Tenía la convicción de un actor representando un acto, una escena, un monólogo, de las hondas y las flechas de la ultrajante fortuna, frente a las plateas llenas y las respetuosas galerías.

—Cuando sintáis que las llamas del infierno, amigos, os desgarran el corazón, no digáis: «Es demasiado tarde.» Porque ése es el momento de acudir a Jesús, y ¡oh, qué consuelo y, qué paz!

El Comisario se preguntaba: «¿Habrá cerrado la puerta con llave? ¿Se precipitará hacia la ventana? ¿Dónde habrá puesto el revólver?»

—Yo sentí esas llamas, pero fui perdonado. Yo conocí las llamas, pero ahora conozco la paz.

Abrió los labios, para examinarse los dientes y las encías, mientras su voz zumbaba distraídamente:

—Paz y consuelo, paz y consuelo.

Sacó un fósforo suelto del bolsillo y se hurgó los dientes; luego los frotó verticalmente con el pañuelo.

—Paz y consuelo, paz y consuelo —decía abrochándose los bolsillos, pasándose las manos anchas y regordetas por la cabeza, alisándose el pelo rojizo y bien cepillado con el gesto de un obispo impartiendo una bendición.

Al otro lado, alguien trató de abrir la puerta.

El hombre se volvió; la paz y el consuelo se marchitaron en su cara.

—¿Quién es?

Nadie se tomó la molestia de contestar; la cerradura se estremecía y temblaba. El Salvacionista se volvió hacia las ventanas, y en el haz de luz vio al Comisario inmóvil en la plataforma de hierro; en la mano derecha blandía el bastón, con las piernas un poco abiertas, como esperando un ataque. Sin darles tiempo de forzar la cerradura, el hombre se lanzó sobre la cama y buscó bajo la almohada; tuvo tiempo de volver a la ventana y apuntar con el revólver, mientras la puerta se entreabría bajo la presión.

—Salga de esa escalera.

El Comisario le miró y alzó el bastón; durante un instante, en vez de esa cara regordeta y desesperada y ese pelo cepillado, le pareció ver a una anciana que había sido demasiado parsimoniosa con su dinero y que alzaba las manos chillando, mientras el humo de la estación de

Paddington ascendía frente a la ventana, y un tren de carga que avanzaba lentamente hacia Westbourne Grove silbaba con una nota más aguda que la de la anciana, cubriendo su voz; nadie la oía, así como más tarde el matrimonio que vivía debajo no había oído el horrible ruidito de la sierra.

—Salga de ahí.

Pero ya habían abierto la puerta; el individuo se volvió sobre los talones, para defenderse, sin poder decidir de qué lado le convenía disparar; todavía seguía dudando cuando ya le habían puesto las esposas en las muñecas. El Comisario entró por la ventana abierta; Jenks examinaba el arma con curiosidad, sopesándola en la mano, examinando la recámara; Crosse se guardó la llave de las esposas en el bolsillo, y dijo:

—Queda detenido; se le acusa de asesinar a la señora Janet Crowle, en Paddington, el día cuatro de este mes. Todo lo que diga...

Jenks dijo:

—Es una mil novecientos dieciséis. Son muy lentas de gatillo.

—Vamos —dijo Crosse—, póngale la gorra.

El cuarto estaba lleno de hombres que recogían cosas. Alguien colocó la gorra sobre la cabeza del tipo.

—Collins, quédese aquí con Jenks y efectúe un registro —dijo Crosse.

Empujó al hombre por la espalda, haciéndole trastabillar.

—Vamos, ¿quiere moverse? Ya nos ha hecho perder bastante tiempo.

El hombre bajó tristemente las escaleras, como si le hubieran apaleado.

—Tendría que darle vergüenza pegarme —dijo.

Empezó nuevamente a hablar en voz baja de Jesús, afirmando que lo había perdonado.

—Los santos mártires —decía. Y al llegar abajo—: Las huestes celestiales.

Se había atrincherado inexpugnablemente contra la vergüenza y contra el castigo; sólo le conmovía un temor momentáneo.

—¿Regresa con nosotros a Scotland Yard, señor? —preguntó Crosse.

—No —contestó el Comisario—. No. Mañana por la mañana leeré su informe. Esta noche quiero estudiar..., estudiar el informe del caso de Streatham.

Apartó cuidadosamente él faldón de su abrigo al pasar junto a las astillas del marco de la puerta; recordó lo que le había dicho el secretario, mientras paladeaba el jerez en el Berkeley: «Es un campo de batalla.» Pero se había referido a otra cosa, algo que ahora no podía recordar. «Supongo —pensó— que esto es una victoria; pero la victoria decisiva no existe.» Miró su reloj y calculó que tal vez podría permitirse unos veinte minutos para comer algo, antes de empezar con el informe de Streatham; no era perder totalmente el tiempo, porque mientras comía podía reflexionar sobre el asunto de Drover.

III

El señor Surrogate se levantó más tarde que de costumbre. A las ocho y media entró Davis y corrió las persianas; una oleada de pálido sol otoñal inundó la jofaina y se extendió sobre la cama. El señor Surrogate gruñó y se volvió hacia el otro lado. Siguió durmiendo hasta las once.

Las máquinas de la fábrica de fósforos se detuvieron durante cinco minutos para que los obreros bebieran un vaso de leche y simularan comer una galleta seca. Algunos se la metieron en el bolsillo para tirarla en la letrina a la hora del almuerzo; otros la dejaron caer entre los restos de cajas inutilizadas.

Conder chupaba un caramelo y consideraba su melancólico porvenir.

—Lleve esto a los subdirectores —dijo. En manos de un mensajero, su noticia exclusiva desapareció escaleras abajo.

Pronto se convertiría en tipos de plomo, luego en una columna impresa, y veinticuatro horas después sería pasta de papel. No era justo que los productos de su cerebro se vieran condenados a sufrir el mismo ciclo que su cuerpo. Algo debía quedar. Su cuerpo desaparecía, pero algún eco permanente debía quedar del cuarto de baño defectuoso, del niño con tos ferina. Empezó a escribir, mecánicamente: «Choque de rojos a puerta cerrada.» Ninguna noticia salía de sus manos sin contener alguna exageración de la verdad.

Condenado a registrar trivialidades, veía su única esperanza de inmortalidad póstuma en alguna mentira pintoresca que sepultada en un viejo archivo lograra llamar la atención de un historiador.

El señor Surrogate se volvió de espaldas, abrió los ojos y se encontró con la mirada amplia e inocente de su mujer. El retrato la favorecía demasiado, porque ella no había sido hermosa ni tampoco había sido inocente. El señor Surrogate no hubiera podido soportar un retrato realista en la pared; pero a veces conseguía creer que esto era lo esencial de la mujer, que ya no era ni maliciosa ni diestra ni experimentada, que ahora lo comprendía como él quería ser comprendido. Mientras se vestía, señaló al retrato que no cualquier viudo se abstenía de holgar con una muchacha bonita y bien dispuesta por respeto hacia una mujer muerta. Empleaba el término «holgar» por su sabor medieval; no quería saber nada de modernismos frívolos; «con toda seguridad habría holgado conmigo», se decía, con una visión momentánea de guerreros de pelo rubio que se refocilaban vigorosamente sobre juncos antes de partir hacia sus barcas pintadas. Recordó la cita concertada para la tarde; decidió observar el efecto que produciría en su cerebro inteligente, pero sin cultivar, la nueva película abstracta del Academy, «Merece ser estudiada», anunció a su mujer, respetablemente colgada en la pared.

Si por lo menos se hubiera quedado allí, o en la urnita tallada de *Golders Green* («con amor a la mujer y respeto a la artista»); pero no, le saltaba encima desde las cuatro paredes de la sala de *Caroline Bury*. Tuvo que quedarse tres minutos a solas con ella; no sabía hacia qué lado volverse, no

sabía hacia qué lado mirar. Este lo había pintado en Greenwich Park, aquél en Antibes; podía recordar perfectamente el momento en que tal otro cuadro había tomado forma en su mente, en Cornwall, y había regresado inmediatamente, para apuntar la idea; Surrogate se quejó por carta a Caroline Bury, aduciendo que su mujer no respetaba su hombría. En esa habitación más bien oscura y amortajada de cortinas, se disponía ahora con verdadera tortura a hacer frente al único ser viviente que le conocía a fondo, a quien había confesado en otros tiempos todas sus vacilaciones y sus indecisiones, sus mezquindades y sus estudiadas generosidades, su caos intelectual. «¿Cómo estás, Caroline? Tanto tiempo»; pero haciendo una mueca de dolor se negaba a admitir el paso del tiempo, que le blanqueaba el pelo, que le volvía el cuerpo menos ágil y le vaciaba de esperanzas el cerebro.

Caroline Bury entró en la sala con un aire de vaguedad y distinción. Daba la impresión de no saber a quién encontraría en su propia casa, qué curiosa personalidad le hablaría en medio del murmullo que llenaba quizás excesivamente sus habitaciones. La belleza de su cara demacrada y hundida habría sido inmediatamente reconocida en un fresco antiguo o en una tumba oriental; pero en un teatro, en una librería o en una calle moderna probablemente sólo despertaba curiosidad; el señor Surrogate no la había visto nunca fuera de su casa.

Enfocó sobre él su mirada miope y le dio una bienvenida áspera, con su voz llena de discordancias; pero también en este caso el oyente tenía que reconocer que en otra época, y en otro continente, ese sonido, con un rascar de discos metálicos, pudo ser considerado hermoso.

—Quisiera hablar con usted antes de que lleguen los demás.

El señor Surrogate sabía que el cerebro de esa mujer almacenaba todas las cartas de su difunta esposa, pero aunque esa certidumbre le turbaba y amargaba, no podía resistirse al cumplimiento de su interés. Después de todo, en esa habitación Henry James había construido sus frases como cajas chinas que albergaban en el centro un pequeño coloquialismo; había dado curso a un torrente de epigramas; Hardy se había preguntado qué significaba todo eso que lo rodeaba.

—Hábleme de Drover.

El señor Surrogate había dicho que haría lo posible por interesarla; no ignoraba que era innecesario. Escuchando a los escritores sentados alrededor de su mesa, Caroline Bury parecía sentir pasión por la literatura; escuchando a los políticos, parecía ser la última inspiradora de un salón político; los que la conocían bien sabían que la literatura y la política eran simplemente dos territorios donde esta mujer había decidido dar rienda suelta a su pasión por la caridad, una caridad en cierto modo satírica, práctica hasta el cinismo, una especie de caridad que ningún hombre era suficientemente orgulloso o vanidoso para no aceptar.

Le dijo todo lo que sabía, humildemente, con alguna reticencia, observando cómo empezaban a girar los engranajes de una inteligencia sutil. Sentía celos. Bajo la historia de Drover, apenas sepultada por las palabras del relato, «policía..., mujer..., Hyde Park..., apelación», sepultada tan en la superficie que entre las frases asomaban claramente los fragmentos de los huesos

antiguos. («Me recuerda... incidentalmente..., ¿recuerda?»), yacía su propia historia, su primera comprobación de la pasión de Caroline Bury por ayudar a la gente.

—Por supuesto lo recuerdo. Pero prosiga. Quiero que me hable de Drover.

El mar gris lamía los guijarros de la playa; la lluvia tamborileaba sobre la avenida asfaltada. El señor Surrogate, un señor Surrogate mucho más delgado y más joven, iba y venía bajo la lluvia, hablando a solas, con un telegrama arrugado en la mano. Hacía seis meses que se había casado; no tenía dinero, su mujer estaba enferma en Londres, y el médico decía que debía trasladarse al Sur. Volvió empapado hasta los huesos a casa de Justin Bury, donde pasaba en esos momentos el fin de semana; durante el almuerzo se descompuso, empezó a temblar, a estornudar y a llorar. Era su primera humillación total; cuando años más tarde había vuelto una y otra vez a humillarse, ni siquiera él había sabido hasta qué punto lo alentaba el éxito de la primera vez. Caroline Bury los había mandado a los dos a Hyères. Poco después murió Justin, de un resfriado, en España, durante el caluroso verano de 1921.

—¿Recuerda la casa que ustedes tenían junto al mar?

—Por supuesto la recuerdo. Pero continúe. ¿Cuántos años tiene la mujer?

Cuando terminó, Caroline Bury dijo con un chillido agudo de pájaro, lleno de asombro y de incredulidad.

—Pero es absurdo. No pueden colgarlo por un arrebató.

—El jueves —dijo el señor Surrogate.

—Es demasiado absurdo. Debemos hacer algo. Hablaré con quien está al frente de la Brigada de Investigación Criminal... ¿Cómo se llama? El Comisario.

—¿Conoce usted a todo el mundo, Caroline?

—No le he visto desde que volvió de Oriente. Pero en un tiempo éramos muy buenos amigos. Por supuesto es una persona increíblemente pomposa.

—No podrá hacer nada.

—Mi querido Philip, no sea tan derrotista. Todo este asunto es absurdo desde el principio hasta el fin; por lo tanto, algo se podrá hacer.

El señor Surrogate entreabrió los labios para protestar contra la presuposición de que la vida no era absurda de por sí; pero en cambio carraspeó para aclararse la garganta. ¿De qué podía servir? Caroline Bury tenía fe. El no sabía exactamente en qué tenía fe; si en el Dios de los judíos, el de Roma, el de Canterbury, el de la señora Eddy o el de la señora Besant; pero por imprecisa que fuera su fe, era inmovible; quizás era inmovible porque era tan vaga. Era inútil presentarle pruebas contra la divinidad de Cristo, porque de pronto uno descubría que ése no era uno de los dogmas de su fe. Caroline podía prescindir de la divinidad de Cristo, podía prescindir del Antiguo Testamento, de los Evangelios y de las Actas. Podía prescindir del Corán, hasta podía prescindir de los libros sagrados de la India; todo eso era secundario. Ella tenía Fe.

—El Comisario no tiene nada que ver con...

—Él sabrá con quién conviene hablar. Si por lo menos tuviéramos un gobierno laborista, invitaría a almorzar al Ministro del Interior. Pero Beale. No conozco a Beale.

—Es un maniático antialcohólico.

—Es una nulidad. No me interesan las nulidades.

Una débil sonrisa serpenteó por la cara del señor Surrogate; se acarició el pelo. En el *parquet* contiguo se oía el crujir de los zapatos. Caroline Bury dijo:

—Suponga que es Crabbe. ¿Conoce a Crabbe?

—No —dijo el señor Surrogate—, no. Por supuesto, he leído sus obras.

—Se ha vuelto muy aburrido desde que le dieron la Orden del Mérito.

Casi inmediatamente la habitación se llenó de gente.

Durante el almuerzo, Crabbe se sentó frente a él; era un anciano de bigotes blancos y ojos rojizos y agresivos. Hacía diez años que no escribía un libro; era universalmente admirado. Pero estaba firmemente convencido de que la gente empezaba a «atacarlo». Aunque se sabía que era de trato difícil, todavía lo invitaban a todas partes, un poco a causa de su reputación y de la Orden del Mérito, y porque una vez, hacía de eso cinco años, había conversado brillante y maliciosamente durante todo un almuerzo. Las señoras siempre creían que el acontecimiento podía repetirse en cualquier momento.

Crabbe estaba callado, pero Sean Cassidy, el poeta, no. Habló sin cesar, desde un extremo de la mesa, sobre astrología. La dificultad previa de comprensión que caracteriza a las ideas de Zoroastro se multiplicaba gracias al dialecto irlandés de Cassidy. Pero tenía su utilidad. Impedía que los acentos sonoros, claros y levemente norteamericanos de dos críticos que discutían las teorías de un teólogo sueco, mataran la conversación general.

El señor Surrogate, consciente de que Crabbe lo observaba con ojos inflamados, empezó a hablar de la Liga de las Naciones con la joven silenciosa sentada a su lado.

—En un tiempo tuve esperanzas —dijo.

Y un momento después reconoció:

—Quizá sea un paso más hacia el Estado Mundial.

—¿Bajo el signo de la hoz y el martillo? —preguntó la joven.

El señor Surrogate sonrió afirmativamente y paladeó su vino. Trató de ver el reloj, situado detrás de Crabbe. Dentro de media hora, le esperaba Kay. Gracias al vino, se sentía joven y vigoroso. «Por suerte —pensaba—, no soy un viejo en decadencia como Crabbe; las jóvenes todavía me escuchan con atención.»

—Sí. La hoz y el martillo.

Pero advirtiendo un momento después la mirada de Caroline Bury, sintió una oleada de humildad. «Soy libidinoso, vanidoso, mezquino, cobarde»; le habría gustado confesar a su vecina la mísera historia de su matrimonio; mostrarse tal cual era, sin pretensiones intelectuales ni morales; ¿y qué habría quedado? «Un hombre —pensaba Surrogate, mientras hacía girar su vaso de vino—, que vale menos que un condenado a muerte; pero a pesar de todo, un hombre.» Y su espíritu volvía a elevarse, en su perpetuo vaivén, hasta dejar rápidamente a los demás invitados muy por debajo de él, aplastados e imperceptibles entre los platos; un hombre, el yo esencial.

Crabbe carraspeó, y todo el mundo, excepto Cassidy, calló bruscamente y atendió. Crabbe carraspeó una vez más y empezó a atragantarse.

—Un huesito —dijo alguien.

El vecino de Crabbe le palmeó la espalda.

—Porfirio —dijo Cassidy—, al hablar del signo de Cáncer...

Crabbe tragó y de pronto se sintió mejor; pero su vecino continuó palmeándole distraídamente la espalda. Crabbe lo observó con mirada encendida y maligna; evidentemente creía que le tomaba el pelo. Todos reiniciaron la conversación interrumpida. El señor Surrogate dijo:

—Considerando las circunstancias, yo estaría dispuesto a aceptar a Ginebra como un remedio provisional.

—La luna en Virgo rige los intestinos y el vientre.

—Hay que ver cómo trata a los Unitarios...

—Si Ginebra —dijo Surrogate— difundiera tanta fraternidad como difunde odio...

Crabbe se inclinó sobre la mesa y carraspeó. Todos se callaron, atentos. Crabbe miró al señor Surrogate con odio. Sus viejos ojos se hinchaban y se contraían.

—Ginebra —dijo—; nunca pude escuchar Ginebra.

Parecían faltarle las palabras, como si lo desconcertara esta repentina incursión en la vida contemporánea, que lo alejaba de su ambiente de vastos campos en Norfolk, de mares calmados y altas iglesias vacías. Pero todos escuchaban atenta y humildemente, para oír lo que el creador de Dinah Cullen, de Joseph Sentry y del loco Corbett, diría sobre Ginebra.

—Escucho Moscú —dijo Crabbe—, escucho Roma, escucho Nueva York, pero no puedo conseguir Ginebra. ¿De qué marca es su aparato? —agregó, como escupiendo furiosamente hacia Surrogate.

—Para decir verdad —dijo el señor Surrogate—, lo lamento, pero usted comprendió mal. Yo no me refería...

—No me venga con los cuentos de siempre sobre el *Crystal* —dijo Crabbe—. Soy viejo, pero todavía no estoy chocho. Los cuentos que me han contado de esos *Crystal*.

El señor Surrogate suspiró aliviado al bajar la escalera, al oír que la puerta dieciochesca se cerraba tras él. Había cumplido. Había hecho lo que podía. Ahora podía dejar todo en manos de Caroline Bury. Después del trabajo, la diversión; sin embargo se turbó un poco al llegar a Oxford Circus y descubrir que Kay no le esperaba. Compró un diario vespertino, pero no encontró gran cosa; sólo los programas de las carreras, y en las noticias de última hora los resultados de las dos y media. Todas las tiendas de Oxford Street estaban cerradas, y la calle casi vacía. Grupos de forasteros iban y venían por la acera norte, contemplando con atención los modelos de los escaparates, con sus caras de tela negra. El señor Surrogate miró la hora y compró otro diario. «El Crimen de Paddington. La brigada móvil en las Cercanías de Euston. Un Detenido.» «Extraño ese interés en el crimen», pensó Surrogate, y pasó a otra columna. «Drama en un Mitin Rojo. Choque a Puerta Cerrada.» Leyó la noticia hasta el final. Cómo exageraban esos periodistas; un pequeño altercado, nervios agotados, mal humor. Pasó a otra página: «El señor MacDonald Entrega Trofeo de Golf. El Antiguo Juego Real. La Bienvenida de Lossiemouth.»

Milly dejó el periódico abierto sobre el tocador y se puso el sombrero. La señora Coney la contemplaba entre los cepillos, con frialdad. ¿Le habrían tomado la fotografía después de la muerte de su marido? Si así era, no se advertían rastros de dolor. Tal vez era una fotografía antigua; Milly trató de imaginarse qué clase de esposa podía ser esa mujer, pero el camafeo la desalentaba. Era como una medalla concedida por algún acto de rectitud inhumana.

Con el pelo estirado hacia atrás, sobre una frente amplia, y trenzados en un moño, parecía una de esas mujeres que entregan alegremente sus hijos a la guerra y luego luchan en los concejos parroquiales por un monumento de mármol. Era una cara desesperante.

Por eso su voz sonó a hueca en el teléfono. Conrad Drover no la reconoció; dejó la pluma sobre la mesa, mientras sus ojos recorrían la columna de cifras hasta el pie de la página.

—¿Quién es? Más fuerte, por favor, no le oigo.

Era su voz de jefe de sección. No tenía ninguna relación con su carácter, pero le servía para defenderse de los meritorios, que le robaban las gomas; para contestar las preguntas de la Dirección.

—Quisiera hablar con el señor Drover.

—Al habla.

—¡Oh, Conrad!, ¿eres tú?

En ese momento reconoció la voz; a través de la puerta de cristal miró rápidamente las espaldas inclinadas de los empleados; luego miró hacia atrás, hacia la puerta del gerente; estaba solo entre las paredes de cristal, aislado entre sus superiores y sus subordinados.

—Sí, Milly, ¿qué pasa?

Le costaba desprenderse rápidamente de su voz de oficinista; la lengua le vibraba todavía de cifras, sabía que parecía impaciente.

—Sólo quería decirte una cosa. Cuando Kay llegó, me dijo...

—¿Harán algo los del partido?

—Están firmando todos la petición. Pero escucha, Conrad. Hay algo más. El señor Surrogate va a ayudarnos. Va a hablar con una señora muy influyente.

—Escucha, Milly —contestó Conrad, acercándose al teléfono, confiándole su profunda desconfianza—. No creas demasiado en lo que van a hacer. Son desconocidos. Se interesan un momento, pero si las cosas no marchan bien, se desentienden. Para ellos, no tiene ninguna importancia. Tenemos que hacerlo todo nosotros.

A través de la puerta del salón oía muy débilmente el rasgueo de las plumas de los empleados; alguien leía en voz alta una columna de cifras; cuando se volvió, vio que la sombra del gerente oscurecía la puerta de atrás; iba y venía, canturreando ante el dictáfono.

—Estamos solos —dijo.

—Iré a ver a esa mujer. Ya estoy en camino.

—Te veré esta noche, Milly.

—Yo pensé..., supongo que es imposible..., si pudieras venir conmigo.

—Tendrías que esperarme hasta la hora de almorzar.

—No me atrevo a esperar. ¿No puedes salir una hora antes?

—Ojalá pudiera.

Se tomó la cabeza con las manos y miró fijamente los papeles de su escritorio; los numeritos negros, alcanzaban el vuelo hacia él, como un enjambre de moscas.

—Es imposible —agregó.

Oyó el ruido del receptor colgado, el silencio que invadía la línea. Nuevamente estaba solo, con esos hombres que no le gustaban, y de los que sobre todo desconfiaba. Hasta el empleado más inútil, de eso estaba seguro, intrigaba por sustituirlo; su oficina acristalada era una diminuta tabla de salvación, y todos nadaban en torno esperando desalojarlo, esperando sorprenderle dormido; su

posición era más cómoda, pero en cambio carecía de esa cualidad de eterna vigilancia y de concentrada astucia; otras cosas exigían a gritos su atención; su hermano, preso, Milly que erraba por esas calles de las afueras, llena de miedo y desesperación. Pero ni siquiera confiaba en ella; Milly quería a su hermano, al parecer, tanto como lo quería él; toda palabra de aliento o de afecto que ella le dijera, se la decía pensando en su hermano.

Sin embargo, mientras ascendía la alta colina suburbana delineada por casas con vigas de madera y comisas color chocolate —«Envidiable Residencia, Apenas 50 libras al Contado»— no tenía miedo. Era valiente porque de pronto se había enfurecido. No era justo que las cosas fueran así. Que Conrad no pudiera conseguir una o dos horas de permiso para ayudar a su hermano. Hizo sonar vigorosamente la campanilla y dijo con energía a la mujer baja y gris que le abrió la puerta:

—Quiero ver a la señora Coney.

—Yo soy la señora Coney.

Milly la miró atónita; luego vio el camafeo, el pelo gris estirado hacia atrás, el vestido negro de cuello cerrado; pero lo que el periódico no le había dicho era lo reducido de la escala; esto era una imitación en miniatura de la mujer áspera e insoportable de la fotografía.

—Perdón. ¿Podría hablar con usted?

—No sé, realmente, si tengo tiempo. ¿Es usted periodista?

Los ojos de la mujer, acosados, perdidos, la eludían, se encogían como temiendo una batería de cámaras fotográficas, de trípodes, de micrófonos. Milly pensó: «Es más débil que un pajarito. No sabe dónde esconderse. Me teme. Puedo hacer lo que quiera con ella.» Dijo

amablemente, como sintiéndose obligada a alentar y consolar:

—Yo soy la señora Drover.

—¿Ah, sí?

El nombre no le decía absolutamente nada.

—Mi marido está preso.

La señora Coney parecía extraer un poco de coraje del fondo de su ser, como un balde de un pozo profundo y casi seco, y con ese poco de coraje intentaba cerrar la puerta.

—Lo siento —dijo—. No tengo ropa para lavar, ni para remendar; yo sola me basto.

Milly introdujo un pie en el hueco de la puerta.

—Usted no me entiende. Mi marido fue quien mató a...

La señora Coney retrocedió hacia un oso de madera tallada que sostenía dos paraguas en sus brazos extendidos.

—¡Oh!

—Quiero hablar con usted —dijo Milly.

Entró en el angosto vestíbulo y cerró la puerta tras de sí. La señora alzó la mirada con los ojos repentinamente brillantes, y le dijo:

—Pensé que eran otra vez los periodistas. No puedo soportarlos... ¿A usted también la persiguen?

—No, mi hombre vive todavía. ¿Comprende?

Milly, con su metro sesenta parecía una gigante a su lado.

La señora Coney dijo nerviosamente:

—Tomará una taza de té. Disculpe este desorden, estuve haciendo limpieza general.

Un lado del pasillo estaba adornado con cuadros baratos. En el suelo se veían dos o tres helechos y la alfombra había sido retirada. El aire estaba lleno de polvo.

—¿Le importa tomarlo en la cocina?

Milly advertía en cada cosa las huellas de una mujer puntillosa e incompetente, esas mujeres que echan el polvo de un cuarto al cuarto contiguo, que compran huevos pasados para economizar y se dejan el gas encendido.

Milly dijo con repentina cólera:

—No vine hasta aquí para decirle que lo siento.

La señora Coney se volvió instantáneamente, frente a la cocina de gas, con la tetera en la mano, derramando algunas gotas sobre el linóleo. Con voz atemorizada dijo:

—Habría sido una confusión. Usted no tuvo la culpa.

Volvió a colocar la tetera hirviente sobre el fogón y echó té en la tetera.

—Quiso defenderme, nada más.

—Estoy segura.

—Fíjese, ya echó seis cucharadas.

—¡Oh, Dios mío, va a salir muy cargado! ¿Le gusta fuerte?

Se sentó al otro lado de la mesa de la cocina, mirando fijamente a Milly; sostenía la taza de té con el dedo meñique arqueado hacia afuera.

—¿Usted era mayor que su marido? —preguntó Milly.

—Diez años —dijo la señora Coney, con voz débil—. Siempre pensé que yo me iría primero. Nunca me imaginé que podía dejarme sola.

—Parece raro, ¿no es verdad? —dijo Milly.

—¿Raro? No hago más que entrar y salir de las habitaciones. No puedo quedarme quieta en ninguna parte. ¿Quiere un pedazo de tarta, querida?

—Es usted muy amable conmigo —dijo Milly.

Pero sabía que la bondad de la señora Coney, su frente blanda, el camafeo de su prendedor y su aire de rectitud asustada no significaban absolutamente nada. Sólo el ambiente que la rodeaba le prestaba ese aire de virtud positiva. La señora Coney estaba rodeada por la muerte, el crimen y la justicia implacable; hasta la palidez, el titubeo y su amabilidad vulgar lograban cierta dignidad en ese ambiente.

—Tenía tanto miedo de que fuera una periodista, querida. Vinieron con unos aparatos enormes y ruidosos y me dijeron que les hablara. Me dijeron que iban a sacarme una película —dijo la señora Coney con ligero asombro, pensando en estudiantes, en cocktails y orgías de la Roma imperial.

—¿Y qué les dijo?

—Yo no sabía qué decirles. Entonces me explicaron que debía decir que reclamaba justicia.

La señora Coney, con un aire de vergüenza y de miedo, miraba con atención a Milly por encima del borde de la taza, mientras soplaba el té para enfriarlo. Milly pensó de pronto con qué facilidad habrían arreglado el asunto entre las dos. La señora Coney no pedía venganza, no quería que mataran al marido de otra mujer porque ella había perdido el suyo; eran dos mujeres de la misma clase, que podían discutir la cuestión y llegar a un acuerdo. Pero los de las clases superiores se habían entrometido, con sus leyes que ellos mismos se habían creado, para cobrar las pagas que ellos mismos se habían fijado, cientos de libras que pasaban a sus bolsillos a medida que se prolongaba el proceso. Muerte por muerte; eso exigía la ley, pero la ley no había

sido hecha por Jim, ni por la señora Coney, ni por ella misma; había sido hecha por los reyes y los sacerdotes, por los abogados y los ricos. A veces uno se salvaba, pero la decisión no dependería de la señora Coney; también eso dependía de los políticos y los abogados, que no sabían nada del hombre al que salvaban, que no les importaba nada de él. En alguna parte, alguna vez, en un diario o en un libro, Milly había leído las palabras «juzgado por sus pares». Había creído que quería decir juzgado por los nobles, y se habían reído de ella; «quiere decir juzgado por sus iguales»; pero ¿dónde —preguntaba ahora Milly a la señora Coney—, existía un juez igual a ellos, un hombre que ganara tres libras por semana, que viviera como ellos vivían? ¿Y el jurado? Todos eran comerciantes y aristócratas. No era justo, decía Milly, olvidándose del té y de la señora Coney y de la larga caminata de regreso a su casa, sofocada por la injusticia.

—Es la ley —dijo la señora Coney, soplando la taza con el meñique arqueado.

—Lo cuelgan el jueves.

—Lo siento tanto, querida —dijo la señora Coney.

Sólo era capaz de expresar sumisión.

—Arthur siempre tuvo tan mal carácter. A veces me pegaba.

Sus ojitos de azabache se cerraron un instante; se aferró al borde de la mesa, como sintiendo la intolerable nostalgia de los golpes.

—Traje el formulario de una petición —dijo Milly—. ¿Me lo firmará?

La señora Coney abrió los ojos; instantáneamente, pasó a la defensiva.

—No me gusta firmar papeles. ¿Qué dice?

—No querrá que le lea toda esa palabrería —dijo Milly—. Es para pedir al Rey que no cuelguen a John.

Los hombros de la señora Coney se estremecieron; relajó la mandíbula y alzó la tetera.

—No me gusta molestar a Su Majestad —dijo—. Ya tiene bastante en qué pensar. ¿Un poco más de té, querida?

—El no lo verá —explicó pacientemente Milly—. Pasará directamente a alguien del Parlamento.

—No me gusta firmar cosas —repitió la señora Coney—. Arthur no quería nunca que firmara nada. Uno firma un papel que le trae un desconocido (no lo digo por usted, querida) y no sabe en qué se mete...: aspiradores de polvo, aparatos de radio, juegos de cama. Arthur siempre me decía que no firmara nunca un impreso.

—Yo no vendo nada —dijo Milly—. Puede leerlo desde el principio hasta el fin si quiere.

—Oh, no me refiero a usted, querida; simplemente, que uno tiene que tener cuidado. No puedo leerlo sin gafas.

—Entonces se lo leo yo.

—¿No podría dejármelo? Le preguntaré al hermano de Arthur y luego se lo mandaré por correo.

—No —dijo Milly—, no hay tiempo. Escuche. Usted no quiere que cuelguen a Jim, ¿no?

—Tendrían que castigarlo —dijo la señora Coney.

—Oh, no dejarán de castigarlo, no tema. Dieciocho años de cárcel. ¿No le parece un buen castigo?

—No me gusta *firmar* nada sin preguntarle al hermano de Arthur. Pero usted puede decirles de mi parte que no deseo que lo cuelguen.

—Con eso no basta. Por favor, señora Coney.

Pero comprendió demasiado tarde que suplicando no conseguiría nada de esa mujer tan apocada y desconfiada. Por primera vez en su vida, la señora Coney probaba el gusto del poder. Aunque la sumisión siempre la había satisfecho, algo había en ese gusto nuevo que le hacía apretar los labios. Pero no podía luchar cara a cara. Su espíritu, como un topo, se abría paso circularmente, en «la oscuridad, emergiendo por lugares insospechados.

—No me gusta poner trabas a la ley.

—Esto no es poner trabas a la ley. No tiene nada que ver con la política. No crea que soy una comunista. Si él no lo hubiera sido, a estas horas no estaría donde está.

—¿Cómo? ¿Es un rojo? Yo no movería un dedo por salvar a un rojo.

Era extraño oír nombrar a un ser que uno conocía tan bien como a su propio cuerpo, con ese nombre que al mismo tiempo designaba a tantos otros hombres, Milly protestó:

—Nunca hizo mal a nadie.

—Oh, pero si es rojo. Quieren quitarnos todo lo que tenemos. No tendría que haberme pedido eso. Debió pensarlo mejor. Son unos ladrones.

La señora Coney recorrió con mirada cálida su cocina, observando todo eso que tanto temía perder: los servilleteros de plata, la jarrita bautismal sobre el estante, la panera suiza de madera tallada, y al otro lado de la puerta, en el corredor, los helechos y el oso de madera y los dos paraguas; y sin embargo, bajo el miedo y el odio, subsistía la misma sumisión de siempre, y cualquiera veía que podían robarle todo impunemente. Habría odiado a los ladrones, habría odiado esas manos que tocaban sus servilleteros; les habría suplicado que no se metieran la

panera suiza en la bolsa; pero no habría luchado nunca por defender sus posesiones.

Milly dijo:

—Tiene que firmar.

La señora Coney contestó obstinadamente, extendiendo una mano sobre la tapa de la tetera:

—No pienso hacer nada por un rojo.

La discusión no le concernía, como no le habría concernido a una muerta, a una mujer feliz de estar muerta, que temiera que arrancaran los clavos que sujetaban la tapa de su ataúd.

—Quieren llevarse todo. Son un peligro.

—Es de la misma clase que usted —dijo Milly.

—No es de mi clase. Algún día mi Arthur habría sido inspector.

Su difunto Arthur ascendía y ascendía en el espacio por demás vacío de su mente, cambiando de uniforme a medida que ascendía, luciendo primero unas bandas, luego galones. Finalmente su casco desaparecía y aparecía una gorra, signo de una gran carrera.

—¿Entonces no quiere firmar?

—No. Por lo menos... no sin haber hablado con el hermano de Arthur.

El repiqueteo de una campanilla sobre su cabeza, la levantó de un salto. Nunca se había habituado al sonido repentino del timbre eléctrico; en su tiempo, el temblor del alambre a lo largo del corredor era como una advertencia.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—. Por favor, ¿no podría atender usted, querida?

—¿Quién es?

—No puedo soportar esas cámaras —dijo la señora Coney—. Dígales que se vayan. No tengo nada de que hablar con ellos.

Mientras suplicaba, mirando a su interlocutora con sus ojillos inexpresivos, como un par de cuentas de azabache, recordó el día de la muerte de su marido; recordó cómo le habían dado la noticia en la puerta, con voz cortés, amable, protectora, y antes de que pudiera recobrar el sentido y reconocer los trípodes abiertos en la calle, ya habían captado su desconcierto y su horror reproduciéndolos en la forma de una estupidez de lunático.

—Dícales que no estoy.

Milly se levantó. Mientras recorría el pasillo, pensaba intensamente; esperó un momento junto al oso de madera y luego abrió la puerta. Un hombre calvo se quitó el sombrero y dijo:

—¿La señora Coney?

—Espere aquí un momento —dijo Milly, y regresó por el corredor.

El hombre la siguió con rapidez, andando sobre la punta de sus zapatos de charol. Milly lo encaró; el hombre la miró con una expresión persistente de humildad y el sombrero en la mano.

—Le dije que esperara.

Milly advirtió que casi se le había quebrado la voz; si no ganaba pronto la batalla, abandonaría; no estaba acostumbrada a luchar; siempre había cedido las luchas a su marido, cuando había que echar a algún vecino ebrio o abrirse paso a empujones entre la multitud en la feria.

—Discúlpeme —dijo el hombre en voz baja, girando sobre los talones—. No entendí bien.

Se volvió hacia la puerta, pero cuando se detuvo un instante junto al oso y le golpeó el cráneo con los nudillos, Milly tuvo conciencia de su dureza interior; a eso se exponía uno cuando era presa de la publicidad; desconocidos de voz suave que entraban en la casa, tocaban, probaban y criticaban y no decían una sola palabra de lo que pensaban.

Cerró tras de sí la puerta de la cocina y dijo:

—Es un periodista.

—¿Le dijo que no estaba? ¿Se ha ido?

—Le dije que esperara.

—¿Por qué me odia? —dijo la señora Coney, echándose a llorar.

Seguía sentada en su silla, rígida, con los ojos tan inexpresivos como siempre; como una copia en yeso de una estatua a la rectitud, con el agua que le corría por la cara. Sacó un pañuelo de encaje de colores vivos y se tocó las mejillas.

—Cuando haya firmado esto, lo echaré.

—No se irá.

—Yo lo obligaré —dijo Milly.

—Es usted una mujer perversa. No tengo pluma.

—Aquí tiene un lápiz.

—Sospecho que ya lo tenía todo planeado.

—¡Oh, no! —dijo Milly—. No soy tan inteligente. Es pura casualidad. Es la primera vez que tengo suerte, desde que su marido trató de pegarme.

Se echó a llorar también ella, con amarga alegría, al ver el garabato sobre el formulario impreso: «Rose Coney»; pensaba: «Hice algo por él, luché por él, le serví de algo»; se sintió de pronto llena de gratitud hacia Conrad, que la había

ayudado a experimentar ese consuelo; gratitud hacia todo el mundo, excepto hacia los enemigos de Jim.

—Yo haría otro tanto por usted, si pudiera —dijo—. Pero su marido está muerto. No se puede hacer nada por él. Por el mío sí. Haría cualquier cosa.

El hombre estaba nuevamente en el corredor. Había alzado un florero y miraba la parte inferior.

—¿La señora Coney? —volvió a preguntar.

—No. No quiere verle.

—No me importa esperar.

—Si yo fuera usted, no esperaría. Si espera, tal vez se pierda una noticia.

—Oh, estoy acostumbrado a esperar —dijo.

Poco a poco se volvía más confidencial; se paseaba por el vestíbulo, levantaba una maceta de helechos, golpeaba un florero con el dedo, metía otro dedo en la boca del oso.

—Nunca conseguí nada de otro modo. —Miró a Milly con una cara que parecía la fachada de una casa con todas las ventanas cerradas, cuya vida oculta alienta en la penumbra de la habitación silenciosa—. ¿Le molestaría a ella que fumara?

Encendió un cigarrillo y acarició una hoja verde.

—Debería regarlas con té. Este oso proviene de Suiza. Qué dientes tan picaros —prosiguió, con voz triste y calmada—. Una vez vi un cuarto lleno de cosas como ésta. Todo era de madera tallada. En la cascada de Schaffhausen. Y cada objeto tocaba una música, además. Canastos de papeles, cajas de cigarrros, sillas, fruteros. Y los relojes de cuco, que hacían cucú todo el tiempo.

—¿No se va?

—Estoy acostumbrado a esperar. No me sorprendería nada que también este oso fuera con música; habría que

saber cómo funciona. —Volvió a golpearle el cráneo con los nudillos.

—Tengo que irme —dijo Milly.

Pero el hombre la fascinaba. Había dicho la verdad al decir que estaba acostumbrado a esperar. Tenía tanta práctica, que no parecía desear otra cosa que quedarse allí, tocando los objetos y conversando con cualquiera que quisiera escucharle. Pero no porque fuera sociable. Era la única manera de pasar el tiempo. No pensaba en ella, sino en algo muy distinto. «Si yo no estuviera aquí —pensó Milly—, se sentaría y se quedaría dormido.»

—Ah —dijo el hombre—, ya lo encontré.

Levantó uno de los paraguas de los brazos del oso, y una cajita de música empezó a tocar dentro del vientre del animal una melodía muy simple y tintineante.

—Me hace recordar —dijo el hombre, sin molestarse en alzar la voz, aunque Milly sólo podía oír lo que decía cuando la musiquilla bajaba de tono—. Decepcionado..., un viaje tan largo en coche..., empapado..., sin pañuelo..., tres chelines por un té..., no había cuarto de baño.

Milly dijo:

—Pero tiene que irse. Le prometí que usted se iría.

La música terminó, el cilindro de la caja de música siguió gimiendo y chirriando en el vientre de madera.

—Por lo menos, nadie le robará el paraguas —dijo el hombre, disponiéndose nuevamente a la exploración—. ¿Y éste es el difunto señor Coney?

—Yo soy la señora Drover —dijo Milly.

El hombre no demostró ninguna sorpresa.

—¿Conoce a la señora Coney?

—No, pero vine a pedirle que me firmara la petición, para salvar a mi esposo.

La miró con sus ojos redondos, melancólicos e indiferentes. Parecía expresar que todas las historias humanas se repetían demasiado a menudo, y que su desdichado destino era ser testigo de cada repetición.

—¡Ah, tiene valor! ¿Y la firmó?

—Se lo diré si se marcha conmigo.

Se puso el sombrero, dio un último golpe de nudillos al oso y abrió la puerta.

—Tendría que regar con té esos helechos.

Sin volverse para ver si Milly lo seguía, se alejó cuesta abajo, entre las residencias color chocolate.

—Tal vez vuelva y se lo diga, tal vez no. Su asunto ya no interesa, está muerto. No creo que pueda ofrecerle dinero por la entrevista. No puedo. El director se desmayaría. Mire qué casa más bonita.

Milly le seguía a corta distancia. A cada paso su hazaña disminuía de tamaño.

—No sé de qué diario es usted —dijo—. Pero puedo probar con otro. De todos modos, no quiero dinero.

El hombre se volvió con repentina brusquedad.

—¡Ah, usted es una de ésas! «Lo único que quiero es justicia.» «Lo único», fíjese un poco. Como si la justicia fuera una libra de té, como si existiera en alguna parte, como si...

—No quiero justicia —dijo Milly—. Sé bien lo que es la justicia. Estuve todos los días en los Tribunales.

El hombre se detuvo, se apoyó contra el cartel de un corredor de bienes raíces, y la observó con un débil destello de interés.

—¿Y le firmó la petición?

—No pienso decírselo a menos que le interese —dijo Milly—. Quiero publicidad.

—¿Nada más? —preguntó el periodista irónicamente. Pero Milly no advirtió el sarcasmo. El mundo, para ella, era todavía un lugar muy simple; uno quería las cosas y las conseguía, o se las negaban; uno era feliz o infeliz, amaba u odiaba. Había vivido un poco apartada; nunca había estado lo bastante cerca de la vida para advertir la confusión de los detalles, para aprender que uno era desdichadamente feliz, que a veces dar era negar, que uno amaba y odiaba por idénticos motivos.

—Sí, nada más —dijo.

Por el momento, lo único que quería era publicidad; habría dado dinero si lo hubiera tenido, la salud si se lo hubieran exigido, los amigos si hubiera tenido amigos.

—Me dirigiré a otro periódico —agregó.

—Usted es demasiado ingenua para andar sola por el mundo —dijo—. Les interesará exactamente tanto como a mí. Da lo mismo que me lo diga a mí. Quizá valga la pena publicar una línea, un párrafo. Quizá dos. Lo intercalará en alguna parte, se lo prometo.

—¿Me lo prometería por escrito?

El hombre rió, apoyado sobre el cartel, mientras tapaba varias de las grandes mayúsculas blancas —«Se alquila»— con el sombrero; nuevamente Milly se sintió desconcertada por la sensación de algo complejo, porque no parecía reírse de ella, sino de sí mismo. Lamentó que no estuviera Kay con ella para hacerle frente. Apenas esa idea le pasó por la imaginación, el hombre la sorprendió con estas palabras:

—No la habría reconocido nunca. Usted no se parece nada a su hermana.

—¿Conoce a Kay? —preguntó Milly—. No es que no le tenga confianza —agregó rápidamente— pero no quiero correr ningún riesgo. Usted comprenderá, lo hago por mi marido.

—Oh —dijo él—, no me ofendo. Pero su hermana sabría que no basta escribir algo para que sea más cierto. Se lo dice alguien que sabe.

La observaba. Ella parecía intrigada y descorazonada. No sabía de qué le hablaba.

—¡Qué idiota —dijo—, meterse en semejante lío y perderse una hermosa muchacha como usted!

—No fue culpa suya. Éramos felices. No conviene ser feliz. Siempre le dije que no podía durar, pero en realidad no hacíamos nada por evitarlo.

—Me llamo Conder.

—Y yo Milly.

—Acompáñeme hasta el centro —dijo Conder—, venga a tomar un café. Así puede contarme mejor lo de la señora Coney. Haré lo que pueda por usted. De verdad, se lo aseguro. Yo también estoy casado. Me gustaría hablarle de mis chicos. Uno tiene tos ferina. Es un fastidio porque acabamos de mudarnos.

Bajaba rápidamente la cuesta, hacia la parada del autobús, hablando y hablando de su mujer, de las criaturas; con un torrente de palabras huía del paragüero suizo y de la muchacha que diez años (antes se había reído de él, junto a la cascada de Schaffhausen: «Qué hombrecito más gracioso es usted»), mientras él trataba de retenerla por el vestido en el invernadero (un franco por ver la cascada a través de los cristales verdes, rosados y lilas) mientras afuera las

aguas multicolores ondeaban espumosas, y los relojes de cuco cantaban en el chalet, y todos los fruteros tocaban una melodía distinta. Se quejó de su ficticia comodidad, habló amargamente de su fabulosa felicidad, y cuando el autobús pirata se acercó al bordillo de la acera y volvió a alejarse con un cargamento de contrabando, su descontento ya era tan irreal como su mundo.

En Regent Street había un embotellamiento de media milla. Mirando hacia atrás se podía ver la hilera de autobuses que se extendía hasta Oxford Circus. La multitud circulaba por la acera; frente a un cine tendían un paño escarlata. Unas mujeres fornidas lo defendían a cada lado, con los sombreros un poco torcidos, atesorando unos bolsos negros donde llevaban el almuerzo. Parecían acaloradas, enojadas y agitadas, parecían temer que alguien las empujara desde atrás.

—Todo el comercio interrumpido —dijo Conder.

La policía montada hacía retroceder sus caballos al borde de la acera, tratando de mantener el paso libre.

—Si uno quiere comprar algo —prosiguió—, no puede. Si uno quiere encontrarse con alguien por un asunto de negocios, no puede. Ahora nos quedaremos aquí plantados por lo menos un cuarto de hora. Paciencia, hay que tener paciencia. Es un acontecimiento de Estado. La Reina va al cine.

La calle brillaba al sol, totalmente vacía hasta Piccadilly Circus; después de un chaparrón, la calzada humeaba. Un Daimler anticuado zumbó suavemente, tomando la curva, y algunos hombres vestidos de etiqueta hicieron una reverencia, girando sobre las caderas. Luego una gran masa de pelo bajo una toca gris entró en el cine.

Alguien dejó caer una bolsa de papel en la alfombra, y se oyó una débil aclamación. Todos los motores de los autobuses se pusieron en marcha, inmediatamente; la policía montada se alejó al galope por la calle vacía, y todo el mundo empezó a hablar. Era como el final de los dos minutos de silencio del Día del Armisticio.

La voz de Conrad Drover tronaba de indignación. Uno a uno, dijo a los empleados lo que pensaba de ellos, sin olvidar al joven sobrino del gerente, que iba a la oficina para ponerse al corriente de los asuntos, empezando desde abajo. El muchacho vestía un traje ligero, y en la corbata lucía los colores de su colegio.

—Si yo no estuviera aquí para vigilarlos...

El joven le devolvió la mirada con insolencia. Apeataba a dinero. Sobre el escritorio tenía abierta una revista de automovilismo; a menudo Conrad había oído, a través del cristal, su voz penetrante y grave que relataba a los demás empleados cómo había pasado el fin de semana en Brighton.

—No valen lo que se les paga. No crean que son indispensables...

Le sostenían la mirada; de pronto tuvo miedo de ese ejército de ojos hostiles y se precipitó nuevamente en su oficina.

Ya era la una, pero siguió poniendo en orden sus papeles, hasta que la sala de empleados quedó vacía. Le temblaban los dedos; sentía que le flaqueaban un poco las rodillas. Sabía que le odiaban, y a su vez los odiaba a todos, por intrigantes. Si hubieran podido, hasta habrían sacado provecho de la condena de su hermano. A veces se preguntaba si eso duraría siempre, toda su vida; nuevas carnadas de empleados, nuevas carnadas de intrigantes que

trataban de sustituirlo. Siempre ocurría así, pensaba: el jefe nunca era querido por los empleados; pero tal vez otros hombres eran suficientemente vigorosos y sabían manejar con facilidad la situación. Tenían un manantial inagotable de vigor.

—Estoy agotado —dijo en voz alta, y golpeó el escritorio con los nudillos.

Este ruido lo despertó de su introspección; la sala de empleados ya estaba vacía, pero la sombra del gerente seguía paseándose detrás de la puerta de cristal de su oficina; era peligroso abandonarse a los impulsos, aunque sólo fuera un instante. Si el gerente le oía hablando en voz alta, a solas, podía empezar a desconfiar de él, de sus cálculos y de su disciplina, podía decidir que ya era hora de poner a prueba al sobrino del gerente. Conrad no dudaba de que algún día lo reemplazarían. Mientras tanto, había que mantenerse tranquilo, crearse hábitos, pensar en otras cosas, no llevarse siempre la oficina a casa, los balances y los empleados incompetentes y el sobrino del gerente siempre encerrados bajo llave en el cerebro, tan seguros como documentos de una caja fuerte cuya combinación se ha perdido.

Descolgó el sombrero de la percha, tomó el paraguas del paragüero y la cartera del escritorio. Se había quedado cinco minutos más que de costumbre en la oficina; seguramente algún desconocido ya le había robado su lugar en el restaurante.

Al pasar por la sala de empleados vio un diario vespertino, conspicuamente abierto sobre el escritorio del sobrino del gerente. Era un diario del día anterior, abierto en la página donde hablaba de su hermano. Había una

fotografía borrosa de éste, tomada el día de su boda. Llevaba en ella cuello duro y corbata oscura; la vestimenta desacostumbrada hacía resaltar su parecido con Conrad. El corazón dejó de latirle. Temió que el gerente viera el periódico. Hizo con él una pelota y lo arrojó a la papelería. Pero quizá se le ocurriera leer algún diario durante el almuerzo y lo recogiera. «Si pudiera quemarlo», pensó Conrad, y se registró los bolsillos, buscando un fósforo. Pero no había chimenea. Cuando oyó abrirse la puerta del gerente, sacó el periódico del canasto y se lo metió en el bolsillo.

Mientras bajaba la escalera discutía consigo mismo: seguramente el gerente ya lo sabía. Por supuesto. Pero no tenía que saber que los empleados se aprovechaban de él. Recordó su voz que le decía: «Disciplina, Drover, tenemos que mantener la disciplina en la oficina.»

Con los labios secos de desesperación, sabiendo que se preparaba para concederle el mes de plazo, Conrad lo había escuchado con asombro e incredulidad.

«Justamente, porque creo que es capaz de manejar con firmeza a los empleados —proseguía el gerente—, he decidido designarlo a usted para reemplazar a Chine. Usted es joven, Drover —y le había sonreído, chupando el aire entre los dientes—; un hombre joven puede hacer todo lo que se le ocurra, con un poco de energía, con un poco de ambición.»

Le había pillado por sorpresa. Toda su vida había sido así, le habían pillado por sorpresa. Le habían ascendido cuando esperaba ser despedido; le habían elogiado cuando esperaba ser censurado. Algún día lo descubrirían, estaba seguro. El sobrino del gerente había sido el primero en descubrirlo.

Nadie se había sentado en su lugar. Apenas tuvo tiempo de alzar el menú frente a su rostro delgado, irritable y melancólico; la propietaria se precipitó hacia su mesa. Día tras día, su rapidez lo asombraba. Por la edad, habría podido ser su madre; con una chaqueta de punto rayada que hacía juego con el local, apenas él se sentaba, se le acercaba entre las porcelanas artísticas azules y anaranjadas, entre las mesitas de manteles cuadriculados, con la rapidez y la seguridad de un gato.

—¿Qué desea hoy, señor? —dijo la mujer, respirando anhelosamente, silbando nerviosa detrás de la nuca de Conrad.

—El menú —dijo el joven.

El menú *à la carte* era una mera fachada de respetabilidad. No contenía nada que no apareciera también en el menú económico; cada plato con un precio un poco mayor.

—Sopa de tomate —prosiguió Conrad—, pastel de carne y riñones.

—Lo siento. El pastel se terminó.

—Siempre pido pastel de carne. Podría haberme guardado...

—Pensé que quizá no vendría.

—Siempre vengo. Tráigame una chuleta. Y ensalada de frutas.

Advirtió que el menú le temblaba en la mano; las figuras en colores, con crinolinas, bajo *La Enseña de la Morera*, temblaban.

—Por favor —dijo—, me parece que hoy tendrá que salir a buscarme una cerveza.

—Perdón, tendrá que darme el dinero.

Apenas entendía lo que le decía la mujer; se lo hizo repetir, con nerviosismo, con irritación; nunca comprendía que la mujer le tenía más miedo, con su voz de jefe de oficina, que a cualquier otro cliente de la casa. Siempre había dado por sentado que Conrad era un funcionario del gobierno, cargado de secretos y responsabilidades.

—Una cerveza —dijo picarescamente a su ayudante— para nuestro déspota.

Y sintió un estremecimiento de orgullo cuando trajeron la botella. El restaurante carecía así más masculino.

—Creo que voy a cambiarle el nombre por el de *El cocotero* —le confió al llevarle la botella. El no contestó. Pensaba en lo que le había dicho Milly: «No te lucirías mucho con una pistola.» ¿Por qué demonios le habría dicho eso? Que no se luciría con una pistola. La frase lo preocupaba. Seguía pensando en ella cuando se levantó, pagó la cuenta y salió del establecimiento. Parecía abstraído, lleno de secretos y preocupaciones; le costaba mantener las apariencias; nadie se habría imaginado la absurda frase que se repetía silenciosamente. Al salir, alzó un poco la mano y la tendió rígidamente. Durante unos dos segundos se mantuvo inmóvil; lo bastante para disparar un tiro. Pero ¿a quién podía dispararle un tiro? Una sucesión de caras le pasó por la mente: el gerente, el sobrino del gerente, una serie de empleados, un hombre regordete que se reía frente al Berkeley, una cara demacrada y amarilla que sonreía, sus propias facciones reflejadas en una cristalera. «Nunca me atrevería a hacer nada parecido», pensó; «disparar tiros no sirve de nada». Una muchacha pasó corriendo a su lado, hacia la parada del autobús; se reía sola y tenía un tizne en la mejilla. De pronto supo que la

perfecta felicidad le había rozado el abrigo, que casi le había hecho caer del brazo el paraguas. La siguió con la vista, pero la joven ya había desaparecido; sólo era un trozo de tela escarlata que se desvanecía en el interior de un autobús en movimiento.

Una floristería llenaba de perfumes el aire.

Disparar no sirve de nada. Lo único que uno necesita es un poco de aplomo, un poco de fe en Dios, una flor en el ojal, la música de un carillón en el aire, «energía y ambición, Drover», amor, una entrada de teatro, amor. Con decisión, entró en la floristería.

—Una docena de esas rosas azafranadas. ¿Cuánto valen?

El precio le aterró, pero las compró; era demasiado tarde, ya las había pedido; de todos modos, era la música de un carillón, el amor, el despilfarro, un trozo de tela escarlata que desaparecía.

Cuando ya se hallaba a un kilómetro de distancia advirtió que le habían dado rosas rojas.

Hizo ademán de tirarlas a la cloaca, furioso y decepcionado; pero una anciana lo miró asombrada, y dejó caer la mano. Simuló estar saludando a un amigo, sonrió e hizo una señal con la cabeza, y se volvió hacia el escaparate de una tienda: era una armería. Dos largas escopetas de doble cañón pendían sobre un faisán embalsamado dentro de una caja de cristal. La coincidencia lo asombró. Oyó nuevamente la voz de Milly, que le decía una frase trivial y sin sentido: «No te lucirías mucho con una pistola»; y a través de su propia imagen transparente, a través del paraguas, del ramo de flores y de la cartera, vio una hilera de pequeños objetos de metal; de acero. Los ruidos de los

autobuses crecían cuando el carillón de la torre de Atkinson dejó de sonar.

Un poco de aplomo, un poco de fe en Dios. El gerente, el sobrino del gerente, yo mismo. Conrad era feliz, sonriendo tras la ventanilla. «Disciplina, Drover, disciplina»; suponiendo que la respuesta fuera la boca de un revólver. «Lo siento mucho..., un mes de plazo», la cara regordeta que se miraba fijamente las manos también regordetas sobre el escritorio de caoba, esperando que uno aceptara el despido con magnanimidad, que se fuera a la calle sin una queja, que se resignara al subsidio de paro (pero no había subsidio para los oficinistas). Suponiendo que cuando llegara el momento, lo que indudablemente ocurriría algún día, suponiendo que uno alzara simplemente la mano y disparara. ¿Tendría tiempo la cara de expresar su asombro?

«Serías un asesino.

»Ya lo pensé; ya no pueden avergonzarme con esa palabra; ya sé lo que es un asesino. Jim es un asesino. La ley me lo ha dicho, me lo ha impreso en el alma durante tres largos días, mientras los abogados pronunciaban pesados discursos sobre el tema; seis comerciantes, tres funcionarios, dos médicos y un renombrado corresponsal lo discutieron entre ellos y llegaron a esa conclusión: Jim es un asesino, un asesino Jim. ¿Por qué no ser yo mismo un asesino? Siempre, desde la época en que iba a ir a la escuela, quise ser como Jim. No es bueno llamarme asesino. Ya sé lo que quiere decir.

»Por supuesto —pensó—, estoy bromeando. Pero, ¿por qué no seguir la broma un poco más? Entraré en esta tienda, y cuando haya comprado lo que voy a comprar, no volveré nunca más a tener miedo de nadie. Por supuesto, cuando el dueño me pregunte qué quiero, inventaré alguna

excusa, terminará la broma, perderá toda su gracia, saldré de la armería y tomaré un autobús.»

—¡Oh, sí, señor! —decía el vendedor—. Este es el mismo tipo que usó lord Blendowe el otoño pasado. Le gustó, le gustó mucho. Vea qué bien balanceada está. Por supuesto, no es un arma para cualquier ocasión.

Conrad Drover los observaba desde la entrada; el ramo de rosas señalaba hacia el suelo.

—Es un arma *deportiva*, señor. Cuando las aves pasan bien alto...

Se inclinaban sobre el arma, apuntaban con ella, la acariciaban con los dedos. El vendedor adoptó un tono confidencial:

—¿Es verdad, señor, según oí decir, que el señor Jones no alquiló el campo de caza este año? No, no me refiero al señor Fred Jones; sé que está cazando con lord Taveril. Me refiero al señor G. G. Jones, señor.

Conrad entró en la tienda. Sonreía. Dejó las rosas sobre el mostrador y se sentó. Nadie le hacía caso.

—No, no se ven muchos americanos este año. Para lo que nos sirven... Tenemos pocos clientes americanos. Suelen traerse sus propias armas. Dentro de poco vendrán con ametralladoras, si siguen así. A menudo se oye comentar su conducta, como podrá imaginarse, señor. No son deportistas, señor, son asesinos.

Conrad se levantó y empezó a pasearse por el establecimiento. Había una alfombra gruesa en el suelo. Sus pies se hundían en la lana azul y escarlata, y una de las rosas, un poco ajada ya, esparcía pétalos a su paso. En todas las vitrinas había armas de fuego: escopetas de dos cañones, rifles, revólveres.

El vendedor lanzó una risita.

—¡Oh, si, ya me hablaron de eso! Fue un tiro de lord Taveril, ¿no es verdad? En la misma pierna del guardabosques. Su Señoría pasa por aquí a menudo. Él mismo me lo contó.

Conrad dijo de pronto, con su voz de jefe de oficina:

—¿Nadie me atiende?

El vendedor alzó la vista hacia él, arqueó las cejas y llamó:

—¡Señor Fanshawe, por favor!

Luego prosiguió con el relato. El señor Fanshawe apareció detrás del mostrador. Tenía pelo gris, y estaba vestido de etiqueta. Al parecer, la venta de armas exigía traje de etiqueta, alfombras lujosas y lustre en todas partes; lustre en los estuches de caoba, en los zapatos, en el pelo y en las uñas.

—Quería comprar un revólver —dijo Conrad.

—Por supuesto señor; ¿normal o de repetición? ¿Cómo lo prefiere?

Sacó un estuche y empezó a exhibir revólveres.

—Las ventajas de este nuevo tipo de seguro, señor... Un poco pesado, quizá...; éste es un precioso aparatito, señor, quizás el más hermoso que hemos sacado hasta ahora a la venta. Es un modelo de señora, pero perfectamente digno de confianza hasta una distancia de cincuenta pies.

De pronto Conrad pensó que la broma se había alargado demasiado; no quería comprar un revólver; la mano le temblaba nuevamente.

—Lo pensaré —dijo.

Otro objeto gris e idéntico apareció en su mano; nuevamente, contra su voluntad, sus dedos se cerraron sobre él; «nunca más tendré miedo de nadie»; el tímpano de

su oído repetía: «Disciplina, Drover, disciplina»; «un cochecito de niño sobre un taxi». Casi gritando, explicó al vendedor:

—Pero no tengo permiso para portar armas.

—Por supuesto, señor, en el momento de la venta tiene que presentarnos el permiso. Si se tratara de un cliente conocido, tal vez pasáramos por alto la formalidad; pero naturalmente, usted comprenderá, señor, no podemos incurrir en esa responsabilidad con un cliente nuevo.

Trataba de suavizar sus expresiones; tal vez creía que para Conrad era una gran decepción tener que abandonar la tienda sin llevarse ese hermoso aparatito, capaz de matar a un hombre con toda confianza a menos de veinte metros.

—No —dijo Conrad, con gusto, contento de que su broma hubiera terminado—, no tengo permiso.

—Tal vez le interese una pistola de aire comprimido. No se requiere permiso.

La voz del hombre era ahora más bien negligente. La pompa de la alfombra, del traje de etiqueta y de la caoba reluciente no correspondían con la venta de una pistola de aire comprimido.

—No, no, sacaré el permiso y volveré.

—Olvida sus flores en el mostrador —dijo en tono glacial.

—Gracias.

El señor Fanshawe ya le había vuelto la espalda. Conrad salió a la calle, esparciendo pétalos de rosa. Pasó un autobús, pero nadie corría tras él; nadie que reflejara en el rostro la felicidad perfecta pasó a su lado para desaparecer convertido en un trozo de tela escarlata. La

broma no había sido muy divertida, casi no valía la pena contársela a Milly; era poco probable que les hiciera olvidar, incluso por un instante, que Jim estaba preso, que el jueves lo colgarían. Por primera vez en la vida odió a su hermano. ¿Hasta cuándo no se podría reír? ¿Hasta cuándo ese calambre de los músculos de la boca? ¿Hasta cuándo ese temor de que un momento de alegría fuera una traición? La palma de su mano conservaba todavía el frío y el peso del metal del revólver.

Un momento después pensó: «Suponiendo que Milly tuviera éxito, que la señora Coney haya firmado, suponiendo que suspendieran la sentencia de Jim». La idea pesaba tanto en su mente como el revólver en su mano; los dieciocho años de cárcel le abrumaron. Tal vez ni el mismo Jim lo deseaba. Pero ellos estaban obligados a suponer que la vida, la vida simplemente como abstracción, sin placer ni esperanzas ni cambios, era preferible a la muerte. Si Jim moría, el horror los marcaría por mucho tiempo; no obstante, seguirían viviendo. Con el tiempo, se consolarían; llegarían a conversar con naturalidad; laboriosamente se construirían una nueva vida. Pero si Jim seguía viviendo, se verían condenados a una especie de muerte. Siempre tendrían esos dieciocho años ante los ojos, helándoles toda alegría, agregando un insípido final a toda historia. Jim, que apretaba la boca contra el enrejado de alambre y decía: «Sería conveniente que Milly volviera a casarse.»

Conrad llevaba en la cartera un par de pijamas, una bolsita impermeable, zapatillas y algunos papeles. La abrió en la cocina y guardó cuidadosamente el contenido en diversos rincones; Milly no había vuelto aún. Hizo hervir el agua de la tetera, escuchando; se lavó las manos, escuchando; arriba, la puerta rota de la calle golpeaba

continuamente. Se preguntó qué la demoraría; puso las flores en un jarro; le habían dado las peores flores de la floristería; una de las rosas ya se había deshojado. Por fin subió.

Abrió la puerta del cuarto de Milly. No necesitaba ver la fotografía de Jim sobre la mesita de noche para saber que era el cuarto de Milly. Conocía su perfume; un perfume agradable y barato. Lo había oído tantas veces en los corredores, en el salón de las taquimecanógrafas, frente a las puertas de las tiendas de Oxford Street; en el cine. Pero no se le ocurría pensar que ese perfume era muy común, sino que Milly ocupaba muy a menudo sus pensamientos. Nunca estaba a salvo de su intrusión, porque cuando las muestras gratis de *Nuit d'Amour* se agotaban, se llenaban los miles de cupones de las páginas femeninas, y el perfume cambiaba; *Vrai Paris*, que penetraba por la puerta de la oficina, por los ascensores, por la escalera rodante, y el recuerdo y la imagen de Milly era lo único que él advertía, porque también el perfume de Milly había cambiado. Milly no era atrevida y aventurada como Kay; no podía darse el lujo de no llenar innumerables formularios, para hacerse mandar el recipiente del tamaño de una caja de fósforos cuya reproducción había cubierto media página de *Modern*: el botecito de colorete, el diminuto tubo de crema, el perfume en una botellita que parecía salida de una casa de muñecas.

Miró la mesa. Justamente había un formulario a medio llenar. «Declaro que éste es mi primer pedido...» Había firmado, pero todavía no había puesto la dirección. «Milly Drover»; su caligrafía garrapateada interrumpía las palabras por la mitad, y la firma terminaba con un agujero y

un borrón de tinta. Comparada con la letra inglesa de la oficina, la letra de Milly le pareció muy personal; se advertía la distracción, la interrupción, y luego el deseo de terminar precipitadamente, con la furia que le provocaban sus pensamientos. La firma le inspiraba una gran ternura; la tocó con el dedo, preguntándose cuánto haría que se había secado la tinta. Volvió a leer: «Milly Drover»; le agradaba que sus apellidos fueran iguales; durante un instante, pensó que era su mujer. Sacó la pluma del bolsillo y agregó su propia dirección, imitando torpemente la caligrafía de su cuñada. Cuando volvió a alzar la vista, vio en el espejo la imagen de Milly que lo observaba.

—¿Qué haces, Conrad?

Conrad leyó en voz alta:

—«Declaro que éste es mi primer pedido. Firmado: Milly Drover. Dirección: Wallace Road, 16.»

—Wallace Road —dijo Milly, vagamente, y luego se echó a reír—. Conrad, qué loco eres. Estoy tan contenta.

—¿Contenta? —preguntó Conrad, incrédulamente.

Advirtió el rubor de sus mejillas y el temblor de su boca ancha; pensó que había estado bebiendo.

—Sí. Todo se arreglará. Lo presiento. Conseguí que la mujer firmara. No quería, pero la obligué. Me siento..., me siento capaz de conseguir todo lo que desee.

Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la cama. Conrad no la había oído nunca hablar tanto; se sintió preocupado, desconcertado, decepcionado. Como una persona que ha estado separada durante muchos años de la mujer amada, y al volver la encuentra casi irreconocible, transformada por obra del tiempo.

—Nunca había hecho la prueba —dijo Milly— de obligar a alguien a que hiciera algo. Siempre conté con Jim. No sabía que podía, pero puedo.

Se acercó, se sentó sobre el borde del tocador, al lado de Conrad, y bostezó desperezándose.

—Bebiste algo, ¿no es verdad? —pregunto con inquietud.

—Sí, Conrad, tres copas de jerez. Así como lo oyes. Una tras otra.

Se reía de él. «Eso —pensó Conrad, con melancolía— era lo que quedaba de la Milly de siempre.» Ayer lo había tomado en serio, le había suplicado que la ayudara; pero ese estado de ánimo no había durado mucho.

—¿Dónde conseguiste el dinero?

—Me invitó el señor Conder.

—¿Quién es Conder? —preguntó Conrad, secamente—. Nunca oí hablar de Conder.

—Pues yo tampoco, hasta esta mañana. Pero va a ayudarme. Es un periodista. Conoce a Kay. No estés tan lúgubre. Mírate al espejo.

—Nunca te oí hablar tanto. Debe de ser un tipo muy inteligente, para soltarte así la lengua.

Ella le sacó la corbata fuera del chaleco.

—Es un hombre maduro, Conrad, y es calvo, y casado, con seis hijos. No tienes por qué tener celos.

—Celos —dijo él—. Es raro que uses esa palabra conmigo. ¿Celos?

—No quise decir nada en especial —contestó Milly.

La sequedad de Conrad la había calmado; ahora hablaba en voz baja, a la defensiva; era la Milly de siempre; incluso con los ojos cerrados, o vuelto de espaldas, Conrad

habría sabido cómo miraban sus ojos, a lo lejos, hacia los rincones, desviando la mirada, no por una sensación de culpa, sino de miedo, el miedo de encontrar en cualquier parte un enemigo. El joven la recordaba en la iglesia pequeña y humosa, el día de su boda, entre el olor a antracita y los tambores de lejanos ejercicios militares en la avenida, contestando «sí» con repentino y sonoro desafío, como si aun en la iglesia pudiera encontrar enemigos y previera futuras desdichas.

—Te traje unas flores —dijo Conrad—. Las puse en el florero.

—Ya las vi. Son hermosas.

—No valen gran cosa. Me dieron otras, no las que yo quería. Y están un poco ajadas. No durarán mucho.

Inmediatamente, recordó el jueves.

Milly dijo, con menos convicción que antes:

—Todo se arreglará. Lo presiento.

—No tienes que confiar demasiado en la petición.

—La obligué a firmar.

—En el mejor de los casos, son dieciocho años de cárcel.

—Pero estará vivo —insistió Milly, obstinadamente—. Por lo menos estará contento de estar vivo.

—¿Y tú?

Ella le miró casi con horror.

—¿Yo? Por supuesto que yo también estaré contenta. Sería maravilloso. Podría verlo.

—Una vez por mes.

—¿Qué pretendes? ¿Prefieres que lo cuelguen?

Conrad se alejó del espejo, a lo largo de la cama, tres metros hasta la pared y tres metros de regreso; tocó el

espejo y lo hizo oscilar, lanzando la imagen de su cara y de la cama hacia el techo.

—No estoy muy seguro. Ahora veo las cosas con más claridad.

—No tienes nada que hacer en esta casa —dijo Milly— si quieres que lo cuelguen. Puedes irte al...

—Tú eres más importante que él.

—¿Para quién? ¿Para ti?

—Sí. ¿De qué sirve disimular? Cuando digo que eres bonita, quiero decir que eres bonita para mí. Cuando digo que eres importante, me refiero a mí; no para Ramsay MacDonald, o para la Reina.

Tratando de hacerle cambiar de tema, ella dijo rápidamente:

—Hace un rato vi a la Reina. Iba al cine. ¿Por qué usará esos sombreros?

Conrad no le hizo caso.

—¿Acaso no podemos gozar nunca más de nada porque Jim se portó como un idiota?

—Creí que le querías.

—Le quiero. Pero está consiguiendo que le odie. Tengo que odiar a alguien, echarle la culpa de todo esto. Alguien tiene la culpa; el policía ya murió, y no puedo odiar a la ley.

Milly dijo, con desesperación:

—Sé razonable. Nadie tiene la culpa. Con odiar no se gana nada, ni tampoco con amar. Una cama en el hospital, eso es lo único que se gana en ambos casos. Tú quieres ver demasiado lejos, y eso lo estropea todo. Me sentía tan feliz cuando llegué a casa. Había hecho algo. Estaba segura de que conseguiríamos salvar a Jim, pero tú hablas y hablas, y ahora lo único que deseo es acostarme y llorar.

Él la miró con asombro:

—Es extraño, porque también yo estaba contento. Hasta que llegaste. Quería contarte una broma. Entré en una de esas tiendas de Bond Street, donde venden armas, y simulé que quería comprar un revólver.

—¿Por qué un revólver?

—Era una broma. El vendedor se desvivía por atenderme. Me quejé. Luego le dije que no tenía permiso para portar armas y me fui. En el momento me pareció una buena broma.

—Es la broma más estúpida —dijo Milly— que oí en mi vida.

—Ahora parece estúpida —dijo Conrad, pensativo.

Ambos se echaron a reír. Sin saber por qué, Conrad hizo oscilar nuevamente el espejo, y al ver la cama y la cara y las polveras que se precipitaban hacia el techo, volvió a sentir lo que había sentido cuando los carillones de la iglesia de Atkinson daban la hora, el perfume de las flores en la calle, la muchacha que pasaba corriendo y se llevaba por delante su paraguas. Ya no tenía la cara rígida del que recela el reproche tácito. Milly le había dicho que era un loco, que su broma era estúpida y que podía irse a otra parte. Atesoraba sus palabras, le parecían el máximo elogio, y su recelo se desvanecía al pensar que Milly ya le había dicho tal vez lo peor que podía decirle.

—Y esto —dijo— es bastante estúpido, también: «Declaro que éste es mi primer...»

—No —dijo Milly—, eso no es estúpido, es gracioso — y las lágrimas le asomaban a los ojos—. ¡Qué loco eres, Conrad, qué loco!

Este estado de ánimo les permitió unas cuantas horas de alivio. Kay no volvió a la hora del té; a la hora de cenar,

Conrad tenía la sensación de haber vivido siempre con Milly. Pero la oscuridad y la luz eléctrica los separó un poco.

—Se acerca el invierno —dijo Conrad—. ¿Qué tal se porta Kay?

—Ella sabe lo que hace —contestó Milly.

Encendió el gas, acercó la silla y se puso a hacer ganchillo. Durante un rato, Conrad la observó. Se precipitaba sobre la labor, desdeñando temerariamente el modelo; una y otra vez tuvo que deshacer una hilera. El resultado de su ganchillo era un objeto a rayas, ni redondo ni ovalado. Conrad sacó sus papeles y trató de trabajar, pero la cercanía de su cuñada le turbaba. Milly había cruzado las piernas; su delgadez, la rodilla huesuda, la maraña de sus dedos en movimiento, las zapatillas rojas, con los talones aplastados, que colgaban de la punta de los pies; la cabeza inclinada, los pómulos salientes le infundían una melancolía que no podía ni intentaba explicarse. Laboriosamente, punto por punto, destejía la hilera; temerariamente se lanzaba una vez más a reconstruirla; el modelo se le caía de la rodilla, y ya tenía una punta chamuscada por el calor de la llama de gas. La lumbre azul y ardiente lo quemaba; bajó la llama; al disminuir el resplandor, la cara de Milly se oscureció. Sus piernas le recordaban las piernas de los niños indígenas fotografiados por los misioneros. Los niños que lo contemplaban fijamente desde las pantallas blancas de la escuela del distrito, con los ojos muy abiertos, sin comprender, sin imaginarse el patetismo que según se suponía simbolizaban. Una rodilla huesuda, una zapatilla con el talón aplastado bastaban para despertar nuevamente su afán de odio. Odiar a Jim, el sobrino del gerente, al hombre que decía bromas frente al

Berkeley, a cualquiera que amenazara, aun indirectamente, esa rodilla huesuda, esa zapatilla aplastada.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Qué estás tejiendo?

Milly alzó su labor contra la luz.

—Algo me salió mal —dijo—. No tendría que ser tan cuadrada.

—¿Qué es?

—Una boina.

—¿Y el modelo no lo explica todo?

—El modelo —dijo Milly—. ¡Oh, el modelo! Nadie comprendería lo que dice el modelo.

Y empezó a leer muy rápidamente:

—Tres puntos triples en la quinta hilera a contar de la aguja, soltar dos hileras, un doble punto en la hilera siguiente, cómo se llama..., asterisco..., soltar dos hileras, cuatro triples en la siguiente, soltar dos hileras...

—Dámelo —dijo Conrad—. Yo te enseñaré cómo se hace.

—¿Tú sabes..., sabes hacer ganchillo?

—Es más fácil que llevar la contabilidad —dijo Conrad.

—Realmente —dijo Milly—, lo que pasa contigo es que eres demasiado perfecto..., eres callado, eres inteligente, sabes hacer ganchillo. ¿De qué te serviría una esposa?

Se burlaba de él con una voz totalmente desprovista de jocosidad; se había puesto a tono con su estado de ánimo; Conrad la miró fijamente, con una tristeza y un ansia que era apenas sensual; era el ansia de liberarla; no tenía nada que hacer allí, así como no tenían nada que hacer esas criaturas estólicas y quemadas por el sol en el aula de la escuela del distrito, que sólo una estufa entibiaba. El recuerdo que había vivido siempre en un rincón de ese

cuarto, que había intervenido como un tercero en su conversación, se disipó, y los dejó conscientes de su soledad y su cercanía. Conrad recordó en cambio otras ocasiones de soledad parcial; cuando Jim estaba trabajando, y Milly había consentido en acompañarle al cine, levemente llorosa, levemente satírica; recordó el autobús que descendía por Hammersmith Broadway, rumbo a Chiswick, se vio tironeando de la ventanilla para abrirla; se vio en el jardín botánico de Kew, simulando entender los nombres escritos en los cartelitos de hierro; la vio fatigada y silenciosa, esperando el té en el calor tropical de la Casa de las Palmeras. Pero nunca habían estado tan solos como ahora, entre la cocina y la estufa de gas, separados por la mesita de porcelana.

—Estoy cansada —dijo Milly—. Me voy a la cama. Kay tardará todavía unas horas, si está con un hombre.

Lo miró rápidamente, con desconfianza, como preguntándose: «¿Eres un hombre? Eres callado, eres inteligente, sabes hacer ganchillo. Pero ¿eres un hombre?»

—Me haré una cama con estos sillones, si me dices dónde guardas las mantas.

Ella abrió la puerta del ropero.

—Nunca fueron usadas —dijo—. Nos las regalaron cuando nos casamos.

Nuevamente recordó Conrad la iglesia calurosa y el desfile militar.

—¡Qué celos tenías de mí! —prosiguió—. Yo me reí de ti delante de Jim. No le gustó nada. Cuando entré en la iglesia fruncías el ceño, con rabia.

—¿Me viste? —preguntó Conrad—. Pero no fruncía el ceño. No estaba enfadado.

—¿Cómo te sentías? —preguntó Milly hundiendo las manos en la pila cálida y profunda de las mantas.

Se lanzaba sobre él como se había lanzado sobre la hilera de ganchillo, temerariamente.

—Oh —contestó Conrad—, te amaba ya entonces.

—Bueno, en un hermano es lo que corresponde.

Laboriosamente, punto por punto, destejía la hilera.

—Dame las mantas.

Conrad empezó a prepararse la cama y no alzó la mirada cuando Milly le dijo, antes de irse a su cuarto:

—Buenas noches, Conrad.

«Por supuesto —pensó—, sus palabras no significan nada especial— simplemente, que es tan descuidada cuando habla como cuando teje. No puede pensar en mí como se piensa en un hombre. Conrad.» Era ese nombre, estaba casi seguro, lo que se lo impedía. Sus padres habían sido injustos al ponerle semejante nombre, el nombre de un oficial de la marina mercante que en un tiempo se había alojado en su casa.

«—¿Qué tenía de notable esa persona? —había preguntado a menudo—. ¿Por qué me pusieron su nombre? ¿Era una persona inteligente?»

»—Que yo sepa, no.

»—¿Les hizo algún favor especial?»

»—No.

»—¿Qué fue de él?»

»—No sé.

»—¿Estuvo mucho tiempo con ustedes?»

»—Algunos meses.

»—Entonces, ¿por qué?»

»—No sé. Supongo que nos dio la idea de llamarte así. No valía la pena llamarte Herbert. Tu tío estaba arruinado.»

Sólo por eso, «Conrad, Conrad, Conrad»; se lo habían arrojado a la cara desde los pupitres, desde el patio asfaltado, reduciéndolo al aislamiento, mientras los Jim, los Herbert, los Henry se reunían en grupos y cambiaban secretos. Sólo por eso, «Buenas noches, Conrad», y lo dejaban solo en la cocina. Sólo por eso, la felicidad pasaba corriendo a su lado; sólo por eso las rosas que no había pedido se deshojaban sobre la acera. Su paraguas, apoyado en un rincón, resbaló y cayó sonoramente al suelo; en el mismo instante oyó una puerta que se abría en el vestíbulo, arriba. Era Kay, por supuesto, aunque al principio casi no reconoció sus pasos. Eran suaves, lentos y reposados. De pie al lado del sillón, con una manta sobre el brazo, le parecía oír los pasos de una mujer rica que se pasea sobre una alfombra gruesa, pensativa y sensual, esperando a su amante. Kay bajó la escalera, y Conrad la esperó con envidia. Tarareaba una canción, estaba contenta, había conseguido lo que buscaba.

«No me equivoco», pensó, cuando le vio la cara. Parecía más rosada que de costumbre; eso no quería decir nada, porque eran colores seguramente artificiales; pero la cara relucía de salud. Parecía soñolienta, satisfecha, como un gato después de beber su leche.

—¿Milly ya se acostó?

—Sí.

Kay bostezó, se desperezó y empujó con el pie un pedazo de papel que vio en el suelo. Conrad sabía que no había entrado sola en la cocina; había traído consigo a un hombre; se le notaba en cada uno de sus tersos movimientos; se le percibía en cada uno de sus pensamientos; como si todavía le tuviera dentro del cuerpo.

—¿Dónde estuviste?

—Divirtiéndome —contestó Kay.

Miró el reloj; parecía levantarse desganadamente de una cama.

—Será mejor que me acueste.

Kay recordaba la fábrica, el repiqueteo de las cajas y el golpe metálico de las máquinas.

—Mañana es domingo.

—En efecto. Mañana.

Kay dijo esta palabra con voz acariciadora; lo contemplaba con maliciosa alegría. Conrad sabía que ella quería que él le preguntara qué había estado haciendo; deseaba decepcionarla, mientras pudiera. Juntó los dos sillones; colocó una sábana y dos mantas.

—Qué buena ama de casa —dijo Kay.

—¿Por qué no te vas a la cama?

—¿Te da rabia que una se divierta?

—¿Qué quieres decir?

—Tú también lo harías, si pudieras —dijo Kay—. Claro que una se cansa, pero agradezco a Dios que haya hecho a los hombres.

Subió pesadamente la escalera; Conrad oyó que abría la puerta de Milly y que empezaban a conversar. «La echaré —pensó—, no toleraré semejante cosa; es como tener a una puta en casa»; esperó oír voces de ira, portazos. Pero sólo oyó la voz de Kay, que seguía charlando. «Se tapará los oídos —pensó—, y luego..., estará a medio vestir, se resfriará»; una vez más, con tristeza y con ansia, recordó los ojos desesperados y el olor a antracita, las rodillas huesudas, los talones aplastados y las famélicas criaturas indígenas sobre la pantalla blanca.

—Oh, Dios mío —dijo en voz alta—, esto es demasiado; no es justo.

Quería decir que no era justo pensar que si colgaban a su hermano, Milly se desesperaría tanto que hasta era capaz de casarse con él.

Dejó las mantas y se dirigió hacia la escalera; luego subió, escalón tras escalón. Kay hablaba, Milly callaba.

—Tres meses, querida, desde la última vez. Me habría conformado con cualquier cosa.

La puerta estaba abierta; vio a Kay sentada en la cama; Milly le daba la espalda; estaba acurrucada en un taburete, frente a su tocador, cepillándose el pelo. Se había quitado las medias; Conrad observó que la piel de sus piernas parecía un poco irritada y raspada; observó el brillo de su pelo fino. Sus ojos no miraban el espejo; miraba a Kay, mientras Milly cepillaba y cepillaba. Estaba cansada, preocupada, absolutamente a merced de cualquiera. «Está demasiado cansada para echarla», pensó Conrad.

—¡Qué cama, querida! Pero tardé una eternidad en hacerle abordar el tema. ¡Cómo hablaba! Me contó toda la historia de su mujer.

—¿Su mujer? —susurró Milly.

—Murió. Pero él *insistía* en contarme qué hermoso matrimonio había sido el suyo. Y cuando terminamos se sentó en la cama y empezó nuevamente a hablar de ella. Pintaba cuadros. Dijo que eran espléndidos. Me dijo: «¿Le gusta la pintura?», y le dije que me gustaban los cuadros de perros y de personas que se bañan. «Entonces es académica», y yo le dije que no tenía derecho a insultarme, simplemente porque había conseguido lo que quería. Me

levanté y me vestí; llamó un taxi y quedamos de acuerdo para mañana. Eso es todo.

—¿Qué vais a hacer mañana? —preguntó Kay.

—Lo mismo, supongo —dijo Kay—. Una tiene que regularse la presión —y se echó de espaldas en la cama, extendiendo las piernas—. Lo siento por ti, Milly; no has estado con un hombre desde hace varios meses. No es saludable.

—No podría —dijo Milly—; por lo menos, no podría con un desconocido.

Se volvió frente al espejo y preguntó con voz salvaje, grave, curiosamente inocente:

—¿Qué se siente con un desconocido?

—Es una lotería —dijo Kay—. A veces una se encuentra con algo maravilloso. A veces ni vale la pena quitarse los zapatos.

—¿Y esta noche? —preguntó Milly, con voz seca, resquebrajada, pueril.

—¡Oh, no estaba mal! —dijo Kay—. Si no hubiera hablado tanto. Hay otro que me gustaría mucho más, pero una no puede tener todo lo que quiere. Cuando una necesita estar liada con alguien, como yo, cualquier cosa es mejor que nada; una se pone en un estado que no puede esperar. De todos modos, me ofreció una cena espléndida, y oh, Milly, me olvidaba de contarte lo mejor de todo, el ratón. Salió tan tranquilo. Le tiró un zapato. Pensar que casi me olvido de hablarte del ratón.

«Qué fácil parecía todo visto por ella —pensó Conrad, retrocediendo algunos escalones cuando Kay pasó del cuarto de Milly al suyo—; qué fácil resulta acostarse con alguien. Sólo el amor complica el acto.» Oyó que la puerta de Kay se cerraba, detrás de su imagen satisfecha, soñolienta y

triumfante; volvió a subir la escalera, indeciso, y vio a Milly frente al espejo, con las delgadas rodillas encogidas casi hasta la barbilla. La contempló; salvajemente, trató de imaginarla sin ropa, como se imagina a una puta de lujo en un restaurante; pero las piernas tan delgadas, la desesperante inmadurez de sus pechos no consiguieron excitarlo. Kay lo había excitado mucho más, con el olor a hombre que todavía la impregnaba. «¿Por qué no me voy a la cama, entonces? — se preguntó—; ¿por qué me quedo aquí mirando a una muchacha semidesnuda, si no la deseo?» Pensó que se conformaría con tenerla toda la noche entre los brazos, y conversar, nada más que conversar, conversar de lo que podían hacer para ayudar al hombre que ambos amaban. No sentía ni celos ni pasión, pero de pronto oyó que Milly le decía:

—Entra, Conrad.

Comprendió que había estado viéndole todo el tiempo por el espejo, y se sintió avergonzado, como si la hubiera comprometido.

Y la había comprometido, en realidad. Esto no era la felicidad que rozaba su paraguas, no era el amor que lo contemplaba de reflejo, en el espejo.

—Cierra la puerta.

Ella susurraba las palabras. Parecía llena de vergüenza, de miedo y tristeza. Tenía la piel seca, como una criatura afiebrada. Era una criatura repentinamente envejecida por la enfermedad. Conrad recordó a un chico de la escuela que se había muerto de gripe; durante la agonía, las enfermeras habían colocado un biombo alrededor de la cama; el niño observaba todo lo que ocurría en el cuarto, con una especie de sabiduría falaz, de persona adulta; pero en

realidad no era un adulto, no era sabio; sólo tenía fiebre y estaba muy débil.

—¿Oíste lo que dijo, que lo sentía por mí? —preguntó Milly—. ¿Oíste lo que estuvo haciendo?

Si hubiera sentido el menor deseo, habría huido; era esa falta de deseo, la piedad de su amor, lo que lo retenía en esa habitación. Le parecía insoportable que Milly sufriera.

—Tendrías que echarla de casa.

—Conrad —dijo Milly—, no seas estúpido. No seas estúpido, Conrad. Tiene razón. Dieciocho años. ¿Crees que podría soportarlo? Una tiene que empezar alguna vez.

Conrad deseaba decirle que todo eso era sabiduría de enfermo, pero no tenía tiempo de discutir. Milly le hablaba, y él quería hacerla callar. O más tarde lo lamentaría, y ya tenía bastantes cosas para lamentar; quería evitarle todo, protegerla en todo lo que estuviera a su alcance.

—Quiero... —dijo Milly, y aun en ese momento, a pesar de su prisa por interrumpirla, advirtió con pena y sin sorpresa que la joven era demasiado honrada para emplear una palabra más amable o más tierna.

—Escucha —dijo con calma—, tú sabes que te amo. Deja que me quede. Por eso vine. No podía dormir.

No sentía ninguna culpabilidad; no dañaba a su hermano con esta desesperada tentativa de protegerla, porque ella ni siquiera se dejaba engañar; se alegraba, se lo agradecía, era su amiga, pero no creía una sola palabra de lo que decía. De pronto Milly le tocó con timidez y su carne se estremeció; sintió una culpabilidad que sólo la cama, la fatiga de su cuerpo y el olvido de su amor en el contacto directo de la piel con la piel, el empuje de la lujuria, pudieron calmar por un instante. Cuando sintió que ella se

estremecía, sospechó vagamente que uno de los dos le había infligido al otro un daño irrevocable. El amor había alentado en la cocina, entre el resplandor y el zumbido del gas, entre sillón y sillón; pero ahora en la cama, en la oscuridad, se les había escapado. Uno de los dos había infligido un daño al otro, pero no era culpa suya. Se habían visto obligados; y mientras apretaba el cuerpo de la mujer contra el suyo, con dolorosa ternura, lo único que sentía era odio, odio contra Jim, contra el sobrino del gerente, contra dos hombres que se reían en Piccadilly. Cuando se despertó, a medianoche, oyó que Milly lloraba; y por más que trató no pudo conseguir que su llanto cesara. Pensó en Kay, felizmente dormida en la habitación opuesta; pensó en la lujuria; a eso lo llaman lujuria, y a esto amor. Se refería al odio y al sufrimiento, a esa sensación de culpabilidad y al ruido del llanto en el cuarto ya grisáceo, al insomnio y a las paredes que temblaban al paso de los primeros camiones que salían de Londres.

—Caroline —decía la voz—, Caroline. Me asombra que se olvide de sus amigos —agregó con metálica amabilidad—. Hace diez años.

El Comisario retrocedió laboriosamente a través de esos años; años de sufrimiento, de nostalgia, de resignación; atravesaban sendas en la jungla, noches acibilladas de mosquitos, muchas muertes, de una o de otra especie. Pero el teléfono no le dio mucho tiempo para reflexionar.

—Quisiera que almorzara conmigo... el lunes.

Apenas tuvo tiempo de emerger, por así decir, de espaldas, por el otro extremo de esos diez años; el último almuerzo en el Army and Navy, con el único hombre con

quien deseaba pasar sus últimas horas en Inglaterra; su criado le saludaba decorosamente desde el muelle; la neblina que ocultaba la costa, que ocultaba totalmente Inglaterra, impidiéndole la última mirada que el sentimiento convencional exigía. Antes..., por supuesto, Caroline que le decía que escribiera, que le servía el té, que se volvía hacia un político.

—Realmente, no creo...

Tenía la mesa cubierta de papeles; el nuevo invento telegráfico no era satisfactorio; los informes sobre Drover seguían llegando de diversos distritos.

—No puede negarme ese placer. Es absurdo. Pasado mañana. Apenas dos horas.

—Si usted pudiera ver..., esto..., mi escritorio.

—Dos viejos amigos como nosotros. No hay que dejar que nuestra amistad se pierda en el olvido. Es absurdo. Después de diez años.

Esta apelación al sentimiento resultó fríamente eficaz, lo hirió donde era más vulnerable, y a la hora en que se sentía más solo: hasta su secretario le había dejado solo en su oficina de Scotland Yard; todos los empleados de su turno se iban en ese momento; las voces se perdían por los corredores, entre cubículos de cristal; sólo la lámpara de su escritorio seguía encendida.

—Cuando me quite de encima un poco de trabajo. Tengo tanto que aprender aquí. Métodos distintos, Caroline. Realmente, estoy muy ocupado.

La voz dijo:

—Pero tengo especial interés en verle. Me voy al extranjero la semana próxima —agregó, después de un leve titubeo—. No sé cuándo volveré.

El Comisario estaba seguro de que le mentía; pero había muy pocas personas en el mundo capaces de decir una mentira para que aceptara una invitación. Empezaban a llegar los empleados del turno nocturno; los oyó pasar sin ruido frente a su puerta; veía las sombras a través del cristal opaco. Sabía que su presencia los fastidiaba. Creían que quería espiar en todos los departamentos, entrometerse. Al llegar, les había explicado varias veces, tan claramente como se lo permitía su lengua vacilante, que quería llegar a comprender cómo funcionaba cada departamento, no con el propósito de criticarles, sino para sentirse más seguro en el desempeño de su cargo. Nunca habían simulado, ni siquiera vagamente, creer sus palabras. Había tratado de convencerlos; a pesar de los dictados de su conciencia, se había abstenido a veces de criticar cosas que merecían ser criticadas; simplemente, habían deducido que se reservaba las críticas para incluirlas en algún informe amplio y devastador que luego elevaría al Ministro del Interior.

—Muchísimas gracias, entonces. Iré, pero tendré..., tendré que irme en seguida.

Cortó, y el cese repentino de esa voz áspera, pero amistosa, le hizo sentir con más intensidad su aislamiento. La habitación estaba a oscuras; sólo en su escritorio brillaba una lámpara de pantalla verde. En alguna parte, bastante lejos, sonó un teléfono, y se oyó una voz que contestaba; pero a través de la puerta de cristal el largo corredor aparecía ahora sumido en la oscuridad ambiente. Como un general que se hubiera quedado solo en la sede del Estado Mayor para estudiar los informes de cada compañía; cubrían su escritorio. Pero no estaba en un castillo, al

abrigo entre kilómetros de tierra arrasada; la línea del frente se encontraba apenas a cien metros de distancia, donde los tranvías chirriaban junto al malecón, donde giraban los autobuses de Trafalgar Square.

Era difícil, pensó, hacerse una idea clara de una guerra que se desarrollaba fragmentariamente en toda la extensión de una ciudad. No estaba habituado a representarse una situación mediante el informe descolorido de un policía; en Oriente se había habituado a ver con sus propios ojos los accidentes de la ley: el soldado apuñalado, la choza humeante, el cuerpo ahorcado en una rama.

«En la manifestación laborista de... no se hicieron referencias al caso Drover...»

«En el cuartel general de los huelguistas de... tuvo lugar una colecta a favor de la señora Drover...»

«La propuesta de realizar mañana en Trafalgar Square una manifestación de protesta contra la sentencia de Drover fue vetada por los dirigentes, que expresaron su deseo de entrar en tratos con los patronos en lo que se refiere al pago de servicios adicionales...»

«Se da generalmente por sentado que la suspensión de la sentencia será concedida. Cinco mil personas firmaron la petición.»

«Cierta indignación...»

«En general el desinterés...»

«Marcada hostilidad contra los miembros de la Policía...»

«No demuestran mayor interés...»

Con cierta impaciencia apartó los informes y cogió los documentos del caso de Streatham; aquí había algo que realmente le permitía sentir que luchaba por algo digno. En

el caso de Drover, sólo defendía un sistema que no le interesaba, simplemente porque le pagaban para defenderlo: era un mercenario, y un soldado mercenario no podía permitirse los lugares comunes del patriotismo: los derechos o los agravios de la patria; la voluntad de los pueblos; la justicia. Luchaba porque le pagaban para luchar, y sólo de vez en cuando la visión de alguna brutalidad otorgaba cierta convicción a su lucha. Otras veces, el motivo más noble que podía descubrir era el de cumplir con su deber; ninguna razón abstracta lo impulsaba a prohibir este mitin, a interrumpir aquel otro, a hacer arrestar a este socialista acusado de discursos sediciosos, a vigilar la tribuna de aquel fascista que sólo hablaba de bayonetas y ametralladoras; así lo quería la organización a cuyo servicio se encontraba. Sólo cuando estaba cansado o deprimido, o sentía el peso de los años, soñaba con una organización a la que se pudiera servir por razones más elevadas que un sueldo, una organización que mereciera su fidelidad por su justicia inherente, su justa distribución de las recompensas, su sensatez. En esos momentos, pensaba con amargura que ya era demasiado viejo para ver la realización de su sueño. Su cara delgada, descolorida por incontables fiebres, demacrada por años de fiel servicio mercenario, revelaba momentáneamente la envidia que le inspiraban los jóvenes, que quizás un día podrían ofrecer sus servicios a algo que realmente pareciera digno de ser servido.

IV

—Margaret —dijo el señor Surrogate, y volvió hacia arriba la palma de la mano que descansaba sobre la sábana—. Margaret.

Su voz se apagó; las palabras se volvieron inaudibles, y Davis colocó una toalla cruzada sobre la tina de agua caliente; luego titubeó junto a la ventana. ¿Alzaría la persiana, dejando entrar la luz del sol? En Woburn Square las criaturas chillaban en la calzada, el vendedor de periódicos dominical gritaba algo a los taxistas de la fila.

—Excelente comida —dijo de pronto el señor Surrogate, siempre con esa palma explicatoria y razonable extendida sobre la cama.

Davis decidió: «Déjale dormir, que el inmundo degenerado siga durmiendo»; y salió respetuosamente de puntillas, como un caballero al servicio de un caballero.

Las arenas eran rosadas bajo el atardecer, el mar plateado. Al borde del agua, al otro lado de las arenas rosadas, las aves marinas se habían posado, pequeñas, blancas y erguidas, como velas sin encender. Margaret miraba y miraba, y no quería entrar a comer.

—Una excelente comida perdida —decía el señor Surrogate, tocándole insistentemente el brazo, como un ave famélica.

—Oh, vete al infierno.

Y ahora era Kay, que se apartaba de él, inclinándose hacia la cama. El señor Surrogate se despertó, se sentó en la cama y enfrentó la fría mirada estipuladora de Margaret

Surrogate en la pared. «Me casé con ella porque era una gran artista», así le había explicado al reportero el día del funeral; estaba preparado; esperaba encontrarse con varios periodistas; disimuló con dificultad su decepción ante el único muchachito sin experiencia de la agencia de noticias. «Para mí, siempre fue algo más que una mujer.» El muchacho lo miraba fijamente y se sonaba la nariz; tenía un resfriado espantoso.

—Es verdad —dijo el señor Surrogate, pero no en voz alta, porque Davis estaba en la habitación contigua—, fuiste algo más que una mujer para mí. Yo no te merecía.

Siempre se había sentido descorazonado por las telas que ahora decoraban las paredes de Caroline Bury, descorazonado por la breve e incómoda pasión sexual que los había unido, bajo la batuta de Margaret, dejándole agotado, humillado, consciente de no haberla satisfecho. Más que una mujer. Kay era una mujer, cuando se inclinaba hacia la cama y exclamaba:

—No, señor Surrogate, no. Por favor, no.

Y después le susurraba en el oído, sobre la almohada, qué malo era, qué fuerte.

—He vuelto a traicionarte —dijo el señor Surrogate, humildemente, al retrato de su mujer.

El hombre es una bestia, una bestia lasciva. A veces se aparee por encima de su nivel, pero pronto vuelve a él. Sucia, brutal, breve, así definió Hobbes la vida del hombre. El señor Surrogate se aplastó el pelo gris sobre las orejas, mirándose de reojo en el espejo. La vida se recorría rápidamente: la Sociedad Fabiana, los cabriolés a medianoche, las amistades con electricistas ilustrados, la lucha por la verdad y la justicia, el triunfo de la lujuria

sobre el recuerdo del amor. El señor Surrogate desechó el recuerdo de aquella desdichada luna de miel en Cornwall. Uno envejecía.

Pero sus pensamientos se animaron de pronto elásticamente: no era todavía demasiado viejo si podía conquistar y satisfacer a una joven bonita. «Las cosas habrían sido muy distintas —pensó, eludiendo la fotografía—, si Margaret hubiera sido menos artista, más mujer, menos fría»; relegó al fondo de la memoria el recuerdo de esa pasión insatisfecha. «Nunca me comprendió.»

—Davis, Davis —llamó—, ¿qué hora es? Mi reloj no anda.

—Las nueve y media, señor —gritó Davis desde la antecocina—. ¿Quiere cereales o natillas para el desayuno, señor?

—Cereales.

Su organismo no soportaba bien las natillas. Le hacían aparecer una manchita en la nariz. Dentro de cuatro horas estará otra vez aquí. Pero no se sentía muy entusiasmado. Hasta se preguntaba si en realidad quería verla otra vez. No era muy apasionado; cuando uno ya es un hombre maduro, dos días seguidos con una muchacha bastan para sentirse agotado; después, la pasión produce el mismo efecto que las natillas, una mancha en la nariz.

Se acarició cuidadosamente la piel; frente a un espejo volvía a sentirse humilde. Era raro que una muchacha joven y bonita se interesara en él. Por supuesto, es mi fama. Pero la muchacha era estúpida. Nunca podría entender los razonamientos de *Suprimamos la compensación*. Quería que ayudara a su cuñado. «Pero ya le hablé a Caroline; más no puedo hacer. La cama —pensó, con un relámpago de

intuición—, le gustó mi cama», y se quedó mirando las mantas rosadas, encogiendo teatralmente los labios ante la idea de que una cama pudiera ser más importante que el autor de *Suprimamos la compensación*.

—¿Té o café, señor?

—Café, Davis.

«Después de todo, soy un personaje; soy el comunista más avanzado del país» (una mirada de esos ojos pícaramente estimativos, y se apagó su entusiasmo); «soy el marido de Margaret, Margaret, cuya visión maliciosa es hoy admirada en los museos de todas las capitales europeas; una muchacha como ésta, realmente es demasiado poco para mí». Su cuerpo envejecido, saciado por su único exceso, no elevó ninguna protesta.

«Tal vez sea una chantajista.» El horrible pensamiento se le ocurrió por primera vez.

—¿Cuándo vas a traerme el desayuno, Davis? — exclamó con irritación.

«No iré a la cita. Me quedaré acostado. Estoy cansado.»

¡Oh, Margaret, Margaret! Tenía apenas veinte años cuando se casó con él; empezaba apenas a comprender su talento de pintora. Todos esos cuadros, los tres de la Tate Gallery, los que estaban en casa de Caroline, los de Manchester, Munich, Berlín, le pertenecían. «Al señor W. H., único inspirador...» No se enorgullecía de lo que había inspirado. Esos paisajes donde la naturaleza parecía tan diestra, tan fatigosa, tan débilmente caricaturizada, representaban noches de agotamiento, de irritación. «Ya te hice bastante daño, Margaret. Te seré fiel. Renunciaré a esta muchacha.» Quería convencer al retrato de que esta

vez no era el temor al chantaje lo que le impelía, sino su recuerdo. «Eres la única mujer que he amado —le dijo, y un minuto después pensó—: Dios sabe que hasta *podría ser cierto*.»

Davis entró con la bandeja del desayuno; discretamente, su pie empujó bajo la cama un prendedor como el que usan las muchachas en el pelo.

—Has olvidado otra vez el azúcar, Davis.

«Maldito viejo degenerado, has vuelto a las andadas», pensó Davis, dirigiéndose con pasos suaves y rápidos hacia la puerta.

—Una linda mujercita —dijo Conder.

Solía desayunar en el bar; bollos y café con leche. No porque prefiriera un desayuno simple o porque no pudiera pagarse un desayuno a la inglesa; ganaba un buen sueldo. Pero una acumulación de desayunos ahorrados se transformaba en vacaciones en Bélgica, en Francia, en Suiza, en bolsillos sonoros de monedas extranjeras.

—Olvidó el azúcar, Jules.

—Olvidó la mantequilla.

—No tengo cuchillo, Jules.

El joven iba y volvía corriendo al mostrador, con mirada desesperada, como un perro en una tienda.

—Si por lo menos pudiera acordarme de algo. Hasta de las caras me olvido.

Caras. Caras. Conder se irguió nervioso en el asiento, con un movimiento brusco y nervioso. «Me había olvidado. Estoy cansado. No soy el mismo.» La cara perpleja de Milly, de pronto acalorada (después de tres copas de jerez), de pronto alegre (mientras lo miraba garrapatear en una

libreta), desapareció. En su lugar, detrás de Milly, vio a Bennett, que lo vigilaba desde una mesa próxima a la puerta.

—¿Qué hubiera debido hacer? —le preguntó a Jules—. Me había seguido. Seguramente, me había seguido. Qué coincidencia. Anoche, mientras conversaba con un amigo, y también la noche anterior, después del mitin. Me sigue a todas partes. Yo no le hice ningún daño.

—Tendría que hacer como yo —dijo Jules—. Yo me olvido de todas las caras. Le diré, hasta Kay..., no podría decirle exactamente cómo es. Mi madre..., recuerdo como una impresión de vestidos de algodón floreado; tenía pechos voluminosos. Mi padre..., unos bigotes enormes. Me parecían enormes en esa época. Es lo único que recuerdo.

—Tengo miedo —dijo Conder—. No sé qué hacer. Suponiendo que ahora estuviera en la calle, vigilándome. Yo no le hice nada. Pero tal vez él crea que sí, ¿comprende? Hice publicar esa noticia sobre la pelea. Y además hay otra cosa.

—¿Le conoce él?

—Una vez fui a su casa. Para una colecta del partido. Tal vez tenga buena memoria para las caras.

Como yo. Tenga mucho ojo.

Eran como los retratos de una exposición privada de pintura, siempre colgados en el fondo de su mente: políticos, policías, ladrones; el hombre que había ahogado a su mujer en Shoreham, acalorado y elegante, con un alfiler de corbata en forma de cabeza de caballo; la viuda de aquel tendero, que acertó el ganador del Derby y que esa misma noche, borracho como una cuba, se cayó con el automóvil en el Támesis; una viuda con 20.000 libras en su cuenta, había dicho: «Siempre tuve suerte en estas cosas, las rifas,

quiero decir, y demás cosas por el estilo»; Milly Drover. Ya no podía mantenerla en el foco de su atención, tenía por fuerza que relegar su retrato a una galería raramente visitada; tal vez, dentro de unos años, un vestido similar o un perfume parecido se la recordaran («una linda mujercita»); tenía una memoria increíble para las caras, para las frases, para los relatos asombrosos. Pero ahora, momentáneamente, porque se sentía cansado, su memoria era un abarrotamiento de retratos, una cacofonía de sonidos. «Tengo que sobreponerme a esta debilidad.» Se sirvió café solo.

—¡Qué memoria! —dijo Jules—. Me olvidé de la carta. Todo el tiempo pensando en el pobre Drover.

«¿Tendría que ir a verlo —se preguntó Conder—, y explicarle?»

—Curioso. Una carta de Francia. No conozco a nadie en Francia, salvo mi padre. Y era una carta escrita a máquina. Mi padre no tendría nunca dinero para comprarse una máquina de escribir. La dejé a un lado, para leerla después, y llegó usted, y después fuimos a la reunión del partido,— y ayer todo el día, entre una cosa y otra... La abriré cuando suba.

—Venga conmigo —dijo Conder—. No se atreverá a mostrarse grosero si somos dos. No puedo soportar que me estén vigilando y espiando. Quiero aclarar las cosas de una vez. ¡Oh, demonios, Jules, no me ha dado cuchara!

—¿Para qué quiere una cuchara? —dijo Jules—. Revuelva con los dedos. Escuche. Tengo que ir a misa, y después quiero ver al cura, por el asunto de la petición. ¿No le parece que sería mejor que la firmara un cura? Tengo que hacer algo. Ya sé cómo terminará todo esto. Todo el mundo se aburrirá del asunto y no se ocuparán más.

—Yo hice todo lo que pude. Ahora tengo otros problemas.

—Es que pienso en la hermana de Kay. Tengo que hacer algo.

—Más le conviene olvidarse del asunto, como de mi cuchara —dijo Conder—. O como la carta.

—No, no. Esto es otra cosa. Ninguno de ustedes es capaz de hacer por Drover lo que voy a hacer yo. Lo presiento. Ninguno de ustedes va a hacer nada.

—Un paquete de *Weights* —pidió un hombre junto al mostrador—. Hace una hora que estoy aquí esperando, mientras usted conversa. Quiero un paquete de *Weights*. Si no me dan un paquete de *Weights* voy a romper algo.

—Ya voy, ya voy —dijo Jules.

Conder bebió el café y salió. La calle estaba llena de perros, de mujeres y de pieles de cebolla. Las campanas de las iglesias de Soho repicaban. En las alturas de un cielo azul pálido, un avión giraba y serpenteaba, dejando un rastro de humo que flotaba un rato y luego se dispersaba. Como si el piloto hubiera empezado a dibujar un anuncio y luego hubiera recordado que era domingo. En las puertas de sus casas, los hombres leían el *News of the World* y escupían, en Wardour Street y en Shaftesbury Avenue los judíos leían el *Sunday Express*; en la rotonda de Piccadilly casi vacía Conder compró el *Observer*, y sentado en la parte superior del autobús leyó la advertencia del director a toda Europa. «¿Guerra?», decía a todo lo ancho de la página. Un crítico de libros escribía: «No tengo la costumbre de descubrir obras maestras, pero...»

—Camden Town —dijo Conder.

El señor MacDonald se disponía a volver en avión de Lossiemouth; se realizarían diversas conferencias internacionales en varias agradables ciudades del sur de Europa; unos cuantos miles de hombres habían dejado de percibir el subsidio de paro.

«No permitiré que me sigan —pensaba Conder—. No permitiré que me trate como trató al tesorero. Es malo para mis nervios.» Realmente, sus nervios estaban en un estado desastroso. Desde el momento en que había golpeado con los nudillos la cabeza del oso en el corredor de la señora Coney, había perdido todo dominio del presente y del pasado. Con vacilación, había tratado de recuperar ante Milly sus criaturas, el baño y la casa nueva; poco a poco le arrebataban todo su mundo familiar y lo lanzaban rodando por encima de las cascadas de Schaffhausen para deshacerse en rocío contra las ventanas coloreadas de un invernadero. Trataba de aferrarse a un recuerdo, pero se lo arrebataban; hasta el alfiler de corbata en forma de cabeza de caballo se perdía en el remolino de los rápidos. «Venga conmigo», le había dicho a Jules, pero Jules había desaparecido. La cara de Milly se borraba y desvanecía. Él, que se jactaba de su memoria para las caras, sólo podía recordar los rasgos de una muchacha cuyas faldas había aferrado entre los relojes de cuco. Lo que recordaba, demasiado claramente, era la desesperación, la vergüenza, las lágrimas. Tenía que hacer un esfuerzo para comprender que esas cosas habían pasado ya. «Necesito tomarme unas vacaciones», pensó. «Esto es serio.» Hasta se le ocurrió de pronto, momentáneamente y con bastante claridad, que había inventado demasiadas cosas; tenía que trazar inmediatamente una línea entre lo real, Bennett que lo

seguía, Bennett que lo amenazaba, y lo irreal, la criatura con tos ferina, el baño, nuevamente el pasado.

—¿El señor Bennett? —preguntó al hombre de la planta baja—. Quisiera verle. ¿Está en casa?

En una tienda de animales domésticos, al otro lado de la calle, ladraban perros mordiéndose entre sí; muy débilmente, ahogados por el ruido del tráfico cercano, se podían oír los leones de Regent's Park, que rugían pidiendo la comida.

—Aquí no vive nadie llamado Bennett —dijo el hombre.

Se apoyaba en el marco de la puerta, obstruyendo la entrada.

—Bonitos perritos —agregó.

Por su altura, su anchura y su tosquedad, por su nariz aplastada y amenazante, era el tipo de hombre que vende cachorros en callejuelas apartadas.

—Sé que vive aquí —dijo Conder—. En el último piso.

Pero empezaba a dudar de su memoria.

—Quítese el sombrero —dijo el hombre—. Quítese el sombrero —repitió con tanta fiereza, que Conder obedeció alzando cortésmente su sombrero ante la mirada mutilada del individuo.

—Calvo —dijo el hombre—. Calvo. Me imaginé que era usted. Suba conmigo.

—Quisiera presentarle mis disculpas —dijo Conder—. En caso de que haya creído...

Se aferraba a la calle amarillenta; pasó un autobús; en una ventana alta del otro lado de la calle se afeitaba un hombre. Esto era real, no tenía que soltarlo.

—Suba —repetía el hombre.

Conder obedeció; obedeció porque su voz era sonora y porque parecía seguro de sí mismo, así como había obedecido al norteamericano maduro queapestaba a agua de colonia y que le aseguraba que ninguna persona inteligente podía dejar de visitar las cascadas de Schaffhausen. Exactamente como este ascenso de la escalera oscura, mientras el miedo le aflojaba los intestinos, había sido el largo viaje en automóvil, con el frío, el té carísimo, ni un solo pañuelo en el bolsillo, y la muchacha que se reía de él, mientras las cascadas rosadas y verdes se desplomaban a su lado.

—Sólo quería decirle...

—Y ahora mire, mire un poco —dijo el hombre, abriendo una puerta de par en par.

—¿Qué? —preguntó Conder—. No veo nada.

En la chimenea, un fuego casi apagado; una mesa, una silla, una cama, nada más, ni siquiera un cuadrado en la pared.

—Nada —dijo el hombre—; se fue, se hizo humo. ¿Y todo por qué? Me dejó con el cuarto desalquilado, no me pagó el alquiler; se hizo humo, se escurrió. ¿Cómo quiere que le diga? ¿Y todo por qué? —y se acercó, mientras Conder retrocedía—. ¿Y por qué? Porque un miserable entrometido, enano, roñoso, puerco, despreciable, andrajoso, renegado, que no podía estarse quieto sin meterse en la vida de los demás, le seguía a todas partes. No pudo soportarlo más —y la voz del hombre corpulento se dulcificó un poco—. Sea razonable. No hace falta haber hecho nada malo para sentirse perseguido. ¿Le gustaría que lo siguiera a todas partes un miserable, puerco, despreciable, andrajoso, renegado, calvo como un huevo? Yo le dije: «Tenga paciencia, el hombre ese no sabe nada, quiere ver si se asusta»; y me prometió que tendría paciencia. Pero anoche,

cuando volví, me encontré con esto. Se hizo humo. Sea razonable —repetía el hombre—. Hasta se llevó mis cuadros.

—Pero... —dijo Conder, e hizo un ademán como para repeler al desconocido con la palma de la mano—, pero si yo creía que él me seguía a *mí*.

El otro lo miró fijamente un momento y luego se echó a reír.

En la calle mísera y silenciosa, el ruido de su risa despertó a los perros enjaulados, que detrás de las bajas persianas de la paz dominical empezaron nuevamente a gruñirse, a morderse y gemir.

Conder carraspeó y se llevó la mano hacia la calva con su ademán habitual. Era cómico, por supuesto, era cómico. Pero aislado un instante en el pasado, en una casilla sobre las cascadas que se balanceaban, tuvo la impresión de que todo contacto humano se alejaba de él, en un torbellino, riéndose, con miedo, o simplemente (y pensó casi por última vez en Milly) bajo la presión de otros asuntos.

Jules rezaba, mientras el cura obeso se erguía sobre el pulpito, y la congregación se marchitaba en actitudes de humildad, de fervor y distracción. Rezaba con la cara hundida en las manos; rezaba por Drover. Mientras la emoción le desbordaba entre los dedos, sentía la satisfacción de hacer todo lo que podía por alguien a quien no había visto nunca; estaba dispuesto a realizar sacrificios increíbles, se sentía semejante al tosco Cristo de yeso.

El cura predicaba en francés, sobre el pecado; la palabra *péché, péché, péché* claveteaba su sermón como otras tantas tachuelas de bronce hundidas en un ataúd de

madera. Los dueños de los restaurantes de Soho plegaban las manos y traducían la palabra en *femme, femme, femme, grue, grue, grue*.

Jules, mientras rezaba por Jim Drover, pensaba en Kay. La vida de la joven se unía con la suya (el jarro de té, el mostrador y los cigarrillos), esa vida que de las ocho de la mañana a las cinco de la tarde vigilaba una máquina, en una mutua insatisfacción. Quería salvarla, salvar a Drover. En esa iglesia mal iluminada, rodeado por las espantosas estatuas de una religión sin compromisos, escuchando la certeza de esa voz magistral — *péché, péché, péché*—, se sentía más seguro, sentía un orgullo inmenso, un propósito. Por perdido que se sintiera en el café, olvidando los cuchillos y al azúcar, aquí se sentía en su casa.

En el momento de la Elevación, Jules recordó en el cuenco de sus manos la carta que todavía no había abierto. Aquí, en medio de la única Francia que él conocía, las monjas y las prostitutas, los dueños de restaurantes y las estatuas, sentía una gran curiosidad por ese mensaje de la verdadera Francia. En el café, durante todo el día anterior, no había sentido ningún interés, totalmente absorto en el esfuerzo de recordar lo que se olvidaba; pero en la iglesia, mientras el vino se convertía en sangre, las cosas más improbables le parecían posibles, la emoción surgía fácilmente, el afán de sacrificio, el deseo de amar, el anhelo de ternura. Era como si una desconocida, admirada desde lejos, sin esperanzas, le hubiera preguntado la hora. El sobre escrito a máquina lo tranquilizaba; la ternura de su país no era importuna; ninguna mano personal le enviaba una súplica. «Dentro de veinte minutos terminará la misa; me iré y leeré la carta. Pero no —pensó—, tengo que ver al cura por el asunto de la petición.»

*Domine, non sum dignus... Dominas, non sum dignus...
Domine, non sum dignus...*

Pensó en su madre, que solía pegarle por lo que ella llamaba «cosas de franceses», por sus súbitas incursiones en la alacena, sus excesos entre las pasas de uva. Le había impreso en la memoria que ahora era inglés, que los ingleses no robaban, que los ingleses eran serios, que contaban su dinero de noche, el dinero que ganaban a fuerza de duros trabajos. Periódicamente, una vez por semana, perdía dos chelines apostando a un caballo; periódicamente le insistía que los ingleses no juegan. Periódicamente le decía que los ingleses no beben, y periódicamente, una vez por mes, Jules oía sus hipos a través del delgado tabique de la habitación contigua. Periódicamente le decía que los ingleses no pensaban nunca en cuestiones sexuales, y periódicamente Jules oía sus gemidos intercalados de hipos, que expresaban la nostalgia del marido que estaba en Francia, ese marido que según Jules suponía hacía todo lo que los ingleses decían que no hay que hacer, jugaba, bebía, se reía, miraba a las mujeres y nunca contaba el dinero que ganaba sin trabajar. Le habría gustado conocer a su padre, pero ni una palabra llegaba de esa tierra paradisíaca; ni siquiera cuando murió su madre.

—Ite missa est.

Terminada la misa, Jules se dirigió a la sacristía en busca del cura, pero se vio rodeado de Caballeros de Columba, hombres maduros y obesos con chalecos anticuados, que hablaban de subastas benéficas, reuniones de *whist*, conferencias con proyecciones. «Le abordaré —pensaba Jules—, después de la bendición.» Se fue rápidamente a su casa, subió a su cuarto y abrió la carta.

Tardó un rato en comprender. No reconocía a ese padre esquivo y difamado bajo el nombre de Heysan—Bretau, porque su madre le había modificado inmediatamente el apellido, cambiándoselo por el de Briton. Ni tampoco comprendía que su padre hubiera muerto, con las bendiciones de rigor, sin dolor, y hubiera sido enterrado en el cementerio católico de Petit Tourville, «llorado por sus conciudadanos y sus colegas del Concejo Municipal». Jules se sintió un poco abatido; le pareció una falta de respeto haber pensado en él hasta el último momento como en un hombre que jugaba, bebía, hacía el amor. Evidentemente, su dinero había contado; su procurador hablaba con fría formalidad del respeto que su padre siempre había sabido inspirar, le informaba que ningún comerciante local había contribuido tan generosamente como él a las obras de caridad, y que el año próximo debían nombrarlo alcalde de Petit Tourville. Las oraciones fúnebres no evocaban en la mente de Jules la idea de la vida en una ciudad pequeña, de la misa dominical, de la política municipal. La respetada figura, que casi había sido «nuestro respetado alcalde», hacía una última tentativa de vagabundeo en los alrededores de la torre Eiffel, metiendo cobres con la efigie napoleónica en los aparatos de venta automática de cigarrillos, persignándose ante las imágenes santas en sus grutas ornamentadas con conchas de ostras, guiñando el ojo a las mujeres, pellizcándoles el trasero al pasar; no sin cierta resistencia se introducía en su hoyo de dos metros de largo, mientras la Brigada de Bomberos presentaba las armas y el Consejo Municipal colocaba una corona. ¿Acaso su espíritu habría contenido la risa al pensar en los hipos y gemidos de la esposa abandonada?

«Un legado de diez mil quinientos francos a mi hijo Jules, confiando en que invertirá dicha suma en sólidas acciones del gobierno y que no la dilapidará en juegos de azar o de naipes o en los placeres de los sentidos. El resto de mis bienes se dividirá en partes iguales entre el director del Hogar de Comerciantes Indigentes, Petit Tourville, y el pastor de la Iglesia de Notre Dame de Petit Tourville; en este último caso el interés se destinará a la renta anual de la Sociedad del Altar.»

Diez mil quinientos francos; más o menos unas ciento cincuenta libras.

—¡Dios mío! —dijo en voz alta Jules, echándose a reír.

Bajó la escalera corriendo; en el café no había nadie.

«Tengo que festejarlo.» Gritó hacia la cocina:

—Se murió mi padre —y salió corriendo a la calle.

Mon père est mort, vive mon père. Volvió a entrar corriendo en el café, y asomándose a las escaleras llamó a Conder; pero Conder no estaba. «Kay —pensó—, debo decírselo a Kay; hoy me querrá, hoy nadie podría resistírseme. Soy rico, tengo diez mil francos. Soy feliz. ¿Dónde encontrarla? Lo celebraremos, nos casaremos. Alquilaremos un coche, nos iremos al campo, tomaremos el té juntos, haremos el amor, soy tan feliz. Tendré que faltar al trabajo mañana. Soy tan feliz. ¿Dónde puedo encontrarla? *Mon père est mort, vive mon père.*»

Llevaba la carta a todas partes, se la mostraba a todo el mundo; le parecía que todo lo que ambicionaba en el mundo era suyo. Todos eran tan amables con él y compartían su alegría. Sí, le dijeron en el garaje, podían alquilarle un coche para todo el día, para toda la noche, si quería; era justamente el día apropiado para un paseo por el campo, los

bosques de hayas a la salida de Beaconsfield ya estarían rojos por el otoño; en el bosque de Ashdown ya habrían aparecido los brezos. Sí, le dijeron en la pensión de Deán Street, podían alquilarle esas habitaciones, mañana mismo, si quería; era la mejor época del año para casarse, «los hijos de verano son inteligentes y sanos». Sí, le dijeron en el Presbiterio, si conseguía una licencia especial no habría mayores dificultades. Sí, le dijeron en el café, le servirían el desayuno de bodas en el reservado. Jules pensaba que hasta ese momento había estado muy solo, pero que ahora no volvería a estarlo nunca más.

Y luego, para coronar un día perfecto, se resolvió su única dificultad; se encontró de pronto con Kay, que le sonreía con los labios brillantes frente a la estación de Leicester Square. Apenas podía creer lo que veía; era como si durante toda su vida hubiera ascendido laboriosamente por una cuesta empinada y ahora llegara a la cumbre y empezara todo a rodar ante sus ojos, cada vez más rápido, hasta el punto de obligarle a correr para no retrasarse, para no distanciarse de esa vida alegre, afortunada. *Mon père est mort, vive mon père*. Kay estaba esperando a alguien, según dijo, pero la persona no había venido. Lo había esperado media hora. Estaba harta de esperar.

—Ciento cincuenta libras. Vamos a alquilar un coche. Nos vamos al campo.

Todo estaba arreglado; inconscientemente, siempre había sabido que la encontraría.

—Pero tendría que esperar un poco más, cinco minutos.

—Oye. ¿Adónde iremos, al Sur, al Este, al Oeste, al Norte?

Se movía inquieto, al borde de la acera; la gente lo miraba; lo empujaban, para correr detrás del autobús. Jules anhelaba salir de Londres, llegar a algún lugar tranquilo, lejos del tráfico urbano, donde pudiera decirle todo lo que había proyectado.

—Estás loco, Jules.

—Iremos hacia el Norte. De ese modo saldremos más rápidamente de Londres. Camden Town, Golders Green, Hendon, y ya estamos. A un paso de Berkhamsted, de Ashridge Park, de Ivinghoe.

Había ido a esos lugares dos años antes, en un sidecar, con un amigo que probaba una motocicleta; en esa ocasión era invierno: en las cercas se veían frutitas rojas, y en las colinas brillaba una capa tenue de escarcha; en el parque la hierba crujía bajo los pies.

—Pero Jules, debo volver muy temprano. Tengo que estar en mi trabajo a las ocho de la mañana.

Casi se lo dijo en ese momento: «Nunca volverás a la fábrica, te casarás conmigo. Ya tengo la habitación, ya pedí el desayuno, sólo me falta comprar la licencia.» Algo lo contenía: una leve cautela innata, herencia de Francia, de Petit Tourville; «acciones del gobierno, no dilapidar el dinero en juegos de azar, en los placeres de los sentidos». Pensó que esperaría la noche para decírselo; había cosas que quedaban mejor en la oscuridad, de ese modo el «estás loco, Jules» sonaría como una caricia, y el «estoy loca por ti» sería pura pasión y poesía.

La cautela heredada no era excesiva; conducía el automóvil con temeridad. Al lado de Kay, no podía mantener la vista fija en el camino. «Nunca más volveré a estar solo», pensaba una y otra vez. En Camden Town vio a Conder que

se dirigía rápidamente hacia la Factory Carrera, con la cabeza gacha y el sombrero en la mano; Jules le gritó algo y lo saludó con la mano, pero Conder no lo vio; la gente se apartaba de su camino, parecía no ver a nadie. Se detuvieron para beber algo en el Jack Straw's Castle. Los perros ladraban alrededor de los barquitos de juguete del estanque de Whitestone, y un anciano afirmaba que podía ver la iglesia de Saint Paul, aunque nadie le hacía caso.

—Pero, ¿adónde vamos, Jules?

—Ya verás.

Entraron en *Golders Green* y salieron de *Hendon*; las millas retumbaban, a setenta por hora, sobre la gran carretera curva, hasta llegar a la hostería de la carretera de *Huntonbridge*. Allí almorzaron, y nuevamente estuvo Jules a punto de decirle todo. Pero el camarero les traía el queso y el camarero les traía el café y sin saber cómo no encontraba el momento de decirle que se casarían y vivirían en *Deán Street* y tomarían el desayuno de bodas en el reservado del local.

Después del almuerzo, Kay sintió sueño y se acurrucó a su lado; el joven siguió conduciendo con un brazo sobre sus hombros. Ahora iba bastante despacio; mientras observaba las cercas y las vacas (cerca de *Boxmoor* había una lancha arrimada a la orilla, y el viejo caballo pastaba) pensó que jamás había sentido tanta felicidad. Pensó con ternura en su padre, que le había permitido estar al lado de Kay dormida, en ese paseo otoñal, mientras el año moría, y el espectáculo del viejo caballo que cabeceaba y de las hojas muertas que se pudrían en el suelo. En un campo, de una pira de hierbas subía un humo azul; la pila había sido encendida la noche anterior y se consumía suavemente en el aire claro y seco. Los coches les adelantaban sin cesar; pero

la alegría de la velocidad ya se había disipado en él; avanzaba lentamente por la carretera, y dejaba que esos vehículos de zumbante y potente decisión se desvanecieran del otro lado de la curva; él no tenía ninguna intención definida, salvo la protección de esta paz, salvo el cuidado de transportar su paz como un cáliz precioso hasta la noche. Desde su visita a Ivinghoe, dos años antes, no había salido, de Londres; el otro viaje lo había hecho a sacudidas en un sidecar, en un silencio destrozado por las explosiones del escape.

En Berkhamsted la decisión se zambullía en la calle principal y pasaba rugiendo hacia Tring, hacia la cena; Jules se desvió junto a la iglesia, cruzó el canal y pasó bajo el puente del ferrocarril, a lo largo del foso y de los muros agrietados del castillo. Mientras subían, al otro lado de la ciudad, la noche invadió el prado urbano, la maleza, las tierras arcillosas, heridas por las antiguas trincheras, los blancos de tiro abandonados, y ensombreció los helechos de la ladera. Kay dormía y se movía y volvía a dormirse; finalmente se despertó. Dijo:

—Tengo frío.

Jules callaba, conduciendo con una sola mano. Una mujer gemía y bebía y gemía; la tierra estaba seca, bajaban un ataúd, y la Brigada de Bomberos presentaba las armas. De ellos dos surgía la felicidad, surgía ese sol poniente, que llameaba al otro lado del radiador, surgía esa sensación de que nunca más estaría solo.

Kay parecía deliciosamente fuera de lugar en el parque, algo aburrida, ligeramente intrigada, arreglándose bajo un árbol. Ya era casi demasiado oscuro para verse. La

joven se esforzaba por mirarse en el espejito; luego cerró la polvera de un golpe.

—Oye, Jules, tienes que ser más sensato.

Jules se rió de ella; la hierba se había vuelto gris, y un pájaro gritaba insistentemente.

—¿Para qué quieres que sea sensato? Supongo que tampoco tú quieres serlo.

—Es verdad —dijo Kay, pensativa.

Lo miró con más interés que el que le inspiraban en general los hombres. Normalmente sus amigos tenían dinero y no trabajaban, o si trabajaban era en algo que ella no podía comprender, pues ganaban mucho; pero en eso Jules era como ella; tenía un patrón, tenía que obedecer a otros, ir temprano al trabajo y trabajar muchas horas. También el señor Surrogate le había dicho: «Seamos insensatos», pero con otra intención que Jules; había querido decirle simplemente «Acuéstate ahora conmigo y no me fastidies después»; la había obligado a salir de su escondite, mientras él se quedaba tranquilamente en su apartamento iluminado y cálido. Sobre todo, y era lo que ella más había sentido, acostada a su lado, no tenía la obligación de levantarse temprano para ir al trabajo. Pero Jules sí. No era más independiente que ella.

—Muy bien —dijo la muchacha—, seamos insensatos.

Jules batió las palmas y dijo:

—Nos quedaremos aquí toda la noche —como si acabara de ocurrírsele la idea.

No le reveló que mientras ella se lavaba en la casita donde habían tomado el té, ya había reservado una habitación para la noche. Le encantó que Kay no se ofendiera; sólo repitió su protesta sobre la necesidad de entrar a trabajar tan temprano.

—Yo te llevaré en el coche —dijo Jules.

Otra oportunidad de decirle: «Te casarás conmigo, no volverás más a la fábrica»; pero la fúnebre prudencia del viejo comerciante lo refrenaba.

—¿Vas a ser cariñosa?

Se abrazaron y rieron y se contaron chistes verdes; eran felices. Las hojas crujían en el suelo, la cola de un conejo brilló como un fósforo bajo un terraplén de helechos y desapareció. Cuando contenían el aliento les parecía por un instante que nunca habían escuchado un silencio tan profundo, pensaban en Londres, sumido en la noche, y en los camiones pesados que estremecían las paredes al pasar; «tan silencioso», dijo Kay, pero en ese mismo momento pensaba: «Esto es serio. Yo sentí lo mismo después del mitin. Nunca deseé tanto a un muchacho, hasta ahora. Dios mío, estoy loca. Debo ir con cuidado o voy a tener algún percance.»

—No es tan silencioso, en realidad —dijo Jules, retirando el brazo de su cuerpo; escuchaba los perros que ladraban en el pueblo, el susurro entre las hojas, el ruido suave de la tierra cuando pasaba algún animal, el ir y venir de los insectos. Pero uno llamaba a eso silencio, así como se decía que la oscuridad era negra; era lo más parecido al silencio. Aun cuando los insectos y los perros se callaban, siempre quedaban los latidos del corazón. Se olvidó de ella un momento, para pensar: «Aun cuando me sentía más solo, siempre había otras cosas que no me dejaban oír el latido de mi corazón; nunca advertí que latía.»

Kay se dejó deslizar contra el tronco del árbol y dijo:

—¡Qué calor hace!

Hacía menos de dos horas que había dicho: «¡Qué frío hace!», pero ahora estaba bajo la protección de las ramas, y las hojas secas y crispadas retenían el calor contra el suelo, como manos oscuras de tierra que protegen una llama. Se chupó el dorso de la mano, que se había lastimado con una ramita, y el lápiz de labios dejó una marca sobre la piel; observó a Jules con una avidez que hasta ahora no se había permitido nunca sentir por nadie. Jules había vuelto a distraerse; miraba hacia las hayas, por encima de los helechos, y Kay no decía una palabra, para ayudarlo a encontrarse a sí mismo. No le disgustaba que se quedara así perdido, largo rato, con los ojos un poco dilatados y la respiración desigual, tocándola con una mano tan insensible como la de un desconocido en un tren subterráneo lleno de gente. Podía sentirse unos minutos abandonada con él, olvidar totalmente las exigencias de Milly.

Pero cuando Jules volvió a pensar en ella, sus pensamientos eran prácticos. Rió de pronto, y colocándole las manos sobre los hombros la obligó a echarse sobre los helechos, y mientras se resistía, sentía que la tierra se le metía entre las uñas.

—No seas loco, Jules.

También él se había arrodillado, impeliéndola hacia atrás y riendo al mismo tiempo. No era fuerte, pero sí ágil y elástico. La mordió en el lóbulo de la oreja, y la empujó colocándole la cabeza entre los pechos. Kay recordó el lápiz de labios, que tenía en la mano, y le marcó la cara desde la nariz hasta la barbilla; también ella se echó a reír; sentía el olor de los helechos y de la tierra en descomposición de la *Coty Naturelle* y de una rama de aulaga amarga en flor detrás de ella.

—Espera —dijo—, espera un momento. Entremos.

Jules la soltó y se sentó en cuclillas.

—¿Prometido?

—¿Por qué no puedes esperar hasta la noche?

Jules sonrió ampliamente, e hizo un ademán grosero con el pulgar.

—Esta noche te daré más, si quieres.

Empezó a silbar; trató de dar un salto mortal, pero apoyó la mano sobre un cardo y lanzó un juramento. Estaba contento, estaba orgulloso, estaba hecho un gallito. Tenía a una muchacha a su disposición. Dijo:

—¿Viste a Conder? Dios no permita que alguna vez yo sea como él. Por nada en el mundo querría estar tan solo como está él. Necesito gente..., siempre. Si estuviera así solo, tendría miedo. Se me ocurrirían cosas.

Luego le preguntó rápidamente, con cómica esperanza:

—Por casualidad, ¿no eres católica?

En ese caso, la formalidad de la boda sería más fácil, más definitiva la barrera contra la soledad, un dique inexpugnable hasta la muerte; de otro modo, el mar la corroía.

—No —dijo Kay—, ¿por qué?

Estiró las piernas, reprochándose: «¿Por qué no habré hecho nada con él? Sería tan fresco, hacerlo aquí al aire libre. ¿Qué importan unas cuantas arañas cuando una tiene tantas ganas?»

—¿Por qué? —preguntó nuevamente—. ¿Quieres casarte conmigo?

Jules eludió rápidamente la pregunta y se puso de pie.

—Curiosidad, nada más.

Juegos de azar, el placer de los sentidos... Pero era absurdo. La deseaba, no sólo en ese momento, sino para siempre, y ¿por qué motivo habría de refrenarlo un fantasma lóbrego, un procurador, la voz distante de Petit Tourville? Acciones del gobierno. Cuatro libras por año de interés.

—Oye —dijo.

—No sé si no me casaría contigo —lo interrumpió Kay.—. Estoy harta de caballeros. Te hacen esperar media hora y al final no vienen. Anoche estaba bastante interesado, te lo aseguro.

Sus sentidos insatisfechos encontraban cierto consuelo en la idea de la colcha rosada, de la hermosa muerta que envidiaba su placer desde un retrato. Jules la escuchaba con admiración. Kay; era un hallazgo; hasta su padre, ese decepcionante libertino, debía confesar que era un verdadero hallazgo. Joven, bonita y con experiencia; no podía imaginarse una esposa que supiera despertar más diestramente sus deseos. No amargaba no ser el primer hombre en su vida; uno no podía exigir mucho, cuando los sueldos eran tan miserables, el empleo tan precario, y tan caro todo lo que hacía que la vida valiera la pena: el cine, los bailes, los polvos y el perfume y el *rouge* y las medias.

Insistió en el tema; le gustaba oír la hablar de matrimonio sin advertir qué cerca lo tenían, al alcance de la mano.

—No te casarías —dijo riendo.

Lanzó un puntapié a un hormiguero y sintió una curiosa libertad en el aire gris. Una hoja cayó girando y le rozó la mejilla. Asistía a la muerte de algo ya viejo y se sentía feliz.

—Podría probar —dijo Kay.

—Tienes demasiados amigos.

—No los dejaría de lado. Mi marido tendría que hacer cola y darles la mano. De noche, ya le daría yo algo para contentarlo.

Era la respuesta que él anhelaba; no sentía ningún deseo de soledad íntima; quería estrépito, caras nuevas, excursiones a Southend. «Te presento a Bill. Este es Ern. Qué raro que no se conozcan...» El matrimonio era la montaña rusa, el tren fantasma, los téis con mariscos, la garantía de no volver a estar solo. Hasta habría aceptado complacido a sus padres, si la joven los hubiera tenido; pero ambos habían muerto. No era uno de esos que decían: «¿Cuándo podremos estar un momento solos?»; hasta había comprado la compañía de Conder con las monedas extranjeras que recogía en el suelo del café.

—No te conformarías nunca con un solo hombre.

—Depende del hombre.

Era demasiado fácil estar solo; la soledad estaba en el aire mismo que uno respiraba; si uno abría una puerta, la puerta daba a la soledad del corredor; si uno cerraba la puerta de noche, encerraba consigo a la soledad. El cepillo de dientes, la silla, la jarra de agua y la cama eran corrosiones de la soledad. Uno no tenía más que pararse, mirar, escuchar, y ya estaba perdido. La tristeza lo cogía, con todo ese inútil sufrimiento que uno no podía aliviar en nada; la humildad le desgarraba, uno buscaba desesperadamente un lugar en el mundo, una tarea, una obligación. Pero si le daban voces, gente, ya se sentía feliz, se creía un gallito, se sentía grosero, alardeaba.

—Ya verás las cosas que puedo hacer.

«Tengo que tener cuidado —se repetía Kay una y otra vez—. Así es como una se queda encinta; cuando una tiene uno de esos ataques de entusiasmo; cuando no toma precauciones; cuando no quiere tomar precauciones; cuando está enamorada.»

Habían llegado a las puertas del parque. No había luna. La oscuridad les rodeaba, pero las lucecitas del coche brillaban cordialmente en la carretera. Parecía un fuego donde uno podía calentarse las manos.

—Vamos —dijo Jules, y tomándole la mano corrió hacia el coche—. Tengo mucha prisa.

Y la empujó dentro del vehículo, trepando a su asiento sin abrir la portezuela, pisando el arranque. Mutuamente se transmitían calor, mientras él hundía el acelerador y ella trataba de calmar su entusiasmo diciéndose que después de todo eso no era más que el eco de la noche anterior; el eco de tres meses de abstinencia. Pero había una diferencia. Hasta ese momento, el deseo había sido en ella una forma de coquetería; siempre tenía cuidado, por más alocada que pareciera; nunca le había disgustado esa obligación de tener cuidado, nunca había anhelado que la poseyeran sin miramientos, en cualquier parte, de cualquier modo, en el coche, entre los helechos, olvidando las consecuencias. «Si estuviéramos casados —pensaba—, si tuviéramos dinero, si estuviéramos casados.»

Al venir de Boxmoor, lo habían hecho muy lentamente, pero ahora regresaban a Ivinghoe a una velocidad loca. Los árboles surgían como un relámpago ante las luces y desaparecían; en un recodo del camino, una casita solitaria; una mujer chata como una silueta de cartón en un porche. Cuando el coche pasó la cuesta, el viento se

abalanzó sobre ellos, se les metió en la ropa, los molestó como un perro. Lo dejaron atrás, al otro lado del farol.

—Corre este cochecito —dijo Jules, rodeándola con el brazo, acelerando. Kay sonreía y se apretaba contra él, diciéndole que fuera más rápido, más rápido, cada vez más rápido. La aguja temblaba y subía. «Tengo mucha prisa». No se podía ver nada, salvo la pincelada de carretera caliza enfrente; se sentían a solas, en una jaulita vibrante, con una luz azul encendida sobre el tablero; era la primera vez que viajaban en ese coche. Como un caballo que percibe la debilidad de los muslos de su jinete, mandaba. Se precipitaba hacia el centro del camino.

—Vamos. Más rápido.

Ambos estaban un poco asustados; Jules sabía que no dominaba totalmente al automóvil; Kay sabía que él tenía un poco de miedo. Por eso le decía «más rápido, más rápido», desafiándose y desafiándolo. El cruce de las carreteras al pie de la cuesta se abalanzó sobre ellos; vio una luz que aparecía entre las cercas de la izquierda, y exclamó:

—¡Cuidado, un coche!

Oyó que Jules buscaba a tientas el freno en la oscuridad. Dos ruedas se alzaron del suelo, cerró los ojos, y mientras el coche cruzaba diagonalmente la carretera, rezó:

—¡Mi cara, que no sea la cara!

—A esto se le llama saber conducir —dijo Jules.

Kay abrió los ojos, mientras Jules agregaba, con voz trémula y jactanciosa, que pocos automovilistas habrían conseguido evitar una colisión.

—El susto que les di a esos tipos. Si hubiera perdido la cabeza...

La aguja temblaba, descendía, las cercas subían y bajaban lentamente, una granja, la primera casa.

—Creo que te diste un susto —dijo Jules. Sacó un cigarrillo del bolsillo para demostrar su calma, pero cuando quiso encenderlo el fósforo vaciló y se apagó después de un instante. Se olvidó de encender otro, porque ya habían llegado.

Siguió jactándose mientras subía la escalera. De pie entre la cama y la cómoda, siguió jactándose. Era muy buen conductor, era un tipo formidable, le sobraba serenidad. Kay se sentó en la cama, se compuso un poco la cara y sintió una leve náusea. Jules extendió la mano, para demostrar sus palabras, y la joven sonrió al ver que ni toda la tensión de sus músculos podía contener el temblor.

—No podrías sostener una taza de té sin derramarla —dijo.

—Deberías estarme agradecida —prosiguió él, en su estilo jactancioso y frívolo—. Eso se llama conducir un coche.

Kay pensó al principio que como muchos otros hombres hablaba para encubrir su timidez, que ahora al encontrarse a solas con ella había perdido el aplomo; pero Jules se jactaba porque era feliz, porque se había asustado, porque había creído que chocaría y que volvería a quedarse solo con Conder y con el café. Ni por un momento había pensado que su propia vida corría peligro. Era una vida demasiado vibrante para terminar tan abruptamente, demasiado segura de lo que quería.

—Jules —dijo Kay—, Jules, ¿no puedes esperar?

Pero él no quería esperar, y lo aceptó complacida; sólo lamentó la rapidez del abrazo, tan breve como el breve ademán que le había hecho en el parque, o como un saludo

desde la otra acera. Jules estaba con ella, estaba dentro de ella, estaba fuera de ella, se cepillaba el pelo frente al espejo, silbando.

—¡Oh, cállate! —exclamó Kay.

Jules la miró con ojos encendidos; creyó que no la había satisfecho y se sintió irritado. Se habría ofendido, si no hubiera pensado que les quedaban muchos meses y años por delante; iban a casarse; la próxima vez se luciría más. La ventana estaba abierta; se oía el tocino que les freían abajo, en la cocina.

—Huevos con tocino —dijo—. Tengo hambre.

Olvidó momentáneamente lo que acababan de hacer; tan pocas cosas se lo recordaban ahora, cuando su cuerpo se hallaba de nuevo en calma.

—Yo no tengo hambre —dijo ella, de mal humor.

—Si por lo menos —dijo Jules, recordando de pronto todo, el legado, el paseo, Kay en la cama— pudiéramos hacer algo. No sé por qué vinimos aquí. Podríamos haber ido al cine, reunimos con algunos amigos.

Giró hacia el espejo, para imaginarse rápidamente cómo quedaría con un smoking alquilado, descorchando una botella, proponiendo un brindis, dando la mano, «le presento a mi novia».

—Podrías haber invitado a tus amigos —dijo—, y habríamos anunciado...

Pero la opinión unánime de Petit Tourville lo refrenó.

—Mi herencia —terminó.

Kay estaba acostada de espaldas, con las piernas cruzadas y los ojos semicerrados. Lo quería y había descubierto que le causaba menos placer que muchos de sus compañeros ocasionales. Uno esperaba tanto del maldito

amor, un placer incomparable, un matiz de eternidad; todo se desmoronaba si el amor era eso: Jules a su lado, y luego más lejos que nunca, simpático y engreído y pagado de sí mismo, estudiándose en el espejo.

—Hablas de tu herencia —dijo Kay— como si fuera el fin del mundo. Ciento cincuenta libras no es mucho. Yo te enseñaría a gastarlas en una semana. Caramba, si he conocido tipos que ganaban otro tanto por semana.

Mentía desesperadamente, pensando que si conseguía destruir su idea de la herencia, volvería nuevamente a ser el Jules insatisfecho, el Jules que tenía que obedecer a su patrón y trabajar por la mañana, como ella, el Jules irremediabilmente perdido, que esperaba frente a un cine, mientras ella se iba en taxi con el señor Surrogate, que no encontraba las palabras, que no comprendía que ella estaba loca por él, que lo deseaba, que se habría entregado en cualquier parte, de cualquier modo.

—Ciento cincuenta libras por semana —repitió—. Te juro por Dios que es cierto.

—¿Gastarlas en una semana? —preguntó Jules, parpadeando.

—Cualquier muchacha podría enseñarte cómo.

No hubiera podido desinflar con más destreza el globo de su engreimiento; Jules se retiró definitivamente del espejo y se acercó al pie de la cama; éste era el Jules del café, el Jules que vivía entre el recipiente de té y la caja, el Jules que ella amaba. Ya no le importaba que no la hubiera satisfecho; se recostó y suspiró de felicidad, soñando con la noche, y con otras noches. Hasta podía creerse capaz de dejar a sus demás amigos por él; capaz de casarse con él, si se lo pedía. Durante uno o dos años serían perfectamente felices; ella no iría más a la fábrica; y

después, cuando se les terminara la locura, gracias a Dios uno podía separarse; una amiga suya había conseguido el divorcio por cinco libras. Pero Jules era católico.

—¿Los católicos se divorcian? —preguntó sin querer, pensando en voz alta.

—No —dijo él, furioso—, no.

Le pareció que había exagerado el amor que sentía por esa muchacha; era algo que uno sentía hasta poseerla, y después se le pasaba; peor todavía, había exagerado el valor de su herencia. Kay tenía razón, cualquier muchacha podía gastarla en una semana; su padre tenía razón: «acciones del gobierno»; cinco libras por año, era mejor que gastar el capital. Empezó a contar lo que había gastado durante el día. «Si la llevo de vuelta a su casa y cancelo la habitación...» Pero lo contenía la idea de la soledad de la noche subsiguiente. «Además —pensaba—, todavía no he decidido nada. Todavía puedo preguntárselo esta noche, mañana por la mañana.»

—Me voy abajo —dijo—, a ver si ya está la cena.

Abrió la puerta; en el corredor oscuro lo esperaba la soledad; bajó tropezando las escaleras sin luz; la soledad le envolvía los pies. El cuarto de abajo, con la mesa ya preparada para ellos, estaba vacío; se volvió para gritarle: «¡Ven pronto!», pero luego desistió. El fuego estaba preparado, sólo faltaba arrimarle un fósforo. No tenía fósforos; buscó en sus bolsillos algún pedacito de papel para encenderlo en el gas. No era lo que él había previsto: «Le presento a Ern. ¿No se conocen, Bill?» Oía los pasos lentos de Kay sobre su cabeza; pero su cuerpo ya estaba satisfecho, desinteresado. Era un estado muy solitario, la satisfacción. Volvió a pensar que de todos modos podía

proponérselo esa noche, pero sabía perfectamente que cuando llegara el momento se quedaría tan mudo como la habitación, como el corredor, como la escalera.

El formulario de la petición de Drover crujió, convirtiéndose en llama. Se inclinó y lo acercó al hogar.

Conrad había necesitado todo su coraje para cumplir la resolución tomada durante la noche, mientras yacía despierto junto al llanto de Milly; coraje para llegar hasta la calle, hasta la tienda, hasta la campanilla de hierro. Pasó un policía, y Conrad dejó caer la mano; con qué rapidez uno se acostumbra a temer la ley; pero una vez que consiguiera lo que quería, ya no temería a nadie más.

¿Qué haré con eso?

¿Qué excusa daré?

¿Para qué me sirve?

Pero no había dormido lo necesario para poder contestar esas preguntas. Alguien le tocó el brazo, lo empujó un poco hacia el costado y siguió por la acera. Nuevamente sintió la misma ira salvaje, el odio que había sentido al oír a esos dos hombres que se reían frente al Berkeley. «No me conocen, no me vieron, pero yo conozco a uno, sé quién es, lo vi en el tribunal, todas las sesiones, con su cara amarilla, viejo, gastado, vigilando a Jim que estaba sentado en el banquillo de los acusados, que era joven y fresco y ya podía darse por muerto.»

Tendió la mano, tiró el cordón de la campanilla y oyó el tintineo del hierro detrás de los escaparates cerrados, detrás de los letreros rojos: «Liquidación. Local dañado por incendio.» «Ya lo hice —pensó—, puse en movimiento algo que ahora seguirá por su cuenta»; y un momento después, mientras se apagaban los ecos, pensó nuevamente en el

Comisario, pensó que una sola palabra de ese hombre habría podido salvar a Jim; si los testimonios de la policía hubieran sido un poco más condescendientes, si hubieran admitido que algunos pegaban a las mujeres con las porras, el jurado habría pedido merced para el condenado.

Y nuevamente Milly estaba en sus brazos; luchaban en la cama, Milly lloraba y se apretaba contra él, Conrad experimentaba el mísero placer de la unión sexual.

—¿El señor Bernay?

—Entre.

Estaba tan absorto en la desdicha de Milly, pensando hasta qué punto era vacía su vida, que se veía obligada a aceptar su amor, que tardó unos minutos en advertir la amabilidad y el aire misterioso del señor Bernay. Sólo tuvo conciencia de su actitud cuando se sentó frente a esa cara larga, vacía y pulida, y el señor Bernay le preguntó con reserva en qué podía servirlo:

—No creo conocerle...

Vestía un levitón negro; de las mangas asomaban visiblemente los puños blancos y almidonados. De pronto los agitó, con aire de lanzarse al fondo del asunto, y observó:

—Salía para la iglesia.

—Veo que liquida la mercancía vieja.

—La mercancía dañada por el fuego —lo corrigió el señor Bernay.

—¿No estaba asegurado?

—Eso es muy típico en mí —dijo el señor Bernay—. Soy demasiado sociable. Me olvido de todo. Pero no creo que...

—Usted no me conoce —interrumpió Conrad—. Pertenezco a la Compañía de Seguros Regal.

Y advirtió con placer un leve matiz de inquietud en la cara ancha y blanca, como en un cinematógrafo la sombra de un hombre que cruza la pantalla vacía.

El señor Bernay dijo:

—No sé por qué viene a verme un domingo.

—Por asuntos privados —dijo Conrad—. Pensé que como usted era cliente de mi compañía, tendría la amabilidad de atenderme. Quería comprar algo, con descuento.

El señor Bernay lo vigilaba; Conrad esperaba. Sabía qué clase de pensamientos cruzaban en ese momento por la mente del otro, y esa certeza le daba una sensación de poder. El otro estaba pulcramente vestido, era rico, cumplía con sus deberes religiosos, se ponía puños almidonados los domingos; pero con unas cuantas palabras lo había dejado mudo. El señor Bernay empezó a pellizcarse las uñas.

—Nos llamó la atención —dijo Conrad— que no insistiera en su reclamación.

—No podía esperar —dijo el señor Bernay—, los perjuicios eran insignificantes; estas compañías de seguros son tan lentas. ¿Qué necesita?

—Un revólver.

El señor Bernay dijo:

—Por supuesto, tiene que mostrarme su permiso. De todos modos, no creo que lo tenga.

—No lo tengo.

—¿Para qué quiere el arma?

—Estoy siempre tan solo.

—¡Ah! —dijo Bernay, arrellanándose en su asiento detrás del escritorio, y cogiendo por así decir con ambas manos esta oportunidad de afirmación—. Eso es algo que yo no comprendo. Porque yo no estoy nunca solo.

Las lámparas de innumerables acontecimientos sociales iluminaron momentáneamente su cara. Conrad vislumbró panoramas de alfombras rojas; como un descastado, desde su propia y oscura soledad, miraba a través de las ventanas iluminadas. Porque estaba solo, más solo que nunca, a pesar de su pasión y de lo que en otra época habría considerado su éxito. A veces, en efecto, había pensado que ser el amante de alguna mujer lo protegería de toda vergüenza; en una breve agitación había creído ver promesas de infinitas seguridades. Ahora sabía que se necesitaba algo más que el acto físico. Se necesitaban años de compañía.

—A veces —dijo el señor Bernay—, me gustaría irme, simplemente escaparme, huir de la multitud enloquecedora.

Y mostraba los puños de la camisa. Sus ojos grandes, suaves y desconfiados, recorrían la persona de Conrad como un par de lámparas de arco, revelando su desdicha y su soledad.

—A veces uno advierte —prosiguió— que tiene demasiados amigos.

Simulaba ante Conrad envidiar su soledad, como un millonario avaro que rechaza a un vagabundo expresando la envidia que le inspira su irresponsabilidad.

—El revólver —dijo Conrad.

Pero el señor Bernay ya había recobrado el aplomo; nuevamente era el personaje social. Resultaba imposible sospechar que detrás de esa fachada inexpresiva y respetable alguna vez se había asomado el prestamista, temeroso de ciertas preguntas.

—Tiene que conseguir un permiso. ¿Cómo puedo saber lo que se propone hacer? Quizá un acto violento. Cualquiera

cosa. Dése cuenta que viene un domingo, cuando la tienda está cerrada. Mire su mano. Mire cómo tiembla. Está muy nervioso, tendría que tomar un calmante. No tendría que estar levantado, ni hablar de revólveres.

Varios relojes de la tienda empezaron a dar la hora.

—Ahí tiene —dijo el señor Bernay—, ahora llegaré tarde a la iglesia.

—¿Por qué tiene tantos escrúpulos? —preguntó Conrad—. Sé muy bien quién es usted. Yo me hice cargo de todos los papeles relativos a su incendio.

Durante la noche le había parecido un juego de niños conseguir del prestamista lo que deseaba. Sería una especie de chantaje sin peligro; se había imaginado a un judío muy asustado, y no al señor Bernay, con puños almidonados y aire protector, su cara ancha y reluciente y su suavidad.

El señor Bernay dijo con amabilidad:

—Lo denunciaré a sus jefes. Me ha obligado usted. No me gusta hacer mal a nadie; soy tan buen cristiano como el que más.

—No le pido que me lo dé gratis.

—Lo que no me gusta es el tono de su voz —dijo el prestamista—. Haría muchas cosas por un amigo (y le aseguro que no hay muchos hombres que tengan un círculo de amigos tan vasto como el mío), pero no movería ni el dedo meñique por un enemigo. Ni el dedo meñique.

Los ojos grandes y suaves parecían desplazar a Conrad hacia la lejanía, hasta relegarlo como una figura diminuta al horizonte mismo de la conciencia del señor Bernay; con una figura tan pequeña uno podía hacer lo que quisiera; levantar una mano podía ser un reproche suficiente, una sonrisa parecía un perdón suficiente; y si después de todo uno concluía algún negocio, una persona tan

poco conspicua no podía quejarse de la dureza de las condiciones.

—No fue con mala intención —dijo Conrad.

Ahora le parecía que el arma era lo que más deseaba en el mundo; antes deseaba el amor, pero ya lo había logrado: eso ya había pasado al olvido.

—¿Para qué lo quiere?

—Por si lo necesito.

Era verdad; ni siquiera se imaginaba en qué podía utilizarlo; odiaba a algunas personas: sus compañeros de oficina, el sobrino del gerente, el jefe de investigaciones, el hombre que lo había empujado en la calle; pero realmente no deseaba matar a esas personas, así como tampoco deseaba suicidarse. Menos todavía, porque por lo menos tenía motivos para odiarse a sí mismo; quería a su hermano, y sin embargo le había hecho lo que la gente consideraba el peor agravio. En el momento de cometerlo, le había costado creer en el agravio; había sido tan fácil, tan breve, tan agradable, tan insatisfactorio, pero después, despierto y callado en la cama, había aplicado los títulos convencionales al recuerdo de lo que había hecho: «Un pecado mortal», «El peor agravio», «Faltar a los mandamientos». Pero los títulos no eran suyos; otros se los habían proporcionado, otros habían inventado las reglas que regían su sufrimiento; era injusto que lo dejaran tan solo, y que sin embargo crearan las reglas que lo gobernaban. Era como si un hombre abandonado en una isla tuviera que seguir ajustando su vida al reglamento del barco.

Rogó al prestamista, tendiéndole una mano:

—Es un favor personal que le pido. Podría serle útil en la oficina.

—Así me gusta —dijo el señor Bernay—, ése es un tono más apropiado. La gente tiene que aprender de una vez que no puede amenazarme impunemente. Soy tan buen cristiano como el que más, pero no permitiré que me amenacen.

—Por favor... —dijo Conrad.

—Lo que le pasa a usted es que anda mal de los nervios. Tendría que tomar Sanatogen, ver gente, pasear. Yo tengo sesenta y cinco años, aunque sé que no querrá creerme, y atribuyo mi buena salud a la vida social, más que a otra cosa. No tengo tiempo para pensar. Almuerzo en un lugar, ceno en otro. Me llaman por teléfono.

—Por favor... —dijo Conrad.

El señor Bernay abrió un armario sin levantarse, haciendo girar el sillón. Colocó sobre el escritorio una caja de cartón y empezó a sacar de ella camafeos y gemelos, un par de espuelas, una copita para huevos pasados por agua y un revólver polvoriento.

—Tendrá que pagarme por el riesgo que corro —dijo Bernay, sonriendo, verificando su sonrisa y sonándose la nariz—. Cinco libras, con una caja de cien cartuchos.

—Tendré que darle un cheque.

—Se lo doy por cuatro libras y media al contado.

—¿Funcionará? —preguntó Conrad.

La imagen del señor Bernay empezó a alejarse muy rápidamente, con las cejas alzadas interrogativamente.

—Funcionar... —dijo una voz muy lejana—, ...por supuesto que sí.

Conrad se sintió muy acalorado y luego sintió frío; por fin el señor Bernay se acercó rápida y suavemente; parecía empujado desde atrás, como un muñeco en un cochecito.

—Gracias —dijo.

Pagó y se esforzó en salir lo más rápido que pudo al aire libre; oyó las cadenas del cerrojo que se cerraban, las campanas que llamaban a maitines.

«¿Y ahora qué? —pensó Conrad—. ¿Para qué me sirve esto? Para hacerle una broma a Milly, para asustar a la gente que me atropella en la calle, que quiere quitarme el empleo, que me grita: "Conrad, Conrad", desde el patio asfaltado; que me amenaza, que ahorca a mi hermano, que no me toma en serio (ése era el peor crimen), ni como hombre, ni como jefe de oficina, ni como amante. No me asusta nadie con la palabra asesino; un asesino es simplemente Jim; un asesino es la fuerza, la protección, el cariño».

Cuando un caníbal se comía a su enemigo, daba albergue dentro de sí a las cualidades del mismo: el valor o la astucia. Cuando uno se acostaba con la mujer de su hermano, ¿no se convertiría uno, al recibir eso que le correspondía por derecho, en una parte del mismo hombre, y no se volvería fuerte si era débil, y estúpido si era inteligente? Durante un instante de la noche anterior había sido su hermano, había adquirido la capacidad de matar a un hombre.

El ímpetu de esa creencia volvió a embargarlo, lo impulsó por Shaftesbury Avenue, a través de Trafalgar Square, hasta la mitad de Northumberland Avenue, antes de abandonarlo, incapaz de imaginarse siquiera qué había ido a hacer allí. Un policía saludó, se oyó un portazo, y por una calle lateral se acercó hacia él el Comisario con el paraguas colgado del brazo y una carpeta llena de papeles en la mano.

Se acercaba con su cara amarillenta y demacrada; se acercaba con su cuerpo delgado y burocrático; se acercaba lentamente la justicia, con una carpeta llena de papeles; se acercaba la respetabilidad, con bombín y paraguas; la seguridad se acercaba, con la vista en el suelo, segura en Londres, segura en la capital del Imperio, segura en el corazón de la civilización («no veo motivos para oponerse a la decisión del juez»; el bastón alzado; el encuentro prohibido; «después de un año les permitimos abrazarse»; las reducciones de personal, la desocupación; la lucha constante con el prójimo para conservar nuestro lugar en la balsa, para que se ahogue el otro; el deseo; el adulterio; la pasión sin ternura ni permanencia); por la calle se acercaba el defensor de la civilización, con la mirada en el suelo, la cuidada carpeta bajo el brazo.

«Una palabra suya —pensaba Conrad—, y Jim viviría; una palabra suya al Ministro del Interior; revelando que sus subalternos se habían excedido en el mitin.» Se le ocurrió la posibilidad de apelar personalmente, allí, en plena calle, al Comisario. Este se acercaba lentamente; pero dentro de medio minuto estaría al alcance de su mano. Conrad temblaba ante la proximidad de la autoridad; siempre, en los despachos de los gerentes, había tenido que ocultar el temblor de sus manos, mientras esperaba una reprimenda, el despido; el temblor no cesaba ante las inesperadas palabras de elogio o el ascenso.

«No me atrevo a hablarle.»

Se metió las manos en los bolsillos para ocultarlas y tocó el áspero cañón oxidado del revólver. «Con esto en la mano, no tendría que sentir miedo nunca más; no tengo más que apuntar, y los demás me tendrán miedo a mí; hasta ese viejo de cara chata se asustaría.» El Comisario estaba a su

lado; pasaba, con los zapatos y ropas de domingo un poco crepitantes, como un grillo amarillo.

Conrad tendió la mano.

—Señor... Un momento, por favor.

El Comisario titubeó, siguió adelante, pero todo su aspecto había cambiado; ahora era un oficial que inspeccionaba el cuartel, con duro resentimiento por alguna falta de disciplina, por la que luego alguien sería amonestado; no podía lanzarse una reprimenda contra un oficial subalterno ante las filas; en este caso, las filas eran los conductores de taxi, el público que esperaba sentado en los autocares de excursión.

«Es vergonzoso —pensaba el Comisario—, un hombre decentemente vestido como ése, pidiendo limosna. Puede estar agradecido de que no lo haya mandado a la cárcel.» Pero apenas llegó a Northumberland Avenue, su aspecto volvió a cambiar. La justicia no era asunto suyo; su deber era apresar al delincuente; pero a solas, en su vida privada, la más leve desviación de la más estricta justicia lo perturbaba. En la vida privada uno no podía dejar la justicia en manos del Ministro del Interior, del Parlamento, de los Jueces de Su Majestad; tal vez en manos de Dios, pero el Comisario no estaba plenamente seguro de su existencia. Nuevamente pasaba por alto que el paro no era indicio de haraganería; que el mendigo no mendigaba porque no quería trabajar; así solían ser las cosas en otro tiempo, en la Inglaterra que él había conocido a fondo; pero ahora eran distintas.

El Comisario regresó. Ansiaba pedir disculpas por su actitud, dar una media corona a ese pobre hombre, pero

cuando llegó a la esquina éste había desaparecido. El Comisario se sintió irritado consigo mismo; realmente, su dureza había sido injustificada. ¿Por qué eludía uno a los mendigos, ponía cara indiferente y pasaba de largo? En parte era simpatía; uno no quería mirar a un hombre que se encontraba en esa situación; pero era difícil hacerle entender al mendigo que uno lo eludía por simpatía. El Comisario se quedó en la esquina, como si se hubiera olvidado de algo; en realidad lo había recordado; había tenido una visión de las innumerables caras de rechazo que ve un mendigo. «Lamento no haber hablado con ese hombre —pensó—, lamento no haberle preguntado cómo llegó a ser un parado; tal vez hubiera sido posible encontrarle trabajo; pero después de todo, ¿de qué habría servido? Es uno de tantos; no puedo ayudar a todos esos hombres, sólo puede hacerlo el Estado, el Estado que me emplea a mí para que mantenga el orden, para que cuide que los parados mendiguen y no exijan.»

El Comisario se dijo que esta serie de pensamientos no le hacían ningún bien; le pagaban, tenía que cumplir con su deber. Uno no preguntaba, durante una guerra, por qué luchaba; uno esperaba que la guerra hubiera terminado para preguntarlo; ya podría pensar en esas cosas cuando se jubilara; pero la idea de la jubilación lo helaba. Volvió las espaldas al origen de su perplejidad, y se dirigió hacia Trafalgar Square. Hubiera sido mejor hacerse mandar esos informes a su casa mediante un mensajero, y no ir a buscarlos personalmente como una excusa para dar un paseo en esa hermosa mañana de domingo. Los oficiales de turno en Scotland Yard no creerían nunca que ése había sido su único motivo, el cuidado que exigía su hígado, el ejercicio

que requerían sus piernas, una deslumbrante mañana de otoño bajo el repique de las campanas.

Había dejado atrás el lugar donde el individuo había estado, pero sus pensamientos eran demasiado lentos, no podía eludirlos tan fácil y tan rápidamente. «Cuando me jubile.» Una vez, después de tres días de marcha por la selva, con un calor de homo, uno de sus hombres asesinado, la ración de agua casi agotada, y los delincuentes más lejos que nunca, habían emergido con alivio de la espesura, en un claro donde se había establecido una estación de comercio; allí podrían conseguir agua fresca, descansar, comer, charlar. Era el final de la persecución por la selva; de allí seguía un camino abierto en pendiente, por lo menos tan bueno como un camino de campo europeo, que se extendía recto durante muchos kilómetros. Sobre el establecimiento (un *bungalow*, un almacén con techo de chapas, unas cuantas chozas indígenas) colgaba una bandera amarilla; no había un soplo de viento, el lugar parecía abandonado, la bandera pendía como una salchicha de su asta, y en el primer momento no advirtió que era amarilla. Por supuesto, significaba fiebres, la imposibilidad de probar siquiera el agua, de descansar, de charlar en ese lugar. Tuvieron que desfilar por el borde del claro, hasta el camino recto, y les pareció que tardaban horas en perder de vista la bandera amarilla. Ahora, era ese hombre con la mano extendida, pidiendo limosna, la idea «cuando me jubile», lo que colgaba como una bandera amarilla en la retaguardia; era inútil darse más prisa; allí seguía la bandera.

El Comisario recordó que antes de perder de vista las casas en el espejismo del calor había visto a un hombre que salía del *bungalow* y se movía entre las chozas. Había

sentido una intensa tentación de volver; podía ordenar que los hombres siguieran adelante al mando del sargento indígena; podía descansar, beber algo, y si la fiebre lo contagiaba, podía despedirse para siempre del temor de la jubilación. Era característico en él que la idea de salvar la vida de un hombre influía en cierto modo sobre su deseo, y que la idea de que su regreso pudiera ser considerado meritorio ni siquiera se le ocurriera. Finalmente rechazó esta idea, como si se tratara de una satisfacción personal; no le pagaban para eso; no le pagaban para que arriesgara su vida de ese modo, sino para que castigara y previniera el delito. Sin duda, no le pagaban para que eludiera la jubilación. Enloquecedora, cada vez que volvía la mirada veía colgada la bandera amarilla.

Otra vez, antes de partir de Oriente, había sentido la misma tentación; un día de calor en la capital, huyendo del resplandor y el centelleo de los templos, del reflejo del sol en las latas viejas y en los trocitos de vidrios de colores, había advertido en la calle umbría y cubierta que lo seguían. No era exactamente un ruido de pasos lo que le había llamado la atención, aunque tal vez los había percibido inconscientemente, en medio de los ruidos de los bueyes, de los gritos de los vendedores; una especie de ritmo insistente de pies suaves, que persistía a lo lejos, que persistía cuando volvía las esquinas, que persistía cuando cruzaba la calle; pero lo que advertía en cambio era una inquietud física, cierta tentación de encorvar las espaldas. No imaginaba por qué motivo especial alguien podía desear atacarle; siempre había motivos generales, razones políticas; después de todo, era el criado a sueldo de un gobierno impopular. Sintió una gran tentación de seguir adelante, de meterse en alguna callejuela aún más oscura;

pero no hizo nada de eso, volvió a la calle principal y detuvo al primer automóvil que encontró.

Los surtidores de las fuentes se elevaban, se desplegaban y caían a través del sol. Algunos señores de edad entraban de prisa, retrasados, en Saint Martin's—in—the—Fields; dos niños descalzos se mojaban los pies en el cuenco de una fuente y se retiraban asustados al ver que un agente de policía cruzaba la plaza. El Comisario lo detuvo.

—Hoy convendría tener un poco de... de indulgencia, agente —dijo—; siempre que pueda, trate de cerrar los ojos.

Subió hacia la National Gallery; siguió por Pall Mall. No podía contener el sentimiento momentáneo de orgullo que Londres le inspiraba; el brillo del otoño en los edificios, el leve movimiento dominical de las calles, el único autobús a la vista; nadie se daba prisa. Todos los edificios que lo rodeaban poseían dignidad y estilo; un muchacho sacudía una alfombra frente al Hotel Garland. Valía la pena recordar que la defensa de esta ciudad estaba en sus manos; era demasiado fácil creer que sus enemigos acechaban todos fuera de ella, que el mal estaba allí fuera de lugar, en medio de esa tranquilidad y esa satisfacción, que el crimen de Streatham sólo era una feliz incursión de los suburbios en el centro de la ciudad; pero en cada caso le bastaba volverse para ver que allí pendía la bandera amarilla, a sus espaldas. La guerra que lo absorbía era una guerra civil; sus enemigos eran no sólo los brutales y los depravados, sino esas mismas personas que le inspiraban compasión, los hombres a quienes hubiera querido ayudar; de haber cumplido con su deber, habría hecho arrestar a aquel parado, por mendicidad en la vía pública. Los edificios

le parecieron entonces perder una parte de su dignidad; la paz dominical de Pall Mall era como la paz que sigue a una matanza, a una guerra de eliminación; la pobreza había sido derrotada con éxito, había tenido que retroceder de un lado hacia Notting Hill, del otro hacia Vauxhall.

Pero el Comisario, como Pilatos, se lavaba las manos. «La justicia no es cosa mía; la política no es cosa mía. Que Dios ayude a los culpables de que la vida esté organizada de este modo; yo sólo soy un empleado a sueldo, que hace lo que le dicen; soy tan poco responsable de todo esto como un empleado lo es de los métodos de la empresa que le da trabajo.» El sueldo le alcanzaba apenas para vivir, y no tenía otros ingresos; en Oriente le había sido casi imposible ahorrar; sólo había conservado las calabazas, las armas indígenas, los escombros sentimentales de una dura carrera. A menudo se le ocurría pensar que no era el general al mando de todo, sino más bien el soldado raso que luchaba en la niebla, como en Inkermann, defendiendo furiosamente su propia vida.

Subió por Haymarket, siguió por Jermyn Street, pasó por los Baños Turcos y las mercerías cerradas, caminando por caminar, porque era bueno para el hígado; por lo menos podía hacer gala de esa herida, como demostración de su celo ante sus superiores. Con esta ironía, cuya amargura era insólita en él, sus pensamientos llegaron al borde de la selva donde durante años se había esforzado por abrirse paso. Avanzaba con lentitud, pero no era la primera vez que advertía que la espesura cedía; en el claro habría agua, descanso, conversación; la visión fugaz de una organización total que no necesitaba pagarle sus servicios, que conquistaría su fidelidad mediante la sola justicia, la racionalidad, la adecuada distribución de las recompensas.

Pero al llegar al borde, inevitable, siempre regresaba a la jungla; temía la decepción, la bandera amarilla; temía también las exigencias que podían imponerle; estaba viejo, su vida era ya una simple costumbre.

Casi se alegró al advertir que le seguían. Ser seguido era en otros tiempos una parte de su profesión, y no se encontraba cómodo en su nueva vida, alejado del campo de batalla. No tenía miedo, aunque la certeza se manifestaba en él físicamente, encorvándole la espalda; todas las cosas que le inspiraban miedo eran intelectuales: preguntas, dudas, sugerencias. También le agradaba que ese paseo, que daba simplemente por razones de salud adquiriera de pronto un interés profesional. Dobló repentinamente en Saint Jame's Street, subió de prisa hacia Piccadilly, volvió la esquina frente a Fortnum & Mason's y esperó. Pasó un policía, pasaron varias mujeres, y luego una cantidad de gente que salía del servicio matutino en Saint James. Era inútil tratar de identificar al perseguidor.

El Comisario caminó lentamente hacia Piccadilly Circus, descendió lentamente al metro, se paseó lentamente por la rotonda de la estación, observando las imágenes reflejadas detrás de él en los escaparates. El lugar estaba casi vacío; la mujer de guardia no lo reconoció. El Comisario aceleró de pronto el paso y dio una vuelta completa, con rapidez. Tomó nota mentalmente de un hombre vestido de oscuro que le daba la espalda en una cabina telefónica. Luego volvió a subir despacio hasta la calle, junto al London Pavilion, y compró dos diarios.

«Es raro —pensaba—, muy raro; debo de haberme equivocado. ¿Por qué me habrá seguido hasta aquí? La memoria me engañó; después de todo, no le vi la cara.» Pero

ahora que su conciencia estaba alerta, el instinto le fallaba. Ya no podía saber si lo seguían; le era imposible, entre todos los pasos de una acera londinense, distinguir ese paso más persistente, más decidido o más subrepticio que los demás. Cuando entró en el bar de Lyon's Corner House, sintió una convulsión de áspera hilaridad, pero no se permitió la libertad de sonreír. «Me meto en lugares bastante raros esta mañana», pensó, estudiando el menú con desaprobación y desagrado. ¡Preparados! Con secreta ironía dijo:

—¿Podría servirme un..., un whisky con..., bueno..., soda?

Y corrió la fuentecita de patatas fritas hasta el otro extremo de la mesa. ¡Comer fuera de hora!

Miró en torno; la salita ya estaba casi llena de gente; pero el hombre de la cabina telefónica no se encontraba allí, con certeza. Se habría alegrado de verlo; tenían algo en común; pero allí no se sentía cómodo, no era un lugar para él. El ambiente le producía una impresión de colores vivos y chillones, y el aire parecía impregnado de la jactancia de los dueños de automóviles. Se sentía exultante, por su edad y su soledad. Si el perseguidor hubiera aparecido, lo habría invitado a su mesa.

Como de algún modo tenía que matar el rato, abrió la carpeta y sacó los últimos informes sobre Drover. Eran demasiado contradictorios para tener algún sentido. Frunció el ceño ante el vaso de whisky, y pensó: «Este no es mi trabajo». Las personas parecían cada vez menos dispuestas a aceptar sus propias responsabilidades. El Ministro tenía el informe completo sobre el proceso, las notas del juez; ¿por qué cedía a otra persona la responsabilidad de colgar o de perdonar a un condenado? Temía que la huelga siguiera unos

días más, temía un aumento de impuestos, una derrota del gobierno; el secretario había sido muy franco con él, pero era una franqueza que le recordaba a un hombre de negocios a quien había interrogado una vez, hacía ya unos meses, en Scotland Yard. También él se había mostrado franco; había admitido la realidad de los fraudes contra el impuesto a los réditos, por valor de más de veinte mil libras; había puesto (era su propia expresión) las cartas sobre la mesa. Pero él nunca pudo averiguar qué era lo que no le había dicho.

Ni tampoco sabría nunca el motivo (aún más mísero, seguramente, que los mencionados) que provocaba las dudas del Ministro. Recordaba amargamente los certificados médicos presentados durante el proceso del director, cómo habían aceptado las autoridades del Impuesto a los Réditos doce chelines por libra para salvar al director de la bancarrota, para salvarlo del colapso nervioso. Cuando pensaba en las graves condenas que sufrían los que robaban unas cuantas alhajas en la casa de un rico, agradecía más que nunca a Dios que la justicia no fuera asunto suyo. Sabía perfectamente la causa de la discrepancia; las leyes habían sido hechas por los propietarios, en defensa de la propiedad; por eso un fascista podía pronunciar discursos de alta traición sin ser perseguido; por eso un hombre que defraudaba al Estado en defensa de su fortuna particular ni siquiera perdía el dinero que había ganado con la defraudación; por eso el ladrón recibía una condena de cinco años; por eso no era fácil absolver a Drover: era un comunista. Como siempre, no era asunto suyo; lamentaba tener que informar al Ministro que en su opinión ni la conmutación de la pena de Drover ni su ejecución tendrían

ningún efecto público. «No mandaré ninguna clase de informe hasta el martes —pensó el Comisario—, que esperen. No me corresponde a mí poner la soga al cuello.»

No había deseado nunca alejarse de las colonias; allí su deber había sido muy sencillo; atrapar a los asesinos y a los ladrones. No había políticos ni financieros que se entrometieran con la justicia; era como una guerra a la antigua; uno luchaba personalmente, no se quedaba sentado en el cuartel.

Suspiró, bebió el whisky y se levantó. Pensó que tal vez otros hombres más jóvenes que él podrían alguna vez ofrecer sus servicios a una causa digna de confianza. Pensarían en él con un leve desprecio, como en alguien que no había tenido el valor de defender sus convicciones. Su respuesta era que había apresado al asesino de una anciana de Paddington, que uno de estos días apresaría al asesino de Streatham; de acuerdo con eso lo juzgarían; no con la vara común de la justicia.

Se detuvo un momento en la puerta. No veía a nadie y empezó a sospechar o que su instinto lo había engañado, o que la persecución había cesado. No podía imaginarse los motivos de la misma; aquí, gracias a Dios, no se metía en política. Con alivio se alejó de las bebidas coloreadas, los abrigo con cinturones anchos, las bocas teñidas, las patatas fritas, y se dirigió a su casa. En Charing Cross Road no se sintió perturbado por la calma chicha después de la matanza; Edith Cavell, con sus labios blancos, sus ojos ciegos y su petulante rectitud miraba fijamente hacia el pintor de aceras; bajo la estatua de Henry Irving un hombre vendía remedios medicinales. Las fuentes manaban, las criaturas chapoteaban, y el agente de policía volvía las espaldas. Se descubrió al pasar frente al Cenotafio, sin

recordar ni siquiera momentáneamente el regreso de su destartalada compañía a través del barro de Passchendaele. Descendió a la calzada para eludir una escalera y tocó madera cuando pensó: «Me equivoqué, evidentemente me equivoqué.» Uno tenía que elegir alguna superstición para seguir viviendo; era como los clavos de las botas que permitían no resbalar en las rocas. Esto es lo que se saca de una guerra: una costumbre, una superstición, una artimaña más para llenar el día. El Comisario compraba las amapolas del recuerdo, cedía siempre el lado de la pared en la acera, guardaba dos minutos de silencio por año, tocaba madera, sorbía la sopa por el costado de la cuchara, se descubría ante el Cenotafio. Daba lo mismo ser convencional, cuando uno luchaba una guerra tan feroz y tan indefinida; había que canalizar los pensamientos; Streatham, Paddington, inventos telegráficos, éstas eran las cosas que ocupaban principalmente la mente, de modo que uno compraba una amapola y se evitaba así tener que perder tiempo, pensando en los muertos; uno se descubría al pasar, y así se olvidaba del pasado ya abolido; uno usaba los colores de su colegio, y así se evitaba las presentaciones; uno tocaba madera, y así se evitaba el pensamiento lacerante e inútil: «Tal vez me equivoqué».

Siguió por el malecón, hasta Great College Street; mecánicamente, antes de introducir la llave en la cerradura, volvió la cabeza. No se veía a nadie; ni siquiera tomó nota de esta circunstancia, porque nunca se veía a nadie cuya presencia fuera inexplicable; pero una vez dentro del oscuro vestíbulo, entre los grabados al acero, no subió directamente la escalera hacia su departamento, y decidió en cambio hacer una prueba final; abrió otra vez la puerta y

salió a la calle. En la acera opuesta estaba el empleado de oficina que le había tendido la mano para pedir limosna. Pero el Comisario pensó que no había sido para pedirle limosna, no era dinero lo que quería; se quedó inmóvil frente a su puerta, para que el hombre pudiera acercársele, si lo deseaba. Parecía pálido, cansado y enfermo, y nadie se habría alarmado por su aspecto; era imposible contemplarlo sin piedad. El Comisario dio un paso hacia él, pero el hombre se volvió y se alejó; desapareció al otro lado de la esquina, sin prisa; parecía demasiado cansado para darse prisa; demasiado desesperado para tener motivos de prisa.

Conrad se acusó de cobardía. Era simplemente una convicción. Ya se había acusado de lujuria, de incompetencia, de ingratitud. El acto que debió ser su escudo ante la vida, su orgullo íntimo y secreto, «hasta yo soy amado», lo había defraudado, lo había arrastrado como un abrigo polvoriento detrás del Comisario. También Milly lo había traicionado; le había dado lo único que él deseaba, algo que jamás había soñado siquiera obtener, y que sólo había resultado ser un momento agradable, pero efímero; llanto en la noche, insomnio, reprobación, desesperación. Apretó los puños, en un furor de odio inútil.

No podía descubrir a quién odiaba. Su hermano le miraba fijamente a través del cristal, le susurraba a través de la tela metálica: «Cuida a Milly.» Conrad se acercaba y le rogaba que no se desesperara; la apelación, la petición. Su hermano meneaba la cabeza, como un viejo perro canceroso: «Lo que me preocupa es Milly.» Parecía incapaz de pensar en su propia muerte; su ansiedad era mayor que su temor; parecía acosado por su responsabilidad ante Milly. Un misionero señalaba la pantalla con un puntero largo, en el

aula excesivamente cálida; rogaba con pasión: «Miren a estos niños», y las criaturas miraban, sin comprensión, con expresión de estupidez aburrida y obstinada; imposible hacerles entender que esas figuras chatas, proyectadas unas después de otras sobre la sábana blanca, desnudas, flacas, de rodillas huesudas, eran también criaturas como ellos; sólo Conrad lo sabía, sólo Conrad sentía la insoportable responsabilidad de su hambre, no podía olvidarse de ellos, aunque pronto eran borrados por los follajes, por los jefes sonrientes que fumaban en pipa, por una vista del Victoria Nyanza.

Milly bajaba la escalinata de la iglesia, mientras las perforadoras eléctricas repiqueteaban en la calle principal; miraba de reojo, como buscando un enemigo.

Conrad se hundió las uñas en las palmas de las manos y trató de verse en el escaparate de una tienda de Parliament Street. «La gente me mira —pensó—, algo raro ha de haber en mi aspecto.» Sacó un pañuelo y se frotó la cara; tal vez fuera un tizne. Dio una vuelta en la acera vacía, frente a la tienda; «tal vez tengo la camisa fuera de los pantalones»; horrorizado, pensó que tal vez tenía los pantalones desabrochados. Se inclinó hacia adelante y miró tan atentamente su imagen reflejada que tocó el vidrio con la frente. No quería mirarse directamente; habría sido indecente; habría sido como examinar un cuerpo desnudo; tampoco quería pensar directamente en Milly, Milly atravesada en la cama, ávida y desdichada, atrayéndolo; su mente se alejaba girando como en un mareo hacia los reflejos más distantes de Milly, una pantufla aplastada que palmeaba el suelo, el olor de la antracita y el ruido de las

perforadoras, las criaturas desnudas y muertas de hambre en la pantalla.

«Pero tu aspecto es normal —parecía decirle la imagen—, tienes el sombrero bien puesto, la corbata derecha, la camisa en su lugar. No tienes manchas en la cara. Tus ropas son pulcras y adecuadas a tu posición; no hay motivos para que la gente se vuelva y te mire por encima del hombro.» Daba vueltas frente al vidrio; un niño se rió, y una mujer se detuvo para mirarlo desde el otro lado de la calle.

«Saben que estoy lleno de odio», pensó, con una angustia oscura y dolorosa, como un juez, consciente de su propio pecado secreto, y que, sin embargo, está obligado a seguir allí sentado, condenando. «Me temen, tratan de enloquecerme.» Era un método diabólicamente ingenioso, ese de mirarlo y mirarlo fijamente, de animar a los otros a que lo miraran, hasta que uno pensaba que tenía la cara sucia o la camisa fuera y descubría que no se trataba en absoluto de eso; y entonces la única explicación era que uno se portaba de una manera muy rara y no se había dado nunca cuenta de ello. «Tal vez —pensaba—, he estado reflexionando todo el tiempo en voz alta»; trató de oírse, pero el aparente silencio no lo satisfizo; volvió al escaparate, para ver si sus labios se movían. Parecían totalmente inmóviles; pero no era una prueba definitiva, porque recordaba que los ventrílocuos hablan sin mover los labios. «Tal vez estoy gritando ante los escaparates, desde todas las ventanas de la manzana —pensó—, por eso no puedo oír nada; estoy fuera del alcance de mi propia voz.»

Se dirigió rápidamente hacia Trafalgar Square. Nunca había visto ventrílocuos en marcha; siempre estaban sentados en sillas de comedor y tenían una muñeca sobre la

rodilla; a veces la gente pensaba un número, y la muñeca adivinaba el número. Pensó seriamente que tal vez pudiera destacarse en esta actividad, ya que era contable, se olvidó totalmente de su temor. Como si su locura hubiera sido un hilito de humo que después de ascender en espiral se había apagado y ahora ardía inadvertido en el fondo de la mente.

Pero la sensación de culpabilidad persistía; le parecía que la gente tenía conciencia de su culpabilidad y no de su locura. Esa culpabilidad lo irritaba; quería desprenderse de ella. Crecía en su interior, como a veces crecía la inquietud sexual, hasta obligarlo a salir a la calle y comprar a una mujer; después se quedaba tranquilo por un tiempo, exceptuando la oscura convicción de que no era así como un hombre debía vivir. Se le ocurrió que tal vez el odio podía disiparse también del mismo modo, cediendo a su impulso; una extraña nostalgia se apoderó momentáneamente de él cuando el Comisario salió de su casa, para mirarlo desde el otro lado de la calle. En ese momento, no tenía más que apretar un gatillo. Era casi como si hubiera perdido para siempre la oportunidad de la felicidad, en la acera de Great College Street; ahora recordaba la oportunidad del crimen con la misma penetrante tristeza con que una criatura criada en la ciudad recuerda un campo de pasto o de cereales.

La gente salía de las iglesias, después de los largos sermones; se ponía los guantes, buscaba un taxi, impaciente por almorzar. Los relojes daban la hora y seguían andando y volvían a dar la hora; los autobuses abarrotados se lanzaban hacia Kew y Richmond. Conrad no sentía hambre; de todos modos, no tenía dinero para comprar comida: casi todo su sueldo semanal, salvo unos peniques, había ido a parar al

bolsillo del prestamista. Pero no podía volver, porque si volvía todo se repetiría, inevitablemente: la pasión, el insomnio, la reprobación, la desesperación. Ni siquiera le quedaría la excusa de amarla, porque ya no la amaba; la había amado en el piso alto de los autobuses, cuando iban a Kew; en la butaca del cine; o cuando le hablaba con atemorizada temeridad, con inocua malicia en la cocina; pero ahora no se atrevía a pensar en ella, sino en la pantufla aplastada, en los niños negros, en el murmullo del gas. Aún esas imágenes conservaban el poder de repelerlo y atraerlo; la pantufla aplastada le hablaba de la inseguridad de su amor, el fuego susurrante era el hogar, la seguridad, la suspensión del pensamiento. Llenaban su mente, no veía otra cosa: Piccadilly era una pantufla, Knightsbridge una estufa. Sólo el cansancio de los pies podía darle una idea de lo que había caminado esa tarde; pero el odio no se cansa. Cada vez tenía una más clara certeza de que únicamente podía desprenderse de él de una sola manera.

Y sin embargo, aun debajo del odio subsistía la creencia de que si hubiera podido amar de modo natural y sin vergüenza, de que si hubiera sido amado con ternura y perseverancia, no habría necesitado ese revólver que llevaba en el bolsillo, ni caminar sin rumbo, ni sentirse culpable. Cerca de él había una sillita verde y se sentó; inmediatamente se le acercó alguien para cobrarle el asiento. Sacó la mano del bolsillo; tenía en ella cinco peniques; el hombre tomó dos y se fue; Conrad oyó sus pasos que crepitaban sobre la grava. Cada vez que se detenían, se oía una campanilla. Había otros ruidos, además; era como estar al lado de un gran ejército oculto en la neblina; durante un instante no fue un zapato, una estufa, una proyección de linterna mágica lo que dominó su

conciencia, sino un vago recuerdo de la escuela secundaria, de una lección de latín, de un ejército que esperaba en la ladera de una colina frente a un lago, mientras un enemigo invisible avanzaba bajo la niebla. De pronto se había disipado la niebla...

Vio a una niñera que conducía a una criatura a través de una extensión de césped, a un soldado de la Guardia que se inclinaba por encima de una verja, a una muchacha de mangas abultadas y piernas largas y flacas que arrastraba un galgo ruso por un sendero de guijarros. Los perros ladraban, los niños gritaban, y dos enamorados murmuraban acostados en el césped, detrás de él. Estaba solo, mientras el odio se le enroscaba en las entrañas, y los envidiaba a todos, a los niños que gritaban, a los perros que ladraban, a los amantes que susurraban. Un hombre empujaba un cochecito por el sendero, y cuatro niños se aferraban a sus costados, tropezaban con las ruedas, trastabillaban, gritaban y charlaban. Conrad creía contemplar una gran victoria; ese desconocido no estaba solo, nunca podría estar solo, no solamente porque era el centro de una multitud, sino también porque la multitud lo incluía y reconocía su existencia; le dirigían preguntas, se quejaban ante él, exigían su aprobación. Hasta su cara fatigada era para Conrad un signo de victoria; ningún general triunfante está libre de preocupaciones.

Los amantes murmuraban; la muchacha del galgo alzó una mano enguantada para saludar a alguien invisible para Conrad; los rayos del sol caían oblicuamente sobre el césped aplastado. La grava tenía aspecto de oro, y la luz se derramaba por debajo de la barra inferior de las verjas. Dentro de diez minutos empezaría a oscurecer, y las

niñeras se levantarían con sus cochecitos bajo los árboles, llamarían a los niños para la colación vespertina (un vaso de leche y dos galletitas con mantequilla) y la cama, con una velita de noche encendida al lado, y el sol invisible y hundido del otro lado del parque, y los jinetes que regresaban a sus casas, y las lámparas que se encendían, y los coches que se acercaban al bordillo para esperar como gatos negros agazapados en un angosto techo de hojalata.

Conrad seguía sentado; nadie le miraba, nadie se volvía para observarle, nadie se reía; sus ropas eran correctas, tenía la cara limpia, nadie oía su voz. Pero ahora le amargaba que nadie le mirara. Era como estar muerto, como si un espíritu desdichado no pudiera comunicar algún deseo incomprensible que va pertenecía al pasado. Se levantó; nadie le miró; la muchacha del galgo había desaparecido; los amantes callaban porque ya la sombra les cubría, porque pronto sería suficientemente oscuro para ser dichosos; las niñeras se volvían a Bayswater. Conrad golpeó con el puño la baranda de la verja y arañó los hierros, pero nadie le miró. El deseo de coger a alguien por la manga, de decir «estoy tan vivo como usted» era casi irresistible; porque si uno era tan desdichado después de muerto ya no quedaba ninguna esperanza, ningún consuelo; «algún día estaré muerto». Pero eran meras suposiciones; en el mismo fondo de su odio sabía que estaba vivo; porque de ser esto la muerte, no habría envidiado a Jim; ésta era la vida de la cual huía Jim, y hacia la cual, persistentemente, con un amor cuyos efectos no se distinguían de los del odio, trataban de obligarlo a regresar.

Pero no, se equivocaba nuevamente. Sintió un mareo, se inclinó sobre la empalizada, esperando que el césped se alejara y volviera, como se había alejado la imagen del

prestamista. No podrían hacer volver a Jim a esta vida, porque no incluía a Milly.

Pensó que nada lo induciría a regresar a Battersea; uno no está obligado a volver al lado de alguien a quien no ama. Uno vuelve a su casa, porque su casa significa comodidad, ternura, conocimiento, comprensión. Cosas de las que, una vez experimentadas, uno no puede privarse; pero uno puede en cambio privarse de la satisfacción de un deseo grosero, uno puede privarse de la vergüenza. «Pero los perros —pensó—, siempre vuelven a sus vómitos. Si no tengo cuidado, volveré a donde mi hermano ya estuvo tantas veces antes que yo.»

Así se había alejado de ella en una noche. Antes de que sus cuerpos se conocieran, vivían íntimamente relacionados; hasta compartían sus nervios y sus sospechas, algo que Jim no podía compartir; Milly solía burlarse de él, como se burlaba de todo el mundo, salvo de su marido; pero sus burlas carecían de malicia. Conrad podía creer que de algún modo ella lo quería, y ese modo, aunque no le prometía la satisfacción, era siempre mejor que el placer carnal compartido, esa ignorancia compartida de todo lo que queda más allá de un contacto, esa sensación de cercanía física, calor y movimiento.

«Tú empezaste —pensó, acusándola, frotando la empalizada con el puño—; pero nunca más, nunca más.» Estaba decidido a pasar la noche fuera de la casa; pero en medio de la oscuridad y del frío otoñal, un hombre que hacía sonar una campanilla lo instó a retirarse del parque. Los automóviles se alejaban ronroneando, rodando suavemente; los guardias se alejaban por Knightsbridge con sus bastones

bajo el brazo; las prostitutas aficionadas bebían café en un puesto ambulante.

Conrad volvió a pie a Piccadilly; todos los policías lo miraban, todas las mujeres sonreían. De nuevo comenzaba el viejo juego; conspiraban para enloquecerlo. «No lo pasarían tan bien —pensó—, si me volviera realmente loco, con un revólver en el bolsillo»; de pronto supo por qué lo miraban todos; su bolsillo abultado y deformado por el peso revelaba lo que llevaba en él. Podían ver a través de la tela; tal vez había un agujero y divisaban el brillo del metal. «Ahora —pensó—, me detendrán y me lo quitarán, y no podré usarlo para nada, después de todo.» Todavía no había decidido cómo lo usaría; pero si conseguía encontrar algún lugar tranquilo y dormir un rato, ya podría pensar con claridad en ese problema. Empezó a llover, una lluvia apretada y punzante, como una nevisca; la gente que se refugiaba bajo la arcada del Ritz lo miraba con asombro; un policía se acercaba por la acera, vigilándolo. Parecía que todos le evitaban ese poder que llevaba en el bolsillo. No se atrevía a quedarse en ninguna parte, temía que se lo quitaran.

Pero la lluvia seguía; estaba empapado por debajo de las rodillas, y el reumatismo empezó a endurecerle la espalda. Seguía adelante, para entrar en calor, y sólo conseguía mojarse más. Pensó que tal vez pudiera volver a su pensión, pero la dueña ya estaría acostada, y además el dinero no le alcanzaba para pagar el viaje. Encontraría el fuego apagado; colgaría sus ropas mojadas en una silla, y durante toda la noche las gotas caerían sobre el linóleo; por la mañana, tendría que ir al empleo con esa ropa húmeda. El sobrino del gerente conversaría y se reiría con los demás empleados, y abriendo cautelosamente la puerta de su despacho particular oiría su voz: «Una noche a la

intemperie.» Entonces el gerente pasaría por la sala de empleados y oiría lo que decían y se enteraría de que todos se burlaban disimuladamente de él. Haría sonar la campanilla, como el hombre del parque, y le hablaría delante de su secretaria, la señorita Barlow, una mujer delgada y madura que usaba gafas y buscaba papeles en los archivos. La lluvia goteaba del toldo del Criterion.

«Disciplina, Drover, disciplina. Necesitamos gente que pueda imponer disciplina», con una mano en el teléfono y un lápiz en la otra, con el que golpeaba rítmicamente el escritorio; y por fin el sobrino del gerente lo reemplazaba en su despacho privado.

Siempre quedaba el suicidio. Era una manera de resolver el problema de pasar la noche fuera sin mojarse, el problema del reumatismo, el problema de no arrugarse los pantalones a rayas. «Si hay algo que nos importa en un empleado, Drover, es la pulcritud.»

Se lanzó repentinamente, intrépidamente, hacia la lluvia. «Ya les enseñaré pulcritud.» El agua salpicaba por encima del bordillo, mientras los taxis se acercaban a la entrada del teatro; repiqueteaba sobre los paraguas y reflejaba la luz de las lámparas, como una capa de aceite, sobre la superficie negra de la calzada. Del ala del sombrero le chorreaba en la nuca, metiéndose dentro del cuello; cuando daba un paso en falso sobre el suelo resbaladizo sentía un dolor que le subía por la espina dorsal. Era difícil imaginarse por qué seguía viviendo; no tenía ambición, el trabajo era apenas una lucha dolorosa por la existencia; el único hombre a quien quería estaba encerrado y fuera de su alcance; la única mujer a quien había querido jamás le había demostrado exactamente lo que valía el amor

entre el hombre y la mujer. Pero el recuerdo de ese breve placer lo instó a detenerse; apenas obtenido, le había parecido una nada, lo había avergonzado, mientras Milly lloraba, y las paredes se estremecían, y amanecía. En ese momento, la traición parecía lo único importante. Las horas habían pasado, y el cuerpo volvía a animarse, y el placer, por breve que hubiera sido, parecía más importante que un escrúpulo. «Si fuera suficientemente estúpido —pensó con envidia—, volvería; me olvidaría de todo, salvo del hecho de volver a verla; si ella fuera estúpida, estaría deseándome en este momento, olvidándose de todo, hasta de Jim, por su deseo; si los dos fuéramos estúpidos, como Jim, no nos importaría nada de nada, salvo el placer del momento.

»Pero ella es tan poco estúpida como yo.»

La lluvia avanzaba entre farol y farol y oscurecía la calle. Un autobús se acercó al bordillo, a su lado, como una casita iluminada donde la gente charlaba, sentada cómodamente y calentándose frente al fuego; las luces sobre la calzada mojada oscilaban como las llamas de gas en las torres de amianto.

—Battersea —dijo alguien (Conrad creyó que era el guarda)—. Último autobús.

Entró, se sentó y trató de ver a través de las ventanillas cubiertas de vapor la Shaftesbury Avenue que se desenroscaba detrás de ellos.

—¿Es el último autobús? —preguntó.

El guarda le dijo que no. Había muchos más. Apenas eran las once. «Pero ya era demasiado tarde», pensó Conrad, para hacer nada. «Volvía... como un perro a su vómito —repitió mentalmente—, porque no soy tan estúpido como para creer que cuando esto termine algo habrá cambiado; todo volverá a repetirse, la reprobación, la

desesperación. Seré feliz durante diez minutos. Si le queda algo de sensatez, habrá cerrado con llave la puerta de su dormitorio; no puede cerrar con llave la puerta del vestíbulo, porque la cerradura está rota.»

Una lancha de la policía pasó suavemente, aguas abajo, con una luz roja, y asustó a una gaviota dormida que se elevó bajo la lluvia hasta el nivel de las ventanas del autobús y luego se dejó caer sobre sus alas rígidas hacia la oscuridad y el silencio, mientras las sábanas de lluvia caían entre el ave y el puente.

«Si le queda algo de sensatez»; pero no podía esperar que fuera más sensata que él, y él había vuelto. Abrió la puerta rota y dejó que la lluvia entrara detrás de él en el vestíbulo; en seguida la vio, sentada en la cama, en camisa, con las pantuflas que palmeaban el suelo y las rodillas huesudas y la cara hambrienta.

—Temí que no volvieras —dijo Milly—. Kay no vino a dormir. Se fue no sé adonde con un hombre. No podía soportar la idea de quedarme sola toda la noche.

El cupón a medio llenar estaba sobre su tocador; el perfume barato y familiar subió hasta él. Pensó: «Qué generosa es, al simular que le gusta que haya venido, pero no puede ser tan estúpida, no puede ser tan estúpida.»

—Me mojé tanto —dijo.

Pero Milly lo interrumpió:

—No hables. No digas nada. Ven a la cama.

Durante un instante, Conrad pudo pensar: «Qué absurdo suponer que el hogar significa comodidad, ternura, conocimiento, comprensión; hogar es la avidez que puede ser satisfecha, la amargura que puede olvidarse; eso es lo único que uno espera del hogar.» Dijo:

—No pensaba venir. Pero no pude contenerme.

Vio que la expresión de la mujer se endurecía en el momento mismo en que lo envolvía en sus brazos.

—No hables —dijo Milly—. Te odio cuando hablas.

V

—Un hombre estuvo todo el día dando vueltas frente a la casa —dijo la señora Simpson.

Corrió un poco un cenicero y pasó un trapo por la mesa.

El Comisario alzó rápidamente la mirada; había advertido perfectamente que algo la preocupaba, porque desde el momento en que había regresado de Scotland Yard no lo había dejado tranquilo, por una cosa o por otra. Repentinamente, unas horas antes, había recordado que debía cenar con Caroline Bury y había telefoneado a su casa para avisar que no iría a comer y que le prepararan la ropa para la cena. La señora Simpson exigía que se le avisara todo con tiempo; era demasiado vieja para ese trabajo, pero lo mismo dirían pronto de él, y no era capaz de despedirla, ni tampoco deseaba volver a la sedosa dominación de un criado más joven que él.

—¿Un hombre de pantalones oscuros a rayas? —preguntó.

—Si no fuera porque temo que usted llame por teléfono en cualquier momento, para pedir algo —dijo la señora Simpson, con desdichada ironía—, habría salido y le habría dicho unas cuantas cosas. Tendría que darle vergüenza, perder de ese modo un día entero. A la hora de almorzar, a la hora del té. Mientras otras personas tienen que echar los pulmones trabajando.

El jefe miró su reloj.

—Tengo que salir dentro de unos minutos.

—¿Tomará un taxi?

—No, no, iré a pie.

—Me moriría de miedo —dijo la señora Simpson—, si tuviera que pasarme como usted el día entero con ladrones y asesinos. A veces sueño que le han asesinado delante de la puerta de calle.

—Vamos, vamos, señora, estamos en Londres.

—Los que saben lo que es Londres —dijo la señora Simpson— no se asombrarían mucho de ver asesinados a sus seres más queridos.

—Bueno, tengo que irme. No hay que hacerse semejantes..., semejantes ideas.

—Deje que le arregle la corbata —dijo la mujer.

Su lengua se lanzaba hacia él como un cuchillo; tironeándole sin delicadeza la corbata parecía querer ponerlo en su lugar, reprocharle que ofreciera sus consejos a alguien que era mayor que él, a alguien que conocía Londres mucho mejor que él. Siempre se defendía así de la menor insinuación de protección. Diez años de ventaja le otorgaban el privilegio de dar consejos.

—Debería tomar un taxi —dijo—. Yo, en su lugar, tomaría un taxi.

Pero su consejo no era muy convincente; se habría necesitado algo más que la idea de «morirse de miedo» para quebrar la rutina de una vida entera, la inclinación del sombrero de paja, la seguridad del broche en la blusa de cuello alto, y el palmeteo de los viejos pies en la acera, hacia el malecón, hacia los tranvías.

—Tengo que hacer un poco de ejercicio cuando se me presenta la ocasión, señora Simpson.

—Vaya, vaya. Cuando uno llega a su edad necesita un descanso.

Se dirigió con aprensión hacia la ventana, pasó el trapo por el cristal brillante y sin polvo, miró hacia la calle oscura.

—Llamaré un taxi —dijo.

—No —dijo el Comisario, cerrando el reloj.

—No sé por qué tengo que irme a casa preocupada, solamente porque a usted se le ocurre no tomar un taxi.

Parecía casi imperceptible, con su vestido gris, su delantal que había sido alguna vez blanco; llevaba el pelo gris recogido sobre la cabeza, en un moño del tamaño de un huevo. Era como un copito de humo en la ventana, surgido de un fuego casi extinto.

—Ya tengo bastantes cosas para preocuparme —agregó.

—Sin ningún motivo —dijo el Comisario.

—No quisiera tener que buscar otro empleo, a mi edad.

—Pero ¿qué tenía de raro ese hombre...?

—Que su cara no me gustó.

—No tiene que hacer demasiado caso de...

La señora Simpson se rió; era, hasta donde pudiera recordarlo, la primera vez que él la oía reír. La risa se enganchaba en las cuerdas flojas de su garganta y parecía una tos.

—No me equivoco nunca —dijo—. No tengo más que verle la cara a una persona para saber lo que es. Tengo sesenta años de servicio doméstico. De ayudante de niñera, de niñera, de cocinera, de casera. Si hasta llegué a ser ama de llaves.

Nunca se había mostrado tan confidencial; generalmente, ocultaba el pasado con el mismo cuidado con

que ocultaba los ahorros, que (según el Comisario había sabido por casualidad) se encontraban en el fondo de un baúl; billetes desplegados, atados con tiras de goma elástica.

—No me gustó la cara de ese hombre —dijo.

Sus labios hicieron una mueca, como recordando las innumerables caras que no le habían gustado en los sesenta años de servicio doméstico: caras blandas e informes de criaturas estúpidas, amos que no sabían lo que querían, mujeres vulgares que se enfadaban porque la comida estaba un poco quemada. Cómo había sufrido, parecía decir, con la vulgaridad, la obstinación, la estupidez; realmente, no quería cambiar de casa, ver caras nuevas a su edad.

—Me satisface trabajar aquí —confesó, insólitamente.

—Le prometo, señora Simpson, que tomaré un taxi; si el hombre ese empieza a..., a fastidiarme.

La mujer tenía que conformarse con eso; no se podía esperar que un amo demostrara una generosa comprensión. —«Hoy la crema le salió mejor, Amy»—; ya se había acostumbrado a ese tipo de elogio. En realidad, los elogios sin reservas le suscitaban desconfianza, como posible preludio de alguna exigencia, por ejemplo de un trozo más del asado que ya se había comido en la cocina.

—Bueno —dijo—, a su edad, supongo que ya sabe lo que hace.

Sorprendió por segunda vez al Comisario trayéndole el abrigo y ayudándolo a ponérselo; era la primera vez que lo hacía. Le sacudió con el trapo un resto de polvo del ruedo del abrigo, y en su lugar dejó varias pelusas que había sacado de detrás del aparador.

—Supongo que hoy se quedará toda la noche levantado. No sé para qué se va a comer afuera cuando tiene que leerse todos esos papeles.

—Es una vieja amiga.

La mujer hizo un ruido sardónico con la nariz, mientras lo seguía por la escalera; sus ojitos oscuros parecían llenos de desconfianza. Abrió la puerta de la calle y miró hacia afuera antes de dejarlo salir; lo siguió con la mirada y observó cómo evitaba con cuidado la alcantarilla llena de agua, cómo atravesaba la calzada resbaladiza y brillante de lluvia hasta la acera opuesta.

—De todos modos —le gritó—, tendrá que tomar un taxi para el regreso. Seguramente volverá a llover.

Las nubes pardas cubrían lo que aún quedaba de luna; el aire parecía mantener la lluvia en suspenso. Uno se abría paso como a través de ropas mojadas tendidas en un secadero. «Nada —pensó el Comisario— me inducirá a tomar un taxi esta noche»; porque los veía patinar sobre el asfalto mojado. El aire parecía lleno de crujidos de frenos, de los chillidos de la goma al patinar, de las pesadas gotas aisladas de lluvia que se juntaban en las hojas de los plátanos y luego resbalaban hacia la calzada y los senderos de grava. Todos se daban prisa en llegar a alguna parte, antes de que la tormenta se desatara, todos menos el jefe de investigaciones, cuyo hígado sentía la humedad, y en cuya cabeza se desbordaba la náusea de los pantanos y la selva y el Oriente sin esperanzas. Nadie jugaba ahora junto a las fuentes; el agua subía y subía trivialmente entre el cielo oscurecido y el estanque ensombrecido.

«¿Por qué me sigue? —se preguntaba apáticamente el Comisario—; es el mismo individuo.» Cuando llegó a la acera

frente a la National Gallery, volvió la mirada y vio en el otro extremo de la plaza la misma silueta baja y vestida de negro, que se movía ociosa al lado de un león. Entre ellos se extendían las luces y el pavimento sucio y el terraplén, y no había absolutamente nadie. «Ahora podría cruzar la plaza y hablarme.» Pero el hombre sólo se paseaba inquietamente alrededor del pedestal del león.

El Comisario le volvió nuevamente la espalda y siguió andando; subió por Charing Cross Road, bajó por el subterráneo, volvió a subir en Tottenham Court Road, dio una vuelta hacia aquí, otra hacia allá, consciente todo el tiempo de esa silueta en la distancia. «Esto no puede seguir eternamente —pensó—, esta noche es su última oportunidad de hablarme; mañana me verá obligado a hacerlo detener e interrogarle.» Luego, la puerta del siglo XVIII, la sensación de cortinas pesadas, muebles apiñados, paredes con cuadros, la espera de alguien que había muerto mientras él se encontraba en el extranjero; el recuerdo de Justin, que suscitaba un vacío entre silla y silla, mientras esperaba hasta sentirse como una arveja seca en una vaina vacía.

También fue ésa su impresión cuando vio a Caroline. No era simplemente que tuviera diez años más; los años no podían dejar huellas en esa cara demacrada y luminosamente maquillada, cuya belleza él podía reconocer más fácilmente que los demás porque tantas veces le había hecho muecas lamentables desde el fondo de algún templo oriental; era que no parecía tan viva como antes. Había perdido su ambiente; el lento y sencillo, el rubicundo Justin había muerto; su brillo ya no se destacaba centelleante sobre una cortina áspera y parda, ardía, crepitaba, se perdía en los espacios vacíos del aire. Se preguntó si su

caridad, su afán de ayudar se habrían apaciguado un poco, ahora que Justin había muerto.

—¿Cómo estás, Caroline?

Caroline le hizo una mueca, llevándose una mano a la garganta:

—Los médicos me dicen que tengo que irme a algún lugar más templado. Es absurdo, por supuesto. La semana próxima...

«Así que era cierto —pensó él—, después de todo.» Caroline se exhibía siempre con ropas antiguas e intemporales; siempre daba la impresión de estar conscientemente vestida para un monumento cuya forma no resultara ridícula cuando cambiaran las modas.

—No se lo digas a los demás —siguió croando—; algunos serían capaces de venirse conmigo.

El Comisario le dijo, con absoluta sinceridad:

—Siempre tuviste el poder de inspirar... afecto.

Le sorprendió que Caroline se riera de él.

—¿Afecto? No seas absurdo. Me sacan lo que pueden. Estoy un poco cansada de todos ellos. Quiero estar sola.

Pero ya estaba sola; ni el Comisario ni los demás (poetas, pintores, novelistas y políticos) tenían más esperanzas de poblar su cerebro que un montón de fantasmas; y el único fantasma que habría recibido con placer no aparecía: Justin, «que acababa de llegar del campo», sobre cuyos pesados lugares comunes se tejían el ingenio y las pretensiones, como los restos de una tela fuerte y antigua en una chaqueta muy gastada.

—Te pedí que vinieras temprano —dijo Caroline Bury— para que me hablaras de Drover. La gente dice que van a colgarlo. Es absurdo.

—¿Le conoces? —preguntó él, con sorpresa.

—Ojalá le conociera —dijo Caroline—. Siempre los conozco cuando ya es tarde.

—Oh, vamos, Caroline, sabes bien que conoces..., ¿cómo es la expresión?—agregó con un matiz de ironía—, a todo el mundo.

—Demasiado tarde —dijo Caroline—. Siempre los conozco cuando se han hecho famosos.

Nunca se tomaba el trabajo de explicar lo que decía; la concisión de sus frases contrastaba con lo intrincado de su caligrafía; ofrecía innumerables oportunidades a sus enemigos. En este momento, una persona maliciosa habría supuesto quizás que Caroline se quejaba de no poder descubrir a las personas de talento y ayudarlas. El Comisario no era sutil; encontraba fácil comprenderla; sabía que se quejaba de que su ayuda siempre iba destinada a los que ya empezaban a no necesitar ayuda. Caroline dijo:

—Podrías hacer algo por Drover.

—No está en mis manos.

—Qué absurdo. Beale te ha pedido un informe.

El Comisario demostró su desconcierto.

—¿Cómo lo supiste?

—Su secretario me lo dijo.

—Ese joven —dijo él con desagrado— es capaz de hacer..., es decir..., es..., no me gusta.

—¿Qué le dices en tu informe?

—En realidad, Caroline, es un informe confidencial.

—No seas absurdo. Sabes que puedes confiar en mí.

Pero no podía confiar en ella; era imposible confiar en un ser poseído por un deseo tan ardiente, tan poco escrupuloso, de ayudar a los demás. La caridad de Caroline siempre había sido heroica; la había arrastrado a numerosos

tribunales policiales; la había instado a declarar innumerables veces como testigo, a faltar a la confianza depositada en ella, a revelar secretos, a calumniar y a perjurar por ayudar a los demás.

—Vine a verte a ti, Caroline, no a hablar de Drover. El proceso ha terminado; ya se ha dictado la sentencia; deberías hablar..., hablar con Beale.

—Es un cero a la izquierda. Ya no hablo con ceros a la izquierda.

Hasta el abarrotamiento de su casa apoyaba su jactancia; la fotografía dedicada de Henry James, una vasta frente hinchada que flotaba sobre manos enguantadas; la caja de cigarrillos, regalo del gran dirigente liberal; los cuadros de Margaret Surrogate en la pared.

—Así que Surrogate se ha vuelto comunista —dijo el Comisario, tratando de eludir el tema de Drover.

—Está de moda. Pero Margaret era un genio. Esos cuadros.

El Comisario simuló estudiarlos.

—Lamento no entender nada de pintura. ¿No son un poco..., un poco artificiales?

Caroline Bury se rió, con una mano en la garganta.

—Tú y ella sois las personas más naturales que conocí jamás.

El Comisario se sobresaltó ante esta declaración personal. No le gustaba verse relacionado con la mujer que había pintado esos cuadros; había en ellos algo histérico y enfermizo; olían a sexo, tan intensamente como un arbusto florecido en mayo.

—No creo que lleguen a gustarme nunca.

—¿Son demasiado fálicos para tu gusto? Su marido, te diré, no la satisfacía suficientemente en ese sentido.

El Comisario no sabía hacia dónde mirar; su cara avejentada y amarillenta conservaba una obstinada expresión de dureza; conocía bastante a Caroline para comprender que su libertad de expresión era calculada. Estaba enojada con él, y ésta era su manera de provocarle.

—Por supuesto, esa insatisfacción la convirtió en una artista. Pero ¿qué ocurre con las mujeres de todos esos hombres que encierras en una cárcel? Se dedicarán a lavar la ropa, ¿verdad? No pintan. Supongo que todas terminarán por conseguir un hombre en alguna parte.

—Tienes una idea muy baja, Caroline, de la naturaleza humana.

—Aquí me ves, tratando de hacer algo por Drover, sin pensar un momento en la mujer de Drover. Está casado, ¿no es cierto? ¿Qué hará esa mujer si le conmutan la pena? ¿No convendría acaso aconsejarte que lo cuelgues?

—Eso es asunto de Beale.

—No seas absurdo. Está esperando que tú le aconsejes.

—Bueno, ya que quieres saberlo, te lo diré. Le escribo simplemente que, aunque lo cuelgue o le conmute la pena, su decisión no tendrá ningún efecto visible. Beale se imagina siempre que el país está al borde de una revolución. La verdad es que a nadie le importa nada que no sean sus problemas particulares. Todo el mundo está demasiado ocupado en ganar su pequeña batalla, para que le importe el prójimo. Salvo tú, Caroline.

Nunca le había dicho tanto de una sola vez.

—La comida está servida.

—¿Estamos solos? —preguntó con asombro.

—Sí —le croó Caroline—, solos.

Y se deslizó delante de él hacia la puerta, con su vestido absurdo, costoso, intemporal. Habría podido agregar que también estaban solos en su actitud de no preocuparse por sus propios problemas, de no tratar de ganar su batalla particular, olvidando la guerra general.

—Verdaderamente... —dijo el Comisario, sentándose frente a ella.

Se interrumpió y carraspeó; había olvidado la costumbre de inclinar la cabeza y murmurar la plegaria de gracias antes de la comida; imposible entender las palabras, que no eran ni en inglés ni en latín.

—Verdaderamente —repitió, cuando la cara escuálida y desdichada se alzó nuevamente—. Sabes que me siento honrado.

—Estás muy ocupado, y yo estoy cansada. Si no quieres ayudarme en el asunto de Drover, no hay nada más que decir.

Pero el Comisario lo dudaba.

—De todos modos —agregó Caroline—, quería verte antes de esta absurda operación.

—¿Operación? No me dijiste que ibas a operarte.

—Seguramente me crees capaz de inventarla para conseguir lo que quiero.

—Eres realmente la mujer más... más generosa.

Asombrado, descubrió que los rasgos duros y cínicos de su amiga le conmovían absurdamente.

—La más noble...

Tartamudeaba, porque no encontraba las palabras adecuadas; de pronto, sin reparar en el peligro, deseó ofrecerle cualquier cosa que ella quisiera pedirle.

Probablemente, Caroline no había recibido nunca nada de nadie, exceptuando a Justin; siempre había dado y dado; el tiempo, el dinero y los nervios.

—Eres muy valiente —concluyó el Comisario.

—No —contestó ella—, tengo miedo del dolor físico. Nunca pude soportarlo. Por eso estoy de mal humor y preocupada, y no tengo deseos de ver a nadie. Traté de hacer un testamento. Pero no hay nadie que me inspire el deseo de dejarle dinero; y no quiero dejárselo al Estado, por lo menos mientras sea lo que es actualmente; sólo servirá para comprar varios aeroplanos y más tanques.

—¿Y los hospitales?

—Es una vulgaridad, pero supongo que no quedará otro remedio. En cambio, me habría gustado ayudar a Drover, pero supongo que Beale no sería capaz de aceptar un soborno, ¿no es verdad?

Era otro de sus proyectos fantásticos y carentes de todo tacto.

—Caroline, Caroline, no estamos en América del Sur.

—Ya me lo advirtieron, pero no estoy muy segura. ¿Tienes fe en la organización actual del país? ¿Te parece bien que los sueldos varíen entre treinta chelines por semana y quince mil libras por año, que un obrero manual gane menos que un hombre que trabaja con el cerebro? Ambos son indispensables, ambos trabajan el mismo número de horas, ambos quedan deshechos de cansancio al final del día. ¿Crees que no tengo el derecho de dejar doscientas mil libras a quien se me ocurra?

—No.

—Pero en cambio defiendes el sistema. Lo defiendes más que nadie. Sin la policía, semejante estado de cosas no podría durar un año.

—¿Quién reemplazaría a Beale y..., a los demás?
¿Surrogate?

—Es un hombre absurdo, de acuerdo, pero no es tan difícil manejar un Departamento de Estado. No es tan difícil como dirigir una granja o manejar una máquina. En esas cosas imperan muchas falsedades. Pon a uno de los empleados de Beale en su lugar, y cumplirá por lo menos tan bien como Beale.

—Nadie hizo la prueba todavía. Es demasiado peligroso.

—Sí, se ha hecho la prueba.

—En Rusia —dijo el Comisario, con pesar—; no queremos morirnos de hambre como allá.

—Ya nos morimos de hambre. Lo que pasa es que ni tú ni yo participamos en esa muerte.

El Comisario calló; automáticamente, su tenedor subía y bajaba; ni advertía qué estaba comiendo. Caroline Bury dijo:

—Sería desesperante morirse ahora, con el mundo en este estado, si uno no tuviera fe.

—¿Fe?

—Sí, fe.

—¿Te refieres al cristianismo?

—No, no al cristianismo.

Él esperaba, con el tenedor en suspenso, preguntándose si por fin resolvería el problema de la religión de Caroline Bury; desde la sala llegaba un débil perfume de conos de incienso que ardían lentamente.

—¿Quieres decir... la fe de por sí? —la ayudó él.

—¿Acaso tú no tienes fe?

—Bueno —dijo él—, por supuesto uno..., uno espera algo...

Y desmigajó el pan, descubriendo que todavía no había eludido la interrogación; cómo una mujer tan cínica, tan clarividente, podía entretenerse con incienso, con ídolos hindúes (había varios en los dormitorios de los huéspedes), con iconos (había uno en la escalera), con imágenes de la Virgen (las había en todas partes).

—¿Qué esperas?

—Bueno —contestó—, uno vive, y luego se muere.

Era la expresión más aproximada que podía encontrar de su sensación de un despilfarro inmenso, de un gasto inútil de vidas: Caroline en el quirófano, Drover en el patíbulo, la muchacha en el parque de Streatham, Justin en España. Era imposible creer en un gran propósito rector, porque no se trataba de piezas de recambio que pudieran ser sustituidas. Bajo la sombra de la jubilación, bajo la náusea que nubló su vista mientras se levantaba demasiado precipitadamente de la mesa, sintió que lo invadía un deseo apasionado de una vida eterna, pero una vida eterna en la tierra, contemplando cómo el mundo se volvía razonable, contemplando cómo las nacionalidades morían, y el caos económico cedía el lugar al orden. «Pero cuando eso ocurriera —pensó—, no podrían gozarlo los más altruistas»: Justin habría muerto; Caroline habría muerto, varios hombres de su generación que él había admirado... Lo gozarían arbitrariamente determinadas personas que por un azar vivirían en determinado siglo; los aventureros y los políticos y los embaucadores, entre otros. Los que más duramente habían luchado por conseguirlo, habrían muerto. Que él tampoco viviera en ese momento no sería una injusticia; él no había contribuido; había servido a las

órdenes de los que le pagaban; se había mantenido al margen. Pero Caroline, que ahora quería sobornar al Ministro del Interior con una herencia, merecía vivir; detrás de la cola de su vestido, al volver al incienso y a la habitación abarrotada y en penumbra, se sintió pequeño, mezquino y avergonzado. Su excusa había sido siempre el cumplimiento de su deber; pero al recordar a Justin, pensó: «Caroline cumplió con su deber y con muchas otras cosas también.»

—Debo irme —dijo.

—¿Y no puedes hacer nada por Drover?

—Lo siento, Caroline.

—Buenas noches, entonces.

Le tendió una mano huesuda y blanca como la cal.

—En otros tiempos, no necesitabas que te acompañaran hasta la puerta —agregó—. Supongo que recordarás dónde está.

—Sí, sí —dijo el Comisario, comprendiendo de pronto qué viejos eran, dos ancianos que no podían despedirse con ninguna muestra de afecto, pero que sin embargo habrían debido hacerlo con más cordialidad.

—Lo siento —dijo nuevamente.

Pensó: «Es una suerte que le quede la fe, sea lo que sea el significado de esa palabra; no le queda ya nada en el mundo; una mujer demacrada y envejecida, en una habitación oscura abarrotada con las reliquias de sus aficiones, siempre apasionadas, pero nunca perfectas.»

Tardó en dar con la cerradura en el vestíbulo sin luz. Era una mujer poco convencional; no quería que la doncella acompañara a sus amigos hasta la puerta, como a los desconocidos. Pero en ese caso convenía dejar la luz

encendida. Se arrepintió de este pensamiento: casi había cometido la falta de todos sus demás amigos, la injusticia de criticarla. Su mano encontró el pestillo, abrió la puerta; hasta ese momento no había recordado al hombre que lo seguía con tanta persistencia. Antes de bajar los tres gastados escalones de la entrada, lo recordó. El hombre estaba en el medio de la calle y tendía hacia él un objeto que tenía en la mano. Durante un instante, el Comisario no pudo advertir qué era.

Cuando vio que era un revólver, cerró tranquilamente la puerta del número quince. No quería que Caroline se asustara, si ocurría algo. No tenía miedo; se sentía inmensamente seguro; su valor emergió prodigiosamente, como un cohete, en medio de la neblina de la indecisión, de la insatisfacción, del remordimiento; su cuerpo envejecido quedó atrás, abandonado en la tierra, como el palo del cohete, mientras éste seguía elevándose. Pero aunque su valor alzaba el vuelo, el Comisario no se portó temerariamente; sabía exactamente lo que debía hacer. Debía quedarse inmóvil, no hacer ningún movimiento inesperado; si tenía un poco de suerte, aparecería un taxi, o tal vez pasara un coche y le ofreciera la oportunidad de cruzar la calle. Sostuvo la mirada del hombre, desde la altura de los tres escalones...

...tan amarillo como la luz que brilla detrás de sus hombros, viejo, tranquilo, el enemigo, el bromista frente al Berkeley. «Un cochecito sobre un taxi», y el vapor del odio que ardía en la base del cerebro ascendía y se enroscaba y ascendía, y los dedos se endurecían y sólo un pensamiento: «Ahora. ¿Dispararé ahora? ¿Adónde debo apuntar? ¿Al botón de arriba de su camisa almidonada? Pero me tiembla la mano. Necesito calma. Si se mueve una pulgada, disparo»; pero el

hombre, viejo, tranquilo, con la cara amarilla, con labios finos y párpados de aristócrata, esperaba. Un pensamiento: «Sabe que fallaré». ¿Lo seguí hasta aquí, lo perseguí por tantas calles, esperé y esperé sin comer, sólo para fallar al final, porque me tiembla la mano?» Y otro pensamiento: «Si se acerca un coche debo disparar inmediatamente. No debo esperar. No hay una persona en el mundo que no esté de su parte, contra mí. Estoy solo.»

Su odio lo separaba de todos los que amaba. Pero cuando el disparo diese en el blanco y el hombre hubiese muerto, el odio le abandonaría. Habría seguido su curso hasta el fin, y le abandonaría. Y pensó en las oscuras escaleras empinadas que había subido tras las putas; después se había sentido tranquilo, salvo la vaga sensación de que ésa no era la clase de vida que mejor sentaba a un hombre. Alzó la mano, no miró la cara del otro, sino el botón superior de la camisa, en alguna parte sonó la bocina de un automóvil, tuvo conciencia de que en el extremo izquierdo de su campo visual un par de faros irrumpía en la oscuridad, en la otra punta de la larga calle Bloomsbury...

Entonces, dije a Milly, disparé. Me dijiste que nunca me luciría con un revólver, pero mi mano se mantuvo inmóvil el tiempo necesario. Rodó por los escalones de la entrada y se quedó tendido en la calle. El coche trató de frenar, pero la calle estaba muy resbaladiza por la lluvia, y patinó unos veinte metros. Me metí la pistola en el bolsillo, y me fui. Anoche te odié, pero ahora no odio a nadie. Me siento perfectamente tranquilo, como antes. No me descubrirán, porque no me conocen, y además yo tenía tan pocos motivos de rencor contra él... Ahora te amo sin odio, ni celos, ni

deseos malsanos. Es como si le hubiera metido mi pesadilla en el cuerpo, a través del agujero de la bala.

Imaginaba un cuento de hadas; pero esto sí era cierto, que su odio se concentraba en un botón de la camisa del hombre, que los faros de un coche de gran tamaño inundaban la calle y el trozo de calzada que los separaba; pensó: «Cuando pase el coche, se escapará.» Afirmó la mano; alguien le gritó algo, oyó el chirrido de los frenos y el patinar de las ruedas que no conseguían adherirse a la superficie de la calle; apuntó por última vez al hombre frente a la puerta, al bromista del Berkeley, al sobrino del gerente, a las voces que le gritaban «¡Conrad, Conrad!» al otro lado del patio de asfalto. «No me asustan con el nombre de asesino: Jim es un asesino.» Apretaba y apretaba, y el oxidado gatillo no se movía. De pronto sintió un golpe en el cuerpo, fue arrojado a unos diez metros de distancia, y ya no pudo pensar: «¿Qué ha sido?», ni preguntarse: «¿Por qué estoy aquí?» Estaba acostado, con la cara sobre el bordillo, mirando cómo el agua negra chorreaba por la alcantarilla y caía dentro de la rejilla, consciente del dolor, de las voces y del dolor, un dolor en la espalda, y un dolor peor aún en la mandíbula (el torno del dentista que escarbaba y escarbaba, y Milly que entraba en la iglesia, y el olor a carbón que lo ahogaba).

—¿Le conoce, señor?

—No tengo ni idea de quién es.

—Ya viene la ambulancia.

—No le habría hecho nada; el revólver está cargado con cartuchos vacíos.

El señor Bernay decía: «Tendrá que pagarme por el riesgo que corro», y sonreía y contenía la sonrisa y se sonaba la nariz. Pensó: «Pronto estaré inconsciente, nadie

podría soportar este dolor mucho rato», y mientras el gran torno se le metía nuevamente entre los dientes, trató de moverse, trató de gritar, pero no pudo oír nada, salvo las voces que hablaban:

—Realmente, usted vio que no fue culpa nuestra. Quiso cruzar. El asfalto está tan resbaladizo...

Nuevamente trató de gritar, porque ahora el dolor le arañaba la espalda, como pequeñas uñas afiladas; esta vez pudo oírse: era un leve gruñido. No lo satisfacía. El dolor era como un pájaro ansioso por liberarse, que se precipitaba contra las paredes del cuarto que lo apresaba; el aleteo le hería el cerebro. Una y otra vez volvía a abrir la ventana de par en par, cuando el pájaro se acercaba al vidrio, pero nuevamente se lanzaba contra la pared opuesta; golpeado, lastimado y nunca exhausto. «Si pudiera desmayarme — pensó—, si pudiera gritar.»

—Conviene no moverlo; tal vez se haya roto la espina dorsal.

Su mano tocaba el agua negra que corría por la alcantarilla; veía su propia sangre que se agregaba al agua, que chorreaba espesa por el bordillo. El pájaro dejó de precipitarse contra los muros de su cerebro; se había resignado; yacía en un rincón, exhausta; sabía que nunca podría salir. Las palabras que la gente decía caían lentamente en el aire.

—Escuche... me... parece... que... oigo... llegar... la... ambulancia.

Oía cómo cada palabra caía de los labios, y su cerebro se contraía de temor, esperando que el sonido le llegara y lo penetrara como un dardo aéreo en la base de la nuca. Hasta la luz parecía retardada; los faros barrían la calle

lentamente, como una escoba amarilla. Alguien se arrodilló en el suelo, a su lado, y el leve contacto del abrigo contra su cuerpo le hirió como el yodo en una herida abierta.

Pero cuando lo alzaron, el pájaro volvió a agitarse; los muros de su cerebro temblaban y se estremecían bajo los golpes; «si pudiera gritar, si pudiera desmayarme».

No perdió la conciencia; lo transportaron a una ambulancia, entre un policía y un enfermo y le llevaron de regreso por donde había venido. Notó cuando llegaban a Trafalgar Square porque estuvieron largo rato dando vueltas y vueltas en círculo. Luego lo sacaron a la calle, lo subieron por unos escalones; trató de gritar, y el Big Ben dio la media hora. Ahora estaba en una camilla sobre ruedas, lo llevaban por largos corredores, las enfermeras pasaban en dirección opuesta y lo miraban fijamente; trataba de gritar; estaba en un cuartito pequeño, le acercaban una cajita a la cara, trataba de gritar. Luego el dolor se volvió intolerable, y cerró los ojos; los abrió, y Milly estaba sentada a su lado, y un frasco de metal pendía sobre su cabeza, y un tubo goteaba saliva en su boca, y no sentía ningún dolor. El dolor, bien lo sabía, seguía allí, pero se había quedado exhausto, yacía inmóvil y acurrucado en un rincón, rígido bajo los vendajes que lo confinaban también a él; uno simulaba no advertirlo; todos andaban de puntillas, para no despertarle.

Habían colocado biombos alrededor de la cama, pero a través de una rendija podía ver la sala, hileras de hombres que dormían fatigadamente, y una monja que leía junto a una mesa con una lucecita encendida. Milly se inclinó sobre la cama.

—Te encontraron en el bolsillo una carta para mí.

Trató de contestarle, pero no pudo mover la mandíbula vendada; la saliva artificial goteaba, goteaba sobre su lengua.

—¿Por qué lo hiciste, Conrad, por qué lo hiciste?

No podía contestarle. Trató de expresarle con la mirada un atisbo del dolor que le causaban esas preguntas cuando no podía contestar.

—¿Por qué no me consultaste antes, Conrad?

Milly acercó la cara y le susurró:

—¿De qué podía servir? ¿Por qué no esperaste?

Conrad miró fijamente la piel estirada y tersa sobre el hueso, y trató de alzar una mano. Pero estaba vendado y enyesado, y no podía moverse.

—¿Cómo pensaste que podía servir de algo?

Conrad se esforzó por contestarle. Al otro lado del biombo apareció la enfermera y susurró:

—No tiene que hablarle. Es mejor que se vaya.

Milly colocó las manos sobre el borde de la cama y susurró con desesperación:

—Debo decirle..., tengo que decirle... lo de Jim...

Pero la enfermera la tomó por el brazo y le dijo:

—Mañana. No hay que excitarlo. Tiene que estar muy tranquilo.

Milly lo miró; Conrad comprendió en seguida que había recibido una mala noticia; se esforzó por comprender. Era como si todas las impresiones de la habitación, la visión desperdiciada en el biombo, en la enfermera, en las camas alineadas, necesitaran reintegrarse a su cerebro para reforzar la vitalidad que el deseo de comprender le exigía; cerró los ojos. Cerró también los oídos a todo sonido trivial; el reloj abrochado sobre el corazón de la enfermera, la

respiración de los hombres dormidos, el gotear de la saliva por el tubo de goma, para poder oír solamente lo que Milly y la enfermera se susurraban. Empujó los dedos de los pies contra los hierros de la cama, sintió el frío del metal a través de la sábana y de las mantas, concentró en un punto todas las fuerzas que le quedaban, para conseguir, antes de que ella se fuera, y a pesar de las vendas y del yeso, sentarse en la cama, mover la quijada y hablar, preguntarle qué sabía de Jim.

Abrió los ojos y vio a Milly, muy nítidamente, recortada sobre la luz del velador, rodeada por la negrura; comprendió que estaba desesperada y perdida, que lo necesitaba y que él se moría; lo contemplaba horrorizada, como si hubiera sido el primero de todos esos hombres que tarde o temprano terminaría por aceptar; logró romper el obstáculo de sus oídos, y oyó que un sollozo le impedía respirar. Apretó con el pie el hierro de la cama, instó a la mandíbula a abrirse, y a los músculos a responderle; luego sintió un dolor, la sensación de algo que se rompía, el gusto a sangre, y la garganta que se le llenaba, y una lucha por respirar.

Nunca supo que había gritado, a pesar de tener la mandíbula rota; pero como una curiosa incongruencia, en medio de las tinieblas, cuando ya le habían dejado solo, y su pulso había cesado, y estaba muerto, recuperó la conciencia durante una fracción de segundo, como si su cerebro hubiera sido un espejo desesperadamente destrozado, y uno de los pedacitos reflejara una luz que pasaba. Vio, y su cerebro registró lo que veía: doce hombres acostados, inquietos y despiertos en la sala del hospital, con auriculares de radio en las orejas, y una enfermera que leía a la luz de una lámpara; y nadie junto a su cama.

«Incomprensible —pensaba el Comisario—, incomprensible.» Subió pesadamente la escalera, peldaño a peldaño, y se detuvo en el rellano; un grabado al acero de la Estación de Ferrocarril de Frith (el ladrón maniatado, la esposa abandonada), sobre una mesita un niño de bronce que se arrancaba una espina del pie. Abrió la puerta de su apartamento; la luz brilló sobre las calabazas talladas y se reflejó en las lanzas indígenas. Un hombre maduro se levantó del único sillón.

—Su asistenta me dejó entrar —y titubeó—. Usted no me recuerda.

—Lo recuerdo bien, por supuesto —dijo el Comisario—. Usted era el capellán de la cárcel de Leeds. Lo han..., lo han trasladado aquí.

—Quería verle.

Titubeó nuevamente; era un hombre pálido, con un traje grueso de *tweed*, y cuello y corbata como todo el mundo.

—Discúlpeme un momento —dijo el Comisario—. Acaban de dispararme un tiro..., con un cartucho vacío.

Era el cartucho vacío lo que lo preocupaba. Entró en su dormitorio y se refrescó la cara.

—Perdóneme que lo haga esperar —gritó desde su habitación.

Pero el capellán se alegraba de la demora; siempre le costaba empezar a hablar directamente. Desde el día en que había entrado al servicio de la cárcel, hacía ya quince años, se había pasado la vida anunciando con circunspección malas noticias, la muerte de los parientes, la traición de las esposas. Esa costumbre le había afectado los modales, de manera que ahora no podía afrontar directamente ningún

tema; expresaba sus opiniones sobre el vino, sobre el teatro, los devocionarios con interminables circunloquios. El Comisario lo contempló en el espejo de su tocador; lo vio inquieto, de pie frente a un escudo de piel, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Conoce usted al secretario de Beale?

Progresaban muy lentamente hacia la comprensión; uno viejo y falto de palabras, pensando todo el tiempo en el cartucho vacío; el otro, maduro y tímido, y, como pronto dejó ver, enojado y desdichado.

—¿Ese joven ha vuelto a hablar?

—Me dijo que usted aconsejaría al Ministro sobre el asunto Drover.

—Parece habérselo dicho a todo el mundo. Tengo..., tengo cierta prevención contra ese joven.

Apretó la esponja que usaba para refrescarse la cara.

—¿No quiere sentarse? —preguntó.

Pero en el espejo advirtió que el capellán prefería pasearse por la habitación; levantaba una calabaza, la examinaba, probaba el filo de una lanza.

—Voy a dimitir.

El Comisario se examinó las manos; en un puño tenía una mancha de sangre.

—¿Me excusa un momento mientras me..., me cambió la camisa?

Se desabrochó lentamente los gemelos; un cartucho vacío; «no lo había visto en mi vida; incomprensible».

—Voy a dimitir —repitió el capellán.

—Lo siento —dijo el Comisario—. He oído decir a menudo... hasta qué punto para un hombre como usted...

—No puedo seguir soportando la justicia humana —dijo el capellán—. Es arbitraria; es incomprensible.

—No quisiera parecer blasfemo, por supuesto, pero..., pero ¿no es casi lo mismo..., es decir..., no se parece mucho a la justicia divina?

—Tal vez. Pero uno no puede entregarle la dimisión a Dios.

El Comisario se quitó la camisa y buscó en un cajón. A través de la puerta abierta veía el capellán que manoseaba un bote de madera para tabaco.

—Y no tengo quejas contra la gracia divina.

Llegaba al extremo de su largo y sinuoso camino; empezaba a dividirse el objeto de su visita. Dijo con furor repentino:

—Por supuesto, soy un idiota al haber venido aquí. Expedientes. Burocracia. Una vez que una cosa está hecha, no puede deshacerse.

El Comisario se puso los gemelos.

—Es totalmente inútil, supongo —prosiguió el otro—, pedirle a usted que anule la injusticia, una vez que la ha cometido.

—Realmente —dijo el Comisario—, no..., no comprendo...

—Obraron por consejo suyo.

El Comisario se anudó la corbata.

—Se refiere a la ejecución...

—No habrá ninguna ejecución. Le conmutaron la pena.

El Comisario volvió a su salita y se sentó.

—No les mandé el informe. Ni siquiera lo escribí. ¿Por qué no me avisaron? Me habrían evitado muchas molestias, muchas pérdidas de tiempo. Como usted se imaginará, tengo..., tengo bastante que hacer.

—El director de la cárcel recibió un mensaje del Ministerio, esta mañana. Como de costumbre, por supuesto, yo tuve que encargarme de dar la noticia.

—La buena noticia.

—Sobre eso no me hacía ilusiones —dijo el capellán—. Drover no teme la muerte, pero quiere mucho a su mujer. Cuando salga de la cárcel, su esposa será una mujer madura; ¿concibe alguna mujer que pueda mantenerse fiel durante dieciocho años a un hombre a quien sólo ve una vez por mes? Y los dos se aman.

—¿Qué dijo?

—No dijo nada. No es hombre de muchas palabras. Pero cuando lo llevaban a una de las celdas de arriba del Cuerpo A, trató de suicidarse. Se tiró. Por supuesto, sólo se hizo algunas contusiones. La red de alambre lo salvó. ¿No podría servirme una copita de algo?

El Comisario abrió una alacena.

—Lo siento, la botella está vacía.

—No importa. Me alegraba saber que usted no estaba mezclado en este asunto. Queda un consuelo: Drover tiene un hermano. Se quieren mucho. Supongo que el hermano se encargará de cuidar a la mujer. Bueno —y miró desesperadamente en torno—, si usted no mandó todavía el informe, supongo que no puede hacer nada. El hombre tendrá que vivir.

Con una ironía que el Comisario no advirtió, agregó:

—Beale lo ha decidido.

—Tendría que haberlo decidido inmediatamente —dijo el Comisario—. Él tenía las notas del juez.

El capellán encontró su sombrero. No era capaz de un ademán tan preciso como un apretón de manos; era un

hombre prematuramente envejecido, un hombre agobiado por la desdicha de muchas muertes; titubeó en la puerta.

—Dieciocho años —dijo, casi atontado por la desdicha de una vida tan prolongada.

—Si yo fuera usted —dijo el Comisario—, no dimitiría.

Pero con una supresión de circunloquios que era desconocida en él, el capellán rechazó este consejo:

—Ya la escribí.

Después de su partida, cuando la campanilla del teléfono inmovilizó la mano del Comisario sobre el último informe recibido, bastaron unas palabras para hacerlo dudar de su última afirmación. «Si yo fuera usted», había dicho. Y ahora la voz del hospital le informaba:

—Falleció. Sabemos cómo se llama. Es Conrad Drover. El hermano de...

Y el Comisario pensó: «¿Dimitir? Tiene razón. Hasta yo tengo ganas de dimitir.»

La voz vibraba por el alambre; la tormenta amenazante estallaba, zumbaba y silbaba por el orificio negro:

—La operación salió bien. Murió más tarde, de un *shock*. Lo único que no podemos comprender es por qué cargó el revólver con cartuchos vacíos.

La voz se desvanecía; apenas se le oía prometer un informe detallado, dar las buenas noches al Comisario, y el primer repiqueteo de la lluvia rozó los cristales, entró por la ventana abierta, humedeció los papeles del escritorio.

¿Dimitir? Se levantó, cerró la ventana, corrió las cortinas. La palabra parecía hacerlo entrar en un cuarto vacío, frío, sin fuego, sin luz, un cuarto donde esperaba encontrar a otros; pero sólo encontraba, como señal de su

presencia, la basura que habían dejado tras de sí: las cenizas de cigarrillo, las tazas de café vacías; todo demostraba que habían pasado por allí, pero que habían seguido su camino.

Volvió a sentarse ante su escritorio. «Soy un cobarde —pensó—, no tengo el valor de defender mis convicciones; no soy indispensable en Scotland Yard; Scotland Yard me es indispensable a mí.» Se puso a leer los papeles que tenía ante los ojos, pero su sentido no penetraba hasta su conciencia. «Si yo tuviera fe —pensó con amargura—, si tuviera la convicción de la verdad; Caroline la tiene; cuando la pierde, no tiene más que pasarse de bando.»

De pronto, inesperadamente, en medio de su insatisfacción, su inseguridad y su vergüenza, se sintió reanimado; todo lo que lo preocupaba se desvaneció, como esas siluetitas que se alejan corriendo del campo de aterrizaje cuando el avión levanta el vuelo. Se quedó a solas en el vasto aire fosforescente, con su idea. Se olvidó del capellán, se olvidó de Drover, se olvidó del cartucho vacío. Escribió con su letra pequeña y cuidadosa, sobre el encabezamiento del informe de Streatham: «Lo que los oficiales a cargo de este asunto no han comprendido es la importancia de la declaración de la prostituta que afirma haber visto a Flossie Matthews sentada en un banco del parque, esperando, a las seis de la tarde. Esto, sumado a las demás pruebas...»

Era para esos momentos de inesperada revelación para los que el Comisario vivía.

Inglaterra me ha hecho así

El mundo me debe una vida
Walt Disney
(La cigarra y la hormiga)

Parte primera

Probablemente estaba esperando a su amado. Durante media hora había estado sentada en el mismo taburete, algo apartada del mostrador, observando la puerta giratoria. Ante ella se apilaban los *sandwiches* de jamón bajo una campana de vidrio, las teteras humeaban alegremente. Cada vez que la puerta giraba penetraba el humo de las locomotoras, dejando sabor de cobre en la lengua.

—Otro *gin*.

Era ya el tercero. «Tengo hambre», pensó, ingiriéndolo de un trago. Se veía que estaba acostumbrada a beber.

Un hombre con sombrero hongo ponía sus pies en la barra metálica del mostrador, y apoyado de codos en éste, bebía su *bitter*, charlaba, volvía a beber, se atusaba el bigote, y seguía charlando, sin quitarle la vista de encima.

Ella miraba más allá de la sucia puerta, hacia la oscuridad llena de ruidos.

En el aire denso saltaban y desaparecían chispas: chispas de las locomotoras, chispas de los cigarrillos, chispas de las ruedas de las vagonetas de equipajes

traqueteando sobre el empedrado. Una mujer vieja y cansada empujó la puerta y miró hacia dentro: buscaba a alguien que no estaba allí.

Se bajó de su taburete; la observaba el hombre del sombrero hongo. Las camareras dejaron de secar vasos un momento y la miraron. Las miradas de ellas golpeaban contra su espalda: ¿Lo dejará plantado? ¿Cómo será él? Se detuvo en la puerta y les dejó pensar: le divertía el profundo silencio de los que la observaban. Miró los raíles azulados, las luces del andén y del quiosco de revistas, y luego se volvió a su asiento, dándose cuenta de los pensamientos que flotaban en el ambiente humeante alrededor de las teteras, mientras el hombre del sombrero hongo bebía su *bitter*.

—Otro *gin*.

Pero dejó su vaso sobre el mostrador después de haberlo tocado apenas con los labios, y empezó a rememorar precipitadamente, como si fuera un deber que hubiera descuidado. Ahora, con el convencimiento de que él no vendría, tenía una hora solitaria para recordar todo lo que había olvidado: boca, nariz, mejillas, cejas.

—¡Condenado muchacho! —exclamó, sin importarle el verse rodeada de nuevo por la curiosidad, ajena e indiferente.

Era como si hubiese roto un espejo: se sentía infeliz, ineficiente, la confianza en sí misma había desaparecido. Y empezó a pensar si reconocería a su hermano si, a pesar de todo, viniese.

Pero lo reconoció al instante, por la pequeña cicatriz bajo el ojo izquierdo, por el rostro redondeado que parecía haber perdido poco antes su frescura, como un rostro de chiquillo curtido, y por la *bonhomie* que no engañaría ni a un

extraño.

—Kate. —Estaba contrito—. Siento mucho llegar tarde. No es culpa mía.

El caso es... —y en seguida se preparó a no ser creído.

Y, por qué razón, pensó ella mientras lo besaba y tocaba su espalda para convencerse de que estaba allí, de que realmente había venido, de que estaban juntos; por qué razón ha de creerlo nadie, cuando no puede abrir la boca si no es para mentir.

—¿Una copita de ginebra?

Le miró mientras se la bebía con lentitud, y su mente recordó inconscientemente la pasada ansiedad.

—No has cambiado.

—Tú, sí —dijo él—. Estás más bonita que nunca.

«Y tú, atrayente —pensó ella—, atrayente como siempre.»

—La prosperidad te sienta bien.

Ella lo examinó más detenidamente, buscando en su traje alguna prueba de años menos prósperos. Pero él siempre había vestido bien. Alto, fornido, esbelto y un poco curtido, con la cicatriz bajo el párpado inferior, era blanco de las miradas de las camareras.

—Un *bitter*, por favor.

Una camarera se precipitó a servirle, y Kate pudo ver en los ojos de él la complacencia.

—¿Dónde vamos a comer? ¿Dónde está tu equipaje?

El se volvió del mostrador con cautela, arreglándose la corbata escolar con una mano.

—El caso... es —empezó.

—... que no vas a venir conmigo —acabó ella, con certeza desesperanzada. Y se quedó meditando en las

profundidades de su desilusión.

—¿Cómo lo has sabido?

—Oh, yo siempre lo sé.

Y era verdad; siempre lo sabía; ella le aventajaba sólo en media hora de edad, y, sin embargo (a veces lo pensaba ligeramente avergonzada), le aventajaba en la posesión de cualidades más masculinas: dignidad, eficiencia, dejándole a él lo que serviría mejor a muchas mujeres, el encanto personal.

—¿No van a encargarte el asunto de Estocolmo, entonces?

El le sonrió; apoyó ambas manos (sus guantes necesitaban un lavado) en el puño de su paraguas, se inclinó sobre el mostrador y le sonrió. Felicítame, parecía decir, y sus ojos alegres y amistosos le hicieron el efecto de los faros de un automóvil de segunda mano al que han pintado y lavado cuidadosamente para impresionar. Habría podido convencer a cualquiera que no fuese ella, de que por fin había tomado una decisión acertada.

—He dimitido.

Pero ella había oído el mismo fatal cuento demasiadas veces; había sido la cantinela anual en los oídos de su padre, que tanto había contribuido a acelerar su muerte. Había llegado a no poder contestar sin nerviosismo una llamada telefónica. «He dimitido», como si ello fuera motivo para una felicitación. Y más tarde los cablegramas de Oriente con mano trémula. «He dimitido» desde Shanghai. «He dimitido» desde Bangkok. «He dimitido» desde Aden. Acercándose cada vez más. Su padre había creído casi hasta el final en la verdad de tal expresión, firmada grandilocuentemente con todo un Anthony Farrant. Pero Kate sabía demasiado; para ella aquellos mensajes decían

desmoralizadamente: «Despedido». «Estoy despedido.»

—Salgamos —dijo.

Hubiera sido feo humillarle delante de las camareras. De nuevo apareció el profundo silencio lleno de atención, los ojos que les veían ir. En el extremo lejano del andén, empezó ella a interrogarle.

—¿Cuánto dinero conservas?

—Ni un cuarto.

—Pero seguramente te habrán pagado una semana.

—En realidad —dijo él, intentando una «pose» sobre un fondo de metal gris y una luz verde de aviso al expreso de la Costa Oriental—, lo dejé en seguida. Realmente, era una cuestión de honor. No podrías comprenderlo.

—Quizá no.

—Además, mi patrona me mantendrá hasta que vuelva a tener dinero.

—¿Y cuánto tardará eso?

—Oh, en una semana ya encontraré alguna cosa.

Su valor hubiera sido admirable de estar más justificado. El dinero nunca le faltaría; y en esto no se equivocaba: en cierta ocasión, un individuo que le había conocido en la escuela, le vio en la calle, se fijó en su corbata, le paró y le dio trabajo; estuvo vendiendo aspiradores de polvo a sus conocidos; era completamente capaz de vender en el Strand un ladrillo de oro a un australiano, y cuando no, siempre existía su padre.

—Tú olvidas algo. Papá ha muerto.

—¿Qué quieres decir? Mi intención no es la de sablear a nadie.

El creía sinceramente que nunca había sableado. Había recibido en préstamo, eso sí; las deudas para con sus

parientes debían alcanzar ya alrededor de las mil libras, pero eran deudas y no limosnas; deudas que algún día, si sus proyectos tenían éxito, serían pagadas. Mientras Kate esperaba que el expreso pasara y protegía su cara del humo, recordaba algunos de sus proyectos; su plan de comprar viejas novelas y venderlas en provincias, su gran idea de una agencia para repartir paquetes de Navidad, a dos peniques el envío, y el calentador de mano patentado (un carbón encendido en el interior del puño del paraguas). Siempre habían parecido factibles cuando él las describía; no tenían fallo, excepto una pequeña dificultad. «Sólo necesito capital», explicaba con un entusiasmo nunca desmentido, a pesar de saber que nadie le confiaría nunca más de cinco libras. Entonces veíase obligado a emprender el negocio por sí solo, sin capital; visitas extrañas aparecían los sábados, hombres mayores que él, con la misma corbata de su escuela, el mismo aire de vigor entusiasta, pero todos en la misma situación económica.

Y entonces el negocio se venía abajo, y con sorpresa observaba que no había perdido más dinero del que le habían prestado. «Si hubiese tenido suficiente capital», explicaba, pero ni convencía ni tampoco pagaba a nadie. Había aumentado sus deudas, pero no había «sableado» a nadie.

«Su cara —pensó ella— es asombrosamente joven para treinta y tres años; un poco demacrada, pero sólo como si hubiese resistido un día invernal; por otra parte, no es mucho más madura que la de un estudiante.» Y un estudiante es lo que parecía, como si acabase de jugar un agotador partido de fútbol. Su aspecto irritaba a Kate, porque un hombre —pensaba— debe desarrollarse y crecer; pero antes de que pudiese hablar y decir lo que pensaba,

surgió en ella la ternura natural hacia la absurda inocencia de él, que estaba perdido y sin esperanzas en el mundo de los negocios, que ella conocía tan bien, donde se hallaba como en su propia casa; él tenía sólo una astucia de chiquillo, en un mundo de hombres astutos; y aunque no era honrado, todavía lo era demasiado.

Ella, después de haber compartido sus secretos durante más de treinta años y de haberse estremecido con sus mismos temores, tenía clara idea de sus incalculables reservas. Pero había cosas que él nunca lograría hacer, y esto —se dijo a sí misma— era la gran diferencia entre ellos.

—Escucha —dijo—, no puedo dejarte aquí sin dinero, ven conmigo: Erik te dará trabajo.

—Pero si no conozco el idioma, y además —se inclinó hacia adelante apoyado en el paraguas, sonriendo con la tranquilidad de quien tiene mil libras depositadas en el Banco— no me gustan los extranjeros.

—Querido —dijo ella, irritada—, desconoces el asunto. En un negocio como el de Krogh no hay extranjeros; somos internacionales, no tenemos patria. No es como una polvorienta oficina de la City que ha pertenecido a una misma familia durante doscientos años.

A veces él parecía descubrir y captar directamente la verdadera intención de sus frases.

—Pero, querida —protestó—, quizá ése es el ambiente a que pertenezco.

Triste, anticuado, como yo —observó con sonrisa forzada—. Y además no puedo presentar referencias.

—¿No decías que habías dimitido?

—Bueno, exactamente no ha sido así.

—Ya lo suponía.

Retrocedieron un poco para dejar pasar una carretilla eléctrica.

—Tengo mucho apetito. ¿Puedes dejarme cinco chelines?

—Tú vienes conmigo —replicó ella—. Erik te dará trabajo. ¿Has traído tu pasaporte?

—Está en mi escondrijo.

—Lo buscaremos.

Las luces de un tren que entraba en la estación iluminaron su cara, y ella pudo contemplar con franca ternura su vacilación y su temor. Estaba convencida de que si no hubiese estado realmente hambriento y sin un céntimo, habría rehusado. Porque no se equivocaba al decir que era triste y anticuado: la pátina de Londres se veía en sus ojos, se hallaba como en su casa en los hoteles de una noche, en un ambiente de humo y niebla, en los veladores frente a los jarros de cerveza, en las oficinas instaladas en sótanos, entre el fárrago de negocios transitorios.

Ella pensó: «Si no hubiese encontrado a Erik, a estas horas sería triste y anticuada como él».

—Busquemos un taxi —dijo.

A través de la ventanilla del taxi fue él observando las tiendas de bicicletas de Euston Road; un otoño brillaba en los niquelados de las bicicletas expuestas, y se transformaba en invierno cuando estas luces se iban apagando, y las bicicletas iban siendo retiradas al llegar la noche. Otoño estaba en las hojas llevadas por el viento, desde Dios sabe dónde, hasta el pavimento de Warren Street; en el reflejo de los faroles sobre el asfalto húmedo; en el brillo del oportó en los vasos que las viejas llevaban a sus labios sobre el mostrador del Ladie's Bar.

—Londres —dijo—, no hay nada como esto —y apoyando su rostro en el cristal, le espetó—: Que se vaya todo al diablo, Kate, no quiero ir.

Había usado una frase que le dio a conocer la magnitud de su emoción: «Que se vaya todo al diablo, Kate».

Recordaba una era, la luna asomando por encima de la valla, y su hermano con el gorro de colegial entre sus manos. Tenían tantos recuerdos en común como una pareja que celebrase su trigésimo aniversario. «Tienes que volver», recordaba que le había dicho, y le vio alejarse, antes de dirigirse ella misma a su escuela, para soportar a la maestra, las largas horas de clase y los ejercicios.

—Tienes que venir.

—Desde luego, tienes razón —repuso Anthony—, como siempre. Me acuerdo ahora de cuando nos encontramos en la era. ¿Te acuerdas?, a medio camino entre nuestras escuelas, serían las dos de la tarde y me obligaste a volver.

—¿No tenía razón? —le preguntó ella, sorprendida de que hubiera tenido el mismo recuerdo.

—¡Oh, sí! Por supuesto que la tenías.

Y dirigió hacia ella una mirada tan distraída que le hizo pensar si en realidad había oído su pregunta. Era una mirada tan inexpresiva como las últimas páginas de un libro, vueltas apresuradamente para ocultar algo demasiado trágico o demasiado inquietante.

—He aquí —dijo— mi humilde vivienda. Bienvenida seas.

Ella se sorprendió de su jovialidad mecánica, que no era natural ni hospitalaria, sino únicamente una lección aprendida en la escuela de la vida.

Cuando la patrona les sonrió y dijo en sibilante susurro que no serían molestados, empezó a darse cuenta de lo que la vida había hecho con él desde que lo vio por última vez.

—¿Tienes un chelín para el contador?

—No vale la pena —repuso ella—. No vamos a quedarnos aquí. ¿Dónde están tus maletas?

—Si he de decirte la verdad, las vendí ayer.

—No importa. Compraremos algo en el camino a la estación.

—Las tiendas están cerradas.

—Entonces tendrás que dormir con lo puesto. ¿Dónde está tu pasaporte?

—En algún cajón. No tardaré en encontrarlo. Siéntate en la cama, Kate.

Cuando se sentaba, pudo ver sobre la mesa un sencillo marco con una fotografía. «Con amor, de Annette.»

—¿Quién es ella, Tony?

—¿Annette? Una chiquilla deliciosa. Creo que me la llevaré conmigo.

Y empezó a deshacer la parte posterior del portarretratos.

—Déjala aquí, encontrarás muchas como ella en Estocolmo.

Pero él estaba contemplando la carita esmaltada.

—Es encantadora, Kate.

—¿Es suyo este perfume de la almohada?

—Oh, no. No puede ser suyo, pues hace mucho tiempo que no ha estado aquí. No he tenido dinero, y ella tenía que vivir. Dios sabe dónde estará ahora. Me dejó su dirección, y la estuve buscando ayer.

—¿Después de haber vendido las maletas?

—Sí, pero ya sabes que cuando una muchacha así se pierde de vista, ya no la vuelves a ver más. Cuando has conocido tan a fondo a una muchacha y os habéis querido mutuamente, es muy triste que al cabo de un mes no sepas dónde está, ni siquiera si está viva o muerta.

—Entonces el perfume, ¿es de otra?

—Sí. De esa otra.

—¿Es vieja, verdad?

—Ha pasado de los cuarenta.

—Mucho dinero, supongo.

—Oh, es bastante rica —dijo Anthony. Cogió la segunda fotografía y rió con aire divertido—. Somos dos buenas piezas, ¿no?, tú y Krogh, yo y Maud.

Ella no contestó, viéndole buscar el pasaporte y pensando en lo liberal que se había vuelto desde que lo vio por última vez. Recordó las camareras en el bar y el silencio que les había rodeado mientras hablaban. Parecíale raro que tuviese necesidad de pagar por una mujer. Pero cuando se volvió hacia ella, su sonrisa lo explicaba todo; la llevaba como un leproso lleva su campanilla; era un constante aviso de que no debían creer lo que dijera.

—Bueno, aquí está. Pero ¿me darán trabajo? No soy tan valioso.

—No tienes necesidad de decirme —dijo ella con profunda tristeza— cómo eres.

—Kate, parecerá tonto, pero estoy un poco asustado. —Arrojó el pasaporte sobre la cama y se sentó—. No deseo ver caras nuevas, ya he visto bastantes. —Y ella pudo verlas agrupadas en sus ojos: hombres de club, hombres de los transatlánticos, hombres que montaban jacas de polo, hombres tras puertas de cristales—. Kate —dijo—, ¿no

quieres dejarme escapar?

—Claro que no —contestó.

No podía. Le era imposible desprenderse de él. Era algo más que un hermano: era el fantasma que la avisaba, la visión de todo aquello de lo que ella había logrado escapar, toda la experiencia que había echado de menos, era dolor, pues ella sólo lo había conocido por su causa y por la misma razón era miedo, desesperación, desgracia. Lo era todo menos el éxito.

—Si pudieses quedarte aquí conmigo.

«Aquí» representaba las dos esferas gemelas del contador de gas, la sucia ventana, el piso tanto tiempo abandonado, las llamas de papel en la chimenea vacía. «Aquí» significaba la almohada perfumada, las fotografías familiares, las maletas vendidas, los bolsillos vacíos. El hogar.

—No puedo abandonar a Krogh —dijo ella.

—Puede darte un trabajo en Londres.

—No, no me lo daría. Me necesita allá.

Y «allá» representaba los cristales limpios, la moderna decoración, los suelos alfombrados, los dictáfonos, los elegantes ceniceros, y Erik, en su despacho silencioso, escuchando noticias de Varsovia, Amsterdam, París, Berlín.

—Bueno, iremos. Suya es la fuerza, ¿no?

—En efecto. Suya es.

—Y, ¿habrá migajas para nosotros?

—Sí, naturalmente.

Él rió. Ya se había olvidado de las caras nuevas que tanto le habían aterrado. Se encasquetó el sombrero y mirándose en el espejo se arregló el pañuelo en el bolsillo del pecho.

—Vaya un par que estamos hechos.

Ella hubiera cantado de alegría cuando la ayudó a levantarse, porque volvían a estar unidos, si no se hubiese sentido desanimada a la vista de su fingida animación, su inocencia depravada, mal disimulada con la vieja corbata escolar.

—¿Qué corbata es ésta? —preguntó—. No será...

—No, no —repuso, diciéndole la verdad tan inesperadamente, que la hizo víctima del encanto que tanto le molestaba—. Yo mismo me he ascendido. Es de Harrow.

* * *

Me pidieron que tomase otro *whisky*. Todos querían oírme relatar lo que había visto. Semanas antes apenas me habían dirigido la palabra, diciendo que ya tenía bastante suerte de no ser expulsado del club por haberme atribuido una jerarquía militar que no disfrutaba. El sol reverberaba en el pavimento del exterior, y un mendigo se acurrucaba en un trozo sombreado, frotando sus manos; aún hoy no encuentro una explicación al hecho de que se frotase las manos. Los capitanes me trajeron una copa y los comandantes acercaron sus sillas, mientras los coroneles me decían que me tomase tiempo. Generales no había ninguno por allí; probablemente dormían en sus habitaciones, pues era aproximadamente mediodía. Habían olvidado que no era realmente capitán, y allí todos nos sentíamos comerciantes.

Todo lo que se veía desde mi sitio era un barco pesquero meciéndose sobre las olas, con una luz amarilla en el mástil, a la altura de un hombre, y un marinero arrodillado extendiendo unas redes, con el mar a su

alrededor; nosotros, y un gramófono sonando.

Les conté cómo vi al chino arrojar una bomba. Un carretón quedó destrozado y el coche del ministro saltó; pero en realidad yo no vi al *coolie* arrojar el artefacto, sino que oí solamente el ruido por encima de los tejados y el temblor de los cristales. Sólo quería saber cuántos *whiskys* estaban dispuestos a pagarme. Estaba harto de verme descartado de todo cuarteto de *bridge*, y no sabía adónde dirigirme para conseguir algún dinero. Por eso dije que estaba algo impresionado, y me pagaron tres *whiskys*, jugamos a las cartas y gané dos libras antes de que viniese el mayor Wilber, quien me conocía, y sabía que yo no había estado donde decía.

En el club todo era olor de *whisky* y de tabaco, con algún sabor de sal en los labios. Además, el gramófono, y... yo deseaba ver nuevos rostros.

Por eso me marché a Aden.

* * *

Tratando de desollar un conejo en medio del patio, cerré los ojos un momento, el cuchillo resbaló y se me clavó bajo el párpado. Me dijeron una y otra vez que yo debía haber cortado con la punta hacia abajo, cosa que sabía sobradamente, y todos creyeron que perdería la vista de aquel ojo. Yo estaba aterrado, y papá cayó enfermo. Recuerdo las paredes verde pálido del dormitorio y la afónica campanilla llamando al té, y yo con la cara vendada oyendo las pisadas de mi familia escalera abajo. Los oía pedir los huevos marcados con su nombre en la cáscara, y luego silencio, como en el cielo, hasta que Kate llegase.

Recuerdo ahora cuando aquel hombre corría por los

tejados, mientras le disparaban desde la calle y desde las ventanas. Se escondía tras las chimeneas y se arrastraba por entre los charcos de lluvia de las azoteas. Llevaba ambas manos sujetándose los pantalones porque se los había rasgado al huir, y me parece estar viendo caer la lluvia sobre su cabeza. Era la primera lluvia que habíamos tenido, pero creía por el aspecto del cielo, la temperatura y el sudor de mis manos, que duraría varias semanas.

También recuerdo aquella era: y allí estábamos, solos.

Muchas cosas hay que recordar en treinta años, cosas vistas y oídas, cosas sobre las que se ha mentido, y cosas queridas, temidas o admiradas, cosas que se han vuelto a desear, cosas abandonadas a la marea, cosas que en la lejanía conservan la luminosidad de una estación del Metro durante la noche, cuando está vacía y los trenes pasan por ella sin detenerse.

He telefoneado con la secreta esperanza de escuchar que comunicaban, pero oía claramente el timbre de llamada. Mientras varias personas me miraban a través del vidrio de la puerta, esperando su turno, he pensado por tres veces en recobrar mi dinero. A la cuarta no lo he hecho así. Alguien ha conseguido una llamada gratis, y heme aquí sin dos peniques en el bolsillo. Podría haberlos apostado con cualquiera a cara o cruz, y ganar así una copa de licor, aunque a bordo casi todo el mundo es sueco, y ya se sabe que los extranjeros tienen menos espíritu deportivo. Además, no conozco su idioma.

Ocupaban mi mente rostros nuevos y rostros perdidos, muertos, enfermos o moribundos, cuando me acercaba a aquella casa con el letrero de «Se alquila». El timbre no sonaba, y la luz de la entrada no estaba

encendida. Todo el muro estaba cubierto de avisos en lápiz: «Te veré más tarde». «He ido a la panadería.» «Dejé la cerveza junto a la puerta.» «Estaré fuera hasta el sábado.» «Hoy no quiero leche.» Difícilmente se encontraría un claro en aquella pared, cuyos mensajes estaban todos tachados. Sólo uno permanecía en vigor, y aunque parecía llevar allí ya varios meses, podía ser reciente: «He salido. Estaré de vuelta a las 12.30, querido», y yo le había escrito una postal diciéndole que llegaría a las 12.30. Por eso esperé dos horas, sentado en los escalones de piedra, sin que nadie viniese. Por último me decidí a subir al dormitorio, pero ella se había ido. Allí ni siquiera de noche podía gozarse de quietud; al otro lado del tabique de madera alguien hablaba en sueños. Yo yacía sudoroso, sin poder conciliar el sueño, olvidado el dolor del ojo, ansiando el descorrer de las cortinas, la mano solícita que arregla concienzudamente la ropa de la cama, el rumor de pies desnudos sobre el piso de madera.

Viejos rostros, rostros odiados o amados, vivos o muertos, un montón de recuerdos almacenados en mi cerebro durante treinta años, y ahora la proa remontando las olas, el viejo faro dejado atrás, y el gramófono sonando.

Con dinero en el bolsillo, pensé en ella, pero como no hay mal que por bien no venga, no estaba allí, la había perdido y estaba seguro de no volver a encontrarla más. La desgracia hace a veces más ricos a los hombres.

Llené el cuarto con fotografías de artistas de cine, recortando los retratos de las revistas y enviándolos a Hollywood. «¿Quiere usted dedicarlo para un admirador desconocido? Incluyo un chelín para gastos de correo.»

Aquel día en seguida me di cuenta de qué se trataba, cuando me dijeron: «El director quiere verle». Lo había

estado esperando varios días, y por eso me había puesto mi mejor traje y limpiado cuidadosamente los dientes. He olvidado quién dijo por vez primera que tenía una cautivadora sonrisa, cuando yo desconocía la larga práctica ante el espejo, el cambio constante de pasta dentífrica y las visitas al dentista caro. Un hombre debe mirar por su aspecto lo mismo que una mujer, pues a menudo es su único recurso. Por ejemplo, Maud.

Más bien cerca de los cuarenta que de los treinta, era rubia y de busto prominente. «Hay cosas que un hombre no debe hacer jamás —decía yo—, y entre ellas el aceptar dinero de una mujer.» Por eso ella me tenía en gran consideración y me hacía regalos, que yo empeñaba cuando necesitaba dinero. Nos encontramos en el Metro. Durante todo el trayecto de Earl's Court a Piccadilly nos estuvimos mirando de un extremo a otro del coche. Yo tenía un agujero en el calcetín y no podía cruzar las piernas. Lentamente, nos fuimos acercando, y nos encontramos por último en la escalera mecánica.

Con Annette fue más rápido. Llamar, esperando encontrar otra chica, y abrirme ella. Pensé: es divina.

* * *

Cuando aquel día abría la puerta, el director hizo ver que escribía; es un buen truco para hacer que uno se sienta inferior.

—Oh, Mr. Farrant —dijo—, quiero interrogarle acerca de una queja que he recibido de los armadores. No dudo de que usted podrá justificarse...

Bien, si él no lo dudaba, yo sí.

Tuve que irme a Bangkok. Leve rumor de agua, y el gramófono parado. El muelle bañado de luz, pero solitario.

¿Y reproches, Dios mío, cuántos reproches en la vida de un hombre? Sólo Kate no me los hizo nunca; se limitaba a decirme: haz esto o aquello, pero nunca me sermoneó. Como Annette, callada, alegre, cariñosa, a la media luz que filtraban los visillos. Pero Maud, y papá, y los gerentes, no hacían más que sermonearme. Por Dios santo, yo soy Anthony Farrant; y valgo tanto como ellos. Puedo sumar mentalmente dos columnas de números, multiplicar por tres, y volver a encontrar el número inicial. Eso lo sabían hasta los directores. «Maravilloso —decían—, un trabajo realmente maravilloso, Mr. Farrant», porque con ello les ayudaba a ganar dinero, pero cuando yo me hacía con alguno, entonces me pedían cuentas.

Me dediqué a vender té. Aquellos infelices no podían hacer nada con trescientos sacos mientras se tiroteaban por las calles, y por eso se los compré a un precio irrisorio, y los vendí después muy lucrativamente. Siempre hay modo de hacer dinero durante una revolución; pero a partir de entonces me miraron con desdén, y no volvieron a fiarse de mí.

Me marché a Aden.

* * *

Todo el mundo duerme; la noche está fría y el agua es invisible. Este hombre de la cubierta inferior se ha pasado toda la noche hablando un idioma que no entiendo. El amanecer es gris, y el viento tan fuerte que las hamacas de cubierta se hinchan como velas. Muy poca gente se ha presentado a desayunar; sólo veo una barba sin afeitar, los

camareros y una muchacha peinada a lo Greta Garbo paseándose sola. Todo huele a petróleo, el desayuno tarda mucho, y Kate no hace más que pensar en Krogh.

¿Y cómo demonios sé que piensa en Krogh? ¿Cómo sabía aquella noche que me esperaría en la era?

Sólo me ha dicho: «Pasaremos la noche en Gothenburg», y en seguida he adivinado que estaba preocupada.

* * *

Recuerdo que pretexté ir al lavabo. Llevaba la ropa puesta bajo la bata casera, los zapatos y calcetines escondidos, y puestas las zapatillas. El frío de los escalones de piedra se notaba a través de las suelas rotas. Dejé la bata en el lavabo y escuché un momento a la puerta del director; todo era muy fácil, se había marchado a cenar, y su ventana no tenía rejas.

Pero Kate me hizo volver, y yo la obedecí a pesar de que el frío de la carretera, el perfume de las marchitas hojas y el cielo sereno, me habían hecho sentirme feliz con la sensación de que lo dejaba todo tras de mí; y todo continuó igual, las hondas roderas en el camino vecinal, las pequeñas ramas quebrándose bajo los pies, las luces de los automóviles cruzando el camino, y yo tan desgraciado y miserable como siempre.

Y pensando en Krogh: «Use productos Krogh». «Los productos Krogh son baratos y buenos.» Eso era hace diez años; no, quince, o veinte, cuando iba de compras con la *nurse* a los grandes almacenes, y yo me paraba a contemplar sulfatadoras y máquinas de segar, mientras ella compraba

productos Krogh. Ahora ya no eran los más baratos ni los mejores, ahora son los únicos. Productos Krogh en Francia, en Alemania, en Italia, en Polonia; productos Krogh en todas partes. Y pensar que yo podría ser tan famoso y rico como Krogh, si hubiesen confiado en mi como en él, si me hubiesen prestado capital; pero se limitaban a darme un billete de cinco libras y aún esperaban que les estuviese agradecido. Había una verdadera fortuna en cada uno de mis proyectos, si hubiesen confiado en mí. ¿Habría sido Krogh capaz de vender aquel centenar de sacos de té deteriorado?

Pero nunca he podido ganar la confianza de nadie. Cuando el mayor Wilber llegó ya no me pagaron más *whisky* en aquel club; me expulsaron, y me fui a Colombo. Mis recuerdos se amontonaron de nuevo; el mar gris, los telegramas de casa, mi ladrón escondido detrás de la chimenea, la fuga del colegio, mi intento de vender un galeón español, hundido, a un comerciante de Fleet Street, las quejas de los navieros, el estallido de la bomba sonando por encima de los tejados; un centenar de sacos de té deteriorado, el pequeño oficial chino de gafas de oro, las paredes verdes del dormitorio, otra vez el mar gris, las hamacas hinchadas por el viento, y hora Kate pensando en Krogh; Krogh todopoderoso en todas partes; imposible hacer nada sin él; Krogh en Inglaterra, en Europa, en Asia; pero Krogh, el todopoderoso, no es, al fin y al cabo, sino un hombre de carne y hueso.

* * *

Kate oyó la voz de Anthony mucho antes de poder descubrir la mesa donde se hallaba. Oyó con cierta irritada

admiración el tono entusiasmado de su charla. «De modo que ya ha encontrado amistades —pensó—; lleva sólo dos horas en Gothenburg y ya ha hecho amistades. Es una habilidad envidiable, pero desvergonzada.»

Al principio le había parecido un poco impresionado por el país nórdico, nuevo para él, en el cual no le servía ninguna de sus experiencias tropicales: había andado silencioso al pie de los elevados edificios grises y al borde de los canales; mientras ella facturaba su equipaje en la estación, le vio contemplar con desdén los parterres de la entrada. En las calles cada farol de alumbrado estaba adornado con su *bouquet* como una *prima donna*. El aire era un líquido gris. Pero él estaba solamente un poco distraído; había estado en muchos más puertos de los que ella podía pensar. Cuando le dijo: «Te dejaré aquí hasta la hora de comer» y le dio algún dinero, describiéndole el restaurante en que habrían de encontrarse, se limitó a demostrar su conformidad con un movimiento de cabeza, y arreglándose la falaz corbata de Harrow, se alejó, con aquella su barbilla bien afeitada y sus anchas espaldas. Se alejó por la primera calle que encontró, probablemente sin tener idea de adónde conduciría.

Pero al parecer le había conducido entre amigos, y probablemente él había esperado de su suerte algo así. Ya había empezado a entablar relaciones con el nuevo país.

—Y entonces explotó la bomba —estaba diciendo—. El *coolie* la dejó caer casi a sus pies. Luego encontraron sus pedazos a mucha distancia. Mi grito le había asustado.

Kate se acercó lentamente a la terraza. Las mesas estaban empotradas en el suelo del jardín. En un terraplén contiguo un hombre barría las hojas caídas, húmedas aún. Al

fondo se veía un gran tambor con el parche rasgado.

—¿Y el ministro? —preguntó una voz de muchacha.

—Ni un rasguño.

Anthony apoyaba un codo en la baranda de la terraza; nunca había tenido tan buen aspecto; se le veía juvenil, primaveral, en un mundo que se acercaba hacia el invierno. Visto desde el lugar que Kate ocupaba, parecía un colegial que no llegara a los veinte años.

Tres turistas estaban pendientes de sus palabras; sus sillas algo apartadas de la mesa, sus vasos vacíos. Eran un hombre y una mujer ya maduros, y una joven. La fuente de *smörgasbord* casi vacía y las migajas en los platos indicaban que la comida había terminado.

—Vaya, he aquí a mi hermana —dijo Anthony.

Llegaba cinco minutos antes de lo previsto; alguna frase de aventurero flotaba en sus labios cuando la vio. De momento perdió hasta su buena educación, porque cuando los tres forasteros se levantaron, él permaneció sentado. Por un momento sólo se oyeron frases de cortesía, manos que se estrechaban y movimiento de sillas a su alrededor.

—Mr. Farrant ha sido muy amable enseñándonos Gothenburg —dijo la señora.

—Nos ha llevado al puerto —dijo el señor—, y nos ha enseñado los depósitos.

—Y ahora nos estaba explicando —dijo la joven— cómo se infirió esa herida.

—Creíamos —terció la señora— que había sido herido en la guerra.

Parecían estar nerviosos y molestos, deseosos de demostrarle que no tenían ningún proyecto acerca de su hermano; intentaban defenderle del reproche de haberse dejado llevar de extraños.

—Pero una revolución es mucho más emocionante.

Kate la miró y pensó: «Infeliz, has caído en sus redes», y sintió compasión de ella, a pesar de que su aspecto no hablaba en su favor; tenía grandes ojos de mirada estúpida, boca mal pintada, hombros estrechos, y parches de polvos en el cuello. Le recordaba Annette, Maud, en aquel marco demasiado pequeño, y el perfume barato de la almohada. «Siempre le han gustado muy vulgares.»

—Debieron haberle dado una condecoración —decía— por haber salvado la vida del ministro.

Kate sonrió a Anthony mientras acercaba un poco más su silla. Dijo:

—Pero ¿no les ha dicho? Es demasiado modesto. Le dieron la Orden del Pavo Real Celeste de segunda clase.

Seramente lo creyeron, y ello incluso contribuyó a acelerar la despedida; no querían hacerse pesados, pues ello disminuiría las posibilidades de un nuevo encuentro, y esperaban volverlo a ver en Estocolmo.

—¿Van a estar ustedes allí mucho tiempo? —preguntó la señora.

—Vivimos allí —replicó Kate.

—Ah —dijo el señor, y tras un momento de vacilación, añadió—: Nosotros venimos de Coventry. —Era uno de esos hombres que se deciden difícilmente a franquearse con los demás. Miraba a Kate mientras hablaba, con la atención de quien observa el movimiento de una delicada balanza de laboratorio; hacía falta otro miligramo—. Nuestro apellido es Davidge.

Su esposa, algo detrás de él, aprobó con la cabeza; el equilibrio era perfecto. Suspiró con alivio al apreciar el delicado ajuste; ahora ya podía pensar en otras cosas, podía

arreglarse el traje frente al espejo del fondo del restaurante, y podía arrancarse una cana que se había descubierto.

—¿Están ustedes de paso? —preguntó Kate, y apreció cómo la hija, que no compartía sus delicadezas y parecía el reverso deliberado de toda la gentileza que ellos representaban, se había dado cuenta de su hostilidad, cuando ellos sólo podían ver su cortesía.

—Se trata de un viaje de recreo familiar —aclaró la señora Davidge.

—Estoy segura —dijo Kate con vaguedad— de que volveremos a vernos.

Pero la joven se demoraba. Cuando sus padres se internaban con precauciones exageradas en el jardín, ella aún estaba obstinadamente en el mismo lugar. Era como una figurilla de madera policromada, de las que se colocan como adorno vulgar en alguna mesa; sólo le faltaba el cenicero al lado y el paquete de cigarrillos.

—Tengo libre el martes —dijo.

—Estupendo —dijo Anthony, mientras jugaba con un tenedor. Kate sintió pena de ella y de su cruda inocencia; pero no le agradaba aquella proposición que haría recordar a Anthony todo lo que acababa de abandonar. La muchacha representaba para él, en aquel momento, las luces de las bicicletas, las hojas caídas en las aceras de Warren Street, el oporto en los vasos del Ladie's Bar.

—De modo que tiene libre el martes —dijo Kate viéndola marchar a reunirse con sus padres—. Y tú salvaste la vida del ministro.

—Algo tenía que contarles —se justificó Anthony—, y además me pagaron la comida.

—Yo te pagué esta mañana el desayuno y no me has

contado nada.

—Ah, Kate —dijo él—, pero tú conoces todas mis historias. ¿No te he estado escribiendo...?

—No —dijo Kate—, muy raras veces me has escrito. Todo han sido telegramas para papá, postales, ¡cuántas postales! Postales de Siam, de China, de la India, pero no recuerdo ninguna carta.

—Debo haber olvidado echarlas al correo —dijo haciendo una mueca—. Y, ¡qué caramba!, recuerdo que te escribí una larga carta para felicitarte cuando te empleaste en casa de Krogh.

—Fue una postal.

—Y cuando papá murió...

—Un telegrama.

—Bien, más caro aún. Nunca he reparado en gastos tratándose de ti, Kate. —De pronto se puso serio—. Pobrecilla, no has comido. Era muy feo empezar a comer sin ti, pero me invitaron, y acepté para ahorrar.

—Tony —dijo Kate—, si no fueras mi hermano... —y dejó que la frase sin acabar escapase por entre los vacíos vasos y los restos de la comida que aún quedaban en la mesa; ¿qué iba a adelantar?

—Tenías que haberte venido conmigo —dijo Anthony, dirigiéndole la mirada que ella sabía dirigía a toda muchacha: interés calculado, infantilismo medido, y un encanto cuyos ingredientes todos, habían sido ensayados y escogidos con un objeto preciso. Una idea acudió a ella: «Si yo pudiese hacer retroceder el tiempo, si pudiese quitar de mi dedo esta sortija que Krogh me dio y abolir este lugar, con el tambor y las hojas secas, y mi imagen en ese espejo... haría que todo fuese oscuro a mi alrededor, con viento y

olor de establo, y teniendo a Anthony frente a mí con su antigua gorra de colegial en las manos, le diría: "No vuelvas. No te preocupes de lo que vaya a decir la gente. Huye", y nada sería igual a partir de entonces.»

—Es deliciosa —decía Anthony—. Se creyó todo lo que le dije. Incluso habría podido venderle lo que se me hubiese ocurrido.

Y Kate se lo imaginaba en seguida recorriendo innumerables barrios, llamando a todas las puertas, para ser despedido con displicencia. Y por un momento se puso de su parte, viendo su simpatía, su entusiasmo; intentando separar lo que era valor de lo que era sólo convicción de que las cosas habrían de cambiar alguna vez.

«Y soy yo la única que ha cambiado», se dijo.

La idea de todo lo que juntos podrían emprender alejó de su mente todo temor. El era listo, nadie podía negarlo, y ella estaba magníficamente situada, cosa asimismo innegable, y su posición mejoraba por momentos. Primero cinco años en la sórdida casa de banca de Leather Lane, luego la Casa Krogh, y después Krogh.

—Quiero beber algo —dijo—. Estoy sedienta. Y cuando trajeron las copas, brindó:

—Por nuestra unión.

—No bebas, Kate —exclamó Anthony, señalando la copa, mientras se pasaba la lengua por los labios.

No estaba de acuerdo con que las muchachas bebieran, lleno de los convencionalismos de una generación mucho más vieja que él. Los dos grandes grupos, hombres y mujeres, tenían en su mente fronteras infranqueables en muchos aspectos. Ella podía ver cómo a sus labios afloraban las máximas de todos los señores mayores que había conocido, señores que dejaban al margen todas las leyes

morales cuando se hallaban en lugares reservados.

—De todos modos, no conviene beber con el estómago vacío —admitió él.

Casi podía considerarse admirable el hecho de que la desgracia no hubiese modificado apenas su ligera pomposidad, más lógica en un hombre seguro de sí mismo, menos herido por un sentimiento de inferioridad; incluso parecía habersele acentuado. Sus días más negros no habrían sido, a buen seguro, sus días menos vanidosos; Kate se lo imaginaba aconsejando moralidad a Annette y sobriedad a Maud.

Ella estaba en Estocolmo cuando murió su padre; Anthony, que volvía de Aden, gastó hasta su último céntimo en un pasaje de avión desde Marsella. Se portó con una propiedad y distinción que habrían sido aplaudidas en cualquier club de los que había sido expulsado. Ella recordaba su telegrama. «Nuestro padre pasó a mejor vida mientras dormía, el sábado», una orgía de gastos en la frase magníficamente escogida, seguida de una serie de economías y de agudezas de puntuación que dejaban incomprensible el resto del telegrama: «Lamento caja Mabel deteriorada tránsito punto y coma despedido criado molestia asunto Gouldsmith afirmativo».

Había comunicado a su padre, según supo ella después, *que había dimitido*, apoyado en su cabecera, sonriendo al enfermo con aire optimista. La voz humana tocaba por último el tema tanto tiempo confiado a los telegramas y a las tarjetas postales; de nuevo estaba en su casa, y *había dimitido*; se trataba de una cuestión de honor, pero no podía dar más explicaciones.

—Un penique si me dices en qué piensas —dijo

Anthony, demostrándole que había recobrado su serenidad y que, lleno de deseos de demostrar su habilidad de comerciante, había subido un escalón más de la confianza en el éxito.

—Pensaba —contestó Kate— en papá.

—Ah, papá —exclamó Anthony—. Qué contento estaría de vernos juntos.

Es cierto, siempre le habían disgustado las largas temporadas que Anthony pasaba en el extranjero; un hermano, decía, era el protector natural de su hermana, hasta que ésta se casara. Y lo que debiera haber sabido el pobre anciano, pensó Kate, es que la habilidad de Anthony para salir bien librado de una posición peligrosa era la única que nunca había fracasado. En un garito, o en una comisaría de policía, no había mejor guía o consejero que él; conocía por instinto la mejor puerta de escape o cuál era el hombre que debía sobornarse. Nadie más que él hubiera podido salir con bien de tantas aventuras.

Ya miraba a su alrededor, animoso y esperanzado.

—¿Qué puede hacerse de noche en un sitio como éste? —Preguntó, y agregó—: Me refiero a lugares de recreo, *music-halls*, o algo parecido. Hay que ser muy precavido en un puerto que desconoces —y miró con aburrimiento el jardincito solitario, la terraza abandonada, el tambor roto, las hojas caídas y la escoba que las barría, dirigiendo a su hermana una mirada inocente y distraída.

—Oh, ¿no puedes ser franco? —preguntó Kate, con tristeza, sintiéndose alejada.

Lo desconocía cuando le veía intentando edificar entre ellos una muralla de falsos prejuicios, con el mismo calor con que le había visto partir en su primera salida al extranjero: el elevado asiento de un coche, la maleta

protestando en sus atormentadas cerraduras, una cinta de pijama asomando fuera del equipaje, y el adiós entre el paraguas y el vidrio de la ventana del coche. Entonces no había desconfianzas, tenían sus corazones abiertos el uno para el otro, como cinco años atrás lo habían sentido en la oscuridad de la era. Ella estaba pálida, asustada y a punto de llorar, cuando le decía que se fuera o perdería el tren, y le besaba precipitadamente, sintiendo su cabeza y su cuerpo divididos, y compartiendo por unos instantes los cojines de seda negra del coche. Pero por lo menos contaba con que le escribiría, sin sospechar que se limitaría a unas postales con: «Es un lugar maravilloso», «Aquí nos bañamos», o «Mi ventana es la marcada con una cruz», ni tampoco que al final tuviese la sensación de que ya era irrevocablemente uno de esos aventureros en ciernes que no tienen suficiente valor para arrostrar la cárcel. Y ahora, pensó, extendiéndose el colorete para ocultar su palidez, una simple postal podría servir para acercarle más a ella.

—¿No puedes ser franco conmigo? —repitió, pensando qué habilidades podría ella aprender de Annette o Maud, que le ayudasen a provocar su sinceridad—. Esta noche podemos ir a Liseberg a beber un poco —dijo.

El hizo una mueca.

—¿Qué clase de sitio es ése?

—Oh —contestó Kate—, es completamente respetable y familiar. Puedes bailar, tirar al blanco o subirte a las montañas rusas. Quizá sea un poco aburrido comparado con otras cosas que hayas visto por esos mundos, pero si bebemos primero...

—Sabes —dijo Anthony— que todavía no hemos tenido una conversación seria.

—¿Sobre qué?

—Oh, cosas. Cosas. Si no quieres comer nada ahora, busquemos un sitio tranquilo —y miró el restaurante, los vasos sucios y los platos todavía con las migajas de la comida, con desaprobación. Tampoco le agradó que ella sugiriese ir al puerto, como había hecho antes con Miss Davidge, a pesar de que era un sitio también bastante tranquilo.

—Del modo que hablas de esa muchacha —protestó— parece que estés celosa. ¿No podemos apartarnos algo de la ciudad?

Durante media hora estuvieron sentados en un banco de madera junto a un estanque, observando los pájaros que acudían al agua y a sus orillas, y los muchachos que con flamantes bicicletas subían la colina camino de Gothenburg. En el bloque de edificios que el parque bordeaba fueron surgiendo las luces una a una, brillantes y definidas como cerillas encendidas en la oscuridad de un cine. Ligera espuma cubría la superficie del agua, y cuando los patos nadaban sobre ella, las hojas caídas se pegaban a sus flancos.

—Me has traído aquí —murmuró Anthony— y ahora... —Súbitamente aparecía frío, hostil y descompuesto—. Hay algo que no haré nunca: sablear, sabes, nunca lo he hecho.

—Erik te dará trabajo.

—Pero tú sabes que yo no hablo sueco.

—El sueco no tiene ninguna importancia en la Casa Krogh.

—Kate —dijo Anthony—. Me vería perdido en un negocio como éste. Estoy acostumbrado a cosas de menor envergadura. Oye: cuando veníamos en el barco pensaba que no sería útil a Krogh, porque no podría ofrecerle ninguna

habilidad.

Una hoja que caía en aquel momento describió un círculo a su alrededor, tocó su hombro y se posó en el banco entre ambos.

—¡Mira! —exclamó Anthony—. Es dorada, y como ves, me ha esquivado.

—Todavía es verde. No significa nada. Mira —y la levantó enseñándosela, en el aire que se iba oscureciendo—, ha sido arrancada probablemente por un pájaro.

—Oye, Kate, cuando estabas en el puerto esta mañana vi un anuncio en inglés para un almacén. Quieren un hombre con experiencia, un inglés, para llevar la contabilidad.

—Sí, tú podrías hacer eso, supongo.

—He llevado más libros de los que puedo contar.

—Pero ahí no hay ningún futuro prometedor.

Ella le había pedido que fuese franco, y ahora, cuando apenas podía ver su rostro en la fría oscuridad, y cuando se estremecía pensando: «No tiene abrigo, ¿qué ha hecho con él?», y se imaginaba las tiendas de compraventa de ropas usadas, ahora fue cuando él, cogiéndola del brazo como a un amigo a quien casi se ha olvidado, se dirigió a ella con absoluta sinceridad:

—Yo ya no tengo futuro, Kate.

* * *

Era sincero, completamente franco, todo lo que ella le pedía que fuese, y le sorprendió aun cuando ella le había provocado. Siempre le había creído inseguro, indigno de confianza, engañoso y falso, pero nunca había supuesto que

se conociera a sí mismo.

—Lo sabes tan bien como yo, Kate; yo no tengo futuro —repitió.

Las bandadas de patos abandonaron el estanque, con las plumas erizadas de frío y desperdigándose como pequeñas pelotas de fútbol por los prados, fueron desapareciendo uno tras otro, haciendo crujir las hojas bajo sus palmípedas extremidades.

—Sí que lo tienes; aún lo tienes, créeme —dijo ella, contenta porque al fin, después de tantos años, estaban cara a cara y sin reservas.

«Ahora tengo conmigo al verdadero Anthony —pensó— no debo dejarle escapar.» Su pensamiento y su corazón se iban con él, sentado allí sin abrigo, sin futuro, sin amigos, solo, con su eterna corbata de Harrow y una actitud forzada. Lo habría abrazado si no hubiese hablado.

—Desde luego —dijo él—, la suerte puede variar.

Y ella se dio cuenta en seguida de que el momento había pasado. Él estaba de nuevo tan lejos como cuando se encontraba en el club de Shanghai, o en el campo de golf de Aden. Más bien que un conocimiento de sí mismo, aquello había sido un claro momentáneo en la nube que le cubría eternamente la realidad de las cosas. Él no necesitaba ayuda, como ella había creído, sino solamente una idea, un recuerdo especial.

—¿Te he hablado alguna vez de los sacos de té?

—No me acuerdo. Pero hace frío. Vámonos. Lo que decías de ese almacén...

Él estaba dispuesto a admitir que se equivocaba, incluso llegar a conceder que, después de todo, podría ser que tuviese un futuro.

—Veo —dijo— que no te agrada la idea. —Y se rió con

una despreocupación increíble—. Probaremos a tu amigo Krogh.

Estaba como el hombre que ha escapado por un pelo de un enorme peligro. La liberación le hacía reír, y cuando él reía, resultaba la más agradable compañía. Así continuó el resto de la noche. Pasaba fácilmente de un extremo al otro; ella se había sentido feliz captando un momento de depresión y de verdad, pero era un placer de otro género verle en sus momentos más joviales y más falsos. Estuvo contándole historias que empezaban con veracidad, pero pronto se coloreaban tanto como las que habría contado a Maud, Annette o a la joven Davidge.

—¿Te escribí lo del *Fiat* del director general?

—No, no —decía Kate—; en ninguna postal decías nada referente a un *Fiat*. —Después de dos copas ya estaba ella más predispuesta a creer todo lo que le contase. Puso su mano en la de él, y le dijo—: Me gusta tenerte aquí, Tony.

Pero antes de que él pudiese hablar, ella echó de menos su anillo (aquel anillo solemnemente regalado a ambos el día de su mayoría de edad, aunque en su caso parece ser que hubieron de enviárselo, no recordaba Kate adónde, por correo).

—¿Qué has hecho de tu anillo? ¿No lo recibiste, acaso?

Podía verse cómo él la observaba, calculando hasta dónde podría decirsele la verdad.

«Voy a aguar la fiesta —pensó ella— con esta manía de hacer preguntas. Pero es que después de tantos años de separación, me salen todas.»

—No importa —continuó—. Háblame del coche del director general, pero antes vamos a tomar algo.

Le divertía guiarle enseñándole los medios de burlar, las disposiciones legales sobre bebidas (dos vasos para un hombre, uno para una mujer).

—Ahora —dijo— vamos a Liseberg.

Al otro lado del canal todo era murmullo de agua al borde de la orilla, murmullo de voces humanas (parejas perdidas en la oscuridad), la calle de arrabal sin transeúntes, y una procesión de sonidos brotando de las esquinas; ninguna música, pero sí como si alguien fuese pulsando las teclas de un piano, una tras otra, sin orden ni concierto, en un edificio muy lejano. Por encima de las casas una serie de torres se dibujaban en escorzo por medio de sus blancas luces; las notas venían juntas como una melodía que se agolpaba en la memoria, y al llegar al gran arco de entrada de Liseberg, se organizaban en forma de un conocido ritmo.

—Vamos, chiquilla, bailemos.

Cuanto más bebía más se alejaba mentalmente en el tiempo. Empezó la noche enzarzándose en una jerga chispeante e íntima como era corriente en los años inmediatos a la postguerra, contaminada del barro recogido en las trincheras por boca de ex oficiales chismosos.

Un cohete estalló en el aire; en una plaza, rodeada por las fachadas de las salas de baile y de los restaurantes, lucía una fuente de pirotecnia, colocada en el centro de un estanque de esmeralda: subía hacia arriba como el desarrollo de una planta tropical, bajo un cielo oscuro y sin nubes, y de nuevo bajaba hacia el agua coloreada de plata en sus márgenes.

—Por aquí, por aquí.

Un barco pirata construido de cajas de cigarrillos flotaba en el inmóvil estanque. Un camino bordeado de

flores conducía en espiral hasta una pequeña plataforma donde dos hombres vestidos de blanco jugaban al ajedrez contra todo el que quisiera, a media corona la partida. Dondequiera que se dirigiesen, a través de patios decorados en rojo y verde, y a través de la oscuridad sabiamente dispuesta, oían la música y las explosiones y veían los insectos acudir precipitándose sobre el vidrio convexo de los reflectores.

En un rincón poco iluminado se veía una fuente viviente de piel verde pálida y turbante, haciendo brotar agua de llagas escarlatas en sus manos y pies; las barracas de la mujer gorda, de los adivinos, de los domadores de leones, y los insectos revoloteando como briznas de ceniza después de un incendio, alrededor de los grandes globos luminosos.

—Has bebido demasiado para bailar —dijo Kate.

—Escucha —dijo Anthony—, una sola copa más y haré todo lo que quieras.

—¿Tú nunca me has visto arrojando anillas?

Pelotas de *ping-pong* pintadas de varios colores, bailaban sobre una columna de agua.

—¿Te gustaría una muñeca? ¿O mejor un jarrón de vidrio? Conseguiré todo lo que se te antoje. ¿Qué quieres que haga?

—Ve a echar anillas. Sabes que es inútil disparar, porque sólo te darán premio si haces cinco blancos de cinco tiros, y tú nunca alcanzaste la diana en la escuela.

—He aprendido algunas cosas desde entonces. —Cogió una de las pistolas del mostrador del barracón y apuntó—. Sé deportista, Kate —rogó—, y paga por mí. —Estaba excitado. Sopesó el arma—. No sabes, Kate, cuánto

me gustaría un trabajo con pistolas, instructor de una escuela o algo parecido.

—Pero, Tony —protestó ella—, tú nunca has sido capaz de dar en el blanco.

Abrió su bolso, pero antes de que pudiera encontrar dinero, él disparó.

Miró y vio una pelota amarilla hacerse añicos en la alta columna de agua.

—¡Qué suerte! —exclamó Kate.

Él movió la cabeza, demasiado serio para poder hablar, volvió a cargar, apuntó rápidamente, elevando la pistola hasta la altura de los ojos, y disparó. Antes de que la pelota desapareciera, sabía ella que la tocaría; súbitamente se dio cuenta que estaba presenciando, quizá, la única cosa que Anthony sabía hacer bien: disparar en las barracas de ferias. No veía cómo iban las bolas siendo alcanzadas, sino que observaba su rostro, grave, intenso, y sus manos anchas con dedos ágiles y habilidosos. Colocó un jarrón azul bajo su brazo, y empezó de nuevo.

—Tony, ¿qué vas a hacer con esto? —dijo Kate dejando caer a sus pies un tigre de juguete.

Él arrugó la frente.

—¿Qué decías?

—Este jarrón y este tigre, ¿qué haremos con ellos? Por Dios, no ganes más premios, Tony. Vamos a beber algo.

Él movió su cabeza lentamente; tardó mucho en darse cuenta de lo que ella quería decir; sus ojos no se apartaban de las pelotas danzando en el chorro de agua.

—Un jarrón siempre es útil, ¿no? Para flores, por ejemplo.

—Pero, ¿y el tigre, Tony?

—Es un bonito tigre —contestó, sin mirarlo—; si no lo

quieres, lo devolveremos.

Disparó de nuevo, y volvió a cargar; disparaba y cargaba, mientras las pelotas iban desapareciendo y la gente se agrupaba admirada.

—Daré esto a aquella chica el martes —dijo señalando una pitillera verde con la inicial A, y poniéndola en su bolsillo se alejó con el jarrón bajo un brazo y el tigre bajo el otro. Kate tuvo que correr para alcanzarle.

—¿Adónde vas? —le preguntó al llegar a su lado, y sintió como él, añoranza cuando le oyó decir:

—Oh, Kate, nunca me cansaría de hacer esto. Una vez una chica, durante unas vacaciones... No he vuelto a pasar en casa unas vacaciones.

—¿Cómo se llamaba ella?

—Lo he olvidado.

Se cogió a su brazo, y el jarrón, resbalando, cayó al suelo, donde se hizo pedazos, como una botella rota que marca el fin de una noche de orgía.

—No importa —dijo Anthony, acercándose más—, aún nos queda el tigre.

Parte segunda

Las puertas de bronce se abrieron deslizándose, y Krogh penetró en el patio circular; Krogh en el centro de la Casa Krogh. El cielo de una tarde clara y fría coronaba el macizo edificio cúbico de acero y vidrio. La totalidad del piso inferior se ofrecía a su vista; podía ver a los contables trabajando en la planta baja, a través del vidrio irisado por efecto de las luces eléctricas. Se dio cuenta en seguida de que la fuente estaba ya terminada; sus formas verdosas le preocupaban con intensidad insólita en él; le acusaban de cobardía. Se había decidido por una moda que no comprendía; hubiese preferido poner en la fuente una marmórea diosa, un chiquillo desnudo, o una ninfa en pudorosa actitud. Se detuvo a examinar el bloque pétreo. Ningún instinto le decía qué obra de arte era válida y cuál no; y se encontraba impotente y al propio tiempo molesto, aunque intentaba no demostrarlo. Su gran cabeza calva ofrecía a la vista solamente unas facciones decididas, pero las pequeñas sutilezas, los temores indefinidos, eran invisibles.

Se dio cuenta de que era observado; observado a través del vidrio por un contable inclinado sobre su máquina, por un jefe de sección desde su tarima de barandas cromadas, por una camarera que subía las persianas de cuero en el restaurante para los empleados.

El día se desvanecía rápidamente sobre su cabeza, y las luces empezaban a encenderse tras las paredes de vidrio curvado, mientras él perdía el tiempo junto a la estatua verdosa.

Krogh subió los escalones de acero que llevaban a la

entrada. Cuando su pie tocó el escalón superior, funcionó un resorte y las puertas se abrieron. Incluyó el cuerpo al entrar; era una costumbre que nunca había roto, porque con sus seis pies y dos pulgadas de estatura y su enorme espalda, se había visto forzado durante años y años a inclinarse para entrar en su pequeño dormitorio, en su pisito, en sus primeros sitios de trabajo. Mientras esperaba el ascensor, procuró apartar la estatua de su pensamiento.

El ascensor no era conducido por nadie, pues a Krogh le gustaba estar solo. Ahora estaba encerrado en una doble pared de vidrio: la del ascensor y la del edificio. La oficina parecía acentuar su transparencia, como un hombre que quiere inspirar confianza.

Mientras ascendía en silencio y con lentitud hasta el piso más alto, Krogh seguía viendo la fuente, que se difuminaba y se iba reduciendo. Cuando las luces indirectas se encendieron, los violentos contornos de la estatua proyectaron una sombra delicada, como un dibujo hecho en porcelana, sobre el brillante pavimento circular.

«Me he olvidado de algo —pensaba Krogh—, estoy seguro de que me he olvidado de algo.»

Entró en su despacho y cerró la puerta; los papeles que había pedido estaban cuidadosamente dispuestos sobre un escritorio, que se adaptaba perfectamente a la forma curvada de las vítreas paredes.

En la ventana se veía el reflejo del fuego de leña que ardía en la chimenea; un tronco se partió y cayó produciendo un surtidor de chispas que se estrellaron contra el vidrio. Era la única habitación del edificio que no estaba calentada por electricidad. Las llamas parecían hacer compañía a Krogh en su despacho inaccesible a los

sonidos exteriores en su aislamiento ártico. La noche penetraba en el patio como un chorro de tinta dentro de un líquido luminoso, y Krogh pensó de nuevo si se habría equivocado con la fuente.

Se acercó a su mesa y llamó a una de sus secretarias.

—¿Cuánto estará Miss Farrant de vuelta?

Una voz repuso por el micrófono:

—La esperamos hoy, señor.

Se sentó a su mesa y extendió las manos con indolencia. Los hombres nacen con las cualidades que llevan marcadas en la palma izquierda; en la derecha está lo que obtendrán de la vida. El sabía bastante sobre la dudosa ciencia que descubre el éxito y el alcance de la vida.

Éxito. Estaba seguro de haberlo alcanzado, pues hablaban por él aquellos cinco pisos de acero y cristal, la fuente murmurando bajo las luces indirectas, los dividendos, las nuevas instalaciones. Le complacía pensar que ningún otro hombre había contribuido a su éxito. Si él muriera mañana, la compañía quebraría. La intrincada organización de las compañías subsidiarias podía tener realidad gracias a su crédito personal. Honradez era una palabra que nunca le había preocupado: un hombre es hombre mientras su crédito sea bueno, y su crédito, se decía a sí mismo con orgullo, estaba mucho más alto que el crédito del Gobierno francés. Durante algunos años había podido tomar dinero a préstamo al 4 % para prestarlo a su vez al Gobierno francés al 5 %. Esto era la honradez, algo que se podía expresar en cifras. Únicamente podía apreciar que en los últimos tres meses, su crédito, si bien no había sufrido ninguna sacudida, se había contraído imperceptiblemente. Pero no tenía miedo. En un período de pocas semanas, sus factorías de América estabilizarían la

situación. El no creía en Dios, pero creía en las líneas de su mano, y su palma le decía que su vida sería larga, y él estaba seguro de que su vida no sería más larga que la de la compañía, porque si ésta fracasaba, no dudaría en suicidarse. Un hombre de su crédito no iba a la cárcel. Kreuger, muerto de un tiro en un hotel de París, era su ejemplo. Le inquietaba un poco su valor para el acto final como su honradez actual.

De nuevo se sintió preocupado por la idea de que había descuidado algo, y la estatua del patio volvió a atormentarle. En aquel edificio había empleado hombres que le habían dicho eran los mejores arquitectos, escultores y decoradores de Suecia. Paseó la mirada del escritorio curvado de madera de tuya a las paredes de vidrio, y del reloj sin números a la estatuilla de una mujer encinta colocada entre las dos ventanas. No comprendía nada de aquello, ni le proporcionaba placer de ningún género. Se había visto forzado a aceptarlo contra su voluntad, y no se preocupaba en absoluto por comprenderlo, así como el reloj no se esfuerza en tocar la media hora, para lo que nunca se ha entrenado.

Incluso debía llenar las noches con algo, a pesar de que su deseo fuese dormir. Abrió un cajón de su mesa y extrajo un sobre. Contenía entradas para la ópera de aquella noche, de la siguiente, de toda la semana. Era Krogh y, por lo tanto, sus gustos en materia musical debían ostentarse en Estocolmo. Para evitar que los inoportunos pudieran preguntarle su opinión sobre música, se sentaba siempre en un aislamiento organizado por él mismo, con un asiento vacío a cada lado. Así, se advertía siempre su presencia y quedaba protegida su ignorancia. Además, si se

quedaba dormido un rato, no se notaba.

Llamó a su secretaria.

—Si me buscan —dijo—, estaré en la Legación inglesa tomando el té. Avíseme si hay conferencias del extranjero.

—¿Y los valores de Wall Street?

—Estaré de vuelta a tiempo para eso.

—Su chófer ha telefonado, Herr Krogh. Dice que el coche tiene avería.

—Bien, no importa. Iré a pie.

Se levantó, y su abrigo arrastró un cenicero tirándolo al suelo. En él se veían sus iniciales, E. K. El monograma había sido proyectado por el más famoso artista de Suecia. E. K., las mismas iniciales, repetidas incesantemente formaban el dibujo de la alfombra que atravesó dirigiéndose a la puerta. E. K., en los salones de espera; E. K., en el salón de sesiones; E. K., en el restaurante; el edificio estaba coronado por sus iniciales. E. K., en las luces eléctricas sobre la entrada, sobre la fuente, sobre la reja del patio. Las letras le parecían las luces de un semáforo enviándole un mensaje por encima de las enormes distancias que le separaban de otros hombres. Era un mensaje de admiración; observando las luces casi olvidó que habían sido instaladas por sus propias órdenes.

—Bien, Herr Krogh, por fin está terminada.

Krogh bajó los ojos, y con ello desapareció de ellos el reflejo de las luces eléctricas. Ahora miraban con atención la figura del portero, que sonreía y se frotaba las manos.

—Me refiero a la estatua, Herr Krogh; está completamente terminada.

—¿Y qué la parece?

—Verá, Herr Krogh, es un poco rara. No la entiendo. Oí decir a Herr Laurin...

Irritaba a Krogh que un hombre joven e inexperto, y que además se lo debía todo a él, el pálido e ineficaz Laurin, viniese a molestarle con sus dudas.

—¡Entender! —vio cómo se desvanecía la exuberancia del hombrecillo. —Esta estatua es obra del escultor más grande de Suecia. No corresponde a un portero entenderla; en cambio, debe decir a todos los visitantes que es obra de, de... pregúntele el nombre a mi secretaria; pero que no le oiga yo sugerir a nadie que el grupo es difícil de comprender. Es una obra de arte. Recuérdelo siempre.

Atravesó el patio. La luz de su monograma brillaba a través del surtidor. «Si no fuese una obra de arte, no habría sido adquirida por la Casa Krogh.»

Sobre el cielo destacaban las luces de las colinas de Djurgarden, los restaurantes, la elevada torre de Skansen, las torrecillas y las montañas rusas del Tívoli. Una vaga niebla azulada se desprendía del agua, cubriendo las lanchas motoras, y se elevaba hasta media altura de las luces de posición de los vapores. Un trasatlántico inglés estaba atracado frente al Grand Hotel, con su flanco pintado de blanco brillando a la luz de los faroles del alumbrado público, y por encima de la barrera Krogh pudo ver las mesas puestas, los camareros llevando flores, y más lejos, la línea de taxis.

En la terraza del Palacio Real, un centinela pasaba y repasaba, reflejando de vez en cuando destellos de luz en el acero de su bayoneta. La niebla arremolinada a sus pies llevaba prendida en sus pliegues la música que se desprendía de todos los rincones de la ciudad, un esqueleto de música por encima de un ambiente de decadencia otoñal.

En el puente Norte, Krogh se subió el cuello del

abrigo. La brisa soplaba, húmeda, a su alrededor. El restaurante al pie del puente estaba cerrado, y sus puertas de grandes cristales empañadas de humedad. Ante ellas unas cuantas plantas en tiestos volvían sus hojas moribundas hacia la oscuridad y hacia los vapores anclados. El otoño podía apreciarse en todas las cosas: se desprendía en forma de vapor de los muslos desnudos de una estatua. Pero oficialmente, aún era verano (el Tívoli no había cerrado), pese al frío y al viento y a los paraguas abiertos que circulaban alrededor del monumento al rey Gustavo. Una mujer anciana pasó arrastrando a un chiquillo; una joven estudiante tocada con una gorrita puntiaguda se apartó ágilmente del camino de un taxi que marchaba rozando el bordillo; un hombre caminaba por el puente empujando un carretón de castañas tostadas.

Desde donde se hallaba, podía Krogh ver las luces encendidas en las casas de balcones cubistas que daban al Norr Malarstrand. Toda la anchura del lago Malar le separaba de los barrios obreros de la orilla opuesta. Desde la ventana de su salón podía ver llegar los trasatlánticos que venían de Gothenburg con su cargamento de forasteros. Habían pasado por el lugar donde él nació, y emergían ahora en la oscuridad con recuerdos del corazón de Suecia, de los bosques de troncos plateados que rodeaban el Vatten, de las quintas de madera pintada, de habitaciones pequeñas, y las gallinas picoteando el grano esparcido sobre las rocas. Krogh, el cosmopolita, que había trabajado en innumerables fábricas de América y Francia, que hablaban inglés y alemán tan bien como el sueco, que había prestado dinero a todos los gobiernos europeos, los veía pasar en la noche para ir a atracar frente al Ayuntamiento, con la sensación de haber perdido algo muy querido, alguna cosa amistosa y llena de

vida.

Krogh se apartó de la ribera. Las tiendas de Fredsgatan estaban cerradas, y se veía muy poca gente por la calle; hacía demasiado frío para pasear, y Krogh miró a su alrededor buscando un taxi. Vio un coche que entraba en la estrecha calle de la derecha y se paraba en la esquina. Los tranvías se veían pasar por Tegelbacken y el silbido de un tren se oía por encima de los tejados. Un coche que iba demasiado veloz para ser un taxi casi rozó la acera en el lugar donde se hallaba Krogh, y segundos después había desaparecido entre los tranvías y demás vehículos de Tegelbacken, dejando tras de sí una impresión de arrojo y decisión, el sonido de una explosión, y un persistente olor a gasolina. En una calle adyacente, un taxista arrancó su coche y se dirigió hacia la esquina que ocupaba Krogh. La explosión del encendido le hizo recordar el lago Vatten y el pato salvaje que se remontaba con cansado aleteo; él permanecía sentado, con los oídos atentos, mientras su padre disparaba; tenía hambre y su almuerzo dependía de aquel tiro. El olor acre de la pólvora se extendía sobre el bote, mientras el pato se tambaleaba en el aire como bajo el golpe de una mano poderosa.

—Taxi, señor Krogh.

Podría haber sido un disparo, pensó Krogh, si esto fuese América, y se volvió agriamente hacia el conductor.

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

El hombre le miró con aire algo estúpido.

—¿Quién no le conocería, señor Krogh? Es usted idéntico a su retrato.

El pato se precipitó agitando débilmente sus alas, como si el aire se hubiese vuelto demasiado liviano para

sostenerlo. Cuando llegaron a él estaba muerto, con su pico bajo el agua y un ala sumergida, igual que un aeroplano derribado y abandonado.

—Lléveme a la Legación inglesa —dijo Krogh.

Se recostó en el fondo del coche y vio a través del cristal de la ventanilla los rostros de los transeúntes, como si nadasen en la niebla, esfumándose después. Ellos eran felices en su anonimato dirigiéndose a las atracciones del Tívoli, los cines baratos, el amor en cuartitos recatados y silenciosos. Bajó las cortinillas y en el oscuro asiento trató de pensar en números, informes y contratos.

«Un hombre de mi posición debería tener protección —se dijo—, pero la policía pregunta demasiado. De ese modo se enterarían del monopolio de América, que incluso sus directores creían se hallaba aún en fase de negociación; se enterarían de demasiadas cosas, y lo que la policía sabe un día, al siguiente la Prensa lo publica.» Vio que no podría estar nunca protegido y mientras pagaba al taxista, se dio cuenta de su soledad y se sintió débil por vez primera.

Podía oír la sirena de un buque en el lago y el rumor profundo de sus máquinas. Hasta él llegaban voces a través de la niebla, con su vigor humano algo debilitado, como el sonido de los motores de un barco anegado que se hunde.

* * *

Krogh no era un hombre que analizara sus sentimientos; únicamente era capaz de decirse a sí mismo: «En tal o cual ocasión yo era feliz; ahora soy un desgraciado». A través de los cristales de la entrada pudo ver cómo el criado inglés descendía pausadamente la escalera de mármol.

¡Qué feliz había sido aquel año en Chicago!

—¿Está el ministro?

—En efecto, Herr Krogh.

Escaleras arriba pisando los talones al criado, pensaba Krogh en lo feliz que había sido en España. Sus recuerdos no se referían en ningún momento a mujeres. Cuando él pensaba en su felicidad de entonces, recordaba la pequeña máquina que empezó a estudiar con ahínco sobre la mesa de su alojamiento, y cómo la contempló toda aquella noche, sin comer ni beber, tendido de espaldas en la cama, e incapaz de dormir, repitiendo una y otra vez para sí: «Yo tenía razón. No hay rozamientos considerables».

—El señor Erik Krogh.

La sala estaba llena de mujeres, pero él no experimentó ningún placer cuando se volvieron a observar la puerta con curiosidad y furtiva avidez (el hombre más rico de Europa), pintados sus ajados rostros con llamativos colores, como el miniado de un antiguo misal de los que se guardan en una vitrina, mostrando siempre la misma página a los visitantes.

El ministro atraía a las mujeres de mayor edad. En aquel momento acaparaba su atención el pequeño hornillo de alcohol colocado bajo la marmita (siempre se encargaba personalmente de distribuir el té), y un momento después, habiendo saludado a Krogh con la cabeza, estaba cogiendo rodajas de limón con un par de pinzas de plata.

—Hoy es un gran día, Mr. Krogh —dijo una señora de perfil de ave de rapiña.

Muy a menudo la había hallado en la Legación, y creía que era alguna pariente del ministro, pero su nombre no lo retenía.

—¿Un gran día?

—Se trata del nuevo libro de poesías.

—Ah, el nuevo libro de poesías.

Le cogió de un brazo y le condujo a una frágil mesa Chippendale, en el rincón más alejado de donde el ministro escanciaba el té. Toda la habitación estaba amueblada estilo Chippendale y decorada en plata; estilo completamente ajeno al gusto de Estocolmo; era la mansión de un culto extranjero que hablaba maravillosamente bien e incluso se había imbuido de muchos prejuicios y costumbres indígenas, pero no las suficientes para que Krogh se sintiera como en su casa.

—No entiendo nada de poesía —dijo de mal talante.

No le gustaba admitir que hubiese algo que no entendía: prefería esperar hasta oír la opinión de un experto para poderla adoptar como propia, pero una mirada al salón le convenció de que esperaría en vano. Las mujeres más viejas de la colonia inglesa gorjeaban como estorninos alrededor de la mesa del té.

—Se disgustará tanto el ministro si no lo mira usted...

Krogh lo miró. Una fotografía del retrato pintado por Laszle ornaba la cubierta: el cabello plateado, los ojos de mirada fría e inexpresiva rodeados de arrugas, las pequeñas mejillas redondeadas como manzanas, y un lema: «Viola y Vino».

—«Viola y Vino» —dijo Krogh—. ¿Qué significa?

—¡Cómo! —exclamó la señora de cara de halcón—. La *viola de gamba*, ya sabe usted y... y vino.

—Siempre he encontrado muy difícil la poesía inglesa —repuso Krogh.

—Pero debe usted leer un poco de él.

Puso el libro en sus manos y él la obedeció con el

profundo respeto que guardaba con las extranjeras, y contempló con atención el libro mantenido a poca distancia de sus ojos, y al nivel de éstos.

«A la memoria de Dewson», leyó, y oyó la voz del ministro, entre el sonido de la vajilla.

*Yo, quien ha derramado, triste, las mismas rosas
y, quien, desesperado, ha abierto paso al llanto,
hallo, cuando me acerco al sitio en que reposas,
sombas de las mujeres que hemos gozado tanto.*

—No —dijo Krogh—. No lo entiendo.

Sentíase molesto. La corrección era la cualidad a que más valor atribuía: la corrección en las máquinas, la corrección en los informes. A veces es indispensable, para los hombres, pensó fríamente, entrar en tratos con ciertas mujeres, pero siempre hay manera de hacer estas cosas manteniendo las apariencias y sin revelar jamás el verdadero valor de algunas intimidades. Pero por otra parte, hay veces que se incurre en exageración; y observaba con asombro el gesto con que el ministro mordisqueaba un almendrado. Le molestaban aquellas maneras cuya fineza no era capaz de apreciar y aquellas palabras que no entendía. Y de nuevo volvió a pensar en aquella noche en Barcelona, pasada al borde de la cama, junto al modelo mecánico que le arrojó en brazos de la suerte, la riqueza, la influencia, el aburrimiento y la inquietud. Y ahora que penetraba en el mercado americano, debía prepararse a los métodos americanos. Pensó en Chicago. Había sido feliz aquellos días en Chicago, en un Chicago intocado aún por la guerra de *gangsters*. Esto había sido algún tiempo antes de lo de

Barcelona, y no podía recordar por qué había sido feliz. Sólo podía acordarse de lo siguiente: hielo en el lago, una habitación en una casa de huéspedes con una hamaca por lecho, el puente en el que trabajaba, y cómo una noche de nieve había comprado un *hot-dog* en la esquina de una calle y se lo había comido bajo una arcada, huyendo del viento. Seguramente había tenido amigos, pero no los recordaba; muchachas... también, pero no quedaba ningún rostro en su memoria. En aquel entonces aún era un hombre a quien su personalidad no le imponía limitaciones de ningún género.

¡Cuán diferente era ahora! Incluso en este gracioso salón de blancas paredes, en que el ministro prodigaba sus cuidados a la marmita del té. Sabía que dentro de unos instantes comenzaría el interrogatorio. ¿Veía alguna esperanza de que subiera el caucho? ¿Había probabilidades de un súbito auge en el arroz? El café de Sao Paulo, los ferrocarriles mejicanos, el progreso de Río de Janeiro, etc., y finalmente la demanda de agradecimiento, el gesto protector. «He ordenado a mi agente de bolsa que compre doscientas de su última emisión», como si Erik Krogh pudiese estar agradecido al autor de «Viola y Vino» por la aportación de doscientas libras.

Las voces llegaban a él como las olas, rompiendo donde el ministro se inclinaba sobre el servicio de té y avanzado suavemente hacia él, pero morían a algunas yardas de distancia y retrocedían, para alzarse de nuevo y volver a caer sobre la mesa. Incluso la señora de rostro aquilino se había retirado, pues no se sentía capaz, como ninguna de las damas, de hablar sobre finanzas. Ni sus pacientes vigiliadas en la Opera, ni sus tertulias nocturnas, ni sus *fox-trots* con Kate en lugares escondidos, le habían servido para convencerse de que era un hombre que se interesaba por

las mismas cosas que los demás. «Ciertamente —pensó abriendo "Viola y Vino" de nuevo—, tienen razón: no entiendo estas cosas. Si al menos Kate estuviera aquí.»

El criado abrió la puerta y se le acercó.

—Una conferencia desde Amsterdam, señor.

La frase le reanimó, y momentáneamente sintió se dichoso siguiendo a través del policroma do pasillo hasta el despacho del ministro. Esperó a que el criado se alejase para coger el auricular.

—Diga —preguntó—. ¿Es Hall?

Una voz clara y débil, limpia y pulida por el viaje de tantas millas, contestó:

—Yo soy, Mr. Krogh.

—Hablo desde la Legación inglesa. Dígame. ¿Cómo van los cambios?

—Aún están bajando.

—¿Habrá comprador, verdad?

—Sí, Mr. Krogh.

—¿Procura usted mantener los precios?

—Sí, pero...

«Sí, pero... » Era la misma voz dubitativa, con ligero acento *cockney* que había sonado en el cuartito de Barcelona. «Le digo a usted que no hay rozamiento considerable.»

—Sí, pero...

Pensaba en Hall con cierta irritación; su única cualidad era la fidelidad, ya que hubo época en que ellos habían sido Jim y Erik (no Hall y Mr. Krogh), prestándose mutuamente el traje de faena y bebiendo juntos en la taberna cercana a la Plaza de Toros.

—Siga usted comprando. Y no deje que el precio

descienda más de medio entero.

—Sí, Mr. Krogh, pero...

Si Hall hubiese sido menos desinteresado, sería ahora director en lugar de Laurin. Verdadera confianza sólo podía tenerse en Hall y en Kate. Sólo Kate y Hall.

—Oiga —decía Krogh—, el *stock* apenas tiene valor, pero es preferible que esté en nuestras manos. Y procure evitar explicaciones.

Uno tenía que explicar las cosas a Hall igual que si se tratase de un chiquillo.

—Si la I.G.S. cuenta con medios para ello...

—Claro que sí. Ahora ya tenemos Rumania en nuestras manos, y en una semana o dos podremos decir lo mismo respecto a América.

—Hace falta dinero.

—Yo siempre puedo conseguir dinero.

—Ya han pasado los tres minutos —avisó la telefonista.

—Un momento —agregó Hall—, algo más aún.

—¿Qué es ello?

—Pasan de los tres minutos.

—Dongen ha... —la voz de Hall quedó cortada en dos; el teléfono silbó y gruñó, y una voz que se debilitaba exclamó: «*Une femme insensible*», y luego silencio, y unos golpecitos suaves a la puerta.

—Adelante.

—Mi querido amigo —el ministro introdujo su cabeza primero, y entró de puntillas—, no quiero molestarle a usted, pero debo alejarme un momento de esas arpías. Una mujer desagradable acaba de romperme una de mis tazas. Oh, está usted todavía telefoneando.

—No, he terminado en este momento —y colgó el

auricular.

—¡Qué vida! —dijo el ministro—. Pegado siempre al teléfono. Dinero, cifras, acciones; y eso día y noche. Ni siquiera estuvo usted anoche en la Ópera, ¿verdad?

—No, tenía proyectado ir, pero algo imprevisto ocurrió.

—¿Sabe usted? El otro día adquirí algo de su última emisión.

—Peor lo podía usted haber hecho.

—Desde luego, nunca creí que fuera capaz de ello. Soy tan lento para esas cosas. Me quedé asombrado, amigo mío, cuando vi que las listas continuaban abiertas después de doce horas.

—Hay menos dinero disponible que antes.

—Claro está; no quiero especular. Realmente, es que siempre he considerado todo lo de Krogh recubierto de oro...

Se paseaba, como un fantasma gris y preocupado, de la puerta a la ventana, y de ésta a la librería. Tenía algo que le atormentaba.

—Pero no recubierto de oro al diez por cien, sir Roland.

—Lo sé, lo sé, amigo mío, pero siempre tiene una confianza en usted. Es un hecho que yo... ¿quiere usted un *whisky*...? que yo he llevado a cabo algo que unos cuantos años atrás hubiese considerado temerario: he puesto una gran cantidad de dinero, una enorme cantidad de dinero, para mí, en esta última emisión. Puede parecer tonto que le hable a usted de este modo, pero nunca hasta ahora había puesto tantos huevos en un mismo cesto. ¡Qué caramba! Krogh, un hombre de mi edad no debiera preocuparse tanto

del dinero. Mi padre nunca tuvo que preocuparse en este sentido, ya que los consulados fueron siempre bastante buenos para él. Pero hoy día no puede uno fiarse ni siquiera de la Deuda Pública. La labor de los gobiernos, las moratorias, es todo tan incierto. Sabrá usted, Krogh, que el año pasado, dos amigos míos se arruinaron. Pero realmente arruinados. No una cuestión de verse obligados a vender el coche o los perros de caza, sino quedarse sólo con diez libras a la semana. Lo cual me hace pensar, Krogh, me hace pensar.

—Tiene usted algunas Industrias Metálicas, ¿verdad, sir Roland?

—Sí, un par de miles. Y me dan bastante. No tanto como las Krogh, desde luego, pero bastante.

—Si me permite un consejo, le diré que si yo fuese usted, lo primero que haría mañana sería ponerme en contacto con su agente de Bolsa. Creo que subirán mañana a ciento veinticinco chelines, y que aún han de subir más, hasta ciento treinta, pero dígame que venda en cuanto alcancen los ciento veinticinco. Porque antes de que termine la semana bajarán a ochenta.

—Esto es una gran amabilidad por su parte, ciertamente. Y si su emisión aún no está cerrada, creo que unos cuantos huevos más en esa cesta...

—Llame mañana a mi secretaria, miss Farrant. Creo que aún se le pueden reservar a usted un millar o así, a la par. Por nuestra amistad —brindó, con un frío intento de genialidad.

El ministro se paseaba de arriba abajo en la habitación, excitado, balanceando su monóculo, hablando de goma, de Río de Janeiro, y volviendo una y otra vez sobre las Industrias Metálicas; parecía un cervatillo voraz, cuya

codicia perdía la mitad de su importancia a causa de su actitud, infantil e inexperta. Krogh miraba y escuchaba con cierta irritación; permanecía en pie, tieso, junto a la librería que contenía algunas de las obras de sir Roland: «Punto plateado», «Había una vez una sirena» y «Un peregrino en Tesalia». Parte de su tiesura era orgullo; parte, el desagrado que no podía disimular respecto al *amateur* en finanzas, y parte, era simplemente el considerar la rudeza de su pobre pasado: la cabaña de madera y las noches en el lago, los patos salvajes y el puente de Chicago.

—¿Cuándo ha visto usted al príncipe por última vez? —preguntó sir Roland.

—El príncipe... El príncipe —dijo Krogh—. Oh, sí, la semana pasada, creo.

Un pequeño y armonioso reloj dio la hora.

—Debo irme —dijo—, ya deben haber llegado los valores de Wall Street.

Pero después de veinte años de prosperidad aún se sentía incómodo, aún tenía miedo de que algún desliz en sus modales dejara traslucir su humilde nacimiento. Observó al otro con ansiedad, sin saber si inclinarse, estrecharle la mano o simplemente sonreír; pero el otro estaba absorbido en sus asuntos financieros.

—Así, si telefoneo... —dijo el ministro, jugando con el monóculo.

De súbito, de un lejano pasado que Krogh no era capaz de determinar, emergió el recuerdo de un chiste de la más cruda indecencia; llegó con el calor de una vieja amistad renovada. Sir Roland sorprendió a Krogh riendo con una sonrisa raramente humana.

—¿De qué se ríe, amigo mío? —preguntó asombrado.

Pero el chiste, igual que un viejo amigo, no podía compartirse: pertenecía a un período diferente, más áspero, más campechano, más íntimo. Ahora Krogh se sentía avergonzado, pues no podía relatarlo a sus nuevos amigos, ni al ministro, ni al príncipe, ni siquiera a Kate: era un amigo a quien debía alimentar en secreto, darle dinero, y facturarlo de nuevo; al fin y al cabo, no volvería jamás para practicar con él el chantaje; pero le dejaba una sensación de abandono y sequedad, como si su vida se hubiese estrechado en lugar de ampliarse infinitamente.

—Nada, nada. Sólo un pensamiento. Debo irme.

Pero sonó el teléfono. El ministro cogió el auricular, y se lo pasó a Krogh.

—Es para usted. Le dejaré solo.

Toque la campanilla cuando haya terminado, y Calloway le acompañará a la salida.

Apretó afectuosamente un brazo de Krogh, y se alejó de puntillas. Sólo una vez se volvió para recordarle:

—Llamaré mañana a las once.

—Pero eso es imposible —estaba ya diciendo Krogh—. Hemos tenido informadores en todos los departamentos. ¿Qué han estado haciendo todo este tiempo? —Cuando oyó que el ministro le hablaba, dijo—: Estaré de vuelta inmediatamente. Búsqueme usted al señor Laurin; él sabe cómo hablar a esa gente.

Estaba impaciente, y se dirigió a la puerta, sin esperar al criado; pero ya en el pasillo, el sonido de las delicadas tazas de té y la imagen de tan distinguidos invitados le hicieron volver sobre sus pasos para tirar del cordón de la campanilla.

—No hace una bonita noche ciertamente, señor —dijo Calloway ayudándole a ponerse el abrigo.

—Un taxi, por favor.

Observó a Calloway de pie en medio del arroyo con dos dedos en alto, y pensó: «Quería hablarme; incluso Calloway, supongo, compra acciones. O acaso su única intención era comentar el tiempo. ¿Cómo debe uno dirigirse al pueblo? ¿En qué términos debe hablarse a un hombre con intereses diferentes, con ideales opuestos?» Un escuadrón de caballería se interpuso entre él y Calloway; el calvo criado de frac quedó oculto momentáneamente por una agitada masa de entorchados y plumas. El oficial vio a Krogh en los escalones de la Legación y le saludó agitando su mano enguantada de blanco; los caballos cabeceaban airosamente y pisaban ágiles la calle bajo la luz de los faroles, ondeando sus largas colas. Todo el público que deambulaba por las aceras los miraba pasar, sonriendo a los soldados, como si pasara algo joven, atrayente e irresponsable.

* * *

El monograma a la entrada del patio estaba apagado. Preguntó al portero:

—¿Por qué no están encendidas las luces?

—Herr Laurin envió una orden el otro día de que las luces debían estar apagadas después de las seis.

—Enciéndalas inmediatamente —ordenó Krogh.

Sobre su escritorio había una lista a máquina de los valores con que Wall Street había cerrado.

—¿Ha regresado Miss Farrant?

—Aún no, Herr Krogh —contestó su sustituta, delgada, gris, con un tic nervioso en un párpado, de pie junto a la mesa.

—Esta huelga, ¿cuándo han llegado noticias de ella?

—En cuanto dejó usted la oficina, Herr Krogh.

—¿Avisan que se iniciará mañana?

—Mañana a mediodía.

—¿En cuántas fábricas?

—En tres.

—¿El organizador?

—Nuestro informador en Nyköping dice que un tal Anderson.

—¿Motivada por un despido, o una simple cuestión de jornales?

—El informe de Nyköping (ahí está, Herr Krogh, junto a las flores), sugiere que hay algo de influencia de América...

—Desde luego —afirmó Krogh—, eso es obvio. Pero ¿con qué pretexto?

—Cuentan cierta historia sobre las pagas tan bajas que está usted ofreciendo en América; la desmoralización que esto crea allí: paro.

—¿Por qué han de preocuparse de lo que ocurra en América?

—Ese Anderson es socialista...

—Haga venir aquí a Herr Laurin inmediatamente. No podemos perder tiempo. El sabe cómo hablar a esa clase de gente.

Era para lo único que Laurin servía; él lo había promovido a la Dirección sólo por eso: había ocasiones en que se necesitaba un hombre cuya cualidad principal fuese la amabilidad, el poder de hacerse con las voluntades de los obreros.

—Ya he intentado encontrar a Herr Laurin. Pero no está en Estocolmo.

—¿Pero volverá?

—He llamado a su casa, y dicen que está enfermo en cama. ¿Llamo a Herr Asplud o a Herr Bergsten?

—No —dijo Krogh—, no me servirían para nada. Si al menos estuviese Hall aquí.

—¿Debo enviar un coche a Anderson? Así podría usted entrevistarse personalmente con él, Herr Krogh. No tardará diez minutos.

—Sus sugerencias —espetó Krogh con aspereza— son inútiles. Iré yo mismo a buscar a ese hombre. Téngame listo el coche dentro de cinco minutos.

Volvió la vista a los valores de Wall Street e intentó leer. No tenía idea de lo que diría Anderson. E. K. en el cenicero; E. K. en la alfombra; E. K. destacando por encima de la fuente, mientras él meditaba; E. K. sobre la entrada; estaba rodeado de sí mismo, y le parecía que eso era lo que le había ocurrido siempre. ¿Qué podría decir a Anderson? Podía ofrecerle dinero; pero ¿y si no era dinero lo que quería?... Tendría que mostrarse amistoso, animado, hablándole de hombre a hombre. Parecía una cruel injusticia el hecho de que Laurin, el hombre a quien ayer mismo había olvidado tan fácilmente, Laurin el despreciado, no hallase dificultad alguna en hablar con tales gentes. ¿Cómo empezaría Laurin? Seguramente con un chiste, y así es como se los metía en el bolsillo.

«Yo también —pensó Krogh— debo hacer algún chiste.» Arrancó una hoja del bloc de notas y escribió: «un chiste». ¿Qué chiste? ¿Aquel que en casa del ministro le había hecho sonreír? Había surgido de un secreto pasado y llevaba consigo la ternura y la belleza que va unida siempre a los recuerdos de una juventud desgraciada que no puede

olvidarse nunca. Pero vio que ya no podía volver a sonreír, que estaba en un momento de melancolía, por lo que tuvo que renunciar al empleo de su chiste para salvar la situación. Y no sabía ningún otro.

«¿Y después —pensó— qué más? ¿Qué habría dicho después Laurin? Quizá podría preguntarle por su familia...» Llamó a su secretaria, y junto a la palabra chiste escribió: «una esposa, dos hijos, uno en la fábrica y una hija de diez años». Escribió las palabras cuidadosamente, casi las dibujaba, pero luego rompió el papel y arrojó los pedazos al suelo. No era posible trazar una relación entre seres humanos del mismo modo que una gráfica de producción. Intentó envalentonarse: «Esto me conviene. Me he dedicado demasiado a las finanzas, y ahora he de aumentar mi experiencia. Vayamos al aspecto humano». Pero agregó: «Sin duda hubo una época en que yo vivía en medio de otros hombres». Pero cuando intentó recordar algo, sólo vino a su memoria el agua goteando de los remos, su padre sentado y silencioso, la luz del alba y el retorno cansado.

¿Y los remachadores en el puente? ¿No eran amigos míos? Sin embargo, cuando comía el *hot-dog* en aquella esquina, había estado solo, solo también en aquella hamaca (no podía recordar ni un solo rostro femenino); de aquellas amistades sólo quedaba un chiste obscuro. Pero luego apareció Hall. Habíamos bebido vino tinto barato juntos cerca de la Plaza de Toros y hablado. En otro tiempo Hall desempeñaba un buen papel durante una fiesta. Hablábamos desde media noche al amanecer. ¿De qué? La máquina, la fricción, la expansión de los metales...

Reducción Aérea
Alaska Juneau
Alianza Química

94 $\frac{1}{2}$	94 $\frac{3}{4}$
20 $\frac{1}{4}$	20 $\frac{1}{2}$
148	148

Lanas Americanas	13 $\frac{1}{2}$	14
Aceros BetWehem	40 $\frac{1}{8}$	41 $\frac{3}{4}$

Apenas se enteraba de lo que leía.

—Su coche, Herr Krogh.

—Ya lo he oído. Voy en seguida.

Cobre de Chile	14	14
Colgate, Palmolive	15 $\frac{1}{2}$	16 $\frac{1}{8}$
Conservas Continentales	76	77

Pasó al final de la lista: Alcohol Industrial de EE. UU., Goma de EE. UU., Aceros de EE. UU...

Compañía Woolwerh	49 $\frac{1}{4}$	50 $\frac{3}{8}$
Bombas Worthington	24 $\frac{1}{2}$	25 $\frac{1}{2}$
Láminas y Tubos Youngtown	26 $\frac{1}{2}$	27 $\frac{1}{2}$

Pensó con desagrado que era un hombre tímido.

Ya no le proporcionaba satisfacción la idea de que pronto una compañía bajo su dirección estaría en aquella lista, como en Estocolmo, Londres, Amsterdam, Berlín, París, Varsovia y Bruselas.

Una broma, unas preguntas acerca de la familia; ¿... quizá ofrecerle un cigarrillo?

* * *

—Oye —dijo Kate—, éste es el ascensor.

No podía ocultar su ansiedad; lo había planeado todo, pero se decía que tratándose de Krogh no se podía estar seguro del resultado.

—¿Qué harás —preguntó Anthony— si no me acepta?

—¿Y tú que harás?

—Oh, me largaré. ¿Por qué tiene uno que preocuparse?

Era un vagabundo innato acostumbrado a viajar largas distancias con el estómago vacío. Ni flaqueaba ni se moría; combatía en un tipo de guerra en que la supervivencia era la mayor victoria. Kate permanecía de pie, pálida, entre la biblioteca de Krogh y la puerta de su cuarto, y Anthony sabía que temía por él. A él le hubiera gustado explicarle la falta de fundamento de sus temores, pero le faltaban las palabras apropiadas.

—Ya he estado otras veces en el arroyo antes de ahora —dijo, pero incluso a él le pareció que eso no servía para conseguir el éxito; aunque constituyera una victoria la prueba de haber resistido.

La felicidad era una diversión incidental: la muchacha o la copa inesperada. Era acaso la única lección bien aprendida en la escuela, la lección enseñada por los trece años de hastío, cansancio y miedo. Pasó algún tiempo y los males llegaron a su fin; había cambios súbitos, momentos de dicha, enfermedad, té en la habitación de la patrona, pruebas que llevaban consigo popularidad pasajera. Incluso se adaptaba uno a las circunstancias después de cierto tiempo, y aprendía el secreto para ser tolerado, y llevar con convicción tan común uniforme.

Pero consideraba que Kate era diferente; tenía ambición y quizá la mayor diferencia (ya que él también tenía ambición; dígalo si no el calentador del puño del paraguas: la ambición de gastar dinero) era que ella tenía esperanza. En cambio, en él, bajo la radiante *bonhomie* de su mirada, en su fuerte apretón de manos o en las fáciles bromas, se ocultaba un profundo nihilismo.

Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono de

protección, como si hablara a una chiquilla irreponsable, a una chiquilla imaginativa, con ideas propias.

—No te preocupes, Kate, por lo que Krogh diga. En realidad sabes muy bien que no tiene mucha importancia. Entretanto podemos divertirnos, ¿no te parece? Enséñame todo esto. ¿Son suyos estos libros?

—Sí.

—¿Los lee?

—No creo.

—¿Qué hay aquí?

—Su dormitorio.

Ella estaba incómoda; él, en cambio, se sentía mayor, más seguro de sí, y con más experiencia que ella. Se hallaba en su elemento, acostumbrado como estaba a matar el tiempo, y más capaz que cualquier otro de ahuyetar aprensiones. Había habido una época en que dormía en incómodos e improvisados lechos, viajando de polizón en los trasatlánticos, esperando con temor que una mano le cogiera por la solapa, la mano del oficial vestido de blanco dril. Pero los años le habían acostumbrado a ser agradecido con la fortuna momentánea, y a no preocuparse del futuro. Empuñó la puerta corrediza del gran armario y descubrió un bosque densísimo de trajes.

—Lo mismo que una tienda de ropas usadas —comentó—. ¿Los compra al por mayor? —y empezó a contarlos; pero cuando llegó a los veinte se detuvo—. El género es bueno, pero el corte... Este rojo es un poco fuerte, ¿no crees? Y las corbatas; parece tener muchas, pero los colores... —Pendían unas junto a otras, como abigarrados peces tropicales muertos—. No quisiera ser visto con ninguna de ellas. Estos extranjeros no saben

vestir. ¿Tú no le habrás ayudado a escoger?

—No, tiene un encargado de compras.

—He ahí un trabajo apropiado para mí. ¡Y qué magníficas comisiones podría conseguir! ¿Pero él no ve las prendas antes de que las compren?

—No tiene ni una que le venga bien. Sus medidas hace dos años que no se las han tomado. Los trajes vienen en partidas como ésta. Dos veces al año.

—Pero ¿y por qué?

—El siempre había comprado ropa hecha antes de ser quien es, y creo que no ha ido jamás a un sastre. Me parece que les tiene miedo. —Se paró dubitativa—. Es un hombre tímido. Y además, tiene tantas preocupaciones.

—Hay que ayudarle. En primer lugar, le libraremos de esas corbatas.

—No —interpuso Kate de súbito—, no.

Continuaba de pie entre las dos habitaciones; no estaba de acuerdo con sus deseos de inspeccionarlo todo. Anthony notó que sus labios necesitaban ser pintados, pues estaban demasiado pálidos; no hacían juego con su vestido. Y pensó: «¿Es Krogh uno de esos hombres que no encuentran bien la pintura ni los polvos? ¿Qué derecho tiene a exigírselo así?» Y agregó en voz alta, con cierta rabia:

—Barreremos toda esta porquería.

—Déjalo tranquilo.

Su enfado desapareció con la misma rapidez con que había empezado.

Escuchó con melancolía su voz, que se alzaba en defensa de Krogh, como si alguien a quien conociera íntimamente años atrás no le hubiese reconocido en la calle, como si este amigo hubiese pasado a un mundo distinto en el

que ya no tenían recuerdos en común. La Kate que se quedaba junto a su cabecera mientras los demás iban a tomar el té, la que le despedía diciéndole: «Debes irte, o perderás el tren», la que había pedido dinero prestado para él, la que planeaba, la que decidía, estaba ahora muy lejos de esos recuerdos y en su lugar estaba Krogh.

Miró los trajes, las corbatas, el acero y el vidrio de la cama; y luego se dio cuenta por primera vez del reloj de platino y los valiosos pendientes que ella llevaba.

—Bien —dijo—, podrá arreglarse sin mí. Mañana me procuraré el billete de regreso.

—Tendrá que contratarte —afirmó Kate.

—¿Porque tú le quieres?

—No, porque yo te quiero.

—Querida, no he encontrado nunca a nadie como tú. No hay duda de que la sangre es algo más densa que el agua. ¡Cuánto me odiarías si no fuese tu hermano!

—Eso no es cierto.

—No tienes más que pensar un poco: los pisos baratos, los prestamistas, los empleos perdidos, los horribles amigos que llevaría a casa para que compartiesen mi pobre cena de arenques ahumados. No, no; no sabes lo que es el mundo, ni sabes lo que es querer cuando dices que me quieres.

Rompió a reír al ver cómo le escuchaba atentamente.

—Es simplemente afecto familiar.

—No; yo te quiero. Y volvería mañana a Londres contigo si no te diera trabajo.

—Yo no te dejaría. Te pelearías con las patronas. Y, ¿qué hay detrás de esta puerta? ¿Su despacho?

—No, ése es mi dormitorio.

Anthony hizo balancear la masa de trajes. ¡Dios mío! Ese traje rojo molesta a la vista. Y esas corbatas. ¿Cómo puede nadie llevar esas cosas?

—Si yo fuese un accionista, ya no volvería a confiar en un hombre así.

—Y de Erik... —dijo ella, con un enfado súbito, como una cerilla que se inflama entre los dedos—. ¿Esperas acaso que confíe en un hombre con una corbata engañosa, y que ha sido echado a la calle de más empleos de los que jamás podía contar?

—Alto ahí —interrumpió Anthony—. Alto ahí. —Se acercó a ella—. Si hubiese querido, hubiera hecho muchísimo dinero, usando tu sistema.

Ella inició una rápida bofetada con su mano crispada, pero él cogió al vuelo su muñeca con una presteza que le venía de una larga práctica, y pensó: «¿Cuántas veces ha pasado ya esto? ¿Cuántas veces, y con quién?»

—Tienes toda la razón —murmuró, soltando su mano—, existe Maud.

—Admitía que se había equivocado, de acuerdo con la fórmula que siempre tenía a punto—. Estaba celoso de ese antipático. Debe quererte sin duda, Kate. Es la única explicación.

—Afecto familiar —comentó Kate.

Y él pasó por alto el inciso. La vida era demasiado corta para entretenerse en discusiones, y por ello ya estaba dedicando a su hermana toda su técnica en el arte de la reconciliación. Se olvidó de Krogh, incluso podría decirse que se olvidó de Kate, que para él, en aquel instante, era tan sólo una figura barroca: era Maud, Annette, la dependiente del bar Corona y Ancora, la americana que conoció a bordo del *Ciudad de Negpur*, la hija de su patrona en aquella

aventura de la calle Edware.

—Querida —dijo—, me gusta mucho el tono de tus labios. ¿Es una nueva creación, no?

Y al instante recordó que no los llevaba pintados; lo había dicho automáticamente; lo mismo podría haberse referido a su vestido o a su perfume.

Pero Kate contestó:

—Sí, sí. Es una creación nueva. Me alegro de que te guste.

—Kate, eres sorprendente.

Pero el sonido de una llave en la cerradura del recibidor le hizo perder su aire de confianza. Esto le ocurría siempre a su frescura, a su aire de chiquillo que sabe un par de cosas; vivía para el momento y nunca se hallaba preparado para la crisis súbita, el rostro desconocido o la nueva ocupación. Antes de seguir a Kate hasta el salón, miró a su alrededor como si buscase un escondite en la cama, el armario o la puerta.

Pero recobró su compostura en cuanto vio a Erik Krogh; incluso sus celos desaparecieron. El hombre era un infeliz extranjero, al fin y al cabo; llevaba un traje con un dibujo excesivamente llamativo, y su corbata no encajaba. Y en su aspecto físico nada había que pudiese rivalizar con Anthony. Era alto y hubo sin duda un tiempo en que poseyó buena figura, pero había adquirido ya una obesidad poco elegante; sin duda falta de ejercicio. Era uno de esos hombres que lucen más vistos en público que en privado. Anthony consideró asombroso, casi increíble, que ése fuese Erik Krogh, y de nuevo acudió a su mente la idea de todas las veces que había fracasado, de todas las veces que había perdido la ocasión del éxito: sólo se trataba de suerte. Allí

estaba el ejemplo.

—Me alegro de que estés de vuelta, Kate —empezó Krogh, sin quitarse siquiera el sombrero.

Miraba a Anthony con recelo, y se veía que estaba demasiado cansado para ser cortés. El cansancio fluía de su persona como un ectoplasma visible en la penumbra. Ligeros ruidos llegaban por el pasillo y se filtraban a través de la puerta, ruidos de pasos, de las puertas de los ascensores, alguien tosía, y un pájaro marino graznaba al otro lado de la ventana.

—¿Dónde has estado, Erik?

Él cerró la puerta cuidadosamente, cortando así el hilillo de luz que entraba del pasillo.

—Hay un periodista espionando ahí fuera —explicó.

—¿Qué es lo que quiere?

—No lo sé —contestó, mientras buscaba un sitio en que dejar el sombrero.

—Éste es mi hermano. Ya recuerdas. Te cablegrafié algo...

Volvió a colocarse en la parte iluminada de la habitación, y Anthony pudo ver cómo sus cabellos se apartaban de las sienes, dando una falsa impresión de mucha más frente de la normal.

—Encantado de conocerle, Mr. Farrant; mañana hablaremos. Esta noche debe usted excusarme, porque hoy ha sido para mí un día agotador.

Y se quedó esperando que Anthony se fuese. Más que de rudeza, daba impresión de torpe desmaña.

—Bien, así me iré al hotel.

—Deseo que haya tenido usted un buen día.

—Bien, buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Podrás entretenerme solo, Tony? —preguntó Kate.

—Oh, ya encontraré algo... quizá los Davidge.

Salió al pasillo y cerró la puerta con lentitud. Tenía curiosidad por saber cómo se saludarían una vez solos, pero todo lo que oyó decir a Krogh, al cabo de una pausa, fue:

—Laurin está enfermo.

A través de las paredes de vidrio del ascensor pudo ver bajo él el gran patio, espléndidamente iluminado, la cabeza calva del portero inclinada sobre el libro de visitas y dos hombres sentados uno a cada lado del vestíbulo, Indistinguibles hasta que pudo ver sus chalecos, sus piernas, sus zapatos, hasta que los tuvo frente a frente a través de la puerta del ascensor. Salió de éste y cerró la puerta, y cuando se volvió, ellos se habían puesto de pie y le miraban. Uno de ellos, joven, se adelantó hacia él y le dijo algo en sueco.

—Soy inglés —repuso Anthony—. No le entiendo.

Y por encima del hombro de su interlocutor pudo ver cómo aparecía una sonrisa en el rostro del otro. Este, pequeño, arrugado, de aspecto casi mísero, con una colilla de cigarro entre sus labios, se adelantó ofreciéndole la mano.

—De modo que es usted inglés, ¿no es eso suerte? Yo también lo soy.

Había algo en sus modales, algo desagradable que Anthony recordaba muy bien. Eran los modales de cierta profesión, inconfundibles, como aquella maleta de golf que guardaba las piezas principales de un aspirador de polvo.

—No quiero comprar nada —se apresuró a decir.

El sueco continuaba a su lado, con la cabeza inclinada, escuchando atentamente con la esperanza de entender algo.

—No, no, se equivoca usted —dijo el otro—. Mi nombre es Minty. Venga a tomar una taza de café. Yo no soy ningún extranjero aquí; puede preguntarle al portero o a Miss Farrant.

—Miss Farrant es mi hermana.

—Debiera haberlo imaginado. Tiene usted su mismo aire.

—No quiero tomar café. ¿Y quién es usted a fin de cuentas?

El hombre arrojó su colilla; estaba tan dura y apretada como un trozo de yeso, y dejó tras de sí unas cuantas chispas amarillentas. Aplastó con el tacón sus restos sobre el suelo de vidrio negro.

—Ah —dijo—, es usted desconfiado. Veo que no se fía de Minty. Pero de nadie más en Estocolmo podrá usted obtener tan estupendas historias a los precios que ofrezco.

—¡Oh! ¿Son ustedes periodistas, no? ¿Siempre le están siguiendo? ¿Un cigarrillo?

—Todo él es noticia —repuso el mísero hombrecillo, cogiendo dos pitillos—. Y si supiera usted cuán pocas noticias hay en este lugar, comprendería todo el esfuerzo que me veo obligado a hacer. Éste es Nils, que tiene el asunto resuelto, porque está en la dirección, pero yo no puedo permitirme el lujo de dejar escapar nada. —Tosió con una tos prolongada, saturada de hedor a tabaco—. Krogh lo es todo para mí; es la pensión, es el café, es los cigarrillos. Mi único temor es que muera antes que yo; un par de columnas para el funeral, las coronas, etc.; media columna de tributo a su memoria todos los días durante una semana, y después se acabó, y adiós a Minty.

—Bueno —dijo Anthony—, debo irme. ¿Viene usted conmigo?

—No me atrevo. Puede salir otra vez. Ha estado esta tarde en la Legación inglesa y salió temprano de allí, extraordinariamente temprano, y me cogió desprevenido. Yo me había ido al otro lado del puente, y ya no puedo perderle por segunda vez en el mismo día.

—No volverá a salir porque está rendido.

—¿Rendido? Quisiera saber la razón.

—¿Acaso porque Laurin está enfermo?

—Oh, no. No sería por eso, Laurin no tiene importancia; nadie se preocupa de él. ¿No dijo nada sobre una huelga? Hay algunos rumores...

—Estaba demasiado cansado —dijo Anthony— para discutir nada conmigo. No obstante, le veré mañana.

—Quizá podríamos —sugirió Minty—... ¿tiene usted una cerilla...?, llegar a un acuerdo. Me interesan bastante las pequeñas historias íntimas. ¿Qué es usted realmente? ¿Es nuevo aquí, sin duda?

Fumaba mientras iba hablando, sin quitarse el cigarrillo de la boca; su rostro se veía gris entre las bocanadas de humo que de vez en cuando quemaban sus ojos.

—Sí, acabo de llegar, voy a tener un puesto de confianza.

—Estupendo, trabajaremos juntos. Dé un cigarrillo a Nils; es un buen muchacho. —Se puso a buscar algo por los bolsillos de su estropeado traje—. Bien veo que me he venido sin tarjetas, pero escribiré mi dirección en este sobre. —Mientras sacaba un trozo de lápiz fijó su vista en la corbata de Anthony con súbito interés, como una chispa en medio de impenetrable negrura—. Veo que ha estudiado usted en aquellos viejos sitios. ¿Qué días aquellos, eh? Pero

sin duda Henriquez es de los tiempos anteriores a usted, lo mismo que Patterson. No podrá usted recordar al viejo Tester. Me hubiera gustado quedarme con ellos. ¿A qué sección pertenecía usted?

—¡Oh! —exclamó Anthony—. El encargado debe ser posterior a los que usted conoce. Le llamábamos... Stedger. —y añadió—: Pero no esperará usted aquí toda la noche, ¿verdad, Minty?

—Me iré a medianoche. A casita y a la botella de agua caliente. ¿Ha vuelto usted por allí últimamente, Mr. Farrant?

—¿Volver? ¡Ah! Se refiere usted a Harrow. No, hace mucho tiempo que no. ¿Y usted?

—No he vuelto desde los años de Matusalén. —Sus ojos estaban nublados por el humo del cigarrillo, y se veían sanguinolentos y llenos de lágrimas—. Pero siempre mantengo contacto. De vez en cuando organizo una comida. Cuento con el ministro, que es de Harrow, y además poeta.

—Se ven ustedes a menudo, entonces.

—Sí; pero intenta no reconocer a Minty.

—Estoy cansado —interrumpió Anthony—. Debo irme. Espero volverle a ver de nuevo.

Le alargó la mano y vio cómo Minty se daba cuenta de los remiendos en los puños de su camisa.

—Tratándose de una historia interesante —dijo Minty—, debiera pagarle por adelantado, pero de todos modos tendrá que concederme la exclusiva. Va usted a tener mucha gente a su alrededor pidiéndosela, en cuanto ingrese en Casa Krogh. Pero no les haga caso; son un montón de extranjeros detestables. He vivido aquí veinte años y sé lo que me digo. Además, creo que los de Harrow debemos ayudarnos mutuamente.

Se volvió con rapidez al oír que desde un piso superior alguien reclamaba el ascensor, y se quedó mirando cómo la celda de cristal ascendía. El joven sueco permanecía de pie a su lado mirando lo que él miraba, volviéndose adonde él se volvía, con la devoción de un paje del período isabelino que ha seguido a su monarca a la pobreza y al destierro.

Anthony los dejó, y atravesando las puertas del edificio se encontró en la calle Visby. El lago Mälaren acariciaba dulcemente los últimos escalones de piedra, y la amura de un vaporcito rebasaba un poco el nivel de la calle. La luz de un farol alcanzaba a iluminar el agua ondulante junto a la piedra. En el puente, dos marineros jugaban a las cartas.

«Cartas —pensó Anthony—, me gustaría jugar a las cartas.» Hizo sonar las escasas monedas que guardaba en el bolsillo y se puso a observar, intentando dilucidar a qué jugaban. El barco rozaba el borde de la calle, y un gato negro se paseaba por cubierta, afilándose las uñas en las juntas de las tablas. Podía oír los tranvías que pasaban junto al Ayuntamiento, y mientras contemplaba a los jugadores, uno de éstos le miró y le sonrió. Se subió el cuello de la chaqueta y echó a andar hacia un hotel. «Este lugar —iba pensando— es tan bueno como otro cualquiera; por lo menos, es mejor que Shanghai, y creo que entendiéndome con Minty podré ganar lo suficiente para mantenerme durante una temporada.» «De momento, permaneceré aquí una semana, aun cuando Krogh no me contrate», se dijo, al llegar a su alojamiento, y abriendo la ventana, se inclinó hacia fuera en el aire frío y húmedo de la noche. Viendo una gaviota que planeaba con sus largas alas

extendidas, a través de la estrecha calle, pensó de pronto en el martes, y en la necesidad imperiosa de pedir dinero a Minty, a Kate o a Krogh. «¿Qué haré con ella? Ah, sí, le regalaré el tigre. Se creyó todo lo que le dije en Gothenburg. Será necesario que busque un parque o un lugar barato de diversión. Se llama... se llama... Davidge, y viene de Coventry, me dijo.»

La gaviota plegó sus alas y fue a posarse en el depósito de basura del hotel.

«Bien; Kate no quiere el tigre, y además el jarrón está roto.»

«Kate y Krogh —pensó—, y yo y Maud.» Cerró los ojos un momento, y cuando volvió a abrirlos, la gaviota se había ido. «Estábamos en la era y me dijo: Vuelve. Tenía razón, porque hacía dos años que era el alumno más aventajado.»

«Y cuando estaba junto a mi cama, yo era feliz, aunque corría el peligro de perder el ojo.» «Y el día de la despedida estaba yo tan excitado que al volverme a coger las maletas me arañé con un clavo y no sentí nada. En cambio, cuando estaba en Aden, le envié tan sólo una postal.»

«Nunca más volvimos a estar juntos; ella, que sabía descubrir cuándo algo me atormentaba; yo, que adivinaba siempre sus preocupaciones. Dicen que eso es lo malo de ser hermanos gemelos, pero yo opino, por el contrario, que éramos felices conociéndonos tan a fondo. Esta es ahora la maldición, el desconocernos.»

«Y ahora Krogh está con ella.»

Empezó a desempaquetar sus cosas con rapidez. Todo cuanto iba sacando de la maleta que ella le había comprado en Gothenburg, le confirmaba en su idea de que

hay cosas inevitables, de que muchas ilusiones han de considerarse perdidas en el pasado y de que la vida hay que tomarla como presente, con éxito o con fracaso. La arrugada fotografía de Annette que arrancó de su marco, las corbatas que se había guardado en los bolsillos al abandonar el piso, sus nuevos pantalones, sus nuevos chalecos, sus nuevos calcetines. «Los cuatro hombres juntos» de la edición Tauchnitz, su pijama azul, y un número de «Humor en el Cine». Volvió sus bolsillos: un lápiz, una estilográfica de media corona, un estuche de naipes, vacío; un paquete de cigarrillos de Rezcke; y como último efecto de sus bienes, el traje que llevaba puesto.

Había comprado un molde para planchar corbatas, y con cuidado lo introdujo en su corbata de Harrow; las demás podían esperar turno. Colgó su chaqueta en una silla, extendió los pantalones debajo del colchón y se tendió en la cama sin quitarse la camisa; estaba cansado, había pasado por la terrible prueba de las caras nuevas y se hallaba ahora en el momento de estudiar qué era lo que le convenía. Había yacido en una cama desconocida muchas más veces de las imaginables; pero nunca había quedado tan cansado de tanto pensar y levantar castillos en el aire, como ahora, con tan escaso resultado.

«Debo ir a medias con Minty hasta que consiga un buen empleo.» Cerró los ojos y de súbito, sin previo aviso, surgió en su cerebro aquella claridad que le permitía adivinar los pensamientos de Kate. Era como si en la «tierra de nadie» que les separaba, a través de los pueblos hostiles y más allá de todas las intrigas, se hubiese arrastrado un abnegado escucha, y llegando a la frontera, hubiese empalmado los dos cables, restableciendo la comunicación

entre ambos. Ahora ella le decía que todo iría bien, que estaba organizando algo y, sobre todo, que seguía queriéndole.

«Pero esto último —pensó él—, esto último sólo ocurre conmigo y Maud, contigo y Krogh.» «Este es mi dormitorio», había dicho ella al señalar él una puerta, y poco después había intentado abofetearle.

Anthony saltó de la cama y continuó desnudándose. Pero la habitación era fría y apenas tenía muebles. Cerró la ventana, arrancó la policroma portada de «Humor en el Cine» y la pegó en la pared con un trozo de jabón: una muchacha, de piernas esbeltas, sentada en un columpio, vestida con un bañador verde. Arrancó asimismo una fotografía de Claudette Colbert en el baño romano y la colgó de una percha. Con un poco más de jabón puso sobre su cabecera dos mujeres desnudas jugando al *poker*.

«Bueno —pensó—, esto ya es un poco más confortable», y se quedó en el centro del cuarto pensando qué haría para conseguir que aquello pareciese un verdadero hogar, mientras escuchaba los gemidos extraños que al otro lado de la pared hacían las tuberías de la calefacción.

* * *

Estoy despierta y Erik duerme apoyando su mano, tan fría en mi costado.

Todo calla. Sólo me dijo: «Laurin está enfermo», pero sé que no es eso lo que le preocupa. ¡Estaba tan cansado! Nunca lo ha estado tanto, ni su mano tan fría. Ahora Anthony debe dormir... con aquella cicatriz bajo el ojo, que le hizo el cuchillo al resbalar en la piel de conejo; ¡cómo gritaba!

Me desperté a medianoche sintiéndole a cinco millas de mí, y sabiendo que se hallaba en un apuro. Papá estaba enfermo, ese día tenía un extenso examen de francés de verbos irregulares y dos veces la profesora salió conmigo a los lavabos, yo le hablé y ella me dijo:

—No puede usted hablar hasta que haya finalizado su ejercicio.

Erik me ha dicho: «La huelga está resuelta. Lo he solucionado tan bien como podría haberlo hecho Laurin. Le expliqué un chiste, le pregunté por su familia, le di un cigarro. Y le he ofrecido la garantía de que los sueldos en América no bajarán más. Pero se lo he dicho de palabra». Estaba cansadísimo.

Continúo despierta, sintiendo su mano tan fría y todo en silencio.

Me ha preguntado qué es capaz de hacer mi hermano ... Tarjetas postales desde Aden, aspiradores de polvo, las camareras del bar, era lo que rodaba por mi mente, pero le he dicho que siempre ha estado fuerte en Aritmética. Y me ha contestado que no podía hacer nada por él. Le he explicado cómo vació las barracas del tiro al blanco en Gothenburg aquella noche. Nunca creí que esto le llamara la atención a Erik. «Le daré trabajo», me ha dicho.

Trabajo; como el de la polvorienta oficina de Leather Lane. En la que él se sentaba en una única silla de la habitación con los guantes puestos, mientras Hammond le ponía dificultad tras dificultad, con los lentes que resbalaban de su nariz puntiaguda, en su cara ratonil, mientras se escuchaba su voz de falsete. Aquel negocio se liquidó, y quedó en manos de los acreedores.

Cuando dejé Inglaterra, me dijo mi padre que

desearía verme junto a Anthony. Me dijo también que debería ir con cuidado por el mundo, donde siempre hay tentaciones. Pero él nunca había sido tentado, y no sabía lo que la palabra significaba. Eran sus últimos días, en aquel ambiente que olía a medicinas, con la enfermera a la puerta de su cuarto. En la librería de caoba tenía la colección completa del «Punch», encuadernada en tela azul; su tío había conocido a De Maurier y él explicaba siempre el efecto que «Trilby» había hecho al público. Una vez me dijo: «No me gusta Miss Mollison. Una muchacha no debe dejarse ver en compañía de un jefe de oficina». Ésas eran sus normas morales: No muestres tus sentimientos. No ames inmoderadamente. Sé casta, prudente, paga tus deudas. No compres a crédito. Cuando tratamos de la inscripción para su última morada, pensé que *devotos*, *devotos hijos* era demasiado fuerte. Pero Anthony opuso que *devotos* era cuatro letras más barato, y resultaba igual que lo que yo sugerí para sustituirlo.

En cambio, el *su amante esposo* sobre la tumba de mamá, indicaba que él no se había preocupado por seis letras en favor de la economía.

Leía a Shakespeare, Scott y Dickens y estuvo haciendo crucigramas toda su vida. Muy inglés. Era un hombre de honor, y su mano estaba siempre tan caliente como la mía. ¿Por qué no podía estar yo de acuerdo con sus aferradas opiniones?

Había dos razones. Quería precisar y recordar claramente, porque es en las horas muertas de la noche cuando los sepulcros dejaban escapar a los difuntos.

No le interesaba «La novia de Lammermoor», objetando que era exagerada, y en realidad la obra de un enfermo. Y estaba seguro de que «Troilo y Cresida» no era

de Shakespeare, porque Shakespeare no era un cínico. Tenía una profunda confianza en la bondad de la naturaleza humana. Sé casta, prudente, paga tus deudas y no ames inmoderadamente.

Había dos razones, Anthony aprendió (las palizas en su cuarto, las lágrimas ante la puerta de la escuela) a guardar silencio cuando se le exigía; Anthony aprendió (la paliza en el despacho cuando trajo a casa aquel libro obscuro) a respetar a las hermanas de los demás. Y Anthony en Aden, en Shanghai. Anthony cada vez más lejos de mí; él quería a Anthony, pero él arruinó su vida, y, a su vez, estuvo atormentado por Anthony hasta el fin.

Estoy sumida en la oscuridad. Enk duerme, con su mano fría en mi costado. Todo calla; sólo el Strand (un poco de agua y una calle entre nosotros) parece estar más oscuro que nunca.

No puedo comprender por qué piensa darle trabajo. Quisiera despertarlo y preguntárselo, pero está tan cansado!, además, se creería que le necesito. Sólo una vez le he necesitado: aquel día que vino a comer un embajador, y yo me emborraché. El primer secretario me tiraba del vestido mientras ellos hablaban de negocios en la otra estancia. Yo decía: «¿Para qué? ¿Qué podemos hacer? ¿No ve usted que van a entrar de un momento a otro? Tenga, más coñac...» Era tan alto como Anthony, y con la cicatriz de un duelo bajo el ojo derecho (visto en el espejo del comedor era bajo el izquierdo), me enseñó frases en su lengua y nos estuvimos riendo. Mientras los otros hablaban y hablaban en el cuarto inmediato, le pregunté si sabía degollar conejos, y creyó que estaba loca.

Aquella noche necesitaba a Erik, a Erik que decía

incesantemente «van a aprobar el empréstito, van a aprobar el empréstito», y no podía dormir. Tampoco yo, y pronto ambos estuvimos igualmente cansados, a causa de la cicatriz del uno y del empréstito del otro. Aquella noche...

Cuando papá agonizaba, Anthony estaba en las proximidades de Marsella, y yo miraba la luz eléctrica encendida hasta las siete de la mañana, debilitada por una espesa pantalla para no molestar al enfermo. La enfermera leía, las teteras hervían, los paños esterilizados estaban preparados en un pote, cubiertos con gasa. Era el año que pasé en el hospital poniendo siempre el yodo donde debiera poner la vaselina.

El jarrón azul se rompió y Anthony dijo que aún nos quedaba el tigre. «Le daré trabajo», ha dicho Erik, y ahora apoya su mano en mi costado y sus pies tocan los míos.

En todas partes miraban las mujeres a mi hermano; cuando se volvía, cuando sonreía. En Gothenburg los ojos de aquella muchacha no se apartaban de él, aquella cara mal pintada, con una inocencia y una confianza que piden ser traicionadas. Olvidamos a los que amamos, y siempre recordamos a quienes traicionamos. Me ha dicho: «Le daré el tigre».

El día de mi decimosexto cumpleaños me llevó al teatro. Yo miraba el reloj, y cuando marcó las 6.43 exclamé: «Es mi cumpleaños». Un cómico salió a las tablas con un cordero dibujado en los pantalones.

Es como los recuerdos de una anciana pareja que ha compartido los primeros secretos, los primeros engaños, las primeras bebidas. Íbamos a beber *bitter*. El no podía beber cerveza, pero yo, aguantando la respiración, conseguí acostumbrarme al jerez. Después nos íbamos a comer manzanas a Mornington Crescent para que no se nos notase

el olor de la boca.

Siempre engañando a papá. Y luego, sus *devotos hijos*.

El año que yo hacía mis prácticas en el hospital vino Anthony a verme e intentó convencer a la encargada de que le comprase un aspirador. Abandoné el hospital, las mesas desinfectadas con éter, los algodones, la gasa, las luces con pantalla, para irme con Anthony, que silbaba una nueva melodía. Yo tenía quince chelines, y él tenía cinco. Nos fuimos al cine, luego al club de la calle de Gerard, a beber la última copa, ya que él no me dejó beber ninguna otra, porque decía que las muchachas como Dios manda, no beben. Cuando se fue al extranjero yo me fui a Leather Lane, a trabajar en contabilidad y taquigrafía, junto al ratonil Hammond. Desde aquel momento, podría decir a mis biógrafos, ya no me preocupé más de lo que dejaba tras de mí. Todos los esfuerzos que empecé a hacer conducían hacia nuestro encuentro.

El mercado no presenta variaciones. La primitiva firmeza se mantiene, la proporción es más alta, hay más interés, se sube, se sube...

Ahora debe dormir. Anthony, no te preocupes, nuestro futuro se mantiene firme. Subimos, subimos. No tengas miedo, no dudes. No hay motivo, duerme. Vamos subiendo, vamos subiendo. Dios, que hizo el cordero, hizo a Whitaker, hizo a Loewenstein. «Pero usted es afortunada — dijo Hammond aquel día en Leather Lane—, porque Krogh es una casa segura. Allí donde haya gente siempre se comprarán productos Krogh.» El mercado se mantiene. El Strand, el agua y una calle entre nosotros. Dormir, dormir, dormir. Hemos cerrado a buen precio, y subimos, subimos.

Parte tercera

Minty supo en cuanto se despertó que empezaba para él uno de sus días felices. Mientras se afeitaba iba cantando: «Hoy es feliz Minty, feliz Minty, feliz Minty». Aunque la hoja era nueva no se cortó una sola vez; se afeitó cuidadosamente, mientras el jarrito de café que le había traído su patrona se enfriaba sobre el estante del lavabo. A Minty le gustaba el café frío, pues su estómago era incapaz de soportar nada caliente. Una araña le observaba desde el fondo de su vaso para los dientes; estaba allí desde hacía cinco días, y él había esperado que la patrona la quitara, pero continuaba día tras día, en vista de lo cual Minty decidió enjuagarse la boca directamente en el grifo. Actualmente la patrona creía ya que él la conservaba con fines de estudio. Y algo había de eso, pues ya le interesaba saber cuánto tiempo viviría. La araña y Minty se contemplaban mutuamente con extraordinaria paciencia. Había perdido una pata cuando le pusieron el vaso encima.

Sobre su cabeza pendía un grupo familiar: un montón de muchachos con gestos de molestia bajo el sol; delante las figuras sentadas de los profesores de la escuela y en el centro el encargado y su esposa. Era curioso apreciar cómo unos bigotes engomados en sus extremos permitían localizar una fecha con la misma exactitud que un traje de mujer: blusa blanca, cuello de ballena..., mangas hinchadas. En ciertas ocasiones pedían a Minty que se identificase, y la práctica había perfeccionado sus métodos en tan difícil empresa; no obstante, hubo una época en que era incapaz de dilucidar si Patterson se sentaba a la izquierda del director o Tester estaba de pie algo detrás, con la barbilla oculta por una de las hinchadas mangas. En realidad, Minty no

aparecía; había visto cómo tomaban la fotografía desde una ventana de la enfermería; un destello luminoso, los rostros contraídos por efecto del sol, y el fotógrafo oculto bajo unos paños negros.

«Hoy es feliz Minty, feliz Minty, feliz Minty.» Cogió una colilla de la jabonera y la encendió. Luego se puso a estudiar sus cabellos frente al espejo del armario; aquel día presentía que era necesario estar preparado para todo, incluso para la vida sociable. Le preocupaba su tupé; extendió sobre su cabeza lo que le quedaba de fijapelo, lo cepilló cuidadosamente y volvió a mirarse. Estaba satisfecho. Se bebió el café tibio sin quitar el cigarrillo de sus labios, aunque el humo le irritaba los lacrimales.

Minty se puso su abrigo negro y se marchó escalera abajo. Era martes 23, y sin duda tendría carta de casa. Durante casi veinte años, Minty venía recogiendo sus cartas directamente de la Oficina Central de Correos; así no había equivocaciones. Además, si se mudaba no tenía necesidad de enviar a nadie su nueva dirección. Al atravesar la plaza inmediata a la estación, apreció que el sol calentaba en exceso, pero era en él una costumbre indeclinable el llevar abrigo para ir a recoger la correspondencia. Arrojó la colilla en un agujero donde sería muy difícil que un mendigo la encontrase. Mientras presentaba su tarjeta de identidad en la ventanilla de Correos, pensaba que, como inglés, y de Harrow, hacía un gran honor a Estocolmo escogiéndolo como lugar de residencia.

Para su sorpresa, había dos cartas; esto era algo que valía la pena de ser celebrado con otra taza de café tibio. Buscó una butaca frente a la calle en el restaurante opuesto a la estación y esperó que se enfriase su café. Tan

seguro estaba de que era uno de sus mejores días, que aplastó su última colilla y compró un nuevo paquete. Probó un poco de café con la cucharilla, pero lo encontró aún demasiado caliente.

Cuando iba a abrir una de las cartas se detuvo, porque apreció una agitación inusitada en la estación. Varios hombres corrían a través de la calle con cámaras tomavistas. Vio a Nils corriendo entre ellos y le llamó con la mano. De pronto recordó la causa de aquella actividad: «La estrella cinematográfica regresaba a su patria». Él se había ganado 60 coronas pocos días antes, traduciendo al sueco todas las noticias que podía descubrir en las revistas cinematográficas. «La novia de la pantalla.» «La mujer misteriosa de Hollywood.» Un grupo de personas (¿alquilados, quizá?, pensó Minty) empezó a vitorear, y algunos serios hombres de negocios, que pasaban indiferentes con sus carteras bajo el brazo, se detuvieron un momento para curiosear el motivo de aquel barullo.

Minty se puso de pie sobre su asiento, porque aquellos señores le ocultaban la vista de la estación, y siempre convenía no perder de vista cualquier asunto periodístico. La actriz no era muy popular en Suecia, y quién sabe si podía ocurrir algún incidente. Si, por ejemplo, la silbaban...

Pero no ocurrió nada. Una mujer salió de la estación con un abrigo de piel de camello y enormes solapas, bajo el cual asomaban unos pantalones de franela gris. Minty sólo distinguió un rostro pálido desprovisto de atractivo, unos inmensos labios, con un encanto irreal y trágico, como el de una mascarilla del Dante.

Las cámaras rodaron y aquella mujer, cubriéndose el rostro con las manos, entró en un coche. Alguien arrojó un

carísimo ramo de flores (¿quién lo habría pagado?) que no acertó al coche y cayó al arroyo, sin que nadie se preocupase más de él. Una mujer pequeña y vestida de negro, con un denso velo sobre la cabeza, entró en el mismo coche, y éste partió.

Los periodistas se retiraron en tropel, y Minty pudo oír sus risas. Abrió la primera carta.

Scott y James, procuradores.

Incluimos un cheque por valor de 15 libras, lo que constituye su asignación del mes que termina el próximo 20 de septiembre. Sírvese firmar y devolver el adjunto recibo.

Referencia G. L.—R. S.

G. L., pensó Minty, no he visto estas iniciales hasta ahora. Sangre nueva en la vieja firma. Al cabo de veinte años le divertía encontrar cualquier ligera variación en la forma de la carta. Antes de abrir la segunda, bebió un sorbo de café.

¡Caramba!, es de tía Ella. Casi me había olvidado de que la vieja aún estaba viva.

Queridísimo Fernando. —El nombre ya chocaba a Minty, pues hacía una enormidad de años que no había visto escrita esta palabra. Claro está que uno firma los cheques con su nombre de pila, pero siempre que podía intentaba Minty liberarse de la carga que representaba para él aquel nombre—. *Queridísimo Fernando.* —Se echó a reír y dijo: «Soy yo».

Hace mucho tiempo que no sé nada de ti.

«Mucho tiempo —pensó Minty—. ¡Como que se trata de veinte años!» *Casualmente encontré el otro día una carta tuya, mientras arreglaba un cajón donde guardo mis blocs de notas. Inmediatamente recordé que eres realmente el último de los Minty. La familia de tu prima Delia existe, naturalmente, así como los Minty de Hertfordshire, pero no tenemos muchas relaciones con ellos. Vive también tu madre, desde luego, pero es Minty tan sólo por matrimonio.*

Supongo (una idea tonta, ¿no?) que todos somos Minty a causa de algún matrimonio. Dejando aparte todo esto, allí estaba tu carta, y fue un placer para mí leerla de nuevo. Como siempre, no está fechada, de modo que es imposible determinar cuánto tiempo hace que la recibí. Creo que hace ya varios años. En ella dices que disfrutas de la vida en Estocolmo, y espero que continúe siendo así. No obstante, ya no recuerdo qué fue lo que te impulsó a ir a Estocolmo, de modo que pienso preguntárselo a tu madre en cuanto la vea, aunque la pobre no disfruta de la buena memoria de otros tiempos, y no me extrañaría oírle decir que ignora tu situación actual. De todos modos, supongo que será financieramente satisfactoria, ya que de lo contrario no habrías permanecido fuera todo ese tiempo.

Me he enterado de que mis agentes de bolsa me han comprado bonos del Estado noruego; ¿no es una coincidencia? Veo (leo tu carta mientras escribo) que me pides un préstamo de cinco libras: no cabe duda de que esta carta la escribiste hace años, cuando aún no disfrutabas del empleo de hoy. Estoy segura de que te mandé el dinero, pero también lo estoy de que no me lo devolviste nunca. Pero seré caritativa y daré el asunto por olvidado, puesto que se trata de una vieja historia. Querrás saber noticias de casa, pero tu madre te habrá contado la muerte de

Laurita y el nacimiento de los dos gemelos de Delia; no se habrá dejado en el tintero nada importante que poderte comunicar.

Otra coincidencia: el otro día vi un muchacho de Harrow en la estación de Fakenhurst.

Tu tía que te quiere,

ELLA.

«Bien —pensó Minty—, es realmente un día feliz; qué gran cosa es recibir noticias de casa. Yo ya tenía pensado escribir a mamá. Le diré: "Cuando tía Ella me escribió por última vez, me dijo..." Qué sorpresa para la viejecita ver mi letra en un sobre. (Cuánto tarda este café en enfriarse. Todavía no está bastante dulce; otro terrón.) Pero no sé su dirección, y si la envío a mis procuradores, la devolverán. Referencia G. L.—R. S. (ya está bastante frío). Podría enviada bajo sobre a tía Ella pidiéndole que la enviase a su destino. Mi letra junto a un sello inglés. Sería una gran sorpresa para mamá. Pero hay que ser cauto, Minty, hay que ser cauto, y no dejar volar tanto la imaginación. Hay que procurar no poner en peligro las quince libras mensuales tan regular y amablemente abonadas. Referencia G. L.—R. S.»

—Ya le conozco, Nils —llamó Minty—, sabe usted que es día de pago y quiere que le convide a tomar café. Pues bien, le convido. Sepa usted que hoy es un día especial. He recibido carta de mi familia.

Nils se acercó, ansioso y lleno de gracia, como un joven fauno que encerrado en una jaula ve discurrir la vida de los demás al otro lado de los barrotes. Y Minty era esa vida, bebiendo el café frío, con un cigarrillo entre los labios.

—Tenga usted, fume.

Minty se sentía generoso.

—Gracias, señor Minty.

—Mucho jaleo en la estación, ¿eh?

—Sí, señor Minty. Es una gran actriz.

—¿Pagó ella el ramo?

—No, no lo creo así, señor Minty. La tarjeta cayó fuera y yo la recogí.

—Démela.

—Pensé que le sería de utilidad, señor Minty.

—Es usted un buen chico, Nils. Tenga otro pitillo. —
Miró la tarjeta—. Coja el paquete entero.

—No, no, señor Minty.

—Bien —dijo Minty—, si no quiere... —Se guardó rápidamente los cigarrillos en el bolsillo y se levantó—. El trabajo nos llama. No puede uno dormirse, ya que es ineludible la necesidad de ganar dinero.

—El redactor jefe —dijo Nils— quiere verle.

—¿Alguna dificultad?

—Sí, eso creo.

—Puedo enfrentarme con él —contestó Minty—. Tengo quince libras en el bolsillo y he recibido noticias de mi familia.

Echó a andar decididamente hacia la esquina; su corta estatura y su largo abrigo negro le daban un aspecto ridículo; la gente sonreía y él sabía por qué. Peor había sido tiempo atrás cuando eso era como un veneno para su amor propio; pero había tomado el veneno tantas veces en pequeñas dosis, que ya, como Mitrídates, estaba inmune. Ahora ya salía a las calles principales hablando solo y mirándose en los escaparates, sin preocuparse en absoluto de las miradas y las sonrisas; tan sólo experimentaba un ligero malestar a veces ante las risitas disimuladas, porque

uno también lleva sangre en las venas.

Llegó, tras atravesar la larga escalera, la sala de rotativas y abrir y cerrar innumerables puertas, a la presencia de su jefe. Le molestaba de éste sus bigotes rubios de militar, su brevedad, su eficiencia; casi era preferible irse a trabajar a una fábrica y perderlo de vista.

—¿Cómo está usted, Herr Minty?

—Me han dicho que quería usted verme.

—¿Dónde estuvo Herr Krogh anoche?

—Me fui un momento a tomar una taza de té. No había razón para que abandonara la Legación de un modo tan imprevisto.

El redactor jefe:

—No estamos muy satisfechos de usted, Herr Minty. Hay muchos hombres que podemos emplear para esos menesteres, y creo que habrá que probar a alguno de ellos. No tiene ojo clínico para las noticias. —Dio un resoplido, y añadió—: Su salud no es demasiado buena, Herr Minty. ¡Tomar una taza de té! Un sueco no hubiera necesitado una taza de té. Eso es veneno. Sin duda lo toma usted fuerte.

—Muy flojo, Herr redactor, y frío, con limón.

—Debe hacer ejercicio, Herr Minty. ¿O acaso es usted radioescucha?

Minty movió su cabeza negativamente. «Paciencia — se dijo a sí mismo—, paciencia.»

—¿Toma usted por la mañanas un baño frío?

—Un baño tibio, Herr redactor.

—Todos mis reporteros toman baños fríos. Es imposible que sea usted eficiente, Herr Minty, con esa espalda encorvada, una caja torácica sin desarrollo alguno, y unos míseros músculos.

Pero en eso consistía el veneno cotidiano. Lo mismo le habían dicho sus padres, sus maestros, hasta los transeúntes desconocidos. Arrugado, amarillo, con pecho de pajarito, su único refugio era la insondable ingenuidad de su cerebro. Puso los ojos en blanco, y preguntó, reuniendo todo su valor:

—¿Estoy, pues, despedido?

—La primera vez que deje usted escapar una oportunidad...

—Difícilmente me marcharía ahora —dijo Minty— que traigo algo que ofrecer.

—¿Qué es ello?

—Un amigo mío, el hermano de Miss Farrant, ingresa en la casa. Va a gozar de un puesto de confianza.

—Ya sabe usted muy bien que nosotros le pagamos como nadie.

—Por esto —contestó Minty—, pero ¿y por esto otro?

Y puso una tarjeta de visita sobre la mesa. Estaba cubierta de barro.

—Las flores no las recibió ella —dijo Minty—, sino que cayeron a la calle. Eso es lo que se consigue empleando reporteros atléticos, incapaces de acertar un blanco tan grande. Debía usted haberse dirigido a Minty.

Y agitando el dedo como una advertencia salió del despacho; se sentía algo mareado por efecto de las tazas de café, el cheque y la carta de tía Ella. Al ver a Nils, le dijo:

—Ha encontrado su horma. No volverá a molestarme por una temporada. ¿Ha salido Krogh de su piso?

—No. Acabo de telefonar al portero.

—Pues tarda demasiado —comentó Minty—. Se han reunido de nuevo, ¿eh, Nils? Una noche de amor... todos

somos humanos —agregó, temblando por efecto de la corriente de aire que entraba por la ventana abierta, y buscando por los cajones algún paquete de cigarrillos, sin encontrar ninguno.

—Está haciendo frío. Va a llover de nuevo.

Y mientras seguía buscando, llegó la lluvia: una gran nube gris que venía del lago se detuvo como una aeronave agresora por encima de los tejados, proyectando su sombra por todas partes, y dejando caer las primeras gotas que alcanzaron el pretil de la ventana, se rompieron, y se deslizaron a lo largo de la pared.

* * *

El chaparrón cogió desprevenidos a los ciudadanos, sentados tranquilamente en las terrazas de los cafés. El sol había calentado mucho antes de que llegara la nube del lado de Mälär. Anthony se vio obligado a correr con la gente que buscaba dónde guarecerse. Todo quedó sumido en la oscuridad, y durante un buen rato no se encendió ninguna luz en el restaurante, pues se esperaba que de un momento a otro volviera a lucir el sol. Pero por fin los camareros empezaron a encender las luces poco a poco. La lluvia tamborileaba en las mesas de las aceras, corría por entre las hojas secas de la calle y formaba torrentes entre los adoquines. Anthony pidió una cerveza.

No tenía gabardina ni paraguas, y por ello lo mejor que podía hacer para quedarse donde estaba. Tampoco le hacía ninguna gracia salir, porque quedaría calado antes de llegar a Casa Krogh, y echaría a perder su único traje. Además, pensaba en el ahorro, en la salud, en la institutriz

que había tenido antes de ir a la escuela. Los paraguas pasaban como focas negras y chorreantes; un idioma que no entendía le excitaba los nervios. Si quería pedir una cerilla o preguntar el camino, no podía hacerse entender. El camarero le trajo la cerveza, parecía haber ya cierta amistad, puesto que el hombre había sido capaz de entender algo. Las pálidas bombillas brillando en aquella penumbra matinal, el camarero que le había servido, la silla, la mesa («cualquier rincón de un país extraño puede parecer Inglaterra»), todo aquello le producía cierta melancolía. Sus modales tenían momentáneamente cierto aire de nobleza, de dignidad de exilado, mientras contemplaba en silencio el mundo exterior, sin pensar en nada más inmediato que Krogh, Kate que le esperaba para decirle que le había encontrado trabajo, o la lluvia que caía sobre el barro.

—Qué mojado está todo —dijo el camarero—. Los árboles...

Intentaba organizar con más detalle su rinconcito inglés, hablando sobre el tiempo; quisiera decirle lo pronto que caerían todas las hojas si la lluvia continuaba. Quería llenar su rincón con una conversación equivalente a la fotografía de Annette y los huecograbados del «Humor en el Cine»; y no tenía intención de irse hasta después de unas horas. Comería allí y acabarían por conocerlo.

El camarero no entendía.

—*Bitte* —dijo ansiosamente—, *bitte*.

El *maître* se acercó.

—*Bitte, bitte*.

Se alejó de nuevo y volvió con una mujer que limpiaba las escaleras, la cual le preguntó en inglés:

—¿Qué desea usted?

Pero él no tenía nada que decirle; tuvo que pedir otra

cerveza cuando su vaso aún estaba lleno. Se dio cuenta de que los camareros parecían hablar de él en el otro extremo del salón.

Lo peor era que se trataba de camareros; si hubiesen sido camareras hubiera resultado mucho más fácil organizar su rincón inglés. Aunque había viajado por medio mundo durante los últimos diez años, nunca había estado en realidad muy lejos de Inglaterra. Siempre trabajó en sitios donde otros habían establecido ya su rinconcito inglés antes de que él llegara; incluso en los antros de Oriente se hablaba inglés. Siempre existía el club (mientras no lo expulsaban), las partidas de *bridge*, la iglesia neo—gótico—anglicana. Contemplando a través del vidrio la lluvia extranjera, pensó: «Krogh no me dará trabajo. Mañana me voy». Pero al instante sonrió y olvidó su resolución, porque vio que Inglaterra le miraba a él desde el otro lado del vidrio, con el cuello del abrigo subido y el sombrero chorreando agua.

—Minty, Minty —gritó, ante el asombro de los camareros.

Minty entró cautelosamente, buscando su camino entre las mesas del salón.

—No acostumbro a venir aquí —dijo—. Los de la Legación... No nos llevamos muy bien.

Se sentó y puso su sombrero sobre una silla. Echándose hacia adelante, añadió en tono confidencial:

—El ministro los manda siempre tras de mí. Estoy seguro de ello, porque no me aprecia en absoluto.

—Y, ¿qué hacen?

—Se ríen de mí. —Miró los dos vasos de cerveza—. ¿Espera usted a alguien?

—No —contestó Anthony—. ¿Quiere usted una cerveza?

—Francamente —objetó Minty—, prefiero una taza de café. No me gustan las bebidas fuertes, no por prejuicios éticos, sino porque mi estómago no puede soportarlas, a causa de la operación que me hicieron hace diez años. El 23 de agosto. Era el día de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, viuda. Estuve oscilando entre la vida y la muerte, exactamente cinco días. Y estoy seguro de que mi salvación se debe a San Ceferino. Pero veo que le estoy aburriendo.

—No —aseguró Anthony—, no. Es muy interesante. Yo también sufrí una operación en agosto, hace diez años.

—¿El ojo?

—No. Esto es... una herida a causa de una explosión. Se trataba de apendicitis.

—Lo mío era por esos alrededores —dijo Minty—, pero no me sacaron el apéndice porque hubiera sido demasiado peligroso. Me hicieron un corte y me dragaron.

—¿Le dragaron?

—Sí, me dragaron. No podría usted imaginarse la cantidad de pus que llegaron a sacar. Habría podido llenarse una jarra de leche, una gran jarra de leche. —Se puso a remover el café con maliciosa diversión—. Es una fortuna tener un compatriota con quien hablar. Y, además, la coincidencia de que sea usted de la vieja escuela.

Anthony miró su reloj.

—Lo siento; pero tengo que irme, estoy citado con Krogh esta mañana.

—Iré con usted. He de seguir el mismo camino. Pero no tiene necesidad de apresurarse; Krogh acaba de llegar a su oficina hace unos momentos.

—¿Cómo lo sabe?

—Me ha telefonado el portero hace un instante. Como le perdí de vista ayer, hoy he querido andar sobre seguro.

—¿Todo lo que hace es motivo de reportaje?

—Casi, casi —contestó Minty—. Y todo lo que hace en secreto representa grandes titulares, ediciones especiales y cablegramas a Inglaterra. Soy un hombre religioso —añadió— y me gusta pensar que Krogh (el hombre más rico del mundo, que domina los mercados, presta dinero a los Gobiernos, nos arranca el dinero para convertirlo en... productos Krogh, que luego se compran en cualquier almacén), me gusta pensar que es simplemente un hombre como nosotros, y que Minty puede espíarlo, anotar sus actos, incluso puede colocar un alfiler en su asiento (no sé si recordará usted a Collins, el profesor de Historia); pues bien, Farrant, todo eso hace que Minty se sienta optimista, lleno de *vox humana*. Partridge acostumbraba a decir: «y El ensalzará a los humildes y a los mansos». ¿Sabe usted quién es Partridge, no?

—¿Partridge?

—El decano. Hace uno o dos años que se retiró. Es muy raro que no recuerde usted a Partridge.

—Estaba distraído —explicó Anthony—. Mire; ha cesado de llover. Debo irme a la oficina antes que empiece de nuevo, porque no tengo gabardina.

En el camino a la oficina anduvo muy de prisa, con Minty siempre a su lado, recibiendo de él todas las indicaciones necesarias (un golpecito en la manga, un índice señalando la acera opuesta) para no equivocarse el camino. Mientras tanto, hablaba sin cesar sobre el simbolismo de

las casullas. Incluso parecía haberse olvidado de Harrow. Únicamente al llegar a la entrada volvió de repente al tema:

—Estoy organizando una comida de Harrow —dijo—. Naturalmente tendrá usted una invitación, e incluso procuraré que se vea usted con el ministro, a pesar de que no congeniamos.

Anthony entró, dejando de nuevo Inglaterra al otro lado de la puerta, mirándole por entre los hierros de la cancela, con un ojo sanguinolento a cada lado de un esbelto tallo de herraje. «Ha descubierto lo de Harrow —pensaba Anthony—, y quiere hacérmelo confesar. ¡Cielos! —exclamó, intentando huir de la mirada de Minty—. Esa estatua, esa fuente, o lo que sea, vaya gustos raros los de Krogh. A buen seguro que no podría encontrarse una cosa así en Mincing Lane. Es inhumano.» Siguiendo al portero hacia el ascensor, olvidó a Minty, sugestionado por la desagradable y familiar sensación de ser un mendicante. Nada odiaba más que el pedir trabajo, y precisamente eso era lo que había estado haciendo toda su vida. La estatua se fue alejando de él, mientras pensaba que ya sentía cierta antipatía por Krogh, tanto si lo admitía como si lo rechazaba. «Si me acepta será una caridad gracias a la influencia de Kate. ¿Y qué derecho tiene a ser caritativo? Al fin y al cabo, nadie puede decir que yo soy inhumano.» «Al contrario —pensó con orgullo—, soy muy humano; tengo mis faltas, y son faltas humanas. Algún vaso de más, una mujer aquí y allá, todo eso no es muy grave, sino lógico en la naturaleza humana», y salió del ascensor para ir a encontrarse con Kate, que le esperaba en el descansillo. Kate sonriente, dándole la bienvenida, Kate, que quiso abrazar le en presencia del botones, del ordenanza que pasaba apresurado con una enorme carpeta.

«Soy humano», susurraba su espíritu débilmente, en

un tono de gratitud, apagándose como una banda de músicos que se van alejando por el extremo de la calle, mientras por el otro lado una nueva banda entra en escena entonando un motivo más brillante y más estruendoso: «Querida Kate. Siempre ha hecho cuanto ha podido, nunca me ha dejado en la estacada».

—Por fin has venido —dijo Kate.

—Me cogió la lluvia, y tuve que refugiarme.

—Ven a mi despacho un momento.

La siguió por el pasillo: una silla metálica, una mesa de vidrio, un ramo de rosas amarillas, y en las paredes una serie de mapas de madera grabada, mapas de los diversos horarios, de las tarifas postales de cada país, de las rutas trasatlánticas. En el despacho de Kate los mismos muebles de tubo y mesas de cristal, las mismas rosas amarillas.

—Ya tienes trabajo.

Juntó las manos y lo miró; parecía diez años más joven.

—Siempre he soñado con esto. ¡Oh, Anthony! Qué bien poderte tener aquí;

El intentó responder con el mismo entusiasmo.

—Estupendo. Yo también pienso así.

Deseaba que gozase de su propio triunfo, y le estaba agradecido, pero su amor era diluido, inconsistente.

Amor no es gratitud, amor no es una sincronización de dos cerebros, ni transmisión de pensamientos, ni el hecho de compartir las penas, no era el afecto de dos gemelos; amor es delirio, es felicidad, es Annette, es Maud.

—¿Qué quiere hacer conmigo, Kate?

—No lo sé. Pero eso no debe preocuparte. Se trata de un verdadero empleo, no de una limosna. Realmente, te

necesita.

—Posiblemente no será lo que me conviene.

—Sí, sí, Anthony. Estoy segura de ello. De todos modos, nada pierdes con probar. Yo también te necesito aquí; así podremos hacer cosas juntos, ver cosas, ir de un sitio a otro.

—Eso estaría muy bien, ¿no es cierto? —dijo Anthony, sonriéndole—, pero no olvides que tendré trabajo aquí y allá. ¿Dónde podrá ser? En la fábrica, quizá; siempre me ha interesado la maquinaria. ¿No recuerdas el viejo coche que monté yo solo y hacía diez millas por hora carretera de Brighton abajo? Pero no, más bien creo que sea contabilidad, porque es ahí donde tengo mayor experiencia.

—Nunca más se repetirá el estar tú en China y yo en Londres, tú en la India y yo en Estocolmo.

—Nos veremos muy a menudo. Acaso me llegarás a ver demasiado.

—Oh, no.

—Nunca habíamos podido lograrlo desde que fuimos pequeños. Siempre en la escuela; y los días de fiesta, ¡qué poco duraban! —Temo que vuelva a ocurrir lo mismo —dijo Kate.

—¿Qué quieres decir?

—Que de todos modos, no creo que esto dure mucho.

De súbito, descubrió Anthony con asombro y desagrado, que había estado equivocado hasta aquel momento, que, después de todo, aquello era amor, y que él desde su nacimiento había quedado en poder de la fatalidad: ella era su hermana. Se sentía lleno de un enorme vacío, de una vasta desilusión. «Nadie —pensó— puede superarla en presencia, en distinción; ella dice lo que piensa,

sabe lo que quiere, hace lo que le agrada; cualquiera puede confiar en ella.» Quiso explicarle cuánto la quería, pero una luz se encendió sobre una puerta, y ella dijo:

—Erik puede recibirte ya.

La oportunidad había volado, dejando una sensación de culpa, de melancolía, como si oyendo la música de la banda debilitarse al doblar la esquina, tuviese uno que reprocharse falta de caridad o indecisión. (El tenía algo que darle, habría podido hacerla, y quién sabe lo que la suerte le habría deparado en premio a su acto espontáneo.)

—Vamos adentro. ¿Estoy bien? ¿No llevo manchas en la nariz, voy bien afeitado?

—Estás perfectamente bien. De todos modos, Erik no se daría cuenta.

«Erik, siempre Erik», pensó, e intentó alimentar su envidia imaginándose el rostro de Krogh triunfante porque Kate era suya, pero sólo pudo imaginarse los escalones de piedra que llevaban a un pisito familiar, la pared encalada, los mensajes escritos a lápiz: «Volveré a las 12.30». «Hoy no quiero leche.» El tiene esto y yo aquello; así nos dividimos el mundo entre ambos.

Kate abrió una puerta, y al pasar la rozó. «Hermano y hermana, afecto fraternal; yo la conozco bien, y ella a mí. Cómo debiera envidiarlo», pensó, al recordar el amor, al recordar la campanilla llamando en el piso vacío, la búsqueda de un aviso para él, los corazones entrelazados. «He ido al bar de la esquina.» «Estaré de vuelta a las 12.30», y de nuevo vuelta a bajar los escalones lavados con agua y jabón; primero el entusiasmo, la ilusión, y luego la desesperanza; el desencanto, el abandono.

—Bien, señor Krogh —dijo—, es una amabilidad por su

parte el verme. Estaba asustado aunque se sentía en parte aliviado, ya que, después de todo, aquello ya era el fin; no podía uno descender más bajo que aquello: mendigar un empleo al amante de su hermana. Dirigió a Krogh todo el profundo candor de su mirada. Pero fue inútil, Krogh no le miraba. Señalando una silla le dijo:

—Siéntese.

Anthony pensó con incredulidad: «Es tímido».

—Primeramente llegué a la conclusión de que no podría ofrecerle ningún empleo. Nuestro departamento de contabilidad está completamente ocupado. ¿Es en eso donde usted dice tener más experiencia, no?

—Sí.

—Comprenderá que no conozco esos asuntos con detalle, pero me baso sólo en los informes del director. Está satisfecho con todos los empleados, y no esperará usted que despida a un hombre con experiencia que cumple su cometido...

—Naturalmente que no.

—Estaba seguro de que sabría hacerse cargo —dijo Krogh—. Pero, no obstante, quiero hacer algo. Usted es el hermano de Miss Farrant, y Miss Farrant es para mí... — buscaba una palabra; nervioso levantó un secante, sin ningún entusiasmo en el rostro que miraba a la puerta de su secretaria. Miró luego al micrófono sobre su mesa, y pareció dispuesto a pedir a la misma Kate la palabra que necesitaba—. Es insustituible para mí —dijo, por fin, y apresuradamente cambió de tema—. ¿Conoce usted América?

—Estuve una vez en Buenos Aires.

—Me refiero a los Estados Unidos.

—No —contestó Anthony—, nunca estuve en los

Estados Unidos.

—Tengo intereses allí —dijo Krogh, de nuevo falto de palabras—. ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Krogh sacó su encendedor y empezó a hablar con voz profunda, que se debilitó al instante en el aire inmóvil, enredado entre las ventanas impenetrables acústicamente, y la puerta acolchada.

—La proposición que he de hacerle le parecerá tal vez un poco rara, y es posible que no quiera aceptarla. —Se veía con dificultad para seguir adelante, y agregó como si se hubiese olvidado de que aún no había explicado nada—: No es posible tener siempre la policía a mi alrededor.

Intervino Anthony.

—¿Qué quiere usted que haga? ¿Robar algo?

—¿Robar? —dijo Krogh—. Oh, no, claro que no —se agitó en su asiento, tragó saliva, respiró profundamente—. Lo que quiero es una guardia personal. Pensé ayer (ya sé que sólo se trataba del escape de un coche, pero me impresionó) lo indefenso que estoy ante cualquier atentado... Puede que lo considere usted fantástico, pero esas cosas se hacen en América. Y precisamente ayer tuve dificultades en las fábricas. No querrá usted creerlo, pero...

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Anthony. No dudó un momento; su mirada, que estaba como perdida, indicaba que su mente volaba por Buenos Aires, África, India, Malasia, Shanghai, adaptando una vieja historia a nuevas circunstancias—. Recuerdo muy bien a un individuo que decía haber sido escolta del mismo Morgan. Eso fue en Shanghai. Me contó que todos los financieros la tienen. Me contó... —se detuvo—. Pero, ¡qué caramba!, sí es

de sentido común, hasta las estrellas de cine tienen escolta.

—Pero en Estocolmo...

—Hay que ponerse a la altura de las circunstancias.

Ahora se le veía lleno de confianza; se estaba vendiendo a sí mismo, de igual manera que había vendido medias de seda y aspiradores; la mirada penetrante, el pie dentro del recibidor, la charla incesante que no dejaba por ello de ser la propia de un caballero. («Era un señor muy distinguido», decían luego a sus maridos, excusándose por haber adquirido cosas que no necesitaban.)

—Ha ido usted a buscar la persona más apropiada, míster Krogh. Podría mostrarle las copas que he ganado, las bandejas de plata. —Incluso entonces no se olvidó de agregar la frase de lamentación, que daría al comprador otra excusa: «Pobre hombre; ha conocido tiempos muy duros»—. Pero luego he tenido que vender muchos de estos trofeos, señor Krogh, en las ocasiones en que me he visto en la miseria.

»A veces he empeñado muchos de ellos para hacer lo mismo con la papeleta, en la vecina casa de préstamos. Nada echo tanto de menos como una bandeja de plata que gané en el Club de Singapur, donde todos mis compatriotas eran magníficos tiradores. Era una bandeja muy costosa y muy hermosa.

—Entonces, ¿acepta usted? —interrogó Krogh.

—Desde luego que sí —contestó Anthony.

—Dispondrá usted de libertad mientras yo permanezca en la oficina, pero una vez fuera quiero tenerle conmigo.

—Debiera tener usted todo esto mejor montado —sugirió Anthony—. Vidrios irrompibles, puertas de acero ...

—No creo que sea necesario en Estocolmo.

—Igual que en otro lugar cualquiera —repuso Anthony, mirando las paredes de vidrio con manifiesto desagrado—, alguien podría arrojar una bomba dentro del edificio. No lo digo porque fuera a hacer desperfectos en la fuente...

—¿Qué quiere usted decir? —saltó Krogh—. ¿No le gusta la fuente?

—Me limito a preguntarle —fue la respuesta—. ¿Puede gustarle a alguien?

—Es del mejor escultor moderno de Suecia.

—No hay duda de que tiene cierta majestuosidad —comentó Anthony.

Se acercó a la ventana y observó la fuente, aquel bloque de piedra verde que chorreaba agua bajo un cielo eternamente gris—. Además, está colocada con gusto —agregó consoladoramente.

—Pero ¿cree usted... que es mala?

—Creo que es horrible. Si éste es el modelo de la belleza sueca, me quedo para toda la vida con los tipos de la calle Edgware.

—Los mejores críticos —insistió Krogh— han coincidido en asegurarme...

—Ésos siempre tienen algún clavo a que agarrarse. Pero pregunte usted a la gente vulgar, a los que compran productos Krogh.

—¿Le gusta a usted este cenicero? —inquirió Krogh.

—Oh, es un bonito cenicero —declaró Anthony.

—Pues lo ha proyectado el mismo artista.

—Tiene arte para las baratijas —dijo Anthony—, pero lo malo es que le ha dado usted una cantidad excesiva de piedra para que jugara. Indiscutiblemente necesita algo

más pequeñito.

—A su hermana le gusta.

—Pobre Kate —dijo Anthony—, siempre ha tenido la cabeza en las nubes.

Krogh se acercó a la ventana, y miró hacia el patio.

—Al portero no le gustó.

—Pero si le gusta a usted...

—Es que yo no estoy seguro, no estoy seguro. Hay cosas que no entiendo. La poesía, por ejemplo, que escribe su ministro. Nunca he tenido tiempo para dedicarme a todas esas cosas.

—Lo mismo me ocurre a mí —confesó Anthony—, pero tengo buen gusto por naturaleza.

—¿Le gusta la música?

—Me encanta.

—Esta noche —dijo Krogh— hemos de ir a la ópera. Podrá disfrutar, espero.

—Siempre me ha gustado una buena tonada —afirmó Anthony, tarareando dos o tres estrofas de «Cogiendo margaritas a la luz del día». Luego calló, y dedicó un airoso saludo al hombre inquieto que tenía ante sí. «Heme de nuevo con empleo —dijo para sí—. Ante vos sin condiciones. Espero que caiga algo.» Y en voz alta—: Sin duda está usted ocupado. —Se detuvo en la puerta para decir—: Necesitaré algún dinero para la etiqueta.

—¿La etiqueta?

—Sí, corbata blanca y lo demás.

—Miss Farrant... su hermana arreglará eso.

—Bien —terminó Anthony—, hasta la vista.

Frases de los tiempos estudiantiles rodaban por la cabeza de Minty. La escuela y él estaban unidos por lazos que le producían inmensa añoranza, no gustar de nada y odiarlo todo.

Pero nada podía destruir la idea de que Harrow y él eran una misma cosa «Se cree ese advenedizo que puede ponerse una corbata de Harrow y pasearla por ahí.» Ningún capitán de quipo, ningún miembro del Club Filatélico, con corbata de lazo y chaleco galoneado habría mostrado más santa indignación.

En efecto, Minty había estado muy unido a Harrow; sólo que cuando llegó el terrible momento de pagar el recibo de los paquetes, después de aquella correspondencia con el farmacéutico de Charing Cross, no fue Minty quien se acobardó, sino su cómplice. Su cómplice se quedó en la escuela, y llegó a ser alguien en la City; Minty se marchó tras largas entrevistas con el decano, no expulsado, sino recogido por su madre. Todo se hizo sin escándalo, muy discretamente; luego su madre lo inscribió en la Sociedad de ex alumnos.

Ya no había necesidad de vigilar a Krogh, en tanto Farrant permaneciese tranquilamente en la casa. Farrant llevaba una falsa corbata. Farrant era de fiar. Pero aquel día, que había empezado tan bien con una carta de la familia, debía ser aprovechado hasta la última oportunidad. Mañana se vería obligado a mantener su mente libre de ideas banales, en honor de San Ceferino. San Luis nunca había hecho nada por él. Cuando, después de su dragado, había estado rogándole por su restablecimiento, San Luis no había querido escucharle. Había sido el despreciado, el olvidado Ceferino quien había puesto en él su mano

benéfica.

«Tengo que ver al ministro», se dijo, atravesando la Plaza de Gustavo Adolfo, recogiendo la lluvia sobre su abrigo negro. El monarca de piedra miraba hacia Rusia, el puño de su espada goteando de lluvia, mientras los paraguas se agolpaban como setas al pie de la columnata de la Ópera. Minty y un taxi tenían toda la plaza para ellos solos. Se puso a pensar cómo llegaría hasta el ministro a través de Calloway y aquel ejército de jóvenes diplomáticos con voces de megáfono.

Calloway casi le cerró la puerta en las narices, pero Minty fue mucho más rápido que él.

—Vengo a ver al capitán Gullie —dijo.

Conocía bien la geografía de la Legación, de modo que, escapándose de Calloway, llegó a través de un pasillo de blancas paredes al despacho del agregado militar. Este levantó su mirada, frunciendo el ceño.

—Oh, ¿es usted, Minty? ¿Qué demonios quiere ahora?

Se atusaba cuidadosamente los bigotes rubios, y balanceaba su monóculo.

Sobre la mesa, ante él, se veía un ejemplar de una revista.

—Vengo a ver al ministro —aclaró Minty—, pero ahora está ocupado. Creo que he perdido la ocasión. Y usted, ¿está muy ocupado?

—Muy ocupado —contestó Gullie.

—He creído que le interesaría saber que ha llegado a la ciudad otro inglés: su nombre es Farrant, y dice ser un MacDonald.

Gullie enrojeció hasta las orejas.

—¿Está usted seguro? Farrant... No conozco el

apellido. ¿Puede alcanzarme el libro de genealogías ese? Ahí está; precisamente junto a su hombro.

Minty le entregó el pequeño libro rojo de genealogías de familias y tribus.

—Desde luego —explicó Gullie—, nosotros, los Cameron no podemos soportar a los MacDonald. Es tan imposible para un Cameron ser amigo de un MacDonald, como para un francés...

—Tuve el gusto, hace unos días de encontrar a su madre —interrumpió Minty, paseándose por el cuarto con un aire de secreta diversión. Gullie volvió a enrojecer—. Qué acento más maravilloso. Realmente se hace muy difícil creer que es alemana. Pero dígame, Gullie, ¿cuál es la causa de que los Cameron no puedan ser amigos de los MacDonald?

—Glencoe —contestó Gullie.

—Bien, bien —dijo Minty—. ¿Qué lee usted? —miró por encima del hombro del agregado el ejemplar de una revista nudista alemana—. Tiene usted aquí una biblioteca muy pornográfica, Gullie.

—Sabe muy bien —dijo Gullie— que mi interés es solamente artístico. Pinto barcos y la... —balanceó el monóculo de nuevo— la figura humana. Pero mire usted, Minty, no hay ningún Farrant aquí. Debe ser un impostor.

—Debo haberme equivocado de linaje. Quizá sea Mac cualquier otra cosa. ¿Todos esos barcos son obra suya? —Señaló cuadritos que llenaban materialmente las paredes del cuarto: barcos de todas clases, barcas, bergantines, fragatas, *schoeners* danzando sobre brillantes olas azules—. ¿Dónde guarda usted la figura humana?

—Los tengo en casa —contestó Gullie—. Pero fíjese, Minty, ese individuo no es ningún MacPherson, ni

MacFarlane, ni... ¿y es una persona de fiar?

—No, creo que no.

—Pero no va a ir por ahí diciendo que es un MacDonald.

—Seguramente debe ser Mac otra cosa.

—Ya descubriremos su origen en el banquete «caledoniano».

—He venido a ver al ministro —recordó Minty— para hablarle de una comida de Harrow. Creo que voy a entrar, porque estará impaciente. ¿No le importará que use esta puerta, verdad, Gullie? Adiós. Dedíquese a los barcos y deje en paz la figura humana. Son tan desagradables, Gullie, todas esas protuberancias.

Antes de que el capitán pudiese intentar detenerlo, ya había atravesado la puerta que se abría detrás del escritorio.

Sí, la figura humana era para él desagradable; hombre o mujer, eso no influía para nada en su consideración. El cuerpo, las mucosidades, las posturas estúpidas de la pasión, todo hería la susceptibilidad mental de Minty. Nada podía haber intensificado su malestar tanto como la visión de Gullie inclinándose sobre las fotografías de senos y caderas desnudas.

El ministro estaba sentado en su escritorio, en el extremo opuesto de la gruesa alfombra; Minty cerró la puerta con mucha suavidad. Sus ojos estaban algo dilatados. El cabello blanco del ministro, las mejillas rubicundas empolvadas después del afeitado, el costoso traje gris, todo molestaba a Minty. Usar polvos, preocuparse tanto del traje, peinarse con tanto esmero, demostraba tanta hipocresía que Minty se sentía verdaderamente enfermo. Pero el cuerpo era el mismo y sus funciones no podían ser

ocultadas totalmente bajo las confecciones de Savile Row. Minty, de pie en el borde de la alfombra, pensaba que no hay que llegar a tales extremos de adorar el cuerpo como Gullie o disfrazarlo con polvos y trajes de moda como el ministro. Estuvo unos momentos esperando que éste levantara la vista, ostentando su desaseo con un malicioso orgullo. Al fin dijo:

—Sir Roland.

—Cielos, amigo mío —exclamó el ministro—, me ha sobresaltado usted. ¿Cómo ha podido entrar?

—Vine a ver a Gullie, y como me dijo que en este momento no estaba usted ocupado, pensé que no estaría mal entrar a verle para hablar sobre la comida de Harrow.

—Es muy raro que Gullie dijera eso.

—Desde luego, espero que asista usted, sir Roland.

—Pero, mi querido amigo, si hace muy poco tiempo que hicimos una comida así. Además, ahora estoy horriblemente atareado.

—Fue hace dos años.

—No intentará afirmar —dijo el ministro— que fuera un éxito. Más bien podría decirse que aquello se convirtió en un espantoso alboroto. Hubo alguien que echó ceniza en mi vaso de oporto.

—Sería un modo magnífico de corresponder al caso que ha hecho a todos los veteranos de Harrow.

—Querido Minty: nadie reconoce más intensamente que yo el admirable esfuerzo que usted viene realizando en pro de la escuela, pero hay que poner un límite a las cosas, Minty. ¡Ceniza en el oporto! Todo es debido a que hay demasiados militares entre nosotros. Podían haberse ido a estudiar ruso a su casa... o a Tallinn.

—Un nuevo ex alumno de Harrow ha venido a vivir a Estocolmo. Por lo menos lleva corbata. Es el hermano de la querida de Krogh.

—Muy interesante —murmuró el ministro.

—Ha entrado en la casa.

—Recuérdeme que ha de inscribir su nombre en el Registro.

—No creo que estudiara realmente en Harrow.

—Pero ¿no ha dicho usted que lo era?

—Sólo le he dicho que lleva la corbata.

—Qué desconfiado es usted, Minty. Si no fuese una persona correcta no sería empleado de Krogh. Apostaría hasta mi último penique en favor de la corrección de la Casa Krogh.

—¿Por qué no —dijo Minty— si paga el diez por ciento?

—Sí, he hecho algunas inversiones en ese sentido —contestó el ministro— que me permitirán costearme las vacaciones este invierno.

—Pero ¿y la comida? —exclamó Minty, con voz lastimera, mientras se paseaba chorreando agua de su abrigo sobre la alfombra—. Es una cosa estupenda. Nos mantiene en contacto. ¡Poder dejar de sentirse extranjero una vez al año!

—Pero, ¡idiablo!, Minty, esto no es el Sahara. Estamos a treinta y seis horas de Piccadilly. No debe usted sentir añoranza, ya que cuando le plazca puede largarse a pasar un par de días allí. Mire a Gullie; siempre está yendo y viniendo. Yo, por mi parte, prefiero pasar un mes, por Navidad. Es la mejor época que puede pasarse en Inglaterra, y además se puede ir a cazar unos días. No, no, pretenda decir que estamos aislados aquí.

Tenía razón. El no estaba aislado, en aquel cuarto de paredes blancas, con un jarrón de rosas en otoño; su prosperidad era para Minty como un estudiado insulto. «No me ha dicho que me siente, porque teme por la tapicería de sus sillas, al ver mi abrigo un poco húmedo.»

—Una comida es una cosa estupenda —repitió, mientras buscaba mentalmente alguna historia, alguna broma, algún rumor que dejase al ministro menos feliz de como le había encontrado.

—He visto que el «Manchester Guardian» criticaba su libro —dijo al fin.

—No —exclamó el ministro—. Increíble. ¿Qué decía? Nunca leo las críticas.

—Ni yo poesía —repuso Minty—. Sólo vi el título: «Un imitador de Dewson». ¿Dijo usted —prosiguió rápidamente— que había estado comprando algunas acciones de la última emisión de Krogh? Debiera andarse con cuidado, porque circulan rumores...

—¿Qué quiere usted decir? ¿Rumores?

—Ah, Minty siempre se entera de alguna cosa. Dicen que está a punto de declararse una huelga en las fábricas.

—Tonterías. Krogh estuvo aquí a la hora del té, y me aconsejó que comprara.

—Sí, pero ¿adónde fue después? Eso es lo que todo el mundo se pregunta. ¿Recibió alguna llamada telefónica?

—Dos.

—Ya lo suponía —exclamó Minty.

—He comprado una parte considerable de la última emisión —dijo el ministro.

—Bueno, bueno —siguió Minty—, pues hay rumores, y le será difícil a usted librarse de sus efectos. Harán bajar

los valores algunos enteros, desde luego, y de momento es difícil esperar un movimiento que restablezca la situación originaria. Pero al fin y al cabo, usted es un poeta, y no entiende de esas cosas.

Terminó con una risotada.

—¿De qué se ríe usted?

—«Un nuevo imitador de Dewson» —repitió Minty—.

No puede negar que suena bien. Todo lo que quiera usted saber podrá obtenerlo de mí, pues soy una buena fuente informativa. No puede esperarse de un diplomático que sepa todo cuanto se habla en la calle. —Eché a andar hacia la puerta—. Pero aquí estoy yo, siempre dispuesto a ayudar a cualquier compañero de la escuela.

En el largo pasillo blanco se detuvo al pie de los retratos de los antecesores de sir Roland; con sus pelucas, sus trajes abotonados, pintados por artistas locales, todos ellos tenían un aire de barbarismo muy poco inglés, en sus ojos un sesgo claramente escandinavo. Tras un cortesano de los Estuardo podía verse un par de renos y un paisaje de montañas nevadas. Únicamente los retratos más recientes habían perdido todo aire nacional. Vestidos de ceremonia, llenos de medallas y cintas, aquellos modales representaban un arte cosmopolita típico de Sargent y de Laszle. Minty sabía que eran muy admirados por sir Roland, quien pronto se reuniría con ellos en la pared del pasillo: y cierta simpatía surgió de pronto en su alma, una simpatía que hacía una extraña mezcla con la amargura usual de su ser, hacia aquellos hombres de peluca que habían quedado aislados, aunque no tanto como él lo estaba, una simpatía hacia aquellas pinturas que sir Roland llamaba «curiosas». Prosiguió su camino hacia la puerta, dejando huellas húmedas sobre la alfombra gris plateada, y salió de la

Legación.

La lluvia había cesado, y un viento de levante arrastraba jirones de nubes sobre el lago Malar, mientras algunos débiles rayos de sol enjugaban las húmedas piedras del Palacio de la Ópera, del Parlamento. Las lanchas motoras que pasaban bajo el Puente Norte levantaban espuma que el viento cogía y lanzaba como fina lluvia contra los ventanales del desierto restaurante.

El hombre desnudo que ocupaba un húmedo pedestal miraba fijamente, por encima de las pequeñas olas del puerto, hacia el Grand Hotel, volviendo la espalda al puente y a los transeúntes.

Minty entró en una cabina telefónica y llamó a casa de Krogh.

Dijo al portero:

—¿Aún está Krogh en la oficina? Soy Minty.

—Sí, Herr Minty. Aún no ha salido.

—¿Va esta noche a la Ópera?

—Todavía no ha encargado el coche.

—Si le es posible, diga a Herr Farrant que se ponga al aparato.

Esperó largo rato, sin impaciencia. Con un dedo dibujó en el vidrio sucio algunas cruces, una cabeza con birrete...

—Diga... ¿Es Farrant? Minty al habla.

—Vengo de comprarme el traje de etiqueta —dijo Anthony—. Zapatos, calcetines, corbatas. Esta noche vamos a la Ópera.

—¿Usted y Krogh?

—Sí, yo y Krogh.

—Tiene usted más suerte que un ladrón. Escuche, ¿puede decirme algo sobre esa huelga de que tanto se

habla?

—Krogh no es ciertamente muy explícito.

—Puedo pagarle bien por ese servicio, Farrant.

—¿Mitad y mitad?

Minty borró con el dedo la cabeza y el birrete, y dibujó otra cruz, una corona y un nimbo.

—Escuche, Farrant. Esto es mi vida, mi pan y mi mantequilla; incluso mis cigarrillos. Usted tiene un buen empleo; no necesita mitad y mitad. Le daré un tercio. Seriamente se lo prometo. —Casi automáticamente cruzó sus dedos para librarse de la responsabilidad de una promesa rota—. Aceptará el tercio, ¿verdad? —Se dispuso a continuar rogando, y su voz adquirió el tono de un chiquillo que, junto a una confitería, pide a sus padres que le compren un dulce o una pastilla de chocolate—. Usted sabe muy bien, Farrant...

Pero Anthony lo cogió completamente por sorpresa, diciéndole:

—Bien, sólo tomaré una cuarta parte, Minty, si es así como usted dice. Adiós. Ya nos veremos.

Minty se quedó con el auricular en la mano, meditando. «¿Qué ha querido decirme con eso? ¿Va a jugar limpio, o no? ¿Habrá recibido alguna oferta?» Y se sintió terriblemente celoso de aquella horda de desgraciados que esperaban como él a la puerta de Casa Krogh, haciendo de centinelas cuando Krogh salía a comer fuera, yéndose a su casa tarde y hambrientos, a una buhardilla al otro lado del lago. Habrá entrado en tratos con Philstrom? ¿Con Berger? ¿Lo habría comprado Hammarston? Veía a Philstrom con su traje manchado de barro intentando hacer funcionar un aparato automático con monedas extranjeras. Veía a Derger cambiando con su vecino los fieltros de los vasos de

cerveza. Veía a Hammarston... «No, no, no es posible fiarse de ellos», pensó. Colgó el teléfono, pasó la palma de la mano por las cruces y los nimbos, y echó a andar a través de la tarde gris de otoño.

«¿Vamos a tomar algo, Minty? —se dijo—. Es el primer día del mes: una carta de la familia; una nueva referencia al pie de la nota de los procuradores; he incomodado al redactor jefe, a Gullie y al ministro; ahora me falta alguna extravagancia; vamos a tomar algo. Pero el deber ante todo, Minty, el deber ante todo.»

Así, llamó al periódico diciendo que tuviesen preparado el fotógrafo a la salida de la Ópera.

Ya podía irse a merendar.

Pero de nuevo su intento se vio frustrado. Una iglesia le atrajo; la oscuridad, el ambiente de la nave en penumbra le llamaba más que el alimento. Era una iglesia luterana, pero tenía el mismo ambiente de las imágenes de escayola, de las velas encendidas, de los pecados perdonados. Miró a un lado y otro, inclinó la cabeza y penetró por la puerta con la precaución y el nerviosismo de quien, en secreto, se da a la vida de crápula.

* * *

Anthony se sintió observado desde todas partes hasta que las luces se apagaron, pero no le importaba lo más mínimo. Sabía que su figura lucía en traje de etiqueta aun cuando éste hubiese sido acabado de comprar. Había dos asientos vacíos a su izquierda y dos más al otro lado de Krogh. Estaban deliberadamente aislados en la cuarta fila; los dos asientos tras de ellos también estaban vacíos.

Anthony empezó a calcular cuánto costaría a Krogh ir al teatro.

—¿Viene usted a menudo, señor Krogh? —preguntó mirando hacia los esplendorosos palcos, con el aire de curiosidad que imperaba en el vasto salón: hombros desnudos, diamantes y cabello gris; una mujer les observaba con unos gemelos. Era como si estuviesen asistiendo a una ceremonia tradicionalmente reservada a la ancianidad.

—Cada dos noches —repuso Krogh.

—Debe tener usted gran gusto musical.

El palco real estaba ocupado; el rey no estaba presente (estaba jugando al tenis en el extranjero), pero el príncipe heredero se sentaba allí con su esposa, exponiéndose pacientemente a la sociedad de Estocolmo; era su deber mientras las luces estuvieron encendidas. El interés de la sala estaba dividido entre el palco y las butacas que Krogh ocupaba; entre el rango y el dinero. Anthony creyó adivinar que el dinero ganaba.

—¿Se conocen ustedes? —preguntó—. Me refiero al príncipe heredero.

—No. Sólo una vez he estado en Palacio, durante una recepción. Conozco a su hermano.

Las señoras ancianas les miraban ansiosamente mientras hablaban, con centelleo de gemelos de teatro; un hombrecillo gris con una cinta destacándose sobre su pecho, hizo una reverencia y sonrió intentando recoger la mirada de Krogh. Anthony, mirando al palco real, pudo ver que incluso el príncipe les observaba. Era curioso pensar que era probablemente Krogh el único extraño a quien el príncipe conocía de vista. Su rostro intelectual y cuadrado estaba vuelto hacia ellos con interés.

Los dos personajes estaban cansados, pero el

cansancio de Krogh daba la impresión de un agotamiento físico. Su traje de etiqueta le sentaba mal en la parte de los hombros; había mucho de vulgaridad en la botonadura de brillantes; parecía no pertenecerle. Era como si llevara la ropa de otro, la vulgaridad de otro.

—Oiga, Farrant, si me quedo dormido, despiérteme usted antes de que acabe el acto. No deben verme dormido. —y arguyó—: El martes es siempre un día pesadísimo para mí.

Las luces de la gran araña central se apagaron, la oscuridad se prolongó por la balaustrada de los pisos y descendió sobre la platea. «Martes.» Los violines parecían querer iniciar algo que no proseguían, se debilitaban y callaban desesperados. «Martes.» Una mujer estornudaba. «Noche del martes.» «He roto una promesa —pensó Anthony—, será duro para ella.» Y los violines parecieron apropiarse la emoción y el arrepentimiento por lo que uno abandona, por el dolor que causa, por lo que uno olvida.

Ella debe haber pasado todo el día paseándose impaciente, lamentándose, con llanto de pájaro; le distrajo de sus ideas un momento lo que en la escena ocurría. Un filtro envenenado, un amor inexplicable, la muerte que todo lo arregla, de nuevo una mujer estornudando. «Es muy duro para ella.» Aquellos escalones de piedra. «Hoy no quiero leche.» Se llama Davidge, Davidge, Davidge.

El telón se alzó; largas y pesadas telas verdes y púrpura arrastraron hacia arriba el polvo recogido en sus flecos; una mujer madura, cantaba, agitando unas trenzas rubias; las candilejas centelleaban sobre corazas de latón; alguien escanció una bebida y un bajel se hizo a la vela. Aquello no tenía sentido. «Martes.» Telefonaré durante el

próximo entreacto. Uno se siente culpable (como ese mal amigo que vuelve a enfrentarse con el rey Mark), cuando ellas son tan tontas que enloquecen por uno. Bastante inocente; debiera aprender a arreglarse mejor; sus labios no tenían un tono apropiado para el maquillaje bronceado de su cutis; bebió aquellas copas en Gothenburg como si nunca hubiese bebido nada más fuerte que jerez. Un vasito con agua coloreada, la actriz bebiéndose el filtro, gorgoritos de sorpresa, y siempre el tema del amor inextinguible.

No es una cuestión de amor; cuando uno se relaciona tan fácilmente lo único que desea es conseguir lo que hubiese conseguido si... (el recuerdo súbito y doloroso de la desaparición de Annette llevó la música a un segundo plano, pues la agonía era banal comparada con la agonía visual de aquellos mensajes en lápiz, de aquella escalera enjabonada). Si fuese menos infantil, si no se hubiese creído todas aquellas historias, no me interesaría en absoluto. Miró en dirección a Krogh.

—Mr. Krogh.

Le tocó en el hombro y el otro se despertó.

—Están armando mucho ruido —susurró Anthony—. Imagino que falta poco para el final.

No se equivocaba, el temblor de la música agitaba los terciopelos de púrpura; robustos vikingos avanzaban cantando hasta las candilejas; traición; la obesa soprano lloraba; el telón caía.

—¿No le importa —interrogó Anthony— que vaya un instante al teléfono?

—No, no. No puede usted hacer eso, vendrá ahora gente a hablarme, y me preguntarán si me ha gustado.

—Diga que estaba tan cansado que no pudo escuchar.

—Si todo pudiera ser tan sencillo —se lamentó

Krogh—, pero no comprende usted. Esto es arte —bajó la voz—. Leí algo no sé dónde. Se trata de una de las más grandes historias de amor del mundo.

—No, se equivoca. Está confundiéndolo con «Carmen».

—¿Está seguro?

—Ya lo creo. Además de que he estado despierto, conozco la historia. Se trata de un individuo que envía un amigo a buscar a su futura esposa. Hay una confusión sobre un filtro de amor que el amigo y la joven beben juntos, y quedan unidos por un inmenso amor. Pero ella tiene que ir a casarse con el otro. En fin, ya ve que no es posible llamar a esto una gran historia de amor. ¿Por qué tenían que beber aquel filtro? No hace falta beber para enamorarse.

—Sin duda tiene usted razón.

—¿Puedo ir a telefonar?

—¿Se trata de la Prensa? —dijo Krogh con súbita sospecha—. No lo tendría conmigo un día más si supiera que estaba en relaciones con la Prensa.

—No, no, Mr. Krogh, sólo se trata de una chica. —Y empezó a explicarse—. Teníamos una cita y lo había olvidado.

—Es decir, que iban ustedes a salir juntos.

—Sí, íbamos a ir al cine o a un parque. ¿Hay por aquí algún parque donde pueda uno sentarse?

—¿Y con eso se divertiría usted? —interrogó Krogh. Se volvió en su asiento y prosiguió en voz baja: —Se llevaría usted al parque y... ¿qué le diría? Recuerdo muchos amigos míos, hace muchos años, en Chicago, que hacían lo mismo. Murphy, O'Connor, Williamsson. Ya creía haber olvidado sus nombres. Todos trabajábamos en un puente,

antes de que yo inventara la cortadora. No creo que Hall estuviese allí. Arenstein: otro nombre.

—Observe, Mr. Krogh —le interrumpió Anthony—, ¿le gusta a usted este sitio?

Todo el mundo había estado esperando que el príncipe dejara de aplaudir; ahora todos salían, las mujeres con sus joyas; los hombres con lentitud, pestañeando como señales de tráfico, hacia los pasillos y escaleras.

—Desde luego —repuso Krogh.

—Pero si es aburrido. Lo que usted necesita después de un día de trabajo es un poco de canto y baile. Algo ligero. ¿No hay *cabarets* aquí?

—No lo sé. —Lentamente añadió—: Siempre he estado dispuesto a confiar en su hermana, y no le he ocultado nada. Al fin y al cabo usted es su hermano. — Parecía que tomase alientos antes de hacer una confesión de la mayor importancia—: Pues sí, también yo lo encuentro aburrido. Y aquella estatua... pero a Kate le gusta.

—M. Krogh, usted se viene conmigo ahora. Nos vamos a beber algo en cualquier sitio donde haya un poco de música y luego le llevo a casa a dormir —y agregó—: Y yo podré así telefonar desde el restaurante.

—Es imposible —opuso Krogh—, la gente lo notaría.

—Nadie se dará cuenta. Todos están paseando por los pasillos.

—Pero verán los asientos vacíos cuando empiece el próximo acto, y pensarán que me he puesto enfermo. No puede usted imaginarse los rumores que llegarían a producirse. Probablemente darían lugar a una edición especial de la Prensa. Y los reporteros estarán fuera.

—Puedo ser yo el indispuesto, y usted quien me lleva a casa. Nadie me conoce, y supondrán que soy un amigo suyo.

—Farrant, si yo pudiese. Pero no es posible convencerles. Aún quedan dos horas más de esto. ¿Es usted capaz de representar?

—¿Si soy capaz? —exclamó Anthony—. Si me hubiera usted visto en el «Secretario Privado». Toda la escuela se reía, incluso los profesores. La esposa del decano (nosotros la llamábamos Fuzzy Fuzzy) me dio un caja de bombones. Naturalmente, ahora estoy un poco enmohecido, pero puedo representar ese papel.

—Pero no —insistió Krogh—, no puede ser.

El le estaba muy agradecido, pero no podía Farrant comprender la intensidad de la publicidad que le rodeaba. Principalmente un hombrecillo desastrado...

—Voy a telefonar y vuelva en seguida.

Abrió el programa por primera vez y empezó a leerlo, página por página, desde el gran anuncio de Productos Krogh hasta los precios de las localidades.

En la sala de espera se había formado un claro por donde paseaban el príncipe acompañado de su esposa, un anciano de bigote gris, y una joven de aspecto envejecido, con rostro sin maquillar y largos cabellos; arriba y abajo, como animales enjaulados que esperan la hora de la comida. Se levantaban murmullos cuando las cuatro espaldas se volvían, y una charla sin interés cada vez que de nuevo se acercaban.

En la pared de la cabina telefónica alguien había dibujado un corazón, extraordinariamente desarrollado de una parte. El telefonista no entendía lo que Anthony deseaba; una y otra vez se vio obligado a repetir «Hotel York». Dentro del corazón había un número de teléfono, y el artista había empezado a dibujar una flecha.

El príncipe continuaba paseando, las mujeres murmuraban algo sobre el traje de la princesa, y los hombres observaban a aquél. El corazón a lápiz parecía ser simple vista algo tonto, algo elemental, hasta que se descubría en un rincón una rima en francés, tan inesperada como un petardo en medio de apacibles festejos navideños, y entonces el dibujo entero, mientras Anthony aguardaba al aparato, se convertía en algo inteligente, en una ironía.

—¿Está Miss Davidge?

El conserje del York hablaba inglés.

—No estoy seguro, voy a verlo. ¿Puede darme su nombre?

Anthony pudo oír el sonido de sus pisadas alejándose. Miró su reloj: eran las diez menos cuarto. Pensó: «¿Cuál es su nombre? Me lo dijo, pero no me acuerdo». Se le ocurrió que tampoco recordaba con exactitud su aspecto, sino únicamente las faltas que le había encontrado, el tono poco apropiado de sus labios, el polvo excesivo en sus mejillas. La idea del completo anónimo de ella empezó a torturarlo, y se sintió responsable como un animal a quien se ha confiado una carga y la ha perdido.

—Soy Anthony —dijo.

La voz le era familiar; incluso la falta de hipocresía lo era asimismo, como el suspiro de nerviosismo, de esperanza, o posiblemente de alivio, que por encima de un lago, un puente, una avenida, transmitía la electricidad.

—¿Quién es? —agregó.

—Soy Lucía.

¿Cómo había podido olvidar aquel nombre tan absurdamente pretencioso? Ella le había confesado en la esquina de un depósito del muelle, que tenía un hermano llamado Roderick. Su padre, el único responsable, era un

asiduo lector de los clásicos, de aquellos clásicos que si alguna vez vivieron, hoy estaban muertos y sepultados bajo el polvo que se amontona en los estantes de las bibliotecas populares. Había recorrido todo Gothenburg con su libro favorito bajo el brazo, y de él no se había separado un instante; el responsable de Roderick: las «Baladas Españolas», de Leckhart. Ella no podía recordar de qué libro había extraído el nombre de Lucía. Por encima del *smogasbord* Mr. Davidge le había ofrecido presentarle el Leckhart. «Scott y Leckhart son una misma cosa», explicó, agregando que él era un gran lector de poesías, y descendiendo el tono de voz habló encomiásticamente de Horne y Alexander Smith. «Gusto de las obras en que poder hincar el diente; no líricos, sino épicos.» «Su lectura estaba condicionada —explicó su hijo en venganza de habersele usurpado buena parte de la conversación—, por lo que se pudiese adquirir a seis peniques en las librerías de segunda mano.» «Mire, mire»; dijo con desagrado, señalando el Leckhart que yacía junto a los arenques salados, con su encuadernación negra y destrozada, cubierta por la etiqueta de la librería.

—Lucía —repitió Anthony—. Claro está. Habría conocido su voz en cualquier parte. Pero no sabía si era común en la familia, y no iba a decirle «corazoncito» a su madre.

—He supuesto —dijo la voz desconsolada— que se había olvidado.

—No, no; no me olvidé —aseguró Anthony—, sino que he tenido ocupaciones perentorias con Krogh. Hasta ahora no he podido llamar por teléfono. No puede imaginarse las cosas que he estado haciendo. ¿Le gustan los tigres?

Lucía preguntó, sorprendida:

—¿Los tigres?

—De juguete. Hoy le he comprado uno; para que vea que no la había olvidado. ¿Puedo llevárselo al hotel?

—¿Cuándo?

—Podría estar ahí a medianoche.

—Oh, Anthony, ¡cuánto deseaba que viniera! Pero... Ahora ya es imposible. Voy a acostarme.

—Aún no son siquiera las diez.

—En casa nos acostamos siempre a las diez.

—Entonces, si puede salir mañana...

«Dios mío —pensó—, pobre criatura, irse a la cama a las diez. Horrible. Voy a tener que liberarla de todo eso. —Y reflexionó agradecido—: Imagina que soy distinguido. Se cree todo lo que le cuento. Es tonta, pero es deliciosa.»

—Imposible, mamá tiene ya entradas para no sé dónde.

—La noche siguiente...

—Un amigo de papá... Anthony, ya es inútil. La semana que viene nos habremos ido.

—Venga a almorzar conmigo.

Aquella vocecita desilusionadora, ya le mareaba.

—Imposible, Anthony. Tendría usted que ver la agenda de papá. El Ayuntamiento, los museos, almuerzo aquí y allá. Estamos visitando a fondo la ciudad. Muy a fondo.

—Bueno, entonces —aventuró Anthony— por lo menos desayunaremos juntos. —Añadió vagamente—: Tomaremos un coche en cualquier sitio. ¿Cuándo podrá?

—¿Mañana? —La voz se detuvo temblorosa y susurró—: Aquí está mamá, y no quiero que se entere. ¿Estará en el puente del Norte a las ocho?

—De acuerdo —dijo Anthony, y colgó el teléfono.

Las ocho era algo terriblemente temprano. Ello significaba tener que levantarse a las siete y media; eran muy frías las mañanas a esa hora. En su mente se fotografió el aspecto de su cuarto: el cepillo de dientes en el vaso, el ruido de los tubos de calefacción, la ventana que daba a una estrecha calle llena de cubos de basura, el grifo de agua caliente que la proporcionaba fría, los retratos pegados a la pared con jabón; se había olvidado de comprar unas chinchetas. Alguien llamó a la puerta de la cabina.

«Cualquier día va a pasar algo, porque van a acabar por desesperarme.» y pensó esto sin tener la más mínima idea de a «quienes» se refería.

Se volvió y vio a Krogh esperándole fuera de la cabina, y al instante, sin esfuerzo alguno, sonrió, lleno de amabilidad, de nuevo en posesión de sus facultades.

—¿He tardado mucho?

—He salido —dijo Krogh— pese a todo.

Lo decía con asombro, como si a duras penas pudiese creer que fuera tan fácil.

—Todos han vuelto ya a la sala y nosotros estamos aquí.

Contempló la ancha escalinata vacía.

—¿Y ahora qué?

—Pues bien, vámonos de paseo. No vamos a molestamos en recoger nuestras cosas ni su coche.

Krogh sonrió.

—Esto es muy fácil. Nunca lo hubiera creído.

Los dos juntos descendieron la escalera. Podían oír que alguien cantaba, con voz más débil cada vez.

—Esto es una verdadera aventura para mí, Farrant. Hacía mucho tiempo que no me lanzaba a aventuras así.

—Pero en calidad de su guardia personal —dijo Anthony—, me siento algo responsable, porque no tengo siquiera una pistola.

—Eran nervios. No necesito guardia personal.

—Lo que necesita es beber algo.

—De acuerdo.

Se cogió del brazo de Anthony y salieron a la plaza ante los boquiabiertos porteros. Un hombre se les acercó corriendo, llevando en las manos algo parecido a un cajón, y una luz blanquecina les cegó de súbito, haciéndoles ver todo violentamente transformado, como un mundo tambaleante en blanco y negro.

—Un taxi, pronto, búsqume un taxi —ordenó Krogh.

Dos hombres se adelantaron y dijeron a Krogh algo en sueco. Un taxi se acercó a la acera, y Krogh se precipitó en el interior. Una multitud se estaba congregando rápidamente a la puerta del teatro. A través de la ventanilla, Anthony vio a seis o siete personas atravesando el puente a todo correr. Una mujer junto a la estatua de Gustavo Adolfo gritó:

—¡Viva Herr Krogh! —y todo el mundo empezó a vitorear cuando el taxi arrancó.

—Locos —murmuró Krogh.

Se reclinó para no ser visto cuando las luces del Grand Hotel penetraron por las ventanillas.

Oleadas de música de baile llegaban hasta ellos y se alejaban nuevamente.

—¿Nos paramos aquí? —preguntó Anthony.

—No, no, un sitio más quieto. Vayamos a Hasselbacken, frente al Tívoli. Hace veinte años que no he estado allí.

—¿Está bien el Tívoli?

—Nunca he estado en él.

—Una noche iremos —propuso Anthony.

La fábrica de piedra del Museo Nórdico, iluminada por la luna, retrocedía lentamente mientras ellos atravesaban el lago. La música del Tívoli surcaba el aire frío que la cogía y la dejaba, como podría un bloque de hielo preservar los cuerpos humanos de la putrefacción: movimiento congelado, y luego frígido abandono.

—¿Qué haríamos en el Tívoli? —opuso Krogh—. Es usted un extremista, Farrant, y no estoy seguro con usted. Abandonar la Ópera de este modo; mañana saldrá en todos los periódicos. —Y continuó—: ¿Les oyó hablarme? Querían saber si estaba descontento de la representación, si me encontraba enfermo, si había tenido malas noticias.

—Alguien nos está siguiendo —dijo Anthony, volviéndose para ver un cochecito amarillo describir la curva del Skansen—. Nos alcanzarán en el restaurante. Diga al chófer que nos lleve al Tívoli, pues es el único modo de perdemos en la multitud.

Él mismo golpeó los cristales.

—Tívoli —dijo—, Tívoli.

—No, no —protestó Krogh—, no podemos hacer eso. ¿Qué van a decir los periódicos? Dejar la Ópera para ir al Tívoli. Creerán que me he vuelto loco. Y, ¿qué ocurrirá en la Bolsa?

—Olvídelo —dijo Anthony.

—Olvidar la Bolsa —exclamó Krogh con asombro; y empezó a reír incómodamente, como quien se sabe culpable—. Es usted un extremista —repitió—. Esa cicatriz... ¿es debida a olvidar la Bolsa?

—Ah, esta cicatriz —dijo Anthony— es una larga

historia. ¿Recuerda el *Neptuno*, que se hundió en el Océano Índico hace unos cuantos años? Seguramente que no lo leyó usted. Cundió el pánico a bordo, los pasajeros intentaron botar las lanchas; yo me puse a ayudar al primer oficial en la tarea de contenerlos y alguien me hirió.

Krogh se echó a reír, y Anthony le miró afectando extrañeza.

—¿No me cree usted?

—Ni una palabra.

El taxi se detuvo, pero Anthony continuaba sentado mirando a la lejanía.

—¿Por qué no me cree usted? ¿He dicho algún absurdo?

Empezó a repetirse la historia: «El *Neptuno*... pánico... las lanchas...»

—Salgamos —dijo Krogh—. Ya está aquí el otro taxi.

Cogió a Anthony del brazo, cuando ya habían pasado las taquillas, y le detuvo.

—Un momento, quiero saber quién es.

El segundo taxi se paró detrás del primero. Un hombre con vestido gris de verano salió de él; mientras pagaba al taxista miró a un lado y otro; todos sus movimientos eran lentos y acompasados, y aunque la piel de su rostro era fina, pendía en bolsas y arrugas bajo el mentón y los ojos.

—Es Philstrom.

Pero el taxi no se fue aún. Una pierna con pantalones negros salió por la portezuela, buscando la acera.

—Son dos —exclamó Krogh—. Nunca he visto que Philstrom trabajara en compañía. Deben creer que el asunto es muy importante...

Un frac, una corbata negra y tan estrecha como el

lazo de unos zapatos, de blanca pechera, el largo rostro melancólico.

—Vaya, es ... es el profesor Hammarston.

Sombrero negro de fieltro, lentes con montura de acero, tez gris pálida.

—De prisa —exigió Krogh—, antes de que nos vean.

Intentó abrirse paso. Ante ellos se abría una avenida de rostros atónitos, y recordó que iba vestido de etiqueta y sin sombrero, pero ahora se sentía algo irresponsable; pensó en Hall, cubierto el rostro con una nariz de papel, durante aquella fiesta, mientras él hablaba sobre razonamientos. ¿Qué pensaría Hall de esto? El fiel Hall de quien podía estar seguro para todo.

—No fue en el Océano Indico —comentó.

—Demonio —exclamó Anthony, y sonrió, parpadeando bajo los focos del Tívoli—. Nunca había ensayado esta historia. Generalmente digo que se debe a una bomba —añadió. La verdad sólo la sabe Kate. Estaba desollando un conejo, y el cuchillo resbaló. Suspiro: —No volveré a inventarme más historias después de esta plancha. Pero yo hubiera jurado que fue en el Océano Indico.

—En efecto, allí fue.

—¡Cómo! ¿Quiere decir que se ha marcado un farol...? No, no jugaré al *poker* con usted.

—¿Tiene usted realmente buena puntería?

—¿Si tengo buena puntería?

Empujó a Krogh hasta una barraca y dijo:

—Demasiado fácil.

Siguió andando, hasta que encontró lo que buscaba. Los premios estaban marcados.

—¿Quiere usted una pitillera?

—Tengo ésta —contestó Krogh, sacando del bolsillo una de madera tallada. Estaba hecha por el mismo escultor de la estatua y los ceniceros, y llevaba el monograma E. K. Orgullosamente la exhibió: No hay otra igual en el mundo.

Tenía, sobre su palma, menos peso que el de un puñado de polvo.

—Sí, es bonita, pero necesita usted algo más formal, en piel de cerdo. Ésa de ahí; quedaría bien con un monograma en oro. Voy a ganarla para usted.

De allí se fueron a tomar cerveza. Anthony no sabía una palabra de sueco, pero estaba a sus anchas. Asombraba a Krogh con la soltura de sus modales, y su aire de conocer algunas de las cosas que Krogh conocía menos.

Este miraba a Anthony, como una mujer de media edad que ha dependido siempre de otros mira a una jovencita que conoce todas las cremas de la moda, los mejores ingredientes para hacer *cocktails*, el doctor a quien se debe acudir para que impida venir lo que no se desea.

Experimentaba algo de envidia, algo de simpatía, incluso algo de diversión, pero sobre todo, la sensación de lo veloz que había pasado el tiempo para él, y lo lento que debía haber pasado para el otro, que tanto sabía, y tan precozmente.

—¿Qué le parece si vamos a estirar las piernas?

—No entiendo.

—Bailar un poco.

El altavoz tocaba algo que era sin duda la melodía más moderna; la luz de los arcos inundaba las mesas de madera; las cuidadas caritas seguían con atención la intrincada música y las muchachas que bailaban movían con lentitud sus pies delicados, solemnemente, recibiendo como un sacramento la comunicación de sus parejas sobre un paso al

lado, uno en medio, uno atrás, pensando en la tienda, en la oficina, en el traje que no se ha podido comprar (en el silencio de mi habitación solitaria...), en el verano que se va (noche y día... pensando en ti...) y en las modas para el invierno.

—No; no voy a bailar. Pero baile usted; mientras tanto, yo miraré.

No era ocasión de recordar que era Krogh, de recordar sus iniciales en luces eléctricas, ni en las fábricas que trabajaban día y noche. Tenía miedo, sin embargo, de preguntar a alguna de las muchachas si quería bailar. Vio a Anthony dando vueltas por el entoldado mirando a todas las muchachas. No hablaba sueco, pero no era más forastero que Krogh, nacido en una cabaña del Vatten, y que aprendió Aritmética en la escuela rural. «Quizá he olvidado muchas cosas —se dijo mentalmente al ver cómo Anthony cogía del brazo a una jovencita y la llevaba a la pista—; cuando yo era joven...»

Pero no quería engañarse a sí mismo; había en el Tívoli un ambiente que incitaba a la verdad; no era posible ser un hipócrita en un lugar donde nadie se hallaba porque sí, donde la diversión era el único objetivo, nada disimulado, de todos.

«Hasta cuando era joven —corrigió— me pasaba lo mismo.» Se contaban en Estocolmo historias de su infancia, su precocidad para los negocios y los inventos; cómo había construido un periscopio que podía colocarse en la ventana para descubrir cuándo el maestro se acercaba a la vuelta de la esquina, o cómo había cambiado su colección de sellos de correos por fruta, y la había almacenado inteligentemente, hasta que el calor del verano hacía que sus condiscípulos

estuvieran dispuestos a regalar todos los sellos que poseían, a cambio de algo jugoso.

El conocía estas historias, y sabía que eran mentira, y a su vez conocía lo desagradable de la verdad: el tráfago del taller, los certificados ganados a pulso. El, realmente, su vida, había empezado con rudeza antes de que la idea de la nueva cortadora se le ocurriese, un día de primavera en Chicago. El largo invierno norteamericano se había ido ya, y se respiraba la primavera en el humo del asfalto líquido y en los metales mojados por la lluvia; las carreteras asfaltadas se resquebrajaban, bajo la presión de las hierbas que nacían. Pero él no sentía amor por la Naturaleza, recordaba aquel día de primavera no porque fuese más bello que otros, sino porque, mientras miraba el plano del puente sobre el tablero de dibujo, pensó: Si pusiese la hoja de este modo, la placa deslizante, el freno con su rueda dentada... ¿sería muy grande la fricción? Nunca se había preocupado de aquellos artículos pequeños, absurdamente baratos y absurdamente necesarios, que ahora se conocían como Productos Krogh. Sólo la idea de la nueva cortadora había acudido a su mente sin esfuerzo, imprimiéndole para siempre el recuerdo de aquel día de primavera, con olor a vegetación naciente y asfalto. Anthony le había hecho recordar aquella época. No era una coincidencia el haber recordado los nombres de Murphy, O'Connor, Williamsson y Arenstein. (O'Connor murió en Panamá, enterrado bajo cuarenta toneladas de barro, al romperse una draga; Arenstein se había ido a los campos petrolíferos; Williamsson y Murphy murieron probablemente en Francia.) Nunca llegó a conocerlos bien, aunque había trabajado con ellos durante dieciocho meses, pero al menos no había sido tímido como con Anthony, o con las muchachas bronceadas que bailaban, arrogante y

solemnemente, ante él.

Deliberadamente hizo un esfuerzo para situarse de nuevo en la actualidad, para arrancar los años y sus crueldades del mismo modo que se arrancan las hojas de un calendario, leyendo por encima las máximas, los versos, las citas de antiguos retóricos, deteniéndose de vez en cuando ante una línea inesperadamente vívida: 1912, cuando estableció la sociedad; 1915, cuando compró la otra mitad del negocio; 1920, cuando empezó a laborar hacia un monopolio mundial; 1927, la fecha cumbre en que compró intereses alemanes, hizo un empréstito al Gobierno francés, se estableció en Italia; pero ello le llevó al presente empréstito a corto plazo, la huelga, la voz estúpida de Laurin, que por el micrófono le aconsejaba cautela.

De nuevo pensó: «¿Qué estoy haciendo aquí? Esto es absurdo». El débil crujido del entarimado bajo los pies de los bailarines, la multitud que se desplazaba ordenadamente en dos colas entre las barracas de tiro al blanco y de los adivinadores; las montañas rusas, los trenes de juguete, las fuentes de colores brotando entre el negro del cielo y el blanco de las paredes encaladas; los bancos junto al lago; la luz de un *ferry-boat* alejándose sobre su superficie negra, brillante como el farol de una bicicleta: todo esto era Suecia, lo mismo que los bosques de álamos que rodeaban el lago Vatten, lo mismo que la cabaña de madera con sus llamativos colores, el pato salvaje muerto en el aire, y su madre esperando en el sendero; pero estas imágenes ya no tenían sentido para él, hombre sin pasaporte, sin nacionalidad; como un hombre que sólo supiera hablar esperanto.

La mesa en que se apoyaba se movió; levantó la vista

y vio al viejo Hammarston acercándose una silla.

—Buenas noches, Herr Krogh —se frotó con la mano los escasos cabellos blancos de su barba y se acercó a Krogh con aire confidencial—. He enviado a Philstrom a su casa. Pude ver en seguida que no quería usted ser molestado por un hombre como Philstrom. Le dije que le había visto irse en un taxi.

—¿Y se lo creyó?

—Pero, Herr Krogh; me cree poco hábil. Le rogué que me prestase el precio del taxi para seguirle a usted.

—Muy listo, profesor, pero en realidad...

—Desde luego, se fue él en el taxi. —El anciano emitía el mismo sonido que si estuviese bebiendo té caliente, y agregó con inmensa satisfacción—: Ahora estará al otro lado del lago.

—¿Cómo le van las clases de idiomas, profesor?

—No muy bien, no muy bien, Herr Krogh. Mi vocación natural es el periodismo, y eso conduce a uno a desagradables compañías: Philstrom, el inglés Minty, Berger... ¿Conoce usted a Berger?

—No tengo ese honor —repuso Krogh.

—Es imposible fiarse de Berger. El es el responsable del artículo del otro día sobre su carrera, Herr Krogh.

—Parecía muy razonable.

—Pero 1911, Herr Krogh, no es la fecha en que usted fundó la Sociedad. Tiene que confesar que fue en 1912.

—Eso es.

—Lo sabía, lo sabía. He seguido año tras año, con mi atareada y humilde pluma, la carrera del más grande sueco...

—El viejo era enormemente sincero en la emoción que le humedecía los lentes. Se sentía falto de palabras—. Veo el día en que junto a Gustavo Adolfo...

—¿Una cerveza, profesor? —insinuó Krogh, con un aburrimiento e impaciencia que no intentó disimular. Pensaba en todas las entrevistas a que se había sometido durante años y años con aquel decadente profesor de idiomas, no por piedad, sino por necesidad; porque representaba al periódico más respetado de Suecia, y porque era personalmente el más tratable de los reporteros. Repitió—: ¿Quiere una cerveza?

—Gracias, Herr Krogh —contestó Hammarston tristemente (como si le hubieran despertado de algún dramático sueño). Y se sumió en profundo silencio acariciando el vaso con la palma de la mano, mientras miraba sin ver, a los bailarines.

—¿Quería usted hablarme? —interrogó Krogh.

—Yo creí —dijo el profesor— que desearía hacer algunas declaraciones. Como dejó usted la Ópera al terminar el primer acto, habrá rumores. —Se detuvo, y luego siguió hablando dentro del vaso de cerveza que se había llevado a los labios—: Puede estar seguro, Herr Krogh, de que sé cómo piensa usted de nosotros. Siempre a su alrededor, no queremos perderle de vista. —Los lentes se le deslizaron un poco hacia la punta de la nariz—. Pero debe recordar que es nuestra obligación.

—No tengo nada que declarar. ¿No es posible hacer espontáneamente lo que queramos, sin que se lo pregunten a uno?

—Completamente imposible.

—Cómo les envidio a ustedes.

—Nosotros tampoco podemos evitarlo —siguió Hammarston— y, por otra parte, no tenemos luego la compensación que usted tiene por ello. —Se sumergió

materialmente en el vaso y salió de él con un poco de blanca espuma en la punta de la nariz. Como había olvidado el pañuelo, usó el extremo de su manga, sonrojándose y mirando a todos lados para ver si había sido observado—. Por ejemplo, Herr Krogh, siempre ha sido mi ambición (se reirá usted de mí) tener alguna empresa teatral en mis manos. Me gustaría, me gustaría presentar en Estocolmo...

Se detuvo.

—¿El qué?

—El gran *Pericles*.

—¿Qué es eso?

—El *Pericles* de Shakespeare. En mi propia traducción.

—¿Es una buena obra?

—Oh, Herr Krogh, es una obra grande y atrevida. Anterior a *La Profesión de miss Warren*. Durante muchos años he infundido en mis discípulos el verdadero espíritu ... Es lo más poético, lo más fino de Shakespeare. Claro está que ofrece dificultades, una es la cuestión de Gower. Pero ¿quién es Gower?

—Eso pregúnteselo a mi amigo inglés, que ahí viene. ¿Quién es Gower, Farrant?

—¿No le importa que esta chica se quede con nosotros, Mr. Krogh? Tiene sed, como puede usted ver, pero no entiende una palabra de lo que le digo.

Su cutis bronceado resultaba hermoso en contraste con el cabello rubio. Miraba a los hombres con expresión totalmente fría; se sentó y no dijo nada; deseaba pasar inadvertida. Krogh había olvidado que existieran mujeres así.

—El profesor Hammarston habla inglés, Farrant.

—En el *Pericles* de Shakesperare ¿conoce usted al

anciano Gower, Mr. Farrant?

—Me parece que no he leído nunca esa obra, profesor.

—Pero debe haberla visto representar a menudo en Londres. El viejo Gower. *De las cenizas ha surgido el anciano Gower.*

—He visto *Hamlet* y *Macbeth*.

—No, no; no me interesan. *Pericles*, ésa es la obra cumbre. Yo tengo una teoría sobre el asunto. *De las cenizas*: no quiere decir del residuo de carbón vegetal, sino de los árboles, o sea, la ceniza de las encinas, los árboles sagrados. El viejo Gower es un druida britano, es un anciano en el sentido de Matusalén, sacerdote y rey. Así yo he traducido. «*De las cenizas ha surgido el anciano Gower; de las cenizas sagradas, el sacerdote druida Gower, ha llegado*» no el viejo Gower. ¿Está usted de acuerdo?

—Suena bien.

Sin duda, la muchacha se dio cuenta de lo falta de interés que para Krogh resultaba la conversación. En silencio le cogió la mano derecha y le abrió la palma sobre la mesa; no había coquetería en su acción, simplemente hacía su papel. A los hombres les gusta que les estudien la mano, porque ello les da una sensación de importancia; gustan de que una joven les diga «va usted a emprender un largo viaje», el contacto de las manos, tan legítimo como en el baile, los avisos de «cuidado con dos mujeres, una morena y otra rubia».

—Claro que usted objetará: Si la acción es en Tiro, Antioquía, Éfeso... ¿por qué un druida britano?

—En efecto, profesor, parece raro.

—Pero a esta objeción yo respondo del siguiente

modo: Shakespeare es vuestro poeta nacional. Vivió en los tiempos de esplendor de la reina Isabel, en un período de expansión nacionalista.

—Es usted afortunado —decía la muchacha—, y debiera aplicarse a fondo en la ocupación que ahora tiene.

—¿De dónde viene usted? —preguntó Krogh, asombrado de que ella no conociera su cara.

—De Lund —contestó, siguiendo con su índice la línea de la vida—. Es usted sano: vivirá largo tiempo.

Krogh la escuchaba satisfecho.

—¿Contratamientos?

—Ninguno —y agregó—: Difícilmente consigue usted amigos. Desconfíe de un hombre y una mujer; es usted demasiado generoso.

El profesor decía:

—Vestiré a Gower con trajes simbólicos, representando el imperialismo o la expansión nacional.

—No se interesa mucho por las mujeres. Prefiere el trabajo.

—¿Cuál es mi ocupación?

—Algo intelectual.

Abandonó su mano. Inmediatamente pareció haber perdido todo interés por él; se bebió la cerveza y se puso a mirar la pista de baile, con sus ojos marmóreos y pálidos. Un joven pasó haciendo una ligera reverencia y ella se levantó para ir a bailar con él, dejando en el cerebro de Krogh una sensación de calma y de felicidad que se desvaneció tan pronto como se hizo sensible. Algo como un perfume inesperado que nos llega en la calle (no me conoció... una larga vida... generoso), pero el perfume ya se había desvanecido. La música cesó, y en otra mesa la joven extendía ante ella la palma del muchacho.

—¿Cuándo piensa presentar la obra, míster Hammarston?

—Nunca. Todo esto no son más que ideas tontas, sueños... no tengo dinero, Mr. Focund.

—Farrant.

—Ferret. No tengo relaciones en el teatro; y los empresarios ni siquiera mirarían mi obra. Soy tan sólo un maestro de escuela con un gran amor por Shakespeare.

(Larga vida ... generoso.)

—Le prestaré veinticinco mil coronas, profesor Hammarston.

El viejo no respondió, se volvió y se quedó mirando a Krogh con la boca entreabierta; parecía demasiado aterrado para hablar.

Krogh pensó: «Siempre ha estado soñando con que un millonario le oyese hablar de su obra, y le diese el dinero. Ahora que lo ha conseguido no puede creerlo, y teme que me esté burlando de él».

—Llame mañana a mi secretaria —dijo.

—No puedo hablar... yo no sé... —Aún llevaba algo de espuma en la punta de la nariz, y trataba de quitársela—. *¿Pericles?* —preguntó—. ¿En mi versión?

—Desde luego.

—Pero mi traducción, qué sé yo... quizá es mala. Nunca se la he enseñado a nadie —añadió—. Y puede que la gente no la entienda. Gower el druida. Durante años y años...

—Quería explicar que no es posible alcanzar la meta de un largo viaje sin temor a cómo será recibido. Los amigos son ya más viejos, y podría ser que no le reconociesen a uno. Su barbita blanca, y los lentes de montura de acero explicaban claramente cuán largo había sido el viaje—. La escribí hace

veinte años.

—Escoja usted mismo el teatro y la compañía — terminó Krogh.

Ya estaba cansado de su misma generosidad. Cosas así las había repetido en múltiples ocasiones: cien coronas por una flor de papel, una nueva ala para el Hospital, una pensión superior al sueldo para el primer obrero que perdió la mano en su cortadora. Cuando se comentaba en la Prensa, hacía su efecto. Cuanto más excéntrico fuera el donativo, tanto más grande la publicidad, y había ocasiones en que la publicidad era útil, sobre todo al iniciar una emisión de acciones, o ahora ante la inminencia de los empréstitos a corto plazo. Era curioso que fuera el viejo Hammarston, al beneficiarse de ese modo, quien hiciera surgir en su interior las ansiedades y las dudas propias de Laurin y de Hall. Y sintió un profundo desprecio por el profesor de idiomas, periodista a ratos, que se sentaba ante él, aterrizado por su fortuna, dudando de sí mismo, dejando que sus lentes resbalaran, y dando en conjunto la impresión de que algún enorme desastre se había descargado sobre él.

—Perdón, Herr Krogh —dijo una voz, y con el sombrero en la mano, entre la piscina y la pista, gris y escuálido, apareció Philstrom. Los grandes reflectores blanqueaban sus cabellos de color indefinido.

Antes de que Anthony o Krogh se movieran, el profesor se había puesto en pie. Temblaba de indignación, los lentes le bailaban, y llevaba sus mane bajo los faldones del frac.

—iPhilstrom!

—Hammarston —contestó el otro, acercándose a él—. Es usted un embustero. Debería avergonzarse.

—No queremos nada con usted, Philstrom —dijo el

profesor—. Y no le permitiré que moleste al señor Krogh. Sepa, Philstrom, que Herr Krogh va a discutir conmigo un pequeño proyecto en el que ambos estamos interesados. Y no tiene nada que ver con usted, Philstrom; ni con el periódico que representa.

—Pero, Hammarston...

—Váyase, Philstrom —dijo el profesor volviéndose majestuosamente y agitando en su bolsillo unas pocas monedas—. Caballeros —añadió—, ¿beberían conmigo una botella de vino?

* * *

Escalera arriba, hasta el cuarto piso, huyendo del «Purgatorio» (dejado atrás el otro lado del lago, con sus envidias, la antipatía del jefe, la desconfianza, las fotografías nudistas), hacia el «Paraíso» (el grupo familiar, el duro lecho de asceta), subiendo incansable, yo, Minty.

Yo conocía el número de escalones, cincuenta y seis; catorce hasta el primer piso donde vivían los Ekmans en dos habitaciones con teléfono y cocina eléctrica; él era basurero, pero siempre parecía tener dinero para gastar. A menudo regresaba tan tarde como Minty, gritando su adiós durante la ascensión de catorce escalones a algún amigo que le había acompañado; y al sonido de su voz salía la señora Ekmans a despedirse también. Nunca parecía importarle mucho el hecho de que su marido se emborrachase; se limitaba a enrojecer algo cuando la portería se llenaba de gente que gritaba adiós, ascendiendo por las escaleras el aroma de tabaco caro.

Veintiocho escalones, y se llegaba a un piso vacío. Era

el mayor de la casa y permanecía deshabitado, siempre solitario. Los dueños estaban en el extranjero; durante los dos últimos años no habían regresado, pero el alquiler se pagaba. Minty nunca lo había visto; su curiosidad le hacía atisbar siempre todo lo concerniente a aquel piso, y le atormentaba su ignorancia del asunto. Una vez que abrieron el piso para barrerlo, había podido mirar el recibidor, con grabados de Gustavo Adolfo, y un paragüera con un paraguas.

En el tercer piso vivía una italiana que daba clases; le recordaba su colega Hammarston, porque trabajaban en la misma escuela. Subió catorce escalones más hasta el cuarto piso, el refugio, el hogar (el batín de lana parda colgado detrás de la puerta, dos bizcochos en el aparador, la pequeña Madonna del tapiz, la araña bajo el vaso de lavarse los dientes).

Aunque era temprano, estaba cansado, y no había otra cosa que hacer sino dormir. Cuando encendió la luz, se acercó con presteza a la ventana; la cerró. Temía a los mosquitos. Los pisos inferiores trazaban zonas de luz entre él y la calle; todo el mundo estaba en casa. Los Ekmans habían conectado su aparato de radio. La cuenta del mes la habían puesto en el estante del lavabo, junto a la araña. Minty se puso de rodillas y empezó a rebuscar en el aparador: vertió un poco de leche condensada en una salsera y le agregó alguna cucharada de cacao; encendió un hornillo de gas que había junto a la cómoda de caoba, y mientras se calentaba la mezcla, buscó la taza en que tomaba el té. Encontró la sopera, pero ni señales de la taza. Y de pronto descubrió un papel que la mujer de faenas le había dejado junto a la almohada. *Herr Minty, Lamento que se haya roto una taza*, firmaba con un trazo muy adornado,

y sin ninguna otra excusa. Tendré que usar el vaso de los dientes.

Era obvio que la araña estaba muerta, porque se le veía encogida y arrugada; podían haberla quitado de allí. Cogió el vaso y se bebió el cacao tibio, pero al mirar, en busca del plato en que guardaba sus colillas, se dio cuenta de que la araña se había movido. Se había encogido astutamente para simular la muerte, y ahora se descolgaba hacia el suelo por su hilo invisible.

El instinto de la caza se despertó en el espíritu de Minty; era un buen deporte. Cogió el vaso y apretó con él a la araña, rompiendo el hilo cuando empezaba a trepar por él. La araña, prisionera de nuevo sobre el mármol, junto al lavabo, había perdido una segunda pata, y yacía encima de unas gotas de cacao. «Paciencia —pensó Minty, observándola—, paciencia, que aún me sobrevivirás.» Y tamborileó sobre el vaso. «Veinte años en Estocolmo; no soy tan joven como era. Mañana escribiré un aviso: *no tocar*, tendré que comprar otro vaso y otra taza: será un día de compras»; y tan excitado estaba que se acostó sin acordarse de recitar sus oraciones. Una vez en la cama, le pareció innecesario saltar de nuevo a la fría estera de hule. Lo importante era que los rezos saliesen del corazón, y juntando sus manos bajo la sábana oró con fervor: Que Dios arrojase a los poderosos de sus asientos elevados y sentase en ellos a los humildes y a los débiles, que diese a Minty el pan de cada día y le protegiese de la tentación, y ya en el terreno particular, que Anthony no fuese abordado por Philstrom y los otros, que el ministro diera su aprobación al banquete de Harrow, que encontrase un sustituto a la taza rota, y por último dio gracias a Dios por sus grandes

mercedes, y por un día feliz y afortunado.

En la casa de enfrente las luces se fueron apagando; apagó la luz de su cabecera y todo quedó en tinieblas, como la paciente araña bajo el vaso. Y, como la araña, él se marchitaba; su cuerpo, encogido en la actitud de la muerte, yacía humildemente esperando...

Parte cuarta

Anthony fue puntual. Las campanas de la ciudad daban las ocho en los arrabales, a orillas del lago, cuando llegó al Puente Norte. Sin embargo, ésa no era su táctica habitual; nunca le había importado hacer esperar a una mujer. Al contrario, lo consideraba indispensable, y en múltiples ocasiones se había escondido detrás de una esquina, durante un rato, para luego presentarse jadeante, murmurando vagas excusas. Pero las circunstancias habían cambiado. Tenía un empleo, y, mientras andaba a través de la niebla del Mälär, meditaba cuidadosamente la técnica a seguir: eficiencia, puntualidad, poco tiempo que perder con mujeres; un hombre que se aprecie debe estar en la oficina poco antes de las nueve, y no puede perder tontamente una hora, si no quiere sentirse agobiado bajo el peso de la responsabilidad. Pero ella ya estaba esperándole al otro extremo del puente, y el primer impulso se debilitó en él. Se llamaba absurdamente Lucía; pobre criatura, era muy duro para ella. Se había ataviado sin exagerada coquetería, aunque aquel pequeño sombrero no concordaba con su rostro, tan serio. Anthony pensó que hubiera sido mejor para ella una entrevista con cualquiera antes que con él, quien donjuanescaamente sólo intentaba divertirse, como con todas, y destrozar una inocencia que tanto le encantaba.

Cuando se acercó, ella echó a correr a su encuentro. Estaban solos en el puente. Sus tacones altos patinaron sobre el pavimento húmedo y su cabeza se apretó contra el pecho de él. Se besaron como viejos amigos, sin

premeditación alguna. Anthony sacó el tigre de debajo de su abrigo, pero como se le había ocurrido demasiado tarde el protegerlo de ese modo, su pelo estaba completamente húmedo.

—Querido —exclamó ella—, está tan mojado como nosotros. Sobre todo tú, estás calado.

En efecto, la niebla había empapado su sombrero y abrigo como si hubieran aguantado una copiosa lluvia. A él se le ocurrió la idea de que no estaría más mojado si le hubiesen pescado del lago, y como tal idea le desagradaba, intentó alejarla.

—Soy un buen nadador —rió, pero no decía la verdad.

Siempre había temido al agua. Cuando tenía seis años, bañándose con su padre se hundió, y durante una larga temporada estuvo soñando que moría ahogado. Pero había olvidado que la Providencia lleva siempre al hombre a la muerte que más teme. «Sólo el buen nadador —se decía— se expone a los peligros», y él, Anthony, huía de ellos.

En aquel momento era tan cuidadoso con su salud, como una madre con la de su hijo.

—Lo que los dos necesitamos —dijo— es una taza de café caliente.

—Y unas tostadas con mermelada.

—Y unos huevos con jamón.

—¡Si esto fuese Londres!

Se echaron a reír y suspiraron, sintiéndose ingleses, tristes y desterrados. «Pero no había tiempo que perder», pensó Anthony, que sabía con cuánta facilidad se resfriaba; su caja torácica era una impotente fachada que ocultaba su debilidad congénita. Llamó a un taxi, y ambos se arrojaron en su interior, jadeantes y riendo, sin saber adónde ir, como ocurre a toda pareja que sale sola por vez primera.

—¿Adónde iremos? —preguntó Anthony, mientras el taxista aguardaba en la portezuela, la niebla mojaba el puente, y en las cercanías del Ayuntamiento sonaba una sirena, con sonido penetrante que se apagaba luego, para volver a oírse más estridente aún, como un avefría que simula tener un ala herida—. En realidad no conozco esto. Escoge tú, ¿adónde vamos?

Empezó a quitarse su húmedo abrigo, y se palpó la camisa; estaba seca.

No obstante, no estaba seguro de cómo terminaría aquella excursión; quizá en la cama, con un fuerte catarro.

—Vamos a Drottinghölms —propuso ella—. Nunca he estado allí. Hay un palacio.

—¿Pero podremos desayunar?

—Sin duda.

La humedad empañaba los cristales, y Lucía limpió uno con la palma de la mano.

Anthony le besó el cuello y ella contestó:

—Pobre papá: si supiera la vida que llevo.

—¿Te refieres a mí?

Ella volvió hacia él un rostro que quería ser audazmente mundano, pero que era el de una pobre bestezuela asustada.

—¿No creerás que eres el único?

El intentó decirle que sus intenciones eran puras y que lo único que un momento le interesaba era el desayuno, pero ella continuó:

—En Coventry también hay muchachos dignos de mirarse.

Sus cejas eran excesivamente delgadas, y en todo su aspecto había un aire de *amateur*, bien patente en el

intenso color de los labios y los parches de polvo en el cuello. Sus modales tenían la soltura poco convincente de un chiquillo que al ingresar en una escuela tiene algún defecto físico que ocultar, o simplemente un nombre desagradable. «Lucía —pensó Anthony—, Lucía.»

Pero ella, considerándose satisfecha con haberle demostrado la categoría de su vampirismo, estaba dispuesta a entregarle todo el resto de su personalidad, y así le dijo:

—¿Cómo va el trabajo?

—Muy bien. Krogh y yo estamos a partir un piñón —dijo él, al tiempo que la rodeaba con su brazo.

—Y... ¿qué eres exactamente?

—Soy su guardia personal. Ya sabes, esos magnates de la industria siempre están temiendo que alguien atente contra su vida. Y mi trabajo es ser el primero en disparar cuando ello suceda.

Ella se aproximó más, con su sombrerito torcido, y dijo con esfuerzo:

—No me gusta eso.

—Pues es muy natural. Está lleno de dinero.

—Lo que quiero decir es que no lo considero ocupación propia de un caballero.

—Yo no soy un caballero —rió Anthony, besándola.

—¡Oh, claro que sí! —protestó ella.

La niebla iba descorriéndose en las calles de aquellos florecientes suburbios, dejando sus jirones aquí y allá, enredados en las chimeneas, en una columna rota, en tiestos de flores y sobre las fuentes.

—Por eso me gustaste desde el primer momento. Esa corbata... Creo que es de Eton.

—Harrow —admitió Anthony.

—Soy una tonta. —Sus confesiones variaban desde la

de ser una mujer diabólica hasta una ignorante provinciana—. Soy una tonta.

No había nada sobre sí misma que no estuviese dispuesta a decir, salvo que estaba asustada.

—Es tan agradable tu trato comparado con el de estos extranjeros.

—Pero si no llevas más que una semana en Suecia.

—¿Hace falta más de una semana para conocer a unos cuantos hombres? —Y de nuevo pasó al tono humilde—: Es la primera vez que salgo de Inglaterra.

El estaba confuso; no sabía cómo reaccionar ante sus atrevidas declaraciones y la exposición desconcertante de su inocencia. La besó de nuevo. Era como un experto jugador de *poker* frente a un contrario excesivamente ignorante: en espera del comodín, uno guarda un as extra; uno ha barajado hábilmente, y confía en el éxito, pero al mismo tiempo espera del contrario cierta instintiva reserva, un intento de reacción, de lucha. Y se irrita viendo el rostro franco del otro, oyendo sus despreocupadas apuestas, al pensar que podría haber ganado igualmente sin necesidad de toda aquella preparación, sin una baraja organizada técnicamente.

«Hoy día —pensó Anthony, con curioso puritanismo—, la seducción es demasiado fácil; sólo falta el correr de las cerraduras, la botella de champaña, un piso de soltero, la medianoche.» Se sintió enormemente liberado cuando ella se retiró a su rincón en el taxi para arreglarse de nuevo.

La avisó.

—No uses más ese carmín. Su tono no te va bien —y pensó en los trajes de Krogh, aquel buen género, tan mal empleado, las horribles corbatas. «He de educar a toda

esta gente. Cuando tenga confianza con ellos, les haré aprender algunas cosas.» La idea de ir a visitar a los sastres de Krogh, de hacer una salida de compras con Lucía, dio a su cara un aire de responsabilidad.

—No me es posible llamarte Lucía. Te llamaré Lee —y agregó—: Supongo que las tiendas de Coventry deben ser horribles.

—¡Oh! Hay algunas que están muy bien. Además, no está más que a dos horas de Londres, y los billetes son baratos —y al hablar por encima de su polvera, proyectó por el interior del taxi una buena porción de colorete. — Supongo que allí conseguirás pasarlo bien.

—No soy fácilmente contentable —dijo Lee—. Además, papá se pone furioso si a las doce no estoy de vuelta. Imagínate que no se acuesta hasta que regreso.

—Y tiene razón; a tu edad no tienes nada que hacer...

—Pero ¿tú no crees en la libertad? —exclamó Lee—. ¿De qué te ha servido tanto viajar por el mundo, estar en revoluciones y todo eso, si no crees en la libertad?

—En un hombre es diferente.

—Ya no —insistió Lee—, existe el libre albedrío.

—No creo en el albedrío.

—¿Cómo quieres que una muchacha salga contigo, si...?

—Mira —intervino Anthony—, lo único que quiero es ir a desayunarme.

—¿No me quieres un poco, Tony? No quiero decir sentimentalmente. Odio a esa gente que se pone sentimental por cosas tan simples. En seguida se sienten autoritarios y la quieren a una exclusivamente, como si el hombre fuese un animal molígamo... quiero decir monógamo. Físicamente, ¿no tengo atractivo para ti?

—No sabes lo que estás hablando —dijo Anthony.

—No pretendo tener toda tu experiencia. Una mujer en cada puerto, y cualquier puerto en una tormenta.

El taxi se detuvo. Estaban en Drottinghölms. Guardaron silencio mientras se bebían el café y comían unas pastas. Ambos estaban hambrientos, pero no sabían pedir huevos con jamón en sueco.

—¿Cómo puedes trabajar en Suecia si no sabes sueco?

—No hace falta para mi empleo.

—No es digno.

—Eso no debiera importarte.

Inmediatamente, empezó ella a explicarle (porque ya no tenía más apetito) que la dignidad no dependía de la libertad. Se desvaneció en Anthony el primitivo enfado y la escuchó con interés. No se podía negar; era inteligente. Usaba la palabra «libertad» con extraordinaria frecuencia; ahora que no coqueteaba, descubrió que, al fin y al cabo, era tan anticuada como él mismo. Según parecía, en Coventry aún era necesario buscar coartadas para ocultar un «rato de diversión». Lee pertenecía a la época en que los llavines eran el problema de los maridos. No pudo evitar el compararla favorablemente con Kate. Kate era un poco fría; no se excusaba de sus faltas. Aún le duraba el mal humor del momento en que, en el piso de Krogh, le dijo: «ése es mi dormitorio». Él ya sabía desde luego, mucho antes de venir a Estocolmo, que su hermana era la querida de Krogh, pero nunca se lo había dicho tan claramente; y ella no había intentado justificarse. Ahora sabía muy bien que Kate estaría mucho más dispuesta a hablar de dinero que de libertad.

Emprendieron un paseo por la carretera hacia Palacio. La niebla había huido; en un puente gris, bajo una vistosa sombrilla, un hombre disponía su puesto ambulante de botellas de agua mineral, jerez con sifón y limonada.

—Quiero un poco de jerez con sifón —pidió Lee.

—Pero si acabas de tomar café.

—No importa.

Una familia de patos aparecieron río abajo, uno tras otro. Tenían un aire de seriedad infantil, algo así como un destacamento de *Boy-Scouts*. Parecían dispuestos a escribir algún mensaje en la orilla, o a reunirse alrededor de una pequeña hoguera.

—No sé por qué se preocupa tanto la gente por el problema sexual —dijo Lee.

El jerez burbujeaba en su vaso. Los patos levantaron la cabeza uno tras otro.

—En cuanto una pasa una noche con un hombre...

Anthony miró, por encima de uno o dos acres de cuidado césped, hacia el pequeño edificio del Palacio. Parecía un pájaro marino, muerto, con las alas extendidas.

—Dime, ¿cuántos?...

—Sólo dos.

—¿En Coventry?

—Una vez en Coventry, y otra en Weeton—under—Edge.

Ascendieron hasta la terraza posterior del frío Versalles nórdico. Anthony ya no se sentía desterrado. El viento batía con fuerza la terraza: unos cuantos árboles de amarillentas hojas, y junto a una puerta del Palacio una botella de leche. Ambos pasearon juntos sobre la hierba, con las manos entrelazadas. Un hombre con una escoba salió a decirles que el Palacio no estaba abierto aún para los

visitantes.

Anthony pensó que en Coventry Street ya estaría abierto el salón Lyons a esa hora; o si no, allá en Wardeur Street había un hotel de reservados, si no muy románticos ni muy limpios, aptos, al menos, para ser felices, sin añorar un piso en el North Strand. Recordando el té y los cigarrillos ingleses, se clavó espasmódicamente las uñas en la palma de la mano: «Fui un tonto viniéndome; si hubiera esperado, habría encontrado trabajo; nada podía hacerme fracasar allí: estaba en mi elemento».

—¿No nos dejan entrar?

—No.

—Tendremos que volvernos entonces.

—Espera —dijo—, voy a probar.

Se fue hacia el hombre de la escoba que barría el exterior de un pequeño edificio en el extremo de la terraza. No, negó el hombre, no podía mostrarles el Palacio; no tenía las llaves. Podían volver una hora más tarde... pero si les interesaba, tenía las llaves del teatro.

El pequeño teatro se conservaba intacto desde el siglo XVIII. Los asientos reales llevaban aún sus coronas, los largos bancos todavía se reservaban para las camaristas, los gentilhombres, barberos y peluqueros reales. Anthony y Lee se sentaron, y en el foro el guía se puso a hacer funcionar la maquinaria del viejo escenario. Nubes blancas y azules llenas de amorcillos rodeaban el viejo trono que Cupido y Venus ocupaban en mascaradas y óperas. Encendió las luces y provocó el retumbar de los truenos. El polvo de dos siglos lo llenaba todo.

—Tenemos que ir a alguna parte —dijo Anthony—. Si estuviésemos en Londres...

—O en Coventry.

Todo el escenario se desplazó y por un lado apareció un elegante jardín de deslucidas flores. Un escotillón se abrió y el guía apareció de súbito, diciendo que todo funcionaba lo mismo que el día en que se construyó, y volvió a desaparecer. Podían oírle tropezar en los trastos del foso.

—Ya lo tengo —exclamó Anthony—, iremos a ver a Minty.

—¿Quién es Minty?

—Un periodista. Un pobre diablo solitario. Le diremos que venimos a desayunarnos. El conocerá algún sitio donde podamos ir.

—¿Quieres venir conmigo? —dijo ella con un absurdo intento de formalidad—. Yo no quiero impulsarte a ello.

—No hay nada que desee más. Es de nuevo el hogar.

Viendo los edificios de piedra a las orillas de los lagos, agua, agua por doquier, los hombres saludándose ceremoniosamente por encima de sus copas de licor, sentía una profunda nostalgia de sus amistades, su lengua, los guardias del parque, los automóviles, las dependientas, los bares, los hoteles de Paddington y el Club de la calle Lisle. Y no del millonario, el acero, el vidrio, la estatua incomprensible.

—Si pudiese irme contigo.

—Tu empleo no me gusta. Desearía verte haciendo otra cosa.

—Cuando te hayas ido me quedaré terriblemente solo.

—Casi será mejor así. No conviene entablar relaciones.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en nuestras relaciones? Te gusto y me gustas. ¿Por qué no podemos

estarnos viendo hasta que nos cansemos uno u otro?

Se besaron y en su beso había desesperación, tormento de las despedidas, tristeza de las estaciones; uno se iba y el otro se quedaba; un día de vacación había pasado; los fuegos artificiales yacían consumidos sobre la hierba, otras gentes contemplaban ya los pierrots, y nada había más completo que aquel beso. Las puertas se cierran, escíbeme, tienes mi dirección, una banderita es agitada, nos veremos de nuevo, y el humo introduciéndose entre los dos. Ella apartó su boca, y esquivó un nuevo beso de él. Su mejilla tenía sabor salado. Anthony preguntó:

—¿Volverás el año que viene?

—Ni pensarlo. Estas son las únicas vacaciones de los viejos. A no ser que Krogh haga su fortuna, porque han invertido algún dinero en valores Krogh.

—Paga el diez por ciento.

—Tendrá que ser un cincuenta para que volvamos otra vez.

El cicerone volvió a hacer sonar el silbato. Luego hizo ascender el trono de Venus; quedó suspendido un momento sobre las tablas, y luego desapareció entre las nubes.

—El tiempo es corto —dijo Anthony— y lo estamos perdiendo.

—Sé lo que eso significa.

—Bien, pero, no te importa, ¿verdad?

—No, claro que no. Es sano, ¿no es así? Lo menos hace seis meses desde la última vez en Weeton—under—Edge.

—Por amor de Dios —rogó Anthony—, olvida Weeton—under—Edge.

La carretera envolvía al otro camino, realmente

parecía una distancia excesiva para recorrerla con un objeto tan insignificante.

Habían tomado un café y ella había bebido un jerez con sifón.

—Hemos perdido dos horas —comentó Anthony.

—Bueno, pero los dos somos jóvenes.

Ella se sentaba en un rincón del coche, con las rodillas tan altas, que rozaban su mentón a cada sacudida del vehículo.

—El año próximo por estas fechas...

—¿Dónde estarás?

—Creo que iremos a Boumemouth.

Se detuvieron a comprar unos *sandwichs*. Lee se encargó de ellos porque a Anthony le molestaba intensamente ser visto con paquetes.

Estaban exhaustos antes de llegar al tercer piso del domicilio de Minty, y se detuvieron jadeantes junto a una ventana de la escalera. Podían ver la calle en toda su longitud hasta el borde del agua; se oían las campanas de los tranvías a través del lago desde la estación central, y el chapoteo del agua contra los malecones. Luego reanudaron la ascensión. Una tarjeta aparecía clavada en la puerta con una chincheta: *Mr. F. Minty*. No encontraron llamador, y Anthony golpeó la puerta con los nudillos.

—Me gustaría saber qué significa esa F. —dijo Lee. Minty abrió la puerta.

—Hemos venido a desayunarnos —explicó a Minty.

—Realmente —contestó éste— es un placer. Excúsenme un momento mientras arreglo la cama.

Le oyeron golpear las sábanas, vaciar una palangana, echar aquí y allá sus zapatillas, cerrar un armario, arrastrar una silla.

Luego volvió a aparecer.

—Adelante, adelante —invitó.

—Permítame presentarle a Miss Davidge.

—Buenos días —dijo Minty—\Me complace enormemente, y, al mismo tiempo, me confunde. ¿No le importa sentarse en la cama? ¿Quiere un poco de cacao?

—Hemos traído unos *sandwichs*.

—Muy bien, muy bien. —Se arrodilló y se puso a revolver el aparador. De pronto recordó—. Oh, pero si la patrona ha roto mi única taza. Tendré que bajar a pedir una a los Ekmans. —Pero continuó de rodillas, con un bote de leche condensada en la mano—. A no ser que nos conformemos con esto. No me trato mucho con los Ekmans, y a lo mejor no querrían prestármela. —Añadió entusiásticamente—: Será como en los viejos tiempos, Farrant.

—¿Los viejos tiempos?

—Siempre llevábamos un bote de leche condensada en la cartera, en la escuela preparatoria, ¿no recuerda? Sorbíamos por un agujero en la tapadera. —Agregó con inquietud—: ¿Nunca ha sorbido leche condensada, Miss Davidge?

—Llámela Lee —propuso Anthony—. Todos somos amigos. ¿Quiere un *sandwich*?

Minty extrajo un cuchillo de su bolsillo. Tenía dos hojas, instrumento curvo para extraer guijarros de las herraduras y un sacacorchos. Su tamaño explicaba la curiosa protuberancia de su bolsillo. Empezó a taladrar el bote.

—¿No sería más fácil —inquirió Lee— quitar toda la tapadera con un abrelatas?

—No sería práctico —repuso Minty con rudeza—, y, además, no tengo abrelatas.

Le entregó el bote y la miró con tristeza cuando, rehusando sorber su contenido, lo pasó a Anthony.

—Quién diría —se quejó —que están ustedes haciendo una visita a Minty.

—Por nuestra amistad —brindó Anthony, sorbiendo por el agujero. Quise saludarle en su casa antes de que empezara su trabajo.

—¿No hay novedades?

—En absoluto.

—Hammarston tiene noticias. Y Philstrom.

—Ayer los encontramos en el Tívoli.

—A eso es lo que yo me refería —dijo Minty. Se puso de rodillas junto al lavabo y continuó tristemente—: Ya suponía que se harían con usted... y supongo que hoy ha venido aquí para romper nuestro convenio. Va usted a trabajar para ellos, y no para mí, porque le han ofrecido la mitad de sus beneficios. —Cogió otro bote y lo agitó junto a su oído. Éste lo acabé ayer.

—¿Qué han escrito?

—Philstrom dice que abandonó la Ópera antes de que acabase y se fue en coche al Tívoli. Hammarston dice que fue al Tívoli a discutir sobre un asunto teatral que será publicado esta mañana exclusivamente en su periódico.

—¿A eso le llama usted noticias?

—Todo lo que hace son noticias.

—Si eso es todo lo que desea saber —dijo Anthony—, se trata del *Pericles*. Pone el dinero para Hammarston.

—¿Qué? ¿Para Hammarston? —Dejó en el suelo el bote de leche—. Está loco. Todos esos hombres con dinero están locos. Se les ocurre una idea, y ya está hecha. Podría

haber sido usted o yo; pero fue Hammarston. —Después de todo puede hacer lo que quiera con su dinero —intervino Lee.

—Si hubiese sido yo —dijo Minty—. He estado con él muy a menudo estos últimos diez años.

Fue hacia la puerta y registró los bolsillos de su batín en busca de cigarrillos; no había ninguno, únicamente esa basura que se encuentra debajo de los muebles, y un pedazo de papel. Leyó en voz alta lo que tenía escrito: «*Recordar: Canario, pastel, jamón con grosella*».

—¿Tiene usted un canario? —preguntó Lee.

—Lo tenía hace, más o menos, cinco años. Cantaba demasiado y murió. Pero me extraña lo del jamón con grosella. Nunca me ha gustado...

Arrugó el papel como si fuera a tirarlo, pero luego cambió de opinión y lo volvió a poner donde lo había encontrado.

Lee murmuró soñadoramente:

—Si hace diez años hubiese conseguido lo que Hammarston...

—Y yo —dijo Anthony—. Patenté un paraguas con calentador de mano para invierno. Sólo necesitaba capital. Era un negocio seguro.

—¡Oh, por Dios! —suplicó Lee—, hablen del presente. No hablen todo el tiempo de lo que ya pasó. Eso es lo desagradable en ustedes dos. ¿No tienen un futuro?

—Francamente —repuso Minty—, no. No estaríamos aquí si tuviésemos un futuro.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en Estocolmo?

—Que no es Londres —explicó Anthony.

—No, no es Londres.

—Pues es un sitio mejor que Coventry —insistió Lee—. Admiro a un hombre así que todo lo puede conseguir con su dinero.

Minty se volvió hacia ella; sus ojos centelleaban.

—No es su dinero. Es prestado, nada más que prestado. Nosotros no podemos imitarle, porque nadie se fiaría. Pero si se fiasen, seríamos otros tantos Krogh. El es solamente uno del montón. No tiene más raíces de las que tenemos nosotros. Pero nosotros tenemos que vivir de nuestros propios medios; los Bancos no nos concederían créditos; tenemos que contar nuestros cigarrillos, vivir en el sitio más barato, economizar en el lavado de ropa. Es usted demasiado joven para entender estas cosas.

No le gustaban las muchachas, criaturas menudas y escandalosas, que con sus sombreros dificultaban la visión del altar en las iglesias.

Lee se levantó, inquieta, y empezó a pasear de un lado a otro, midiendo con las yemas el espesor de la capa de polvo que cubría las sillas, las cortinas y el alféizar de la ventana.

—¿Por qué no tengo un empleo? —le preguntó Minty, retóricamente—. ¿Por qué tiene Farrant que depender de su hermana? Krogh es la respuesta. Compre productos Krogh. Son los más baratos, facilitan el trabajo... es casi un monopolio, y da dividendos del diez por ciento. Todo el dinero va a Krogh, quien emplea menos de la mitad de la gente que se empleaba en los tiempos de horca y cuchillo.

—Por favor, deje eso en su sitio —dijo a Lee, que movía un vaso. No toque mi araña.

—Está usted celoso, porque es incapaz de ganar dinero.

—Crea usted a Minty; no siempre continuará así.

Cuando empieza a recurrir a empréstitos a corto plazo...

—¡Oh, no es una mala persona! —dijo Anthony—. Lee tiene razón. Tiene más entrañas que nosotros.

Minty tenía hipo.

—Han excitado mi estómago —dijo—. Siempre me pasa desde que me operaron.

—Pruebe a beber un vaso de agua echado de espaldas —sugirió Lee.

—Haga el favor de no tocar mi araña —susurró Minty, casi ahogándose. Contó en voz alta hasta veinte—. Realmente no parece esto una reunión —dijo—. No estoy acostumbrado... si al menos mi taza no se hubiera roto... me cogieron ustedes por sorpresa, y luego lo de Hammarston.

Siguió a Lee con la vista, escudriñando maliciosamente los defectos de su aspecto.

—Ha sido muy amable viniendo —pero en sus ojos quemados expresaba claramente su desaprobación por el maquillaje dispuesto sin arte, el vestido barato y pretencioso, y el sombrerito.

—Yo debería irme —dijo Lee.

—Iré contigo, tenemos que hablar. Ya encontraremos dónde sentarnos. Skanson. ¿Está muy lejos el Skanson?

—Por favor, por favor—pidió Minty—, considérense ustedes en su casa. —Se volvía aquí y allá en las convulsiones del hipo—. Usen mi habitación como si se tratase de un hotel. Quédense aquí si quieren hablar. No les molestarán, porque nadie viene nunca a ver a Minty.

—Eso era lo que quería saber —contestó Anthony.

—Y yo creyendo que era por el placer de la compañía de Minty —rió, golpeándole amigablemente en el hombro—. Es usted falso, Farrant, falso. Los *sandwichs* eran

solamente el soborno, como el simular que le gustaba extraordinariamente mi leche condensada.

Pero su expresión desconcertaba: era desesperada, sin resignación. Parecía llevar sobre sí el olor de petróleo y miseria, como un vulgar mendigo.

—Debo irme a llevar estas noticias al periódico. Repito que se consideren como en su casa.

Se puso su abrigo negro, pugnando un buen rato por encontrar las mangas; un brazo estaba al revés, y por unos momentos permaneció de pie en el único espacio vacío del piso, como una estatua negra, solitaria y aislada. Dijo adiós a Anthony sin mirar a Lee.

—¿Podría dejarme unas coronas? Tengo el cheque del mes, pero no tengo cambio —preguntó sin mirarles. Su vista no osaba ir más allá de la palangana, el jarro y la araña bajo el vaso.

—Desde luego —contestó Anthony.

—Se las devolveré cuando regrese de la oficina, y le pagaré asimismo por la noticia. Dijo usted una cuarta parte, ¿no?

—Puede quedarse ésta por nada.

—Es usted muy amable. No sé cómo... Bueno por esta vez; tengo tantas cosas que comprar.

Por fin los dejó. Llevaba botas, y pudieron oírle descender lentamente hasta que hubo pasado el tercer piso.

—¡Oh, ya sabía yo que no era digno!

—¿El qué?

—Tu empleo, claro está. Mezclarte con gente así.

—Esto no es mi verdadero trabajo.

—Tu verdadero trabajo no es mucho mejor. Cuando él puede hablar así de Krogh...

—No debes creer lo que ha dicho.

—Ha dicho bastantes cosas razonables.

Daba vueltas por el cuarto, curioseándolo todo. Cuanto cogía o miraba parecía llevar algo de la miseria de Minty. Era contagiosa. Se hallaba como un germen en el batín marrón, era una película polvorienta en el agua del jarro; cuando abrió el aparador (su curiosidad era innata), la encontró asimismo en su interior. Una salsera, un bote vacío, un cuchillo, una cuchara, un tenedor, un plato (no hace juego con la salsera).

—¿Quieres dejarlo tranquilo?

Pero ella prosiguió:

—Una caja de cerillas; todas están usadas, ¿por qué las guarda? Un bloc de notas. Parece que es incapaz de tirar nada. Una revista. Una revista escolar. Una lista de direcciones. Un libro de rezos... no, es un misal. ¿Qué son estos trastos, algún juguete?

Anthony se arrodilló junto a ella.

—Son incensarios —explicó.

Los balanceó, y un olor penetrante impregnó sus dedos.

—Pobre diablo —dijo.

Sus cuerpos se rozaron y súbitamente sintieron que el tiempo huía velozmente. Se abrazaron.

«Todo es vanidad —pensó él después—, sólo vanidad.» La pasión se limitaba a los sentidos. La mente estaba en otra parte, en otras ideas, dándose cuenta de la fotografía familiar sobre su cabeza, del cuadrito de la Madonna.

—No quiero que te vayas. No quiero que te vayas.

Lloraba ella a su lado. La miró y la rodeó con su brazo: era inevitable experimentar ternura, después de aquello.

—Sí —estaba diciendo ya Lee—, en muchas cosas tiene razón. Estudié Economía en la escuela, y creo que es cierto lo que dice de los empréstitos a corto plazo. Desearía que tuvieses un empleo digno.

* * *

Por fin Amsterdam hablaba por boca de Mr. Fred Hall. Krogh, de pie junto a la ventana, dejaba que aquella voz se propagara por la habitación mediante el altavoz. La niebla temprana casi se había disipado totalmente, pero parte de ella continuaba ocupando el patio como un fluido lechoso, envolviendo en sus pliegues la estatua.

—Anoche intenté comunicarme con usted —reprochaba—. Me conectaron con la Ópera, pero usted se había marchado. Llamé a su piso, y no estaba. He perdido toda la noche, míster Krogh.

Krogh no estaba de humor. Todo adquiriría para él proporciones de trascendencia, ahora que el dinero escaseaba. Era indispensable mantener firme la situación hasta que la nueva compañía de América se pusiese en marcha.

—Vamos, Hall—dijo—, dígame qué le preocupa.

Pero la línea estaba mal aquella mañana; tuvo que acercarse al escritorio. «Cuando haya terminado con éste —se dijo—, me iré arriba una hora para no ver a nadie.»

—Aún están vendiendo.

—Pues siga comprando.

—Hay un límite, míster Krogh.

—No hay tal.

—¿De dónde sacará el dinero?

—Ya he arreglado eso. La A.C.U. nos lo prestará.

—Vamos a necesitar hasta el último penique de su capital.

—Lo tendremos.

—Pero, ¿y la A.C.U.? Tienen que pagar sus dividendos. Creo que se producirá un pánico, que no terminará aquí. Sufriremos pérdidas serias en Berlín, Varsovia, París, en todas partes.

—No, no —negó Krogh—, exagera usted. Vive entre horizontes demasiado limitados, Hall. Yo sé lo que me hago. En cuanto lancemos la semana próxima la nueva compañía de América, podremos hacer lo que queramos con el mercado.

Mr. Fred Hall volvió a preguntar:

—Pero, ¿y la A.C.U.?

—Nosotros vendemos y Batterson compra. Un millón de libras pueden llenar todos los agujeros, Hall. Lo único que tiene usted que hacer es seguir comprando.

—Pero la A.C.U. se quedará sin un cuarto.

Podía oír el penetrante silbido de la respiración de Hall, allá en su despacho de Amsterdam.

—Quedarán exactamente con el mismo capital que poseen ahora. Sólo que será en forma de acciones de la compañía de Amsterdam.

—Pero sabe usted muy bien que no podemos responder por el dinero que ahora estamos gastando.

Krogh no tenía necesidad de televisión cuando hablaba con Hall, habían estado juntos tanto tiempo, que era capaz de asociar cualquier inflexión de su voz con la acción que la acompañaba: la pierna balanceando en señal de desaprobación, el dubitativo girar de la cadena del reloj.

—Usted, Fred, usted responde.

Krogh se sentía de nuevo feliz porque trataba con

números; nada había sobre ellos que desconociera, nada había que no pudiese hacer con ellos, y todo era debido a que nada tenían de humano.

—Usted responde de todo. Nuestro crédito descansa en usted. La A.C.U. no es nada, ni tiene nada que ver con el negocio principal. Es un disfraz que conviene usar. Si usted se lanza, la Z.G.S. seguirá.

—Sí, pero al cambio actual...

—Han pasado tres minutos —dijo una voz en alemán.

—No significa nada —continuó Krogh— eso del cambio actual.

Cogió un cenicero y lo volvió a dejar: E.K.

—Lo único que cuenta es lo que la gente está dispuesta a pagar. Y vamos a quedarnos con todas las acciones en el mercado de Amsterdam. El valor se ha de mantener siempre a toda costa.

—Pero hay rumores...

—Usted tiene el dinero y puede mantener los precios. Esa venta no ha de continuar.

—Así, pues, ¿he de seguir comprando hoy durante todo el día? La Batterson nunca comprará.

—Les he dado mi garantía personal sobre los valores de la A.C.U. No olvide que tratan con Krogh, Hall.

—Pero cuando vean los libros...

—Verán que todos esos valores están en forma de acciones de nuestra filial en Amsterdam, la cual es asimismo una rama de la I.G.S. No se puede llevar mejor librea que la de la Casa Krogh.

—¿No podemos conseguir ese dinero por otro lado, míster Krogh?

La voz, sin embargo, no sonaba muy preocupada; lo que Krogh decía lo acataba Hall. Era obediente al pie de la

letra; su devoción tenía algo de medieval como los Barones que servían a Enrique II, se precipitaba a cumplir los deseos de Krogh, y si hubiese sido más inteligente, los habría adivinado y puesto en práctica antes de que se lo mandara.

—Sabe tan bien como yo, Hall, que el dinero escasea, y no podemos lanzar más empréstitos a corto plazo. Muchos están fracasando por motivos análogos.

—Ya imagino el escándalo que armarán cuando nos descubran el juego.

—No lo habrá si la compra se ha podido hacer. Tendrán que responder ante sus accionistas y no se atreverán a hacernos objeciones. Tendrán que darnos tiempo. Y cuando América produzca sus resultados, les volveremos a comprar la compañía si es que así lo desean. Entonces podremos hacer cuanto nos venga en gana. Además, he tomado mis precauciones. He fechado antes la adquisición de las acciones.

—Han pasado seis minutos.

—¿Están los directores de acuerdo? —interrogó Hall con respetuosa admiración.

—Sí, sí —contestó Krogh.

Era inútil explicar a Hall que no recurría a Stefenson, Asplud o Bergsten, para las pequeñas cosas de la rutina diaria como la firma de cheques, por ejemplo. El poseía la firma de todos en estampilla. Y a Laurin no lo había consultado tampoco. La compra de las acciones holandesas estaba prefechada mucho antes de que Laurin pudiese hacer ninguna objeción.

—Todo va bien ahora, Hall —dijo lentamente.

—Así sea.

—Hace unos días estaba nervioso, un poco nervioso. No me sentía preparado. Los americanos habían empezado a emplear sus métodos: se produjo una huelga, y Laurin estaba enfermo. Pero lo arreglé todo. No apareció en la prensa, ni hice promesas por escrito a los obreros. Todo va bien ahora, Hall.

—¿Y yo tengo que seguir comprando?

—Mañana se acabará eso. Ya puede contar con el dinero de la Batterson. Cuando haya acabado su tarea en Amsterdam, venga aquí; puede que le necesite. Alguien está provocando disturbios en las fábricas.

—Inmediatamente me tendrá ahí, míster Krogh.

—Adiós, Hall.

—Adiós, Mr. Krogh.

Pero la voz volvió a oírse, interrumpiendo el aviso de «nueve minutos».

—No quiero pensar que esto sea un pequeño fraude. Usted sabe que yo... no intervendría en una cosa así, pero si, como asegura, los valores están ahí...

—Hay valores y valores —dijo Krogh suavemente—, los valores no son cosas que se pueden medir. Hay valores si hay confianza. Mientras la gente nos confíe su dinero tendremos valores. Es decir, mientras confíen en nosotros... —y cortó la comunicación.

Hall era el hombre apropiado para el caso. Un hombre inteligente estaría, sin duda, mucho más asustado. Krogh sentía haber perdido parte de su energía en dar ánimos a Hall, pero no por ello estaba falto de confianza. Hall había dicho: «Los rozamientos serán demasiado grandes», y se había equivocado. Hall siempre estaba equivocado, pero nunca obstinadamente. Discutiendo con él se organizaban las propias ideas y se aclaraba la mente; ahora ya podía

enfrentarse con el más desconfiado y cobarde, Laurin. Llamó a Kate y le preguntó:

—¿Dónde está Laurin?

—Está todavía enfermo... en Saltsjobaden. Oye, Erik, quiero hablarte.

—Ahora no; dentro de cinco minutos. Me voy a la habitación acolchada. ¿Dónde está tu hermano?

—Aún no ha vuelto.

Puso algunos papeles sobre su mesa; era unas cuantas cartas que se llevaría consigo arriba. Al ver un sobre conteniendo las entradas de una serie de conciertos, sonrió y las rompió.

Todo va bien ahora. Le parecía increíble haber estado días antes preocupado hasta la alucinación. He estado pensando demasiado en el pasado. Siempre había despreciado a la gente que piensa en el pasado. La vida se ha de dejar atrás, y ser tan libre como un náufrago que lo ha perdido todo. Chicago, Barcelona, la escuela de Estocolmo, el aprendizaje en Nyköping, la cabaña junto al Vatton se alejaban como las personas que se quedan en la estación al partir el tren. Anoche me divertí; ahora estoy descansado, y puedo mirar hacia delante.

Al cruzar por delante de la ventana, su vista volvió a caer sobre la fuente.

Pero esta vez con cierta complacencia, con cierta simpatía por el gran bloque de piedra verdosa. Eso no era el pasado, no era nada extinguido, sino el presente tenso, enérgico, algo que intentaba salirse de su limitación de piedra. Su deleite fue momentáneo, pero bastó para arrancar de su mente la tortura de la estatua.

La próxima semana América, y luego adelante, que

nada puede hacemos fracasar. Lllaman fraude a esto tan claro, a esta larga e intrincada ecuación de la que sólo yo veo la solución. Y durante la ascensión a las alturas del edificio donde se hallaba la habitación acolchada, se sintió poseído de una alegría puramente extrahumana.

* * *

Kate leyó atentamente el memorándum. De primera intención no tenía significación alguna para ella. No sabía nada sobre la A.C.U., excepto que era uno de los trusts papeleros más prósperos de Suecia. Había sido una de las mejores adquisiciones de Krogh, hecha sin previa consulta a sus directores. Había sido una inversión completamente formal, para emplear una cierta cantidad de dinero sobrante, y su venta a la Batterson no significaba nada en absoluto. ¿Por qué preocuparse?

No obstante, estaba preocupada, aquellos préstamos a corto plazo la inquietaban, aquel desordenado trajín de capitales la molestaba, lo mismo que molesta el polvo sobre un espejo cuando se desea ver una imagen clara.

Alguien llamó a la puerta.

«Sin embargo —pensó—, esto es sólido»: aquellas oficinas de acero y vidrio, las ricas maderas, el lujoso empapelado dieciochesco del salón de los Gerentes. las fábricas de Nyköping, aquel ramo de finísimas flores. Acudió a su mente de nuevo la A.C.U. Los números estaban anotados en el memorándum: Producción 350.000 toneladas anuales, de las cuales 200.000 eran para la exportación; Filiales: producción 300.000 toneladas de pasta mecánica y 1.000.000 de toneladas de pasta química, 15.000 millas de canales de transporte maderero, conduciendo anualmente

50.000.000 de troncos. Todo esto era real, no podía darse nada más real.

—Saluda a tu errante hermano —dijo Anthony, entrando.

Kate levantó la vista. «Esto es más real aún —pensó—. Lo otro son cifras, pero éste es mi mismo ser.»

—He llegado tarde. ¿Se ha enfadado el gran hombre? Esperó a que ella adivinase dónde había estado. Pero viendo que no le contestaba, insistió:

—He estado con Lee.

—¿Quién es Lee?

—La Davidge.

—No necesitas decírmelo, te ha dejado colorete en el abrigo.

—Quiere que deje esto.

Y agregó con cierto nerviosismo:

—Cree que mi trabajo no es digno.

Se apoyaba airosamente sobre el borde de la mesa; y Kate pensó que allí estaba al descubierto toda la conciencia moral que entre ambos podían reunir. Ella veía su propio rostro en el espejo situado a espaldas de su hermano; el perfil pálido, las largas pestañas que ocultaban la dureza de sus ojos, tanto que incluso hacían creer que en último extremo no tendría suficiente energía para ser tan despiadada como sus ojos decían. «Las flores más delicadas de nuestro ramillete —se dijo a sí misma—, son la conciencia moral y la buena presentación. Somos unos fracasados, pertenecemos al pasado y no tenemos ni el carácter ni la energía suficiente para no dejarnos llevar de las circunstancias.» Pero mirando la airosa figura de Anthony, los anchos hombros de su abrigo nuevo, se dio

cuenta de cuán inevitable es el amarse a sí mismo.

—Bien —decía Anthony—, tiene algo de razón. Yo no sé si es un empleo para... bueno, ya sabes lo que quiero decir.

—Ni por asomo.

—Si es un empleo para un caballero.

—¿No has comprendido la situación? —replicó Kate—. Es nuestra última oportunidad.

—No me refiero a tu empleo. Eso es diferente.

—Es nuestra última oportunidad —repitió—. Fuera de aquí no tenemos porvenir. En esto está nuestro futuro.

—¡Oh, oh! —exclamó Anthony—, eso es alambicar demasiado las cosas. Después de todo, aquí somos unos extranjeros.

—Sí, somos extranjeros —aceptó Kate—, somos ingleses de pies a cabeza. Pero nuestra nacionalidad desaparece ante Krogh, que no cree en fronteras. Su objeto es dominar al mundo.

—Minty me ha dicho algo sobre unos préstamos a corto plazo.

—Eso es momentáneo.

—¿Quieres decir que ha tenido que recurrir a ellos? ¿Tan escaso anda de dinero? Esto se pone feo. ¿Estás segura de que no hay peligro?

—No vayas a creerte que Krogh pueda fracasar por nuestra causa. Aquí estamos bien. La nacionalidad no es nada. ¿Qué quiere decir nacionalidad? Nosotros, los pedigüños, las sucias oficinas en las que he trabajado, Hammond, tus bares, tu calle Edgwars, tus pependencias en Hyde Park.

Deliberadamente se apartaba ella de la idea de que había mucha rectitud en su pasado nacionalista, comparado

con el presente internacional. No había sido un pasado muy glorioso, pero hubo en él la gentileza y la amabilidad que ahora faltaban.

—Es el hogar —defendió Anthony, levantado su rostro infantil—. Tú no lo entiendes, Kate, porque siempre te ha gustado este chisme moderno, esa fuente...

—Te equivocas. Para mí también es hogar. —Le tendió los brazos por encima de la mesa—. Eres tú, y dondequiera que estés, estará mi hogar.

—Desde luego —siguió él, sumido en sus presentimientos, y sin prestar atención a cuanto su hermana decía—, estás loca por Krogh.

—Nunca lo he querido. Lo habría rechazado si le hubiese querido. El amor no es bueno para nadie. Necesitamos cosas de las cuales se pueda pensar, y no cosas que sólo se puedan sentir. El piensa en números, y no experimenta cosas vagas por la gente.

—Pues anoche estaba muy humano. Déjame a mí, y verás cómo lo educó.

—No por Dios. ¿Voy a tenerle que salvar a él como lo hice contigo?

—Le haré humano.

No comprendía el punto de vista de Kate.

—Ni siquiera creo que conozca a sus empleados. He estado hablando con algunos de ellos, aquí y allá. Por ejemplo, un joven del departamento de publicidad. No han visto nunca a Krogh. Y están descontentos; consideran que los directores tienen demasiado poder.

—Parece que te han estado contando muchas cosas.

—Sólo quienes saben algo de inglés. Desde luego, creen que puedo hacer algo por ellos, porque saben lo bien

que me llevo con Krogh.

—Ya lo has dicho, ¿no?

—Sí, claro. A uno le gusta ser admirado.

—He de ver a Erik. ¿Almorzamos juntos? Puedo llevarte a un sitio...

—Lo siento, querida. He prometido ir a comer con Papá y Mamá, si Krogh no me necesita.

—¿Papá y Mamá? Ah, claro, ya sé a quiénes te refieres.

—Se van a fines de semana, y tengo que mostrarme cortés. Enseñarles dónde se puede comer bien, por ejemplo.

«Y yo quería enseñárselo a él», pensó Kate.

—¿Ya sabes adónde ir? —preguntó.

—Sí, sí, he encontrado un par de sitios. He estado hablando con la gente de aquí. Me son simpáticos.

—Debes haber hecho muchas amistades.

—A uno le gusta que lo aprecien. ¿Ha telefoneado ya el viejo Hammarston?

—¿Para qué?

—Krogh lo prometió ayer, en el Tívoli, dinero para poner en escena una obra de Shakespeare. Una sobre Gower.

—¿Dinero para una obra de teatro? ¿Ahora? ¿Eres tú el causante? —le interpelló, y añadió, riendo—: ¿Cómo has podido...?

Pero se le quedó mirando con atención. Era todo debilidad, pero una debilidad que en ocasiones podía ser fuerte. Ella recordaba su primer empleo en Wembley y la carta de su padre que ella interceptó. No para evitarle un disgusto al viejo, sino para proteger la historia que Anthony relatase después. Era listo, escribía el director, y tenía una mentalidad matemática; sin embargo, sin que hubiesen

cargos definidos contra él, había que despedirlo por sembrar continuamente el desorden en la oficina.

—¿Cómo has podido? —replicó, y le tocó en la manga; su abrigo estaba calado. Se apartó de la mesa y dejó en ella una mancha de humedad, que ella frotó con la palma de la mano.

—¿Has estado en el lago?

—La niebla era muy densa. Me encontré con Lee antes de desayunar.

—Deberías tomar cinamomo y quinina. Tu pecho siempre ha estado delicado después de la pleuresía.

—Olvídalo. Te preocupas demasiado, Kate. No parece sino que estamos casados.

—Perdona. Pero hace tanto tiempo que no hemos estado juntos. Espero que ahora estés más fuerte. Desconozco una enormidad de cosas referentes a ti. Por ejemplo, no sabía que disparases tan bien. Ven a comer mañana conmigo. Quiero... bueno, preguntarte no es la palabra ... quiero que me cuentes cosas. Nos conocíamos tan bien antes.

—Lo siento, Kate. Mucho me temo que mañana... Al fin y al cabo voy a estar contigo muchos años. Concédenos una oportunidad a Lee y a mí.

—Bien, resérvame un día o dos de la próxima semana.

—Tomaré cinamomo y quinina.

Pretendía congraciarse. Tomó una flor del jarrón y dijo:

—Deberías llevar una. Precisamente va bien con tu traje. ¿Tienes un alfiler?

—No llevo flores estando en la oficina —opuso Kate.

Al despedirlo en la puerta, le vio ponerse la flor en el

ojal. El tenerle allí con ella, considerándose como en su casa, junto a su escritorio, era la culminación de todos sus planes.

El sol había salido, la niebla había huido, del patio y se sentía calor en el vítreo pasillo donde esperaba el ascensor. El la había acusado de simpatía por aquella estatua moderna, y ella lo había negado, pero mintiendo parcialmente. Su pasado correcto, pero miserable, decía algo a su corazón, pero su intelecto había establecido una alianza con el presente, con aquellos días de perversión e inhumanidad. Ella era como un tenebroso túnel que une dos paisajes: por un lado las casas apelotonadas, con la ropa tendida en las fachadas traseras y las persianas, viejas y rotas; por otro...

Llamó a la puerta y entró. Erik estaba echado en un sofá en el cuartito acolchado, de tono beige.

—¿Qué hay, Kate? Siéntate.

Allí no había teléfono, ni cuadros, ni mesa; sólo una silla para la secretaria.

—Estoy algo preocupada.

—¿Por qué?

—Esos préstamos.

Ella le agradeció que no se riera de tal afirmación. Por el contrario, aceptó sus palabras como si hubiesen sido pronunciadas en una asamblea, por alguien con conocimientos especiales sobre el asunto. Y de pronto acudió a ella esa piedad que se experimenta hacia las personas de quienes se ha abusado. Ella le había «usado» desde el principio, desde el día de lo de Hammond; y había actuado con él y para él con el único objeto de conseguir que un día Anthony pudiese presentarse allí, usar sus propias flores y considerarse en casa.

—Ya sé —dijo Krogh— que estos días no son fáciles. Todos padecemos del mismo mal.

—¿Pero estamos seguros?

—Completamente, mientras conservemos la cabeza... y la lengua.

—Pero... ¿y esa ayuda a Hammarston? ¿Eso es conservar la cabeza? ¿Puedes hacer esos gastos ahora?

—Veinte mil coronas no es un gasto excesivo. La propaganda que puede proporcionamos vale cinco veces más. Esta es la ocasión de gastar dinero. He encargado dos coches más. Los otros pueden venderse en cuanto se me entreguen los nuevos. Sal de compras, Kate; adquiere cosas nuevas.

—¿Publicidad?

—Tú no te das cuenta de lo estrechamente vigilados que estamos.

—Pero, la gente, ¿por qué se interesa tanto? Cuando voy a comprar un cepillo de dientes...

—Tú lo sabrás mejor que yo. No conozco bien a la gente.

Ella sí creía conocerla: no era que los hombres envidiasen a Krogh su dinero, ni se oponían conscientemente a su empresa internacional; simplemente, necesitaban sensaciones fuertes para apartar de sus mentes sus problemas personales. Necesitaban asesinatos, guerras, bancarrotas escandalosas, incluso un éxito financiero, si era suficientemente asombroso. Se sentía anonadada ante la idea de la inmensa presión impersonal que se ejercía sobre cualquier hombre poderoso, para inducirle a hacer cosas sensacionales aun a costa de su propia seguridad. Solamente había un hombre fuera del alcance de estas ideas populares,

un hombre sin vida privada, que podía, por lo tanto, resistir esa presión. Y a este hombre, Anthony quería hacerlo humano.

—También me preocupa esa venta a la Batterson. La A.C.U. nos ha sido útil. ¿Por qué desprendemos de ella ahora? ¿No es tonto? —La mirada de él le llamó la atención por la curiosa irresponsabilidad que se leía en ella—. Sé que es tonto porque he estado examinado los números —agregó Kate.

—También la A.C.U. necesita capital —respondió Erik.

—Pero si ya lo tiene. Es una venta sin sentido.

—Su capital está ahora invertido en nuestra compañía de Amsterdam.

—Ya comprendo.

—Eres más rápida que Hall.

Este era el momento que ella había esperado siempre, el momento en que dejando la ley al margen, se lanzasen en busca de nuevas playas. Sólo cabía preguntar.

—¿Es seguro?

—Casi completamente seguro —dijo Erik, y Kate lo creyó a ojos cerrados.

Si era casi seguro, no había más que hablar. No es posible hacer remilgos a nada ni mostrarse cobarde cuando se lucha por el porvenir de alguien a quien se ama.

—Verás que algunos cheques y algunas entradas en nuestros libros han sido prefechados.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Kate.

—No, todo está listo —se incorporó—. Sabes, Kate, no te equivocabas, después de todo, con la fuente. —La cogió de un brazo—. Eres más rápida que Hall, Kate. A Hall nunca le gustó la fuente —y Kate notó que sus dedos estaban temblorosos.

—No estamos seguros —dijo.

—Estaremos seguros cuando empiecen las ventas en América. Estaremos seguros en menos de una semana. Ahora estamos de cualquier modo, algo inseguros. Aunque la huelga esté contenida.

—¿Quieres decir que puede ocurrir algo más?

—Hay que ser prudentes unos cuantos días. Ya puedes ver cómo confío en ti. Nos conocemos desde hace muchos años, Kate. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Una esposa no ha de comparecer como testigo? ¿Es cierto eso en Suecia como en Inglaterra? —dijo ella.

—No hay peligro en Suecia. Estaba pensando en Inglaterra.

—Te agradezco que no me hayas hecho el amor.

—Somos dos personas de negocios —dijo Erik.

—Quiero una dote para mí.

—Desde luego.

—Y algo también para Anthony.

—Me gusta Anthony. Sabe por dónde va. Te aseguro que le aprecio de veras, Kate.

—Pero, ¿una cuenta corriente?

—Sí.

—Es una lástima —dijo Kate— que no podamos perfechar el matrimonio, como los cheques —sonrió—. Anthony se alegrará. No hay nadie más respetable que Anthony...

Daba vueltas al nombre, como si fuera a casarse con Anthony y no con Erik. Éste permanecía de pie a su lado como el padrino en la sacristía. «Anthony ya está seguro —pensó—; he deshecho el daño que le hice cuando le obligué a volver de la era al colegio, a su vida convencional y

resignada de entonces. El trataba de liberarse y yo le hice regresar. Ahora, por fin, he hallado un camino para él.» Pero su entusiasmo se debilitó algo al recordar Bedford Palace y las manzanas que se habían comido para disimular el olor. Aunque creía en un mundo nuevo, sin fronteras, inundado por los productos Krogh, y creía también no tener escrúpulos tratándose de conseguir lo que más deseaba (seguridad), la honradez pretérita y su pasada pobreza en Mornington Crescent hablaban por su propia boca cuando repitió:

—Anthony se alegrará. ¿Cuándo será eso?

—Esperaremos un par de días, para ver cómo van las cosas. Si la venta de la A.C. V. se produce sin dificultades — hizo una breve pausa— nos dedicaremos a lo nuestro.

Kate casi creía amarle, al ver tanta honradez hacia ella, cuando en sus libros había una enorme estafa. A menudo le habían llegado rumores de lo mucho que se veía obligado a pagar a los chantajistas, y pensó que, por primera vez, se hallaba ella misma en una situación inmejorable para hacer un chantaje. Pero no le interesaba; había «usado» de él, y era muy lógico que ahora fuese él quien «usase» de ella. Cogió la mano de Erik y se la besó; sentía piedad por él en aquel momento, en aquel cuarto silencioso donde nadie podía ir a molestarle.

—Querido Erik, voy a decírselo a Anthony —y salió.

Mientras bajaba en el ascensor recordó, sin saber por qué, un tranvía que en el puente Norte había visto pasar rota la dirección; estrépito de cristales, el rostro lívido del conductor agarrándose convulsivamente a la manivela, y una cascada de chispas por encima del coche. Pasó junto a ella como un ser violentamente apasionado, centelleante, veloz e imparable.

—Felicítame —dijo en voz alta ya en el ascensor—. Voy a casarme, Anthony, voy a casarme. Quizá sea esto lo que experimenta Krogh ante una suma bien hecha, una raíz cuadrada, o un logaritmo bien leído. —Ya a la puerta de su despacho, repitió—: Voy a casarme, Anthony.

—¿Con quién, Kate? —preguntó él, levantando la cabeza.

Estaba sentado a su mesa, en la que había vuelto a dejar una mancha de humedad.

—Con Erik, naturalmente. ¿Con quién iba a ser?

—No —repuso Anthony—, no puede hacer eso.

Y entonces ella vio que había estado leyendo los papeles de su escritorio: incluso había abierto un telegrama, traído después de haber salido ella a ver a Krogh.

—¿Cómo te atreves?... —preguntó.

—No puedo seguir con esto.

—No sé qué quieres decir.

—Oh, puedes creer lo que te diga sobre estas cosas, porque tengo un cerebro hecho para los números, Kate. Hay límites en lo que se puede hacer. Y créeme, esos límites los he descubierto.

«Esto» no se puede hacer. La Batterson no ha nacido ayer.

—Ni Erik tampoco.

—Lee tenía razón. Esto no es digno.

—Dame el telegrama.

—Cómo no —dijo Anthony—, puedes verlo. Está uniendo Amsterdam con la A.C.V. Es tan claro como el agua.

—No necesito que me expliques nada. Yo también lo sé todo. Incluso que hay cheques prefechados.

—¡Cheques prefechados! —silbó Anthony—. Y pensar

que Krogh... y que nosotros sabemos...

—Tendrás que guardamos bien el secreto.

—Debe pagarnos nuestro silencio, Kate.

—Anthony, yo no voy a hacerle un chantaje. Voy a casarme con él.

—Pero, Kate, si tú no le quieres.

—Es algo así como un chantaje. Va a dotarnos a los dos.

—Tú no le quieres —repitió él, testarudo.

—Te quiero a ti.

—Eso no tiene nada que ver.

Estaba preocupado, inquieto; dijo algo en voz baja sobre «niños» y se sonrojó.

—No te preocupes por eso. Eres demasiado convencional, Anthony.

—Perder una oportunidad así, que nunca volverá a presentarse. Podríamos conseguir una buena suma y largamos. Incluso podríamos coger el tren esta noche, y mañana estaríamos en Gothenburg y el sábado en Londres, a tiempo de ir a Twickenham. Me atrevería a asegurar que todavía está mi cuarto desalquilado. La patrona encontraría algún lugar cerca para ti. Y no habría que buscar empleo, porque tendríamos dinero de sobra.

Le miró fascinada. Parecía como si no hubiese nada que no estuviese dispuesto a hacer, pero sabía que en alguna parte de aquel sendero por el que tan audazmente se lanzaba su imaginación, había una permanente luz roja; que en algún sitio se detendría, incapaz de seguir adelante. Tenía demasiados escrúpulos para triunfar en su empresa. Era muy distinto de Krogh.

—Es tan fácil, Kate. Tendrá que pagarnos cuanto pidamos, porque de lo contrario relataré toda la historia a

Minty, e incluso de este modo podríamos conseguir lo suficiente para irnos a casa. Espero que tengas a salvo algún dinero.

—¿No te importaría vivir a mis expensas? —le preguntó ella con curiosidad, creyendo que alcanzaba así el lugar a partir del cual ya no proseguiría adelante; pero cuando sin vacilación repuso él que al fin y al cabo eran hermanos, experimentó la sensación de un viajero que descubre de nuevo el error de sus mapas.

Anthony se levantó de la mesa, con el telegrama en la mano.

—Voy a verle ahora mismo.

—¿Qué piensas decirle?

—Que lo mejor que puede hacer es ser razonable.

—No, no, Anthony —repuso Kate—. Te he dejado decir muchas tonterías. No puedes hacer eso con Erik.

—¿Por qué no? Kate, no puede despreciarse la fortuna cuando la tienes a mano.

—No eres bastante listo, Anthony. Empezarías por no estar aquí ya si tuvieses la inteligencia necesaria para hacer chantaje a Erik. —«Esto es el futuro —se dijo—, y debe ser nuestro. No más pasado. Los dos hemos vivido demasiado tiempo del pasado.»

—Confía en mí —aseguró Anthony.

—No, tratándose de él —negó Kate, tristemente—. Querido Anthony, eres un polluelo recién salido del cascarón comparado con él. No sé cómo puedes creer que triunfarás de Krogh. Te aniquilaría antes de que pudieras abrir la boca. Te haría llevar a la cárcel, no se detendría ante nada. No podrías estar seguro. Y no veo la necesidad de tales extremos ahora que tenemos cuanto necesitamos.

—Él no es bastante bueno para ti, Kate —insistió Anthony. Era visible que le preocupaba lo del «matrimonio sin amor» y «esposa sin hijos». Pero con facilidad renunció a su oportunidad, con un simple gesto de despedida al escritorio, y a la idea de los cheques prefechados, el telegrama, la venta a la Batterson—. Como quieras, Kate —y ésta pudo ver surgir una idea nueva en su luminosa sonrisa.

—Al menos celebraremos una fiesta esta noche.

—No se ha hecho público el compromiso.

—No importa. Se hará una fiesta. Escucha; telefonea al director del hotel de Saltsjobaden y encarga una mesa, diciéndole para quién es.

—Erik no vendrá.

—Si lo llevé al Tívoli, le llevaré a Saltsjobaden. Encarga un cubierto de cien coronas.

Kate se dirigió al teléfono.

—Piensas en todo, Anthony.

—Espera un poco. Quizá debiera ser de ciento cincuenta para convencer a Krogh.

—Saltsjobaden, tres, dos, por favor —pidió Kate.

Parte quinta

Cuando el joven Anderson oyó lo que su vecino decía, soltó la manivela y apartó el pie del pedal de la cortadora Krogh. La máquina se detuvo con un flap, flap, flap, de su correa de cuero, e inmediatamente el disco giratorio inició un movimiento desordenado. Su vecino le gritó algo, pero el joven Anderson aparentó no oír. Volvió la espalda a la máquina y echó a andar entre las demás máquinas, hacia el vestuario. En el piso superior, una de las cámaras de secado estaba congestionada, y en el interior una sierra eléctrica apilaba tantas virutas de madera que la sala parecía inundada. El hombre que le suministraba la madera continuaba haciéndolo; era su trabajo, y no sabía hacer otra cosa, de modo que no llegaron noticias del embotellamiento al lugar donde se descargaban los troncos. Los hombres continuaban tomándolos uno a uno de la guía que los transportaba desde los camiones que formaban una larga fila en el patio.

El joven Anderson salió de su encierro. La falta de una máquina no producía apreciable diferencia en el estrépito de la sala, pero la prolongada familiaridad con su cortadora le había hecho distinguir su chirrido por una especie de tos muy particular. Ahora no podía oírla, y su delgado rostro se turbó momentáneamente, pues hasta entonces nunca había dejado de oír dicha tos cada seis segundos. No podía imaginarse los resultados de su acción; había visto tan sólo la cámara desecadora y a uno de sus amigos trabajando en una de las sierras, pero no lo que

había más allá, donde se descargaban los troncos, ni los camiones que los traían. Un obrero de su mismo turno atravesó el vestuario en dirección al lavabo. Andaba velozmente con la cabeza inclinada, había alzado la mano y su puesto en la máquina fue ocupado al instante; tenía permiso para cuatro minutos; si tardaba más, sería despedido. Anderson descolgó la chaqueta de la percha y salió. Tuvo que atravesar el extremo de la sala de máquinas; un hombre iba en su dirección llevando un bidón de aceite; vertía el líquido negruzco en el orificio practicado con ese objeto en cada máquina de la fila izquierda; otro haciendo lo mismo recorría las del lado opuesto. Conocían tan exactamente la posición de los orificios, que no tenían necesidad de mirar; daban unos cuantos pasos y decantaban el bidón, otros tantos y lo volvían a decantar.

Uno de ellos se quedó mirando a Anderson; estaba tan asombrado que se equivocó y dejó caer un chorro de aceite al suelo de acero pulimentado; con la vista le siguió hasta la puerta. Anderson descendió por la escalera metálica hasta el patio; no tenía valor para permanecer a la vista de la sala de máquinas en espera del ascensor. En su imaginación llevaba el rostro de aquel obrero: cansancio, asombro, envidia. El portero no quería abrirle la verja.

—Enfermo —explicó el joven Anderson—, enfermo.

Era innecesario aparentarlo; su palidez, su paso habitualmente lento, la preocupación que le daba aspecto de recluta de una escuela de equitación, era su salvoconducto. La verja de la fábrica se abrió para él.

Le parecía extraño ver completamente vacía la larga carretera asfaltada entre las dos paredes de madera. Un lado estaba sumido en la sombra; al cabo de cierto trecho la empalizada terminaba y unos álamos ocupaban su lugar,

bañados por el sol del atardecer. Anderson echó a correr por la franja sombreada de dos pies de anchura. El joven Anderson era conservador. Leía los periódicos y creía en la grandeza de la Casa Krogh. El socialismo de su padre era algo viejo, aburrido, teórico; olía a cultura de clases nocturnas. «Oportunidades para el obrero», «Unidad proletaria», eran las frases de su padre, que sonaban como una salmodia dominical luterana. Para Anderson no tenían más sentido que «Tres en uno» y «Las personas de la Santísima Trinidad».

—¿Tú no crees en nada? —le preguntaba su padre.

—En mi trabajo —contestaba—. Es bueno, con salario razonable. Ahorro algo, y algún día me emanciparé.

Mientras corría junto a la valla sombreada, repetía:

—Krogh fue, un tiempo, uno de nosotros. La misma oportunidad puede presentársenos. Papá escribió que fue personalmente a verlo, bromeó con él y le dio un cigarro; incluso le preguntó por mí, y le aseguró que todo iría bien. Pero eso era hace unos días. Estoy seguro de que no sabe nada, y hay que decírselo. Es un hombre justo.

El joven Anderson creía en la justicia. La había visto en el trabajo, cuando era despedido el holgazán y recompensado el laborioso. Su propio jornal había sido aumentado hacía dos años.

Ya no podía correr más; estaba al cabo de sus fuerzas. El trabajo del engrasador era mucho más sano, pues le permitía hacer muchas millas diarias. El extremo de la empalizada continuaba tan lejos como antes, por lo menos estaba a milla y media de distancia.

Cuando un obrero dejaba el trabajo tardaba veinte minutos, andando de prisa, para salir de la fábrica, y

algunos se quejaban, solicitando que este tiempo les fuera abonado. No podían vivir más cerca de donde vivían. Sus casas de madera empezaban allá donde la valla terminaba.

Las pasó de largo, a buen paso; eran casitas bien construidas, pintadas de colores llamativos. Todas tenían un jardincito, donde las esposas de los obreros cuidaban gallinas. Anderson no estaba casado; vivía con un obrero del turno de noche. La esposa de éste estaba cavando en el jardín cuando pasó. Dejó la azada y le llamó:

—¿Qué ocurre? ¿Adónde va?

Anderson enrojeció y siguió dando taconazos en el asfalto. Siempre que hablaba con ella enrojecía y miraba hacia otro lado. Dormía en el cuarto inmediato, y el tabique de espesor mínimo no evitaba el rumor de los sonidos. La oía lavarse los dientes, la oía acostarse con su marido; y no se hubiera turbado de ser una vieja, pero era joven y bonita. El saber tanto sobre ella le hacía tímido y esquivo.

—No ocurre nada. Tengo que ir a Estocolmo. Volveré tarde esta noche.

No era curiosa. El sabía que nada de cuanto hacía le interesaba a ella realmente. Le consideraba un desgraciado, y por otra parte, amaba apasionadamente a su marido.

Volvió a ruborizarse, golpeó el suelo y dijo:

—Tengo que irme.

—Que no le ocurra nada —contestó ella, sin interés, y continuó su tarea.

Ya en la estación descubrió que tenía el dinero justo para ir a Estocolmo.

Aún debía esperar media hora; no tenía necesidad de haberse apresurado tanto, para verse obligado a pasear de un lado a otro del andén. Intentó hacer funcionar una máquina regalo—sorpresa, pero tenía encallada una moneda,

probó otra. Por fin consiguió que la moneda cayera por la ranura y el cajón se abrió; contenía un pañuelo de papel. «Algo es algo» se dijo, y se lo guardó en el bolsillo. Un inacabable tren de mercancías cargado con maderas para la fábrica se detuvo en los apartaderos. Sus ideas pasaron de la esposa de su compañero a su padre, y de éste a Krogh: «Una broma, un cigarro, le preguntó por mí».

Uno de los directores de la fábrica apareció en el andén; venía a despedir a su esposa e hija. Anderson le conocía de vista, pero él no conocía a Anderson. Llevaba una caja de bombones para su esposa y un ramo de flores para su hija. Anderson se acercó; tenía curiosidad por saber de qué hablaban esas gentes cuando no estaban en el trabajo.

—Sí —estaba diciendo—, sí, muy bien. Estaré con vosotras el sábado.

—No cuentes conmigo —dijo la joven—. Tengo que ir a un baile.

Era muy bonita; sus ojos eran diminutos, y se había pintado con mucho arte. El muchacho pensó de nuevo en el delgado tabique, y se ruborizó.

—Gastas demasiado en bailes —amonestó el director.

Tenía prisa y estaba de mal humor; no cesaba de mirar el reloj. Fácilmente se veía que las flores y los bombones no significaban nada. No sentía afecto hacia ninguna de las dos; era simplemente la costumbre.

Cuando el tren entró en la estación, Anderson tuvo que pasar junto al grupo para subir a un vagón de tercera. El director besó a su esposa en la mejilla, pero la hija le estrechó la mano. El joven, al pasar se llevó la mano a la gorra, pero el director ni se dio cuenta. Dijo a su mujer:

—Tendrás que mandar traer más licor. Que esté listo

para las ocho, porque no podré llegar antes.

La hija vio a Anderson llevarse la mano a la gorra y le saludó con la cabeza, como si fuese uno de sus compañeros de esquí.

Desde los asientos de madera, se veían alejarse la estación, el director, la fábrica y las casitas, hasta perderse de vista. En un claro del bosque de álamos reverberaba al sol un pequeño lago. Anderson apretaba sus manos entre las rodillas, y su cuerpo era sacudido por el movimiento desordenado del lento tren.

«Si yo pudiese hablarle... y bailar con ella, y gastar tanto dinero, esquiar en invierno, oyendo crujir la nieve bajo los esquís... hablarle amistosamente sentados en el rústico banco de un refugio, sintiendo el frío, pero felices y gozosos...» Los árboles eran más oscuros, sobre un cielo cada vez más gris; el lago parecía de plomo. Alguien se levantó para mirar si estaba dada la calefacción; un largo silbido antes de entrar en un túnel, y al otro lado un mundo por instantes más tenebroso. Unas chispas se estrellaron por fuera contra el cristal de la ventanilla. Anderson abrió los ojos y vio un grupo de ciclistas que volvían del trabajo; habían encendido las luces de sus bicicletas, puntos luminosos que el tren pronto dejó atrás. En una curva se perdieron de vista el lago y los árboles. La noche cayó sobre una vasta extensión de prados.

—¿Va usted a la ciudad? —le preguntó una mujer de edad, sacando de un cesto un panecillo untado de mantequilla.

—Sí —repuso Anderson.

Los ocupantes del vagón empezaban a experimentar cierta camaradería entre sí, cierta confianza; todos se sentían felices, viéndose juntos, mientras fuera caía la

noche.

—¿No tiene usted empleo? —le preguntó, colocando una lonja de jamón entre las dos mitades del panecillo.

—Oh, sí —contestó él con orgullo—. Estoy en Casa Krogh —y ambos se quedaron mirando a través de la ventana con una sensación momentánea de bienestar, él porque estaba en Casa Krogh y ella a causa de su panecillo.

El tren se detenía en cada pueblo, y el calor de la amistad que reinaba en el vagón se duplicaba a la vista de las luces de fuera, de una mujer cocinando, o de un chiquillo que se sentaba en la cama para ver pasar el tren. —Tiene usted suerte de estar en Casa Krogh —dijo aquella mujer—. Hay mucho porvenir en un empleo así.

—Hay mucho porvenir —repitió Anderson, y calló de nuevo. Recordaba el modo cómo había abandonado su trabajo, y su cerebro le decía insistentemente que había hecho bien. Toda la paciencia que le había permitido estar años y años junto a la misma máquina para ganar un poco más de tarde en tarde, le había servido de pronto para decidirse a abandonar su trabajo en cuanto oyó aquellas noticias sobre su padre. Aquella paciencia obstinada le había hecho conservador, le hacía creer en la justicia y le había hecho abandonar la máquina, ocasionando la congestión de la cámara de secado. «Pero todo irá bien —se dijo— cuando le exponga mis razones. Si me hubiese quedado a discutir habría perdido el tren.»

—Que todo vaya bien —le deseó la mujer, sacudiéndose las migajas de la falda.

Todo el mundo le deseaba lo mismo.

—Voy a unos negocios —explicó.

—Ya conocemos esa clase de negocios —sonrió la

mujer, extrayendo de su cesto una botella de leche.

Su voz tenía una entonación incomprensible para Anderson, que agregó:

—Dentro de poco habré terminado con esto.

—Sólo se es joven una vez —comentó la viajera, moviendo su canosa cabeza.

Cuando el tren llegó a la estación central eran casi las siete. El joven Anderson no tenía idea de hasta qué hora se trabajaba en la Krogh, porque nunca había estado allí. Tuvo que preguntar el camino a un policía, quien lo guió con la vista, por llamarle la atención su traje de obrero, su camisa sin cuello, sus pesadas botas y su aire decidido.

Pero el portero no quiso dejarle entrar.

—¿Qué se ha creído usted? —habló a través de la cancela de hierro labrado—. No le recibiría aunque estuviese aquí.

Anderson explicó:

—Trabajo en la fábrica.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Se trata de mi padre —insistió Anderson—. Herr Krogh conoce a mi padre.

—A su madre, querrá decir —bromeó con mal gusto el portero, riendo y cogiéndose con sus largas manos simiescas a los trabajados barrotes. De pronto se puso serio—. No tiene nada que hacer aquí. Este sitio no es para su ralea. En la fábrica es donde tendría que estar.

—He venido a ver a Herr Krogh.

—Ni aun el primer ministro puede ver a Herr Krogh, si no consigue audiencia.

—Yo puedo conseguirla.

—Ah —dijo el portero—, pero para eso tiene que ver primero a su secretaria.

—Veré a la secretaria.

—Pero es que nadie puede ver a la secretaria, si no está citado.

—Yo conseguiré esa cita.

—A este paso —rió el portero—, va a resultar que tiene usted suerte de poder hablar conmigo, sin tener audiencia.

—Pero es que Herr Krogh me conoce. Mi padre me escribió diciéndome que Herr Krogh le había preguntado por mí.

—Su padre es un embustero.

El joven Anderson bajó la cabeza y se acercó más a la cancela con los dedos agarrotados. No había perdido aún su aire decidido y tenaz.

—Mire a su alrededor —propuso el portero—. Esta es la casa de Herr Krogh. ¿Qué relación puede tener con usted o con su precioso padre? Mire a su alrededor —repitió, y Anderson le obedeció, mirando las iniciales que brillaban sobre el cielo, a las paredes de cristal, el agua sobre el verdoso bloque de piedra.

—Esa fuente —explicó el portero— la ha hecho el primer escultor de Suecia. No creería si le dijera lo que todo esto ha costado. Comen en una vajilla de plata que le costaría a usted el sueldo de un año, y él lleva botonadura de diamantes en sus camisas.

—¿Botonaduras de diamantes?

—En todas las camisas.

El viejo Anderson siempre había hablado de jornales, y su hijo no le escuchaba, porque era una pesadísima historia. Pero ahora se dio cuenta de que algo había de injusto en el asunto; miró sus manos manchadas de grasa,

luego al portero que charlaba detrás de la verja. Y se acordó del obrero de turno de noche que había matado a su mujer y luego se había suicidado, porque iba a nacerle otra criatura.

Querida Ana —había dejado escrito en un trozo de papel—, *perdóname. No he podido soportarlo. Tenía que hacerlo. Hemos sido muy felices. Agradezco a tu hermana la ayuda que siempre nos ha prestado.*

—Como ve, mi trabajo es intelectual —explicaba el portero—. Debo saber tratar y hablar correctamente a los visitantes. Me dan un par de zapatos cada seis meses, porque he de estar siempre presentable.

—Yo tengo un traje en casa —dijo Anderson—, pero he dejado el trabajo con prisa. Tengo que hablar a Herr Krogh sobre mi padre.

—Tendrá que ir a Saltsjöbaden, entonces. Se han ido todos a cenar al hotel. —Para burlarse aún más del joven Anderson, agregó—: Necesitará traje de etiqueta.

—¿Está lejos? —preguntó.

—A unos veinte kilómetros.

—Me voy.

—No tenga prisa. Sale un tren cada media hora.

—No tengo dinero para el tren —dijo el joven—, tendré que ir a pie.

—Entonces no llegará antes de medianoche...

—Es igual —dijo distraídamente, y volvió la espalda al portero, que se reía con toda su alma, al otro lado de las flores de herraje.

Despidieron al chófer y Anthony tomó el volante. Era una idea suya, pues decía que el chófer no dominaba el coche. Krogh no hizo ninguna objeción, como no la había hecho desde el principio de la excursión. Cuando Anthony paró y pidió unas copas, Krogh bebió también. Kate le observaba con ansiedad. Sentado seriamente ante su copa no despegaba los labios.

En el tercer bar en que se detuvieron, Krogh rompió su vaso. Anthony acababa de decir:

—Mañana, Erik y yo saldremos de compras. Tengo que escogerle algunos trajes. Al fin y al cabo ahora somos casi hermanos.

Ella no se dio cuenta hasta entonces de lo mucho que Krogh había bebido sin comer nada; había estado ocupado toda la mañana recibiendo conferencias telefónicas.

—Iremos de compras, ¿no, Erik? —preguntó Anthony, y Krogh empezó a explicar cómo deseaba que aquella excursión fuese un éxito. Estaba muy agradecido a Anthony.

—¿Otra copa? —sugirió éste.

Pero Krogh aún estaba intentando terminar su discurso.

—Toda esta mañana —decía— he podido trabajar alegremente porque no tenía que preocuparme de la noche. Rompí las entradas del concierto. Pensé... esta noche pasaremos un buen rato, como en el Tívoli. —Intentó brindar, pero le resbaló el vaso, la mano intentó recobrarlo y se hizo añicos contra la mesa—. Pensé que no tendría que preocuparme de nada —prosiguió.

—Salgamos —dijo Anthony.

Volvieron al coche. Ya había anochecido, pero los grandes faros del automóvil hacían que el aire frente a ellos tuviese la luminosidad de una mañana gris pálida. Como si el tiempo pudiera materializarse, el paso de la noche al día y viceversa se veía a ambos lados del coche. Un conejo pasó de la noche al día, y, dando un salto hacia la cuneta, de nuevo a la noche.

Dejaron el restaurante bañado en la luz de los focos ocultos bajo su marquesina, y se llevaron el día con ellos, a velocidad cada vez mayor.

—Te has cortado —exclamó Kate.

Pero Krogh ya dormía junto a Anthony con la mano sangrante sobre el tapizado.

—Dios mío —dijo Anthony—, nunca había podido conducir un coche así.

Aceleró, pero no lograba tener sensación de velocidad, parecía que continuasen inmóviles en el mismo lugar; era sólo la pared rocosa de la carretera la que corría hacia atrás, o la casita iluminada que pasa junto a ellos como un relámpago, atravesando velozmente la luz de tonalidades submarinas de los faros.

—Erik se ha cortado.

—No es nada. Ya se ha detenido la hemorragia. ¿Para qué despertarle? Estamos tan bien como si estuviéramos solos.

La aguja temblaba alrededor de los ochenta, y Anthony empezó a cantar:

Yo para ti, como tú para mí.

Estaban solos en el gran coche gris.

—Podríamos dejarle en una casa cualquiera —dijo

Anthony— para que durmiese a gusto.

Y se puso a silbar una melodía sentimental. El delicado sonido se desarrollaba a lo largo de la carretera como el hilo de una araña.

—Pero entonces no tendrías la fiesta que quieres.

—Tienes razón.

Durante un rato corrieron junto a la vía del ferrocarril, un tren eléctrico surgió en silencio a su lado y se alejó sobre los raíles con chispazos azulados; una lucecita roja ante ellos. El cielo se veía iluminado detrás de unos riscos a los que no alcanzaba la luz de los faros, y cuando la carretera describió una curva se ofrecieron a su vista dos grúas, una a cada lado de la vía, y un gran arco de triple vigería de hierro por encima de los raíles. Un círculo de lámparas de arco daban luz a los trabajadores, que montados sobre las vigas, a treinta pies de altura, remachaban los pernos. El suelo a sus pies estaba lleno de palancas, tornillos y garfios enmohecidos. Anthony frenó el coche y Krogh se despertó.

—Pare aquí —dijo—. Es el puente nuevo, y quiero ver...

Un hombrecillo vestido de oscuro y con la nariz rota andaba por entre los soportes de hierro.

—Garfios 145, 141 Y 137 —llamó, y un hombre le arrojó una soga, por la que descendió a pulso.

Una de las grúas se balanceó e introdujo su gancho en una nube de vapor, y un hombre le cargó con cuadros de metal oxidado como gigantescas parrillas. Luego la grúa se levantó por encima del coche de Krogh.

Este dijo:

—Todavía usan garfios ingleses. ¿Puede ver el

nombre? Cheptows.

Los hombres trabajaban tranquilamente, sin prisas, hablando apaciblemente entre ellos. Estaban unidos con cuerdas a las vigas de hierro, y entre sí por un común interés. Los faros del coche gris ardían débiles fuera del círculo de los arcos voltaicos. Anthony había cortado el encendido y el frío penetraba en su interior. Nadie se daba cuenta de su presencia, ni a nadie molestaba.

—Venga aquí un momento, Erik —ordenó el capataz, y un hombre de pantalones destrozados le siguió hacia la oscuridad, en busca de algo en aquella confusión de hierros.

—¿Qué garfios pidió? —preguntó un hombre desde la viga más alta.

—Ciento cuarenta y cinco, ciento cuarenta y uno y ciento treinta y siete —gritó el capataz—. Está escrito precisamente donde estás sentado —y todos se echaron a reír, de buen humor, aliados contra el frío y las tinieblas, contra la muerte que acechaba en un perno que se suelta, en el metal quebradizo, en la frágil cuerda.

—Una vez trabajé en un puente —dijo Krogh. Abrió la puerta del coche—. Quiero hablar con el capataz —y saltó decidido al lado del coche vestido de etiqueta, con el abrigo de pieles al brazo—. Era un puente mucho mayor, que éste.

—Echeme una mano aquí, Erik —pidió el capataz pasando frente a ellos, con el bolsillo lleno de papeles. Apartó su sombrero flexible de la frente, y se frotó la nariz—. ¿Qué ha hecho con los cincuenta y seis pernos?

—No son cincuenta y seis, sino cuarenta y tres —contestó un obrero. El capataz sacó un papel de su bolsillo.

—Se equivoca. Son cincuenta y seis.

—Entonces estarán allá arriba.

El capataz echó a andar hacia Krogh, con un cigarrillo

entre los labios.

Se le veía diminuto y delgado a la luz de los arcos. El hombre de los pantalones rasgados le seguía y los obreros encaramados en la obra les gritaban que los pernos estaban ahí, allá, más atrás...

—Deme una cerilla.

Krogh se pasó el abrigo al otro brazo y buscó en los bolsillos de su chaleco blanco.

—Lo siento —dijo—. Me parece que no ...

—Tenga —dijo el otro obrero, acercándose—, coja.

El capataz tomó la caja de cerillas y encendió una; tuvo que protegerla del viento con la mano. Las luces de la obra destacaban sus manos sobre la noche como sombras chinescas sobre una pantalla; los dedos amoratados eran deformes a causa del reumatismo. Le ocultaban el rostro, y a juzgar por ellos, se imaginaba algo más duro, viejo y desapacible que aquella amistosa y juvenil expresión con la nariz rota.

—Buenas noches —dijo Krogh.

—Buenas —repitió el capataz, y se alejó con su compañero, a buscar los cincuenta y seis pernos.

Krogh regresó al coche. Entró y tomó asiento.

—Me he lastimado la mano —dijo—. Vámonos. Es un puente muy pequeño. —Se acomodó junto a Anthony, con la corbata blanca un poco arrugada—. Tienen que trabajar de noche a causa de los trenes. Todavía reciben de Cheptows los garfios. Las cosas han cambiado un poco.

Pero Kate se dio cuenta de que estaba algo alterado. Le inquietaba la imagen de él, de pie junto al camino, interesado a pesar suyo, sin cerillas cuando se las pedían, y sin palabras para expresar lo que deseaba. Pasaron junto a

la patrulla de obreros y no se volvió a mirarles.

—Adelante con la reunión familiar —exclamó Anthony.

—Sí —dijo Kate, y se echó a reír—, una reunión familiar un poco aburrida.

Y pensó: «Es de los nuestros, lucha como nosotros por su propia seguridad, y no es el futuro, porque no se basta a sí mismo en cuanto sale de su esfera».

—Oh, Kate —dijo Anthony, pisando el acelerador—, ¿aburrida, dices?

Espera hasta ver la comida que he encargado.

—Debe haber sido el vaso que rompí —dijo Krogh mirándose la mano. Kate se apoyó sobre su hombro. («Somos una familia, porque él es uno de los nuestros. Le he usado, y él me ha usado a mí, pero es un desgraciado como nosotros, al fin y al cabo.»)

—Enséñame la mano, querido.

Rasgó su pañuelo y extendió en él su crema cutánea. Le tomó la mano con ternura y tocó el corte. Se lo vendó fuertemente, y le rodeó sus hombros con el brazo: una reunión familiar.

* * *

El avión de la Compañía Real Holandesa despegó del campo. Sus grandes ruedas vacilaron aún sobre la pista unos instantes, y por último se alzaron en el aire límpido del aeródromo, sobre los blancos tejados de los hangares. Junto al mar los depósitos de petróleo parecían una fila de botones en un traje gris verdoso. Fred Hall introdujo algodón en rama en sus oídos y el piloto se quitó la gorra galoneada, sustituyéndola por un casco negruzco. Daba la

impresión de que todo el mundo se preparaba para algo muy importante. Los viajeros podían ver las piernas del piloto al nivel de sus ojos, y por encima un gran arco de cielo azul y sin nubes. Las corrientes ascensionales levantaban de vez en cuando cincuenta pies el aparato, como si el puño de un gigante ejerciese sobre él un empuje.

Fred Hall abrió el «Bagatelle». El Zuiderzee se arrastraba allá abajo con la lentitud de un gusano; no se notaba la velocidad; el lago tenía color de barro con manchas de tinta, y sobre él destacaba una isla blanca. El avión trepaba por la atmósfera y mientras subía, el aire era cada vez más caliente.

Fred Hall se quitó su abrigo marrón con aplicaciones de terciopelo, y lo dobló cuidadosamente. Con su rostro estrecho y curtido, su cadena de la que pendía un dije de níquel, y los gemelos de plata que sujetaban sus puños, tenía el aspecto de un próspero negociante.

El aparato se metió entre las nubes. El mar ya no era visible, sino de vez en cuando, con apariencias de pequeño lago rodeado de cumbres alpinas.

Pilules Orientales, leyó Fred Hall, entre los anuncios de la revista.

A 1.200 metros una tormenta se acercó a ellos, con la lluvia arrastrada en dirección paralela al avión; medio minuto después ya la habían dejado atrás, las nubes se habían rasgado, y un arco iris cruzaba todo el paisaje, se desplazaba lentamente con ellos y ocultaba toda una población bajo sus colores desvaídos.

La timidité est vaincue en quelques jours, continuó leyendo Fred Hall. Las nubes volvieron a reunirse, como un enorme copo de nieve, y durante un rato iluminaron la página

de «Bagatelle» con su luz de brillo escarchado, pero a 1.800 metros el avión se liberó de ellas. Todas las nubes habían quedado por debajo, con una blancura cegadora, extendiéndose al horizonte, y entonces ya no se apreciaba movimiento en el aparato, cuyas ruedas y alas temblaban por encima de aquella llanura helada sin límites.

Fred Hall se desabrochó el chaleco; llevaba una camisa a rayas. *L'Amour au 200, L'Amour au Djebel—Druse, Amouret hantises d'Edgard Poë, La Dame de cœur.* «Cuánta tontería», pensó, y dejó caer la revista sobre sus rodillas.

A unos 2.700 metros empezó a buscar sobresaltado en su bolsillo derecho, y sólo se tranquilizó cuando recordó haberla dejado en el abrigo; nunca se sabe cuándo se va a necesitar. Todo estaba tranquilo en Amsterdam, y él iba en viaje informativo, pero de todos modos, él nunca se separaba de su arma. Quien no es buen boxeador, debe buscar otros medios de protección.

El aparato se inclinó, y sus rodillas chocaron con el asiento delantero; atravesaron una zona algo agitada, entre nubes, hasta que el suelo se hizo visible, lleno de campos rectangulares colocados uno junto a otro, como rascacielos fotografiados horizontalmente. Volaban derechos hacia lo que parecía un mástil, y resultó ser una carretera a dos mil metros bajo ellos.

El radiotelegrafista pasó un pesado cable a través del suelo de la cabina, para medir la velocidad del viento. Parecían volar tan despacio que tardaron un minuto para que una finca constituida por un perfecto cuadrado de blancos edificios rodeados de bardas, desapareciese del centro de la ventanilla. La sombra del avión sobre el suelo era del tamaño del dedo pulgar.

Una vez llevada a cabo la medición, se internaron de nuevo en las nubes. Fred Hall se quedó dormido. Con la boca abierta, mostrando su ennegrecida dentadura, y el medallón de níquel oscilando a cada salto del avión, llevaba consigo la atmósfera de los Pullmans de tercera clase a Brighton, las excursiones domingueras, el *whisky*, las alegres muchachas rubias. Su sombrero flexible con el reborde hacia arriba sobre su frente, y él en sueños creyó que una mano le tocaba. Carraspeó y dijo en voz alta:

—Elsie.

Soñaba que Krogh quería decirle algo, pero Elsie le interrumpía, diciéndole que se fuera a bañar. Krogh estaba fuera, en la carretera, hablándole por la ventana. «No te has traído tu albornoz», le decía Elsie, y le aseguraba que el jabón no era comestible. Ella era incapaz de comprender que él no tenía ganas de bañarse y lo que quería era hablar con Krogh.

Soñaba en voz alta, agitándose en su asiento, mientras una tempestad se descargaba sobre Dinamarca. «No me gustan las sales en el baño.» El expreso aéreo de Escandinavia subía y subía hasta rebasar la tormenta: 3.200 metros.

—¡Faldas! —gruñó Fred Hall, y se despertó.

De momento se sintió algo sorprendido, viéndose en el interior de aquella rugiente máquina. La lluvia les rodeaba, como bocanadas de humo, y de pronto se vieron de nuevo en un aire tranquilo, mientras las espesas nubes tronaban y relampagueaban entre ellos y la tierra.

Cerró otra vez los ojos. No le interesaba gran cosa el vuelo desde Amsterdam. Conocía los aeropuertos europeos tan bien como en otra época llegó a conocer las estaciones

de la línea de Brighton; el sucio Le Bourget; el gran rectángulo escarlata de Tempelhof cuando uno llegaba desde Londres por la noche, y los faros iluminaban la vía de asfalto; la arena blanquecina que cubría el campo de Tallin, Riga, donde hacía escala el avión de la línea Berlín—Leningrado, y podía comprarse botellas de agua mineral de color de rosa; el enorme aeródromo de Moscú con aparatos aparcados por docenas, con sus pilotos vagando de un lado a otro, en espera de la señal de un oficial de gorra ladeada; el aeropuerto de Copenhague, al borde de un acantilado.

Era un modo muy cómodo de viajar, pero a veces Fred Hall echaba de menos los billetes de tercera en el Pullman de Brighton.

Al despertarse por segunda vez se fue al lavabo a fumar el cigarrillo prohibido. No había departamento de fumadores en el avión de la línea escandinava, y tenía que refugiarse allí para exhalar sus peligrosos círculos de humo acre. En su estrecho cerebro sólo había cabida para la obediencia al hombre que le pagaba, fidelidad al hombre que admiraba, y la satisfacción de algunas necesidades físicas: cigarrillos, una borrachera mensual y lo que él llamaba «desahogarse».

Ahora quería «desahogarse»; el enorme gasto de dinero que había hecho en Amsterdam le aterraba. Krogh había empezado como él. Era quizá la única persona que podía apreciar exactamente la hazaña de Krogh (desde el cuartito de Barcelona hasta el palacio de Estocolmo). Pero a Fred Hall no le extrañaba, porque sentado allí, en el lavabo del avión, pensaba con cariño (con un cariño casi femenino, ya que le llevaba regalos; unos gemelos de brillantes guardados en su bolsillo trasero), que él «siempre había sabido que era listo». Satisfecho, continuó lanzando hacia el

techo perfectos anillos de humo, exponiendo así las vidas de doce pasajeros, un piloto, un radiotelegrafista y algunos miles de libras en bienes materiales. Pero una cosa tan insignificante no era como para preocupar a Fred Hall.

Lo que sí le preocupaba era que Laurin fuese director. Le había visto alguna vez, pero no tenía formada opinión de él. Inconscientemente, juzgaba a los hombres por su físico (difícilmente hubiese reconocido la inteligencia de Krogh de albergarse en un cuerpo deleznable); y Laurin siempre estaba enfermo. Durante un rato se sintió celoso; era el amigo más antiguo de Krogh, y aunque éste nunca le había postergado, no era director, sino solamente su hombre de confianza. No es que cobrase menos paga que Laurin o cualquier otro de los directores, pero a veces sentía ambición de ver su nombre en letras de molde.

De todos modos era razonable; no aspiraba a la dirección de la I. G. S., pero creía que podía muy bien ocupar la de alguna empresa subsidiaria, como Amsterdam, por ejemplo. Aplastó la colilla y se levantó. No se fiaba de Laurin, ni de nadie de cuantos rodeasen a Krogh, excepto de sí mismo. Sentía deseos de «desahogarse», de pegar a alguien. Seguidamente recordó con alegría la voz de Krogh hablándole aquella mañana por teléfono. «Fred», le había dicho, como en los viejos tiempos, antes de que fuese empresario y empleado; y le había pedido, ahora que ya todo estaba listo, que se le reuniese inmediatamente, porque podría necesitarlo. Con las piernas separadas estuvo unos momentos de pie en el lavabo; bajo sus plantas sentía cómo el fuselaje se estremecía al golpe de las corrientes de aire y al tremendo esfuerzo de los motores.

«Si alguien está jugando sucio con Mr. Krogh —se

dijo—, me *desahogaré*.» No se fiaba de Laurin ni de Kate. Esta última era una mujer, y estaba seguro de que vivía con Krogh sólo para ver qué podía sacarle. No tomaba en cuenta sus tres mil libras al año; eso no tenía importancia cuando se había gastado los ingresos de una quincena en hacerle un regalo a Krogh, regalo que podía presentar sin avergonzarse e incluso ofrecer con insistencia si era rehusado, diciendo que lo había comprado para cualquier otro que no los necesitaba y se veía obligado a regalarlos a alguien. Eran unos gemelos magníficos, que nadie osaría rehusar.

Volvió a su asiento; era algo zambo, y esto aumentaba el aire de pesadumbre que llevaba sobre sí. Estaba ansioso e impaciente; había dejado Amsterdam a las 12.30, con la venta de las acciones completamente terminada. El precio incluso había subido un poco, y él tenía informes officiosos de que no habría más transacciones anormales. Proyectaba coger el tren de Malmö a Estocolmo, y nada le satisfacía más que la idea de poder ver a Krogh antes de acostarse. El aeroplano llegaría a Copenhague a las 5.25 y a Malmö a las 5.40. Llegó a la conclusión de que la orden de Krogh de ir a Estocolmo en cuanto acabase su tarea en Amsterdam le permitía agregar a su hoja de gastos el precio de un taxi aéreo.

El radiotelegrafista se colocó los auriculares, y el piloto su gorra galoneada; los motores se detuvieron, y el silencio súbito hirió sus oídos a través del algodón. Descendía entre densas nubes sobre el mar verde oscuro, hacia las luces titilantes que bordeaban la costa de Dinamarca, dentada como el filo de una sierra.

Picando hacia el suelo, describían una amplia parábola sobre el mar, sobre la costa y otra vez sobre el mar. Las alas diseñadas para eliminar la resistencia del aire se

remontaron de nuevo en un súbito despertar del motor, luego volvieron a descender. Tocaron apenas la pista del campo, saltaron sobre ella y por último se pararon.

Para Fred Hall los diez minutos de espera en Copenhague le parecieron una hora; estaba atormentado e inquieto, pero lo demostraba únicamente en su incesante paseo sobre sus piernas torcidas.

En Malmö la espera fue mayor, pues no había ningún taxi en el aeropuerto. Fue al bar y se comió unos pasteles, bebió una taza de té muy fuerte y una copa de coñac. Fuera, el mar se teñía de negro, y las luces de posición de los navíos se iban encendiendo.

Para hacer algo se puso a escribir a su madre, a Dorking. Usaba un lápiz de tinta y un dietario.

Querida mamá—escribió—: Voy a pasar en Estocolmo un día o dos. Vi a Jack en Amsterdam, pero no hablé con él. ¿Ha parido ya la gata? No está bien que lo haga en aquel cajón; sería más apropiado el lavadero. Espero que podré pasar unos días ahí por Navidad. Los negocios van bien. Si yo fuese tú, dejaría tranquilas esas acciones un par de semanas. Vale más que esperes a que te cablegráfie.

¿Apostaste cinco libras a Dama Gris, como te dije? No te preocupes por lo que diga el vicario; ya hablaré con él estas Navidades, y le diré cuatro verdades. Un hombre así me excita los nervios. Si tuviese tiempo que perder, iría ahora mismo a «desahogarme» un poco.

Miró con ansiedad por encima del plato de dulces desmenuzados (nunca tenía paciencia para acabarse un pastel), hacia el cielo azul y despejado y luego su reloj.

Después siguió escribiendo con furia mientras el tiempo transcurría inútilmente, viendo cómo las luces se encendían ya, reflejándose en los vasos del mostrador y en los espejos del salón.

No comprendo qué mosca le ha picado al vicario para que te hable en ese tono.

Dejó caer el lápiz; una luz surgió en el cielo oscuro, una sombra rozó el agua. Cogió su maletín y se precipitó hacia la puerta.

—¿Cómo decía usted —interpeló al oficial en la escalera— que no había ningún hidroavión en el puerto? ¿Y eso qué es? —y señaló la luz verde que se acercaba rápidamente sobre las ondas.

—Su taxi está en camino —dijo el oficial.

Se apartó de Hall, pero éste le cogió por el hombro y le hizo dar la vuelta.

—Tomaré ése —dijo—. Ese. Tengo prisa.

—Imposible. Está reservado para la empresa Krogh. Para uno de los directores.

Y Fred Hall vio una caravana avanzando hacia la escalera: dos criados con maletas, una mujer de mediana edad, rostro arrugado, pintado como un mascarón, y temblando bajo costosas pieles. Un oficial del aeropuerto llamaba:

—Herr Bergsten... Herr Bergsten.

Este apareció por último con una bufanda de seda arrollada a su escuálido cuello.

—Gracias, gracias —repetía, estrechando la mano al oficial, tanteando los escalones con sus zapatos inmaculadamente limpios.

Hall pensaba con rabia impregnada de celos. Ese esperpento tratado como un rey, el director Bergsten, que nunca ha oído hablar de mí, ni de las noches de Barcelona, en que yo pagaba las bebidas. Pero Erik no puede fiarse de ninguno de ellos; les paga, les hace famosos, pero cuando necesita algo de verdad, entonces recurre a Fred Hall.

—Su taxi estará aquí dentro de media hora —dijo el oficial, y como no recibió respuesta, se volvió asombrado de la rapidez con que aquel delgado y violento personaje se había desvanecido en la oscuridad.

* * *

Visto desde los amplios ventanales del hotel, el mar era una franja oscura sobre la cual resbalaban las luces de una gasolinera particular.

—Pero esto es una fiesta en honor suyo y no tuyo —protestaba Kate, bailando con Anthony.

Hacía muchos años que no habían bailado juntos. La unión que imperaba durante su infancia estaba patente en la absoluta sincronización de sus movimientos. Creían estar de nuevo en Mornington Crescent.

—No importa. ¿Va a casarse contigo, no?

Y los años que habían estado separados desaparecían en las cadencias voluptuosas del baile.

—Eso no crea ninguna diferencia —opuso ella, y oprimió su mejilla contra él, para oír:

—No es bastante bueno para ti.

Estaba celoso, y no pensaba en aquel momento para nada en Lee.

—Mira —dijo él—. Ahí está el profesor.

Y la música cesó.

Kate aplaudió un rato, con respiración fatigada y manos sudorosas, y luego volvieron a la mesa. Anthony estaba un poco bebido; silbaba alguna cancioncilla de trincheras, aprendida Dios sabe en qué club, en compañía de ex oficiales, y que hablaba de una muchacha abandonada. Sus melodías, como sus expresiones, nunca eran de moda, vivía en el ambiente de una generación anterior. Cantó:

Cuando te quiero y me quieres...

—¡Oh, si Lee estuviese aquí!

—Pero, ¿ése es Hammarston? —exclamó Krogh.

Detrás de una barrera de flores, entre espejos, el profesor se sentaba, en éxtasis, con una rubia platino en sus rodillas; había perdido sus lentes dentro del vestido de la muchacha, e intentaba recobrarlos, mientras ella reía a carcajadas y se retorció. Una robusta matrona de cabellos negros con rostro de tragedia, golpeaba con su vaso sobre la mesa y le decía que estaba muy disgustada y no aceptaría ningún papel. Un hombre pálido y mustio yacía con el busto sobre la mesa y la cabeza dentro de un plato. No había podido ir más allá de la sopa.

—Está escogiendo la compañía para su obra —explicó Kate.

Erik se echó a reír, y todo el mundo le coreó. El *maître* se asomó por encima de las flores y aplaudió a la orquesta con satisfacción; había estado espiando más de media hora entre las hojas para ver si la fiesta tenía éxito. Todos los camareros empezaron a correr de un lado a otro, llenando los vasos. Se les había quitado un peso de encima. Hammarston descubrió al grupo; tenía sus lentes de nuevo,

y arrojando al suelo a la muchacha, como si fuese un vaso de vino del Rin, se acercó a ellos casi arrastrándose, ridículo hasta la exageración con su frac y sus anchos pantalones negros. Las dos mujeres le siguieron, dejando que el joven siguiera con la sopa.

—Siéntese, profesor —rogó Kate—. ¿Está escogiendo su compañía?

La trágica morena intervino:

—Está medio loco. Quiere poner en escena una inmoralidad.

—Si no quiere usted aceptar el papel, lo tomaré yo —dijo la rubia—. ¿No le parece, profesor?

—¡Mujeres! ¡Mujeres! —exclamó Hammarston, y sus lentes cayeron en el escote de la morena.

—Pero, ¿ya ha encontrado —preguntó Anthony —un intérprete de... no recuerdo el nombre... del druida?

—Gower —recordó el profesor—. ¿Dónde está Gower?

—Sigue con la sopa —contestó la rubia—. Déjalo tranquilo, querido.

—Creo que lo haría usted muy bien —indicó Anthony.

—¿Qué es lo que haría muy bien? —inquirió ella, hablando inglés con marcado acento americano.

—La escena... inmoral.

Sin motivo para ello, la actriz morena empezó a hablar en francés, y la reunión adquirió un carácter curiosamente internacional, como una conferencia del desarme.

—Venga a dar una vuelta. Hace calor —propuso Anthony.

—¿Qué quiere decir con que hace calor? —contestó

la rubia, como si la hubiesen insultado.

De nuevo se puso a hablar en sueco con el profesor, quien le contestaba en inglés, lleno de deferencia para con sus amigos ingleses. Empezó a ensalzar los méritos de Krogh. Habló de hacerle una estatua junto a la del rey Gustavo, mirando hacia Rusia.

—Mirando hacia Rusia —repitió, con tono significativo, y haciendo una reverencia a Krogh.

Todos estaban atónitos ante la accesibilidad de Krogh, daban vueltas a su alrededor, muy excitados, como chiquillos que acercan sus dedos a la jaula de un pájaro agresivo, pero dormido. Parecían desafiarle, esperando que de un momento a otro les mordería. Pero Krogh les sonreía completamente feliz; satisfecho de no verse obligado a guardar las apariencias como todos aquellos años, en los conciertos, óperas y recepciones.

—Más coñac —pidió al camarero.

—*Une bouteille* —murmuró Anthony, y al instante la trágica le soltó un torrente en francés. Repetía con frecuencia las palabras *Academie Française cochons*.

—¿Es usted francesa? —preguntó.

—¿Francesa? —exclamó la rubia—. No me haga reír.

—¿Y usted es americana?

—Americana —confirmó la otra—. Se puede decir que no he salido de Ellis Island.

—Hace calor aquí. Vamos a dar una vuelta.

—Tenga, más coñac.

—Hoy empezamos a ensayar. ¿Dónde está Gower?

—¿Ya sabe usted que van a casarse?

—No me haga reír.

—Está completamente loco. ¡Una escena tan inmoral!

—A mí no me importa tomar el papel.

—Usted no es más que una miserable artista de cine.

—Hace calor aquí.

—¿Qué es eso de «hace calor»?

—¿Dónde están mis lentes? ¿Dónde está Gower?

—Más coñac, más coñac.

—No me haga cosquillas, querido profesor.

—Debiera haber una estatua. Y la habrá.

—Es un secreto; no se lo diga a nadie. Van a casarse muy pronto.

—Anthony, cállate. Estás borracho.

—Mirando hacia Rusia. ¡Oh! Es la mayor obra del mayor dramaturgo.

—En la mayor de las traducciones, profesor.

—Aquí están sus lentes.

—De las cenizas ha llegado el viejo Gower.

—¿Por qué no toma el papel usted mismo, profesor, en lugar de dejar que ese borracho...?

—Venga a dar un paseo.

—¿Dónde está el coñac?

—Déjeme tranquila. Quiero hablar a Herr Krogh.

—Dime, Kate. ¿Crees que mi empleo es digno?

—Oh, Anthony, ten cuidado, por favor.

—Déjeme predecirle el porvenir, Herr Krogh. ¡Oh! Qué vida más larga. Va usted a casarse y a tener tres, cuatro, cinco bebés.

—A que no.

—Anthony, ten cuidado.

—Oh, profesor, sus lentes otra vez. No, no, deje que los coja yo misma.

—Venga a pasear, hace calor.

—Camarero, otra botella de coñac.

—No tardaré, Kate.

—No hables, Anthony. Ten cuidado con lo que dices.

—Estaré mudo como un pez, querida.

—¡Oh! Qué intelectual es. Será un placer trabajar con él.

—Date prisa. Si hay algo que me horroriza, es morir ahogado.

—Pues dicen que es la muerte más agradable.

—¡Qué calor! Vamos, vamos.

—Se ve toda la vida en unos segundos.

Por fin salieron al jardín. Anthony la besó en sus labios apretados. Allá lejos, en la oscuridad, la resaca rompía sobre la playa.

—La sacaron del mar cubierta de cieno —se oía la voz del profesor a través de las ventanas—. La habían arrojado bárbaramente al mar. Era muy bella.

—Qué tragedia más humana —comentó Anthony—. El mar. El cieno.

—Amo el mar —dijo la rubia, con voz de la «Garbo».

—Creía poder encontrar un bote.

—No con esos zapatos, querido —protestó ella—. ¿Cómo te llamas?

—Anthony.

Con desmayo se dejó besar por él. Se arregló los cabellos con dedos que olían a jugo de frutas. Su boca era dulce, sintética, un producto de laboratorio.

—¿Es tu hermana? —preguntó.

—Sí.

—No te creo. Estás enamorado de ella.

—Sí.

—¡Oh, qué muchacho más travieso! —le frotó la barba—. Necesitas afeitarte, querido.

—Hay alguien detrás de ti en el camino —dijo Anthony; y la rubia dio un salto hacia él, haciéndole tambalearse—. Hay un escalón aquí —protestó él—. Casi me tiras.

—¿Quién hay en el camino?

—No lo sé.

Se dirigieron otra vez hacia las ventanas iluminadas, hacia el otro lado de la terraza, con las mesas hacinadas, la balaustrada y las hojas que el viento agitaba.

—No hay nadie aquí.

—Allí, andando frente a nosotros.

La rubia se puso a gritar, llenando el aire de su olor a frutas, a confitería sintética.

—Voy a ver qué quiere —dijo Anthony.

—*Farwäl* —dijo ella en sueco, con gesto dramático, pintándose los labios junto a la balaustrada.

Anthony dio la vuelta a la esquina del hotel y se acercó al hombre, que ahora estaba en plena luz.

—¿Qué quiere usted?

Era el más joven de los dos, no llevaba cuello, y tenía un aire de gran timidez.

Anthony repitió:

—¿Qué quiere usted?

El hombre estaba calado, y la suela de una de sus botas estaba desprendida.

—*Fölat mig* —dijo.

El brillo de los zapatos de Anthony y la corbata blanca acaparaban su atención. Era como si su confianza se fuese desvaneciendo a cada objeto que veía: la entrada inundada de luz, el beso en la oscuridad, la rubia en la baranda de piedra, aquellos zapatos, aquella camisa

almidonada. Todo era inesperado para él.

—¿Habla usted inglés?

El joven negó con la cabeza, y empezó a explicar en sueco lo que quería.

Parecía razonable y urgente.

Nyköping —oyó Anthony— y Herr Krogh.

La muchacha surgió de la oscuridad.

—¿Qué es lo que quiere?

Pero el joven se había callado.

—Querido, ¿no tienes ningún coche por aquí?

—El de Krogh.

—Busquémoslo, y pasemos un rato en él.

El joven se dio cuenta de que no se preocupaban de él, y empezó a hablar de nuevo.

—¿Qué dice? —preguntó Anthony.

—Quiere ver a Krogh. Algo referente a su padre. Al parecer, le han despedido, y su padre conoce a Krogh. No tiene nada que ver con nosotros.

Su acento variaba de un modo asombroso: americano, inglés y, de pronto, sueco. Bajo las intensas luces se la veía resplandecer. Las compañías teatrales de todos los países habían ido proporcionándole innumerables acentos, hasta hacerle perder toda traza de nacionalidad.

—Dice que su nombre es Anderson.

—¿Alguna historia triste?

Anderson, por el contrario, era bien nacional, bien sueco, en su torpeza, en su incapacidad para hablar otro idioma que no fuese el suyo, y una corriente de simpatía se estableció entre ambos hombres, como si cada uno de ellos se reconociese en las limitaciones del otro, en un mundo extraño.

—Será mejor que entre y hable a Krogh —dijo

Anthony.

—¿Estás loco? Herr Krogh no querrá ni ver a un tipo así.

—No veo en él nada de malo.

—Ven conmigo al coche, querido Anthony.

Sentía desprecio por los obreros. Había conseguido subir de categoría dentro de la sociedad, y no estaba dispuesta a volver la vista atrás.

El joven esperaba pacientemente su decisión.

—Ve tú, y espérame —propuso Anthony—. Voy a entrar a ver a Krogh.

—Cuánto jaleo por ese monigote.

—Yo también he estado alguna vez en la miseria —explicó Anthony.

—Pero él no lo está. Dice que trabaja para Krogh.

—Bueno, pues ya es hora de que entre en contacto con alguno de sus obreros. Este hombre está calado, y no podemos dejarle aquí fuera.

Se dirigió a la puerta de cristales e hizo seña a Anderson de que le siguiera; el obrero obedeció, con paso fatigado. En medio de aquellos: las paredes pintadas de marrón claro, las columnas luminosas, los mullidos sillones y la música del restaurante, parecía, con su torpeza, el polvo que lo cubría y sus botas claveteadas, un espantapájaros expuesto allí para gastar una broma.

—Tiene que contarnos alguna historia, Herr Krogh —decía la actriz dramática.

Todos tomaban emparedados de queso. Todos menos Kate, que miraba a Krogh con aprensión. Krogh se reía, y se rascaba su calva cabeza.

—Yo... yo no sé ninguna historia.

—Oh, pero en la vida, en su romántica vida...

—Os contaré alguna historia —anunció Hammarston.

La mujer de los cabellos negros oscilaba entre ambos, intentando mantenerlos en constante conversación simultáneamente.

—Un momento, querido profesor. Me gustará mucho, pero primero...

—Es una historia de tres hombres que en Chicago van a... —empezó Krogh—. Esperen. Tengo que acordarme; hace tantos años...

—Oiga —dijo Anthony, entrando—. Hay alguien que desea verle. Un individuo llamado Anderson. Dice que trabaja para usted.

—Ese viejo no tiene nada que hacer aquí. Que no me moleste. Échele.

—No es ningún viejo. Dice que usted conoce a su padre. Su padre ha sido despedido.

—Erik —exclamó Kate—, ¿es el hombre que fuiste a ver el otro día? ¿El hombre a quien prometiste...?

—Déjenlo comer y calentarse —dijo Hammarston, y sus lentes se le cayeron, esta vez sobre los emparedados de queso—. Ha sido una noche muy tormentosa.

—Yo no escribí nada —repuso Krogh.

—¿Y lo has despedido?

—Era lo más práctico que podía hacer. Le imputamos alguna irregularidad en el trabajo, y el sindicato no tuvo nada que objetar. No podía arriesgarme a pasar por una huelga.

—Cayó en la trampa, ¿eh? —dijo Anthony—. Pues ni se lo imagina. Cree que usted puede arreglarlo.

—Échelo. No tiene nada que hacer aquí.

—No creo que se quiera ir.

—Pues oblíguelo —gritó Krogh—. ¿Para qué le pago? Salga y échelo.

—Que me maten si lo hago —contestó Anthony.

—Por amor de Dios —intervino Kate—, termine la fiesta en paz. Esto no me divierte. Se ha acabado el coñac. ¿Por qué demonios se le ocurrió traer estos emparedados de queso, profesor?

—Mi coche es muy viejo —repuso éste— y creí que no conseguiríamos llegar hasta aquí. Y no era cosa de que las chicas muriesen de hambre.

—Vámonos —pidió Kate—. Anda, Anthony, echa a ese hombre.

—He dicho que no.

—Entonces lo haré yo. Eres un loco, Anthony.

—¡Hall! —exclamó Krogh de improviso—. ¡Hall!

Fue el primero en verle: bajo los elegantes candelabros, andando por la bien iluminada habitación, con sus piernas arqueadas, su gastado traje, su abrigo marrón con cuello de terciopelo y su rasurado rostro *cockney*.

—En la oficina me dijeron que estaba usted aquí, Mr. Krogh.

—Todo va bien, ¿no?

Hall abarcó, con una mirada llena de desconfianza, al profesor, la actriz,

Anthony y Kate.

—Desde luego, Mr. Krogh.

—Siéntese y tome una copa, Hall. ¿Ha venido en avión?

—Estuve detenido en Malmö un par de horas.

—¿Un emparedado, Hall? —ofreció Kate, pero él no le hizo caso.

—El mar está agitado, el viento es duro —citó Hammarston, y al captar la mirada de Hall, se calló y empezó a comerse un emparedado.

—Quítese el abrigo, Hall—dijo Kate.

—No me quedo. He venido tan sólo por si había algo importante.

Anthony intervino.

—No podemos dejar al muchacho ahí fuera toda la noche. Está chorreando.

—¿Quién es? —preguntó Hall.

Sus ojos no miraban a nadie, sino a Krogh; pero no eran los ojos de un sentimental perro faldero, sino los de un terrier de piel oscura, de esos que viven a la puerta de los bares, cazan gatos por la calle y ratas en las bodegas.

—Es el joven Anderson —explicó Krogh—. Su padre es el organizador de la huelga que estuvo a punto de estallar en la fábrica. Estuve a verle. No le hice ninguna promesa por escrito... sólo un chiste, un cigarro. Su oposición era a causa de los salarios de América.

La rubia apareció por detrás de la orquesta, con su vestido color de rosa, su boca pintada, sus ojos llorosos, y en el pecho una estropeada flor.

—No puedes tratarme así, Anthony.

Krogh continuó:

—Luego le eché. Era lo mejor. Y ahora este muchacho pide ayuda.

—He estado sentada en el coche hasta que me quedé helada.

—Al menos dadle una copa —dijo Anthony.

—Vámonos a casa, Erik —repitió Kate.

—Tendrá usted que verle. Le hice entrar.

—¿Y usted no quiere verle, Mr. Krogh? —preguntó

Hall—. ¿Quiere echarlo?

—Ya le he dicho que lo eche —contestó Krogh, dirigiéndose a Anthony. Hall no dijo nada. Ni siquiera miró a Anthony; no había necesidad de mirar a nadie para darse cuenta de que no servían a Krogh. Se levantó, con las manos en los bolsillos del abrigo, el sombrero algo caído hacia delante, y echó a andar, más allá de la orquesta, de las plantas pintadas y de la puerta de cristales, sin volver la cabeza a derecha ni izquierda, hasta el sitio donde el joven Anderson esperaba. En el restaurante, la orquesta se puso a tocar de nuevo «Estoy esperando, querido».

*Estoy esperando, querido;
deja de odiarme, querido;
hablemos de amor, querido;
estoy tan sola.*

—¿Usted joven Anderson? —preguntó Hall. (Su sueco consistía en unos cuantos substantivos aprendidos en un diccionario de bolsillo.)

—Sí, sí —dijo Anderson, y se acercó a Hall—. Soy Anderson.

—A casa —ordenó Hall—. A casa.

*No puedes imaginar, querido,
la fuerza de mi pasión, querido,
aunque no esté de moda, querido ...*

—A casa, a casa.

—Sólo quiero ver a Mr. Krogh —dijo Anderson, sonriendo a Hall.

Este le dio un puñetazo en la barbilla, y esperó unos momentos, por si necesitaba un segundo golpe; luego retrocedió y dijo al portero:

—Que lo saquen fuera de aquí.

Mientras volvía hacia el salón pensaba con rabia: «Esos sablistas, bebiendo su vino, y ninguno de ellos es capaz de nada, por insignificante que sea, cuando él lo necesita».

En el espejo vio cómo el joven Anderson se incorporaba de rodillas, goteándole sangre del rostro. Hall no sentía rabia contra él, ni tampoco simpatía; sólo sentía en su interior un cariño desinteresado por Krogh, y que no tenía relación alguna con el dinero que de él cobraba. Recordó los gemelos; los llevaba en el bolsillo en una cajita de piel marrón, que ahora se había manchado de sangre. Hall, indignado, la miró. Había escogido aquella cajita cuidadosamente, y con buen gusto. Atravesó de nuevo el vestíbulo y gritó en la cara de Anderson:

—Animal, animal.

La boca del joven estaba llena de sangre, así como sus ojos, y no veía con claridad.

—No entiendo —dijo torpemente—. No entiendo.

Hall le arrojó la cajita al rostro, y alzando el pie dio una patada contra el estómago del muchacho.

Parte sexta

Aún faltaba una hora hasta que saliese el tren para Gothenburg. Anthony y Lee paseaban por la Vasagatan, llegaban hasta la oficina de Correos, y volvían sobre sus pasos.

—Deberías entrar en la estación —sugirió Lee.

—Te he comprado estos bombones.

—Gracias.

—¿Tienes bastantes cigarrillos?

—De sobras —repuso Lee.

Aquella mañana en Gothenburg, el desayuno de Drottinghölms, y un almuerzo con la familia; la escasez de encuentros atormentaba sus espíritus. El yate de placer inglés, atracado frente al Grand Hotel la noche que llegaron a Estocolmo, había levado anclas; las sillas de las aceras de Hasselbacken habían sido retiradas, el Tívoli estaba cerrado, el mundo entero cobraba aspecto invernal; todos los seres se refugiaban en sus hogares.

—¿Tienes revistas?

—Una enormidad de revistas.

Se apartaron de la estruendosa plaza de detrás de la estación, y volvieron a remontar la misma calle, hasta Correos, y vuelta a bajar. Anthony saludó con la mano a Minty, que sentado en el restaurante de enfrente, vertía su café en otra taza.

Ya no quedaba sino decir: «Cuánto siento que te vayas. Confío en que nos volvamos a encontrar. He pasado muy buenos ratos. Gracias. *Au revoir. Auf wiedersehen. ¿Se*

te podrá encontrar en Coventry?» Y no quedaba más que hacer sino besarla en el andén, y ver como el tren se alejaba hasta perderse de vista.

—He pasado muy buenos ratos.

—Yo también.

—Entremos en la estación.

Unos pasos más, media vuelta y Vasagatan abajo.

—Quisiera irme contigo.

—Cómo me gustaría.

—¿Me echarás de menos?

—Sí.

—Escríbeme.

—¿Para qué?

—Allí está tu padre. Te está buscando. Llámalo con la mano, y se volverá a ir. Lleva el Leckhart.

Es un final, un final que hay que recordar como el de los mensajes con lápiz en la pared, y la botella de leche que nadie recogió.

—¿Por qué vamos a ir al andén? Aún faltan diez minutos para la salida del tren.

Nubes grises y amenazadoras se extendían por la bóveda de un cielo luminoso.

—Va a llover.

—Iré un poco más allá —dijo Anthony.

«No es tan terrible —pensó— este final como otros; no es tan terrible como el de llamar a un piso vacío, esperar toda la mañana en el descansillo, intentando reconocer una escritura que nunca había visto: "Hoy no quiero leche", "Estaré de vuelta a las 12.30", no es tan malo, porque cuando se haya ido, ahí está Minty, y me sentaré con él a tomar una taza de café. Luego veremos qué nos deparan los próximos días. No es tan terrible este final, porque uno ya

se va acostumbrando a ellos: mi vida es como el Morse, una serie de rayas y puntos, sin llegar nunca a formar una frase.»

—Este debe ser el tren. Si alguna vez vas a Coventry...

—Puede ser.

—Toma, ésta es mi tarjeta.

Estas despedidas son más fáciles, porque con la prisa, entre las carretillas de equipajes, no hay tiempo de pensar en cosas secundarias, temiendo perder algo.

—Despidámonos aquí.

—Más allá. Allí está tu vagón. Oye, Annette.

—Lee.

—Eso es, Lee. Parémonos aquí. Tenemos tres minutos. He estado pensando que tenías razón respecto a mi empleo. Voy a dejarlo. El otro día, en Saltsjobaden... Dentro de una semana estaré en Inglaterra, Lee.

—Imposible.

—Ya lo verás.

—¡Oh, qué divertido!

—Dentro de ocho días estaré en Coventry. ¿Dónde podremos encontrarnos?

Al final del largo tren, los Davidge les hacían señas, pero no había que apresurarse; faltaban dos minutos y el ministro inglés aún no había subido al tren. El jefe de estación se deshacía en reverencias, el mozo corría, y sir Roland, calzado con elegantes zapatos suecos, consignaba dos baúles, sólo lo indispensable para pasar un par de días en casa.

—Escucha —dijo Lee—. Hay un café en High Street. El Café Marroquí. No puedes equivocarte; está en la misma

acera que la Woolsworth, pero más cerca de Correos. De hoy en ocho estaré allí a la hora del té. Si no puedes ir, telefonéame.

—Estaré —aseguró Anthony.

—En el salón del fondo.

No pudieron besarse; la presencia de los ansiosos Davidge les cohibía; se estrecharon las manos, y al sentir entre las suyas los pequeños huesecillos de sus dedos, Anthony pensó: «Una amistad más, simplemente una amistad».

Ella echó a correr hasta su vagón; él se sentía cansado y dolorido como si ella se llevara consigo una parte de su cerebro (un desayuno, una comida, un lecho en el piso de Minty). Sir Roland subió a su departamento de primera y abrió el «Times». Los vagones iniciaron su marcha, aceleraron paulatinamente, y desfilaron con destellos de cristales, como un regimiento de jóvenes soldados, frente a él, que contestó tristemente a su saludo. Luego se fue a ver a Minty. Sentía necesidad de hablar con alguien.

Minty pasaba su café de una taza a otra, mientras los transeúntes iban y venían frente a ellos.

—Voy a dejar este empleo —anunció Anthony—. Me vuelvo a Inglaterra, a Coventry.

—Un empleo siempre es un empleo —dijo Minty.

—Las cosas cambiarán.

Pero aunque nunca se había muerto de hambre, ni había estado por mucho tiempo en la miseria, y aunque siempre quedaba el recurso de los aspiradores de polvo, no estaba tan confiado como otras veces.

—Es usted afortunado.

—El afortunado es usted. Tiene una renta.

Pero en realidad no envidiaba a Minty. Sentado en el

café frente a la estación, mirando a los suecos que iban a su trabajo, y la agitación en la acera opuesta, que indicaba la salida de algún tren para Gothenburg o las zonas agrícolas, vio claramente que Minty y él eran una misma personalidad: la fuga de casa y el vagabundeo por Shanghai, Aden, Singapur, rechazado por todas partes. Si Minty era digno de envidia, se debía tan sólo a que había escogido su cubil, y en él permanecía. Estaban suficientemente capacitados para mantenerse largo tiempo en un empleo, pero no tenían energía para soportarlo. Habían perdido el brío, el optimismo necesario para creer en la paz, en la cooperación, en la dignificación por el trabajo, o, si creían en todo ello, no eran bastante jóvenes para trabajar y conseguido. Tan sólo se sentían felices cuando podían reunirse con los de su clase en los clubs de capitales extranjeras, en las pensiones, en los almuerzos de ex alumnos, convencidos momentáneamente por el vino, que de otro modo no podrían saborear, de que creían en algo: en la nación, en el rey, en la camaradería de las trincheras con sus canciones: «Dispara contra esos bolcheviques...», y sus relatos: «Amigo mío —me dije—. Me parece que conozco su cara. ¿No estaba usted en Ypres?»

—¿Por qué lo deja? —inquirió Minty.

«Porque no soy ni bastante joven ni bastante viejo; ni bastante joven para creer en un mundo más justo, ni bastante viejo para que la nación, el rey y las trincheras signifiquen algo para mí», pensó; pero lo que dijo fue:

—Hay cosas que no estoy dispuesto a hacer ni aun por Kate.

—Si pudiese quedarse un mes más, podría asistir a la comida de Harrow Por fin conseguí el consentimiento de sir

Roland.

—Nunca estuve en Harrow

—Eso lo supe desde el principio. —Minty sopló sobre su café—. Ya está aquí el invierno. Siempre lo siento en el estómago, desde que me operaron.

Y ambos se dejaron llevar por la corriente del mutuo interés.

—A mí me cortaron el apéndice en el hospital de Westminster.

—A mí me operaron aquí. —Y agregó con indignación—: En un hospital popular.

—Cuando me quitaron los puntos, al sexto día...

—A causa de aquello no puedo soportar aun hoy día nada caliente.

—A veces siento unos dolores... Me parece que se dejaron algo dentro, acaso una esponja o unos fórceps.

—¿Vio al ministro —preguntó Minty— irse a pasar unos días a su casa?

—Estará de vuelta el sábado.

—A veces me pregunto —habló Minty— por qué no regreso a Inglaterra. Volver de pronto, y sorprenderlos a todos. Hace unos días me escribió mi tía, y me di cuenta de que no me han olvidado del todo. Con lo que me gustaría entrar otra vez en el oratorio de casa.

Intentó beber su café, pero lo dejó rápidamente y se pasó la lengua por los labios escaldados.

—Dentro de una semana estaré en Inglaterra —repitió Anthony.

—Le echaré de menos —dijo Minty, alzando su rostro de perro entristecido—. Todo el mundo se va. Sólo Minty se queda.

Anthony dijo:

—Bien, tendré que ir a decírselo a Kate y pedirle algún dinero. ¿Acepta otro café antes de que me vaya?

—Gracias, gracias —aceptó Minty con presteza, antes de que la oferta fuese retirada—. Muy amable. Así se enfriará mientras me bebo éste. Tengo que esperar a Nils, y con una taza de café no tengo entretenimiento para mucho rato.

Anthony pidió el café. «Por fin —se dijo—, me voy a casa. Si no me siento feliz ahora, en que la suerte está echada, en que sólo me falta recoger algún dinero, hacer la maleta y decir adiós a Kate (hemos vivido separados todos estos años, ¿por qué preocuparme ahora?), si no me siento feliz en este momento, ¿cuándo me sentiré feliz?», y en su cerebro se agitaba un buen sustitutivo de la felicidad, una alegre despreocupación. Para quemar sus naves, dijo:

—¿Qué le parece un regalo de despedida, Minty?

—Quisiera hacérselo, quisiera hacérselo, pero es que no tengo ingresos hasta el mes que viene.

—Demasiado generoso —comentó Minty mecánicamente, mientras observaba con ansiedad el café que el camarero le traía.

—Krogh va a casarse con mi hermana.

—¡Diablo! ¿Es cierto? ¿Está seguro de que es cierto?

—Palabra de honor.

Dejó a Minty y se fue balanceando el paraguas con aire despreocupado, por la húmeda calle adelante. Unas gotas de lluvia golpeaban los techos de los tranvías en Tegelbacken, y el Ayuntamiento aparecía con tintes inconfundibles por encima del lago de reflejos metálicos. No, no, ya no se podía permanecer más tiempo allí.

En Fredsgaten las puertas de las tiendas estaban

atestadas de público en espera de un taxi. Anthony golpeó con el paraguas las férreas flores de la cancela de Krogh hasta que el portero le abrió; el gusto exquisito, el exagerado modernismo del enorme edificio de cristal, continuaba molestándole. Todas las luces estaban ya encendidas, aunque ni siquiera era mediodía; la calefacción eléctrica estaba al rojo.

Podría haber contado mucho más a Minty: la trampa en que cayó Anderson, la venta a la Batterson. Subió la escalera, porque deseaba hacer ejercicio, y aquel ascensor le aburría, con su movimiento silencioso y aquel botones silencioso y vestido de negro.

En uno de los pisos una muchacha con lentes de montura de pasta, variaba la posición de una flota de barquitos metálicos, diseminados sobre un mapa; en voz alta iba diciendo: 55' 43". Un teléfono sonó y una luz roja se encendió sobre el dintel de una puerta. La Casa Krogh estaba en pleno trabajo: como un gran transatlántico construido a crédito, y dependiendo ciegamente del mando del oficial, la Casa Krogh daba su situación diaria en alta mar, 67' 25".

Abrió una puerta: en un gran escritorio en forma de herradura bajo luces indirectas, veinte dibujantes trazaban ideas para veinte anuncios. Un gramófono automático tocaba suavemente deliciosas melodías; alguien desde una altavoz decía sus títulos. No era aquélla la puerta que buscaba.

Abrió otra. Aquí había mesas separadas, de madera negra brillante.

—Buenos días, Lagerson.

—Buenos días, Farrant.

Anthony se dobló por entero sobre una de las mesas

y acercó sus labios a una oreja sonrosada.

—Me voy.

—¡No!

—Sí.

El joven Lagerson, con la boca abierta, parecía un pez: orejas protuberantes, rostro verde pálido.

—¿Por qué? —consiguió por último articular.

—Estoy cansado de este lugar. No puede uno desarrollar sus iniciativas. —Bajó la voz y sus ojos se nublaron a la vista de aquel tranquilo y severo despacho—. ¿Qué oportunidad hay aquí de hacer fortuna? No hay otro remedio que irse a correr mundo.

—¿Qué está usted haciendo?

—Publicidad.

Anthony se sentó en el borde de la mesa. En la estúpida mirada de Lagerson se veía a sí mismo: el audaz aventurero, el hombre de mundo. Golpeó con la punta del zapato la elegante madera negra.

—Dentro de una semana acudiré a una cita en Coventry.

—¿Qué es Coventry?

—Una gran ciudad industrial —explicó Anthony—. Estocolmo no es nada comparado con ella. Allí hay posibilidades de abrirse camino.

—Sí, esto es muy aburrido —susurró Lagerson—. No osa uno decir lo que piensa. Todo está lleno de soplones.

Su rostro escolar adquirió expresión grave.

—No le importe eso —le incitó Anthony—. Diga lo que le plazca, que siempre encontrará ayuda. Tenga seguridad en sí mismo, y estará en camino del éxito.

Daba su peligroso consejo de un modo totalmente

irresponsable; no le importaba en absoluto lo que Lagerson hiciera o dejase de hacer; lo único que sabía es que se lanzaba a una campaña contra Krogh, por lo de Anderson, porque odiaba a Krogh mismo, por Kate y además porque debía a Krogh cierta gratitud.

—Bueno, Lagerson, adiós. Voy a buscar algún dinero, al piso de arriba. Un momento después estaba ante su hermana.

—Buenos días, Kate.

—Un segundo, Anthony.

Observó cómo sus manos se movían sobre la mesa, disponiendo las cartas abiertas en dos montones, y dejándolo todo bien arreglado antes de hablar con él. Incluso su cara estaba bien arreglada. Él amaba a Kate, la admiraba; pero su eficiencia le molestaba tanto como la fuente del patio. El había estado lejos de ella demasiado tiempo, y al volver la encontraba marcada por el sello de la Casa Krogh. Sintiendo gran compasión de sí mismo, pensó: «Después de todo, soy un estorbo para ella. Será mejor que me vaya, nuestros caminos son muy distintos».

—He estado hablando con Lagerson.

—Un momento, Tony.

Sus caminos habían sido separados y distintos: la vida había sido maternal para ella, que se había desenvuelto sin peligro por un sendero bien trazado. El, en cambio, llevaba consigo los restos inútiles de una docena de carreras a medio terminar. Su experiencia más repetida era el fracaso, y ahora ella surgía ante él atormentándole con la humillación de su éxito.

—Me voy a casa —le dijo.

—¿A casa?

—Sí, a Londres... No creo que mi cuarto esté aún

libre. Ya sé que no tenemos casa. Pero es una manera de hablar.

—¿No podías esperar hasta después del almuerzo, para decírmelo?

—¿El almuerzo?

—Ya suponía que habías olvidado que hoy íbamos a comer juntos, por primera vez desde que estamos aquí. ¿Para qué creías que me había puesto esto? —Y se tocó las flores—. ¿No podías dejar esa noticia para después del café?

—No te hago falta aquí.

—Supongo que esto es obra de Lee. Vaya nombre más tonto.

—No le veo nada raro. Los nombres no son más que sonidos, Kate, Lee... tan tonto es el uno como el otro.

—¿Cuándo te vas?

—Me encontraré con ella dentro de una semana.

—Dentro de una semana.

Echó una ojeada a la agenda que tenía sobre la mesa: A las seis, *cocktail* en la sala de los gerentes.

—Me reuniré con ella a la hora del té.

—Y de empleo, ¿qué?

—Algo saldrá. Siempre ocurre así.

—Podrías muy bien haberte quedado con éste. ¿No estas cansado, Tony, de ir de empleo en empleo? Parece un juego inacabable.

Durante la última semana, cuando creía estar situado definitivamente había olvidado su cansancio: caras nuevas, mesas nuevas, entrevistas. Pero lo olvidó otra vez al pensar en Lee, en los rostros de Wardeur Street, y los amables compañeros de pensión.

—No es digno. La otra noche... ¿qué tenía de malo el infeliz Anderson? No quiero hacerle el juego, es demasiado sucio. Hay cosas que no estoy dispuesto a hacer.

—Pobre Tony —dijo Kate—. Esa es la gran diferencia entre nosotros. Nunca deberías haber regresado.

—¿Regresar a dónde?

—A la escuela. Te aconsejé mal aquella noche que te escapaste.

—Estás delirando, Kate.

—Necesitarás dinero, ya que tienes tantos escrúpulos.

—Para eso he venido. Esta mañana me dije: Kate me dará algo. Ya se lo devolveré.

—¿Eso pensaste? Pues te equivocas. No seas loco, Tony. Si te quedas aquí una semana, la olvidarás.

—Lo sé —repuso Anthony—. Y por eso me voy.

Estaba tan obstinado como si afectara a su honor el olvidarla, como si Lee fuese un parte para llevar a través de las líneas enemigas, un parte verbal que huía de la memoria cada minuto que transcurría.

—Sabía que ocurriría esto —dijo Kate—. Tenía un presentimiento. ¿No me vestí como para morir? Flores, el lápiz de labios que tú prefieres. —Dando por vez primera indicios de debilidad, agregó—: Una hermana no tiene recursos, ¿verdad? No puede conseguir de ti lo que Lee conseguiría: sería estúpido oírte decir que me quieres.

—Pero yo te quiero, Kate. Te lo aseguro.

—Pero así, en este tono. Y así es también como yo te quiero, Anthony.

El había puesto su mano amigablemente sobre la mesa, y ella pasó por sus dedos el cortaplumas.

—¡Cielos, Kate...!

—El amor es una espina, Tony, que hiere y...

—Casi me has cortado.

—Pobre Tony, trae acá. Yo te lo curaré.

—No te entiendo, Kate.

—Pues me entendías. ¿No te acuerdas cuando jugábamos a telepatía? Me quedaba en la cama pensando algo, y a la mañana siguiente...

—Era un truco. No creo que ahora lo pudiéramos repetir.

—Yo sí. Esta mañana, cuando me levanté, supe cuanto iba a ocurrir. Te oí tan claramente como si estuvieras junto a mí.

Anthony se echó a reír.

—Entonces, ¿ya me has preparado el dinero?

—No, no lo esperes. Quiero conservarte conmigo, Tony.

—¿Contra mi voluntad?

—¡Oh! Podría decir, y es cierto, que lo hago por tu propio bien, pero ¿eso qué importa? Es porque te quiero, porque eres el único hombre del mundo que he querido.

—Hermano y hermana —se burló él.

Ni aun allí, en aquel momento, reconociendo su candor, sus dedos tan familiares sosteniendo aún el cortaplumas, su perfume y sus flores, podía ser desleal a Lee. Lee era un capricho, ciertamente, pero aun habiendo aquellos treinta años en común, si el capricho surgía, sería más fuerte su atracción. Kate era para los momentos de felicidad; cuando se está satisfecho es cuando puede uno dedicarse a una hermana, al afecto familiar.

—Pediré dinero a Krogh. Me debe una semana.

—No te dará nada.

—Entonces iré a Minty y le venderé una historia. Ya le he regalado una sin importancia; le hablé de vuestra boda.

—¿Le has dicho eso? Eres un loco, Tony. Erik te dijo que no tuvieses tratos con la Prensa.

—Podría venderle la historia de Anderson.

—Tony, eres demasiado inocente para vivir.

—No le conviene otra huelga hasta arreglar lo de América.

Luchaba con todos sus recursos para lograr su capricho. Los contó con los dedos. Anderson, la venta a la Batterson, el negocio sucio de Amsterdam, y se dio cuenta de que el capricho vencía. Ya se sentía tan feliz como si estuviera en Coventry: el Café Marroquí, la sala del fondo, entre la Woolsworth y Correos.

—Toma tu dinero —dijo Kate—, y por Dios, vete cuanto antes.

—Gracias, Kate, muchas gracias. Me iré mañana. Aquí no sirvo de nada.

—Y las corbatas de Erik pueden seguir siendo... las corbatas de Erik.

—Le compraré algunas esta tarde. —La besó con mezcla de pasión y celos; en realidad le dolía separarse de ella, y hubiera preferido que el capricho no triunfase—. ¿Por qué preocuparse, Kate? Pronto me seguirás por el mismo camino. No es como cuando me iba al Extremo Oriente.

—No.

—No te preocupes, Kate.

—Estaba pensando —dijo ésta— que Erik me necesita. —Se había encendido una luz sobre la puerta, pero aún esperaba algo. Su rostro se presentaba ante él como un

amplio y complicado plano de campaña—. Cenarás conmigo tu última noche, ¿no? Resérvamela.

Pero él no entendía aquel plano; había perdido la práctica en leer mapas: se sentía más lejos que nunca de su hermana.

—Claro que sí. ¿En casa?

—No, en casa no. Algún sitio quieto donde podamos estar solos, sin que nadie sepa nuestro paradero.

* * *

Hall compró un periódico y atravesó la plaza sin leerlo. Pensaba si habría cometido un error comprando los gemelos; habría sido mejor una sortija, una pitillera o un pisapapeles. Nadie de los que le veían andar sobre las hojas secas, mirando fijamente las puntas de sus zapatos, podía imaginar el peso de la responsabilidad que creía sentir. Porque, si bien era un regalo, era también un ruego, una llamada.

¿Una pitillera? ¿Un anillo? Aún no es tarde. Abrió el periódico en busca de anuncios de joyerías y vio el nombre de Krogh encabezando la primera plana. No pudo leer más porque en el escaparate de un comercio vio una figura iluminada que en su belleza le hizo recordar con disgusto la horrible fuente del patio. Siguió andando por Fredsgatan murmurando: no tienen gusto, no lo tienen. Al pararse en un cruce a esperar el paso del tráfico, miró de nuevo el periódico: «Erik Krogh va a casarse con su secretaria inglesa».

Hall dio un gruñido y, sin preocuparse de la circulación, echó a correr sorteando los autos, como una

bala hacia el blanco. Atravesó la puerta, pasó junto a la fuente sin mirar al portero, con las manos enguantadas metidas en los bolsillos del abrigo.

Entró en el cuarto de Krogh sin pedir permiso.

—Le he comprado un regalo —dijo.

—Me alegro de que haya venido. Quería hablarle. ¿Quiere trabajar en Nueva York para nosotros?

—¿Como director?

—Sí, como director.

Era lo que siempre había deseado, pero ahora su única idea era: «Quieren librarse de mí. Tienen otros proyectos, y yo estorbo».

—Vi estos gemelos en una tienda y creí que irían bien con mi nuevo traje. Pero son demasiado grandes. He pensado que podía hacerle con ellos un regalo de bodas.

—¿Regalo de bodas?

Extendió el periódico sobre la mesa y puso los gemelos al lado.

—No he dado mi autorización a esta noticia —protestó Krogh.

—¡Ah! Entonces ya sé quién es el causante. He estado charlando con todos los empleados.

—¿Farrant?

—¿Por qué lo trajo aquí, míster Krogh? ¿Por qué lo trajo?

—Necesitaba una guardia personal.

—Para eso estaba yo. Podía haber enviado otro cualquiera a Amsterdam. Ese individuo me desagradó en cuanto le vi. ¿De qué sirvió la otra noche?

Cogió la cajita de los gemelos y la volvió a dejar.

—No me estorba —dijo Krogh—. Y le apreciaba. Pero le enviaré a su casa.

—¿Sabe Miss Farrant lo de la venta a la Batterson?

—En ella se puede confiar, Hall.

Pero Hall no confiaba en nadie. De pie junto a la ventana, llenaba la habitación con sus sospechas, sus celos y su devoción. Con su mirada lo censuraba todo; aquel esplendoroso modernismo con sus formas atrevidas contrastaba con su traje marrón de factura londinense. Nunca le había importado parecer vulgar (el chaleco entallado), sentimental (el dije de níquel), o alocado (la nariz de cartón en Barcelona). No seguía la moda, y no variaba de gustos; era Hall.

Krogh dudaba; miró los gemelos, y repitió con tristeza:

—Le enviaremos a su casa.

—Mr. Krogh —dijo Hall—, usted no entiende a esos tipos. Déjeme a mí. Yo me entenderé con él.

—Le daremos su pasaporte.

—Oiga, Mr. Krogh —insistió Hall—. No puede usted hacer eso. Ha estado rodando por ahí, hablando a los conserjes sobre empréstitos a corto plazo. ¿Cómo lo sabe?

—Debe habérselo dicho su hermana.

—¿Y hasta dónde llega lo que sabe? Supongamos que se va a su casa, no puede conseguir un empleo, y recurre a la Batterson. No tenemos más remedio que aguantarle aquí una semana.

—Parece estar en relaciones con la Prensa de aquí.

—A la Prensa de aquí podemos tapparle la boca.

—Está bien —repuso Krogh—, le aguantaremos aquí. Eso es fácil. El no quiere irse, y no nos causará molestias mientras le paguemos. —Sería mejor decírselo a Miss Farrant.

Pero Hall retrocedió al verla entrar. No podía soportar la idea de que había quien confiase en ella. ¡Faldas! Dejó que Krogh explicase.

—Tu hermano ha estado hablando a los reporteros.

—Lo has descubierto en seguida.

—Ha sido Hall.

—¡Ah, nuestro amigo Hall!

—Esto tiene que terminarse.

—No te preocupes —dijo Kate—. Se va mañana a Inglaterra. Le he dado dinero.

—¿A Inglaterra? ¿Por qué a Inglaterra?

Hall se volvió hacia ellos. Sus manos salieron de los bolsillos en un gesto sin terminar.

—Mr. Krogh, déjelo de mi cuenta; yo lo arreglaré todo.

—Allí le espera una muchacha —explicó Kate; pero se le veía demasiado el deseo de convencerles de que todo iba bien y no había nada que temer—. Está enamorado —dijo tristemente.

Sus explicaciones solicitaban atención, pero chocaban, como un pájaro contra el vidrio de una ventana, contra la indiferencia de Hall, y caían por su base.

Hall era propiedad de la Krogh como el bloque de piedra del patio, los ceniceros, la alfombra con el monograma («podemos cazarle como al joven Anderson», dijo), y por la misma razón la Casa Krogh era suya. Estaba ya marcada con su vulgaridad, con su desconfianza, con su ferocidad; llevaba el sello de Hall.

—No —agregó Kate—, no puede hacer eso.

—Le cazaremos —repitió Hall.

—Entonces no me acuséis si habla. No es ningún tonto.

—¿Es decir, que conoce lo de la venta? —interrogó Hall—. ¿Ya lo sabe toda la oficina?

La miraba con ira y profundo desagrado, pero aún la respetaba demasiado. Ambos tenían las mismas ideas; ninguno de los dos se hallaba interesado poco ni mucho en la suerte de Anderson; la única diferencia entre ellos era que no trabajaban para el mismo hombre. Hall no tenía tiempo de pensar, pero habla un camino por el cual su cerebro se lanzó rápidamente.

—¿Juega al *poker*? —preguntó.

—Sí —contestó Kate.

—¿Bien?

—No juega bien a nada.

—Antes de ahora —explicó Hall— he visto cómo una deuda de juego deja a un hombre sin camisa. Esta noche nos conviene una partidita, Mr. Krogh. No puede marcharse a Inglaterra.

—Esta noche nos vamos Tony y yo —anunció Kate.

—Apuesto algo a que no sale de Estocolmo.

Era como una columna de humo pardo; la malevolencia brotaba de todo su ser.

—Así, pues, ¿cenará usted esta noche con nosotros? —preguntó Kate con ironía.

—Allí estaré. Le aseguro que no faltaré.

Allí, de pie, mostrando toda su sequedad, todo su carácter feroz, se erigía voluntariamente en defensor de los grandes edificios de vidrio, de las fábricas de Nyköping y de los aserraderos del Norte..

Hall se levantó y cerró las ventanas, bajando los grandes cristales dobles para cortar el paso al aire húmedo del atardecer. Anthony echó sobre la mesa dos coronas y Krogh cuatro. Kate dijo:

—Paso; no tengo buen juego esta noche.

Hall volvió a la mesa. Tenía una larga práctica en el juego. Se limitaba a usar el *bluff*; no podía disimularlo en sus jugadas, si no apartaba por completo la atención de sus propias cartas. Apostaba con rapidez y se sumía de nuevo en paciente silencio.

—Le doblo —y sus ojos chocaron con los de Anthony por encima de la mesa, con absoluta indiferencia hacia el juego del otro.

Tenía otras cosas en qué pensar, y cuando le llegó el turno para cambiar cartas, lo hizo sin fijarse en las que reservaba (dos dieces de corazones, un cuatro y un dos de diamantes, y un seis de tréboles).

—Una carta —pidió, y arrojó el seis.

Se basaba para jugar en la debilidad e indecisión de sus contrarios; y no se preocupaba de las consecuencias. Si en realidad se encontraba frente a un juego de valor, estaba perdido; pero contra un juego mediano siempre ganaba. Ni siquiera miró la carta que había tomado: un tres de corazones.

Gullie pidió tres. Estaba jovial bajo la influencia de los naipes; estaba convencido de que sabría descubrir dónde había *bluff*.

—El agregado militar se sentía audaz —rió, ja, ja, y dirigió su monóculo, como un pequeño faro giratorio, hacia todos los rostros que rodeaban la mesa—. El arte militar del camuflaje, ja, ja —y se desconcertó ante el juego de Hall.

—Doblo —dijo éste.

Kate se acercó a la ventana y pasó junto a Anthony. Pudo ver sus cartas, tres nueves, una sota y un dos. Jugaba del modo que consideraba más lógico, sin apostar mucho, pero siempre mantenía su juego un poco más de lo que realmente valía. Ante las grandes apuestas de Hall, siempre se veía obligado a retirarse o a enseñar el juego.

Sólo había ganado una mano.

—Bien, bien —dijo Gullie, intentando ocultar sus intenciones bajo una niebla artificial—, esto hay que pensarlo.

—Doblo otra vez —avisó Hall.

Ella le miraba desde la ventana; tenía una mano sobre la mesa y con la otra sostenía las cartas sobre sus rodillas. A cada apuesta que se hacía, Gullie miraba sus cartas.

Un vapor pasó cerca del edificio, con sus luces brillantes entre la niebla grisácea. En la orilla opuesta se veían las luces de los domicilios de los obreros, alineadas como las ventanas en los costados del buque.

—¿Se ha ido el ministro de vacaciones? —preguntó Kate.

—Siempre se va a Escocia a pasar el Año Nuevo —repuso Gullie—. Yo también lo hago a veces. ¿Sabe usted cazar, Farrant?

—¡Oh! —contestó Anthony, evitando la mirada de Kate—. Espero pasar allí unos días.

—¿Se va?

—Mañana.

—Tendrá un viaje algo duro —dijo Gullie—. ¿Buen marinero?

—No mucho.

—Dad a cada uno el caballo que sepa montar. Nunca

me ha gustado ir en bote, ja, ja, ja. El otro día Puffin Travers me invitó a ir en su yate.

—Vuelvo a doblar —interrumpió Hall.

No se fijaba en la conversación que se desarrollaba a su alrededor; fumaba cigarrillo tras cigarrillo del mismo modo que lo había hecho en el lavabo del avión, dejando escapar por la nariz bocanadas de humo.

—Paso —dijo Anthony.

—Tengo dos reinas —dijo Krogh.

—Ha ganado otra vez —exclamó Anthony, empujando su dinero hacia Krogh.

Encendió un cigarrillo, sonriendo con felicidad a nada, o tal vez a todo: el hilillo de humo, las cartas que Hall barajaba de nuevo.

«Esto —pensaba Kate— debo recordado siempre; Tony aquí, Tony feliz, los buques yendo y viniendo, y las luces encendiéndose al otro lado del lago.» El viento agitaba la niebla, y la apartaba del agua hasta que se arremolinaba a las farolas de la calle. Por la ventana de vidrios dobles entraban muy débilmente los ruidos del tráfico rodado.

—Tomemos el *smörgasbord* antes de volver a jugar —propuso Kate. Cogió la coctelera y escanció algunos vasos. Todos bebieron, excepto Hall, que encendió otro cigarro, y siguió barajando.

—Es un bonito aparato de radio —dijo Gullie.

—¿Sí? —preguntó Krogh—. Pues nunca lo uso.

—Las nueve y media —avisó Anthony—. Estarán dando noticias en Londres.

Kate conectó el aparato. «Una depresión avanza desde Islandia», dijo una voz anónima que se extinguió.

—¡Oh, viejo Londres!

—Esto es Moscú —anunció Kate, girando el control—

y esto Hilversum, Berlín, París ...

*Aimer a loisir
aimer et mourir
au pays qui te ressemble.*

«El duque de York, inaugurando las nuevas instalaciones de la Compañía del Gas.» Las voces se extinguían una tras otra como las velitas de un pastel de Navidad, blancas, de cera, resonando en la atmósfera sobre el mar del Norte, el Báltico, las tormentas locales sobre las llanuras de Prusia Oriental, la lluvia sobre Tannenberg, el otoño sobre Westminster, un silbido en el éter.

—Es fácil descubrir París —comentó Anthony—. *Aimer, Aimer, Aimer.*

—Su juego, Mr. Farrant —le avisó Hall.

—Era una voz bastante buena —admitió Gullie—, una voz bastante buena.

—Yo me retiro —dijo Kate—. He perdido demasiado. ¿Canta usted, capitán Gullie?

—Entre amigos, sólo entre amigos. Quieren organizar una pequeña compañía de ópera entre los ingleses de la colonia. Nada difícil. «*El Mikado*», «*Merrie England*». Todo propaganda.

Anthony se puso a tararear, pidiendo cuatro cartas.

—Ponte detrás de mí, y dame suerte, Kate. Cruza los dedos de la mano y encoge los de los pies. Así es cómo acude el dinero.

Hall puso en la mesa cinco coronas.

—¿Conoce alguna soprano, Miss Farrant? Necesito una soprano, porque la señora Wisecock no tiene facultades

interpretativas.

—Gracias a Dios —dijo Anthony— he comprado los billetes.

—¿Ya ha comprado los billetes? —inquirió Hall con presteza.

—De otro modo difícilmente podría ir a Londres. ¿Incluyen la comida en el billete?

—Pero bebidas no, amigo mío —repuso Gullie.

—¿Has comprado los billetes? —preguntó Kate.

Y se dijo que, después de todo, les había derrotado. Él recordará esta escena, año tras año, la relatará, explicando por el mundo entero, por innumerables clubs, que esta noche jugó a cartas con Krogh, y no lo creerán.

—Paso —dijo Gullie.

Ya planeaba Kate el modo de volver a reunirse con su hermano. Podía rezar, pidiendo estar siempre junto a él, la persona que más quería en el mundo, pidiendo que no se repitiese el tormento de las despedidas y de las tarjetas postales. Pero no rezó, porque si bien creía aún en sus resultados (nunca se pierde la fe del todo, en lo sobrenatural), prefería trazar planes, que era más bonito, y no se parecía tanto a jugar a los dados.

—Doblo otra vez.

—Subo cinco.

—Paso —dijo Krogh.

—Cartas —pidió Hall.

—No puede usted derrotar a un juego como el mío.

—No —aceptó Hall—, gana usted.

—Esto bastará para que pueda hacer el viaje —dijo Anthony—. Creo que ya he jugado bastante.

Hall empezó a barajar de nuevo.

—No juego más —protestó Gullie.

—Dejémoslo —pidió Kate—. Necesitaría toda la noche para recuperar eso, Mr. Hall. Otra copa, y vámonos a la cama. —Al verle sentado allí, con sus puños fuera de las mangas, sus manos delgadas acariciando los naipes, se sintió irritada—. Anímese, ya se recuperará otro día. —Y dirigiéndose a Krogh, añadió—: ¿Siempre era así, Erik? ¿Siempre tan serio? —Explicó al capitán Gullie—: Eran amigos desde la infancia.

—Yo lo he visto con nariz postiza —dijo Krogh—, pero no creo que eso cambiase su carácter.

—¿Le perseguía la policía, Mr. Hall?

Hall repuso de súbito:

—Era una fiesta carnavalesca. Creo que debe hacerse en Roma lo que hacen los romanos...

—Mr. Hall se siente clásico —rió Kate.

—Me voy a casa —dijo Hall—. Buenas noches, Miss Farrant.

—Me voy con usted —propuso Anthony.

—Quédese un rato, capitán Gullie. Aún es temprano. Tome una copa. Y hábleme de Escocia.

—Esto me recuerda —dijo Gullie, bajando la voz— algo que Minty me dijo.

—¿Minty? —exclamó Krogh. Se levantó de la mesa y se acercó a ellos—. ¿Qué pasa con Minty?

Hall se abotonaba el abrigo junto a la puerta. Le venía algo justo.

—No se preocupe, Mr. Krogh —dijo.

—Un desagradable individuo. Dirige el Club Harrow en Estocolmo. No sé cómo pudo alcanzar ese cargo. El ministro no puede soportarlo. Quería hacerme creer que ustedes eran MacDonalds.

—Pobre Minty —dijo Anthony—. Adiós, Kate. Mañana temprano me voy.

—Adiós.

—Adiós, Mr. Krogh, y gracias por todo. Realmente no le he servido de nada. Adiós, Gullie. Espero verle en Londres un día de éstos.

Pero ella no podía dejarlo ir así. Le alcanzó en el ascensor. Hall se adelantó, y él se quedó a esperada.

—¿Qué pasa?

—Quiero que me hables de muchas cosas.

«Algún día la olvidará», se dijo, pero aquella idea no le traía consuelo; se parecía demasiado a... algún día me olvidará.

—Te he visto poco. Y quiero que me cuentes muchas cosas —insistió desesperadamente.

—Pero esta vez te prometo ser un fiel corresponsal. Tres páginas cada domingo.

—Eso es todo lo que me dedicas, ¿verdad? Tres páginas semanales, a mí que he trabajado por ti años y años. Todo cuanto he hecho ha sido por ti, y ahora porque una mujerzuela...

No le importaban sus lágrimas, ni se las secaba, sino que las dejaba caer a lo largo de sus mejillas como si hubiese paseado bajo una tormenta.

—Pero, Kate —protestó Anthony—, si yo te quiero mucho. —Miró con inquietud al ascensor—. Hall me está esperando. He de irme. Te quiero, Kate; de verdad. Más que a nadie en el mundo. Pero estoy enamorado de ella. Estoy loco por ella. La querrías como yo, si la conocieras.

—¡Oh, vete al diablo! —contestó ella, y echó a correr por el pasillo, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Le oyó gritar:

—Ya voy, Hall —y llamar el ascensor.

Se detuvo a la puerta del cuarto y se arregló el rostro, como si quisiera liberarlo de la influencia de Anthony.

—Cuando abrió la puerta, Krogh preguntó:

—¿Dónde está Hall?

Y ella se sorprendió ante su inquietud y su ansiedad.

—Se ha ido con Anthony —dijo.

—Hay un ambiente insoportable aquí dentro —se quejó Krogh—. Hall fuma unos cigarrillos horribles. —Abrió los cristales dobles y se asomó a la ventana—. Necesitaba a Hall.

—Bueno, yo he de irme —dijo el capitán Gullie débilmente.

—No se vaya —rogó Kate—. Tome otra copa.

Escanció tres vasos, pero Krogh no se acercó.

—Vaya niebla —dijo Krogh.

—Deberías haberles dejado el coche.

—Hall quería ir a pie. Así me lo dijo.

Y cerró la ventana.

—Un coche no es práctico para una niebla así —comentó Gullie—. Es más práctico ir a pie. Es muy fácil irse de cabeza al lago antes de darse cuenta. ¿Le gustan a usted los rompecabezas, Miss Farrant?

—No tengo paciencia.

—¿De quién es esa cartera? ¿Es la de Anthony? —preguntó Kate.

—No —repuso Krogh—. Es la de Hall. La vi cuando ya se había marchado.

—No creí que Hall fuese de los que se dejan el dinero

—dijo Gullie—. ¿Se fijó en el modo cómo aguantaba las cartas? Los dedos agarrotados, ¿eh? y se echó a reír. Su risa era inacabable, como la de un chiquillo.

—Habrà lágrimas antes de la noche —profetizó Kate.

—¿Por qué? —preguntó Gullie, apartándose del rompecabezas—. ¿Por qué, Miss Farrant?

—¿Qué ocurre, Erik? —interrogó ésta—. Toma una copa. Estás cansado.

—Me voy —decidió Gullie.

—No, no se vaya —repuso Krogh—. Aún no me acostaré. Es temprano.

—El ascensor sube.

—Será Hall que viene por su dinero —dijo Gullie—, escondámoslo. Kate le miró irritada.

—Usted sí que está hecho un buen bromista.

Pero el ascensor se detuvo en el piso inferior.

Krogh abrió de repente las grandes puertas, y pasó a su estudio, y de allí a su dormitorio. Pudieron verle tomar una aspirina, más allá de las lujosas colecciones de libros y de la escultura de Milles.

—¿Qué te pasa, Erik?

—Jaqueca.

Volvió junto a ellos, y cuando se hallaba entre ambas habitaciones, preguntó:

—¿Qué es ese paquete?

—Corbatas —repuso Kate.

—Pero, ¿no tengo ya bastantes corbatas?

—Tony te las envió esta tarde.

—¿Tony?

—Ábrelo. Si las escogió Tony han de ser por fuerza buenas corbatas.

—No me hacen falta. Devuélvelas.

—Ya las ha pagado.

—No debería haberlo hecho, ni tú habérselo permitido, Kate.

—Te está agradecido. Quería hacer algo por ti.

—Pero, ¿por qué todo el mundo me ha de estar haciendo regalos? Me lo puedo comprar todo, ¿no es así? Hall me regala gemelos para las camisas, y tengo más de los que necesito.

—Bien —contestó Kate—. Las devolveré. —Pasó al dormitorio y cogió el paquete—. Has vaciado el tubo de aspirinas. ¿Qué te pasa?

—Jaqueca, ya te lo he dicho.

—Veamos qué ha comprado. —Desenvolvió las corbatas; eran discretas: tenía buen gusto para vestir—. Podrías llevarlas.

—No. Tengo demasiadas. Devuélvelas.

Se las llevó a su propio cuarto y las puso en un cajón junto a su ropa. El timbre del ascensor sonó, y ella pensó: «No he trazado ningún plan, se ha ido, y lo último que le he dicho ha sido: *vete al diablo*». Era supersticiosa, y le preocupaban las últimas palabras dichas a su hermano. Pelea si quieres, pero no lo hagas después de anochecido. «Vete al diablo» podía decirse al empezar una tarde, una reunión, pero no en una despedida. Acarició las corbatas y cerró el cajón.

—Aquí está Hall—avisó Gullie—. ¿Qué les dije? Sabía que volvería.

El ascensor se detuvo; era Hall. Venía con el sombrero en la mano, frío, adusto, con la niebla, retratada en sus ojos sanguinolentos. Tenía la voz ronca cuando dijo:

—Me he olvidado la cartera.

—Aquí está, Hall —dijo Krogh, pero él parecía no tener intención de cogerla, mientras se frotaba el cuello con su mano enguantada de amarillo. Era como si quisiera decir algo, pero nadie le daba pie.

—Le acompañaré a casa, Hall —propuso Gullie, pero no era esto lo que Hall necesitaba.

—¿Ha vuelto Anthony con usted? —preguntó Kate, y tuvo la sensación de que pretendía quitar de su garganta un nudo, de que demandaba su simpatía, aun sabiendo que no le sería concedida—. ¿Está aquí?

—No —contestó al fin—. Le dejé y vine hacia aquí.

—Tome una copa, Hall—invitó Krogh.

—Gracias. Esa niebla destroza la garganta. Pero el licor, la comodidad... —intentó sonreír, sin conseguirlo—. Ahora ya todo está arreglado, todo va bien.

—Ya habrá llegado a casa —dijo Kate—. Voy a telefonar.

—¿Le gustan los rompecabezas, Hall?

—¿Rompecabezas? No —negó Hall.

Y «no» dijo la voz al extremo del cable telefónico.
«El capitán Farrant aún no ha llegado.»

—Dígale —encargó ella— que me llame cuando llegue. Soy su hermana. Aunque llegue muy tarde, dígale que quiero hablarle. Si, por muy tarde que sea. —Se excusó con los tres hombres—: Es un presentimiento —y terminó con voz ligeramente emocionada—: No hay nada que hacer. Ya se hace pasar por capitán.

Parte séptima

Minty, en la puerta, anotaba los nombres, las coronas: una enorme de Krogh, otra pequeña de Laurin; observó que no había ninguna de Kate ni de Hall. El féretro se deslizó, alejándose del anguloso crucifijo. Las portezuelas se abrieron para recibirlo: el reflejo de las llamas lo recogió unos instantes el micrófono inmediato al altar y se dispersó por el vasto edificio. Minty se santiguó; habría sido mejor dejar el cadáver en el agua. Le causaba verdadero horror la muerte por el fuego.

Kate y Krogh estaban juntos en primera fila; más atrás se hallaban Bergsten, Hall y Gullie; el ministro había enviado una corona. Uno o dos escribientes y una mujer del hotel estaban junto a la puerta; en el exterior se agolpaba la multitud para ver salir a Krogh. Había un chiquillo que iba por vez primera a un funeral. No comprendía la quietud, la prolongada espera, el silencio, el no tener adónde mirar; su rostro aburrido atormentaba a Minty.

Pensó: «Pediré a Nils el dinero para una corona». Era el cuarto amigo que perdía. Ya no habría ocasión para muchos más.

Uno de ellos fue Sparrow, el condenado Sparrow que no se lavaba nunca las orejas. Salían los domingos a pasear juntos, siempre por la carretera, evitando los caminos vecinales. Rara vez hablaban. No tenían intereses en común. Sparrow los días de fiesta salía en busca de nidos de pájaros, con poco éxito. Minty coleccionaba mariposas. Paseando por la carretera recogiendo el polvo levantado por

los automóviles, eran amigos porque no conocían a nadie más, y aunque se avergonzaban uno del otro, se apreciaban mutuamente.

Connell no duró una semana. Durante ella fue popular, poniendo alfileres en la silla del profesor, y regalando a Minty una barra de chocolate, pero se fue a su casa durante la guerra y murió de escarlatina.

Una voz a su espalda dijo:

—Es muy triste. Pobre muchacho. —Era Hammarston, que, como de costumbre, llegaba tarde. Murmuró en voz baja—: Los ensayos me satisfacen casi del todo. Pero necesito otro Gower. ¿Parientes? —interrogó.

—No; parientes no —protestó Minty. Sólo amigos, como Baxter, que le abandonó en el momento difícil, cuando no sabía qué hacer con el paquete enviado por aquel farmacéutico de Charing Cross.

—Y pensar —susurró la rubia en el oído de Hammarston— que la semana pasada me tuvo entre sus brazos.

Minty hizo una mueca. Necesitaba incienso para mitigar el hedor del canal. Necesitaba encender velas ante los santos. Necesitaba todos los medios a su alcance para convencerse de que su cuarto amigo se había reunido con Connell en algún lugar donde no había dolor, ni fracaso, ni sexos.

—No ha sido usted la única —dijo—. Tenía una novia. Me la presentó. Nadie lo sabía sino yo... y su hermana.

—Pobre, pobre criatura —dijo Hammarston—. ¿Dónde se halla ahora?

—En Inglaterra. No sabe nada, ni nadie sabe su dirección.

Pero Minty lo sabía, Minty recordaba el nombre de

Coventry. Era un secreto de amigo que sabría guardar hasta el final. Los secretos de sus amigos los guardaba con el mismo esmero con que guardaba las reliquias de santos, el fémur de sajón primitivo, la astilla sagrada, la barra de chocolate que nunca se comió, guardada cuidadosamente durante años y años hasta perderse en una de sus innumerables mudanzas. La instantánea fotográfica en que aparecía él mismo con el cazamariposas, que le sacó Harrow, y una copia de «El Vademécum del Hombre de Negocios» que Baxter le regaló. Ahora había que agregar a todo esto el nombre de Coventry.

—Dio usted un paso en falso con la noticia de la boda. Es una suerte que no perdiera el empleo.

Minty se echó a reír. ¡Una suerte! Llamaban suerte a quedarse allí anotando las coronas, y luego regresar para subir cincuenta y seis escalones; catorce hasta el piso de los Ekmans y veinticinco hasta el vacío, con el paraguas abandonado y los grabados de Gustavo, y por último la bata oscura, el cacao en el aparador, la Madonna del tapiz. Pero sí, sí, era una suerte, porque todo podía haber sucedido mucho peor.

Hoy —comentó Hammarston— se han emitido las acciones de América. Muerte y vida. Muerte y vida.

Empezó a toser, escupiendo un poco de saliva sobre su abrigo, mientras en el cielo, evolucionando sobre el lago y precipitándose en dirección al Ayuntamiento, aparecían una docena de aviones, brillantes sus alas de aluminio por los rayos del sol, y ensordeciendo los aires con el rugir de sus motores, mientras se desvanecía el sonido del órgano.

El chiquillo dejó de llorar.

—Mira —gritó—, mira.

Por fin ocurría algo.

La mujer del hotel salió a la calle, mirando a todo el mundo con sus ojos inquisitivos; los escribientes la siguieron apresuradamente (tenían que reintegrarse a su trabajo).

El viejo Bergsten se dirigió a su coche ayudado por el chófer. No sabía por qué estaba allí, con su eterno aire de ignorarlo todo. Gullie se detuvo unos instantes, dijo algo apropiado a Kate, y esperó a hallarse fuera para colocarse el monóculo. Al ver a Minty intentó escabullirse, pero éste le cogió de la manga.

—¿Vendrá usted a la comida de Harrow?

—Desde luego. Desde luego.

—Se me ha ocurrido una idea —le confió Minty—. Se cansa uno de oír siempre los mismos brindis: sobre la escuela, el decano... He pensado que el ministro podría hablarnos sobre Literatura y usted sobre Arte.

—Bien —contestó Gullie—, bien. Es digno de ser tomado en cuenta querido amigo.

—Claro está que como usted es tan polifacético. Podría hablar de música, de Teatro... no hable del Ejército.

—Cuando esté decidido —pidió Gullie, separándose— envíeme una tarjeta.

—¿Estuvo usted allí, la última noche? —le interpelló Minty, reteniéndole.

—¿Qué quiere decir? ¿Dónde?

—Jugando con ellos a los naipes.

—¡Oh, sí! Sí.

—Ya habrá oído lo que se dice. Que es imposible, pese a la niebla, caerse de ese modo al agua.

—La gente dice tantas cosas...

—¿Estaba borracho?

—Llevaba algunas copas en el cuerpo. Querido amigo,

no puede usted imaginarse la niebla que había. Tardé una hora en llegar a la Legación.

—Ya lo sé —dijo Minty—. Yo estaba en la calle —tosió—. Aún siento la niebla en la garganta. Estuve dando vueltas toda la noche. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una fosforera de plata—. Quería regalarle esto.

—Entonces, ya sabe lo densa que era la niebla.

—Salió con Hall, y no me atreví a hablarle entonces. Creí que podría seguirles, pero los perdí de vista en seguida. Diez minutos después le oí gritar.

—¡Pobre diablo!

—Sí, pero fue después del grito cuando Hall reapareció. Forzosamente debía hallarse más cerca que yo del sitio donde ocurrió el accidente, y, sin embargo, no oyó nada.

—Está usted fantaseando, Minty.

Minty se volvió al ver salir a Hall de la iglesia, y Gullie lo aprovechó para alejarse.

—Envíeme una tarjeta avisándome lo de la comida.

—Sí —dijo Minty—, sí. La comida —y miró con atención a Hall.

Sentía un odio inútil e injustificado hacia el chaleco entallado y las aplicaciones de terciopelo en el abrigo. «Si pudiese hacer algo», se decía, como una furia amarillenta y vengadora, interponiéndose entre Hall y la calle soleada, la multitud y los arabescos que los aviones trazaban sobre el cielo.

—Perdón, Mr. Hall —le abordó, pasándose la punta de la lengua por sus dientes manchados de tabaco—. ¿No tiene nada que declarar?

—¿Qué pretende?

—Sin duda —dijo Minty, lanzando una bocanada de humo al rostro de Hall—. Sin duda será usted uno de los nuevos directores, ¿no? Su experiencia le permitirá encargarse de la dirección de Nueva York, ¿no es así?

—No —negó Hall—. Laurin es quien va allí.

—Pero Mr. Krogh le debe tanto a usted...

—Oiga —interrumpió Hall—. Apréndase esto. Él no me debe nada; soy yo el deudor. —Se puso sus guantes de color café—. Será mejor que no moleste a Mr. Krogh mientras yo ande por aquí.

—No ha enviado usted ninguna corona —observó Minty—. ¿No se tenían simpatía?

—No.

Hall esperó en la entrada hasta que Krogh apareció, y ambos se dirigieron al coche, juntos, sin cambiar una palabra. La multitud guardaba profundo silencio, porque se trataba de un funeral.

Eran el cerebro y la mano: el cerebro albergado en un enorme y pesado cuerpo con elegante abrigo matinal, y la mano, la destrucción, personificada en el chaleco ajustado y los gemelos cuyas piedras brillaban como trocitos de hielo.

Cuando el coche arrancó empezó la multitud a disolverse. No quedaba nada que hacer ni ver.

—Mira, mira —gritaba el chiquillo mientras le arrastraban de la mano, mirando con insistencia los aeroplanos.

Kate se encontró ante el periodista.

—Bueno —suspiró Minty—, iremos a la oficina a entregar este reportaje. —No sabía cómo hablarle, porque era una mujer—. Me engañó cruelmente con lo de su boda.

—Íbamos a casarnos.

—Bien; debo irme. Espero volverla a ver. Si quisiera

usted hacer algún negocio periodístico...

Deseaba huir; le molestaba el perfume, las medias, el colorete. Como un pequeño y fumador Savonarola, sus narices se le arrugaban con desagrado; no se sentía feliz hasta verse de nuevo bebiendo su cacao junto al contador, bajo las fotografías familiares. Dio un respingo al sentirse interpelado; estaba dispuesto siempre a escuchar lo peor de toda mujer que se tomase la molestia de hablarle.

—Usted le oyó gritar. Yo no vi ni «sentí» nada.

—Sí, pero había demasiada niebla para ver algo. Y cuando Hall reapareció, pensé que no ocurría nada.

—Se han peleado —explicó Kate— Erik y Hall.

—Usted cree... —exclamó Minty—. Hall...

—¿Creer? —dijo Kate—. Lo sé.

El se acobardó ante la seguridad de ella. Si uno estaba cierto, habría que hacer algo, y «¿qué podía hacer Minty?», pensó con piedad de sí mismo.

—Por eso es Laurin quien va a Nueva York.

—Usted se queda, ¿no?

—No —repuso Kate—, me voy.

—¡Oh, muy bien! —dijo Minty—. ¡Cómo les dolerá! ¡Es lo mejor que puede hacer! Después de todo, era su hermano, y sólo mi...

Huía de la palabra «amigo», porque le cohibía la presencia de Kate.

—Sí. Hace unos días podía haberlos arruinado. Bastaba con una palabra a la Batterson. Pero, ¿de qué me iba a servir? Hay honor entre los ladrones. Todos estamos en el mismo bote.

—No era un ladrón —protestó Minty, defendiendo a Sparrow, Connell, Baxter...

—Todos somos ladrones —dijo Kate—. Robamos una vida aquí o allá y no damos nada en cambio.

—Socialismo —sentenció Minty.

—¡Oh, no! —protestó ella—. Eso no es para nosotros. No hay camaradería en nuestro bote. Triunfa el que sabe apropiarse la mejor parte y huir a nado.

Los aviones se alejaban del lago, dejando tras ellos una estela de humo: Krogh, Krogh, sobre Estocolmo, en un delgado trazo, con la *K* desvaneciéndose cuando la *h* no se había dibujado aún.

—De modo que se va usted a Inglaterra —dijo Minty, recordando los cincuenta y seis escalones, el piso vacío, la italiana del tercer piso...

—No —dijo Kate—. Un simple traslado. Como Anthony.

... los incensarios, la leche condensada, la taza (he olvidado comprar la taza).

—Un empleo en Copenhague.

...el misal en el aparador, la Madonna, la araña languideciendo bajo el vaso, un trocito de hogar.